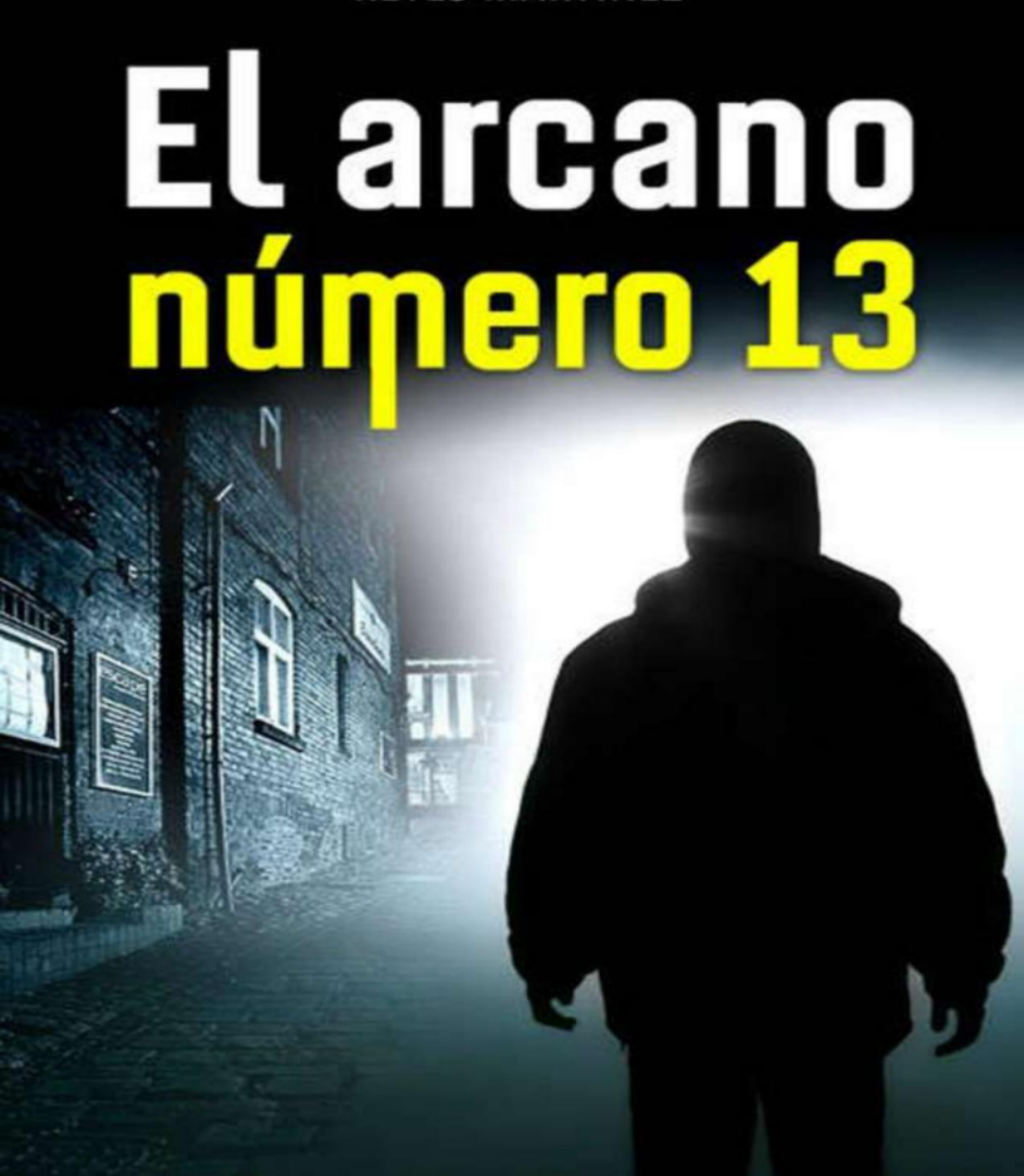
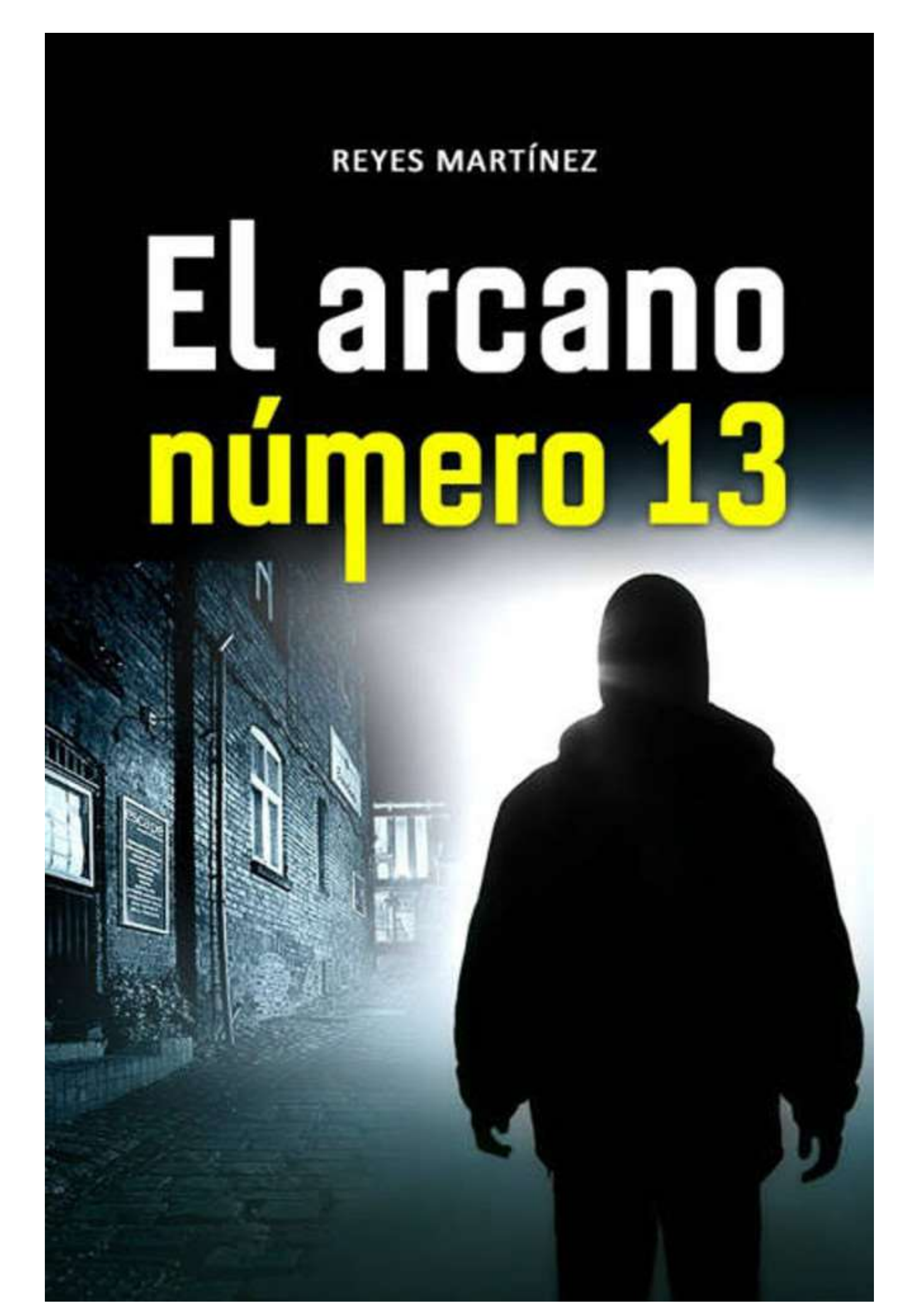

REYES MARTÍNEZ
El arcano
número 13


REYES MARTÍNEZ
El arcano
número 13

Todo aquel que me oyere,

vivirá tranquilo sin temor del mal.

Proverbios 1:33

Lo que se hace por amor

está más allá del bien y del mal.

Friedrich Nietzsche

Y vi a un ángel que estaba en pie en el Sol y clamó a gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan en medio del cielo: Venid y congregaos a la *gran cena de Dios, para que comáis carnes de reyes y de capitanes y carnes de fuertes, carnes de caballos y de sus jinetes, y carnes de todos, libres y esclavos, pequeños y grandes…*

Libro del Apocalipsis 19,17

Satisfecho de su trabajo, se dispuso a lavarse las manos. Había que limpiarlas bien, purificarlas. No podía dejar que la bruja encontrara ninguna imperfección en su piel para atreverse a infiltrarse en su alma tan pura, tan limpia…

Frotó enérgicamente las manos con el cepillo de cerdas comprado en aquella pequeña tienda. Al recordarlo, una mueca de asco asomó a su

rostro. La chica que lo había atendido le había mirado de arriba abajo sin ningún tipo de vergüenza. No debía de tener más de veinte años y ya tenía esa mirada lasciva. Llevaba una buena capa de maquillaje y se había pasado la lengua por los labios, la muy zorra. Reconoció al Diablo en sus ojos al darse cuenta de que ella se le insinuaba. Se había bajado un poco la camiseta para enseñarle algo más de su pecho, pese a que ya aparecía casi desnudo. No lo podía soportar. Ninguna de esas mujeres merecía contemplar su cuerpo, ninguna merecía ser partícipe de la gracia de Dios. Él había sido elegido para llevar a cabo su obra y ninguna de aquellas enviadas del Diablo sería capaz de desviarle; él era más fuerte.

Para desterrar la imagen de aquella chica de su mente se obligó a pensar en lo que acababa de hacer. Terminó de lavarse las manos enrojecidas y con pequeñas heridas que, aunque no llegaban a sangrar, escocían en sus blancos dedos.

Al volver a la habitación contempló con placer la imagen de Drusila, que así había decidido llamarla él, aunque ella se empeñaba en decir que su nombre era Sonia. Las cuencas vacías de sus ojos le observaban directamente a él. Sin pensar, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta donde había guardado las dos cajitas, una para cada ojo. Una súbita oleada de placer subió desde su estómago a sus mejillas. Primero vino el rubor, después el cosquilleo, pero cuando notó cómo el pantalón se le iba pegando más y más según crecía su erección, se obligó a salir corriendo de allí. Hoy el castigo sería mayor.

El Diablo intentaba apoderarse de él mandándole el placer. No lo conseguiría, al menos esa vez. Tenía en casa todo lo necesario para echarlo de su cuerpo, debía llegar hasta allí. Se apresuró a salir y sin darse cuenta movió el cuadro de la entrada al pasar. En él, una pareja mayor sonreía encuadrada en un marco de roble con unas hojas grabadas en verde y oro. Ahora sus sonrisas aparecían torcidas. Pronto les darían la noticia del asesinato de su hija y esas sonrisas torcidas serían las últimas.

Capítulo 1: Sueños rotos

Diana se revolvía incómoda en su silla. Odiaba aquellas sesiones. Sabía que las necesitaba, pero no podía evitar que su mente las rechazase. Le hacían revivir su accidente una y otra vez. Miró a su alrededor, lo que le resultó deprimente. Todos los que se encontraban allí tenían que superar lo mismo, aunque de distinta manera. Eran jóvenes a los que se les había arrebatado un sueño.

Era el turno de Judith quien, a sus dieciséis años recién cumplidos, se trataba de la más joven del grupo. Durante mucho tiempo coincidió en el mismo colegio con Diana y era una pianista excepcional. Aquello formaba parte del pasado. Diana la había oído tocar en cada fiesta que se daba en su colegio hasta que se graduó. Fue su profesora de Música quien insistió en que Judith tenía un don y quien convenció a sus padres de que la llevaran al conservatorio. Un día cualquiera de hacía año y medio la atacó un dóberman, que, inexplicablemente, le había arrancado dos dedos de la mano izquierda.

Consiguieron reimplantárselos a tiempo, aunque nunca funcionaron igual. Esos dos dedos a veces se encasquillaban, otras no obedecían como debían. Si le hubiera pasado a ella… aún podría bailar, pero Judith era pianista. Su carrera había terminado antes de empezar, como la de Diana, como la de tantos otros.

Mientras escuchaba a Judith, su mente viajó atrás en el tiempo. Pensó en un año antes, cuando se preparaba para el examen de ingreso en el ballet nacional. Su profesor del conservatorio estaba seguro de que brillaría. Era la mejor alumna que había tenido en veinte años, y Diana lo sabía. La confianza en sí misma era su arma más poderosa, siempre lo había sido. Desde muy pequeña había sido consciente de lo que era capaz de conseguir. Su capacidad de concentración y su tenacidad hacían el resto. Aquel fatídico día todo murió para ella. Una parte de su alma se había quedado tirada en el asfalto junto a sus maltrechas piernas; ya nada sería igual. ¿Qué era la vida sin el baile?

La voz de David, el director del grupo de apoyo, la arrancó bruscamente de sus pensamientos.

—Diana, cuéntanos qué hiciste el fin de semana.

— Nada especial —contestó notando cómo la rabia y el desasosiego se iban adueñando de ella sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

—Ya sabemos que no hiciste nada especial —la desafió David—, nos dices lo mismo semana tras semana. ¿Podrías compartir con nosotros si te ocurrió algo nuevo estos días?

Diana le taladró con la mirada. La sacaba de quicio, siempre poniéndola en evidencia delante de aquel grupo de perdedores.

—Hice lo mismo que todas las semanas: dormir, desayunar, ducharme, acostumbrarme a las muletas —al decir muletas se encargó de recalcar bien cada letra—

y rehabilitación, como siempre.

—Muy bien —prosiguió como si nada David—. ¿Has notado alguna mejoría en la rehabilitación?

—No —casi escupió Diana—. Sigo estando igual de lisiada que hace un año.

David continuó con el grupo intentando no dar importancia a sus palabras. Tras pasarle la palabra a Agus, el nadador al que un atracador había dejado inútil su brazo derecho, fijó sus ojos en ella con dureza. Agustín tenía diecisiete años y había sido el mejor nadador a mariposa de la ciudad. Solo cuatro décimas le separaban de tener el récord de España en los cincuenta metros mariposa. Su entrenador estaba seguro de que en esa temporada lo habría conseguido. Pero aquel ratero de poca monta, le había seccionado el plexo braquial, justo donde se alojan los nervios. Así, de un simple corte, le había dejado el brazo totalmente inerte de por vida.

Cuando acabó la sesión del grupo de apoyo, Diana cogió con torpeza sus nuevas muletas, en teoría más prácticas y ligeras que las anteriores, y se levantó tambaleándose un poco. Su fisioterapeuta le había recriminado varias veces que no avanzara más, como si fuera culpa suya. Decía que primero se rehabilitaba la cabeza y después las piernas. Que una rehabilitación que no se sentía dentro jamás funcionaba. La chica sabía que eso eran estupideces, sus piernas estaban deshechas. Las fracturas habían sido tantas y tan graves que tuvieron que operarla en siete ocasiones. De hecho, aún le quedaban un par de visitas al quirófano. Su tibia derecha había sufrido una rotura conminuta. Aquella palabra se le había quedado grabada a fuego en su memoria. El

traumatólogo que se encargó de ella le explicó que estaba rota en trocitos pequeñísimos y que eso nunca volvería a quedar bien. Les costó encontrar la rótula izquierda, que se había desplazado hacia la parte posterior de su pierna. Su vida se había quedado en aquel accidente. Respiraba, sí, hablaba, sí, comía y dormía, sí, pero no estaba viva. Por dentro se había quedado vacía, o, al menos, eso

sentía.

—Diana —oyó a su espalda—, quiero hablar contigo. Espera un momento, por favor.

Se dio la vuelta con deliberada lentitud para enfrentarse a David. No era la primera vez que quería hablar con ella tras un enfrentamiento como el de la sesión de ese día. Lo observó cautelosa. Sus ojos grises no dejaban traslucir ningún sentimiento, tenía el semblante serio y su mirada transmitía dureza.

—Ya sé lo que me vas a decir —contestó Diana.

—¿Ah, sí, listilla?

—Como siempre. Me vas a decir que deje de compadecerme de mí misma, que hay casos peores que el mío, que tengo suerte de estar viva, que debo tener paciencia, que tengo mucha gente que me quiere, que debo estar convencida de que me quiero curar…

—Vale, vale —consiguió pararla—. Ya veo que me conoces muy bien y que me escuchas cuando te hablo, aunque no lo parezca.

Diana puso una sonrisita de suficiencia que no pasó inadvertida a David.

—Esta vez te equivocas —dijo haciendo que Diana cambiase la expresión de su rostro—. Lo que te quiero decir es que aquí hemos terminado. No hace falta que vuelvas al grupo de apoyo. Parece que no te hace mucho bien, así que será mejor que lo dejes.

A la cara de Diana asomó una mueca de asombro que se tornó en desconfianza.

—¿Me tomas el pelo? ¿Qué quieres decir? ¿Que estoy bien para enfrentarme a

"esto"? —casi chilló enseñándole sus muletas—. ¿Tú de qué vas?

—Yo no creo que estés preparada para enfrentarte a tu nueva vida, pero creo que en este grupo no estás avanzando. Y, además, no le vienes bien al resto de los chicos. Aquí

hace falta gente que sea consciente de su situación y que la acepte. No te digo que estén de acuerdo con lo que les ha pasado, ni que sean felices con su nueva vida. Hay que aceptar para empezar de nuevo.

Ella aprovechó para poner cara de fastidio.

—Sí, Diana, la aceptación de tu situación es el primer paso para curarte.

—¡¿Es que no te das cuenta de que no me voy a curar jamás?! —escupió con desprecio la muchacha.

—No volverás a bailar, al menos al nivel que lo hacías. Sí volverás a caminar y a ser feliz si dejas de actuar como hasta ahora.

Al ver su cara de escepticismo, David prosiguió:

—Tú eres más fuerte de lo que crees. Yo te ayudaré si quieres que te ayude. Si sigues así, créeme, no lo conseguirás jamás. Acabarás hundiéndote y arrastrarás contigo a todos los que te aman.

David atisbó un cambio en la cara de la chica. Duró solamente una fracción de segundo, lo suficiente para que él lo captara. Al comenzar su conversación, no estaba seguro de la decisión que había tomado al decirle que no volviera; ahora sí. Era el empujón que Diana necesitaba.

—No… no puedo dejar el grupo. Yo… ¡lo necesito! Es lo único que tengo —dijo con amargura mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

David la miró fijamente y le dijo:

—Cuatro semanas. Es lo único que puedo ofrecerte. Si en esas cuatro semanas no noto ningún cambio, tendrás que buscar otro tipo de terapia. ¿De acuerdo?

Ella asintió mientras notaba cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Con las manos asiendo fijamente las dos muletas, no podía secárselas. Le daba igual. David acababa de ponerla frente al espejo de su vida para que viese cruelmente en lo que se había convertido. Lo odiaba con todas sus fuerzas, al menos en aquel momento. El resto

del tiempo era la persona a la que más respetaba en su nueva y asquerosa vida. Era el único que no la trataba como a una pobre inválida.

Salió a la calle agradeciendo el aire fresco que azotaba su rostro. En el local donde se realizaban los encuentros hacía siempre demasiado calor. Todos los miércoles se reunían, fuera verano o invierno, hiciera el tiempo que hiciera. Cada semana, los participantes del grupo

llevaban algo para merendar. Cada uno, una cosa. Diana jamás había llevado nada. Tampoco se lo iba a comer, así que… ¿para qué se iba a molestar?

Su padre la esperaba en la esquina de siempre, dentro del Volkswagen que se había comprado hacía ya varios meses. Lo había cambiado por su antiguo coche, un viejo Ford en el que Diana no podía estirar las piernas llenas de hierros y tornillos. El coche nuevo les había obligado a pedir un préstamo, y precisamente no era dinero lo que les sobraba. Claro que… habrían hipotecado su propia vida por ella.

El padre salió del coche y fue al encuentro de su hija quien, como tantas otras veces, le recibió con el ceño fruncido y una mueca de desprecio. Al ver las lágrimas de su rostro, el padre dio un paso atrás. Si había algo que le aterrorizara más que los ataques de ira de su hija, eran los sollozos y la pena que había anidado en su corazón desde hacía un año.

—¿Qué ha pasado, hija? ¿Has estado llorando?

—Nada. El imbécil de David, que ha decidido que ya estoy bien.

—¿Cómo?

—¿Es que no te enteras de nada? —le dijo en tono de reproche a su padre—. David me ha pedido que no vuelva.

—No es posible, hija… necesitas estas sesiones, te lo dijo el psicólogo del hospital.

—Lo sé y él no debe de estar muy de acuerdo. De todos modos ha decidido ponerme a prueba cuatro semanas —le explicó a su padre como si fuera un niño pequeño—. ¡Ja!

A prueba. ¿No te fastidia? Ni que yo fuera un coche. ¡Menudo estúpido!

—Bueno, cariño, tranquilízate. Ya encontraremos una solución. Lo hablaremos con mamá cuando lleguemos a casa.

Ella cerró los ojos fingiendo que se iba a dormir. Tardaban en llegar a su casa unos veinte minutos. Su padre también prefería fingir que creía que su hija dormía. Dos no discuten si uno no quiere. Él se sentía tan culpable… La noche del accidente se retrasó.

Trabajaba de encargado en un supermercado. Cuando casi era la hora

del cierre, los guardias de seguridad dieron un aviso: dos adolescentes permanecían retenidos por hurtar una botella de ron y otra de whisky. La cosa se alargó porque los chavales increparon a los guardias aduciendo que los habían golpeado. Tuvo que venir la policía y revisar el vídeo de seguridad. Aunque todo se aclaró al ver la grabación, no fue lo suficientemente pronto como para que él llegase a tiempo de recoger a su preciosa bailarina.

Al ir hacia el estudio, una ambulancia le echó a un lado para adelantarlo. "Dios mío, debe de ser urgente. ¿Qué habrá pasado?" —había pensado Mariano, el padre de Diana, al ver la ambulancia—. Un par de calles después, un coche de policía voló a su lado. En ningún momento se le pasó por la imaginación que, tanto unos como otros, iban a atender a su propia hija.

Al llegar a la puerta del estudio, la gente permanecía agolpada alrededor de alguien.

Mariano dejó el coche en una esquina y se acercó a ver qué ocurría. A la primera que vio fue a la profesora de baile de Diana en sus primeros años. Se acercó a ella y le dijo:

—Ana, ¿qué ocurre ahí?

Entonces, ella lo miró con cara de sorpresa y, llorando, le señaló hacia el tumulto diciendo una sola palabra que a Mariano le taladró el corazón: "Diana".

Ni siquiera se acordaba de cómo se había abierto paso hasta ella. Había apartado a la gente hasta llegar a su niña, quien yacía en el suelo inconsciente con las piernas en un ángulo imposible. El médico de la ambulancia gritaba a sus compañeros: ¡Más gasas…

cógele una vía… la camilla…! ¡Hay que llevarla al hospital YA!

La policía, mientras tanto, preguntaba a los testigos sobre el accidente. El que la atropelló se dio a la fuga de inmediato y nadie parecía haberlo visto con claridad.

Mariano no conseguía reaccionar. De pie, pasmado y viviendo su propia pesadilla y sin poder moverse. Él quería desaparecer de allí, sus piernas no. Su hija necesitaba su ayuda, pero en ese instante él se habría ido muy lejos para no volver. Antes de que nadie hablara con él, antes de que el médico le dijera nada, él ya sabía que nunca más volvería a bailar. Por un segundo pensó que sería mejor que hubiera muerto en el accidente. El infierno que les esperaba iba a ser mucho

peor. Enseguida se odió a sí

mismo por pensarlo siquiera. Su niña, su ángel ¡al menos estaba viva! En su corazón, él sabía que eso era una verdad a medias.

Mariano aparcó en la puerta de su casa. Había conseguido una de esas plazas para minusválidos del ayuntamiento. Diana al principio se había enfadado mucho.

Cualquier cosa que le recordase su estado la ponía de muy mal humor. Su padre cedía a todos y cada uno de sus caprichos como un robot programado para tal fin. Esa vez no cedió. Ella quería que fuese al ayuntamiento y renunciase a aquella plaza de aparcamiento. Mariano sabía que tener donde aparcar siempre en la puerta de casa, trasladando a su hija con las piernas así, era imprescindible. Sobre todo cuando estaba recién operada y llevaba aquellos hierros tan aparatosos. Y en pleno Carabanchel, aparcar a ciertas horas, era imposible. Durante unos meses aguantó sus ataques de ira, después se le fue pasando. Ella también vio la ventaja de llegar de la rehabilitación con la sensación de no poder caminar dos metros y tan solo tener que dar veinticuatro pasos hasta el ascensor. Los contaba todos los días. Llegó a odiar tanto ese número que se prometió a sí misma que pasaría de los veintitrés a los veinticinco y no cumpliría veinticuatro años por nada en el mundo. Claro que… quedaba mucho para eso, tenía diecinueve años.

Su madre se encontraba preparando la cena. Diana prácticamente no comía, sobre todo al principio. Había sido bastante disciplinada con la comida durante sus años de bailarina hasta que empezó la rehabilitación y tuvo que comer algo más. Hacía mucho más ejercicio del que se imaginaba y necesitaba meter más calorías a su cuerpo menudo.

Caminar con las muletas también ayudaba a quemarlas. En aquella ocasión su madre cocinaba unos calabacines rellenos que a Diana le encantaban. Algún día que se había levantado de mejor humor, había pensado en ayudar a su madre en la cocina. Cocinar nunca se le había dado del todo mal y podría ser una buena distracción. En realidad, no soportaba estar con su madre demasiado tiempo. No aguantaba la manera que tenía de mirar sus piernas torcidas y llenas de cicatrices.

Durante la silenciosa cena, su padre paseaba la vista de Diana a su madre sin parar, hasta que la joven, dando con el tenedor en el plato a modo de protesta, le dijo:

—¡Para de hacer eso, papá! ¡Me estás poniendo de los nervios! ¿Se puede saber qué te pasa?

—Bueno, es que me preguntaba si no le querrías contar a mamá lo que te ha pasado hoy en el grupo de apoyo.

Ella bajó la cabeza, apretó un poco las mandíbulas y respiró hondo un par de veces.

Entonces le contó a su madre cómo David le había pedido que no volviera y que luego le había dado cuatro semanas para cambiar de actitud.

—¿Te lo puedes creer, mamá? ¡Me pone a prueba! —gritó enfadada y a punto de perder los estribos—. Es un presuntuoso. No sé quién se piensa que es…

—Tiene razón —dijo de pronto su madre.

Diana se quedó muda del asombro y su padre abrió los ojos como platos con una mueca de terror que su esposa decidió ignorar.

—Lo siento, hija, es lo que pienso. A lo mejor crees que somos crueles contigo porque hemos pensado que debes avanzar. Es posible que después de lo que voy a decirte hoy me odies, pero prefiero sacrificar mi relación contigo con tal de que tú sigas adelante con tu vida. Creo que David es el único que se ha atrevido a decirte lo que todos pensamos: que estás desperdiciando tu vida compadeciéndote de ti misma.

—Mamá, no me puedo creer que me estés diciendo esto.

—Sí, hija. Ya sé que para ti ha sido un año horrible. Saber que no vas a volver a bailar como lo hacías, saber que tu vida ha cambiado para siempre, tantas operaciones… No creas que para nosotros ha sido mucho mejor. Papá no hay día que no se culpe por no haber llegado a tiempo aquella noche, y yo no sé cómo tratarte. Cualquier cosa que hacemos para mejorarte la vida te recuerda a tu nueva situación y la rechazas. Y si intentamos fingir normalidad… bueno, pues nos recuerdas que tú no eres normal. ¡Ya no podemos más! ¡Nos estás destrozando, hija!

—¡Sois unos egoístas! —chilló con furia dirigiéndose a sus padres—. ¿Queréis que piense en cómo os sentís vosotros por mi accidente? ¿Vosotros? ¿Y yo? ¿Cómo creéis que me siento yo? ¡Mi vida es una mierda! Ya no puedo bailar y era muy buena, mamá, tú lo sabes. ¿Qué

me queda ahora? Ya no soy más que una marioneta. Mis hilos los movéis vosotros a vuestro antojo ayudados por David. No puedo más…

Al decir aquellas palabras se puso a llorar con furia. Las lágrimas le salían disparadas sin que hubiera manera de pararlas. Su madre al principio no sabía qué hacer. Poco a poco se fue acercando a su hija: primero le cogió una mano que Diana no apartó; buena señal. Después la abrazó contra su pecho y ella se acurrucó como pudo. Por fin era capaz de abrirse a sus padres. Elena, su madre, pensó que aquel último año había sido

como vivir en pleno centro del infierno y que quizá por fin habían encontrado la manera de salir de allí. Mariano, por su parte, se mantuvo a una prudencial distancia de un par de metros petrificado, ni siquiera se atrevía a respirar.

Esa noche, Diana cayó agotada en la cama. Soñó con David; en su sueño tenía una mirada fría y oscura y se reía de ella sin parar. Diana intentaba levantarse, pero sus piernas eran de gelatina y no lograban sostenerla. Intentaba coger sus muletas que cada vez se alejaban más. David le decía sin parar: *Vamos, Diana, ¿por qué no vienes? Coge tus muletas. Te estamos esperando todos.* Cuando intentaba levantarse, sus piernas, de pronto, se derretían. Ella quería gritar, horrorizada; de su boca no salía sonido alguno.

Se despertó bañada en sudor. Su madre trajinaba en la cocina. Miró el reloj y descubrió que eran las ocho y media. ¡Qué raro! Normalmente despertaba a eso de las tres de la madrugada y le pedía a su madre un calmante. Esa noche no, había dormido de un tirón. Y parecía que hasta el último momento había dormido bastante bien. Se levantó y se encaminó a la ducha con dificultad. Recién levantada, sus piernas se comportaban como torpes juguetes a pilas. A medida que transcurría el día cobraban fuerza y seguridad. Su madre se lo había explicado mil veces. A la gente que tiene las piernas sanas le pasa exactamente igual, pero lo nota menos. Así de simple.

Ya en la ducha, dejó que el agua corriera por su larga melena negra. Tenía el pelo más bonito de todas las bailarinas de su grupo. Siempre había sido la envidia de sus amigas. Ahora ya no la envidiaba nadie. Lo llevaba recogido en una coleta sin gracia, con tal de no tener que arreglárselo. Salió de la ducha y, enfundada en un suave albornoz verde, se enfrentó a su imagen en el espejo. Sus piernas se veían torcidas y llenas de sombras que las cicatrices habían ido dejando en ellas. El resto de su cuerpo era proporcionado y estiloso. Sus ojos, casi

negros, le daban a su cara un aire enigmático que no le pasaba desapercibido a nadie y ella sabía sacarles provecho. Siempre se había maquillado sola y el resultado final era sencillamente sorprendente. Pues bien, iba a ser ella misma, lo tenía decidido. No podría cambiar lo que les había pasado a sus piernas, pero buscaría otra ocupación que le agotara las fuerzas y el tiempo lo suficiente como para no acordarse siquiera de lo que ya no podía hacer. Una nueva Diana estaba a punto de resurgir de sus propias cenizas. Una sonrisa cruzó el rostro de Diana, y esta vez era sincera.

Capítulo 2: Marta

—¡David! ¡David! —gritó Marta desesperada—. ¡Ayúdame!

David se despertó sobresaltado al oír las voces de su novia desde el baño. ¿Por qué habría ido ella sola? Sabía que tenía que despertarlo. Fue corriendo hasta allí para descubrir que Marta se había intentado duchar sola y se había caído a un lado de la bañera. Estaba en una postura de la que, con la parte izquierda del cuerpo paralizada, no era capaz de levantarse. Se apresuró a cogerla en brazos y, envolviéndola en una toalla grande, la llevó a la habitación y la abrazó contra sí.

—Marta, cariño, sabes que me tienes que llamar. ¿Por qué te empeñas en ir sola?

—No puedo depender de ti para todo. Necesito sentirme útil.

—Entonces busca otra ocupación en la que puedas sentirte bien sin ponerte en peligro innecesariamente —le recriminó aun sabiendo lo que vendría después.

Ella se quedó en silencio, dos gruesas lágrimas caían por su cara.

—No llores, cariño, ya hemos hablado de esto un montón de veces. Simplemente deberías conocer tus límites, nada más —le explicó pacientemente por enésima vez.

Empezaba a estar harto de aquellas escenas.

—Lo… siento… David… Perdóname, no lo haré más, te lo prometo. No me dejes, por favor.

—No puedes pensar que te voy a dejar cada vez que te caes, o que lloras, o que te pasa algo y me mosqueo un poco. Tienes que estar segura de que te quiero. No sé ya cómo demostrártelo, haces que me sienta como un ogro.

—Ya… lo sé. Es que no entiendo cómo puedes seguir conmigo así. Yo… creo que te sientes culpable por lo de aquel día y por eso…

—¡No! —la recriminó él comenzando a perder la paciencia—. Por favor, no vuelvas a insinuar eso. ¡Jamás! ¿Me oyes? Sigo contigo porque te quiero, y punto. No me siento culpable de nada, no fue culpa mía y lo sabes.

—Cariño, no te enfades. Yo tampoco pienso que fuera culpa tuya…

—Se acabó la discusión. Voy a darme una ducha que se me hace tarde para ir a trabajar.

David se metió en la ducha con la sensación de que no soportaría durante mucho tiempo aquello. Iba aguantando mientras oía día tras día los problemas de gente que, como su novia, habían sufrido un percance que les había arrebatado sus sueños. Pero…

¿quién lo ayudaba a él? No era fácil vivir con ella, al menos no ahora. Mientras el agua caliente iba relajando un poco su mente pensó en su novia.

Era una mujer guapísima. La había conocido en el gimnasio donde iba a diario a fortalecer un poco sus músculos. Ella estaba allí, como una aparición; la encontró preciosa. Ella también se había fijado en él. Tras una semana de tontear un poco, habían quedado para salir. Fue perfecto. Pocos meses después vivían juntos.

Por aquel entonces era profesora de Educación Física en un colegio de Primaria. Sus alumnos la adoraban. Era simpática, divertida, cariñosa… Dos años después de empezar la relación, le cayó un trozo de una cornisa mientras esperaba al autobús un día en que el viento arreciaba. Estuvo a punto de morir de camino al hospital. El golpe destruyó parte del lado derecho de su cerebro. Tras un par de intervenciones a vida o muerte y casi dos años enteros de rehabilitación, se había convertido en aquella Marta insegura, triste y depresiva. Ponía a prueba a David día tras día. Y él superaba la prueba día tras día también. Había estado a punto de romper con ella

varias veces y le parecía tan mezquino…

Hoy había dado en el clavo: sí que se sentía culpable. Todos los días la recogía en la puerta del colegio para irse juntos a casa. Ese día había quedado con unos amigos para tomar unas cervezas al salir de trabajar. Precisamente ese día que hacía tan mal tiempo.

Si lo hubiera sabido… Si hubiera intuido que algo así iba a ocurrir. Pero, claro, eso era imposible. Lo peor fue que no consiguieron dar con él hasta pasadas varias horas, y

encima estaba borracho como una cuba. Aunque no se lo perdonaría nunca, ella no debía saberlo.

Se obligó a dejar la seguridad de la ducha para enfrentarse de nuevo a su novia.

Respiró hondo varias veces y se fue hacia la habitación; ella no estaba. Pensó que estaría preparando el desayuno; en la cocina tampoco la encontró. ¿Habría salido a la calle?

Porque en el pequeño apartamento tampoco había muchos sitios donde esconderse: la puerta seguía cerrada con llave. Una sensación de terror se apoderó de él. Algo no iba bien. Claro que, Marta podía muy bien haber salido a la calle y después haber vuelto a cerrar con llave, ¿no? David sabía perfectamente que no era así. No quería enfrentarse a ello pese a que estaba seguro de lo que había pasado.

Lentamente se encaminó a la pequeña habitación y allí comprobó lo que sospechaba: la ventana estaba abierta. No podía pensar, no podía caminar, no podía ni siquiera respirar. Y, de pronto, lo oyó. El desgarrador grito de Geli, su vecina de abajo, le confirmó lo que intuía: Marta se había tirado. Antes de asomarse para comprobar lo que ya sabía, llamó al 112.

—Emergencias —se oyó una agradable voz femenina al otro lado de la línea—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Sí… mi nombre es David. Mi… novia… se ha tirado por la ventana.

—¿Perdón? ¿Podría repetirme lo que ha dicho?

—Mi novia, Marta…—dijo mientras sollozaba sin consuelo—, se ha tirado por la ventana.

—Señor, tranquilícese —le pidió la voz—, enseguida le mandamos una


ambulancia…

—Está muerta —concluyó David.

—¿Ha comprobado usted el pulso? —inquirió la mujer.

—Vivimos en un octavo piso —le explicó David.

—Entiendo —dijo como única respuesta—. Dígame su dirección, por favor.

Tras proporcionarle al servicio de emergencias los datos que le pedían, se vistió a toda prisa y bajó las escaleras para enfrentarse a su mayor fracaso. Eso era lo que sentía.

Él, que llevaba varios grupos de apoyo, al que todos acudían para pedirle consejo, al que todos admiraban porque parecía tener la respuesta para cualquier cosa. El David seguro de sí mismo al que ninguna circunstancia asustaba por muy cuesta arriba que se presentara. Había fracasado justamente con la persona a la que más quería en el mundo, su Marta. Cierto que los últimos meses habían sido muy complicados, pero él la amaba.

Ya en el suelo junto a ella, solo pudo cogerle la mano, aún tibia, y llorar.

Tras certificar la muerte de Marta, la policía subió a su apartamento. David no se movió de su lado en ningún momento. Permaneció allí, viendo cómo la policía tomaba muestras, fotos, y haciendo caso omiso de la inmensa cantidad de curiosos que se agolpaban alrededor. Muchos lo miraban con pena, otros con desconfianza. Sabía que la policía buscaría pruebas de que no había sido un asesinato. También hablaría con los vecinos, era el procedimiento habitual. Una vez que el forense y los técnicos terminaran con la recopilación de pruebas, hablarían con él, le tomarían las huellas y después le dejarían preparar el funeral. Pensó en cómo se lo diría a los padres de Marta y a su hermano. Pensó en la cantidad de gente a la que tendría que avisar y la de papeleo que habría que rellenar. Mientras su mente organizaba el resto del día, una mujer se acercó hacia él. Le hizo una pregunta que él no escuchó. Su mente en realidad, volaba lejos de allí. Miró tranquilamente a aquella mujer. Rubia, pelo corto, no muy alta, con unas facciones pronunciadas que le daban un aire de seguridad y de superioridad. Le sobraban algunos kilos, sin embargo era proporcionada y fuerte. Tenía pinta de hacer deporte con frecuencia.

—Disculpe, señor, ¿me oye bien?

—Sí, perdone. Es que estaba pensando en lo que tengo que hacer para preparar el funeral de Marta y en cómo decírselo a su familia…

De pronto, tomó conciencia de sus propias palabras. Nunca más se despertaría junto a ella, nunca más discutirían porque ella se hubiera tomado el último café que quedaba en la cafetera, ni porque David no cerrara la tapa del váter. Nunca más la acariciaría, ni la podría mirar mientras dormía. Nunca más se perdería en su mirada mientras hacían el amor.

Las lágrimas pelearon por salir… y ganaron. David lloró y se estremeció. La pena invadió su corazón y se sintió morir. Ojalá hubiera muerto él, así no habría tenido que

vivir esa pesadilla. La mujer se sentó a su lado. Aguardó unos minutos a que liberase su pena y después volvió a dirigirse a él.

—Disculpe, señor, cuando se vea con fuerzas, necesito hacerle unas preguntas. Soy la inspectora Benítez, de homicidios. Puede llamarme Sara.

—Encantado. Yo… me llamo David Álvarez. Soy… el novio de Marta.

—Siento mucho su pérdida, sé que es un mal momento, entienda que tengo que hacerle algunas preguntas.

—Claro. Usted dirá —dijo un David abatido y sin fuerzas.

—Verá… es usted quien ha llamado a emergencias, ¿no?

—Sí.

—Bien —prosiguió la inspectora—. ¿Cómo ha ocurrido? Estamos tomando huellas en su casa y no hemos encontrado ningún signo de lucha o de que ella se haya resistido.

—¿De que se haya resistido a qué?

La inspectora se quedó mirándolo unos segundos como si estuviera decidiendo si él la había tirado o no. Después continuó hablando como si nada.

—Cuénteme cómo ha ocurrido.

—Marta y yo discutimos esta mañana. Bueno, no se puede decir que discutimos exactamente. Desde que tuvo el accidente, ella se transformó, se encontraba muy deprimida, me torturaba haciéndome

pensar que yo era culpable de lo que le había pasado y esta mañana…

—Pare, pare —le dijo de pronto la inspectora—. Disculpe, no me estoy enterando de nada. Creo que será mejor que nos acompañe a la comisaría y empiece desde el principio. No tengo ni idea de qué accidente me está hablando, ni de por qué le culpaba de ello. Creo que va a tener que contarnos varias cosas.

—Claro —contestó David sin ganas—, por supuesto. Tengo… que llamar a su familia… y… preparar su entierro…

—Puede llamar desde la comisaría si lo necesita para avisar a la famila. Para el entierro deberá esperar un poco a que le realicen la autopsia. Lo siento.

David volvió a llorar como única respuesta. No era capaz de pensar en ninguna palabra coherente. Sara le dejó llorar y después lo acompañó al coche de la policía para que fuese con ellos. David miró cómo la furgoneta del ayuntamiento se llevaba a su novia muerta al Instituto Anatómico Forense. Aún no se lo podía creer.

Una hora más tarde, la inspectora se había hecho una idea aproximada de lo que le había pasado a Marta el día del accidente y de lo ocurrido esa mañana. O, al menos, de lo que David le acababa de contar que había pasado.

—Bien, así que usted estaba en la ducha cuando ella se tiró, ¿no es así?

—Sí —respondió David por sexta vez.

—Lo que no entiendo es la nota que dejó su novia. Es imposible que se tirase por un arrebato o porque ya no pudiera más. Tenía que haberlo planeado desde hacía mucho tiempo. La letra está muy bien hecha, pulcramente, sin titubear. Si, como usted dice, Marta tenía un lado paralizado, no sé cómo se las ha arreglado para escribir esta nota de manera tan perfecta.

—No sé de qué nota me está hablando —dijo David volviendo a la realidad por primera vez desde que Marta se había suicidado—. De todos modos, ella es… perdón…

era diestra. El lado que tenía paralizado era el izquierdo. Podía escribir perfectamente.

—Ya, pero parece escrita de antes, no con prisas para tirarse un

minuto después —le explicó con calma la inspectora a la vez que paseaba arriba y abajo por la sala de interrogatorios en un intento de ponerle nervioso—. También hemos encontrado esto en su almohada. ¿Sabe qué puede ser?

—No, ni idea —dijo mirando con extrañeza aquel paquetito envuelto en papel de aluminio que le tendía la inspectora—. ¿Y dice que estaba en su almohada? Qué raro…

¿Qué es?

David lo cogió y al acercárselo le despidió un olor extraño. Rápidamente lo apartó de sí con una mal disimulada mueca de asco.

—Huele fatal, ¿verdad? —le empezó a explicar la inspectora—. Dentro tiene cacao, azúcar y pelo.

—¿Cómo ha dicho? ¿Se están riendo de mí? —preguntó David con una mezcla de extrañeza y aversión en su cara—. ¿Y está segura de que eso estaba bajo su almohada?

—Sí, extraño, ¿eh? —dijo la inspectora volviendo a mirar aquel paquete y poniendo una cara de lo más elocuente—. La verdad es que pensábamos que usted nos podría decir algo más sobre esto. Tome, aquí tengo la nota, por si puede usted iluminarnos un poco.

David cogió la nota con la terrible sensación de que todo aquello se estaba volviendo en su contra. Por un lado, pensaba que por fin tenía su merecido, por no haber ido a buscar a Marta aquel fatídico día. Por otro, el más racional, estaba seguro de que la culpa no había sido suya y de que todo se aclararía. Había que mantener la calma.

Rápidamente reconoció la letra redonda y pequeña de su novia. Era la misma letra que día tras día había visto en las notas que le dejaba en la nevera recordándole que tenía que ir al súper, o que tenía que pasar la revisión del coche, o que ese día saldría más tarde…Eso nunca más volvería a ocurrir. La única nota que le quedaba de ella era la que aquella seria y desconfiada inspectora le acababa de dar a leer.

Lo siento, amor:

Hace mucho tiempo que pasó. Hace mucho tiempo que nuestras vidas murieron para siempre, aunque tú y yo nos empeñemos en seguir viviéndolas: no es posible.

¿No te das cuenta de que no se puede mantener vivo algo que ya no lo está? Hay que enterrarlo y llorarlo. Y tú no eres capaz de hacerlo si yo no te ayudo.

Miriam me ha advertido de que no eres mío. Tu corazón pronto pertenecerá a otra mujer y yo se lo estoy robando. No puedo vivir con eso.

Me paso los días pensando en aquella cornisa, la que acabó con mi vida. Todos los días te digo que no te sientas culpable, porque, aunque digas que no, piensas que fue culpa tuya. Pues te diré un secreto, el secreto que me lleva quemando desde que ocurrió: yo también creo que la culpa fue tuya. Sí, lo creo. El día que más te necesité, me fallaste. Lo creo en lo más hondo de mi ser y es algo que no me deja vivir.

No puedo más. Vuela libre para que yo pueda so ñar.

Lo siento, amor.

Marta

Un grito desgarrador empezó a tomar forma en el pecho de David, fue subiendo lentamente sin que nada fuera lo bastante fuerte para frenarlo. Se instaló en su garganta y, de pronto, estalló. La inspectora Benítez dio un paso atrás de la impresión; su compañero, quien había permanecido en un segundo plano, levantó la vista súbitamente del expediente que estaba cubriendo sin saber qué hacer. De repente, aparecieron dos agentes de uniforme con el arma en la mano, pensando que aquel hombre estaba intentando agredir a sus compañeros. Rápidamente, Sara se puso delante de ellos.

—Bajad el arma, rápido. No pasa nada. Tranquilos, de verdad, no es nada.

Los dos policías miraron del hombre a su jefa y de su jefa a aquel hombre. Ellos no estaban seguros de que no pasara nada. La situación se veía un tanto irreal. Un joven permanecía sentado y llorando, con un papel agarrado contra su pecho. Las lágrimas cubrían su rostro y parecía estar muy lejos de allí, a kilómetros de aquella pequeña sala de la comisaría. Claro que, si la jefa decía que no pasaba nada, es que no pasaba nada.

Guardaron de mala gana el arma y salieron de allí mirando varias

veces hacia atrás.

Unos minutos después, y con un tranquilizante inundando sus sentidos, David se sentía algo más entero. La inspectora Benítez decidió que por ese día tenían suficiente.

Acompañaron a David al Instituto Anatómico Forense, adonde habían llevado el cuerpo de Marta para realizarle la autopsia. La familia de ella ya estaba allí.

Sara vio cómo la madre de la chica se abrazaba a David cuando llegó. El dolor les sobrepasaba hasta llenar la estancia. Ellos permanecían abrazados llorando. Un chico de unos dieciocho años se hallaba sentado en una silla con la mirada perdida, mientras un hombre a su lado lloraba con la cara enterrada entre las manos. Era evidente que la familia de Marta no pensaba ni por asomo que David hubiera podido tener algo que ver.

A Sara le había parecido todo muy raro cuando había llegado al apartamento tras el aviso de emergencias. El maloliente y extraño paquetito bajo la almohada; ella tirándose por la ventana desnuda, tan joven y con un novio tan "perfecto"; la nota de suicidio tan premeditada y decidida que echaba la culpa al chico de su dolor, y los correos electrónicos encontrados en el ordenador de la chica y que aún no había comentado con David. Primero había que ver de dónde procedían y si podían tener algo que ver con lo que le había ocurrido a Marta. Después decidiría si ese chico era culpable o no. También tenía que enterarse de quién era la tal Miriam.

Un detalle inquietaba mucho a Sara. David había llamado al servicio de emergencias a las 8.47 de la mañana. En el móvil de la joven aparecía una llamada a las 8.41 de la mañana. Es decir, seis minutos antes, y no era una llamada perdida, alguien había contestado. Había que rastrear el número y ver a quién pertenecía, aunque algo le decía a la inspectora que se trataría de un móvil de tarjeta y que les iba a costar dar con el dueño. Seguramente ni siquiera lo tuviese permanentemente encendido. ¿Y si la llamada la había cogido David? ¿Y si estaba mintiendo? Normalmente hacía caso a su instinto. Pocas veces le había fallado. El instinto no era suficiente, ya que, aunque veía en David un hombre inocente, le parecía que ella no había abandonado voluntariamente este mundo.

En el laboratorio tomarían las huellas del móvil y, al menos, sería algo de lo que saldrían de dudas. Lo que en principio aparentaba ser un simple suicidio tomaba otro rumbo una y otra vez. La mente de Sara

empezaba a tejer los hilos de la madeja que acababan de encontrar…

Capítulo 3: El arcano número 13

Miriam contemplaba las cartas aterrorizada. ¿Cómo no lo había visto antes? Habría advertido a la chica o a su novio. Lo que allí aparecía no daba lugar a dudas: esa chica estaba muerta. Decidió concentrarse de nuevo y hacer otra tirada. Pensó en Marta, en el día que había venido a su consulta, tan triste y abatida. Miriam le había hecho una tirada del tarot y lo que había visto era bastante deprimente. Veía una persona que la amaba sobre todas las cosas, su novio y que finalmente se hartaba de estar con ella y se iba con otra chica. Se vio obligada a decírselo. Ella jamás mentía. Decía lo que veía en las cartas. Sí que intentaba dar alguna salida o alguna solución, pero veía lo que veía.

Aquella chica estaba desesperada. Miriam había visto en las cartas lo que le había ocurrido en el accidente. Incluso le dijo: *Estuviste a punto de morir. Se te paró el corazón y te trajeron de vuelta.* Marta se había quedado sorprendida: era cierto. En la ambulancia de camino al hospital había sufrido una parada cardiorrespiratoria y la habían reanimado.

Tras la primera operación estuvo varios días en la unidad de cuidados intensivos en estado crítico. Después, su cerebro comenzó a sangrar de nuevo y tuvieron que realizarle una segunda operación. Tres días después comenzó a estabilizarse. Seguía muy grave, pero, al menos, los médicos comenzaban a hablar de “estable” en lugar de

“crítico”.

Los médicos no estaban seguros de las secuelas que le quedarían a la joven, habría que esperar. Con el tiempo, Marta estaba un poco mejor. Comenzaba a hablar, aunque a veces repetía lo mismo sin cesar, o hablaba de cosas que no tenían sentido. La parte izquierda de su cuerpo no funcionaba correctamente. Además, su cara estaba desfigurada. Era bastante probable que no pudiera volver a trabajar, al menos de profesora. Su cerebro ya no procesaba bien algunas cosas: colores, música, percepciones visuales… Cuando comenzó a darse

cuenta de su situación y de lo que había perdido por el camino, comenzó la depresión. Dos veces intentó quitarse la vida y las dos veces David la encontró a tiempo. Pero la tercera había sido definitiva. Ella se aseguró de que David no pudiera hacer nada esa vez.

Al hacer una nueva tirada de cartas,Miriam no era capaz de entender lo que estaba viendo. Aparecía un hombre al que nunca había visto en ninguna de las tiradas que le había hecho a Marta. La carta de la muerte salía invertida justo a su lado, el arcano número 13. Las cartas le decían a Miriam que ese hombre había tenido mucho que ver con su muerte. Tenía que ver al novio de Marta y contárselo. Pero ¿cómo lo localizaría?

De Marta no tenía más que su nombre y su fecha de nacimiento. Y además, cuando lo encontrara, ¿qué le diría?: *Hola, me llamo Miriam, soy tarotista y vidente. Tu novia, Marta, vino a verme varias veces para que le echara las cartas y he visto que está muerta y que un hombre al que nunca había visto estaba implicado en su muerte.* Le sonaba raro incluso a ella.

Tenía que pensar qué hacer y no sería fácil. Recogió sus cartas y rezó una oración.

Quemó un poco de incienso de ruda para purificar su casa y alejar de allí las malas vibraciones. Se aseguró de que el aroma a incienso llegara a todos los rincones de las habitaciones y puso unos ajos en las esquinas. Ahora se sentía un poco mejor. De todos modos tenía que hablar con Soraya, su mentora, ella sabría qué hacer. Marcó el teléfono del gabinete que llevaba su amiga, allí la informaron de que no estaba. Había llamado por la mañana para decir que ese día no podía ir. Entonces se apresuró a llamarla al móvil. En cuanto notó el primer tono de llamada, una imagen acudió a su mente. Soltó el teléfono aterrorizada y lloró. Ahora sí que tenía que hacer algo: la persona en la que más había confiado durante toda su vida estaba muerta. Podía sentirlo, habían asesinado a Soraya, no tenía la menor duda. ¿Cómo iba a poder explicar todo aquello?

Se levantó despacio y se volvió a sentar. Su cabeza no era capaz de procesar correctamente lo que acababa de ver. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si aquello que había visto simplemente no había ocurrido todavía? Miriam siempre había hecho caso a sus visiones y su instinto le decía que la visión que había tenido era absolutamente real.

Se dirigió a la habitación, donde se apresuró a vestirse con lo primero que encontró en el armario. Ni siquiera se fijó en si los colores

pegaban o en si le quedaba más o menos estrecho en las caderas. Tampoco se paró a recoger sus rebeldes rizos pelirrojos ni se molestó en maquillarse un poco. Necesitaba llegar lo más pronto posible a casa de Soraya.

Bajó tan deprisa los escalones que por dos veces estuvo a punto de caer rodando, ni siquiera eso hizo que se detuviera. Al salir, el aire frío azotó su rostro consiguiendo despejar su mente al instante. solo una imagen permanecía en ella como grabada a fuego en su memoria: la imagen de su amiga muerta.

Se abalanzó sobre el primer taxi que encontró con la luz verde encendida, haciendo que el taxista frenase de golpe y maldijese en voz baja. Un coche pitó furioso al pasar al

lado del vehículo, protestando por la brusca frenada. Su conductor aparecía rojo de ira e insultaba al taxista mientras agitaba el puño en el aire. El taxista, casi sin inmutarse, sacó el dedo corazón por la ventanilla y se apresuró a bajar la bandera en cuanto Miriam tomó asiento en la parte de atrás del coche.

—¿Adónde vamos, señora? —preguntó el hombre.

—A la calle León Felipe, en Vallecas, por favor.

—¿Qué número?

El hombre puso en marcha el taxi mientras esperaba la respuesta de Miriam, al ver que no contestaba, decidió volver a intentarlo.

—Señora, ¿a qué número vamos?

—Perdón —se disculpó ella al darse cuenta de que permanecía totalmente ajena al taxista—. Al número 21.

—En marcha —respondió él mientras observaba a la extraña mujer pelirroja que acababa de meterse en su taxi.

Tenía que reconocer que, aunque no era lo que se dice guapa, tenía esa belleza enigmática que hacía que los hombres se giraran hacia ella una y otra vez. En aquel momento se la veía francamente agobiada. Cuando estaba a punto de preguntarle si podía ayudarla en algo, la calle a la que se dirigían apareció ante sus ojos. Cobró el viaje a la mujer y se marchó de allí con la sensación de que tenía que haber preguntado y a punto estuvo de volver. Unos metros después un anciano levantó la mano requiriendo sus servicios. Puso el

intermitente y paró el coche para ayudar al hombre a subir.

Inmediatamente la desazón que había sentido un minuto antes se esfumó tan rápido como había surgido.

Habían transcurrido veinte minutos desde que había tenido aquella horrible visión de su amiga muerta. Al llegar a la puerta del apartamento, el miedo se instaló en cada poro de su piel, sabía lo que se iba a encontrar. Pocas veces sus visiones la engañaban.

Salvo que alguien quisiera hacerle una mala jugada y hubiera decidido enviarle otras visiones para confundirla. Por si acaso, antes de salir había consultado las cartas. Para ello había cogido la baraja de su abuela, la que le había dado el día antes de morir; era uno de sus mayores tesoros. Al realizar la tirada vio que ninguna alma impura

intentaba engañarla. Al preguntar otra vez por Marta, la figura masculina que tanto le había impactado ver en la anterior tirada volvía a aparecer, y junto a él, de nuevo, la carta de la muerte en posición invertida. ¿Quién podría ser? ¿Cómo habría tenido algo que ver en la muerte de aquella pobre muchacha?

Llamó al timbre despacio, casi rozando con la yema de los dedos. Apenas sonó un instante cuando vio la rendija de la puerta, que estaba abierta. El cerrojo no parecía forzado, así que Soraya había abierto a alguien a quien conocía. El sentido común la obligó a coger el teléfono y llamar a la policía antes de entrar. Avisó de que iba a ver a su amiga, que no contestaba al teléfono ni abría la puerta y que su puerta estaba abierta y que iba a entrar. Desde el otro lado de la línea intentaron, sin éxito, persuadirla de que no entrara hasta que llegara una patrulla de policía que ya había sido avisada. Ella, ignorando aquella voz procedente de una mujer a la que Miriam acababa de visualizar sentada en una silla giratoria con la dirección en el bolsillo del hombre con el que iba a engañar a su marido esa misma tarde, colgó y entró.

Una vez dentro, volvió a dejar la puerta como la había encontrado y se dispuso a buscar a Soraya. Observaba todos los rincones en busca de algo que hubiera pasado por alto, algo que le confirmara que su visión no había sido correcta. Al ver el vaso lleno de palos de canela que Soraya tenía siempre en la mesita del pasillo y el marco torcido con la foto de sus padres, tal como lo había dejado el asesino al salir con prisa de aquella casa, las lágrimas lucharon por salir. La puerta de la habitación estaba cerrada y una extraña luz salía por debajo de la puerta, por las bisagras, como un resplandor…

Miriam se obligó a respirar varias veces hondo y abrió la puerta. La visión que inundó sus retinas fue demasiado cruel para poder comprenderla. Había sangre por todos lados. Varias velas estaban agrupadas en cada rincón de la habitación, proporcionando sombras a aquel escenario, de por sí suficientemente macabro. En las paredes, letras en idiomas antiguos daban un aspecto cruel a la anteriormente acogedora habitación de Soraya. Parecían escritas con sangre. En el centro de la cama, su amiga permanecía sentada con las manos y los pies atados a las patas de la cama. Habían utilizado para atarla varios pañuelos que su amiga usaba para cubrirse el pelo. En cada pata, habían pintado una letra con la sangre de Soraya. Miriam pudo distinguir la “D”, la “H”, la “S”

y la “J”. Evitaba con todas sus fuerzas mirar a la cara de su amiga. Su instinto ganó la lucha contra el sentido común. Al posar sus ojos sobre la cara de Soraya emitió un gemido sordo y sintió ganas de vomitar. Se mordió la mano intentando sofocar un grito y, tragándose la bilis para no manchar nada, salió a toda prisa de la habitación. En cuanto salió el grito se congeló en sus venas al darse cuenta de que se había chocado con alguien. Inmediatamente unas manos sujetaron su cuerpo mientras Miriam caía inconsciente. Después, una neblina inundó toda su mente en un intento de mitigar la

visión que acababa de contemplar. Los preciosos ojos color canela de Soraya no estaban en su cara. Alguien se los había arrancado sin vacilar. Quedaban las cuencas vacías, la sangre coagulada en su interior y el rictus de horror. Miriam estaba segura: se los habían arrancado mientras estaba viva.

Despertó unos minutos después, sudorosa y con el corazón a punto de salírsele del pecho. Descansaba semiacostada en un sillón del salón de Soraya. Un hombre de pelo cano esperaba sentado enfrente a que recuperase del todo el sentido. Su chaqueta, un poco abierta, dejaba entrever una pistola.

—Señora, soy el inspector Leandro Gómez. ¿Es usted quien llamó a emergencias?

—Sí —contestó Miriam con un hilo de voz.

—¿Por qué no esperó usted a que llegara la policía? El agente que la ha encontrado ha estado a punto de agredirla.

—Lo siento. Yo… sabía que algo le había pasado a Soraya; no me contestaba a las llamadas, en el gabinete me dijeron que no había ido

a trabajar y además, bueno… no sé cómo decirle esto. Yo… verá… Soraya y yo… somos videntes y yo… bueno… vi que la habían matado. Así que vine corriendo y al ver la puerta abierta les llamé.

—Perdone, señora, ¿ha dicho usted que su amiga se llama Soraya?

—Sí —contestó ella mirando hacia la puerta de la habitación.

—¿Y ha visto usted a la víctima?

Miriam miró al hombre de ojos azules y pelo gris y alborotado que le estaba haciendo esas preguntas y con infinita tristeza le dijo mientras aguantaba un sollozo:

—Sí, la he visto, ha sido horrible. Le han arrancado los ojos.

—Sí, ya lo sabemos, lo que me interesa de verdad saber es si la mujer que está ahí dentro es su amiga Soraya o puede ser otra persona.

—Es Soraya, sin duda. ¿Por qué lo pregunta?

—Bueno, porque en los papeles que hemos encontrado hasta el momento en la casa el nombre que aparece es el de una tal Sonia Santana y…

—¡Dios mío! ¡Claro! ¡Discúlpeme! Soraya es su nombre de médium. Algunas se cambian el nombre para dedicarse a esto. ¡Qué estúpida! Llevo tantos años llamándola Soraya que se me había olvidado —le explicó Miriam al policía—. Es Sonia Santana, sí.

Leandro miró desconfiado a la mujer que tenía enfrente. ¿Médiums? ¿Que lo había visto en una visión? Esto olía a chamusquina. Iban a tener que interrogar a esa

"médium" a fondo, por si sabía algo más de lo que contaba. Y estaba seguro de que así era.

—Lo siento, señora, de todos modos tendrá que acompañarme a la comisaría. Tengo que hacerle unas cuantas preguntas y, como usted comprenderá, mi compañera tiene que estar presente.

—Claro, lo que haga falta —contestó Miriam con la certeza de que aquel infierno no había hecho más que empezar.

Pero los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios

y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.

Libro del Apocalipsis 20,8

Mientras se flagelaba, pensaba en Drusila; había salvado su alma. Dios lo tendría en cuenta, era justo y poderoso. Cada latigazo abría en la espalda de Gabriel una herida por la que liberaba el pecado; eran necesarias para echarlo de su cuerpo. Dios se lo había dicho.

—Los siervos de Dios saben la verdad —decía Gabriel mientras se golpeaba una y otra vez sin que le produjera el menor dolor—. Nadie puede engañar a un siervo de

Dios. Durante siglos eliminamos a las brujas. Hay que seguir, siempre hay más. No son hijas de Dios, son aberraciones de la naturaleza, monstruos, y no deben existir. No pueden ocupar el mismo espacio en la Tierra, Dios no lo quiere.

Y cada golpe, un pecado liberado. Cada latigazo, un perdón de Dios.

—Ella lo sabe, la bruja tiene el poder, hay que eliminar a la bruja. Dios impartirá justicia y le arrancará su virtud. Sin sus ojos no es nada, no podrá ver nada: ni el pasado, ni el presente, ni el futuro, ni siquiera podrá recordarnos. Ella caminará entre las tinieblas buscando a su dios y él le tenderá su garra de putrefacción y la llevará con él a lo más profundo de los infiernos. Dios, en su infinita misericordia, me guardará un sitio a su lado. Será su regalo por limpiar el mundo de esa plaga…

Capítulo 4: Un cambio de vida

Diana salía de la tienda con una sonrisa en su rostro, la primera en un año. Su madre llevaba varias bolsas en las manos, su sonrisa era incluso más grande que la de su hija.

Había comprado ropa nueva, algo de maquillaje y en la peluquería habían cortado un poco el pelo a Diana dejándole la melena larga y suave cayéndole por los hombros. Un flequillo irregular enmarcaba sus facciones a la perfección. La peluquera se había pasado un buen rato admirando su larga mata de pelo y mirando de reojo las muletas de Diana. Ella, en lugar de enfadarse, se divirtió de lo lindo pensando en lo que estaría pasando por la cabeza de esa pobre chica.

Elena miraba orgullosa a su hija. Había decidido salir del bache y llevar una vida lo más normal posible. Si el cambio que estaba viendo era un preludio de la Diana que había vuelto a la vida, era maravilloso. En tan solo una semana había conseguido ver a su niña alegre y entusiasta en esa preciosa joven que tenía delante.

Iban a la reunión del grupo de apoyo. Diana venía hoy con la intención de demostrarle a David de lo que era capaz, se iba a enterar. No se iba a creer el cambio que se había obrado en ella en esa semana. Con que a prueba, ¿eh? En la puerta, se encontró con Agus. El chico la miró extrañado al verla pasar.

—Diana, ¿eres tú?

—¡Hola, Agus! ¿Cómo estás? —preguntó entusiasmada ignorando la cara de alucinado que se le acababa de quedar a Agustín.

—Eh… bien… supongo. ¿Y tú?

—Muy bien. Hoy, en la rehabilitación, Quique me ha felicitado dos veces —le explicó dejándole cada vez más pasmado—. Dice que en esta semana he mejorado más que en

todo el año. ¿Te lo puedes creer? ¿A que es alucinante? Estoy deseando decírselo a David.

Su madre le dio un beso mientras hablaba, porque esa nueva Diana no paraba de hablar. Debía de estar resarciéndose de lo callada que había estado todo el año. Le hizo un gesto para que supiera que después vendría a buscarla y se marchó. Diana miró a su madre con cariño. Empezaba a darse cuenta de lo mal que lo habían pasado sus padres también y se había propuesto compensarlos por ello. Había sido tan egoísta… Las palabras de Agus la sacaron de sus pensamientos.

—¿Cómo dices?

—Digo que hoy David no estará. Se ha muerto su novia, la entierran mañana.

Diana sintió cómo el peso de esas palabras se le colgaba como una piedra al cuello.

¿Su novia, muerta? ¿Qué habría pasado? De pronto, sintió la necesidad de llamarlo para decirle que lo sentía mucho y que, aunque ni siquiera sabía que tuviera novia, estaba muy apenada por su muerte. Que también sentía haberse portado como una estúpida niña caprichosa durante todo el año y agradecerle que la obligara a salir del pozo en el que se había metido.

De pronto, el miedo se apoderó de ella. No podía ni pensar que David no volviera al grupo de apoyo. ¿Qué haría sin él? ¿Quién la volvería a guiar cuando se desviara? ¡Uf!

Esta nueva Diana no estaba tan segura de sí misma como la otra, la que era capaz de comerse el mundo mientras bailaba.

Durante la hora y media que duraba la reunión, Diana se escondió en su mundo, distante, ausente. Habían mandado a una chica a sustituir a David; ella no se entretuvo ni en preguntar el nombre. ¿Para qué? No le estaba haciendo el menor caso y ni siquiera se iba a acordar en cuanto saliera de allí. Cuando acabó la reunión, sí se quiso quedar a hablar con los compañeros del grupo de apoyo. Era la primera vez que lo hacía y además había llevado unas magdalenas que había hecho ella misma con la ayuda de su madre. Todos la miraban con recelo y no intentaban conversar con ella. No olvidaban que jamás los había tratado con demasiado respeto.

Ella buscó con la mirada a Agus, al menos era el único con el que había podido entablar una conversación. El joven se encontraba demasiado ocupado intentando ligar con Sofía, la chica de la silla de ruedas. Llevaba en el grupo un par de meses, o quizá tres. La verdad es que Diana no tenía ni idea, y se dio cuenta de que era porque jamás se

había sentido parte integrante de ese grupo y no les había hecho ni pizca de caso. Ahora le pesaba, al menos a esa nueva persona en la que se había convertido.

Sofía se había quedado parapléjica en un accidente de esquí dos años antes. Había ido a los Alpes suizos a esquiar con unos familiares y se metió por error en una pista cerrada al público bastante peligrosa. Tropezó con una roca y los esquís se le quedaron clavados en la nieve al caer, pero la inercia le hizo romperse varias vértebras en la zona lumbar y las raíces nerviosas quedaron seccionadas. Cuando se

estabilizó un poco, la trasladaron en un helicóptero hasta el hospital de parapléjicos de Toledo, donde comenzó una dura rehabilitación que, según David, jamás le quitó la sonrisa. David decía que era un soplo de aire fresco para todo el grupo y siempre la ponía de ejemplo.

Diana recordaba que la había odiado en cuanto la vio allí en su silla, sonriendo, el día que llegó al grupo. Esa nueva Diana no era capaz de odiarla. Esa nueva Diana se había dado cuenta de que, en realidad, la envidiaba y de que iba a intentar tomarse la vida con el mismo entusiasmo, por mucho que le costara. Sofía era una chica muy entusiasta y muy práctica. Llevaba el pelo muy corto. Decía que, desde que estaba en la silla de ruedas, llevar el pelo largo era un poco difícil para lavárselo y demás. Diana admiró el tono bronceado de su piel y se fijó en la marca que habían dejado las gafas en sus ojos.

Extrañada, pensó que había vuelto a esquiar, pero era imposible, estaba inválida.

—Alucinante, ¿eh? —dijo una voz a su lado.

Diana se volvió hacia la voz desconocida que acababa de hablar.

—¿Qué es lo alucinante?

—Pues lo de Sofía, que haya vuelto a esquiar —contestó aquel joven.

—¿Cómo dices? ¿Que ha vuelto a esquiar?

El chico entonces la miró extrañado, Diana no entendía el porqué.

—Perdona, pero ¿tú no estabas en el grupo de apoyo esta tarde?

—Sí, ¿por qué?

—Porque Sofía nos ha estado explicando que ha vuelto a esquiar con un monoesquí.

¿A que es genial? ¿De verdad que no te has enterado de nada?

—Eh… no, lo siento, creo que estaba pensando en otras cosas —se disculpó.

—Entonces, a lo mejor tampoco sabes quién soy, ¿no?

Diana se limitó a poner cara de disculpa y dijo que no con la cabeza.

—Me llamo Víctor y hoy es mi primer día —le dijo tendiéndole la

mano.

—Yo soy Diana —contestó sin poder evitar mirarle con extrañeza.

No vio ninguna muleta a su lado, ni ninguna silla, ni llevaba cabestrillo en los brazos.

¿Qué es lo que le habría traído a ese grupo de apoyo?

—¿Buscas algo? —preguntó el chico con cara divertida.

—Bueno… no te lo tomes a mal, pero ¿qué te trae por este grupo? Quiero decir… no parece que necesites superar…

—Ya —contestó él mientras se levantaba un poco las perneras del pantalón—. Pues me trae esto. ¿Te parece bastante?

Diana observó atónita cómo aparecían dos piernas ortopédicas debajo de sus pantalones. Se sintió de pronto tan avergonzada que no le salían las palabras. Intentó disculparse sin éxito, solo conseguía decir alguna que otra palabra incoherente.

—¡Ja, ja, ja! —se reía Víctor—. Tranquila, que no pasa nada. Ya me voy acostumbrando. Me habían dicho que eras antipática e intratable, veo no es para tanto.

A mí me pareces bastante agradable. Quizás un poco despistada, nada más.

¿Antipática e intratable? Claro, cómo no iban a pensar eso de ella. No había sido capaz de tener una palabra de ánimo para ninguno de aquellos chicos. Ni siquiera había sido capaz de escucharlos, ni de sentir empatía por ellos. solo se había fijado en su propia amargura sin pensar en la de los demás. Se lo tenía merecido. No podía enfadarse porque pensaran así de ella. ¿Estaría a tiempo de cambiarlo?

—Sí… Bueno, es que me ha costado un poco adaptarme a mi nueva situación.

—¿Por qué? Eres guapa y simpática, seguro que no tienes problema para relacionarte con quien quieras.

—Yo… iba a ingresar en el Ballet Nacional, ¿sabes? Me estaba preparando para la prueba de ingreso e iba muy bien.

—¿Y qué te pasó? —preguntó Víctor con cara de preocupación.

Diana se fijó en la mirada de aquel chico y vio que al poner esa cara se le arrugaba la frente en un gesto muy simpático. De pronto, se ruborizó y bajó la cabeza. Hacía mucho que nadie le preguntaba tan directamente algo, sin miedo al bufido que soltaría ella después.

—Al salir del ensayo, me dispuse a esperar a mi padre en la esquina de siempre y de pronto —hizo una pausa al recordar ese momento que le producía una especie de punzada en el pecho y se obligó a continuar— recuerdo unas luces que se echaban sobre mí y el dolor. El resto lo sé por lo que me han contado mis padres y los médicos.

—Vaya, lo siento —le dijo Víctor—. Espero que ya estés un poco mejor.

—Sí, claro, ¿y a ti qué te pasó?

—Yo… bueno, cogí la moto cuando no debía y me caí. El guardarraíles me seccionó las piernas.

—Dios mío, lo siento mucho —dijo Diana con sinceridad.

—Ya, bueno, no te preocupes, lo llevo bastante bien. Con estas "cosas" se puede andar casi con normalidad. Y este es el segundo grupo de apoyo que visito.

—¿Ah, sí? ¿Cómo es eso?

—Porque me tuve que mudar por motivos de trabajo y, aunque pensé abandonar el grupo de apoyo ya, me pareció que era mejor seguir durante un tiempo mientras me establecía aquí en Madrid. Es un poco grande para mí.

—¿De dónde eres?

—De Zamora —contestó Víctor—. Aún no he podido ubicarme mucho.

—No me extraña.

Diana dudó un momento, enseguida pensó que sentirse solo en una ciudad como Madrid y con las piernas así debía de ser horrible. Pensó en lo mucho que la habían ayudado sus padres. Otra punzada de dolor atravesó su pecho. Qué mal se lo había hecho pasar a ellos.

—¿Tienes un boli? —preguntó a Víctor mientras aprovechaba para mirarle con un poco más de atención.

—Sí… toma, ¿te sirve este? —preguntó él mientras le ofrecía un

bolígrafo.

—No, no, es para que apuntes tú. te daré mi teléfono por si necesitas algo, que esta ciudad es muy grande.

Mientras apuntaba el teléfono de su nueva amiga, Víctor pensó que no era tan borde ni tan desagradable como le habían dicho sus compañeros del grupo. La iba a llamar, lo tenía decidido.

Capítulo 5: Su propia muerte

Miriam llegaba a su casa con un dolor de cabeza tremendo. Lo que había visto en casa de Soraya era horrible. Antes de comenzar el interrogatorio había acudido a la comisaría una tal inspectora Sara Benítez y se había hecho cargo de hacer las preguntas.

Por lo que Miriam pudo observar, ella ocupaba un cargo superior al inspector Gómez.

Le pidieron permiso para grabar el interrogatorio a lo que Miriam no tuvo nada que objetar. Dijo todo lo que sabía con toda la naturalidad de la que fue capaz.

El interrogatorio había acabado con sus fuerzas y con toda la energía positiva que era capaz de almacenar. Así que se dispuso a renovarla. Era imprescindible que cargase las pilas. Esa noche había quedado con un joven para leerle las cartas y tenía que estar preparada. Llegar así no la iba a ayudar a visualizar al joven ni a superar los obstáculos que encontrase en su camino.

Se preparó una infusión de ruda y se dispuso a hacer un hechizo para purificar su alma y su mente. Cogió un saquito de seda rojo del primer cajón de su mesilla y lo abrió volcando su contenido encima de la mesa. Unas piedras cayeron encima de un mantel con una estrella de siete puntas bordada en el centro. Cogió un vaso grande de agua, le echó sal marina con una cuchara de plata y, moviendo el contenido del vaso, se dispuso a recitar una oración. Antes, se había colgado en el cuello el rosario que su amiga Soraya le había regalado unos años

atrás. Las cuentas eran de cristal y las velas proyectaban miles de diminutos arco iris en la pared.

Tras unos minutos en los que Miriam parecía haber entrado en trance, se bebió el agua con la sal y se dispuso a levantarse. En media hora había quedado con aquel joven que le había pedido cita, debía apresurarse. En cuanto asió el pomo de la puerta, una imagen invadió su mente. Un hombre de unos veinticinco o treinta años se encontraba allí en su casa. En su visión podía ver los atrapasueños que había colgado en las ventanas, el aplique en forma de Luna al lado de la estantería, la mecedora cerca de la mesa e, incluso, podía distinguir las rayas hechas en el parqué durante tantos años. No

podía ver su cara, pero sí sentir el odio que irradiaba. Notó el dolor en su vientre, al sentir el cuchillo que le clavaba aquel hombre con furia una y otra vez. Los ojos grises, penetrantes, destellaban presa de la furia y la maldad. Eran los ojos de un asesino.

La visión abandonó a Miriam con la misma brusquedad con la que había llegado. El joven que iba a venir a su casa, no lo hacía para una consulta: venía a matarla.

Rápidamente cogió un par de cosas que necesitaba, las metió en una mochila y salió a toda prisa. El ascensor estaba ocupado, así que decidió usar las escaleras. Bajó el primer tramo y oyó cómo el ascensor se paraba en su piso. Ella, siguiendo un instinto, se quedó agazapada. Desde allí podía contemplar al hombre que se acercaba lentamente a su puerta; él desde arriba no podía verla, puesto que la luz de la escalera estaba apagada.

Vio cómo el hombre llamaba un par de veces a su casa y esperaba respuesta. Cuando el joven se dio cuenta de que no había nadie en casa, volvió al ascensor. Entonces Miriam se apresuró a bajar corriendo la escalera. Llegó antes de que el ascensor parase y salió rápidamente a la calle. Corrió hasta volver la esquina y le vio salir. Se fijó bien en él.

Tenía pensado ir a la policía y les iba a dar una descripción bien detallada. Cuando se aseguró de que aquel hombre se había marchado de allí, se dirigió a la comisaría dispuesta a que la tomaran por loca, pero debía decirles la verdad. Seguro que lo entenderían, tenían que hacerlo.

No pudo ver cómo otro hombre entraba en su portal, sigiloso, casi rozando el suelo.

Llevaba una cazadora negra y un pantalón gris. En su manga, escondido, un largo cuchillo permanecía junto a la piel de su brazo sin que nadie pudiera adivinarlo. De su hombro colgaba una cartera grande de piel, de las que se usan para meter documentos.

No llamaba la atención. Era un hombre corriente andando de forma normal en un barrio cualquiera de Madrid. Nadie se fijaba en él. Subió al piso de Miriam y llamó; nadie acudió a su llamada. Sintió una rabia infinita en su interior que transformó en una sonrisa enfermiza. Siempre podría encontrar a otra bruja. El mundo estaba infestado de ellas.

Miriam llegó a la puerta de la comisaría sin atreverse a entrar. En el trayecto había ensayado lo que diría, pese a que sabía lo que ocurriría. Estaba harta de que la gente no se creyera ni una palabra de lo que decía, aunque podía comprenderlos. Había tantos charlatanes que se hacían pasar por videntes, santeros, médiums y demás, que entendía que les costase comprender que había gente como ella, con un don que ofrecer al mundo. Claro que, entrar en una comisaría a decir que había visto que un hombre iba a su casa a matarla y que se había salvado gracias a una visión… No, imposible que alguien se lo creyera, por mucho que fuera verdad. Así que decidió darse la vuelta y volver a su casa. Alguien se dirigió a ella.

—Miriam, ¿qué hace aquí? ¿Se le ha olvidado algo? —preguntó el inspector Gómez algo extrañado de verla otra vez por la comisaría.

—No, verá, es que… Bueno, nada, creo que mejor me voy.

—Si ha venido a contarnos algo, pase y cuéntenoslo. ¿Le ha pasado alguna cosa o es que ha recordado algo que nos pueda servir?

—Mire, ya sé que me toman por loca. Yo veo lo que veo y ni me voy a justificar, ni pienso mentir para decirles a ustedes lo que quieren oír.

—Vale, vale —dijo el inspector Gómez poniendo las manos en alto en gesto de disculpa—. Pase, que la invito a un maravilloso café de la máquina. Le advierto que no es para cualquier estómago.

—De acuerdo… gracias.

Una vez dentro, y con la repugnante bebida de color negro que se hacía pasar por café humeando en sus vasos, Miriam comenzó a hablar. Le contó cómo había purificando su alma tras encontrar muerta a su amiga. Al ver la cara de escepticismo que iba adoptando el inspector, decidió omitir algunos detalles. Después, le explicó cómo

le había llegado una visión en la que veía a un hombre que la apuñalaba varias veces en el vientre y después pasó a describirle al joven que había ido a su casa y que ella había esperado fuera al salir.

—Era de mediana estatura, 1,70 más o menos. El pelo muy negro, corto y engominado. En una de las orejas llevaba un pendiente de aro, pequeño. Iba vestido con unos pantalones vaqueros y una camiseta de manga larga verde con unas letras blancas en el centro. No pude leer lo que ponía. Llevaba una cazadora doblada en su mano y una carpeta. No le vi bien la cara, no sé de qué color tiene los ojos, pero sí que vi que tenía una cicatriz encima del labio en el lado izquierdo.

—No está nada mal, Miriam, es usted extremadamente observadora. Pero ¿está segura de que era el de su visión?

—No, segura no. No sé quién puede ser si no. Justamente ha sido después de la visión cuando él ha venido a casa y yo me sentía en peligro. Tengo mucha intuición, nunca me falla.

—Ya, pero no podemos hacer un retrato robot de alguien porque usted tenga la intuición de que ha sido él.

—Lo entiendo, inspector, pese a lo que creen no estoy loca…Aunque no puedo volver a casa. Él va a estar allí…

—¿Quiere que la acompañe? —preguntó el inspector.

—Si hace el favor… no me atrevo a irme sola por si acaso. Yo… después de lo de Soraya… Ha sido horrible y ahora va a por mí.

—Miriam, tranquilícese, yo la acompaño. Y si no quiere estar allí, le buscaré algún sitio donde quedarse.

— Gracias, es usted muy amable —respondió ella mirando al inspector con una mezcla de agradecimiento y admiración.

El inspector Gómez salió de la comisaría con Miriam a un lado y la sensación de que estaba haciendo el imbécil al otro. Hacer caso a una vidente no entraba dentro de ninguna asignatura de la academia de policía, desde luego. La mujer estaba realmente asustada y creía a ciegas en lo que había visto. Y a él no le costaba nada acompañarla y que se quedase tranquila, puesto que le pillaba de camino a su casa. De pronto cayó en la cuenta de algo que había leído en la nota de suicidio de la joven que se había tirado por la ventana esa mañana, pero intentó disimular delante de aquella mujer. Aunque estaba un poco confuso. ¿Cómo se disimulaba delante de una vidente? ¿Se daba

cuenta?

¿Sabía tus pensamientos? Era todo un poco raro.

Cuando llegaron al portal, Miriam se puso detrás de él y se encogió hasta casi no ser más que un cachorrillo asustado. El inspector Gómez entró delante de ella y optó por subir andando. Era más fácil controlar la situación desde las escaleras que desde el ascensor, en el improbable caso de que el joven que Miriam había descrito estuviera esperando. Cuando llegó al tercer piso, Miriam le señaló cuál era su puerta y él, tocando instintivamente su arma, cogió las llaves que ella le tendía y se dispuso a abrir.

La puerta se movió despacio, casi sin ruido. El inspector le dijo a Miriam que esperase fuera y ella se quedó en el quicio de la puerta totalmente aterrorizada. Tras unos eternos minutos el inspector surgió de la oscuridad para el sobresalto de Miriam, que ni siquiera le había visto llegar.

—Tranquila, Miriam, no hay nadie.

—¿Está seguro? —preguntó mirando por encima del hombro del inspector hacia dentro de la vivienda.

—Seguro.

—Menos mal, muchas gracias, inspector. Siento haberle hecho venir, quizás esté sacando las cosas de quicio.

—No se preocupe, Miriam, me pillaba de camino, de verdad. Ahora, eche todos los cerrojos e intente dormir. Ha sido un día duro para usted.

—Gracias, inspector. Si me necesita, ya sabe dónde estoy.

—Muy bien. Descanse.

Leandro bajó trotando los tres tramos de escaleras que le separaban de la calle.

Cuando iba a doblar la esquina sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta y dio media vuelta. Subió de nuevo y llamó suavemente con los nudillos. Notó como el suelo crujía levemente al otro lado de la puerta, un leve roce.

—Miriam, abra, soy el inspector Gómez, he olvidado una cosa.

La puerta se abrió de inmediato y la mujer le miró interrogante. Se había cambiado de ropa, llevaba una cómoda camiseta larga, unas mallas verdes y unas zapatillas de lona.

Se había recogido el pelo despreocupadamente con una pinza y algunos mechones rebeldes de su melena pelirroja caían a los lados sin control.

—¿Qué ocurre? —preguntó al inspector un poco preocupada.

—No, no es nada. Venía a traerle mi tarjeta, por si necesitase algo usted en algún momento. Aquí viene mi número de móvil, para cualquier emergencia, y este es el número de la comisaría y la extensión en la que nos puede encontrar a mi compañera y a mí.

—Muchas gracias, inspector. Le estoy muy agradecida, de verdad. Pero ya he protegido mi casa y creo que, al menos por esta noche, voy a poder dormir con tranquilidad.

—Ah, vale… —contestó el inspector un poco cortado—. De todos modos, guárdela por si acaso.

—Claro, muchas gracias.

Leandro bajaba las escaleras pensando extrañado en las palabras de la mujer.

—"He protegido mi casa", ¿qué querrá decir con eso? —preguntaba a la nada el inspector mientras negaba con la cabeza e intentaba no pensar más en ese mundo esotérico que ni comprendía ni lo pretendía.

Dos minutos más tarde volvía a sonar el timbre de la puerta, y la mujer, pensando que era el inspector de nuevo, abrió sin preguntar. De pronto, dio un gritito de sorpresa al ver que no era él. Un instante después, se relajó al reconocer a la vecina de al lado, Paquita; le traía un paquete.

—Hija, no te asustes, soy yo. ¿Es por los rulos?

—¡Ja, ja! —contestó riendo Miriam—. Perdona, es que no te esperaba a ti. Pero sí, es por los rulos, estás horrible.

—Yo también te quiero —respondió divertida la vecina—. Toma, anda. Estuvo antes llamando a tu casa un joven y al ver que no contestabas llamó a la mía. Me dijo que te traía esto y que no podía volver sin entregártelo.

Le tendió un paquete pequeño, envuelto en papel marrón. Lo único que ponía en él era: Miriam. Así que le dio las gracias a su vecina y se metió para dentro dispuesta a cerrar la puerta. La mujer no pensaba dejar que abriese su paquete a solas, quería saber qué había dentro.

—Lo siento, Paquita, es privado —contestó Miriam esforzándose en guiñar un ojo a su vecina, pese a que el corazón se le había desbocado de repente.

No quería abrirlo delante de ella, aunque no sabía el por qué. Quizá porque se lo hubiera dado un chico joven en su ausencia. Por si acaso, consiguió echarla de allí lo más diplomáticamente que pudo y se sentó a abrirlo muy lentamente. Mientras quitaba el papel marrón, observó una pequeña manchita oscura en el envoltorio. La tocó pensativa y, al instante, la visión de su amiga le vino como un flash a la mente. Vio a Soraya aún viva en la cama, atada, llorando y pataleando como podía. Tenía dentro de la boca un pañuelo y otro hacía de tope para que no se saliera y no pudiera gritar. Vio al asesino introduciéndole el cuchillo en la cuenca del ojo derecho sin siquiera temblar.

Inmediatamente soltó la caja en la mesa y buscó la tarjeta del inspector.

—¡Inspector Gómez, lo siento, tiene usted que volver! —gritó Miriam muy alterada.

—¿Pasa algo? ¿Ha entrado alguien en su casa? —preguntó desde el teléfono.

—No, pero tengo aquí algo que me ha dejado el asesino.

—¿Qué es? —preguntó bajando la voz el inspector.

—Aún no lo he abierto del todo, inspector, pero creo que el asesino me ha enviado los ojos de Soraya —le explicó con voz trémula a la vez que se ponía a llorar.

—No toque nada y no abra a nadie hasta que llegue yo. Voy para allá.

Colgó el teléfono a la vez que se daba la vuelta para volver por donde había venido.

Mientras, marcó otro número. Tras escuchar tres tonos una voz sonó al otro lado de la línea:

—Sara —dijo el inspector—, ven a casa de Miriam, la vidente. Yo te

espero allí.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Sara temiéndose lo peor.

—No, Miriam está bien.

—¿Entonces qué ocurre?

—Tenemos los ojos —musitó Leandro como única respuesta.

Capítulo 6: Una triste despedida

Una fina y fría lluvia caía sobre los sobrios cipreses de la entrada. Sus hojas brillaban recubiertas de miles de diminutos diamantes líquidos. El cielo gris pesaba sobre el cementerio provocando un halo de tristeza a su alrededor. Las blancas lápidas resaltaban sobre el cemento mojado. Parecían pequeñas casas vacías en las que el tiempo se había detenido para siempre. Los nichos, en la parte sur del cementerio, provocaban al cielo como esperando que un rayo destrozase su orden perfecto.

La ceremonia había sido muy dura. La madre de Marta se había desmayado durante el sepelio y David no era capaz de mirar a nadie a la cara. Ni siquiera sabía quién había estado en la ceremonia. A ratos no era capaz ni de mantenerse en pie. Se sentía vacío, culpable, echaba de menos a Marta y comenzaba a comprender las dimensiones de lo ocurrido. Empezaba a sentir la soledad y la desazón que solo se sienten cuando la muerte te arrebata lo que más quieres.

El entierro estuvo salpicado de lágrimas, abrazos y sollozos sofocados. Habían venido los compañeros del colegio en el que Marta daba clases hasta que tuvo el accidente. Su familia estaba allí, al igual que la de David. Los amigos comunes y no comunes acumulados a lo largo de los años quisieron acompañarlo en esos momentos de dolor. Mientras el sacerdote decía unas palabras, Diana lloraba en silencio. Sus lágrimas se quedaban sin bajar entre las oscuras gafas y su piel, formando dos diminutos lagos salados.

David miró a su alrededor intentando encontrar algo a lo que agarrarse, un pequeño detalle sin importancia que le hiciera volar lejos de allí. De pronto, sus ojos se posaron en Diana, no podía creerse que estuviera allí. Esa chica había sido como un dolor de muelas desde que había llegado al grupo de apoyo. En la dureza de sus ojos encontró un resquicio que le hacía intuir el gran pesar que albergaba su corazón. Intentó ayudarla desde que llegó, sacarla del pozo donde se hallaba inmersa. La última vez que

habló con ella fue la única que vislumbró un cambio. Y ahora estaba allí, totalmente empapada y visiblemente conmocionada. ¿Se habría obrado el milagro?

Las flores cubrieron el ataúd de Marta y los operarios se dispusieron a introducirlo en un nicho. El grito de dolor de su madre cayó como un rayo encima de los asistentes.

Fue desgarrador. Algunas de las personas que estaban allí lloraban inconsolables mientras el ataúd desaparecía engullido por aquel mausoleo de ladrillo. Cuando por fin todo acabó, se dispusieron a volver por el mismo camino observados por los cientos de lápidas y crucifijos de mármol que adornaban el camposanto.

Todo el mundo quería dar el pésame a David y a la familia de Marta. David repetía las mismas frases de agradecimiento una y otra vez como un autómata programado para ese fin. Su mirada se encontró entonces con la de Diana, que se había quitado las gafas y llevaba el pelo pegado a la cabeza a causa de la persistente lluvia. Sus ojos estaban totalmente enrojecidos. Era evidente que había estado llorando.

—Lo siento, David, de verdad —musitó una apenada Diana—. Yo… no sabía que tuvieras novia. Lo siento muchísimo.

—Gracias… —contestó David intentando contener las lágrimas—. No esperaba verte aquí, la verdad.

—Ya…

—Lo siento, no debería haberte dicho eso. Has sido muy amable al venir, te lo agradezco.

—Verás… es que… yo… he cambiado un poco. Ya te lo contaré cuando vuelvas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, me encantará —contestó David sinceramente

agradecido—. Y gracias por venir, de verdad Diana, significa mucho para mí.

Ella esbozó una tímida sonrisa y se fue de allí tristemente ayudada por sus incondicionales muletas. Su madre la esperaba dentro del coche leyendo un libro.

Cuando vio llegar a su hija totalmente empapada, miró instintivamente al asiento de atrás y comprobó que el impermeable se había quedado allí. Rápidamente salió del coche para ayudarla.

—Pero, hija, creí que te habías llevado el impermeable. Lo siento. Tendría que haberte acompañado.

—Que no, mamá, tranquila, que no hacía falta. Me ha venido bien mojarme un poco.

Lo necesitaba.

—Pero estás empapada, hija, te vas a poner enferma. ¿Has llorado?

— Un poco —contestó Diana—. Ya sé que no la conocía, pero ver a David tan hundido y tan triste y a todo el mundo llorando…

—Sí, ha sido un golpe muy duro. Espero que se recupere pronto, es un buen chico.

—Sí, yo también lo espero.

Por un momento, Diana pensó en su accidente, en cómo su muerte habría provocado en sus padres algo muy parecido a lo que acababa de presenciar. En cuántas personas habrían acudido a despedirla e, incluso, llegó a pensar que habría sido mejor que todo aquel horror hubiera terminado cuando la atropellaron. Un escalofrío recorrió su espalda a la vez que obligó a su mente a pensar en otra cosa. Nada era peor que la muerte. Aunque ella se hubiera empeñado en pensar lo contrario durante un año y en hacérselo vivir a los demás.

Lentamente abandonaron aquel lúgubre lugar. El cielo parecía pesar sobre Diana provocándole una sensación de angustia que no la dejaba respirar.

Capítulo 7: Visitar Madrid

Diana llegaba tarde, aunque intentara correr no iba a ser posible, así que… Se había empeñado en ir sola desde la rehabilitación. Cogería el autobús y después caminaría unos cuantos metros. Su madre le había intentado advertir de que era demasiado pronto. Que sus piernas aún no se encontraban lo bastante fuertes ni acostumbradas a caminar tanto y que sus brazos no aguantarían.

— No pasa nada, mamá —la había intentado tranquilizar—, si me canso mucho seguro que encuentro algún banco por Madrid donde me pueda sentar.

—Hija, yo solo te digo que me parece pronto para que hagas una caminata así. Yo puedo llevarte en el coche y…

—Mamá, que no. Ya lo hemos hablado. Si quieres que empiece a valerme por mí misma tienes que dejar que haga cosas yo sola. Y no te preocupes por si me canso o no, si me caigo o no, o si el autobús viene más o menos lleno. Si tengo alguna dificultad, o no puedo continuar, siempre podré llamarte.

—Ya lo sé, hija, me preocupo de más, pero es que me da miedo que te pase algo…

Víctor ya la esperaba mientras echaba un poco de pan a los patos del Retiro. Llevaba puesta una camisa de cuadros con varios tonos de azules y unos vaqueros anchos. Sus botas, algo grandes para albergar las prótesis. Llevaba el pelo castaño alborotado por el aire y su rostro aparecía relajado y feliz.

—Como te pille el guarda te va a caer una buena —le dijo Diana al llegar.

—Hola, Diana —contestó Víctor sobresaltándose un momento—. ¿De qué guarda hablas?

—¿Pero es que no sabes que no se puede dar de comer a los animales aquí?

—Ah, vaya… no tenía ni idea —contestó un poco avergonzado—. Uf, espero que no me haya visto, porque llevo aquí un buen rato.

Y mirando a su alrededor varias veces, añadió:

—Pero.. si está todo el mundo dando de comer a los patos. ¿Me estás tomando el pelo?

—¡Ja, ja, ja! La verdad es que no se les puede dar de comer, pero lo hacen todos. ¿No ves lo gordos que están? Si parecen gansos…

—Ahora que lo dices… ¡Je, je, ya me parecía a mí! Uno de ellos ha venido a por un trozo de pan que le iba a dar y casi me deja sin mano —le siguió la broma Víctor—.

Anda, vamos a dar un paseo antes de que tenga que llamar a la clínica para pedir una mano ortopédica, que yo creo que con las piernas ya tengo suficiente.

—Sí, vamos —contestó Diana—, y perdona el retraso, es que aún no estoy acostumbrada a caminar mucho rato sola y calculé mal el tiempo.

—No te preocupes, he reservado la tarde entera para que me puedas enseñar toda la ciudad.

—¿Toda la ciudad? Estás loco. No creo que nos dé tiempo a ver todo el Retiro, con que toda la ciudad… Que esto no es Zamora, Víctor.

—Tienes razón, no me acostumbro a una ciudad tan grande.

—Ni tú ni nadie.

Diana y Víctor paseaban por el Retiro mirando cada rincón, admirando árboles, arbustos, el lago… Diana hacía una pausa cada poco, le dolían los brazos y en las piernas notaba pinchazos a veces demasiado intensos. Lo estaba pasando tan bien, que no quería estropearlo diciéndole a Víctor que no podía más. Pero en cuanto vio un banco, se sentó a descansar.

—Bien, Víctor, ¿y qué te ha traído a esta ciudad?

—Ya te lo dije, el trabajo. Soy diseñador gráfico. Me ofrecieron un puesto aquí y la verdad es que no lo pensaba coger… al final una serie de acontecimientos me hicieron decidirme.

—¿Qué acontecimientos? —preguntó interesada Diana.

Él hizo una pausa demasiado larga, respiró hondo y miró hacia la nada. Entonces Diana pensó que no quería hablar del tema y que ella se había entrometido. “Idiota, idiota, no le apetece hablar de ello, ¿no

lo ves?”. Y cuando estaba a punto de cambiar de tema para no incomodarlo, Víctor empezó a hablar…

—Mira, como veo que tú de la reunión del otro día no te enteraste de nada, te lo voy a contar.

Diana se ruborizó. Notó sus orejas y sus mejillas ardiendo y se giró un poco en un intento de que Víctor no se diera cuenta.

—¡Ja, ja, ja! —rió Víctor con ganas—. ¡Sabía que te iba a pillar! Tranquila que el otro día lo único que hice fue presentarme y contar lo del accidente, nada más.

—Serás… —dijo Diana dándole un amistoso empujón en el hombro—. ¡Me lo he creído! ¡Me he sentido tan avergonzada de pensar que no te había escuchado ni una palabra en la reunión…!

—Ya, bueno, pero estarás de acuerdo conmigo en que estabas totalmente ausente. Ni siquiera te diste cuenta de que había uno nuevo.

—Sí, eso es cierto, me lo merezco.

—Bueno, haremos una cosa. Yo te cuento por qué decidí venir a Madrid y tú me cuentas por qué estabas tan ausente el miércoles.

—Trato hecho —convino Diana.

—Verás —comenzó—, cuando tuve el accidente hacía pocos días que había firmado un contrato para una de las empresas más potentes de Castilla y León. Era un contrato de tres años, renovable, e iba a ganar un sueldo bastante cuantioso. Ese día, el del accidente, salimos a celebrarlo unos amigos y yo. Cogimos las motos y nos fuimos con

nuestras chicas a tomar algo a un pueblo cerca de allí. Bebimos, brindamos, comimos, volvimos a beber…

Víctor hizo una pausa para respirar y, con aire ausente, cogió la mano de Diana; se quedó petrificada.

—Cuando decidimos volver a casa habíamos ingerido más alcohol del que la moto era capaz de aguantar. Mi novia, Lara, me pidió que dejase la moto, que pidiésemos dos taxis para todos y que volviéramos a por la moto al día siguiente. No le hice ni caso.

Prácticamente ni la escuché. Entonces ella decidió quedarse allí y

llamó a su padre para que viniera a buscarla. Se quedó con ella su hermana, Susana, que era la novia de mi mejor amigo, César. Los demás volvimos en las motos. A mitad de camino, en una curva, se me fue la moto y choqué contra un coche que venía de frente. Di contra el quitamiedos, y ya sabes lo que pasó. Lo peor fue que desequilibré al hombre que conducía el coche y arrolló a César. Murieron los dos. César salió despedido y chocó contra un árbol. El conductor del coche se salió de la carretera y cayó por un terraplén.

Tenía 50 años y dos hijas: Susana y Lara. Era su padre, iba a buscarlas al pueblo donde nosotros las habíamos dejado.

Al llegar a ese punto de la historia, Diana tenía la mano de Víctor entre las suyas y le caían dos gruesas lágrimas por su rostro.

—Lo siento mucho, Víctor, de verdad.

—Gracias, aquello ya hace tiempo que pasó y ahora me queda intentar rehacer mi vida. Hubo un juicio pero tan solo se me retiró el carné y se me obligó a pagar un dinero a las familias. Mi padre tiene pasta, ¿sabes? Así que eso no importó demasiado. Pero no se puede pagar lo impagable y ellos están muertos. Tengo que aprender a vivir con ello.

—Claro…

—Diana ¿estás llorando? Cuánto lo siento… Yo… no quería hacerte llorar. Por favor…

—No, no pasa nada, es que estoy un poco sensible y lo que me has contado, bueno…

es tan horrible… No sé cómo se puede superar algo así.

— No se supera, jamás. Se aprende a vivir con ello y a intentar que no te vuelva a ocurrir algo así. Solo hay algo que me hace feliz de aquel día.

—¿El qué? —preguntó Diana mientras terminaba de secarse las lágrimas.

—Que Lara se negase a venir conmigo en la moto.

—Sí, eso fue una gran suerte —contestó ella mientras soltaba la mano de Víctor, que inmediatamente se la volvió a coger.

—Bueno, campeona, ¿sigues enseñándome esto? A este paso vamos a

tardar meses en conocer el Retiro, así que me moriré de viejo sin conocer Madrid.

—Claro —contestó Diana mientras se colocaba las muletas para ponerse en pie.

Pero nada más apoyar el pie derecho, su pierna falló y se cayó. Víctor se agachó rápidamente para ayudarla a levantarse, pero no pudo. Las piernas de ella no hacían nada en absoluto y él, con las prótesis, tampoco podía hacer demasiada fuerza. Se sintió impotente. Al menos, la ayudó a incorporarse. Diana tenía cara de estar aterrorizada.

—Tranquila, preciosa, no es más que una caída sin importancia. ¿O es que no te habías caído nunca desde que vas con las muletas? Eso no es posible.

—Claro que sí, Víctor, pero esto es distinto. No noto las piernas. No noto nada, no tengo sensibilidad. No me sostienen.

Víctor la miró con cara de preocupación, sacó su móvil y pidió una ambulancia. La gente comenzaba a llegar para ver si les podía echar una mano, así que al menos consiguieron poner a Diana en el banco donde un minuto antes había estado sentada de la mano de Víctor.

En la sala de espera del hospital, el tiempo parecía eterno. Sus padres hacía rato que habían llegado y Víctor y ellos compartían silenciosos las naranjas e incómodas sillas.

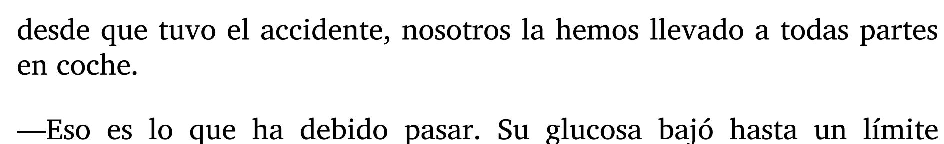
Ninguno sabía que estaban allí por la misma persona. Cuando el médico salió a hablar con la familia de Diana, se levantaron los tres a un tiempo. Los padres de Diana se quedaron mirando a aquel chico de ojos grises y pelo alborotado sin saber qué decir, pero ante la insistencia del médico la madre de Diana fue hacia él.

—¿Es usted la madre de Diana?

—Sí, soy yo, ¿cómo está?

—Está bien —respondió el médico—. Soy el doctor Martín. He sido yo quien ha atendido a su hija desde que la han traído. Le hemos hecho varias pruebas, al final pensamos que ha sido simple agotamiento. ¿Ha hecho más ejercicio de lo habitual últimamente o ha seguido alguna dieta?

—Dieta, no. Diana nunca ha sido de comer mucho, pero come de todo y bien. Hoy se empeñó en ir sola al Retiro desde la rehabilitación. Y


desde que tuvo el accidente, nosotros la hemos llevado a todas partes en coche.

—Eso es lo que ha debido pasar. Su glucosa bajó hasta un límite demasiado bajo y lo primero que fallaron fueron las piernas.

—¿Podemos pasar a verla? —preguntó Mariano de pronto.

—Sí, la visita de las familias es a las siete. Aún deberán esperar quince minutos —

respondió el médico al tiempo que se iba otra vez.

—Gracias, doctor.

Los padres de Diana se fueron a ocupar sus asientos, como antes de que el médico los avisara. Entonces Elena se giró hacia el chico sin poder aguantar más:

—Perdona, ¿tú conoces a mi hija?

—Sí, yo avisé a la ambulancia…

—¡Ah! Fuiste tú, lo siento, no lo sabía. Muchísimas gracias.

—Sí, bueno, es que me asusté un poco al ver que a Diana no le respondían las piernas. Cinco minutos antes habíamos estado dando un paseo…

—¿Perdona? ¿Y dices que habéis estado dando un paseo? ¿Cómo te llamas?

—Víctor, señora, soy compañero de Diana en el grupo de apoyo.

—¡Ah! Encantada. No te conocía, la verdad. ¿Hace mucho que vas por allí?

—No, no, qué va, llevo una semana. Es que acabo de mudarme. No soy de aquí y Diana se ofreció a enseñarme un poco la ciudad.

—Ya veo.

—Bueno, yo… no sabía que ella aún no andaba con normalidad. Si lo hubiera sabido yo no…

—No pasa nada. Ella… bueno, supongo que quería demostrarse a sí misma que puede valerse por sí sola. Creo que ha querido volar muy

pronto.

En aquel momento, una mujer vestida de uniforme salió a la sala de espera para informar a los familiares de que podían entrar a ver a los pacientes. Cuando Víctor se acercó junto a los padres de Diana, la mujer le dio el alto.

—Lo siento, joven, dos acompañantes por paciente.

—Claro —contestó abatido.

Los padres de Diana desaparecieron engullidos por el hospital y Víctor se quedó solo en la sala de espera. Igual de solo que llevaba desde que tuvo el accidente. Tras unos minutos decidió abandonar el hospital. Ya sabía que Diana estaba bien y era lo único que le importaba. No consentiría que nadie volviera a sufrir por su culpa jamás. Volvió a su casa y apagó el móvil.

Dos horas después, Diana y sus padres llegaban a casa. Mariano subió a su hija en brazos. No quería que gastara más energías. Por ese día había tenido bastante. Cuando Diana estuvo en su cama y con un buen vaso de zumo en la mesilla junto a las medicinas que tenía que tomar, sacó su móvil y marcó el número de Víctor. Esperó hasta que la voz del contestador sonó y entonces colgó. Se quedó mirando el móvil unos segundos, después lo dejó en la mesilla, apagó la luz y, casi de inmediato, se sumió en un profundo sueño.

Capítulo 8: Vuelta al trabajo

David había terminado de colocar el contenido del armario. Era lo primero que revisaba desde que Marta había acabado con su vida. Se obligó a guardar sus cosas cuanto antes para poder pasar página y empezar de nuevo, lo necesitaba. Notaba cómo iba cayendo cada vez más en una depresión y no se lo podía permitir, él no.

Demasiados jóvenes dependían de él, de que él estuviera entero, y lo iba a estar.

Pensó un momento en Diana, en lo cambiada que estaba. Nunca había cruzado una palabra amable con ella, no se había dejado. Y el día del entierro de Marta… verla allí, le pareció un avance importante. Además su llanto era sincero, muy sincero. Las únicas lágrimas que había visto verter a Diana alguna vez habían sido fruto de la rabia y la impotencia, y normalmente las provocaba él. Era tan grande la diferencia que se podía incluso palpar.

Se miró largamente al espejo. En esos días había adelgazado bastante. El interés por la comida había desaparecido y no iba al gimnasio. Ya iría, no tenía ganas de enfrentarse a sus amigos e iban a estar todos allí.

Se sentó en la cama y cogió una foto de la mesilla. Una alegre Marta sonreía a la cámara mientras jugaba con un montón de hojas secas. David recordó ese día, el día que habían sacado la foto. Habían dado un paseo por el parque detrás de su casa y vieron un montón de hojas secas reunidas al lado de un árbol. Ella se puso a jugar con las hojas mientras David le sacaba la foto. Cuando el jardinero vio la que estaba montando se acercó corriendo con el rastrillo en alto, parecía que lo iba a usar. Tuvieron que salir de allí a toda velocidad, riéndose sin parar hasta llegar a la seguridad de su casa. Al entrar sus ojos se encontraron con deseo y se besaron. Después habían hecho el amor como tantas otras veces. Era una época feliz que había terminado mucho tiempo atrás. Le parecía tan lejano… y tan irreal que ella llevara muerta tan pocos días, porque en realidad a él le parecía que hacía mucho más tiempo que el corazón de aquella Marta había dejado de latir.

Se obligó a terminar de vestirse para enfrentarse a su destino de esa mañana. Iba a empezar a trabajar otra vez y había quedado con su jefa en su despacho para que le explicara la marcha de los diversos grupos de apoyo a los que no había podido acudir en aquellos días. Estaría allí su sustituta para contarle cualquier novedad que necesitara saber.

Cuando llegó al despacho, su jefa le miró con cara de pena y le preguntó cómo estaba. David no podía soportar que nadie más le preguntara cómo estaba. ¡Mal! ¡Estaba mal! ¿Es que a alguien le quedaba la menor duda? Rápidamente, su sustituta se acercó a él.

—Me llamo Ángela —se presentó mientras le tendía la mano, que él apretó sin fuerzas.

La joven parecía alegre, extrovertida y dulce y, por lo que pudo comprobar después, bastante competente. Sus jefes habían quedado

muy satisfechos con su labor durante esa semana. Le faltaba un poco de experiencia, nada que no se pudiera arreglar fácilmente. Había realizado unos informes muy detallados de cada uno de los grupos que había visitado.

—Me llamo David, encantado.

—Lo sé —respondió ella—. Mercedes me ha hablado mucho de ti —añadió señalando a su jefa.

—Ya —musitó David como única respuesta.

—David —llamó su atención Mercedes—, hemos pensado que ya que te incorporas tan pronto…

En aquel momento, él se incorporó en su silla para protestar, pero un gesto elocuente de su jefa le hizo volver a su postura inicial y a esperar a ver qué le tenía que decir.

—Como decía… ya que has decidido incorporarte tan pronto podrías empezar al menos poco a poco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con desconfianza.

—No te preocupes, ni te pongas a la defensiva. Habíamos pensado que empieces por llevar dos grupos en lugar de cinco y después vayas recuperando el resto uno a uno.

Mientras tanto, Ángela puede ayudarnos.

La mente de David rechazó la idea al principio, después lo pensó con calma. Cinco grupos de apoyo requerían una concentración constante y, efectivamente, ahora necesitaba mucho más tiempo y energía para cualquier tarea, así que aceptó. Se quedó con tres de los cinco grupos, cedió a su nueva compañera dos de los informes y decidió imponer sus condiciones.

—Me quedo tres grupos, no dos. Y quiero llevar este —explicó señalando el grupo de Diana—. Hay una joven a la que he visto recientemente en el… —tragó saliva para poder continuar hablando— entierro de mi novia. Noté un cambio espectacular en ella y quiero comprobar que realmente sea así.

—Me parece bien —contestó su jefa—, siempre y cuando bajes el ritmo si lo necesitas.

—De acuerdo. Entonces, me quedo éstos. Ángela, toma, llévate estos informes.

Tendrás que mantenerme al corriente de cualquier cosa que te parezca relevante. No de todo, por supuesto, los grupos los llevas tú, pero sigo siendo responsable de ellos y me gustaría estar al tanto de su evolución.

—Tranquilo, lo haré.

—Bien, entonces… gracias y bienvenida —terminó diciendo David mientras se levantaba de la silla con los tres informes bajo el brazo. Comenzaba a estar un poco agobiado allí dentro y necesitaba aire puro. Era posible que su jefa tuviera razón y se estuviera incorporando demasiado pronto. Claro que ya lo había hecho, ahora solo podía avanzar.

Y en casa se preparó un café y se sentó a tomárselo en el salón a la vez que miraba aquellos papeles. Comenzó con el informe del grupo de Diana, el de los miércoles por la tarde. Se había perdido una sesión y necesitaba ponerse al día. Se centró sobre todo en tres personas. El resto no le decían nada nuevo.

***Sofía Ramos** ha vuelto a esquiar. Utiliza un monoesquí adaptado. Ya realiza descensos sola.*

Está pletórica. Es una terapia estupenda y el grupo la recibe con alegría y con ganas de llevar a cabo sus mismos logros.

***Diana Loureiro** es una joven extraña. Está ausente durante toda la sesión. Ni siquiera se ha percatado de mi presencia. Hablando con otros integrantes del grupo, me la describen como antipática, huraña, hostil, permanentemente a la defensiva… No parece estar así, simplemente ausente.*

***Víctor Ferreras:** nuevo miembro del grupo. Tiene 23 años y es diseñador gráfico. Un accidente de moto le seccionó las piernas a la altura de las rodillas. Lleva dos prótesis que maneja con bastante naturalidad, llevando una vida casi normal. Realmente no le haría falta un grupo de apoyo, pero acaba de mudarse y no quiere empezar de cero en una ciudad sin conocer a nadie. Por eso acudió a nosotros…*

Había escrito un párrafo para cada uno de los integrantes del grupo. David se centró en aquellos que le parecían más urgentes. Esa misma tarde tenían sesión y comprobaría por sí mismo lo que acababa de leer.

Horas después llegaba a la sala donde celebraban las reuniones. Siempre llegaba el primero. Abría las ventanas, colocaba un poco las sillas y recogía un poco aquí y allá. La primera en entrar fue Judith, seguida de Agus, que parecía llegar acompañando a Sofía.

A David se le escapó una melancólica sonrisa. Todos y cada uno de ellos le dieron el pésame y le preguntaron cómo estaba. Todos le expresaron su deseo de que se recuperara cuanto antes y todos le recordaron que podía contar con ellos. David aguantaba el tipo como podía, porque sabía que era inevitable que todos quisieran darle sus condolencias. Se sentía cansado de la pena que le transmitían y quería que terminase todo cuanto antes.

Unos minutos más tarde de las seis, comenzó con la reunión. Diana acababa de llegar visiblemente cansada. No había ni rastro del tal Víctor. Ella le había concedido un pequeño saludo con la cabeza y se había sentado cabizbaja en una de las sillas más alejadas. En el silencio previo al comienzo de la reunión, Judith hizo un comentario en voz baja a su compañera de al lado, que resultó no ser tan bajo como quería y del que se enteró todo el mundo: "Mira a Diana, es la única que no le ha dado el pésame a David.

Menuda estúpida". Diana subió un poco la cabeza mirando en la dirección de Judith y

decidió que no valía la pena enfadarse por semejante cosa. David intervino de inmediato:

—Judith, creo que no estás siendo justa. Diana es la única de esta sala que acudió al entierro de mi novia el jueves pasado. Con esto no os quiero decir que tuvieseis que haber ido, ni mucho menos. Solo digo que todo el mundo merece una segunda oportunidad y Diana lo está intentando, así que espero un "poquito" de colaboración por vuestra parte.

—Puede ser, pero estarás de acuerdo conmigo en que Diana jamás ha intentado llevarse bien con ninguno de nosotros. Siempre ha estado ahí, contestándonos mal a todos, sin escucharnos y sin mostrar ni un ápice de empatía —contestó a la defensiva Judith.

—Mira, Judith, pienso que la juzgas con demasiada dureza —contestó

David—. Cada persona es libre de enfrentarse a sus pesadillas de la manera que elija. Ella quizá no eligiera la manera adecuada. Lo que es cierto es que intenta y eso es lo más importante.

El resto lo hablaremos Diana y yo en privado. Y ahora, si me disculpas, vamos a empezar con la sesión de hoy.

Judith apretó las mandíbulas en señal de protesta. No volvió a decir nada del comportamiento de Diana, ni bueno, ni malo. David fue haciendo preguntas a todos los integrantes del grupo. Cuando llegó a Sofía tuvo que admitir que Ángela tenía razón. El avance que había realizado aquella chiquilla tenía emocionado al resto del grupo, empezando por Agus, que parecía hipnotizado por ella. Todos querían recuperarse como ella. Todos querían ser Sofía en realidad. Diana permanecía cabizbaja escuchando atentamente y por primera vez a todos sus compañeros. David, por un segundo, dudó si preguntarle a ella también. Quería saber qué pasaba por su cabeza y cuál era exactamente el cambio que había experimentado. Lo dejó estar y decidió que tras la reunión hablaría con ella en privado antes de ponerla en ese aprieto. Entonces ocurrió algo que lo dejó con la boca abierta.

—Perdona, David —dijo Diana casi en un susurro.

David subió la mirada y se encontró con una Diana esperanzada, con ganas de hablar en ese grupo en el que, por su propio comportamiento, estaba siendo rechazada. Ya que era ella la que pedía la palabra, no podía decir que no.

—Adelante, Diana —le dio paso.

—Verás, yo quería decir… bueno, quería en primer lugar pediros disculpas a todos por haber sido tan egoísta durante este tiempo. Sé que no os he escuchado, que no os he apoyado, que no me han importado vuestros avances y que he sido un auténtico fastidio. Lo sé.

Hizo una pequeña pausa para coger aire y miró a su alrededor. Las caras de sus compañeros permanecían a la espera, la mayoría con un gesto hostil. De pronto no se sintió con tantas fuerzas como pensaba y decidió callarse. Buscó con la mirada a David en busca del ánimo que le faltaba. Su sonrisa le invitó a seguir hablando. Recordó que era la nueva Diana, la que no tenía miedo, y continuó con la disculpa.

—Quería también contaros que en estas dos semanas he avanzado más en mi rehabilitación que en los últimos cinco meses. Ayer fui sola desde la rehabilitación hasta el Retiro en autobús, donde dí un paseo

bastante largo. El problema es que me pasé un poco para ser el primer día y acabé en urgencias por puro agotamiento. Mereció la pena ver cómo puedo ir saliendo de esto. Yo… sintiendo pena de mí misma y sin ver cómo los demás sufren a mi lado, no podía estar. Lo siento mucho, de verdad.

David estaba muy orgulloso de ella. Miró al resto del grupo para intentar saber qué pensaban, en sus caras se adivinaba el desconcierto. Esperaba sinceramente que hubiera servido de algo la exposición de Diana; no estaba seguro de que hubiera sido así. De pronto, ocurrió algo que llenó a David de regocijo: Sofía comenzó a aplaudir. El resto de los chicos la miraban sin saber cómo actuar. Entonces Judith decidió acompañar el gesto de su compañera. Agus daba golpes en la silla con el brazo sano. Diana se puso en alerta, hasta que se relajó al ver cómo sus compañeros decidían pasar página y acogerla de nuevo en el grupo. Entonces, dos grandes lágrimas resbalaron sin control por sus mejillas.

David aplaudía y sonreía mientras movía la cabeza en señal de aprobación. Se sentía muy orgulloso de ella. Había dado el paso definitivo para empezar su curación. No todos tenían la fortaleza de llevarlo a cabo. Cuando acabó la reunión, se formaron grupitos aquí y allá. Dieron buena cuenta de la merienda que habían llevado todos.

David se acercó a Diana, quien se reía junto a Sofía.

—Hola, Diana, parece que hoy has mandado a tu hermana gemela a la reunión.

—Sí… me costó mucho tomar la decisión de hablar con la gente del grupo. Ahora me alegro muchísimo. Sienta bien ser mejor persona.

—¿Y la rehabilitación va mejor?

—Mucho mejor, ya lo has oído. Quique me ha dicho que he mejorado mucho en estas dos semanas.

—Me alegro mucho, de verdad. No sabes cuánto.

Una sonrisa melancólica asomó al rostro de David; intentó disimularla pero Diana ya lo había visto. Se sintió tentada de darle un abrazo, después pensó que no eran ni el lugar ni el momento. Tampoco estaba muy segura de que él quisiera que le estuvieran recordando a cada minuto lo hundido que estaba.

—Oye, lo que me ha sorprendido, muy gratamente por cierto, es lo de

tu paseo —le comentó de pronto intentando esbozar una sonrisa.

—Sí, le iba a enseñar un poco del Retiro a Víctor, creí que podría aguantar más, es evidente que no. Llamó a la ambulancia y cuando llegaron mis padres al hospital se marchó. Le he intentado localizar desde entonces y no lo he conseguido. Tiene el móvil apagado, no sé cómo hacerlo.

—Víctor… sí. Tengo anotado su nombre de los informes que me ha pasado esta mañana mi sustituta. Pensaba haberlo conocido hoy, ya veo que tendrá que ser en otra ocasión.

—Ya veremos, porque no sé dónde está.

—Vendrá el próximo día, ya verás.

—Eso espero, porque que no me conteste me parece un poco extraño, la verdad.

En aquel momento una carcajada de Agus les devolvió a la estancia donde se celebraban las reuniones, David dio una palmadita en el hombro a Diana y se fue en busca de otro joven con el que charlar.

Yo conozco tus obras, y amor, y fe, y servicio, y tu paciencia, y que tus obras postreras son más que las primeras. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel,

que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le he dado tiempo para que se arrepienta, pero no quiere arrepentirse de su fornicación.

He aquí, yo la arrojo en cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella.

Y a sus hijos heriré de muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.

Libro del Apocalipsis 2, 19-23

Gabriel contemplaba impasible su obra. Se deleitaba en la sangre que

aún manaba del cuerpo inerte que había en el suelo. Las gotas de sangre que caían del cuchillo que tenía en la mano formaban un pequeño charco que empezaba a coagularse en el borde.

Él recreaba una y otra vez en su mente lo que había ocurrido. Había sido tan, pero tan fácil…

Ella le abrió la puerta sin mirar. Le habló como se habla a un niño pequeño. Le explicó que para leerle las cartas tenía que pasar a la otra habitación. Gabriel ni siquiera había tenido que mentir para entrar a su casa. La muy estúpida le había invitado a entrar. Dios estaría muy orgulloso de él, había hecho un trabajo impecable.

Notaba el cuchillo cerca de su piel. Comenzaba a sentir un escozor tremendo por todo el cuerpo, como si la fuerza de la bruja intentara penetrar en él. Recordó cómo la bruja, *Jezabel,* iba andando y hablando delante de él, mientras Gabriel sacaba el cuchillo de la manga de su chaqueta. Al sacarlo se había hecho una pequeña herida que sangraba; ni se inmutó. En realidad, ni lo sintió.

Cuando la bruja se dio la vuelta para preguntarle qué era lo que venía a hacer a su consulta, él ya estaba preparado:

¿Quieres que te haga una tirada del tarot o prefieres que usemos el péndulo? Depende de las respuestas que quieras puedo ser más o menos precisa.

Llevaba en la mano derecha una de esas barajas demoníacas con un montón de figuras estúpidas pintadas en ellos: una baraja del tarot, un instrumento del Diablo.

Decían adivinar el futuro con ellas. ¡El futuro lo sabe Dios! Solo por llevar esas cartas merecía morir. ¡Y osaba decirle a él su futuro! Su futuro estaba dónde quisiera Dios, ni más ni menos. Gabriel recordó con repugnancia la hermosa cara que le había hecho esa pregunta. Aquella era una mujer voluptuosa, de pechos generosos y plagada de curvas sensuales, provocadoras. Sus labios carnosos invitaban a acercase a ellos, él era más fuerte. Aunque el mal tomaba muchas formas, jamás podría con él. El Diablo podía venir a buscarlo de la manera más insospechada y jamás le pillaría desprevenido. Por algo estaba ungido por la gracia de Dios.

Cuando le clavó el cuchillo por primera vez, ella se llevó la mano al vientre. “No —

decía—, mi bebé no”. Gabriel se había quedado traspuesto por un

segundo. Esa bruja llevaba al hijo de la Bestia en su seno: debía morir. Hundió el cuchillo una y otra vez hasta que la sangre envolvió su mano. La mujer cayó al suelo con un golpe sordo ya muerta.

Sacó a la criatura de sus entrañas y la dejó en el suelo junto a ella, para que se pudrieran juntos. Lentamente fue al baño, donde se dispuso a lavarse las manos frotando con un duro cepillo de cerdas, al igual que la otra vez. Al entrar, unas velas blancas con unos símbolos grabados en ellas y un rosario de pequeñas piedras azules en una esquina del espejo del baño llamaron su atención. Se puso tan furioso que perdió el control. Golpeó el espejo con todas sus fuerzas haciéndolo añicos. Un trozo se quedó incrustado en su mano provocándole un profundo corte. Se lo arrancó en un único gesto y la sangre comenzó a caer en forma de grandes gotas en el lavabo. Se enjuagó las manos y cogió un pañuelo de su chaqueta. Se lo enrolló en la mano herida, cogió las velas y con toda la violencia que pudo, las estrelló contra los fríos azulejos de la pared.

Después las pisó hasta que se convirtieron en una masa informe de cera grisácea en el suelo. Acto seguido cogió el rosario y tiró de él hacia los lados, hasta que las cuentas se esparcieron por cada uno de los rincones del baño. Algunas de las piedras, incluso, cayeron por el desagüe.

Cuando se sintió un poco más calmado, salió de la habitación y casi se sobresaltó al ver el cadáver de la bruja junto a su engendro. Ni siquiera recordaba dónde estaba y qué hacía allí. Un sentimiento de merecida satisfacción inundó su mente. El orgullo con el que Dios, su Padre, le miraría desde su trono, era suficiente premio para él. No había recompensa mayor.

Bajó por las escaleras muy despacio, como si no tuviera nada que ocultar. Se encontró con un anciano que subía penosamente con dos bolsas de la compra bien cargadas.

—Señor, permítame que lo ayude —le dijo al anciano de manera displicente.

—Gracias, joven, es usted muy amable. Es que ese maldito ascensor me da tanto miedo que prefiero bajar y subir varias veces con la compra que montarme en él.

Gabriel sonrió como única respuesta.

Cuando dejó las bolsas en el suelo, el anciano, tras darle las gracias, se percató de que una de las bolsas tenía un par de manchas rojas. Se dio

la vuelta y vio que el joven que le había ayudado tapaba su mano con un pañuelo teñido de sangre; estaba herido.

“Pobrecillo —pensó—, aun así ha sido capaz de ayudar a un pobre anciano. Ya no queda gente así por el mundo”.

Y, dicho esto, abrió la puerta y se metió en su casa.

Capítulo 9: Una mejoría palpable

Diana subía y bajaba las piernas lentamente, sin prisas. Ese día Quique le había puesto unas pequeñas pesas en la máquina para que sus piernas se fortalecieran un poco más. Ya empezaban a estar lo suficientemente fuertes para aguantar un poco de peso con ellas. Sudaba copiosamente aunque llevaba poco rato en la máquina y el peso era ligero. Para ella suponía un gran esfuerzo. Diana era consciente de que, si cada día se esforzaba un poquito más, pronto conseguiría pasar a una nueva vida en la que la protagonista absoluta sería ella. Por ahora se sentía como una actriz secundaria a la que todos le quitaban el papel.

Todavía le quedaba ir a la cinta de andar, las corrientes eléctricas y el masaje. Todos los días seguía la misma rutina y era el primer día que quería seguirla de verdad. Desde que había cambiado de actitud, la rehabilitación había sido mucho más efectiva. Se esforzaba en cada ejercicio, cada día un poco más, y sus agradecidas piernas habían decidido recompensarla con una fuerza recién adquirida. Quique la miraba con orgullo.

Era maravilloso que hubiera avanzado tanto.

—Muy bien, Diana, sigue así. En un par de meses o tres podremos quitar una de las muletas, ya verás —la animaba el fisioterapeuta.

Diana le sonrió como única respuesta mientras subía sus piernas una vez más.

Quique se puso como un tomate y se dio la vuelta. Era la primera vez

que ella le veía dar alguna muestra de incomodidad en su presencia. No era muy simpático, ni muy alegre, pero sí muy correcto y educado. Tino, el otro fisioterapeuta de la consulta, miraba con atención la escena. No perdía de vista ni a Diana ni a Quique. Entre esos dos estaba pasando algo que se le escapaba. Volvió al masaje que estaba dando antes de haberse visto interrumpido por lo que acababa de presenciar. Sus manos frotaron de nuevo con fuerza el cuerpo que tenía delante, mientras su mente permanecía muy lejos de allí.

Tras la dura jornada de ejercicios, su padre la llevó a casa, donde, tras darse una relajante ducha, intentó llamar nuevamente, sin éxito, a Víctor. Empezaba a dudar siquiera que fuera real. Podría muy bien haber sido producto de su imaginación.

Por la tarde su madre y ella se acercaron al Retiro, en un intento de encontrarse con el joven de nuevo. Tras dos horas dando de comer a los patos y paseando aquí y allá, decidió rendirse y volver a casa. Caminaron lentamente hacia el coche cuando una voz sonó a su espalda.

—¡Diana!

—¡Víctor! ¡Por fin! ¿Dónde te habías metido?

— Bueno, intentando conocer esta ciudad, es inmensa. Todos los días me pierdo una o dos veces.

—Podrías haberme llamado, te habría acompañado.

—Lo sé… Es que… después de lo que pasó el otro día, no quise ponerte en peligro, lo siento.

Diana se sintió molesta por el comentario, aunque no quiso dar muestras de ello: se sentía vulnerable. Durante los últimos días había experimentado una mejoría tan notable que la euforia le había hecho pensar que era una chica normal. Una simple frase de Víctor había hecho que volviera de un plumazo a la cruel realidad de su vida.

—Estoy perfectamente, no te preocupes tanto. Si quieres podemos quedar de nuevo cuando te venga bien.

—Claro, cuando quieras. Llámame mañana y…

—No —cortó tajantemente Diana—. Llámame tú, tienes mi número.

Víctor esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza. Diana se volvió

hacia su madre, quien la esperaba apoyada en el coche. Se subió al asiento del copiloto mientras Elena guardaba las muletas en la parte de atrás. Víctor se quedó mirando cómo el Volkswagen se fundía con el intenso tráfico de la tarde en Madrid. Siguió mirando hasta que el coche dobló una esquina perdiéndose así de su vista.

Desde la otra acera, un hombre joven con un pantalón gris y una cazadora negra seguía la escena mirando con dureza la sonrisa que enmarcaba el rostro de Víctor.

Entonces decidió que era hora de actuar y se dispuso a cruzar la calle sin perder de vista al joven.

Al día siguiente, Diana volvía a casa totalmente ensimismada. Había vivido el mejor día de los últimos meses y su sonrisa así lo demostraba. Víctor y ella habían pasado el día juntos. Comieron un bocadillo en un bar del centro y después se dedicaron a conocer algunas de las maravillas que ofrecía Madrid. Visitaron el Museo de Cera, pasearon por el Madrid de los Austrias y admiraron los magníficos edificios del Paseo del Prado. Decidieron dejar el Museo del Prado para otra tarde en la que pudieran verlo entero. Acabaron tomando un café en una terraza del Retiro, disfrutando del agradable sol otoñal.

Víctor se había mostrado nervioso al principio. Después consiguió relajarse y se permitió el lujo de bromear con Diana. Normalmente era muy divertido, le costaba un poco ser él mismo cuando estaba con una chica. Al menos cuando estaba con una chica que le gustaba, y ésta le gustaba y mucho. Solía hacer bastante caso a su instinto y ella le había caído bien desde el principio, pese a lo que le habían dicho sus compañeros del grupo de apoyo el primer día.

Diana se mostraba exultante. Sus ojos irradiaban una alegría que creía haber perdido para siempre.

Cuando llegó a su casa, su madre la aguardaba muy enfadada. Ella no contaba con ese recibimiento. Esperaba que su madre se mostrase tan feliz como ella misma, pero la cara de Elena reflejaba reproche. Enseguida cayó en la cuenta: no había ido a la rehabilitación. ¿Cómo lo sabría su madre? ¿Se lo habría dicho Quique, el fisioterapeuta?

¿La habría llamado? No solía faltar y tampoco era propio de Quique que llamara a su casa para preguntar si le ocurría algo.

—Mamá… ¿qué pasa? —se atrevió a preguntar poniendo la voz más dulce de la que fue capaz.

—¿Qué pasa? Eso digo yo, ¿qué pasa? ¿Por qué no has ido a la rehabilitación?

—Ya sabía yo que era eso. Mamá, no pasa nada porque falte un día. Había quedado con Víctor…

—Claro, Víctor, no me digas más. Que yo sepa ibais a quedar para comer y después para pasear, en ningún momento me dijiste que ibas a saltarte la rehabilitación. ¿Qué te ha dado con ese chico? ¿Tanto te gusta?

—Pues sí, me gusta, ¿y qué? ¿No puedes estar un poco contenta por mí? ¿Es tanto pedir?

—Hija, no digas eso, ¿cómo no voy a estar contenta por ti? ¡Claro que lo estoy! —

contestó su madre mientras sus facciones comenzaban a relajarse un poco—. Es que creo que no debes dejar de lado tus obligaciones por un chico. A Víctor le conoces desde hace unos días. No tienes ni idea de cómo es, no sabes si es buena persona o no. No sabes si tú le gustas a él. Tienes que ser un poco más responsable, Diana, además, es un poco mayor para ti.

—Vamos a ver, mamá… Para empezar, ya no soy ninguna niña. Es cierto que a Víctor casi no lo conozco, ya lo haré. Me gusta y sé que es buena persona. No me preguntes por qué lo sé, simplemente lo sé.

—Diana…

—No, mamá —cortó rápidamente a su madre—. Sé que todo esto me lo dices porque soy tu hija y no quieres que sufra, te parece que bastante tengo con esto —añadió señalando sus piernas—. Creo que esta vez tienes que dejar que me equivoque yo sola.

—Quizá tengas razón, te protejo demasiado. Tienes que entenderme eres mi única hija y lo que te pasó me duele tanto como a ti, cariño.

—No te preocupes tanto, mamá. Habrá veces en que me tengas que ayudar, otras que consolar, otras tendrás que dejarme que elija mi vida aunque me equivoque. Y no te preocupes por la rehabilitación, no pienso dejarla por Víctor, solo ha sido hoy, de verdad. Ya sé la falta que me hace ir, había decidido tomarme un respiro de un día, nada más, te lo prometo.

—De acuerdo —contestó Elena ya más calmada mientras daba una

cariñosa palmadita a su hija—. La verdad es que mereces un pequeño descanso. Te estás tomando la rehabilitación muy en serio y supongo que faltar un día no la va a retrasar nada.

—¿Y ahora me dejas que te cuente lo bien que lo he pasado?

—Claro que sí, cariño. Vamos a sentarnos en el sofá que tienes cara de no poder dar un paso más.

—Uf, sí, estoy cansada, la verdad.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal el paseo?

—Visitamos varios lugares. Le encantó el Museo de Cera.

—Ya, vale —cortó su madre rápidamente—, Madrid me lo conozco de sobra. Lo que quiero saber es lo importante de verdad, ya sabes.

Diana se puso un poco colorada y evitó mirar a su madre.

—¡Te besó! ¿A que sí?

—Bueno…

Madre e hija se rieron al unísono y después Diana pasó a relatarle hasta el último de los pasos que había dado junto a su amigo y todas y cada una de las palabras que se habían dicho.

—Mamá, una cosa. ¿Cómo te has enterado de que no he ido a la rehabilitación?

—Hija, yo entiendo que un día no vayas porque no te apetezca ir. Prácticamente no has faltado nunca y has trabajado muy duro, sobre todo las últimas semanas. Faltar un día no te va a perjudicar. Lo que me molestaba era que no me lo hubieras dicho y que fuera para marcharte con Víctor a dar un paseo.

—¡Si yo te lo pensaba decir en cuanto llegara! Es más, te llamé cuando decidí no ir y no pude dar contigo. No estabas en casa y en el móvil me salía un mensaje de que no tenías batería.

Entonces Elena cogió su móvil y comprobó que realmente el móvil se había apagado.

Rápidamente echó un vistazo al teléfono fijo, en el que parpadeaba una luz que le avisaba de que había un aviso en el contestador.

—Vaya, pues es verdad. No se me ocurrió comprobar nada. Me enfadé tanto cuando me llamó Tino…

—¿Tino? ¿Que te llamó Tino? Pensé que te habría llamado Quique, si Tino no es mi fisioterapeuta…

—A mí también me extrañó un poco que me avisara él, la verdad —contestó Elena—.

Supongo que le mandó llamar Quique, él estaría ocupado.

—Claro, será eso —añadió Diana poco convencida. No le hacía mucha gracia el compañero de Quique. No era más que una sensación, le daba mala espina.

Un timbrazo del móvil trajo de vuelta a Diana.

—Toma —dijo su madre con sorna—. Es tu enamorado, que hace mucho que no habla contigo.

—¡Mamá! —gritó Diana mientras arrebataba el teléfono a su madre y presionaba el botón para contestar la llamada.

—Hola, Diana —se oyó al otro lado del auricular—. Perdona que te llame, quería comentarte una cosa… ¿no te parece que vas un poco ligera?

—¡La mochila! —replicó sonriente—. La olvidé, lo siento, te ha tocado cargar con ella,

¿eh?

—Eh…sí. ¿Sabes lo mejor? Que he venido con ella hasta casa sin darme cuenta. Al soltar los bártulos en la entrada es cuando he visto que me la había traído.

—¡No fastidies! Pues llevo un montón de cosas, pesa bastante.

—¿No me digas? —preguntó con sarcasmo el joven—. Ni me di cuenta. ¡Ja, ja, ja!

—¿Estás de coña?

—¡Claro que estoy de coña! Tengo el brazo dormido desde hace por lo menos media hora. Dudo que pueda volver a despertarlo.

—Qué exagerado, tampoco es para tanto.

—Bueno, bueno, a lo que iba. Si quieres te la llevo, no sé si necesitas algo.

—A ver qué piense… no, la verdad. Puedes llevármela mañana a la reunión del grupo de apoyo.

—Ah… vale, de acuerdo. Allí te la daré —contestó Víctor un tanto decepcionado.

—Nos vemos mañana entonces.

—Muy bien. Hasta mañana, Diana.

—Hasta luego —contestó ella a modo de despedida.

Su madre, que no se había movido del sofá en todo el tiempo en que había durado la conversación, sonrió y, dándole un beso a su hija en la mejilla, se dirigió a la cocina para preparar la cena. Pronto llegaría Mariano, y a ella le encantaba tenerle la cena preparada cuando llegaba. El pobre pasaba muchas horas en el trabajo.

Víctor, mientras tanto, se dispuso a relajarse después del largo paseo. Era evidente que sus piernas aguantaban bien el ejercicio, al menos algo mejor que las de Diana.

Claro que, llevar los muñones apoyados sobre aquellas prótesis durante todo el día, también hacía que sufriera calambres y tirones en sus músculos.

Se quitó la ropa y se sentó en un taburete dentro de la ducha. Después desabrochó las cinchas que sujetaban sus piernas ortopédicas y tiró de ellas hasta sacar las rodillas.

Abrió el grifo y dejó que el agua corriera por su cuerpo a la vez que masajeaba sus castigados músculos, favoreciendo que la sangre circulara mejor por ellos.

Tras la reparadora ducha, comenzó a sentirse mucho mejor y, a la vez que secaba minuciosamente sus muñones, pensó en Diana, en el día que había pasado con ella.

Recordó la sonrisa de la joven y su rubor cuando la había besado y se descubrió de pronto con una sonrisa igual de tonta en su propia cara. Había que reconocer que aquella chica le gustaba de verdad.

Tras colocarse las prótesis y un pijama lo suficientemente ancho, se

dirigió a la cocina en busca de algo que comer. En la nevera no había mucho que elegir: un poco de queso,

jamón, lechuga, tomates… Así que sacó lo necesario y se preparó un par de sándwiches bien cargados. Apuntó mentalmente lo que tenía que comprar, aun sabiendo que se le olvidaría unos minutos después.

Ya en el salón, dio buena cuenta de los sándwiches mientras encendía la televisión en busca de alguna serie policíaca de esas que tanto le gustaban. Al final acabó comiendo dos sándwiches más. Terminó el festín con un plátano y un buen vaso de leche.

—¡Madre mía! ¡Qué hambre tenía! Se ve que el paseo me ha dejado sin reservas —

exclamó a la nada mientras echaba de menos a alguien a su lado, alguien con quien hablar y compartir lo acontecido en el día.

Volvió a pensar en Diana. Aquella chica era realmente encantadora. Por un segundo se imaginó que estaba allí, abrazada a él, viendo una película en el sofá. ¿Tan distante y fría había podido estar para que todos los miembros del grupo de apoyo hablaran tan mal de ella? Parecía imposible, para él era una mujer encantadora y muy luchadora.

Entonces reparó en la mochila de la chica. Por un segundo tuvo la tentación de mirar dentro, enseguida se avergonzó de haberlo pensado siquiera. Según pasaban los minutos, la necesidad de saber más de la joven se iba acrecentando y acabó con su sentido común.

Dentro no había más que un neceser, una agenda, unas llaves, un libro y un pequeño estuche con un bolígrafo y un lapicero. En la agenda, además de varios números de teléfono, direcciones postales y de e-mail, había varias anotaciones en las hojas finales.

No quería leerlas, ni siquiera quería mirarlas, pero cuando su nombre llamó la atención de Víctor la necesidad de saber fue demasiado fuerte. Diana hablaba de él, del día en que sus piernas habían fallado tras la excursión al Retiro. Hablaba del grupo de apoyo, de los componentes del mismo y hablaba de David, parte que Víctor leyó con más intensidad de la que era necesaria: *David me anima cada vez más, debo curarme por él.*

Siempre sabe lo que tiene que decirme, no le puedo defraudar. Esta tarde me acercaré a él y se lo diré.

A Víctor le había cambiado la cara de repente. ¿Sería verdad lo que aquel hombre que le había parado en plena calle le dijo? ¿Sería verdad que Diana estaba jugando con él y que con quien de verdad estaba era con David? Una parte de él no se lo quería creer pese a que aquel hombre de pantalón gris y cazadora negra parecía muy convincente. Y

leer aquellas frases no ayudaba mucho. De repente, toda la felicidad que había sentido

por el día pasado con la joven se había esfumado de un plumazo al leer aquellas anotaciones. Tendría que preguntarle directamente a ella; su confianza había sufrido un grave revés.

La mañana transcurrió tranquila en casa de Diana hasta que la joven se dispuso a ir a la rehabilitación. Era verdad lo que le había dicho a su madre, que no pensaba faltar más. Lo del día anterior había sido una simple excepción, pues era consciente de lo que aquellas duras sesiones ayudaban a sus piernas.

Durante uno de los ejercicios y, aprovechando que Quique estaba a su lado, le preguntó:

—Oye, Quique, perdona. ¿Ayer le pediste a Tino que llamara a mi casa?

—¿A tu casa? ¿Para qué? —dijo sin levantar la cabeza.

—¿No se lo pediste?

—No, claro que no. ¿Por qué le preguntas?

—No, por nada. No te preocupes.

Quique la miró con extrañeza. Se disponía a decir algo cuando sonó el teléfono y sus pensamientos volaron en otra dirección. Mientras, Diana buscó con la mirada a Tino, teniendo la sensación de que él la estaría observando. Comprobó, un tanto sorprendida, que el fisioterapeuta estaba enfrascado en un difícil masaje y totalmente concentrado en él.

“Me estoy volviendo un poco paranoica” —dijo Diana para sí misma —. “Tengo que darles menos vueltas a las cosas” —sentenció mientras intentaba concentrarse tan solo en subir y bajar sus piernas.

Esa tarde fue la primera en llegar al grupo de apoyo. Bueno, la primera tras David, que siempre estaba allí recogiendo y colocando. En un principio, dudó entre entrar a hablar con David o permanecer en la puerta esperando a Víctor. Al final se decidió por esperar a Víctor dentro mientras hablaba con el director del grupo de apoyo. Él se puso

muy contento al verla. Le encantaba la manera en que Diana había decidido tirar hacia delante. Y no le cabía la menor duda de que le iría bien. Era una chica muy luchadora, y eso era fundamental en alguien que pasara por un trance así. Charlaron durante un buen rato. Hablaron de la rehabilitación de Diana, de sus paseos por el Retiro, de lo contentos que estaban sus padres y su fisioterapeuta por los avances de las últimas semanas. También hablaron de David, de lo que estaba haciendo para superar la muerte de Marta, de cuánto le había costado ordenar sus cosas. Estaban tan enfrascados en la conversación, que no se dieron cuenta de que la mayor parte de los integrantes del grupo llegaban y ocupaban sus asientos. Entonces Diana cruzó su mirada con la de Víctor, quien permanecía sentado en una silla al fondo del salón y tenía cara de estar bastante enfadado.

Diana le sonrío, le hizo un gesto de saludo con la cabeza y, colocando sus muletas, se dirigió hacia él para sentarse a su lado. Al ver que Víctor la observaba con dureza y con gesto poco amigable, cambió de dirección y se sentó en otro sitio. Mientras colocaba las muletas a su lado, le miró. Él permanecía con la cabeza erguida y la vista hacia el frente, ignorando a la joven de manera deliberada.

Durante la reunión, Diana se obligó a no mirar hacia atrás. No entendía por qué estaba tan enfadado, el día antes había sido perfecto. Ella intentaba sin éxito pensar qué era lo que podría haberlo estropeado.

Hora y media después, mientras los integrantes del grupo merendaban y charlaban distendidamente, Víctor se acercó a ella. Diana le miró fijamente a los ojos esperando una respuesta; él se limitó a devolverle su mochila.

—¿Qué te pasa? ¿Te he hecho algo?

—No, nada —dijo con dureza mientras la ayudaba a ponerse la mochila en los hombros.

—No lo parece, Víctor.

—No es nada.

—Por favor, dime qué te pasa. No sé qué te he podido hacer. Ayer lo pasamos tan bien…

—Sí, eso pensaba yo. Lo que no sabía es que para ti soy un simple entretenimiento.

—No tengo ni idea de lo que me estás diciendo. De verdad, no sé de qué me hablas.

—¿Ah, no? —dijo con sarcasmo mientras hacía un gesto que señalaba a David.

—¿Qué? ¿David? No, te equivocas, David y yo no estamos juntos. Solamente nos llevamos bien. ¿Qué te hace pensar…?

—Mira, no disimules. Me lo dijo ese tío y no me lo quise creer. Al llegar hoy y veros tan juntitos… me quedó muy claro.

—No, de claro nada. No sé a qué tío te refieres y, desde luego, David y yo no mantenemos ningún tipo de relación. Empiezo a estar harta de esta conversación.

—¿Cómo dices?

—Mira, Víctor, no sé por qué estás enfadado. Tampoco sabía que tuviera que rendirte cuentas de nada. Que yo sepa, tú y yo no somos pareja, puedo hablar con quien me dé la gana. Y te diré que tengo más de un amigo.

—Por supuesto que no tienes que rendirme cuentas. Estoy enfadado porque pensé que estabas jugando conmigo.

—¡Qué poco me conoces!

Diana se levantó, cogió sus muletas y salió del salón dejando allí a Víctor pensativo.

David había seguido toda la conversación sin que se dieran cuenta y paró al chico cuando se disponía a salir tras Diana para pedirle disculpas.

—Espera un momento.

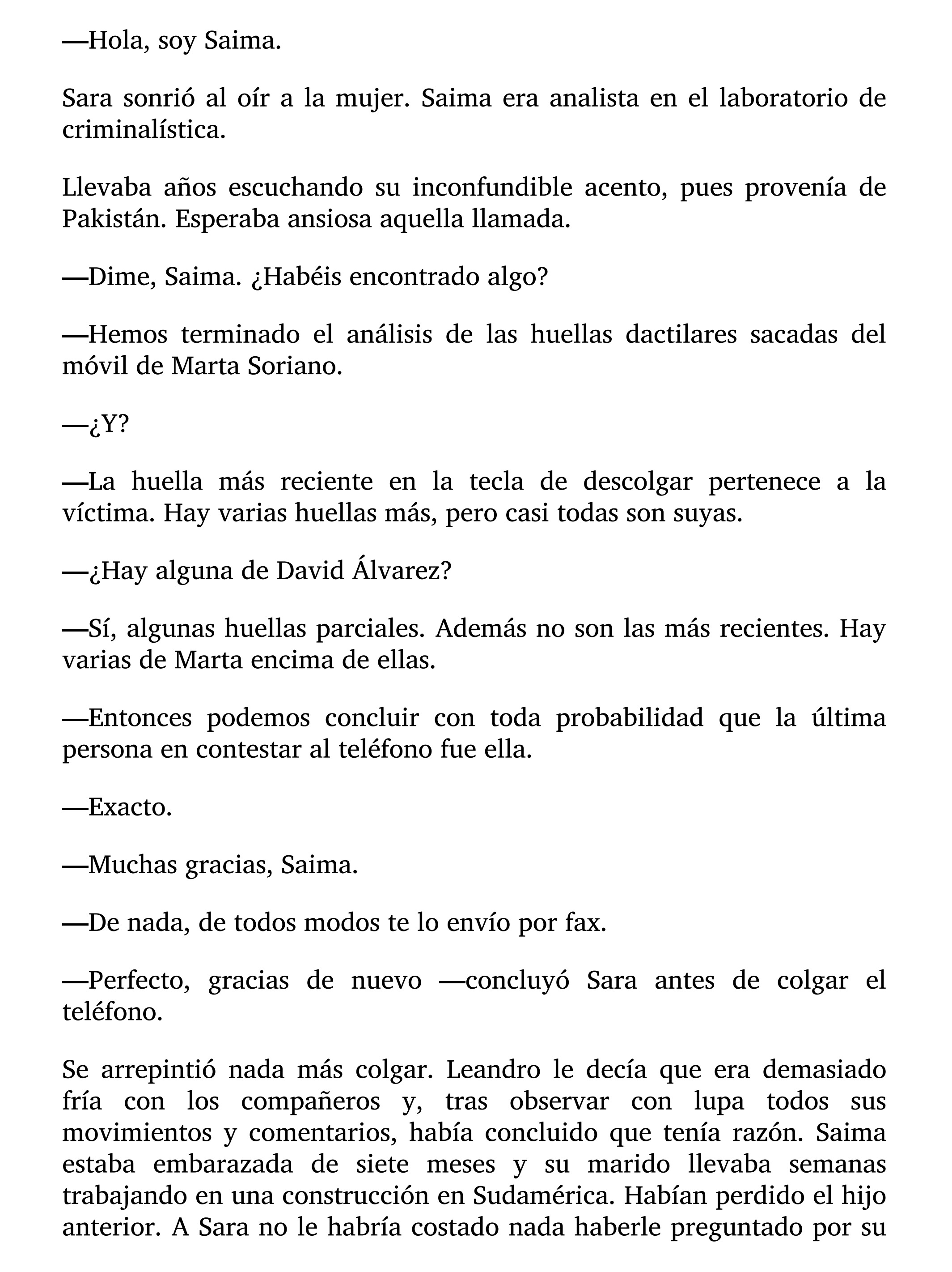
—Lo siento, tengo que salir.

—Luego la llamas, primero tengo que hablar contigo.

Víctor miró hacia la puerta y, con cara de fastidio, decidió quedarse a escuchar lo que el director del grupo de apoyo tenía que decirle .

Capítulo 10: La razón y la fe

Sara revisaba los dos casos por enésima vez. Algo en todo aquello le decía a su instinto que tan solo estaba viendo la punta del iceberg. El caso de Marta parecía un simple suicidio, y, en realidad, lo deberían tratar como tal, ella estaba empeñada en que algo no encajaba. Había tres detalles que la inquietaban: la llamada al móvil unos minutos antes de que se tirase, y que fuera contestada por alguien; el misterioso paquetito bajo la almohada, que, aunque ya sabía de qué se trataba, no le parecía menos extraño, y la pulcra y meditada nota de suicidio. Los e-mails que habían estado revisando no eran tan importantes como le parecieron en un principio. En realidad, Marta había estado buscando ayuda de videntes para que le dijeran algo sobre su futuro, tan poco prometedor desde el accidente. Se había puesto en contacto con infinidad de tarotistas, la mayoría de ellos le habían dicho lo que quería oír. Había varios e-mails de Miriam. Al parecer, la había encontrado en una de esas páginas esotéricas que circulan por internet. En uno de los mensajes, Marta le escribía que quería acudir a su consulta porque era la única que le había dicho algo de verdad de entre todos los tarotistas a los que había consultado por la red. Le pedía una cita para ir a la consulta a que le echara las cartas. Ahora Sara ya sabía que ciertamente había ocurrido.



El teléfono sonó y Sara descolgó sin apartar la vista del ordenador.

—¿Sara? —preguntó una voz al otro lado.

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Saima.

Sara sonrió al oír a la mujer. Saima era analista en el laboratorio de criminalística.

Llevaba años escuchando su inconfundible acento, pues provenía de Pakistán. Esperaba ansiosa aquella llamada.

—Dime, Saima. ¿Habéis encontrado algo?

—Hemos terminado el análisis de las huellas dactilares sacadas del móvil de Marta Soriano.

—¿Y?

—La huella más reciente en la tecla de descolgar pertenece a la víctima. Hay varias huellas más, pero casi todas son suyas.

—¿Hay alguna de David Álvarez?

—Sí, algunas huellas parciales. Además no son las más recientes. Hay varias de Marta encima de ellas.

—Entonces podemos concluir con toda probabilidad que la última persona en contestar al teléfono fue ella.

—Exacto.

—Muchas gracias, Saima.

—De nada, de todos modos te lo envío por fax.

—Perfecto, gracias de nuevo —concluyó Sara antes de colgar el teléfono.

Se arrepintió nada más colgar. Leandro le decía que era demasiado fría con los compañeros y, tras observar con lupa todos sus movimientos y comentarios, había concluido que tenía razón. Saima estaba embarazada de siete meses y su marido llevaba semanas trabajando en una construcción en Sudamérica. Habían perdido el hijo anterior. A Sara no le habría costado nada haberle preguntado por su

estado. Cogió nuevamente el teléfono para llamar a la analista y finalmente lo dejó. Le parecía un poco forzado llamarla ahora. Ella no era así y tampoco quería cambiar demasiado de golpe. Le preguntaría la próxima vez. Total, rara era la semana que no hablaban al menos una vez.

El informe del laboratorio había sido concluyente. La última persona en descolgar el teléfono había sido la propia Marta. Por supuesto, el móvil desde el que la llamaron era

de tarjeta y estaba permanentemente apagado; fue imposible rastrearlo. Así que lo más importante, que era quién había hecho la llamada, no estaba en sus manos. Tampoco ayudaba el hecho de tener un novio tan perfecto y tan aparentemente volcado en ella.

Sara siempre hacía caso a su instinto y aquella vez le decía que debía abrir bien los ojos ante ese chico, que le estaba ocultando algo.

Miró con calma la pulcra letra de Marta y se fijó en lo que le había dicho Leandro la noche anterior. En la carta ponía claramente "Miriam me ha dicho…". Él se había dado cuenta de que la Miriam a la que se refería Marta en su carta muy bien podía ser la médium pelirroja que se había visto mezclada en el caso, ¿demasiada coincidencia?

Durante el interrogatorio pudo comprobar que estaba en lo cierto: Miriam había ejercido de médium para Marta en varias ocasiones. Y ahora los e-mails no dejaban lugar a dudas. Acababa de conectar los dos casos. La clave de todo aquel embrollo parecía pasar por aquella mujer. No podía ser una casualidad.

Sara conectó la grabadora para repasar una vez más el interrogatorio y enseguida la voz de Miriam sonó con una mezcla de cansancio y miedo.

—Bien, Miriam, por favor, cuéntenos de qué conoce usted a Sonia Santana.

—Mire, yo se lo explicaré todo aunque entiendo que ustedes son reacios a comprender en qué consiste mi profesión y, sobre todo, mi don.

—Limítese a explicarnos todo lo mejor que pueda, que ya decidiremos nosotros lo que nos creemos y lo que no.

—Disculpe, inspectora Benítez, yo no puedo explicarle lo que pasó si cada vez que le diga algo sobre mis visiones va a hacer usted algún comentario

hiriente o va a poner cara de querer llevarme a un manicomio. Necesito, al menos, que usted abra un poco su mente y respete lo que yo veo.

—Bien, creo que eso sí lo puedo hacer. Aunque estará de acuerdo conmigo en que tengo todo el derecho del mundo a ser escéptica, sobre todo, en esto del esoterismo, las visiones, el tarot y demás.

—Claro que sí, por supuesto, el mismo derecho que tengo yo a creer en ello.

Sara recordaba aquella conversación. Miriam se había mostrado inflexible y ella había tenido que admitir que tenía razón. Cada uno podía pensar lo que quisiera. Se

encontraban con dos profesiones tan dispares… Miró hacia la grabadora y quitó el botón de pausa para continuar escuchando la conversación.

Soraya y yo nos conocíamos desde hacía más de veinte años —comenzaba Miriam a hablar con voz trémula—. Desde el día en que nos conocimos sentimos una fuerte conexión entre nosotras. Es muy difícil de explicar.

—Perdón, ¿ha dicho Soraya?

—Eh… sí —continuaba la vidente—, pensé que el inspector Gómez se lo había dicho. Soraya es el nombre que utilizaba Sonia para el gabinete de videncia. Digamos que era su nombre de médium. Muchas lo cambian para dedicarse a esta profesión.

—¿Y usted? ¿También lo ha cambiado?

—No, no, Miriam es mi nombre auténtico, Miriam Lago.

—Bien, continúe, por favor.

—Soraya y yo nos conocimos en casa de mi abuela. Digamos que mi abuela y yo compartíamos el mismo don. Ella nos presentó. Cuando la conocí, yo tomaba mis habilidades como si fueran una oscura maldición. Después de hablar con ella comprendí que quizá fueran algo bueno. Un mes más tarde, mi abuela murió. Ella quiso que Soraya me enseñara a utilizar mi don, por eso nos presentó, sabía que no duraría mucho tiempo. Y así fue cómo Soraya se convirtió en mi mentora.

—O sea, que eran muy buenas amigas, aparte de maestra y discípula o como se diga.

—Más o menos. Sí, éramos muy buenas amigas, más bien la quería como a una hermana…

Unos sollozos se escuchaban en la grabadora. Sara hizo avanzar la grabación porque recordaba que, llegados a ese momento, habían hecho una pausa para traerle a la mujer un café. Después siguió escuchando, revisando cada pequeño detalle que el día anterior se le hubiese podido escapar.

—¿Cómo supo que su amiga había sido asesinada?

—Bueno… yo estaba haciendo una nueva tirada del tarot a una clienta cuando vi algo que me desconcertó y me llenó de una angustia indescriptible. Entonces decidí llamar a Soraya, como tantas otras veces cuando algo me preocupaba, y, al tocar el teléfono, recibí una visión en la que veía a Soraya muerta, en su cama. Había sangre por todas partes. Fue un flash muy fugaz, no llegué a ver que le faltaban los ojos.

—Lo que no entiendo es por qué fue a casa de su amiga sin avisarnos.

—A ver, inspectora, no se lo tome a mal, no he encontrado en toda mi vida a un solo policía que crea que mi profesión es algo real, ni que se crea lo de mis visiones. Bueno, al menos al principio. Algunos han acabado admitiéndolo ante la evidencia. Con lo cual, ¿qué quería que les dijese?: "Hola, me llamo Miriam, soy tarotista y vidente, acabo de ver en una visión que han asesinado a mi mejor amiga en su apartamento…". Seamos serias, inspectora, esa llamada jamás le habría llegado a usted…

Llegados a ese punto, Sara había tenido que darle la razón. Incluso en el caso de que aquel aviso hubiera llegado a sus manos, ella no le habría hecho el menor caso.

—Bueno, entonces usted entró y…

—Sí —admitía Miriam—, estaba todo exactamente igual que en mi visión. El vaso con los palos de canela en el mueble del pasillo, la fotografía de los padres de Soraya torcida, como la dejó el asesino al pasar, la puerta del salón abierta…

—Espere, Miriam, ¿cómo ha dicho? ¿Que el asesino movió un cuadro?

—Sí, al pasar, se fue con mucha prisa y dio con el hombro en la fotografía de la entrada. La dejó torcida.

Sara había hecho una pausa en aquel momento para mirar las fotos del apartamento donde había sido asesinada Sonia Santana. En la

cinta se oían ruidos de papeles pasando, de cuando los había revisado. No se había parado a dar a la pausa. La inspectora recordó que en aquel momento había esparcido las fotos encima de la mesa sin darse cuenta de que Miriam no perdía detalle. Un grito sofocado había salido de la garganta de la vidente al observar de nuevo la violencia que había utilizado el asesino contra su amiga, y Sara, maldiciendo en voz baja por su torpeza, se había apresurado a quitarlas de en medio.

En una de aquellas fotos, efectivamente, se veía el cuadro de la entrada torcido.

—Bien. Leandro —dijo dirigiéndose al inspector—, que alguien lleve el cuadro al laboratorio.

Hay que mirar si hay alguna fibra en él. Continúe, Miriam, por favor.

—Después entré en la habitación y allí estaba Soraya. Fue horrible… tanta sangre, lo de los ojos… los símbolos… Dios mío, no creo que pueda olvidarme de su cara jamás. Yo…

—Tranquila, me hago cargo de lo terrible que ha tenido que ser para usted ver así a su amiga.

Necesito saber qué tocó usted exactamente.

—¿Yo? A ver… toqué el pomo de la puerta. De las dos puertas, la de la habitación de Soraya y la de la entrada a la casa. Creo que empujé tanto una puerta como la otra con la palma de la mano. Después perdí el conocimiento y ya no sé si toqué algo más, la verdad.

— De acuerdo —contestaba Sara a la vez que anotaba en una libreta todos esos datos.

—Disculpe, inspectora —proseguía Miriam—, si es para descartar mis huellas… bueno, ya le he dicho que Soraya y yo éramos como hermanas, he estado miles de veces en esa casa.

—No se preocupe, ya lo sabemos. Aun así necesitamos descartar sus huellas más recientes.

—Claro.

—Bien, Miriam, ahora cuénteme cómo llegaron los ojos de su amiga a su poder.

—Pensé que el inspector Gómez se lo habría contado ya. Yo tuve una

visión en la que vi a un chico joven que venía a mi casa a que le realizara una tirada de cartas y sacaba un cuchillo de su manga y me apuñalaba varias veces con él. Al comprender lo que me iba a pasar, salí corriendo y solo acerté a verle de espaldas. No conozco su cara. solo sus ojos, despedían tanto odio… Creo que eran grises, pero no podría asegurarlo. Siento no poder ser más precisa.

—Vale, dejando a un lado lo de su visión del asesino, que podemos suponer que sea el mismo que acabó con la vida de su amiga, ¿cómo le hizo llegar los ojos?

—Parece ser que llamó a mi puerta y, al no estar yo en casa, le dejó un paquete a mi vecina de al lado, Paquita. Ella me lo trajo a casa en cuanto se percató de que yo estaba allí.

—Y… ¿sabe si se lo dio en persona?

—Sí, claro.

—Bien, hay que interrogar a la vecina, por si ella nos puede describir al joven que le dejó las cajas. Es muy importante cualquier detalle que recuerde. Leandro, ¿te encargas tú también?

—Claro —contestaba el inspector Gómez con voz grave.

—Ella les ayudará encantada —les decía la vidente.

—Hay que descartar sus huellas también en las dos cajitas, Miriam.

—No llegué a tocar las cajas, inspectora, solo el papel.

—¿Cómo… cómo es posible? Usted llamó al inspector Gómez diciéndole que alguien le había enviado los ojos de su amiga. ¿Cómo sabía lo que había dentro si no llegó a abrir el paquete?

—Bueno… es que al tocar el papel había una pequeña gota de sangre y, en contacto con mis manos, vi que dentro estaban los ojos, uno en cada cajita.

—Otra visión —contestaba Sara con voz dura, aunque anotó mentalmente que habría que cotejar aquella gota de sangre con el resto de las pruebas de ADN que tenían hasta el momento.

Sara recordaba la cara de Miriam cuando había dicho aquello. Había usado un tono de lo más elocuente, que no dejaba lugar a dudas sobre lo que pensaba de todo aquello.

Entonces Leandro le había enseñado a Sara la nota de suicidio de Marta señalándole una sola palabra: “Miriam…”. Sara había mirado a aquella mujer, después sus ojos se habían vuelto a posar en la nota de suicidio, para volver a la cara de Miriam. Aquellos dos casos podían estar conectados. Era cierto que había más médiums que se llamaban así y que muy bien la Miriam a la que se refería Marta en su nota podría ser simplemente una amiga, pero algo le decía a Sara que no era así, que había una conexión, y tenía que encontrarla.

—Miriam —seguía hablando la inspectora—, tenemos aquí una nota que escribió una chica antes de tirarse por la ventana de un octavo piso. Se llamaba Marta y había quedado incapacitada después de que una cornisa le cayera encima un día de tormenta.

Sara recordaba el cambio que había ejercido ese comentario en la vidente. Había variado la postura en la silla, se frotaba ambas manos nerviosa y sus mandíbulas aparecían tensas. Una mueca de incertidumbre azotaba su rostro.

—¿Sabe de qué estoy hablando?

—Sí —contestaba la vidente con voz trémula—, Marta. Vino a mi consulta varias veces.

Estaba muy deprimida tras el accidente. Al principio asumió lo que le había ocurrido con la esperanza de volver a la normalidad cuanto antes. Cuando se dio cuenta de lo que había perdido por el camino y de que nunca sería igual… Bueno, fue cuando vio que jamás recuperaría su vida.

—¿Y su novio?

—No, él no sabía que venía a mi consulta. Además Marta insistió mucho en que jamás debería enterarse.

—¿Y qué es exactamente lo que quería de usted? Lo lógico es que hubiera echado mano de un profesional… un psicólogo, quiero decir.

—Ya sé lo que quiere decir, inspectora. Marta tenía apoyo psicológico desde que salió de la unidad de cuidados intensivos del hospital. El problema es que, cuando se está tan desesperado, se buscan otras ayudas. Su psicólogo la estaba ayudando a asumir su nueva vida y ella lo que más temía era perder a David.

—¿Y acudió a usted para eso?

—Yo… no creo que deba hablar de esto con nadie. Bueno, Marta era mi

clienta y…

—Miriam —cortó con voz dura Sara—, Marta está muerta. Hace unos días se suicidó y en esta nota la menciona a usted. Al haber fallecido, ya no es clienta suya, así que cualquier trato de confidencialidad que pudiera tener queda anulado. Aunque si no quiere contarnos más, siempre podemos acudir a un juez.

—No tengo nada que ocultar, inspectora. Marta quería saber si David seguiría estando con ella y cómo retenerle a su lado. Ella pensaba que David se acabaría cansando de estar con una persona con semejantes limitaciones y que se terminaría enamorando de otra mujer sana y fuerte que le hiciera realmente feliz.

—¿Y usted? ¿Qué le dijo?

—Yo le dije lo que vi en las cartas. Que su novio la amaba muchísimo y que se sentía culpable por lo que le había ocurrido. Y que veía aparecer a una mujer que poco a poco conseguiría ocupar su corazón.

—¿Y ella cómo se lo tomó?

—Al principio muy triste. Se puso a llorar en la consulta. Pasé un buen rato intentando consolarla. Le dije que lo que las cartas nos cuentan no es definitivo, que nosotros podemos cambiar el futuro al saber lo que va a ocurrir. Le ofrecí un hechizo de magia blanca para mantener a David a su lado.

—¿Un hechizo de magia blanca? Qué interesante…

—Sí, un hechizo. La siguiente vez que vino a la consulta —siguió Miriam decidiendo ignorar el hiriente comentario de la inspectora— estaba sorprendentemente serena y tranquila. Me dijo que lo había estado pensando y que había decidido mirar hacia delante y ponérselo fácil a David.

Lo que yo no sabía… Dios mío… nunca supuse que se pensara suicidar. Pensé que simplemente iba a romper con él.

—No lo entiendo. Si le había hecho usted un hechizo para mantenerle a su lado… ¿para qué dejarle?

—Supongo que ella pensaba que el hechizo le mantendría a su lado, pero que jamás conseguiría que él fuera realmente feliz.

—Una cosa que me ronda la cabeza, ¿cómo se enteró usted de que Marta

había muerto?

—Lo vi en mis cartas —contestaba Miriam con lágrimas en los ojos—. Vi que Marta había muerto, vi cómo su novio lloraba por ella y se sentía un poco aliviado por ello, lo que le producía si cabe, más dolor y culpa. Y también vi algo extraño.

—¿Más extraño que todo esto? ¿A qué se refiere?

—Bueno, aparece un hombre en la tirada del tarot. Una figura masculina que no había aparecido antes. Y estaba implicado en su muerte, de eso no cabe duda.

—¿Quiere decir que un hombre la mató? ¿Un hombre que no es David? Mire, Miriam, esto no tiene ni pies ni cabeza…

—No, no digo que otro hombre la matara, digo que hay una figura masculina que está implicada en su muerte, directa o indirectamente, la verdad es que eso no lo sé.

—¿Cómo que no sabe si directa o indirectamente? Pues concéntrese un poco en sus visiones y dígame cómo es el asesino. ¿No es usted vidente?

Llegado este momento de la conversación, Sara recordaba la transformación en la expresión de la cara de la mujer pelirroja. Miraba a la policía con un gesto de resignación que reflejaba la cantidad de veces que había tenido que defender su forma de vida. Sara, por su parte, también había observado la intensidad de sus ojos, de una gran dureza. Tras observar con detenimiento su mirada y tras escuchar el comentario que Miriam le hizo después, Sara había notado cómo en su interior se había producido un cambio. Empezaba a creerla, sí, empezaba a pensar que sus visiones eran algo real, y tuvo la certeza de que tenía delante a la única persona que les podía ayudar a dar con el asesino.

—Inspectora —le había dicho entonces Miriam—, esto no funciona así. Yo no soy una televisión, no puedo conectar el canal según quiera ver una visión u otra. No elijo lo que veo, lo que veo me elige a mí. Y en cuanto a Marta… le puedo decir que lo siento, que mis cartas me lo enseñaron, que hice dos tiradas para corroborar lo que estaba viendo y que en las dos tiradas salió lo mismo: la figura de un hombre joven, el arcano número 13 invertido, y la figura de una mujer joven, que representa a Marta.

—Lo siento, pero no tengo ni idea de las cartas del tarot. ¿El arcano número 13?

—En el tarot, el arcano número 13 es la carta de la muerte. No necesariamente simboliza muerte. Implica una ruptura, un cambio, un comienzo en una nueva etapa de la vida. Pero cuando aparece invertida… bueno, entonces sí simboliza una muerte. Y por la disposición del resto de las cartas la conclusión a la que he podido llegar es ésa. Hay un hombre joven implicado en la muerte de Marta de una u otra forma.

—Bien, creo que por ahora es suficiente —sentenciaba una más que harta Sara—. No, espere… una cosa, Marta tenía un paquetito debajo de su almohada. Dentro había…

—Cacao, azúcar y cabello de David.

—Bueno, lo del cabello de David aún no nos lo han confirmado desde el laboratorio.

—Se lo confirmo yo, que fui quien lo preparó. Es el hechizo de magia blanca del que le había hablado. Es un amarre de amor, para mantener a David al lado de Marta para siempre.

—¿Cuándo le pidió que le hiciera ese hechizo?

—Se lo hice la semana pasada. Hace unos diez días.

—Pues algo hizo que cambiara de opinión respecto a mantener a su novio con ella. Hay que averiguar qué fue. Necesitaré saber su número de móvil o cualquier número de teléfono que tenga, Miriam. Aunque lo haya tenido durante un par de días… Da igual, cualquier número de teléfono que haya estado vinculado a su nombre, necesito saberlo.

—Claro… lo que sea —contestaba Miriam totalmente derrotada. Lo único que quería era marcharse a casa y descansar.

Sara, por su parte, estaba segura de que la llamada que Marta había recibido en el móvil minutos antes de morir era la clave del caso y de que, una vez resuelto este, le proporcionaría las pistas necesarias para resolver la investigación de la médium asesinada.

Por otro lado, le inquietaba la aparición de ese joven que podía estar implicado en la muerte de la chica. Su mente se rebelaba ante tal pensamiento, porque significaba que comenzaba a creer en la historia de Miriam, y eso era imposible.

“Me estoy volviendo loca —pensó—. Me dice una médium que ha visto a un joven implicado en la muerte de una chica, que además parecía un simple suicidio, y yo me pongo a pensar en quién puede

ser. Dios, ¡estoy enferma!”.

Sara apagó la grabadora y guardó una copia de la transcripción en una carpeta de su ordenador. Acto seguido apagó el equipo y, tras verificar que no se dejaba nada importante, se marchó del despacho negando con la cabeza y hablando sola. No sabía que en pocas horas estaría de nuevo abriendo todas esas carpetas del caso para añadir la información sobre otro asesinato. Por el momento, podría relajarse un rato.

Comprobó la hora en el reloj del despacho. Las ocho y veinte de la tarde. Si se daba prisa, le daba tiempo de ir al gimnasio. El trabajo no siempre se lo permitía. Era el precio de ser inspectora de homicidios, los asesinos no tenían horario fijo.

Media hora más tarde, mientras sus piernas trabajaban en la cinta de correr y el sudor inundaba su espalda, comenzaba a olvidar el horror que tenía que presenciar el resto del día.

Capítulo 11: Chema

Leandro despertó sobresaltado. Algo había perturbado sus sueños, su mente no había sido capaz de adivinar el motivo por el momento. El siguiente timbrazo le terminó de sacar del mundo de los sueños en el que se empeñaba en mantenerse.

Cuando fue capaz de dar al botón para contestar la llamada, su mujer ya estaba totalmente furiosa y maldiciendo por haberse casado con un policía.

—¿Diga? —atinó a preguntar con voz pastosa.

—¿Inspector Gómez? —contestó la voz de Miriam desde el otro lado de la línea, parecía muy alterada.

—¿Miriam? ¿Es usted? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó impaciente el policía pensando que el joven había vuelto a ir a su casa.

—No… bueno, sí… verá. Siento llamarle a estas horas, es que…

bueno… yo…

—¡Deje de hacer eso, por favor! ¡Dígame de una vez qué ocurre!

—Verá, es que he tenido una visión. He visto cómo un joven apuñalaba a otra mujer en el vientre. Dios, no sabía qué hacer, pensé que debía contárselo enseguida.

Al inspector Gómez le invadió una oleada de fastidio. Una visión. Le había despertado a las cuatro y media de la madrugada por una puñetera visión. ¿Y si era cierta? Realmente no podía descartar nada, y menos cuando habían encontrado el cadáver de la vidente tras otra supuesta visión.

—De acuerdo, cálmese. En quince minutos estoy en su casa. Tranquila.

—Gracias, se lo agradezco mucho, de veras. Estoy tan nerviosa…

—Hágame un favor, Miriam.

—Sí, claro, dígame.

—Primero, compruebe ventanas y puertas y eche el cerrojo a la puerta de la calle.

—Eso ya lo he hecho, inspector. Y varias veces, la verdad.

—Perfecto. Pues ahora coja un papel y apunte en él todo lo que recuerde de la visión y prepáreme un café bien cargadito que enseguida estoy ahí y necesito espabilarme un poco.

—De acuerdo y… gracias.

—No hay por qué darlas. Ya veremos qué hacer después con su visión.

Leandro colgó el teléfono y se vistió a toda prisa. Maldijo mil veces y escuchó con paciencia las protestas de su mujer. Diecisiete minutos más tarde estaba en casa de la vidente tomando una humeante taza de café e intentando poner en orden todo lo que Miriam había escrito en el papel. Tras revisar una y otra vez lo que había escrito allí, decidió que no tenía datos suficientes para buscar nada de nada.

—Necesito algo más. Con esto no podemos buscar en ningún lugar ni a nadie en concreto. Con lo que tengo no puedo hacer nada. Necesitaría más datos.

—Ya, lo siento, es lo único que recuerdo. No sé cómo puedo hacer

para ayudar un poco más.

—Intente concentrarse. Necesito que recuerde algo. Cómo es la casa, la puerta, el nombre de la calle, descríbame a la mujer que ha visto morir… ¡algo!

—La mujer es… bueno, se la puedo describir un poco. No sé quien es, no la había visto en toda mi vida.

—Algo es algo, inténtelo.

—A ver… es una mujer pequeña, gordita pero proporcionada, con pecho y escote generosos. Lleva el pelo teñido de rubio, suelto, ondulado. La cara maquillada en

exceso, algo estridente. Su vestido es azul, ancho, con una franja azul marino en el escote y en el bajo.

—Eso está muy bien. Siga, por favor.

—Está embarazada. Su vientre se ve abultado, aunque sus redondas formas lo disimulan un poco. Cuando el joven le hunde por primera vez el cuchillo, ella dice:

“No, mi bebé”.

—Joder…

Llegado a este punto, Miriam tuvo que respirar hondo varias veces para no perder el control, no pudo evitar que unas lágrimas cruzaran su rostro cansado. Cuando se vio con fuerzas, continuó hablando.

—En la casa recuerdo haber visto unos cuadros. Uno es de un unicornio, es una de esas láminas baratas que venden en cualquier mercadillo. Hay una foto en el pasillo en la que se ve a la mujer sonriendo junto a una fuente.

—Cualquier detalle sirve. Cualquier cosa puede ser importante. Siga.

—Entra en una habitación. El joven va detrás de ella. Al entrar se ve un diploma…

—¿Un diploma? ¿Puede ver lo que pone? Concéntrese, Miriam, por favor.

Miriam comprendió la importancia de aquel pequeño detalle, así que cerró los ojos, respiró hondo e intentó concentrarse en aquel pedazo

de papel enmarcado que había visto en su visión. Poco a poco su mente se fue acercando al diploma que había colgado en la pared. Ya podía ver las letras, sin colocarlas en palabras coherentes, incluso podía ver el polvo acumulado en la parte de arriba del cuadro. Las palabras se fueron juntando hasta dejar que Miriam leyera alguna de ellas.

—Creo que pone “X Seminario de rituales célticos” o algo así. Es una acreditación que recibió al acudir al seminario. El nombre que aparece es… Isabel. Sí, Isabel. Pero no consigo ver el apellido, lo siento.

—No pasa nada. Lo ha hecho usted muy bien. A ver si podemos dar con esa mujer.

Hay que encontrar algún listado de los asistentes a ese seminario. Me voy a la comisaría

—dijo mirando hacia ella—. ¿Estará usted bien?

—Sí, no se preocupe, inspector. En cuanto se vaya, cierro todo y no abro la puerta ni a mi madre. Se lo prometo.

—Perfecto. De todos modos, luego pasaré por aquí a ver cómo está.

—Se lo agradezco mucho, es usted muy amable.

Tras cerrar la puerta del apartamento de Miriam, se fue directo a la comisaría y se dispuso a buscar el seminario de hechicería que le había explicado la vidente.

“Esto es de locos. Las cinco y pico de la madrugada y aquí estoy, en comisaría, buscando por internet un seminario de hechicería porque una maldita chiflada ha tenido una visión”.

Una hora más tarde, había encontrado las decenas de seminarios que se habían impartido sobre rituales célticos. Le sorprendió pensar que había tanta gente que se dedicara a algo así. Uno se llamaba tal y como había visto Miriam en su visión, “X

Seminario de rituales célticos”, y se había celebrado en un pueblo de la campiña francesa llamado Manciet, seis años antes. Por supuesto, no consiguió saber los nombres de los participantes del seminario. Sí de la persona que lo había organizado, un tal Edouard Larroque. Como cooperadora aparecía otro nombre de mujer, Lindsay Patterson. Apuntó sus nombres y los múltiples títulos de hechicería que aparecían enumerados varias veces a lo largo de la programación del

seminario. Se dispuso a hacer unas llamadas cuando se dio cuenta de la hora. Pensó que sería demasiado temprano para encontrar a nadie en su puesto, así que decidió hacer un alto y desayunar, a lo que su estómago contestó rugiendo agradecido.

Sentado ante una espesa taza de café y tras el primer mordisco a la tostada, se sintió mucho mejor. Pasaban unos minutos de las seis y media de la mañana, así que cogió su móvil y marcó el número de su compañera. Al segundo timbrazo sonó la voz grave de Sara. Ni siquiera parecía somnolienta.

—¿Qué pasa? —preguntó con brusquedad.

—Hola, Sara, ¿te he despertado?

—¿Y si es así, qué? Será importante si me llamas a las seis y media de la mañana,

¿no?

—Eh… sí, claro, perdona, es que me llamó Miriam.

—Joder, ¿otra vez?

—Sí, tuvo una visión…

—¡¿Otra visión?! Uf. Debe de ser la vidente más prolífica del mundo. No para de tener “visiones”.

—Sí, ya sé lo que piensas, Sara, no creas que yo soy más “creyente” que tú. Por ahora no tenemos más caminos que seguir. Nos guste o no, es la única pista.

—Bueno…. pista, pista…

—Vale, pero estarás de acuerdo en que no tenemos nada más.

—De acuerdo. A ver, dime, qué te contó.

—Estaba muy angustiada. Consiguió explicarme que había visto cómo un joven acuchillaba varias veces a otra mujer. Esta vez en el vientre, me dijo que era una médium y que estaba embarazada. Me la describió con bastante detalle: bajita, rubia teñida, muy maquillada, con algunos kilos de más…

Leandro esperó unos segundos que le parecieron demasiado largos.

—¿Sara? ¿Pasa algo?

—No, no, es que estoy un poco desbordada con todo esto. A ver… cómo te lo explico.

Resulta que ahora ha visto el asesinato de otra médium con pelos y señales. Una mujer a la que ha sido capaz de describir perfectamente, incluso ha visto que está embarazada.

—Ya lo sé, entiendo cómo te sientes… En fin, fui a su casa, tomé notas de todo lo que me dijo y sí, me puse a buscar a esa mujer.

—¿Y cómo coño la buscaste? ¿Metiste en la base de datos "mujer rubia de bote, bajita, a la que le sobran unos kilos, embarazada y médium de profesión"? ¿Y cuántas te salieron?

—Joder, Sara, no te burles de mí, que llevo en esta profesión tanto como tú.

—Mira, esto es demasiado. Una médium nos dice que ha visto en una visión a una mujer a la que asesinan y nosotros saltamos como conejitos adiestrados.

—Oye, estoy en El Primer Café, aquí al lado de la comisaría. Podrías venir y así te lo cuento todo, porque por teléfono tengo la sensación de ser el policía más gilipollas de Madrid.

—¡Ja, ja, ja! —rió Sara con ganas—. Querrás decir el segundo más gilipollas. Ni se te ocurra pasarme por encima, que soy tu jefa. Venga, en veinte minutos estoy allí.

Dicho esto, colgó el teléfono y se dirigió de inmediato a la ducha. Mientras el agua corría por su cara, intentaba liberar la sensación que se había apoderado de ella desde que la médium pelirroja había aparecido por primera vez en la comisaría. En su interior sabía que iba a tener que morderse la lengua demasiadas veces hasta que resolviesen el caso, no estaba segura de ser capaz. Odiaba aquel maldito caso que la ponía a prueba minuto a minuto. Odiaba tener que admitir que Miriam era la única que les hacía avanzar. Su mente racional la rechazaba. Su instinto se rebelaba contra sí misma.

Respiró hondo e intentó evadirse de aquello durante un par de minutos mientras el agua la golpeaba con fuerza.

Media hora después los dos inspectores tenían una idea clara de lo que les había contado Miriam y una posible pista por la que empezar.

Hacia las nueve de la mañana, Leandro consiguió hablar con el francés. Hablaba bastante bien el castellano y, aunque le había tenido que localizar en un pequeño pueblo de la campiña francesa, le contó que tenía una casa en Barcelona en la que pasaba la mitad del año.

Resultó ser una persona encantadora; en realidad, demasiado encantadora y complaciente, para el gusto de Leandro. Para él, cuando la gente se mostraba tan

“amable” era porque tenía algo que ocultar. Echó de menos haber tenido esa conversación cara a cara, para haber podido estudiar sus reacciones y mirarlo

directamente los ojos. El hombre le proporcionó al inspector los datos personales de la médium que buscaba, Isabel.

A Sara le bastaron dos llamadas para conseguir su dirección allí en Madrid.

Correspondía a un piso viejo en la calle del Mesón de Paredes, cerca de la Glorieta de Embajadores. Así que, rápidamente, se encaminaron hacia allá. Antes de las diez estaban llamando al timbre. Mientras esperaban, el llanto de un bebé se oía en la lejanía, ahogado por los insistentes ladridos de un perro. El rellano olía a tabaco, orina y lejía, por ese orden. Había restos por las esquinas de los dos primeros.

Tras el tercer intento, Sara notó un leve movimiento que provenía de la puerta que tenía a su espalda. La mirilla había cambiado de color, así que había alguien tras la puerta, con lo que decidió llamar a ese otro timbre. Nadie abrió. Entonces sacó su placa, la puso en la mirilla y dijo:

—Por favor, abra la puerta, soy la inspectora Sara Benítez, de Homicidios.

Pero la puerta no se abrió. No se oía ni el más leve susurro tras ella; Sara notaba la presencia de alguien, así que insistió.

—Si lo prefiere, traeré una orden, entonces a lo mejor no soy tan amable.

Una leve pisada avisó a la inspectora de que tras la puerta alguien había decidido colaborar. Se oyó la llave en una cerradura, después un cerrojo, y otro, y otro más. Sara pensó que era demasiada seguridad para un piso como aquél. Claro que, el miedo era libre. En el quicio de la puerta apareció un hombre mayor, de unos ochenta años o más.

Su cara se enmarcaba surcada por profundas arrugas y sus gafas descansaban en la punta de la nariz. Más bien parecían estar suspendidas sobre ella, sujetas por unos dedos invisibles. Vestía con un traje de chaqueta tan gastado como él mismo. El cansancio hacía mella en sus ojos; su mirada reflejaba lucidez.

—Pasen —dijo el hombre con voz cansada.

Los dos inspectores atravesaron el umbral con la sensación de introducirse en el túnel del tiempo. Parecía incluso más vieja que su dueño. Como si les leyese el pensamiento, el hombre se dirigió a ellos diciéndoles:

—Esta casa perteneció a mis padres. Trabajaron toda su vida para comprar esta casa y todo lo que hay en ella. Así que yo intento mantenerla tal como ellos me la dejaron a mí.

—Parece que lo consigue —dijo Leandro sin pensar, lo que provocó una nostálgica sonrisa en su anfitrión.

—Tomen asiento, por favor. ¿Puedo ofrecerles un café, té, un refresco?

—No, no, gracias —contestó Sara con premura. Leandro, por su parte, puso una mueca de disgusto al ver cómo se esfumaba la posibilidad de tomar un segundo café—.

La verdad es que queríamos hacerle unas preguntas.

—¿Sobre Mabel? —preguntó sin la menor muestra de sorpresa.

—No sé… supongo que será Mabel. Sabemos que la persona a la que estamos buscando se llama María Isabel Pereda Méndez.

—Sí, es ella, aquí todos la conocemos como Mabel.

Sara y Leandro permanecían expectantes por no interrumpir ni las palabras en los pensamientos de aquel hombrecillo. Parecía a punto de romperse, y ellos no querían ser los responsables de que eso ocurriera.

—Bien, ¿y qué quieren saber? ¿Se ha metido en algún lío?

—Eh… verá, señor…

—Disculpe mi falta de educación. Me llamo José María Peláez. Aquí todos me llaman Chema. Mi padre era don José María, ¿saben? —se vio obligado a contar el anciano, ante la cara que habían puesto los dos policías tras escuchar su apelativo. No esperaban en absoluto

llamar Chema a un hombre de esa edad.

—Bien, yo soy la inspectora Benítez y él mi compañero, el inspector Gómez.

Y tras unos segundos mirando al hombre a los ojos, añadió:

—Sara y Leandro para usted.

—Gracias —contestó el hombre al notar la amabilidad del tono que había empleado con él la inspectora. Se notaba a la legua que no acostumbraba a hacerlo.

—Buscamos a esa mujer, Mabel, y cualquier información que pueda usted darnos nos serviría de mucha ayuda.

—¿Ha hecho algo? —preguntó el anciano con una mueca de preocupación—. ¿Por qué la busca la policía?

—No, qué va. Bueno… no lo sabemos. Es algo difícil de explicar —contestó el inspector algo incómodo.

—Ya me imagino. Para dos policías debe ser difícil tener que buscar a una vidente.

Supongo que son dos profesiones un tanto incompatibles.

—No, se equivoca, nosotros no la buscamos para trabajar con ella, es que… —

comenzó a explicarle el inspector Gómez, pero la dura mirada de su jefa le persuadió de no seguir hablando.

—Entonces… si no la buscan para pedirle que colabore con ustedes, es porque le ha pasado algo a ella, ¿me equivoco?

Sara le miró con una mezcla de admiración y desconfianza. ¿Cómo podía ser tan perspicaz? Entonces él, inclinándose un poco hacia delante, le dijo sin dejar de mirarla directamente a los ojos:

—Dos inspectores de Homicidios no interrogan a un pobre anciano si no es por algo grave. Eso lo sabe cualquiera, inspectora, incluso alguien como yo.

—Disculpe si en cualquier momento le he ofendido, José.

—Chema, por favor, me gustaría que me llamara Chema, como hacen

todos. Y no, no me ha ofendido.

—De acuerdo, Chema. Es que no le podemos contar nada. Y no solo por la investigación que está en curso, sino porque realmente ni siquiera nosotros sabemos lo que buscamos, ni por qué.

—Mabel es una buena vecina. Yo… no me meto en sus cosas y nos respetamos mutuamente.

—¿A qué se refiere con que no se mete en sus cosas? ¿Tiene en ese piso la consulta?

—Sí, ahí vive y ahí lleva sus negocios. Es una buena mujer. A mí lo del gabinete de videncia me da igual, salvo por la cantidad de gente que se equivoca de piso y llama al mío, claro.

—¿Entonces qué es lo que quería usted decir con “sus cosas”?

—Es que Mabel es un poco… como les diría yo… “alegre”.

—¿Alegre? ¿Quiere decir promiscua?

—Más o menos. No quiero decir que se prostituya ni nada de eso, al menos creo que no. Sí que es cierto que en los años que lleva aquí le he conocido decenas de novios. Y

ninguno ha vivido aquí con ella. Siempre van y vienen.

—¿Alguno tenía pinta de ser raro o le gustó menos que el resto?

La cara de escepticismo del anciano hizo ver a Sara lo estúpido de su pregunta.

—Mire, al principio intentaba ser amable con ellos, al fin y al cabo podían ser vecinos míos algún día. Después perdí la cuenta y el interés, y, es más, a veces ni siquiera recuerdo haber intercambiado palabra alguna con ellos. ¿Pinta rara? No sé si alguno era normal.

Al ver la cara de decepción de los policías, el hombre siguió hablando.

—Si me dijeran exactamente lo que buscan, a lo mejor podría ser más preciso.

—Si supiéramos lo que buscamos, Chema…

—¿Cuánto hace que no ve a Mabel? —preguntó entonces Leandro sacando de sus pensamientos al anciano.

—No sé.. déjeme pensar… hoy es jueves, ¿no? La última vez que la vi fue el lunes por la tarde. Yo salía a comprar cuando un chico joven que llevaba el brazo en cabestrillo, llamaba a su puerta.

—¿Cómo era el chico? —preguntó poniéndose en guardia la inspectora—. ¿Puede recordarlo?

—Creo que sí. Era alto, más bien larguirucho, de unos quince o dieciséis años, delgado, ancho de espaldas. Se le veía fuerte. Su cara se veía salpicada de acné y encogía los hombros como si fuera muy tímido.

Sara anotó en su cuaderno todo lo que el hombre le estaba diciendo. El anciano tomó nota mentalmente de que ni siquiera había visto a la inspectora meter la mano en el bolso para coger el cuaderno y pensó que estaba perdiendo facultades.

—Mabel le abrió la puerta e intercambiamos un saludo —añadió el anciano.

—¿Vio a alguien más entrar o salir del piso de Mabel desde entonces?

—Creo que no. ¿Es importante?

—Podría serlo —contestó Leandro—. Y ¿es normal que no vea a su vecina en un par de días?

—Bueno, a veces no coincidimos. Lo que sí es raro es que no haya visto a nadie venir a su consulta desde entonces. El martes por la noche vinieron dos chicas, llamaron durante un buen rato hasta que se cansaron de esperar y se marcharon.

—Bueno, Chema, nos vamos a marchar ya —dijo la inspectora levantándose del sofá—. Si recuerda algún detalle que pueda decirnos o algo que le parezca importante, no dude en llamarnos.

Sara apuntó su teléfono y el de Leandro en una tarjeta que le ofreció al anciano.

—Puede llamarnos a cualquier hora. Recuerde que cualquier cosa puede ser importante.

—Muchas gracias, Sara, y siento no haberles sido de mucha ayuda.

—Sí que lo ha sido, y si supiéramos qué buscar, seguro que mucho más.

Posiblemente tengamos que volver para hablar con usted en alguna otra ocasión.

—Cuando quieran. Si sigo vivo, estaré por aquí.

—¿Sus otros vecinos habrán visto…?

—Ni lo intente, inspector. Este edificio está lleno de inmigrantes ilegales que ni siquiera abrirán la puerta y mucho menos a la policía. Lo siento.

—En ese caso comenzaremos con su testimonio. Gracias otra vez.

Tras abandonar el edificio intentaron sin éxito pedir una orden para acceder al piso de la vidente. En realidad, lo esperaban. No tenían ninguna prueba que darle al juez, con lo que él no quiso pringarse por un testimonio realizado por una médium que había tenido una "visión". Así que se marcharon de allí con las manos vacías y la sensación de estar perdiendo un tiempo precioso.

Esa misma tarde, tras una rápida comida y una todavía más rápida cabezadita delante del ordenador del despacho, Sara recibió una llamada a su móvil. Tras comprobar que no conocía el número desde el que la llamaban y decidir contestar, la voz de Chema despertó su interés:

—Buenas tardes, inspectora, espero no despertarla de la siesta.

—Por supuesto que no, Chema —mintió—. ¿Ha ocurrido algo?

—En realidad, no. Es que hay dos cosas que me inquietan un poco. Al poco rato de irse ustedes ha venido una joven a realizar una consulta al gabinete de Mabel. Al ver que no contestaba nadie ha llamado a mi puerta. Yo no suelo abrir a nadie que no conozca, este barrio es un poco peligroso. La chica parecía un simple gorrión asustado.

Me ha explicado que el lunes por la tarde Mabel le había dado cita para hoy. ¿No es un poco raro?

—¿Qué tiene de raro? Si tiene un gabinete de videncia lo normal es que concierte citas, ya sabe, para leer las cartas y demás.

—Sí, claro, lo que veo raro es que si no pensaba estar en casa le diera cita a alguien.

Nunca lo había hecho. Esas cosas Mabel las tiene muy en cuenta. Es

muy organizada y planificadora.

—Ya. ¿Y la otra?

—La otra es un detalle que me inquieta desde que se fueron esta mañana ustedes, aunque seguro que no tiene importancia. En realidad, ahora me parece una tontería propia de un viejo asustado.

—Bueno, ya que me ha llamado, cuéntemela.

—Verá… es que el martes por la tarde, cuando volvía de la compra, me encontré con un joven en la escalera.

—¿En el rellano?

—Abajo, en la entrada del edificio. Es que yo nunca uso el ascensor, le tengo pánico.

—¿Y qué le llamó la atención del joven? ¿Hizo algo sospechoso?

—¡Y tanto! ¡Ja, ja, ja! Disculpe, era una broma. Es que me ayudó a subir las bolsas hasta mi casa, y eso no es nada normal en estos tiempos. Además, estaba herido.

—¿Herido? ¿Qué quiere decir?

—Le sangraba la mano izquierda. Tenía un pañuelo alrededor de ella. Incluso me manchó la bolsa de la compra.

—Ya —dijo Sara como única respuesta.

—¿Es importante? —preguntó preocupado el anciano.

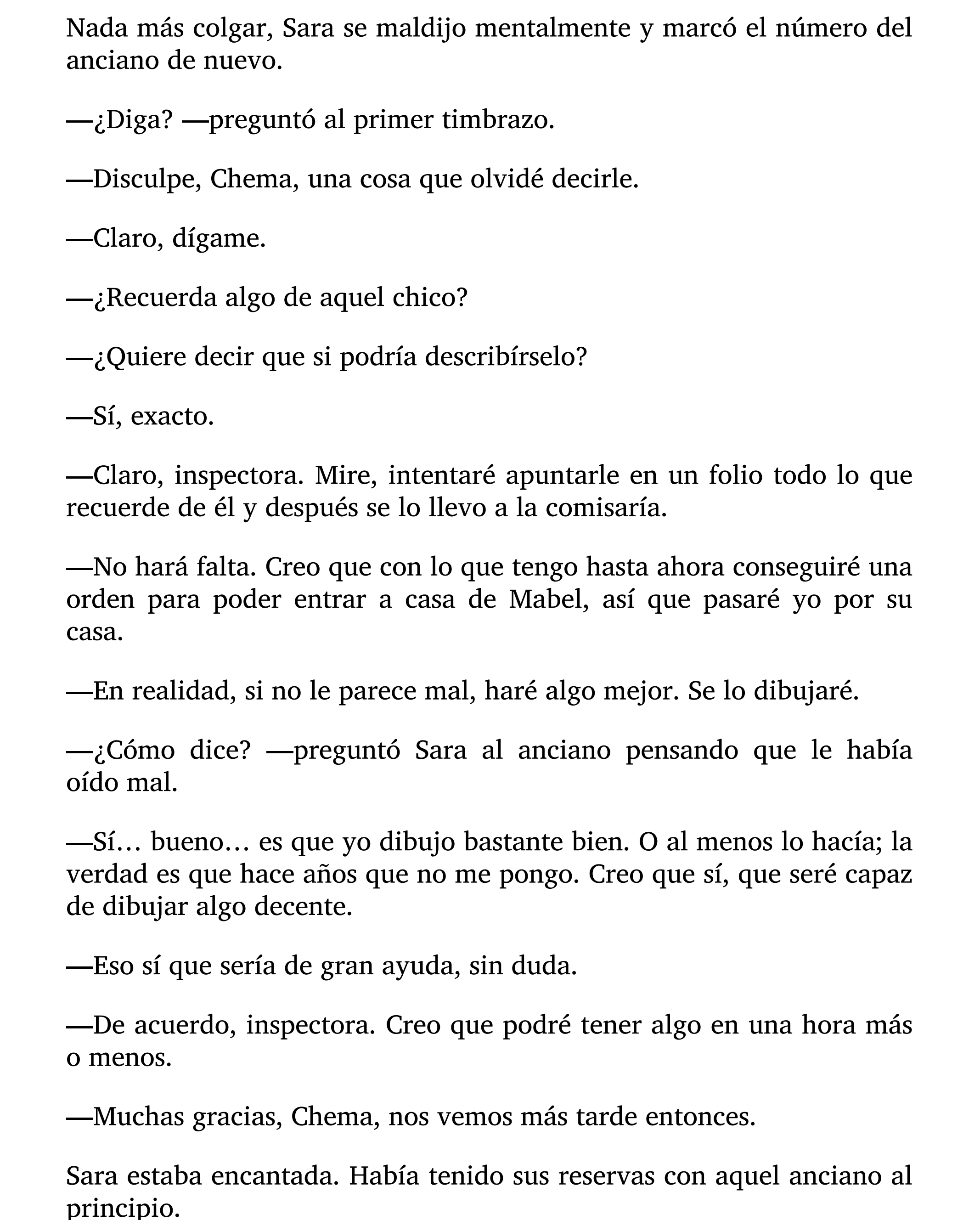
—No lo sé, Chema, la verdad es que no tengo ni idea, puede ser. Le llamaré en cuanto averigüe algo.

—Espero que no le haya pasado nada a Mabel. Es una buena chica, aunque sea un poco inestable en algunos aspectos.

—Bien, investigaré un poco lo que me ha contado y le llamaré si necesito algo.

—Gracias, inspectora. Espero haberle servido de ayuda. Es muy importante para un anciano sentirse útil de vez en cuando.

—Usted lo es, y mucho, no le quepa la menor duda. Le llamo más tarde.



Nada más colgar, Sara se maldijo mentalmente y marcó el número del anciano de nuevo.

—¿Diga? —preguntó al primer timbrazo.

—Disculpe, Chema, una cosa que olvidé decirle.

—Claro, dígame.

—¿Recuerda algo de aquel chico?

—¿Quiere decir que si podría describírselo?

—Sí, exacto.

—Claro, inspectora. Mire, intentaré apuntarle en un folio todo lo que recuerde de él y después se lo llevo a la comisaría.

—No hará falta. Creo que con lo que tengo hasta ahora conseguiré una orden para poder entrar a casa de Mabel, así que pasaré yo por su casa.

—En realidad, si no le parece mal, haré algo mejor. Se lo dibujaré.

—¿Cómo dice? —preguntó Sara al anciano pensando que le había oído mal.

—Sí… bueno… es que yo dibujo bastante bien. O al menos lo hacía; la verdad es que hace años que no me pongo. Creo que sí, que seré capaz de dibujar algo decente.

—Eso sí que sería de gran ayuda, sin duda.

—De acuerdo, inspectora. Creo que podré tener algo en una hora más o menos.

—Muchas gracias, Chema, nos vemos más tarde entonces.

Sara estaba encantada. Había tenido sus reservas con aquel anciano al principio.

Pensó que divagaría, que olvidaría la mitad de los detalles, que acabaría con su paciencia y les haría perder el tiempo. Sin embargo, había dado con una mente despierta, abierta, experimentada y con una memoria entrenada a lo largo de décadas.

Y, por si fuera poco, sabía dibujar. No podía haber encontrado un

testigo mejor.

Esperaba que lo que había visto pudiera servir para algo.

Nada más colgar el teléfono, la puerta del despacho se abrió de golpe. Leandro ni siquiera se había acordado de llamar antes de abrir, lo que no era habitual en absoluto.

Parecía descontrolado.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara a la vez que se levantaba de la mesa e instintivamente echaba la mano a su chaqueta como si tuvieran que salir corriendo de allí.

—Me acaba de llamar Miriam. Hay que conseguir la orden de registro como sea.

—¿Otra visión? —preguntó Sara a la vez que arqueaba las cejas y ponía cara de fastidio.

—Sí… bueno, no exactamente. Le han dejado un sobre en el buzón. La visión le llegó al tocarlo.

—¿Qué contiene? —preguntó Sara dejando entrever la preocupación que ahora sentía.

—Una baraja del tarot manchada de sangre. Miriam dice que pertenece a la mujer a la que vio morir ayer en su visión.

—¿Y cómo lo sabe? Joder, esto es alucinante. No, no me contestes. Prefiero no saberlo

—dijo más bien para sí que para su compañero.

—Además de la baraja había un pequeño marco de fotos enmarcando una ecografía.

—¡¿Qué?! ¡Joder! —dijo pasando por delante de Leandro y poniéndose a un tiempo la chaqueta—. Vamos a conseguir esa puta orden de una vez.

Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, y las regirá con vara de hierro, y serán quebradas como vaso de alfarero como yo también la he recibido de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana.

Libro del Apocalipsis 2, 26-28

Esta vez no le había hecho falta el látigo. Sus heridas ya casi estaban curadas desde la vez anterior. Le habían durado casi diez días y por fin estaban cicatrizando. Ahora controlaba mejor el placer. Llevaba puesto el cilicio, y cada vez que le atormentaba alguna visión de mujeres desnudas, lo apretaba un poco más. Era más fácil así que teniendo que venir corriendo a casa a flagelarse. Al menos se lo podía apretar en cualquier sitio. Llevaba puesto un polo azul marino grueso. No se notaba nada el cilicio por debajo de la ropa. Y así debía ser. Nadie lo debía saber. Nadie debía tener el secreto del perdón de Dios. Solo los elegidos, como él. Dios estaba muy orgulloso. Se lo había dicho en sus sueños. No había recompensa mayor que ésa, que Dios, su Padre, lo contemplara con orgullo. Gabriel se miró al espejo. Sabía que era un signo de vanidad mirarse al espejo, pero quería comprobar si se notaba el halo de luz con que Dios le había recompensado. No era visible a los ojos de los humanos; él podía notarlo. Percibía la luz que irradiaba su piel, la sentía, le proporcionaba tanta paz…

Se dispuso a acudir a su trabajo. Le fastidiaba sobremanera ese trabajo estúpido en el que tenía que perder su tiempo. Sabía que era imprescindible que nadie supiera su verdadera identidad. Si quería llevar a cabo la obra de Dios tenía que permanecer en el anonimato. Allí ni siquiera usaba el nombre de Gabriel. Ese nombre se lo había puesto Dios y solo lo usaba para llevar a cabo su cometido. Pronto no quedarían brujas y él podría quitarse la máscara y entonces todos los que habían pecado caerían a sus pies implorando clemencia. Pronto, muy pronto… serían víctimas de la ira de Dios, y el que no estuviera en paz con él no tendría escapatoria.

Recordó a las dos brujas a las que había condenado ya. Imaginó sus atormentadas almas pidiendo clemencia en el infierno junto a su propio dios. Una satisfacción infinita recorrió su cuerpo incitándole al placer. Volvió a sentir una erección y en su mente las imágenes de mujeres desnudas fornicando con él le llevaron al borde del abismo.

Apretó el cilicio tan fuerte que un grito desgarrador salió de su garganta sin que pudiera pararlo. La sangre manaba de aquellas punzadas como manó de la cabeza del hijo de Dios cuando le incrustaron su corona de espinas. Y se sintió bien, en paz con su Padre, otra vez había vencido al Demonio.

Le preocupaba que este fuera cada vez más poderoso e invadiera su mente en el momento menos oportuno. Estaba seguro de que aquellas brujas habían minado un poco su fortaleza. Tenía suerte de contar con la gracia de Dios para no abandonar el camino jamás. ¿Qué no haría un padre por un hijo como él…?

Capítulo 12: Orden de registro

Casi dos horas les costó convencer al juez de que necesitaban entrar en casa de la vidente. Al final Sara estaba segura de que les había proporcionado la orden con tal de que lo dejaran tranquilo. Llegaron al número 17 de la calle Mesón de Paredes con una sensación de angustia en el estómago. Ninguno de ellos lo admitiría y menos delante del otro: no les cabía ninguna duda de que iban a encontrar el cadáver de aquella mujer.

Lo que no sabían era el macabro espectáculo que les tenía preparado su asesino.

Cuando el técnico de la policía se disponía a forzar la cerradura del piso de Isabel Pereda, Sara notó a su espalda un leve crujido que provenía de la vivienda del vecino.

Pidió al técnico que esperara un minuto y llamó al timbre del anciano, quien, por supuesto, abrió inmediatamente.

—Buenas tardes, Chema, hemos conseguido una orden para entrar al piso de Mabel.

—Entonces es que le ha pasado algo, ¿verdad?

—No lo sabemos… es bastante probable. Mire —añadió dirigiéndose con ternura al anciano—, quiero que se meta en su casa, cierre la puerta y no abra absolutamente a nadie. No sabemos lo que encontraremos ahí dentro. Le prometo que en cuanto pueda vendré a hablar con usted.

—De acuerdo, inspectora. No se preocupe, me pondré a cocinar, que

eso siempre me relaja.

—Perfecto, nos vemos más tarde.

Cuando el vecino hubo cerrado hasta el último cerrojo, la inspectora dio permiso al técnico para que procediera a abrir la puerta. En la entrada les recibió un olor dulzón que conocían de sobra: era el olor de la sangre. Quedaba encontrar dónde se acumulaba.

Sara tardó un buen rato en reprimir las ganas de vomitar. El espectáculo que tenían delante era, cuando menos, indescriptible. La crueldad y la violencia con las que habían tratado a la vidente quedaban claras de un simple vistazo.

La mujer yacía muerta en el suelo, junto a un enorme charco de sangre coagulada.

Las moscas se movían torpes, borrachas del gratuito festín con que se les había obsequiado. Al principio, la inspectora pensó que la masa sanguinolenta que había al lado de la mujer eran sus propias tripas. Al acercarse un poco comprobó con un horror que le heló la sangre cómo aquella masa informe era el bebé que la médium llevaba en su vientre, su hijo. Sara se obligó a tragar saliva varias veces para contener las lágrimas.

El asesino se lo había arrancado sin piedad y se lo había dejado al lado para que se pudriera. ¿Cómo podría una mente ser tan retorcida? ¿Cómo podía el ser humano llegar al extremo de llevar a cabo una carnicería así?

El feto debía de tener no más de veinte o veintidós semanas. Sus deditos estaban totalmente formados, los casi transparentes párpados ocultaban unos ojos que jamás conocerían el rostro de su madre. Uno de los técnicos que comenzaba a recopilar pruebas no pudo más y tuvo que salir de la habitación. Sara miró interrogante a otro de los técnicos, que le dijo en voz baja:

—Su mujer está embarazada.

No hizo falta ningún comentario más. Nadie en aquella estancia podía permanecer impasible ante algo así. Se pusieron manos a la obra, cogieron pruebas, muestras de sangre…

—Inspectora —se oyó una voz desde el baño—, aquí hay algo que puede que le interese.

Sara se acercó al baño y lo primero que vio fue el desorden reinante allí. La casa estaba totalmente ordenada, con lo que aquel desastre en el baño muy bien podría ser obra del asesino. Había cuentas azules por todos lados, cera de velas pisoteadas en un rincón y el espejo del baño roto. Un fragmento ensangrentado aparecía en el suelo. El técnico estaba fotografiando en aquel momento el trozo de espejo y después lo cogió por la parte más limpia. Llevaba unos gruesos guantes de látex para asegurarse de no contaminar ninguna prueba. Le enseñó a la inspectora el otro extremo del cristal acabado en pico. Contenía un buen trozo de piel además de sangre.

—Déle prioridad a esta muestra, por favor, agente.

—Por supuesto —contestó el técnico mientras cogía con unas pinzas el resto de piel y lo introducía en un frasco, cerrándolo rápidamente a continuación.

Después guardó el cristal en una bolsa de plástico. Al salir, Sara le explicó a Leandro lo que acababa de encontrar en el baño y la historia que le había contado el anciano justo antes de que él irrumpiese en su despacho como un torbellino tras la última llamada de Miriam.

—Esos restos de piel pueden corresponder con la mano herida del joven con el que se cruzó Chema. Dejaremos que trabajen aquí los técnicos. Vamos a hablar con el vecino y que nos enseñe su dibujo. Aquí ya hemos tenido bastante.

Por su parte, el anciano les recibió de muy buen grado con una deliciosa taza de café.

Había hecho un bizcocho y unas galletas que, realmente, tenían una pinta deliciosa.

Pero el estómago de los inspectores clamaba por rebelarse después del espectáculo del piso de enfrente, así que ninguno pudo probar bocado.

Sara tomó en sus manos el dibujo que le tendía el anciano. Su corazón se aceleró de golpe, aquel joven podía muy bien ser David. Se le parecía bastante, aunque había rasgos que no coincidían. Por ejemplo, los labios, que en el dibujo aparecían casi sin definir, los de David eran bastante gruesos. El pelo tampoco era exactamente como el del psicólogo, aunque muy bien podía llevar una peluca o peinarse de modo distinto cuando perpetraba sus crímenes. Y la incipiente barba que Chema había dibujado podría muy bien ser postiza. En fin, no era concluyente, aunque se le daba un aire.

—Este dibujo es francamente bueno, Chema. Si realmente se corresponde cada detalle con la cara del joven, tenemos un retrato robot del asesino bastante preciso.

—¿Asesino? ¿Ha dicho asesino?

Sara y Leandro se miraron levemente, como decidiendo qué debía saber el anciano y qué no. Entonces Sara se giró hacia él y le dijo:

—Lo siento, sí, Mabel está muerta, y tenemos suficientes razones para pensar que ha sido asesinada. Es más, no nos cabe ninguna duda.

—Ya… la verdad es que lo imaginaba, simplemente no me lo quería creer. ¿Qué le ha…?

—No me pregunte, Chema, no le puedo contar nada.

—Claro, lo siento. Volviendo a lo de antes, ¿qué quiere decir con que si "realmente se corresponde cada detalle con la cara del joven"?

—Disculpe, no quise decir que se haya inventado nada ni que no lo recuerde bien.

Estará de acuerdo conmigo en que, al haber pasado unos días, el recuerdo que tiene de él puede no ser tan fresco como en el mismo instante en que se lo cruzó en la escalera.

Algún detalle puede haber variado.

—Sí, claro, puede que tenga razón. Aun así estoy casi seguro de que el retrato es bastante fiel a la realidad.

—Tanto mejor, eso nos ayudará mucho —tras quedarse pensativa unos instantes añadió—: ¿no recordará por un casual de qué color tenía los ojos?

—Grises, los tenía grises. Me fije porque parecían centellear, quiero decir, parecían encendidos por un brillo especial. No sabría decirle por qué me parecieron así.

—No hace falta, con esto creo que podemos ponernos manos a la obra.

—¿Puedo preguntarle yo algo, inspectora?

—Claro, dígame.

—Ya sé que me ha dicho que no le pregunte nada sobre Mabel. Es que

hay algo que me tortura… ¿Sufrió?

Sara no contestó. No se sentía con fuerzas de mentirle, miró al anciano con pena.

—Pobrecilla, cuánto lo siento —dijo entonces el vecino con lágrimas en los ojos—.

Era una buena persona.

Leandro asistía a la escena sin atreverse a interrumpir. A su mente acudió Miriam. Si no hubiera tenido aquella visión, ahora estarían recopilando pruebas en su piso en lugar de en el piso de Mabel. Tenían que coger a ese cabrón antes de que atacara a otra de esas mujeres. No sentía respeto por la vida, y eso le hacía aún más peligroso.

La cuestión era… ¿por qué había elegido a aquel colectivo? ¿Solo atacaba mujeres?

Porque Leandro suponía, aunque no supiera mucho del mundo del esoterismo, que habría tanto hombres como mujeres y al menos por ahora ningún hombre había sido objeto de su violencia.

¿Y Marta Soriano? ¿Qué pintaría en todo aquello? ¿Sería una simple coincidencia? ¿O

de verdad formaba parte del caso?

Aunque le costaba reconocerlo, aún les quedaban demasiadas incógnitas por resolver. Se encontraban solamente al principio, y ese principio ya había sido extremadamente cruel. No quería ver lo que estaba por llegar; en sus años como policía había podido comprobar que los asesinos como aquél nunca estaban dispuestos a parar.

Cuanto ella se ha glorificado y ha vivido en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: Yo estoy sentada como reina, y no soy viuda, y no veré llanto; por lo cual en un solo día vendrán sus plagas, muerte, llanto y hambre, y será quemada con fuego; porque poderoso es Dios el Señor, que la juzga.

Y los reyes de la Tierra que han fornicado con ella, y con ella han vivido en deleites, llorarán y harán lamentación sobre ella cuando vean el humo de su incendio.

Libro del Apocalipsis 18, 7-9

Bajó las escaleras despacio, sin hacer ruido, tan sigiloso como un gato. Había cinco pisos hasta la calle y no tenía ninguna prisa. Era mejor no correr para no despertar sospechas. A las cuatro de la madrugada era más fácil que alguien reparase en él si estaba corriendo que si iba tranquilamente por la calle. Sobre todo con ese arañazo en el cuello. La muy estúpida le había clavado las uñas, como si le fuera a servir de algo.

Se había resistido, la bruja no había confiado en él como las otras. Era una mujer muy bella, lo que a Gabriel no le impresionaba. Él estaba por encima de todas esas fornicadoras. Había notado su influjo nada más mirarla a los ojos. Seguramente esta era

más poderosa. Pero… ¿acaso no se había dado cuenta de que él estaba ungido por la gracia de Dios? Por muy poderosa que fuera, jamás lo sería más que Dios.

Su cara se había contraído en una mueca de asco y odio al notar cómo se le insinuaba y ella se había dado cuenta. Enseguida la desconfianza había aparecido en su rostro.

Entornó un poco la puerta y le pidió a Gabriel que volviera otro día, que ése era un mal momento. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, él empujó la puerta con todas sus fuerzas golpeando a la bruja (a la que él bautizó como Salomé) quien cayó al suelo un tanto aturdida. Entonces Gabriel, sin perder un segundo, se abalanzó sobre ella propinándole un puñetazo en la cara que la dejó inconsciente.

Ella se llamaba Anais, al menos para su clientela. Era delgada, no muy alta, llevaba el pelo castaño recogido en un moño casual, por detrás de la cabeza. Sus ojos eran marrones, pequeños y muy vivos. Sus facciones, redondeadas; sus labios gruesos, carnosos. Gabriel quería besarlos, morderlos, lo que le puso más furioso.

Cogió a la bruja de un brazo y tiró de ella arrastrándola por el pasillo y golpeándola con todo lo que encontraba a su paso. Al girar para entrar en el salón, el hombro de Anais se tropezó con el marco de la puerta, lo que obligó a frenar a Gabriel. Él miró hacia la bruja con asco y, decidiendo que daba igual, tiró de ella con todas sus fuerzas

rompiéndole la clavícula y sacando la cabeza del húmero de su sitio. El dolor despertó a Anais, quien gritó con todas sus fuerzas, y a él le entró el pánico. No podía permitir que nadie la oyera, así que la volvió a golpear. Esta vez ella no cayó inconsciente y rápidamente le dio una patada en la entrepierna usando todas sus fuerzas y le clavó las uñas en el cuello haciéndole un feo arañazo. Gabriel se dejó caer de rodillas con las manos protegiendo la zona herida y casi sin respiración. Por el rabillo del ojo vio cómo la bruja se levantaba e iba a trompicones buscando la puerta y sujetándose el brazo que tenía fuera de su sitio. Gabriel fue hacia ella ignorando el dolor y, de un rápido movimiento, le partió el cuello. Anais cayó al suelo con un ruido sordo, como un muñeco roto.

Él espero paciente, no sabía si el escándalo habría despertado a algún vecino, así que agudizó el oído y se quedó sentado mirando a los ojos de la bruja, cuya cabeza había quedado en esa dirección. La observó con calma. No parecía tan peligrosa ahí tirada, sin vida. Una sonrisa maliciosa acudió a su rostro. Ninguna parecía tanto una vez que él les había quitado el poder. Él, cual ángel vengador, tenía que recordarles cuál era su sitio: el mismísimo infierno.

Tras un tiempo prudencial, y sin escuchar ni un ruido, cogió a la bruja del pelo y la llevó al salón. La sentó en un sillón y le colocó como pudo la cabeza, que quedaba colgando a un lado en un ángulo imposible; después la roció de disolvente. Lo había comprado esa misma tarde en una tienda cercana y había discutido con la mujer que le atendió.

Ella había intentado mantener una conversación, le había preguntado si era pintor, por el disolvente. Él simplemente le había contestado: “No”. “¿Y para qué lo necesitas?”

—había dicho ella—. “Te lo pregunto porque tenemos latas de varios tamaños”. Pero al ver que Gabriel no respondía, ella había intentado hacerse la simpática y, guiñándole un ojo, le había dicho: “No será para algo ilegal, ¿eh?”.

Fue suficiente, la furia se empezó a apoderar de él. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no abalanzarse encima de aquella zorra estúpida y haberle golpeado la cabeza con la lata de disolvente hasta reventársela. Se alegraba de haber parado a tiempo. Pensó que el Padre, desde su trono, no estaría contento de que él castigase a cualquiera que lo mereciera. solo Dios puede ser juez de la raza humana. Lo de las brujas era diferente. Dios, en su infinita sabiduría, le había pedido a él, su hijo, que comenzase el exterminio. No

merecían estar vivas. Y él no pararía hasta darle a su padre el mayor motivo de gozo.

Cuando consiguió controlarse del todo, miró a la mujer con toda la frialdad de la que fue capaz y dijo: “Para lo que yo quiera el disolvente no le importa, limítese a cobrar”.

Entonces la mujer, tras sentir un ligero escalofrío provocado por la gris y fría mirada de Gabriel, le había entregado una lata de mediano tamaño y le dio el cambio lo más deprisa que pudo. Ni siquiera le dijo adiós cuando salió de la tienda.

Gabriel se deleitó embadurnando bien a Anais con el disolvente. Se salpicó la ropa, pero ni siquiera se dio cuenta. Palpó en el bolsillo de su pantalón la pequeña cajita que contenía las cerillas. Antes de encenderla, busco en la cocina unas tijeras para cortar un buen mechón de pelo de la mujer y meterlo en una caja, que después introdujo en su bolsillo. Entonces encendió la cerilla y, sin pestañear, la lanzó encima de la bruja; de inmediato comenzó a arder. El fuego se propagó veloz por el cuerpo de la joven. El pelo castaño se desintegró casi de inmediato, al igual que la ropa. Cuando Gabriel comenzó a notar el olor a carne quemada, decidió que era el momento de abandonar aquella casa.

En la calle hacía frío, él ni lo notó. Sentía urgencia por llegar a casa y rezar para poderle contar al Padre lo que había hecho, estaría tan orgulloso de él… Pasó por una calle donde varias mujeres esperaban a que algún hombre pagara en esa noche solitaria.

Al ver a Gabriel todas le fueron buscando. Por un segundo, Gabriel pensó que una noche de lujuria bien podría perdonársela su Padre. Él le había demostrado su amor nuevamente acabando con una de esas brujas. Enseguida sacudió la cabeza para despejar sus pensamientos. Apretó un poco el cilicio debajo de la ropa y, cuando comenzó a notar la sangre manar de sus heridas… se sintió mucho mejor. Hoy había dado dos motivos al Padre para hacer de Gabriel el Nuevo Mesías. Una sonrisa de orgullo y satisfacción cruzó su rostro mientras dejaba atrás a las prostitutas protestando y buscando nuevamente a alguien con quien pasar el resto de aquella fría noche.

Capítulo 13: Accidente

Víctor pensaba en la conversación que había mantenido con David hacía unos días.

Había sido muy comprensivo con él y le había hablado muy claro, como si lo conociera de siempre. Parecía un buen tío. Era posible que lo que le había dicho fuera verdad, que tuviera razón. Pensó en aquel hombre que tan seguro le había hablado de Diana y dejando una semilla de duda en su mente.

Esa tarde llamaría a Diana para disculparse. Llevaba varias noches aguardando a sentirse más calmado. Esperaba que ella le perdonase; si quería empezar una relación con esa chica, no había acertado teniendo celos a la primera de cambio. Diana le gustaba mucho. Su forma de ser, cómo se tomaba cada pequeño avance, su fuerza de voluntad y su constancia. Además le parecía una mujer con una belleza inusual, los ojos negros, el cabello largo y sedoso… Recordaba sus mejillas sonrojadas cuando la besó.

Iba tan ensimismado pensando en aquellas pequeñas cosas, que no se dio cuenta de que alguien le seguía. Se dispuso a cruzar la calle, así que se quedó esperando a que el semáforo cambiara de color. Un repentino escalofrío le recorrió la espalda, de pronto notaba una sensación extraña y no entendía el motivo, simplemente se sintió en peligro.

Por el rabillo del ojo le pareció ver una figura familiar aunque no estaba seguro de qué podía conocer a aquel hombre. En aquel momento tuvo la certeza de que iba a morir.

Sintió no haberse podido despedir de Diana como merecía, no había podido pedirle perdón. Notó unas manos que lo empujaban con todas sus fuerzas hacia la calle justo cuando una furgoneta de reparto pasaba veloz antes de que se cerrara el semáforo. Lo último que el joven oyó fue un enorme chirrido de frenos al mismo tiempo que un grito desgarrador se colaba en sus oídos.

David caminaba cabizbajo. Esos últimos días habían sido especialmente intensos.

Con la muerte de su novia tan reciente, los cambios producidos en el trabajo y siendo como era sospechoso a los ojos de la policía, se sentía sin fuerzas. No tenía ni idea de

cómo iba a salir de aquello. Tenía claro, eso sí, que no estaba en sus manos, no dependía de él.

Al volver la esquina, alguien al pasar le propinó un empujón. Iba deprisa y no se fijaba en la gente que venía en dirección contraria a él. David se quedó mirándolo, le resultaba familiar, ¿de qué lo conocía? Pensó que pertenecería a algún grupo de apoyo de los que él dirigía y rápido desechó la idea: se acordaría del nombre.

Al darse la vuelta comprobó, extrañado, cómo la gente se iba arremolinando alrededor de algo. Algunas personas incluso corrían en esa dirección. Parecía que habían atropellado a alguien. Se acercó a ver si podía ayudar en algo. Al ver la cara del chico que yacía en el suelo, su corazón se bloqueó. Su sangre se volvió tan espesa que le costaba seguir su camino. Se le nubló la vista y sus piernas le fallaron por un momento.

Una señora que había a su lado se percató de que David se mareaba y acudió a ayudarlo.

—Estoy bien, señora, no se preocupe, ha sido la impresión.

—Ya, no me extraña, hijo, es horrible. Pobre chico, no sé qué le habrá pasado por la cabeza para lanzarse así delante de la furgoneta.

—¿Cómo dice? ¿Que se lanzó delante de la furgoneta? No es posible.

—Sí, yo misma lo vi. Parece mentira ¿verdad? Tan joven y no querer buscar una salida mejor a sus problemas…

David ya no escuchaba. ¿Víctor suicidarse? Eso era imposible. El miércoles anterior había pasado largo rato hablando con él y no podía ser. Tenía tantas ganas de empezar de verdad con su vida… Le había hablado entusiasmado de un proyecto que pensaba llevar a cabo y después pasaron a hablar de Diana. David le había dejado bien claro que entre ellos no había nada, que no eran pareja, ni intentaban serlo. Había visto la expresión de alivio en los ojos del chico. No, definitivamente Víctor no se suicidaría. En esta etapa de su vida, al menos, no. Aunque era posible que en esos días hubiera pasado algo que llevase al joven al límite, David se resistía a creerlo.

Unas sirenas sacaron a David de sus elucubraciones. Seguramente vendrían la policía y alguna ambulancia. Los sanitarios se acercaron rápidamente a Víctor, que yacía en el suelo encima de un gran charco de sangre. Mientras, la policía apartaba a los curiosos.

Poco después, un coche aparcó en la acera. No era un coche patrulla aunque llevaba la sirena puesta. De él se bajaron dos policías vestidos de paisano y, bloc en mano, comenzaron a hacer preguntas a la gente que se arremolinaba en el lugar del suceso.

Uno de los policías se fue directo al conductor de la furgoneta. No paraba de llorar y de decir que el chico se había tirado delante de él y no había podido frenar a tiempo. Los testigos de lo sucedido se peleaban por dar cada uno su versión. El policía las iba apuntando una por una junto a los datos de cada persona. Más tarde, las contrastaría en la comisaría.

David miraba a los sanitarios trabajar. Buscaban el pulso al joven y comprobaban el alcance de sus heridas. Uno de ellos gritó: "¡Aún vive! Ha perdido mucha sangre, avisa al Clínico de que vamos con una víctima de atropello".

"Está vivo—pensó David—. Espero que salga de esta, tiene toda la vida por delante".

Uno de los policías reparó en él. Lo miraba fijamente e iba con la libreta en la mano.

Tenía una mirada de absoluta desconfianza.

—Disculpe, señor, ¿ha visto lo que ha pasado?

—No, me he acercado al ver a toda la gente arremolinada aquí.

—¿Y conoce usted a la víctima?

—Sí, claro, lo conozco, se llama Víctor Ferreras. Acude a mi grupo de apoyo una vez por semana.

—¿Grupo de apoyo de qué?

—Soy psicólogo. Llevo varios grupos de apoyo para víctimas de accidentes. Suelen ser jóvenes que han destacado en algo: bailarines, nadadores, pianistas… con un futuro prometedor y que, tras un accidente, no han podido cumplir sus sueños. Yo les ayudo a seguir con sus vidas.

—¿Es usted David Álvarez?

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Porque el otro día le estaban interrogando sobre la muerte de su

novia. Yo entré cuando usted gritó.

—Ya —dijo él como única respuesta.

—La verdad, me resulta sospechoso que esté usted aquí en este preciso instante, es demasiada casualidad.

—¿Cómo dice? No pensará que yo he tenido algo que ver en todo esto. Yo no he hecho nada.

—Lo que yo piense da igual. Se viene con nosotros.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que ir con ustedes? Yo no he hecho nada.

—Dejémoslo en que viene en calidad de testigo.

—¡Si yo no he visto nada! Cuando he llegado aquí estaba Víctor en el suelo, ahí delante, encima de un charco de sangre. Pregunte por ahí… ¡Mire! ¡Aquella señora!

Cuando he llegado aquí me he mareado y ella se ha acercado a ver qué me pasaba.

Pregúntele.

—¡Rozas! —gritó entonces el policía dirigiéndose a su compañero, que enseguida se acercó—. Pregunta a aquella señora si ha visto aquí a este hombre antes o después del atropello. Es importante.

—Voy —contestó él.

Tras unos minutos, el policía volvió con unas notas apuntadas en su cuaderno.

—La mujer dice que se acuerda de haber visto a este hombre cuando ya había pasado todo, que le preguntó si necesitaba ayuda porque parecía mareado, pero que no sabría decir si estaba aquí antes, que ella no se fijó en él hasta entonces.

—Gracias —contestó su compañero dándose la vuelta hacia David de nuevo.

—¿Lo ve? Yo no estaba cuando pasó.

—El testimonio de esa mujer no dice que no estuviera, sino que ella no le vio. ¿Nos acompaña a la comisaría, por favor? Mientras, avisaré a la inspectora Benítez.

David pensó que esto añadiría más leña al fuego en el caso de Marta. También que si no les acompañaba él mismo estaría atizando ese fuego, así que se levantó y se fue con ellos a la comisaría. Una vez allí, la inspectora los estaba esperando.

—¿Qué tal está, David? —le saludó sin mirarle siquiera a la cara.

—Bien, gracias. Esto debe ser un malentendido.

—Lo supongo; aun así le haré algunas preguntas.

—Está bien, cuando quiera —contestó David con un sonoro suspiro.

—Usted ha llegado al escenario del atropello cuando ya había ocurrido todo, ¿es así?

—Sí, es así.

—Bien, coincidirá conmigo en que resulta bastante sospechoso que aparezca usted justo en ese momento.

—¿Sospechoso? ¿Por qué? ¿Porque pasase por esa calle a esa hora? Me parece a mí que esto es demasiado.

—Sospechoso de que pasase justo a esa hora por esa calle donde atropellan a un chico que, supuestamente, ha saltado delante de una furgoneta que pasaba en ese preciso instante, pese a que tiene dos piernas ortopédicas que le impiden saltar.

David observó a la inspectora, quien insinuaba que él podría estar implicado en lo que le acababa de pasar a Víctor. Se fijó en la distancia que Sara se esforzaba en mantener entre los sospechosos y ella, lo que le parecía bastante razonable. No siempre iban a ser inocentes como él.

Le llamó la atención la palabra "supuestamente", que ella parecía utilizarla de continuo, como una coletilla. Además, el tono que usaba al decirla era de lo más fastidioso. Se la imaginó subiendo las manos a los lados y haciendo aquel gesto absurdo de poner comillas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que es muy probable que alguien le empujara.

—Ah, eso lo explica todo.

—¿Perdón? ¿Cómo dice? —preguntó Sara mientras miraba con

desconfianza a David.

—Digo que me parecía increíble que Víctor tuviese ningunas ganas de suicidarse. Yo mismo hablé el miércoles con él y me pareció que estaba muy bien. Es más, me habló de sus proyectos de futuro. En ningún momento dio muestras de querer acabar con su vida, ni siquiera de estar deprimido.

—Mire, no sé si se da cuenta de su situación —dijo entonces la inspectora Benítez—.

Es sospechoso de la muerte de su novia, que, por otro lado, parecía, SUPUESTAMENTE, un suicidio. Ahora estaba justo en el lugar donde un chico que pertenece a uno de sus grupos de apoyo parece haberse tirado delante de una furgoneta, aunque es más que probable, SUPUESTAMENTE, que alguien le haya empujado.

—Lo crea o no, yo no he tenido nada que ver en ninguno de los dos casos.

Sara lo miró fijamente. Aunque él hubiera tenido algo que ver, era cierto que no poseían ni una sola prueba. No tenía más remedio que dejar que se fuera, por mucho que le fastidiara. Era la segunda vez que aquel joven salía de rositas y no le hacía ninguna gracia dejarle marchar. Tras tantos años de profesión, Sara había desarrollado una paciencia que nunca pensaba haber tenido. Ya se presentaría otra oportunidad.

—Está bien, David, puede marcharse. Por supuesto, le volveremos a llamar.

—Como quiera —respondió David mientras cogía su chaqueta y se levantaba para irse—. Inspectora, puede creer lo que quiera, forma parte de su trabajo. Le prometo que a ese chico lo conocí el miércoles en el grupo de apoyo y no sé qué razón podría tener para hacerle daño. Y a mi novia… bueno, no había nadie en el mundo a quien amase más.

Dicho esto, se marchó más cabizbajo de lo que había venido. Mientras, la inspectora Benítez tamborileaba con los dedos en la mesa pensando en las palabras de David, con la sensación de que se les escapaba algún detalle importante. El timbre de un teléfono la sacó de sus pensamientos con brusquedad.

—¿Diga?

—¿Inspectora Benítez? Soy Eduardo Sánchez, de la policía científica.

—Sí, soy yo, ¿qué ocurre?

—Mire, esta mañana nos han dado un aviso de una vivienda incendiada en la calle de las Cigarreras. Al principio lo trataron como un incendio normal. Son pisos bastante viejos y pensaron que había sido una fuga de gas o una mala combustión de un brasero o una caldera.

—¿Víctimas?

—Solo una, en el piso donde se originó el fuego. Pudieron avisar a los bomberos a tiempo y fue la única vivienda que ardió, y ni siquiera entera. El fuego se formó en el salón.

—Menos mal.

—Sí, en este bloque viven bastantes niños y ancianos. Nos avisaron a nosotros al ver que el fuego se había originado en el cuerpo de la víctima. La rociaron con algún tipo de disolvente. Además tenía el cuello roto.

—¡Joder! ¿Violencia de género?

—No parecía que tuviera pareja, o que se llevara mal con algún ex. Al menos eso piensan sus vecinos y sus dos hermanos, con los que hemos podido contactar. No tenemos muchas pistas.

—Discúlpeme, inspector Sánchez, pero… ¿por qué me llama a mí? Quiero decir… yo llevo otros casos. ¿O es que hay algún detalle que le haya hecho avisarme a mí expresamente?

—Así es… No estoy muy seguro de si tiene algo que ver con usted, la verdad. La víctima trabajaba como médium o vidente o como se llame. Ya sabe, de esas que echan las cartas y leen la mano.

—Ah, ya veo. Usted piensa que puede tener relación con el caso que estamos llevando.

—Claro, me dijeron en la central que tiene usted otras dos víctimas que se dedicaban a lo mismo.

—Sí, así es. Aviso a mi compañero y voy para allá. ¿Puede repetirme la calle?

—Calle de las Cigarreras. Está por la zona de Embajadores.

—¿Por la zona de Embajadores? ¿Y está cerca de la calle Mesón de Paredes por casualidad?

—Sí… a unos setecientos u ochocientos metros más o menos. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque parece ser que no solo hay coincidencias en la profesión de las víctimas, también en la zona en la que están ocurriendo los asesinatos. En quince minutos estamos allí.

—Gracias —añadió el mientras volvía dentro de la casa en busca de algún error que hubiera podido cometer el asesino.

Sara cogió sus cosas y pasó por el despacho de Leandro para que la acompañara. El inspector estaba buscando entre las numerosas listas de asistentes a congresos sobre médiums y demás. Buscaba un nexo en común entre las dos videntes asesinadas y, por si acaso, sobre Miriam.

—Leandro, deja eso, tenemos un aviso.

—Joder, Sara, así es imposible que encuentre nada. ¿Puedes encargarte tú y termino con esto?

—Creo que se trata de otra víctima, lo siento —dijo ella.

—Mierda —contestó su compañero mientras cerraba la aplicación del ordenador.

La inspectora Benítez le puso al día por el camino de lo que se iban a encontrar al llegar. Le contó lo que sabía, que había otra víctima que parecía tener la misma profesión que las otras dos mujeres asesinadas. Al explicarle que el cadáver estaba calcinado, una mueca de asco asomó a la cara de Leandro. No había nada que le repugnase más que un cadáver carbonizado. No soportaba el olor. Podía ver sangre, toda la que fuese. Por muy cruel que fuera el crimen, él en ningún momento flaqueaba.

Pero con la carne quemada… era demasiado. Como si le leyera el pensamiento, su compañera le dijo:

—Si te parece bien, yo voy con el inspector Sánchez a ver el cadáver y a ver qué me puede aportar él y tú buscas entre los papeles. El inspector me ha dicho que no ardió todo el piso. A ver si encuentras algo. Si no, habla con su familia y con sus vecinos.

—Gracias, Sara.

—¿Por qué?

—Por nada, pero gracias.

Sara no contestó. Leandro, por el rabillo del ojo, vio cómo ella sonreía. Tenía fama de ser muy dura y muy severa entre los compañeros. Él, que la conocía bien, sabía que bajo esa fachada era una gran compañera y una mejor persona.

Llegaron a la calle de las Cigarreras poco después y dejaron el coche como pudieron encima de la acera. La calle estaba llena de coches de policía. Había una gran cantidad de gente ociosa, mirando hacia el piso donde había ocurrido todo. Entraron en el portal, donde varios técnicos buscaban alguna pista que el asesino hubiera dejado al pasar. En el primer piso, más técnicos buscaban huellas en la puerta y en el marco. La puerta de la vivienda, ennegrecida por el humo, permanecía abierta, por lo que el desagradable olor se abría paso, sin encontrar obstáculo alguno, hasta la nariz de Leandro, que no pudo reprimir una mueca de asco. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para obligarse a entrar.

Sara se dirigió con decisión a hablar con un hombre que llevaba un chaleco con unas letras grabadas: “POLICÍA CIENTÍFICA”.

—Disculpe, busco al inspector Eduardo Sánchez, me ha llamado hace un rato…

—¿Inspectora Benítez? —preguntó una voz a su espalda.

—Sí, soy yo —contestó Sara dándose la vuelta.

—Encantado, soy el inspector Eduardo Sánchez.

—Llámeme Sara, por favor. Este es mi compañero el inspector Leandro Gómez.

—¿Qué tal? Vengan por aquí, al salón. Les iré contando…

—Disculpe un momento, Eduardo. Si no le parece mal, me gustaría que mi compañero pudiera mirar entre las pertenencias de la víctima a ver si puede arrojar alguna luz sobre el caso que llevamos. Yo le pondré a usted al día mientras tanto.

—No, por supuesto, no hay nada que objetar. La habitación de la víctima es la segunda puerta de la izquierda. En ella guardaba algunas carpetas con papeles. Por suerte, solo ha ardido parte del salón. Y en

esa otra puerta de ahí —dijo señalando a otro lado—, está su “gabinete de videncia” o como lo llamen. Allí hay varias carpetas y un ordenador.

—Gracias —musitó Leandro mientras se alejaba del salón e intentaba respirar lo menos posible.

Cuando Sara entró en el salón, el espeluznante espectáculo se quedó grabado en sus retinas. No era nada agradable ver a una persona carbonizada. Ella era incapaz de saber el sexo y la edad de la víctima. El pelo y la ropa eran los primeros en arder. Los expertos enseguida habían sido capaces de una primera valoración y habían determinado que la víctima era una mujer joven, de unos treinta años. El inspector Sánchez le indicó con un gesto que se acercara adonde estaba él tomando muestras del cadáver.

—Mire, Sara, aquí puede ver la fractura de dos vértebras cervicales, la cuarta y la quinta, para ser más exactos. Lo más probable es que esto fuera lo que le provocó la muerte.

—Entonces… ¿murió antes de que la quemaran?

—No lo sabremos con seguridad hasta que el forense examine al cadáver, pero lo más probable es que sí, que ya estuviera muerta cuando la quemaron.

—Eso espero —confesó Sara.

—También tiene la clavícula rota y la órbita derecha.

—Le pegó antes de matarla.

—Eso parece. Tal vez se resistió.

—Si es así, a lo mejor tiene restos bajo sus uñas, pero, claro, el fuego los habrá destruido.

—Por si acaso, hemos cogido muestras —le explicó él.

—A ver si tenemos suerte.

—¿Los otros dos casos que lleva son similares?

—En forma no, son bastante distintos. Tenemos en común dos cosas: que las víctimas son todas mujeres que se dedican a ese tipo de ocupación, la de médium, vidente, tarotista o como coño se llame, y la extrema crueldad que usa el asesino con ellas.

—Es un sádico, entonces.

—O un enfermo mental. Lo que está claro es que odia a este colectivo con todas sus fuerzas.

—¿Tienen ya alguna pista? —preguntó el policía.

—No, pista fiable, ninguna —le confesó Sara—. Estamos casi seguros de que el asesino es un hombre joven con los ojos grises. Aunque he de confesar que lo que tenemos hasta ahora nos lo proporciona otra médium que dice haber tenido visiones sobre los asesinatos.

—Ya, poca cosa.

—Sí, la verdad.

Leandro apareció con unos folios en la mano. Venía ojeándolos con mucha atención.

—Sara, échale un vistazo a esto —dijo tendiéndole uno de ellos.

—¿Qué es? —preguntó mirando con interés el documento que le había entregado su compañero.

—Es el pago para el curso ése de runas antiguas al que acudió la otra médium, la embarazada.

—Bueno, parece que este puede ser un buen punto de partida. Ponte con ello.

—No estaría mal que encontráramos el diploma entre sus pertenencias —dijo esperanzado Leandro.

—Sí, tienes razón, sería una suerte —concedió su compañera.

—Puede que esté entre los cuadros que han ardido —añadió el policía científico—. Se lo diré a los técnicos para que los analicen a ver si pueden sacar algo.

—¿Le ayudaría en algo ver cómo es el diploma?

—Claro, nos vendría de perlas.

—Muy bien, le haremos llegar una copia del que tenemos.

—Gracias, inspectora.

—¿Sabemos ya la identidad de la víctima?

—Sí, sus hermanos nos han facilitado todos sus datos. Ellos están ahora mismo en comisaría para prestar declaración. Se llamaba Raquel Linares, pero en el gabinete de videncia se daba a conocer como Anais. Tenía treinta y tres años. Vivía en Madrid desde los diecisiete.

—¿Pareja conocida? ¿O expareja que pueda haber tomado represalias por algo?

—No parece que sea violencia de género. Según sus vecinos, llevaba una vida bastante ordenada. Tuvo un par de novios: uno de ellos está casado y vive fuera desde hace años… en León, creo. El otro parece que sigue siendo un buen amigo de la familia.

—La pregunta sobre las ex parejas, hay que hacerla siempre, aunque en este caso no tengo ninguna duda de que esto está realizado por una mente enferma, no por un novio despechado. Mucho me temo que nos ha tocado en suerte un asesino en serie. Y además nos lleva bastante ventaja. No tenemos nada salvo el color de sus ojos, que, encima, puede ser falso.

Los dos policías se miraban sin saber qué decir. Estaban totalmente de acuerdo con ella, aunque les costara demasiado admitirlo.

Capítulo 14: Lucía

Miriam se concentraba en el mazo de cartas que tenía delante de ella. Recitaba una oración que le había enseñado Soraya. Intentaba no pensar en su amiga, para no perder la concentración. La chica que estaba delante de ella la miraba fijamente, expectante.

Había acudido a ella para que le hablara de una relación que acababa de comenzar.

Todos sus amigos le pedían que dejara a ese chico. Tampoco sus padres veían aquel noviazgo con buenos ojos. Ella no quería

escucharlos, estaba tan enamorada…

Miriam intentó canalizar los pensamientos de la joven. Para ello le cogió la mano y le pidió que pensara en su novio. Después, movió las cartas y empezó a colocarlas delante de ella, en forma de pirámide. Había muchas maneras de echar las cartas, todas igual de válidas. Ésa era la favorita de Miriam, al menos cuando se trataba de problemas de amor. Cuando el cliente le pedía ayuda para elegir entre dos caminos, ya fueran amores, trabajos o cualquier decisión, les hacía otro tipo de tirada: la tirada de la encrucijada.

Este no era el caso.

Dispuso las cartas poco a poco, en silencio. Casi se podía escuchar la respiración de la chica, que estaba muy nerviosa. Tras colocar la última carta, explicó a la joven lo que veía:

—Andrea, este joven no es para ti. Estaréis juntos un tiempo, sí, pero te hará daño.

Juega a más de una carta. Tú estás totalmente enamorada de él y sin embargo tú para este chico eres un simple entretenimiento.

La chica de repente se puso a llorar. Miriam entendía lo que le pasaba por la cabeza, no le gustaba nada dar malas noticias. No le mentiría para que se sintiera mejor. Ella jamás mentía, decía lo que veía en las cartas. Cuando Andrea se tranquilizó un poco, Miriam se dirigió a ella con ternura:

—Tú ya lo sabías, ¿verdad?

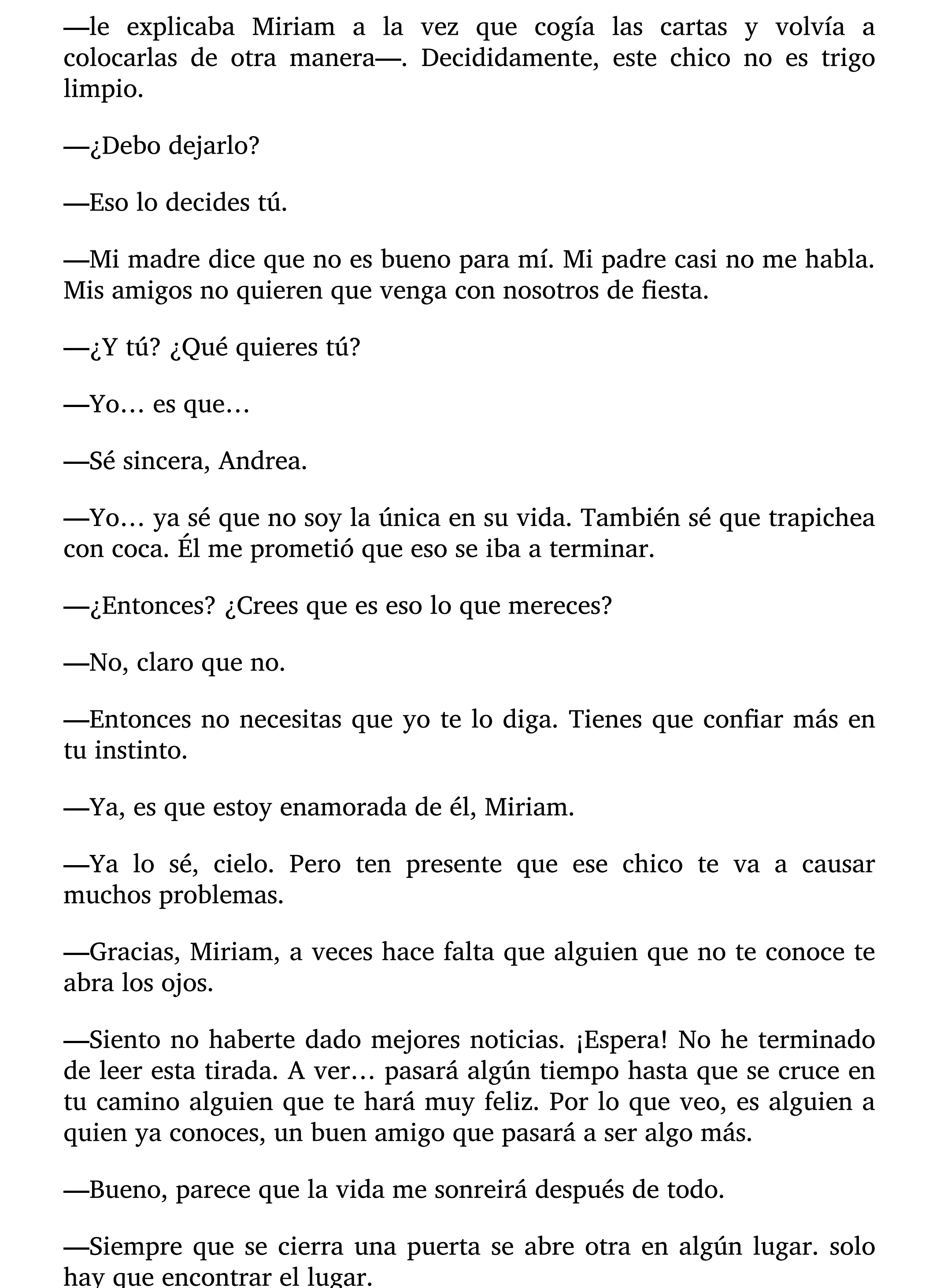
La joven asintió con la cabeza mientras unas lágrimas surcaban su rostro.

—Da igual lo que te digamos todos. Tú seguirás con él, hasta que no lo soportes más.

Y entonces serás tú quien lo deje. Mientras, vivirás esto con toda la intensidad que tú crees que merece. Eso sí, te pido que tengas presentes las señales, Andrea, él no juega limpio.

—¿Qué… qué quieres decir? —preguntó ella mientras se limpiaba la cara.

—Estará con más mujeres a la vez que contigo. Además lleva negocios algo… turbios


—le explicaba Miriam a la vez que cogía las cartas y volvía a colocarlas de otra manera—. Decididamente, este chico no es trigo limpio.

—¿Debo dejarlo?

—Eso lo decides tú.

—Mi madre dice que no es bueno para mí. Mi padre casi no me habla. Mis amigos no quieren que venga con nosotros de fiesta.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú?

—Yo… es que…

—Sé sincera, Andrea.

—Yo… ya sé que no soy la única en su vida. También sé que trapichea con coca. Él me prometió que eso se iba a terminar.

—¿Entonces? ¿Crees que es eso lo que mereces?

—No, claro que no.

—Entonces no necesitas que yo te lo diga. Tienes que confiar más en tu instinto.

—Ya, es que estoy enamorada de él, Miriam.

—Ya lo sé, cielo. Pero ten presente que ese chico te va a causar muchos problemas.

—Gracias, Miriam, a veces hace falta que alguien que no te conoce te abra los ojos.

—Siento no haberte dado mejores noticias. ¡Espera! No he terminado de leer esta tirada. A ver… pasará algún tiempo hasta que se cruce en tu camino alguien que te hará muy feliz. Por lo que veo, es alguien a quien ya conoces, un buen amigo que pasará a ser algo más.

—Bueno, parece que la vida me sonreirá después de todo.

—Siempre que se cierra una puerta se abre otra en algún lugar. solo hay que encontrar el lugar.

—Gracias.

—Voy a rezar una oración para que tengas suerte en todo esto. Hará que despeje tu mente y veas las cosas con más claridad. Quiero que tú hagas algo también.

—Vale —musitó la joven, que comenzaba a estar más animada.

—Quiero que cojas un diente de ajo y le claves un alfiler atravesándolo como si fuera un corazón, en diagonal.

—Ah, creo que ya lo entiendo.

—Después mételo en un poco de algodón para que no te pinches y lo enrollas en papel de aluminio para que no huela.

—¿Para qué es eso, Miriam?

—Para alejar de ti la mala suerte y atraer todo lo bueno. Te protegerá de quien quiera hacerte algún mal. Simplemente lo ahuyentará.

—¿Y dónde lo debo poner?

—Cerca de ti, en el bolsillo de tu chaqueta, en el bolso si lo llevas puesto… Siempre lo más cerca de ti que puedas.

—Gracias, Miriam, lo haré.

—No te preocupes, cielo, te irá bien.

Tras marcharse la joven de la consulta, Miriam se dispuso a recoger todo lo que había usado esa tarde: runas, varias barajas del tarot, agua, sal… El timbre de la puerta sonó a lo lejos. Ella pensó que sería su vecina, Paquita. Por si acaso miró por la mirilla. En la puerta había una niña de unos siete años. Miriam abrió un poco y dejó el seguro puesto por si acaso, aquello era un poco extraño.

—¿Sí? ¿Buscas a alguien, cielo?

—Sí, ¿eres Miriam Lago?

—Sí… soy yo… ¿qué querías?

—Quería entregarte esto. Un señor me ha dado diez euros para que te lo traiga.

Miriam dudó. Era muy probable que el asesino de Soraya fuera quien había pagado a la niña para que le trajera aquel paquete a casa. También era probable que estuviera cerca. Y, aunque era una

sensación, estaba segura de que en ese momento estaban a salvo. Abrió la puerta de golpe y metió a la niña en su casa. La pobrecilla la miraba asustada. Se dirigió con ella hacia la cocina, mientras llamaba a la policía. La niña se asustó y se puso a llorar. Intentó salir de allí, pero Miriam la paró.

—No pasa nada, preciosa, solo estoy llamando a un amigo para que venga a hablar contigo. ¿Quieres un chocolate?

—No, quiero irme a mi casa —contestó la niña.

—Ya, pero es que mi amigo es policía y necesita que le expliques quién te ha dado ese paquete. ¿Podrás esperarlo cinco minutos? Después te acompañaré a casa.

La niña miraba a Miriam con miedo hasta que la promesa del chocolate ganó.

Entonces, Miriam marcó el número del inspector Gómez:

—¿Leandro? Soy Miriam.

—Hola, Miriam, ¿ha pasado algo?

—Verá, es algo raro. Tengo en mi casa a una niña de unos siete años que me ha traído un paquete que le ha dado un chico para mí.

—¿Y qué contiene el paquete?

—No lo sé, no he querido tocarlo. Si quiere, pruebo por si… ya sabe.

—Inténtelo, Miriam, recuerde lo que ha pasado otras veces.

—De acuerdo, lo haré, espere un momento.

Miriam se acercó la niña y le pidió el paquete. Nada más tocarlo, pudo ver a una mujer que ardía en el sillón de su casa. Vio cómo ardían su pelo, sus ojos, su ropa.

También vio cómo su hombro chocaba contra el marco de la puerta. Notó su dolor. Tras unos segundos más y temblando de pies a cabeza, soltó el paquete y se acercó la niña:

—No pasa nada, cariño, siéntate en esa silla. Te daré un poco de zumo, ¿te gusta?

La niña sonrió mirando el vaso que le ofrecía Miriam. Ella la dejó

bebiendo el zumo y volvió al teléfono.

—¿Leandro? ¿Sigue usted ahí?

—Claro, ¿ha visto algo?

—Sí, aún no he abierto la caja. Creo que dentro hay un mechón de pelo de una mujer a la que han quemado. Alguien le ha pegado fuego después de partirle el cuello. Está sentada en un sillón, o algo así. He visto cómo el asesino le cortaba el pelo y después le prendía fuego.

—Aviso a mi compañera y vamos hacia su casa. No deje que la niña se vaya, tenemos que hablar con ella como sea.

—Me lo imaginaba. No se preocupe, que buscaré la manera de retenerla un poco.

Poco después, un técnico de la policía científica se llevaba la caja al laboratorio tras tomar las huellas de la pequeña y de la vidente.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Sara a la niña con la mayor dulzura de la que fue capaz.

Ella la miró con sus grandes ojos llorosos y, mientras se sorbía ruidosamente los mocos, contestó:

—No hablo con desconocidos, me lo ha dicho mi madre.

—Ah, me parece muy bien. Yo me llamo Sara y soy policía. Ahora ya no soy una desconocida, ¿me puedes decir cómo te llamas?

—Me llamo Lucía.

—Muy bien, Lucía. Te voy a preguntar unas cosas, ¿de acuerdo?

—Vale —contestó la niña balanceando los pies hacia un lado y hacia otro mientras permanecía en la silla.

—¿Dónde vives?

—Vivo en el portal 16, este es el 18. Lo sé porque están los números encima de la puerta —les explicó Lucía de manera convincente, lo que provocó una gran sonrisa a sus tres oyentes.

—¿Saben tus papás que estás aquí?

—¡No! Mi papá está enfermo y mi mamá trabajando. A veces me

quedo con una vecina, hoy no podía. Pero como mi padre está descansando, he bajado a jugar a la calle para no hacer ruido. Entonces Gabriel me ha dado la caja.

—¿Gabriel? —preguntó Sara intentando mostrarse impasible, pero le hizo un gesto a Leandro, casi imperceptible, para que anotara los detalles.

—Sí, Gabriel, me dijo que se llamaba así.

—¿Lo habías visto más veces?

—Claro, si no, no habría hablado con él. Le había visto ayer y otro día y otro. Me fijé en él porque se apoyaba en mi farola.

—¿Tu farola dices?

—Sí, claro. Cris, que es mi amiga del 5.º B, y yo, jugamos a ser las dueñas de Madrid y elegimos bancos, farolas y árboles. Y la farola en la que se pone Gabriel es mía. Yo se la dejaba, porque tengo más. Ayer me harté y se lo dije.

—¿Y se enfadó?

—No, no. Me dijo que yo era un ángel del cielo que tenía que vivir en la Tierra aunque no me gustara y me confesó un secreto que no le puedo contar a nadie, nadie, nadie.

—¿Ni siquiera a mí? Ya sabes que soy policía.

—Bueno, eso me has dicho tú, yo no sé si es verdad o no. Aún eres un poco desconocida. Un poco, ¿eh?

Sara sonrió a aquella pequeña. Era lista como una ardilla, pero, al fin y al cabo, una niña, así que intentó ponerse a su nivel.

—¿Y si te enseño la placa y la pistola? ¿Dejaré de ser un poco desconocida?

—¡Sí! —exclamó ella con los ojos como platos ante semejante privilegio—. ¿A ver?

La cara de admiración de la niña cuando comprobó que aquella seria mujer tenía una pistola y una placa de verdad y que el hombre que la acompañaba y que hasta el momento se había mantenido al margen, también le enseñaba su pistola y su placa…

terminaron de convencerla de que eran “de fiar”.

—A ver, Lucía, ahora que ya soy una amiga, ¿me contarás el secreto de Gabriel?

—Bueno… es que es un secreto, ¿sabes?

—Ya sé que es un secreto. ¿No sabes que los policías somos los que guardamos los secretos de todo el mundo?

—¿Ah, sí? —preguntó la niña asombrada—. No lo sabía.

Sara esperó pacientemente a que Lucía se lo pensara. La niña, pese a su corta edad, estaba decidiendo si se lo decía o no.

—Está bien —respondió de pronto—, te lo contaré. Pero solo a ti.

Sara hizo un gesto a Leandro y a Miriam para que salieran de la cocina sin rechistar.

Por supuesto, se quedaron junto a la puerta escuchando.

—Bueno, ya estamos solas, Lucía, cuéntame ese secreto.

—Es que Gabriel me dijo que hay muchas brujas por la Tierra que son malas y que a él lo había elegido Dios para acabar con ellas. Luego me dijo que yo no tendría problemas, porque como soy un ángel…

Sara se quedó mirando a la pequeña. No se le daban muy bien los niños y con esa niña tenía que hablar un profesional con urgencia. Había estado junto al asesino, eso era seguro, así que tenían que encontrar la manera de descubrir cuánto era capaz de recordar.

—Bien, Lucía, vamos a hacer una cosa —le explicó la inspectora a la niña—. Te voy a acompañar a casa para hablar con tus papás. Les tengo que pedir permiso para hablar contigo en la comisaría, con otros señores que te van a hacer unas preguntas.

—¿En la comisaría? ¿Me he metido en líos?… Es que… me da miedo.

—¿Qué es lo que te da miedo? ¿Venir a la comisaría y hablar con otros compañeros míos? Si quieres les digo a los agentes que te lleven con la sirena puesta.

—¡Sí, sí! —gritó entusiasmada—. Cris no se lo va a creer.

Sara se encaminó al pasillo donde esperaban su compañero y la vidente y les explicó que era imprescindible que les explicaran a sus padres lo que estaba pasando para que un profesional hablara con la niña lo antes posible. Tras explicarles esto, cogió su chaqueta y se encaminó con la niña a la calle mientras le preguntaba la dirección de su casa.

Aquí hay sabiduría. El que tiene entendimiento, cuente el número de la

bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis…

Libro del Apocalipsis 13,18

Gabriel escribía frenético en su libreta. Recordar el crujido del cuello de la bruja en sus manos le producía un intenso bienestar. Había pasado la tarde entera leyendo pasajes de la Biblia y repasando lo que tenía escrito. En su mente se agolpaban imágenes de las brujas con las que había acabado. Pensaba en el Padre, que desde el cielo lo miraba orgulloso y él se sentía imparable. Lo único que enturbiaba aquellos momentos de luz era el placer que le provocaba la muerte de aquellas criaturas.

De pronto notó algo a su espalda. Cuando se dio la vuelta, comprobó horrorizado que las tres mujeres asesinadas estaban allí, cogidas de la mano *: Venimos a por ti, Gabriel.*

Tu sitio está con nosotras. Nuestro Padre te está esperando.

Mientras la mujer hablaba, él vislumbró entre sus labios la lengua de una serpiente.

Entonces se dio cuenta: querían llevarlo al infierno, adonde él las había enviado.

Se despertó sudoroso, con el corazón a punto de salírsele del pecho. No entendía cómo Dios consentía que el Diablo le mandase aquellos sueños, él era El Elegido. Notó que estaba excitado y entonces lo comprendió. El Diablo aprovechaba su excitación para enviarle la tentación. Rápidamente se levantó, apretó el cilicio y se puso de rodillas a rezar. Hora y media después, se flageló. Ahora sí era digno hijo del Padre.

Capítulo 15: Entre la vida y la muerte

El móvil de Diana sonaba furioso en el salón. Ella estaba en su habitación y, con sus piernas así, era como si hubiera estado en otra ciudad; imposible contestar a tiempo.

Aun así, agarró sus muletas y se encaminó hacia el insistente sonido. Cuando estaba a medio camino, el sonido cesó. Nunca le había parecido su casa tan grande, pese a ser un piso de setenta y cinco metros cuadrados. Ella continuó su camino como si nada. Al entrar al salón, cogió el teléfono para comprobar quién había realizado la llamada.

¡Vaya! Era David. Diana puso cara de curiosidad y marcó el teléfono del director del grupo de apoyo. A la segunda señal, él descolgó.

—¿Diana? ¡Menos mal…!

—Hola, David, ¿qué pasa? Es que acabo de ver que me has llamado y…

—Sí —se apresuró él sin dejarla hablar—. Es que es urgente, han atropellado a Víctor esta tarde.

—¡¿Cómo dices?! ¿Atropellado? No entiendo… ¿cómo ha sido? ¿Qué ha ocurrido?

—Eh… no lo tienen muy claro. Todo apunta a que ha intentado suicidarse, yo no…

—¡¿Qué?! ¡¿Suicidarse?! ¡Ni hablar! ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Eso les dije yo. Estoy seguro de que no ha intentado quitarse la vida y la policía también.

—¿Es que ibas con él?

David, de pronto, dudó. No estaba muy seguro de si Diana debía estar al tanto de lo que pensaba la policía. Tras unos segundos que parecieron eternos, decidió que tenía que confiar en alguien, y aquella nueva Diana podía muy bien ser su confidente.

—Mira, si quieres te paso a recoger para ir al hospital y te cuento.

—¿Está… muy mal?

—No lo sé, Diana, yo me quedé hablando con la policía y no sé nada más, por eso quiero ir al hospital, para saber el alcance de las heridas. No te voy a mentir, no tenía muy buena pinta, la verdad.

—De acuerdo, me voy a vestir, tardo diez minutos.

—Perfecto, lo que tardo yo en llegar a tu casa.

—Hasta ahora, David.

—Hasta ahora, Diana. Y tranquila…, seguro que está bien.

—Claro…

Poco después David ayudaba a Diana a subir al coche. Dejaron las muletas en la parte de atrás y pusieron rumbo al hospital. Mientras iban hacia allá, David pensaba en cómo contarle lo que estaba pasando. Tardaron menos de lo que esperaban en llegar al aparcamiento del hospital y decidió esperar para hablar con la chica hasta saber cómo estaba Víctor. Tras preguntar en urgencias, supieron que se hallaban operando al chico en aquel momento, así que subieron a la sala de espera de los quirófanos, con la esperanza de que pronto les dieran buenas noticias. Tras más de dos horas, David se marchó, para aparecer un minuto después con dos refrescos.

—Gracias —musitó Diana débilmente sin perder de vista la puerta que daba a los quirófanos.

—Diana… —empezó a hablar David.

—¿Sí?

—Verás… la policía cree que soy sospechoso de la muerte de Marta.

—¿Cómo dices? ¿De la muerte de tu novia? ¿No fue un suicidio?

—Sí, claro que sí. Además no era la primera vez que Marta intentaba acabar con su vida. Las otras dos veces llegué a tiempo. La última vez no ví las señales.

Se le quebró la voz. Era la primera vez que hablaba de la muerte de su novia con alguien que no fuera la policía y era más duro de lo que pensaba.

—Verás, también creen que empujé a Víctor delante de la furgoneta…

—¡¿Qué?! No entiendo nada, ¿cómo es posible?

—Porque estaba allí cuando pasó. Bueno… en realidad, no estaba, aparecí justo en aquella calle cuando vi a la gente arremolinándose ante algo. Me acerqué y cuando comprobé que era Víctor…

—Aun así… ¿por qué cree la policía que tuviste algo que ver?

—No lo sé; será porque estaba en el lugar adecuado en el momento justo y como sospechan que tuve algo que ver con lo de mi novia…

Diana no entendía nada. ¿David, sospechoso de matar a su novia? ¿Y de intentar matar a Víctor? Eso era imposible.

—Diana, te prometo que yo no he tenido nada que ver con ninguno de los dos casos.

—¡Claro que no! De eso no me cabe la menor duda. ¡Qué estupidez!

—Gracias, Diana —dijo David de pronto con lágrimas en los ojos mientras cogía la mano de la chica.

Ella le sonrió, pero retiró la mano, incómoda. De pronto, se abrió la puerta que conectaba la sala de espera con los quirófanos. Un hombre de unos cuarenta y cinco años preguntó por los familiares de Víctor Ferreras. Ella, inmediatamente, se levantó haciendo uso de sus muletas. David miró a su alrededor por si alguien más se levantaba. No conocía a la familia del chico y no sabía si estarían por allí. Al no ver a

nadie interesado en recibir noticias de Víctor, se encaminó con Diana hacia aquel hombre. Llevaba puesto un uniforme del hospital, de color azul claro. Una mascarilla desechable colgaba por debajo de su barbilla.

—¿Son ustedes los familiares de Víctor Ferreras?

Diana dudó, en realidad no eran nada. Es cierto que habían empezado a salir juntos, se habían besado un par de veces. Claro que, de ahí a ser su familia… David se le adelantó.

—Es su novia —dijo señalando a Diana.

—Ya… —contestó el médico bajando un poco la cabeza.

Entonces Diana lo supo. Víctor había muerto. El médico se presentó como el doctor Ruiz, pero ella ni siquiera lo oyó. Les explicó la gravedad de las heridas del joven, les contó todo lo que habían hecho en el quirófano, les enumeró las diversas fracturas y contusiones que presentaba; solo David lo escuchó. Diana se puso una coraza protectora que la aislaba de todo. No oía nada, no veía nada, su nueva vida recién empezada acababa de sufrir un duro revés. ¿Cómo iba a

comenzar de nuevo si la vida no hacía más que darle golpes? ¿Qué ilusión podría tener? David no le quitaba ojo, escuchaba al médico sin perder de vista a la joven, esperando su reacción. Se dio cuenta de que la chica estaba a punto de perder el conocimiento antes que ella misma. La cogió antes de que cayera al suelo. La tumbaron en una camilla, y el hombre que se había identificado como doctor Ruiz les permitió quedarse en una pequeña sala hasta que Diana se repusiera un poco. Cuando ella despertó, David permanecía a su lado con las manos en la cabeza.

—David… —musitó ella.

—Por fin, ¿estás bien? —preguntó preocupado.

—Yo… no lo sé. No lo he soñado, ¿verdad?

—No, Diana, no lo has soñado.

—Entonces… Víctor… no puede ser.

Los sollozos no la dejaban hablar. Se sentía tan triste, tan impotente. Ahora que por fin era feliz con su vida por primera vez desde hacía más de un año. Era tan injusto…

Las palabras de David le cortaron el llanto de golpe.

—Ya sabes cómo son estas cosas, Diana, las primeras cuarenta y ocho horas son críticas. Esperemos que lo consiga, es un chico fuerte.

—¿Cómo dices? ¿Quieres decir… que Víctor está vivo?

—Claro —contestó David mirándola extrañado—. Pero… ¿es que no has oído al cirujano?

—Yo… la verdad… estaba segura de que nos diría que Víctor había muerto y he preferido no escuchar. No quería oírlo.

—Diana…

—Ya, ya sé lo que me vas a decir. Hay que enfrentarse a los problemas, yo no hago más que intentar evadirlos. Ya lo sé, David, pero me daba tanto miedo haber perdido a Víctor…

—Sí, lo entiendo, Diana, pero tienes que dejar que esconderte y enfrentarte a la vida.

—Lo intento, es que son tantas cosas de golpe…

—Es cierto, este mes ha sido de lo más intenso —dijo bajando la cabeza.

Diana se quedó mirando su amigo. Era cierto, había sido muy intenso, pero no solo para ella. Él había perdido a su novia y encima era sospechoso de haberla matado. No podía ni imaginar lo mal que lo estaba pasando.

La puerta se abrió y dio paso a un enfermero que preguntó a Diana cómo se encontraba. Al comprobar que estaba ya recuperada, les dijo que la familia de Víctor acababa de llegar y que estaban en la sala de espera de la UCI hablando con el médico que se encargaba del chico.

Diana y David se encaminaron hacia allá. Nada más entrar, una mujer de mediana edad se abalanzó sobre la joven abrazándola con fuerza. Faltó poco para que la chica

cayera al suelo al perder el equilibrio. Cuando la mujer dejó de llorar, se separó un poco de ella y la miró con cariño.

—Soy Carmen, la madre de Víctor. Gracias por cuidar de mi chico.

—Yo… no he hecho nada.

—Sí, hija, sí. Hacía mucho tiempo que no veía a Víctor entusiasmarse por nada.

Desde el accidente él había intentado seguir con su vida, pero huía de la gente como de la peste y contigo no es así. Nos habla de ti sin parar. De los paseos por el Retiro y demás. Y ahora, esto… no es justo.

—Va a salir de esto, Carmen, seguro —dijo Diana en un intento de animarla.

—Lo sé, hija, tiene mucho por lo que luchar.

Diana se agarró a aquella afirmación. Lucharía con él lo que fuera necesario. Esto no sería más que otro bache que superar. Se sentó a un lado de la madre de Víctor mientras a su mente acudía lo que David acababa de contarle. No le cabía en la cabeza que hubiera tenido nada que ver ni con el suicidio de Marta, ni con lo que acababa de ocurrirle a Víctor. Un escalofrío la sorprendió de repente: por primera vez comenzaba a desconfiar de él.

Capítulo 16: el ADN

Sara saltó de la silla al oír el ruido del fax. Esperaba que fuera el resultado del ADN

del trozo de piel encontrado en casa de la segunda vidente asesinada. No era así. Los folios que ahora tenía entre sus manos provenían del Instituto Anatómico Forense, no del laboratorio. Así que sería el resultado de la autopsia de alguna de las tres víctimas.

Efectivamente, se trataba del resultado de la autopsia de la primera mujer, Sonia Santana, así que se acomodó en la silla y, boli en mano, comenzó a leerlo y a apuntar en su libreta todo lo que le parecía relevante.

No habían pasado más de dos minutos cuando el fax sonó de nuevo arrojando, furioso, una nueva oleada de folios que contenían el resultado de la autopsia de la segunda víctima: Isabel Pereda. Sara cogió entonces el teléfono y llamó de inmediato al Anatómico para hablar con el forense. Miró la firma: Laureano Parra.

"Uf —pensó—, me ha ido a tocar el más simpático de todos. A ver con qué me sale hoy".

Una voz joven al otro lado de la línea sacó a Sara de su elucubración.

—Instituto Anatómico Forense, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, soy Sara Benítez, inspectora de homicidios. Me gustaría hablar con el doctor Parra, por favor, es sobre los resultados de unas autopsias que acabo de recibir.

Sara le facilitó al joven el número de placa y, tras escuchar una música suave mientras el joven comprobaba los datos, volvió a oír su voz.

—¿Inspectora Benítez? Un momento, le paso la llamada.

—Gracias.

Tras una leve pausa, otra voz se oyó al otro lado del auricular; esta era

chillona, aunque tranquila. Sara creía adivinar de quién podría tratarse. Del ayudante prematuramente calvo del forense. Se llamaba Roberto… o Román, o algo así.

—Buenos días, inspectora, soy Rubén, el ayudante del doctor Parra. ¿Puedo ayudarla en algo?

—¡Ah! ¿Qué tal, Rubén? —respondía ella mientras se regañaba por la poca capacidad de aprenderse ciertos datos importantes—. Querría hablar con Parra si fuera posible. Es por las dos autopsias que acabo de recibir.

—¿Hay algún dato que no cuadre? ¿Están mal los fax?

—No, no es nada de eso… es porque me gustaría cotejarlas cuanto antes con la autopsia de la tercera víctima.

—Eh… bien… se lo diré. Aunque… ya sabe.

—Gracias, Rubén —respondió Sara dejando así claro que no se iba a dejar amedrentar por un forense cascarrabias.

El hombre puso entonces la mano en el auricular mientras le comunicaba a su jefe que la inspectora quería datos sobre la tercera autopsia. No lo tapó demasiado bien, porque inmediatamente oyó al forense blasfemar y gritar como un poseso.

—¡Joder! ¡Si le acabo de mandar dos informes! ¿Qué pasa? ¿Que esa mujer nunca tiene bastante? ¡Siempre igual! Y total… ¿para qué? Si seguro que no lo cogen. Todo lo quieren para ayer… ¡todo! Dile que estará listo cuando lo esté y punto.

—¿Inspectora? —comenzó con voz tímida Rubén y ya con el auricular al descubierto.

—Sí, aquí sigo.

—Bueno… me ha dicho el doctor Parra…

—Tranquilo, sé perfectamente lo que dice el doctor Parra.

—Vaya, lo siento.

—No pasa nada. Dile que, por favor, cuando esté listo me lo envíe para poder buscar de la manera más precisa la relación entre las tres víctimas y que… “si es tan amable” —

añadió recalcando las palabras todo lo que fue capaz— me envíe también el informe de la autopsia de Marta Soriano.

—Claro… y disculpe de nuevo.

—No importa. Gracias —casi gruñó mientras colgaba el auricular con rabia contenida.

¿Qué se creía el imbécil ése? ¿Que era el único que trabajaba allí? Sara ya sabía que el doctor Parra era muy escrupuloso en todas sus autopsias, pocas veces se le escapaba algún detalle. Claro que, ella también lo era en su trabajo y aquel forense prepotente la había conseguido poner de mal humor sin siquiera hablar directamente con él.

Intentó buscar conexiones entre los informes que ya tenía y volvió a escuchar la cinta con la declaración de Miriam, en busca de algo que se les hubiera podido escapar. De repente, el ruido del fax volvió a sobresaltarla. Rápidamente se levantó y comprobó con una sonrisa de satisfacción que se trataba de los dos informes que estaba esperando.

“Qué cabrón —pensó—, seguro que ya los tenía preparados y los ha retenido un rato porque le he llamado yo”.

Se sentó y se dispuso a leerlos con calma. Tras repasarlos varias veces y apuntar en su bloc de notas lo que le pareció más importante, se fue en busca de su compañero.

Leandro comprobaba la lista de los asistentes al seminario de runas. Efectivamente, tanto la segunda como la tercera víctima habían participado en él.

—Leandro, ven a mi despacho, quiero enseñarte algo.

—Voy —dijo el inspector dejando lo que estaba haciendo.

—Tengo el resultado de las autopsias. La primera víctima, Sonia Santana, murió desangrada por varias puñaladas en el pecho. La segunda víctima, Isabel Pereda, murió a consecuencia de las heridas producidas por arma blanca. Tres de ellas impactaron directamente en la aorta, otra en el corazón, y tiene en total cuarenta y tres abrasiones.

—¡Joder! ¡Menudo sádico hijo de puta! ¿No le bastaba con una?

—Tenemos delante a un asesino muy peligroso, Leandro, no tiene piedad ni control.

—¡Madre mía! ¡Y nos lleva mucha ventaja…!

—Sí, tenemos que emplearnos a fondo —le contestó su jefa volviendo a los papeles—

. A la tercera víctima, Raquel Linares, le partió el cuello tras ser golpeada; le propinó varias puñaladas cuando estaba muerta. Al menos no murió quemada.

—Desde luego. No me imagino muerte más horrible.

—Las muestras que cogieron de debajo de las uñas estaban destruidas por el fuego, así que no sirven.

—Joder, qué mierda.

—Pero sí han podido comprobar —añadió la inspectora— que el arma utilizada fue en los tres casos la misma.

—Algo es algo. ¿Y tiene alguna peculiaridad?

—Bueno… por las heridas, parece que es una especie de cuchillo bastante largo, parecido a una daga, ya sabes, de los que tienen la punta en el centro y bordes a los dos lados, es bastante fino.

El ruido del fax los levantó a los dos de la mesa. Miraban atentos el folio que salía de aquel aparato con la esperanza de que fuera el resultado del laboratorio.

—¡Por fin! —exclamó él—. A ver si podemos comprobar de quién es el trozo de piel.

—Mira —le explicó Sara—, han hallado dos ADN diferentes en el cuerpo de Mabel, la segunda víctima. Son dos tipos de sangre distintos; una proviene de un varón.

—Es probable que el asesino se cortara al agredir a la víctima.

—Sí. Y además… ¡Bingo! Coincide con el ADN del trozo de piel encontrado en el baño.

—O sea, que buscamos a un tío joven con ojos grises que tiene un feo corte en la mano y que odia a las videntes. Ah, muy bien, qué caso más sencillo nos ha ido a tocar…

—No te quejes y ponte a trabajar, a ver si podemos encontrar algo más.

—Vale, gruñona —contestó Leandro a la vez que cerraba la puerta al salir.

Sara sonrió levemente mientras se levantaba a por su bloc de notas. Cogió un folio y se dispuso a hacer un resumen del caso.

Víctimas:

—Sonia Santana: Vidente de profesión. El asesino la tortura y le arranca los ojos mientras está viva. Muere desangrada por las heridas producidas en el pecho por un arma blanca. Nos llama para avisar de su muerte Miriam Lago, también vidente, tras una visión de su amiga ya asesinada.

—Isabel Pereda: Vidente de profesión. Recibe del asesino cuarenta y tres puñaladas, quizá más, la mayor parte en el abdomen. Estaba embarazada. El asesino le extrae el feto y lo deja a su lado en el escenario del crimen. Nos avisa de su muerte, de nuevo, Miriam Lago, vidente de profesión, tras ver, supuestamente, la muerte de dicha mujer, a la que dice no conocer, en una nueva visión.

—Raquel Linares: Vidente de profesión. Golpeada en varias zonas del cuerpo. Rotura de clavícula y órbita antes de la muerte. Causa de la muerte: fractura de cuello. Posteriormente le asesta varias puñaladas, la cubre de disolvente y le prende fuego. Miriam nos avisa posteriormente de que lo ha visto al tocar un paquete que contenía pelo de dicha víctima. Se lo lleva a casa Lucía, de siete años, a quien, con toda probabilidad, se lo ha dado el asesino.

—Marta Soriano: Posible suicidio. Se tira desnuda desde un octavo piso tras una pequeña discusión con su novio. Era su tercer intento de suicidio. Tenía el lado izquierdo del cuerpo imposibilitado tras un accidente ocurrido año y medio antes. Deja una nota escrita con anterioridad. Recibe una llamada de teléfono minutos antes de morir. Conexión con el caso: acudía a la consulta de Miriam Lago con regularidad.

Al llegar ahí, Sara anotó los puntos en común entre las cuatro mujeres.

—A ver… profesión: Marta, profesora de Educación Física; las otras tres, videntes.

Posible conexión entre ellas: Marta acudía a una vidente que visualizó la muerte de las tres víctimas de asesinato.

—Uf, hasta para mí es complicado —añadió mientras pasaba a otro punto—. A ver…

el dichoso curso de runas. No creo que nos sirva tampoco, porque la primera víctima no acudió… ¡Joder! ¡No tenemos nada!

Al ver que se encontraba en un callejón sin salida decidió ampliar su búsqueda y pasó al resto de las personas implicadas en aquel enrevesado caso.

Entonces vio el nombre de Víctor y dudó unos instantes. Finalmente decidió que lo añadiría al caso y si no encontraba conexión, lo quitaría después. Prefería contrastar las pruebas con todo lo que tenían para que no se les escapase ningún detalle.

—Víctor Ferreras: diseñador gráfico. Recién establecido en Madrid. Pertenece al grupo de apoyo de David Álvarez. Supuestamente, se lanza delante de una furgoneta en un intento de suicidio. Parece poco probable dado el estado anímico del joven (según David) y porque tiene dos piernas ortopédicas que le impiden saltar. El director del grupo de apoyo estaba en el lugar del accidente.

Sara repasó lo que llevaba apuntado hasta el momento. “No está mal —pensó—. Esto al menos ayuda a organizar un poco la investigación. Dejaré unos párrafos en blanco para ir añadiendo datos a medida que avancemos un poco. Bien, ahora vamos con los sospechosos y los testigos —dijo mientras miraba hacia la puerta ensimismada—.

¿Dónde ubicaría a Miriam? ¿Testigos? ¿O sospechosos? ¡Uf!”.

Al pensarlo se le revolvió el estómago. Ponerla en la lista de testigos era como admitir su don y eso era demasiado para ella. En algún lugar tenía que ubicarla. Le

gustase o no, era la que más le había aportado al caso por ahora. Así que la puso en la lista de testigos.

—Miriam Lago: Vidente de profesión. Avisa a la policía cuando, durante una VISIÓN, se entera de que la víctima número uno (Sonia Santana, su mejor amiga) ha sido asesinada. En otra VISIÓN ve cómo ella es la

próxima víctima y logra huir a tiempo. Consigue una descripción del chico que, "supuestamente", va a su casa a matarla, pero no coincide con la otra descripción que tenemos. En otra VISIÓN visualiza la muerte de otra vidente embarazada, Isabel Pereda.

Nuevamente recibe otra VISIÓN donde ve a una mujer ardiendo en el sillón de su casa, nuestra víctima número tres, Raquel Linares. Lo más preocupante es que el asesino la controla y le hace llegar pruebas de los asesinatos. Tiene protección policial las veinticuatro horas. Está vinculada a Marta Soriano, la joven que se suicidó, ya que esta acudía a su gabinete de videncia con regularidad.

—José María Peláez (Chema): Vecino de la víctima número dos, Isabel Pereda. Anciano solitario con sus facultades mentales en perfectas condiciones. "Supuestamente", se cruzó en la escalera de su edificio con el asesino, el cual llevaba una mano envuelta en un pañuelo empapado en sangre. Nos realiza un minucioso dibujo del joven. Actualmente, los técnicos buscan en la base de datos posibles delincuentes que coincidan con la descripción. Se le muestra una foto de David Álvarez, no está seguro de que sea él, aunque coincide con la idea de que se le parece físicamente.

—Lucía Escudero: Niña de siete años. Tenemos evidencias de varios encuentros entre ella y el supuesto asesino. Gracias a ella sabemos que se llama Gabriel o que al menos usa ese nombre.

Nos lo describe (palabras textuales) como alto, con los ojos de color "negro muy claro" y con voz de padre. Dice que siempre lleva una cazadora de color negro y tiene el pelo muy corto y despeinado. Se le muestra una foto de David Álvarez, ella dice que se "parece a Gabriel un montón". Lo mismo dice de varias fotografías más, no es concluyente.

Sara sonreía al apuntar en sus notas la descripción del asesino dada por la niña.

"Color negro claro", al llegar a ese punto le habían enseñado un montón de colores a ver exactamente que quería decir. Señaló el color gris de la chaqueta del psicólogo infantil que había hablado con ella. Y con voz de padre, simplemente quería decir que tenía la voz profunda, porque hizo que todos los policías que estaban aquel día en la

comisaría hablaran un rato hasta que eligió una voz que le resultaba parecida. Volvió a sus notas, le faltaba David.

—David Álvarez: Novio de Marta Soriano. Psicólogo de profesión. Trabaja como director de varios grupos de apoyo. Entre ellos lleva el grupo al que acude Víctor Ferreras. Según él, se encontraba en la ducha cuando su novia se suicidó. Estaba también en el lugar del accidente donde Víctor fue atropellado. No se pudo comprobar que estuviera antes de que ocurriera o después. No tiene coartada para ninguno de los asesinatos de las tres mujeres, ni para el supuesto suicidio de su novia, ni para el supuesto intento de suicidio de Víctor. ***Tiene los ojos grises.***

(NOTA ADJUNTA: INVESTIGAR A FONDO; NO ME FÍO DE ÉL)

Leandro llamó a la puerta de su jefa con los nudillos y asomó la cabeza.

—Sara, acaban de llamar los de la policía científica, ya han recuperado el diploma.

—Ah, perfecto, o sea, que acudió al mismo seminario que la otra víctima.

—Sí, eso parece, pero eso no nos sirve de mucho. La primera víctima, Sonia, no. Y

Miriam, que no olvidemos que iba a ser la segunda víctima, tampoco.

—Supuesta segunda víctima, Leandro, eso sí que no hay quien lo compruebe.

—Es cierto, perdona —añadió el policía deseando no haber molestado a su jefa con el comentario.

—Yo estaba haciendo un resumen de lo que tenemos hasta ahora, por organizarme un poco, a ver si así veo algo que se nos escapa.

—Déjame echarle un ojo.

De nuevo un fax llegaba al despacho de Sara y ella se levantó rápidamente de la silla.

Eran más resultados del laboratorio.

—Mira, Leandro, los del laboratorio me dicen que habían hallado epiteliales en un cepillo de cerdas que encontraron en la casa de Sonia Santana. No habían podido contrastarlas con ninguna otra muestra. Ahora han encontrado coincidencia con la muestra de sangre y de

tejido hallados en la casa de Isabel Pereda.

—Entonces, eso significa…

—Que acabamos de demostrar que el asesino de Sonia y de Isabel es la misma persona.

—Ya, ahora queda demostrar que también estuvo en casa de la tercera víctima, Raquel.

—No se puede tener todo, Leandro.

—De todos modos, aunque hubiera pruebas que le relacionen con el tercer caso, no tendríamos nada más. Su ADN no estaba en la base de datos de delincuentes, así que, si no hay un golpe de suerte o no encontramos algo más, estamos buscando a un fantasma.

El móvil de Leandro comenzó a sonar. Lo descolgó sin comprobar quién realizaba la llamada. Al otro lado reconoció de inmediato la voz de Miriam.

—Inspector…

—¿Pasa algo, Miriam? —dijo nervioso intentando que su jefa no se diera cuenta.

—No lo sé, he intentado concentrarme en la visión que tuve ayer, cuando toqué la caja donde estaba el mechón de pelo de la mujer asesinada. Cada vez que lo intento veo con más claridad lo que ocurrió, aunque no consigo ver más detalles. Así que, quería pedirle un favor.

—A ver, dígame qué necesita —le pidió el inspector arrugando un poco la frente.

—Verá, inspector, estoy segura de que si tuviera algo de ella podría ver con más claridad. Si me pudiera traer un poco del pelo que llevó al laboratorio… No me hace falta mucho, con unas hebras valdrá.

Leandro se quedó mirando a su compañera. Estaba seguro de lo que iba a decir si se lo pedía, así que decidió no hacerlo. Simplemente contestó:

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias, inspector, le prometo que yo lo único que quiero es echarles una mano para que puedan pararlo. No quiero que mate a

nadie más.

—Lo sé, Miriam, y se lo agradezco. Luego la llamo.

Sara lo observaba con curiosidad esperando una respuesta. Leandro intentaba disimular ante su jefa. No tenía intención alguna de contarle para qué le había llamado la vidente. Tras unos segundos decidió rendirse ya que estaba claro que su compañera tampoco iba a dejarle marchar sin conocer el motivo de la llamada.

—Vale, te lo diré, aunque vas a decir que de ninguna manera.

—Prueba a ver —le desafió Sara.

—Miriam quiere que le proporcionemos parte del mechón de pelo de la tercera víctima para ver si…

—¡De ninguna manera!

—¿Lo ves?

—Leandro, ¿es que te has vuelto loco? No podemos darle ninguna prueba y lo sabes.

Además, ¿cuándo has empezado a creerte lo que dice? Pensé que eras más listo, la verdad —le dijo Sara visiblemente enfadada.

—Claro que lo sé, pensaba proporcionarle unos pocos. El asesino le cortó un buen mechón.

—Dios, debo haberme vuelto loca yo también. Hablaré con el laboratorio a ver si puedo conseguir otra muestra. Como vuelva a pasar algo así, esa mujer acaba entre rejas y tú patrullando.

—Vale, vale, tranquila.

—Tendremos que prepararnos para lo que vendrá despúes.

—¿A qué te refieres? —preguntó extrañado.

—Al ceder a lo que nos pide una vidente, acabamos de convertirnos en el hazmerreír de todo el cuerpo de policía.

—Ya… tienes razón. Quizá podamos conseguir otra cosa.

—Ya veremos, Leandro. Si tuviéramos más pruebas sólidas ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación. No estamos en posición de

desechar ninguna posibilidad por muy remota que sea. Conseguiré el cabello.

Leandro se quedó mirando a su compañera. Para ella, trabajar con una vidente era como reconocer que los Reyes Magos existían. Era normal que estuviera así. Una cosa estaba clara: si había que confiar en una vidente para coger a aquel sádico, como si había que contratar a un gabinete de magia entero. Sara estaba totalmente de acuerdo, aunque jamás lo admitiría.

Capítulo 17: Nuevas sospechas

Tras dejar a Diana en su casa, David se dispuso a llegar a la suya. Estaba realmente agotado. Era el tercer día que llevaba a la chica al hospital a ver a Víctor. Ella le decía sin cesar que podía ir en autobús, mientras él pudiera no lo consentiría. El fin de semana la llevaría su padre y él podría descansar. Le costó casi media hora encontrar sitio para aparcar. Iba a necesitar una plaza de garaje. Esa parte de Madrid se ponía imposible a ciertas horas. Al entrar en su piso se encaminó a la cocina con la firme determinación de prepararse algo para cenar. En realidad no tenía apetito, se obligaba a comer porque la pérdida de peso comenzaba a ser preocupante y no quería acabar enfermo.

De repente, comenzó a sonar el móvil. Tuvo la tentación de dejarlo sonar e ignorarlo; pero finalmente lo sacó de su chaqueta. Al instante se alegró de haber tomado esa decisión, era la policía. No podía darles ni un motivo más de duda. Podían tener ya algún dato concluyente sobre el suicidio de Marta.

—¿Dígame?

—¿David? Soy la inspectora Benítez, ¿está en casa?

—Sí, acabo de llegar. ¿Es que ocurre algo?

—Tenemos ya algunas pruebas sobre la muerte de su novia. Si le parece bien nos pasaremos por allí.

David no tenía ganas de volver a hablar con la policía. Se sentía cansado física y anímicamente, La seguridad de que, si les decía que mejor quedaban para el día siguiente, sería como añadir una muesca más a su expediente, hizo que asintiera complaciente.

—Venga cuando quiera, me estaba preparando algo de cenar y no pensaba volver a salir.

—Muy bien, en diez minutos estamos allí.

Colgó el teléfono con un nudo en el estómago. La cena había dejado de tener importancia de nuevo. Que la policía quisiera verle esa misma noche no tenía muy buena pinta. Guardó en la nevera todo lo que había sacado para prepararse un tentenpié, se cambió los pantalones grises y la camiseta blanca y se puso un poco algo más cómodo. No le había dado tiempo a sentarse cuando el timbre de la puerta sonó.

Respiró hondo un par de veces y abrió.

Diana abrió lentamente el sobre que tenía en la mano. No llevaba sello ni tenía franqueo de ningún tipo, lo que la puso un poco nerviosa. Dentro encontró una carta escrita con una caligrafía pulcra y regular. Ella, acostumbrada a recibir e-mails, casi se emocionó al recibir una carta en papel, hasta que comenzó a leerla…

Diana, mi Diana…

Llevo tanto tiempo esperando y disimulando que escribirte se me hace un mundo. No es la primera vez que te escribo, pero sí la primera vez que me atrevo a enviarte esta carta. Desde el día en que te vi, no puedo sacarte de mi mente. Eres la mujer más extraordinaria y enigmática que he conocido en toda mi vida…

La chica se quedó atónita, ¿era una carta de amor? ¿Tenía un admirador y no lo sabía? Pensó en Víctor… ¿habría sido él? Era probable, Diana no lo conocía lo suficiente como para saber si era de esa clase de personas, y, además, le había dado tiempo a llevarle la carta al buzón de su casa antes de tener el accidente. Lo que no entendía…

¿cómo sabía su dirección? Ella, desde luego, no recordaba habérsela

dado. Entonces, habría que pensar en otros candidatos. Decidió seguir leyendo en busca de algún detalle que le ayudase a saber quién la había escrito.

… Cuando caminas apoyada en esas muletas, veo tus piernas deformes, llenas de cicatrices, están torcidas como si de raíces de un árbol seco se trataran. Tu andar es torpe, pausado, lastimero… Me siento en la necesidad de abrazarte y llevarte de un lado a otro en brazos, de curar tus heridas una y otra vez. Eres tan vulnerable…

Diana permanecía petrificada. La carta, que en un principio parecía de amor, se tornaba un tanto molesta. La encontraba enfermiza en la manera de describir con todo detalle sus deformidades y limitaciones. Y eso no le hacía ninguna gracia. Siguió leyendo, aunque tenía claro que aquella carta sería cada vez más turbadora.

… Cada miércoles te arrastras penosamente hacia el grupo de apoyo. Tus compañeros te odian porque no son capaces de entender que eres mucho mejor que ellos. Sobre todo, mejor que esa pianista chismosa que se cree superior a ti. No lo es y nunca lo será. De eso me encargaré personalmente, te lo juro.

Gabriel

Al llegar a este punto, Diana se asustó. ¿Qué quería decir con que se encargaría personalmente? Desde luego, todo apuntaba a David como sospechoso, lo que ella no se quería creer. Claro que el que la policía no se fiara de él tampoco ayudaba mucho. Si lo pensaba con frialdad, era muy probable que fuera el autor de aquella carta. Si David había escrito aquello era evidente que estaba obsesionado con ella, por lo tanto, era probable que hubiera tenido algo que ver en la muerte de su novia, para quitarla del medio. Diana sentía náuseas. Entonces Víctor también le estorbaba para sus propósitos.

Había fallado por muy poco. Le costaba mucho la idea, siempre le había tenido como una referencia a seguir. Ahora comenzaba a sentir

miedo de él. Nadie sabe cómo es un asesino. Estaba harta de ver en las películas que el asesino siempre era el que menos se esperaba.

Se levantó muy deprisa, estaba muy nerviosa y le temblaban las piernas. Sus manos sudorosas cogieron rápidamente las muletas para encaminarse hacia el teléfono. Su

cuerpo no respondía bien bajo tensión y se cayó nada más levantarse. El dolor en la rodilla se tornó insoportable, esperaba no haberse fracturado. Durante minutos lloró con fuerza, a la espera de que el dolor remitiera y pudiera levantarse para llamar a la policía. De repente, oyó unas llaves en la puerta. Por un segundo se aterrorizó y miró hacia el sofá donde tenía su mochila. No estaba segura de haber vuelto a dejar las llaves allí, se regañó mentalmente por no haberlas puesto en la cerradura por dentro. Su madre se lo había dicho mil veces. Ella se negaba a hacerlo porque entonces su madre, cuando regresaba a casa, tenía que esperar a que Diana llegara hasta la puerta a abrirla, tardando lo que a ella le parecía un mundo.

Volvió a oír la llave en la cerradura girando; su madre no podía ser. Al ver la mejoría de su hija había aceptado un trabajo en una empresa a tiempo parcial. Estaba bien para empezar y el dinero les venía como caído del cielo. Diana intentó levantarse para llegar al teléfono con la certeza de que quien intentaba entrar a su casa era David y contra él no podría hacer nada en aquellas circunstancias. Nada más levantarse, su padre apareció en el quicio de la puerta. Al verla llorando, nerviosa y echándose las manos a la rodilla, se precipitó a ayudar a su hija.

—¡Papá! —lloraba ella—. ¡Me has dado un susto de muerte! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué te pasa Diana? ¿Te has caído, cariño?

—¡Ay, papá! —atinó a decir mientras las lágrimas salían a trompicones y el nudo en la garganta se deshacía un poco—. ¡Ha sido horrible!

Tardó un buen rato en poder hablar. Su padre la había ayudado a sentarse en el sofá y le había traído un poco de hielo para la rodilla. La abrazaba pacientemente mientras le acariciaba el pelo con calma. Su llanto era ahora más pausado, sin los violentos sollozos de los minutos anteriores.

—Papá, lo siento, ahora me parece una niñería.

—De todos modos cuéntamelo, a ver si yo pienso lo mismo.

—Claro, mira, todo ha empezado por esto —dijo tendiéndole la carta que había encontrado esa mañana en el buzón.

Tras leerla varias veces, Mariano no daba crédito. Le parecía poco más que una broma de mal gusto. Aunque disimulaba ante su hija, se sentía rabioso. Ya le gustaría

tener delante al imbécil que le había escrito aquello a su niña con semejante falta de tacto.

—Mira, cariño —le dijo Mariano a su hija—, creo que no deberías darle demasiada importancia.

—Yo pensaba llamar a la policía.

—Hombre, como para llamar a la policía me parece algo exagerado. Es una carta de mal gusto y entiendo que te moleste, de verdad. Claro que, de ahí a considerarlo un acoso o algo más…

Entonces Diana cayó en la cuenta de que su padre no conocía la conclusión a la que había llegado ella después de leerla. Y pasó a relatarle todas sus elucubraciones, a la vez que lo que le había contado David de lo que pensaba de él la policía sobre la muerte de su novia y el posible intento de asesinato de Víctor.

Antes de que terminara de contarle todo, su padre ya estaba marcando el número de la policía. Le explicó al agente que le atendió lo que había ocurrido y este le respondió que sería conveniente que pasaran por la comisaría a cubrir la denuncia y que llevaran la carta consigo para poderla analizar. Nada más colgar, ayudó a su hija a bajar al coche para acercarse a la comisaría más cercana.

David permanecía en el sofá intentando procesar lo que la inspectora Benítez le acababa de decir. Cuando le habían llamado le habían contado que tenían nuevas pistas sobre la muerte de Marta y ahora resultaba que lo que habían averiguado se trataba de algo en lo que él no había pensado desde hacía muchos años.

—No entiendo qué importancia tiene eso ahora, inspectora.

—Para mí tiene mucha, la verdad, así que, si no le importa, cuéntenos todo lo que pueda sobre Teresa Blanco. Si lo prefiere, podemos ir a la comisaría y le interrogaremos formalmente.

—Mire, no sé qué quiere que le cuente.

—De acuerdo, pues le iré preguntado lo que quiero saber y usted me lo irá respondiendo.

David asintió, no estaba seguro de adónde le llevaría aquello; sí estaba seguro de adónde le llevaría si no colaboraba.

—Cuando quiera, inspectora —respondió de mala gana David. Leandro simplemente tomaba notas.

—¿Conoce usted a Teresa Blanco?

—Conocí a una Teresa Blanco. Salimos juntos durante tres años.

—¿Es esta la mujer con la que salió durante tres años? ¿Es esta Teresa? —preguntó la inspectora a la vez que le ponía una fotografía de una joven de unos dieciocho años delante de la cara.

—Sí, es ella. ¿Qué es lo que pasa?

—Le puso una denuncia por malos tratos hace… diez años.

—Sí, pero fue un malentendido; después la quitó.

—Ya… pero, ¿se la puso o no?. Parece ser que en una fiesta intentó violarla.

—No, no fue así. Los dos habíamos bebido bastante y empezó a calentarme. Nos fuimos a un sitio apartado y, de pronto, me empujó. Yo pensé que estaba jugando conmigo, siempre lo hacía. Después nos pusimos un poco más… brutos y parece ser que le hice daño, no era mi intención.

—Lo hizo.

—No era mi intención, inspectora. Jugábamos así a todas horas, ella era un poco especial con el sexo, y el alcohol distorsiona un poco la realidad.

—Ya… usted acaba de decir que le hizo daño.

—Inspectora, ya pagué por aquello. Me impusieron una orden de alejamiento que ella utilizaba para controlarme. Siguió jugando conmigo, se presentaba en mi casa de madrugada, y yo no podía estar a su lado.

—¿Y por qué quitó la denuncia?

—Comenzó a salir con otro chico y supongo que se cansaría de jugar conmigo.

—Todo eso puede ser creíble, David, salvo por un pequeño problema.

—¿Cuál?

—La chica apareció muerta al año siguiente. Recibió una paliza brutal, fue violada y abandonada en una zanja.

David se quedó mudo. Teresa, muerta… ¿cómo no se había enterado hasta entonces?

No… ¿no pensaría la policía que tenía algo que ver con eso?

—No entiendo adónde quiere ir a parar. No tenía ni idea de que Teresa hubiera muerto y mucho menos así.

—Son demasiadas coincidencias, David, si usted tiene algo que ver en eso también lo encontraremos.

—Bueno, se acabó. Están acosándome en toda regla. No tienen nada contra mí y, aun así, siguen pensando que yo he tenido algo que ver en todos estos… desgraciados acontecimientos.

—Le voy a ser muy franca, David, la muerte de su novia tiene algo que no cuadra. La última persona que la vio con vida fue usted y puede que ocurriera como nos ha dicho, o no. El accidente de Víctor, lo mismo. Pudo ser intencionado o no, todo indica que lo fue y usted estaba allí. Y ahora nos enteramos de que otra novia suya, Teresa, fue asesinada brutalmente y de que usted había tenido una orden de alejamiento un año antes. La verdad, si no sospecháramos de usted, no seríamos policías.

—Ya, pues se equivocan de persona, y mientras, si lo de mi novia no fue un suicidio, están perdiendo el tiempo que podrían emplear en buscar a quien lo hizo.

De repente, el móvil del inspector Gómez sonó. Él contestó a la primera.

—Nos vamos —dijo la inspectora de repente—. Y ya sabe, esté localizable, puede que necesitemos hablar con usted varias veces.

—Claro, cómo no.

—Por cierto, David, ¿qué le ha pasado en la mano?

—¿Esto? —preguntó él a la vez que levantaba la mano herida hacia ella—. Estuve arreglando una bisagra del armario. Marta me dijo mil veces que estaba rota y nunca encontraba el momento. Ahora… bueno, sentí la necesidad de hacerlo. Como ve, no soy muy hábil con el bricolaje.

—Sara —dijo Leandro de repente—, tenemos que ir a la comisaría, tenemos un problema.

—¿Qué pasa? —preguntó ella mientras cruzaba mentalmente los dedos pensando en que no se tratara de un nuevo asesinato.

—Se ha filtrado a la prensa —contestó él abatido.

Ella ya sabía lo que eso significaba: el asesino volvería a matar.

El coche parecía retroceder en el intenso tráfico de Madrid. Un trayecto de menos de veinte minutos se estaba convirtiendo en un viaje interminable. Sara no quería poner la sirena para no dar más pistas a la prensa de su llegada.

Nada más acercarse a la comisaría, vieron el alcance de aquel contratiempo. Cerca de cincuenta periodistas y fotógrafos se agolpaban a las puertas de la comisaría. Algunos tomaban café y charlaban animadamente, otros permanecían, móvil en mano, enviando mensajes o recibiendo instrucciones.

Sara rodeó el edificio, pese a que el pequeño aparcamiento de la entrada, en el que tenía sitio reservado, estaba justo al lado derecho de la puerta principal. Aquella tarde prefirió dar toda una vuelta y buscar sitio.

—Sara… el parking…

—Lo sé —respondió sin mirar siquiera hacia donde Leandro le señalaba—, es que prefiero que nos vean lo menos posible.

—Ya… —dijo él mientras se quitaba el cinturón de seguridad y se bajaba del coche, recién aparcado.

Consiguieron abrirse paso para entrar en la comisaría pese a los periodistas apostados en la puerta desde hacía una hora y media. Ya en la entrada recibieron un aviso del comisario de que quería verlos en su despacho. Leandro, al ver la nota, agachó los hombros y puso cara de circunstancias.

—¿Qué te pasa? —preguntó su compañera.

—Nos va a caer una buena —contestó él.

—No creo. El comisario querrá saber cómo ha podido llegar esto a la prensa.

—Por eso lo digo.

—Leandro, no ha sido culpa nuestra. A veces ocurre esto, lo importante es descubrir quién ha sido para solucionarlo.

—Ya… pero te lo repito: nos va a caer una buena.

Casi no habían entrado en el despacho de su jefe, cuando comenzaron los gritos. Sara esperaba a que se le pasara la furia sin dejar de mirarlo a los ojos. Sin embargo, Leandro estaba cada vez más nervioso. Cuando el comisario comenzó a calmarse un poco, Sara decidió intervenir; Leandro se le adelantó:

—Señor, no tenemos ni idea de cómo ha trascendido la información; lo averiguaremos.

—¡Por supuesto que lo harán! —rugió el comisario—, si no, pueden considerarse

“trasladados”, los dos —añadió mirando a Sara fijamente.

—Mire, comisario… —comenzó a hablar Sara.

—Nos ponemos con ello —atajó Leandro mientras hacía un elocuente gesto a su compañera, que apretó con fuerza las mandíbulas y se dio la vuelta para salir de allí.

En la seguridad de su despacho, Sara se enfrentó a su compañero.

—¿Por qué me has parado? ¡No tiene por qué tratarnos así! Esta investigación es de lo más complicada. Lo que tendría que hacer es facilitarnos personal para que nos ayude…

—Lo sé, Sara, te he parado porque yo lo conozco mejor. Cuando está así es mejor desaparecer. Después hablaremos con él, cuando se le pase el enfado. Créeme, ahora mismo no razona.

—Qué bien… Joder, si ni siquiera hemos tenido oportunidad de leer la noticia.

—Tienes razón, eso es lo más importante —dijo mientras levantaba el auricular para pedirle un ejemplar de cada periódico al policía de la entrada.

Cinco minutos después ojeaban todos los periódicos del día; solo en uno aparecía la noticia en grandes titulares:

“EL ASESINO DEL PÉNDULO”

Nada más leer el titular, Sara sintió una rabia infinita en su interior y tuvo la certeza de que aquella noticia tendría una relevancia de gran magnitud. Se dispuso a leer a la vez que exhalaba un sonoro suspiro. Cuando terminó de leerla, su mente se hallaba en otro lugar trabajando a toda pastilla. No podía ser, así que la volvió a leer, esta vez en alto, para compartir sus impresiones con su compañero. En su interior una idea se iba forjando. Ella se había preparado para buscar en la comisaría al “topo”, no para lo que acababa de deducir.

—Leandro… no puede ser.

—¿El qué?

—Voy a leer en voz alta la noticia. A ver si tú tienes la misma impresión que yo.

Ya son varios los asesinatos cometidos por este ángel exterminador. Tres mujeres que se dedicaban a la brujería han sido encontradas por la policía en las últimas semanas. Tras una exhaustiva investigación no tienen ninguna pista del asesino. El grado de violencia destilado por semejante individuo tiene en vilo a todo el colectivo de tarotistas y videntes de Madrid…

—Para —le pidió su compañero—. Es el asesino el que ha filtrado la noticia.

—Exacto. Nada más leer lo de “ángel exterminador” me he dado cuenta, he recordado las palabras de Lucía, la niña que habló con él. Según sigo leyendo… verás, verás…

… una de la mujeres asesinadas esperaba un hijo…

De repente, Leandro cogió su chaqueta, y Sara le siguió sin preguntar. Había que encontrar al periodista que había publicado la noticia y había que encontrarlo ya.

El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles…

Libro del Apocalipsis 5,3

Gabriel permanecía de rodillas con las manos entrelazadas, como tantas otras veces.

Hacía más de dos horas que se hallaba en la misma postura, ajeno al resto del mundo.

Sus rodillas y sus piernas estaban entumecidas, el dolor físico había dejado de tener importancia para él desde hacía mucho, mucho tiempo.

No había entrado mucha gente a rezar desde que él había llegado. La iglesia se veía prácticamente vacía, salvo por unos pocos feligreses que entraban tímidamente y enseguida se marchaban. Durante aquellas horas dos mujeres habían permanecido en un banco frente al altar rezando el rosario, tras terminar se marcharon en silencio.

Algunas personas se habían acercado a encender una vela para pedir por las almas de sus familiares. Los únicos que por un momento perturbaron la paz de Gabriel fueron una pareja que querían expresarle al cura su deseo de bautizar allí a su hijo recién nacido.

Gabriel vestía una camiseta de cuello vuelto, pese a que la temperatura en la calle era algo elevada incluso para ser otoño. Era imprescindible que ocultase el llamativo arañazo que la mujer a la que había asesinado hacía un par de noches le había dejado en el cuello. La herida de la mano se curaba por fin. Había tardado más de lo normal porque se le había infectado y, al no haber acudido a un médico, no le habían practicado puntos de sutura ni le habían

administrado antibióticos. Le quedaría una fea cicatriz de por vida, lo que no le preocupaba lo más mínimo. Es más, incluso lo agradecía. Sería un maravilloso recuerdo de la necesaria misión que le había sido encomendada. Casi podía notar las miradas de envidia con que le deleitaba todo el mundo. Él era un ser especial y lo sabía.

Esperaba pacientemente a que fuera la hora de hablar con su confesor. Todas las semanas lo mismo. Cuando el sacerdote se metió en el confesionario, Gabriel levantó la cabeza, hizo la señal de la cruz sobre su frente y fue directo a hablar con él.

—Ave María purísima —dijo mecánicamente al llegar al cubículo dónde una vez más le contaría al cura todos y cada uno de los pecados que había creído cometer.

—Sin pecado concebida —contestó el sacerdote como siempre.

—Padre…

Hizo una larga pausa al decir la palabra “padre”, ya que para él solo había un Padre, que le cuidaba desde el cielo y le había elegido para continuar con su obra. Le había ungido con su gracia y le protegía de todo mal.

—Padre… —volvió a decir—, perdóneme porque he pecado.

—¿Qué pecado has cometido? ¿Otra vez has tenido pensamientos impuros?

—Sí, padre.

—¿Has rezado como te dije?

—Claro, pero el Demonio cada vez es más fuerte. Me envía imágenes de mujeres desnudas fornicando en mi cama, incitándome al placer.

—¿Y has sucumbido a…?

—¡No! ¡Claro que no! —exclamó Gabriel notando una furia difícil de controlar.

El sacerdote pudo ver entre los agujeros del confesionario los grises ojos de Gabriel, que parecían centellear. Decidió cambiar un poco la manera de hablar con él, no quería enfadarlo, era un buen chico, tenía que dirigirlo.

—Dios me protege —explicó el joven—. Comprendí que cuando el

Diablo quiere meterse en mi vida no es más que la envidia que le corroe al ver cómo el Padre me observa orgulloso desde el cielo.

—Muy bien, hijo. Y dime… esa chica que te gustaba… ¿has hablado con ella?

—No, no lo he hecho. No me he atrevido… aunque sí le mandé una carta.

—¿Una carta? ¿Y te ha contestado? —le preguntó el sacerdote.

—No puede. No llegué a firmarla y se la metí directamente al buzón.

—Entonces le has mandado un anónimo, ¿no?

—Sí, padre, no quiero correr riesgos innecesarios.

—Muy bien y… ¿qué hay de las otras chicas?

—Mi Padre está muy orgulloso, me lo ha dicho en sueños. Ya he salvado a tres de ellas. Pronto serán cuatro.

—Eso está muy bien, hijo mío, muy bien. Sé lo orgulloso que está Dios de ti, todo padre querría tener un hijo como tú. Reza tres padrenuestros y tres avemarías y puedes marcharte. *Ego te absolvo*…

Pero Gabriel ya se había levantado y salía a la calle sabiendo que le quedaba mucho trabajo por hacer. El mundo lo necesitaba. Ya rezaría en la intimidad de su casa, de rodillas ante el altar que Dios le había mandado construir en su habitación.

Capítulo 18: Un poco de ayuda

Miriam se sentía observada fuese donde fuese. En el supermercado, en la calle, en el autobús, incluso a veces en su casa. Frotaba los azulejos con fuerza, pese a que los había limpiado ya unos días antes. Lo mismo le había pasado con las ventanas y las puertas, pero necesitaba sentirse ocupada para no pensar en nada más.

El timbre de la puerta sonó y ella se quedó paralizada, pues no esperaba a nadie. Se acercó muy lentamente y antes de mirar quién era, una voz familiar sonó al otro lado.

—Miriam, abra la puerta, soy Leandro Gómez. Le traigo lo que me pidió.

Ella quitó los cerrojos ya más tranquila y abrió. El inspector se encontraba allí con un sobre en la mano. Ella le sonrió y le dio las gracias.

—No me puedo quedar, Miriam, tengo algo urgente que hacer. Le dejo aquí un poco del cabello de la víctima y luego me paso por aquí.

—Gracias, inspector. Creo que con esto podré serles de mucha ayuda.

—Eso espero, la verdad, porque me ha costado enfrentarme a mi jefa y a ella ser el hazmerreír de la oficina.

—Ya… lo siento. A ver si esto les ayuda a coger al asesino y así recuperan su

“reputación” —le dijo algo molesta.

—No se enfade, Miriam, ya sabe cómo son estas cosas. A mí me está costando creer en ello y a Sara mil veces más, pero no todo el mundo está dispuesto. En realidad, si lo piensa bien, ha tenido suerte. Si llega a dar con otros, posiblemente ya estaría usted muerta.

—Lo sé, perdone, inspector.

—Luego me paso por aquí, ¿de acuerdo? Recuerde, no abra la puerta a nadie.

—Claro —contestó ella con una sonrisa—, hasta luego.

Tras cerrar la puerta con llave y pronunciar un pequeño conjuro de protección, Miriam se fue a la cocina y se sentó a la mesa con el sobre delante de ella. Lo miró unos minutos sin atreverse a abrirlo, pues sabía que lo que iba a ver la aterrorizaría. Pensó en lo que habían pasado los inspectores para conseguirle a ella esa prueba y se decidió; lo abrió de inmediato.

El cabello destacaba dentro de otro sobre de plástico. Ella retiró el papel adhesivo que lo sellaba y metió los dedos para coger el pelo directamente. No hizo falta más. La visión llegó a ella sin necesidad de

concentrarse, como si la estuviera esperando.

En cuanto aquel horror cesó, Miriam tomó un bolígrafo y un papel y anotó todo lo que pudo recordar, cada detalle, cada golpe, el arañazo que le hizo la víctima al asesino.

Describió cada detalle, las fotografías que pudo ver en la casa, los adornos, las cortinas… Necesitó repetir aquel proceso varias veces para acumular todos los detalles posibles para cuando la policía volviera. Lo dejó cuando comenzó a estar mareada y un sordo dolor se instaló en la parte derecha de su cabeza y por detrás de los ojos.

El timbre de la puerta sonó y ella no se movió del sitio. No era la policía, de eso estaba casi segura. El inspector Gómez había desarrollado una forma peculiar de llamar.

Primero hacía sonar el timbre dos veces cortas, después golpeaba la puerta con los nudillos tres veces, esperaba un par de segundos y, seguidamente, volvía a dar tres golpes más. Ahora sonaba el timbre y de manera bastante insistente. Miriam ni siquiera se atrevió a acercarse a la puerta por si acaso se percataban de su presencia.

Varios minutos después, y cuando Miriam pensaba que la persona que había al otro lado hacía tiempo que se había marchado, un movimiento tras la puerta le paralizó el corazón. Alguien intentaba entrar. Miriam marcó a toda prisa el número del inspector.

No terminó de poner los números ya que la persona que había al otro lado, al comprobar que estaba echada la llave, había cejado en su intento. Un papel apareció entonces bajo la puerta y unos pasos sonaron en la escalera. Poco después, Miriam se dejó caer en el suelo, sus piernas temblaban tanto que se negaban a mantenerla en pie.

Cuando estuvo más tranquila, se puso unos guantes de fregar y cogió el sobre. Si era una nota del asesino, no quería dejar huellas. Lo que leyó le heló la sangre. El asesino

iba a por ella, se encontraba cada vez más cerca. De hecho, dos policías vigilaban la entrada de su vivienda desde hacía días y no se habían percatado de nada.

Volvió a leer la carta y, tras secarse las lágrimas, llamó al inspector Gómez.

—Inspector, soy Miriam, alguien ha metido una nota por debajo de mi puerta.

Bueno… alguien no… el asesino.

—¿Cómo dice? ¿El asesino? ¿Ha podido verle la cara?

—No, claro que no, ni siquiera me acerqué al saber que estaba allí. Estoy muerta de miedo.

—Bien, le voy a decir a dos agentes que se pasen por su casa. Cuando estén llegando la aviso para que les abra la puerta, no abra a nadie más. Yo ahora mismo no puedo ir, lo haré en cuanto me sea posible.

—De… acuerdo —contestó ella sofocando un sollozo.

—Miriam, ¿ha tenido ocasión de tocar la muestra?

—Sí, varias veces, y he anotado todo lo que he podido ver. Creo que les va a ser de mucha ayuda.

—Perfecto, nos vemos luego. Y, tranquila, que no le va a pasar nada.

—Gracias…

Miriam no paraba de llorar. Se acercó a la habitación que usaba para las consultas privadas del gabinete de videncia y sacó todo lo necesario para un conjuro, además de su baraja de cartas más preciada, la de su abuela.

Leyó el conjuro en voz baja y, comprobando que no le faltaba nada, se dispuso a realizarlo.

Cogió un bote grande de polvos de talco e hizo un círculo grande sobre el suelo de la habitación. Después dispuso cuatro velas blancas fuera del círculo señalando los cuatro puntos cardinales. Agarró el vaso decorado con pan de oro y tras llenarlo de agua, lo colocó en el Norte dedicándoselo a los Guías de la Corte Blanca.

Miriam fue un momento al baño a lavarse a conciencia las manos y la cara e intentó liberarse de los malos pensamientos y no odiar al hombre que le estaba haciendo esto a sus compañeras. Después volvió a la habitación. Se sentó ante el vaso de agua, frente al Norte y dentro del círculo adoptando la posición de loto.

Se concentró con todas sus fuerzas en sentirse protegida, intentó liberar su mente de todo lo que no fuera su propia protección hasta que consiguió ver su cuerpo cubierto de una luz blanca. Cuando llegó

a ese estado, recitó en voz alta varias veces: “El bien solo es bien y estoy protegida. Amén”.

Cuando realmente se sintió a salvo de todo peligro, salió del círculo y cogió la baraja de su abuela para comprobar cómo se iban a desarrollar los próximos acontecimientos.

Nada más empezar, el arcano número 13, la muerte, le apareció invertido junto a una figura de mujer que la representaba a ella. Al seguir tirando las cartas, pudo ver que aparecían varias figuras más que parecían estar creando un escudo a su alrededor. El conjuro de protección funcionaba, ahora había que esperar que fuera suficiente frente a alguien con una mente tan perturbada como el asesino al que se enfrentaban.

Capítulo 19: En la redacción

Sara se enfurecía cada vez más. La recepcionista no pensaba dejarles entrar sin una orden y la inspectora no sabía cómo hacer que entrara en razón. Aunque mantenía la calma, Leandro, que era su compañero desde hacía muchos años, sabía que era una olla a punto de estallar. La conocía demasiado bien, podía ver sus nudillos blancos de tanto apretar los puños. Una pequeña vena, casi imperceptible, latía en su sien derecha cada vez más deprisa.

El guardia de seguridad apareció en la entrada, de repente, dispuesto a echar de allí a aquellos dos intrusos empeñados en romper la calma. Al observar las placas que les tendían los dos inspectores y escuchar la palabra homicidios, cambió la expresión de su rostro.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí, queríamos hablar con un periodista —le explicó Sara—, se llama… Carlos Fraile.

—Uf, no estoy seguro. Aquí trabaja muchísima gente que va y viene. Mejor les iría preguntar al redactor jefe —les propuso el guardia.

—Anoche vinimos a hablar con él y tu compañero nos dijo que estaría por aquí hoy, que por la noche no hay nadie arriba, así que espero que no tengamos que volver con una orden.

—No, claro que no, es que mi compañera no sabía que son policías —dijo él mirando a la recepcionista con dureza.

—Vaya, ese es un dato difícil de creer, porque llevamos aquí un buen rato y le hemos enseñado la placa en cuanto nos lo ha pedido.

—Ya… —dijo él sin saber qué contestar.

—Muy bien, ¿y dónde podemos encontrar al redactor jefe?

—En la tercera planta. Primero le avisaré de su llegada por si acaso no estuviera en el despacho.

—Claro —le contestó Leandro.

Tras una corta conversación, el guardia de seguridad acompañó a los dos policías al despacho del redactor jefe en la tercera planta. Para llegar hasta él, tuvieron que recorrer la sala entera de redacción donde decenas de periodistas siguieron con la mirada todos y cada uno de sus movimientos. El redactor jefe resultó ser un hombre delgado, con pronunciadas ojeras y color cetrino que parecía a punto de desmayarse.

Contrario a lo que esperaban les estrechó la mano con fuerza y decisión.

—Buenos días, soy la inspectora Benítez, de Homicidios. Mi compañero, el inspector Gómez.

—Tanto gusto —les saludó él—, siéntense, por favor.

—Verá, señor…

—Soy Javier López. Llámenme Javier, por favor.

—Bien, Javier, iremos al grano. En realidad, querríamos hablar con este periodista, el que ha escrito esta noticia… Carlos Fraile —le explicó Sara mientras le señalaba el artículo en un ejemplar del día anterior que llevaba en su mano.

—Ah, me parece perfecto; si lo encuentran, díganle de mi parte que está despedido.

—¿Cómo dice?

—Mire, inspectora, aquí tenemos en plantilla a la mayor parte de los periodistas y algunos que trabajan como *freelance*, ¿sabe lo que es eso?

—Eh… más o menos.

—Les venden las noticias a ustedes o las fotografías, ¿no es así? —intentó explicar Leandro.

—Exacto. Carlos es uno de nuestros mejores colaboradores. Lleva años vendiéndonos artículos, y la verdad es que escribe muy bien y absolutamente siempre —hizo una pausa para recalcar bien la palabra— contrasta las noticias.

—¿Entonces cuál es el problema?

—El problema es que con ese artículo, precisamente, la ha cagado —les explicó bastante enfadado—. Ayer me dijo el jefe de imprenta que le llegó con este artículo y que le dijo que tenía mi aprobación. Le conocen de tanto tiempo que lo insertó a última hora quitando una noticia bastante relevante, sin preguntarme a mí.

—¿Eso pasa muy a menudo? —preguntó Leandro.

—Sí, claro, es importante dar prioridad a lo que es más urgente, lo que no es normal es que no demos el visto bueno el jefe de edición o yo.

—¿Y ninguno de los dos sabía nada?

—No. Más tarde llamé yo al jefe de impresión porque tenía una duda con uno de los artículos que íbamos a meter y él me lo contó. Ya habían empezado el reparto, con lo cual poco podía hacer.

—¿Y qué pasó? ¿Habló con el reportero? —preguntó el policía.

—Llevo horas intentando hablar con él y me salta el buzón de voz. Encima, me dejó un mensaje en el contestador de mi casa ayer de madrugada que no lo he podido oír hasta la tarde. Él sabía que no iba a estar en casa, no sé por qué no llamó al móvil —

explicó el editor extrañado.

—Bien, el problema es que el artículo refleja totalmente lo ocurrido —confesó Sara.

—¿Cómo? ¿Entonces por qué dice que es un problema? ¡Ah! Ya entiendo —cayó en la cuenta el jefe de redacción—. Lo buscan porque creen que la fuente que utilizó Carlos para enterarse de la noticia puede ser un topo en su departamento.

—Todavía peor —le contó Leandro tras recibir un imperceptible gesto por parte de su jefa—. Eso es lo que creímos en un principio, ahora estamos seguros de que su fuente directa de información es el asesino al que buscamos.

—¡Joder! Entonces hay que encontrar a Carlos, puede estar en peligro.

—Sí, necesito la dirección, mandaré una patrulla a su casa —le pidió Sara.

—Claro —dijo cogiendo el teléfono y marcando una extensión interior —. ¿Personal?

Necesito la dirección de un redactor *freelance*. Se llama Carlos Fraile… Sí, trabaja para nosotros… Es muy urgente. Gracias.

Tras colgar el auricular le dio el papel a los policías con la dirección del periodista y se quedó mirando a Sara esperando algo.

—No podemos contarle nada más aún, estamos en plena investigación. Pero si Carlos Fraile habló con el asesino, necesitamos saber los detalles cuanto antes, espero que lo entienda.

—Por supuesto, inspectora. Este periódico colaborará con ustedes en lo que haga falta. Le pido que nos mantenga al corriente, por favor.

—De acuerdo —contestó Sara mientras se levantaba para encaminarse a la puerta tras darle una tarjeta al periodista—. Si tiene noticias de Carlos Fraile antes que nosotros, hágamelo saber.

—Claro.

Al salir a la calle, sin mirar siquiera a la recepcionista, el móvil de Sara vibró. Era de la comisaría, así que contestó rápidamente.

—Soy la inspectora Benítez.

—Sara… soy Santi Rozas. Mira, tengo aquí al padre de una tal Diana Loureiro. Me ha traído una carta de muy mal gusto que acaban de recibir y la chica tiene la teoría de que se la ha escrito el director de su grupo de apoyo, que está obsesionado con ella.

—¿Director del grupo de apoyo? ¿No será David Álvarez?

—Eso es lo que ella cree —le explicó el policía.

—¿Y tiene algo que lo corrobore?

—Absolutamente nada.

—Entonces no sé por qué piensa eso —contestó la inspectora.

—Bueno, pues porque la chica resulta que es la novia del tal Víctor Ferreras, ése al que atropellaron el otro día y del que sospechas que empujaron cuando llegaba la furgoneta.

—Joder. ¿Es que no hay más policías en Madrid? ¿Todos vienen aquí?

—La verdad es que el padre puso la denuncia en otra comisaría, pero al saltar el nombre de David Álvarez…

—Ya… claro. Está bien, iré en cuanto pueda. Gracias, Rozas.

—¿Qué pasa? —preguntó Leandro frunciendo el ceño.

—Nuestro querido psicólogo, que va añadiendo puntos al carné de sospechoso.

—¿Por?

—Parece que una chica de uno de sus grupos de apoyo ha recibido una carta anónima algo desagradable y piensa que se la ha escrito él. Tendremos que ir a hablar con ella.

—Primero debemos ir a ver a Miriam, el asesino ha ido a su casa.

—Con Miriam hay una patrulla ahora mismo, así que relájate.

—Ya…

—Bueno, podemos hacer dos cosas. O bien vas tú a ver a la vidente y yo a hablar con la chica, o nos vamos los dos a la comisaría a hablar con la chica y les decimos a los compañeros que nos lleven allí a Miriam con la carta.

—Pues casi mejor, que así podemos llevarla directamente al laboratorio.

—¿Te encargas tú de avisarlos?

—Claro —contestó Leandro a la vez que sacaba el teléfono.

—Cuando les digas lo de Miriam, avisa también de que alguien se acerque al domicilio del periodista. Tenemos que dar con él como sea.

—Si, claro, eso es lo primero.

Minutos después entraron en la comisaría, no sin antes pelearse con algún periodista de los que seguían apostados en la entrada. Se dirigieron directamente al despacho y pidieron a una agente que acompañase hasta allí a Diana y a su padre para poder examinar la carta personalmente.

A Sara le impresionó conocer a Diana. No se esperaba una chica como ella. Su mirada se paseaba de las muletas a las piernas de Diana y después a sus ojos, que la observaban fijamente. La chica no miró a otro lado, lo cual sorprendió a la inspectora, que no estaba acostumbrada a que le aguantasen la mirada y mucho menos una joven así. Después miró al padre, quien, pese a parecer un ratón asustado, se mantenía erguido y parecía a punto de saltar ante cualquier peligro que acechara a su hija.

—Buenos tardes, soy la inspectora Benítez; mi compañero, el inspector Gómez.

—Buenos tardes, inspectora —contestó el padre de Diana a la vez que le estrechaba la mano, al igual que Diana—. Me llamo Mariano Loureiro, esta es mi hija Diana.

—Encantada. Pues ustedes dirán.

—Mire, inspectora, mi hija recibió esta carta por la mañana. No tiene remite ni ha pasado por ninguna oficina de correos.

—Déjeme ver —dijo Sara y se dispuso a leerla.

Se trataba de un folio normal, la letra era pulcra y cuidadosa, al menos estaba escrita a mano; en caso de tener manera de compararla con algo, les facilitaría bastante esa tarea. Estaba metida en un plástico para preservarla de posibles huellas.

Al comenzar a leerla tenía la sensación de perder el tiempo. Tenía tres cadáveres de tres mujeres jóvenes, el hombre con el que había hablado el asesino permanecía desaparecido, que ellos supieran, y estaba perdiendo el tiempo con un padre de una chica medio inválida, por una broma de mal gusto.

—Disculpa, Diana, pero ¿cómo has llegado a la conclusión de que es David quien te escribe esta carta?

—Bueno, por varias razones. Tiene que ser alguien que me conoce muy bien y a quien yo conozco menos de lo que creo. Además, no puede ser algún amigo de toda la vida, habla de mis piernas y del grupo de apoyo, es decir, que antes no le he interesado lo más mínimo o no me conocía.

Sara escuchaba a la joven con atención. Sus conclusiones eran de lo más acertadas. Si la conociera bien, posiblemente habría llegado a ese punto ella misma.

—Bien, Diana, entonces piensas que David es el único que cumple esos requisitos para ser el que te ha enviado esta carta de mal gusto.

—No sé… puede que no sea el único que pudiera haberla enviado… Claro que sí me parece capaz de hacerlo, la verdad.

—Mira, no te tomes a mal lo que te voy a decir, me parece exagerado acudir a la policía por esto.

—Ya, disculpe, inspectora —la interrumpió el padre de Diana—. Eso es exactamente lo que le dije yo a mi hija cuando me explicó que quería llamarles.

—¿Y por qué cambió de opinión?

—Por algo que me contó Diana y de lo que yo no estaba al tanto.

Sara hizo un elocuente gesto a la joven para que les hiciera partícipe de su hipótesis y Diana, tras respirar hondo, se lo explicó.

—Mire, desde que tuve el accidente, hace un año, yo no he sido capaz de enfrentarme a esto —dijo señalando sus piernas—. Las únicas personas en las que he confiado desde entonces, aunque les haya hecho pasar un infierno, han sido mis padres

y David. Él fue quien me llamó cuando Víctor tuvo el accidente. Me acompañó al hospital y me contó que la policía sospechaba que él había tenido algo que ver en la muerte de su novia y en el accidente de Víctor.

—¿Te lo contó? Eso implica mucha confianza, ¿no?

—Sí, me sentí un poco desubicada cuando lo hizo. Además en el

hospital, pese a que me presentó al médico como novia de Víctor, me cogió la mano. Yo me sentí un poco incómoda.

—Bien… ¿hay algo más que te haga pensar que es él el autor de la carta?

—Bueno… primero pensé que había sido Víctor, pero según seguía leyendo, y al recordar mi conversación con David, no tuve la menor duda. Además, me preocupa un poco lo que dice de Judith.

—¿Judith? ¿Quién es Judith? No recuerdo haber leído ese nombre en la carta.

—No lo pone, pone "la pianista", pero es ella, Judith; nos llevamos bastante mal y, aunque es culpa mía, no quiero que le pase nada.

—Sara —les interrumpió su compañero—, mira la firma.

—Gabriel… —dijo Sara en voz baja mientras le cambiaba la expresión de su rostro.

Iban a tener que interrogar a David a fondo. Demasiadas coincidencias en todo ese caso. Además tendría que añadir a Diana como testigo en su resumen particular y al periodista del que aún no sabían el paradero.

—Diana, nos tenemos que quedar esta carta para analizarla. ¿La ha tocado alguien además de tu padre y tú?

—El policía al que se la entregué en la entrada de la otra comisaría. Al darse cuenta añadió una nota con su nombre y número de placa por si había que analizar las huellas, para que descartasen las suyas. Él fue quien la metió en el plástico.

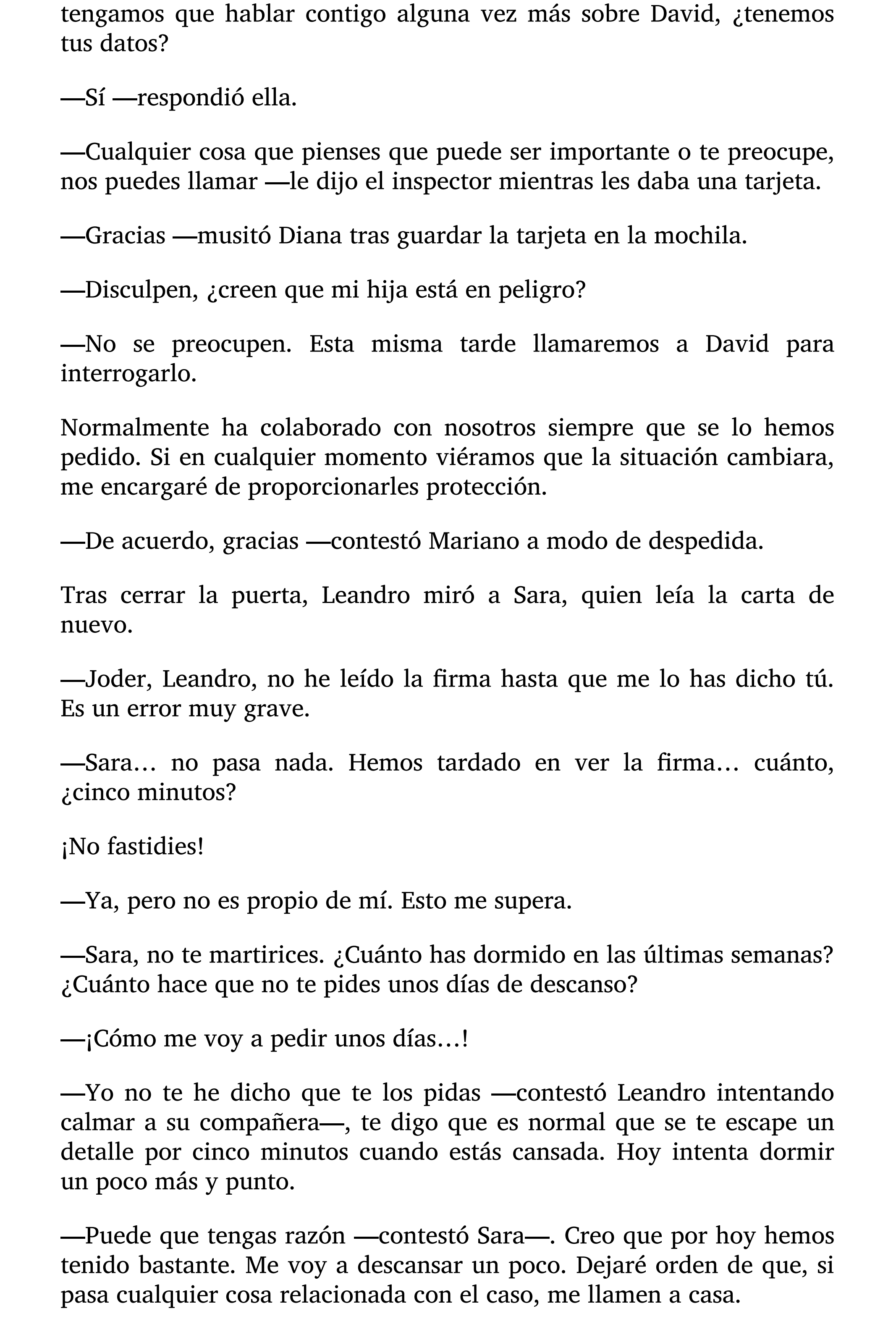
—Perfecto, podéis iros a casa. Antes os tomaremos las huellas para descartarlas también.

—No hace falta, inspectora —dijo rápidamente el padre de Diana—, nos las tomaron en la otra comisaría. Bueno, quiero decir… si hace falta las volveremos a proporcionar, no hay problema…

—Tranquilo, señor Loureiro, con una vez que las den es suficiente.

—De acuerdo, entonces nos marchamos, que mi mujer debe de estar muy preocupada.

—Diana… —llamó la inspectora desde la mesa—, es posible que



tengamos que hablar contigo alguna vez más sobre David, ¿tenemos tus datos?

—Sí —respondió ella.

—Cualquier cosa que pienses que puede ser importante o te preocupe, nos puedes llamar —le dijo el inspector mientras les daba una tarjeta.

—Gracias —musitó Diana tras guardar la tarjeta en la mochila.

—Disculpen, ¿creen que mi hija está en peligro?

—No se preocupen. Esta misma tarde llamaremos a David para interrogarlo.

Normalmente ha colaborado con nosotros siempre que se lo hemos pedido. Si en cualquier momento viéramos que la situación cambiara, me encargaré de proporcionarles protección.

—De acuerdo, gracias —contestó Mariano a modo de despedida.

Tras cerrar la puerta, Leandro miró a Sara, quien leía la carta de nuevo.

—Joder, Leandro, no he leído la firma hasta que me lo has dicho tú. Es un error muy grave.

—Sara… no pasa nada. Hemos tardado en ver la firma… cuánto, ¿cinco minutos?

¡No fastidies!

—Ya, pero no es propio de mí. Esto me supera.

—Sara, no te martirices. ¿Cuánto has dormido en las últimas semanas? ¿Cuánto hace que no te pides unos días de descanso?

—¡Cómo me voy a pedir unos días…!

—Yo no te he dicho que te los pidas —contestó Leandro intentando calmar a su compañera—, te digo que es normal que se te escape un detalle por cinco minutos cuando estás cansada. Hoy intenta dormir un poco más y punto.

—Puede que tengas razón —contestó Sara—. Creo que por hoy hemos tenido bastante. Me voy a descansar un poco. Dejaré orden de que, si pasa cualquier cosa relacionada con el caso, me llamen a casa.

—Como quieras —contestó Leandro mientras bostezaba. Él estaba igual de cansado, aunque jamás lo admitiría.

No iba a ser tan sencillo. El cabello pelirrojo de Miriam resaltó en el pasillo. Iba hacia el despacho acompañada de un agente.

—Me había olvidado también de esto, Leandro.

—Y yo, no te preocupes, si quieres márchate a casa y después te llamo yo con lo que tenga.

—No, no, hablemos con Miriam. Cuando acabemos nos iremos los dos a descansar.

—Como quieras —respondió su compañero a la vez que saludaba a Miriam.

Una vez dentro del despacho, la vidente pasó a explicarles lo que había visto al tocar el pelo de la última víctima. En un cuaderno había anotado todos y cada uno de los detalles que había podido recordar. También les explicó que había podido ver los ojos del asesino, que eran grises, y su cara reflejada en un espejo durante una fracción de segundo.

—¿Si te enseñamos un dibujo con una cara sabrías decirnos si se trata de la misma persona?

—Lo intentaré, inspectora, no he conseguido verle del todo bien. Y lo he intentado varias veces, hasta que me dolió tanto la cabeza que lo he tenido que dejar.

—Leandro, pásame la carpeta donde tenemos el retrato que nos hizo Chema.

Tras observarlo unos instantes, Miriam dijo que sí, que se parecía mucho a lo que ella había podido ver, aunque era incapaz de decir si se trataba de la misma persona.

Después les dio la carta que el asesino había pasado por debajo de su puerta. La llevaba metida en una bolsa y les explicó que se había puesto unos guantes antes de cogerla, para no contaminarla. Leandro leyó la nota en voz alta. Era evidente que el asesino sabía todos y cada uno de los movimientos de Miriam, pese a tener una patrulla rondando la casa, desde hacía días. Eso era muy inquietante.

El quinto ángel tocó la trompeta, y vi una estrella que cayó del cielo a la Tierra y se le dio la llave del pozo del abismo…

Libro del Apocalipsis 9,1

Dios, mi Padre, en su infinita sabiduría, me ha ungido con la gracia divina y me ha encargado una misión. Ninguna bruja debe vivir entre los que han sido elegidos por Dios. La plaga debe desaparecer. Tú serás la siguiente. Tus hermanas me suplicaron por su inmunda vida llena de pecado y putrefacción. Tú las acompañarás en su caminar hacia el infierno. Cuando venga alguien a tu casa yo estaré observando cómo abres con el pelo rojo recogido, veré cómo enseñas tus pechos a cada estúpido que va a que le digas el futuro. Pero has de saber algo. En tu adoración al Diablo te diré que solo Dios sabe lo que va a ocurrir.

Cuando tu vecina Paquita llame a tu puerta yo estaré allí, observándote. Cuando ese policía que tanto va a tu casa llame a tu puerta yo estaré allí, observándote… Tu alma jamás podrá ser salvada.

Gabriel

—Miriam, aumentaremos la protección. Podemos buscarle otro lugar para dormir si así lo quiere y dejar a un agente durmiendo en su casa.

—Yo creo que con que hagan como hasta ahora es suficiente, siempre y cuando tenga una manera de avisarles rápida y eficaz.

—Leandro, pídele permiso al comisario para que nos facilite un dispositivo de los que se dan en caso de maltrato para que nos avise de cualquier cosa.

—De acuerdo.

—Con pulsar un botón una patrulla acudirá a su casa en un breve espacio de tiempo.

—Gracias, así estaré mucho más tranquila.

—Miriam, cualquier cosa que le parezca sospechosa o que pueda

aportar algo, por muy rara que parezca, hágamelo saber.

—Por supuesto, inspectora. Y… gracias.

Leandro trajo el dispositivo y, tras comprobar que funcionaba, se lo dio a Miriam explicándole cómo tenía que usarlo. Después la acompañó a su piso y, tras mirar cada habitación y cerciorarse de que las ventanas estaban bien cerradas, se fue a su casa.

Media hora después y tras una reparadora ducha, Sara se quedaba dormida en la cama con el cuaderno de notas en la mano, las gafas en la punta de la nariz y el bolígrafo encima de la colcha. La televisión sonaba de fondo, pero el volumen se mantenía bajo y no perturbaba sus sueños. En las noticias contaban que habían encontrado el cadáver de un hombre de mediana edad completamente desnudo en el río Manzanares. Un operario del servicio de limpieza lo había descubierto unas horas antes y había llamado a la policía. El hombre había sido estrangulado y aún no había sido identificado.

Pocas horas después despertarían a Sara con la noticia. El periodista al que andaban buscando había sido encontrado muerto en las inmediaciones del río Manzanares. Otra vez una pista que no conducía a ningún lugar y un cadáver más que añadir al caso.

Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas…

Libro del Apocalipsis 4,11

Gabriel había acudido a ese pub pese a que no le apetecía en absoluto. Un compañero de trabajo le había invitado a una copa por su cumpleaños y él no podía negarse, pese a que odiaba ese tipo de ambientes. No quería levantar sospechas, debía parecer normal.

Llevaban una hora en aquel bar y se estaba divirtiendo más de lo que jamás admitiría.

No quería beber alcohol, nublaba sus sentidos, pero tras tomarse la primera copa, pidió hasta dos más. Estaba muy mareado, no acostumbraba a beber y perdió el control.

Dos chicas se habían acercado a ellos y habían entablado conversación. Su compañero parecía pasarlo muy bien y cada vez estaba menos pendiente de él. Él no le hacía el menor caso a la otra chica, le parecía tan puta como todas las demás. A cada comentario que le hacía se le acercaba más. Tras la tercera copa, comenzó a mirarla de otra manera. Miró el escote que permitía ver la parte superior de sus pechos. La camisa era tan fina que se le pegaba a la piel y dejaba vislumbrar los pezones endurecidos. La falda, muy corta, le tapaba la parte más superior de los muslos. Al pensar en la piel aterciopelada de la joven, Gabriel notó una erección tan fuerte que pensó que eyacularía allí mismo. La chica notó cómo la miraba y se acercó más a él. El perfume se metió por las fosas nasales de Gabriel haciendo que dejara de pensar en nada más. Ella se acercó a su oido derecho y le dijo algo al oído, después le dio un pequeño mordisco en la oreja.

El placer que sentía Gabriel era indescriptible y se sintió incapaz de decir que no. La chica le besó. Ni siquiera sabía su nombre; en realidad, no le importaba lo más mínimo.

Respondió a su beso con pasión, mientras la abrazaba contra sí.

La chica le cogió de la mano y le llevó fuera de allí. Caminaban de la mano y de vez en cuando se besaban. Cinco minutos después llegaron a un portal. Ella abrió la puerta

y le llevó dentro. En el cuarto piso, abrió la puerta de un pequeño apartamento y, tras cerrar, volvió a besar a Gabriel a la vez que le llevaba la mano a la entrepierna. Gabriel gimió, ella frotó con más fuerza. Se quitaron la ropa con urgencia y ella le fue llevando a la habitación. Nada más llegar a la cama, él la cogió de las muñecas y la tiró encima de la colcha. Se puso encima de ella y la penetró. Ella gimió de placer, lo deseaba tanto como él. Hacían el amor con fuerza, sus cuerpos se acompasaban moviéndose deprisa.

Ella gritó de placer, lo que hizo que él fuera con más fuerza hasta que estalló en un increíble orgasmo. Cuando fue relajándose un poco, la chica lo besaba, pero él comenzaba a darse cuenta de la situación.

¿Qué estaba haciendo? El Diablo había encontrado un resquicio esta vez. Eso no ayudaba en nada. El Padre estaría decepcionado.

Rápidamente, y evitando mirar a la chica, cogió su ropa y se la puso mientras recorría el pasillo hacia la puerta. Ella le gritó algo que él no se molestó en escuchar.

Salió dejando la puerta abierta y corrió sin parar hasta llegar a su casa. Mientras corría le parecía que todas las mujeres con las que se topaba le miraban a él y se le insinuaban.

Le tiraban besos, se bajaban un poco los vestidos o se subían un tanto las faldas.

Una vez en su casa se desnudó y se duchó con rabia. Con un cepillo de cerdas gruesas se frotó todo el cuerpo, incluido el pene que comenzaba a sangrar. Entonces paró y se sintió mejor. Notaba el peso de la mirada de su Padre sobre él. Tenía que pedir su perdón, suplicarlo, haría lo que hiciera falta con tal de que su Padre volviera a creer en él, con tal de que volviera a mirarlo con orgullo.

Tras la ducha se puso de rodillas y rezó durante varias horas seguidas mientras se flagelaba con fuerza. Al día siguiente no podría ir a trabajar, su compañero pensaría que habría sido porque la cita había ido bien, y, en lugar de llamarle, le envidiaría, una preocupación menos.

La chica llamaría a su amiga para llorar por la extraña cita en la que no sabía qué había fallado. Su amiga la calmaría como pudiera y jamás sabría la suerte que había tenido de salir con vida de su encuentro con un asesino.

Capítulo 20: Todo en su sitio

Diana arrastraba las muletas, como cada día, desde la rehabilitación hasta el hospital donde Víctor permanecía en la unidad de cuidados intensivos. solo podían permanecer con él durante treinta minutos por la mañana y otros treinta por la tarde.

Ella al principio se negaba a entrar a verlo. Con saber las noticias que le daban los médicos y la familia de Víctor tenía suficiente. Era consciente de la gravedad de su estado y de que en cualquier momento podía morir. Diana no quería recordarlo en la cama de un hospital y lleno de tubos. Prefería sus recuerdos del parque, dando de comer a los patos o sentados en el banco donde él le cogió la mano

por primera vez.

Una de las veces la madre del joven abandonó la UCI diciendo: “He salido un poco antes para que puedas entrar tú a verlo. Ya sé que cinco minutos no es mucho, pero al menos podrás estar un poco con él”.

Ella se sintió en la obligación de entrar. Se puso unas fundas verdes en los pies y una bata verde desechable y se armó de valor para lo que iba a tener que contemplar.

El chico permanecía un poco incorporado en una cama articulada. Una escasa sábana a la altura de la cintura le cubría las piernas por completo. Diana supuso que el personal del hospital tenía especial cuidado en tapar los muñones, que quedaban al aire al quitar las piernas ortopédicas. Miles de cables y tubos parecían cubrir cada parte de su cuerpo.

Un tubo salía de su boca y se conectaba a una máquina que insuflaba aire a sus pulmones cada pocos segundos. Las heridas comenzaban a cicatrizar y una fea quemadura en un brazo provocada por el asfalto aparecía recién curada y con un paño verde debajo. El pelo se veía peinado hacia un lado y su cara lucía una escasa barba de dos días. Debajo la cara de Víctor se adivinaba hinchada por la medicación y los labios se agrietaban y se resecaban alrededor del tubo que le mantenía respirando.

Diana no se atrevía a acercarse del todo. No reconocía a Víctor en aquel joven postrado en la cama. Salió de su estupor como pudo. Era él y tenía muchas posibilidades de salir con vida de aquello, así que cogió su mano y se acercó a él todo lo que fue capaz.

Ya habían pasado varios días de aquello y en cada visita tenían sus cinco minutos juntos. Se había convertido en una rutina, y en aquellos minutos le contaba todo lo que había hecho durante la mañana o la tarde. Le habló de sus avances con el fisioterapeuta, le explicó lo de la carta y lo preocupada que estaba por ello. Que habían ido a la policía y que creían que David era el autor de la carta. Que había comenzado a tener miedo de él y que no volvería al grupo de apoyo mientras estuviera David al cargo.

Esa mañana, nada más llegar a la puerta del hospital, se tropezó con el padre de Víctor; se le veía visiblemente alterado.

—¡Diana! ¡Por fin! —exclamó él muy deprisa—, te estaba esperando. Tenemos que subir, vamos.

—¿Qué ha pasado? ¿Está … peor?

—¡No, no! ¡Qué va! —dijo él muy nervioso—. Todo lo contrario, se ha despertado.

—¡¿Qué?! ¿Despierto? ¡Vamos!

—Tranquila, mujer, que de la cama no se va a mover y la visita es dentro de quince minutos.

—Ya, ya lo sé, es que es una noticia increíble. No quiero llegar tarde.

—Nos han llamado de la UCI hace media hora más o menos para contárnoslo.

—¿Lo habéis podido ver? —preguntó ella muy contenta.

—No, aún no.

Al llegar a la sala de espera de la UCI, la madre de Víctor se abrazó a ella llorando.

Reía a la vez que lloraba, la ilusión se reflejaba en su rostro. Minutos después, una joven vestida con el uniforme del hospital dio paso a los familiares de los enfermos que

permanecían en esa unidad. Los padres de Víctor se precipitaron a ver a su hijo. Ella, sin embargo, se quedó sentada en la sala de espera como el resto de las veces. Un minuto más tarde una joven enfermera salió a buscarla.

—¿Eres Diana Loureiro?

—Sí… ¿por qué?

—El médico que lleva a Víctor me ha pedido que te avise de que puedes entrar.

Desde que se ha despertado no hace más que preguntar por ti, así que ha decidido hacer una excepción.

Diana ni siquiera contestó. Se levantó todo lo deprisa que fue capaz y entró a visitar al joven, que nada más verla intentó incorporarse en la cama, lo que le provocó un intenso dolor en sus maltrechas costillas.

Ella le cogió la mano con cariño y él se la apretó. Ahora todo parecía tener sentido para Diana, por fin las cosas se ponían en su sitio.

Capítulo 21: Recuerda

Sara rellenaba informes a toda velocidad. Odiaba aquella parte de su trabajo, aunque era igualmente importante. Su jefe se los había pedido varias veces y comenzaba a ser urgente. Primero el comisario lo intentó amablemente, con toda la simpatía que pudo destilar. La segunda vez apareció con cara de perro en su despacho recordándole a Sara que los informes también formaban parte de su trabajo, que tenía que hacer un hueco para cubrirlos. La tercera vez le dijo algo enfadado que necesitaba los informes que le había pedido hacía unos días encima de la mesa lo antes posible. Esa mañana, tras pegar un sonoro golpe en la mesa, gritó con furia: "¡Quiero esos puñeteros informes YA!".

Así que se había puesto manos a la obra de inmediato. Cuando más enfrascada se encontraba con uno de ellos, sonó el teléfono del despacho.

—Sara, soy Leandro, estoy en casa de David Álvarez, tenemos un problema: ha desaparecido.

—¡¿Cómo?! ¡Joder, Leandro! ¡Si estaba bajo vigilancia! ¿Cómo ha podido pasar?

—La verdad, no lo sé. Yo he llegado hace un cuarto de hora para llevarlo a la comisaría e interrogarlo sobre la carta y ya no lo encontré.

—¿Y los agentes que estaban allí?

—No lo han visto salir ni por la puerta principal ni por la del garaje. Aunque parece que él no tiene plaza de garaje en su edificio y aparca en la calle. Les he mandado buscar el coche —le explicó Leandro a su jefa.

—¿Y no hay ninguna otra manera de abandonar el edificio?

—Parece ser que no, lo estamos comprobando. Por cierto, Sara, hazme

un favor.

Métete en la base de datos y mira qué vehículo está a su nombre, así iremos más deprisa.

—Enseguida —contestó ella mientras abría la clave en su ordenador —. Uf, se nos va a caer el pelo.

—Lo sé. Hay que avisar a la chica para que esté alerta o por si los padres cambian de opinión y nos piden protección policial. Tampoco estaría de más avisar a Miriam.

—Lo haré. Ya tengo el coche, apunta. Se trata de un Ford Focus plateado del 2002, modelo “Ambiente”, ¿puede ser?

—Supongo, no conozco mucho ese modelo —contestó él.

—Bueno, pues será. Te acabo de enviar una foto de la matrícula.

—Perfecto, nos pondremos a buscarlo por los alrededores.

—La verdad, Leandro, es que no creo que sea él a quien buscamos.

—Sara, los últimos acontecimientos le apuntan como sospechoso de varios delitos y lo sabes.

—Es una sensación, nada más.

—Ya, aun así, tenemos que comprobarlo.

—Hay que entrar en el piso de David, pediré una orden ahora mismo —le dijo Sara a su compañero a la vez que cogía la chaqueta.

—No hará falta, la puerta estaba abierta. Lo hemos buscado dentro y no está.

—¿Que el piso estaba abierto? Qué raro. ¿La cerradura estaba forzada?

—No, para nada. Parece que salió con prisa. Dejó la televisión y un par de luces encendidas y la nevera abierta.

—¿Y se fue así, sin más? ¿Hay algún signo de violencia? —preguntó extrañada.

—No, abrió la puerta voluntariamente. Hemos tomado las huellas del timbre por si acaso alguien vino a verle anoche. En el piso no hay

nada que nos indique que hubiera algún tipo de lucha o que se lo llevaran por la fuerza —concluyó Leandro mientras recorría nuevamente la vivienda en busca de algún pequeño detalle que se les hubiera podido escapar.

—¿Habéis examinado el teléfono?

—Claro, Sara, por supuesto. Las últimas llamadas pertenecen a varios días antes. El teléfono móvil debe llevarlo encima, porque no está aquí. Lo que es raro es que si pensaba tardar se podía haber llevado el cargador, se lo dejó encima de la mesa.

—Entonces pediré permiso para activar el dispositivo de búsqueda del móvil de David, a ver si podemos dar con su paradero —concluyó Sara —. Si se ha dado a la fuga al sentirse acorralado, se va a arrepentir en cuanto lo pillemos.

—Buena idea.

—Manténme informada de cualquier cosa. Yo voy a terminar los informes y a pedir el permiso.

—Por supuesto, hasta luego —dijo Leandro antes de colgar.

Sara marcó el teléfono de Miriam para pedirle que no saliera de casa y tuviera especial cuidado. No le explicó el porqué, pese a que ella preguntó un par de veces.

“¡Qué coño! —pensó la inspectora—, ¿no es vidente? Que lo adivine”.

Después marcó el número de los padres de Diana para explicarles que David había desaparecido y que tuvieran cuidado. Volvió a ofrecerles protección, ellos se negaron aduciendo que iban a estar todo el día con su hija y que en todo caso si se veían en algún peligro la llamarían si cambiaban de opinión. Sara dio gracias en silencio. No tenían muchos efectivos para mandar a otra casa a proteger a alguien.

Se obligó a terminar los informes y los dejó en el despacho de su jefe, quien ni siquiera levantó la cabeza para darle las gracias. Le explicó lo de la desaparición de David y que necesitaban rastrear su móvil para localizarlo. El comisario no estaba muy

convencido, pero, conociendo a Sara, se lo concedió enseguida para que le dejara seguir con su trabajo.

Después la inspectora hizo una llamada más al laboratorio, donde le

corroboraron que el ADN encontrado en los escenarios de los crímenes no coincidía con ninguno de la base de datos y tampoco con el de David Álvarez. Él tenía un grupo sanguíneo diferente y difícilmente podía ser el autor de los asesinatos de las tres videntes. No podía olvidar que su novia era el nexo en común entre los casos y había posibilidades de que hubiera sido asesinada, así que no podían descartar nada. Además, el que hubiera desaparecido no ayudaba mucho a probar su inocencia. Sara no alcanzaba a ver qué conexión podía tener un caso con otro, pero estaba ahí, le faltaba encontrar lo que no encajaba.

David estaba implicado, al menos indirectamente, en la muerte de su novia y en el intento de homicidio de Víctor Ferreras. Y no podía olvidar la carta. Había que encontrarlo cuanto antes e interrogarlo a fondo para poder dar con el asesino. Tampoco podía olvidar la muerte del periodista. Además… ¿y si el asesino tenía un cómplice? ¿Y

si era David? No podía descartar nada.

Sara se echó las manos a la cabeza en un gesto de cansancio. Tener tantos frentes abiertos y tantos posibles caminos para recorrer le nublaban los sentidos y le proporcionaban un horrible dolor de cabeza. No pensaba con claridad y eso la ponía nerviosa.

Entonces bajó los brazos y la visión de las uñas de sus manos, mordidas con saña durante aquellos días, provocó que un sonoro suspiro saliera de su garganta.

—Tendré que dejar de comerme las uñas cuando te cojamos, ¿eh? —afirmó dirigiéndose a la nada—. Menos mal que dejé de fumar hace años, si no ahora me resultaría imposible.

Intentando relajarse un poco, decidió mirar el correo electrónico. Hacía dos días que no lo revisaba y debía tenerlo al día, ya que mucha información le llegaba ahí. Nada más introducir su contraseña se arrepintió de haberlo mirado, ya que cuarenta y cuatro e-mails esperaban a ser abiertos. Así que suspiró y se fue a por un brebaje de la máquina, de esos que llamaban café. Sara no entendía cómo podía estar tan malo. Ella tomaba café habitualmente en los juzgados, en el laboratorio, en el Anatómico Forense… y tenía que reconocer que le parecía bastante bueno. Por el contrario, el de la

comisaría era casi imbebible. Sencillamente aquello no podía ser café. Ya con la bebida en la mano y sentada en su silla, cuadró sus hombros y se puso manos a la obra.

Borraba los mensajes según los abría y comprobando que no tenían importancia, hasta que llegó a uno que captó a la primera su atención. En el asunto del mensaje solo una palabra: Anais. Sara buscó rápidamente entre sus notas hasta que lo encontró. La tercera víctima, Raquel Linares, se hacía llamar Anais en su gabinete de videncia. Era muy extraño que alguien le mandara un e-mail con el nombre que usaba para las consultas una de las víctimas del caso que estaba llevando, así que lo abrió conteniendo la respiración. Era evidente que el asesino se quería poner en contacto con ella, así que se creía muy superior a la policía, y eso hacía de él un personaje muy peligroso.

El mundo está mejor sin ellas, sin la plaga. Dios, el Padre, quiere la Tierra, que con tanto esfuerzo creó, libre de esta inmundicia. Me ha elegido a mí entre todos los hombres para llevar a cabo su obra.

La liberación de la cuarta bruja está cerca y con ella se abrirá el sello que permitirá a mis hermanos bajar de los cielos con sus alas blancas para llevar a cada uno al infierno que eligió.

Estoy cada vez más cerca, a veces puedo incluso tocarla, pero no dudaré en acabar con cualquiera que decida interrumpir la obra de Dios.

Deberá tener cuidado, inspectora, o será usted quien lidere la marcha a los infiernos.

Gabriel

Sara imprimió aquel mensaje y se encaminó al despacho de su jefe; se acababa de marchar. Llamó al laboratorio y pidió que un informático rastreara el e-mail. Después cogió sus cosas y, tras apagar el ordenador y comprobar su arma, se encaminó a casa de David, donde Leandro y un par de agentes aún buscaban el coche del psicólogo.

En la puerta, antes de salir a la calle, recibió un recado.

—Inspectora Benítez…

—Sí, dígame.

—Acaban de llamar del Hospital Clínico, es sobre un tal Víctor

Ferreras.

Sara contuvo la respiración. Aquel joven estaba tan grave que muy bien podía haber muerto. Esperaba que no fuese así. Con toda probabilidad les acabaría dando una pista fiable sobre el asesino que buscaban.

—¿Y qué han dicho? ¡Hable!

—Eh… sí, claro. Me dijeron que la avisara de que el joven se ha despertado. Que puede ir a hablar con su médico cuando quiera.

—¡Ah! ¡Perfecto! Voy para allá. Si llama o viene el inspector Gómez, dígale que me he acercado al hospital. Y gracias —añadió en un intento de disculparse con la joven policía que le acababa de dar el recado. Había pagado su impaciencia con ella.

—De acuerdo, inspectora.

Sara decidió encaminarse hacia allí a ver si al menos el joven podía darles alguna pista sobre la persona que había intentado acabar con su vida. Esperaba hablar con su médico y con él. Aunque era consciente de que dependía mucho del estado del joven.

Cuando llegó al hospital, preguntó en la entrada la ubicación de Víctor, donde le comunicaron que permanecía en la UCI y que hasta el día siguiente no podrían trasladarlo a una habitación en la planta de traumatología. Sara subió en busca del médico que atendía al joven. Quería preguntarle si podía hablar con él, y si no era así cuándo sería posible. Tardaron casi veinte minutos en localizarlo. Cuando Sara estaba a punto de marcharse, una voz sonó a su espalda.

—Inspectora Benítez…

—¿Sí? —dijo Sara dándose la vuelta.

Esperaba que fuera alguno de los médicos que llevaban al joven, pero en su lugar quien estaba allí era Diana, ayudada por sus fieles muletas.

—Vaya, Diana, no esperaba encontrarte aquí, no me acordaba de que Víctor era tu novio. ¿Cómo está?

—Está mejor. Un poco aturdido aún y bastante dolorido, pero al menos está consciente y orientado, o eso dicen los médicos.

—¿Has tenido ocasión de hablar con él del accidente? —aprovechó

para preguntarle la inspectora.

—Bueno… hemos hablado un poquito de todo, dice que no recuerda nada de lo que le ha pasado —le explicó Diana.

—Ya…

—De todos modos, yo tampoco le he preguntado más, no he querido agobiarle, a lo mejor usted sabe exactamente qué preguntas hacerle para que recuerde, no sé.

—Sí, bueno, estoy esperando al médico para ver si me da permiso para hablar con él hoy mismo, aunque sea un momento.

—Claro, es que las visitas en la UCI están bastante restringidas —le explicó Diana—.

Dejan entrar media hora por la mañana y otro tanto por la tarde.

—Sí, y creo que ya ha terminado la hora de las visitas, ¿no?

—Sí… hace un ratito ya.

—Oye… —comenzó la inspectora sopesando si debía contárselo o no—, esta mañana llamé a tus padres para comentarles una cosa.

—Sí, ya me han avisado de la desaparición de David. No se preocupe, inspectora. Mi madre me espera ahí, al lado de las escaleras y mi padre está leyendo el periódico en la cafetería. Y yo… bueno, sinceramente, no creo que David tenga ninguna intención de hacerme daño, la verdad.

—Vamos a ver, Diana, tú misma fuiste la primera en sospechar que había sido él quién te había escrito aquella carta tan desagradable, ¿o no es así?

—Sí, es cierto.

—¿Entonces por qué dices ahora que no crees que él quiera hacerte daño?

—Es que yo no creo que David sea peligroso. Le conozco bien —le intentó explicar Diana a la mujer—. No sé cómo explicárselo, estoy segura de que no es capaz de hacer daño a nadie.

—Mira, a veces creemos conocer a las personas y no es así. A mí, por desgracia, me toca comprobarlo a menudo en este trabajo. Es

sospechoso de estar implicado en la muerte de su novia y también lo es del intento de homicidio de tu novio. Creo que al menos deberías tener un poco de cuidado extra, ¿vale?

—Claro, lo intento, de verdad, me cuesta creer todo eso. De todos modos, por si acaso, he dejado de acudir al grupo de apoyo.

—Mejor. Mira, Diana, tanto si es él como si se trata de otra persona, el que te ha escrito esta carta está enfermo y posiblemente sea capaz de hacer cualquier cosa.

Mantén los ojos bien abiertos.

—Lo haré, inspectora, gracias.

—Oye… Diana —la retuvo un momento Sara.

—¿Sí?

—Me alegro de que Víctor esté mejor.

—Gracias, inspectora. Espero que recuerde algo cuando hable con usted.

En ese momento una joven que llevaba un uniforme azul claro y un fonendoscopio colgado del cuello se acercó a Sara y le preguntó si era ella quien quería hablar con el médico que llevaba a Víctor Ferreras.

—Sí, soy yo —respondió Sara—. Me han llamado diciéndome que ha despertado y quería hacerle algunas preguntas.

—Como comprenderá, no está aún en condiciones de que le interroguen. Acaba de despertar tras varios días en coma y no creo que sea conveniente.

—Acabo de estar con su novia y me ha dicho que se encuentra bien, que han estado hablando de varias cosas y que el chico está consciente y orientado.

—¿Y quién ha nombrado médico a su novia así, de golpe? Mire, inspectora, no dudo que necesite hablar con él y va a tener que esperar a mañana, cuando lo trasladaremos a planta. Hoy debe descansar.

—Ya… si pudiera esperar a mañana, no estaría aquí. Soy humana, ¿sabe? Soy capaz de comprender que Víctor no esté en condiciones, estoy aquí porque puede que él tenga la clave para conseguir que un

asesino no vuelva a matar esta misma noche, doctora…

—Marín, doctora Marín.

—Muy bien, doctora Marín, ¿es usted la única que puede darme permiso para hablar con este chico o hay alguien por encima de usted a quien pueda acudir?

—Bueno, yo soy residente de tercer año…

—Perfecto. Por favor, dígale a su jefe o jefa que la inspectora Benítez, de Homicidios, está aquí esperando para pedirles hablar con un testigo cinco minutos. Y, por favor, no tengo demasiado tiempo.

La joven médico puso cara de fastidio. Se dio cuenta enseguida de que aquella mujer no cejaría en su empeño. Por otro lado, molestar a su médico adjunto por una tontería de ese calibre no le ayudaría en nada, así que simplemente dijo:

—Cinco minutos, ni uno más. Y si en cualquier momento pienso que perjudica a mi paciente o que puede alterarlo de alguna manera, la echaré. Se lo prometo.

—De acuerdo —contestó poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.

Sara tuvo que ponerse unas calzas verdes para cubrir sus zapatos y una bata verde desechable, como cualquier visita. Entró a la UCI con cara de pocos amigos. El olor a hospital nunca le había gustado, le resultaba de lo más desagradable. Víctor estaba casi sentado en la cama y dormitaba con la cabeza de lado.

—Víctor…, disculpa, siento tener que molestarte tan pronto. Sé que hace pocas horas que has recobrado el conocimiento, es que esto podría ser urgente.

—¿Quién es usted?

—Ah, perdona, soy la inspectora Benítez, de Homicidios. Tengo que hacerte unas preguntas.

—¿De Homicidios? ¿Qué ha ocurrido?

—Es sobre tu accidente. Verás… pensamos que no lo fue, creemos que alguien te empujó.

Víctor se quedó atónito, no tenía ni idea de qué le estaba hablando. Él

no recordaba nada de aquel día. El único accidente que le venía a la mente era el ocurrido años atrás, en el que había perdido las piernas.

—Perdona que sea tan directa, Víctor, es que solo me dejan hablar contigo cinco minutos y no puedo perderme en explicaciones.

—Claro, me hago cargo. Necesito saber, aunque sea a grandes rasgos, qué pasó ese día. Recuerdo que iba a mi casa como siempre y lo siguiente fue despertarme aquí.

—A ver… hace unos días te caíste delante de una furgoneta mientras circulaba. El semáforo estaba en verde para los vehículos y no pudo parar a tiempo. La impresión del conductor del vehículo y la de los testigos fue que te habías tirado al ver que venía.

—¿Suicidarme? ¿Por qué iba yo a suicidarme? La verdad es que no recuerdo nada de aquel accidente, aunque sí todo lo demás. Acabo de empezar una relación con una mujer increíble, tengo un trabajo estupendo y que me encanta y por fin la vida empieza a sonreírme tras varios años de darme la espalda. No, definitivamente, no tengo motivos, inspectora.

—Eso es lo que nos dijo el director de tu grupo de apoyo.

—¿David? Claro, hablé con él el día anterior, o unos días antes o… creo que fue ese día. Uf, algunos recuerdos parece que no se han colocado del todo en su sitio.

—Bueno, no quiero cansarte, lo único que en realidad necesitaría saber cuanto antes es si alguien te empujó.

—No sé… la verdad, no tengo ni idea, inspectora. De aquel día me llegan algunos retazos. Son fragmentos y ni siquiera sé si son reales. Recuerdo la sirena de la ambulancia, las voces de la gente a mi alrededor pidiendo sangre, suero… Siento no serle de mucha ayuda.

—Bueno… aunque no sea hoy mismo, seguro que vas recordando algo según pasen las horas. Te dejaré en la mesilla una tarjeta con mi número de teléfono. Si en cualquier momento te acordases de algo, sea la hora que sea, diles que me llamen —le pidió Sara señalando al personal de la UCI—. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, inspectora y gracias.

—Por cierto, una última pregunta… ¿pudo ser David Álvarez quién te empujó aquel día?

—¿David? No, por supuesto que no. Es un buen tío.

—Y… ¿recuerdas si se encontraba allí?

—Bueno, ya le digo que prácticamente no recuerdo nada. No me cabe ninguna duda de que él no me haría algo así. Es más, intentaba ayudarme con Diana.

—Gracias, Víctor, que te mejores. Y recuerda… llámame.

—Lo haré.

Sara salía del hospital con una sensación de malestar en el estómago. Todo le decía que David ocultaba algo, aunque no podía obviar la sensación de que se equivocaban con él. Durante su carrera como policía precisó lidiar muchas veces con esa encrucijada:

¿hacer caso al sentido común o al instinto? Sara era extremadamente racional y siempre hacía caso a lo científico, a la razón, a las pruebas, aunque su instinto le dijese lo contrario. En la infinidad de casos que que resolvió, su instinto jamás había fallado. Ella siempre le había dado la espalda cuando las pruebas decían lo contrario y había fallado en algunos casos por eso. Su naturaleza racional no le dejaba rendirse ante lo intangible, ante lo improbable. Y este caso no iba a ser diferente. Es más, en este caso lo intangible

estaba resultando ser lo más real. Mientras las pruebas no dijesen lo contrario, David seguía siendo sospechoso. Ya había hecho una excepción dejando entrar en el caso a aquella médium y no había un minuto que no se arrepintiese, aunque no podía negar que si habían llegado hasta allí había sido gracias a ella.

Una vez en la calle, sacó el móvil del bolsillo y marcó un número conocido.

—¿Diga? —contestó su compañero.

—Hola, Leandro, soy yo. ¿Habéis encontrado el coche?

—Sí, estaba a cuatro manzanas. En esta zona suele ser difícil encontrar aparcamiento según a qué horas.

—Ya me imagino. ¿Y lo habéis inspeccionado?

—Sí, estaban las llaves en su casa, así que ha sido bastante fácil —le explicó el policía.

—Yo salgo del hospital. El chico se ha despertado y me han dejado hablar con él unos minutos.

—¿Y qué te ha contado?

—Poca cosa. No recuerda prácticamente nada. Supongo que según pase el tiempo irá acordándose de algo más. O al menos eso espero —le confesó ella.

—Yo voy a la comisaría y después me acercaré a ver a Miriam un momento.

—Perfecto, yo he recibido un e-mail de Gabriel.

—¿Cómo? ¡Sara! ¿Estás en peligro?

—No lo creo, a no ser que me dé por echar las cartas y leer el porvenir en la bola de cristal…

—Muy graciosa. Cuando salga de casa de Miriam te llamo.

—Perfecto, hasta luego. Oye…

—Dime.

—Ya que sabe tanto, pregúntale si le cogeremos.

—Ya vale, Sara…

—¡Ja, ja, ja! No te enfades, luego nos vemos.

Sara se dirigió a su coche, comenzaba a anochecer y hacía un poco de frío. Se abrochó la chaqueta y se subió un poco el cuello de esta. Un minuto después, mientras sacaba la llave de su coche, la piel se le erizó en la nuca. Se dio la vuelta rápidamente buscando a alguien que la observara. Vio personal del hospital fumando en la parte de atrás del edificio, a un joven vestido de uniforme hablando por teléfono y a un matrimonio mayor que se metía torpemente en su vehículo para volver a su casa.

Subió al coche muy deprisa y cerró rápidamente los seguros. Miró alrededor, no encontró nada fuera de lugar. En cuanto salió del aparcamiento del hospital la sensación se esfumó. Si hubiera vuelto atrás la cabeza habría visto cómo un joven seguía cada uno de sus movimientos mientras una sonrisa afloraba a su rostro.

Capítulo 22: Una puerta que chirría

David intentaba acostumbrarse a la falta de luz. Permanecía en una especie de habitación muy pequeña, sin ventanas. Sentado en el suelo, a su alrededor no encontró más que oscuridad. Intentó recordar cómo había llegado hasta aquel lugar. No era fácil, le dolía la cabeza allí donde había recibido el golpe. Podía sentir la sangre seca que comenzaba a acumularse alrededor de la herida y dejaba su negro pelo pegado a la piel.

Notaba la boca pastosa, con un sabor metálico. Se pasó la lengua por los dientes, descubriendo que dos de ellos estaban rotos y se le habían clavado por dentro de las mejillas. Es decir que también había recibido al menos un golpe en la cara. No lo recordaba bien.

Buscó a tientas la puerta, en algún sitio estaría. Cuando la encontró comprobó con horror que no había manera de abrirla desde el interior. Tendría que esperar a que viniera el que le llevó allí… ¿quién podría haber sido?

Palpó el bolsillo de su pantalón, no tenía nada, ni la cartera, ni las llaves, ni el móvil, nada que le pudiera identificar. Sintió miedo, había pasado de ser sospechoso a los ojos de la policía a ser una víctima. ¿Lo buscarían? A lo mejor tenía suerte y daban un aviso al pensar que se hubiera fugado.

Un ruido lejano llamó su atención, parecía una puerta metálica al cerrarse. Se quedó totalmente inmóvil esperando sin saber qué podía ser. Agudizó el oído, podía incluso escuchar sus propios latidos; no oyó nada en el exterior. Y, de pronto, la puerta se abrió con un tremendo chirrido. La luz que provenía del pasillo era demasiado potente, cegadora. David no tuvo más remedio que taparse los ojos para protegerlos. La silueta de un hombre alto y delgado se recortaba en el quicio de la puerta, a contraluz. No le podía ver la cara, las sombras la tapaban en su totalidad. David tuvo la certeza de que aquel individuo sabía perfectamente cómo colocarse para que así fuera. Se trataba de un hombre joven, era imposible saber más.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué quieres de mí?

—Lo sabrás en su momento. Te traigo algo de comer —contestó el hombre sin inmutarse en un tono tranquilo y relajado.

A David le sonó su voz, no era de alguien con quien hablara habitualmente, pero le resultaba lo suficientemente familiar para recordarla. ¿A quién pertenecía?

—Te traigo algo de comer, no me gusta que mis invitados pasen hambre.

—Yo no soy tu invitado, me has traído a la fuerza aquí, así que soy tu rehén.

—Llámalo como quieras, aquí te dejo la comida.

El tono neutro del hombre ponía nervioso a David. Estaba claro que nada de lo que él dijese le iba a alterar.

—No pienso comer nada de lo que traigas, jamás —contestó David intentando rebelarse.

—Ya veremos —respondió él—, depende del tiempo que pases aquí. Acabarás suplicándome y me darás las gracias.

—Seguro…

Cuando el hombre se acercó con la bandeja hacia donde estaba David, este aprovechó para salir corriendo, pero notó un pinchazo en la pantorrilla. Corrió con todas sus fuerzas hasta que comenzó a notar un hormigueo en las piernas y en los brazos. Comprendió que el hombre le había inyectado algún tipo de droga, antes de caer al suelo inconsciente. Pudo ver entre sombras cómo aquel hombre se acercaba a él, le daba una patada para comprobar que no se movía y se agachaba delante de su cara.

Acertó a vislumbrar sus ojos, grises y duros, antes de caer en un profundo sueño. No pudo ver cómo el hombre sacaba un cuchillo del bolsillo y se acercaba a él.

Sara llegó a la comisaría como cada mañana, con un café en la mano, el periódico en la otra y la cabeza a punto de estallar. Hacía mucho tiempo que dormía menos de lo que debía, se alimentaba con prisas y hacía deporte a deshoras. Su cuerpo comenzaba a rebelarse. Si el caso duraba mucho más tiempo, tendría que replantearse muchas cosas.

Recibió el recado de presentarse en el despacho del comisario en

cuanto llegase, así como el inspector Gómez. Se encontró en el pasillo con Leandro, que acababa de llegar, y los dos juntos se dirigieron al despacho de su jefe pensando qué podía haber ocurrido esta vez.

El comisario, más que enfadado, parecía preocupado. Había una pequeña caja encima de su mesa y una nota metida en una funda de plástico. El jefe no se entretuvo en explicaciones y fue directo al grano.

—Esta caja ha llegado a la comisaría hace media hora; está a tu nombre, Sara.

—¿A mi nombre? ¿Qué es? ¿Y por qué se la han dado a usted?

—Porque el agente Sánchez ha pasado la caja por el escáner y ha visto esto —les explicó el comisario abriendo la caja y enseñándoles el contenido.

—¡Joder! ¡Es un dedo! —exclamó Leandro alarmado.

—Sí, es un dedo, es usted muy perspicaz, Gómez —ironizó el comisario—. Venía acompañado de esta carta.

Sara cogió el folio y, sin sacarlo de la funda, lo leyó en voz alta: *Sara…Sara… Él quiso arrebatarme su alma tan pura, tan limpia… No lo consentiré. Tú deberías haber acabado con él, pero tu ineptitud no conoce límites. Las brujas deben morir, para que ella pueda convertirse en la Eva de mi Paraíso.*

Gabriel

—¿Esto significa algo para ti, Sara? —preguntó el comisario.

—Puede… hay que comparar la huella dactilar con la de David Álvarez y también su ADN.

—¿David Álvarez? ¿El psicólogo? —preguntó su jefe extrañado.

—Sí, desapareció ayer.

—Avisaré al laboratorio para que le den prioridad —les explicó el comisario.

Sara volvió a leer la carta dos veces más. ¿Ella tenía que haber acabado con él? No tenía lógica alguna, a no ser que…

—¿Qué piensas, Sara? —le preguntó su compañero.

—Es una hipótesis, nada más, pero podía ser. Déjame que compruebe un par de cosas.

—¿No me vas a contar lo que te ronda la cabeza?

—Sí, sí, pero espera un minuto. Señor —dijo dirigiéndose al comisario—, ¿está hablando con los de la científica?

—Sí, ¿por qué?

—Cuando acabe déjeme que les consulte una duda.

—Un momento —dijo a su interlocutor—, les paso con la inspectora Benítez, quiere preguntarles algo sobre el caso. Toma, Sara —añadió mientras le pasaba el auricular.

—Hola, buenos días, soy la inspectora Benítez, ¿con quién hablo?

—Hola, soy Eduardo Sánchez. Nos vimos en casa de una de las víctimas.

—¡Ah, sí! Ya me acuerdo. Mira, necesito que me hagáis un favor. ¿Habéis sacado un listado de las llamadas recibidas por la mujer que encontramos quemada?

—Sí, claro.

—Vale y supongo que os habrán pedido que saquéis un listado telefónico de las otras dos mujeres, ¿no?

—Sí, además encontramos una coincidencia en un número de móvil, se trataba de un móvil de prepago, de esos desechables. Alguien llamó a las tres víctimas el día antes de su muerte.

—¿Y no habéis podido dar con él?

—No, prácticamente no lo usa, lo debe tener el resto del tiempo apagado. Y si no está activo, no lo podemos rastrear —contestó el policía—. Lo tenemos preparado todo para encontrarlo en cuanto lo encienda. Necesitamos al menos un minuto o minuto y medio para encontrar el sitio exacto desde el que llama y, aunque lo ha encendido un par de veces, no ha estado activo más de treinta segundos.

—Joder, qué listo.

—Sí, ¿y qué necesitas?

—Que me compruebes si es el mismo número que aparece en el informe de una muerte por posible suicidio: se llama Marta Soriano.

—Ajá, si te esperas un minuto lo miro ahora mismo.

—Espera, Eduardo, es que necesito que comprobéis los listados telefónicos de otras dos personas. Si coincide también con ellos, habremos estrechado el círculo.

—A ver, dime.

—Uno es David Álvarez, tuvo que recibir la llamada ayer por la tarde. Es muy posible que el dedo que te mandamos para analizar y comprobar la huella sea suyo. El otro individuo es Carlos Fraile. Es el periodista que apareció estrangulado hace un par de días en el Manzanares.

—¿Carlos qué?

—Carlos Fraile —respondió Sara.

—De acuerdo, en cuanto tenga algo te aviso.

—Muchas gracias, Eduardo —dijo justo antes de colgar.

—¿Qué buscas exactamente, Sara? —le interrogó su compañero cuando comenzaba a darse cuenta de lo que le pasaba por la cabeza a la inspectora.

—La conexión entre todos los casos que llevamos. Si esto demuestra mi teoría, David Álvarez quedaría fuera de toda sospecha y además demostraría que el asesino de las tres videntes está implicado en la muerte de Marta, en la del periodista y en el intento de homicidio de Víctor. Bueno, y si lo del dedo se confirma, posiblemente David esté secuestrado por el mismo individuo.

—Me parece un poco rebuscado, Sara. Sería demasiada coincidencia.

—A mí también me parece demasiado, pero no podemos descartar nada y lo sabes.

Desde el principio hemos sabido que todos estos casos están conectados de alguna forma y no somos capaces de ver el nexo en común. Es cuestión de comprobar unos listados e ir cerrando puertas.

—En eso tienes razón.

—Bien —les interrumpió el comisario—, si no les importa, tienen un despacho estupendo en el que pueden continuar con sus elucubraciones, así podré seguir trabajando. En cuanto tengan algo quiero ser el primero en saberlo.

—Por supuesto —respondió Leandro mientras se levantaba sonriendo.

Ya en su despacho, Sara repasaba todas las pistas por enésima vez. No encontraba ningún otro resquicio y en casa de David tampoco había ninguna huella que le ayudase.

¿Qué podían tener en común cuatro videntes, un psicólogo, una profesora de Educación Física de Primaria, un periodista y un diseñador gráfico? En principio nada, puede que miraran en la dirección equivocada. Sara cogió el enorme panel que contenía un resumen detallado de los asesinatos de las tres videntes y lo puso a un lado. Después se fue en busca de otro panel y lo colocó a continuación. En él colgó una foto de Marta que les había proporcionado su novio y otra de cómo la encontraron cuando murió. Añadió dos anotaciones a un lado con rotulador: “Nota de suicidio y hechizo de amarre”. Al escribir esto último hizo una mueca de desprecio, su mente seguía rechazando todo aquel mundo esotérico con el que se veía obligada a trabajar. Debajo pegó una foto del periodista con el recorte de la noticia del periódico y otra fotografía que mostraba su cadáver cuando fue rescatado del río.

Colocó a un lado una fotografía de Miriam debajo de las tres médiums asesinadas, pero en el último momento la despegó y la colocó en el segundo panel, en la esquina de la izquierda y añadió una serie de anotaciones: ”Ojos, ecografía enmarcada y cabello”,

“Nota del asesino”.

Con el rotulador dibujó varias flechas que señalaban a cada una de las videntes asesinadas y a Marta.

Añadió la foto de David al panel, una flecha se dirigía a Marta y en una anotación a un lado escribió: “Dedo”, y la otra flecha se dirigía al hueco destinado a la fotografía de Víctor, la cual pegó a continuación junto a una del chico sangrando en el suelo el día del accidente.

Dio unos pasos hacia atrás para hacerse una composición general y poderlo ver desde otra perspectiva. El teléfono devolvió a Sara a su despacho, hacía un buen rato que viajaba en otra dimensión.

—Inspectora Benítez.

—¿Sara? Soy Eduardo, de la policía científica. Estabas en lo cierto, hay una llamada a cada uno de los tres teléfonos que me has pedido que compruebe. A la chica, Marta, la llamó el día de su muerte a las 8.42 de la mañana. Al periodista, lo llamó el día antes de que apareciera la noticia en el periódico, que fue el mismo día que apareció su cadáver en el río. Y al tercero… el tal David Álvarez, lo llamó ayer, a las 23.52 minutos.

—Gracias, creo que esto va a ser la clave del caso, aunque no sé como deshacer la madeja por ahora. Te lo agradezco mucho.

—Nada, ya sabes dónde encontrarme.

—Lo mismo digo, hasta luego —dijo Sara antes de colgar el auricular.

Miró hacia su mesa, donde estaba la carta que había recibido Diana. "¿Y dónde te pongo a ti? ¿Qué relación tienes tú con el asesino?". Exhaló un sonoro suspiro a la vez que decidía dónde ubicar esa información. Cogió el e-mail recibido en su propio correo electrónico en la mano derecha y la carta encontrada junto al dedo que se suponía que era de David en la izquierda. Comprobó el estilo: evidentemente, las había escrito la misma persona. Volvió a leerlas con calma. Decía que ella tenía la culpa de que hubiera secuestrado a alguien, por no haberlo parado a tiempo. Y por último dibujó la silueta de una cara y escribió en el centro "Gabriel". Dibujó flechas que salían de esa cara comprobando que tenía conexión con todos los integrantes de ese panel.

—¡Joder! —exclamó Sara—. ¿Quién coño eres?

Cogió el teléfono y le pidió a su compañero que fuese a su despacho. Necesitaba que otra persona lo contemplara desde su propia perspectiva. Cinco minutos después, Leandro aparecía en el despacho de su compañera con dos cafés de la máquina. Sara estaba a punto de ir a por él personalmente a su despacho. No entendía cómo se podía tardar tanto en recorrer veinticinco metros, al ver los cafés se relajó, le dio las gracias y se dispuso a contarle sus conjeturas.

—Es decir —le explicó—, que el asesino está enamorado de Diana, la chica de las muletas. Ahora estamos casi seguros de que David no escribió la carta, sino que era un posible rival para él, por eso lo ha secuestrado.

—Y Víctor otro.

—Exacto —coincidió ella—. Víctor es otro rival para él. Entonces este

asesino tiene dos motivos: Diana y el mundo esotérico.

—Vale, ¿cómo entran en el juego la novia de David y el periodista? —preguntó el inspector.

—El periodista es fácil. Supongo que l asesino, al ver que no tenía su “trabajo” la repercusión que él quería, lo llamó para que escribiera sobre lo que había hecho. Lo que no sabemos es si le obligó a escribir y después lo mató o si es que el periodista intentó amenazarle con ir a la policía o si lo quiso sobornar… no lo sé. El caso es que el periodista, tras saber lo que estaba pasando, comenzó a ser un peligro para él.

—¿Y la chica? —preguntó Leandro—. ¿Cómo sabía de sus planes de suicidio? Tiene que ser alguien que la conozca muy bien.

—Tenemos que buscar en su vida otra vez. Hay que ver si tenía alguna relación con Diana. Tampoco estaría de más preguntarle a Miriam si Diana también es clienta suya.

—Tienes razón.

—Leandro… creo que hemos metido la pata. Los casos realmente importantes son los que hemos dejado en la retaguardia. Nos hemos cegado con la gravedad de los asesinatos de las tres videntes —le confesó Sara.

—Es posible, si es así estamos en el buen camino. Lo cogeremos, Sara, empieza a fallar y entonces nosotros no lo dejaremos escapar.

—Eso espero —contestó ella dejándose caer en la silla con el cansancio reflejado en su rostro.

—A ver —le dijo Leandro—, Marta era profesora de Educación Física en un colegio de Primaria, ¿no es así? ¿Habrá sido profesora de Diana?

—No, no, qué va. Marta tenía veintinueve años y Diana diecinueve. Llevaba tres dando clases cuando tuvo el accidente. Es imposible. Diana ya iba al instituto.

—Bien, pues descartado. Más cosas, no sé, averiguaré si pudieron ser vecinas o si se conocían de algo o si tenían algún hobby en común.

En ese instante sonó el teléfono del despacho de Sara y ella se apresuró a cogerlo. A estas alturas de la investigación todo podía ser importante.

—Inspectora Benítez.

—Le paso una llamada desde el Hospital Clínico, inspectora.

—Ah, perfecto, gracias.

—Hola, buenos días, soy el doctor Sevilla y quería hablar con la inspectora… Sara Benítez.

—Sí, soy yo, dígame.

—Soy traumatólogo en el Hospital Clínico y llevo a un paciente que se llama Víctor Ferreras. Creo que usted le dio una tarjeta para que la llamáramos en caso de que recordase algo.

—¡Sí, sí! ¿Es que ha recordado algo? ¿Puedo ir a hablar con él ahora?

—No veo por qué no. El chico está estable y tienen que hacerle una prueba, creo que la tiene pautada para esta tarde. Me ha pedido que la llame en cuanto han acudido los recuerdos a su mente.

—Perfecto. En quince minutos estoy allí. Gracias —dijo Sara antes de colgar el auricular—. Leandro, me voy al Clínico, el chico empieza a recordar algo del atropello.

Tú sigue aquí con esto, y si ves algo nuevo, me llamas. De todos modos, en cuanto acabe vuelvo para acá.

—No te preocupes, tú ocúpate de Víctor, a ver si hay suerte.

Sara se encaminó hacia el hospital con el corazón a punto de salírsele del pecho.

Estaba nerviosa, como siempre que tenía la sensación de acercarse a la solución de un caso.

Capítulo 23: De vuelta al hospital

David despertó sudoroso, con ganas de vomitar. Su corazón latía más

rápido de lo normal y le costaba un triunfo mover cualquier músculo. Los notaba paralizados, y sentía pinchazos con cada movimiento. La boca permanecía pastosa y le molestaba incluso respirar. Un dolor sordo se había instaurado en la mano derecha, a la altura del dedo índice. No era capaz de levantar la mano para saber el porqué.

Poco a poco su cuerpo fue volviendo a la normalidad. Dormitaba en aquel escaso zulo y despertaba sobresaltado cada pocos minutos. Cuando por fin consiguió controlar algo su cuerpo subió un poco la mano derecha para ver por qué sentía su corazón palpitar en ese dedo índice y por qué parecía arder. Fue cuando descubrió el hueco: su dedo había desaparecido. Llevaba un vendaje empapado en sangre que había goteado a un lado de su cuerpo formando un pequeño charco. La visión era muy escasa en aquel cubículo, así que solo vio que el charco se adivinaba más oscuro que el suelo.

David sintió una rabia infinita. Aquel cabrón le había drogado y le había cortado un dedo. Jamás lo dejaría salir de allí. Ahora ya sabía de qué conocía a ese hombre. Lo había visto durante meses, por eso confió en él cuando llamó por la noche a su puerta.

Por eso le sonaba la cara cuando se chocó con él el día del accidente de Víctor. A lo lejos, nuevamente, se oyó una puerta. Se encogió como pudo intentando proteger el cuerpo con sus brazos, mientras el terror se apoderaba nuevamente de él.

Sara llegó a la planta de traumatología y se acercó al mostrador para preguntar por el médico de Víctor, como de costumbre, no era capaz de recordar el nombre. Un enfermero le preguntó si podía ayudarla en algo, ya que las visitas no podían estar allí por la mañana. Ella contestó a la vez que le enseñaba la placa:

—Estoy buscando al médico que lleva a Víctor Ferreras, pero no recuerdo el nombre.

He quedado aquí con él.

—¡Ah! ¿Es usted la inspectora Benítez? La están esperando en la 531.

—Gracias, ¿es por aquí?

—Sí, nada más pasar aquella columna, a la izquierda.

—Gracias otra vez.

Sara se encaminó a la habitación del joven y tras dar un par de golpes

en la puerta entró.

Víctor tenía mejor aspecto esa mañana. Cuando la vio se intentó incorporar en la cama sin pensarlo, pero un gesto de dolor avisó a Sara de que el chico había hecho un movimiento que no debía y se acercó rápidamente a ayudarlo, al igual que un hombre de mediana edad con bata blanca, que debía de ser el médico de Víctor.

—Tienes que tener cuidado con los movimientos que haces —le regañó el médico—.

¿O quieres que te tengamos que volver a operar?

—No, claro que no: ha sido un reflejo, no lo he pensado.

—Ya veo —contestó el hombre—, no es la primera vez que te pasa. Ten cuidado.

—Hola, soy la inspectora Benítez —dijo Sara tendiéndole la mano al médico.

—Encantado, soy el doctor Sevilla. Hablé con usted hace un rato.

Sara se apuntó mentalmente el nombre del médico para que no le volviera a ocurrir, el agotamiento hacia mella también en su cerebro.

—Inspectora, le he pedido al traumatólogo que la avise porque me vienen flashes de memoria. Mire, recuerdo haber notado un empujón en la espalda y no haberme podido agarrar a nada. Al caer giré la cabeza y recuerdo haberme topado con unos ojos grises.

No le sabría explicar, parecía que brillaran. Era un hombre joven, creo que alto, no le consigo poner cara, pese a que tengo la sensación de que le había visto en otra ocasión.

—Bien, Víctor, no está mal.

—¿Le ayuda en algo?

—Bueno, lo de los ojos es importante.

—Ah, genial.

—¿Recuerdas haber visto a David allí?

—No, y eso que iba pensando en la conversación que había tenido con él el día de la reunión del grupo. Además —añadió el joven—,

recuerdo haber mirado a la gente que había esperando en el semáforo igual que yo. Él no estaba, lo habría visto.

—¿Y estás seguro de que quien te empujó no fue él?

—Segurísimo. Los ojos del tío eran grises, como los de David. La mirada no era ni mucho menos como la suya. El pelo era más claro también y era alto y delgado.

Aunque, ya le digo, no sería capaz de reconocer su cara.

—Gracias, Víctor, esto nos viene muy bien.

—Espero haberle servido de ayuda.

—Una cosa, ¿desde cuándo sales con Diana?

—Desde hace unas semanas nada más. Llevo en Madrid muy poco tiempo. El primer día que fui al grupo de apoyo me gustó y enseguida empezamos a quedar para ver Madrid juntos. David me animó a que siguiera así con ella.

—¿Y tenéis alguna actividad en común además del grupo de apoyo?

—No… o eso creo.

—Ya… bueno, si se te ocurre algo más me llamas, que tengo que volver al despacho.

—De acuerdo, suerte, inspectora.

—Gracias. Que te mejores.

Se despidió de Víctor y de su médico y volvió a la comisaría. Volvió a notar la sensación de que la estaban vigilando. No vio a nadie sospechoso alrededor, asi que no quiso darle demasiada importancia.

Cuando llegó al despacho, Leandro parecía un científico loco. Su pelo aparecía revuelto, las gafas mantenían el equilibrio en la punta de la nariz y se veían un poco ladeadas y llevaba la camisa por fuera, arrugada y con las mangas dobladas a la altura del codo. Un montón de papeles se hallaban desperdigados por la mesa y por el suelo, y había dibujado varias flechas que se dirigían de unos a otros en el panel. Algunas habían sido borradas, otras vueltas a pintar, otras cambiaban de dirección. Al final había optado por pintarlas de varios colores. Había escrito palabras nuevas, aparentemente incoherentes, al lado de las fotos; algunas aparecían tachadas. Era un completo caos,

aunque Leandro no estuviese de acuerdo.

—¿Qué ha pasado aquí? —exclamó Sara intentando parecer horrorizada—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi compañero? ¡Mi despacho! ¡Tan limpio y ordenado!

—¡Sara! Genial, estaba a punto de llamarte. Creo que tengo algo. Espera que lo he apuntado aquí… ¿dónde lo habré puesto?

—Qué raro que no lo encuentres —le dijo con ironía—. ¿Qué es lo que has encontrado? ¡Me tienes en ascuas!

—La conexión entre ellos, lo que tienen en común.

—¡¿Qué?! ¡No jodas! ¿Qué es?

—¡Aquí está! —cogió un folio donde había escrito una sola palabra:

“REHABILITACIÓN”.

—¿Cómo? —preguntó Sara extrañada.

—Mira, Diana va a rehabilitación al Hospital Clínico todos los días desde que le dieron el alta tras su accidente. Marta iba al mismo sitio, lo he comprobado, y, además, tenían el mismo fisioterapeuta, un tal Enrique Salas.

—¿Y David? ¿Y Víctor?

—David y Víctor —dijo Leandro mientras dibujaba dos flechas más— son sus rivales directos. Ya sé que es rebuscado, Sara, pero encaja y es un comienzo.

—No tenemos nada que perder, vamos para allá —contestó ella mientras abría la puerta—. Ahora que… solo una cosita… ¡me podías haber llamado, joder! ¡Que vengo de allí y no hay quien aparque!

—Es cierto, lo siento. Venga, no te enfades, que conduzco yo.

Mientras volvían al hospital, Sara llamó a la planta de traumatología pidiendo hablar con Víctor. Si no podían pasarle el teléfono, subiría de nuevo a hablar con él, esperaba no tener que hacerlo.

—Inspectora, soy el doctor Sevilla, ¿qué ocurre? Me han dicho en el control de enfermería que quiere hablar con Víctor. ¿Se le ha olvidado algo?

—No, verá, es que cuando he llegado a la comisaría mi compañero había descubierto algo y necesito corroborar con Víctor una pista que tenemos.

—Ya… espere, intentaré pasarle con la extensión de la habitación.

—¿Diga? —preguntó la voz de Víctor poco después.

—Víctor, soy la inspectora Benítez, acabo de estar allí.

—Sí, ya me ha dicho el médico que me iba a pasar la llamada. ¿Qué ocurre?

—Mira, es posible que sepamos quién es el hombre que te empujó. Si puedo después me acercaré a enseñarte un retrato de él. Creemos que podría ser Enrique Salas, el fisioterapeuta de Diana.

—¡Joder! ¡Claro! ¡El fisio de Diana!¡Cómo no me di cuenta antes! Inspectora, el fisioterapeuta de Diana me paró un día por la calle para explicarme que tenía que tener cuidado con ella, que no era de fiar y que además mantenía una relación con David desde hacía tiempo. También me dijo que la novia de David se había enterado y por eso había decidido acabar con su vida.

—¿Cuándo fue eso?

—A ver, la verdad es que no tengo ni idea de qué día es hoy, ni de cuánto tiempo he estado en coma. Pero fue… ¡Sí! El martes anterior a mi accidente. Al día siguiente acudí al grupo de apoyo y discutí con Diana porque estaba celoso. A la semana siguiente fue mi atropello.

—Bien, eso ayuda mucho, Víctor.

—Inspectora…

—¿Sí?

—Lo que me dijo de Diana y de David era falso, totalmente falso, creo que lo único que intentaba era alejarme de ella.

—Lo sabemos. Luego intento pasarme por allí.

—Gracias —musitó el chico antes de colgar.

Sara se puso al volante en cuanto llegaron al coche. En realidad, lo que menos le importaba era conducir. Si había problemas, hablaría con el guardia de seguridad para dejar el coche en cualquier sitio

reservado. Total, estarían un rato y no podían perder un tiempo tan valioso en algo tan insignificante como aparcar.

Cuando llegaron a la planta de rehabilitación del hospital, se dirigieron a la ventanilla, donde un hombre que parecía a punto de jubilarse introducía datos en un ordenador.

—Buenos días —dijo Leandro a la vez que sacaba la placa—. Buscamos a un fisioterapeuta, se llama Enrique Salas.

El hombre miró la placa y después a ellos, se levantó y salió de la ventanilla para indicarles el camino.

—Al final de este pasillo, a la derecha, hay una sala grande donde encontrarán varios apartados con cortinas. Allí están ahora con los masajes, Quique tiene que estar allí.

—Gracias —contestó Sara mientras seguían sus indicaciones.

Unos metros más allá, una chica joven les cerró el paso. Llevaba el uniforme del hospital y varias chapitas decoraban su bolsillo.

—Lo siento, no pueden pasar.

—Soy la inspectora Benítez, de Homicidios —dijo rápidamente Sara mientras sacaba nuevamente la placa—, y este es mi compañero, el inspector Gómez. Querríamos hablar con Enrique Salas, trabaja como fisioterapeuta aquí.

—¿Quique? No lo he visto hoy.

—¿No ha venido a trabajar?

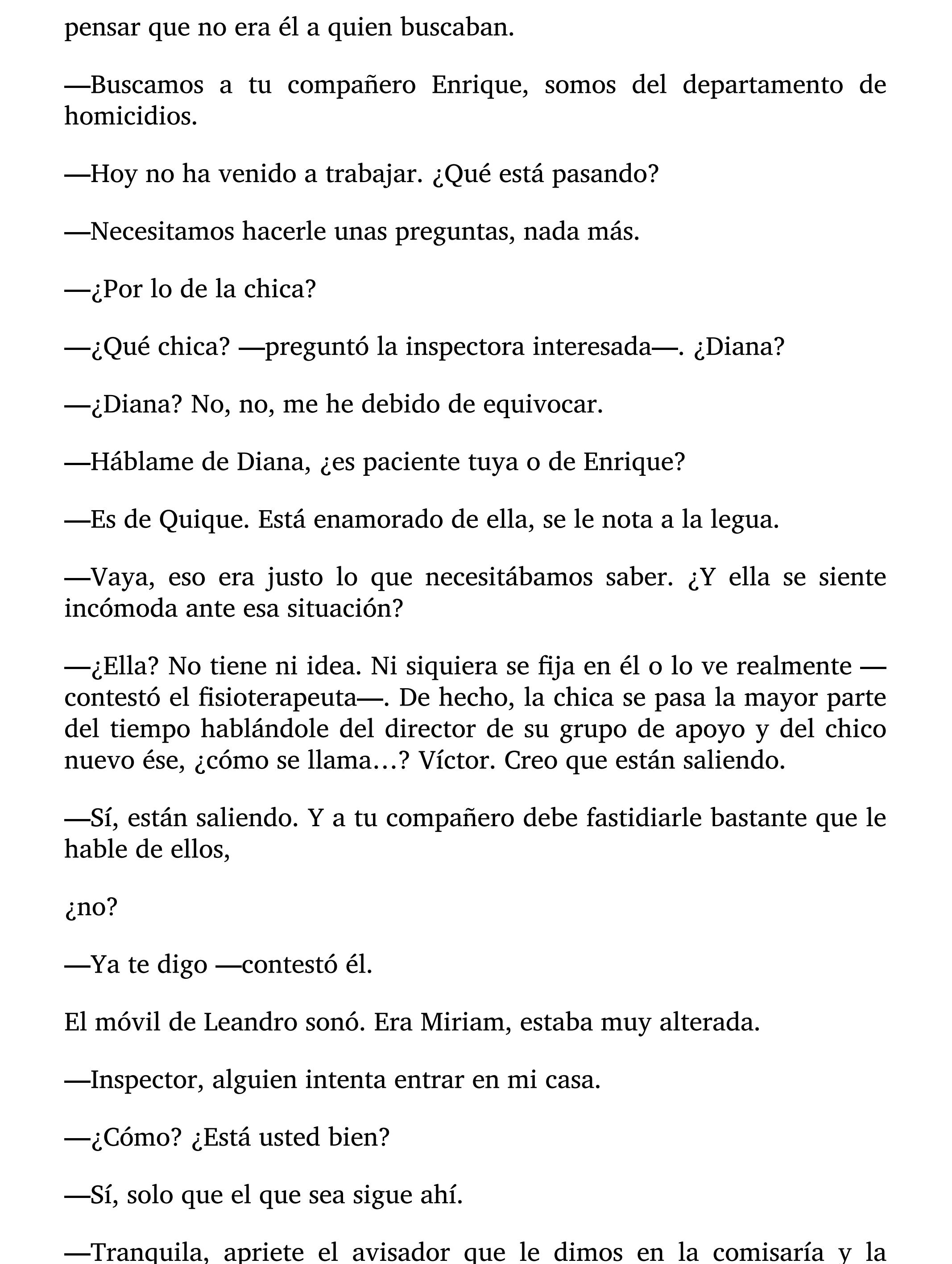
—No lo sé, yo hoy he estado en otra sala. Pero pueden preguntar a Tino, que es su compañero, él seguro que lo sabe.

—¿Quién es Tino?

—Aquel del pelo engominado.

—Gracias —respondió la inspectora sin perder de vista al chico que le acababa de señalar la joven.

Se acercaron a él. Era alto y delgado, llevaba un pendiente en la oreja. A Sara de pronto se le aceleró el corazón y, sin darse cuenta, acercó la mano al arma. Pero nada más darse la vuelta el fisioterapeuta, Sara se relajó. Los pequeños ojos marrones, de lo más normales, les hicieron



pensar que no era él a quien buscaban.

—Buscamos a tu compañero Enrique, somos del departamento de homicidios.

—Hoy no ha venido a trabajar. ¿Qué está pasando?

—Necesitamos hacerle unas preguntas, nada más.

—¿Por lo de la chica?

—¿Qué chica? —preguntó la inspectora interesada—. ¿Diana?

—¿Diana? No, no, me he debido de equivocar.

—Háblame de Diana, ¿es paciente tuya o de Enrique?

—Es de Quique. Está enamorado de ella, se le nota a la legua.

—Vaya, eso era justo lo que necesitábamos saber. ¿Y ella se siente incómoda ante esa situación?

—¿Ella? No tiene ni idea. Ni siquiera se fija en él o lo ve realmente —contestó el fisioterapeuta—. De hecho, la chica se pasa la mayor parte del tiempo hablándole del director de su grupo de apoyo y del chico nuevo ése, ¿cómo se llama…? Víctor. Creo que están saliendo.

—Sí, están saliendo. Y a tu compañero debe fastidiarle bastante que le hable de ellos,

¿no?

—Ya te digo —contestó él.

El móvil de Leandro sonó. Era Miriam, estaba muy alterada.

—Inspector, alguien intenta entrar en mi casa.

—¿Cómo? ¿Está usted bien?

—Sí, solo que el que sea sigue ahí.

—Tranquila, apriete el avisador que le dimos en la comisaría y la patrulla que hay frente a su casa acudirá. Yo voy para allá.

—Vale —contestó ella con un hilo de voz.

Leandro colgó el teléfono y se dio la vuelta para decirle a su


compañera lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó Sara preocupada.

—Miriam; alguien intenta entrar en su casa. Me voy para allá. Ya ha avisado a la patrulla. Llamaré desde el coche para que te vengan a buscar.

—De acuerdo, en cuanto acabe aquí, me acerco yo también a su domicilio.

Sara observó cómo su compañero se iba a toda prisa a casa de la médium, parecían haber conectado de una manera que no acertaba a entender. Rápidamente se dio la vuelta hacia Tino e intentó continuar con la fructífera conversación como si nada.

—Bien, ¿qué era eso que me ibas a contar de una chica? —preguntó Sara volviéndose hacia el joven.

El chico la miró preocupado, era evidente que había metido la pata. Claro que, si un par de inspectores de Homicidios se personaban allí para indagar sobre su compañero, lo más probable era que estuviera metido en algo grave, no sería él quien lo encubriese.

—A ver, el otro día fue mi cumpleaños y lo invité a tomar algo. Es un tío raro y no tiene muchos amigos. Llevamos aquí currando juntos un par de años y jamás habíamos quedado para nada ni habíamos hablado mucho. Así que fuimos a un pub a tomar unas birras.

—Ya… continúa.

—Bueno —siguió él mientras una pícara sonrisa asomaba a su rostro —, conocimos a unas churris que tenían ganas de… ya sabes.

—Me imagino. ¿Y qué? ¿Triunfasteis? —dijo ella con sarcasmo.

—Ya te digo. La que estaba más buena se quedó colgada de él, a mí no me hacía ni caso. La otra no estaba mal tampoco. Quique pasaba totalmente de ella. Joder, porque es un raro, pero es alto, delgado, guapo y tiene unos ojos grises muy llamativos.

Sara se puso alerta. Acababa de describirle al asesino con todo lujo de detalles. Se obligó a no salir corriendo en su busca hasta saber un par de cosas más.

—¿Y qué ocurrió después?

—Bueno, yo me largué con la otra chica y fuimos a mi apartamento y cuando llegamos…

—Ahórrame los detalles, ve al grano.

—Sí, claro. El caso es que lo pasamos bien y nos dimos los teléfonos. Al día siguiente me llamó para contarme que su amiga, la que se había ido con Quique, estaba jodida.

Me preguntó de dónde había sacado a ese energúmeno. Dijo que se la había tirado y que cuando se corrió se largó sin más, sin mirarla siquiera.

—Ya entiendo. A lo mejor tuvo suerte. ¿Puso una denuncia?

—¡No jodas! Somos adultos y fue una relación consentida. Si el gilipollas no sabe follar, no es para denunciarlo.

—Ya… claro.

—Oye, ¿qué has querido decir con eso de que a lo mejor tuvo suerte?

—Nada. Necesito su dirección.

—No la tengo. Oye, si ha hecho algo gordo, yo no quiero saber nada. Aquí en la sección de personal tienen su dirección, pídela allí.

—De acuerdo. Una última pregunta y te dejo seguir trabajando. ¿Te parece que puede ser este tu compañero? —preguntó Sara enseñándole el dibujo que había hecho Chema unas semanas antes. Había tenido la precaución de sacarle una foto con el móvil.

—Joder, si es clavadito. Tía, dibujas de puta madre. ¡Perdón! Dibuja usted muy bien, inspectora.

—Gracias, pero no es mío. Toma, esta es mi tarjeta. Si recuerdas algo que creas que debo saber, llámame.

—Vale, voy a seguir currando, que mi paciente debe estar ya frito.

Sara se marchó de allí a toda prisa y preguntó en Información dónde estaba la sección de personal para pedir la dirección de Quique. Cuando por fin la encontró, tras dar varias vueltas, le explicó a la mujer que la atendió por qué necesitaba aquella dirección.

—Lo siento, no podemos facilitarle esa información.

—Disculpe, creo que no ha entendido la importancia del motivo por el que necesito que me dé esa dirección.

—Lo entiendo perfectamente, inspectora, pero no tiene una orden judicial y, por lo tanto, no se la puedo dar.

—Mire —dijo Sara comenzando a perder la paciencia—, le voy a explicar una cosa.

Ese hombre es muy posible que esté implicado en varios asesinatos.

La mujer no hizo ningún ademán de que aquella información la alterase lo más mínimo.

—No le importa, ¿verdad? —preguntó a la encargada.

—No es que no me importe, es que llevo demasiados años aquí como para hacer algo que no tengo que hacer, me lo pida quien me lo pida.

Sara observó a aquella mujer. Tenía la cara en forma de corazón, con la frente totalmente despejada. El pelo nacía muy atrás. De repente, a Sara le pareció estar contemplando a una cobra.

—De acuerdo —respondió la inspectora—. ¿Es usted la directora de este departamento?

—La subdirectora —explicó ella sin dejar traslucir ninguna emoción.

—Perfecto. Entonces… hay alguien que le da órdenes a usted, ¿no?

—Sí.

—Pues avísele, porque con usted no tengo nada más que hablar.

—No puede recibirla, está en un congreso en Barcelona.

—Vaya… ¿y hay alguien más por encima de su jefe?

—Sí, el director médico.

—¿Y no estará por casualidad en el mismo congreso?

—No.

—¡Ah! ¡Menos mal! ¿Entonces sería tan amable de acompañarme a ver al director médico? ¿Cree usted que podrá recibirme?

—No tengo ni idea. No pertenece a este departamento.

Sara apretaba los dientes tan fuerte que pensaba que se le acabarían rompiendo.

Entonces, sacó su teléfono móvil.

—Leandro… por favor, consígueme una orden judicial para que me faciliten una dirección. La de Enrique Salas, ya sabes, el asesino en serie.

—Supuesto asesino, Sara.

—Ya… Y de paso cursa una denuncia para… Perdón… ¿cómo dijo usted que se llamaba?

—María del Pilar Orellana Fuentes —contestó la mujer con la cara de serpiente.

—¿Has oído? ¿Leandro?

—Pues no… repíteme el nombre.

—Eso es, Orellana. De paso, dile al comisario que esta mujer está obstruyendo una investigación de asesinato y que no me facilita los datos que le pido a sabiendas de que su jefe no está aquí para que podamos agilizar un poco los trámites.

—Sara… el comisario ahora mismo no estará en el despacho y, además, no he oído bien el nombre de la mujer…

—Ya… entonces… ¿Te encargas tú?

—¿Que me encargue de qué? —preguntó Leandro, quien comenzaba a no entender absolutamente nada.

—Gracias, Leandro. Y recuerda, es urgente.

—Sara, supongo que estás intentando hacer creer a alguien que todo eso lo puedo hacer ahora…

—Gracias, te debo una —contestó ella dejando al inspector perplejo ante la extraña conversación que acababan de mantener.

Sara miró a la mujer, quien, por fin, había cambiado la expresión de su cara. Menos mal, comenzaba a pensar que estaba delante de un robot.

—De acuerdo —respondió ella—, pero si tengo el más mínimo problema por esto, iré a por usted, diré que me ha extorsionado.

—Me parece perfecto ya que, como veo, le importa a usted muy poco evitar un asesinato.

—Oiga, no le consiento…

—Me importa muy poco lo que usted me consienta —respondió Sara visiblemente enfadada—. Me ha hecho usted perder un tiempo precioso y, por supuesto, la orden llegará y la denuncia también. Y recuerde: solo yo puedo quitárselas.

—Aquí tiene —cedió ella—. Y si no tiene usted nada más que decirme, le agradecería que me dejase seguir con mi trabajo. Mi tiempo es tan valioso como el suyo.

Sara cogió el papel con la dirección del fisioterapeuta y ni siquiera se molestó en contestar. Salió de allí intentando olvidar lo antes posible aquella conversación.

Volvió a bajar por donde había subido ya que había quedado con los agentes que la llevarían a casa de la vidente en la puerta de salida de rehabilitación y no quería meterse por otro pasillo que la alejara en aquel laberinto. Lo de Víctor podía esperar, no quería perder más tiempo. Casi en la salida vio a un joven que se parecía mucho al que

estaban buscando. Él se acercaba a unas escaleras mirando de un lado a otro como si pensara que lo vigilaban. Decidió seguir al joven no sin antes tener la precaución de dejarle un mensaje de voz a Leandro para que supiera dónde estaba. Su móvil se quedó sin cobertura ya en las escaleras, por lo que no pudo recibir la llamada del joven fisioterapeuta con el que acababa de hablar, que le advertía de que su compañero acababa de estar allí.

Bajó dos pisos, ahora se encontraban en el segundo sótano. El chico entró en una sala de máquinas y ella siguió sus pasos mientras sacaba el arma; comenzaba a pensar que era una trampa, que él la estaba llevando por donde quería, pero no la pillaría desprevenida. En la sala había varias puertas, empezaba a ponerse feo. Antes de decidir por qué puerta tenía que seguir, notó un pinchazo en el cuello y una presencia a su espalda. Ni siquiera le dio tiempo a disparar. La droga que le acababan de inyectar hacía efecto muy rápido. Pudo ver dos ojos grises que la miraban fijamente. Parecían encendidos de alguna manera que no conseguía explicarse. Después, la oscuridad se apoderó de ella y se dejó llevar.

Sé vigilante, y afirma las otras cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti…

Libro del Apocalipsis 3 2,3

Cuando Gabriel abrió el maletero del coche, miró hacia la mujer que yacía dentro.

Estaba encogida y seguía totalmente inconsciente. Tiró de ella hacia fuera y le rompió la camisa al engancharla con el cierre del maletero, que se incrustó en su piel provocándole un profundo corte. La mujer cayó sobre un plástico que había dispuesto en el suelo con un ruido sordo, ni siquiera eso la despertó. La arrastró por un estrecho pasillo y bajó varios escalones mientras tiraba de ella, golpeando su cabeza contra cada escalón. Después pasó un pasillo largo y totalmente iluminado tirando de los brazos de la mujer con fuerza.

Se paró ante una puerta de chapa totalmente oxidada. Abrió con una pequeña llave que sacó del bolsillo izquierdo de su pantalón y, tras un horrible chirrido, pudo ver el contenido de la estancia.

David permanecía en un rincón de la habitación totalmente encogido, como esperando que, estando en esa posición, aquel hombre no lo viese. Gabriel empujó a la mujer dentro de aquel pequeño cubículo. David comprobó aterrorizado que era la inspectora Benítez quien estaba a su lado. Por un lado, se horrorizó al pensar que, si había secuestrado también a la persona que tenía que sacarle de aquella celda, las esperanzas de salir disminuían considerablemente. Por otra parte, el que Sara estuviera allí, haría que la policía los buscara con más ahínco.

La puerta seguía abierta, David no se atrevía ni a respirar. No había oído cerrarse la del final del pasillo, con lo cual el hombre al que aún no había podido ver con claridad seguía por allí. Una sombra se acercó de repente y David se encogió todavía más.

Vio el filo de un cuchillo brillar a la luz de la potente bombilla del pasillo e, instintivamente, metió sus manos entre las piernas

protegiendo como podía el resto de los dedos. Al hacerlo un intenso calambre recorrió su mano derecha hasta el codo, que le habría hecho gritar de no sentir tanto terror. Cuando se atrevió a mirar, el hombre se marchaba de allí con el cuchillo a un lado de su cuerpo goteando sangre. Se miró las manos y entonces se dio cuenta de que esta vez no era él quien había corrido semejante suerte.

La mano de Sara sangraba sin control; esta vez ni siquiera se había preocupado de vendársela, aunque le había dejado a un lado vendas, un antiséptico y esparadrapo. A David le daba náuseas el olor de la sangre, pero se recompuso como pudo y se dispuso a curar a la mujer. Esperaba (sin mucha fe) que pronto les sacasen de aquella macabra celda.

Mientras, Gabriel colocaba el dedo de Sara en otra caja exactamente igual que la que había usado para David. Lo enviaría por otra empresa esta vez, para despistarlos un poco más. Cogió un papel y un bolígrafo para enviarles otra nota. Eran tan estúpidos que ni siquiera así habían podido cogerle, aunque se acercaban.

Todo el que ose poner en tela de juicio la obra de Dios merece ser castigado. Las brujas deben morir, no hay sitio para ellas en el Paraíso de la Tierra. Los que ayuden a las brujas serán

castigados por la espada de Dios. Yo soy su hijo, su siervo, su profeta en la Tierra. Me sentaré a su lado cuando termine su obra y nadie podrá hacerme frente porque he sido elegido por Él, porque estoy ungido con su gracia, porque soy el Hijo de Dios…

Gabriel

Leyó varias veces la nota para ver si el resultado era el esperado. Sí, por fin les quedaría claro el mensaje de su Padre, esta vez los estaría esperando.

Mientras, en la pequeña celda, Sara chillaba de dolor, pero sus gritos se perdían en el laberinto de pasillos que rodeaban aquella pequeña estancia.

Capítulo 24: El cerrajero

Leandro llegó a casa de Miriam con el arma en la mano. Los agentes que se ocupaban de la seguridad de Miriam permanecían en el rellano y mantenían a un hombre de unos 35 años tumbado en el suelo boca abajo mientras le esposaban. Una caja de herramientas se encontraba a un lado.

—¿Quién coño es usted? —preguntó al hombre.

—¡Yo no he hecho nada! —gritaba él sin parar.

—¡Soltadlo! ¡No es el sospechoso! —exclamó dirigiéndose a los dos policías.

—Señor, estaba intentando abrir la puerta con esto —contestó uno de los agentes enseñándole un pequeño destornillador.

—Ahora nos explicará el porqué. No es el sospechoso, no coincide en absoluto con la descripción que tenemos. ¿Me puede decir quién coño es usted y qué hacía abriendo esta puerta?

—Joder —contestó él mientras se frotaba las manos y el cuello—, me llamó un hombre para que la abriera. Soy cerrajero, me dijo que se había dejado las llaves dentro.

Quedé con él a la vuelta de la esquina y cuando llegué me pidió que fuera subiendo, me explicó que tenía el coche mal aparcado y que venía en un minuto. Después me anotó qué puerta era y yo empecé con el trabajo, nada más.

—¿Y no lo esperó para abrir?

—Tanteaba la cerradura hasta que viniera. Él se había acercado al coche, lo tenía en doble fila.

—¿Me puede describir al hombre que le llamó?

—Claro, era alto, delgado, bastante joven, tenía los ojos grises…

—Tomadle declaración y que se vaya— dijo entonces el inspector

dirigiéndose a los dos policías—. Lo siento mucho, señor, ha sido una confusión.

—¿Y ya está? ¿Ha sido una confusión? Lo siento, esto no va a quedar así.

—Haga usted lo que le parezca oportuno, señor. Estamos en una investigación de asesinato y era más urgente proceder, aunque a usted no le parezca apropiado, que esperar y después seguir el caso en el Anatómico Forense.

—¿Asesinato? ¿Entonces… el hombre que me llamó es un asesino?

—Es muy probable —contestó el inspector mientras llamaba al timbre de Miriam.

—Joder… —contestó el cerrajero—. ¡Joder! ¡Joder!

En ese momento Leandro notó un leve crujido al otro lado de la puerta.

—Miriam, soy Leandro, abra, por favor.

Al otro lado se oyeron varios cerrojos y cadenas. Miriam apareció en el quicio de la puerta totalmente aterrorizada. Parecía haber envejecido varios años en las últimas semanas. Había llorado, sus ojos se veían hinchados y enrojecidos.

—No era él, Miriam, era un cerrajero al que él había contratado para abrir la puerta.

—Entonces estará cerca, ¿no?

—No creo, y menos estando yo aquí… ¡mierda! —añadió de repente mientras se daba con la mano en la cabeza y sacaba el móvil a toda prisa—. ¡Cómo he sido tan gilipollas! ¡Que hijo de puta! ¡Lo que quería era separarnos a Sara y a mí!

—¿Cómo? —preguntó Miriam sin entender nada; era evidente que se había perdido algo importante.

—Venga… Sara, cógelo —decía nervioso el inspector mientras marcaba el teléfono de su compañera, que aparecía fuera de cobertura.

Volvió a intentarlo de nuevo mientras el terror comenzaba a apoderarse de él.

Entonces se percató de que tenía un mensaje en el móvil y se dispuso a escucharlo. En él se oía a Sara explicándole que iba tras el posible sospechoso por unas escaleras que daban a un sótano del hospital. Maldijo hacia sí mismo por no haber escuchado antes el mensaje. La tenía él.

—Miriam, necesito que haga dos cosas. Primero que se vuelva a encerrar como antes.

En cuanto pueda le mando una patrulla para acá. Y la otra es…

Leandro no sabía si se había vuelto loco o qué, lo que estaba a punto de pedirle iba en contra de sus propias creencias. Miró a la vidente a los ojos, después decidió que cualquier cosa podía ser de ayuda por muy dispar que pareciese.

—Miriam, necesito que haga una tirada del tarot a mi compañera. Creo que la tiene el asesino, al igual que a David, el novio de la chica que se suicidó, la que venía a su consulta.

—¿El novio de Marta? ¿Por qué cree eso?

—Porque el asesino está enamorado de una joven y va quitando del medio a todo el que se pone por delante.

—¿Y a nosotras? Quiero decir… ¿a las médiums? ¿Qué tiene en nuestra contra?

—Me temo que se trata es un odio exacerbado hacia vuestra profesión, lo de la chica es circunstancial.

—¿Y eso por qué? ¿Habrá tenido una mala experiencia con alguna…?

—Debe ser algo más, es algo enfermizo —añadió mientras volvía a escuchar el mensaje de Sara.

—Dios mío. Ahora mismo me pongo a ello.

—Gracias, Miriam —se despidió Leandro mientras salía del piso sintiéndose el policía más estúpido de todo Madrid.

Se encaminó a la comisaría a toda prisa y fue directo al despacho del comisario para explicarle lo que acababa de pasar. El caso se les estaba yendo de las manos y el asesino parecía ir siempre con mucha ventaja. No podía permitir que volviese a matar y mucho menos a su compañera. Un escalofrío le recorrió la espalda; Leandro se obligó a

respirar.

—¿Y está usted seguro de que la ha secuestrado, Gómez? —preguntó el comisario visiblemente preocupado.

—El móvil está fuera de cobertura; Sara no aparece ni llama, no es propio de ella.

—No, no lo es. Aun así, creo que no deberíamos ponernos nerviosos. Sara es una de las policías mejor preparadas que conozco, seguro que no está en peligro —contestó el comisario.

Quince minutos más tarde, Leandro había puesto a su jefe al día y se disponía a volver a su despacho para repasar todo en busca de cómo proseguir. Cuando salía se topó con un policía que iba con una caja al despacho del comisario. El agente corría y la caja era similar a la que había usado el asesino para enviarles el dedo de David.

Leandro volvió a entrar sin separar la mirada de la caja. Se colocó unos guantes bajo la atenta mirada de su superior y la abrió rápidamente para ver el contenido. Se trataba de otro dedo, esta vez de mujer. Leandro pudo distinguir, totalmente aterrorizado, la uña mordida del dedo de su compañera. El comisario sacó la nota y se dirigió al inspector.

—Encuéntrela, Gómez. Utilice todos los efectivos que precise.

—Sí, señor, lo haré. Es… es de Sara, ¿verdad? —preguntó con miedo, sabiendo perfectamente la respuesta, a la vez que señalaba el dedo que les acababa de llegar.

—Eso parece —contestó su jefe intentando permanecer tranquilo sin demasiado éxito.

—Mierda —contestó Leandro mientras volvía a su despacho.

Tras recoger todo el material, apuntó en una libreta lo que debía hacer. Convocó una reunión urgente con todos los agentes que pudo conseguir y les explicó que la inspectora Benítez, con toda probabilidad, había sido secuestrada por el asesino al que buscaban, el que había acabado con la vida de las tres videntes. Hubo un revuelo general, siempre ocurría cuando implicaba a un policía como víctima, así que el inspector Gómez, tras intentar apaciguar un poco los ánimos, organizó una labor de búsqueda que incluía el Clínico, el domicilio de Enrique Salas y la casa de Diana. Él se encaminó a esta última con la esperanza de conocer un poco más al fisioterapeuta de la

chica. Era preciso que lo encontraran cuanto antes, pese a lo complicado que se presentaba el caso.

Diana salía de la ducha con el pelo empapado cayendo por su espalda. Cada vez le costaba menos hacer aquel pequeño esfuerzo y una sonrisa de satisfacción asomó a su rostro. Se echó una crema hidratante y se cepilló el cabello para secárselo a continuación. Se obligó a mirar al espejo, donde sus piernas le devolvían el reflejo apareciendo torcidas y llenas de cicatrices. Cada día hacía ese ejercicio y cada día le sentaba mejor. Comenzaba a aceptar esa parte de su cuerpo, que era lo que más le había costado desde el día del accidente.

Cuando estuvo vestida y peinada salió de su cuarto y se fue a la cocina, donde su madre terminaba de cocinar y estaba cogiendo el mantel para poner la mesa.

—Ya lo hago yo, mamá. Empiezo a manejarme con una sola muleta, ¿ves?

—¿Una? Hija, cuánto me alegro. ¿Te das cuenta de lo que has avanzado en estas semanas?

—Sí, menos mal que decidí dejar de compadecerme de una vez. Soy una cabezota,

¿eh? —dijo abrazándose a su madre, a la que le cayó una pequeña lágrima.

—Sí, sí que lo eres y eso es precisamente lo que te está ayudando ahora mismo.

—Es verdad, puede que tengas razón.

El timbre de la puerta sonó insistente y Elena se apresuró a abrir no sin antes mirar por la mirilla. El inspector Gómez aguardaba al otro lado y se le veía sudoroso y agitado.

—Siento irrumpir así, es que es urgente.

—¿Qué ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo a Víctor?

—No, no, Víctor está bien —dijo mientras entraba sin esperar a que le invitasen a pasar—. El problema es que David ha desaparecido…

—Ya… eso ya nos lo habían advertido… ¿es que ha hecho algo? —preguntó Elena abrazando a su hija contra sí en un gesto reflejo.

—No, no precisamente… ¿puedo sentarme y les cuento?

—Claro, perdón, pase al salón. ¿Puedo ofrecerle algo de comer o de beber? ¿Un café, un

refresco?

—Sí, por favor, un café y un vaso de agua, está siendo un día muy intenso.

Cuando Elena volvió al salón y el inspector dio un buen sorbo a su café tras tomarse el vaso de agua de un trago, pasó a relatarles los últimos acontecimientos.

—Verán… David ha sido secuestrado. Nos falta una pequeña comprobación, pero estamos casi seguros.

—¡Dios mío! —exclamó Diana—. Entonces eso quiere decir…

—Sí, que él es una víctima también.

—¿Una víctima de qué? —preguntó la madre de Diana mientras se le aceleraba el corazón.

Leandro sopesaba las posibilidades, no debía hablar del caso con nadie, era consciente. Sin embargo, si quería saber todo lo posible sobre el fisioterapeuta, cuanto más supiera Diana del caso que llevaban, más podría ayudar.

—Bien, les resumiré como pueda la investigación. Se trata de un caso de asesinato.

Elena sofocó un pequeño grito y cogió la mano de su hija en un acto reflejo. La apretaba con fuerza; ella no se movía.

—La persona que tiene secuestrado a David, y, por cierto, ahora también a mi compañera, la inspectora Benítez, es quien presuntamente ha asesinado a tres mujeres que se dedicaban a la videncia.

—¿Quiere decir de las que leen la mano o echan las cartas?

—Exacto.

—Lo siento… no lo entiendo, inspector… ¿qué tiene que ver con Diana?

—Nos ha costado bastante ver la conexión; ahora la tenemos. Estamos casi seguros de que el asesino se ha enamorado de su hija.

—¡¿Qué?! ¡Dios mío! ¡Eso es imposible! ¿Y cómo han llegado a esa conclusión? ¿Y

saben de quién se trata? ¿Es alguien a quien conozcamos?

—Es Enrique, su fisioterapeuta.

Diana sintió un repentino mareo. Había estado en manos de un asesino todos los días desde que había salido del hospital tras su accidente, y jamás se había dado cuenta de nada. Cada vez que Quique tocaba sus piernas para darles un masaje; cada vez que se quedaba a solas con él; cada vez que ella le contaba algo de Víctor… De repente, tuvo náuseas, a punto estuvo de no poder controlarlas. Cuando logró recuperarse un poco, preguntó al inspector con voz entrecortada.

—¿Es… el responsable de lo de Víctor?

—Creemos que sí. Y también creemos que está implicado de alguna manera en la muerte de la novia de David, Marta.

—¿Y de qué la conocía?

—Recientemente nos enteramos de que también era su fisioterapeuta.

—¿Tiene usted alguna foto de Marta? —preguntó la joven al inspector.

—Sí, las tengo todas metidas en el móvil —dijo mientras buscaba la foto que le iba a enseñar a la chica—. Es esta, ¿la conocías?

—Sí, coincidí con ella un par de veces en la rehabilitación, pero no hablamos. Se la veía siempre triste y no se acercaba a nadie. Y para ser justos, yo tampoco. Además, no sabía que esta chica era la novia de David. Si lo hubiera sabido, habría hablado con ella alguna vez.

—¿Y dice que Quique ha matado a tres mujeres? —preguntó Elena casi en estado de shock—. Y ¿qué tienen en común esas videntes con esta chica o con Víctor?

—No tienen nada en común. Hemos llegado a la conclusión de que odia al colectivo de videntes o médiums, es algo patológico, aún desconocemos a causa. Creo que el desencadenante se produjo cuando

Marta acudió a la consulta de una de ellas. Debió contarle algo a Quique durante las sesiones de fisioterapia— les explicó él.

—¿Y qué necesita de mí? —añadió Diana entonces. Comenzaba a entender el razonamiento que había llevado al inspector a hablar con ella.

—Necesito conocer a Enrique. Tú llevas un año pasando una o dos horas diarias con él. Háblame de él, cualquier cosa que se te ocurra: sus hábitos, hobbies, gustos… lo que sea.

—Es que Quique no habla casi nada —respondió la joven un tanto angustiada. Si lo pensaba bien, Quique siempre le había parecido un hombre extraño, encerrado en sí mismo, del que no sabía absolutamente nada.

—Intenta recordar, Diana…

—No sé, es un hombre muy tímido, le da vergüenza que le pille mirándome o algo así; sé que sus padres murieron en un incendio hace años y que se crió con una tía suya.

A veces, cuando alguien blasfema, se enfada y dice que no sabemos lo que decimos, que si lo supiésemos nos cuidaríamos de no decir esas burradas.

—Muy bien, Diana, ¿algo más?

—Bueno, un día me dijo que cuando está muy abrumado va a ver a un amigo suyo y le cuenta sus preocupaciones, que es el mejor amigo que se puede tener y que encima jamás puede contarle los secretos a nadie más porque tiene hecha una promesa.

—¿Un sacerdote, quizá? —preguntó el inspector.

—No tengo ni idea —contestó Diana.

—Espere un momento —intervino Elena—, una vez mi marido le acercó a una iglesia; me contó que le vio un poco nervioso y que le pidió que le llevara porque había perdido el autobús y era algo urgente, así que Mariano lo llevó. Aguarde un momento que lo llamo y le pregunto qué iglesia es.

—Gracias… Diana, ¿recuerdas algo que te dijese que te hiciera sentir incómoda?

—No… no sé… ¿han hablado con su compañero? Se llama Tino, se lo digo porque un día que no fui a rehabilitación llamó a casa para advertir a mi madre y él no es mi fisioterapeuta, me pareció bastante mal que lo hiciera.

—Sí —contestó el inspector—, hemos hablado con él y me da la impresión de que estaba preocupado por ti, nada más.

—Ya… —contestó Diana mientras intentaba recordar algo más—. ¡Vaya! Y yo que pensaba que el que tenía una actitud extraña era él…

—Esta es la iglesia a la que mi marido acercó a Quique aquel día, se lo he apuntado en este papel.

—Iglesia de San Cayetano… me suena —dijo él—. ¿No estará por casualidad cerca de la Glorieta de Embajadores?

—Sí, exacto a un par de manzanas—contestó Elena..

—Muy bien, entonces me voy para allá, a ver qué más puedo averiguar. Muchas gracias a las dos, han sido de mucha ayuda.

—Manténganos informadas, por favor.

—Por supuesto, lo haré, y, Diana, si piensas salir de casa, por favor, hazlo acompañada. De todos modos intentaré mandar una patrulla para acá.

—¿Cree que es necesario, inspector? Lo digo porque no es a mí a quien quiere quitar de la circulación, ¿no?

—Puede que tengas razón, por si acaso, yo me quedaría más tranquilo.

—Como usted diga. Inspector…

—¿Sí?

—No se preocupe por su compañera, seguro que está bien. Tiene pinta de saber cuidarse sola.

—Sí, claro —contestó Leandro de manera muy poco convincente al pensar en el dedo de Sara.

Salió a la calle totalmente desorientado, no sabía por donde empezar. Iría en primer lugar a San Cayetano a hablar con el párroco; estaba seguro de que no le serviría nada más que para corroborar si el fisioterapeuta era más o menos devoto. Pensándolo mejor eso le

podría ayudar a determinar el irracional odio que sentía por el mundo esotérico, así que cogió el coche patrulla y se integró en el denso tráfico del mediodía madrileño.

El párroco resultó ser un hombre delgado como una hoja, de nariz recta y afilada, ojos penetrantes y escrutadores. Olía a cuerpo viejo, antiguo, gastado, mezclado con el aroma de las velas y el incienso. El inspector no supo determinar si el olor provenía de aquel hombre bien entrado en años o de la iglesia misma. Leandro se apresuró a enseñarle la fotografía que tenía de Enrique y percibió cómo el párroco apretaba las mandíbulas y se frotaba las manos en un gesto nervioso.

—Sí, lo conozco, por supuesto —le dijo al policía—. Es Gabriel, uno de nuestros mejores feligreses.

—Gabriel… —musitó Leandro más para sí mismo que para el párroco. Al pronunciar el nombre, con una simple palabra acababa de ponerle nombre al asesino, confirmando así que el autor de todas esas notas enviadas era el fisioterapeuta que andaban buscando—. Necesito hacerle unas preguntas sobre él. ¿Lo conoce usted bien?

—Sí, claro, lleva varios años acudiendo a nuestra parroquia, ¿por qué?

Leandro sopesó qué información podía darle a aquel sacerdote. Dado que la investigación se hallaba bastante avanzada y que dos personas permanecían secuestradas y una de ellas era su compañera, decidió arriesgarse a contarle la verdad.

—Es sospechoso de varios delitos.

—¿Gabriel, sospechoso? No es posible. ¿A qué delitos se refiere?

—Está implicado, supuestamente —al decir aquella palabra la imagen de su compañera acudió a su mente provocando que su corazón se contrajera de pronto—, en cuatro asesinatos, dos secuestros y un intento de homicidio.

—¿Cómo? Debe estar equivocado, inspector. No creo que Gabriel sea capaz de algo así.

—Siento contradecirle porque así es.

—Dios mío, entonces… —dijo sentándose despacio—, estoy un poco mareado, discúlpeme.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó el policía—. Creo que ese repentino mareo no se debe precisamente al cansancio, sino a la impresión de algo que acaba de recordar.

—No puedo contarle nada, lo siento, todo lo que me ha contado Gabriel ha sido durante la confesión.

—¡No me venga con ésas, padre! ¡Este hombre es un asesino! ¿Me ha oído bien?

¡ASESINO! Y tiene a dos personas secuestradas, ¿quiere que caiga sobre su conciencia?

—No puedo, entiéndalo, no puedo —respondió el sacerdote muy alterado. Una fina capa de sudor cubría su rostro y pasaba constantemente los dedos por debajo del alzacuellos como para liberar la presión que ejercía en su garganta.

—Para empezar, ni siquiera se llama Gabriel, sino Enrique Salas.

—No lo sabía, aquí se presentó como Gabriel. Nunca tuvimos motivos para desconfiar de él.

—¿Y sabe usted qué profesión tiene?

—Ni idea, es muy celoso de su vida privada —contestó el sacerdote muy nervioso.

—Una cosa sí podrá decirme, ¿es muy devoto? ¿Algo fanático de la religión quizá?

—Sí, bastante, yo a veces le sigo la corriente porque me resulta algo exagerado.

—¿Cómo que le sigue la corriente? ¿A qué se refiere?

—Bueno, me dice cosas como que es el Elegido, que las brujas no deberían existir…

cosas así.

—Ya, pues sepa que lo lleva todo hasta el límite. Cuando dice que las brujas no deben existir, quiere decir que él va a matar a todas las que pueda. Para él las brujas son las mujeres que se dedican al mundo de la videncia, de lo esotérico. Ha matado a tres mujeres jóvenes y de una manera brutal. Y también ha asesinado al periodista que sacó la noticia en el periódico tras proporcionársela él, claro.

—Dios mío, me cuesta tanto creerlo… A mí siempre me ha parecido un buen chico.

—Menos mal —contestó Leandro ofendido.

—De todos modos, lo siento, inspector, no puedo contarle nada de lo que me haya dicho durante la confesión.

—Ya veo… está bien, buscaré otra manera. Que le quede claro que usted será el responsable moral de lo que pase a partir de ahora.

—No lo entiende, es algo que no puedo hacer —respondió el hombre mientras las lágrimas bajaban por sus mejillas sin molestarse en quitarlas.

—Entenderlo lo entiendo; no me pida que esté de acuerdo —sentenció Leandro mientras se daba la vuelta para marcharse—. Si algo le pasa a mi compañera, encontraré la manera de que me diga usted todo, aunque tenga que quitarle yo mismo los votos.

Dejó al sacerdote llorando en la soledad de los bancos de la iglesia. Casi le daba pena.

Por culpa de algo en lo que creía tan fervientemente se obligaba a no hacer lo que de verdad sabía que debía realizar.

Cuando estuvo en la calle comprobó nuevamente el móvil y llamó a Sara, quien, tal como suponía, permanecía con el móvil apagado. Se quedó mirando hacia ninguna

parte intentando meter prisa a su cerebro para que discurriese a mayor velocidad.

Entonces llamó a Miriam para preguntarle sobre la consulta que le había pedido que hiciera. Llevaba semanas echando mano de los conocimientos de Miriam cada vez que podía, por mucho que le costara admitirlo, así que marcó su número y llamó.

—Miriam… soy Leandro, ¿todo en orden?

—Sí, tranquilo, estaba meditando un poco.

—¿Ha buscado a mi compañera?. Necesito que intente visualizar algo sobre ella. Está secuestrada por el asesino y no tengo ni una pista de dónde puede estar ni de cómo está.

—Aun no… Intentaba relajarme un poco para ponerme con ello. No

puedo realizar una tirada si no tengo mi mente despierta.

—Ya sé que es raro que yo le pida estas cosas, es que…

—Ya, no me diga más, le entiendo perfectamente. Le llamo más tarde.

—Gracias, Miriam.

Miriam preparó todo lo necesario para hacer la tirada que le había pedido el inspector. A la legua se notaba que se lo había pedido porque estaba desesperado; a ella no le importaba. De sobra sabía que Leandro creía en su don mucho más de lo que jamás admitiría y con eso le bastaba.

Se lavó las manos a conciencia, se las secó, preparó la mesa que usaba normalmente en sus rituales y colocó un tapete bordado a mano que le había regalado su amiga Soraya. Varias lágrimas inundaron sus ojos al recordar a su amiga. Se obligó a pensar en los recuerdos felices que guardaba junto a ella, que eran muchos, para poder desviarse lo suficiente de la energía negativa que pugnaba por instalarse en su mente. Cuando consiguió controlar sus emociones sacó la baraja de su abuela, la puso contra su pecho y dijo en voz alta una oración. A continuación, empleó todas sus fuerzas en pensar en la inspectora y, sin quitar la imagen de Sara de sus retinas, comenzó a barajar las cartas.

Después las puso a un lado y con la mano izquierda cortó la baraja y se dispuso a colocar las cartas una a una encima del tapete.

Nada más empezar, su cara se contrajo en un gesto de pena. Primero había colocado la figura que simbolizaba a una mujer fuerte, decidida, estaba segura de que era la inspectora, para a continuación colocar la carta de la muerte. El arcano número 13

apareció invertido a su lado. Miriam no tenía la menor duda de lo que aquello significaba, Sara iba a morir. Siguió con la tirada por si alguna de las cartas le advertía de algún cambio en lo que acababa de ver. La siguiente en salir simbolizaba a un hombre joven, herido, muy probablemente David. Cuando tuvo todas las cartas encima del tapete, las miró desde su posición intentando hacerse una composición general.

Luego las analizó una por una. Cerró los ojos e invocó a los arcanos para que la ayudaran en aquella lectura, que le estaba resultando especialmente difícil. Cuando abrió los ojos, el futuro que veía en las cartas se mostraba bastante claro. El asesino mataría a la mujer y

después al hombre. Una figura masculina que aparecía un poco más abajo le hacía dudar. Varias cartas de espadas le avisaban de que la lucha sería feroz, pudiera ser alguien que consiguiera frustrar los planes del asesino. Aun así era difícil que llegase a tiempo. Aparecía otra mujer en medio de la lucha; no tenía ni idea de quién podía ser.

El timbre de la puerta sonó, Miriam no se movió, casi dejó incluso de respirar. En ese mismo instante sonó su móvil que estaba muy cerca. Comprobó que era el inspector quien llamaba y contesto intentando hablar lo más bajo de lo que fue capaz.

—Leandro… ¿es usted? Alguien está llamando a mi puerta.

—Soy yo, Miriam, después me he dado cuenta de que no me abriría, por eso la llamo.

Ábrame, por favor.

Miriam se apresuró a abrir la puerta. Era la única persona en la que confiaba desde que todo aquello había comenzado.

—¡Leandro! —exclamó ella—. Estaba realizando la tirada de tarot para Sara, como usted me pidió.

—Perfecto. Yo le he traído esto por si le hace falta —contestó Leandro mientras sacaba la foto de Sara de su cartera.

—No creo que sea necesario —dijo ella aunque cogió la foto de las manos del policía.

Inmediatamente, una visión llegó a su mente. Sara yacía en el suelo, inconsciente. Un hombre joven permanecía a su lado llorando. Tenía la mano de Sara entre las suyas y

parecía estar vendándola. El también llevaba una venda en una de sus manos y de cuando en cuando un gesto de dolor cruzaba su cara.

De repente, alguien irrumpió en la habitación, que se llenó de luz. La cara aparecía oculta por las sombras, pero los ojos grises resaltaban como si emitieran destellos. La figura de aquel hombre penetró en el pequeño habitáculo y, tras empujar al joven hacia la pared, de una patada, cogió a Sara del pelo tirando de ella hacia el pasillo. La cara de la mujer se transformó, pasó del dolor a la rabia y, dando un grito, se defendió.

La visión se fue tan repentinamente como había llegado, al menos

Miriam había podido observar toda la escena.

—¿Qué le pasa, Miriam? ¿Está usted bien? Está muy pálida, siéntese —le pidió el inspector ofreciéndole una silla.

—Los he visto, Leandro, he visto dónde están.

—¿Qué? ¿A quién ha visto?

—A su compañera y al otro joven, están en una especie de sótano.

—Un sótano… descríbamelo.

—He podido ver a su compañera, está herida, creo que le falta un dedo. ¡Dios mío, sí!

¡Le ha cortado un dedo! Es horrible…

—¡Sí, es cierto! —contestó el inspector mientras un escalofrío le recorría la columna—

. Miriam, por favor… ¡haga algo! ¡Hay que encontrarlos!

Ella se sentó en la mesa donde había estado haciendo la tirada de tarot y se concentró todo lo que pudo. Pensó en una pequeña oración que normalmente le ayudaba a concentrarse y en la visión que acababa de tener.

—Veo un pasillo…

Leandro sacó a toda velocidad una pequeña libreta y un boli del bolsillo de su chaqueta y apuntó todo lo que la vidente comenzaba a recordar. Ella parecía haber

entrado en trance o algo por el estilo y hablaba tranquila, con los ojos cerrados, como si realmente se hubiera transportado al lugar que le empezaba a describir.

—Es un pasillo largo —siguió hablando Miriam—, de un edificio antiguo, sucio, descuidado. En el techo hay varias bombillas sin lámpara que no funcionan. Es frío y húmedo y se pueden oír los pequeños pasos de las ratas. Al principio del pasillo hay una puerta que chirría bastante, con un enorme candado, está un poco elevada del suelo, para llegar a ella hay que subir dos peldaños.

Hizo una pequeña pausa para concentrarse aún más. Leandro podía ver las minúsculas arrugas de su frente. Mientras tanto él seguía todo

el proceso con inquietud.

Su corazón parecía a punto de salírsele del pecho y el sudor corría por su cara en gruesas gotas. Tenía la camisa empapada y pegada al cuerpo. Pensó que probablemente olería fatal, en aquel momento aquello no le importaba lo más mínimo.

—A los lados del pasillo hay varias puertas. Parecen antiguos trasteros abandonados.

Las puertas son de madera en su mayoría… salvo dos, de hierro y bastante pesadas.

Una bombilla empieza a funcionar, la luz que sale de ella es muy potente e ilumina una de las puertas de hierro. El hombre de ojos grises acaba de encenderla y se dispone a abrir la puerta que tiene el número 11. Dentro hay dos personas, un hombre joven y una mujer. Son Sara, su compañera, y David, el novio de Marta, la chica que se tiró por la ventana y que acudía a mi consulta.

—¿Ve algo más, Miriam? Cualquier detalle puede ser importante, ya lo sabe.

—La luz que proviene del pasillo les ciega los ojos. El hombre de ojos grises se quita de en medio a David de una patada y coge del pelo a Sara para sacarla de allí, la arrastra.

—¡Hijo de puta! ¡La va a matar! —exclamó Leandro aún más nervioso y con la rabia reflejada en su rostro.

—No he podido ver más, Leandro, lo siento. La visión se fue, lo que he podido ver en las cartas es que ella se resiste…

—¿Qué? ¿Las cartas? ¿Ha podido ver algo más en las cartas? ¡Dígame lo que sea, Miriam, me va a dar un ataque!

—En las cartas he podido observar que el hombre de ojos grises va a matarlos a los dos. Empezará por Sara, seguirá con David. Tienen una baza, es este hombre de aquí,

¿lo ve? Luchará con él, lo que no le puedo decir es si llegará a tiempo.

—¡Joder! Esto no puede estar pasando. Por favor, Miriam, intente concentrarse otra vez, por favor se lo pido. Necesito saber dónde buscar, por favor…

—Yo… yo… está bien, lo intentaré —dijo finalmente cerrando los ojos y volviendo a coger la foto de Sara.

—Gracias —musitó el policía como única respuesta. Notaba el corazón a punto de salírsele del pecho.

—El pasillo acaba en una escalera que baja. En la última puerta hay un pequeño cartel. ¡Veo las letras! Pone "Trastero n.º 19. José María Peláez".

—¡Sé dónde están! Sé dónde es, Miriam. La segunda víctima, Mabel, vivía allí. Dos agentes revisaron los sótanos, les llamaré para que acudan allí.

—Espero que lleguen a tiempo.

—Lo haremos, Miriam, y será gracias a usted. No olvidaré todo esto, se lo prometo.

—Lo sé —dijo ella mientras cerraba la puerta y volvía a poner los cerrojos; sentía una pena infinita.

Leandro se fue a toda velocidad mientras hablaba con la comisaría. Varias patrullas se encaminaron a la dirección que les acababa de proporcionar y entonces él llamó a Chema.

—¿Dígame? —preguntó una voz desconfiada al otro lado de la línea.

—Chema, ¿es usted?

—Claro, ¿con quién hablo?

—Soy el inspector Gómez, de homicidios. Estuve hace unas semanas en su casa con mi compañera por el asesinato de su vecina, Mabel.

—¡Ah, claro! Leandro, ya sé quién es usted. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Verá… iré al grano, necesito su ayuda. Tenemos motivos para pensar que el asesino de su vecina tiene a dos personas retenidas contra su voluntad y las pistas me llevan hacia su trastero.

—¿Cómo dice? ¿Mi trastero? Eso es imposible, hoy mismo estuve allí.

—¿Y no vio nada extraño?

—No… subo casi todas las semanas para que no se me acumule el polvo y a poner orden.

—Perdone… ¿ha dicho subo?

—Sí, tenemos los trasteros bajo el tejado. Antes estaban en los sótanos del edificio.

Tras varias inundaciones, el ayuntamiento nos habilitó trasteros en la última planta y nos prohibió expresamente bajar al segundo sótano. Yo perdí varias cosas valiosas durante aquellas trombas de agua.

—¿Y cuántos sótanos hay, Chema?

—Dos, mi trastero estaba en el segundo, que es el que no podemos usar.

—Ya… ¿y me podría decir el número de su trastero?

—Claro, cómo no, era el número 19. ¿No pensará que los tiene allí?

—La verdad es que ya no sé que pensar, voy hacia allá de todos modos. No salga de casa, por favor, en cuanto sepa algo más, yo mismo me pasaré a verle y le explicaré todo, se lo prometo.

—De acuerdo. Una cosa, inspector, y perdone mi atrevimiento. ¿Cómo es que me ha llamado usted y no su compañera para preguntarme esto? No me entienda mal, no es que me esté quejando, es que me resulta extraño cuando es ella la que siempre se pone en contacto conmigo.

Leandro se lo pensó unos segundos. Después decidió que no había nada malo en explicarle a aquel anciano cómo se encontraban las cosas.

—Es que Sara es una de las dos personas a las que el asesino tiene retenidas.

—Lo… siento, inspector, espero que esté en lo cierto y llegue a tiempo.

—Yo también, Chema, yo también.

El anciano colgó el teléfono con una sensación de desasosiego que hacía tiempo que no sentía. Una silenciosa lágrima surcó su ajado rostro, sorteando las numerosas arrugas hasta, finalmente, estrellarse contra el suelo.

Capítulo 25: El engaño

Leandro estacionó el coche en la puerta del piso de la calle Mesón de Paredes y se encaminó hacia los policías que ya se habían personado en el lugar. Lo esperaban para que les explicara cómo quería llevar a cabo la operación.

—Veamos —les explicó—. Creo que en este edificio hay varios sótanos. ¿Alguno de vosotros los inspeccionó cuando investigamos la muerte de aquella vidente?

—Yo, jefe, estuvimos la agente Ocaña y yo. Ella ahora está de permiso.

—Perfecto, ¿y recuerdas cómo son?

—Sí, eso creo. A ver… se trataba de dos sótanos. El segundo está inutilizado debido a varias inundaciones. Solo usan el primero. Tiene varias puertas, creo que diez por planta.

—Exacto… ¿recuerdas que las puertas fueran de madera o de hierro?

—En el primero son todas de madera, en el segundo creo recordar que hay dos o tres de hierro. ¿Cree que los ha retenido allí?

—Sí, creo que sí, en uno de los que tienen la puerta de hierro.

—¿Seguro?… Esos trasteros están inutilizados. La puerta que accede a ellos lleva un candado enorme y fue el portero quien nos abrió.

—Ya… me temo que no es el único que tiene la llave. En marcha.

Se dirigieron al sótano en grupo, sin perderse de vista unos a otros. Uno de los policías se dispuso a forzar el grueso candado que mantenía la pesada puerta en su

sitio. Al abrir, el inspector constató lo que él ya sabía por Miriam, que la puerta chirriaba estrepitosamente. Se dispuso a escuchar con atención lo que el sonido de la puerta podía haber provocado; no oyó absolutamente nada. Aquello no le hizo mucha gracia.

Con las linternas y las pistolas en la mano se dispusieron a acercarse a la puerta número 11, la que había visto Miriam en su visión. El policía que se encargaba de abrir los cerrojos, tardó menos de veinte segundos en forzar esa segunda puerta y, tras entrar con el arma en alto y gritando pudieron constatar que allí no había nadie. La sangre se secaba en pequeñas manchas; no había rastro de ningún rehén.

Uno de los policías que se habían acercado al lugar llamó la atención del inspector, que acudió de inmediato.

—¿Qué has encontrado?

—Esto parece haberlo pintado alguien recientemente, señor, puede que la inspectora Benítez, creo que está escrito con sangre.

Leandro apuntó con su linterna hacia donde le decía el joven policía. En la pared había unas letras y símbolos.

L ¡M!

Leandro miró varias veces sin comprender. Desde luego, estaba escrito con sangre y era fácil pensar que la inspectora había intentado dejarles una pista. Dado que la sangre se veía bastante fresca todo apuntaba a que hacía poco tiempo que se los había llevado.

Por más que lo miraba no tenía ni idea de lo que Sara quería decirles en aquel mensaje.

Su móvil sonó y contestó sin mirar.

—¿Inspector Gómez?

—Sí, ¿quién es?

—Soy Diana Loureiro, sé que no es buen momento, es que es importante. Me ha llamado Quique.

—¿Cómo? ¿Qué te ha dicho? ¿Dónde estás?

—Estoy en casa, inspector, no sé preocupe. Sé dónde está él. Verá me ha citado en mi antigua escuela de baile, “donde empezó todo”, me ha dicho. Sé que está cerrada porque hace un par de meses que se trasladaron a otro local mejor.

—Voy a pasar por tu casa y…

—No creo que tenga tiempo, los va a matar.

—¿Te lo ha dicho?

—Más o menos. He apuntado a toda prisa lo que me iba diciendo, no he podido anotar todo, pero sí la mayor parte. En realidad me ha dicho algo así como… *Mi pequeña… necesito verte. Nuestra unión está bendecida por Dios. Él te ha puesto en mi camino.*

solo un ángel puede estar con alguien como yo, con el Elegido”. Entonces yo le he preguntado para qué ha sido elegido, quería ganar tiempo y sonsacarle para ver si me daba alguna pista más.

—Muy bien, sigue.

—Y él me ha contestado: *Para acabar con ellas, con la plaga; el Demonio las envía y deben morir, yo lo conseguiré.* Después le he preguntado si estaba David con él y se ha enfadado mucho, a lo mejor no debería haberlo hecho, pero necesitaba saber si seguía con vida.

—No te preocupes, lo has hecho bien, Diana.

—Me ha contestado: *solo dos almas impuras se interponen entre nosotros y me encargaré de ellas de inmediato. Por fin vamos a ser libres tú y yo y ya nada se opondrá a nuestro amor tan puro…* Después ha colgado el teléfono.

—Dame la dirección de la escuela de baile y si te vuelve a llamar avísame de inmediato, ¿de acuerdo?

—Claro y lo siento, me hubiera gustado poder hablar más con él y persuadirle…

—Diana, ese hombre está enfermo, no habría escuchado ni una sola palabra más.

—Gracias.

Tras conseguir la dirección de la escuela de baile, reunió a todos los agentes. Volaron literalmente hacia allí. Tardaron menos de ocho minutos en llegar, pese al intenso tráfico de la tarde madrileña. Al llegar, comprobaron que la cerradura había sido forzada y, con el arma en la mano, se dispusieron a entrar.

—¿Enrique Salas? Le habla la policía, salga con las manos donde pueda verlas. No queremos hacerle daño.

Dentro se podía cortar el silencio. Abrieron la puerta de una patada y

se echaron a un lado. Tras mirar dentro y comprobar que nadie disparaba, procedieron a entrar con precaución pero con decisión, y se fueron posicionando de manera que pudieran visualizar hasta el más recóndito rincón del local.

David y Sara aguardaban en el centro de la sala, cada uno subido en una silla, con las manos atadas a la espalda y una gruesa soga alrededor de sus cuellos. Leandro se quedó momentáneamente paralizado. Aquello era muy extraño, tenía toda la pinta de ser una trampa, pero… ¿dónde estaba el asesino? Lentamente comenzaron a avanzar hacia las dos víctimas cuando, de repente, Sara subió la cabeza y, al verlos, una expresión de terror se instaló en su rostro, a la vez que intentaba decirles algo moviendo la cabeza hacia los lados. Leandro, instintivamente, ordenó a sus agentes que dejasen de avanzar. Aquello era muy extraño. Las persianas permanecían subidas hasta arriba, lo cual no era muy normal cuando se trataba de esconder a dos personas secuestradas.

Bien era cierto que las ventanas estaban muy altas y había que asomarse adrede para mirar, aun así…Y entonces lo entendió. Mandó al agente que permanecía más cerca de una de las ventanas que bajase la persiana hasta el final. De repente, decenas de líneas rojas cruzaron la estancia allí donde reinaba la oscuridad.

—¡Hijo de puta! ¡Es una trampa! —exclamó Leandro con rabia.

—Señor —dijo uno de los agentes—, esos dispositivos envían una red de sensores láser. Si tocamos cualquiera de ellos, las sillas caerán. Están conectadas por aquel aparato de allí, ¿lo ve? En el techo, al lado de aquella viga.

—Sí, joder. ¿Qué podemos hacer?

—Creo que incluso ha conectado un generador de emergencia, detrás de Sara.

Aunque cortemos la luz, los sensores seguirían funcionando.

—Ya… ¿entonces?

—Yo puedo llegar hasta aquel sensor de allí, señor, hago escalada en mi tiempo libre, necesitaré un equipo de emergencia, por si me caigo —le explicó uno de los agentes.

—¿Y si simplemente vamos corriendo hasta allí? Aunque caigan las sillas, llegaremos a tiempo de descolgarlos —preguntó Leandro casi

desesperado.

—Eso no creo que sea buena idea, señor —contestó una agente—. Vea sus cinturas, creo que son explosivos.

Leandro se quedó mirando hacia los gruesos cinturones que llevaban ambos, la agente tenía razón. En cuanto tocaran alguna de aquellas líneas rojas, todos saltarían por los aires. La única opción era la que le ofrecía aquel compañero: trepar.

Miró a Sara a los ojos, la inspectora permanecía con un gesto de desesperación, parecía querer decir algo, pero una cinta adhesiva cruzaba su boca. Leandro intentó adivinar qué mantenía tan nerviosa a su compañera, la conocía lo suficientemente bien para saber que algo se les escapaba. Pensó en los últimos acontecimientos, en qué podía estar omitiendo cuando, de pronto, recordó lo que Sara había escrito en aquel trastero con su propia sangre: "L ¡M!".

—¡Joder! ¡Miriam! ¿Es eso, Sara? ¿Ha montado esto para ir a por Miriam?

Sara afirmó con la cabeza, su semblante parecía relajarse un poco al comprobar que su compañero lo había averiguado.

—Sara, lo siento, tengo que ir.

Otra vez ella asentía con la cabeza indicándole que eso era exactamente lo que tenía que hacer. Leandro dejó al mando a uno de los policías y se llevó a varios agentes a casa de Miriam. No le hacía ni pizca de gracia abandonar a su compañera en aquellas circunstancias, pero ella lo entendía, estaba seguro.

Dejó el coche en la calle de Miriam como pudo y subió a pie hasta la casa de la médium mientras el corazón pugnaba por salir de su cuerpo. Su único pensamiento era llegar a tiempo, aunque algo en su interior le advertía que no sería así.

Nada más llegar al rellano, vio la puerta de Miriam abierta, lo que solo podía significar una cosa. Así que hizo lo que jamás debería hacer, pese a que un agente

intentó disuadirle de inmediato. Leandro se giró hacia él con el arma en la mano e hizo un elocuente gesto con el dedo en sus labios. Luego repasaría cada uno de sus movimientos y se daría cuenta de lo desesperado que estaba en aquel momento.

Un resplandor llegaba al pasillo desde la habitación de Miriam. Aquello no era natural. Leandro se encaminó hacia allá mirando hacia los lados. Era muy probable que el asesino siguiera allí. Los tres agentes que iban con él se encargaban de mirar en el resto de las habitaciones haciendo el menor ruido posible. Cuando llegó a la habitación de la vidente su mente se rebeló ante lo que sus retinas se empeñaban en enviar. Miriam permanecía sentada en un pequeño sillón. Tranquila, serena, sus ojos fijos en algún punto de la habitación: estaba muerta. Todo su cuerpo aparecía cubierto de sangre que había manado de un gran corte en el cuello. Sus manos y sus pies habían sido mutilados y su rostro aparecía tan bello como él podía recordarlo. Leandro se derrumbó abatido, le había fallado. Ella le había confiado su vida y él no había sido capaz de protegerla.

Del baño llegó una monótona voz, parecía que alguien rezaba. Enviando un gesto de silencio a sus compañeros, se encaminó hacia la puerta y la abrió de una patada. Gabriel ni se inmutó, siguió con sus plegarias sin mirarles siquiera a la cara: les esperaba. Un largo cuchillo descansaba a su lado completamente manchado de sangre. Sus ropas se veían salpicadas también, pero a él no parecía importarle.

—¿Enrique Salas? —preguntó él sabiendo que era lo que tenía que hacer, aunque en su mente se agolpaban miles de maneras de castigarlo.

—Me llamo Gabriel.

—Queda usted detenido por el asesinato de Miriam Lago, Raquel Linares, Isabel Pereda, Sonia Santana y Carlos Fraile. También por el intento de homicidio de Víctor Ferreras, la instigación al suicidio de Marta Soriano y el secuestro y mutilación de David Álvarez y Sara Benítez.

Gabriel le miró con pena. Se levantó lentamente y Leandro le tiró al suelo boca abajo para ponerle las esposas.

—Lo siento, inspector.

—¿Qué coño sientes? ¿Haberlas matado? ¿Haberlas torturado? ¿Ser un psicópata hijo de puta?

—No, inspector, lo que siento es que usted no pueda ver la gracia de Dios, que usted no pueda formar parte del Círculo Divino. Dios es el único que puede juzgar mis actos y ya lo ha hecho. Pronto ocuparé un sitio a su lado, al lado de mi Padre. He liberado las almas de las cuatro mujeres, Drusila, Jezabel, Salomé y Herodías. Gracias a mi obra la

humanidad podrá salvarse de las llamas del infierno. Pronto mis hermanos ocuparán la Tierra y podrán continuar con mi obra.

Leandro escuchaba atónito aquella explicación. Realmente el joven pensaba que era el Elegido de Dios y que había hecho lo correcto, incluso sintió pena. Se obligó a no hacerlo, la manera de acabar con aquellas mujeres no daba lugar a sentir lástima por él.

Su teléfono sonó y lo cogió al instante. Provenía de uno de los agentes que se habían quedado en la sala de baile para salvar a su compañera.

—¿Leandro?

—¡Sara! ¡Estás bien! Joder, cuánto lo siento. Este hijo de puta nos llevaba mucha ventaja.

—¿Está viva?

El silencio del inspector confirmó a Sara sus sospechas. No habían llegado a tiempo.

Una especie de pesada roca se instaló entonces en el pecho de la inspectora, nunca se acostumbraría a algo así, se sentía culpable. Esa mujer debería permanecer aún con vida y la culpa de que no fuese así no era más que de ella.

Epílogo

Sara

Sara llenaba la maleta despacio. Tras lo ocurrido, no se sentía con fuerzas para volver al trabajo. La herida dejada al cortarle el dedo curaba lentamente y sin mayores complicaciones. Quizá después de un tiempo se pensaría volver, ahora no podía ni siquiera pensarlo. La seguridad que siempre la había caracterizado se había esfumado por completo en aquel pequeño trastero. Se marcharía a casa de su hermana una temporada hasta sentirse un poco más fuerte. Lo del secuestro le había hecho sentirse vulnerable e intentaba cerrar ese capítulo lo más firmemente posible.

El timbre de la puerta sonó un par de veces y ella se acercó a abrir. Leandro apareció en el quicio de la puerta y la miró fijamente. Ella le hizo un gesto para que entrara; no le pasó desapercibida la mirada de su compañero a la mano herida.

—Pasa —dijo ella.

—¿Puedo hacer algo para que cambies de idea?

—Por ahora, no. No es definitivo, Leandro, he cogido una excedencia a ver si puedo poner mi vida en orden de nuevo. Además, supongo que tendré que buscar otro trabajo, este ya no podré volver a hacerlo.

—¿Cómo que no? Eres la mejor policía con la que he trabajado en toda mi vida. Eres muy buena, y lo sabes.

—Con la mano así, no —le explicó Sara mientras levantaba la mano derecha sin su dedo índice.

—Sara, eso no tiene por qué frenarte.

—Lo sé, pero ya nunca será igual. No puedo disparar, me darán de baja definitivamente, y con un poco de suerte me proporcionarán una pensión más o menos decente.

—No es cierto; mira, te he traído estos folletos. Hay unas prótesis que

te…

—Ahora no, Leandro, aún no. Más adelante quizá, aún no.

—Como quieras —dijo él volviendo a guardar los papeles en el bolsillo—. Me marcho, ya sabes dónde encontrarme. Espero que te mejores, Sara, de verdad. Eres la mejor compañera que he tenido jamás.

—Lo sé. Si no es por ti, no estaría viva.

Se miraron un momento a los ojos y Leandro, sin pensárselo, dio un abrazo a su compañera. No acostumbraban a tener esas muestras de afecto, en aquel momento lo necesitaban.

Sin decir ni una palabra más, Leandro abrió la puerta y se marchó. Sara tuvo la sensación de que nunca más volvería a ver a su compañero.

Diana

Diana subía y bajaba las piernas una y otra vez. Avanzaba un poquito cada día. Ana, su nueva fisioterapeuta, la animaba a hacer un par de ejercicios más, pese a que ella estaba exhausta. Cada día se encontraba más fuerte, más animada, más feliz. Cuando terminó los ejercicios se encontraba agotada, sudorosa. Salió y se dirigió a la cafetería, donde su padre la esperaba cada día desde que había comenzado esta nueva rehabilitación. Miró a su alrededor, Mariano no estaba allí. Diana sacó su móvil para llamar a su padre. Desde que había dejado una muleta su vida había mejorado bastante.

Una voz a su espalda le hizo dejar de mirar.

—¿Buscas a alguien?

—¡Víctor! —exclamó ella a la vez que se daba la vuelta rápidamente—. ¡Si te dieron el alta ayer! ¿Qué haces aquí?

—Ya ves, un día en casa y ya me aburro. Llamé a tu padre y me dijo que ya era hora de tener un ratito libre para él.

—No es cierto, mi padre jamás te diría eso.

—Claro que no, eso es lo que le dije yo.

Víctor se acercó a Diana y la besó. Después le preguntó al oído: —¿Al Retiro? Que sepas que hace un frío de muerte.

—¿No has tenido suficiente Retiro? Debes de ser el que mejor lo conoce de todo Madrid.

—Sí, es cierto —contestó él sonriendo—, no creas que conozco mucho más.

—Estás a punto de conocer un restaurante italiano que hay al ladito de mi casa, porque me vas a invitar a comer en cuanto me duche.

—Tú mandas.

Los dos jóvenes se fueron cogidos de la mano que ahora le quedaba libre a Diana.

Tenían todo el futuro por delante y un montón de planes para llevar a cabo.

David

David escuchaba con atención. Aquel chico llevaba un par de semanas en el grupo y se mostraba ausente. Intentó hablar con él dos o tres veces sin éxito, ni siquiera hacía ademán de escucharle. A él su actitud no le pillaba de nuevas, no le era desconocida.

Hacía muy poco que en ese mismo grupo una joven había pasado un año entero con la misma actitud. Era cuestión de tiempo y de paciencia que aquel joven también encontrara una salida, y él estaba allí para guiarle.

Tras terminar la reunión y mientras el resto de los chicos tomaban la merienda, se acercó a él. El joven se dio la vuelta en un intento de rehuir la charla. Movía con torpeza la silla de ruedas, se notaba que no la tenía desde hacía demasiado tiempo, el suficiente para darle la espalda al director del grupo de apoyo. David tenía suficiente experiencia en ese trabajo como para echarse atrás ante aquella actitud, así que giró la silla del chico y se puso delante de él.

—Hola…, Santiago, ¿no?

El chico no se molestó en contestar y ni siquiera parpadeó. Siguió con la vista fija en un libro y simuló no darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

—Mira…, llevo mucho tiempo en este trabajo. Ya sé que estás jodido por lo que te ha pasado. Negarlo no te ayudará a superarlo, te lo aseguro.

El muchacho seguía sin hacer ademán de escucharle lo más mínimo; David siguió.

—Verás, hasta hace poco he tenido aquí a una joven que iba a ingresar en el Ballet Nacional y un coche le aplastó las piernas. Así, de un plumazo, le arrebató sus sueños.

Tardó varios meses y varias operaciones en volver a caminar y siempre con ayuda de muletas. Su actitud hacia el grupo y hacia su nueva vida era muy similar a la tuya, así que no me impresionas.

Comenzó a atisbar un cambio en la cara del joven; al menos ya no se preocupaba por disimular con el libro, lo dejó cerrado sobre el regazo.

—Actualmente esa joven sale con un chico, quien, por cierto, tiene dos piernas ortopédicas. Ella camina solo con una muleta y con bastante soltura. En dos meses ha recuperado más que en un año entero en que negó su situación.

—Ya… pero amás volverá a bailar —contestó el chico.

—Al nivel que lo hacía, no. Conserva su vida, y eso es mucho más valioso que las piernas o los brazos.

—Yo iba a ir a las Olimpiadas. Había sido seleccionado por la Federación Española de Judo.

—Lo sé —contestó David.

—Y ahora, mira —le pidió enseñándole el muñón de su pierna izquierda—. Cáncer,

¿sabes? No podré volver a hacer judo jamás y posiblemente no vuelva a caminar como una personal normal tampoco y, encima, está el miedo a que el cáncer vuelva. ¿Te parece justo?

—No, ninguno de vuestros casos es justo. Todos sois jóvenes a los que

se les ha arrebatado un sueño, por eso estáis aquí. Yo no pretendo que estés feliz con tu nueva situación, ni que la aceptes así, de golpe —le explicaba David al joven—, lo que quiero enseñarte que la vida tiene muchas otras maravillas por las que luchar y que hay mil oportunidades nuevas.

El joven no decía nada, pero David podía ver la dureza de sus ojos y las mandíbulas apretadas. Aun así, siguió.

—Se puede volver a ser feliz, Santiago. Si tú me dejas, te enseñaré a valorar otras cosas de la vida: la amistad, la superación, el amor, la fuerza de voluntad…

—Ah, sí, claro, qué bonito. No veo que a ti te falte ninguna pierna. Y estás fuerte.

Seguro que vas a correr todos los días.

—Mira… Marta, mi novia —tragó saliva al empezar a hablar—, se suicidó hace pocos meses. Esta es la primera Navidad que pasaré sin ella. Nunca aceptó su situación, no aceptó haber quedado impedida de por vida.

Por primera vez, el joven miró a David, con los ojos como platos.

—¿Tu novia? ¡No jodas!

—Sí. Tras un accidente quedó desfigurada y con un lado del cuerpo paralizado. Y, sin embargo, yo habría dado mi vida por pasarla con ella. Habría compartido sus miedos y sus logros sin dudarlo un segundo.

—¿Incluso lisiada?

—¿Lisiada? ¿Estás de coña? Incluso con las limitaciones que le quedaron seguía siendo la mujer más maravillosa y más hermosa del Universo.

—Joder, ojalá tuviera yo a alguien que pensara eso de mí.

—Lo tendrás, tenlo por seguro, pero jamás le darás a nadie la oportunidad si no te la das primero a ti mismo.

—De… acuerdo… lo intentaré. Oye… no te prometo nada.

—Con eso me sirve. Anda, ve a tomarte un refresco, que aquella chica lleva mirándote media hora seguida.

El joven miró hacia donde estaba colocado el refrigerio y vio cómo una joven de pelo corto y castaño se daba de repente la vuelta, visiblemente ruborizada.

—Oye… David…

—¿Sí?

—Llámame Yago.

David sonrió, cada joven necesitaba un estímulo diferente. A Diana le funcionó que le diera la espalda. A este joven le hacía falta un apretón de manos. Se fue hacia un

grupito que se reía escuchando a uno de los integrantes de su grupo de apoyo. Él también se encontraba listo para sonreír.

Gabriel

El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida la tercera parte del sol, y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, para que se oscureciese la tercera parte de ellos, y no hubiese luz en la tercera parte del día, y asimismo de la noche…

Libro del Apocalipsis 8,12

Gabriel miraba por la ventana de su celda. Era demasiado pequeña y no podía vislumbrar mucho de lo que había fuera, pero durante una parte de la noche podía ver la Luna. Le habían dejado tener un cuaderno y un bolígrafo en la cárcel. El psiquiatra pensaba que leer todo lo que iba escribiendo le ayudaría a comprenderlo. Los cuadernos encontrados en su casa eran espeluznantes. Describían con pelos y señales los asesinatos de las cuatro mujeres. Miriam aún no había sido asesinada cuando escribió sobre su muerte. Habían encontrado varias hojas arrancadas y tiradas a la papelera a medida que había tenido que cambiar de idea sobre su muerte, a medida que la policía iba frustrando sus planes. Los nombres que había elegido para ellas, la manera de morir… todo lo tenía planeado y estudiado

minuciosamente.

Gabriel recordaba aquella noche en la que por fin había acabado con la vida de aquella zorra pelirroja. Había conseguido que todos fueran como corderitos a salvar a su amiga la policía. El plan le había salido a la perfección. Le habían dejado el camino libre hacia la bruja, aunque, en realidad, no estaba preparado para lo que pasó.

Llamó a su puerta como lo solía hacer el inspector, sabía que había desarrollado una manera especial de avisar a la bruja para que supiera que era él quien estaba al otro lado de la puerta. Esa noche, cuando la bruja abriese la puerta, no estaría el policía al otro lado sino él, porque por fin iba a salvar al mundo de aquella peligrosa plaga.

Se preparó para pelear con ella, se preparó para que ella se diera cuenta del engaño.

Forzaría la puerta disparando al cerrojo. Tenía el arma de la mujer policía a la que había secuestrado. Para lo que no se había preparado era para lo que en realidad ocurrió.

Recordaba cómo la bruja había abierto la puerta y le había invitado a entrar.

Recordaba la serenidad de sus ojos cuando le dijo: “Pasa, te estaba esperando”.

En un principio, Gabriel había dudado. ¿Se habrían dado cuenta del engaño de la sala de baile? ¿Sería una trampa y aquel pequeño piso estaría repleto de policías que le apresarían en cuanto entrase? Entonces ella se había girado y le había dicho: “No huiré de mi destino”.

Había sido tan sencillo que le había dejado un sabor agridulce. Esperaba luchar, esperaba que se resistiera, no entendía cómo podía ser tan fácil. Finalmente se dio cuenta de que aquella bruja había elegido morir para salvar su alma. Posiblemente, no se reuniera con sus hermanas en el infierno, adonde él las había enviado. Con su sacrificio, con su arrepentimiento, estaba pidiendo el perdón de Dios, y él la ayudaría a conseguirlo. Mirándola a los ojos le clavó el cuchillo en la garganta. La sangre manó a borbotones, y en pocos minutos estaba muerta. Después le cortó las manos y los pies y los colocó hacia arriba en el centro de la habitación dando las gracias a su Padre e implorando su perdón. Cuando terminó, se metió en el baño a rezar.

Su mente volvió a su pequeña celda. Recordó que su obra estaba

terminada. Esa noche su Padre bajaría desde los cielos a por él, a por su hijo, el elegido para llevar a cabo su obra. Miles de ángeles bajarían a la Tierra y se mezclarían con la humanidad.

Juntos acabarían con la plaga. Y él lo vería desde el cielo, sentado al lado de su Padre.

Gabriel esperaba una señal, sabía que esa noche se produciría y él permanecería atento.

De repente, una lluvia de estrellas fugaces surcó el negro cielo. Ahí estaban sus hermanos, miles de ángeles descendían de su retiro para exterminar a las brujas. Y

ocurrió, la señal que esperaba ocurrió. La Luna comenzó a ocultarse, poco a poco, hasta que prácticamente desapareció. Gabriel supo que era el momento, incluso vio la mano de su Padre tocando sus ojos y la luz inundó la habitación.

Por la mañana, el funcionario encargado de llevar el desayuno a los presos abrió la celda de Enrique Salas, como cada mañana en aquella prisión de máxima seguridad. Lo

primero que vio fue la sombra, después el cuerpo balanceándose a un lado y a otro.

Llevaba horas muerto, por fin había conseguido su propósito.

Leandro

El inspector Gómez guardaba en una caja todas las pruebas del caso del "asesino del péndulo", como lo había titulado el periodista asesinado. Miró con pena las fotos de las víctimas, sobre todo la de Miriam, a la que había cogido un cariño especial. Jamás entendería por qué había abierto la puerta aquella noche. Nunca había creído en el mundo esotérico, pero tenía que reconocer que aquella mujer pelirroja había hecho mella en sus convicciones. La echaría de menos.

Guardó lo que le quedaba en la mesa y cerró la caja con firmeza, lo que fue bastante complicado porque estaba llena hasta el borde. Después la selló con una cinta adhesiva y llamó a un agente para que

la llevara al almacén donde archivaban todos los casos cerrados.

El teléfono de su despacho sonó y contestó algo abatido:

—Aquí el inspector Gómez.

—Señor… preguntan por usted en la entrada. Es una mujer, se llama Lidia, dice que tiene algo para usted.

—Voy para allá.

No tenía ni idea de quién podía ser esa Lidia, pero necesitaba salir un poco de aquellas cuatro paredes. Al ir hacia la recepción pasó por delante del despacho de Sara, cuya puerta estaba abierta. Miró hacia dentro y le pareció ver a su jefa colocando papeles aquí y allá y la papelera hasta arriba de vasos del asqueroso brebaje de la máquina de café.

Un operario llegaba en ese momento al despacho y sacaba un cartelito de una bolsa.

—Disculpe, señor, tengo que colocar estos carteles en la puerta. Me envía el comisario.

—Claro, claro, proceda.

Leandro miró atentamente. En el cartel ponía: “Inspectora Cristina Torres”. Leandro frunció el ceño por un segundo, enseguida se relajó. Jamás le había gustado trabajar con mujeres, no lo admitiría ni bajo tortura. Tras los años pasados a las órdenes de Sara debía reconocer que era imposible tener compañera mejor. Le daría una oportunidad a la tal Cristina.

En la recepción preguntó a una agente que había en la ventanilla, quien le señaló a una mujer de unos treinta y cinco o cuarenta años que permanecía sentada en una silla de la sala de espera.

—¿Lidia? Soy el inspector Gómez.

—Encantada, inspector. No le robaré mucho tiempo, le traigo esto. Miriam me dijo que quería que lo tuviera usted.

—¿Miriam? Miriam está muerta.

—Ya… bueno, verá… es que esta noche he tenido un sueño…

—Vale, vale, no me explique más.

Leandro abrió el paquete y vio la baraja de tarot que la vidente le había dicho que había pertenecido a su abuela.

—Yo… no puedo quedarme esto. Era demasiado valiosa para ella.

—Por eso es por lo que ella quiere que la cuide. Sabe que con usted estará a salvo. Me dijo que dentro de unos años acudirá a usted un joven, se llama Manuel y tendrá problemas. Se dedicará a nuestro mundo, inspector. Es a él a quien le deberá dar la baraja cuando crea usted preciso.

—Mire… yo no puedo creer nada de esto.

—Lo sé. Miriam me dijo que usted lo entendería, que se resistiría al principio.

—De acuerdo, la guardaré. Ahora si me disculpa, tengo que seguir trabajando.

—Claro, gracias por su tiempo, inspector.

Leandro se dio la vuelta dispuesto a subir a su despacho y tirar la baraja a la basura, aunque en su interior sabía que jamás haría algo así. Había llegado a respetar a Miriam mucho más de lo que quería admitir.

—¡Inspector! ¡Espere! Casi me olvido.

Leandro se dio la vuelta y se volvió a enfrentar a aquella mujer, pese a que lo único que quería era perderla de vista.

—Miriam me dio un recado para usted. Me dijo que no se torture, que no tuvo la culpa. Que ella le dejó ir a por su compañera pese a que había visto en las cartas lo que iba a suceder. Supo que iba a morir y también supo que no se podía escapar del destino.

Era la única forma de parar a Gabriel. Sabía que, al morir ella, el asesino dejaría de matar.

Leandro no fue capaz de decir ni una sola palabra. El nombre de Gabriel jamás había trascendido a los medios y lo que le había contado ahora mismo aquella mujer le hacía plantearse muchas cosas sobre sus convicciones.

Subió a su despacho y decidió olvidar todo lo que tenía que ver con esa mujer; tiró la baraja a la basura y se fue a ver al comisario para

que le explicara cuándo vendría su nueva compañera. Transcurrido un minuto, volvió a entrar en su despacho y cogió la baraja de la basura, la guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, volvió a cerrar la puerta y se fue en busca de otro caso que resolver.

Enrique

16 de febrero de 1987

Quique permanecía encogido en una esquina de su habitación. Llevaba tanto tiempo en la misma postura que sus piernas hormigueaban sin parar y le costaba mover los dedos. Estaba sentado con las piernas dobladas y abrazadas por sus manos. La cabeza, enterrada entre sus rodillas, parecía a punto de estallar. Notaba cada latido en sus sienes, tendría que aguantar.

Las imágenes se agolpaban en su mente intentando volverse contra él. Cada vez ocurría con más frecuencia. Su padre había llegado borracho de nuevo. Su aliento a vino viejo le producía náuseas, pero no se permitía vomitar. Si lo hacía estaba perdido, su padre era capaz de hacérselo tragar.

Oyó un golpe en la habitación contigua y todo su cuerpo se puso en guardia. No podría soportarlo otra vez, esa noche no. Haciendo un gran esfuerzo, se puso de pie. Notaba cada centímetro de su piel entumecida. Su ojo derecho se había hinchado hasta quedar totalmente cerrado y la sangre seca se acumulaba bajo su nariz. Un dolor punzante en las costillas le recordó la patada que su padre le había propinado horas antes, cuando no podía dejar de llorar.

Aquella noche había sido distinta, pese a que estaba acostumbrado a sus palizas, sus caprichos, su trato vejatorio y sus insultos. La mirada inyectada en sangre, o quizás en whisky, de su padre se había intensificado mientras se bajaba los pantalones y le observaba febril. Quique no quería verlo, sabía lo que iba a ocurrir y se negaba a entenderlo, a aceptarlo. De repente, sintió pánico y un escalofrío recorrió su espalda. Aquel hombre borracho puso al niño boca abajo y le bajó los pantalones de un tirón. Él se resistió, pero solo era un pequeño gorrión atrapado por una piedra. No tuvo ninguna oportunidad. Un indescriptible dolor sacudió su cuerpo, él seguía sin entender. Comenzó a repasar las tablas de multiplicar en voz alta. Intentaba mantener su mente en otro lugar, aislarse de aquel dolor que cada vez era más intenso.

Minutos después su padre se marchó dejándolo en el suelo desnudo, llorando, roto. Tardó varios minutos en dejar de sollozar. El dolor permanecía intacto, como si su padre siguiera allí.

Había traspasado su cuerpo, jamás podría olvidar lo que había ocurrido aquel día.

En aquel suelo sucio y frío el muchacho había cambiado, nunca sería el

mismo. Se acercó a la puerta despacio y la abrió en silencio. En el pasillo no se oía nada, salvo una especie de ronquido en la habitación de su padre. Se acercó sigilosamente y empujó la puerta del dormitorio, que protestó chirriando levemente. El hombre permanecía boca abajo en la cama, semidesnudo y roncando. Quique ocultó una mueca de asco y bajó al salón. Allí estaba su madre, en realidad su madrastra, con un pequeño camisón que casi no tapaba sus pechos y durmiendo la mona al igual que su padre. Una baraja del tarot se esparcía en la mesa de manera descuidada, al igual que varias velas encendidas con la cera acumulada en cada esquina.

En aquel momento, Quique comprendió que aquellas personas necesitaban salvarse. No podía dejar que siguieran haciendo aquello. Se fue a la cocina y cogió un cuchillo, el más grande que encontró. No parecía importarle que ni siquiera estuviera limpio. Fue al salón y, sin pestañear siquiera, cortó el cuello a su madrastra. La sangre salpicó las cartas, aquellas cartas que tanto odiaba él. La mujer hizo ademán de despertarse sin éxito. Se desangró antes incluso de entender lo que estaba ocurriendo. Después, el niño subió a la habitación de su padre. Se subió encima de él y le clavó el cuchillo con todas sus fuerzas. Su padre se incorporó al notar la primera puñalada, pero Quique volvió a clavarlo con furia hasta que el hombre dejó de moverse. Nunca más le volvería a tocar, ni a él, ni a nadie.

Después el niño se lavó, se cambió de ropa y acercó una de las velas al sofá donde permanecía la mujer muerta. Y se sentó a esperar. Nunca supo cuánto tiempo estuvo allí, contemplando cómo se consumía aquella asquerosa mujer. Cuando el fuego se extendió por el salón y subió hacia la planta de arriba, salió de la casa y miró cómo las llamas calcinaban su hogar.

De repente, un hombre llegó corriendo. Había visto el fuego y se acercó a comprobar si podía ayudar en algo. Llevaba puesto un alzacuellos y un traje oscuro: era un sacerdote. Enseguida le puso al niño su chaqueta e intentó alejarlo de la casa.

—¿Cómo te llamas, jovencito? —le preguntó el cura.

Él lo miró fijamente, pensando si tenía que contestar o no. Lo ocurrido aquella noche había marcado un antes y un después en su corta vida; tenía diez años. Entonces respiró hondo y decidió que su verdadera vida acababa de comenzar. Mientras, contemplaba cómo las llamas consumían a las dos personas que más dolor le habían hecho sentir jamás. Por fin era libre. Miró hacia el sacerdote y supo que solo él podría ayudarlo.

—Gabriel… Me llamo Gabriel…

Agradecimientos

En primer lugar quiero agradecer a mi familia su paciencia. Les pido que lean, relean, opinen, ayuden…

Nunca vacilan, ni siquiera cuando hago que se lo lean por tercera vez. Sin ellos esta nueva locura en la que me he metido, jamás sería posible.

A mis tres tesoros, mis niños, que me mantienen viva y con la cabeza en su sitio.

Y qué decir de mis amigos y mis compañeros, ese entusiasmo… Me piden algo nuevo y distinto y yo se lo intento dar. Gracias también porque ellos hacen posible que este nuevo libro vea la luz.

Al boli rojo de Ana, sin el que metería la pata todavía más.

A las anotaciones al margen de Ramón, a sus tachones, sus comentarios, su magia…

Cada día aprendo algo más.

A mi padre… Sí, papá, sin duda habrías sido el primero en leerlo, como siempre.

Y a Chema… para que desde allí vigiles nuestros sueños…


REYES MARTÍNEZ
El primer pecado

¡Cuán fácil es la resignación para el inocente!

Pero los culpables no llegan a conocer la paz jamás.

Mary Shelley

Es mejor arriesgarse a salvar a un culpable que

condenar a un inocente.

Voltaire

CAPÍTULO 1: ELISA

El reloj marcaba cada segundo con fuerza. Resonaba en el silencioso salón produciendo un molesto eco que se introducía en los oídos de Elisa sin piedad. Ella permanecía ensimismada, mirando fijamente hacia el suelo. Llevaba al menos una hora en la misma postura, prácticamente ni pestañeaba. Sus ojos no dejaban traslucir ninguna emoción. Los brazos se entrelazaban sobre el vientre en un intento de proporcionarle seguridad; sus nudillos aparecían blancos de la tensión con que se agarraba los codos. Una capa invisible la aislaba del salón, de la realidad, de la vida…

Por un segundo incluso le pareció que aquella mujer frágil y asustada no era ella misma.

En aquel momento, tres sonoras campanadas provocaron que diera un respingo y saliera del mundo en que había decidido refugiarse tras la horrible realidad que acababa de vivir en su salón. Miró a su alrededor con calma, conocía cada grieta del suelo, cada cuadro colgado desde hacía meses en las paredes, cada figurita que decoraba las estanterías acumulando polvo día tras día. Observó las fotos encima del estante más alto. Hacía poco que las había colocado allí,

tras una cuidadosa selección.

En la primera se veía a un bebé regordete que sonreía feliz a la cámara. En la segunda, una niña de mirada alegre soplaba las velas de una enorme tarta de cumpleaños con el número cinco. En un marco oscuro la niña, ya de unos diez años, de cabello castaño y ojos apagados, miraba al infinito. No quedaba rastro de la sonrisa infantil. En la última foto, sacada hacía menos de un mes, el viento revolvía el pelo de una triste adolescente, ocultando así parte de su rostro. De fondo, el mar.

Un amago de sonrisa pasó fugaz por el rostro de Elisa al recordar las vacaciones con su hija. Cuánto había cambiado. Había dejado de ser una niña feliz, divertida, atrevida e ingeniosa para pasarse la vida en la buhardilla de la casa que habían comprado. Se había empeñado en instalarse allí, pese a que en verano el calor resultaba insoportable.

Era evidente que a la muchacha le resultaba aún más insoportable la presencia de su madre que el sofocante calor. Elisa cerró los ojos en un intento de retener la sonrisa de su pequeña, que había parecido esfumarse desde que había cumplido los diez años. Era tan difícil criar sola a una hija …

Suspiró con fuerza y miró la alfombra buscando la pequeña quemadura que trataba de disimular haciendo que coincidiera con ella una de las patas del sofá. Recordó aquel día de hacía tres semanas en el que se había gastado trescientos euros en aquella maldita alfombra, y esa misma noche, al encender una vela, la cerilla se cayó y provocó aquella pequeña marca que jamás desaparecería. Al levantar la cabeza vislumbró una telaraña que pendía de la lámpara de pie que descansaba junto al sofá. No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Puesto que ella limpiaba con regularidad, no podía ser mucho.

Volvió entonces la mirada al centro del salón, lo evitaba desde hacía un buen rato. La mancha que horas antes se había extendido por el suelo a toda velocidad comenzaba a coagularse. El joven con el que había tomado unas copas horas antes y que posteriormente la había acompañado a casa con la esperanza de acostarse con ella, yacía en el suelo con su propia sangre acumulándose a su alrededor. Los marrones ojos vidriosos, fijos y sin vida, apuntaban a la puerta. Había muerto sin entender el porqué, sin llegar a saber en ningún momento qué estaba ocurriendo. Elisa lo observó con una mezcla de estupor, pánico y pena. Al darse cuenta de lo que había hecho había llamado a su hermano. Él sabría qué hacer, como siempre.

—Alberto… —musitó repentinamente sobresaltada cuando su hermano contestó al primer toque; ella esperaba que durmiera

—¿Elisa? ¿Qué ocurre? Son las tres de la madrugada.

—Yo… Alberto… tienes que venir… por favor.

—¿Qué ocurre? ¿Te ha pasado algo? ¿Le ha pasado algo a Rebeca?

—No, no, ella está bien. Se ha quedado a dormir en casa de una amiga. Yo… bueno…

a mí… es que…

—¡Elisa! ¡Joder! Contesta ya… ¿qué ocurre?

—Está muerto… —respondió ella en un susurro—, está muerto, Alberto.

—¿Quién? ¿De qué estás hablando? ¿Quién está muerto? ¿Dónde estás, Elisa?

—Estoy en casa. Héctor está muerto.

—¿Quién coño es Héctor? ¡Joder! ¡No entiendo nada!

—Es… —comenzó a decir ella. No quería contarle a su hermano que el tío con el que había ligado estaba muerto en su salón. Visto lo ocurrido, no tenía mucho sentido mentirle—. Es un chico con el que cené anoche.

—¿Lo conozco? —preguntó él en un tono que desconcertó a Elisa. No entendía qué importancia podía tener que lo conociera o no. Le acababa de decir que estaba muerto.

—No —respondió ella bajando la cabeza y enrollándose un mechón de pelo en uno de sus dedos de manera distraída—. Alberto, estoy muerta de miedo.

—No hagas nada, no te muevas de donde estés—dijo su hermano justo antes de colgar el teléfono—. Elisa se quedó sumida en la más profunda desesperación.

Veinte minutos más tarde, un coche aparcaba en la parte de atrás de su casa. Elisa vivía en una pequeña urbanización a las afueras de Gijón. Era un sitio tranquilo, sobre todo fuera de los horarios de verano. Se levantó despacio del sofá y, con movimientos lentos, miró

por la ventana sabiendo lo que iba a ver. Su hermano Alberto se bajaba del coche mirando hacia los lados nervioso, comprobando que nadie se había percatado de su presencia. Todo permanecía en silencio y en una conveniente penumbra. Incluso la luna se había puesto de su parte aquella noche y lucía una mínima parte de su cara. Así, pues, la calle permanecía iluminada por las débiles farolas dispuestas cada dos o tres casas. Alberto sacó del maletero unas bolsas y se encaminó, sin hacer el menor ruido, a casa de su hermana. Ni siquiera le hizo falta llamar al timbre. En cuanto Elisa notó sus pisadas en el porche, abrió la puerta.

—Alberto… —susurró con voz débil y temblorosa—, no recuerdo nada, no sé qué ha ocurrido, yo…

Su hermano le puso un dedo en los labios para silenciarla y, después, la abrazó cerrando la puerta tras de sí. Ella pareció reaccionar y ser consciente de lo que acababa de ocurrir, y se abandonó en sus brazos llorando. No supo cuánto tiempo permaneció así, con las lágrimas brotando sin control y su cuerpo estremeciéndose a cada sollozo.

Debió de ser bastante a juzgar por el estado en el que dejó la camiseta de su hermano; le hizo tanto bien… Cuando por fin comenzó a calmarse, Alberto se acercó al salón y contempló el macabro escenario que aparecía delante de él. Respiró hondo varias veces haciendo caso omiso del olor dulzón de la sangre que se colaba por sus fosas nasales e,

instintivamente, pasó un brazo por los hombros de su hermana, sintiendo lo frágil que era. Entonces, tomó el control.

—Elisa, trae trapos, todos los que encuentres. Y lejía, necesitamos lejía.

—Claro —respondió ella mientras desaparecía por la puerta que daba a la cocina.

En el salón podía oír a su hermano mellizo trajinando. En realidad, no tenía ni idea de cómo la sacaría de aquel lío. Cuando volvió al salón, él había cerrado persianas y cortinas y dispuesto un enorme plástico junto al cadáver del chico. Por un momento, se quedó paralizada en el quicio de la puerta mirando al joven que yacía en su salón; la voz de Alberto la sacó de su estupor.

—¡Elisa! ¡Te estoy hablando! No es momento de entrar en shock. Vamos, dame los trapos.

Ella no se movió. Observó a su hermano mientras colocaba una esquina del plástico y movía un poco el sofá para tener más espacio.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó él empezando a impacientarse.

—Yo… creo que deberíamos haber llamado a la policía. Sí, deberíamos llamar.

—¿Qué? ¿Y para eso me has avisado? —exclamó él enfadado.

—Te he llamado para que me ayudes, para que me acompañes, para que estés aquí conmigo. Creo que hay que avisar a la policía, sola no habría sido capaz —respondió ella con lágrimas en los ojos mientras desviaba la mirada.

—Elisa, escúchame con atención porque solo te lo diré una vez —dijo entonces Alberto con tono acusador mientras sentaba a su hermana en una silla y se ponía en cuclillas delante de ella.

La joven lloraba de nuevo, sin intentar siquiera secarse las lágrimas. A ratos pensaba que aquello no podía estar ocurriéndole a ella. Quería creer que era una pesadilla de la que estaba a punto de despertar.

—Ese chico de ahí —comenzó a decir Alberto mientras señalaba el cadáver desnudo del joven— está muerto y lo has matado tú.

—Pero… yo… —musitó ella; ni siquiera tenía fuerzas para protestar.

—Ya te he sacado de otros embrollos, ¿recuerdas? Tienes un problema, Elisa, si vas a la cárcel no lo soportarás y lo sabes perfectamente. ¿Y qué será de Rebeca?

Ella se debatía entre lo que estaba bien y lo que no, entre lo que podía soportar y lo que no. Sabía que su hermano tenía razón, la cárcel no era lugar para ella, no duraría ni una semana. Aun así no podía obviar que ese chico estaba muerto y, por lo que parecía, ella había acabado con su vida, aunque no fuera capaz de recordarlo. Miró los ojos pardos de Alberto y asintió. Él le dio un beso en la frente al levantarse y volvió de inmediato all cadáver. Después pidió ayuda a su hermana para girar al chico y colocarlo boca arriba encima del plástico. Cuando por fin consiguieron darle la vuelta, Elisa ahogó un grito metiéndose un puño en la boca. Héctor tenía el cráneo hundido allí donde había recibido un tremendo golpe en la frente y la cara ensangrentada. Por más que lo intentaba, seguía ignorando con qué le había golpeado ni cuándo. Ni siquiera era capaz de recordar haberlo hecho. solo se

acordaba de haberse quedado dormida en sus brazos tras echar un polvo en el sofá.

El cuerpo desnudo del joven contrastaba con las baldosas de terrazo del suelo del salón, de color gris. Una gota de sangre resbaló lentamente por el pelo del chico hasta perderse en el enorme charco que se había formado bajo su cabeza. Elisa notó la bilis en su garganta. Tuvo el tiempo justo de llegar al baño de la entrada, donde vomitó buena parte de la cena y el vino con el que había brindado con el joven. Su hermano la miró con pena cuando volvió al salón pálida y sudorosa, pero enseguida siguió con el cadáver. Debía eliminar todo rastro del chico antes de hacerlo desaparecer.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó entonces a su hermana.

—No he sido yo, Alberto, yo no he podido hacer esto, créeme.

—Ya… a ver cómo se lo pensabas aclarar a la policía. No hay otra explicación.

—No lo entiendo… ¿cómo?

—Elisa, mírame —dijo él agarrándola por los hombros y obligándola a mirarle a los ojos—. No es la primera vez que haces algo y no lo recuerdas. Me paso la vida

sacándote de los líos en los que te metes. Después nos preocuparemos de lo que vamos a hacer o a decir, pero ahora tengo que deshacerme de él, ¿entiendes?

Ella asintió pese a no estar de acuerdo en absoluto. Su hermano le clavaba los dedos en los hombros y quería que la soltara. En aquel momento era la única persona en la que podía confiar. Volvió a pensar en la policía, sabía que Alberto no se lo permitiría.

Como si le leyera el pensamiento, dijo de pronto:

—No podemos hacer otra cosa, Elisa, hemos movido el cadáver, lo tenemos encima de un plástico, ¿qué crees que pensará la policía al respecto?

A ella le parecía increíble que la noche que había comenzado tan bien se hubiera convertido, de repente, en la peor de su vida. Antes de envolver el cadáver, Elisa ayudó a su hermano a vestirlo. Él no terminaba de entender qué importancia podía tener que llevara la ropa puesta o en una bolsa aparte. Ella no quiso ni oír hablar del

tema, no soportaba la idea de que su hermano lo enterrara desnudo. Le costó mucho abrochar los botones de la camisa de Héctor con los guantes puestos, ya que su hermano no dejó que se los quitara: cuantas menos huellas, mejor. Sentía tanta pena y tanta vergüenza que le habría vestido ella sola si hubiera sido capaz. Su hermano terminó sin rechistar y, después, buscó en sus bolsillos hasta dar con la cartera. Comprobó la dirección y el nombre del chico, porque no quería volver a preguntarle a su hermana, y apagó su teléfono móvil para que no pudieran rastrearlo. Después cerró el plástico con la cinta adhesiva más gruesa que había podido encontrar a esas horas de la madrugada en su casa y salió a la calle para abrir la puerta del garaje de su hermana. Tras meter el coche dentro, abrió el maletero y le pidió a Elisa una manta vieja. Colocaron al joven encima y tiraron de él hasta el garaje. Era una suerte que se pudiera acceder desde la vivienda sin necesidad de salir a la calle, así tenían menos posibilidades de ser vistos.

Tras cerrar el coche con cuidado volvieron al salón, donde se afanaron en limpiar la enorme mancha de sangre. Frotaron hasta que les dolieron los dedos dentro de los guantes de goma y no pudieron seguir. Alberto daba gracias en silencio porque el suelo no fuera de madera; de haberlo sido, jamás habrían podido quitar esa mancha. Los dos hermanos, entonces, se dejaron caer en el sofá. Elisa miró el reloj: pasaban unos minutos de las cuatro y media de la madrugada.

—Tengo que irme —dijo Alberto rompiendo el silencio—. Cuanto antes me deshaga de él, mejor.

—¡No! ¡No me dejes sola! ¡Por favor, Alberto! —exclamó ella temblando y llorando mientras agarraba el brazo de su hermano con fuerza.

—No seas niña. Tengo que irme y lo sabes —contestó él soltando la mano de su hermana poco a poco.

—¡No! ¡Por favor! ¡No me hagas esto!

—Mira, Elisa —dijo él muy serio comenzando a perder la paciencia. Había intentado mantener la calma hasta ese momento, pero el estado de su hermana no ayudaba demasiado—. Has hecho algo terrible. Esto no es como cuando en la Universidad te pillaron con marihuana o como cuando llegaste preñada de aquel maldito niño de papá.

Esto es muy, muy serio. Siempre te he sacado de todos los apuros en los que te has metido y lo de hoy es demasiado grave.

—Yo… ¡yo no lo recuerdo! ¡Te lo juro!

—Lo sé, y por eso voy a encargarme del cadáver. Después vendré aquí y nos pondremos de acuerdo en lo que hay que decir.

—¡Yo no he hecho nada! —sollozó Elisa sin control; él la abrazó—. ¿Qué va a pasar?

Alberto la miró con pena. Su hermana siempre había tenido problemas. Él la quería demasiado como para delatarla a la policía, pero tenía que conseguir que fuera consciente de la gravedad de la situación.

—No lo sé, tardaré una hora más o menos, te lo prometo.

—Voy contigo, no puedo estar sola —decidió ella de pronto.

—¡No! —exclamó él con autoridad.

—¿Por qué no? No puedo estar aquí esperando, me volveré loca…

—No puedes venir, sencillamente, porque es mejor que yo sea el único que sepa dónde está el cadáver —respondió él. Ante aquello, Elisa no tuvo más remedio que estar de acuerdo.

En realidad, Alberto no quería llevar a su hermana porque estaba harto de sus llantos, sus quejidos, su insistencia en llamar a la policía… Necesitaba alejarse de ella un rato y parecía que había encontrado la excusa perfecta.

—Elisa, mientras tanto coge un trapo y limpia todo lo que creas que ha podido tocar Héctor: si fue al baño, picaportes, copas, platos, sofá… No sé, todo lo que se te ocurra.

También quiero que apuntes en una hoja de papel todo lo que recuerdes sobre esta noche desde que saliste de casa: a quién te encontraste, dónde cenaste, qué tomaste, con quién hablaste, quién os vio… En fin… todo.

—De acuerdo —respondió ella con un hilo de voz. La cabeza comenzaba a dolerle tanto que parecía que fuera a desmayarse de un momento a otro.

—Cuando vuelva… bueno… pensaremos en lo que vamos a hacer.

Elisa se sentía demasiado afectada para contestar. De repente, se sentía sin fuerzas, y el simple hecho de mover la cabeza se le antojaba

imposible. Las lágrimas salían de sus cansados ojos sin que se molestara ya en secarlas. Él le dio un beso en la mejilla y se marchó haciendo el menor ruido posible. Se subió al coche y, tras arrancar, volvió a abrir la puerta del garaje, sacó el coche marcha atrás y se fundió en la noche como si nunca hubiera estado allí. Elisa echó de menos el chirrido de la puerta del garaje; llevaba días pensando que necesitaba engrasarla, Alberto la había dejado abierta para que no se le oyera.

La mujer obedeció a su hermano como si lo tuviera detrás de ella comprobando que hacía todo tal y como le había pedido. Se sentó en el sofá con una libreta en una mano y un bolígrafo en la otra dispuesta a anotar todo. No lograba concentrarse, el recuerdo del cuerpo desnudo de Héctor en el suelo hizo que tuviera que salir de inmediato del salón.

El olor a lejía, además, le irritaba los ojos y la nariz. Claro que, cualquier cosa era mejor que la imagen de Héctor tumbado encima de un charco de sangre en el suelo. Se sentó en la escalera que daba a la parte de arriba de la casa e intentó recordar cómo había conocido al joven y lo que había ocurrido desde entonces.

Hacía dos semanas que se habían visto por primera vez. Se habían conocido en un bar de copas. Ella se había quedado sola cuando sus amigos habían decidido ir a una fiesta a la que a Elisa no le apetecía asistir. Decidió terminarse el ron con lima que tenía a medias y después pensaba volver a casa, donde vería una película romántica en el DVD. Necesitaba llorar, y ése le parecía un método infalible. Entonces, un joven se había acercado a ella y, aunque Elisa no era una persona que hablara con desconocidos,

aquel chico le había gustado desde aquel mismo instante. Pasaron un par de horas charlando y riendo. Pese a lo agradable de la velada, Elisa decidió seguir con su plan inicial de llorar un poco ante la tele del salón. Aquella noche no le apetecía pasarla con un hombre, y menos con uno al que acababa de conocer en un bar, por mucho que le gustara. El chico era agradable, no exactamente guapo, sus manos eran toscas y el mentón algo pronunciado. Su sonrisa invitaba a hablar, a compartir, a reír, a conversar...

Elisa se había fijado en su ceja derecha, donde una pequeña cicatriz parecía cruzarla en dos. Le había parecido muy sensual.

Este sábado volvió a salir y se acercó al mismo bar de copas con sus amigos, los que la habían dejado tirada dos semanas antes. No

entendía qué extraña razón podía tener para salir una y otra vez con ellos, ni siquiera tenían mucho en común; quizá porque llevaba años cuidando sola de su hija y la idea de volver a tener vida social la atraía mucho. Sí, seguro que era eso.

Héctor se hallaba allí de nuevo. Nada más verlo sintió un cosquilleo en el estómago y una sonrisa estúpida adornó su rostro. ¡Dios! ¡Ni que fuera una adolescente! Elisa notó la misma sensación al recordarlo y entonces fue consciente de que nunca más lo vería, nunca más se fijaría en la cicatriz de su ceja, ni sentiría aquella sensación al encontrarse con su mirada. De nuevo tuvo que salir corriendo a vomitar. Su cuerpo se rebelaba contra aquello de manera más efectiva que su mente. ¿Cómo podía haber hecho algo así? Era imposible. Cuando estuvo más relajada, volvió a anotar en su libreta todo lo que fue capaz de recordar.

Héctor se acercó casi de inmediato a saludarla, sin hacer caso de las burlas de sus amigos. En realidad, no sabía mucho de él, que le gustaba nada más. Se fueron juntos del bar tras tomar unas copas mientras charlaban en una mesa, aislados de sus respectivos amigos. La tensión sexual que se había despertado entre ellos casi se podía palpar. De inmediato, Elisa notó un cosquilleo y se obligó a pensar en otra cosa.

Poco después de salir del bar, y tras tomar un par de copas en casa, se arrancaban la ropa con prisas. Entonces ella se dio cuenta de que también tendría que explicar aquello y de que su hermano lo leería. Sintió una vergüenza casi incontrolable, pese a que pasaba de los treinta años. Pero eso, comparado con lo que había ocurrido después y que ella seguía siendo incapaz de recordar, era una simple gota en el mar de la pena que se había instaurado en su corazón.

“¡Mierda! ¡Los preservativos! -pensó de pronto-. ¿Los tiraría él? Porque yo no los he visto”.

Ella estaba segura de no haberlos tirado, como tampoco recordaba haber visto a Héctor levantarse para tirarlos a la basura, así que se acercó al salón intentando evitar el espacio que había ocupado el joven en el suelo y buscó cerca del sofá; no encontró nada.

Miró el reloj: pasaba el tiempo y pronto estaría su hermano de vuelta, así que, intentando seguir con sus recuerdos, se encaminó a la cocina y abrió el cubo de la basura en un último intento de encontrar los dichosos preservativos: la bolsa había desaparecido. Preguntaría a su hermano cuando llegara a casa.

Sin poder remediarlo, un sollozo atravesó su garganta y la sacudió tan fuerte que a punto estuvo de darse contra la encimera. Poco a poco se convirtió en un llanto furioso y sus piernas se doblaron hasta quedarse de rodillas con las manos abrazadas a su estómago, como si tuviera miedo de que se le fuera a salir. Casi una hora más tarde, el coche de Alberto aparcaba en el garaje de Elisa. Ella lo esperaba despierta y, una vez más, abrió la puerta antes de que él tocara el timbre. Su hermano aparecía sucio y desaliñado, ella llorosa y abatida.

—Alberto… —susurró ella.

Él le dio un beso en la frente y se dirigió al baño, necesitaba una ducha con urgencia.

—Dame algo de ropa, Elisa, tengo que quitarme todo esto —dijo él casi sin mirarla.

—Alberto —volvió a decir ella mientras le tendía un chándal viejo que él usaba cuando iba por su casa—, no está la basura.

—Lo sé, la cogí yo, tranquila. La he tirado lejos de aquí. Esta tarde quemaré mi ropa y los trapos con los que hemos limpiado. Por cierto… tienes que darme esa camiseta también.

—¿Por qué? —preguntó extrañada.

—Porque tiene sangre —respondió él señalándola.

—Ah, vaya, me habré manchado al limpiar —intentó justificarlo ella.

—Mira, Elisa, si tenías la más mínima duda de quién ha matado a Héctor, aquí está la prueba. Esas manchas no son de limpiar, parecen salpicaduras.

Ella se miró al espejo, pensativa. Su hermano tenía razón. La sangre no podía haberle salpicado si no hubiera estado junto al joven al recibir el golpe. Tampoco era capaz de recordar cuándo se había puesto aquella camiseta. Aquello no quería decir que hubiera sido ella, sí que estaba cerca cuando ocurrió. Claro que, teniendo en cuenta que vivía sola con su hija adolescente y que esa noche no estaba en casa…

Se quitó la camiseta mientras permanecía perdida en sus pensamientos. La colocó encima del montón de ropa que Alberto había preparado para quemar. Le sorprendió ver cómo la miraba su hermano, quien ni siquiera se había molestado en apartar la vista. Eran hermanos, sí, pero se sentía incómoda. Salió del baño y se

apresuró a vestirse.

—Qué afición tienes a ponerte mis camisetas, Elisa. Voy a traer mi armario aquí —

bromeó en un intento de que su hermana se relajase.

—Es verdad, me resultan cómodas —coincidió ella—. Alberto… ¿y si te pillan cuando estés quemando la ropa? —preguntó angustiada.

—No me van a pillar, tranquila, sé lo que hago. Cuando me haya deshecho de todo esto, nadie podrá saber que Héctor estuvo aquí.

Se sentó junto a Elisa en el sofá y cogió la libreta donde ella había anotado todo lo que recordaba, tal como le había pedido él. Del crimen, ni una palabra. Durante unos minutos permaneció en silencio y con los ojos cerrados, parecía que se hubiese dormido.

Se oían los sollozos apagados de Elisa y el eterno reloj del salón.

—Elisa… escúchame con atención, esto es muy importante, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió ella con un hilo de voz.

—Cuando se sepa de la desaparición de Héctor interrogarán a sus amigos, sabrán que os fuisteis juntos anoche y vendrán a hablar contigo.

—¡Si yo no sé qué ha ocurrido! —exclamó ella de nuevo con los ojos abnegados en lágrimas.

—Tienes que recordar algo, Elisa, lo que sea. Es imposible que no te acuerdes de haberle golpeado o de por qué se levantó. ¿Te hizo daño? ¿Te forzó a algo?

—¡No! Él fue… maravilloso —respondió notando el rubor en su cara —. ¡Te lo juro!

¡No tengo ni idea de lo que ha ocurrido aquí! Solo lo que te he anotado en la libreta —

gritó ella mientras agitaba el papel delante de su hermano con violencia. Las lágrimas se derramaban sin control, —. Recuerdo haber venido a casa, le ofrecí una copa y él se sirvió otra.

—¿Cuántas copas tomasteis?

—Creo que dos…

—¿Crees? —preguntó él. Su tono parecía tener una leve nota de ira que no pasó inadvertida a Elisa.

—Sí, fueron dos copas. Dos *gin-tonic*, para ser exactos. Primero tomamos algo de comer y un poco de vino.

—De acuerdo, ¿qué más pasó? —preguntó él sin dejar de mirarla a los ojos.

—Ya lo has leído. Nos enrollamos —respondió ella a la defensiva, empezaba a sentirse incómoda con la conversación.

—¿Cuántas veces…? Quiero decir… ¿cuántas veces lo hicisteis? —preguntó su hermano con una dureza que Elisa era incapaz de reconocer.

—Follamos durante más de hora y media, ¿vale? Se corrió dos veces, aunque podría haberlo hecho alguna más, pero prefirió esperarme. ¿Necesitas saber también cuántas veces me corrí yo?

—A ver, Elisa…

—¿A ver qué? ¿Qué coño te pasa? ¿Para qué quieres saber todo eso? —preguntó ella asqueada.

—Con eso me llega. Como comprenderás, me importa una mierda con quién folles y cuántas veces te corras. Quería saber cuántos preservativos habíais usado, para tener todo controlado, ¿entiendes?

Elisa volvió a sollozar a la vez que giraba la cabeza avergonzada. No era capaz de mirar a la cara a su hermano en aquel momento. Se sentía la persona más egoísta, mezquina y estúpida del Universo.

—¡Dios mío, Alberto! ¡No puedo hacerlo! —exclamó con voz trémula a la vez que cogía el teléfono—. ¿No te das cuenta? Me he sentido presionada por ti y no lo he soportado. En cuanto empiecen a preguntarme no seré capaz.

—¡Claro que serás capaz! ¿Qué haces con eso? —preguntó señalando al teléfono—.

¿No estarás dudando si llamar a la policía, verdad? ¡Haberlo pensado antes!

—¿Cómo que haberlo pensado antes? ¿Antes de qué? ¿De matarlo?

Pero… ¿cómo quieres que te diga que no lo recuerdo? ¡Te lo he dicho mil veces! ¡No me acuerdo de nada!

—Elisa… ¿es que no te das cuenta de lo grave que es esto?

—Claro que me doy cuenta, no soy estúpida.

De repente, la luz de la escalera se encendió y los dos hermanos miraron hacia allí aterrorizados.

—¿A qué vienen esos gritos? —preguntó una voz que descendía poco a poco.

—¡Rebeca! —exclamó Elisa de pronto—. ¿Qué… qué haces aquí?

—¿No me habías dicho que la niña estaba en casa de una amiga? —preguntó Alberto visiblemente enfadado.

—Sí, eso me dijo anoche —se justificó ella.

—No soy ninguna niña —protestó la muchacha—, tengo catorce años.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó su madre entonces.

—Bah, que la fiesta a la que fuimos era un coñazo. A las doce ya estaba en casa.

La mente de Elisa trabajaba a toda velocidad. Si su hija llevaba en casa desde las doce, estaba allí antes de que llegara con Héctor. Parecía no haberse enterado de nada, aun así tendría que hablar con ella. La vergüenza se instauró entonces en sus mejillas al pensar que había tenido relaciones sexuales con un chico en el salón mientras su hija estaba en la casa. ¿Y si hubiera ido a por agua o los hubiera oído? Y el crimen… Intentó no pensar en ello, era demasiado doloroso como para darle vueltas una y otra vez.

—¡Joder! —exclamó la chica mientras pasaba por delante de su madre y su tío con un vaso de agua para volver a la cama—. Dais asco, parece que estáis liados.

Alberto soltó entonces a Elisa, quien se sintió incómoda de inmediato. Tenía que hablar con su hija cuanto antes. Se estaba convirtiendo en una joven rebelde, iracunda y descarada. Cuando iba por la mitad de la escalera, hizo un comentario que le heló la sangre.

—Pero… ¿a qué huele aquí? Parece lejía, ni que hubierais tenido que deshaceros de un cadáver…

Elisa esperó a oír la puerta de la habitación de su hija. Entonces se giró hacia su hermano y le dijo:

—Lo sabe, Alberto, lo sabe. ¿Qué vamos a hacer?

—No sabe nada, créeme, ya sabes cómo es tu hija…

—Tengo que llamar a la policía —dijo comenzando a marcar los números.

—Lo siento, Elisa, pero no te puedo dejar que lo hagas. Ahora estoy implicado yo también. ¿Te das cuenta? No eres tú sola.

Elisa recibió aquellas palabras como si de un jarro de agua fría se tratara. Su hermano tenía razón. Ella le había pedido ayuda para ocultar un cadáver y ahora era su cómplice.

Y una cosa era que ella fuera inculpada por matar a Héctor aunque su mente se hubiera empeñado en borrarlo, y otra convertir en cómplice a una de las personas que más quería en el mundo habría sido el acto más egoísta que había cometido en su vida. Era evidente que aquéllas eran exactamente las palabras que necesitaba oír, porque una insólita fuerza se apoderó de la joven, quien decidió en aquel mismo momento proteger a su hermano tanto como él la había protegido a ella. Y si para eso tenía que encubrir un asesinato, así sería.

Incluso Alberto percibió el cambio que Elisa acababa de sufrir en su interior, y una breve pero triunfal sonrisa se instaló en su cara mientras comenzaba a tejer una sólida coartada que los dos se aprenderían y defenderían hasta la muerte.

Mientras, la ciudad comenzaba a desperezarse, ajena a la pérdida que acababa de sufrir.

CAPÍTULO 2. SOL DE OTOÑO

El primer rayo de sol se coló por la ventana de Raúl acariciando suavemente su rostro. Acostumbrado como estaba a madrugar, sus sentidos se pusieron en alerta de inmediato. Se sentó en la cama y miró el reloj: las siete menos cuarto de la mañana.

¿Cómo podía haber tanto sol a esas horas un domingo de otoño? Y en

Asturias, nada menos. Entonces recordó que la semana anterior se había llevado a cabo el cambio de hora, así que, unos días antes habrían sido las ocho menos cuarto de la mañana. Se levantó de inmediato como si llegara tarde a algún sitio. Abrió la ventana y decidió que era un día perfecto para salir con la bici. Lástima no haberlo planeado con antelación, porque a esas horas ya estaría rumbo a Covadonga. Tenía tantas ganas de ir allí…

Le dolía un poco la cabeza. Claro que, con los tres cubatas que se había tomado la noche anterior, no era de extrañar. Se dirigió a la cocina a prepararse un zumo de naranja cuando recordó con fastidio que se le había olvidado hacer compra el día anterior. Lo apuntó en la lista que tenía pegada en la nevera, porque si no se volvería a olvidar sin remedio. Entonces puso una cápsula en la máquina de café que le había regalado aquella chica con la que salió el año anterior y se deleitó esperando a que cayera la última gota. Después hizo otro café para Héctor y partió unos plátanos en rodajas, que sirvió en un plato. Se encaminó a la habitación de su hermano y llamó con los nudillos, pero no obtuvo respuesta. La puerta no estaba cerrada del todo, así que la empujó para despertar al joven. No le había oído llegar la noche anterior, llegaría muy tarde. Aun así sabía que si no le avisaba para salir con la bici se enfadaría. Si no le apetecía ir, que lo decidiera él. Su hermano no estaba allí, la cama estaba hecha y la habitación ordenada.

“¡Qué cabrón! —pensó con cariño—. Parece que la cita fue mejor de lo que pensábamos, ¿eh?”. Miró el teléfono móvil por si durante la noche Héctor le hubiera dejado un mensaje advirtiéndole de que no dormiría en casa; después le diría que sí, que lo había mirado y ya está, pero ningún mensaje aparecía en la memoria del móvil.

Comprobó que tuviera puestos los datos móviles en el teléfono para que los mensajes llegaran sin problemas mientras estaba de ruta con la bici y, tras prepararse una pequeña mochila con algo de comer y una buena botella de agua, se enfundó unas mallas y una camiseta térmica y se dispuso a salir.

Antes le dejó una nota a su hermano encima de la mesa, muy bien podía haberse quedado sin batería. Así, si llegaba a casa antes que él, sabría dónde estaba su hermano mayor. Se calzó unas zapatillas y salió al sol otoñal dispuesto a darles trabajo a sus piernas. Unos rayos de sol furiosos le recibieron nada más poner un pie en la calle.

Desde luego, era bastante raro un día así en Asturias en pleno mes de noviembre y, a juzgar por la cantidad de gente que veía subida a una

bici o corriendo en solitario o en grupo, no era el único que había decidido disfrutarlo.

Feliz de salir con la bici, feliz del día tan maravilloso que había amanecido y sin saber al dolor al que se enfrentaría después, comenzó a pedalear.

CAPÍTULO 3. UNA LARGA ESPERA

El despertador sonaba furioso mientras Leandro luchaba por volver del mundo de los sueños. No parecía tener demasiado interés en apagarlo, salvo porque su mujer comenzaba a gruñir a su lado y el siguiente paso sería propinarle una buena patada en la espinilla, así que alargó la mano sin mirar y pulsó el botón que desconectaba aquel molesto ruido. Ella siempre le recriminaba el que hubiera comprado aquel "invento infernal que sonaba como una alarma antiincendios". Pero, precisamente, era el único despertador con un sonido capaz de hacer que se levantara con tal de no seguir escuchándolo. Le preocupaba tener que cambiarlo cuando naciera el bebé, porque sabía que llegaría tarde al trabajo en más de una ocasión. Por un momento, volvió a sumergirse en sus sueños tal y como los había dejado antes de oír el despertador, pero la tan temida patada en la espinilla lo sacó definitivamente del calor acumulado en la cama durante la noche. Con una sonrisa pensó que, al final de su carrera, deberían darle una placa a su mujer por conseguir que fuera a trabajar a diario.

Se levantó y se estiró intentando desperezarse un poco. Dio un beso a su mujer en el pelo; ella ni se inmutó. Después se encaminó a la ducha, donde dejó que el agua terminara de despejar un poco su cabeza. Entonces pensó en el bebé. Ana y él llevaban casi veinte años casados y hacía ya mucho tiempo que habían dejado de intentar traer un hijo al mundo. Ningún método había sido efectivo y aquello había estado a punto de terminar con su matrimonio. Así que aquel día, cuando ella le había dicho que estaba embarazada, la confusión se apoderó de él, después la risa, seguida del llanto, hasta que se instauró en él un miedo irracional que, por suerte, duró pocos minutos.

El agua corría por su pelo eliminando los últimos restos de champú. Tenía el cabello suave y espeso, totalmente salpicado de canas. Salió de la ducha sonriendo mientras se secaba y cogía la ropa para vestirse. Cuando llegó a la cocina, el café humeaba recién hecho y las tostadas

se doraban lentamente. Su mujer esperaba ante la cafetera con dos tazas en las manos. Leandro la contemplaba desde la puerta. Le encantaba verla así, con sus facultades mermadas por el sueño y el pelo revuelto delante de su cara. No era fácil ser mujer de un policía, era consciente. El año anterior había sido especialmente duro cuando había llevado el caso de Gabriel, el asesino de videntes. Un escalofrío y una punzada en el pecho le recordaron a Miriam, aquella desconcertante mujer pelirroja que tan importante se había vuelto para él.

Se acercó a su esposa, le dio un beso en la frente y la acarició en la tripa con cariño.

Ella contestó con un gruñido y él sonrió; siempre era así. No le gustaba hablar con nadie antes de tomarse el café, la conocía tan bien… Leandro desayunó a toda prisa porque, como siempre, se le empezaba a hacer tarde.

—Luego te llamo —dijo a modo de despedida. Guiñó un ojo y se marchó.

Salió a la calle. Pocos meses antes una ciudad bulliciosa le habría absorbido en su vorágine. Pero, tras el caso de las videntes, Madrid se le antojaba monstruoso, acechante y cruel. Habían decidido trasladarse al Norte, a Asturias, aunque eso suponía estar alejado del departamento de Homicidios, lo que no solo no le preocupaba, sino que agradecía. Gijón se desperezaba tranquilo, sin prisa alguna… y él necesitaba un poco de paz. Además, echaba de menos a Sara, su jefa, su compañera. No se entendía demasiado bien con su sustituta, y ella tampoco lo había intentado. Entonces llegó su mujer con la noticia del embarazo y ese mismo día pidió el traslado. Le quedaban aún unos meses para decidir si volvía a su puesto o se quedaba allí, en Gijón, ya se preocuparía de eso para entonces. Allí, la delincuencia no era comparable a la que sufriría día tras día en el centro de Madrid. Sí, probablemente podría acostumbrarse a estar en una ciudad como aquella.

Pensar en Sara le provocó una sensación amarga, que intentó sacudirse en cuanto atravesó la puerta de la comisaría.

—Buenos días, agente Silva, ¿alguna novedad?

—No, señor, lo de siempre. Hubo una salida anoche por un altercado en un local de moda. Dos niñatos borrachos peleándose por una chica… y ella encantada, por cierto.

—Ya, como siempre… ¿algo fuera de lo normal?

—No, acudimos también a una riña doméstica que por suerte no llegó a nada. Lo único que se podría considerar fuera de lo normal es un joven que ha denunciado la desaparición de su hermano —dijo la mujer policía desde el mostrador.

—¿Cómo dice? ¿Una desaparición?

—Bueno, eso dice él —respondió ella.

—¿Cuándo puso la denuncia? —preguntó Leandro comenzando a sentir un nudo en el estómago y un cosquilleo en la espalda.

—Anoche, señor, a las… 22.24, según pone aquí.

—¡Joder! ¿Y por qué no me han avisado antes?

—Bueno… porque no habían pasado veinticuatro horas… y porque se trata de un chico que se fue con una joven el sábado por la noche y no volvió a casa… ya sabe. No suena a desaparición, la verdad.

—Ah, pues nada, nada. Si a usted no le suena a desaparición, será que no lo es —

respondió Leandro con sarcasmo.

—En la madrugada del sábado al domingo salió de un bar acompañado por una mujer y es mayor de edad, por eso no he hecho mucho caso, la verdad.

—Ya veo. ¿Qué pasa, agente Silva? ¿Tantas desapariciones hay al día para no dar crédito a esta? ¿O es que le desbordó el exceso de trabajo?

—No me he saltado ninguna norma, señor. Y no, no ha sido por exceso de trabajo, simplemente no habían pasado veinticuatro horas —respondió ella visiblemente molesta a la vez que apretaba las mandíbulas y se obligaba a sostenerle la mirada.

—Joder, espero que sea una falsa alarma, porque como ese chico haya desaparecido de verdad se le va a caer el pelo —le amenazó él.

—Haga lo que crea que tenga que hacer, inspector —respondió ella dándole deliberadamente la espalda.

—En todo caso, quiero que se me informe de todo, absolutamente de todo lo que ocurra a partir de ahora y que se salga de lo normal.

—Por supuesto, señor —contestó ella con frialdad.

No le gustaba aquel inspector venido de la capital. Llevaba allí dos meses y ya se creía el amo de la comisaría. Se iba a enterar por la escena que le acababa de montar. Le iba a informar absolutamente de cada denuncia que cayera en sus manos.

—Deme el teléfono del chico que ha puesto la denuncia por desaparición y una copia de ella.

—Tome —respondió ella de mala gana tras rebuscar en los informes que tenía en una bandeja—. Aunque, de todos modos, está en la sala de espera. Volvió a las dos de la madrugada y no ha querido marcharse de aquí.

—¿Qué? ¡Joder! —exclamó Leandro enfadado. Llevaban un rato discutiendo y ahora resultaba que el chico seguía allí—. Deme la denuncia.

Leandro leyó por encima la hoja de papel que de mala gana le tendía la mujer. El chico se llamaba Raúl y estaba preocupado por la desaparición de su hermano pequeño, Héctor. Llevaba sin dar señales de vida desde la madrugada del sábado al domingo. Se encaminó hacia la sala de espera con la sensación de haber perdido un tiempo precioso.

El chico dormitaba en una de las incómodas sillas de la sala de espera. Era evidente que el agotamiento había podido con él, porque en aquella postura era casi imposible dormir. A su lado, varios vasos de papel vacíos que pertenecían a la máquina de café de la comisaría indicaban el tiempo que había intentado permanecer despierto. El joven tenía el pelo, de color castaño, despeinado y una incipiente barba asomaba por su cara sin remedio. Su ropa aparecía arrugada pero limpia. Leandro sintió una punzada en el estómago al pensar que hubiera pasado algo grave. Le tocó el brazo con suavidad para llamar su atención. De inmediato, el joven se despertó sobresaltado y visiblemente desconcertado.

—Disculpe… ¿Raúl?

El chico no tenía ni idea de quién era el hombre que estaba delante de él y, a juzgar por su mirada recorriendo la estancia, tampoco recordaba qué hacía allí. Entonces, de golpe, la realidad cayó sobre sus hombros y su semblante: estaba allí por Héctor. Se levantó y aceptó la mano que le ofrecía aquel hombre delgado de cara afable, pelo canoso y ojos azules.

—Buenos días, soy el inspector Gómez. Me acaban de comunicar que ha puesto usted una denuncia por una desaparición —comenzó el policía.

—Sí… mi hermano.

—Acompáñeme al despacho y me cuenta con tranquilidad lo que ha ocurrido, ¿le parece bien?

—Claro, claro, lo que haga falta —respondió él cogiendo la chaqueta y mirando la pantalla de su teléfono móvil.

Al pasar por delante de la policía de la entrada, el inspector Gómez le preguntó al joven:

—¿Quiere usted algo? ¿Ha desayunado?

—No, no, muchas gracias, no tengo hambre.

—Pero un café sí me aceptará, ¿no? —preguntó a la vez que miraba a la mujer de reojo para comprobar cómo se le iban tensando los músculos de la cara.

—Eh... sí, un café me vendría bien.

—Perfecto, la agente Silva se lo traerá “gustosa” a mi despacho, ¿verdad? —dijo con sorna sin perder de vista la reacción de la mujer policía—. No es su trabajo, por supuesto, pero es lo menos que podemos hacer después de tenerle esperando toda la noche.

Ella abrió la boca para protestar hasta que se dio cuenta de que el inspector la esperaba como espera un torero el toro en la plaza. Así que, en su lugar, cogió las monedas que le tendía su superior y, sin contestar siquiera, se fue a por el café de mala gana. Desde luego, lo siguiente que haría sería poner una queja sobre el trato vejatorio que, en su opinión, estaba recibiendo de aquel hombre. No estaba dispuesta a seguir aguantando.

Una vez en el despacho, el inspector le pidió al joven que se sentara y él hizo lo mismo en su silla, al otro lado de la mesa. Sacó una libreta usada del bolsillo de su chaqueta y tras coger un bolígrafo comenzó a hablar.

—Vamos a ver, Raúl, acabo de leer su denuncia y quiero, en primer lugar, pedirle disculpas por no haberle hecho caso desde el principio, comprenda que no se considera desaparición hasta las veinticuatro o

cuarenta y ocho horas desde que haya tenido lugar, a menos que haya un indicio claro, y más tratándose de un adulto.

—Lo sé, inspector, no les reprocho nada —dijo el joven aceptando las palabras de Leandro—. Yo no soy ningún hipocondriaco, ¿sabe? Es que conozco bien a mi hermano y sé que no se ha ido voluntariamente. Le ha pasado algo, estoy completamente seguro.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó el policía con el ceño fruncido.

—Es… es solo… que lo conozco bien —respondió abatido mientras se pasaba la mano por el pelo haciendo que quedase todavía más revuelto.

—Vamos a empezar por el principio —le pidió el inspector—. Veremos si hay algo que pueda servirnos de ayuda en el caso de que realmente permanezca desaparecido en contra de su voluntad.

—Se lo aseguro, inspector.

—Bien, comience a hablar, se lo ruego.

El joven suspiró, se limpió los ojos con un pañuelo de papel deshilachado por el uso y, tras pasarse las manos por la barba que empezaba a asomar, comenzó a hablar.

—Mi hermano se llama Héctor Areces y tiene veintiséis años. Vivimos en Gijón desde que yo empecé a trabajar, hace cuatro años. Él aprovechó para venirse conmigo y matricularse en la Universidad. Era su gran oportunidad para salir del pueblo. No le iba mucho la vida allí y, si le soy sincero, a mí tampoco.

—¿De qué pueblo estamos hablando? —le interrumpió Leandro de pronto.

—De Pesués, ¿lo conoce? La vida allí se reduce a cultivar la tierra y cuidar del ganado.

—¿Tienen ustedes familia? —preguntó el inspector sin dejar de escribir.

—Sí, allí viven nuestros padres y nuestra hermana mayor. Se casó muy joven y se quedó en el pueblo; tiene dos hijos.

—¿También vive del campo y la ganadería?

—No, ella no. Su marido heredó un par de casas que restauraron y

destinaron al turismo rural. No les va mal, la verdad. Mi cuñado ayuda a mis padres de cuando en cuando aunque tienen gente trabajando para ellos.

Leandro cogía notas sin parar. Poco a poco se iba haciendo una idea del tipo de persona que tenía delante. Parecía un hombre sencillo al que la vida había dado la oportunidad de salir del pueblo donde se había criado y la había aprovechado. Se trataba de un joven delgado, quizá demasiado, fibroso, acostumbrado al trabajo duro desde muy pronto, a juzgar por las callosidades y grietas dejadas en sus manos durante años. Medía más o menos 1,80 y su pelo castaño pedía hacía tiempo un buen corte. Sus ojos eran del mismo color que el cabello y las pestañas rizadas y espesas. La boca, fina, en un permanente gesto de preocupación. La incipiente barba y las arrugas de su ropa dejaban traslucir la larga noche pasada en las incómodas sillas de la comisaría. Leandro se fijó en sus deportivas, gastadas en la parte exterior, por lo que era probable que algún deporte realizado con regularidad provocara que sus piernas se arquearan hacia fuera.

—¿En qué trabaja usted, Raúl?

—En una empresa de marketing. Entré a prueba hace cuatro años y me quedé. Mi hermano da clases particulares en casa tres tardes a la semana y por las mañanas acude a la Universidad.

—¿Qué estudia Héctor? —se interesó Leandro cuidando mucho de hacer la pregunta en presente y de utilizar el nombre del joven. De algo le tenían que servir los cursos a los que le obligaban a acudir cada año.

—Estudia Marina Civil aquí, en Gijón. Aunque depende de la Universidad de Oviedo, la Escuela está en el campus de Viesques.

— Qué interesante.

—Sí, es buen estudiante, muy responsable y tenaz —le explicó el joven.

En aquel momento, Raúl pareció tomar conciencia de que Héctor podría no regresar jamás y el labio inferior comenzó a temblarle a la vez que evitaba mirar fijamente al policía. Intentaba no llorar, era muy probable que no lo consiguiera.

—Bien, Raúl, cuénteme qué ocurrió el sábado por la noche.

—El sábado… a ver… salimos de copas como casi todos los fines de

semana. Mi hermano a veces sale con sus compañeros de la Universidad, no siempre, porque a él no le gusta mucho beber y la mayor parte de las veces acaba la noche conmigo y con mis amigos. Encaja mejor en nuestro ambiente.

—¿A qué se refiere? —preguntó el inspector levantando la vista del papel.

—Bueno, Héctor es bastante maduro para su edad. Los jóvenes con los que va a clase son un poco… ya me entiende.

—Eh... no, lo siento, la verdad es que no lo entiendo.

—Se emborrachan cada fin de semana y se meten en líos. No quiero decir que nosotros no bebamos ni que no nos emborrachemos de vez en cuando, pero no es igual.

—¿Se refiere a que ellos tienen una forma diferente de divertirse?

—Sí, eso es. No es que a Héctor no le guste divertirse, ni mucho menos, no es un bicho raro. Cando le parece que pierden el control, se viene con nosotros.

—Ya veo, o sea, que son niños de papá que no miden las consecuencias de lo que hacen o algo así, ¿no?

—Exacto —sentenció el joven echándose hacia delante—. Mire, inspector, mi hermano y yo sabemos lo que es pagarnos nuestros estudios o incluso luchar por estudiar. La mayor parte de esos chicos lo ha tenido todo hecho; además, son más jóvenes, la mayoría tiene veinte años…

En aquel momento, unos golpes en la puerta precedieron a la agente Silva, quien venía con un café en cada mano; ni siquiera esperó a que el inspector le diera paso. Dejó los cafés encima de la mesa del policía de malas maneras, derramando parte al lado de unos papeles que salpicó sin control. El inspector ni siquiera se volvió para mirarla, cogió un pañuelo de papel y, sin quitar la vista del joven, secó la hoja que se había manchado. Ella apretó todavía más los dientes.

—Gracias, agente —dijo él sin inmutarse.

—Un placer —respondió ella con sarcasmo antes de darse la vuelta.

El chico observaba la escena con una mirada interrogadora. Leandro se percató de que el joven se había dado cuenta de que algo ocurría.

—Una mala noche, ya sabe —le comentó entonces—. Turno doble. ¿Por dónde íbamos? Bien… me estaba explicando por qué Héctor solía acabar las noches de copas con ustedes. ¿Fue así el sábado?

—El sábado por la noche salió directamente con nosotros. Tuvimos que insistirle un poco ya que estaba en el sofá viendo una película, al final se animó. Fuimos al bar de copas al que vamos siempre, está en Cimadevilla. Se llama El Hechicero, ¿lo conoce?

—No, no tengo ni idea. Me temo que mis años de salir de copas ya pasaron —

respondió con nostalgia sobre todo al pensar en el pequeño que venía en camino—.

Según leo aquí en su denuncia, su hermano salió de allí acompañado de una mujer.

—Sí, ya estaba cuando llegamos.

—¿Sabe el nombre de la mujer? —preguntó Leandro.

—No tengo ni idea, inspector.

—¿Sabe si ya la conocía su hermano? ¿O suele irse con mujeres que no conoce?

—No, que yo sepa. Pero como ya le digo Héctor no siempre salía con nosotros. A esta la conocía de un par de semanas antes, que habían estado charlando en el mismo bar. Sé que ni siquiera le había pedido el teléfono ni sabía su nombre. No se habían vuelto a ver.

—Y se marchó con ella del local… a las 00.15 más o menos, ¿correcto?

—Sí, sí, cuando mis amigos y yo vimos que Héctor se acercaba a saludarla le hicimos burla desde nuestra mesa. Él nos miraba de reojo e intentaba pasar de nosotros. La chica le gustaba, desde luego.

—¿Cuánto tiempo estuvieron allí los dos antes de que se marcharan?

—Hablaron más de una hora y media. Se reían bastante y mi hermano tenía esa sonrisa boba que se le pone a la gente cuando le gusta alguien.

—¿Le avisó de que se iba? Quiero decir que, siendo su hermano, a lo mejor le hizo algún comentario que pudiera aportarnos alguna pista.

¿Tenían ustedes suficiente confianza? Perdón, quise decir tienen.

Leandro se regañó mentalmente. “Tienes que hablar en presente, joder, que pareces novato. No sabes lo que ha ocurrido, ni siquiera si ha ocurrido algo, así que no preocupes más a este hombre”.

Raúl lo miró con extrañeza, no quiso hacer caso a la palabra que el inspector acababa de pronunciar en pasado. No quería ni pensar en ello. De pronto, comprendió lo que el inspector le estaba preguntando realmente y se relajó.

—¿Quiere usted decir que si mi hermano me habría dicho si se iban a casa de la chica o a un hotel o algo?

—Más o menos, sí —respondió Leandro.

—Sí, me lo habría dicho, sin duda. Esta vez no hizo falta. Simplemente vi que se levantaban y se iban juntos. No, en realidad, fue Mauro, uno de nuestros amigos, el que la vio y dijo exactamente: “Mira, parece que uno de nosotros va a dormir calentito esta noche”. Nos reímos del comentario y les saludamos desde nuestro sitio subiéndole un pulgar en señal de aprobación.

—¿Y cuándo exactamente se dio cuenta de que la cita se alargaba demasiado?

—Ayer por la mañana.

—¿No suele pasar la noche fuera? —preguntó Leandro extrañado; al fin y al cabo el joven tenía veintiséis años. A él no le parecía tan raro que pasara la noche con una chica.

—A ver, me pareció raro porque suele venir siempre a casa a dormir o, al menos, me avisa. Aunque, si le soy sincero, cuando vi que no había vuelto me alegré por él. La chica parecía… no sé… buena gente, ¿sabe?

—¿Me la puede describir?

—Creo que sí, más o menos.

—¿Más o menos? —preguntó el policía levantando una ceja.

—Bueno, inspector, tomé al menos tres copas.

—Ya… entiendo… Inténtelo, por favor.

—A ver… era más bajita que Héctor, que mide 1,73, y llevaba tacones, así que no creo que midiera más de 1,65. Pelo liso, castaño, por la mitad de los hombros, flequillo.

—Color castaño… —repitió Leandro mientras anotaba.

—Bueno, marrón oscuro. Me fijé en que era muy delgada.

—¿Era lo que se dice extrovertida o más bien tímida?

—Tímida, sin duda, y tenía buenas tetas.

Leandro sonrió sin dejar de anotar en el papel. El joven se dio cuenta de que había hecho aquella observación en voz alta, así que, incómodo, carraspeó y se recolocó en la silla.

—¿Sabe si tenía coche?

—Ni idea.

—¿No sabe entonces si se fueron caminando o en el coche de uno de los dos?

—No. Mi hermano no tiene coche, así que o se fueron andando o en el de ella.

¡Espere! ¡Sí! Debía de tener coche porque, ahora que lo recuerdo, llevaba unas llaves en la mano. El llavero era el del emblema de Nissan, creo.

—Algo es algo —murmuró Leandro sin dejar de escribir.

—Como le decía, ayer por la mañana, al ver que Héctor no había vuelto, cogí la bici y me fui de ruta aprovechando el buen tiempo —continuó él mientras Leandro sonreía al quedar desvelado el misterio de las piernas arqueadas.

— Sí —coincidió el policía—, también yo aproveché el sol de ayer por la mañana.

Invitaba a salir.

El joven miró el móvil por enésima vez desde que estaba allí y lo guardó de nuevo en su chaqueta. A Leandro no se le pasó por alto el detalle.

—¿Espera que llame su hermano?

—¿Cómo? ¿Me está tomando el pelo? —preguntó él repentinamente ofendido—.

¡Claro que espero que me llame mi hermano! ¡Desde ayer, para ser más exactos! Le he enviado más de veinte mensajes y le he llamado mil veces y su teléfono no está disponible.

—No he querido ofenderle, Raúl, ha sido una torpeza por mi parte. En realidad, quería que me dijera eso, cuándo fue la última vez que tuvo algún mensaje o llamada de su hermano —explicó el inspector en un tono tranquilo haciendo que el joven se revolviera inquieto en su silla.

—Cuando volví de montar en bici fui a su habitación y, al ver que la puerta seguía abierta y la cama hecha y sin tocar, tuve una sensación extraña. Cogí el móvil y le envié un mensaje. El último mensaje que tengo suyo es de la 1.42 de la madrugada. Un comentario un poco… bueno, mire.

El joven le tendió el teléfono un tanto incómodo. Se trataba de algo entre hermanos, no le hacía mucha gracia compartirlo. Sabía que la policía debía tener todos los datos, así que…

—Veamos —dijo Leandro mientras cogía el teléfono que le tendía el joven.

“Muérete de envidia, hermanito, está buenísima, no veas cómo folla…”.

Leandro le devolvió el teléfono al joven. Se podía hacer una idea de lo que había ocurrido.

—Entonces entre ustedes hay bastante confianza, ¿no? —carraspeó el inspector al comprobar que aquel joven se sentía un tanto incómodo hablando de aquel tema con él—. Si Héctor hubiera tenido alguna dificultad o, por lo contrario, la cita se hubiera alargado más de lo que esperaba, le habría avisado, ¿no?

—Sin duda alguna, inspector.

—¿Entonces a qué hora se preocupó realmente?

—A la hora del fútbol. Somos socios del Sporting y no nos perdemos ningún partido de los que juegan en casa. Quedé con los otros amigos con los que solemos ir y le envié un mensaje a Héctor diciéndole que nos veíamos allí directamente.

—Y al no aparecer le pareció que era demasiado.

—Sí, mis colegas intentaron tranquilizarme: “Tío, tranquilo, que el niño ha ligado…”

o “No seas envidioso…” o “Deja al chico que fo…”. Perdone —dijo de pronto desviando la mirada.

—No, no, por favor, no se preocupe.

—Bueno, mi amigo José decía: “Esa tía debe de ser una máquina, porque para perderse el fútbol… Déjale que eche otro, joder…”.

—Y usted se alarmó igualmente porque no era una actitud típica de su hermano, ¿no es así?

—No, para nada. Para empezar… que se perdiera el fútbol… Bueno, era impensable, pero lo peor de todo es que tenga el móvil apagado y no conteste ni a las llamadas ni a los mensajes.

—Ya… ¿y no podría haberse quedado sin batería, ¿no?

—Sí, claro, y también podría pedirle a la chica que le dejara llamarme o me enviara un mensaje o que le dejara cargar el móvil, no sé…

—Claro.

—Además, hoy tenía un examen en la Universidad y él no habría faltado. Es muy responsable.

—De acuerdo, Raúl, quiero que me facilite los teléfonos de todos los amigos con los que estuvieron el sábado por la noche, el nombre del bar, los nombres y teléfonos de los

compañeros de la facultad por si, casualmente, se hubiera puesto en contacto con ellos o se pusiera ahora.

—Por supuesto, inspector —respondió él a toda prisa mientras buscaba el pañuelo en su chaqueta.

—Tome —le tendió uno el inspector—, también necesitaré una fotografía de su hermano que sea lo más reciente posible y una descripción de cómo iba vestido el sábado por la noche.

—Gracias —murmuró el joven—. Voy a anotar los contactos que me ha pedido.

—Mire… —comenzó a decir Leandro con gesto paternal— sé que lo que le voy a decir es más sencillo de decir que de hacer: necesito que se vaya a descansar a casa. Será mejor que no vaya al trabajo hoy, no creo que esté en condiciones. Si le hace falta, puedo ir a hablar con su jefe.

—No, no, ya me he pedido el día libre. Le he dicho a mi jefa lo que ocurría y me ha dicho que me tome todo el tiempo que necesite. De todos modos no puedo ir a casa, inspector. Yo… estoy seguro de que le ha ocurrido algo, intento no agobiarme…

—Le entiendo perfectamente, no crea que porque estoy a este lado de la mesa no comprendo por lo que está pasando. Lo más seguro es que su hermano aparezca en cualquier momento, ya verá.

—¿Y si no aparece? ¿Y si realmente le ha ocurrido algo malo?

—Si fuese así, aunque lo más probable es que no lo sea, usted empezaría ahora por un proceso largo y doloroso que necesitará de todas las fuerzas que pueda acumular. Así que, sea como sea, necesita descansar.

—Lo intentaré —prometió abatido.

Algo más de diez minutos después, Leandro consiguió que el joven se fuese a casa a dormir y a comer algo decente. Le convenció de que en el ochenta por ciento de los casos aquellas desapariciones no eran tales. Claro que, si de verdad creía todo aquello que le había dicho al joven, ¿por qué no era capaz de deshacer el nudo que tenía en su

estómago desde que había comenzado a hablar con él? Ajeno al joven sin vida que permanecía en un lugar que solo Alberto conocía, encendió su ordenador.

CAPÍTULO 4: EL REFLEJO

Tatiana se cepillaba el pelo en el baño del instituto. Tenía el cabello largo, brillante, abundante y de un color entre café y miel que producía destellos cada vez que el sol se estrellaba contra él. Llamaba la atención y lo sabía. Siempre que le era posible, se acicalaba entre clase y clase. Sus profesores le habían llamado la atención: no podía pasarse la vida ante el espejo. Parecía que cada vez que hablaban con

ella conseguían el efecto contrario.

Cuando consideró que el pelo se veía suficientemente sedoso, sacó un estuche de su mochila, de la que jamás se separaba. Lejos de encontrar dentro bolígrafos, goma de borrar o un compás, Tatiana cogió un brillo de labios para retocarse una vez más y una brocha para arreglarse el ya perfecto maquillaje. Cuando se perfilaba los ojos por quinta vez ese día (eran las once de la mañana), le pareció ver una sombra tras ella que se movía veloz y salía del baño justo antes de que se diera la vuelta.

Se giró asustada. Pese a que no había oído nada, su piel se había puesto de gallina.

Con el perfilador de ojos en la mano, paseó la mirada por la estancia: no encontró a nadie. Las puertas de los retretes permanecían entornadas, ninguna con el pestillo echado, así que se obligó a tranquilizarse de inmediato. Aquella sensación permanecía en su piel haciendo que sus sentidos no fueran capaces de relajarse.

De pronto, la sirena sonó para avisar de que la siguiente clase estaba a punto de comenzar. Ella se apresuró a guardar sus pinturas y se dio la vuelta esperando volver al aula antes que el profesor de Geografía; si no, no la dejaría entrar, y sus padres volverían a hablar con ella sobre el problema que decían que tenía con el espejo.

“¡Menuda tontería! —pensó la muchacha—. ¿Acaso es un problema querer estar guapa? No creo. Claro que si yo tuviera el culo que tiene María o la cara de Lucía, no tendría mucho que hacer. Hay que sacarle partido a este cuerpo”.

Cuando ya salía del baño se giró para comprobar una vez más que se la veía perfecta, fue entonces cuando algo fuera de lugar captó su atención. Por un segundo estuvo tentada de irse de allí para correr hacia la clase, sabía que al volver dentro del baño acababa de quedarse fuera del aula, pero algo por dentro la obligaba a entrar de nuevo.

Su corazón latía tan deprisa que se sentía mareada. Repasó la estancia despacio. Las puertas aparecían igual que hacía unos minutos, los grifos cerrados, la ventana también.

Entonces, ¿qué era lo que había llamado su atención? Por más que miraba no encontraba nada fuera de lugar. Contempló su imagen reflejada en el espejo. Realmente era preciosa, por eso era la chica más popular, estaba claro. Cuando decidió que su mente le había

jugado una mala pasada decidió salir de allí. Se acercó al aula y comprobó que, tal como pensaba, el profesor ya estaba dando clase y la puerta permanecía cerrada. Ya el primer día les había advertido que, una vez que cerrara la puerta, nadie podría pasar, así que se encaminó a la biblioteca. Como llevaba consigo la mochila podría ir adelantando el trabajo de biología que debía entregar a la semana siguiente. Se sentó en la mesa que encontró más lejos de la puerta y se dispuso a sacar la carpeta. Pensó que muy bien habría podido arreglarse el pelo y el maquillaje con más calma al no haber entrado a clase. Ya que estaba en la biblioteca haría un poco del trabajo y subiría antes de que fuera la hora del recreo para arreglarse un poco más.

Recordó de pronto su imagen en el espejo cuando salía del baño. Entonces su mente procesó el detalle que no había sido capaz de captar antes. Su respiración se aceleró y un repentino terror se apoderó de ella. Recogió rápidamente lo que acababa de sacar de la mochila y se apresuró a subir, aunque algo dentro de sí le pedía que no lo hiciera. Al llegar al baño se obligó a respirar hondo varias veces para recuperar el control. En su mente ahora veía claramente (todo lo claramente que antes no había sido capaz de ver) parte de un zapato asomando de una de las puertas de un retrete. Entró al baño despacio, con sigilo. Miró a los espejos para comprobar que estaba en lo cierto. Por debajo de la puerta del fondo, que permanecía entornada, asomaba un zapato negro, la puntera más bien, Tatiana sabía perfectamente a quién pertenecía. A María, la chica de su clase que tenía aquel culo enorme.

—María... ¿eres tú? —preguntó con miedo, casi ni le salía la voz.

No obtuvo respuesta. Por un segundo se había enfadado al pensar que la joven se había escondido allí para espiarla, o para hacerle un vídeo mientras se arreglaba para ponerlo en alguna red social, aunque, en realidad, tampoco sería tan malo, cuanto más popular mejor. Algo le decía que no, que su compañera se encontraba en apuros.

—María… sal de ahí. No te puedes quedar escondida dentro del baño —le dijo mientras se acercaba a abrir la puerta—. No sé lo que te pasa, pero es mejor que….

Una repentina bola se instaló en su garganta. No le permitía hablar ni tragar, ni tan siquiera respirar con normalidad. Poco a poco se fue deshaciendo mientras un grito surgía de lo más profundo de sus entrañas. Gritó tan fuerte que incluso desde las aulas

más alejadas de aquel baño pudieron oírla. Los profesores fueron saliendo, uno por uno, mientras miraban hacia los lados del pasillo intentando encontrar la procedencia de aquella voz.

La primera en darse cuenta de que los gritos salían del baño de las chicas fue Gema, la profesora de Inglés de segundo. Corrió hacia allí mientras varios compañeros se unían a ella; entraron al baño casi a la vez. Tatiana seguía gritando sin control. De hecho, incluso se le empezaba a quebrar la voz de tanto gritar. Se sentía tan aterrorizada que ni siquiera los vio entrar.

La profesora de Inglés se acercó a ella e intentó calmarla, sin mucho éxito, a la vez que el profesor de Geografía seguía la mirada de la joven para averiguar qué le producía tanto miedo. María, la chica a la que Tatiana se refería como la del "culo gordo", colgaba de las tuberías del techo con la lengua fuera de la boca, totalmente amoratada y con el cuello en una posición imposible: se había ahorcado. Rápidamente el director irrumpió en el aseo. Le habían avisado varios alumnos de que algo grave ocurría en el baño. Cuando vio el cadáver de la chica y se percató de que dos profesores intentaban bajarla de allí, sacó el teléfono y les ordenó que se alejaran de la joven.

— ¿Habéis comprobado el pulso?

—Sí, sí, está muerta —respondió Paco, el profesor de Geografía.

—Joder —respondió él—. No la toquéis, hay que llamar a la policía. ¿Estáis seguros?

—Está caliente, Mateo, aún está caliente, pero no tiene pulso —dijo el profesor mientras se alejaba del cuerpo de la chica—. Esto no puede estar pasando.

—¿Caliente? Dios mío, no la sueltes entonces —respondió él acercándose de inmediato al cadáver.

El cuerpo no estaba caliente, solo tibio, con lo que era imposible que hicieran nada por ella, así que, tras hacer un gesto a su compañero, volvió al teléfono.

—Vamos, contesten… —susurró el director hacia el auricular. Entonces, alguien al otro lado de la línea habló.

—112, ¿tiene usted alguna emergencia?

—Sí, les llamo del Instituto Rosalía de Castro, en Gijón, soy Mateo Gómez, el director.

—¿Cuál es su emergencia? —repitió la voz al otro lado.

—Tenemos el cadáver de una alumna en uno de los aseos de la segunda planta. Se ha ahorcado.

—¿Han comprobado el pulso? ¿Están seguros de que está muerta?

—Sí, completamente —respondió con tristeza el director.

—Les envío una patrulla y una ambulancia. Facilíteme la dirección y no toquen nada, por favor.

El joven director se alejó un poco de los demás para poder escuchar mejor. Dentro del aseo varias personas sollozaban y la señal del móvil no era demasiado buena. Mientras, algunos alumnos curiosos entraban al baño; querían ver el cadáver. De pronto, Gema se dio cuenta de que alguien sacaba fotos con el móvil y, de inmediato, avisó a los demás, quienes obligaron a todos los alumnos a entregar sus teléfonos, lo que provocó una protesta colectiva.

—Tranquilos, os los devolveremos —les explicó el director—. Me parece increíble que estéis sacando fotos. Esa chica está muerta, esa chica tiene unos padres a los que hay que dar la noticia y a vosotros no se os ocurre otra cosa que hacerle fotos como si nada.

¿Es que no tenéis sensibilidad?

Algunos alumnos lloraban, otros ni siquiera se molestaban en disimular su desagrado. Los profesores se sentían demasiado alterados para recriminarles nada. Se prohibió la entrada al aseo hasta que llegaran la policía y la ambulancia, y el mismo director se quedó de guardia en la puerta para que nadie entrara. En un principio les pidió a los jefes de estudios que suspendieran las clases y avisaran a los padres para que recogieran a los muchachos antes de tiempo o les dieran permiso para marchar, pero después pensó que en los padres de María, la joven que permanecía colgando de una soga en el baño. Se dio cuenta de que no tardarían en enterarse más de cinco minutos en cuanto el primer alumno pisara la calle. Antes tenía que hablar con la policía. Le parecía increíble lo que estaba ocurriendo. Sabía que los medios de comunicación se le echarían encima; no le importaba. Un único pensamiento invadía su mente: ¿cómo se les dice a unos padres que su única hija no volverá nunca a casa? Justo cuando estaba a punto de

caerle su primera lágrima oyó una sirena en la lejanía y un intenso frenazo. La ambulancia acababa de llegar.

CAPÍTULO 5. BUSQUETS

Mateo se apresuró a acompañar a los sanitarios al aseo donde la joven permanecía colgando de aquella cuerda. La doctora se limitó a certificar la muerte de la chica y les pidió a todos que salieran a esperar a la policía. Se había visto involucrada en pocas muertes como aquélla, por suerte, pero sabía lo importante que era no contaminar las pruebas.

—¿Cuando llegaron ya estaba muerta? —le preguntó la mujer.

—No llevaba muerta mucho tiempo, ni tenía pulso ni respiraba. ¿Cree que debimos bajarla de allí? No me diga que podíamos haberla salvado…

—No, no, para nada. No sé si se ha dado cuenta de que tiene el cuello roto.

—Me pareció por la postura de la cabeza, aun así…

—No se torture —le pidió la mujer—, no podía hacer nada por ella. Estaba muerta.

—Es que… cuando llegamos el cuerpo aún estaba caliente —dijo entonces el director visiblemente afectado—. Al menos eso dijo el profesor que intentaba bajarla, a mí me pareció que estaba tibia.

—Bueno, un cuerpo no se enfría en un momento. ¿Han tardado mucho en llamarnos?

—No, no, ha sido en el momento —respondió Mateo con seguridad.

—Nosotros hemos tardado menos de diez minutos en llegar y, sí, estaba tibia.

Llevaba más tiempo muerta, no diez minutos. Estoy convencida de que murió nada más colgarse, aunque…

—¿Aunque qué? —preguntó Mateo, que empezaba a albergar sospechas.

La mujer miró al director y pasó unos segundos sopesando lo que iba a contestar.

Finalmente dijo:

—Nada, aunque habrá que ver qué piensa la policía. Si me disculpa…

Se dirigió a su compañero de la ambulancia; estaba claro que, fuera lo que fuera lo que estaba pensando, no lo compartiría con Mateo. Él, por su parte, deseaba que llegara la policía y comenzara la investigación. Minutos después, una patrulla apareció en el pasillo y se dirigió hacia donde estaban todos custodiando el aseo donde permanecía la joven. El policía se presentó y le pidió al director que le enseñara dónde habían encontrado el cuerpo. Mateo se dirigió con ellos al interior del baño de las chicas y señaló al retrete donde el cuerpo de María colgaba sin vida; sintió náuseas.

—¿Han certificado la muerte? —preguntó a la doctora.

—Sí, mi compañero está preparando los papeles, ya los he firmado.

—Bien, tenemos que esperar a que vengan los de la Científica y alguien del departamento de Homicidios. No pueden entrar aquí, ¿de acuerdo?

—Ya me lo imaginaba —respondió el director con una mueca de dolor en su rostro.

Mateo no podía dejar de pensar en los padres de la chica. Además, le parecía horrible que la pobre permaneciera colgando del retrete más tiempo, ojalá se pudiera hacer de otro modo. Deseaba que los chicos por fin se marcharan hacia sus casas con las mochilas y los libros a cuestas. El bullicio del pasillo casi reconfortaba al joven director. Cualquier cosa era siempre mejor que verlos sufrir.

Los dos policías se acercaron al personal de la ambulancia y les pidieron el certificado de defunción. Uno de ellos se dispuso a leerlo mientras su compañero se plantaba en la puerta del retrete para relevar al director.

—¿Lo han visto muchos alumnos? —preguntó entonces—. ¿Quién la encontró?

—No, muchos no —respondió Mateo mientras intentaba volver a sus recuerdos para ver qué alumnos habían pasado por el aseo a curiosear —. La encontró una alumna de segundo curso, se llama Tatiana…

—¿Apellido? —preguntó el policía apuntando de inmediato el nombre en una pequeña libreta.

—No lo recuerdo… discúlpeme de repente, no soy capaz de recordar el apellido de Tatiana —respondió atónito el director. Por su cara, al policía no le resultaba tan extraño.

—No se preocupe, después lo comprobaremos.

—Es que yo sé el nombre y apellido de los alumnos… —protestó Mateo—. Y ahora soy incapaz.

—¿De todos? —se sorprendió el policía.

—Bueno… de casi todos, hay algunos alumnos de primero a los que aún no conozco, al resto sí.

—Joder, a mí me cuesta saberme el nombre de los miembros de mi familia a veces…

¡Ja, ja, ja!

Mateo miró al policía con dureza. ¿Cómo podía bromear en aquel momento? No solo María permanecía colgada en un retrete, sino que encima él parecía haber perdido facultades de pronto.

—Disculpe —dijo entonces el policía—, no quería ofenderle.

—No, no se preocupe, es que estoy bastante alterado —respondió Mateo. Realmente no tenía ninguna importancia que no recordara el apellido de la joven ni que aquel hombre gastase una pequeña broma; él ni siquiera conocía a la chica.

—Aquí están mis compañeros —dijo entonces el policía mientras señalaba a una mujer altísima y a un hombre que le llegaba por los hombros. Venían vestidos de paisano.

—Buenos días —dijo el hombre mientras le tendía la mano a Mateo—. Encantado de conocerle, soy el inspector Busquets, de Homicidios, y antes de que lo pregunte, sí, soy catalán, y no, no tengo nada que ver con el futbolista.

Mateo estrechó la mano de aquel hombre con educación, pero él no estaba encantado en absoluto de conocerle. Le importaba una mierda que fuera catalán, primo o no del futbolista o del mismísimo Papa. Lo que quería era que investigaran lo que acababa de

ocurrir, buscar la manera de comunicárselo a los padres de la chica y que los alumnos sufrieran lo menos posible.

—Buenos días —dijo entonces la alta mujer que llegó con él—. Siento mucho lo ocurrido, soy la inspectora Vargas, la compañera del inspector Busquets, que es catalán y no es pariente del futbolista —añadió a la vez que ponía los ojos en blanco como dándole la razón al director sobre la impresión que había sacado de aquel hombre.

La mujer tenía una sonrisa educada y llena de ternura. Él correspondió al apretón de manos y a la sonrisa, esta vez de forma sincera.

—Bueno, dejemos de perder el tiempo —exclamó el inspector mientras señalaba el baño—. ¿Es aquí donde está el cadáver?

Mateo se adelantó hacia la puerta del baño, el joven policía que lo custodiaba se hizo a un lado para que pudieran pasar. Notaba cómo la ira se iba apoderando de él por segundos. No le gustaban en absoluto la falta de sensibilidad y la arrogancia que destilaba el tal Busquets. En cuanto se marchara de allí, sabía la llamada que quería hacer.

—Sí, es aquí donde está María —respondió visiblemente enfadado; esperaba que aquel imbécil se diera cuenta cuanto antes, Confiaba en que, al menos, fuera bueno en su trabajo.

—¿Ha dejado marchar a los alumnos? —preguntó entonces Busquets —. ¿No le parece que eso es algo que debería haber ordenado yo?

—Los han llevado al salón de actos, estaban bastante afectados tanto ellos como los profesores. Les haré volver al aula si lo cree oportuno.

—No, no, espero que no haya que lamentarlo —respondió el policía con un tono de condescendencia que aumentó la ira del director.

La mujer le tocó suavemente el brazo para que mantuviera la calma. Él se relajó de inmediato.

—¿Quién la encontró? —preguntó el inspector Busquets.

—Una alumna de segundo, Tatiana Fuentes —respondió él de inmediato.

“¡Eso! ¡Fuentes! No estoy perdiendo facultades, solo estaba un poco bloqueado” —

pensó con alivio.

—¿La ha mandado a ella también al salón de actos?

—No, Tatiana está muy afectada. Se encuentra en la enfermería —le explicó Mateo intentando mantener la calma—. Pensaba llamar a sus padres tras hablar con ustedes.

Lo que sí debo decirle que unos cuantos alumnos se colaron aquí antes de que nos diéramos cuenta e hicieron fotos.

—¿Qué? ¿Les han dejado hacer fotos del cadáver? ¡No me lo puedo creer! A estas horas estarán recorriendo el mundo…

—No somos tan ignorantes, inspector, les hemos requisado los móviles. Es posible que alguno haya mandado fotos de María, aunque lo dudo mucho, se los hemos quitado de inmediato, los tengo en mi despacho.

—Después los tendremos que revisar —respondió él.

—Por supuesto —coincidió Mateo.

—Bien, a ver si llegan los de la Científica y hacen fotos y demás. Es un claro caso de suicidio, así que no creo que se dilate mucho —comentó el inspector, quien estaba deseando salir de allí; era la tercera vez que miraba el reloj desde que había llegado.

—Disculpa que me entrometa… ¿estás seguro de que ha sido un suicidio? —preguntó la subinspectora de pronto.

—¿Qué iba a ser si no? ¡Joder, ya empezamos!

Ella tragó varias veces, como si necesitara reunir fuerzas para enfrentarse a su compañero.

—Mira, Albert, aún no sabemos si la chica tenía motivos para suicidarse. En todo caso, la manera elegida para quitarse la vida me resulta extraña.

—¿Ahorcarse te parece extraño como método de suicidio? —gritó el inspector.

Comenzaban a salirle unas ronchas rojas por la cara a medida que se iba enfadando.

Curiosamente, a Mateo empezaba a pasarle exactamente lo contrario. Según aumentaba la ira del inspector, disminuía la suya y la simpatía por la alta subinspectora se disparaba. Ella, sin inmutarse en absoluto,

siguió con sus observaciones.

—Albert, no digo que esa forma de suicidarse sea extraña, digo que lo es en este caso.

¿Por qué eligió este lugar? Al colgarse de esta tubería llegaba perfectamente al retrete, podría haber colocado los pies encima. ¿Ves que casi llega a tocar el suelo?

—Se rompería el cuello nada más lanzarse —respondió él.

—Si, es posible —cedió ella—. Habrá que preguntarle al forense si la altura desde la que se lanzó es suficiente para que se le rompiera el cuello.

—Me pones de los nervios, Mar… —respondió el inspector ya sin argumentos.

Ella sonrió para sus adentros sin dar ninguna muestra de ello. Mateo se dio cuenta enseguida; para alguien tan observador como él no podía pasar desapercibida una sonrisa disimulada: la pudo ver en sus ojos.

—Bien —dijo el inspector intentando recuperar el control—. Vamos a hablar con la chica que la encontró y con todos los que hayan pasado por aquí desde entonces.

¿Dónde está la enfermería?

—Por aquí —señaló Mateo mientras salía del baño.

Sentía una enorme sensación de desasosiego cada vez que salía de aquel aseo. Tenía la sensación de que abandonaba a la joven. Justo en aquel momento llegó el equipo de la Policía Científica. Se podían ver las letras en sus chalecos. Como si le leyera el pensamiento, la subinspectora Vargas se dirigió a él y le dijo:

—No se preocupe, cuidarán de ella.

Mateo, cabizbajo, reprimió las ganas de llorar y bajó las escaleras hacia la enfermería con el inspector casi pisándole los talones. Cada minuto que pasaba le caía peor, la llamada que quería hacer comenzaba a ser urgente.

Tatiana permanecía tumbada en una camilla. No le quedaba ni rastro del maquillaje que con tanto cuidado se había aplicado todo el día.

Gema, su profesora, se había molestado en retirárselo con una toallita cuando había visto la máscara grotesca en la que se estaba convirtiendo por las lágrimas.

—¿Está dormida? —preguntó Mateo nada más entrar.

—Más o menos. La doctora que vino con la ambulancia le administró un calmante; estaba histérica.

—No me extraña —añadió él.

—Vaya, qué bien —dijo entonces el inspector—. Debemos hablar con ella y tenemos más cosas qué hacer.

—Albert, vete si quieres a hablar con los profesores mientras tanto y yo intento despejar un poco a la chica para que me cuente cómo encontró a su compañera,

¿quieres? Después redacto yo el informe.

Al inspector, de pelo negro y abundante y cuerpo cuidado en el gimnasio, no le hacía ninguna gracia dejar sola a su compañera para que interrogara a la joven. Estaba acostumbrado a organizar a todos. Pero la promesa de no tener que ocuparse del papeleo era demasiado golosa como para dejarla escapar, así que consintió en que la subinspectora se quedara allí y salió en busca del resto de los profesores. Mateo se lo agradeció en silencio.

—Tatiana… Tatiana… —dijo ella agitando a la chica con suavidad.

Ella pareció volver de un sitio muy lejano. Incluso miró a los lados con sorpresa; no sabía dónde se hallaba. De pronto, comenzó a recordar la imagen de su compañera colgando con la lengua fuera, el zapato asomando por debajo de la puerta y su imagen en el espejo, y las lágrimas volvieron a brotar. Al menos esta vez no estaban acompañadas de gritos y espasmos, el calmante hacía su trabajo.

—Tatiana… ¿puedes hablar? Soy la subinspectora Vargas… Mar, si lo prefieres, La verdad es que necesito hacerte unas preguntas cuanto antes. Si pudiera esperar, lo haría, ya sé que acabas de vivir una experiencia horrible.

La joven asintió con la cabeza mientras se limpiaba una lágrima rebelde que resbalaba por su cara. Miró a la mujer que hablaba ante ella. Sentada era casi igual de alta que Gema, su profesora, quien permanecía a su lado. ¿Cuánto mediría?

—Bien, Tatiana, necesito saber, en primer lugar, si encontraste tú a tu compañera…

María, ¿no?

—Sí, es María, va conmigo a algunas asignaturas.

—¿Os conocíais bien?

—No, no éramos amigas, si se refiere a eso, ni de coña —respondió la joven dejando bastante claro que no era una persona digna de su “amistad”.

—¿Sabes si tenía algún problema con algún alumno?

—¿Quiere decir que si alguien se reía de ella o algo?

—Bueno, sí, más o menos, lo que necesitamos saber es si podría tener motivos para quitarse la vida —le explicó la mujer.

—¿Con ese culo? ¡Claro que se reían de ella! Además, era rara de coj… quiero decir rara de narices.

—Entonces, perdona que te pregunte esto, Tatiana, pero si no teníais nada en común y piensas que estar rellenita puede ser un motivo para reírse de una persona hasta el punto de no querer vivir, no entiendo tus lágrimas —le comentó con una dureza inusual en ella.

—Es que no sé por qué me ha tenido que tocar a mí encontrarla. Lo hizo aposta, seguro, ella sabía que cuando puedo voy a ese baño a arreglarme y ella tendría que haber estado en la planta baja, le tocaba clase de Alemán, en ésa no coincidimos. Se podía haber matado en otro sitio.

—Vaya, siento que te haya fastidiado tanto con su muerte. Ella, total, no ha perdido nada, solo la vida —respondió con ironía la subinspectora, a quien la actitud de aquella niña malcriada le empezaba a sacar de quicio—. ¿Viste algo que se saliera de lo normal?

—Eh… no… bueno… no estoy segura.

—Dime todo lo que recuerdes —le pidió ella a la vez que suspiraba.

—A ver... estaba retocándome el maquillaje en el baño de chicas de la segunda planta y me pareció que una sombra se movía muy deprisa detrás de mí.

—¿Pudiste verla en el espejo? —preguntó la policía.

—No, en realidad pasó muy deprisa y ni siquiera estoy segura de que fuese verdad.

Puede que me lo imaginara. El caso es que me fui a la biblioteca a hacer un trabajo y entonces, ¿se lo puede creer?, mi cerebro se dio cuenta de un detalle.

—¿Tu cerebro?

—Bueno, claro, ¿qué si no? Se ve que yo me había dado cuenta sin darme cuenta, no sé si me entiende, de que asomaba un zapato por debajo de la puerta del retrete del fondo.

—Sí, lo entiendo. Sigue… —le pidió Mar con tono cansado.

—Subí a toda velocidad. No sé si me entiende, podría haber alguien en apuros.

—Sí, lo entiendo otra vez.

—Y entonces me acerco… yo no quería acercarme, pero no sé si me entiende…¡mis pies se movían solos!

Aquella vez Mar no se molestó en contestar. Simuló escribir en su bloc y cruzó los dedos para que la chica terminara de hablar cuanto antes.

—Cuando vi que el zapato era de María quise darme la vuelta, pero no lo hice.

Entonces la llamé y no respondió, así que tenía que hacer algo. Creí que estaría allí llorando como otras veces… Al abrir y verla así… ¡qué fuerte!

—Sí, qué fuerte —coincidió Mar, quien era incapaz de entender la falta de empatía de algunas personas.

—Y entonces me puse a gritar y ya no recuerdo mucho más. ¡Joder! Tenía que ser allí, menuda egoísta… ¡Dios mío! —exclamó entonces al verse reflejada en una vitrina de la enfermería donde guardaban las gasas, las tiritas y el alcohol.

—¿Qué te pasa? ¿Has recordado algo más?

—No, es que estoy horrible. Mire… no me queda nada de maquillaje. Tengo que arreglarme ahora mismo…

De manera inconsciente, Mar recordó sus años de instituto en que se reían de su estatura, su torpeza y demás. “Son las mismas historias con diferentes personajes” —

pensó con pena antes de salir de la enfermería en busca de su compañero.

El inspector Busquets hablaba con los profesores y, a juzgar por la cara de todos y en particular por la del director del centro, no se mostraba demasiado agradable. Cuando la vio aparecer en la sala de profesores, se levantó, recogió sus cosas y se dispuso a salir.

—Perdón —intervino el director—, ¿se marchan ya?

—Sí, claro, por el momento todo indica que ha sido un suicidio. Dejaremos trabajar a los de la Científica y volveremos mañana.

—Y… ¿y el cadáver de María? —preguntó uno de los profesores; parecía horrorizado.

—Cuando acaben los técnicos se llevarán el cuerpo para hacerle la autopsia. De todos modos, el forense habrá llegado ya. No tardarán mucho.

—¿Y los padres de la chica? —preguntó Mateo con un hilo de voz—. ¿Se lo comunicarán ustedes?

—Por supuesto —respondió el inspector algo molesto.

—Yo… me gustaría estar presente. Gijón es una ciudad pequeña, conozco a sus padres, y creo que…

—No será necesario —le cortó el policía—. Como comprenderá, he dado este tipo de noticias muchas veces y, además, es mi trabajo. No supone ningún problema hablar con la familia.

“Eso es precisamente lo que me preocupa —pensó Mateo sin atreverse a decirlo en voz alta—. La cantidad de veces que hayas comunicado a una familia que su hijo acaba de morir, gilipollas”.

—Albert, si quieres puedo acercarme yo a ver a la familia, tú tienes esa reunión tan importante con el comisario, ¿recuerdas? —dijo de manera providencial la altísima policía; Mateo contuvo la respiración.

—Es cierto, no me acordaba. De acuerdo, ve tú, ya me has visto comunicar la muerte de alguien a su familia más veces.

Ella suspiró y miró de inmediato al director. Por supuesto, le dejaría acompañarla.

Tenía razón: conocía a la familia y tenía que estar con ellos cuando supieran la noticia.

El inspector Busquets pensaba en la reunión que tenía más tarde; hacía mucho tiempo que quería marcharse a Barcelona y ahora que surgía la oportunidad no la dejaría escapar. Estaba harto de aquella ciudad.

Mateo suspiró aliviado antes de recordar lo ocurrido. De inmediato notó el peso del mundo sobre sus hombros. Los padres de María se llevarían la peor noticia de su vida y él tendría que estar presente cuando se derrumbaran. Agradeció el poder ir con la subinspectora Vargas, transmitía tranquilidad. No pudo reprimir una lágrima que escapó furtiva al recordar el cadáver de la chica colgando de aquella tubería. A veces la vida era tan cruel…

Sacó el teléfono de su bolsillo, ya no lo dilataría más. Iba a realizar aquella llamada de inmediato. Él sabría cómo actuar. Eran las doce y media de la mañana del lunes y ya parecía llevar en el instituto una eternidad.

CAPÍTULO 6. SI TÚ ME DICES VEN…

Mateo salía de casa de María Blanco. Había acudido junto a la subinspectora Vargas a dar la noticia a sus padres. Sabía que sería duro, jamás pensó que tanto. Una sensación de vacío se había instalado en su cabeza. Deseaba llorar por la chica, por su familia, por sus compañeros, por la pérdida, ni una lágrima quiso abandonar sus ojos. Se sentía como si alguien se hubiera metido en su cabeza para controlar sus emociones.

Cogió la copa ancha que, medio en broma medio en serio, había heredado de su abuelo. Recordó cuando, de niño, veía a su abuelo servirse un buen coñac en aquella misma copa los domingos por la tarde. Él siempre le decía cuánto le gustaba la forma del cristal, lo ancho que era, y su abuelo siempre le contestaba lo mismo: “Cuando yo me muera… para ti”. Hacía tanto de aquello… ¿Por qué recordaba ahora aquellas tonterías? Mientras pensaba en aquello vertió una buena cantidad de licor, que se afanó en terminar cuanto antes.

Nada más sentir el líquido tibio bajando por su garganta y quemándolo todo al pasar, las lágrimas se agolparon en sus ojos y se apresuraron a salir. Llenó una segunda copa, estaba decidido a verter hasta la última lágrima y si para eso tenía que terminar la botella, no tendría ningún reparo en hacerlo, aunque el alcohol no formara parte de su dieta habitual. Cuando por fin sintió que recuperaba el control, cogió el teléfono e hizo la llamada que llevaba horas aplazando y que tantas ganas tenía de hacer.

—¡Mateo! ¿Qué tal? ¿Pasa algo? Estoy trabajando.

—Ya lo sé, necesito tu ayuda —dijo el director sintiendo el peso del mundo sobre él.

—¿Estás bien?

—Eh… bueno, me gustaría hablar contigo. ¿Podemos vernos un momento? No te quitaré mucho tiempo, te lo prometo.

—A ver… espera un segundo, voy a ver qué tengo pendiente…

El director miraba su copa sopesando si volver a llenarla o no. La necesidad que había sentido al llegar a casa se había esfumado, así que la dejó encima de la mesa y se levantó a guardar la botella.

—Mateo… ¿sigues ahí? Oye, puedo quedar a tomar un café en quince minutos, ¿te va bien?

—Sí, sí, perfecto. Nos vemos donde siempre —respondió el director pensando que no le vendría mal ese café; comenzaba a sentirse mareado.

Mateo colgó el teléfono y, de inmediato, se sintió aliviado. Su hermano siempre estaba ahí. Daba igual que viviera a cuatrocientos metros o a cuatrocientos kilómetros, siempre podía contar con él, y era precisamente con él con quien necesitaba hablar.

Veinte minutos más tarde Mateo entraba en el bar y pedía un café con leche fría, como a él le gustaba. Sabía que su hermano lo pediría solo, bien fuerte, hasta en eso eran distintos. Casi se sobresaltó cuando oyó esa voz tan familiar pidiendo un café doble.

—¡Mateo! ¿Llego tarde?

—No, no, qué va, me acabo de sentar, tranquilo. Muchas gracias por venir tan pronto

—le decía mientras le daba un sincero abrazo.

—Me tienes preocupado. ¿Qué ha ocurrido? ¿Te han dejado salir del instituto a esta hora? Qué raro…

—Bueno, es por eso por lo que te he llamado, Leandro.

El inspector miró a su hermano pequeño con preocupación. No sabía qué podía ser tan horrible, que evidentemente lo era, porque Mateo era el más tranquilo de los dos, el que menos dejaba traslucir sus sentimientos, y aquel día parecía haber perdido los papeles del todo. Incluso juraría que había bebido.

—Verás… —comenzó Mateo— hoy se ha suicidado una alumna de segundo.

—¡No jodas! —exclamó el inspector mientras se atragantaba de inmediato con el café, además de quemarse la lengua—. ¡Joder!

—Inspector —le reprochó con sorna su hermano—, controle su lenguaje.

—¡Ja, ja, ja! ¡Me he achicharrado la lengua!

—Ya lo veo, ya…

—A ver… cuéntame lo de la alumna. ¿La conocías bien? ¿Tenías confianza con ella?

—Bueno, no más que con el resto de los alumnos. Desde que soy el director, ya sabes, trato menos con ellos y con los que más me relaciono… en fin… no suele ser buena señal.

—Entonces la chica no era de las problemáticas, ¿no es así?

—No especialmente, aunque algunos alumnos la daban de lado porque estaba bastante gordita.

—¿Y crees que eso ha hecho que se quite la vida? Ha debido ser muy duro, ¿te han avisado sus padres?

—No, no, si en parte estoy así porque se ha suicidado en los retretes del instituto, Leandro.

—¡Joder! ¿La has encontrado tú?

—No, la ha encontrado otra alumna. Una niña consentida y malcriada.

Esto no te lo he dicho.

—Vale, vale, me queda claro —añadió Leandro guiñando un ojo. Quería intentar quitar un poco de agobio a su hermano, se le veía destrozado—. Me has llamado porque necesitabas hablar del tema, supongo.

—No —respondió Mateo tajante; su hermano volvió a dejar el café en la mesa, pese a estar a medio camino de darle un sorbo—. Te he llamado porque necesitaba hablar con el inspector Gómez, el de Homicidios, no solo con mi hermano mayor.

—Bueno, Mateo, sabes que ahora no estoy en Homicidios. Desde que vine a vivir a Gijón…

—¡Déjate de tonterías, Leandro! Eras, eres y serás de Homicidios hasta que la muerte os separe.

—¡Mira qué graciosito está mi hermano pequeño!

—En serio, Leandro, lo de que viniste aquí en busca de tranquilidad porque no soportabas más la presión del trabajo en Madrid, porque el caso de las videntes acabó contigo, porque Sara está destrozada y eso te destroza porque sigues culpándote de lo que le ocurrió… en fin… es posible que al principio fuese así, ahora ya no. Dime una cosa, ¿hay un solo día en que no mires la página de sucesos del periódico?

—No, la verdad es que no. Hay dos personas en el mundo a las que no puedo engañar: a Ana y a ti. Ana, simplemente, no habla del tema porque está encantada con la vida en esta ciudad, y si te soy sincero, yo también. Sin embargo, tú también sabes que no seré feliz firmando multas y declaraciones de peleas de vecinos toda mi vida.

—Hay otra persona a la que jamás has podido engañar —le dijo entonces Mateo.

—Si te refieres a mí mismo, no estoy de acuerdo, cada vez se me da mejor.

—No me refiero a ti mismo, me refiero a Sara.

—Sara… ya….

—¿Sabes algo de ella? —preguntó el director; sabía lo importante que era aquella mujer para su hermano.

—No, charlé con ella un par de veces, pero ni siquiera tenía ganas de hablar. La llamé para decirle que me había pedido el traslado a Gijón y me prometió que vendría a verme. No sé nada más.

—Pensé que estaría mejor, la verdad —confesó el joven director.

—Bueno, volvamos a lo de la chica. No entiendo para qué me necesitas siendo un suicidio…

—Es que no creo que lo fuera.

—¿Estás de coña? Supongo que irían del departamento de Homicidios, ¿no?

—Sí, claro. Es más bien una sensación, Leandro.

—Habla, porque con suposiciones y sensaciones no vamos a ningún lado.

—Te he llamado por dos razones, Leandro: la primera, porque creo... no, estoy seguro de que no fue un suicidio, y la segunda, porque han puesto al mando a un gilipollas que no se entera de nada.

—Bueno, en lo primero a lo mejor te puedo ayudar; quiero decir, que si me explicas bien lo que te hace pensar que no ha sido un suicidio, podemos ver algún indicio de que tengas razón, en lo segundo… la verdad… yo no me puedo meter. De hecho, hoy me ha llegado un caso que estoy seguro de que va a acabar siendo de Homicidios y en cuanto mis sospechas se confirmen tendré que avisar a Oviedo y dejarlo.

—Qué pena —susurró Mateo con resignación; en realidad, se lo esperaba.

—¿Qué te hace pensar que no se ha quitado la vida?

—A ver —comenzó a hablar el director, aunque enseguida su hermano le puso la mano en el brazo para interrumpirle.

—Espera… ¿te parece que comamos aquí y me lo cuentas desde el principio?

—Claro, ¿puedes quedarte?

—Sí, sin problema, vamos a aquella mesa.

Mientras los dos hermanos se sentaban en una mesa alejada de la puerta para estar lo más tranquilos posible, Mateo daba vueltas a lo

que había vivido por la mañana para no olvidar ningún detalle.

—A ver… cuéntame… —le pidió Leandro.

—De acuerdo. A eso de las once de la mañana ha empezado un revuelo tremendo y varios alumnos han irrumpido en mi despacho y me han pedido que subiera a la primera planta.

—¿Les enviaba alguien a buscarte?

—Eh… no, creo que no, que les pareció que ocurría algo grave y pensaron que debían avisarme.

—Ésa es buena señal, hermanito. Deberías estar orgulloso —le felicitó él—. Que varios adolescentes te busquen sin que nadie les mande cuando creen que ocurre algo grave quiere decir, primero que les das confianza y, segundo, que se sienten protegidos contigo al mando.

—¿Tú crees? No me había parado a pensarlo, la verdad.

—Yo creo que sí —insistió el policía.

—De todos modos, yo no me siento orgulloso en absoluto, al menos hoy.

—Ya me imagino. A ver, sigue contándome.

—Bueno, lo que te decía. Salí corriendo del despacho y subí a la primera planta. Se oían unos gritos de una mujer, eran desgarradores. Mira… se me pone la piel de gallina cuando me acuerdo.

—Normal —le disculpó Leandro—. Y entonces, ¿qué viste?

—Una chica estaba colgando de…

—¡No! ¡Mateo, así no! —le regañó su hermano mayor. Él se quedó momentáneamente perplejo—. Explícamelo como cuando éramos niños y jugábamos a ser detectives,

¿recuerdas?

Mateo se perdió mirando a la nada. De inmediato, sus recuerdos le asaltaron. Se vio a sí mismo cuando tenía ocho años. Se encontraban en el salón de su casa, recostados en el suelo, cerca de la mesa camilla que albergaba el brasero en su interior. La casa donde vivían era vieja y el frío parecía colarse incluso por las tablas del suelo. Su hermano Leandro, un adolescente de trece años, le pedía que cerrara los ojos y

describiera a su padre, que acababa de entrar. Él decía que llevaba puesta una camisa, una corbata, un pantalón… pero eso a su hermano no le servía. Cuando le tocaba a él era capaz de describir con pelos y señales el tipo de pantalón, si tenía alguna mancha, si los zapatos

portaban algún resto de barro, arena o demás, si llevaba la corbata igual de bien colocada que cuando había salido de casa, no había detalle que le pasara desapercibido.

Mateo lo admiraba tanto… Poco a poco fue mejorando en sus apreciaciones, fue fijándose en más detalles, y acabó provocando que la admiración fuera en las dos direcciones.

—A ver —comenzó Mateo mientras intentaba concentrarse lo máximo posible—, mientras subía las escaleras de dos en dos oía unos gritos desgarradores que procedían, sin duda, de una chica o mujer. Corrí hacia ellos. Delante de mí vi entrar a algunos compañeros. Paco, el de Geografía; Gema, la de Inglés de segundo; Serafín, el de Biología de primero…

—Mucho mejor, sigue… —le animó el inspector.

—Entré al baño deprisa y vi cómo Gema se acercaba a la chica que gritaba sin parar, se llama Tatiana. Es una de las chicas más populares del instituto, ya sabes.

—¿Y qué ocurrió entonces?

—Seguí la dirección de las miradas de los demás y entonces vi a Paco y a Serafín intentando descolgar a María Blanco, es una alumna de segundo… perdón… era. Se había ahorcado. Pendía de una de las tuberías del techo encima de un retrete. Tenía la cara completamente morada, los ojos fijos y la lengua fuera de la boca como si fuera un globo hinchado. Desde donde estaba incluso pude ver las pupilas muy dilatadas.

—¿Y cómo pudiste ver eso? ¿No será que lo viste al acercarte?

—No, al acercarme, lo comprobé.María tenía los ojos azules, muy saltones y muy claros, y prácticamente no se le veía el color azul.

—¿Algo más?

—Sí, el cuello estaba roto, se veía claramente por la posición. Se le había caído un zapato negro, según Tatiana eso fue lo que le llamó la atención, la punta del zapato asomando por debajo de la puerta.

Parecía que llevara muerta un buen rato, entonces Paco, que era el que intentaba descolgarla, me dijo que aún estaba caliente y me acerqué de inmediato. No lo estaba, Leandro, tan solo tibia; llevaba allí un buen rato.

—¿La bajasteis? —preguntó el inspector.

—No les dejé —respondió Mateo. Había oído tantas veces lo que no hay que hacer en un caso como aquél que se le habían quedado grabadas a fuego en la memoria.

—Bien hecho —respondió él con orgullo—. ¿Recuerdas algo más?

—Sí, sí; en realidad, por eso te he llamado.

—¿Qué te hace pensar que sea un homicidio? Hasta lo que me has contado no veo ningún indicio de que la chica no se quitara la vida.

—Bueno, a la subinspectora Vargas tampoco le cuadraban algunas cosas, eso hizo que se reforzara mi teoría, aunque Busquets quisiera cerrar el caso de inmediato para poder salir de allí.

—¿Busquets? ¿El que es catalán y no tiene nada que ver con el futbolista?

—¡Ja, ja, ja! ¡Sí! —se rió Mateo por primera vez en todo el día—. ¡Veo que lo conoces!

¡Menudo personaje!

—Menudo gilipollas, querrás decir —le corrigió Leandro.

—Ya te digo. El problema es que, si él lleva el caso, me temo que no se va a investigar como es debido.

—Ya… bueno… creo que deberías confiar en la subinspectora Vargas, es una profesional como la copa de un pino, además de la única capaz de trabajar con Busquets sin volverse loca —añadió guiñando un ojo.

—Sí, ya sé que lo lleva por donde quiere, aunque le cuesta lo suyo.

—Pero lo consigue, Mateo. Por otro lado, es posible que tenga una buena noticia que darte: Busquets está pendiente de un traslado a Barcelona, esta tarde tenía una reunión.

—Sí, lo comentó Mar en el instituto.

—¿Mar? —preguntó Leandro con malicia.

—Eh… perdón… la subinspectora Vargas.

Leandro sonrió para sí. Sabía lo reservado que era su hermano para los temas del corazón y no quería incomodarle y le daba la sensación de que la alta subinspectora se había hecho un hueco en su vida con rapidez.

—El caso es que, si estás pidiendo mi ayuda profesional, va a ser complicado, hermanito. A Gijón vine a cambiar de aires… y de delincuentes, no sé si me entiendes.

—Joder, Leandro, no me hagas esto, tú eres el único en quien confío.

—Si yo te ayudaría, pero estoy atado de pies y manos. Ya no pertenezco al departamento de Homicidios, al menos este año. Puedo intentar que me dejen colaborar en la investigación dada nuestra relación y mi experiencia, aunque mucho me temo que no voy a ser bien recibido.

—¿Y eso por qué? —preguntó Mateo cada vez más abatido.

—Primero, porque vengo de Madrid. No estará muy bien visto que un chulito de Madrid se quiera inmiscuir en la investigación. Segundo, porque lleva el caso Busquets, todavía serán más reacios a ponernos juntos. Nos parecemos como un huevo a una castaña, y no me refiero al físico ni a la forma de ser. Sobre todo, lo digo por la manera de investigar. Y tercero, porque jamás pasaría por delante de la subinspectora Vargas.

Es una mujer brillante y muy sagaz.

—Dime por lo menos que intentarás colaborar.

—Lo intentaré, hermanito, lo haré.

—Gracias, Leandro. Hoy tuve que ir a casa de María Blanco a comunicar a sus padres la noticia de su muerte y es lo peor que me ha tocado vivir a excepción de… ya sabes.

Leandro recordó con pena la muerte de su cuñada y su sobrina, de apenas seis meses.

Desde entonces, que él supiera, Mateo no había vuelto a salir con ninguna mujer. Había llegado la hora de seguir viviendo.

—¿Y por qué has ido tú? Ése es nuestro trabajo. ¡Joder con el Busquets de los cojones!

—No, no, ha sido cosa mía. Ese tío es idiota, Leandro, pero no le daremos más mierda que la que le corresponda.

—Vale, vale, ya pensaba yo decirle cuatro cosas. ¿Y por qué has tenido que hacer algo así?

—Mira… esto no es Madrid. Aquí se conoce todo el mundo, la gente se aprecia, se quiere, se ayuda, se convierte en otra cosa. Y pensé en los padres de María… era hija única.

—Ya, aun así...

—Vino conmigo la subinspectora Vargas. En realidad, yo la acompañé.

—Ah, eso es otra cosa. Esa mujer es especial, Mateo. Además de buena policía, tiene buen corazón. Espero que no le pase factura.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé, porque de repente me siento pequeño en este mundo lleno de violencia.

Hoy ha venido un chico a denunciar la desaparición de su hermano y tengo un nudo en el estómago desde entonces.

—A juzgar por los platos de pote y el arroz con leche que te has metido entre pecho y espalda empiezo a pensar que tengas más de un estómago.

—¡Ja, ja, ja! Tienes razón. Voy a tener que volver a Madrid cuando acabe este año o tendré que volver rodando.

—De todos modos, esa sensación que tienes se debe a que vas a ser padre y ahora te preocupa todo más de la cuenta. Deja que nazca y no volverás a dormir ni a comer como lo hacías nunca más.

—Ah, eso sí que no. Con mis horas de sueño no se juega —respondió Leandro dando un trago al café que les acababan de servir.

—Ya me lo dirás en unos meses, ya…

Mateo se alegraba de haber podido quedar con su hermano ese día. En realidad, estaba tan contento de tenerle allí tan cerca… Mientras vivía en Madrid apenas se veían más que en vacaciones y en Navidad. Y le

hacía demasiada falta como para tenerlo tan lejos. Poco a poco aquel lunes comenzaba a ser más tranquilo, mientras el cuerpo de María se dirigía a su propia autopsia.

CAPÍTULO 7. L'AIRE LES CASTAÑES

Sara permanecía en la misma postura sentada al borde de la cama desde hacía, al menos, cinco minutos. Llevaba una semana en aquella ciudad, no entendía cómo podía haber cambiado tanto el tiempo en tan pocos días, cuando soplaba l'aire les castañes.

Por supuesto, los lugareños opinaban sin parar: "Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena…", "Si yá lo dicía'l mio güelu: ésti ye l'aire les castañes…", "Si truena en octubre, siete meses cubre…", "Dichosu mes qu'empieza en Tolos Santos y termina en San Andrés…". Sin embargo, Sara, tan habituada al tiempo de Madrid, llevaba mal el no poder ver el sol. No quería imaginar como sería vivir allí de continuo.

La alarma volvió a sonar e hizo que se levantara de la cama definitivamente. Había pasado por un proceso muy duro desde el año anterior, cuando estuvo a punto de morir a manos de un asesino en serie. De recuerdo le había dejado una lesión permanente en la mano izquierda. En toda su carrera como policía nunca se había sentido tan vulnerable como aquel fatídico día. Pese a los ruegos de Leandro, su compañero, de que no abandonara la policía, había conseguido que, en lugar de presentar su dimisión, se diera de baja médica. Se marchó igualmente y cayó en una profunda depresión de la que solo podía salir por sí misma. Hacía una semana, mientras miraba la prensa, una noticia le había producido un desasosiego inusual en ella. Trataba del hallazgo de una adolescente muerta en el retrete de un instituto de educación secundaria en Gijón. De inmediato llamó a su amiga Carmen y aceptó la invitación que le hacía cada pocas semanas de ir a pasar unos días a Asturias. No estaba segura de si eran su instinto de policía (ya que algo leído en la noticia no le cuadraba del todo, aunque por el momento, no sabría decir el qué) o la necesidad de volver a contactar con su compañero lo que la había movido a tomar aquella decisión. El caso era que llevaba una semana en Asturias y aún no se había atrevido a llamar a Leandro, no estaba segura de cómo la recibiría. A veces pensaba que se había equivocado al ir a Gijón, enseguida desechaba la idea; necesitaba reunir un poco de valor para

hacer aquella llamada.

Un día había decidido que compadecerse de sí misma no le iba a ayudar lo más mínimo, y entonces comenzó a vivir de nuevo. Determinó salir todos los días a caminar, después comenzó a correr, aunque le resultaba un deporte duro y algo aburrido, hasta que un día vio a un señor bastante mayor cruzando el parque de El Retiro a toda velocidad con dos bastones larguísimos. Se acercó al hombre para preguntarle sobre

aquel deporte. Él le explicó que se trataba de “marcha nórdica”. Consistía en caminar bastante deprisa apoyándose a cada zancada en los bastones y acompañando el paso con un movimiento de cadera. El anciano le había explicado que a él siempre le había gustado correr, pero que, tras una operación de cadera, se había visto obligado a dejarlo. Como no se resistía a hacer deporte de nuevo, decidió probar aquella modalidad. Solo le hizo falta una vez para que se convirtiera en un auténtico vicio.

Aquel mismo día Sara se acercó a una tienda de deportes y compró unos bastones para probar. Fue un acierto. Su mente y su cuerpo se sentían renovados cada mañana y ella se veía resucitar al ritmo de aquella marcha.

Contra todo pronóstico, seguía teniendo un tiro perfecto. Sus sentidos no se habían visto mermados por la falta del dedo anular. El resto de los dedos hacía un trabajo extra brindándole un apoyo y una precisión casi perfectos. Cada tarde se acercaba al club de tiro a practicar y eso, aunque le costaba admitirlo, le subía la adrenalina lo suficiente como para luchar un día más.

Se tomó el café recién hecho, eso sí que no lo perdonaba fuera la hora que fuera, estuviera donde estuviera, fuera a hacer deporte o no. Mientras lo saboreaba, miró las noticias en internet. En primer plano, la foto de la joven encontrada muerta en el baño de un instituto allí, en Gijón, ocupaba buena parte de la primera página. Abrió la noticia, quería saber, aunque fuera a través de los periodistas, cómo iba aquella investigación; seguía pensando que algo no cuadraba.

El sepelio por la joven M. B. M., de 14 años de edad, tendrá lugar hoy, 14 de noviembre, a las 17.00 horas, en la Iglesia de San Nicolás de Gijón, parroquia a la que pertenecía la víctima. Por fin los restos mortales de la muchacha podrán recibir sagrada sepultura una semana después de su

fallecimiento. Los desolados padres de la víctima pedían ayer justicia ante las cámaras.

Estaban convencidos de que su hija no se había quitado la vida y querían encontrar al responsable de su muerte para que pagara por ella.

A Sara no le parecía rara en absoluto la reacción de los padres, ya que le extrañaba, y mucho, que la policía, siendo un suicidio como desde el principio parecía, no se hubiera pronunciado ya al respecto. Miró un poco más atrás en el periódico, en la Hemeroteca.

Sabía dónde tenía que buscar. Una foto de Leandro el día de la detención de Gabriel, aparecía en primer plano. Una punzada de dolor atravesó su brazo desde el muñón del

dedo que le había cortado Gabriel, pero no fue nada comparado con el dolor que sintió en su pecho. Echaba de menos su anterior vida mucho más de lo que admitiría jamás, pero lo que de verdad echaba de menos era su trabajo, por supuesto, con Leandro. Sara siempre se esforzó en tomar distancia con todos los compañeros que tuvo, salvo con Leandro. El inspector supo esperar haciéndose un sólido hueco en la vida de la subinspectora y quedándose allí para siempre. Sabía que tenía que llamarle y tenía que hacerlo ya. Llevaba semanas aplazándolo y no podía esperar más. Él intentó hablar con ella durante meses. La llamaba cada pocos días, con la esperanza de encontrarse con la Sara que él conocía. No fue así. Obtenía evasivas al principio y más tarde silencio. Al final se cansó de llamar y no podía culparlo. Además, cuando se enterara de que llevaba una semana en Gijón, el enfado sería monumental, casi podía escucharlo.

Apagó el ordenador y, tras apurar el café, conectó unos auriculares a su teléfono móvil. Era incapaz de salir a caminar sin música, se le hacía mucho más llevadero así.

Al salir a la calle, el frío le caló los huesos. ¿Cómo era posible? La semana anterior la había pasado en manga corta… Ese día, además del frío, la lluvia caía, con poca fuerza, pero sin tregua. La camiseta térmica de Sara parecía absorber cada gota de agua, así que volvió a por una gorra, un chubasquero fino y unos guantes. Tampoco era cuestión de sufrir más de lo imprescindible.

Pasados unos minutos, en los que pensó que los pulmones le estallarían por la diferencia de temperatura entre el aire que respiraba y su propio cuerpo, su respiración se volvió más rítmica y sus

músculos parecieron acostumbrarse al esfuerzo realizado. Se concentró en la música de Coldplay de sus auriculares. Sonaba quizá demasiado fuerte, pero lo necesitaba para ponerse en marcha. Una vez que estuvo en ruta, bajó un poco el volumen.

El parque que aparecía frente a la casa de su amiga Carmen era perfecto para recorrerlo cada día, aunque ella algún día se había acercado hasta la playa cuando el tiempo acompañaba, para ir viendo, oyendo y oliendo el mar. Pasó un pequeño puente que daba paso a un nuevo camino cerca del río Piles. Varios charcos se concentraban en aquel tramo, con lo que pronto sus pies se encontraron totalmente empapados. Notaba el chapoteo a cada paso. "Malditas deportivas —pensó—. Sí, claro, muy transpirables, dejan salir la humedad pero también la dejan entrar…". Sabía que tardaría horas en entrar en calor incluso después de la ducha. Carmen se lo decía constantemente: "Le pasa a todo el mundo, yo ya estoy acostumbrada, pero…".

—Joder con la humedad de las narices —protestó en voz alta mientras elegía el camino más cercano al río.

Se hallaba concentrada en los pasos, la respiración y no volver a meterse en un charco, y no se percató de un pequeño border collie que se le acercaba a toda velocidad sin parar de ladrar. Cuando lo tuvo enredado entre sus piernas se dio cuenta de que acababa de perder el equilibrio y en el último segundo cayó rodando hacia la orilla del río. Ni siquiera los dos bastones consiguieron que mantuviera el equilibrio.

"No querías humedad… pues toma, dos tazas —pensó mientras se levantaba e intentaba, sin éxito, sacudirse el barro de los pantalones".

El pequeño perro, lejos de continuar correteando cerca de ella, siguió su camino unos metros más arriba. Una bandada de pájaros se dispersó de inmediato.

—Mierda, mierda, mierda —susurró Sara—. Maldito perro, me ha puesto perdida.

Miró al animal, que seguía gruñendo y ladrando al lugar del que habían salido los pájaros, pese a que allí no quedaba ninguno. Entonces oyó una voz a su espalda:

—¿Estás bien? ¡Lo siento mucho! —exclamó un joven ataviado con pantalón deportivo y chubasquero de color ácido.

Sara se apresuró a apagar la música, más que oír la disculpa del chico la había intuido. Entonces se dio cuenta de que la lluvia había cesado,

habría sido incapaz de decir en qué momento había dejado de llover. El perro seguía ladrando sin parar.

—Perdona, de verdad, no es más que un cachorro. Lo suelto cuando me parece que hay poca gente corriendo o en bici. Pensé que hoy no habría nadie, con el tiempo que hace, se ve que no soy el único loco de Gijón —dijo el chico a la vez que guiñaba el ojo a Sara.

—Ya lo veo, ya —añadió ella con sarcasmo. La verdad es que no tenía ninguna necesidad de salir a diario, total, ni siquiera estaba en activo, solo que había cogido la costumbre.

—¿Qué le pasa a "Peca"? Nunca la había visto así, está como loca —le explicó el chico mientras comenzaba a bajar hacia donde se encontraba Sara.

—Espera —le pidió ella; comenzaba a tener un presentimiento.

—¿Qué ocurre?

—Quédate aquí y no bajes —sentenció ella en tono autoritario.

El joven se quedó repentinamente callado, enseguida reaccionó.

—¿Y se puede saber por qué tengo que quedarme aquí? La perrita es mía y quiero ver lo que ha encontrado.

Sara se le quedó mirando con dureza a la vez que, instintivamente, acercaba la mano a la cintura buscando una placa que, por supuesto, no estaba allí. Maldijo en voz baja y se dirigió de nuevo al joven con toda la determinación de la que fue capaz.

—Me llamo Sara Benítez, soy inspectora de Homicidios. Creo que tu perro ha encontrado un cadáver, así que no te muevas de ahí.

El chico se quedó totalmente petrificado. Asintió un par de veces con la cabeza y dio un paso atrás mientras la inspectora se dirigía al lugar donde el perro permanecía ladrando sin parar y saltando.

"Como haya encontrado un animal muerto se va a reír de ti hasta el cartero de tu casa" —pensó mientras se acercaba poco a poco.

Aquel pensamiento no duró mucho, ya que enseguida vio aparecer ante sus ojos un pie y lo que sin duda alguna eran restos humanos. Cogió de inmediato el móvil y marcó el número de la policía. El joven no la perdía de vista. Al verla sacar el teléfono supo que estaba en lo

cierto: su perro acababa de encontrar un cadáver, así que sacó el móvil para hacer fotos. Sara se dio cuenta enseguida y le pidió que lo guardara. Le costó un rato explicarle la importancia de no subir ese tipo de fotos a las redes sociales, ya que a veces podían contribuir a ayudar a los culpables aunque precisamente la intención fuera la contraria.

Media hora después, el lugar aparecía acordonado y Sara tomaba un café caliente en la cafetería de un merendero cercano junto a varios agentes de policía que esperaban pacientemente a que los de la Científica recopilaran las pruebas necesarias para determinar lo ocurrido a la víctima.

—Es joven —dijo una de las policías.

—Veintiséis años —le informó Sara—. He visto su carné, aunque la mayor parte de él era ilegible. Tendrán que analizarlo ellos.

—¿No habrás tocado el cadáver? Uf…

—¿Qué pasa? —preguntó la inspectora.

—Que no se puede tocar nada en un escenario. Tenemos que decírselo a los técnicos para que te tomen las huellas.

—Ya me las han tomado, tranquila —le explicó Sara enseñándole los dedos ennegrecidos de la tinta que usaban para tomar las huellas, pese a haberse lavado con jabón después—. Solo miré si tenía la cartera para saber el nombre y la edad, el nombre se veía borroso por la humedad. De todos modos, lo cogí ayudándome de la camiseta para no contaminar nada.

—Aun así…

A Sara le apetecía gritar y decirle a aquella cría que, mientras ella dejaba de usar el chupete, había resuelto más de un crimen. Respiró hondo y contestó en el tono más dulce que fue capaz de usar y tendiéndole la mano:

—Me llamo Sara Benítez, soy inspectora de Homicidios en Madrid, ahora estoy de baja. Así que no te preocupes que sé lo que puedo y lo que no puedo tocar y de qué manera hacerlo.

—Per… perdón —se disculpó la joven policía—, no lo sabía. ¿Has dicho Sara Benítez?

¿No serás tú la que llevó la investigación del asesino de las videntes?

—Eh… sí —respondió Sara algo abrumada. ¿Estaban al tanto de aquella investigación en Gijón?

La chica miró de inmediato hacia las manos de la inspectora y comprobó que lo que habían dicho las noticias era totalmente cierto. Aquel hombre le había cortado un dedo.

Enseguida se dio cuenta de que se había quedado mirando a la mano con descaro, y un rubor tiñó su rostro de un intenso tono carmesí.

—No te disculpes por hacer tu trabajo. Está muy bien que me hayas llamado la atención al enterarte de que he tocado el cadáver. Y tampoco te ruborices por mirar esto

—añadió enseñándole el dedo, o, mejor dicho, la falta de él—. Cada vez que miro mi mano recuerdo lo importante que es permanecer siempre con todos los sentidos alerta y trabajar en equipo.

La joven asintió. Sentía una mezcla de vergüenza y orgullo. Orgullo por haber sido felicitada nada menos que por una inspectora a la que tantas veces había deseado conocer en persona dada la reputación que la precedía, y vergüenza precisamente porque la acababa de conocer llamándole la atención. Aunque debía reconocer que nunca hubiera pensado encontrarse con ella en Gijón, un día de lluvia y a causa de un cadáver de un joven a la orilla del río Piles. Estaba deseando llamar a su hermana para contárselo, tendría que esperar a acabar su jornada.

En aquel momento un hombre de unos cuarenta y cinco años o más entró acompañado de una mujer altísima. Sara observó a la extraña pareja unos segundos.

¿Era así como les miraban a Leandro y a ella cuando irrumpían en algún escenario del crimen? Esperaba que no… Notó una nueva punzada de dolor al recordar a Leandro.

La necesidad de hablar con él comenzaba a ser urgente.

—¿Quién encontró el cadáver? —chilló el hombre haciendo que todos los clientes de la cafetería se dieran la vuelta horrorizados—. ¡A ver! ¡Atención!

“Genial —pensó Sara—, encima me va a tocar hablar con este gilipollas”.

—Yo —respondió la inspectora mientras intentaba captar su atención.

El hombre la miró de arriba abajo como el que mira una mercancía que va a comprar.

Por la cara que puso, “la mercancía” no era de su agrado, lo que, lejos de molestarle, a Sara le hizo feliz. La sola idea de gustarle a un tipo como aquél le producía náuseas.

—Buenos días —saludó una voz a su derecha. Provenía de la alta mujer que acompañaba al “gilipollas”. Ella al menos parecía agradable.

Sara había decidido llamarle así para siempre. Si su apreciación resultaba no ser cierta, se prometió a sí misma que se preocuparía de aprenderse el nombre de aquel hombre, pero algo le decía que se quedaría con el apodo de “el Gilipollas” de por vida.

—Buenos días —respondió ella aceptando la mano que le tendía la mujer; él ni siquiera se molestó en saludar.

—Soy el inspector Busquets del departamento de Homicidios de Oviedo. Y antes de que lo pregunte, sí, soy catalán y no, no soy familia del futbolista.

—¿De qué coño hablas? —preguntó Sara irritada—. Me importa una mierda de quién seas familia y si has nacido en Barcelona o en Senegal. Además, no me gusta el fútbol.

Una tos repentina disimuló la risa que le había dado a la compañera de aquel personaje. A Sara cada vez le caía mejor la mujer.

—Hola, soy la subinspectora Vargas… puede llamarme Mar —dijo ella en cuanto pudo hablar—. Tengo entendido que es usted la inspectora Benítez, es un placer conocerla.

—Muchas gracias, el placer es mío —respondió Sara.

Busquets las miró con un asco mal disimulado. ¿Por qué su compañera la saludaba de esa manera, como si fuera alguien importante?

—Albert… —dijo la subinspectora Vargas— es Sara Benítez, la inspectora que capturó el año pasado al asesino de las videntes, ¿recuerdas?

—¿Y por qué habría de recordarlo? —dijo con sarcasmo—. ¿O sea,

que ella no sabe quién es un jugador de fútbol como Busquets y yo tengo que saber quién es ella? Lo que me faltaba…

Mar se giró hacia ella y puso los ojos en blanco. Ser inspector de Homicidios era una tarea muy dura, pero tener como compañero al gilipollas y aguantarlo a diario era digno de recompensa.

—Bueno, a lo que vamos, entonces usted encontró el cadáver —dijo con prisa Busquets.

—En realidad, lo encontró el perro —respondió Sara señalando al pequeño border collie, que su dueño mantenía entretenido en la puerta de la cafetería.

—Sí, pero al perro no podemos preguntarle, ¿no? —intentó burlarse él.

—¿No puedes? ¿En serio? —dijo ella con una sonrisa triunfal en la cara, había dado de lleno en el clavo. Aquello podía ser divertido.

—¡Mar! —exclamó él intentando aparentar indiferencia, aunque apretaba tanto las mandíbulas que Sara se temía que se pudiera romper alguna muela—. Tómale declaración y nos vamos, aquí poco tenemos qué hacer.

Sara le explicó a la subinspectora Vargas cómo el perro la había tirado para abalanzarse sobre los pájaros que se hallaban sobre del cadáver. Le explicó que en ese momento no llovía y que había sacado la cartera para ver los datos del chico, que lo había hecho sin pensar, como hacía siempre y que había usado la manga para no dejar huellas. Mar tomaba nota de todo lo que ella decía ignorando la cara de su compañero, quien, descaradamente, miraba con un asco mal disimulado a las dos policías.

—Si necesitáis algo durante la investigación, estoy a vuestra entera disposición.

Precisamente ahora de lo que más dispongo es de tiempo libre —se ofreció Sara.

—No sé qué podríamos necesitar de una inspectora que no está en activo… —

respondió Busquets de inmediato en tono jocoso.

“¿Que qué podríais necesitar? No sé, ¿un poco de inteligencia, quizá?

Menudo gilipollas”.

—Muchas gracias —respondió la subinspectora Vargas de inmediato —, lo tendremos en cuenta, siempre viene bien la ayuda.

—Que sea de la capital no quiere decir nada, ¿sabes? —intervino Busquets dejando clara su opinión al respecto.

—Bueno, no es porque sea de la capital, Albert, siempre viene bien la ayuda de un compañero, Sara tiene una amplia experiencia en Homicidios —se defendió Mar.

—Qué bien —dijo el inspector dando por concluida la conversación.

—No se preocupe, subinspectora Vargas, si… su compañero no lo ve necesario, seguro que no hace falta que les eche una mano. De todos modos, para cualquier cosa, ya tiene mi teléfono.

—Su compañero, no…, su superior —la corrigió Busquets.

—Perdón —se disculpó Sara con el tono más falso que pudo encontrar —, no recordaba su nombre.

A punto había estado de llamarle “el Gilipollas” delante de sus narices, tendría que emplearse a fondo. Un agente le pidió que revisara sus datos a ver si eran correctos y le indicó que ya podía marcharse a casa y que tendría que dejar el chubasquero con el que había sujetado la cartera de la víctima. Se lo quitó y se sintió helada de repente. Quería llegar a casa de Carmen cuanto antes y ahora tenía un buen trecho por delante. Además, la lluvia comenzaba a arreciar. Iría corriendo, total ya estaba calada y así llegaría antes.

Justo cuando salía, una mano la retuvo y en ella asomaba una tarjeta.

—¿Inspectora? —dijo la alta mujer—. Tome, si necesita cualquier cosa, llámeme, y si no le importa, me guardo su teléfono en mi agenda para llamarla más tarde, me gustaría hablar con usted de otro asunto.

Mar hizo un gesto casi imperceptible en dirección a Busquets. Sara la entendió de inmediato. Cogió la tarjeta y la guardó en la funda del móvil. Después, miró a la mujer y añadió:

—No sé cómo lo aguanta. Yo ya me habría trasladado a la Antártida.

—Bueno, es mi jefe —respondió con resignación.

—Ya, ya, no digo que por qué lo aguanta, eso está claro… Digo que

cómo lo consigue.

—¡Ja, ja, ja! supongo que con algo de paciencia.

—¿Algo? Por favor… ahora ya sé por qué eres tan alta, la tienes acumulada.

Mar volvió a reírse, lo que provocó la mirada de todos los que estaban allí, incluido Busquets. Así que Sara se apresuró a despedirse y se marchó: no quería poner a la

subinspectora Vargas en un aprieto. Su única idea era darse una ducha bien caliente y dejar que poco a poco su cuerpo volviera a la vida.

Media hora más tarde y con una infusión bien calentita en la taza, Sara repasó mentalmente todo lo que había ocurrido durante el día. Cogió la tarjeta que la subinspectora Vargas había deslizado en su mano y abrió la agenda de su teléfono móvil para añadir el número. Entonces se quedó mirando a la pantalla y, tras pensarlo unos segundos, marcó unos números y esperó la respuesta, que no se hizo de rogar:

—¿Diga?

—¿Leandro? Soy Sara…. Sara Benítez…

CAPITULO 8. A CINCO MINUTOS DE TI

Leandro permaneció unos segundos sin saber qué decir. ¿Sara? ¿De verdad era ella?

¿Después de tanto tiempo?

—Hola… Sara…

—Cualquiera diría que no te ha hecho ninguna ilusión mi llamada.

—Ha pasado mucho tiempo —respondió Leandro con rencor mal disimulado.

—Lo sé, tienes razón. No sé cómo explicártelo, necesitaba tiempo…

—Muy bien, jefa, ya lo tienes.

Sara notó en el tono de su compañero algo que no le gustó en absoluto: la decepción.

Le fastidiaba bastante que precisamente él no comprendiera por qué había decidido alejarse de todo lo que tuviera que ver con el último caso que habían llevado juntos.

¿Tan difícil era? También entendía que él era diferente, había sido su compañero durante años y entre ellos surgió una amistad de otro calibre. E

El mero hecho de pronunciar su nombre le traía recuerdos demasiado dolorosos a su mente herida. Aunque… quizá por fin había llegado el momento de sanarla de una vez por todas.

—Leandro… entiendo que estés enfadado.

—Ya… —respondió él con frialdad.

—Mira, te llamo para decirte que esta mañana me he topado con un cadáver.

—Ya no pertenezco a Homicidios —la cortó él de inmediato.

—Sí, lo sé —respondió ella con paciencia—, me lo dijiste una de las veces que hablamos.

—Qué buena memoria tienes, hace mucho de eso.

—Es cierto —asintió Sara—, hace demasiado tiempo. El caso es que esta mañana me topé con un cadáver cuando salí a hacer marcha nórdica.

—¿Cómo has dicho? ¿Marcha nórdica? No tengo ni idea de lo que es eso.

—Bueno, consiste en caminar rápido con dos bastones altos…

—¿Y cómo te ha dado por ahí? —preguntó él un tanto alucinado.

—Bueno, porque empecé a correr y no me gusta demasiado.

—¿Correr? ¿Qué tú empezaste a correr? ¿Y por la mañana? ¿Y has acabado haciendo la marcha ésa? ¡Joder! ¡Qué mal te está sentando la baja, jefa!

—¡Ja, ja, ja! —se rió ella. Siempre había hecho deporte, lo de correr nunca le había hecho mucha gracia. Sin embargo, ahora le había cogido el gusto a lo de caminar con los dos bastones y tenía que reconocer que le sentaba muy bien—. Han cambiado muchas cosas, Leandro.

—Me imagino —respondió él cortante.

—A ver, en serio, esta mañana me topé con el cadáver de un chico —inmediatamente todos los sentidos del inspector se pusieron en alerta— y acudieron al escenario un par de inspectores. Ella es muy agradable. Pero a él lo he bautizado como “el Gilipollas”.

—Como en los viejos tiempos —respondió Leandro sonriendo—. Supongo que hay cosas que no pueden cambiar.

—Supongo —dijo ella relajándose un poco—. A lo que voy, “el Gilipollas” es un tal Busquets, ¿lo conoces?

—Espera, espera… ¿has dicho Busquets? ¿Quieres… quieres decir que estás en Gijón?

¿Se puede saber por qué no lo has dicho antes?

—Eh… sí, estoy en Gijón…

—¿Cuándo has llegado? ¿Te quedarás mucho tiempo? ¡Hoy cenas con nosotros!

Ahora mismo llamo a Ana y…

—Hoy no creo que pueda, Carmen ha quedado con unos amigos…

—Ah, Carmen, es cierto… tu amiga Carmen. No me acordaba de que vive en Gijón.

¿Te vas a quedar en su casa? Porque nosotros tenemos espacio de sobra…

—Bueno, Leandro, lo cierto es que llevo aquí ya una semana…

—¡¿Qué?! ¡¿Una semana?! ¡Joder, Sara! ¡No lo entiendo! ¿Tan mal me he portado contigo?

—¡No! ¡Claro que no! No es eso, Leandro. Simplemente, no era capaz.

—No lo puedo entender, Sara. Puedo comprender que no tengas ganas de hablar de casos de homicidios, puedo comprender que no mires las noticias y que no vayas a las cenas de la comisaría… pero darme a mí de lado… en fin… que no lo entiendo.

—No podía, Leandro, de verdad.

—De acuerdo… ¿y ya puedes? ¿Ahora te topas con un cadáver y ya puedes?

—No lo sé, Leandro, al menos ya me siento con fuerzas para intentarlo —respondió ella mirándose la mano y sintiendo de inmediato el dolor.

—Has dicho que esta mañana te topaste con el cadáver de un chico, ¿no es así?

—Sí, sí —respondió ella.

—Joder, espero que no sea Héctor —dijo él abatido.

—¿Quién es Héctor?

—El otro día un joven denunció la desaparición de su hermano. Aún no hemos pasado el caso a Oviedo porque no hay indicios de que desapareciera en contra de su voluntad. Aunque yo no lo tengo muy

claro.

—Ya entiendo… tú crees que está muerto, ¿no?

—Bueno, Sara, ya me conoces, estoy casi seguro de que sí, pero no quiero estar en lo cierto.

—No siempre podemos controlarlo. ¿Cuándo dices que denunció la desaparición?

—La semana pasada, justo cuando el caso de la adolescente, no sé si te has enterado.

—Sí, lo he leído en el periódico, pobrecilla. No creo que sea tu chico, Leandro, este tenía pinta de llevar muerto dos o tres meses.

—¡Uf! —suspiró él—. Eso no quiere decir que no esté muerto, pero al menos sigue habiendo esperanza.

—¿Y lo de la chica? ¿Qué impresión te da?

—¿Qué pasa? ¿Qué lo vamos a hablar todo por teléfono estando los dos en Gijón? De eso nada, no te vas a escaquear tan fácilmente. Te llamo a las cinco, cuando acabe de trabajar, y vemos a qué hora quedamos.

—Vale, gracias, Leandro, y…

—¿Y qué?

—Y lo siento —se disculpó ella de nuevo.

—Ya… —respondió el inspector justo antes de colgar el teléfono.

Leandro sabía que no iba a poder estar enfadado con ella demasiado tiempo, tampoco estaba dispuesto a perdonarla a la primera de cambio. Desde luego, la haría sufrir un poco más. Se sentía demasiado dolido y decepcionado. Aun así, tuvo que reconocer que tenía muchas ganas de verla y de ponerla al día y… ¡qué demonios! De volver a trabajar con ella cuanto antes, aunque por el momento eso iba a tener que esperar.

En cuanto salió de la comisaría, marcó el número de Sara. Al contrario de lo que pensaba, se lo sabía de memoria. Lo había borrado hacía meses en un arrebato.

Quedaba claro que su subconsciente lo había guardado por si acaso.

Se verían en casa

de Leandro hacia las siete y media, así tendrían tiempo de ponerse al día antes de cenar.

El inspector y su mujer vivían en un espacioso piso cerca de la plaza de toros. Ana estaba encantada allí. Decía que tenía todo "a cinco minutos". Que necesitaba fruta, a cinco minutos encontraba varias fruterías; que quería enviar un paquete, la oficina de Correos a cinco minutos; que tenía una consulta médica, el centro de salud a cinco minutos; la playa, a cinco minutos; el estadio de fútbol, a cinco minutos (esto último le hacía mucha gracia a Leandro puesto que a ninguno de los dos les llamaba la atención el fútbol lo más mínimo); eso sí, si querían ver baloncesto, balonmano o voleibol, el palacio de los deportes estaba igual, a cinco minutos.

Cuando Leandro llegó a casa, su mujer lo esperaba en el salón sentada en el sofá, con las piernas en alto y un cojín en la espalda; estaba absorta leyendo un libro.

—¡Qué pronto vienes! ¡Qué bien! ¡Te estaba esperando para ir a la compra!

—Espera, cariño, que primero te cuento…

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupada.

—No, nada, tranquila. Es que he recibido una llamada.

—¿Mateo? ¿No habrá ocurrido otra vez?

—No, no ha sido Mateo.

—¡Habla! Mira, Leandro, nunca he tenido demasiada paciencia y desde que estoy embarazada no tengo ni pizca.

—¿No me digas? —bromeó él haciendo que su mujer le diera un cariñoso toque en el hombro—. Me ha llamado Sara.

—¡No fastidies! ¡Por fin! No entiendo por qué ha tardado tanto. ¿Le ocurre algo?

Espero que no, porque no creo que sea capaz de pedirte ayuda a ti…

—No creo que esté en apuros. Hemos quedado con ella para cenar a las siete y media o así.

—¿Cómo que hemos quedado para cenar?

—Sí, sí, está en Gijón, en casa de su amiga Carmen.

—¿Has dicho a las siete y media? —preguntó ella arqueando las cejas y mirando el reloj—. Vamos, no tenemos mucho tiempo, vamos a comprar, que en la nevera me quedan dos tomates y una cerveza.

—No te preocupes, cariño, podemos pedir algo para cenar…

—¡Ni de broma! ¡Vamos! —exclamó mientras se levantaba con dificultad del sofá; el abdomen comenzaba a aumentar y se sentía torpe y cansada.

Leandro se levantó y se apresuró a acompañar a su mujer, la conocía lo suficiente como para saber que, cuando se le metía una idea entre ceja y ceja, lo mejor era

“obedecer” de inmediato. Dos horas más tarde sonó el timbre de la puerta. Sara entraba en la casa como si fuese allí a diario.

—Joder, Sara, ya te vale…

—Yo también me alegro de verte.

—Ven aquí, anda…

Los dos compañeros se fundieron en un sincero abrazo que provocó una pequeña punzada de celos en la mujer de Leandro. No dudaba de los sentimientos de su marido, ni de su fidelidad, envidiaba la conexión tan fuerte que tenía con Sara. Al mismo tiempo, tenía la certeza de que aquella mujer daría su vida sin dudarlo para salvar la de su compañero, lo que hacía que no hubiera persona con la que pudiera trabajar su marido mejor que Sara Benítez.

Dos horas después, los dos policías seguían contando anécdotas sin parar sobre los casos que habían llevado juntos. Hablaron de lo que habían compartido, de los amigos perdidos por el camino, y, cómo no, terminaron hablando de Gabriel.

—No fue culpa tuya, Leandro, y lo sabes…

—Uf, Sara… Si hubiera estado más atento…

—Eso es una gilipollez. Gabriel nos llevaba ventaja, nos engañó a todos. Tuvimos suerte de pillarlo.

—Sí, pero demasiado tarde.

Leandro tomó un sorbo de su cerveza con la mirada perdida en el infinito. Aún tenía pesadillas en las que se encontraba a Miriam, la médium pelirroja, en un charco de sangre. La sensación de no haber hecho lo suficiente se podía palpar.

—Leandro… quizá la misión de aquel día fue salvarme a mí.

—Puede que tengas razón. No podemos llegar a todo, por desgracia.

Ana se dirigió al baño de nuevo. En su séptimo mes de embarazo la vejiga no aguantaba demasiado.

—¿Cómo es que te dio por dejar Madrid, Leandro? —preguntó Sara mirándole fijamente a los ojos.

—Supongo que fueron varias cosas. El caso de Gabriel no te marcó solo a ti. Cada vez que pasaba por la calle de Miriam se me encogía el pecho. Hasta cambié de ruta.

Empezaron a agobiarme los casos que tardaba más de un par de días en resolver… o sea, todos —añadió guiñando un ojo—. Tampoco me entendía muy bien con mi nueva jefa, la que te sustituyó y, por si fuera poco, el bebé. Entonces apareció esta oportunidad y decidimos aprovecharla. Se vive bien aquí.

—¿Y es definitivo?

—No lo sé, la verdad es que tengo firmado un año, dentro de unos meses tendré que decidir. Ana es muy feliz aquí.

—Ya lo he visto. Lo que no sé es si eres feliz tú —zanjó ella.

—Habrá que esperar a la llegada del bebé.

—Oye… ¿de lo de la adolescente? ¿Sabes algo? Porque, no sé, me da mala espina.

Luego lo hablamos —sentenció él haciendo un gesto hacia su mujer, que volvía del baño en aquel instante.

A Ana no le pasó desapercibido que los dos compañeros intentaban ponerse al día de algunas cosas que no querían hablar delante de ella. No en vano llevaba más de veinte años casada con un policía y su instinto se había desarrollado hasta límites insospechados.

—Bueno, Sara, me alegro mucho de haberte visto. Espero que no pasen meses hasta que volvamos a vernos —dijo a forma de despedida.

—¿Te vas? —preguntó Leandro mirando a su mujer con preocupación.

—Sí, cariño, es que este me agota —contestó señalando la abultada tripa—. Voy a dormir, no te acuestes muy tarde.

—Hasta luego —respondió él tras darle un cariñoso beso en los labios.

—Hasta mañana, Ana —se despidió Sara entonces.

Una vez que la mujer de Leandro se marchó, él se levantó a por dos cervezas más y se sentó al lado de Sara para hablar sobre la adolescente.

—¿Qué es lo que te da mala espina del caso de la adolescente? —preguntó Leandro.

— Bueno, de hecho debo confesarte que estoy aquí por eso.

— ¡No jodas! No me digas que estás en activo y en plena investigación.

— Nada me gustaría más que decirte eso, pero no. La verdad es que cuando vi la noticia algo me dijo que debía venir a verte.

— ¿Entonces estás aquí por el caso o por mí?

—Creo que por las dos cosas, Leandro. Quizá al ver que había algo que no me cuadraba demasiado se ha despertado de nuevo mi instinto de policía y me ha servido de excusa para poder acercarme a ti de nuevo, no lo sé —confesó ella.

— Bueno, es un caso complicado. Sea como sea me alegro de que tomaras esa decisión. Una pena que no estés en activo, la verdad. ¿Qué es lo que no te cuadra?

—No sé, la verdad es que estoy dando palos de ciego, me parece muy raro que los padres de la joven salgan en los medios de comunicación para decir que su hija no se suicidó y que la policía no se pronuncie al respecto.

—Es que no fue un suicidio —sentenció Leandro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Fuiste al escenario?

—No, no, qué va, ya sabes que aquí mi trabajo es más de papeleo que de otra cosa.

—¿Entonces? —preguntó ella.

—¿Recuerdas a mi hermano Mateo?

—¡Ostras! ¡Claro! Tu hermano vino a vivir a Asturias y es profesor de Secundaria.

¿No me digas que está en ese instituto?

—Mejor que eso, es el director.

—¿Qué dices? ¿Y la encontró él?

—No exactamente —le explicó Leandro—. Vio el cadáver justo después de que lo encontraran y fue él quien llamó al 112. Me dijo que era muy improbable que se hubiera suicidado. Entre otras cosas, la chica estaba colgada por una cuerda de una tubería del techo encima de los retretes del servicio de la primera planta. Tenía el cuello roto y quedaba colgando justo al lado del váter, por lo que pudo haberse subido. Y no había altura suficiente para que la caída le rompiera el cuello.

—Ya veo… ¿Y por eso te avisó tu hermano? ¿Porque lo consideraron suicidio?

—No, no, la verdad es que, aunque la investigación sigue abierta, el suicidio ha quedado descartado. En realidad, mi hermano me llamó porque el caso lo lleva Busquets.

—¿El que antes de que lo preguntes SÍ es catalán y NO, no es familia del futbolista?

—¡Ja, ja, ja! ¡Exacto! —se rió él con ganas.

—No me extraña que te avisara si un caso tan delicado como ése lo lleva precisamente “el Gilipollas”.

—Ya te digo. Y menos mal que tiene a la subinspectora Vargas.

—Esa mujer se merece un sitio en el paraíso si existe, te lo digo yo —siguió con la broma Sara.

—Mi hermano quiere que hable con los de Oviedo para que ayude en el caso.

—Mala idea no es, lo que pasa es que me parece a mí que no te lo van a poner fácil.

—No, llevando el caso Busquets, no me dejarán ni asomarme. Lo único.... le han dado un ascenso, en Barcelona, puede que si se marcha ahora…

—A ver si hay suerte, porque no se me ocurre nadie mejor para llevar el caso que tú.

Por cierto, cuéntame lo del tal Héctor.

—Uf, Sara, mucho me temo que a ese chico le ha pasado algo. ¿Te importa que te cuente todo lo que he averiguado por el momento?

—¡Claro que no! Ponme al día.

Leandro se levantó a por la carpeta con la copia del expediente del caso e inmediatamente hizo sitio en la mesa para que Sara pudiera colocarlo como le viniera en gana. Después, mientras ella miraba las declaraciones de los amigos de Héctor y de los camareros de El Hechicero, él se dirigió a la cocina y le dio, con sigilo, al botón del café.

—Bienvenida a casa, Sara —susurró con una sonrisa.

CAPÍTULO 9. PASOS DE ELEFANTE

Rebeca se apresuró a cerrar a toda prisa el ordenador en cuanto oyó los pasos en la escalera. Otra vez la pelma de su madre espiándola, cómo no. De todos modos, si quería pillarla in fraganti, debía dejar de dar esos pasos tan ruidosos, parecía un elefante. Unos golpes en la puerta precedieron a la cara de su madre, quien abrió sin esperar contestación. A Rebeca le había dado tiempo, incluso, a coger un libro y tumbarse en la cama simulando leerlo.

—Hija, ¿qué haces?

—¿Es que no lo ves? Estudiar un poco.

—Hace mucho frío fuera, ¿quieres que haga un bizcocho y nos lo tomamos con una buena taza de chocolate?

—No, gracias —respondió ella sin levantar la vista del libro, aunque ni siquiera sabía qué libro era.

"¿Un bizcocho y un chocolate? ¿Como cuando era pequeña? Ni de broma", pensó.

Hacía meses que no se permitía comer algo así, engordaba demasiado.

—Cariño, ¿te ocurre algo? —preguntó Elisa preocupada.

—Sí, que no me dejas estudiar —respondió ella irritada.

—Sacas muy buenas notas, hija, podrías dejarlo un rato y bajar conmigo al salón, acabo de encender la chimenea. Siempre te ha gustado mirar el fuego mientras nos tomamos una taza de chocolate tapadas con una manta….

—Yo ya no soy tu niña pequeña, ¿sabes? No tengo nada que contarte y ya no me apetece mirar el fuego. Además, si te apetece llamar a alguien y contarle tus penas llama a tu hermanito, él siempre está dispuesto a hacer lo que le digas. Parece tu mascota.

—Rebeca… no hace falta que me hables de esa manera, no tienes por qué ser tan maleducada.

— Yo soy así, así que, si no te gusta, lo siento mucho.

Elisa no tenía ganas de discutir con su hija adolescente. En unos días cumpliría los quince años y esperaba que pronto pasara aquella fase, porque no la soportaría mucho tiempo. Antes era una niña cariñosa, extrovertida, alegre. No reconocía a aquella joven taciturna, antipática y malhumorada. Además del tono hiriente que empleaba siempre con ella estaba ese odio permanente en su mirada. Casi se había convertido en una extraña. Se quedó mirando a su hija con nostalgia hasta que esta le dijo con voz cortante:

—¿Quieres algo más? ¿O puedo seguir estudiando?

—No, no, hija, estaré abajo, por si necesitas algo —respondió Elisa mientras se demoraba unos segundos para cerrar la puerta.

"¿Si necesito algo de ti? ¿Qué podría necesitar?" —pensó la joven con desdén.

Rebeca cerró el libro en cuanto su madre bajó las escaleras. Escuchó con atención, no se le fuera a ocurrir subir de nuevo a decirle algo

“importante”. Oyó unos sollozos que provenían del salón.

—¡Qué patética! —susurró poniendo los ojos en blanco.

Y, de inmediato, volvió al ordenador, donde había dejado a medias una conversación con el chico con el que llevaba chateando un par de semanas a escondidas de todo el mundo. Era tan excitante... Se llamaba Lucas, o al menos eso le había dicho él. Rebeca era consciente de que por internet era muy sencillo mentir. De hecho, ella le había dicho que tenía diecisiete años y aún no había cumplido los quince. Claro que... ¿a qué chico le puede interesar una mocosa de catorce años? Se sentó en el ordenador de nuevo y abrió la conversación que había cerrado precipitadamente al oír a su madre subir la escalera. Lucas le había escrito varios mensajes preguntando dónde se había metido.

LUCAS: ¿Dónde estás?

LUCAS: Nena… te has cansado de hablar.

LUCAS: Vamos, no me hagas sufrir.

BECA: Perdona, mi madre ha venido a ver qué hago.

LUCAS: ¿Tu madre? ¡Qué control!

BECA: Sí, es una pesada, no la aguanto.

LUCAS: Se preocupa por ti.

BECA: Me espía, me controla, cualquier día me largo.

LUCAS: Conmigo…

BECA: Me gusta la idea.

LUCAS: Podría ser alguien peligroso.

BECA: Mejor todavía, qué excitante.

LUCAS: Quiero verte.

BECA: Ya te he dicho que soy horrible.

LUCAS: No me lo creo.

BECA: Que sí, que lo soy…

LUCAS: Mándame una foto, anda.

BECA: Espera, voy a por el móvil.

LUCAS: Vale.

Rebeca se retocó un poco en el baño. Se pintó los labios y los ojos para parecer mayor y se peinó. Después se puso una camiseta ceñida y cogió su móvil para hacerse fotos.

Desechó más de veinte hasta que en una le pareció que parecía lo suficientemente sexy.

De inmediato, conectó el móvil al ordenador y se la envió; no obtuvo respuesta. El pánico se apoderó de ella. ¿Y si realmente era alguien peligroso? No, era imposible, simplemente se habría quedado sin conexión y la vería más tarde. La verdad es que había tardado un poco en hacer las fotos. No se las iba a hacer con el pijama puesto y pelos de loca.

Casi diez minutos más tarde una luz parpadeó en la pantalla. La sonrisa de Rebeca apareció de la nada y casi saltó de la cama para mirar el mensaje del chico misterioso.

LUCAS: ¡Wow! ¡¡Eres guapísima!!

BECA: ¡Qué va!, lo dices para que no me sienta mal.

LUCAS: Ni de coña. Estás para comerte entera…

Rebeca se ruborizó de inmediato. Le gustaba, le gustaba a ese chico. Estaba deseando verle la cara, quizá fuera el momento de pedirle una foto.

BECA: Te toca.

LUCAS: ¿El qué?

BECA: Mandarme una foto.

LUCAS: Después te la mando, estoy sin arreglar.

BECA: Me da igual, de verdad.

LUCAS: Primero me gustaría verte mejor.

BECA: ¿A qué te refieres?

LUCAS: Joder, estás muy buena. Me gustaría verte con algo menos de ropa.

BECA: No, no, así está bien.

LUCAS: Ahora entiendo por qué tu madre te controla tanto. ¿Seguro que tienes diecisiete años?

BECA: Claro, ¿por qué dices eso?

LUCAS: Porque pareces un poco cría.

BECA: ¿Por qué te parezco cría? ¿Por no enseñarte las tetas?

LUCAS: Entre otras cosas.

Rebeca lo pensó unos segundos. ¿Qué importancia podía tener que un desconocido la viera desnuda? Claro que había oído que un chico de otro instituto había estado enseñando fotos de su novia desnuda cuando lo habían dejado. ¿Sería Lucas de ese tipo de chicos? Entonces se le ocurrió una idea.

BECA: No quiero mandarte fotos mías que puedas usar por ahí.

LUCAS: No las voy a usar, las quiero para mí.

BECA: Tengo cámara web en el portátil. Si quieres puedo conectarla y… ya sabes…

LUCAS: Vale, pero yo no tengo cámara web, no puedo hacer lo mismo, te puedo ver, pero tú a mí no.

BECA: Entonces, hasta que no tenga una foto tuya, no hay imagen.

Lucas no contestó, ni siquiera estaba escribiendo, Rebeca sintió un

pánico repentino.

¿Se habría enfadado? Lo sentía si así era, no le mandaría nada más sin saber cómo era él. Si no le gustaba apagaría el ordenador y punto. Parecía que el chico no tenía ninguna

intención de seguir hablando con ella. Pasados unos segundos, la luz parpadeó y la imagen de un chico guapísimo, de unos dieciocho años, pelo negro y ondulado y ojos del azul más intenso que había visto jamás apareció en la pantalla. A ella casi se le corta la respiración de la emoción. ¿De veras le gustaba a aquel chico? Menuda suerte….

De inmediato, buscó en el portátil el programa para verse en directo y le pidió a él que hiciera lo mismo. Si seguían hablando le conseguiría una cámara web barata para que pudieran verse los dos.

BECA: ¿Puedes verme?

LUCAS: Claro, estoy deseando ver más.

BECA: Eres muy guapo…

LUCAS: Gracias, pero no tanto como tú.

Rebeca notó una enorme satisfacción al saber que aquel chico quería hablar con ella, excitarse con ella. Si las cosas iban bien, tendría que acabar diciéndole la verdad sobre su edad, pero cada cosa a su tiempo. Allí comenzaba a tener calor. Decidió poner algo de música, para relajarse sobre todo, y poco a poco comenzó a moverse mientras se quitaba el jersey.

LUCAS: Madre mía, nena, cómo me estoy poniendo de verte. Me va a reventar el pantalón.

Beca siguió bailando mientras su pantalón bajaba lentamente por los muslos hasta aterrizar en el suelo. Se acarició un poco los muslos y, de un tirón, se quitó la camiseta.

LUCAS: Síííí, joder, nena.

Ella poco a poco se desabrochó el sujetador y lo dejó caer en el suelo, luego fue bajando sus braguitas hasta quedar completamente desnuda. Después, no supo qué hacer.

LUCAS: Imagínate que estoy ahí, ¿lo notas?

Entonces ella comenzó a sentir vergüenza, no quería seguir. Cogió su ropa interior, se la colocó a toda prisa y desconectó la cámara web haciendo caso omiso de los mensajes de protesta del chico. Cuando terminó de vestirse vio que los mensajes habían cesado y pensó, con rabia, que seguramente aquel chico tan guapo no querría volver a hablar con ella nunca más y que había perdido la oportunidad de que se conocieran en persona.

Cuando estaba a punto de cerrar el ordenador, una luz parpadeó en la pantalla: Lucas volvía a escribir.

LUCAS: ¿Sigues ahí? ¿Beca?

BECA: Hola, pensé que ya no querrías hablar conmigo.

LUCAS: ¿Estás de coña? Si me has puesto a mil.

BECA: Ya… pero no he podido seguir.

LUCAS: Bueno, yo sí, ¡ja, ja, ja!

BECA: ¿Quieres decir que te estabas… te estabas…?

LUCAS: Sí, claro, me la estaba pelando, no me iba a quedar así.

BECA: Es que yo… bueno, yo…

LUCAS: No me lo digas, eres virgen.

BECA: Eh…sí.

LUCAS: Ya me había dado cuenta, me da igual. Tampoco creo que tengas diecisiete años.

BECA: Quince.

LUCAS: No importa, nena. Nosotros tenemos una conexión especial.

BECA: ¿De verdad?

LUCAS: Claro, me levanto pensando en ti, me acuesto pensando en ti, estoy deseando llegar a casa para hablar contigo…

La alegría embargaba a la chica. ¿Cómo podía gustarle a un chico así? No lo dejaría escapar. Haría lo que fuera necesario.

Mientras, en el salón, Elisa sollozaba abrazada a un cojín. Se sentía tan desgraciada…

Su hija atravesaba una etapa odiosa y la trataba de una manera injusta. Alberto decía que la culpa era suya, que la tenía que atar en corto; ella no era capaz. Tener una hija siendo adolescente le había hecho madurar a toda prisa y algunas situaciones le superaban. A eso había que añadir lo ocurrido hacía unos días en su casa. Ella seguía siendo incapaz de recordarlo y un joven que le gustaba de verdad estaba muerto, enterrado en un lugar que solo Alberto conocía, y aún no había venido nadie a interrogarla ni había leído nada en los periódicos. Aquella espera la volvía loca. Miró su teléfono móvil. No quería llamar a su hermano cada vez que se sintiera mal, pero… ¿a quién si no? Su hija, desde luego, no le aportaba ningún consuelo. Y amigos, lo que se dice amigos de verdad, no tenía ninguno. Cuando se tiene que cuidar de una hija siendo tan joven la vida cambia demasiado como para socializar. Mantuvo la tecla uno pulsada y el teléfono de su hermano apareció en la pantalla con el símbolo de “llamada en curso” justo al lado.

—¿Diga? —preguntó Alberto jadeando.

—Soy yo… ¿qué te ocurre?

—Eh… nada, nada, que había ido al coche a por una cosa y al volver oí el teléfono y salí corriendo. Creo que me estoy haciendo viejo, Elisa. ¡Ja, ja, ja!

—¿Viejo tú? No me digas eso, que somos mellizos.

—Tienes razón. Tranquila, tú llevas los años mejor que yo.

—Oye… ya sé que no te puedo molestar a cada momento, pero…

—¿Qué ocurre? ¿Te ha llamado la policía? ¿Has recordado algo? —preguntó él a toda prisa.

“Que no, joder, que no. Que no me acuerdo… no lo soporto. No quiero que me lo vuelva a preguntar…”.

—No, es que acabo de tener una discusión con Rebeca y…

—Bueno, Elisa, tu hija es una adolescente. Es normal que te pelees.

—En realidad, no ha sido una pelea, es que me trata fatal —contestó ella justo antes de ponerse a llorar de nuevo.

—Elisa, venga, no llores. Sabes lo que pienso de esa mocosa, te tiene siempre agobiada y es culpa tuya. Tienes que ser un poco más autoritaria.

—Tienes razón, nunca he sido capaz, y ahora con lo de Héctor… yo…

—Voy para tu casa, tienes que dejar de hablar de ese chico. Ni siquiera deberías pensar en él.

—Gracias, Alberto. Te debo una.

—Otra, me debes otra —dijo él justo antes de colgar.

Elisa conectó la televisión, se preparó un gin-tonic bien cargado y casi se lo bebió de un trago, no tenía muchas ganas de pensar en la decepción que veía en los ojos de todos. Tras cambiar de canal sin control varias veces, decidió apagarla y dar rienda suelta a sus pensamientos. Desde el fatídico día en que se había marchado con Héctor de aquel bar y después había aparecido muerto en su casa, evitaba cualquier situación que le recordara a aquello. No daba resultado y las pesadillas eran cada vez más frecuentes; eso, cuando conseguía dormirse, claro. Apenas comía o comía sin control.

Estaba claro que evitar pensar en ello no funcionaba. Quizá lo que tenía que hacer fuera lo contrario: enfrentarse a lo que fuera que ocurrió. Nada más recordar a Héctor tirado en el suelo de su salón con un charco de sangre coagulada a su alrededor, volvió a su mente el olor de la sangre y, sin poder evitarlo, le entraron ganas de vomitar. No le dio tiempo a llegar al baño. Pudo dar dos pasos antes de que los

restos de la comida a medio digerir salieran a toda velocidad de su estómago y se estrellaran contra las mismas baldosas que había fregado durante días una y otra vez para eliminar cualquier rastro de sangre que hubiera podido quedar.

En cuanto se recuperó un poco recogió el vómito y limpió de nuevo varias veces.

Comprobó que varias salpicaduras habían caído sobre la alfombra y se apresuró a frotarlas con un poco de agua y amoniaco. Desde luego, aquella alfombra tenía la negra, se iba a tener que comprar otra pronto. Abrió las ventanas, pese al frío, para que se fuera el olor del vómito y de los productos de limpieza. La lluvia arreciaba tanto que tuvo que volver a cerrar. Se apresuró a volver al sofá y se metió debajo de una manta descolorida por el paso de los años; se había quedado helada. A su mente volvió la imagen de Héctor, enterrado en algún sitio a merced de la lluvia, el frío, el sol… Tenía que saber dónde estaba, si no, se volvería loca. Sabía que su hermano no se lo revelaría jamás.

Poco después Alberto llamaba a la puerta, y ella se apresuró a abrir. Nada más entrar arrugó la nariz y preguntó:

—¿A qué huele aquí?

—Es que acabo de vomitar y no he conseguido que se vaya el olor.

—¡Uf! —exclamó—. ¡Qué asco!

—¿Quieres un chocolate? —preguntó ella mientras se encaminaba de nuevo a las ventanas y las abría de par en par. La lluvia seguía en toda su plenitud, así que Elisa

sacó unas toallas y las puso bajo las ventanas. Su hermano tenía razón: allí no se podía ni respirar.

—Vale, pero nos lo tomamos en la cocina —dijo él mientras cogía la manta del salón y se la ponía a su hermana por los hombros.

—Alberto… no puedo más —confesó ella.

Él la miró con pena. Su hermana siempre había sido débil, siempre había tenido que protegerla de todo y de todos, ahora tenía que ayudarla de verdad, si no, los dos acabarían en la cárcel y Rebeca en una casa de acogida; no podía consentirlo.

Ella se acurrucó cuanto pudo dentro de la manta sabiendo que ni todas las mantas del mundo harían que se deshiciera de aquel frío que sentía por dentro. Ése era el frío que rodeaba a Héctor, era el frío de su muerte.

CAPÍTULO 10. OVIEDO O MADRID

Leandro buscaba aparcamiento desde hacía más de diez minutos. Pensó que tenía que haber hecho caso a sus compañeros cuando le advirtieron que aparcar por el centro de Oviedo era complicado. Él comenzó a reírse y se las dio de listo cuando les respondió:

—No para un madrileño. Complicado es aparcar en el centro de Madrid a cualquier hora del día o de la noche los trescientos sesenta y cinco días del año. Esto no es nada.

Ante aquello nadie había tenido más que decir, aunque sí lo pensaban: “Llévate el coche y aparca, listo”. Había pasado por el mismo sitio ya tres veces e iba a por la cuarta, así que se dirigió a la puerta de la central de la policía y se bajó del coche. De inmediato, un agente le pidió que retirara el vehículo.

—Soy el inspector Leandro Gómez —dijo mientras le enseñaba la placa—. Tengo una reunión con el comisario Ruiz dentro de diez minutos…

—Lo siento, señor, pero ni siquiera se le permite aparcar aquí al comisario Ruiz.

—No quiero aparcar aquí, solo quiero que, si es usted tan amable, me indique dónde hay un aparcamiento, a ser posible, cerca de aquí.

—Claro, perdone, pensé que pretendía dejar el coche aquí —se disculpó él—. Mire, por esa calle a la derecha, a unos cincuenta metros hay un parking pequeño, es bastante económico. Puede encontrar algunos más grandes, pero están más lejos.

—No, ése está bien. Muchas gracias, agente.

El inspector Gómez se marchó jurándose a sí mismo que jamás confesaría en el trabajo haber usado un aparcamiento público aquel día. Les contaría, aunque fuera mentira, la suerte que había tenido de

encontrar un sitio libre justo en la calle contigua a la central de la Policía. En cuanto giró a la derecha vio el cartel del aparcamiento, y sin perder un segundo, bajó la rampa. Un hombre de unos cincuenta años le pidió la llave del coche y le comunicó los precios. Leandro le miró con reparo, lo de dejar el coche allí

con la llave y que los trabajadores lo movieran cuando hiciera falta era algo que se estilaba mucho hacía ya unos años, al menos en Madrid, pero que a él no le infundía demasiado respeto. Consultó su reloj y comprobó que quedaban cinco minutos para su cita en la Comisaría Central y se terminó de decidir; no tenía opción si quería llegar a tiempo. Le dio las llaves al hombre y le pidió que tuviera cuidado. Después subió la rampa y se encaminó a paso ligero a la central de la policía para intentar llevar la investigación de la chica del instituto. No tenía muchas esperanzas, pero se lo había prometido a Mateo y tenía que intentarlo.

Al llegar al despacho del comisario Ruiz se chocó con Busquets y se disculpó de inmediato.

—Ten cuidado, joder —dijo “el Gilipollas” bastante molesto.

—Sara, eres una visionaria —contestó él entre dientes.

—¿Cómo dices? —le preguntó con cara de no haberle entendido, lo que agradeció Leandro en silencio. Tenía que llevarse bien con Busquets si quería que le dejaran participar en la investigación.

—No, nada, me disculpaba, nada más, no te había visto, soy Leandro Gómez.

—Lo sé, el madrileño —contestó él con desdén—. Yo soy el inspector…

—Busquets, sí, encantado —le cortó rápidamente Leandro; no era capaz de volver a escuchar la estúpida presentación del catalán.

—Me alegro —mintió el policía.

La subinspectora Vargas sonrió a su espalda.

—Hola, soy…

—Mar Vargas —terminó de decir Leandro—. Habíamos coincidido antes, ¿qué tal?

—Sí, aquella vez que buscábamos un “topo” y fuimos recorriendo las comisarías de Gijón, pensé que no te acordarías.

“Con esa altura cómo no te voy a recordar” —pensó él; automáticamente puso una sonrisa y le tendió la mano; mejor no decir nada de su altura, no sabía cómo se lo iba a tomar.

—Sí, claro que me acuerdo —respondió entonces mientras observaba a Busquets.

—El comisario nos espera, ¿entramos? —dijo ella rompiendo la tensión que empezaba a palparse en el ambiente—. Albert, ¿vamos? —le dio paso ella dándole más importancia que al resto y, así, decirle el nombre de pila a Leandro.

Le gustaba aquella chica, era inteligente, tenía mano izquierda y se la veía tenaz y luchadora. Además, no podía olvidar que muy bien podría ser su cuñada en un futuro; a su hermano le gustaba, aunque jamás lo admitiría.

Aquello no tenía muy buen pronóstico. A Busquets no le caía nada bien y ni siquiera habían cruzado dos frases. Ya le tachaba como “el Madrileño”, además. Claro que, si había que ser justos, él pensaba ser fiel a Sara y pensar en el inspector como “el Gilipollas”, le venía como anillo al dedo. El comisario Ruiz les esperaba tras una mesa de castaño llena de papeles en un aparente desorden y notas de colores por todas partes. Leandro miró con poco disimulo el caos del despacho, detalle que no pasó desapercibido al comisario.

—Aunque no lo crea, esta es la única manera de organizarme —dijo él sonriendo a Leandro abiertamente.

—¿Perdón? —preguntó él antes de darse cuenta de que había sido muy poco discreto.

Se revolvió en su silla y esperó que nadie notase el rubor de su rostro.

—Lo que le digo —insistió el comisario—, que si no pongo papeles de colores y tengo todo esparcido por la mesa me da la sensación de que se me olvidan las cosas.

—Ah, eso —intentó quitarle importancia él, para disimular, sobre todo—, tenía que haber visto mi mesa cuando estaba en Madrid. Bueno, más bien mi despacho.

—Bien, creo que de eso quería hablarme —le dio pie el comisario.

Leandro le miró fijamente. Tenía pinta de ser un hombre con pocas ganas de problemas, se notaba a la legua que la jubilación estaba cerca y mucho se temía Leandro

que no le dejaría intervenir con tal de no tener ningún conflicto con Busquets. Si no le engañaba la memoria, por primera vez se equivocó con aquel hombre delgado al que los pantalones (de tres tallas más que la suya) le bailaban sobre las piernas sujetos por un estrecho y anticuado cinturón.

—Comisario… —intervino Busquets rojo de ira—, no voy a consentir…

—Usted consentirá lo que yo le diga que consienta, Busquets, haga el favor de no seguir por ese camino. Ya lo habíamos hablado. Los conocimientos y la experiencia del inspector Gómez nos vendrán muy bien en este caso.

—Comisario —le interrumpió la subinspectora Vargas—, perdone, ayer tuve el placer de conocer a la inspectora Benítez…

—¿Benítez? ¿Benítez? ¿De qué me suena ese nombre?

—Es… perdón… era mi jefa —le explicó el inspector Gómez.

—¡Coño! ¡Ya me acuerdo! ¡Salió en las noticias, además! Del caso de las videntes.

Pero… tenía entendido que estaba de baja médica, ¿o ya está en activo?

—No, no —dijo Leandro—, está pasando unos días en casa de una amiga, en Gijón.

—Ah, vaya, qué pena, creo que es una gran policía.

—Lo es —coincidió él.

—Bueno —les interrumpió Busquets con cara de perro—. Si no les importa, algunos tenemos que trabajar. Tengo dos cadáveres en el depósito.

—¿Dos? —preguntó extrañado el comisario.

—SÍ, jefe —respondió la mujer—. Eso era lo que le quería contar. Ayer la inspectora Benítez se topó con el cadáver de un joven mientras hacía un poco de deporte.

—¿Saben de quién se trata?

—Aún no, tenía el carné totalmente destrozado por el agua. Los técnicos intentan recomponerlo —le explicó ella.

—Bien, quiero saber todos los detalles —les pidió él—. A ver, Busquets, vamos a dejar las cosas claras —siguió el comisario—. Tenemos dos cadáveres en dos semanas. Uno de ellos es una adolescente a la que, según las pruebas, han quitado la vida simulando un suicidio. El otro… ¿ha dicho que se trata de un joven, subinspectora?

—Sí, señor, en el carné se podía leer la edad: 26 años.

—Bien —prosiguió el comisario—, sabe que andamos un poco cortos de personal. Por ahora quiero que investiguen los dos casos, y el inspector Gómez nos viene como anillo al dedo, Busquets, sobre todo teniendo en cuenta que lo mismo le reclaman en su nuevo puesto antes de que acabe el mes. Así que se pondrán con ello los tres juntos. A cargo del caso seguirá estando usted, pero quiero que colaboren, ¿de acuerdo?

—¿Me puedo negar? —preguntó Busquets con el tono más desafiante que pudo.

—No, no puede —zanjó el comisario.

—Entonces de acuerdo —terminó diciendo él mientras le lanzaba una mirada furiosa al inspector Gómez.

—Bien, pueden marcharse —dijo el comisario dando por zanjada la entrevista.

—Comisario… ¿puedo hablar con usted un minuto? —preguntó Leandro. Al comisario era evidente que no le apetecía seguir con el tema, la insistencia del inspector le llevó a acceder. Mientras, los otros dos policías se encaminaron al depósito para hablar con el forense.

—Usted dirá —le dio paso el comisario Ruiz.

—Verá, señor, el cadáver con el que dio ayer Sara… no tengo cómo explicarlo, creo que está relacionado con un caso que llevo yo.

—¿Por qué lo cree? —preguntó él quitándose las gafas para mirarle con detenimiento.

—Ya le digo que no sé cómo explicarlo, hace unos días vino un joven denunciando la desaparición de su hermano y, aunque en un principio no avisamos a la central al no haber pruebas de que hubiera desaparecido en contra de su voluntad, estoy seguro de que ha sido así. Y al encontrar a este otro joven, no sé, no me gustaría que hubiera alguien matando a jóvenes de esa edad.

—Ya sé lo que quiere decir, aunque no podemos hacer caso de las corazonadas, ¿me entiende?

—Sí, claro…

—De todos modos —siguió diciendo el comisario—, al ser ahora tres inspectores y llevar las dos investigaciones, no veo que no puedan también ocupar parte del tiempo en investigar esta desaparición.

—Muchas gracias, señor.

—Eso sí, no quiero que lo demás quedé retrasado por este caso —le pidió el comisario.

—No, señor, por supuesto —respondió Leandro mientras se levantaba y se dirigía a la salida.

—¡Ah! Y quiero un informe sobre la desaparición de la que me habla junto con las pruebas que hayan recopilado hasta el momento.

—Mañana mismo se lo haré llegar —zanjó Leandro.

—Inspector Gómez… —le llamó el comisario justo cuando se disponía a salir—.

Busquets es un tanto… especial. No quiero que haya problemas, ya me entiende, si no, tendré que pedirle que vuelva a su puesto en Gijón de inmediato.

—Por supuesto, no se preocupe.

Leandro salió con la cabeza trabajando a toda velocidad. Por un lado, necesitaba redactar un informe urgente sobre la desaparición de Héctor para que el comisario se pusiera al día y poder investigarlo desde allí. Por otro lado, tendría que buscar la manera de decírselo al “Gilipollas” sin que le pareciera mal; eso era fácil, se lo diría

primero a la subinspectora Vargas. También haría copias cuanto antes para poder mirarlo en casa con Sara; por supuesto, no la iba a dejar de

lado ahora que estaba mejor.

Por la tarde le contó a su mujer todo sobre la reunión y ella, tras unos minutos en los que se quedó mirando a la nada, simuló un repentino dolor de cabeza y se fue a la cama. Leandro sabía lo que eso significaba: Ana no quería que volviera a Homicidios; decidió dejarla descansar, era mejor que fuese aceptando las cosas poco a poco y volver a hablarlo más adelante. Entonces llamó a Sara y le contó las novedades. Ella, por supuesto, se mostró más animada que su mujer ante la noticia; era de esperar, puesto que, por mucho que siguiera de baja, no podía imaginarse a aquella mujer fuera de la policía mucho tiempo más: lo llevaba en la sangre.

A las tres de la madrugada por fin terminó de poner todos los papeles en orden.

Pocas horas después, sobre las seis y media, sonó el teléfono. Somnoliento, miró la pantalla: Mar Vargas. Maldijo entre dientes. ¿Es que todas sus compañeras de trabajo tenían que madrugar tanto? La familiar patada en la espinilla que su mujer solía propinarle cuando no apagaba el despertador o, en aquel caso, el móvil, terminó de despejar a Leandro lo suficiente como para contestar al teléfono.

—¿Diga?

—¿Leandro? Perdona que te despierte, es que acaban de darnos un aviso.

—¿Qué ocurre?

—Una joven ha aparecido muerta.

—¡Joder! ¿Igual que la otra? —preguntó él poniéndose en pie de inmediato y dirigiéndose a la ducha.

—No, de todos modos creo que deberíamos ir cuanto antes.

—Por supuesto. Voy a la ducha, en diez minutos estoy listo.

—¿Te recojo? —preguntó Mar.

—No, no hace falta. ¿Y Busquets?

—Busquets vendrá más tarde.

—No creo que deba entonces…

—No, no, tranquilo, siempre es así. Él no va a ningún sitio antes de las nueve.

Siempre soy yo la que va de “avanzadilla”. Esta vez irás tú también… bueno… si quieres, claro.

—Sí, sí, mándame la dirección en un mensaje y nos vemos allí.

—Eh… de acuerdo —contestó ella pasados unos segundos.

—Mar… tranquila, que no haré nada hasta que llegues, no te preocupes.

—Gracias, Leandro.

—Nos vemos allí.

El policía se metió en la ducha y se frotó con furia mientras tenía la sensación de que estaban ante un asesino en serie. No quería pensar en ello, al menos, hasta haber tomado un buen café que le despejara los sentidos lo suficiente. Cogió el informe que en algún momento del día llevaría hasta Oviedo y se puso un buen chaquetón para combatir el frío y la lluvia, que parecían haber cogido el gusto a aquella ciudad.

CAPÍTULO 11. EL TAMAÑO DEL COCHE

Una nueva semana se abría paso en la rutina de Mateo y prometía ser tan lluviosa como la anterior. El lunes había sido tranquilo, pero aquel martes, además de la lluvia, se acercaba un temporal que, según los meteorólogos, duraría, al menos, un par de días.

Encendió la radio mientras se afeitaba, así de paso se enteraría de la previsión del tiempo. Tenía pensado ir con su hermano y su cuñada ese fin de semana hacia la zona de Cudillero. Quería enseñarles tantos sitios antes de que naciera el bebé…

Por un momento no entendió lo que querían decir las noticias, ¿estaría soñando? Lo cerca que estuvo de cortarse con la cuchilla le devolvió de inmediato a su baño. No era posible, hablaban de María otra vez. Eso solo podía significar una cosa: la policía por fin tenía una pista fiable, o incluso a algún sospechoso. Subió un poco el volumen y se apresuró a terminar de afeitarse; no quería más sobresaltos teniendo la

cuchilla de afeitar en la mano. En la radio seguían con el tema…

El cadáver de la joven, de dieciséis años de edad, fue encontrado por una de las limpiadoras del centro. La mujer ha necesitado atención médica por la crisis nerviosa que le ha producido el hallazgo. La policía aún se encuentra recopilando pruebas, todo apunta a que la joven se quitó la vida, según fuentes oficiales. De ser así, estaríamos ante un nuevo caso con pocas semanas de diferencia. La alarma se dispara entre los vecinos de Gijón. La policía pide cautela, aunque no ha dado información a los medios de comunicación.

—¡Joder! ¡Si no hablan de María! ¿Otra chica? No puede ser… —exclamó Mateo a su reflejo en el espejo. Se limpió los restos de jabón de la cara y fue en busca del teléfono móvil para llamar a su hermano.

—¿Leandro?

—Hola, ya lo han dicho en las noticias, ¿no?

—Sí, por eso te llamo. ¡Joder!

—Estoy en la escena del crimen con la subinspectora Vargas. Busquets llegará enseguida.

—Pensé que te dejarían investigar a la sombra de ellos.

—Bueno, digamos que no hemos esperado a que Busquets se levante de la cama.

—Ya… me alegro. Me visto y voy para allá —le explicó Mateo al policía.

—¿Que vas adónde? —preguntó Leandro frunciendo el cejo. La subinspectora Vargas le miró de reojo, no se perdía ni un segundo de la conversación.

—¿Adónde va a ser? Al instituto. Soy el director, Leandro, tengo que estar allí. De hecho, creo que me tendríais que haber llamado, la verdad.

—Espera, espera, creí que lo habían dicho en las noticias. No ha sido en tu centro, Mateo, ha sido en el Rey Pelayo.

—¿Qué? ¡Ah! ¡Vaya! Eh… de acuerdo… la verdad es que me he quedado sin palabras. Iba a decir que “menos mal” o que “me alegro”, pero la verdad es que, aunque no haya sido en mi instituto, hay una

chica muerta igual, no me alegro en absoluto.

—No te justifiques, Mateo, que entiendo que te sientas aliviado. Si te soy sincero, al saber que no era en tu instituto también me sentí aliviado yo.

—¿Ha sido… ya sabes… como lo de María? —preguntó el director intentando elegir sus palabras.

—Bueno, Mateo, no puedo darte ninguna información, estamos comenzando la investigación.

Además la subinspectora Vargas le miraba fijamente; por muy bien que le cayera ese inspector, no le dejaría que diera información a nadie ni que hiciera algo que la pudiera perjudicar, el caso era suyo y de Busquets, esperaba no tener que recordárselo. Leandro era consciente de que no podía revelarle nada a su hermano, aun así, siguió hablando con él. De todos modos, Mateo no insistiría, estaba demasiado acostumbrado a las respuestas de su hermano cuando llevaba una investigación.

—Ya… vale… dime si crees que ha sido un suicidio. En la radio hablan de que se ha quitado la vida.

—No —respondió él tajante.

—Vale, no te pregunto más, te dejo trabajar. Nos vemos luego, ¿te parece?

—Sí, cuando pueda me paso por allí —se despidió Leandro.

—Gracias, Leandro, hasta luego.

La subinspectora Vargas se relajó de inmediato al ver que Leandro no había hablado del caso con su hermano, aunque tendría que recordarle a Leandro cómo se hacían las cosas allí, sobre todo para evitar conflictos con Busquets.

El inspector Gómez colgó el teléfono y, antes de guardarlo en el bolsillo, escribió un texto rápido y pulsó el botón de enviar: “Sara, otra chica muerta. Luego hablamos”. No pensaba dejar a la mejor investigadora que conocía fuera de aquel lío que se estaba montando, la necesitaba. Volvió al baño donde se encontraba el cadáver de la chica, que aún seguía en la misma postura. No lo iban a mover hasta que llegara Busquets, quien había sido avisado prematuramente por Mar, no quería que pensara que prefería trabajar con Leandro antes

que con él, aunque fuera cierto.

Poco más de veinte minutos después, el inspector Busquets llegaba al instituto. Entró en el baño y, haciendo honor al apodo puesto por Sara, se dirigió a los técnicos que recopilaban pruebas para recriminarles que no hubieran esperado a que llegara.

—Albert, hice fotos de todo y te llamé cuando vi que iban a empezar.

—Ya veo lo que ocurre aquí —dijo él cortante a la vez que lanzaba a Leandro una dura mirada.

—Yo acabo de llegar —mintió Leandro para echar un cable a su nueva compañera; el resto del personal se limitó a bajar la mirada para no meterse en la conversación—. He llegado antes que tú porque vivo más cerca.

—De acuerdo —aceptó Busquets girando hacia el cadáver de la chica —. Otro suicidio, a no ser que la subinspectora Vargas piense lo contrario, claro.

—Eh… bueno, Albert, el forense no cree que lo sea por las marcas de las muñecas y porque la cuchilla encontrada junto al cadáver no parece coincidir con lo que se usó para cortarle las venas.

—¿Qué quieres decir? ¿Que tenemos un asesino en serie? ¡Joder, Mar! ¿Lo haces aposta? Dentro de unas semanas me marcho como comisario a Barcelona, y si tenemos un asesino en serie, tendré que pillarlo antes de irme, no puedo dejar el caso a medias.

Menuda mierda. Venga, a ponernos las pilas, ¿qué haces ahí parada? ¿Quién lo encontró?

—La señora de la limpieza —contestó Leandro; Busquets ni siquiera se giró para mirarlo.

—Vete a hablar con ella…¡vamos! ¿Tengo que decirte cómo se hace este trabajo?

Leandro respiró hondo y apretó las mandíbulas. No se iba a pelear con “el Gilipollas”

ya el primer día, no caería en semejante provocación. Se limitó a asentir y a hacer un gesto a Mar para que no interviniese en su defensa. Era mejor que Busquets pensara que tenía el control que enfrentarse con él a cada paso y que le quitaran de la investigación o

que la subinspectora Vargas tuviera problemas. Se guardó disimuladamente la libreta con la declaración hecha por la señora de la limpieza hacía casi dos horas y se encaminó a la salida simulando ir al hospital a hablar con la pobre mujer. Se inventó una disculpa, y la subinspectora Vargas asintió al darse cuenta de su intención. Entonces le dejó ir y se acercó al cadáver con su jefe.

Leandro no pudo evitar sonreír al ver a aquella alta mujer intentando ponerse a la sombra de un hombre que le llegaba por debajo del hombro, y no solo en centímetros; simplemente le parecía antinatural.

Mar contempló el cadáver de la joven con calma. Desde luego, el aspecto no tenía nada en común con el de María Blanco. Se trataba de una joven pelirroja, de ojos marrones, más bien pequeños. La piel aparecía muy blanca, completamente salpicada de pecas. La subinspectora pensó que, aparte de ser su color natural, la pérdida de sangre habría contribuido en gran parte a que se viera así. Dos grandes regueros de sangre aparecían junto a las muñecas de la chica: aparentemente, había muerto desangrada. Junto a la joven descansaba una cuchilla de afeitar manchada de sangre. La muchacha era extremadamente delgada y llevaba un pantalón anticuado que, incluso en aquella postura, se veía demasiado grande. Unas gafas de montura blanca colgaban de su cara como si fueran de atrezo y el contenido de una mochila aparecía a un lado

dejando ver varios cuadernos, un bolígrafo rosa con el capuchón lleno de plumas y una caja de lentillas que tenía pinta de no usarse muy a menudo. La inspectora Vargas suspiró. Fuera cual fuera el aspecto de la muchacha, no merecía morir así.

El inspector Gómez pensó en acercarse al Anatómico Forense cuando Busquets le había instado a abandonar el escenario del crimen. Desechó la idea al pensar en la reacción del antipático policía. Así que recordó los papeles que llevaba en el coche para el comisario Ruiz y se dirigió a Oviedo. En algo tenía que matar el tiempo. Mientras conducía, el móvil sonó varias veces, al no tener conectado el aparato de manos libres se obligó a ignorarlo; lo miraría al llegar. Ante el intenso tráfico que se encontró en el centro de Oviedo, se dirigió directamente al aparcamiento que le había indicado el policía de la entrada el día anterior, una mueca de contrariedad asomó a su rostro al encontrarse con el cartel de “COMPLETO” en la entrada, lo que le hizo maldecir varias veces mientras volvía al tráfico de la ciudad. Le tocó aparcar unas calles más abajo, cerca del centro comercial. Subió la cuesta mientras maldecía de nuevo, el paraguas no servía para nada con aquel aire, así que lo cerró para que no se estropeara y se subió

bien el cuello del abrigo.

Llegó a la comisaría completamente empapado y congelado. Comprobó que los papeles seguían bien protegidos en la carpeta de plástico que, con muy buen criterio, había cogido en el último momento y se encaminó al despacho del comisario Ruiz tras recibir permiso por parte del policía apostado en la entrada.

—Inspector Gómez, ¿qué hace por aquí? —preguntó con amabilidad el comisario al mismo tiempo que se levantaba a darle un apretón de manos.

—Vengo a traerle el expediente del caso que le comenté ayer, el del chico desaparecido.

—Ah, es verdad, perfecto. Bueno, tengo una buena noticia para usted… o eso creo…

—¿Ah, sí? —preguntó Leandro subiendo las cejas.

—Creo que ya se conocen —dijo el comisario señalando a la mujer que permanecía sentada a un lado sin intervenir para nada en la conversación.

Leandro se sobresaltó. Hasta el momento ni siquiera se había percatado de la presencia de nadie más en la habitación. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo.

—¿Sara? ¿Qué… qué haces aquí? —preguntó con torpeza; esperaba que no le hubiera dado al comisario detalles de lo que le había revelado hasta el momento.

—Bien, inspector Gómez —intervino el comisario—, la inspectora Benítez se incorpora a la investigación.

— ¿Es eso cierto? ¿Sara?

—Sí, resulta que he pedido el alta médica, acabo de recibir los resultados de mi examen de tiro y no se ha resentido en absoluto por … esto, ya sabes —le explicó enseñándole la mano herida—. Y le expliqué al comisario que estaba aquí en Gijón y que me topé con un cadáver, y esta mañana a las ocho en punto me llamó para decirme que el joven al que encontré mientras corría muy bien podría ser un chico madrileño que desapareció hace dos meses aquí en Gijón. Así que, a no ser que el ADN diga lo contrario, voy a investigar los últimos pasos del joven aquí y después ya veremos cuándo vuelvo a

Madrid. He venido a ver al comisario para saber cómo quiere llevar la investigación y a pedir que me proporcione un compañero y, mira por dónde, quiere que seas tú.

—¿Yo? —preguntó Leandro algo abrumado. Jamás habría pensado que, habiendo dejado Homicidios, pudiera investigar un caso con Sara de nuevo al mando y a quinientos kilómetros de su casa.

—Sí, inspector —respondió el comisario—, a no ser que tenga usted algún inconveniente.

—No, por supuesto que no. Madre mía, no me lo puedo creer.

—Además hoy han encontrado a otra adolescente muerta y, a no ser que realmente haya sido un suicidio, cosa que el forense no cree, se les acumula el trabajo a Busquets y a Vargas, así podremos separar las investigaciones.

—Me parece correcto, comisario. Es que…

—¿Qué? —preguntó él. Leandro no sabía cómo decirle el interés que tenía en el caso de las adolescentes.

—Verá —intervino Sara—, el hermano del inspector Gómez es el director del instituto donde apareció muerta la primera joven, María.

—Ah, ya veo. Bien, podrá seguir colaborando con Vargas y Busquets siempre que su prioridad sea este caso.

—Muchas gracias, comisario.

—No hay por qué darlas. Quiero que entiendan que esta forma de trabajar es excepcional, en circunstancias normales no llevarían ningún caso aquí en Asturias.

—Lo sabemos, comisario, lo tendremos en cuenta en todo momento.

Sara y Leandro pusieron rumbo a la tormenta en busca del coche del inspector. Iban al Anatómico Forense a hablar sobre el cadáver encontrado en el parque. De camino, el policía recibió la llamada de Mar, y Sara cogió el teléfono mientras él conducía.

—¿Subinspectora Vargas? ¿Qué tal? Lo siento, Leandro no se puede poner, va conduciendo.

—Eh… ya, era para saber dónde está.

—Vamos al Anatómico Forense.

—¿Cómo? … Un segundo, por favor.

Sara pudo oír cómo la subinspectora hablaba con alguien y seguidamente volvía a la conversación; parecía molesta.

—¿Sara? Ya estoy, le decía a Busquets que iba a avisar a Leandro para que se reuniese con nosotros en el Anatómico Forense, no quería que me oyera hablar. Creo que deberíais esperar a que lleguemos… Además, perdona que diga esto, también creo que tú no deberías estar.

Entonces Sara cayó en la cuenta de que nadie les había comunicado los cambios, así que se apresuró a contarle la última reunión con el comisario Ruiz y la decisión de llevar los casos por separado.

—En realidad, nosotros vamos a ver el cadáver del joven del parque, podemos vernos después para hablar sobre las chicas, a ver si la autopsia de la primera adolescente nos revela algo.

—Ah….vaya. Pues qué raro que no nos haya llamado el comisario, a no ser, claro, que haya hablado con Busquets y no me lo haya dicho… aún.

—¿Cómo no te lo iba a decir? —preguntó Sara repentinamente molesta.

—Bueno, no sería la primera vez, le gusta tener más información que el resto, ya sabes, le proporciona poder.

—Menudo gilipollas —soltó Sara, aunque se disculpó de inmediato.

—No te preocupes, ¿no creerás que eres la primera que lo dice?

—¡Ja, ja, ja! Me imagino. Bueno, nos vemos allí —se despidió Sara antes de colgar el teléfono.

—¿Leandro? ¿Qué teléfono llevas? Si es del siglo pasado.

—¡Qué exagerada! Los móviles no tienen tantos años. Además, sirve para hablar,

¿no? Ya está, suficiente.

—Madre mía, voy a tener que hablar con Ana muy seriamente sobre tu total desinterés por las nuevas tecnologías.

—Te va a dar igual, Ana es peor que yo, ni siquiera tiene móvil. Bueno, sí, tiene uno, pero casi nunca lo lleva encima.

—¡Joder! ¡Qué modernos! —exclamó Sara con sarcasmo—. ¿Y al niño que le vais a poner? ¿Una nodriza para que se encargue de su crianza?

—No te pases, que tampoco es eso.

—Qué va…

—Ya hemos llegado. Estoy deseando conocer al forense —confesó Leandro.

—Yo también, la verdad, aunque ya sabes que esa profesión está un poco reñida con la alegría.

—Menudo tópico, es como lo que dicen de los coches de los hombres.

—¿De qué hablas? —preguntó Sara intrigada.

—Bueno, ya sabes, dicen que el tamaño del coche de un hombre es inversamente proporcional a... ya sabes.

—¡Ja, ja, ja! Eso no lo había oído en mi vida. Leandro, te sienta bien Asturias.

—No, si eso lo decía mi madre —le explicó él guiñando un ojo.

Aparcaron el coche junto a un Seat León rojo y se dirigieron corriendo hacia el interior del edificio; la lluvia arreciaba y el aire hacía que se les colara dentro de la ropa.

Ya desde dentro vieron aparecer un enorme todoterreno negro que aparcó en la misma puerta, pese a que había varios sitios libres. De él se bajaron la subinspectora Vargas (del lado del copiloto) y el inspector Busquets. Inmediatamente, Leandro y Sara estallaron en una sonora carcajada. Tuvieron que aguantar la risa enseguida ya que los dos inspectores entraban en el edificio en aquel momento. Mar los miró interrogante, Sara le hizo un gesto para que no preguntara; ya se lo contaría más tarde.

A juzgar por el saludo de Busquets a Sara se veía claramente que “el Gilipollas”

estaba al tanto de la nueva situación, lo que provocó un pequeño gesto de fastidio en su compañera al darse cuenta de que la había mantenido al margen. Sara, sin embargo, empezaba a cuestionarse el

mote que le había puesto y barajaba la posibilidad de sustituirlo por otro peor.

Enseguida cada pareja se dirigió hacia su sala. Mar parecía simplemente resignada con el reparto, sabía que jamás el comisario la cambiaría voluntariamente de compañero, dado que era la única que lo sabía llevar en mil kilómetros a la redonda.

El forense que se encargaba del cuerpo del chico encontrado en el parque resultó ser una mujer. Leandro se quedó petrificado nada más verla: era pelirroja, con el pelo largo, rizado e indomable. Le dio un vuelco al corazón cuando la vio, era como si Miriam no hubiera muerto y hubiera desaparecido aquellos meses para convertirse en forense.

—Leandro… ¡Leandro! ¿Qué te pasa? Joder, llevo un rato hablando sola.

—Perdona… Sara… es que ella… —dijo dirigiéndose a la forense, cuando, de repente, se quedó sin habla: la mujer era bastante baja de estatura, pelo por los hombros, moreno y liso, no se parecía a Miriam en absoluto.

—Ella, ¿qué? —preguntó Sara frunciendo el cejo.

—Eh… nada, nada, me pareció ver… nada, no me hagas caso —terminó diciendo él.

No veía a la mujer pelirroja por ningún lado, la imaginación debía de haberle jugado una mala pasada.

—Buenos días, soy la doctora Vega, ustedes deben ser los de Madrid.

—Hola, sí, yo soy la inspectora Benítez y él el inspector Gómez —se presentó Sara—.

Veo que el comisario la ha puesto al día.

—Sí, recibí un fax a primera hora. Me encontraba redactando el informe. Vengan, que les enseño el cuerpo —les pidió la mujer dirigiéndose a las cámaras frigoríficas y abriendo con fuerza una de ellas.

El cadáver aparecía en un estado bastante avanzado de descomposición. El olor comenzó enseguida y Leandro sintió náuseas; las reprimió de inmediato. Siempre le ocurría, le duraban unos

segundos.

—El joven se llamaba Rubén Álvarez y tenía veintiséis años. Había venido a pasar unos días este verano con unos amigos. Conoció a una chica y decidió quedarse algunos días más, De repente, dejaron de tener noticias suyas. Se le buscaba desde entonces. La familia llegó ayer a Oviedo. Pobre chico…

—¿Alguna huella o alguna pista? —preguntó Sara mientras observaba el feo golpe que le desfiguraba la cara.

—A ver, ha pasado dos meses a merced del tiempo y los animales. Sí puedo decirles que la causa de la muerte es este golpe de aquí en la frente. Murió en el acto, aunque no donde lo encontramos, allí no hay rastro de sangre.

—Entonces alguien se tomó la molestia de trasladar el cuerpo —comentó Leandro.

—Sí, además me atrevería a decir que estuvo enterrado durante estos dos meses y envuelto en algo poco poroso, como una bolsa de plástico o similar, a juzgar por la descomposición y por el hecho de que las últimas lluvias dejaron parte del cadáver al descubierto. Lo justo para que algún animal de gran tamaño lo arrastrara hasta la orilla.

—Yo hago deporte casi todos los días por ese parque y la verdad es que hay más de un lugar donde esconder un cadáver —les explicó Sara—. Hay zonas llenas de zarzas donde no es fácil el acceso y varios caminos que van a parar al río. Incluso hay un pequeño lago.

—Yo no lo conocía hasta que tuve que ir hasta allí el día que lo encontraron, la verdad es que no sé dónde habría que buscar —explicó el forense.

—Mañana no dan lluvia, podríamos pedir que fueran los perros a ver qué encuentran

—les explicó Leandro.

—Me parece una gran idea, Leandro, llamamos ahora al comisario a ver qué le parece

—coincidió Sara.

—De todos modos, no esperen encontrar gran cosa, la lluvia puede haber arrastrado la tierra y demás y confundir a los perros —comentó

la doctora.

—Bueno, al menos lo intentaremos; si damos con el lugar donde estuvo enterrado, quizá encontremos alguna pista.

—¡Ah! Una última cosa —recordó la forense de repente—, le vistieron *post mortem*.

—¿Por qué harían tal cosa? —preguntó Leandro.

—Por remordimientos, para encubrir algo… A saber.

—Bueno, habrá que intentar lo de los perros. Muchas gracias, doctora Vega. Le dejo en esta tarjeta nuestros teléfonos por si encontrase algo más.

—Claro, espero que haya suerte —terminó diciendo ella.

Leandro y Sara se reunieron con la subinspectora Vargas en el vestíbulo. Busquets tenía una conveniente reunión en la Comisaría Central, lo que hizo que todos disimularan su alegría.

Los tres policías se dirigieron a una cafetería cercana y se colocaron en la mesa más alejada de la barra para poder hablar con tranquilidad. Mar sacó entonces una carpeta y les enseñó las fotos de las dos chicas. De la primera, además de las fotografías sacadas en el baño del instituto, estaban las que el forense había hecho durante la autopsia. La segunda chica ni siquiera había llegado al Anatómico Forense todavía.

—¿Algo interesante, Mar?

—Bueno, sí —dijo ella enseñándoles las fotos—. El forense dice que murió por la fractura en el cuello. No cree que fuera por el ahorcamiento; en realidad, piensa que lo de colgar a la joven fue para disimular el golpe en la nuca. Según el informe, es imposible que se rompiera el cuello cayendo desde esa altura tan pequeña a no ser que ya lo tuviera roto. El retrete de al lado tenía una parte desprendida, la forma coincide con el hematoma aparecido en la nuca de la joven. O bien se cayó hacia atrás y se rompió el cuello al darse con la taza del váter o alguien la empujó. Además, el que tuviera justo al lado la taza mientras estaba colgada y no intentara subirse para salvar la vida no le cuadra, dice que no tiene marcas defensivas.

—Pero… —preguntó Sara— si una persona se quita la vida ahorcándose, lo de las marcas defensivas… no lo entiendo. Lo del

váter, sinceramente, puede que no se quisiera subir, que intencionadamente se dejara llevar para suicidarse realmente —

añadió.

—Bueno, eso le dije yo al forense. Según él, sería posible, aunque muy poco probable.

Me explicó que el cerebro actúa por su cuenta en circunstancias extremas. Es por supervivencia, tendríamos que haber estado ante alguien con una determinación total ante el suicidio y que no hubiera perdido el sentido en ningún momento. Después vio que las marcas del cuello no concuerdan con su idea. Dice que hay una marca muy profunda y que no hay ni siquiera una rozadura al lado. Es decir, que según quedó colgada no se movió. Además, los de la Científica encontraron la huella de un zapato encima de la tapa del váter donde estaba colgada María. Es de la talla 43, desde luego no de la joven, que usaba el 36.

—Entonces… lo más probable es que estuviera muerta antes de que alguien la colgara. No tuvo ninguna oportunidad, ¿no?

—Ésa es exactamente la teoría del forense —coincidió Mar.

—¡Joder! —exclamó Sara— ¿Y la chica que habéis encontrado hoy? ¿También hay indicios de que haya sido asesinada?

—Sí. El forense dice que las marcas de sus muñecas no pueden estar hechas con la cuchilla que encontramos justo al lado de la víctima, entre otras cosas, habrá que esperar a la autopsia —le explicó Mar.

—Entonces podemos empezar a pensar que estamos ante un asesino en serie… —

sentenció Leandro pasándose las manos por el pelo.

—Sí, y bastante torpe, por lo que hemos visto. Los de la Científica están casi seguros de que no ha matado con anterioridad.

—Para ser torpe lleva dos cadáveres a su paso. Tenemos que encontrar algo que nos lleve hacia él —dijo Sara de pronto—. ¿Algo más de interés, Mar?

—Bueno, aquí pone que la chica había mantenido relaciones sexuales pocas horas antes y que usaron condón.

—¿Con catorce años? ¿La violaron? —preguntó Leandro.

—No hay indicios de que así fuera.

—¿Salía con alguien? Madre mía, entonces habrá que buscar al chico lo primero —

zanjó Sara.

—Sí, voy al instituto ahora mismo. Tengo una cita con tu hermano, Leandro —les explicó Mar.

—Vale, luego nos cuentas. Nosotros vamos a repasar las declaraciones de los amigos de nuestra víctima y seguramente volveremos a hablar con alguno de ellos. Ni siquiera sabemos si encontraron a la chica con la que se fue. Estaremos en mi despacho en Gijón.

—Perfecto, os llamo luego —se despidió Mar sacando el monedero para pagar el café, Leandro le hizo un gesto para que lo guardara—. Por cierto, ¿de qué os reíais tanto cuando hemos llegado?

—Eh… cuéntaselo tú, Sara —le pidió Leandro comenzando a reírse de nuevo.

—Bueno, aquí el inspector me ha dicho que, según su madre, el tamaño del coche de un hombre es inversamente proporcional al de su….

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó Mar al recordar el inmenso todoterreno de su jefe—. ¡Qué cabrón! Pero seguro que tu “santa” madre tenía razón.

Los tres se reían a conciencia cuando, de repente, sonó el móvil de la subinspectora Vargas.

—¡Coño! ¿Me tendrá puesto un micro? —preguntó mientras guiñaba un ojo y contestaba al teléfono.

La alta mujer se dirigió a la salida. Ellos la siguieron en cuanto pagaron la cuenta y se encaminaron a recoger el coche del Anatómico Forense. Durante la vuelta a Gijón, prácticamente no hablaron nada. Sara pensaba en la cantidad de pruebas que se estaban perdiendo con la lluvia y se apresuró a llamar al comisario para pedir el reconocimiento del terreno con los perros al día siguiente. Mientras tanto, Leandro pensaba en Miriam,

¿había tenido una visión? Simplemente sería el haberse vuelto a

enfrentar a un asesino lo que le había hecho ver a la mujer a la que no había podido salvar. Por otro lado, tenía la sensación de que Miriam intentaba decirle algo. Y sabiendo lo que sabía de ella, eso era tan probable como todo lo demás. Llegó a Gijón tan perdido en sus pensamientos como había salido de Oviedo. Sara le conocía lo suficientemente bien como para comenzar a preocuparse…

CAPÍTULO 12. MALA HIERBA

Leandro salía del domicilio de Héctor, cuya desaparición había denunciado su hermano al menos hacía tres semanas. Sentía el corazón encogido; de nuevo había ido sin noticias. Por un lado, le costaba admitir que no contaban con ninguna pista. Por otro, su hermano Raúl se agarraba a la ausencia de noticias con la esperanza de que siguiera con vida, lo que cada día que pasaba le costaba más creer. Aquel día estaban en su casa sus padres y su hermana con su marido y sus hijos. La familia entera comenzaba a desmoronarse. Y eso que ya estaban más relajados que unos días atrás, cuando habían comunicado en las noticias el hallazgo de un cadáver de un joven de complexión y edad similares a Héctor. El policía acudió de inmediato a hablar con Raúl para tranquilizarle al respecto. Le había explicado que, aunque en los informativos no podían dar el nombre de la víctima, puesto que no tenían el resultado del ADN, sí le podía asegurar que aquel cuerpo no era el de su hermano, por el tiempo que llevaba muerto, sobre todo. Raúl se había agarrado de nuevo a la esperanza de encontrarlo vivo, aunque Leandro sabía que era poco probable.

El inspector Gómez constató que el ya delgado Raúl parecía un fantasma. Había perdido más peso, y el pelo, que ya necesitaba un buen corte cuando le conoció en la comisaría, había pasado a ser totalmente indomable.

Al llegar al coche miró su móvil. Siempre lo hacía ya que él no contestaba jamás cuando iba conduciendo. Ni siquiera con el aparato aquél tan “moderno” que le había regalado su hermano Mateo para su cumpleaños, el manos libres. Simplemente, no se arreglaba, así que antes de subirse al volante se ponía al día con las llamadas y mensajes y lo que llegara en el trayecto tenía que esperar a que aparcara. En la pantalla un mensaje parpadeaba y Leandro se apresuró a abrirlo. Una palabra de su jefa:

“LLÁMAME”. No creía que fuera muy urgente, si no le habría llamado. Entonces comprobó horrorizado que tenía seis llamadas perdidas de Sara y el móvil en silencio.

Maldijo en voz baja mientras marcaba el teléfono de su compañera. Que hubiera insistido tanto en tan poco tiempo podía significar dos cosas: que había una nueva víctima o que había encontrado una buena pista. Cruzó los dedos para que fuera lo segundo. El teléfono de Sara comunicaba, así que maldijo por segunda vez y puso el coche en marcha. La urgencia de ella por hablar con él se había convertido en la suya propia por saber qué ocurría.

Unos minutos más tarde sonó su móvil y él se apresuró a dejar el coche mal aparcado en una plaza para minusválidos. Incluso se sintió mal al hacerlo. Necesitaba saber lo que fuera que hubiera ocurrido.

—¡Sara! ¡Por fin! ¿Qué ocurre?

—¿Cómo que por fin? Si la que llevo intentando localizarte casi una hora soy yo.

—Es verdad, perdona, estaba en casa de Héctor, ya sabes que intento ir de vez en cuando para que Raúl no piense que no hacemos nada y…

—Ya, ya, mira es que puede que no sea nada, quiero que tú también lo veas. Estoy en tu despacho.

—Eh… bueno, es que había quedado con Ana, dame cinco minutos y la aviso de que voy a llegar más tarde. Ahora paso por allí.

—Si lo prefieres nos vemos en tu casa…

Leandro lo pensó unos segundos. No quería comenzar con esa dinámica de llevar a casa el trabajo y a Sara. A Gijón habían ido para huir precisamente de aquella violencia, de aquel estrés que estaba acabando con ellos. Y ahora volvía a aparecer Sara y se veía involucrado no en una investigación, sino en dos, y a su mujer no le hacía ni pizca de gracia; sabía lo que eso significaba: noches de desvelo, pesadillas, horas extra, ponerse en peligro… No, desde luego, a Ana no le gustaba nada que aquello que tanto daño le había hecho durante más de veinte años y que ella había aguantado como había podido volviera a producirse justamente ahora, cuando habían decidido cambiar de vida y cuando iban a tener un bebé.

Por otro lado, Leandro sabía que no podía huir, que aquel trabajo era de verdad el que le hacía sentirse vivo y que lo llevaba dentro. Así

que, sabiendo que tanto si quedaban en su casa como en el despacho tendría problemas con su mujer, optó por lo segundo para separar en la medida de lo posible su vida laboral de la personal.

—Voy a llamar a Ana y te digo lo que decida, dame un minuto.

—Leandro, aunque quizá no sea nada, necesito que lo veas. Sabes que entre los dos siempre vemos más cosas.

—Lo sé, no te preocupes, jefa, ahora te llamo.

Tenía que ir. Si Sara le decía que tenía que verlo era porque ella ya había sacado unas conclusiones que, con toda seguridad, serían correctas. Así que marcó el teléfono de casa y se preparó para la reacción de su mujer.

—Hola, ¿ya vienes? —preguntó ella.

—Eh… bueno... para eso te llamaba, voy a retrasarme un poco.

—¿Por qué? —dijo ella a la defensiva.

—Es que tengo que pasar por el despacho, parece que tenemos una pista.

—Ya entiendo —respondió ella cortante.

—¿Prefieres que quede con Sara en casa? La verdad es que no creo que tarde más de media hora.

—No, haz lo que tengas que hacer —dijo ella justo antes de colgar el teléfono; ni siquiera se molestó en despedirse.

Leandro se encaminó a la comisaría con el cargo de conciencia como compañero.

Entendía la actitud de su mujer, pero habían tenido aquella discusión tantas y tantas veces… Desde luego, Ana había comprendido siempre lo que significaba estar casada con un inspector de Homicidios lo que no hacía que lo pasara mejor o que no le importara. Y ahora estaba a punto de tener un hijo, aquello lo cambiaba todo. Intentó pensar en otra cosa, ya que no tenía opción. Esperaba que fuera cosa de unos minutos y poder llegar a casa cuanto antes.

Al entrar en su despacho se sintió como si viajara en el tiempo. Allí estaba su jefa, en mejor forma que nunca, con todos los papeles esparcidos por la mesa. Para la pared del fondo había pedido un papel

grande y lo había pegado para poder poner encima fotos, anotaciones, declaraciones, todo como estaban acostumbrados a hacer en Madrid.

Cuando el encargado del almacén le había traído un rollo grande de papel y se había disculpado diciendo que solo había encontrado aquel de color marrón que era el que se utilizaba para envolver paquetes que se envían por correo, Sara se había despedido diciendo: “Si tuviera una pizarra para poner las pruebas sería más fácil, pero esto

servirá. Muchas gracias”. En el papel había pegado las fotos de los dos jóvenes desaparecidos, del que ya había aparecido muerto en el parque donde ella hacía deporte y del que por el momento no tenían noticias. Al lado del primero, varias anotaciones con lo más significativo de su autopsia y, en rojo, una flecha de uno a otro joven. Ese detalle aceleró el corazón de Leandro: Sara había encontrado una pista que los relacionaba.

Un par de minutos después de que Leandro llegara, unos golpes en la puerta precedieron al mismo hombre que había traído el rollo de papel. Venía con una pizarra enorme.

—¡Ostras! ¿Dónde la ha encontrado? ¡Es justo lo que necesitamos!

—Bueno, he recordado que en el sótano teníamos algo de material guardado.

Además, juraría que había otra pizarra igual, pero no la he visto. Mañana la busco con más calma.

—Muchas gracias, de verdad, acaba de facilitarnos la vida —le dijo Sara dándole un apretón de manos; Leandro no se perdía detalle.

En cuanto el hombre salió, Leandro se acercó a Sara, quien se había abalanzado sobre el panel de la pared para trasladar los papeles a la pizarra.

—Joder, Sara, llevas un día aquí conmigo y ya los tienes a todos trabajando para ti.

—¿Te molesta? —preguntó ella.

—No, no, qué va, lo que no sé es cómo lo haces. A mí me costó unas semanas.

—Ya sabes que yo no doy opción. Estoy segura de que tú llegaste de buen rollo, y creo que hay que empezar de otra forma.

—Bueno, yo acabo de ver con ese hombre a una Sara que no conocía. Quiero decir que tú no sueles ser tan…

—¿Amable? —preguntó ella con sarcasmo.

—Algo así.

—Puede que tengas razón. No sé explicarlo, aquí la gente es distinta.

—Eso es verdad, aunque hay de todo, créeme —respondió él pensando en la agente Silva, con quien había chocado desde el principio.

—Ya me imagino, de todos modos me siento diferente que en Madrid.

—Venga, vamos a terminar de colocar todo esto y me explicas lo que has encontrado, que, si no, no acabamos.

—Tienes razón... a ver… —dijo Sara cogiendo la foto de Rubén, el chico que encontró mientras hacía deporte por el parque—. Vamos a colocarlo aquí —añadió mientras pegaba la foto del joven y añadía unas anotaciones en rojo a un lado.

Leandro se dispuso a leer lo que escribía:

AUTOPSIA DE RUBÉN ÁLVAREZ:

—Causa de la muerte: fractura del hueso frontal y hemorragia cerebral masiva.

—Arma: objeto romo de forma indefinida.

—Dato: Vestido post mortem.

—Nota: Mantuvo relaciones sexuales recientemente. No ADN (preservativo).

—Se le vio por última vez en el pub El Buen Color (Playa de Poniente, Gijón.) Se marchó con una mujer blanca, pelo moreno, 1,65, pelo largo, delgada, con curvas .

Al lado colocó una foto de Héctor, el joven desaparecido. Leandro sintió una punzada de dolor al recordar a su familia esa misma tarde. Después leyó las anotaciones de su jefa: *DESAPARECIDO LA MADRUGADA DEL 31 DE OCTUBRE AL 1 DE NOVIEMBRE*

DE 2015:

—Visto por última vez en el pub El Hechicero (Cimadevilla, Gijón).

—Se fue con una mujer blanca, 1,65, pelo moreno y por los hombros, delgada, con curvas.

—Como ves —dijo Sara—, las descripciones coinciden.

El policía se quedó mirando al panel con decepción. No podía ser que Sara le hubiera llamado insistentemente porque los dos chicos se marcharan con sendas mujeres morenas de 1,65. Así eran la mitad de las mujeres del país.

—¿Qué te pasa, Leandro? ¿Qué piensas? Ya sé que crees que el chico está muerto, pero hasta que encontremos el cadáver hay que buscar otro camino.

—No es eso, es que hasta entonces pienso que no tenemos caso, no hay ni una sola pista.

—En eso te equivocas —sentenció Sara.

—¿Cómo dices? —preguntó él extrañado. Si había alguien capaz de ver más allá del detalle más simple era Sara, pero esta vez no estaba seguro.

—He encontrado una conexión —le explicó ella.

—¿Cuál? —preguntó él escéptico.

—Bueno, ya sabes que no creo en las coincidencias —siguió la inspectora.

—Si la coincidencia es la descripción de la chica, la verdad, Sara, me parece pillado por los pelos.

—Sí y no —respondió ella—. Leandro, no soy ninguna novata. Joder, que soy tu jefa.

—Lo sé, perdona, pero hasta que no me digas más…

—Tienes razón —respondió ella—. Mira, el hermano de Héctor la describe como delgada, muy delgada, morena y con “buenas tetas”.

—Sí, se ruborizó nada más decírmelo.

—Un camarero de El Hechicero me ha dicho que se había fijado en ella ya unos pocos días antes porque estuvo casi una hora esperando a unos amigos que después se marcharon sin ella a una fiesta. Dice que se la veía triste.

—¿Has ido a El Hechicero?

—Eh…. sí, algunas declaraciones me gustaría tomarlas otra vez, que no te parezca mal.

—Ya me lo imaginaba, tranquila. En mi defensa diré varias cosas: que cuando tomamos las declaraciones nadie pensaba que Héctor hubiera desaparecido realmente, que no todas las tomé yo y que ya pensaba volver a tomarlas.

—No pienso que hayas hecho mal tu trabajo, ni mucho menos, creo que ahora hay que enfocarlo de otra forma.

—Lo sé, jefa. Bueno, ¿y qué has conseguido del camarero?

—Bueno, para empezar, me costó muchísimo encontrar el bar, porque está en la parte más alta de Cimadevilla y encima no tiene ningún cartel en la puerta. Además, me pareció un local de esos que se ponen de moda por el boca a boca, porque estaba lleno.

El camarero era un chico muy pintoresco y muy hablador. Me contó que le había parecido fatal que los colegas la dejaran plantada, que no se podía hacer eso a una tía tan buena y que si ella hubiera querido se la habría llevado a su casa y la habría hecho feliz toda la noche.

—Todo un caballero —dictaminó Leandro.

—Sí, sí, la cuestión es que le pedí que me la volviera a describir.

—¿Algún cambio? —preguntó el inspector.

—No exactamente. La descripción fue igual que la anterior, después le pedí que intentara recordar algún detalle, lo que fuera, una cicatriz, un lunar o una mancha especial, lo que fuera.

—¿Y recordó algo? —preguntó Leandro impaciente; iba a discutir con su mujer por nada.

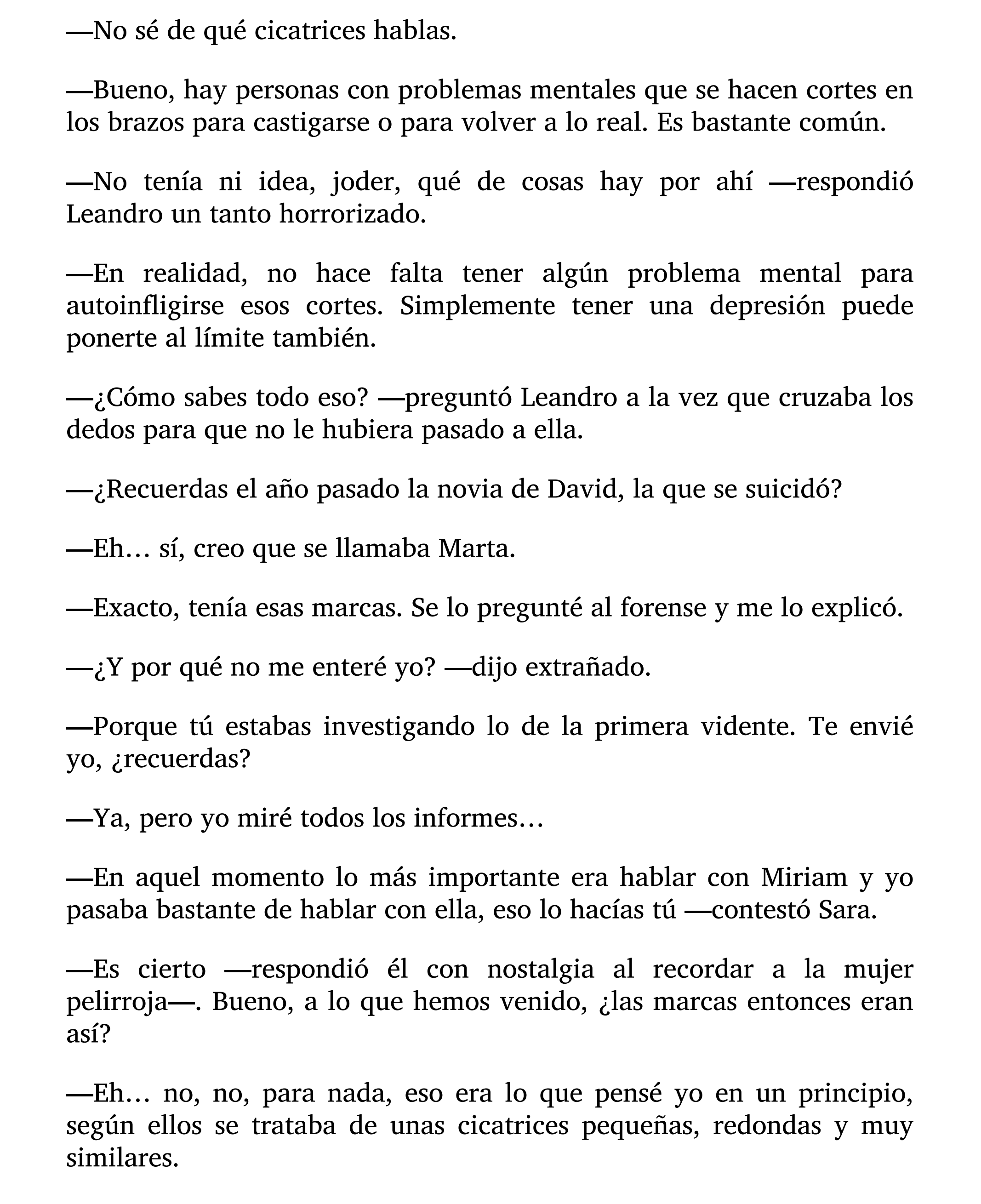
—En un principio, no, así que me vine a repasar los papeles aquí y entonces leí la declaración de los amigos del joven madrileño. Uno de

ellos dice que la chica tenía varias cicatrices en un antebrazo.

—¿Cicatrices? ¿De qué tipo? —preguntó él.

—Pensé que eran de las que algunas personas se hacen para autocastigarse, ya sabes

—le dijo Sara.



—No sé de qué cicatrices hablas.

—Bueno, hay personas con problemas mentales que se hacen cortes en los brazos para castigarse o para volver a lo real. Es bastante común.

—No tenía ni idea, joder, qué de cosas hay por ahí —respondió Leandro un tanto horrorizado.

—En realidad, no hace falta tener algún problema mental para autoinfligirse esos cortes. Simplemente tener una depresión puede ponerte al límite también.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Leandro a la vez que cruzaba los dedos para que no le hubiera pasado a ella.

—¿Recuerdas el año pasado la novia de David, la que se suicidó?

—Eh… sí, creo que se llamaba Marta.

—Exacto, tenía esas marcas. Se lo pregunté al forense y me lo explicó.

—¿Y por qué no me enteré yo? —dijo extrañado.

—Porque tú estabas investigando lo de la primera vidente. Te envié yo, ¿recuerdas?

—Ya, pero yo miré todos los informes…

—En aquel momento lo más importante era hablar con Miriam y yo pasaba bastante de hablar con ella, eso lo hacías tú —contestó Sara.

—Es cierto —respondió él con nostalgia al recordar a la mujer pelirroja—. Bueno, a lo que hemos venido, ¿las marcas entonces eran así?

—Eh… no, no, para nada, eso era lo que pensé yo en un principio, según ellos se trataba de unas cicatrices pequeñas, redondas y muy similares.

—Joder, qué extraño.

—Sí, lo dice un tal… Álvaro Barrientos. Vive en Madrid, en Alcalá de Henares, pero tenemos su teléfono.

—¿Le has llamado? —preguntó Leandro sabiendo la respuesta.

—Claro, pero está apagado. Lo intentaré mañana de nuevo.

—Bueno, al menos es algo más que seguir, aunque me dijiste que no creías en las coincidencias. ¿Es que sabes algo más?

—Joder, claro, ¿no creerás que te he hecho venir solo por eso? El camarero de El Hechicero me ha llamado hace menos de una hora.

—¿Y? —preguntó él impaciente.

—¿Me quieres dejar terminar? —le pidió Sara—. Cuando le pregunté no recordaba que tuviera nada de nada. De hecho, me ha dicho: “Es perfecta, no tiene ni un lunar”.

Pero cuando me ha llamado me ha comentado que de repente ha recordado a la chica bajándose las mangas todo el rato, como en un gesto nervioso, y que una de las veces pudo ver en su antebrazo derecho unas pequeñas marcas redondas, como cicatrices.

—¿Estás de broma? —preguntó Leandro.

—¿A ti qué te parece? Es por eso por lo que te decía que no podía ser una coincidencia.

—Mañana intentamos localizar al tal Álvaro —dijo el inspector mientras copiaba el teléfono para volver a intentarlo esa misma noche — y que nos las describa. O sea, que podemos tener a una viuda negra en acción.

—No te precipites, Leandro, por ahora no tenemos más que unas marcas en el antebrazo de una chica morena, muy guapa, delgada y con buenas tetas.

—Ya… visto así…

—Pueden ser cicatrices de una operación de esas que ponen tornillos, o de cigarrillos, vamos a esperar a que nos las describan —terminó diciendo ella.

—Tienes razón, no es momento de precipitarse. Bueno, me voy a casa

que hoy creo que tendré bronca.

—¿Y eso? No será por haberte llamado, ¿no?

—Sara, da igual, para ella mi época como inspector de Homicidios llegó a su fin. Y no es así, estoy aquí de paso, lo que ocurre es que Ana prefiere no pensarlo.

—Aun así, te llamaré cuando sea completamente necesario.

—Siempre lo haces —respondió él. Cogió su anorak y salió rumbo a su casa.

Ana le esperaba, como siempre, leyendo. No le saludó, ni le dijo ninguna palabra, así que Leandro tampoco se molestó en hacerlo. Ya discutirían cuando ella quisiera. Se preparó un café y se sentó a tomárselo con ella en el sofá; Ana ni siquiera levantó la vista del libro.

—¿Quieres un café? —le preguntó él intentando comenzar una conversación.

—No —respondió tajante.

Él apuró su taza y se encaminó a la mesa del comedor, donde esparció los papeles y se dispuso a buscar cualquier pista, cualquier indicio o detalle que se les hubiera pasado por alto. Pasó la tarde así, sin que ninguno de los dos hablara del tema, ni siquiera durante la cena. Cada uno se preparó una cena ligera y la tomaron por separado.

Aquella situación era muy incómoda, ninguno de los dos no iba a dar su brazo a torcer.

A Leandro no le parecía haber hecho nada malo. Era policía y, a veces, tenía que dedicar más tiempo al trabajo del que le gustaría. Era tan difícil hablar con Ana cuando se cerraba en banda de aquella manera…

Sobre las dos de la madrugada, y tras leerse todas y cada una de las declaraciones de los amigos de los dos jóvenes y de los dueños y camareros de los locales donde se les vio por última vez y revisar también todo lo que tenía sobre las dos adolescentes encontradas muertas en sendos baños de sus respectivos institutos, decidió que era hora de irse a dormir. Procuró no hacer mucho ruido, no quería despertar a su mujer. Ana llevaba horas acostada, aunque a aquellas alturas de embarazo, pocas veces dormía de un tirón. Así que se metió muy despacio en la cama y casi de inmediato se quedó dormido.

Leandro apagó el despertador a la primera. Se sentía mejor que en toda su vida. Le parecía increíble la energía con la que se levantaba aquel día, y más teniendo en cuenta que se había acostado bastante tarde. Era tan extraño que su mujer no tuviera que darle su patada en la espinilla que sintió que algo no estaba como debía. Alargó el brazo para buscarla a su lado, pero Ana no estaba allí. Se levantó y se puso unas zapatillas para acercarse al salón a buscarla, sabía que se encontraría allí leyendo, como siempre. Uno de los regalos del embarazo habían sido aquellas noches de insomnio. Lo primero que había mirado Ana al llegar a Gijón había sido el funcionamiento de las bibliotecas, y se había apresurado a sacar la tarjeta con la que acceder a los libros. Desde entonces, rara era la semana que no traía alguno.

Una extraña luz procedía del salón. El corazón de Leandro se aceleró de inmediato.

¿Qué era aquel olor? Olía a incienso, humo, hierbas… exactamente igual que en el piso de Miriam, la vidente con la que había conectado tanto el año anterior. Al entrar al salón no entendió nada de lo que estaba viendo. Sus muebles habían sido sustituidos por otros. En realidad, simplemente habían desaparecido, y en el centro del salón había una mesa redonda en la que Miriam echaba las cartas a Ana con aquella baraja que él había visto tantas veces. Miriam tenía cogida la mano de su mujer, quien parecía estar en un extraño trance, como si no pudiera ver nada a su alrededor.

—Ana, el futuro es incierto —decía Miriam— y el de Leandro aún más.

—¿Morirá? —preguntaba su mujer sin un atisbo de miedo en su voz.

—Morirá una parte de él.

—¿Y Sara?

—La muerte ronda a la mujer que tiene el poder. Ella es la clave.

Entonces Miriam pareció percatarse de su presencia y se levantó mientras le señalaba con la mano.

—La mala hierba crece entre los arbustos más jóvenes. Desvía sus raíces, se nutre de su savia, se lleva su esencia. Si se arranca de raíz, el arbusto vivirá. Si no, buscará otro camino sembrando la muerte a su alrededor. Busca el origen, Leandro, busca la mala hierba y arráncala.

Leandro se despertó completamente bañado en sudor. Tras unos

segundos comprobó que su mujer dormía plácidamente a su lado. Miriam, era Miriam, la acababa de ver con la misma claridad con la que veía la luna a través de la ventana. Llevar el caso de los dos jóvenes había abierto viejas heridas. Era la segunda vez que veía a la vidente en poco tiempo. Suponía que, al normalizar su vida, todo volvería a ser como debía. Miró la hora en el reloj: las cuatro de la mañana. Se encaminó a la cocina con la idea de tomar un poco de agua y volver a la cama; necesitaba descansar. Entró en el salón y se dirigió sin pensarlo al mueble donde tenían los libros, el equipo de música y demás. Sin saber por qué, miró uno a uno los libros colocados en una especie de orden que solo él entendía. Durante unos minutos estuvo así, mirando los libros sin verlos en realidad. Ni siquiera sabía el porqué. Un repentino frío se instauró entonces en sus pies y le sacó del ensoñamiento en que se hallaba inmerso. Miró hacia abajo: no llevaba zapatillas. Al subir un poco la mirada se percató de que portaba algo en la mano izquierda. Se quedó paralizado al comprobar que era aquella baraja de cartas que Miriam le había hecho llegar tras atrapar a Gabriel, aquella que no había sido capaz de tirar a la basura.

¿Cuándo la había cogido? El cajón delante de él permanecía abierto. La única explicación sería que lo acabase de abrir medio dormido y sin darse cuenta, porque, desde luego, no recordaba en absoluto haberlo hecho. ¿Sería sonámbulo? ¡Lo que faltaba! Al ir a guardar la baraja se le ocurrió hacer una tirada, como si supiera hacerlo.

Nada más echar aquellas cartas encima de la mesa se sintió completamente estúpido,

¿qué estaba haciendo? Algo dentro de sí mismo le impulsaba a obrar así, por muy ridículo que le pareciera a su parte de inspector racional y con los pies en la tierra, pero había aprendido lo suficiente de Miriam como para saber que aquello podía ser importante. ¿Qué habría querido decir con la mala hierba? Estaba seguro de que aquello lo sabría a su debido tiempo, no quería encontrar más cadáveres hasta entonces.

Echó de menos a la mujer pelirroja que tanto sabía de aquello y que le había cambiado por completo la forma de ver las cosas. Hizo una foto para poder enseñársela a Sara por la mañana y volvió a la cama, donde le costó volver a conciliar el sueño, que pasó a ser un incómodo duermevela con la mirada de Miriam persiguiéndolo desde cada rincón de su habitación. Cuando decidió que Miriam no lo vigilaba desde su

cuarto sino desde dentro de sí mismo, se levantó y se preparó el primer café de la mañana.

Sara le esperaría impaciente para tomar muchos más.

CAPÍTULO 13. TADZIO, MIA Y CUCO

A las ocho de la mañana se encaminó al trabajo con la sensación de seguir en Madrid: las calles aún sin despertar, la gente caminando con prisa, los coches pitando, ir a la comisaría a ocuparse de un caso de homicidio y el frío metido dentro del cuerpo. Era el no haber descansado lo que le hacía pensar así, porque al fijarse un poco comprobó que un coche pitaba, no varios, el tráfico era fluido y poca gente transitaba por la calle tan temprano.

Siempre daba un rodeo para ir a trabajar. Le llevaba cinco minutos ir a su despacho en la calle Feijoo, en el barrio del Coto. Le gustaba acudir rodeando la playa, por el paseo marítimo que en Gijón conocían como El Muro. En realidad, eso le hacía ir hacia atrás bastantes metros. No le importaba, le proporcionaba fuerzas conducir cerca del mar. Pensó que, si finalmente decidía quedarse allí a trabajar, pediría un puesto en la comisaría cerca del Acuario, para poder volver caminando junto al mar cada día.

Por suerte la lluvia había cesado la jornada anterior, así que a las nueve comenzaría la búsqueda en el Parque Fluvial del lugar donde había estado enterrado Rubén hasta el día en que Sara topó con él.

—Buenos días, Sara, ¿café? —preguntó el inspector antes de ver un par de vasos de papel vacíos en la papelera. ¿A qué hora había llegado?

—No sé si nos da tiempo, a las nueve hemos quedado en el Parque Fluvial para lo de los perros. ¿Está muy lejos desde aquí?

—No, qué va… bueno… depende de a qué altura del parque hayamos quedado. Si es cerca de la entrada de Viesques, tardamos cinco minutos andando.

—¿Eso es donde vive mi amiga Carmen?

—Sí, creo que sí.

—Entonces no, porque Carmen precisamente me ha dicho que habíamos quedado en la otra punta, en Vega… ¿puede ser?

—Sí, está a las afueras de Gijón. Entonces mejor en coche. Si quieres nos vamos ya y tomamos un café mientras llegan los demás. Ya podíamos haber quedado en la de Viesques, sí.

—Bueno, yo, que he ido a hacer deporte estos días por allí, creo que por donde vive Carmen hay siempre mucha gente. Desde luego, sería muy complicado esconder un cadáver. Pasado el puente, hay un montón de sitios donde se podría esconder cualquier cosa y no se enteraría nadie. Vamos para allá.

—¿En serio?

—Sí, cada vez que voy por allí y veo las zarzas a los lados impidiendo el paso, pienso que, si alguien quisiera esconder allí algo como un cuerpo, sería imposible dar con él.

—Voy a hacer como que no he oído eso, Sara; si no, tendré que arrestarte.

—¡Ja, ja, ja! Tienes razón, ¿quién en su sano juicio pensaría algo así?

—Una cosa, ¿vas a ir con ese calzado? —preguntó él con ironía.

—No te preocupes, estas deportivas están para tirar —respondió ella.

—Es que te vas a poner de barro hasta las cejas.

—Ya lo sé, listo. La que hace deporte por allí soy yo, ¿recuerdas? No como otros —

respondió con sarcasmo Sara. Leandro se tocó de manera inconsciente la incipiente barriga.

A las nueve en punto, y tras no ser capaces de tomar el brebaje que les querían hacer pasar por café, varios coches de la Policía Nacional llegaron al lugar donde habían quedado. De ellos bajaron tres perros. Un policía uniformado llevaba una bolsa de papel con varios enseres. Se dirigió directamente a ellos.

—Buenos días… ¿La inspectora Benítez?

—La misma, y usted es…

—José Ángel Blasco, teniente del cuerpo de la Policía Nacional a

cargo de esta unidad.

—Encantada, este es mi compañero Leandro Gómez, el otro inspector que lleva el caso.

El policía estrechó las manos de los dos inspectores madrileños y abrió la bolsa para enseñarles lo que había dentro.

—Les explicaré cómo vamos a proceder —dijo entonces—. Llevo varias prendas de Rubén Álvarez que les daré a los perros a oler y después les dejaremos que busquen el rastro. Ellos nos llevarán a donde quieran.

—¿Sería conveniente ir primero al lugar donde encontramos el cadáver?

—Seguramente nos llevarán ellos allí, inspectora. Es el rastro más reciente que tienen.

Prefiero que nos lleven ellos por si nos acercan primero al lugar que buscamos, ¿le parece?

—Usted manda —respondió Sara, quien no tenía ni idea de cómo trabajaban con la unidad canina. Aún le quedaba mucho que saber.

—No toquen a los perros ni les ofrezcan comida, no queremos desviar su atención.

—De acuerdo —respondió Leandro. Se había colocado unas botas de agua que llevaba en el coche por recomendación de un amigo suyo de Mieres.

—“Te salvarán de más de un apuro, ya verás”, le había dicho aquel día. Leandro tuvo que reconocer que había sido un gran consejo: era la cuarta vez que las usaba en seis meses.

—Bien, voy a presentarles a la brigada López y al brigada Carmona, son los instructores y guías de los perros. Y éstos son “Tadzio”, “Mia” y “Cuco”.

Tras saludar a la mujer, de unos veintitantos años y pelo moreno recogido en un moño casual detrás de las orejas, Sara miró con atención a los tres perros. No se pensaba acercar mucho a ellos; le daban bastante miedo. Sin embargo, Leandro se fijó en cada uno de ellos con atención. Siempre le habían gustado mucho los perros y, de hecho,

había tenido varios a lo largo de su vida hasta que Ana le había dado un ultimátum: o los perros o ella. En aquella ocasión compartían vivienda con dos labradores poco disciplinados. Se habían hecho los dueños del sofá, de las zapatillas y del tiempo libre del policía y su mujer. Aquel día Leandro se había mostrado firme: los perros tenían ya catorce años y por nada del mundo se desharía de ellos, pero tampoco pensaba que pudieran educarlos ya. Ana se mostró razonable; en realidad, ella jamás los habría abandonado. Le pidió a Leandro que no volvieran a tener perro cuando aquellos murieran, al menos durante una temporada. Él estuvo de acuerdo.

—"Tadzio" es un perro de aguas español —les explicó la mujer—. Tiene seis años.

Como veis es bastante tranquilo, espera a que le demos alguna indicación. Nos ha ayudado ya muchas veces, es el más experimentado de los tres.

Sara observó el tamaño del animal. No parecía agresivo. Lo que era una suerte, porque con su corpulencia, le habría resultado sencillo atacar a quien hubiera querido.

—"Mia" —prosiguió ella— es un pastor belga malinois.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Leandro.

—Malinois. Hay cuatro tipos de perro pastor belga. Este es de uno de ellos, el nombre proviene de la ciudad belga de Malinas —les explicó el teniente, quien parecía tener una gran conexión con aquel perro—. Tiene cinco años y éste es su cuarto operativo. Suele mostrarse protector, así que hemos decidido poner a "Cuco" con él para que vaya cogiendo experiencia.

—No le sigo —confesó Sara.

—"Cuco" sale por primera vez a un operativo —les explicó la mujer acariciando a un pequeño beagle, que no había parado de corretear ni un momento—. Debemos ponerle con otro más experimentado; seguramente no encuentre el rastro, y si lo encuentra, es muy probable que lo pierda rápidamente, porque se distrae con facilidad.

—Entonces… ¿para qué lo traen?

—Para que vaya aprendiendo a comportarse en este tipo de búsquedas, para adquirir experiencia… Vamos a intentar que se vaya habituando, no es lo normal, no suelen salir hasta que están

totalmente adiestrados, vamos a hacer una excepción a ver qué tal se nos da.

—Ah, claro, perdone. Disculpe si me meto en lo que no me llaman, es ignorancia pura.

—No, no, si es normal. No todo el mundo sabe lo importante que es la labor de estos perros. Al menos ustedes muestran interés —dijo ella.

—Vamos a separarnos —ordenó el hombre—. López, coja a “Tadzio” y diríjase a la zona del río donde apareció el cadáver. Carmona, usted vaya con “Mia” hacia este otro lado, siguiendo la cuenca del río hacia arriba, el forense nos dijo que en su ropa había restos de vegetación que crece, principalmente, cerca de la orilla.

—¿Y el otro perro? —preguntó Sara cuando vio la cara del animal, que estaba totalmente entusiasmado.

—Yo llevaré a “Cuco” —zanjó el teniente—. Le dejaré total libertad para ver qué hace.

Creo que así nos haremos una idea de cómo mejorar su entrenamiento.

—¿Y nosotros? —preguntó Leandro un tanto fuera de juego.

—Ustedes vengan conmigo. Estaremos en contacto en todo momento con mi equipo.

Si encuentran algo me llamarán de inmediato.

El teniente sacó varias prendas de la bolsa y los perros, tras olfatearlas con entusiasmo, comenzaron a moverse. Precisamente se movieron al revés de como el teniente les había ordenado, así que él, les ordenó cambiar el plan. Desde luego, allí la última palabra la tenían los perros.

—En marcha —dijo Sara poniéndose a caminar en cuanto el perro comenzaba a corretear por un sendero.

Minutos después, el perro comenzó a ladrar, y tanto el teniente como Leandro y varios hombres más vestidos con uniformes corrían para seguir al pequeño beagle. Al llegar a un punto, el perro se quedó olfateando un montón de tierra, lo rodeó varias veces y se sentó a esperar a que todos llegaran. Los policías comenzaron a cavar, hasta que uno de ellos dio la voz de alarma.

—¡Aquí! —gritó captando de inmediato la atención de todos los policías.

—Tengan cuidado —les pidió el teniente—. No vayan a destruir las pruebas. Quiero a todos con guantes.

—Es un plástico, señor, es enorme.

—Déjeme ver… —les pidió él.

El plástico que encontraron era, efectivamente, bastante grande. Sara comprobó que muy bien podía haber sido el lugar del que sacaron el cadáver del joven que se había encontrado aquella mañana cuando había ido a hacer deporte. Lo resguardaban de posibles pisadas rodeado por una amplia cinta adhesiva de color negro y amarillo. Un equipo de la Policía Científica fotografiaba cada centímetro, cogía muestras de cada sustancia pegada en él y buscaba huellas con una lupa y una linterna. Sara notaba su corazón palpitar a toda velocidad, como siempre que se hallaba tras una pista.

—Señor, ¿me recibe? —preguntó una voz que salía de un walkie que el teniente portaba del cinturón del pantalón.

—Al habla, brigada. Acabamos de encontrar algo, los de la Científica han comenzado tomar muestras.

—Me temo que los de la Científica tienen trabajo de más —repondió ella; de lejos los ladridos de uno de los perros sonaban con furia.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él.

—¿Están con usted los inspectores madrileños?

—Eh… sí. ¿Qué ocurre?

De inmediato el corazón de Leandro se aceleró; tenía un presentimiento y esperaba no estar acertado.

—Hemos encontrado un cadáver, señor.

—¿Dónde están?

—Hacia el Norte, señor, le he enviado al cabo Díaz para que les acompañe.

—Muchas gracias, brigada, vamos para allá.

Se pusieron en marcha en cuanto llegó el agente a buscarlos. Leandro se sentía como si el peso del mundo se hubiera colgado de su espalda. La pena le embargaba mientras intentaba pensar, sin éxito, que el cadáver que habían descubierto no se trataba del de Héctor, aunque estaba totalmente convencido de que no sería así.

Cuando llegaron al lugar donde acababan de encontrar el nuevo cadáver, se encontraron a varias personas cavando. Parte del cuerpo quedaba al descubierto, metido en un plástico muy parecido al que acababan de encontrar a varios metros de allí. A Leandro no le cabía ninguna duda ya de que aquel joven era Héctor. Había leído mil veces la descripción hecha por su hermano y la camisa roja de cuadros que aparecía en el cuerpo que sacaban en aquel momento era exacta a la que él se había imaginado al oír a Raúl describirla. Cuando por fin terminaron de sacar el cuerpo, y tras coger las muestras necesarias y hacer las fotos, extrajeron el cadáver del plástico donde se encontraba. El hedor comenzó a ser insoportable de inmediato. Un técnico de la Policía Científica vació los bolsillos del joven, aunque la ropa y la descripción coincidían con la que Raúl les había facilitado cuando su hermano desapareció, incluso se podía ver la pequeña cicatriz del joven en la ceja derecha, pese a su estado de descomposición.

Leandro después no estaría seguro de que se viera con tanta claridad o de que fuera producto de su imaginación.

Los técnicos guardaron en bolsas y pequeños botes las muestras que iban recopilando. La cartera estaba en uno de sus bolsillos y, antes de guardarla para llevarla al laboratorio y analizarla, el teniente le pidió al técnico que se la enseñara a los inspectores. El nombre de Héctor Areces se grabó a fuego en la retina de Leandro, quien por unos segundos estuvo a punto de perder el control.

—Lo siento, Leandro —le dijo Sara entonces.

—¿Lo conocía? —preguntó el teniente.

—No, la verdad es que no, pero algunos casos tocan más de cerca que otros, no sé si me entiende.

—Sí, claro que sí, en esta profesión es así. ¿Va a esperar a tener el ADN para dar la noticia a la familia?

— Siempre lo hago… aunque esta vez creo que no. Me acercaré esta tarde a hablar con su hermano. Le diré que hasta tener los resultados del laboratorio hay que esperar, pero que creo que es él.

—Vale, iremos esta tarde —respondió Sara a su lado.

¡Joder! ¡Sara! Un año sin trabajar juntos y acababa de dejarla fuera, y eso que también en ese caso era su jefa. En cuanto el teniente se dirigió a sus compañeros, Leandro se giró hacia Sara y se disculpó.

—Perdona, jefa, no sé qué me ha ocurrido. Si a ti no te parece bien que vayamos, no iremos.

—Te comprendo bien, Leandro, no creas que no. Estabas comenzando a acostumbrarte a ser el jefe y volver a ser subordinado te crea conflicto.

—No, no, Sara, no tengo ningún conflicto con trabajar a tus órdenes, simplemente, no lo he pensado.

—No te preocupes, tú actúa como siempre, no pienses en lo que haría yo, si me parecerá bien… siempre hemos trabajado así. Si yo no estoy de acuerdo con algo, sabes que te lo haré saber.

—Gracias… —murmuró él subiéndose de inmediato el cuello de la sudadera. Sentía bastante frío, e incluso le parecía que comenzaba a tener fiebre, y no era el momento de ponerse enfermo.

Los de la Científica trabajaban a toda velocidad. Una vez que el perímetro había sido fijado y acordonado debidamente, comenzaron a buscar en círculos concéntricos a su alrededor. Leandro les explicó que el joven llevaba el teléfono móvil cuando había desaparecido y, de hecho, había enviado un mensaje a su hermano sobre la 01.40 de aquella fatídica noche. El que no lo llevara encima quería decir que, o bien se le había caído del bolsillo cuando lo habían trasladado al parque para hacerlo desaparecer o bien el asesino se lo había quedado como recuerdo. En todo caso, lo buscarían por los alrededores por si acaso. Casi una hora más tarde, uno de los perros comenzó a ladrar y el policía que le servía de guía se acercó corriendo a ver lo que había encontrado.

Leandro cruzó los dedos por que fuera el teléfono del chico. Al principio no sabía lo que estaba viendo; al mirar detenidamente comprobó que unos pequeños huesos

destacaban entre la tierra mojada; parecían de un niño. De inmediato, el forense se acercó a examinarlos.

—Son de un animal —dictaminó él para alivio de los presentes.

—Bueno, supongo que habrá muchos por aquí, el monte Deva está cerca… —comenzó a decir uno de los policías.

—No —negó rotundamente el forense—, parecen huesos de gato. Mire… —les enseñó destapando el resto de los huesos. Este gato tenía el cuello roto. Esto no tiene nada de natural. Además… creo que no me equivoco si le digo que estos otros huesos de aquí pertenecen a un perro pequeño que murió de la misma manera.

—Joder… ¿quiere decir que alguien se dedicó a asesinar a sus mascotas y luego las enterró aquí? —preguntó Sara asqueada.

—Es posible, sí —respondió el forense muy convencido.

Hacia las cinco de la tarde, Leandro y Sara se fueron a casa, comenzaba a oscurecer y los técnicos no tardarían mucho en recoger. El cadáver reposaba ya en el Anatómico Forense junto al del otro joven, Rubén. La doctora Vega practicaba la autopsia del chico en aquel mismo instante. Los inspectores irían a hablar con ella al día siguiente, cuando hubiera podido hacerse una idea de la causa de la muerte del joven.

Los dos policías necesitaban darse una ducha antes de presentarse en casa de Héctor para darle la noticia. No querían demorarse mucho para que no se les adelantara la prensa. Leandro entró en su casa, donde su mujer le saludó sin mucho entusiasmo.

—Voy a ducharme, he quedado con Sara dentro de media hora.

—Que os divirtáis —respondió ella.

—Estás de coña, ¿no?

—No, claro que no —respondió ella—. Lo que pasa es que no entiendo que saliéramos de Madrid huyendo de esto, aparezca Sara y quieras volver a la vida de antes. ¿Es que no te das cuenta de lo que han cambiado las cosas? —estalló ella llorando mientras se acariciaba la tripa.

Leandro fue consciente de que la conversación que tenía pendiente con su mujer comenzaba a tener lugar y precisamente en ese momento no podía ser. Eso haría que ella se volviera a cerrar en banda y lo sabía, se encontró entre la espada y la pared. Por un segundo pensó en pedirle a Sara que fuese ella sola a hablar con Raúl, pero, en realidad, era él quien quería hablar con el joven, se había creado un vínculo entre ambos y no le podía fallar. Lo sentía mucho y sabía que se

jugaba su matrimonio; Ana tendría que esperar.

—Lo siento, Ana, tengo que irme. Sé que estás decepcionada, enfadada y demás, pero, créeme, esto es importante.

—Todo es importante en tu trabajo, Leandro, ése es el problema, todo es más importante que yo, y por lo que veo también es más importante que tu hijo.

—Ana, de verdad, no es el momento.

—Lo es para mí. Si no hablamos ahora, cuando vuelvas es posible que no esté aquí.

—Haz lo que creas que debas hacer y no me chantajees. Sé que puedo perderte y no hay nada que me duela más, pero tengo que irme. Te prometo que en cuanto vuelva hablaremos y buscaremos soluciones. Pero solo puedo pedirte eso, que me esperes y que confíes en mí una vez más.

Leandro le dio un beso en la frente, que ella se apresuró en retirar, y se metió en la ducha. Quince minutos después recogió a Sara en casa de su amiga Carmen y se encaminaron a la vivienda de Raúl a darle la noticia. El inspector tenía el corazón y el estómago encogidos por los acontecimientos. Debía sacar todo aquello cuanto antes, no podía dejar que el joven viviera en una constante mentira en la que su hermano traspasaría la puerta en cualquier momento para decirle que la cita se había alargado demasiado. Incluso el timbre de la puerta pareció producir un desagradable eco que avisaba de la horrible noticia que venían a dar.

—¡Inspector! Pase… no le esperaba… como suele venir los martes y vino ayer… ¿Es que se le olvidó decirme algo?

—Eh… no, no. ¿Está usted solo, Raúl?

—Sí, mis padres han ido al pueblo a atender al ganado, volverán en un par de horas, y mi hermana y mi cuñado vendrán el fin de semana.

—Verás, Raúl… —comenzó a decir Leandro con miedo en la voz.

El chico lo comprendió de inmediato. No sabía si había sido el tono, la cara del inspector o que por primera vez el policía se hubiera atrevido a tutearle tras semanas de hablar con él, en aquel instante supo que su hermano pequeño jamás volvería a casa.

Las piernas le fallaron y Sara, quien había preferido permanecer en

segundo plano, dio un paso hacia delante para coger a Raúl antes de que se golpeara contra el suelo. Lo llevaron al salón, donde lo tumbaron en el sofá, y Leandro sacó su móvil para pedir que los servicios de emergencia se acercaran a atender al joven. Mientras tanto, él recuperó la consciencia y un sollozo atravesó su garganta haciendo soltar la pena que llevaba retenida tantos días.

—¿Cómo…? Quiero decir… ¿Dónde? ¿Dónde lo han encontrado?

—En el Parque Fluvial, aquí en Gijón.

—¡Joder! He ido por allí un millón de veces —les explicó el chico.

—Raúl, hay que hacer pruebas de ADN y cotejar las huellas, no podemos asegurar al cien por cien que sea Héctor.

—Usted no habría venido si pensara que no es él.

—Es cierto, aun así, hay que esperar…

—Claro, lo entiendo. ¿Podré ver el cadáver?

—Yo no se lo recomiendo, Raúl —dijo Sara desde atrás—. Está bastante descompuesto y…

—¡Lo sabía! ¡Joder! Sabía que llevaba muerto desde aquel día.

Leandro y Sara se miraron sin saber qué contestar. Era cierto que no podían precisar la fecha de la muerte. Según el forense podía ser muy factible que coincidiera con el fin de semana de su desaparición.

Leandro se sentó junto al joven y se pasó las manos por el pelo en un gesto muy suyo.

—Lo siento mucho, Raúl, de verdad que lo siento.

—Lo sé —respondió él mientras miraba a través de la ventana las nubes que comenzaban de nuevo a arremolinarse para descargar su furia sobre ellos.

Raúl pensó con pena que su vida era igual que un día de otoño en Asturias. Pese a que el día había amanecido soleado y con esperanza, acababa de sufrir uno de los peores golpes de su vida. Como si una tormenta se desencadenara directamente sobre su pecho atravesando su corazón. El cielo pareció oír su quejido y las nubes se abrieron de nuevo mostrando las primeras estrellas de la noche.

CAPÍTULO 14. VIGILA TU ESPALDA

Rebeca intentaba escaquearse de la clase de Física. Ya era imposible aprobar aquel trimestre, así que para qué iba a perder más el tiempo aguantando a la plasta de la profesora. Por supuesto pensaba que le tenía manía, y así se lo había expresado a su tutor. El muy cabrón consideraba que era culpa suya por no entregar los trabajos a tiempo ni sacar más de un tres en ningún control. ¡Si le bajaba la nota a propósito! De todos modos, le importaba muy poco todo lo que le explicaban en aquella estúpida clase. ¿Para qué necesitaba saber calcular la velocidad o la potencia si lo podía mirar por internet?

Cuando por fin estaba a punto de marcharse, una figura familiar apareció al final del pasillo. Parecía observarla fijamente desde allí.

—Joder —musitó la chica.

—¿Qué te pasa? —preguntó Yago, su mejor amigo.

—El gilipollas de mi tío, que me tiene amargada.

—¿Amargada? ¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Es que no lo ves? —preguntó ella totalmente indignada.

—Creo que estás obsesionada, Beca. Tu tío solo hace su trabajo.

—Lo que tú digas.

—A ver, tía, ya sé que es un coñazo tener aquí a tu tío currando, pero la verdad es que a mí me ayudó mogollón.

Su amigo Yago le confesó nada más terminar sexto que era homosexual. Solo se había atrevido a decírselo a Beca, le daba vergüenza la reacción de los demás. Un día en que se burlaron de él más de lo acostumbrado, el joven se marchó hacia el baño, donde se dio de bruces con el orientador del instituto, Alberto, el tío de Beca. Él era pedagogo y

trabajaba para el Principado de Asturias, con lo que no siempre estaba en el mismo centro, llevaba varios institutos de Gijón.

A Rebeca no le hacía ni pizca de gracia compartir espacio con su tío también allí, y así se lo hacía saber tanto a él como a su madre en cuanto tenía ocasión. Lo cierto era que la entendía mucho mejor de lo que lo haría su madre jamás, y eso era algo que la sacaba de sus casillas. Además, el que a sus compañeros les pareciera enrollado no lo podía soportar.

—Si a ti te vale, perfecto, yo paso de él…

—¿Por qué le odias tanto? —preguntó con curiosidad Yago. A Rebeca la pregunta le pilló por sorpresa—. Joder, no puede ser muy distinto aquí y en casa.

“No lo sabes tú bien” —pensó la joven sin decirlo en voz alta. Su tío caía bien en el instituto y no quería ser ella la que le hiciera mala campaña.

—Yo no le odio, es que… —comenzó a decir, cuando, de repente, se quedó totalmente callada.

Su amigo Yago, que esperaba el resto de la frase, miró a su amiga para ver por qué no hablaba. En aquel momento varios chicos de cuarto pasaban por delante de ellos. Ella se quedó mirando a uno de los jóvenes fijamente y abrió la boca para saludarlo, el corazón le latía a toda velocidad; él ni siquiera se percató de su presencia. El chico giró de casualidad la cabeza hacia ella y se quedó observándola un segundo; ella sonrió enseguida al pensar que la había reconocido, pero el joven volvió a la conversación como si nada. Una de dos: o disimulaba realmente bien o no sabía quién era ella. Yago no entendía bien lo que acababa de ocurrir, aunque no se perdía un detalle de aquella escena.

—Beca —dijo entonces—, cierra la boca, tía, pareces tonta.

La chica, con la cara roja como un tomate, cerró la boca como le pedía su amigo y sintió que las piernas no la sujetaban como debieran.

—Es que… —murmuró— es Lucas.

—¿Lucas? ¿Te refieres al tío de los ojos azules que iba delante? ¿Qué pasa, que te gusta? No me extraña, está buenísimo.

—Tú no lo entiendes —sentenció ella de mala manera.

—¿Qué es lo que no entiendo? ¿Que está como un queso? En fin, Beca, es lo que tenemos los gais, que nos atraen los tíos, ¿sabes?

—Joder, Yago, que no soy tonta, quiero decir que… le conozco.

—¿Si? Cualquiera lo diría —añadió él sin dejar de mirar al chico que se alejaba por el pasillo—. Si eso es verdad, ya estás tardando en presentármelo.

Desde luego, la situación no era como a Rebeca le hubiera gustado que fuera.

Tampoco le podía contar mucho más a Yago, aquella "relación" o lo que fuera que tenía con Lucas no podía pasar del ordenador. No se lo contaría a nadie. Era algo de ellos dos, de Lucas y ella, aunque ahora no sabía qué pensar.

Tan absorta se hallaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que llegaba su profesora de Física a clase y les invitaba a cerrar la puerta. Al no haberse escaqueado lo suficientemente rápido tendría que entrar. Justo cuando pensaba que nada la salvaría de aquella estúpida clase, una voz familiar sonó a su espalda.

—¿Rebeca? ¿Puedo hablar contigo?

Desde luego, no era a la persona que más ganas tenía de ver, pero tenía que reconocer que si conseguía sacarla de aquel martirio de clase ganaría un punto en su ranking personal.

—Es que… —dijo ella con falsa inocencia a la vez que señalaba al aula donde aún no había entrado.

Su profesora la miró y después bajó la vista a sus libros. Pareció decidir unos segundos y después le dijo con resolución:

—Ve con el orientador, Rebeca, total aquí hoy tienes poco que hacer. A ver si él consigue algún cambio.

La joven, lejos de molestarse por el comentario de la profesora, se dio media vuelta y se encaminó hacia donde su tío la esperaba. Tuvo que emplearse a fondo para no poner una sonrisa de triunfo por saltarse la clase y, encima, de forma "legal".

—¿Qué quieres? —le preguntó sin preludios. Se sentía tan incómoda en su presencia…

—Quiero hablar contigo, vamos abajo a la salita.

En la planta baja había varios cuartos pequeños que se usaban para las

tutorías con los padres o para cuando algún alumno necesitaba del orientador o del jefe de estudios o algo similar. Entraron en uno de ellos y Rebeca comenzó a sentirse asfixiada. Esperaba que su tío le dijese lo que fuera cuanto antes y poder salir de allí. Se sentó en la silla que le ofreció Alberto y lo miró desafiante mientras él hacía lo mismo.

—Verás, Beca…

—Rebeca —le corrigió ella.

—Eh… perdona, pensé que te gustaba que te llamaran Beca.

—Me encanta y dejo que me llamen así mis amigos —dijo ella dejando así establecida la distancia entre ambos.

—Ya —respondió Alberto completamente consciente de lo que la joven quería hacerle entender.

—¿Me vas a decir ya para qué me has sacado de clase? —preguntó ella con falsa preocupación.

—Bien, Rebeca, quería hablarte de un par de cosas, pero la más importante es de tu madre.

—Joder, qué coñazo sois los dos. Se nota que sois familia.

—Mira, Bec… perdón, Rebeca… tu madre lo está pasando mal…

—Dime algo que no sepa. ¿Estáis liados?

—¿Perdona? Rebeca, yo no soy tu madre. Ella sufre con cada comentario tuyo, porque eres una egoísta y una caprichosa. De hecho, siempre he pensado que es culpa suya por no darte un bofetón a tiempo. Yo no me voy a andar con chorradas. No te pienso consentir ese tipo de estupideces, ¿me entiendes?

—No me das miedo —respondió ella desafiante—. Ya no…

—Bien, lo haremos a tu modo —soltó de repente Alberto al ver que la partida se iba poniendo del lado de la joven.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella desconcertada.

—Que contigo las buenas palabras y las buenas acciones no existen. Soy, te guste o no, tu orientador y también soy, aunque te guste todavía menos, tu tío. Ahora mismo estoy harto de tus salidas de tono

y de tus caprichos. Se acabó.

La chica miró al hombre que se sentaba delante de ella. De repente, se le erizó el pelo de la nuca. Nunca había visto a su tío así. Incluso la cara parecía transformarse a cada segundo. Comprobó con horror cómo se levantaba y se dirigía a la puerta para echar la llave. Intentó levantarse para salir de allí antes de que él cerrara, pero Alberto se dio rápidamente la vuelta y la empujó contra la silla. Ella no se atrevió a quejarse siquiera.

—¿Qué… qué vas a hacer? —preguntó la chica con terror en los ojos.

—Voy a hablar contigo, nada más.

—¿Y para eso tienes que cerrar con llave?

—Cállate. A partir de ahora solo hablarás cuando yo te lo pida.

Rebeca asintió. No se atrevía casi a respirar.

—Mira, niñata, cuando tu madre llegó preñada, de un gilipollas además, que estoy seguro de que nunca te ha hablado del capullo ése, tu abuela la echó de casa. Yo conseguí que una tía nuestra os acogiera, una loca que jamás te miró a la cara, para ella eras poco más que un insulto. Desde entonces, tu madre ha sacrificado todo por ti, piensa en darte lo mejor, y tú ni siquiera eres capaz de darle las gracias.

—De eso tienes tú mucha culpa —respondió ella desafiante.

Un silbido sonó junto a la oreja derecha de la chica justo antes de notar la mano de su tío, con toda su fuerza, impactando sobre ella. Rebeca pensó que el muy cabrón le había dado en la cabeza para que no le quedaran marcas en la cara que le delataran.

—En cuanto salga de aquí voy a ir a hablar con el director.

—No, cielo, no. Tú no harás semejante cosa, porque entonces me mudaré a vuestra casa una temporadita y me tendrás detrás de ti a cada paso que des. Así que mucho cuidado con lo que dices.

—No lo harás —le desafió.

—Ponme a prueba. Además, le contaré lo que haces con ese chico con el ordenador.

—No sé de qué me hablas.

—Claro que sí —dijo él con una sonrisa que heló repentinamente la sangre a la chica.

—¿Cómo… cómo lo sabes? —musitó ella con un hilo de voz.

—Digamos que no eres precisamente “cuidadosa”.

Rebeca pensó durante unos segundos en todo aquello. ¿La habría visto? Eso era imposible. ¿Se lo habría dicho Lucas? Aquella conversación se estaba convirtiendo en algo realmente terrible. Mejor estaría en clase. Era la última vez que faltaba por hablar con él. Podía quejarse al director, Mateo seguro que hacía algo... o quizá sería todavía peor. Rebeca dejó caer los hombros abatida, esa batalla la había ganado su tío, lo que no había hecho más que reforzar la repulsión que sentía por él. Enseguida se enderezó y se encaró a él.

—No puedes tratarme así —protestó finalmente la chica.

—Tampoco tú puedes tratar así a tu madre —respondió él.

—Mi madre es una estúpida que no se entera de nada. Más bien no quiere enterarse.

Cuando tiene un problema llama a su hermanito que se lo solucione y ya está.

—Vete —dijo de repente Alberto. Tenía la cara roja de ira y sabía que acabaría haciéndole mucho daño si se quedaba allí—. O tratas a tu madre como se merece, o te juro que te arrepentirás. Ahora vete.

—Joder, qué asco me dais, seguro que te la tiras, o por lo menos te gustaría hacerlo.

Alberto cogió el largo pelo de la chica y tiró de él con fuerza acercando su cara a la de ella.

—Mucho cuidado con lo que dices, mocosa. Y recuerda… a partir de hoy mira bien a tu espalda…

Ella se estremeció y, aunque intentó disimular rápidamente haciéndose la dura, en realidad, se sentía aterrorizada, y él lo notaba. Había olido su miedo cual lobo feroz.

Rebeca volvió al aula de inmediato. Habría querido encerrarse en el baño y no salir hasta que acabaran las clases ese día, pero no se atrevió. En primer lugar, tenía miedo de que su tío la siguiera y, en

segundo lugar, allí era donde habían encontrado muerta a María Blanco, y desde entonces no se atrevía a ir sola. Y menos desde que corría el rumor de que no había sido un suicidio y habían encontrado a otra alumna muerta en otro centro.

Cinco minutos después de entrar en el aula se sintió mareada, tenía ganas de vomitar.

No se atrevía a decir nada e intentó aguantar, pero su compañera de mesa se dio cuenta de que no se encontraba bien y avisó a la profesora, quien le dio permiso para ir al baño; le pidió a otra alumna que la acompañara. Rebeca se metió en uno de los retretes y vomitó. El estómago le dolía a cada sacudida, pero según fue pasando el malestar las lágrimas comenzaron a salir sin control haciendo que el rímel se disolviera; se sintió patética. Cuando por fin se calmó, salió del retrete y se lavó la cara. Hacía tiempo que no iba sin maquillaje; aquel día ya le daba igual.

Pasaron las horas y Rebeca no podía dejar de pensar en la conversación que había tenido con su tío. Cuando por fin sonó la sirena que señalaba el final de las clases Rebeca cogió sus cosas y se dispuso a marcharse a casa. Su amigo Yago la alcanzó de inmediato.

—Beca, Beca… espera, ¿qué te pasa?

—No es nada.

—Y una mierda, tía, nunca te he visto así.

—Me tengo que ir a casa, ya hablaremos —respondió ella.

—Mira, Beca, los amigos están también en las malas, ¿sabes? ¿Te acuerdas lo mal que lo pasaba yo antes de "salir del armario"? Joder, no sé qué habría hecho sin ti. Menos mal que te lo conté. Una vez que lo sueltas es todo más fácil.

—Es que ahora... mejor quedamos luego.

—De eso nada —la interrumpió él mientras sacaba su móvil y marcaba un número—.

Te invito a comer —añadió antes de que contestaran al otro lado de la línea—. ¿Elisa?

Hola… sí, soy Yago... No, no, tranquila, que a Rebeca no le ha ocurrido nada… es que quiero invitarla a comer y me ha dicho que

como no te ha avisado… ¿De verdad? ¿No te importa? Muchas gracias, Elisa… sí, sí, no llegaremos muy tarde… Hasta luego.

—¿Tú estás loco? —preguntó ella a la vez que sonreía por primera vez en horas. Cada día estaba más contenta de contar con alguien como Yago—. Lo que pasa es que no tengo mucha hambre, tengo el estómago revuelto.

—Mejor, así me sale más barato —respondió su amigo mientras paraba a un autobús que iba al centro de Gijón.

Se bajaron del autobús en la plaza de Europa, justo después del paseo de Begoña y en pleno centro de Gijón. Tres patos se peleaban por un mendrugo de pan arrojado hacía ya varios días al estanque por un anciano solitario. Pocos metros después un hombre con capucha se acercó a ellos y Rebeca dio un paso hacia atrás; Yago pareció ni se inmutó. Sacó un paquete de tabaco del bolsillo y le dio un par de cigarros al chico que se acercaba sin que él se lo pidiera.

—¿Desde cuándo fumas? —le preguntó.

—No, no, si no fumo.

—¿Entonces para qué llevas tabaco? ¿Para repartirlo?

—Aunque te parezca de locos, sí. ¿Sabes qué pasa, Beca? En este parque se reúnen unos cuantos tíos con pinta rara y yo paso por aquí bastante a menudo.

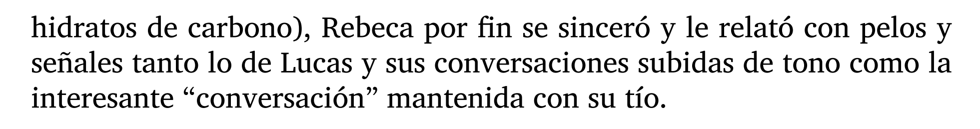
—Y te dan miedo…

—No, no es eso. Un día que estaba realmente jodido, cuando nadie sabía que era gay, ya sabes... Bajé caminando hasta aquí desde el instituto y al llegar un tío me pidió un cigarro. No llevaba, claro. Cuando vio que estaba llorando me ofreció sentarme a su lado y charló conmigo durante más de dos horas. Le conté todo, Beca, todo. Desde entonces siempre traigo tabaco por si lo veo y los demás… bueno, supongo que se han acostumbrado a un pitillo gratis.

—Joder, Yago, eres una caja de sorpresas —terminó diciendo ella.

—Ya…

Media hora más tarde y con una ensalada para cada uno y una hamburguesa doble con queso, mostaza, beicon y mucha salsa de tomate para él (ella no consintió en comer aquella enorme cantidad de


hidratos de carbono), Rebeca por fin se sinceró y le relató con pelos y señales tanto lo de Lucas y sus conversaciones subidas de tono como la interesante "conversación" mantenida con su tío.

—Estoy flipando —respondió él.

—Necesito que digas algo más —le pidió ella.

—Ya, ya… dame unos segundos que necesito más fuerzas para digerir todo eso que la hamburguesa —respondió él sin dejar de sonreír; ella se contagió de su sonrisa de inmediato.

—¿Por qué tienes que ser gay, Yago? —preguntó ella a su amigo como tantas veces.

Él siempre le respondía lo mismo:

—Para que no te enamores de mí, ya lo sabes, no soy tan buen partido como crees.

—Bueno, ¿qué me dices?

—A ver, Beca, ya sabes que yo no me ando con gilipolleces. Te voy a decir exactamente lo que pienso, aunque algunas cosas no te van a gustar.

—Lo sé, por eso te lo cuento a ti.

—Bien… para empezar, estoy de acuerdo con tu tío…

—¡¿Qué?! Estás de coña, ¿no?

—Déjame acabar… estoy de acuerdo con él en que no estás tratando a tu madre como debes, Beca, solo en eso. Te he dicho que algunas cosas no te iban a gustar.

—Lo siento, lo peor es que sé que tienes razón, pero…

—Pero ¿qué? —preguntó él desafiante.

—Nada, nada, que tienes razón —respondió Rebeca, aunque en el fondo de su corazón sabía que seguiría tratándola igual, porque el problema era que no le podía contar a nadie, ni siquiera a Yago, por qué la odiaba tanto.

—En segundo lugar, a tu tío le hacen falta un par de hostias.

—¡Ja, ja, ja! ¡No seas burro!

—Te lo digo en serio, no permitas que te toque, no permitas que te amenace, no permitas que te intimide.

"Demasiado tarde", pensó ella con un escalofrío.

—Y si lo hace, me llamas, que de algo tiene que servir el gimnasio —añadió guiñando un ojo.

Rebeca miró a su amigo, flaco como un fideo, y aguantó una risita.

—Y, en tercer lugar, lo de Lucas me parece muy fuerte, tía.

—¿Crees que debería hablar con él? Por el ordenador, quiero decir.

—Bueno, creo que sí. No le escribas tú primero, contesta solo si te escribe él. Espérate a ver qué te dice y después le sueltas lo de esta mañana, a ver qué excusa te da.

—Va… vale.

—Y Beca…

—Dime.

—Lo de desnudarte para él, tengo que reconocer que es excitante, pero ten cuidado.

—Ya lo sé. Al final no fui capaz de…

—Tenemos quince años, bueno, tú aún no. No hagas nada que no quieras hacer y, de verdad, ten cuidado.

Rebeca se quedó mirando a su amigo, después se perdió en sus propios pensamientos. Deseaba llegar a casa y encender el ordenador para ver si Lucas se había puesto en contacto con ella. Por otro lado, la decepción de pensar que no le había gustado por la mañana era demasiada. Sus ojos se llenaron de lágrimas por segunda vez aquel día, pero esta vez no se preocupó de quitarlas. Su amigo se apresuró a limpiárselas y a cambiarse de sitio para abrazarla. Al menos esta vez no estaba sola.

CAPÍTULO 15. CICATRICES

Leandro y Sara volvían al depósito en busca de información. Por desgracia, se había comprobado que el cadáver encontrado en el Parque Fluvial era el de Héctor. El inspector llamó de inmediato a su hermano en cuanto tuvo las pruebas; no les pilló por sorpresa ni al uno ni al otro.

La doctora Vega se hallaba ante el ordenador cubriendo un informe cuando ellos la interrumpieron.

—Buenos días, cómo madrugan… —les dijo a modo de saludo.

—Pensamos que era mejor venir a primera hora, como nos avisó de que había finalizado la autopsia…

—Sí, sí, estaba repasando el informe. Tomen —dijo ella dándoles una hoja a cada uno recién sacada de la impresora—. Como ven, la causa de la muerte coincide en los dos casos. Tanto el joven madrileño como este murieron de un fuerte golpe en la cabeza.

Sara leyó por encima el informe de las autopsias y se centró sobre todo en lo que pudieran tener en común las dos muertes.

La doctora les acababa de decir que la causa de la muerte había sido un golpe con un objeto romo en la cabeza. En el informe pudo leer que también a Héctor le habían golpeado en el hueso frontal y que lo habían partido. Y otro detalle que llamó la atención de Sara fue que el joven, al igual que el otro, había mantenido relaciones sexuales poco antes… eso sí, con preservativo.

—He pedido a los técnicos que analicen los restos de lubricante de los dos jóvenes para ver si los preservativos son iguales, por si se los hubiera facilitado la chica a ellos.

Sé que no sería una prueba muy concluyente, pero se añadiría al resto.

—No, no, está bien, cualquier cosa nos ayuda, gracias —respondió Leandro, aunque sabía por experiencia que lo más probable era que ellos llevaran alguno encima.

—Doctora, dice que lo vistieron después…

—Sí, aún no sé por qué —respondió ella.

—¿Arrepentimiento, quizá?

—O vergüenza, no tengo ni idea, la verdad. He mandado que analicen también los botones de la víctima por si encontramos alguna huella, aunque no creo que las haya.

En la ropa del otro joven, desde luego, no había ninguna, utilizaron guantes.

—¿Ha analizado el contenido del estómago? —preguntó Sara.

—Sí, no tengo los resultados. En cuanto los reciba se los haré llegar.

—Muchas gracias —dijo Leandro entonces—. ¿Algo más?

—Bueno, en el informe he puesto más cosas y he incluido algunas fotos. Creo que nada relevante.

—Bien, gracias doctora, nos pasaremos mañana.

—Perfecto, suerte con la búsqueda —terminó diciendo ella.

Al salir se toparon con la subinspectora Vargas, quien acudía a por el informe de la autopsia de la segunda chica.

—Ni siquiera sé el nombre —confesó Leandro.

—Se llamaba Lorena Rubio, tenía dieciséis años. Según el informe preliminar, las marcas de sus muñecas no corresponden con un suicidio. Si me esperáis cinco minutos os lo enseño.

—Claro, esperamos —contestó Sara.

—Entrad conmigo, total ya os conocen.

—¿Vienes sola? —preguntó Leandro a la vez que miraba el aparcamiento. Estaba seguro de que “el Gilipollas” aparecería en cualquier momento por detrás para decir cualquier tontería.

—Sí, por primera vez le ha parecido que podría encargarme de recoger el informe yo sola. De hecho, a él se lo enviará por fax o incluso ya se lo habrá enviado. Si me manda aquí a por él me quita del medio un rato. Casi tendría que darle las gracias por ello.

Los tres policías entraron a una sala de autopsias idéntica a la que Sara y Leandro acababan de abandonar. Se hallaban enfrascados en elucubraciones cuando alguien ataviado con una bata verde se acercó a ellos.

—Mirad —les interrumpió la forense—. Si se hubiera cortado ella misma tendría las marcas de fuera adentro las dos porque llevaría las muñecas así para cortarse —les explicó ella poniendo las palmas de la mano hacia arriba—. Habría cogido la cuchilla con la mano derecha (pongamos que era diestra a juzgar por la dureza de los dedos de esa mano, acostumbrados a escribir) y después habría cambiado de mano la cuchilla y habría hecho el corte en la otra muñeca igual, de fuera adentro y además la marca sería más débil.

—Y no es así —dijo Leandro más para hacerle ver a la forense que la estaban atendiendo que por otra cosa.

—No, los cortes son exactamente igual de limpios y están hechos de manera lineal. Es decir, el asesino puso las muñecas hacia arriba e hizo un corte en la derecha del pulgar hacia el meñique y en la otra simplemente siguió trazando la misma línea, con lo que cortó del meñique al pulgar. Algo más que improbable en caso de que se las hiciera ella misma.

—¿Y usó esa cuchilla? —preguntó Mar.

—No, rotundamente no. Este tipo de cuchillas tienen un filo increíblemente fino. El filo que se utilizó con esta chica corresponde a una navaja o algo similar, muy afilado también.

—Muchas gracias, doctora, nos ha servido de mucha ayuda —la felicitó la subinspectora Vargas.

—Tomen, no se olviden el informe —se despidió ella.

—Perfecto… Leandro… ¿me esperáis un poco? Es que quiero repasar lo que tenemos, que no quiero que Busquets pueda decir nada…

—Vale, te esperamos en el bar de enfrente tomando café —le dijo Leandro—. ¿Qué te pido?

—Un café con leche corto de café, que no me quiero alterar hoy más de lo imprescindible.

El inspector sonrió y suspiró casi al mismo tiempo. ¿Cómo podría aguantar a su compañero aquella mujer?

Cuando la subinspectora Vargas llegó, les puso delante el informe y dejó que lo leyeran tranquilamente. Leandro miró la foto de la chica intentando buscar similitudes con la encontrada en el instituto de su hermano; no encontró nada en común. No le pareció que esta joven

tuviera problemas de peso ni que fuera de ese tipo de chicas que sufren algún tipo de acoso por su aspecto. Anotó mentalmente preguntar a Mar Vargas sobre el tema. Varias cosas en el informe llamaron la atención de los inspectores, y así se lo hicieron saber a la mujer.

—Mar —comenzó diciendo Sara—, esta chica también acababa de mantener relaciones sexuales.

—Bueno, esta tenía dieciséis años. A lo mejor…

—Qué coincidencia, ¿no? —divagó Leandro mientras tomaba otro sorbo de café.

—Bueno, son dos chicas muertas que han mantenido relaciones sexuales antes de morir. No sé si llamarlo coincidencia de esa manera, la verdad.

—Si yo en realidad lo digo porque nuestras dos víctimas también acababan de tener relaciones sexuales antes de morir —le explicó él.

—Ya entiendo —comentó Sara—. ¿No creerás que los casos de nuestros jóvenes y los de las chicas están relacionados?

—No, bueno, no creo —respondió él—. Me ha llamado la atención que las cuatro víctimas hayan tenido relaciones antes de morir.

—La verdad —dijo la subinspectora Vargas más para sí misma que para los otros dos inspectores— es que el sexo es lo que mueve el mundo, nos guste o no.

—El sexo y el dinero —añadió Sara.

Los tres estuvieron de acuerdo.

—Así que no podemos descartar que el haber tenido relaciones sexuales antes de morir sea uno de los motivos de la muerte. No sé si lo estoy explicando bien —dijo Sara.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —respondió él—. Nuestra forense, la doctora Vega, ha pedido que analicen los restos de lubricante para ver si hay correspondencia entre las dos víctimas.

—Supongo que el forense que lleva mis casos lo habrá pedido también, antes de irme entraré a preguntarle por si acaso.

—Mar… ¿has hablado con los profesores de la chica?

—Eh… bueno, sí, claro, ¿a qué te refieres?

—Es que no me parece el tipo de chica que se quitaría la vida porque la acosaran, no sé si me explico —dijo el inspector Gómez de pronto.

—Leandro… creí que había quedado claro que no se suicidó —añadió Sara extrañada.

¿A qué venía aquello?

—Ya, ya lo sé. Lo que digo es que si quien quiera que sea simula el suicidio de una adolescente, tendrá que buscar a una adolescente con problemas, al menos con María Blanco lo hizo.

—Eso es verdad —añadió Mar—. Volveré al instituto a hablar con ellos y buscaré el motivo. Lo único que sé de ella es que era la típica empollona que se pasa la vida en la biblioteca, se relaciona poco y no le gusta el deporte. No sé si eso nos servirá de ayuda.

La alta subinspectora agradeció en silencio el comentario de Leandro. Estaba cada vez más convencida de que aquellos dos inspectores iban a arrojar mucha más luz al caso que la que pudiera arrojar en toda su vida su compañero, aunque jamás se lo diría ni a

uno ni a otros. Pensaba que, aunque les resultaba muy complicado conseguir pistas y demás, si había alguna posibilidad de encontrar a los responsables de aquellas muertes, sería con Leandro y Sara en el equipo. La voz de Sara la sacó de sus pensamientos.

—Bueno, nosotros nos vamos entonces, ¿tienes coche?

—Sí, no os preocupéis.

Los dos inspectores se encaminaron al coche y, mientras Sara ponía a trabajar su mente a toda velocidad incorporando los nuevos datos de que disponían, Leandro cogía el desvío a Gijón con los pensamientos perdidos en algo que no tenía nada que ver con el caso: cuando había vuelto de dar la noticia a Raúl de la aparición del cadáver de su hermano, Ana no estaba allí, se había marchado de casa.

En realidad, él pensaba que era un simple arrebato, no se acaba un matrimonio por una cosa así y menos cuando se está a punto de tener a un hijo tan deseado como el suyo… ¿o sí? Se perdió en sus pensamientos dándole vueltas a aquello. De hecho, casi se pasa la salida de la autovía para ir a la comisaría. Sara lo miraba con cautela. Era evidente que algo le ocurría, porque no había dicho ni una palabra

en todo el trayecto.

Bien era cierto que, cuando llevaban un caso en su pleno apogeo, Leandro solía pasar ratos bastante largos sin hablar y dándole vueltas a alguna idea; a Sara le hacía gracia porque decía que casi podía oír los engranajes de su cabeza funcionando, y él bromeaba diciendo: “Sí, cada día chirrían más, serán los años…”.

Aquel día era diferente. Su compañero ni siquiera se había acordado de ponerse el cinturón, se lo había tenido que decir ella, y parecía completamente perdido en algo ajeno al caso. Al principio pensó que tenía que ver con la aparición del cadáver de Héctor. Tras observar cómo Leandro miraba el móvil en cada ocasión que podía, se dio cuenta de que el motivo no podía ser otro que su mujer.

Cuando entraron en la comisaría y tras cerrar la puerta del despacho, lo acorraló entre la mesa y la silla y le preguntó sin más preámbulos. Él la miró sin comprender cómo había podido darse cuenta tan pronto de que algo le pasaba. Por algo era tan buena en su trabajo, y tenía que reconocer que disimular no había disimulado mucho.

—Se ha ido, Sara. Ana se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? ¿Adónde? —preguntó ella perpleja.

—Creo que a casa de su hermana.

—¿A Madrid? ¿A estas alturas del embarazo? Bueno, a no ser que quiera dar a luz allí…

—No lo habíamos hablado, la verdad. Pero no es por eso. Se ha marchado por mí.

—¡No me lo creo! ¿Habéis discutido? —dijo Sara cada vez más alucinada.

—Claro que sí. Hemos discutido porque he vuelto a Homicidios, aunque sea de manera circunstancial. Sabe que esto forma parte de mi vida y que es lo que me gusta, y ahora se ha dado cuenta de que, pase lo que pase, no me lo puede quitar. Y si me lo quita no seré feliz jamás.

—Ya… ¿y se lo has dicho así como me lo estás diciendo a mí?

—No he tenido ocasión, Sara. Cuando fuimos a comunicarle a Raúl la aparición del cadáver de su hermano ella quiso hablar conmigo.

Llevábamos un par de días sin hablarnos. Le dije que en aquel momento era imposible, que, por favor, esperara a que llegase a casa.

—¿Y no lo hizo? ¿O es que discutisteis después?

—No, me amenazó con no estar en casa cuando volviera y no pensaba que fuera capaz. Ahora me siento totalmente perdido.

—Tienes que hablar con ella, Leandro.

—Ya lo sé, no me coge el teléfono, no quiere hablar conmigo. No sé qué hacer, ni qué pensar. Desde luego, trabajar en esto es mi vida, pero no es más importante que estar con Ana y con el niño.

—Bueno, yo creo que deberías darle unos días y después hablar con ella. Seguro que necesita poner en orden sus sentimientos y sus pensamientos. Ten en cuenta que lo que le viene encima con un marido metido en todos los fregados y con un pequeño después de tantos años haciéndose a la idea de que no iba a ser madre pueden tenerla un poco confundida. Además del desorden hormonal que debe de estar pasando ahora mismo.

—Joder, Sara, para no tener hijos hablas del tema como una experta.

—Sí, la teoría se me da muy bien, espero no tener que ponerla en práctica nunca.

—Sabes que yo no cuestiono esas ideas a nadie. Bueno, a veces pienso que hay gente a la que no deberían dejar tener hijos, pero ésa es otra cuestión. Cada uno que haga lo que quiera y pueda.

—Tienes razón. De verdad, yo creo que en un par de días hablarás con Ana y podréis arreglarlo.

—Muchas gracias, Sara, no podía más, necesitaba hablar del tema. Estoy completamente absorto.

—No, si me tenía que haber dado cuenta cuando te he visto aparecer con ese pantalón y esa camisa. Pegan tanto como a un santo tres pistolas.

—¡Ja, ja, ja! Es verdad. He cogido lo primero que he pillado.

—No lo jures —añadió ella divertida.

Leandro no le había querido contar que Ana llevaba también fatal la reaparición de Sara en sus vidas, por lo que eso significaba; habría

servido para disgustarla. Ése sería otro punto que le tocaría tratar con su mujer si finalmente quería arreglar las cosas.

Cogieron la pizarra para añadir nuevos datos. Junto a la foto de Héctor, Sara escribió la fecha en que encontraron su cadáver, 20-11-2015, y lo más relevante de la autopsia.

Mientras, Leandro llamó al joven amigo de Rubén Álvarez; con la aparición del cadáver de Héctor, la visita al depósito y la marcha de su mujer, se le había olvidado. Sara no le llamó la atención, tenía que reconocer que ella tampoco se había acordado. Con un rotulador añadió que se había corroborado que el plástico encontrado en el Parque Fluvial había albergado el cuerpo de Rubén Álvarez durante, al menos, dos meses.

—¿Diga? —preguntó una voz al otro lado.

—Buenos días, le llamo del departamento de Homicidios en Gijón —Leandro soltó aquellas palabras con duda, casi interrogante, a lo que su jefa contestó con el pulgar

hacia arriba. A él le dio tiempo a pensar que, efectivamente, mientras llevara aquel caso, pertenecía a Homicidios.

—Buenos días —respondió él; incluso a través de la línea se le notaba incómodo de hablar con la policía.

—Le llamo en relación con su amigo Rubén Álvarez.

—Me lo imagino, dígame.

Leandro incluso le notó un tanto a la defensiva, lo que no le pareció muy razonable; en realidad, el joven había sido descartado como sospechoso ya en la investigación previa, quizá tendría que hacerle venir para tomarle de nuevo declaración.

—No sé si le han avisado de que lo hemos encontrado.

—Sí, me llamó su hermana hace un par de días; estaba desolada. La verdad es que todos esperábamos que apareciera vivo, aunque, en realidad, no creíamos que lo estuviera. Supongo que es cierto que la esperanza es lo último que se pierde.

—Sí, seguramente. El motivo de mi llamada es porque la inspectora Sara Benítez y yo… disculpe… acabo de darme cuenta de que no me he presentado. Soy el inspector Leandro Gómez…

—¡Ah! ¿Entonces han cambiado de investigadores?

—Eh… bueno, sí… —respondió Leandro—. En realidad, por eso le llamo, estamos repasando toda la documentación y hay algo en su declaración que queremos corroborar.

—Claro, claro, pregunte. Es que me tomaron declaración varias veces hace meses.

—De todos modos, Álvaro, le diré que, aunque no hubiera cambiado el equipo de investigación seguramente le habrían llamado igual, puesto que el caso de su amigo ha pasado de ser una desaparición a un homicidio.

—¡¿Qué?! ¿Le mataron? ¡Joder!

—Eh… no le entiendo —confesó Leandro—. Me acaba de decir que la hermana de la víctima ya le había contado lo ocurrido.

—Bueno, en realidad, nos dijo que lo habían encontrado muerto con un golpe en la cabeza, no nos dijo más. Supuse que se había caído por las rocas mientras estaba borracho o algo así, no que lo hubieran matado.

—Vaya, siento darle yo la noticia. Creo que está de más pedirle que no comente esto con nadie hasta que llevemos más avanzada la investigación.

—Por supuesto, y… ¿qué quería saber?

—En su declaración dice que la última vez que lo vio se marchaba con una mujer morena de unos treinta años, muy guapa, muy delgada y con curvas, ¿no es así?

—Sí, los brazos y las piernas eran más bien flacuchos, pero tenía un buen cuerpo.

—También pone que pudo verle en un brazo varias cicatrices redondas…

—Sí, son de una operación —respondió con seguridad.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo dijo ella?

—No, no, pero mi padre tiene exactamente las mismas cicatrices en el brazo derecho de una operación de cúbito y radio a la que tuvo que someterse tras un accidente con la moto.

—Muchas gracias, eso nos ayuda mucho. ¿No habrá recordado el nombre de la chica en algún momento?

—No, la verdad es que soy incapaz de acordarme, lo siento. Llevo meses intentándolo.

—Está bien, muchas gracias por su colaboración. Es posible que volvamos a ponernos en contacto con usted.

—Lo que sea, inspector. Rubén era un tío cojonudo. Era asistente social y se implicaba muchísimo con su gente. Espero que encuentren al culpable.

—Sí, yo también. Gracias de nuevo.

Leandro colgó el teléfono y se dirigió al panel del que Sara no levantaba la vista. Le cogió el rotulador de la mano y donde se podía leer la descripción de la mujer con la que se habían ido las dos víctimas escribió con decisión:

Varias cicatrices pequeñas y redondas de posible operación en antebrazo izquierdo.

—¿Te lo ha dicho el chico madrileño? ¿El amigo de la primera víctima?

—Sí, espero que en algún momento nos pueda servir. Por lo pronto, pediré en el hospital de Cabueñes, aquí en Gijón, y en el de Oviedo que me den una relación de las pacientes a las que se ha sometido a una operación así en los últimos diez años.

—Uf, va a ser una tarea imposible, Leandro. Puede haberse operado en cualquier sitio. No tiene por qué haber sido aquí. Tampoco tiene por qué haber sido en los últimos diez años…

—Lo sé, Sara, pero mientras no tengamos nada más iremos buscando.

—De acuerdo —zanjó ella—. De esa lista podemos descartar a todas las mujeres que no estén entre los veinticinco y los treinta y cinco años.

Leandro asintió a la vez que apuntaba aquel dato en su libreta. En aquel momento de la investigación se encontraban totalmente

perdidos. Necesitaban que ocurriera algo, necesitaban un golpe de suerte. Lo que más asustaba a la inspectora era pensar que la mejor pista podría aparecer con un nuevo cadáver. Se obligó a desechar la idea de inmediato y a repasar el panel una vez más. Seguro que habían pasado por alto algún detalle importante.

El móvil de Leandro sonó y él se apresuró a contestar sin mirar.

—¿Ana?

—Eh… no, soy Mar, Mar Vargas. ¿Dónde estáis?

—Ah, hola, Mar, estamos en mi despacho, ¿qué ocurre?

—Voy para allá, tengo algo.

Leandro colgó el teléfono con una mezcla de emociones: por un lado, la decepción de no haber podido hablar aún con Ana le proporcionaba una punzada de miedo constante; por otro, el que Mar por fin hubiera encontrado algo le transmitía seguridad.

Sara observó a su compañero; pasara lo que pasara, jamás podría dejar aquel trabajo.

CAPÍTULO 16. EL ENEMIGO EN CASA

Rebeca entró en su casa y subió directamente a su habitación. Casi ni saludó a su madre, quien se quedó en el quicio de la puerta con una sonrisa a medio terminar y una nueva sensación de pérdida dentro de sí misma. En realidad, la chica ni siquiera disfrutaba haciendo sufrir a su madre, pero no podía ser de otra manera. Debía castigarla y no conocía una forma mejor. Rápidamente puso la contraseña en el ordenador, no se atrevía a dejarlo desprotegido, seguro que su madre había intentado abrirlo más de una vez. El corazón se le aceleró de inmediato, una luz parpadeaba en la pantalla indicándole que uno o varios mensajes esperaban a ser abiertos. Cruzó los dedos para que fueran de Lucas.

Unos pasos en la escalera la avisaron de que su madre subía a su habitación, así que apagó el monitor de golpe y se metió en el cuarto de baño. Los pasos cesaron de pronto y Rebeca escuchó con atención.

Durante unos segundos no oyó nada. Pensó con rabia que su madre se habría quitado los zapatos para no hacer ruido y que estaría tras la puerta intentando escuchar a su hija, entonces oyó cómo desde la mitad de la escalera más o menos los pasos bajaban de nuevo al salón.

—¡Qué patética! —susurró—, ni se ha atrevido a subir…

Algo dentro de ella hizo que se sintiera mal tan siquiera por tener ese tipo de pensamientos, pero llevaba demasiado tiempo entrenándose para odiarla como para cambiar ahora. Era patética y punto. Cuando estuvo segura de que su madre no subiría volvió a encender la pantalla del ordenador. Se apresuró a abrir el chat donde solía hablar con Lucas y, efectivamente, varios mensajes enviados por él estaban esperando a ser leídos; ella suspiró emocionada.

LUCAS: Hola…

LUCAS: ¿Beca?

LUCAS: Ehhhhhhhh, ¿¿¿¿¿¿dónde andas??????

LUCAS: ¿Qué intentas? Que paso de estas movidas, joder.

LUCAS: ¿Nena? Contesta, anda…

Ella los releyó varias veces. Parecía que él había estado pendiente del ordenador desde la salida del instituto. Por un momento estuvo a punto de explicarle todo: que no había estado en casa, que había comido con su mejor amigo, que tenía ganas de hablar con él… Una inusual “madurez” o lo que fuese se apoderó de ella. Le saludó como si él no hubiera estado intentando hablar con ella más de dos horas; eran ya las cinco y media de la tarde. Y en lugar de quedarse delante de la pantalla comiéndose las uñas hasta que él contestara, cogió la mochila y sacó un libro; al día siguiente tenía un examen y estaba un poco harta de sacar malas notas para castigar a su madre. Tendría que buscar otra manera.

Un poco más tarde, la luz del ordenador volvió a parpadear. Ella dejó pasar un par de minutos antes de mirarlo. En realidad, pensaba dejar al menos diez, pero no fue capaz.

LUCAS: ¿Dónde estabas? Llevo horas intentando hablar contigo.

BECA: He comido fuera.

LUCAS: ¿Con quién?

BECA: ¿Qué más te da?

LUCAS: ¿A qué viene eso? Claro que me importa, creí que querías estar conmigo.

BECA: Bueno, no lo sé.

LUCAS: ¿¿?? ¿Ha pasado algo?

BECA: Hombre, lo de esta mañana no me ha gustado mucho.

LUCAS: No sé a qué te refieres.

BECA: No te hagas el tonto. Sé que me has visto.

LUCAS: ¿Cuándo?

BECA: En el pasillo, a eso de las once.

LUCAS: Tía, no te he visto, te lo juro. Si te hubiera visto me habría tirado a comerte la boca delante de todos.

Rebeca se sonrió. Era consciente de que la seguridad que había mostrado hacía unos minutos al no contestarle se había esfumado del todo. De nuevo la tenía donde él quería. Es que ella era allí donde quería estar.

LUCAS: ¿Con quién has estado?

BECA: Con mi amigo Yago.

LUCAS: ¿Con otro tío?

BECA: No te preocupes, Yago es gay.

LUCAS: ¿Y qué haces tú con un maricón?

BECA: No te pases, Yago es mi mejor amigo desde hace muchos años.

LUCAS: Vale, vale, tranqui… ¿Quieres jugar un rato?

Ella se lo pensó unos segundos; en realidad, seguía enfadada con Lucas, pero al mismo tiempo deseaba sentir lo mismo que el día anterior cuando se había desnudado para él. Poco a poco se fue relajando y comenzó a desnudarse al igual que la otra vez.

Le pidió que le mandara fotos, él ni siquiera le contestó. Cuando solo le quedaban puestas las braguitas comenzó a sentirse incómoda de nuevo y se tapó con un cojín.

LUCAS: Nooooo, nena, no te tapes. Estás buenísima.

BECA: Me da vergüenza.

LUCAS: Soy yo, no te preocupes. No tiene que darte vergüenza, lo estás deseando.

Ella lo pensó unos segundos, realmente se sentía incómoda con la situación, pero un fuego nacía de su interior y no lo quería parar. Hubiera dado cualquier cosa porque el chico estuviera allí, en su cuarto. Aunque no se sentía del todo capaz, se quitó el cojín de delante del pecho y bajó poco a poco sus braguitas. No iba a perder a aquel chico por nada del mundo. Y si para eso tenía que hacer cosas como aquélla, las haría cada noche sin dudarlo.

Un par de horas después, Elisa llamó a su hija para cenar, ella no quiso bajar. En realidad, no quería que su madre le viera los ojos, hinchados de llorar. No quería tener que dar explicaciones. De nuevo unos pasos sonaron en la escalera, y no parecían los de su madre. La puerta se abrió sin que nadie se molestara en llamar antes y la cara de su tío apareció en su lugar; Rebeca se estremeció.

—¿Qué… qué haces aquí?

—Baja a cenar. ¿No has oído a tu madre o qué?

—Es que… no me encuentro bien —se excusó ella.

—Me da igual, baja.

—Yo… —musitó la chica con las lágrimas a punto de brotar.

—¿Has llorado?

—No, no —respondió ella mirando fugazmente al ordenador. Su tío pareció darse cuenta del detalle.

—Lávate la cara y baja de inmediato. A partir de ahora bajarás todos los días a cenar quieras o no y le darás las gracias a tu madre.

—¿Y si no qué? —preguntó desafiante.

—Más te vale que lo hagas, porque me acabo de mudar aquí.

—¡¿Qué?! ¡No es cierto! —exclamó ella horrorizada.

—Baja y lo compruebas. Tu madre está pasando una mala racha y lo último que necesita es una mocosa malcriada que la haga sentir peor. Y como parece que no es capaz de tratarte como te mereces, me quedaré unos días para asegurarme de que te portas como debes.

—¡Joder! —protestó Rebeca; un tirón de pelo pareció contestar a su protesta.

—Ni un solo taco en mi presencia. ¿Me oyes?

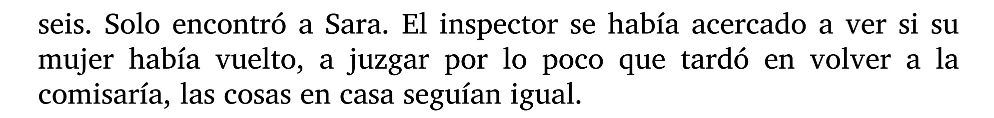
—Déjame, me haces daño…

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer —sentenció Alberto mientras soltaba a la chica y se volvía hacia la escalera—. En dos minutos te quiero abajo.

Rebeca se quedó temblando sin poder ni siquiera pensar. Si había algo peor que tener que aguantar a su tío en el instituto, era allí, en su propia casa. Sentía por él una mezcla de miedo y asco que le revolvió el estómago de inmediato. Parecía que realmente no cenaría mucho ya que lo que había utilizado como excusa se había convertido en realidad. Pensó, a la vez que un escalofrío recorría cada centímetro de su piel, que esa noche dormiría con la puerta atrancada.

CAPÍTULO 17. ESTE CASO ES MÍO

Mar Vargas entraba en el despacho de Leandro algo más tarde de las


seis. Solo encontró a Sara. El inspector se había acercado a ver si su mujer había vuelto, a juzgar por lo poco que tardó en volver a la comisaría, las cosas en casa seguían igual.

—¡Hola, Mar! —saludó él al entrar de nuevo.

—¡Hola! Le decía a Sara que hemos encontrado una posible pista, aunque aún no ha dado resultados.

—¿De verdad? ¿De qué se trata?

—Había ADN de la misma persona en las dos víctimas del instituto.

—¿De la misma persona? Joder, eso es importante —dijo de repente Sara; la subinspectora Vargas había captado su atención.

—Sí, aún no tenemos ningún resultado concluyente, esperemos que encuentren algo pronto en la base de datos —contestó ella mientras se sentaba en la silla que le acababa de ceder Leandro; hasta ese momento no se había dado cuenta de que estaba exhausta.

—Habrá que cruzar los dedos —coincidió Leandro.

El móvil de la alta subinspectora comenzó a sonar. Ella miró la pantalla y resopló antes de contestar.

—¿Busquets? Dime.

—Mar, hay que ir al instituto Rosalía de Castro de nuevo.

—¿Ése es el primer instituto en el que estuvimos?

—Sí, ése, menuda mierda de memoria tienes.

Ella puso los ojos en blanco y los dos inspectores con los que estaba sofocaron una risita.

—Bien, te veo allí en quince minutos. ¿Te va bien?

—Bueno, sago ahora de Oviedo —respondió él con sequedad.

—Que sean treinta minutos entonces —le concedió la mujer—. ¿Hemos encontrado alguna otra pista?

—No, más bien hemos encontrado otro fiambre.

La subinspectora se quedó sin habla y sin color. Leandro miró a la

mujer pensando que más valdría que no se cayera al suelo porque no le daría tiempo a cogerla. Ella murmuró algo inteligible y guardó el teléfono en la chaqueta.

—Tengo que irme, es urgente.

—¿Qué ocurre? Tienes mala cara —le dijo Sara al acercarse a ella.

—Voy al instituto Rosalía de Castro —respondió ella.

—¿Al de mi hermano? Te acompaño.

—Creo que no deberías, han encontrado otro cadáver.

—No puede ser… —respondió él sintiendo un sudor frío recorriéndole la espalda—.

Voy contigo y me importa una mierda lo que diga Busquets. Mi hermano me necesita.

—Vamos entonces —respondió ella sin atreverse a protestar. Casi se alegraba de que Leandro se empeñara en ir. Que se pelearan su jefe y él si querían, estaba segura de que no podría aguantar mucho más en este caso con alguien como Busquets al frente.

Los tres policías cogieron sus chaquetas y se metieron en el coche con la sensación de que iban demasiado despacio en aquel caso. Esperaban, al menos, poder conseguir alguna pista más que les llevara al responsable de aquellas muertes.

Mar enseñó su placa al llegar al instituto, gesto que tanto Sara como Leandro imitaron de inmediato. Lo primero que hizo el inspector Gómez fue buscar a su hermano, sabía que estaría bastante alterado. No tuvo que esperar demasiado tiempo, puesto que Mateo había ido hacia la portería en el mismo momento en que le habían avisado de la presencia de la policía. Al ver a su hermano mayor, sintió cómo se liberaba de un peso demasiado grande para llevar a sus espaldas.

—Menos mal que has venido —susurró el director a Leandro.

—Cuéntame todo lo más rápido que puedas y llévanos junto al cuerpo. Porque me temo que en cuanto llegue “el Gili…”, perdón… Busquets, me echará de aquí.

—De eso nada, pondré una queja —protestó él.

—Pon lo que quieras, mientras tus amigos no sean más influyentes que

los suyos ni la leerán. Además, nos guste o no, el inspector al mando en este caso es él, yo soy un mero espectador. De hecho, ni debería estar aquí, tendremos problemas —añadió mirando a Sara—. Hemos venido porque ha ocurrido en tu instituto. Así que vamos, no perdamos tiempo.

Mateo les dirigió a la segunda planta. En la puerta de una amplia sala, un grupo de jóvenes permanecían abrazados y lloraban sin parar mientras varios agentes les tomaban declaración y anotaban sus datos. Dos profesores les acompañaban e intentaban consolarlos, sin mucho éxito. La habitación era bastante más grande de lo que parecía desde el pasillo. Una mesa enorme y totalmente llena de papeles a medio rellenar ocupaba buena parte del centro del cuarto. Al fondo se veían varias estanterías repletas de libros; algunos bastante antiguos, o quizá incluso anticuados. Entre medias, el cuerpo de un joven de unos quince o dieciséis años permanecía inmóvil en el suelo.

Sara se acercó a él en busca de pistas: ningún signo de violencia, al menos, a primera vista. Sí le llamó la atención una sustancia blanquecina en las comisuras de la boca.

—Mira, Leandro —le llamó para que él también se fijara en aquella sustancia; la subinspectora Vargas se acercó también, al fin y al cabo el caso lo llevaba ella.

—¿Veneno? —preguntó Leandro para sí mismo—. Pediremos que lo analicen.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Sara a los profesores que había fuera.

—Yo —respondió un hombre de unos treinta años, con el pelo muy lacio y castaño oscuro. Lo llevaba ligeramente largo por el flequillo, pero parecía recién cortado.

—¿Y usted es?

—Alberto Arévalo, soy el orientador pedagógico del instituto.

—Yo, Sara Benítez —respondió ella ofreciéndole a su vez la mano.

—Vine a por unos papeles, Mateo me deja guardar aquí algunas cosas. Bueno… no todas, los expedientes de los alumnos más problemáticos se encuentran en el despacho del director. Las copias, quiero decir. Yo trabajo para el Principado y tenemos que llevar a Oviedo todo.

“Demasiada información” —pensó Sara anotando el dato mentalmente —. “Yo no le he preguntado nada. Cuando alguien da demasiados datos sin que se le pregunte, algo esconde”.

Leandro observó a su jefa; la conocía extremadamente bien. Acababa de contemplar cómo hacía un chequeo completo del tal Alberto y le añadía, de un plumazo, a la lista de sospechosos.

—¿Nos daría una prueba de ADN? —preguntó la subinspectora Vargas intentando asumir el control del que realmente era su caso.

—¿Yo?… ¿por qué?

—Bueno, es para descartarle como sospechoso, porque supongo que habrá tocado el cadáver, ¿no? ¿No ha intentado reanimar al chico o algo?

—Eh, sí, claro, lo que sea —respondió Alberto complaciente, aunque su actitud no parecía tan colaboradora como sus palabras.

Los técnicos tomaron una muestra de la boca del orientador; Mateo no perdía un solo detalle. ¿Alberto? A casi todos los alumnos les caía bien y no había recibido nunca queja de otros centros para los que trabajaba. Era cierto que algunos chicos habían protestado por sus métodos, solían ser jóvenes problemáticos que no se entendían con casi nadie.

No podía obviarlos, pero tampoco podía darles demasiada credibilidad.

De repente, una voz atronadora se escuchó en el exterior del despacho.

—¡Mar! ¡Mar! —gritó Busquets desde el pasillo.

—Estoy aquí, jefe —contestó la alta mujer bajando de inmediato la cabeza. De repente, se sentía de lo más pequeña.

—¿Qué coño hacen todos estos aquí? —gritó enfadado; Mar contempló cómo unas enormes manchas rojas iban llenando su cara.

—Albert… no te enfades… estaba con Leandro y Sara justo cuando me llamaste.

—¡Me importa un huevo! El caso es nuestro, ¿me oyes? ¡Nuestro!

—Disculpe… me parece de bastante mala educación venir aquí

gritando y hablando del caso. Ese chico de ahí se llamaba Lucas… Lucas Palacios, y tenía dieciséis años.

—¿Y a mí qué coño me importa lo que a ti te parezca de buena educación o no? Yo estoy haciendo mi trabajo. Además, ¿quién eres?

—Soy el director del instituto. Nos conocimos, por desgracia, hace unas semanas, cuando encontramos el cadáver de María Blanco.

Busquets lo miró como si aquel hombre le hablara en un idioma desconocido. Estaba claro que no sabía cómo se llamaba ninguna de las víctimas y no porque se le dieran mal los nombres, sino porque parecían no importarle en absoluto. Mateo comenzó a ponerse rojo de ira, así que Leandro pensó que era el momento de intervenir. Antes de decir nada, buscó la aprobación de Sara, quien con la mirada le dio permiso para decirle a "el Gilipollas" lo que le diera la gana.

—Ese hombre —dijo Leandro señalando a Mateo—, aparte de ser el director del centro, es mi hermano. Por eso el comisario Ruiz nos ha dado permiso a Sara y a mí para estar al tanto de este caso. Lo llevas tú, sí, pero vas a tener que verme todo lo que a mí me dé la gana. Y si no te gusta, ya sabes… Barcelona te está esperando.

—Este caso es mío —dijo Busquets rojo de ira.

—Muy bien, métetelo por el culo, gilipollas. Pero de aquí no me muevo hasta que lo diga el comisario.

Busquets, en absoluto acostumbrado a que nadie le contestara y menos de esa manera, se quedó perplejo unos segundos. Después intentó recuperar la compostura y dirigió su ira hacia la subinspectora Vargas. Un simple comentario de Sara hizo que su actitud cambiara por completo.

—Te estás equivocando, Busquets… cuidado con quien te metes.

El inspector catalán los miró a todos, echó un ligero vistazo al cuerpo del joven y, rápidamente, se dio la vuelta mientras gritaba al pasar:

—¡Mar, quiero un informe en media hora!

Al cabo de unos segundos en los que comprobaron que, efectivamente, Busquets había decidido marcharse del escenario, los tres inspectores decidieron ser prácticos y ponerse a buscar pruebas. No podía haber ni una sola víctima más.

CAPÍTULO 18. CADA CUAL EN SU LUGAR

Los tres inspectores se dirigían casi sin hablar al despacho del comisario Ruiz en Oviedo. La llamada a la subinspectora Vargas les daba una pista de lo que iba a ocurrir allí. Busquets había ido directamente a quejarse y ahora ellos recibirían, como mínimo, un rapapolvos. Sara esperaba que solo fuera eso, porque la que peor parada saldría de todo aquello sería sin duda la alta policía. Y habían sido ellos los que la habían metido en aquella situación.

—Lo siento, Mar.

—No te preocupes, esto tarde o temprano tenía que ocurrir.

—Pero ha sido por nuestra culpa. No teníamos que habernos involucrado —añadió Leandro.

—Tranquilo, pase lo que pase ahí dentro, me siento de lo más liberada —dijo ella quitando un poco de importancia al asunto—. Supongo que me relevarán del caso.

—No —respondió Sara rotundamente—. Vamos a dejar de hacer conjeturas, a ver qué nos dice el comisario. Me pareció un hombre bastante cabal cuando lo conocí.

—Sí, pero está próximo a la jubilación, no creo que tenga ganas de movidas a estas alturas —le explicó Mar algo abatida.

Pocos minutos más tarde, entraron al despacho del comisario Ruiz, donde les esperaban, además, Busquets y dos personas más que no conocían.

—Buenos días —dijo el comisario sin dejar traslucir ninguna emoción —. Supongo que no tengo que perder el tiempo explicándoles el motivo de mi llamada. Siéntense.

Los tres policías tomaron asiento lo más cerca que pudieron unos de otros. Se sentían intimidados por aquellas personas que los escrutaban sin pudor y por la mirada altiva y de suficiencia de Busquets. Se sentían en desventaja, ya que estaba claro que en aquel despacho sabían algo que ellos desconocían.

—Bien, no me andaré con preámbulos, todos tenemos mucho que hacer —explicó el comisario con voz neutra—. El inspector Busquets, aquí presente, ha presentado una queja formal sobre ustedes tres, en especial sobre la subinspectora Vargas, su compañera.

—Pero… —comenzó a decir Mar; el comisario la cortó de inmediato.

—Leo el informe que me acaba de dar en mano:

Nos avisan del hallazgo del cadáver de un joven de dieciséis años en el instituto Rosalía de Castro en Gijón, donde hace unas semanas apareció el cuerpo de una chica también. Ante la similitud de los crímenes, acudo al lugar de los hechos y compruebo que la subinspectora Vargas, subordinada mía, ya está allí junto con dos inspectores de Madrid que no tienen nada que ver en el caso, poniendo en peligro la custodia de las pruebas y la confidencialidad y saltándose expresamente mis órdenes de esperar a mi llegada.

Ante la insubordinación de la subinspectora Mar Vargas y el peligro que conlleva para la resolución del caso, me veo obligado a poner una queja sobre esta subinspectora y a solicitar que se la releve del caso de inmediato y se tomen las medidas oportunas para la resolución del mismo.

—Les presento al agente Martín y al agente Soria, de Asuntos Internos.

—¿Asuntos Internos? —preguntó perpleja Sara—. ¿Por una queja por una SUPUESTA insubordinación? No entiendo nada.

—Sí, inspectora Benítez, el inspector Busquets los llamó directamente a ellos, sin hablar conmigo. Creo que tiene varios amigos allí, ¿no es así? —dijo con sarcasmo el comisario. Parecía molesto, con lo que Sara vio una posibilidad de salir bien parados.

—Bueno… señor… no quise molestarle por una tontería, sé que está muy ocupado.

—¿Y eso no es una insubordinación, señor? —preguntó ella con descaro. Un gesto del comisario le hizo que no siguiera por ese camino, aunque no pudo evitar un asomo de sonrisa al escucharla.

—¿Y a nosotros sí quiso molestarnos? Esto pertenece al régimen disciplinario —

respondió uno de los agentes mirándole fijamente a los ojos.

—Creo que se ha saltado el procedimiento, inspector Busquets —añadió el otro hombre—. Hay que hacer las cosas en orden. Para una supuesta insubordinación hay un régimen disciplinario, como usted bien sabe. A nosotros nos debería haber avisado si la subinspectora Vargas se hubiera insubordinado a causa del abuso de sustancias ilegales o drogas, o bien si su conducta se debiera a otros motivos.

—Eso es —añadió el primer agente mientras sacaba un móvil y enviaba un mensaje a toda prisa.

—Bien, si no nos necesitan, o si no encuentran otra razón para que estemos aquí, nos vamos, tenemos mucho que hacer —les comunicó el otro agente con cara de fastidio.

Los dos agentes se levantaron rápidamente y se marcharon sin que nadie dijera ni una palabra. Busquets estaba rojo de ira, parecía a punto de salir ardiendo.

—Veamos, ahora que estamos “en familia” quiero hablar con ustedes cuatro. Siéntese, Busquets.

Había dos sillas más junto a Leandro. El inspector Busquets cogió una de ella y se puso lo más lejos que pudo de sus compañeros. Los demás siguieron todo el proceso sin decir nada.

—Empezaré con usted, inspectora Benítez —dijo el comisario mirándola directamente a los ojos. Ella ni parpadeó, estaba acostumbrada a no amedrentarse ante nadie—. Tanto usted como el inspector Gómez están aquí “de prestado”, quiero que le quede claro. Y

él, además, está bajo su mando, con lo cual es su responsabilidad. ¿Lo entiende?

—Por supuesto —respondió ella.

—Bien, han acudido a la escena del crimen antes que el propio investigador que lleva el caso.

—Señor… —comenzó a protestar Sara, pero el comisario la cortó de inmediato.

—¡Silencio! No quiero ni una palabra hasta que termine de hablar, ¿estamos? Bien, por dónde iba… sí… han acudido antes que Busquets

al escenario del crimen, acompañados por la subinspectora Vargas, quien se ha saltado deliberadamente la orden de esperar a su superior y les ha dejado investigar pese a que no es su caso. Yo les di permiso para seguir el caso de cerca, pero en ningún momento para entrometerse. Y

mucho menos sin darme parte a mí.

Los tres inspectores tenían mucho que decir, más bien los cuatro, pero ninguno se atrevía hasta que el comisario terminara su exposición. No querían enfadarlo más de lo que ya estaba.

—Por otro lado, el inspector Busquets no me ha presentado ni un solo informe sobre el estado de la investigación pese a que se lo he solicitado varias veces. Y ha llamado a Asuntos Internos antes de que yo pudiera siquiera leer la queja sobre la actitud de la subinspectora Vargas.

—Mire, así no se puede investigar —le interrumpió Busquets—. Esta comisaría es una mierda, aquí cada uno hace lo que le da la gana y meten a cualquiera en los casos, y yo así no trabajo.

—Como quiera, coja su puesto en Barcelona ya, le están esperando —le desafió el comisario—. A ver, Busquets, nunca me he metido en su manera de investigar, pero no le voy a consentir que pase por encima de mí ni una vez más.

—¿Cómo dice? —le desafió el inspector—. Creo que se equivoca metiéndose conmigo.

—Las cosas van a quedar así y con esto doy por zanjada la reunión: el inspector Busquets queda al mando de la investigación de los adolescentes hasta que decida marcharse a Barcelona y me enviará un informe DIARIO sobre el estado de la investigación. La subinspectora Vargas será relevada del caso con carácter inmediato por su supuesta insubordinación. Los inspectores Benítez y Gómez cooperarán con él de forma extraordinaria y a sus órdenes…

—Ni de coña, o los quita del caso DEL TODO o me marcho a Barcelona mañana mismo.

—Como quiera. El equipo quedará como yo digo. Si no le gusta, puede marcharse si quiere.

—Perfecto. Vaya buscándose a otro gilipollas, que yo me voy —zanjó Busquets ante la sonrisa descarada de Sara al oír cómo se denominaba

a sí mismo como ella lo había bautizado en cuanto lo había conocido.

Busquets salió dando un sonoro portazo que hizo que una foto de la pared cayera al suelo y el cristal que la protegía se hiciera añicos. El comisario resopló e intentó ignorarlo. Después, se dirigió a los demás.

—Bien, tendré que cambiar de plan… Vamos a ver…

Sara subió un poco las cejas, ¿qué estaba haciendo el comisario? ¿Estaría justificándose por intentar que Busquets dejase la investigación? Tras unos segundos entendió exactamente lo que acababa de ocurrir. El comisario Ruiz, al igual que los demás, no estaba en absoluto contento con la forma de investigar de Busquets, pero se hallaba atado de pies y manos por alguien de arriba. Al hacer que se marchara él por su cuenta y, sin quitarle la autoridad del todo, acababa de matar varios pájaros de un tiro y se había puesto a cubierto. Ella, sin duda, se habría impuesto ante un tío como Busquets si hubiera estado en la misma situación que el comisario, lo que le habría provocado conflictos con sus superiores. Como para darle fuerza a su teoría, Leandro le susurró:

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Ella asintió y esperó a que el comisario Ruiz les diera las órdenes oportunas para seguir con la investigación.

—Subinspectora Vargas —dijo él entonces—, realmente creo que, aunque tuviera sus razones, su actitud debe ser castigada.

—Lo sé… señor… —musitó; él tenía razón.

—No obstante, ante la falta de efectivos, no puedo prescindir de una investigadora de su nivel, así que seguirá con este caso, aunque a las órdenes de la inspectora Benítez.

¿Algo que decir?

—¿Me pone al mando, señor? ¿No tendrá problemas con eso? Supongo que habrá más investigadores aquí, ¿no? —replicó Sara un tanto perpleja.

—Deje que yo me ocupe de mis propios problemas, inspectora —respondió él cortante.

—Claro, no he querido ofenderle.

—Lo sé. Usted, inspector Gómez seguirá con el caso de los dos jóvenes del parque, también a las órdenes de la inspectora Benítez. ¿Se ve usted con fuerzas de seguir al mando de los dos casos? —preguntó él dirigiéndose a Sara.

—Claro que sí, señor, por ahora tenemos pocas pistas que seguir, y teniendo a dos investigadores de este nivel…

—Muy bien, si en algún momento necesita refuerzos, hágamelo saber. Quiero un informe diario por escrito de los dos casos —añadió mirando a los tres inspectores—.

Leandro, sobre los adolescentes no le digo que pueda o no pueda intervenir porque, además de que su jefa le va a tener al día, va a hacer usted lo que le dé la gana, por no decir otra cosa, pero no quiero ni una queja sobre usted en ese caso. ¿Me entiende?

—Claro, señor… muchas gracias.

—Y ahora pónganse a trabajar, que tengo mucho que hacer. Debo justificar mis acciones frente a mis superiores.

Tras despedirse del comisario y alegres por cómo habían salido las cosas, decidieron acercarse al depósito de cadáveres antes de volver a Gijón.

El forense encargado de la autopsia de Lucas Palacios aún no había terminado el estudio del cadáver. Los recibió con una sonrisa tan efusiva que Leandro pensó que era el primer forense alegre que había conocido en toda su vida.

—Me quedan varios detalles para terminar —se disculpó.

—No se preocupe, la verdad es que hemos venido porque ya estábamos en Oviedo, pero volveremos cuando nos diga —dijo Sara—. Soy la inspectora Benítez, la nueva investigadora del caso.

—¿Y Busquets? —preguntó él entonces extrañado.

—Se marcha a Barcelona de traslado, por eso me han puesto a mí —le explicó ella.

—Ya me parecía a mí que tenía que ser algo de peso mayor —respondió el forense—.

Si no, jamás habría dejado escapar un caso como este. Soy el doctor

Manuel Naveira, encantado.

Tras la presentación, los tres se miraron sin nada que añadir.

—El joven murió por una parada cardíaca. Con su edad, a no ser que tuviera alguna malformación cardíaca o arterial, podríamos descartar que la muerte hubiera sido de forma natural. Ha resultado que sí, tenía una malformación, ahora iremos a ese punto.

En la comisura de la boca hemos encontrado un resto blanquecino. Algo provocó que echara espuma por la boca, que se quedó reseca. He enviado a tóxicos una muestra de saliva y de sangre; en cuanto me lleguen, los avisaré.

—¿Entonces murió por un defecto cardíaco o por algún tipo de veneno? —preguntó Sara extrañada.

—Me quedan varias pruebas que comprobar, pero me inclino a que fue una mezcla de las dos cosas.

—No le entiendo —confesó Mar.

—Verán, acérquense —les pidió él mientras les enseñaba un corazón… en el ordenador. Mar dio gracias en silencio porque no hubiera querido explicarles aquello en directo—. Este joven tenía lo que se conoce como “atresia tricúspide”.

—Ah, eso lo explica todo —respondió Leandro mientras se reía abiertamente, era como si aquel hombre le acabara de hablar en chino.

—¡Ja, ja, ja! Ya me imagino que algunos términos médicos le parecerán bastante extraños.

—Por no decir todos —añadió él.

—Miren aquí. Lo normal es que la sangre fluya desde la aurícula derecha hasta el ventrículo derecho a través de esta válvula de aquí, que es la válvula tricúspide —dijo señalando una zona que se abría y cerraba de forma rítmica—. En esta anomalía, en

lugar de esta válvula, hay una membrana que no se abre. Por lo tanto, el ventrículo derecho no recibe sangre con normalidad y suele ser más pequeño.

—¿Era el caso de Lucas?

—Sí, efectivamente. Lo que es bastante llamativo es que no había sido tratado por esa afección jamás. Ni siquiera lo tenía diagnosticado.

—¿Y eso que significa? ¿Era muy grave?

—En la mayoría de los casos se trata con cirugía y lo normal es hacerlo en los primeros meses de vida. Este joven debía tener problemas asociados a la patología, pero parece que nunca lo vieron.

—¿Y si no se opera es mortal? —preguntó Mar.

—Podría serlo, sí, muy probablemente. Además este chico hacía deporte con asiduidad, así que podía haber caído muerto en cualquier momento.

—Entonces… añadió Sara— ¿es probable que muriera por un susto o algo así?

—Bueno, las descargas de adrenalina siempre pueden provocar un sobreesfuerzo al corazón y si este no es un corazón sano…. Sí, claro, aunque en este caso me inclino más a pensar que ingirió algún tipo de tóxico que hizo que el corazón se detuviera.

—En cuanto tenga el resultado háganoslo saber, por favor —le pidió Leandro.

—Por supuesto… —dijo él—. Por cierto, también había algo bajo las uñas del joven, se defendió de algo o de alguien.

—Esperaremos a los resultados de las dos cosas. Muchas gracias, doctor Naveira.

—Manuel, por favor —les pidió él.

Los tres policías salieron con un exceso de información, aunque algo abatidos por la falta de pistas que seguir ya que habían pensado que en el Anatómico Forense conseguirían algo más.

—Bueno, este viaje al depósito no ha sido muy productivo —comentó Leandro cuando iban por el pasillo—. ¿Vamos a ver a la doctora Vega por si tiene alguna novedad sobre Rubén o Héctor?

—Claro —respondió Sara. La subinspectora Vargas no se atrevía a dar ninguna opinión, ni a decir nada. Parecía una víctima de secuestro con el síndrome de Estocolmo. Seguramente tardaría unos días en relajarse y acostumbrarse a sus nuevos compañeros.

Entraron en otra sala donde una mujer menuda vestida con uniforme, guantes y mascarilla se inclinaba sobre un cuerpo que permanecía abierto en dos sobre una impersonal mesa metálica. La doctora los miró atentamente y se quitó los guantes, que tiró inmediatamente a la basura. Después se bajó la mascarilla y los saludó. Sara se fijó en que se había bajado de un taburete para acercarse a ellos.

—Buenos días, tengo aquí un sobre para ustedes. Había ordenado que se lo enviaran, pero aún no han venido a por él. Tomen.

—¿Qué es? —preguntó Leandro.

—Son muestras de ADN de la boca de las víctimas. Parece que en ambos casos hay dos clases de ADN en cada cadáver.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sara frunciendo el ceño.

—Puesto que las sacamos de la boca de las víctimas significa que, o bien intercambiaron saliva al besarse o tuvieron sexo oral con alguien poco antes de la muerte. Por el tipo de muestra, les diré que es lo primero.

—¿Y dice que tienen dos muestras cada uno? —preguntó Leandro un tanto perplejo.

—Bueno, sí, claro. Una es la suya propia y la otra de una mujer, y lo más importante de todo…

—¿Sí? —preguntó Leandro para apremiar a la mujer, quien parecía querer darle un poco de emoción a la noticia.

—¡Ostras! ¡Son de la misma mujer! —exclamó Sara de pronto con el papel en la mano, fastidiándole así la sorpresa a la doctora. Tenía pinta de no dar buenas noticias muy a menudo.

—¿A ver? —se apresuró Leandro cogiendo los dos informes y comparándolos de inmediato—. Joder, esto es importante. Al menos sabemos que la misma mujer estuvo con los dos chicos poco antes de su muerte. No podremos acusarla de los crímenes, pero si damos con ella al menos tendrá mucho que contarnos.

—Hay que encontrarla —sentenció Sara mientras salía de la sala de autopsias tras despedirse de la doctora y darle las gracias por el hallazgo.

La mujer ya se había puesto unos guantes y se dirigía de nuevo al

cadáver que se hallaba estudiando. Leandro pensó con pena que poco antes el que había estado en aquella camilla era el joven al que hasta hacía pocos días aún esperaban encontrar con vida.

—Por lo menos ahora tenemos la confirmación de que nuestra sospechosa de las cicatrices en el antebrazo era la misma en los dos casos —dijo Sara mientras se metían en el coche. Por cierto, Leandro, ¿has encontrado algo en los hospitales?

—Uf, qué va, es casi imposible. He comprobado el listado de dos años nada más y encima, como la seguridad social tiene conciertos con varias clínicas privadas, muchos pacientes no han sido intervenidos directamente en los quirófanos de los hospitales públicos.

—Ya, madre mía, seguir por ahí va a ser imposible sin un golpe de suerte.

Leandro no pudo estar más de acuerdo. Con algo más de energía se dirigieron al despacho para actualizar los datos que tenían. Antes de entrar en el coche, Leandro miró su teléfono y una angustia que le revolvió por dentro se apoderó de él en un segundo: tenía una llamada perdida de su esposa.

CAPÍTULO 19. HERMANOS

Una hora después de volver a Gijón, Sara y Mar miraban el panel en el despacho de Leandro. Decididamente, tenían mucho más que cuando habían empezado, aunque no era suficiente. Leandro se quedó fuera intentando hablar con su mujer, aún no había podido. Cuando volvió al despacho su cara reflejaba el abatimiento. O no había conseguido dar con ella o seguían sin resolver sus diferencias. Él no dijo nada, así que Sara tampoco preguntó. Miró el mural durante varios minutos, hasta que Mar los interrumpió.

—A ver, tenemos un ADN femenino en los cuerpos de los dos jóvenes encontrados en el parque y un ADN masculino encontrado en los dos cuerpos de las chicas adolescentes. Habrá que esperar aún a ver si en el cuerpo de Lucas se halla el mismo ADN, aunque tardaremos un poco. Hasta entonces habrá que seguir observando. Qué pena que los dos cadáveres del Parque Fluvial no contengan un ADN masculino y fueran el mismo, ¿verdad?

La pregunta no esperaba respuesta. Cuando un caso permanecía así, estancado, se hacían preguntas como aquélla intentando buscar algo que les diera la clave. Lo hacían todos los policías. Mar cogió las hojas con los ADN de cada uno y los puso encima de la mesa. Dos por un lado y dos por otro.

—Espera, Mar, esto está mal —comentó Leandro a la vez que cogía uno de los folios donde se mostraba impreso el gráfico de un ADN. Mira, este es el que corresponde al encontrado en el cadáver de Raúl, el primer cuerpo del parque, no en el cuerpo de María.

—Perdona, es que son tan parecidos...

—Bueno, no lo serán tanto —la corrigió Sara—, uno es de hombre y otro de mujer.

—Pues me han parecido casi idénticos —confesó ella.

—¡Es que son casi idénticos !—añadió Leandro con sorpresa.

—¿Cómo van a serlo? A ver… —le pidió su jefa.

Sara miró aquellos folios. Cuanto más miraba menos entendía. Le pidió a Leandro que le pasara el teléfono de la forense, aquello no tenía mucha lógica.

—¿Doctora Vega? —preguntó Sara al notar que alguien cogía el teléfono.

—Sí, soy yo —respondió la mujer con el mismo tono lánguido de siempre.

—Soy la inspectora Sara Benítez.

—¿Ha ocurrido algo? Estoy con el manos libres. ¿Necesita que lo desconecte?

—¿Quién está con usted? —preguntó la inspectora.

—Mi ayudante, el doctor Nogales.

—Entonces no hace falta —respondió ella—. Verá, tenemos aquí delante los gráficos con el ADN que nos facilitó esta mañana. Corresponden a una mujer.

—Exacto, a la misma mujer, concretamente.

—Sí, verá… por error los hemos mezclado con otros dos gráficos de un varón. Se trata de ADN encontrado en los cuerpos de las adolescentes asesinadas este mes en Gijón.

¿Sabe de lo que le hablo?

—Sí, claro, pero ese caso no lo llevo yo. Tengo una hija de esa edad y pedí que se lo asignaran a otra persona —respondió la forense. Sara estuvo de acuerdo en lo acertado de aquella decisión.

—Lo sé, lo sé… lo lleva el doctor Naveira. Lo que le quería preguntar es si el gráfico puede ser incorrecto —dijo Sara mientras, de manera inconsciente, cruzaba los dedos para que le contestara lo que ella quería oír y para que la forense no se molestara por la desconfianza.

—Bueno, es bastante improbable, aunque imposible no hay nada. ¿Qué le hace pensar eso?

—Es que los hemos mezclado porque son casi idénticos —le explicó la inspectora.

—Madre mía, eso es casi imposible. Tendría que verlos.

—¿Se los envío por fax?

—No, no hace falta. Abriré los expedientes, deme un minuto que el doctor Nogales lo está comprobando. Lo que usted dice sería casi imposible a no ser que fueran hermanos.

—¿Hermanos? —se extrañó Sara.

—Sí, hermanos, me refiero a los donantes del ADN. Aquí los tengo… veamos.

Durante unos segundos Sara contuvo la respiración. Leandro y Mar no le quitaban ojo, parecía que el pequeño despiste de la subinspectora Vargas iba a ser determinante.

—¿Inspectora? —preguntó la voz de la forense bastante entusiasmada.

—Sí, aquí sigo.

—¡Tenía usted razón! Son dos donantes y son hermanos, y, además, con muchas similitudes genéticas. Un varón y una hembra.

—No me lo puedo creer. Muchas gracias, nos ha sido de mucha ayuda —la alabó Sara antes de colgar.

—Chicos, los donantes de ADN son hermanos, y bastante similares genéticamente, además.

—¿Chico y chica? O sea, mellizos —dijo Leandro.

—Sí, bueno, chico y chica, pero lo de que sean mellizos o no, no lo podemos demostrar —le corrigió ella.

—Entonces —prosiguió Mar— buscamos a dos hermanos, hombre y mujer, que, aunque no sabemos si están implicados en la muerte de cuatro personas por ahora, al menos los vieron vivos poco antes de su muerte.

—Los vieron e interactuaron con ellos, algo es algo. Ahora hay que buscar a una pareja de hermanos —dijo Sara—. Ojalá lo que encuentren en el cadáver de Lucas se pueda cotejar con lo que tenemos hasta ahora.

—Sí, ojalá —coincidió Leandro a la vez que volvía a mirar el móvil, evidentemente, sin resultados.

—¿Sabéis si las víctimas del instituto tenían algún tipo de relación? —preguntó de repente Sara.

—No hemos encontrado ninguna —respondió Mar—. La única coincidencia entre las dos chicas es que eran jóvenes algo marginadas, la primera por el físico, estaba bastante gordita, y la segunda porque era la típica empollona, según las palabras de sus propios compañeros.

—Veo que hay cosas que no cambian nunca —respondió Sara.

—No, y más con el tema del acoso tan de actualidad —dijo Leandro; parecía ausente, pero no lo estaba en absoluto.

—Eso es lo que ha intentado hacernos creer el culpable al simular los suicidios, se ha amparado en que eran posibles víctimas de acoso, para que no fuera tan extraño que decidieran quitarse la vida —comentó la subinspectora Vargas.

—O los culpables —añadió Leandro.

— Tienes razón, hay más de un ADN.

—Eso no quiere decir que sean los que han cometido los asesinatos, por ahora son solo sospechosos —le explicó el inspector—, aunque espero que coincidan.

—Yo también, porque al menos tendríamos algo —zanjó ella.

—Chicos… creo que toca ir a cenar, se nos hace tarde. Mar… ¿tienes planes? —

preguntó Sara.

—Eh… no, la verdad.

—Yo estoy bastante cansado —dijo entonces Leandro justo después de comprobar nuevamente su móvil.

—Ya descansarás luego… te vienes —le obligó Sara.

A Leandro realmente no le apetecía nada, pero no se atrevió a contradecir a su jefa; la conocía demasiado y sabía que quedarse solo en ese momento no le haría ningún bien.

Por eso le obligaba a ir. Es más, sabía que se quedaba a cenar con ellos precisamente por él, porque Sara no era de las que hacían esas cosas normalmente.

Cogieron las chaquetas y salieron a la fría noche de otoño. Se acercaba el invierno a toda velocidad y las calles parecían esperarlo ansiosas. Comenzaba a helar, los coches aparecían cubiertos con una pequeña capa de hielo que se fundía nada más encenderlos. Leandro puso la calefacción al suyo, y tanto Mar como Sara se lo agradecieron. Se dirigieron a un restaurante cerca de la playa donde Leandro había cenado varias veces con su mujer. El inspector Gómez había aparcado justo al principio de la calle, pese a que el restaurante estaba en la otra punta. Sara pensó que lo hacía por problemas de aparcamiento, enseguida pudo comprobar que había varios huecos vacíos; en realidad, bastantes. Al mirar a Leandro, quien parecía absorber la energía directamente de cada embestida del mar, comprendió por qué les hacía ir caminando hasta allí, pese a que el tiempo no acompañaba.

Sara observó las escaleras del paseo según iban avanzaban. Había oído a menudo a su amiga Carmen quedando con gente en una u otra escalera, en lugar de en un bar o un restaurante, y no comprendía del todo cómo les resultaba fácil encontrarse así.

Ahora le parecía de lo más natural. Al otro lado de la calle, los comercios aparecían cerrados y con las luces de los escaparates encendidas desafiando las miradas de los pocos transeúntes que se atrevían con aquella desapacible noche.

Leandro vio por el rabillo del ojo cómo Sara trasteaba con el móvil. ¿Qué estaría tramando? Al llegar al local donde pensaban cenar, su curiosidad se vio satisfecha al ver en la puerta a su hermano Mateo. Tenía peor cara incluso que él, pero Sara no iba a dejar que esa noche se sintieran solos ni uno ni otro. Leandro le dio un codazo a Sara al ver la sonrisa tonta que tenían la subinspectora Vargas y su hermano desde que se habían visto en la puerta. Quizá saliera algo bueno de aquel maldito caso. Una cosa tenía segura: con el metro ochenta y ocho centímetros que medía su hermano y el par de centímetros que le sacaba la subinspectora, los sobrinos que tuviera le alcanzarían antes de cumplir los siete años.

CAPÍTULO 20. MALAS NOTICIAS

Rebeca leía tranquilamente en su cuarto. Llevaba desde el día anterior sin noticias de Lucas. A última hora de la tarde le había enviado un mensaje con un simple: "Luego nos vemos, nena", pero no se había conectado por la noche y ella había esperado y esperado hasta que se había quedado dormida encima de la cama y con el libro en la mano. A eso de las dos de la madrugada el libro se cayó al suelo y el ruido la despertó.

Miró la pantalla y comprobó, con una punzada de dolor, que no tenía ningún mensaje, así que cerró el ordenador, se puso el pijama y se acostó mientras las lágrimas le caían sin que pudiera pararlas.

Aquella mañana no había clase y se levantó sobre las nueve. No se había acordado de apagar el despertador, que había sonado furioso a las siete y cuarto, como todos los días, y desde esa hora no había podido conciliar el sueño. Finalmente se levantó y, tras sentirse estúpida y patética por comprobar su ordenador una vez más y ver que seguía sin noticias, se vistió y bajó a desayunar.

Se tomó un zumo y media tostada y enseguida volvió a la seguridad de su cuarto. Si antes salía poco de su habitación, con su tío por allí lo haría todavía menos. Mientras leía, su móvil comenzó a sonar; era Yago.

—Hola —le dijo lo más alegre que pudo.

—Beca… ¿qué tal estás?

—Bien, ¿por qué lo dices?

—¿No te has enterado?

Rebeca no entendía nada. Como no había leído las noticias, ni había mirado el ordenador más y el móvil casi lo acababa de encender…

—No sé de qué me hablas —le confesó.

—Rebeca… —ella sintió que algo horrible estaba a punto de ocurrir, porque Yago no la llamaba Rebeca jamás—, ayer ocurrió algo muy grave.

—Joder, Yago, dime lo que sea ya, no me hagas esto.

—Ayer encontraron a otro alumno muerto en nuestro instituto. ¿No te lo ha dicho tu tío?

—No, no me ha dicho nada. ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque fue en la sala de la segunda planta donde a veces habla con nosotros, ya sabes… Y él estuvo allí hablando con la policía.

—Para ser justos, tampoco he hecho mucho por cruzarme con él —confesó la chica.

—Era Lucas, Beca.

—¡¿Cómo?! ¡No puede ser! —gritó. De repente, se sintió como si fuera la peor persona del mundo. Había pensado que era un cerdo, le había insultado, había intentado odiarlo… y todo porque la noche anterior no se había conectado. Y ahora resulta que no había podido hablar con ella porque estaba muerto—. ¿Lo… lo han matado? —

murmuró con un hilo de voz.

—Dicen que lo envenenaron. No sé nada más. Lo siento, Beca, de verdad, lo siento mucho.

—No puedo seguir hablando, Yago, gracias.

Rebeca pulsó el botón de colgar. Sintió una presión en el pecho que la obligó a tumbarse en la cama. Cuando se recuperó un poco, comenzó a tirar por la habitación todo lo que encontró a su paso, incluido el ordenador, que quedó maltrecho en un rincón. Su madre subió a toda velocidad alertada por el ruido y se encontró a su hija enloquecida, gritando y destrozando todo. Intentó calmarla, pero ella se giró y la

escupió. Elisa bajó las escaleras llorando mientras llamaba a su hermano, quien subió corriendo tras ella para intentar calmar a la joven. Rebeca no escuchaba a nadie; de hecho, ni siquiera oía nada que no fueran sus propios gritos. En un momento en que paró en medio de la habitación gritando sin parar, su tío le propinó una sonora bofetada que la dejó completamente perpleja. Elisa se quedó paralizada, ella jamás habría pegado

a su hija, la joven entonces comenzó a llorar, esta vez más calmada e, incluso, dejó que su madre se acercara a ella.

—¿Qué ha pasado, hija? ¿Qué te ocurre? ¿Quieres que llame a un médico?

Ella negó con la cabeza sin parar de sollozar. Cuando por fin recuperó algo de control señaló a su tío y le dijo:

—¿Has sido tú? Dime que no has sido tú, porque si algún día me entero de que lo has hecho te mataré con mis propias manos.

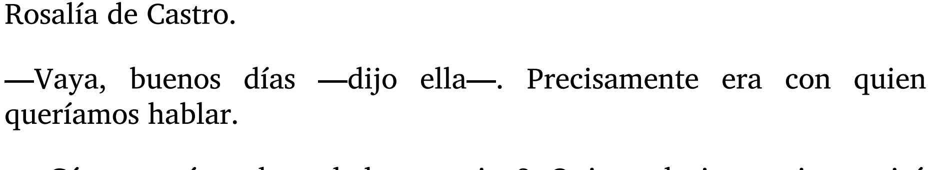
Elisa no podía creerse lo que acababa de contemplar. Su hija de catorce años amenazando con matar a su tío por algo. Alberto permaneció petrificado cerca de la puerta. Contestó con monosílabos a su hermana, quien le interrogaba sin parar.

—¡Joder, Elisa! ¡Y yo qué sé qué le ocurre a tu hija! ¡Que está tan loca como su madre, eso le ocurre!

Elisa se quedó callada de pronto. No podía creer que su hermano le acabara de decir aquello. Era cierto que siempre había tenido problemas, pero precisamente su hermano era el único que había confiado en ella. Volvió hacia su hija, quien miraba a su tío sin comprender. Y a su madre, quien le parecía más patética que nunca. Los tres permanecían en la misma habitación sin poder ni siquiera mirarse unos a otros; Rebeca no paraba de llorar.

En aquel momento, el timbre de la puerta sonó. El primero en reaccionar fue Alberto, quien bajó las escaleras seguido de su hermana melliza. Rebeca aprovechó para dar un portazo y atrancar la puerta por dentro. No quería ver a su madre y a su tío en lo que quedaba de día. En realidad, en lo que quedaba de existencia, pero eso requería algo más de esfuerzo.

Alberto abrió sin preguntar y se arrepintió de inmediato. Sara Benítez estaba al otro lado de la puerta enseñando la placa y con el otro inspector a su lado. El que parecía conocer al director del instituto



Rosalía de Castro.

—Vaya, buenos días —dijo ella—. Precisamente era con quien queríamos hablar.

—¿Cómo… cómo han dado conmigo? Quiero decir… —improvisó para no parecer todavía más sospechoso— que no me han llamado por teléfono ni nada, ¿no? Lo llevo encima todo el día —les explicó sacándolo del bolsillo para comprobarlo—. Me hubiera acercado a la comisaría si lo hubieran necesitado.

—No importa, es nuestro trabajo —dijo Leandro sin dejar de mirarle a los ojos; aquel hombre no le daba muy buena espina.

—¿Podemos pasar? —preguntó Sara.

—Eh… claro, por supuesto.

—¿Quién es? —dijo una voz a su espalda.

Alberto maldijo en voz baja: de saber que la policía le encontraría precisamente allí, en casa de su hermana, la habría obligado a esconderse.

—Buenos días —se adelantó Sara—, soy la inspectora Benítez, necesitamos hablar con su esposo.

—Él no es… no es mi esposo, es mi hermano.

El corazón de Leandro se aceleró de golpe. ¿Hermanos? ¿Como los que estaban buscando? No podían tener tanta suerte… ¿O sí? Sara le leyó el pensamiento, porque entonces le pidió a Elisa que estuviera presente mientras le hacían unas preguntas a su hermano. Si por algo era su jefa, qué lista…

—Queríamos tomarle declaración por lo de ayer. Me temo que no hicimos todas las preguntas que eran necesarias. ¿Tiene usted algo que objetar? —le preguntó la inspectora sin dejar de mirarle a los ojos; sabía que aquel hombre ocultaba algo y no se iría de allí sin saberlo.

—Eh… no, no, por supuesto, lo que necesiten —respondió él—. De verdad, no tengo ningún problema en ir con ustedes a comisaría si lo prefieren.

—No creo que sea necesario —añadió Leandro—. No está detenido.

—Claro, claro —dijo él bastante nervioso.

—Bien… Alberto… cuéntenos qué hacía allí ayer por la tarde.

Elisa lo miraba con atención. La policía en su casa para hablar con Alberto sobre algo ocurrido el día antes. Su hija con un ataque de histeria acusándolo de haber matado a alguien. Desde luego que se quedaría allí mientras le tomaban declaración.

—Ayer tuve que terminar unos informes para entregar en el Principado —respondió él—. Tengo dos alumnos un tanto problemáticos que necesitan ayuda profesional.

—¿Y de la ayuda no se encarga usted?

—No, no, yo soy pedagogo. Yo puedo orientarles cuando tienen algún problema o conflicto y les puedo dar las armas para que luchen contra ellos. Pero si un alumno necesita ayuda de otro tipo: psicólogos, psiquiatras, asistente social… yo lo que hago es de mediador para conseguirlo.

—De acuerdo —siguió la inspectora—, y dice que ayer tenía que terminar unos informes allí. ¿Tiene que acudir al centro fuera de horario?

—Bueno, a veces, sí.

—Según el director, usted tiene llave propia —intervino Leandro.

—Sí. Hay alumnos en el horario de tarde que también necesitan ayuda. No iba a estar cada vez que voy pidiendo la llave.

—Ya veo —respondió Sara.

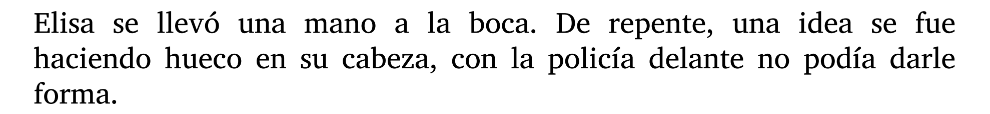
Un golpe sonó en el piso de arriba y Sara se levantó echando la mano al cinturón donde tenía el arma. Leandro la imitó.

—Es mi hija —les explicó Elisa—, está un tanto alterada, aún no sé el motivo.

—Es por la muerte de Lucas —le explicó su hermano rápidamente, sobre todo para que se callara; era capaz de echar todo a perder en una sola frase.

—¿Quién es Lucas? —preguntó Elisa con extrañeza.

—Un alumno del instituto. Ayer lo encontré muerto en una de las salas de lectura.


Elisa se llevó una mano a la boca. De repente, una idea se fue haciendo hueco en su cabeza, con la policía delante no podía darle forma.

—¿Era compañero de Rebeca? —preguntó ella entonces.

—¿Quién es Rebeca? —intervino Sara.

—Mi hija —respondió Elisa a toda velocidad.

—No, era de cuarto —respondió Alberto deprisa—. O eso creo.

—¿Y de qué le conocía la niña? —le interrogó su hermana. Los dos policías permanecían atentos a la conversación entre los dos hermanos. Parecía que habían llegado en mal momento.

—No tengo ni idea, Elisa —le respondió él.

—¿Seguro? —preguntó ella irritada e intentando mantener el control.

—Claro que estoy seguro —dijo él empezando a perder la paciencia. Se obligó a contar hasta diez antes de ponerse a gritar como un loco. La policía se lo habría llevado sin dudarlo.

—Alberto —decidió interrumpirles Sara, las riñas entre hermanos no la atraían en absoluto—, ¿comprobó el pulso del joven?

—Déjeme que recuerde… cuando llegué vi que la puerta de la sala no estaba cerrada con llave y, aunque no suele ser lo normal, no le di mucha importancia. Después, al ver al chico en el suelo, me acerqué corriendo y comprobé su pulso en el cuello. Vi que no respiraba, no tenía pulso y los ojos estaban vidriosos. Me pareció que estaba muerto y llamé a los servicios de emergencias.

—¿Hizo algo más? —le preguntó Sara.

—Eh… no… creo que no… la verdad es que pasó todo en décimas de segundo y no recuerdo haber hecho nada más que lo que les acabo de contar.

—Creo que no necesitamos más por ahora, Alberto, pero permanezca localizable.

Hemos ido a su casa y no estaba allí, menos mal que la portera de su edificio nos ha dicho dónde podíamos encontrarle, que si no…

“Joder, maldita bruja —pensó Alberto—. Si no estuviera seguro de

que ahora me van a vigilar de cerca, la quitaba del medio hoy mismo”.

—No se preocupe, ahora ya sabe dónde estaré.

—De acuerdo. Y… vayan a ver cómo está la chica. Si conocía al joven debe estar pasándolo mal —añadió Leandro a la vez que señalaba la escalera.

—Una última pregunta antes de irnos —dijo Sara ya en la puerta—. ¿Tuvo que aconsejar a Lucas por algún motivo alguna vez?

—Eh… no sé si debo contestar a eso, los expedientes son confidenciales.

—Está bien, no le preguntaré el motivo, díganos si le sirvió de orientador alguna vez o no.

—Sí —respondió él tras pensárselo unos segundos. Si se mostraba colaborador era posible que le dejaran en paz, al menos lo suficiente como para que buscara la manera de librarse de aquello.

Leandro y Sara salieron de allí con la sensación de que volverían a verse con aquel hombre más de una vez. Cuando estaban a punto de subir al coche, Leandro volvió a la casa alegando que se había dejado la chaqueta. Sara había visto cómo su compañero la había cogido cuando se despedían, estaba segura. ¿Por qué al llegar al coche no la llevaba? La mujer le hizo esperar en la puerta y entró a por ella. Cuando le daba la chaqueta Leandro se fijó en sus brazos, que asomaban tímidos por debajo de la camiseta, y, de inmediato, miró triunfal a Sara. Entró en el coche y cerró la puerta.

Después miró a su compañera y antes de arrancar le dio el teléfono.

—Sara llama al comisario y dile que necesitamos una orden.

—¿Basándonos en qué? —preguntó ella.

—Le he visto las cicatrices del brazo izquierdo.

Sin contestar, Sara marcó el teléfono y esperó. Por fin tenían una pista que seguir. En cuanto colgó, el teléfono volvió a sonar: era la subinspectora Vargas.

—¿Sara?

—Sí, Mar, dime.

—No te lo vas a creer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Sara con un hilo de voz.

—Han encontrado restos de piel bajo las uñas del chico que apareció muerto ayer. Y

el ADN coincide con las dos muestras masculinas que teníamos.

—¿Sabemos a quién pertenecen? Necesitamos que nos confirmen el nombre.

—No me han dado nada más. Le habían dado prioridad a esta muestra —le explicó ella.

—Mételes prisa, Mar, diles que además necesitamos que lo comparen con la muestra que les enviamos ayer de Alberto Arévalo, el orientador pedagógico. Si coincide, tenemos un sospechoso en toda regla.

—Claro, os veo en un rato —se despidió ella.

—Por cierto, si puedes necesito también que me consigas el historial médico de Elisa Arévalo.

—¿Hermanos?

—Sí, son hermanos. Acabamos de verlos, a los dos. La mujer tiene cicatrices en el antebrazo izquierdo y coincide con la descripción que tenemos.

—Joder, entonces necesitaremos una orden, ¿no? —preguntó la subinspectora.

—Sí, ya me encargo yo de eso. Tú consigue que comprueben la posible coincidencia de la muestra de Alberto Arévalo con el ADN masculino que tenemos de los tres adolescentes y encuéntrame el historial de Elisa.

—Claro, jefa —respondió ella justo antes de colgar.

Desde luego, su nueva jefa mandaba mucho, pero mandaba bien. No le faltaba al respeto, le agradecía su esfuerzo siempre. Había salido ganando con el cambio. No podía evitar pensar que había sido rastrera en la manera de quitarse de en medio a Busquets. Por otro lado, sabía que lo tenía que haber hecho mucho tiempo antes.

Por primera vez en un mes, se sintió satisfecha con los resultados obtenidos y puso toda su esperanza en aquella prueba de ADN. Entonces comenzó a pedir los favores que tanta gente le debía y que nunca se había cobrado. Aquella muestra tenía que llegar cuanto antes y ella haría todo lo posible para que así fuera.

CAPÍTULO 21. CUATRO DAMAS

Leandro apagó el despertador como otras veces. Buscó a tientas a su esposa; no estaba allí. Pensó que habría dormido mal, como tantas noches en el embarazo, después recordó con pena que se había ido. Los primeros días tenía la sensación de que la mujer se había marchado en un arrebato y que no tardaría en volver. Según pasaba el tiempo, un terror que no quería admitir se había instaurado en su pecho. No quería vivir sin ella y tampoco sin ver crecer al niño que tanto tiempo habían tardado en concebir. No, definitivamente, no. En cuanto terminara este caso se iría a buscarla a casa de su hermana… Eso era lo que estaba acabando con su matrimonio: "En cuanto terminara este caso…". Su esposa tenía razón. Anteponía su trabajo a ella. Bien era verdad que no trabajaba en una oficina llena de papeles que rellenar. De él dependía muchas veces que un psicópata dejara de matar, como, por ejemplo, el año anterior, cuando Gabriel había tenido en jaque a todos, incluso a Sara. Pero si tenía que dejar Homicidios de nuevo, lo haría. Amaba su vida mucho más que su trabajo, así que así tendría que ser.

Se levantó con la convicción de que ése sería su último caso. Esa misma mañana hablaría con Sara y buscaría consejo personal y profesional. Tampoco estaría de más que llamara a su hermano. Mientras iba al baño recordó la cena de la noche pasada. Era evidente que Mar y Mateo se atraían, parecían dos niños de colegio. Sara había alegado un cansancio repentino nada más terminar de cenar y él se había ofrecido a llevarla cuanto antes en un intento de dejar a solas a los tortolitos; después llamaría a su hermano para preguntarle cómo había acabado la noche. Pensar en eso le recordó a Héctor. Su hermano Raúl había denunciado su desaparición después de que se fuera con una chica (que por lo que parecía habían encontrado por fin) y lo que parecía un inocente mensaje a la una de la madrugada alardeando de la conquista realizada había sido su último momento de vida.

Tiró de la cadena y se dirigió a la cocina a hacerse un café. Su mujer siempre dejaba la cafetera preparada por la noche para que le diese al botón antes de ir al baño y que fuera saliendo el café, él no. Se obligaba a hacerlo por la mañana y a esperar. Era una especie de castigo por haber echado a su mujer de su vida. De pronto, se vio en su cocina de Madrid, ¿cuándo había vuelto? Tampoco le importó demasiado. Se encontraba en una especie de trance que le llevaba de un lado a otro como un autómata.

Sabía lo que quería hacer, sabía lo que iba a ocurrir, pero formaba parte de su sueño.

Mientras salía el ansiado líquido negro fue al salón a por sus papeles. Antes de entrar

sintió un olor que le traía recuerdos que no quería tener y se le erizaron los pelos de la nuca; presintió que algo estaba a punto de ocurrir. Pero sus pies decidieron ignorarlo y le llevaron dentro del salón.

Miriam le esperaba en la mesa redonda que tan bien conocía, con su eterna baraja de cartas. Varias barritas de incienso provocaban aquel olor dulzón que tan bien conocía.

— *Siéntate, Leandro* —le pidió con voz lejana; él obedeció.

El cabello de Miriam parecía avivarse con el tiempo. El rojo intenso que desprendía casi hacía daño a los ojos.

— *Mira, Leandro, ¿lo ves?* —preguntaba ella mientras ponía una nueva carta en la mesa.

El inspector solo acertaba a asentir. Cuando miró la tirada de la mujer comprobó que las cuatro reinas descansaban encima de la mesa.

— *Esta tirada es increíble* —decía ella mientras sacaba otra carta—. *Todas las damas encima de la mesa y…*

—¿Y qué? —preguntaba Leandro sin reconocer siquiera su voz.

— *Y todas en peligro* —respondía ella—. *¿No lo ves? Por dos de ellas ya nada se puede hacer, pero las otras están en peligro.*

Leandro miró la tirada. Encima de las cuatro reinas, Miriam había sacado el as de bastos, el Diablo y la carta de la Muerte. Desde luego, él no tenía ni idea de lo que aquello significaba.

—¿Qué quiere decir, Miriam?

Pero ella comenzaba a difuminarse hasta no ser más que lo que realmente era: parte de un sueño.

— Busca el origen, Leandro, arranca la mala hierba de raíz, salva a los brotes nuevos….

Pocos segundos después, Leandro pareció despertar en medio del salón, totalmente desorientado y helado de frío. Estaba descalzo otra vez y, terminando como estaba el mes de noviembre, el suelo no ayudaba mucho a calentarse. Realmente comenzaba a preocuparse por aquellos momentos en los que parecía estar sonámbulo. La situación le había parecido real, tan real como cualquier sueño, pero ni siquiera era consciente de haber llegado al salón.

Se calzó unas zapatillas y se apresuró a ir a la cocina a tomar el café para entrar en calor. Él recordaba haber puesto en marcha la cafetera, aunque en la cocina de su casa de Madrid, pero desde luego había sido en sueños, porque aquella cafetera estaba tan muerta como la noche anterior. Le dio al botón y, mientras por fin conseguía que el café comenzara a salir, se vistió. Desayunó con ganas mientras buscaba en internet el significado de la carta del Diablo. El año anterior habría ido a toda prisa a casa de Miriam a por información como ésa, pero ni siquiera podía pensar ya en hacer algo así.

Todo lo que encontraba sobre aquella carta era negativo: orgullo, intolerancia, manipulación, odio, castigo corporal, tiranía, perversidad, vicios, sadismo… y si algo había aprendido el año anterior de Miriam era que no se podía mirar la carta de manera aislada, sino en el contexto con otras cartas y si había salido al derecho o al revés, antes o después… tenía todos los datos anotados mentalmente, los trasladaría a la libreta en cuanto llegara a la comisaría o se olvidaría sin remedio. Antes de salir de casa recibió un mensaje de Mar que le hizo bajar corriendo las escaleras y prescindir del ascensor.

Mientras bajaba los peldaños de dos en dos, hizo una llamada a su jefa:

—Sara, el ADN encontrado en las uñas de Lucas es de él, de Alberto. Lo tenemos.

—¡Joder! ¡Por fin! —respondió ella justo antes de colgar. No se molestó en despedirse; Leandro tampoco lo esperaba.

Sara, en lugar de llevar el desayuno a la comisaría, llevó algo mucho mejor: una orden de registro. El día acababa de comenzar y parecía que le iban a sacar partido.

Pasaron algunas horas antes de que los tres policías se presentaran, junto a un equipo de agentes, en la casa adosada donde vivía la hermana de Alberto junto con su hija. Les había costado conseguir la orden de registro ya que no era el domicilio del hombre, sino de su hermana. Tras explicarle al comisario la relación que podría haber entre los casos de los adolescentes y de los jóvenes encontrados en el parque, enseñarle las muestras de ADN de los dos hermanos y contarle lo de las cicatrices en el brazo de Elisa, el comisario Ruiz movió algunos hilos para que la orden de registro fuera extensible a los dos domicilios.

Tras pulsar varias veces el timbre, Sara pidió a uno de los agentes que utilizara las ganzúas para abrir la puerta. Entonces una voz tímida y trémula se oyó al otro lado.

—¿Quién es? —preguntó.

—Policía, abra la puerta, por favor.

—Es que… estoy sola en casa —dijo una voz algo más infantil de lo que Sara esperaba.

—Debe de ser la hija —comentó en voz baja la inspectora Benítez—. ¿Rebeca? ¿Eres Rebeca Arévalo?

—… Sí.

—¿Puedes abrir, por favor? Tenemos una orden de registro.

—Yo… no puedo abrir a nadie cuando estoy sola —respondió ella sin alzar la voz.

—A la policía sí; es más, tienes que abrir porque, si no, tendremos que forzar la puerta.

—De acuerdo —respondió ella—. ¿Me pueden enseñar la placa?

—Por supuesto —dijo Sara a la vez que ponía la placa a la altura de la mirilla para que la joven pudiera comprobarlo.

Se oyó la llave en la cerradura y una joven asustada apareció en el quicio de la puerta.

Inmediatamente se echó a un lado para que pudieran pasar.

—¡Hola! —saludó Leandro intentando captar la atención de la chica para que no se alterara demasiado al ver a la policía trajinando en su casa—. Soy el inspector Gómez, Leandro Gómez. Tú debes ser Rebeca, encantado.

—Yo… no sé, creo que deberían haber esperado a que viniera mi madre.

—No podemos esperar —le explicó él—, vamos a localizarla ahora mismo, y a tu tío también. ¿Sabes dónde están?

—Mi madre va a un club de lectura, debe de estar allí. Mi tío ni idea.

—¿Sabes el lugar de reunión del club?

—No, sé que es en una librería en el centro de Gijón, no le hago mucho caso. Si me ha dicho el nombre, no me acuerdo —les explicó la chica.

—Por el centro hay una librería donde se reúnen una vez al mes en un club de lectura. Está muy cerca del paseo de Begoña —dijo Leandro a Sara—. Lo sé porque mi mujer fue un día, después decidió que lo dejaría para cuando naciera el bebé, no recuerdo el nombre.

—No tengo ni idea de dónde dices —le contestó ella—. Ve tú a buscar a Elisa, yo me quedaré aquí. En el domicilio del tío está Mar, dice que allí no hay nadie —comentó comprobando un mensaje en su móvil.

—Bien, voy para allá —se despidió Leandro—. Sara… la chica está asustada.

—Tranquilo, lo sé.

Leandro se metió en su coche y se dirigió al centro cruzando los dedos para que se estuviera celebrando la reunión del club de lectura en aquel momento. Atravesó la avenida de la Costa a la velocidad que el intenso tráfico de aquella hora le permitía.

Pensó con una sonrisa que lo que le había parecido tráfico intenso le había llevado quince minutos, y en Madrid habría tenido que echar mano de la luz policial y ni siquiera así habría llegado aún. Consiguió dejar el coche medio tirado en una zona de descarga y se dirigió a paso ligero a su destino. La calle donde se encontraba era estrecha, de un solo carril, y una buena parte de la zona de aparcamiento se

destinaba a las motos. Anotó mentalmente que junto a la librería había una amplia tienda de disfraces; no es que fuera muy dado a disfrazarse, pero nunca estaba de más saber dónde podía conseguir un disfraz o un complemento en un momento de necesidad.

Nada más ver el letrero de la puerta, La Buena Letra, se dio una palmada en la frente: intentaba recordarlo, sin éxito, desde que se había subido al coche. Entró y comprobó con decepción que tan solo el dueño y dos o tres clientes se hallaban allí.

—Buenas tardes… —le saludó el hombre desde detrás del mostrador.

—¡Hola!… soy el inspector Leandro Gómez, de Homicidios —se presentó él haciendo que su interlocutor lo mirara con asombro—. Busco a una joven, se llama Elisa Arévalo.

Él lo observó sin entender. No tenía ni idea de quién era la tal Elisa Arévalo, aquel policía le preguntaba como si ella formara parte de su familia o algo así.

—No sé quién es —respondió él.

—¿Es usted el dueño? —preguntó Leandro mientras miraba alrededor y veía una puerta. Quizá daba paso a una pequeña trastienda donde se reunían para el club de lectura.

—Sí, sí, soy Rafa… Rafa Gutiérrez, encantado —respondió él—. No entiendo muy bien, no recuerdo a nadie con ese nombre.

—Perdone, es que con las prisas me he saltado la mitad —le explicó el inspector Gómez—. Estoy buscando a una joven que, según su hija, está en el club de lectura de una librería del centro de Gijón, no sabía más.

—Ah, ya entiendo. Pero hoy no hay club. Nos reunimos el último lunes de cada mes.

—¿Y esa puerta? —preguntó Leandro sin poder esperar.

—Ésa da a un pequeño trastero y a un baño, mire —respondió él abriendo la puerta de inmediato. Allí era imposible que se reuniera nadie.

—Vaya… ¿y sabe si en alguna de la zona podrían estar en alguna reunión de ese tipo o si hacen esa misma actividad?

—Bueno, muchas librerías lo hacen. Hoy sé que en Imperia tienen club de lectura, pero no está en el centro, está en Montevil, ¿lo conoce?

—No, la verdad. Aunque creo que dejaremos las librerías de barrio para después de comprobar las del centro.

—¿Cómo dice que se llama la chica que busca? —preguntó el joven de cara amable.

Era bastante alto, de tez morena y una cuidada barba que escondía una agradable sonrisa. Leandro pensó que ojalá todas las personas con las que hablaba normalmente se mostraran tan colaboradoras.

—Se llama Elisa Arévalo —respondió el policía.

—Elisa… Elisa… El caso es que hace mucho tiempo venía al club una chica que se llamaba así… creo… A veces mi memoria me juega malas pasadas, sobre todo con los nombres. ¿Me la puede describir?

—Sí, claro. Mide más o menos 1,65, el pelo moreno, liso, por los hombros y con flequillo, y está bastante delgada, aunque no es el típico "palillo".

—Podría ser ella, sí...— coincidió el librero.

—¿No tendrá… —comenzó a decir Leandro con la mirada un poco perdida— no tendrá unas cicatrices pequeñas en los brazos como de quemaduras o algo así?

—Exacto —respondió Rafa haciendo que al inspector se le acelerara el pulso de pronto—. Sí, es ella. Vino al club durante unos meses, después se cambió a otro club.

Me dijo que le venían mejor la hora y el sitio. Es una chica tímida y retraída, intervenía poco.

—¿Y no le diría a qué club se cambiaba?

—No lo recuerdo, la verdad, pero sé que era en una librería fuera del centro, eso seguro, porque una de las cosas que más le agobiaban a Elisa era el tema del aparcamiento, creo que vive a las afueras. Yo que usted probaría en Imperia, la que le dije antes, ya que hoy tienen club.

—Sí, voy para allá entonces. ¿Tiene la dirección?

—Eh… sí… sé que es en el barrio de Montevil, pero no recuerdo la dirección. Espere, que lo miro en internet.

—No hace falta, no se moleste. Ahora pongo el navegador del coche

—le explicó él.

Antes de irse le preguntó por un libro que estaba buscando su mujer. Por un momento pensó que no era el momento de ponerse a comprar libros y menos sin saber si Ana no se lo haría tragar, aun así, se sintió en la necesidad de hacerlo. Después, puso rumbo l barrio de Montevil y cruzó los dedos para que Elisa se encontrara allí. Enfiló la avenida de la Constitución y admiró las grandes farolas que la custodiaban a los lados.

Había pasado un par de veces por allí con su mujer y los dos habían hablado de ellas, de lo grandes y extrañas que les parecían. A Ana, de hecho, le resultaban monstruosas y

no le pegaban en absoluto con el resto de la ciudad. Leandro pensaba que, aunque realmente daban un aspecto desproporcionado, eran lo suficientemente llamativas como para que todo el mundo las admirara y hablara de ellas.

Cuando llegó al centro comercial se metió en el túnel para poder seguir por su izquierda. Bajó por la calle Velazquez admirando el parque tan verde que (pensó con pena) en Madrid sería impensable tener. En Gijón, y en toda Asturias en realidad, los parques rodeados por zonas verdes formaban parte de la población, en cada esquina, cada dos calles… En Madrid requerían un trabajo demasiado grande. Era cierto que tenían el Retiro, sí, la Casa de Campo, pero eran sitios estratégicos y muy cuidados. Allí había uno en cada esquina. Enseguida el navegador del coche le indicó que había llegado a su destino. Aparcó lo más cerca que pudo y buscó el lugar. En medio de una plazoleta, le llamó la atención un escaparate. Se acercó y comprobó, con alegría, que se trataba de la librería que buscaba, al ir a abrir la puerta, se la encontró cerrada con llave.

Dentro, varias personas permanecían sentadas alrededor de una mesa sobre la que había varios libros, cuadernos y lápices. En el centro, un bizcocho casero que le recordó a Leandro la cantidad de tiempo que llevaba sin ingerir ni un triste café.

Una chica morena se levantó a toda velocidad para decirle a Leandro que estaba cerrado, él le enseñó la placa a través del cristal y ella se apresuró a abrir.

—Buenas tardes, soy el inspector Gómez, estoy buscando a una persona —dijo mientras miraba hacia la mesa. En cuanto Leandro enseñó la placa, la actividad dentro del local cesó.

—Pase —le pidió ella—. Soy Ana, la dueña de la librería, y esta —añadió señalando a una mujer de pelo corto y más claro— es mi socia, se llama Marje.

—¿Perdón? —preguntó él, no había entendido el nombre.

—Marje, como suena —le dijo ella sonriendo abiertamente. Tenía unos ojos verdes que parecían iluminar la sala. Claro que la socia no se quedaba atrás.

—¿Es imprescindible tener unos ojos así para trabajar aquí? —preguntó él haciendo que el ambiente se relajara un poco.

—¡Ja, ja, ja! —se rió Ana—. Sí fuera así, a usted no le habría hecho falta enseñar la placa.

Leandro sonrió. Efectivamente, él tenía unos ojos azules muy parecidos a los de ella.

Pensó que era una pena que el trabajo le dejara tan poco tiempo libre, porque ir a un grupo de lectura sería una actividad de lo más atrayente, y más con lo que a él le gustaba leer. De repente pensó, con pena, que quizá más adelante tendría tiempo de sobra para acudir a ese grupo o a los que le diera la gana, si su mujer se decidía a no volver, claro. Allí el ambiente parecía distendido, alegre y familiar.

—¿Quiere un poco? —preguntó una mujer de pelo corto y gafas ofreciéndole el plato con el bizcocho.

—No, no, muchas gracias, la verdad es que tengo un poco de prisa. Estoy buscando a una mujer que, supuestamente, está a esta hora en un grupo de lectura de Gijón, pero ni siquiera estoy seguro de que sea en este. Y por aquí, desde luego, no la veo. Se llama Elisa Arévalo…

—¿Elisa? —preguntó Marje con los ojos como platos—. ¿Para qué la busca? Perdone, supongo que no lo podrá decir.

—Bueno, quiero hablar con ella, nada más.

—Vino antes, pero se fue enseguida —comentó una chica de pelo largo mientras dejaba un libro que tenía en la mano—. Nos dijo que no se encontraba bien.

—¿Suele venir aquí siempre? —preguntó él.

—¿Al club? Sí, sí —respondió Ana—. Lleva al menos un año.

—¿Y les comentó adónde iba? —siguió indagando Leandro.

—Nos dijo que se iba a casa directamente a la cama, ¿no, chicas? —preguntó otra mujer de mediana edad que permanecía al otro lado de la mesa.

—¿Estaba enferma?

—Bueno, la verdad es que recibió varios mensajes y después empezó a sudar y a sentirse mal. Tenía mala cara —le contestó una chica joven con el pelo recogido hacia atrás.

—Muchas gracias, entonces iré para allá —les respondió él sin desvelar nada más—.

Sabía perfectamente que eso no era cierto, puesto que en su casa estaba Sara y le habría avisado si hubiera vuelto. Por si acaso, en cuanto saliera de allí la llamaría.

—Bueno, nada más, una pena, necesitaba hablar con ella. Muchas gracias por su colaboración —se despidió él.

—Coja un poco, por favor —insistió otra chica de aspecto alegre mientras levantaba el plato y se lo acercaba.

—De acuerdo, gracias… Humm, esto está muy bueno; sí, señor, muy bueno.

—Nos reunimos el primer viernes de cada mes, por si se decide a apuntarse. La verdad es que nos vendría bien tener un punto de vista profesional para determinadas novelas —añadió Marje mientras se volvía a sentar para seguir con lo que hacía antes de que él los interrumpiera.

—Espere —le pidió Ana—, tome nuestra tarjeta por si necesita algo más.

—Vaya, por un momento había olvidado que soy policía. Aquí tienen la mía por si Elisa contacta con ustedes… es importante.

Leandro volvió al coche y, antes de ponerlo en marcha, se abrochó el cinturón y llamó a su jefa, después vería qué hacer.

—Sara… he encontrado el grupo de lectura al que va Elisa, ella no está aquí.

—¿Era en la librería del centro?

—No, no, qué va. Estoy en el barrio de Montevil, en la librería Imperia, luego te cuento. Aquí me han dicho que Elisa estuvo en el club, pero les comentó que se encontraba mal tras recibir varios mensajes y que se marchaba a casa.

—Qué interesante… por aquí no ha aparecido. Ni su hermanito tampoco —respondió ella—. Vente para acá, que aún nos queda un rato. ¡Ah! Y si puedes pasa por la comisaría que creo que ya nos ha llegado el historial médico de Elisa.

—De acuerdo, voy para allá.

Leandro volvió a conectar el navegador. No tenía ni idea de cómo llegar a la casa de Elisa desde allí y menos de ir a la comisaría, aunque según pudo comprobar era bastante sencillo y, al mirar el mapa, le sorprendió ver lo cerca que vivía de la zona donde habían encontrado los cadáveres de Héctor y Raúl. A esas alturas, no le cabía la menor duda de que tanto su hermano como ella estaban metidos hasta el cuello en las cinco muertes, las de los dos jóvenes del parque y las de los tres adolescentes. Había que encontrar la forma de demostrarlo. Sin otra idea en la cabeza se metió de lleno en el tráfico mientras seguía al pie de la letra las indicaciones del navegador. Veinte minutos después, y con el historial de Elisa bajo el brazo, buscaba junto a su jefa en el sótano de la casa de Elisa. Rebeca no se movía de su habitación y Sara la había oído llorar varias veces desde entonces.

Poco antes de las ocho de la tarde, y con los tres inspectores en la casa, Elisa entró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué… qué ocurre aquí? —preguntó ella.

—La estamos esperando —respondió Sara—. Elisa, tenemos una orden de registro para todas las viviendas que tengan que ver con usted y con su hermano.

—¡Dios mío! ¿Es por Alberto? —preguntó de manera inocente.

—Por Alberto y por usted —le contestó Leandro.

—Yo no conocía a ese chico —respondió la mujer.

Sara tuvo la repentina sensación de que había ensayado lo que había que decir. Se apostaba otro dedo a que había pasado la tarde con su hermano repasando lo que tenía que contestar a cada pregunta de la policía.

—¿Dónde está su hermano? —preguntó Sara.

—No tengo ni idea. Yo no soy su niñera —dijo algo molesta; Sara decidió no añadir nada. Vigilaría cada uno de sus gestos y movimientos, eso sí.

—Aún no ha preguntado por su hija —la provocó Leandro.

—¡Rebeca! ¡Dios mío! ¿Está bien?

—Está en su habitación —le dijo Sara con dureza—. Voy a ver cómo van los de la Científica.

Elisa subió a ver a su hija a toda velocidad. Se la encontró tumbada en la cama totalmente dormida. A juzgar por el estado de su almohada se había dormido llorando.

Cerró la puerta despacio y bajó las escaleras. Varios técnicos se arremolinaban en el salón de su casa. Todos los pomos de las puertas tenían un polvo negro, del que intentaban obtener huellas. Ella pidió permiso para sentarse en el sofá, Sara la avisó de que tenían unas cuantas preguntas que hacerle. En aquel momento sonó su teléfono móvil.

—Al habla Sara Benítez —respondió.

—Soy el doctor Naveira. Aunque les he enviado los resultados de tóxicos a la comisaría por fax, quería comentárselos, creo que son importantes.

—¿Qué han encontrado?

—Los cadáveres de los tres adolescentes presentaban altos niveles de escopolamina.

—¿Está seguro?

—Sí, claro. ¿Van a venir por aquí?

—Eh… hoy va a ser imposible, aún estamos en un registro.

—Ya… bueno, de todos modos, yo estaré de guardia hoy, así que, si quieren venir, hasta mañana a las diez de la mañana estaré trabajando. Si no, tendrán que dejarlo para el lunes.

—Entonces me paso yo en cuanto pueda —le prometió Sara antes de colgar el teléfono y enfrentarse de nuevo a la mujer.

Leandro le acababa de traer un vaso de agua. Aquella chica producía ternura en algunas ocasiones, Sara estaba un poco cansada de aquella actitud, no estaba muy segura de cuánto tenía de auténtica.

—Bien, Elisa, siéntese y comience a hablar. Lo siento, pero se me acaba de terminar la paciencia.

—No sé qué quiere que le cuente, de verdad, yo no conocía a ese chico —se disculpó ella.

Leandro se dio cuenta de que la llamada que Sara acababa de recibir había sido determinante para cambiar de actitud, y cuando su jefa se comportaba así era porque una teoría se había forjado en su mente y debía colocar las piezas que había encontrado, así que se sentó a su lado e intentó seguirle el ritmo.

—Elisa —volvió a hablar Sara—, sabe perfectamente que no le estoy hablando de Lucas, sino de Héctor y Rubén.

—No sé…

—¡Ya está bien! —gritó la inspectora haciendo que todos los presentes se giraran hacia ella—. Agente —dijo dirigiéndose a un hombre vestido con uniforme—, detenga a esta mujer y léale sus derechos.

—Pero… —protestaba ella.

—Sara —le pedía explicaciones su compañero.

—Es sospechosa de la muerte de Rubén Álvarez y Héctor Areces —terminó de decir contestando a todos de una vez—. Quizás una noche en el calabozo le refresque la memoria.

—¿Y Rebeca? —preguntó ella llorando.

—Si no tiene con quién dejarla, le buscaremos un sitio…

—No, no, puede ir a casa de su amiga, algunas veces duermen juntas. ¿Me deja que la avise?

—Sí, pero llámela delante de mí.

—Por supuesto —respondió ella. De repente, se dio cuenta de que no tenía escapatoria.

CAPÍTULO 22. SOSPECHOSA

Sara se sentó frente a Elisa en la sala de interrogatorios. Le recomendó encarecidamente que llamara a un abogado, a lo que ella se negó, solo quería hablar con su hermano, seguía ilocalizable.

—Elisa… es usted sospechosa de la desaparición y muerte de dos jóvenes. Creo que debería comenzar a hablar.

En su cabeza se mezclaban la falta de recuerdos y las palabras de su hermano.

¿Rubén? ¿Quién era Rubén? Retazos de un baile con un chico en un pub cerca de la playa… era una fiesta… ¿Se había ido con él? Pero… ¿por qué no lo recordaba?

—Elisa… —la apremió la inspectora Benítez—. Hemos hallado su ADN en los cuerpos de Rubén Álvarez y Héctor Areces. Elisa…

—Está bien —respondió ella.

Había repasado junto a su hermano lo que tenía que decir más de mil veces, en su interior sabía que jamás podría hacerlo. Ella no era así, siempre supo que la pillarían y que confesaría todo… bueno… al menos todo lo que recordaba. Antes de hablar, pensó en su hija. Había sido tan duro sacarla adelante durante aquellos años… Ser madre adolescente nunca era fácil y encima sus padres jamás lo aceptaron y la echaron de casa, lo que se convirtió en una lacra que jamás se quitó de encima. La niña, además, había sido difícil desde que nació. Tras pasar casi un mes en la incubadora, se la había llevado a casa de una tía que la había acogido, aunque con reservas. En cuanto Alberto cumplió dieciocho años se fue de casa y comenzó a trabajar. Durante años vivieron los tres en un pequeño y destartalado piso sin calefacción ni ascensor, hasta que la suerte "se puso de su parte" al morir sus padres en un accidente de tráfico. El seguro les pagó una indemnización y la casa familiar pasó a ser de su propiedad, lo que les dio el margen suficiente, al menos, para estudiar unos años más y forjarse un futuro.

Elisa respiró hondo y comenzó a hablar.

—El día 31 de octubre —dijo captando de inmediato la atención de todos— me fui a casa con un joven. Se llamaba Héctor, no sé nada más de él. Creo que tenía veinticinco o veintiséis años.

—Siga… —le pidió Sara a la vez que cogía notas en un cuaderno.

—Inspectora, lo que le voy a contar le va a sonar raro, pero le juro por lo más sagrado que es lo que pasó.

Sara asintió lentamente para que la mujer siguiera hablando. Pero, de repente, Mar entró en la sala con un papel. Se lo enseñó a la inspectora Benítez y ella lo guardó en el bolsillo como si no tuviera demasiada importancia. Leandro sabía por experiencia que, si alguien te interrumpe en un interrogatorio como aquél, siempre era por algo extremadamente importante. Sara había pasado por aquello demasiadas veces como para no saber jugar sus cartas.

—Como le digo —prosiguió hablando Elisa, el 31 de octubre me fui a casa con Héctor y tomamos varias copas allí. Nos… dormimos…

—¿Mantuvieron relaciones? —preguntó ella.

—Sí —respondió Elisa frotándose las manos nerviosa.

—¿Usaron preservativos?

—Sí… —volvió a contestar ella— todas las veces —añadió sintiendo vergüenza; Sara lo anotó en la libreta—. Después nos dormimos en el sofá.

—¿Qué ocurrió entonces? —preguntó Sara.

—Cuando desperté, Héctor yacía en el suelo del salón, estaba muerto.

—Perdón… ¿quiere decir que no sabe lo que ocurrió?

—Se lo juro, inspectora. Cuando me desperté, Héctor tenía un golpe tremendo en la cabeza y estaba muerto. La sangre se había acumulado bajo su cabeza.

—¿Estaba desnudo?

—Eh… sí, ¿por qué?

—Porque cuando le hicieron la autopsia a la doctora le llamó la atención que lo vistieran *post mortem* —le explicó la inspectora.

—Bueno, yo me empeñé en vestirlo.

—Hemos encontrado pequeños restos de sangre en su casa, en el salón, concretamente junto al sofá, aún no sabemos si son de Héctor,

pero me apuesto algo a que sí —le explicó Sara mientras le enseñaba una foto del salón de su casa con el suelo lleno de un líquido que brillaba en algunas zonas—. Es evidente que el resto fue limpiado con lejía, ¿me equivoco?

—No, no se equivoca. Cuando vi lo que había ocurrido, llamé a mi hermano.

—¿A qué hora fue eso?

—Creo que sobre las tres de la madrugada. Mi hermano vino y me ayudó a limpiar todo. Yo quería llamar a la policía, él me dijo que era evidente que le había matado yo y que no aguantaría en la cárcel. Yo no recuerdo haberle hecho nada a Héctor. Soy… soy incapaz de recordar nada más.

—¿Entonces su hermano escondió el cadáver?

—Sí, no me dejó acompañarlo. Se lo llevó y al día siguiente quemó la ropa que llevábamos.

—Bien… Ahora vamos con Rubén Álvarez.

—No sé quién es, inspectora. Tengo recuerdos muy fugaces de haber bailado con un chico en una fiesta en la playa. Era julio… creo... no recuerdo más. ¿Tiene usted una foto?

—Sí, aquí tiene.

Elisa lo miró largamente. De repente, su cerebro comenzó a funcionar a toda velocidad. Recordó los bailes descalzos en la arena de la playa. Recordó haberse

marchado con él a su casa. Lo recordó muerto en el salón, pero aquél era Héctor, ¿no?

Era incapaz de pensar, comenzaba a estar mareada.

—Yo… no lo sé, inspectora… creo que sí, que lo conocí en julio… no lo recuerdo, es como si alguien lo hubiera borrado de mi memoria. ¿Qué me está pasando? —preguntó muy alterada. Realmente parecía asustada de verdad.

—Sara —interrumpió Leandro de pronto—, ¿podemos hablar fuera un momento?

—Sí… —respondió ella; realmente si Elisa estaba fingiendo, era muy

buena.

Los dos inspectores salieron y se dirigieron a la sala de detrás del espejo. Allí les esperaban el comisario Ruiz, quien se había desplazado a la comisaría para poder estar presente, y Mar Vargas.

—Señor… —comenzó Sara—. Creo que dice la verdad. Es muy probable que haya sido ella,, desde luego, pero comienzo a pensar que es posible que no recuerde nada.

—Me cuesta creerlo, inspectora.

—Verá... mientras realizábamos la detención, he recibido una llamada del doctor Naveira y me ha dicho que ha encontrado escopolamina en el cuerpo de los tres adolescentes. No he podido hablar con la doctora Vargas, ¿y si había restos de esa droga también en las otras víctimas? ¿Y si también se la dieron a ella?

—¿Qué estás pensando, Sara? —le preguntó Leandro, la conocía demasiado.

—¿Y si tenemos un único asesino? Alberto pudo drogar a todas las víctimas, incluida su hermana. Eso le daría carta blanca para hacerle creer lo que quisiera.

—¿Has leído la nota que te he pasado? —le preguntó Mar.

—Sí, claro. ¿Dónde lo encontraron?

—Cerca del Parque Fluvial. Hay un camino que da a varias fincas...

—¿Qué me he perdido? —preguntó Leandro algo molesto.

—Han encontrado el cadáver de Alberto Arévalo en su coche. Parece que puso el motor en marcha y colocó una conexión desde el tubo de escape a la ventanilla.

—¿Se ha suicidado?

—Eso parece —dijo Sara agotada—. Yo pensaba que Elisa había estado con él tras marcharse del club, parece que no ha sido así.

—Joder, qué bien —protestó él. De repente, su móvil sonó. A juzgar por lo rápidamente que salió de la habitación con una pequeña disculpa, era Ana la que llamaba. Esperaba que fueran buenas noticias.

—¿Qué propone, inspectora? —preguntó el comisario.

—Creo que deberíamos dejar que la sospechosa duerma en el calabozo esta noche y no decirle nada de su hermano por el momento. Mientras, iré a hablar con el doctor Naveira para comprobar mis sospechas sobre la escopolamina y que me explique bien los efectos que tiene. Mañana volveré a interrogar a Elisa a ver si recuerda algo más. No estaría de más que contactáramos con algún médico para que la examine.

—Me encargaré de que así sea —le prometió el comisario.

—Mar —dijo entonces Sara—, ¿algo importante en casa del orientador?

—Poca cosa, la mayoría pruebas circunstanciales —le explicó ella—. Sí hemos comprobado que usaba una talla 43 de pie y, aunque aún hay que cotejar las huellas, es muy probable que los zapatos que llevaba en el momento de la muerte coincidan con la huella que había en el váter donde encontraron a la primera adolescente, María Blanco.

—Buen trabajo, subinspectora. En el domicilio de Elisa los técnicos han hallado restos de vómito en la alfombra. Los hemos mandado analizar. ¿Han registrado el coche del hermano?

—Sí, por supuesto. En él hemos encontrado varios móviles apagados.

—Que los de la Científica los examine. Nunca encontramos el móvil de Héctor Areces, Rubén Álvarez no sabemos si lo llevaba encima, pero él sí.

—Ya se los han llevado los de la Científica. ¿Sabemos el modelo del móvil de Héctor?

Lo digo por avisarlos y que empiecen por ése.

—Lo tengo anotado en el expediente. Ahora lo compruebo.

—Bien, entonces nos vemos aquí mañana a las diez de la mañana —se despidió el comisario—, y me da igual que sea sábado, ¿me oyen?

—Yo no podré estar —se disculpó Leandro mientras entraba en la sala de nuevo—.

Lo siento, han ingresado a mi mujer, parece que el parto se ha adelantado. Me voy a Madrid en el primer vuelo que haya.

—Claro, claro, nos arreglaremos —le dijo el comisario dándole una palmada al pasar—, y que sea enhorabuena.

—¿Estás bien, Leandro? —le preguntó Sara mirándole a los ojos.

—Bueno, nervioso más bien.

—¿Te ha avisado tu cuñada?

—No, no, era Ana. Quiere que esté a su lado.

—¡Vaya! Me alegro mucho. Ésa es buena señal, ¿no? Dame un minuto que voy a dar la orden de que Elisa se quede bajo arresto y te acerco al aeropuerto.

—Tengo que ir a casa.

—Vale, te acerco a casa y después al aeropuerto; tranquilo, es que prefiero que no conduzcas.

Leandro se montó en el coche con la emoción de la incipiente paternidad. Tenía unas ganas tremendas de ver la cara de su pequeño. Empañaba aquel momento la incertidumbre de la decisión que tomara su esposa.

Tras dejar al policía rumbo a Madrid, la inspectora cogió el desvío que llevaba a Oviedo, se quería acercar a hablar con el forense sobre aquella droga, la escopolamina.

Al mirar en internet había descubierto que la usaban muchos violadores para anular la

voluntad de la víctima. Pero no había querido saber más, prefería que el forense se lo contara de primera mano.

Al llegar al Anatómico Forense, la inspectora llamó al timbre. Un guardia de seguridad le abrió la puerta y, tras preguntarle el nombre, le comunicó que el doctor Naveira la estaba esperando.

—¡Si no sabía a qué hora iba a venir! —exclamó Sara.

—Bueno, puede ser —respondió el hombre—, pero me ha pedido que la acompañe en cuanto llegue, parece que tiene algo importante que contarle.

—Entonces, vamos, que no espere más —le respondió ella.

El alegre forense canturreaba frente a un cadáver con un bisturí en una mano y algo viscoso (Sara no quiso saber de qué órgano se trataba) en la otra. De dos pequeños altavoces instalados junto al ordenador salía la canción “We will rock you”, de Queen.

Parecía que el forense intentaba pasar aquellas noches de guardia de la mejor manera posible. A Sara le fascinaba que alguien pudiera siquiera sonreír mientras hacía una autopsia, cuanto más canturrear. Su asombro fue en aumento cuando contempló que el forense daba unos pasos de baile al son de la música. Evidentemente, no se había percatado de su presencia, así que Sara salió con sigilo y volvió a entrar como si antes no hubiera estado allí.

—¡Doctor Naveira! ¿Me esperaba? —gritó para que él se percatara de su presencia.

El hombre dejó de bailar de inmediato y se dirigió al ordenador, pero antes se quitó los guantes para bajar el volumen de la música. Ella sonrió.

—Buenas noches, inspectora. Sí, sí, es que quería enseñarle algo —le contestó el hombre con entusiasmo. Sara pensó que aquel forense pedía uno de sus motes a gritos.

—Sí, bueno, yo quería también enterarme de algunas cosas.

—Mire, como le dije, en los cuerpos de los tres adolescentes se han encontrado dosis altas de escopolamina.

—La droga de las violaciones, ¿no? —preguntó ella mirando los análisis toxicológicos de las víctimas.

—Sí, veo que se ha informado.

—No mucho, he preferido preguntarle a usted.

El hombre pareció crecer de pronto diez centímetros, Sara no pretendía adularle, solo prefería que alguien le explicara las cosas antes que mirarlas en internet. Había cosas en la red que no siempre eran fiables y, además, las dudas que le fueran surgiendo las podría preguntar directamente, y en el ordenador le resultaba más complicado.

—Sí, es la droga que más se utiliza para las violaciones, porque anula la voluntad de la víctima y se convierte en “autómata” o algo así. El agresor actúa a su antojo y encima la víctima, normalmente, no

recuerda nada después.

—¿Y qué es eso tan importante que tenía que contarme? —preguntó Sara; comenzaba a sentirse cansada y estaba deseando llegar a casa.

—Verá, se me ocurrió que, como están llevando el caso de los jóvenes del parque, podría haber alguna relación, y le pedí el análisis toxicológico a la doctora Vega. Espero que no le importe.

—¡Claro que no! —exclamó Sara—. De hecho, iba yo a pedirle a usted el favor de que me lo consiguiera para no tener que esperar al lunes.

—Ah, hemos acertado entonces —respondió él satisfecho.

—Bueno, ¿y qué ha encontrado?

—La misma droga en los dos cuerpos —le dijo él—. Eso sí, en menor dosis que en los adolescentes. ¿Le ayuda eso en algo?

—En mucho más de lo que se imagina. Quería preguntarle también si han traído el cadáver de un joven: Alberto Arévalo.

—Sí, aquí lo tengo. ¿También lo investiga usted? —le preguntó el hombre algo perplejo—. En el informe preliminar dice que la posible causa de la muerte es suicidio por inhalación de monóxido de carbono…

—Sí, sí, es muy posible que se haya quitado la vida, pero… ¿le hará usted la autopsia?

—La verdad es que no creo, no me pidieron que fuera urgente y estaba ultimando otros casos que tengo atrasados. ¿Le corre prisa?

—No, la verdad es que lo único que quiero es saber si realmente se suicidó o si podría haber sido obra de otra persona.

—Por lo que veo, es la tercera víctima en el parque… —dijo el forense mirando el historial.

—En realidad, creemos que puede ser el asesino, por eso necesito saber si se quitó la vida o no cuanto antes.

—Espere, voy a ver… —le pidió él mientras se acercaba a una de las cámaras y tiraba de ella para sacar el cadáver del joven.

Sara lo miró con una mezcla de pena y rabia. Si realmente era su asesino, la había privado del placer de detenerle, pero al menos ya no

haría daño a nadie más.

—Ni siquiera parece que esté muerto —murmuró ella.

—Eso es por el monóxido de carbono, hace que el cadáver adquiera ese color rojizo.

Pero le puedo asegurar que lo está. Voy a comprobar algo… apague la luz, por favor.

Sara buscó el interruptor y apagó la luz. El ordenador destacaba al fondo de la sala y el forense puso una lámpara que alumbraba con una intensidad muy superior.

—¿Qué busca? —preguntó ella—. ¿Algún signo de violencia?

—Bueno, a simple vista no se ve ninguno, así que habrá que buscar algún pinchazo.

Envié una muestra a tóxicos, ésa sí que no llegará hasta el lunes o el martes. Pero si encontrara algo…

—No va a encontrar nada. No se preocupe, que me ha ayudado bastante. Me voy a casa, intente descansar.

—Espere, inspectora.

—¿Ha encontrado algo?

—Bueno, sí, aquí en la nuca parece que tiene unos arañazos. Son superficiales, pero…

—Podrían coincidir con los restos encontrados en Lucas, el adolescente que trajimos ayer.

—Lo tengo aquí mismo, espere, vamos a hacer una foto. Aunque estoy seguro de que la Científica ya se habrá encargado de ello.

—Bueno, cualquier cosa que me permita avanzar está bien —confesó ella.

—Bueno, no sé si coincide —dijo él al abrir una de las neveras y sacar el cuerpo del adolescente de un tirón—. Podría ser, será mejor preguntar a los de la Científica, ¿no le parece?

—Sí, creo que tiene razón —coincidió Sara—. De todos modos, me ha ayudado bastante. Muchas gracias.

—Si necesita algo más, sabe que estaré aquí toda la noche.

—Se lo agradezco mucho, hasta mañana.

Sara salió agotada. Eran casi las doce de la noche y, de repente, se dio cuenta de que ni había comido ni había cenado.

—Vaya horas —murmuró a la noche mientras se introducía de nuevo en su coche.

De pronto, tuvo una corazonada y buscó el teléfono de la Policía Científica. Cuando dio con ellos pidió que la pasaran con Toxicología.

—Buenas noches, soy la inspectora Sara Benítez, de Homicidios.

—Buenas noches, yo soy el agente Romero.

—Verá, agente, sé que están de guardia y que solo hacen lo que llegue urgente, es que necesito un favor.

—Bueno, usted dirá, no le prometo nada.

—Verá, hoy les han enviado varias muestras del registro domiciliario de Elisa Arévalo. Entre ellas hay una muestra de vómito.

— No tengo nada urgente para analizar.

—Es cierto, en principio no se le dio prioridad porque parecía que no iba a ser necesario, me encuentro en un momento de la investigación en el que necesitaría saber si en el vómito hay alguna droga…

—Entonces, lo siento, pero si no es urgente tengo que seguir con lo que estoy haciendo.

—Lo sé, lo sé; en realidad, le estoy pidiendo un favor personal. Necesito saber si le dieron escopolamina. Es lo único. Es que si no hasta el lunes o el martes no tendremos los resultados y estaremos buscando en la dirección equivocada.

—Lo siento, de verdad, no puedo ayudarla. Si consiguiera una orden o algo así.

—Claro, ya me hago cargo, gracias, la conseguiré.

La inspectora colgó algo abatida, debía tener paciencia. Al día siguiente se lo diría al comisario, él movería los hilos que hicieran falta para que se analizara la muestra cuanto antes. Tenía que esperar

unas horas.

Al llegar a casa de Carmen unos cuarenta minutos después, intentó no hacer mucho ruido, no se percató de que ella la esperaba en la cocina.

—Chica, no se te ve el pelo. Tienes otra cara, tú lo que necesitabas era volver al lío.

—Ya sabes lo que me gusta esto, Carmen.

—Te he cogido un recado. Te han llamado de la Policía Científica de Oviedo. El joven que ha llamado me ha dicho que habías dejado en la central este teléfono de contacto si no estaba el móvil operativo.

“Mierda” —pensó ella a la vez que sacaba su móvil del bolsillo con tres llamadas perdidas.

—Me ha dicho que le llames a este teléfono y que daba igual la hora, que estará allí toda la noche —añadió ella antes de perderse por el pasillo bostezando rumbo a la habitación.

Sara se apresuró a marcar los números. De repente, no sentía ni hambre, ni sueño, ni cansancio, ni nada que se pareciera. Tan solo un cosquilleo en el estómago.

—Buenas noches, soy Sara Benítez —se identificó.

—Inspectora —respondió la misma voz de antes—. Disculpe, antes estuve pensando en lo que me dijo y la verdad es que hoy tengo poco trabajo, así que me he puesto con su muestra. En un par de minutos tendré el resultado, aunque lo único que he mirado es lo que usted me ha pedido.

—No, no, el resto no me importa. Quiero decir… sí me importa, pero puede esperar.

—¡Aquí lo tengo! Como se nota que de noche hay menos movimiento… el ordenador corre como si fuera un Ferrari… A ver… un momento…. Sí, tiene usted razón. El vómito contiene escopolamina. ¿Le sirve así?

—Sí, sí, por supuesto. Muchísimas gracias, agente Romero, de verdad, no sabe cuánto se lo agradezco, le debo un gran favor.

—No pasa nada, pero no se acostumbre. De verdad, otro día seguramente no habría podido hacerlo aunque hubiera querido.

Sara se despidió y colgó. Inmediatamente marcó el teléfono de Leandro, ni siquiera terminó de poner los números. Por un segundo no se acordó de que estaba algo ocupado en aquel momento. Ni siquiera se había dado cuenta de que estaba en Gijón.

Le parecía que nunca se había marchado de Madrid. Entonces llamó a Mar, quien cogió el teléfono a la primera.

—¿Sí?

—Mar, soy Sara, acabo de llegar del Anatómico Forense. Verás… tengo noticias.

Todas las víctimas habían ingerido escopolamina.

—¿Todas?

—Sí, sí, Rubén y Héctor también. Y lo más importante de todo…

—¿El qué? —preguntó la alta mujer impaciente.

—El vómito hallado en casa de Elisa también contenía droga.

—Joder, Sara, entonces es posible que esté diciendo la verdad.

—Sí, eso creo. Mañana, después de interrogarla, intentaré hablar con un psiquiatra para que la examine. Quizá la pueda hipnotizar.

—¿Quieres que vaya? —preguntó la subinspectora Vargas.

—No, no, mañana nos vemos, es que quería que lo supieras —contestó ella tras oír una voz masculina a lo lejos… ¿sería Mateo?— Descansa, hasta mañana.

—Hasta mañana, Sara, lo mismo te digo —respondió ella apresurándose a colgar.

Sara pensó que Mar no iba a descansar esa noche en absoluto. Fue lo último que le vino a la mente antes de caer rendida en la cama sin ponerse el pijama siquiera.

CAPÍTULO 23. TE PRESENTO A HUGO

Elisa no podía concentrarse. Aquella mujer policía la intimidaba más que su hermano. ¿Dónde estaba Alberto? Quería hablar con él.

—Yo… recuerdo haber bailado descalza en la arena con ese chico —añadió mientras señalaba la foto de Rubén—. Nos fuimos a mi casa, él me dijo que no vivía aquí, que estaba de vacaciones y que compartía habitación de hotel con dos amigos.

—Muy bien… qué más…

—Quiero ver a Alberto. ¿Pueden llamarle?

—No, ahora estamos en medio de un interrogatorio —la cortó Sara. Elisa aún no sabía que su hermano estaba muerto y, dada la dependencia que mostraba hacia él, prefería contárselo cuando hubieran terminado de interrogarla.

—¿Y Rebeca?

—Rebeca está bien. Antes de venir he hablado con la madre de su amiga con la que se quedó a dormir. No se preocupe.

Dos lágrimas silenciosas surcaron el rostro de Elisa. Aquello que tanto temía estaba ocurriendo. Además, comenzaba a recordar pequeños detalles. De hecho, intentaba dejar su mente en blanco, porque en su interior no quería saber más. Si, como le había dicho su hermano, ella había matado a aquellos chicos, prefería no recordarlo nunca. Ya era suficiente con vivir con la pena como para añadirle el remordimiento. No lo soportaría, era demasiado débil. Alberto se lo decía a cada momento y tenía razón.

—De verdad, inspectora, no recuerdo más. He pasado la noche entera intentado revivir aquellos momentos y no soy capaz.

Sara miró hacia el cristal de la sala de interrogatorios, donde sabía que estarían el comisario Ruiz, Mar Vargas y el psiquiatra de la policía que habían localizado para que

examinara a Elisa. No podía verlos, pero el saber que estaban allí le proporcionaba seguridad.

—Elisa… verá… —comenzó Sara, y esperó deliberadamente unos segundos. Si el comisario no quería que le comunicara aún la muerte de su hermano entraría de inmediato. Si no, sería que confiaba plenamente en su criterio. Al ver que nadie la interrumpía prosiguió —. Primero tengo una pregunta que hacerle.

—¿Sobre qué?

—Cuando fue a casa con aquellos dos jóvenes.

—Recuerdo haber ido con Héctor. Con Rubén no. Creo que lo dijimos, pero no me acuerdo de haber llegado a estar en mi casa con él.

—De acuerdo —asintió la inspectora—. Entonces, cuando estuvo en su casa con Héctor, ayer me comentó que bebieron varias copas.

—Sí, preparé dos gin-tonic… para cada uno.

—¿Tomaron algo más?

—Sí, primero comimos algo y tomamos vino. El gin-tonic fue después.

—¿Recuerda si la botella de vino estaba abierta?

—No, el vino lo cogí del sótano. Lo abrió Héctor.

—¿Y la de ginebra? —preguntó la policía.

—Sí, ésa sí.

—¿Suele beber cuando está sola en casa? —preguntó Sara.

—Bueno… alguna copa de vino sí me tomo alguna vez, y cerveza.

—¿Y ginebra?

—No, no, qué va. La ginebra la dejo para cuando viene alguien a casa.

—Como Héctor…

—Bueno, como Héctor, aunque a veces la tomo con mi hermano. Sola no la tomo jamás. La verdad es que no sé por qué la tomo, no me sienta muy bien.

—Y ya una última pregunta: ¿recuerda haber vomitado aquella noche? La noche que estuvo con Héctor.

—Sí, vomité varias veces.

—¿Sobre la alfombra? —preguntó Sara. Aunque el técnico la noche anterior le había confirmado la presencia de la droga en la muestra que había analizado, no sabían a quién pertenecía; por mucho que lo sospecharan, no había comprobado que fuera de Elisa. Y no había

querido pedirle más favores. Pero ella bien podía confirmarlo.

—No, vomité todas en el baño.

—Ah, vaya… —respondió la inspectora un tanto contrariada. Aquello no era lo que pensaba oír.

—Aunque hace unos días, al recordar a Héctor, vomité de nuevo, y esa vez sí salpiqué la alfombra. Lo digo porque ayer les vi cogiendo una muestra.

“Bingo” —pensó Sara—. “Lo que me imaginaba”.

—Perfecto —añadió Sara—, sí, era por eso. Verá… Elisa… resulta que en el vómito había escopolamina. ¿Sabe qué es?

—No… no tengo ni idea.

—Es una droga que tiene varios usos terapéuticos, pero que está muy de moda sobre todo entre los violadores.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Creo que la drogaron, Elisa, por eso no recuerda nada.

—¿Cree que Héctor me drogó para abusar de mí? Eso es ridículo. Era un joven encantador…

Elisa miró a Sara, quien permanecía en silencio dejándola a ella hablar. De repente, se dio cuenta de que se acababa de equivocar en sus conclusiones y el corazón se le aceleró sin remedio.

—¡Alberto! Creen que mi hermano me drogó. Pero… ¿por qué?

—Bien… creemos que su hermano lleva tiempo drogándola, el motivo nos resulta un tanto esquivo, pero lo averiguaremos.

—¡Dios mío! Tengo que hablar con él, por favor, déjenme que hable con él. Está aquí,

¿verdad?

—Siento decirle esto, Elisa. Ayer encontramos a Alberto cerca del parque donde enterró a Héctor y a Rubén. Se había quitado la vida. Lo siento mucho.

El terror invadió a Elisa. Se quedó repentinamente paralizada sin

saber qué decir. No podría sobrevivir sin él… ¿por qué lo había hecho?

—Yo… no entiendo nada… ¿qué está ocurriendo? —preguntó la joven perdiendo definitivamente el control—. Dos chicos muertos en mi casa del que solo recuerdo a uno. Y, por cierto, lo recuerdo muerto, no matándolo. Dicen que mi hermano abusaba de mí y ahora me informan de que está muerto. No… esto es una pesadilla… no puede estar pasando…

Las lágrimas surcaban veloces el rostro de Elisa. La inspectora Benítez comenzaba a verla como una víctima más, aunque no podía obviar el hecho de que había encubierto, conscientemente, al menos, un asesinato. Dadas las circunstancias, habría que comenzar a tratarla de otro modo, a la espera, claro está, de un informe médico. En cuanto abandonó la sala de interrogatorios, llevaron a Elisa a otro cuarto donde el psiquiatra podría examinarla con tranquilidad.

El móvil de Sara sonó con el tono que tenía puesto para los mensajes y, al desbloquearlo, un rostro arrugado con los ojos semiabiertos la contemplaba desde la pantalla. En la parte de abajo, la explicación de su compañero: “Te presento a Hugo. Es el día más feliz de mi vida”. Ella se apresuró a compartir la buena nueva con todos los

presentes; parecía que estuviera hablando de su propia familia, y es que, realmente, para ella así era.

CAPÍTULO 24. INSPECTOR, PADRE, COMPAÑERO, AMIGO…

Leandro miraba la carita que tenía entre sus brazos, era tan pequeña… Llevaba casi una hora así. El bebé se retorcía, hacía muecas, incluso un par de veces había sonreído en sueños. Era consciente de que aún tardaría en sonreírle a él, pero se había apropiado de aquellas sonrisas diciendo que habían sido las primeras y se las había dedicado a su orgulloso padre. Ese pequeño momento de gloria no se lo quitaría nadie. Era la cuarta vez que su mujer le decía que dejara al niño en la cuna.

—Lo vas a malcriar, Leandro, y solo tiene un día.

Él la miró con desconfianza. Porque lo que le resultaba de verdad extraño era que ella no lo tuviera en su regazo día y noche. Entonces una enfermera que parecía haber desayunado papel de lija mojado en

vinagre (estaba convencido de que no había otra explicación) entró a la habitación y, tras mirar con descaro al policía, le había dicho con voz de perro: —El bebé tiene que descansar en su cuna. ¡Dios! Estos padres primerizos, cuanto más mayores, peor —añadió mirando el pelo cano de Leandro.

Entonces él comprendió. Su mujer se moría de ganas de tenerlo todo el rato en brazos y allí no se atrevía. Esperaba a que le dieran el alta. Desde luego, había sido mucho más lista que él. Pero es que era tan tierno... Leandro olió a su pequeño, miró sus deditos, los contó otra vez, como si la noche le hubiera podido arrebatar alguno de ellos, y entonces, mientras observaba a su hijo abrir las manos, le vino a la mente la imagen de Sara con un dedo menos y recordó que la tenía que llamar. Se levantó del incómodo sillón de los acompañantes y dejó al pequeño en la cuna, quien ni se inmutó. Se acercó a su mujer y le dio un beso en la mejilla; no se atrevía a mucho más por el momento.

—Voy a salir a tomar un café. ¿Te parece bien?

—Claro —respondió ella—. Cuando vuelvas quiero que hablemos.

—¿Aquí? —preguntó él un tanto molesto. Nunca le habían hecho demasiada gracia los hospitales. Aunque aquella vez no estuviera allí precisamente para visitar a un enfermo, seguía sintiéndose incómodo.

—Sí, aquí. Después, en Gijón, volveremos a hablar. Es que... creo que hay cosas que no pueden esperar.

—Si quieres hablamos ya, cariño, el café de aquí no es tan bueno como para necesitarlo con tanta urgencia.

—Tanto tú como yo sabemos que no vas a tomarte un café, sino a hablar con Sara, así que no quiero una sola mentira, aunque sea piadosa. Sal, haz esa llamada y después vuelves a hablar conmigo.

Leandro miró a su esposa pensando la excelente investigadora que habría sido y sonrió. Después le dio un leve beso en los labios y salió de la habitación marcando con urgencia el móvil de su jefa, quien contestó enseguida.

—¡Leandro! ¡Qué ilusión! ¿Qué tal el peque? ¿Y Ana?

—Estamos todos bien. El niño por ahora es un bendito, habrá que esperar a volver a casa, pero…

—¿Entonces eso quiere decir que volvéis a casa los tres?

—Bueno, en realidad, voy a hablar con Ana ahora. Vaya semana de emociones.

¿Cómo va el caso? ¿Algún avance?

—No te preocupes por eso, tú ocúpate de tu familia, que nos arreglamos…

—Coño, ya sé que os arregláis, pero a no ser que hayáis tenido un golpe de suerte me parece a mí que cuando vuelva va a estar igual de enredado que cuando me fui, así que ponme al día.

—En eso tienes razón. Bueno, no sé lo que habíamos descubierto antes de que te marcharas.

—Cuando me llevaste al aeropuerto —le explicó él—, ibas a ver al doctor Naveira. Sé que habíamos encontrado a Alberto Arévalo muerto, posible suicidio. No sé más.

—Bien —dijo Sara poniendo su cabeza a trabajar a toda velocidad—. En principio, y hasta que llegue el análisis de tóxicos, se suicidó con monóxido de carbono de su propio

coche. El estado del cuerpo en un primer vistazo del forense lo corrobora, aunque falta la autopsia. Encontramos varios arañazos en la nuca, es muy probable que se los hiciera Lucas, ya que la sustancia retirada de debajo de sus uñas contenía piel del orientador.

—Entonces tenemos a uno de los sospechosos muerto por suicidio.

—A uno de los sospechosos, no: al único. Todo apunta a que fue él — le corrigió Sara.

—Ya, Sara, pero aún no sabemos quién es el autor de los homicidios de Héctor y Rubén.

—Bueno… eso no es del todo cierto. A ver, te pongo al día. El doctor Naveira me dijo que había escopolamina en todos los cadáveres.

—¿Pero eso no lo sabíamos ya? —preguntó él algo extrañado.

—Me refiero a TODOS los cadáveres, Leandro. Héctor y Rubén también la tenían.

—¡Joder! Demasiada casualidad. ¿Entonces ha sido obra de los dos hermanos? ¿Están los casos conectados? ¿Son cómplices?

—No exactamente. Creo que, en parte, Elisa es una víctima más. Tuve una corazonada y llamé a los de tóxicos para que examinaran una muestra de vómito recogida de la alfombra de Elisa Arévalo. Les pedí que buscaran la misma droga en ella y acerté.

—¿Pero ésa no es la droga de las violaciones? —preguntó él.

—Sí, eso es. Creo que Alberto es el que perpetró todos los asesinatos, los de los adolescentes y los de los dos jóvenes del parque.

—Mierda, eso nos deja sin nadie a quien culpar.

—Bueno, muerto o no, culpable es.

—Ya, pero ahora no pagará por lo que ha hecho. ¿Más novedades?

—Por ahora no, encontramos el móvil de Héctor y están analizándolo. Parece que alguien lo apagó hacia las tres y media de la madrugada del domingo 1 de noviembre.

Elisa corrobora que fue Alberto quien lo apagó.

—Bueno, yo volveré en unos días. Mantenme al día, Sara.

—De acuerdo, no te preocupes. Y tú mantenme al día también.

—¿De qué?

—Ya sabes… de Ana… de Hugo… de ti….

—Claro, tita Sara… ¡Ja, ja, ja!

—Hasta luego, gracioso —se despidió ella. Le hacía tanta ilusión conocer al pequeño como si fuera de su misma sangre.

Leandro volvió a la habitación donde su esposa amamantaba al pequeño, quien de pronto parecía no ser capaz de estarse quieto. Se sentó a su lado y acarició la cabeza del niño. Ella puso la suya sobre su hombro y entonces supo que todo estaba bien. Que aquel niño había venido a poner orden en el mejor momento posible.

CAPÍTULO 25. ATANDO CABOS

Elisa se sentaba en el sofá mientras la televisión pasaba las imágenes sin que les hiciera ningún caso. La dejaron en libertad bajo fianza tras ser acusada, al menos, de cómplice del encubrimiento de un crimen. Del resto, aún no podían demostrar nada.

Sara se temía que, con Alberto muerto, jamás lo harían. El juez había contemplado como atenuante el que la mujer hubiera estado bajo los efectos de la escopolamina.

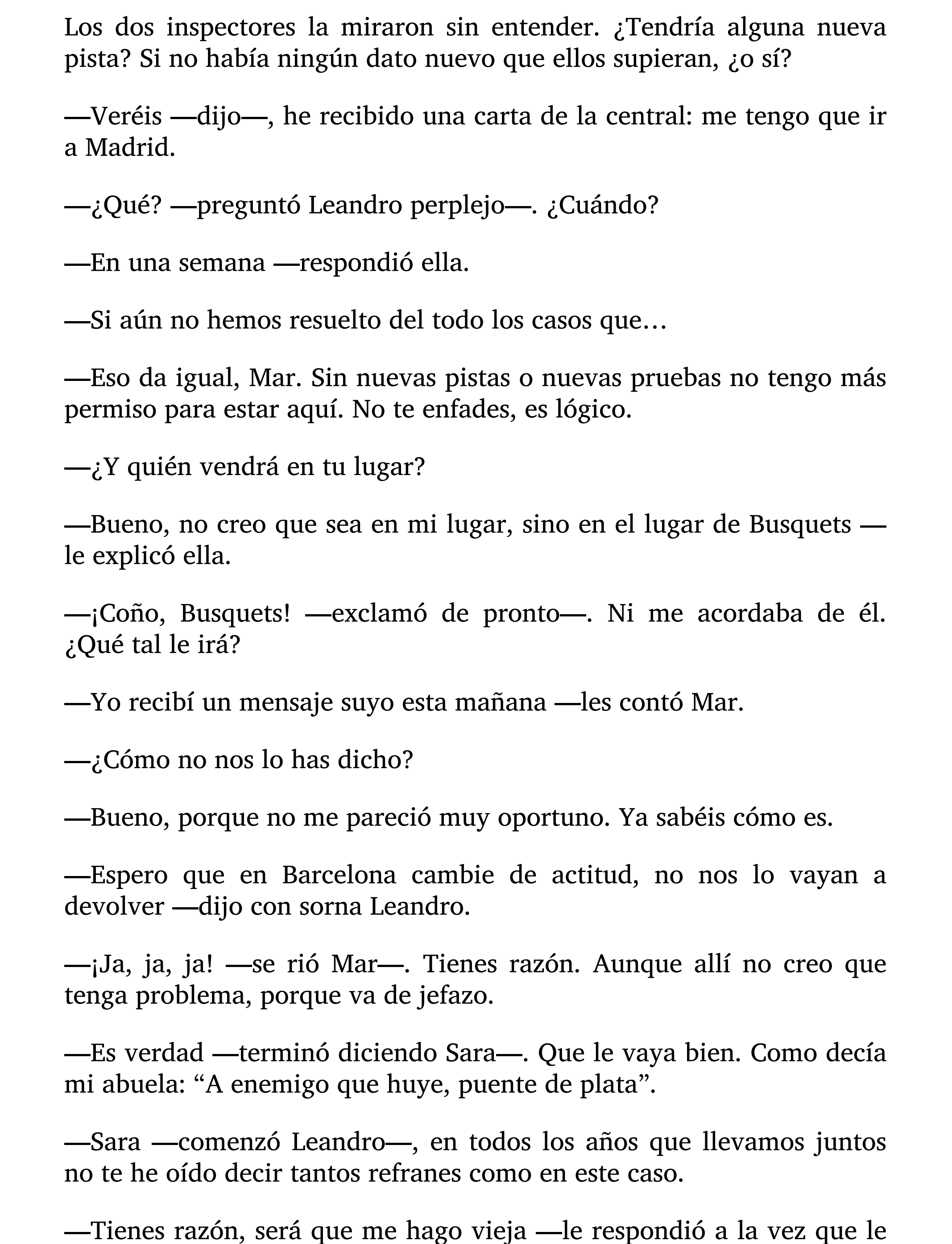
Sara repasaba las autopsias de las víctimas por enésima vez aquella mañana. Durante semanas habían aportado nuevos datos a los expedientes de los cadáveres que investigaban, pero ni siquiera así habían encontrado la clave de aquel caso.

Los tres inspectores se desesperaban en la comisaría mientras repasaban las pruebas una y otra vez. Mientras, la vida seguía su curso. Leandro y su mujer habían vuelto a Gijón con su pequeño. Su futuro aún estaba por decidir, aquel día en el hospital los dos habían sido capaces de expresar lo que sentían y lo que querían. Ella era consciente de que jamás le podría obligar a dejar Homicidios, y tampoco lo quería. Había actuado por miedo, pero le gustaba pensar que su marido cogía a los "malos", los malos de verdad, y la llegada del pequeño Hugo al mundo le había traído el terror de perderlo en algún caso y a la vez hacía que quisiera más que nunca que él siguiera haciendo su trabajo. Si lo haría en Madrid o pediría un traslado a Oviedo, aún estaba por ver. La subinspectora Vargas y Mateo parecían progresar, de lo que Sara se alegraba bastante, los dos lo merecían. Ella, por su parte, había recibido una carta de la central. Había pasado más de un mes desde la muerte de Alberto Arévalo, el principal sospechoso del caso. Se encontraban en plena vorágine navideña y en Madrid andaban justos de personal. Si en una semana no había nuevas pruebas, tendría que abandonar su puesto en Oviedo para volver a Madrid; a Leandro no le había dicho nada aún, quizás había llegado el momento.

—Chicos… tengo que deciros algo —comenzó. Captó su atención a medias.

Mar contestaba a uno de los mil mensajes que recibía al día y Leandro estaba demasiado preocupado de no quedarse dormido en cualquier momento. Era evidente que el pequeño Hugo les quitaba muchas horas de sueño.

—¡Chicos! —exclamó algo enfadada—. ¡Es importante!



Los dos inspectores la miraron sin entender. ¿Tendría alguna nueva pista? Si no había ningún dato nuevo que ellos supieran, ¿o sí?

—Veréis —dijo—, he recibido una carta de la central: me tengo que ir a Madrid.

—¿Qué? —preguntó Leandro perplejo—. ¿Cuándo?

—En una semana —respondió ella.

—Si aún no hemos resuelto del todo los casos que…

—Eso da igual, Mar. Sin nuevas pistas o nuevas pruebas no tengo más permiso para estar aquí. No te enfades, es lógico.

—¿Y quién vendrá en tu lugar?

—Bueno, no creo que sea en mi lugar, sino en el lugar de Busquets — le explicó ella.

—¡Coño, Busquets! —exclamó de pronto—. Ni me acordaba de él. ¿Qué tal le irá?

—Yo recibí un mensaje suyo esta mañana —les contó Mar.

—¿Cómo no nos lo has dicho?

—Bueno, porque no me pareció muy oportuno. Ya sabéis cómo es.

—Espero que en Barcelona cambie de actitud, no nos lo vayan a devolver —dijo con sorna Leandro.

—¡Ja, ja, ja! —se rió Mar—. Tienes razón. Aunque allí no creo que tenga problema, porque va de jefazo.

—Es verdad —terminó diciendo Sara—. Que le vaya bien. Como decía mi abuela: “A enemigo que huye, puente de plata”.

—Sara —comenzó Leandro—, en todos los años que llevamos juntos no te he oído decir tantos refranes como en este caso.

—Tienes razón, será que me hago vieja —le respondió a la vez que le guiñaba un ojo—. Bueno, el caso es que en una semana esto se acabó y no tenemos, ni tendremos, nada nuevo.

—¿Y qué propones? —preguntó Mar.

—Hay un detalle que no me termina de cuadrar —les dijo ella—. Bueno, hay varios, pero hay uno que no me quito de la cabeza.

—¿Cuál? —preguntó Leandro abriendo mucho los ojos. Cuando Sara seguía dándole vueltas a una idea después de tanto tiempo, siempre era por algo.

—Es que… no entiendo el motivo que podía tener Alberto para matar a todas esas personas. No entiendo el motivo que podía tener para acabar con la vida de tres adolescentes, pero mucho menos por qué mató, si es que lo hizo, a Héctor y a Rubén.

—Ya… lo que pasa es que él no puede explicárnoslo ya —la interrumpió Mar.

—Si quieres volvemos a hablar con Elisa —le propuso Leandro.

—Sí, tenemos que hacerlo. Ella quizá pueda darnos alguna respuesta.

—Vamos para su casa; si la pillamos desprevenida, siempre será mejor —zanjó Mar mientras guardaba el móvil en el bolsillo.

—Primero me gustaría repasar todo lo que tenemos, si no os parece mal —les pidió ella.

—Claro que no, jefa, para eso estamos —dijo Mar provocando la sonrisa de la inspectora. El único que la llamaba así era Leandro. Y le gustaba, sí que le gustaba.

Sara hizo seis montones encima de la mesa con todos los papeles que habían ido recopilando, uno para cada víctima y el sexto para Alberto Arévalo, el posible culpable.

Cogió también las fotos de la pizarra y la borró. Era mejor empezar de cero.

—Leandro, para ti los de Héctor y Rubén; Mar, los de las dos chicas adolescente, tuyos. Yo me quedo los de Lucas y Alberto. Si os parece bien iremos en orden cronológico, incluiremos las autopsias. Empieza tú, Leandro.

—Bien —dijo él—. A ver: RUBÉN ÁLVAREZ: Joven residente en Madrid, 26 años.

Desaparecido en Gijón el 24 de julio durante una fiesta en la playa. Se le ve por última vez en el pub El Buen Color bailando con una joven

cuya descripción coincide con la de Elisa, y uno de sus amigos señala que se marchó en su compañía. Dado que hemos encontrado escopolamina en su organismo y la misma droga se encontraba en la botella de ginebra que Elisa utilizaba con sus citas en casa (según sus propias palabras) podemos suponer que fueron a su casa y tomaron, al menos, una copa. Se encuentra ADN de Elisa Arévalo en su boca y signos de haber tenido relaciones sexuales antes de su muerte. En la autopsia se señala como causa de la muerte la fractura del hueso frontal, que provocó una hemorragia cerebral masiva. Se produjo con un objeto romo y pesado. Encontramos el móvil del joven al registrar el coche de Alberto Arévalo, permanecía apagado desde el día de su desaparición. Su cadáver es hallado en el Parque Fluvial de Gijón, en la senda que lleva de Viesques a Vega, junto a la orilla del río Piles. No es el lugar donde había sido enterrado. Días después, encontramos el plástico que había albergado su cadáver durante todo este tiempo enterrado en otra parte del parque.

—Bien —dijo Sara levantándose de la mesa y acercándose a la pizarra con sus rotuladores de colores. Colocó primero una foto del joven e hizo un esquema.

RUBÉN ÁLVAREZ: 26 años. 24-7-2015; 2-11-2015. ADN de Elisa Arévalo. Escopolamina.

Móvil en posesión de Alberto. Causa muerte: golpe cabeza, hemorragia. Relación con el posible agresor: DESCONOCIDA. Motivos: DESCONOCIDOS.

—Espera, Sara —le pidió Leandro.

—¿Qué pasa? ¿Se te ha ocurrido algo?

—No, es que estoy pensando que también deberíamos investigar cómo consiguió la escopolamina, porque no debe ser fácil, ¿verdad? Quiero decir que no creo que puedas llegar a una farmacia a comprarla como si pidieras un jarabe para la tos.

—Es cierto —asintió ella—. Desde luego, hace falta receta. Pedimos que lo rastrearan mientras estabas en Madrid. Perdona, me olvidé de decírtelo.

—¿Y hay resultado?

—Eh… lo tenía enterrado en la memoria. Creo que no, añadiré aquí una nota —le explicó mientras lo anotaba con rotulador rojo— para que lo preguntemos hoy mismo.

Vamos a continuar, Leandro. Sé que encontramos antes a María, pero mejor vamos con Héctor. En realidad, murió un día antes, ¿no?

—Creo que sí —corroboró él—. A ver… Héctor Areces… Su hermano mayor denuncia la desaparición el 2 de noviembre, a las 00.24. Se le ve por última vez en el pub El Hechicero en Cimadevilla en compañía de una mujer cuya descripción coincide con la de Elisa Arévalo. Se encuentra su cadáver el 20 de noviembre de 2015 en un operativo con perros. La causa de la muerte es semejante a la del otro joven y, al igual que en él, se encuentra ADN femenino en su boca y escopolamina en los análisis toxicológicos. Elisa Arévalo confiesa que se marchó con él, que tuvieron sexo y después lo encontró muerto en su salón con un gran golpe en la cabeza. Llama a su hermano, quien la convence de que se deshagan del cadáver. El móvil de la víctima se encuentra en el coche de Alberto Arévalo con posterioridad.

—Vale —volvió a decir Sara mientras apuntaba en la pizarra justo al lado de lo que ya tenía.

HÉCTOR ARECES: 26 años, 1-11-2015; 20-11-2015 ADN de Elisa Arévalo.

Escopolamina. Móvil en posesión de Alberto. Causa muerte: golpe cabeza, hemorragia.

Relación con el posible agresor: DESCONOCIDA. Motivos: DESCONOCIDOS.

—Un momento, Sara, estamos presumiendo que el agresor fue Alberto, ¿no?

—Bueno, sí, ¿por qué lo dices?

—Porque siendo así la relación con el agresor y los motivos son desconocidos. Si su agresora fuera Elisa, la relación la tenemos, los motivos aún no, pero podemos relacionarlos.

—Eso es cierto —coincidió Sara—, de todos modos el mayor

sospechoso que tenemos es Alberto, aunque ahora no lo podemos probar. No hemos tratado a Elisa como sospechosa de asesinato porque hemos asumido que ella es, en parte, una víctima más, puesto que encontramos droga en su vómito. Vamos a seguir por este camino a ver adónde nos lleva. Después, ya veremos.

—De acuerdo —asintió él. Mar no intervino esta vez, ella en ningún momento había descartado a Alberto como culpable.

—Bien. Mar… te toca… —le pidió Sara.

—A ver… María Blanco, 14 años. Cursaba segundo de la ESO en el instituto Rosalía de Castro, en Gijón. La causa de la muerte es fractura de varias vértebras cervicales con daño completo en la médula espinal en esa zona. Simulan suicidio por ahorcamiento.

Fecha de la muerte, el 2 de noviembre de 2015. Contiene transferencia de ADN de Alberto Arévalo en la saliva, mantuvo relaciones sexuales consentidas con un hombre poco antes de la muerte. Dado que encontramos la misma droga en su organismo, no se descarta que no fuera dueña de sus actos mientras las mantenía, ni que fuera con el propio Alberto. Como he dicho, en el análisis de tóxicos se encuentra escopolamina. La joven presenta problemas relacionados con el acoso debidos a su físico. Según el expediente recogido en el instituto, su orientador, Alberto, recomienda ayuda psiquiátrica por su tendencia suicida. El director del centro no está de acuerdo. Se cree que pudo escribirlo después de la muerte de la joven, para alejar de él las sospechas. En la tapa del retrete sobre el que pendía el cuerpo de la chica, se encuentra una huella de un zapato que coincide con el número que calza el orientador y con los zapatos que llevaba el orientador el día de su muerte.

Enseguida Sara se levantó a escribir en la pizarra, como las veces anteriores: MARÍA BLANCO: 14 años. 2-11-2015. ADN de Alberto Arévalo. Escopolamina.

Causa de la muerte: fractura de varias vértebras cervicales y daño medular severo.

Ahorcamiento simulado. Huellas de pie de Alberto en tapa del váter. Relación con el posible agresor: ORIENTADOR PEDAGÓGICO. Motivos: DESCONOCIDOS.

En aquel momento Leandro se levantó y le pidió a Sara uno de sus

rotuladores.

Entonces, en el centro apuntó lo que había por el momento en común entre los casos: ADN DE ALBERTO Y ELISA; ESCOPOLAMINA. Después lo rodeó con un círculo rojo.

—Cuarta víctima —prosiguió Mar—: Lorena Rubio, 16 años. Hallada muerta en el baño del instituto Rey Pelayo de Gijón. Se simula un nuevo suicidio. La muerte se produjo por exanguinación. Se desangró por los cortes producidos en sus muñecas, que, según el forense, no pudo hacerse ella misma, ni fueron hechos por las cuchillas que hallamos junto al cuerpo. Se encuentra ADN de Alberto Arévalo en la víctima y, de nuevo, escopolamina. Alberto Arévalo era su orientador también en este centro. La joven padecía algún tipo de acoso por sus notas elevadas. Es decir, era la típica empollona.

Tras anotar las palabras clave en la pizarra, Sara cogió los expedientes de las dos víctimas, según su criterio, más difíciles: Lucas Palacios y el supuesto culpable, Alberto Arévalo.

—Lucas Palacios, 16 años —comenzó Sara—, muerte por envenenamiento, se pasaron con la dosis puesto que tenía una afección cardíaca, como pudimos saber por la autopsia.

—¿Eso quiere decir que si el joven hubiera estado sano…? —comenzó a preguntar Leandro.

—La escopolamina no le habría matado —terminó diciendo Mar, pero posiblemente hubiera muerto también, al igual que las chicas. Como no sabemos el motivo que le impulsó a acabar con ellos…

—Tenéis razón —siguió Sara—. Además, el perfil del joven no concuerda con los otros dos casos. Aparentemente popular, notas discretas, amigos, deportista… Se encuentra ADN de Alberto Arévalo bajo sus uñas que indican que se defendió. Relación con el agresor: No encontramos ningún expediente con su nombre, pero según el propio Alberto fue su orientador en alguna ocasión. No podemos comprobarlo. Motivos desconocidos como en todos los demás.

Añadió los datos junto a los demás y se echó hacia atrás para observar el panel.

Efectivamente tenían dos cosas en común. El ADN de alguno de los hermanos y la

droga. Sara pensó por un segundo lo bien que les habría venido

Miriam en aquel caso, ya que el principal sospechoso había muerto. Enseguida se regañó por pensarlo.

—No tenemos mucho —dijo la subinspectora Vargas abatida.

—Ya… de todo esto sacamos una sospecha firme de que Alberto proporcionó la escopolamina en todos los casos, no sabemos los motivos que le pudieron llevar a cometer semejantes crímenes —confesó Sara—. Puesto que esa droga se utiliza para llevar a cabo agresiones sexuales con facilidad, podemos pensar que agredió sexualmente a las dos adolescentes; en Lucas no hay ningún signo de agresión.

—¿Y a su hermana? ¿Por qué drogaba a su hermana? —preguntó Leandro con el ceño fruncido.

—Bueno, quizá también abusó de ella. No sería la primera vez que viéramos algo así.

—A veces odio este trabajo —dijo Mar de pronto.

—Vale —asintió Leandro—. Digamos que abusó de su hermana y de dos chicas de catorce y dieciséis años. ¿Y los dos hombres?

—Ahí es donde mi teoría se da de bruces con la realidad —respondió Sara abatida y enfadada—. Necesitamos más pruebas y menos conjeturas.

—Perdona, solo quería buscar algún motivo…

—No lo digo por ti, Leandro, lo digo porque el cabrón de Alberto se ha llevado a la tumba unos cuantos secretos y el que en su piso no encontrásemos ni siquiera su ordenador tampoco ayuda demasiado.

—¿Quieres que pongamos en el panel los datos de Alberto y su hermana también? —

preguntó Mar.

—Sí, creo que nos ayudará añadirlos —coincidió la inspectora cogiendo los dos expedientes. En realidad, el de Alberto ya lo pensaba añadir, pero el de Elisa ni siquiera lo había pensado y ahora le parecía una idea excelente—. A ver, en el registro domiciliario de Alberto Arévalo se echa de menos un ordenador, sobre todo porque había evidencias de haber tenido al menos uno hasta poco antes de que hiciéramos el

registro. En el coche hallamos varios móviles, entre los que se encontraban el suyo propio y los de los dos jóvenes aparecidos en el parque. La muerte se produce por la inhalación de monóxido de carbono procedente del tubo de escape de su propio coche.

Había ingerido una gran cantidad de sedantes.

—¡Uf! —protestó Leandro—. Es el primer cadáver de este caso en el que no encontramos la misma droga.

—Es cierto —coincidió Sara—. Si tenía acceso a los sedantes, ¿por qué la escopolamina?

—Eso también se quedará sin respuesta —contestó Leandro cabizbajo.

—Elisa Arévalo —prosiguió la policía—. Tiene treinta y un años, melliza de Alberto Arévalo. Durante la adolescencia dio a luz a una niña. Parece que la relación entre la madre y la hija no pasa por su mejor momento, a juzgar por los comentarios hechos por la hija de catorce años. Elisa la disculpa constantemente y nos confiesa que su hermano no estaba de acuerdo en la forma de educarla. No recuerda la mayor parte de lo ocurrido con Héctor y Rubén a causa de la droga que su hermano había introducido en la botella de ginebra con la que preparó unas copas para tomar con los dos jóvenes. Lo comprobamos al pedir que la analizaran. Es probable que abusara de ella en alguna ocasión en la que estuvieron a solas. Mujer delgada, morena, frágil de carácter, dependiente de su mellizo incluso para tomar decisiones. Se la acusa de encubrir un crimen junto a su hermano.

—¿No dijo ella además que a veces tomaba una copa cuando iba a verla su hermano?

Me apuesto algo a que las copas las preparaba él directamente —expuso Leandro entonces.

—¿Vamos a ver a la hermana ya? —propuso Mar.

—Sí, creo que es el momento —coincidió Sara mientras cogía su chaqueta y se colocaba la capucha. Aquel mes prometía ser, al menos, igual de lluvioso que el mes anterior.

CAPÍTULO 26. MOTIVOS

Elisa permanecía en el salón mientras su hija se acurrucaba con ella en el sofá. Hacía tanto tiempo que no estaban así… casi ni se atrevía a conectar la televisión para que Rebeca no se moviera de allí aduciendo que no le gustaba el programa.

El timbre sonó y la mujer se acercó a abrir la puerta. A Sara le pareció incluso más delgada que antes.

—Buenos días, Elisa, ¿podemos pasar? —preguntó la inspectora con cordialidad.

—Claro —respondió ella—. ¿Han encontrado algo nuevo?

—No —respondió Sara con rapidez—. Es que tenemos algunas incógnitas y queríamos ver si usted podía ayudarnos.

—¿Yo? Si ya les he contado varias veces todo lo que sé y lo que recuerdo.

—Lo sé —dijo la policía—, solo por si acaso.

—Pase, mi hija y yo estábamos viendo la tele en el salón.

—¿Su hija? ¿No está en el instituto?

—No, Rebeca lo ha pasado muy mal y las Navidades están ahí mismo, así que me parece que no irá hasta que pasen las fiestas.

Cuando llegaron al salón, Elisa les ofreció unas sillas. Su hija se acurrucaba en la esquina del sofá y con la televisión puesta. La acababa de encender y buscaba algo que ver. La inspectora le pidió que la quitara.

—Rebeca, cariño —le dijo su madre—, ¿puedes esperar en tu cuarto? La policía quiere hablar conmigo…

—Espera, Rebeca —le pidió Sara—. Quizá tú puedas ayudarnos en un par de cosas.

No le importa que le haga unas preguntas, ¿no?

A Elisa le importaba, y mucho, pero no quería que la inspectora se diera cuenta, así que asintió.

—solo le pido que sea breve. Mi hija acaba de perder a dos compañeros y a su tío.

—Claro, claro, me hago cargo —prometió ella—. Rebeca… ¿conocías a Lucas?

—Bueno… apenas —dijo ella retorciéndose las manos.

—El día de su muerte, o el siguiente, no estoy segura, fue cuando vinimos a hacer el registro, y cuando llegamos tu tío y tu madre discutían porque decían que estabas muy alterada por su muerte.

—Es que… —murmuró la chica— era el segundo compañero que aparecía muerto…

—Rebeca —le pidió Sara—, ¿es porque está aquí tu madre? ¿Prefieres ir a comisaría?

—Inspectora —la cortó Elisa de pronto—, no amenace a mi hija. No puede interrogarla sin una justificación y sin que yo…

—No la estoy interrogando, le estoy haciendo un par de preguntas, y muy sencillas, además. Me acaba de mentir con todo descaro y es la primera pregunta que le hago. Me parece que en esta familia el tema de mentir se da demasiado bien —respondió Sara haciendo que el corazón de Elisa se acelerara de pronto.

—No pasa nada, mamá —respondió ella—. Inspectora, sí le conocía, el caso es que Lucas era el chico que me gustaba y me afectó mucho saber que había muerto.

—¿Habíais salido alguna vez?

—No, aún no. El día anterior a su muerte habíamos hablado bastante en el instituto.

—¿Sabes la relación que tenía con tu tío?

—Ni idea, la verdad es que me impresionó que estuviera en una de las salas que utiliza… perdón… utilizaba mi tío en el instituto.

—¿Y usted, Elisa? ¿Conocía la relación que tenía Lucas Palacios con su hermano?

—No, del trabajo de mi hermano no conocía nada. De hecho, estos días lo he pensado mucho. Yo no tenía secretos para él, pero al revés... De él, prácticamente, no sabía nada.

—¿Saben dónde puede estar el ordenador de Alberto? Cuando registramos su piso vimos que tenía un router para la señal wifi y una

impresora, del ordenador ni rastro.

—Ni idea, inspectora, creí que no tenía y que usaba el ordenador del instituto.

—¿Conoce usted algún lugar al que su hermano acudiese habitualmente y que le pudiera servir como escondite o algo?

—Eh… no, ¿por qué lo pregunta?

—Por el ordenador y otras cosas más que echo de menos y que deberían estar —le explicó ella. Rebeca y su madre se miraron y desviaron la vista de inmediato, gesto que no pasó desapercibido a Leandro.

—¿Alguna cosa más, inspectora? —preguntó Elisa poniéndose de pie; era evidente que comenzaba a cansarse de la visita.

—Sí... necesito que su hija suba a su habitación si es posible.

—Eh… claro, mamá, estaré arriba —dijo la chica con amabilidad.

Cuando oyeron la puerta de la joven, Sara se dirigió a Elisa sin miramientos.

—Elisa, sabe que es más que probable que su hermano abusara de usted, para eso tenía la escopolamina en la botella de ginebra.

—Ya… —respondió ella con una reacción que a Sara le pareció un tanto ligera para una mujer a la que le están diciendo que su hermano mellizo la drogaba para abusar de ella cuando le apetecía.

—Ya lo sabía, ¿no?

—Lo empecé a sospechar cuando ustedes me dijeron lo de la droga. Desde entonces no sé qué pensar de mi hermano. Ya saben que solo recuerdo fragmentos de todo lo ocurrido. El día que le llamé al descubrir a Héctor muerto ahí —añadió señalando justo donde Mar tenía la silla—, él me llegó a hacer creer que yo lo había matado y que estaba loca. Ahora no me cabe la menor duda de que fue él. Quiero odiarle, inspectora, pero no puedo.

—Lo entiendo —dijo la inspectora sintiendo de pronto algo de pena por la mujer.

—¿Tomaban ginebra con regularidad? —preguntó Leandro.

—Bueno, mi hermano a veces venía a casa y cenaba conmigo, sobre todo si Rebeca salía, nunca me ha gustado estar sola. Y después de cenar solía preparar un gin-tonic que nos tomábamos viendo la tele.

—¿Siempre gin-tonic?

—Sí, había ido a una especie de taller en un pub donde le enseñaban a preparalos con toda la parafernalia...¡Claro! —exclamó ella—. Por eso no era capaz de ver la película nunca… Siempre me despertaba horas después en el sofá, tapada con una manta y con una sensación extraña.

Sara no quiso añadir más. Alberto drogaba a su hermana para que cayera inconsciente y poder abusar así de ella. Volvió a sentir lástima por la mujer, aunque no tanta como pensaba que debía sentir; había algo en ella que no terminaba de gustarle.

—Bien, Elisa, nos vamos, seguramente tendremos que volvder. ¿Lo comprende?

—Yo también quiero saber la verdad, inspectora. También sospecho que Alberto mató a toda esa gente y me gustaría estar segura, y además no entiendo los motivos. Es la única manera de que Rebeca y yo pasemos página.

—Su hija… —dijo entonces Leandro— anteriormente me parecía que no había muy buena relación entre ustedes.

—¿Tiene hijos, inspector? —le preguntó.

—Eh… bueno, sí, uno, me temo que es muy pequeño.

—Pasa muy deprisa, ya se dará cuenta. Los hijos a veces no nos entienden, ni nosotros a ellos. Son como una planta que nace de nosotros mismos, hay que nutrirlos, cuidarlos, son como un nuevo brote mejorado de nosotros mismos. Y hay que protegerlos. Una madre daría la vida por cualquiera de sus hijos sin dudarlo. Y de pronto llega un día en que los hijos lo entienden.

—Bien, Elisa, intente descansar, nos vamos —se despidió Sara; Leandro registraba una a una las palabras de la mujer—. Si en algún momento recuerda algo más, no dude en llamarnos.

—Así lo haré.

Los tres inspectores salieron al frío de la mañana con las mismas

preguntas, las mismas pistas y la misma sensación de que Alberto no había muerto, sino que había huido de todo aquello. Se subieron al coche y se dispusieron a enfrentarse a una nueva mañana llena de incógnitas. Mientras, Elisa subió a la habitación de su hija, quien de nuevo lloraba encima de su almohada. Se tumbó junto a ella y le acarició el pelo hasta que se quedó dormida. Al fin y al cabo, daría la vida por ella. Leandro, mientras tanto, salía de allí con la sensación de estar rozando la solución con la yema de los dedos.

CAPÍTULO 27. UN GOLPE DE SUERTE

Los tres inspectores llegaban al despacho cuando, de pronto, el teléfono de Mar comenzó a sonar.

—¿Mateo? —preguntó ella algo nerviosa.

—¡Hola! —la saludó nervioso—. Es que creo que deberíais saber esto.

—Eh… vale… ¿quieres que te pase con tu hermano? Estamos aquí en el coche…

—No hace falta —respondió él—. Es que me han llamado de la Consejería de Educación. Parece ser que hay que devolver el ordenador de Alberto y no lo encuentran por ningún sitio. ¿Podéis venir?

—Claro —respondió ella—, vamos a la comisaría. ¿Nos esperas allí?

—Sí, sí, tardo cinco minutos en llegar.

—Vale, hasta ahora —añadió antes de colgar.

—¿Qué ocurre, Mar? —preguntó Leandro preocupado.

—Tu hermano —respondió ella—, dice que le han llamado de la Consejería de Educación porque no aparece el ordenador de Alberto. Le he dicho que vamos a la comisaría ahora y que nos vemos allí. ¿Os parece?

—Sí, por supuesto —respondió Sara.

Mar resopló algo turbada. Había colgado el teléfono en cuanto había podido porque las charlas que solía tener con Mateo solían ser algo

más privadas y no quería tener una conversación así metida en un coche con su jefa, aunque fuera temporal, ni con el hermano del hombre con el que salía, por muy despistado que estuviera últimamente debido a su paternidad.

Cuando llegaron, Mateo los estaba esperando y, además, bastante nervioso. Se acercó de inmediato a Mar, ella le hizo un rápido gesto para que se quedara donde estaba. Él, por un momento, dudó; después, un intenso color carmesí se instaló en su cara.

Leandro sonrió divertido.

—¿Qué te han dicho? —le preguntó Sara—. ¿Tú le viste trabajando alguna vez con un portátil?

—Solo un par de veces, porque él solía usar los ordenadores de la sala de informática, pero llevaba siempre una cartera enorme de piel y dentro varias carpetas y un ordenador.

—Tendremos que examinar los ordenadores de la sala, Mateo.

—Claro, claro, lo que sea.

—En casa de Alberto no había nada —volvió a decir Mar—, ni en su coche, ni en la casa de su hermana, miramos incluso en el desván, tampoco en el Seat León de Elisa.

—Perdona… ¿has dicho Seat León? —preguntó Leandro extrañado.

—Eh… sí. Lo tenía aparcado en la puerta, ¿es importante?

—Bueno, no lo sé, es por un detalle…

—¿Leandro? —preguntó Sara, quien conocía a Leandro lo suficiente como para saber que algo en su cabeza estaba a punto de emerger.

—Es que… creo recordar que Raúl, el hermano de Héctor, me había dicho que la joven con la que se fue su hermano llevaba en las manos unas llaves con un llavero de Nissan. Supongo que no tiene ninguna importancia el llavero. Podría tener de un Ferrari si quisiera.

—Ya, aunque… las llaves del coche de Elisa no tienen ningún llavero de Nissan, sino de Seat —le dijo Sara—. Yo misma las cogí.

—Bueno, seguro que es una tontería —contestó él.

—Espera un momento —pareció recordar algo Sara. De pronto, se

puso a rebuscar entre los papeles.

—¿Qué buscas? ¿Te ayudo? —se ofreció Mar.

—Estaba mirando… ¿tenemos el resguardo de la detención de Elisa?

—Eh… sí, supongo, ¿qué buscas? —preguntó él ante la atenta mirada de Mar, que no entendía muy bien lo que estaba ocurriendo.

—¡Aquí está! —exclamó Sara—. Mirad… no llevaba las llaves de ningún coche, nosotros habíamos cogido las llaves de su casa para hacer el registro del coche y era un Seat. Tuvo que volver de alguna manera a su casa…

—Pudo ir en autobús, ¿no?

—Sí, pero juraría que cuando llegó a su casa lo hizo en coche, o al menos dijo algo.

No estoy segura

—¡Coño! ¡Tendrá dos llaves! —gritó Leandro.

—Puede ser, pero también podemos investigarlo.

—Hay otra cosa… —comenzó Leandro.

—¿Qué? —le animó Sara.

—Es algo que no soy capaz de recordar… Es algo que dijo ella, Elisa, no soy capaz de acordarme.

—Bueno, sigue pensando en ello. En el momento que menos te esperes, saldrá solo.

—Creo que tienes razón —coincidió él.

—¿Volvemos a su casa? —preguntó Mar.

—No lo sé, me gustaría ir hasta allá tras haber encontrado el coche, la verdad —

confesó Sara—, aunque pensándolo bien, tampoco tenemos mucho tiempo.

Mateo escuchaba sin intervenir, casi se podía palpar la emoción en el ambiente al encontrar una nueva pista.

Al final, decidieron acercarse a casa de Elisa; tenían una nueva orden de registro para el domicilio de Alberto. El comisario había movido unos cuantos hilos para que se la proporcionaran, puesto que el juez encargado del caso no estaba muy conforme al ser el segundo registro del mismo domicilio. La mujer abrió la puerta algo extrañada, verlos de nuevo allí con un papel en la mano para volver a poner patas arriba su casa no hizo más que aumentar su nerviosismo, aunque no tenía ya muchas razones para ello. Era evidente que había llorado, y mucho. Tenía pinta de ser una víctima y, en cierto modo, lo era. Pero a Sara no le engañaba el semblante triste y los ojos llorosos.

—Buenos días, Elisa —saludó Leandro.

—Tenemos una orden de registro para el domicilio de Alberto, antes queríamos hablar un momento con usted por si nos puede ayudar a encontrar lo que necesitamos antes de ir allí—le explicó Sara casi de inmediato.

—¿Otra vez? De verdad, inspectora, que no sé nada más.

—Queremos saber si tiene usted coche y qué modelo es.

—¿Mi coche? Es un Seat León. Lo registraron, ¿no?

—Sí, lo que le queríamos preguntar es si tiene otro vehículo. Quiero decir… usted un Seat León, su hermano un todoterreno …

—Y un Nissan —comentó ella.

—Pero el coche de Alberto no es un Nissan… —la corrigió Leandro.

—Sí, bueno, no, es que tiene dos coches. ¿No los registraron? El Nissan no lo usa mucho.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Sara con prisa.

—Eh… bueno, debería estar en su garaje.

—¿Y las llaves? —le preguntó Mar algo impaciente.

—En su casa, supongo… Yo no las tengo.

—Usted las llevaba el día que vino a casa con Héctor, tenemos un testigo que lo recuerda.

—A veces me lo cambia por el mío, que es más nuevo. Perdón… me lo cambiaba.

Pero… ¡esperen! —añadió entrando a toda prisa en la casa. Leandro la siguió.

No tenían permiso para entrar ni ella les había invitado a pasar, el policía decidió obviar aquel detalle. Elisa abrió un cajón del mueble del salón y cogió una bolsa de papel. Al darse la vuelta se sobresaltó ante la presencia del inspector; no esperaba verlo allí.

—¡Qué susto! —exclamó—. Mire, inspector —añadió mientras esparcía el contenido de la bolsa sobre la mesa—. Son las cosas que llevaba Alberto encima el día de su muerte. No había sido capaz de abrir la bolsa hasta ahora. ¡Aquí están!

Elisa le tendió a Leandro un par de llaves metidas en un llavero con el logotipo de Nissan y le proporcionó la matrícula y el modelo del vehículo. De inmediato, se pusieron en marcha hacia la casa del orientador. Al llegar al garaje no encontraron el coche. Un par de agentes recorrió las dos plantas del parking, sin conseguir dar con él.

—Lo aparcaría en la calle —comentó Sara—. Voy a avisar a la central para que busquen el vehículo, mientras nosotros pateamos un poco esta zona.

Mientras en todos los coches de policía sonaba el aviso de la búsqueda del Nissan Almera propiedad de Alberto Arévalo, a Mar le llevó cinco minutos encontrarlo a un par de calles del domicilio. Avisaron a la Policía Científica para que comenzara a examinarlo antes de contaminarlo más de lo que ya estaría. En cuanto fue posible, abrieron el maletero. La cartera con el ordenador portátil estaba allí. A Leandro comenzó a latirle el corazón muy deprisa. Mar se adelantó y, tras pedir permiso a Sara, se dirigió a los técnicos pidiéndoles que le dejaran llevar el ordenador a analizar cuanto antes ya que tenían una orden de registro. Precintaron el portátil en una bolsa y la subinspectora Vargas se encargó de llevarlo personalmente al laboratorio para que lo examinaran lo antes posible. La acompañaron dos agentes de policía.

Una bolsa de deportes llamó la atención de Sara. Era bastante antigua y las asas se habían ido pelando por el uso. En un lateral se podían leer las iniciales A. A., así que supuso que le pertenecía al orientador, Alberto Arévalo. Le pidió a los agentes que la abrieran. Previamente, los técnicos habían hecho fotos y buscado huellas. El contenido de la bolsa era, cuando menos, inquietante. De allí sacaron varias fotos de adolescentes desnudas, en posiciones comprometidas. No salía la cara de ninguna, pero los cuerpos que de pronto observaban eran

claramente de niñas recién salidas de la pubertad.

Algunas incluso recién entradas en ella. Un camafeo todavía más antiguo que la bolsa aparecía dentro de una pequeña bolsa de plástico en la que lo acompañaban varias joyas de poco valor. Al abrir el camafeo, Sara observó a una pareja en dos pequeñas fotos muy antiguas. Aparecían vestidos de novios. Le pareció recordar una foto parecida de la casa de Elisa, con lo que pensó que muy bien podía ser un recuerdo de sus padres. Le inquietó el detalle de las fotos, que aparecían parcialmente quemadas por abajo y el camafeo ennegrecido, como si lo hubieran sacado de un incendio.

—Leandro —dijo entonces—, tengo una corazonada. ¿Sabemos cómo murieron los padres de nuestros mellizos?

—Eh… pues creo recordar que en algún momento lo hemos mencionado, en un accidente de coche… ¿puede ser? Tendría que comprobarlo.

—Necesito que lo hagas.

—¿Qué buscamos? —preguntó él muy atento.

—Quiero saber si el coche ardió.

Leandro miró el camafeo en la mano de su jefa y, rápidamente, su cerebro tejió los hilos hasta llegar a la misma conclusión que ella. La miró con admiración: aquella mujer era increíble.

—¿Crees que mató a sus padres, Sara?

—¿Por qué no? No sabemos mucho de él, normalmente cuando alguien decide matar a tanta gente es porque ya lo ha hecho antes. Además… —añadió sacando otra pequeña bolsa, esta vez de tela, del fondo de la bolsa de deportes—, mira lo que hay aquí.

Leandro contempló lo que parecía un puñado de medallas. Por un segundo perdió el equilibrio al pensar que cada medalla pudiera pertenecer a una víctima de la que no

supieran nada. Al fijarse bien se dio cuenta de qué se trataba. No eran medallas, sino, al menos, una decena de placas de las que se usan para las mascotas. A su mente acudieron las imágenes del día en que desenterraron a Héctor y la cantidad de huesos de pequeños animales que encontraron junto al cuerpo. En aquel trabajo todos sabían que la mayor parte de los asesinos en serie comienzan su andadura

torturando y matando animales.

Lo último que llamó la atención de Sara fue un sobre casi deshecho que se escondía en un bolsillo interior de la bolsa. De él sacó fotos de una pareja manteniendo relaciones sexuales en un sofá. Pudo distinguir en muchas de ellas a Elisa y, al menos, a las dos víctimas encontradas en el parque: Héctor Areces y Rubén Álvarez. Y, sin lugar a dudas, se encontraban en el sofá y el salón de la casa de Elisa.

Los técnicos se llevaron también una palanca que encontraron dentro de la rueda de repuesto. Era probable que se tratara del arma del crimen, por la forma que tenía y porque descubrieron que contenía restos de sangre. Decidieron darle absoluta prioridad.

Media hora más tarde, Leandro, Mateo y Sara añadían algunos detalles al panel mientras la subinspectora Vargas hablaba con un experto en informática de la Policía Científica. Poco después y con los dos inspectores mirando hacia la pizarra sin encontrar nada nuevo, como tantas veces, recibieron una llamada de una entusiasmada y enigmática Mar que les pidió que no la esperaran para comer. Mateo se excusó diciendo que tenía que volver al instituto, a su hermano le pareció que lo de comer con ellos le resultaba menos atrayente si no estaba Mar allí.

A eso de las cuatro de la tarde, el móvil de Sara comenzó a sonar.

—Mar… dime… ¿tenemos algo?

—Sara…tenéis que venir. Uno de los informáticos fue compañero mío en el instituto y al verme se ha puesto con el ordenador de Alberto de inmediato. Tenéis que ver esto.

—¿Es importante? —preguntó ella haciéndole un gesto a Leandro para que cogiera la chaqueta.

—¿Importante? Es el motivo que buscabas —respondió ella satisfecha.

—Vamos para allá —dijo ella acelerando el paso—. Leandro, son las cuatro y vamos a Oviedo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo digo por Ana, lo mismo se alarga la visita. No quiero que tengas problemas.

—No te preocupes, si se me hace muy tarde, me marcho antes y en

paz. Pero tengo tantas ganas como tú de saber lo que escondía ese cabrón.

—En marcha —contestó ella subiéndose al asiento del copiloto.

Justo antes de arrancar, el móvil de Leandro sonó. Si hubiera estado conduciendo, simplemente lo habría ignorado o habría pedido a Sara que contestara por él, pero decidió responder a la llamada antes de poner el coche en marcha.

—Leandro Gómez… ¿diga? ¿El accidente que les dije? Eh… a ver...un segundo… las víctimas se llamaban Mariano Arévalo y María del Pilar Sánchez sí… el accidente ocurrió hace once años, no sé la fecha exacta.… Sí… sí… ¡Lo sabía! ¡Muchísimas gracias!

Ha sido de gran ayuda, de verdad.

Sara miraba a su compañero sin pestañear. Leandro, simplemente, asintió, lo que hizo que se sintiera bien consigo misma a pesar de la crueldad de la situación. Su instinto seguía intacto. Aquel hombre había matado también a sus padres. Habría que comunicárselo a Elisa en algún momento.

—¿Así que el coche se quemó? —dijo ella.

—Sí, parece ser que ardió tras soltarse los frenos. Chocaron contra un árbol y se quedaron atrapados dentro. En el informe, por lo visto, dijeron que el padre iba fumando y que eso provocó que el vehículo acabara ardiendo; no quedó muy claro.

—Ya veo… —sentenció Sara.

No podían probar eso tampoco, todo se trataba de sospechas, era muy probable que aquél hubiera sido uno de sus primeros crímenes. De hecho, tendría que comprobar aquel informe, porque si el coche había quedado calcinado solo alguien que hubiera estado allí podría haber sacado el camafeo antes de que ardiera como todo lo demás.

Ya en Oviedo se encontraron con la subinspectora Vargas, quien les presentó al informático que se había encargado de poner en marcha el ordenador.

—Sara, Leandro, es el agente Silva —les presentó ella.

—¿Silva? ¿De qué me suena? —preguntó Leandro entonces.

—Bueno, tengo una prima que también es policía y trabaja en Gijón… lo mismo…

A la mente de Leandro acudió la mujer policía con la que trabajaba en la comisaría de Gijón, aquélla con la que se llevaba tan mal y cuya forma de trabajar tan poco le gustaba. Pensó que eso era algo a lo que iba a tener que acostumbrarse si se quedaba a vivir allí. Era una ciudad pequeña y muchos eran familia o se conocían lo suficiente como para serlo.

—Será de eso entonces —contestó él no queriendo entrar en detalles.

—¿Qué habéis encontrado? —preguntó Sara impaciente—. Parecía importante.

—Míralo tú misma, Sara —le pidió Mar; parecía horrorizada.

El ordenador de Alberto contenía un montón de carpetas, casi todas con nombres de personas. En un momento dado, Sara leyó los nombres de los tres adolescentes asesinados y el pelo de la nuca se le erizó. Siempre le ocurría cuando estaba a punto de descubrir algo importante. Después se toparon con una carpeta con el nombre de Elisa; la dejaría para el final.

El informático abrió la carpeta que le pidió la inspectora Benítez, la que tenía el nombre de María Blanco, esperando encontrar un informe detallado de la chica sobre el problema que le había hecho acudir a un orientador. Tras leer durante unos segundos, y con los ojos casi fuera de las órbitas, le pidió que abriera la carpeta de Lorena Rubio. Las dos contenían más o menos lo mismo. Varias conversaciones de chat en las que alguien llamado LUCAS hablaba con las chicas pidiéndoles que se desnudaran, que bailaran para él. Abrieron los archivos adjuntos a las conversaciones, donde encontraron varias fotos de las chicas desnudas, en posiciones y situaciones comprometidas. Tras seguir leyendo las conversaciones se pudieron hacer una idea de a qué se dedicaba Alberto: las seducía haciéndose pasar por un alumno de cuarto, Lucas Palacios, uno de los chicos más guapos y populares que conocía, y ellas caían en su trampa como moscas. Sara le pidió que le imprimiera todas las conversaciones para poder estudiarlas en casa.

Tardaron más de media hora en sacar las copias de todo. Ella se llevó las conversaciones con las tres víctimas adolescentes y las de cuatro chicas más. Leandro y Mar se llevaron otras tantas.

Sobre las once de la noche, y cuando Sara pensaba que no podía sentir más asco, comenzó a leer la conversación que habían sacado de la

carpeta titulada REBECA. Nada más empezar a leer, marcó el teléfono de Leandro. Este le contestó somnoliento.

—Dios mío, te he despertado, lo siento, no me acostumbro a que ahora seas padre.

—No te preocupes, me temo que el Leandro que conocías ya no existe, ahora manda Hugo. ¿Qué ocurre?

—Es que estoy leyendo la conversación que me llevé que Alberto tenía titulada como REBECA y necesito que la veas. ¿Hay alguna posibilidad de que…?

—¿Rebeca? ¿Su sobrina?

—Me temo que sí —respondió ella asqueada.

—Ven para casa. No llames al timbre, llámame al móvil cuando llegues y te abro.

—En diez minutos estoy allí —prometió Sara.

Mientras se vestía, Sara cogió los folios correspondientes a la carpeta de Lucas Palacios, que también estaba allí. Leyó durante un buen rato, por lo que tuvo que avisar a Leandro de que tardaría algo más de lo que pensaba. De pronto, mientras leía uno de los folios, sintió como se le aceleraba la respiración.

LUCAS: Joder, tío, ya no te puedo pasar más, mi padre se va a dar cuenta.

ALBERTO: Mira, chaval, tu padre es traumatólogo y tiene acceso a eso y a mil cosas más.

LUCAS: Ya, pero…

ALBERTO: Ya pero ¿qué? Estás en un buen lío. Te pillé con drogas y en lugar de delatarte te encubrí.

LUCAS: Más bien me chantajeaste.

ALBERTO: Llámalo como quieras, pero si no colaboras, voy directo a tu padre al director y a explicarles que el chico guapo de cuarto que piensa ser médico como su padre tenía escopolamina como para follarse a medio instituto y encima que ni se enteraran.

LUCAS: No, no, le conseguiré más. Pero es la última vez.

ALBERTO: Ya veremos…

¡Ahí estaba el motivo! Al menos el de matar a Lucas estaba claro. Leandro no se lo iba a creer… ¡Leandro! ¡Claro! Había quedado con él hacía ya un rato. Tenía que ponerse en marcha.

Diez minutos más tarde, y una vez que los dos compañeros se instalaron en el salón tras comprobar que tanto Ana como su hijo dormían plácidamente, Leandro se dispuso a leer aquella conversación.

—Mira esta primero —le pidió Sara mientras le tendía unos folios.

—¿Qué es esto?

—El motivo para acabar con Lucas Palacios.

—¡Menudo hijo de puta! —exclamó él. Con razón se suicidó.

—No sé… creo que con todos estos papeles tenemos la prueba de que no se quitó la vida, sobre todo en la conversación que tuvo con su sobrina.

—¿Estás segura? —preguntó él.

—No del todo, es más una sensación. Estas conversaciones me dan muchas pistas de lo que pudo pasar. He llamado al comisario Ruiz para avisarle de que he pedido una orden de detención contra Elisa Arévalo; confío en que no tarden mucho.

—Bueno, espero que me cuentes tus conjeturas por el camino, voy a vestirme —dijo él. Llevaba puesta ropa cómoda para estar por casa y si tenían que salir a aquella hora no quería tener que ir con lo puesto —. ¿O prefieres que lo lea primero?

—No, no, vístete, mientras llega la orden te voy resumiendo yo lo más importante —

le explicó ella.

—Vale —respondió él.

Tardó un par de minutos en aparecer vestido de nuevo en el salón. Sara se apresuró a darle un buen taco de folios en los que ella había anotado la palabra Elisa con rotulador rojo. Leandro comprobó que su jefa había ido subrayando lo que le había parecido más importante.

—¿Qué es esto, Sara?

—Es una especie de diario que llevaba sobre todo lo que tuviera que ver con su hermana. Si te lees lo que está subrayado, creo que tendrás suficiente. Es muchísimo, lleva escribiendo sobre su hermana desde la adolescencia.

—Joder, estaba obsesionado con ella —dijo Leandro según leía frases aquí y allá—.

Mira…

Menuda zorra estúpida, ¿de verdad pensabas que ese mierda podía ser tu mitad? Al llegar preñada lo único que ha frenado mis pasos para ir directamente a reventarle el cráneo han sido tus lágrimas. Se te ve tan indefensa…

Pero no te preocupes, mi vida, a ti y a la criatura que llevas dentro jamás os faltará nada mientras yo viva…

—Joder, Sara, escucha esto:

¿Y de verdad pensabas que ese montón de estiércol podría darte un futuro? ¿A ti y al bebé?

Elisa… Elisa… no llores más, no te preocupes, ya me he encargado de todo. Ha llorado como un bebé, ha suplicado por su miserable vida. Jamás lo encontrarán, te lo juro… ahora hay un cerdo menos y nosotros siempre estaremos juntos…

—Sí, parece que es posible que matara al padre de Rebeca, hay que interrogar a Elisa sobre eso —zanjó Sara—. Hay una parte que necesito que leas —le pidió mientras pasaba las hojas—. Mira, aquí, es de hace pocos meses.

—A ver… —le pidió Leandro, quien a cada segundo que pasaba estaba más asqueado.

¿Pero no te das cuenta de que solo buscan follarte? ¿No te das cuenta de que lo único que quieren es aliviarse contigo? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que nadie te ha querido nunca como yo? Cuando hacemos el amor en tu sofá puedo ver en tus ojos que lo sabes, que en fondo quieres que ocurra a diario, pero te empeñas en conocer a esos cerdos que lo único que quieren es meterte la polla y después buscar a otra con la que pasar el rato. Eres tan frágil… Pero no te preocupes, mi vida, jamás te dejaré, te haré el amor cuantas veces quieras… mi pequeña… mi Elisa…

No te preocupes, él no te hará daño nunca más, siempre te protegeré…

—Madre mía, Sara, esto es casi una confesión completa.

—Sí, me lo he leído entero y es asqueroso.

—Por fin tenemos el motivo —comentó Leandro.

—Es cierto. Por lo que se deduce de todo este material, Alberto Arévalo estaba enamorado de su hermana desde la adolescencia y ella, por supuesto, no le correspondía. Es muy probable que matara a esos jóvenes por eso, porque odiaba verlos con ella.

—¿Y a los adolescentes? —preguntó él.

—Los motivos de eso no creo que podamos demostrarlos, al menos con estas conversaciones. Creo que se trataba de un enfermo obsesionado por las chicas jóvenes.

De hecho, no sé si te has fijado, pero Elisa tiene un cuerpo muy parecido al de las adolescentes.

—¿Y por qué a ellas? —dijo Leandro extrañado.

—Supongo que tenía la oportunidad dado el puesto que ocupaba —le explicó ella—.

Y a Lucas necesitaba silenciarlo para que no se fuera de la lengua.

—Sí, tiene sentido, a ver qué nos dice el juez. ¿Y la orden de detención? ¿Crees que Elisa mató a su hermano?

—Estoy casi segura, Leandro. Nos ha mentido, es muy buena dando pena a los demás, creo que esa mujer descubrió lo que estaba ocurriendo y decidió acabar con ello cuanto antes.

De repente, el teléfono de Sara comenzó a vibrar: le daban luz verde para detener a Elisa.

La mujer les abrió la puerta sabiendo perfectamente a lo que iban a su casa. De hecho, esa misma tarde había pedido a la madre de la amiga de su hija que durmiera aquella noche allí. Tanto ella como Sara sabían que la joven tenía mucho que explicar, lo haría más adelante. Elisa no se resistió, cogió su abrigo y se dirigió con ellos a la comisaría.

Más que asustada se sentía liberada. Por fin era ella quien decidía y no la voz de su hermano, como siempre.

—Elisa —comenzó Sara ya en la sala de interrogatorios—, hemos encontrado el ordenador portátil de su hermano. Contiene conversaciones con varias jóvenes problemáticas. Según hemos podido comprobar, primero se acercaba a ellas haciéndose pasar por un joven de su edad y, cuando conocía sus miedos, sus puntos débiles, sus complejos, lo utilizaba para acercarse a ellas como orientador y, una vez que tenía su confianza, las drogaba y abusaba de ellas.

Elisa permanecía impasible; Leandro la miraba con dureza: aquella mujer lo sabía todo. Comenzaba a sentir asco. La subinspectora Vargas, a quien Sara había despertado

media hora antes, contemplaba todo tras el cristal sintiendo que en el mundo había demasiados depredadores.

—Usted lo sabía, ¿no? —le preguntó Sara. ¿Qué hay de verdad en lo que nos ha contado, Elisa?

—Aunque no lo crea, es todo verdad, inspectora. Supe lo de Alberto el día que murió.

Mi hija por fin se sinceró conmigo y me contó lo que estaba ocurriendo. La pobre había descubierto que el cerdo de su tío se hacía pasar por ese chico que le gustaba y sentía asco de sí misma.

—¿Y cómo lo descubrió su hija?

—Recibió un mensaje de Lucas la tarde de su muerte. Después comprobó la hora y se dio cuenta de que cuando recibió el mensaje, el joven ya estaba muerto, así que tenía que ser otra persona. Además me contó que un día Lucas se cruzó con ella en un pasillo y no la reconoció. Entonces comenzó a atar cabos.

—Ya… ¿y cómo llegó a la conclusión de que había sido su tío?

Elisa, de repente, decidió guardar silencio. Se dio cuenta de que acababa de darles el motivo para acabar con su hermano sin siquiera percatarse de ello.

—Usted mató a Alberto, ¿no es así? ¿Por qué lo hizo?

—Sí, esa tarde estaba en el club de lectura. Mi hija me envió un mensaje diciendo lo que acababa de descubrir. Por aquel entonces no hablábamos mucho y creí que intentaba castigarme o algo así. Cuando me envió fotos de las conversaciones que tenía con él, me puse enferma. Realmente me puse enferma. Se lo dije a las demás y me marché. Llamé a Alberto, me dijo que estaba en un camino del Parque Fluvial, que no podía ir a casa porque la estaban registrando. Me acerqué con el coche y le obligué a confesar. No se esperaba que lo supiera, me lo contó todo.

—¿Cómo consiguió que se tomara los sedantes?

—Bueno, cuando voy al club de lectura suelo llevar un termo con café. Mi hermano salió del coche a mear, ya sabe, los hombres como lo hacen en cualquier sitio…

aproveché para echar las pastillas en el café y después le ofrecí un poco. Se tomó más de

medio termo, así que no tardó mucho en quedarse dormido. Miré en el maletero y vi la goma. Hace poco se quedó tirado en la autopista porque el indicador del depósito se le estropeó y no tenía combustible. Un hombre paró y le echó un poco de gasolina de su propio coche usando una goma como ésa. Desde entonces siempre lleva una. Conecté el tubo de escape con la ventanilla y puse el coche en marcha. Después me marché, solo podía sentir asco.

Algo seguía sin tener sentido para el instinto de Sara, pero ahí estaba la confesión de aquella mujer. Por fin tenían culpable, o culpables, motivos y oportunidad, que era lo que les había faltado hasta el momento. Cuando salió de la sala de interrogatorios, el comisario la felicitó satisfecho; había tenido sus dudas de mantenerla en el caso dada la presión que ejercían sus superiores sobre él, ahora se alegraba más que nunca de no haber dado su brazo a torcer. Busquets jamás habría resuelto aquel caso.

CAPÍTULO 28. MIRIAM

Leandro se movía nervioso. Sabía que el resto de la noche no podría dormir con normalidad. El caso estaba cerrado, o al menos eso parecía. ¿Entonces por qué su cuerpo se rebelaba? ¿Se les habría escapado algún detalle que no supieran ver? ¿Qué era aquello que había dicho Elisa y que pugnaba por salir a la superficie? Se dirigió al salón y puso la televisión en voz baja para no despertar a su mujer y al pequeño. Antes de sentarse se bebió un buen vaso de agua y pasó por el baño a hacer pis. Cuando volvió al salón, la familiar luz tintineante y el olor a incienso le avisaron de lo que iba a ver. No sentía miedo, realmente Miriam nunca le provocaba temor, pero una sensación de desasosiego se iba apoderando de él.

—Leandro… pasa, mira esta tirada.

—Yo no entiendo las cartas, ya lo sabes.

—Estas sí —le contestó ella; él la miró con extrañeza.

El pelo de Miriam, completamente rojo, casi hacía daño a la vista. Se obligó a contemplar las cartas que tenía esparcidas en la mesa, pero no encontró nada diferente de otras veces; aun así, siguió mirando.

—Mira, Leandro, mira estas dos reinas, la de bastos y la de copas. ¿Ves cómo la de bastos me ha salido encima? ¿Ves cómo no la deja vivir?

Leandro miraba, pero, en sueños o no, cada vez entendía menos. Entonces Miriam le miró a los ojos, él lo sintió muy dentro, no era capaz de apartar la mirada de aquella misteriosa mujer.

—Busca en tus recuerdos, Leandro, busca en tus lecturas —añadió mientras señalaba la estantería llena de libros—. Lo tienes delante de tus ojos.

Él se acercó con paso trémulo a mirar la estantería que Miriam le señalaba con el dedo extendido.

—Busca en tus recuerdos y deja que la vida fluya, no dejes que la mala hierba acabe con los brotes nuevos.

La mujer pelirroja se iba difuminando poco a poco. Leandro quería gritar, quería pedirle que no se fuera nunca, pero eso era imposible. Hacía ya demasiado tiempo.

Comprobó que no estaba frente a la estantería mirando los libros como ella le acababa de pedir, sino recostado en el sofá. Se había dormido sin duda alguna y había soñado con la mujer pelirroja que tanta ayuda les había prestado en el pasado.

Se levantó con sigilo y se dirigió hacia donde pensaba que ella le había pedido que miraba. Había un libro del revés. Al mirar el comercial título de una de las novelas que más veces había leído durante su juventud, la sangre se heló en sus venas. Todo el tiempo habían tenido la solución allí delante sin ser capaces de verla. Como para reforzar sus pensamientos, el pequeño Hugo comenzó a llorar. Su esposa le cogió en brazos mucho antes de que Leandro pudiera llegar a la habitación. Entonces, una parte de la conversación con Elisa le vino a la mente de inmediato. Marcó el móvil de Sara mientras se dirigía de nuevo al salón. Las palabras de Elisa se abrían paso en su mente:

"Cualquier madre daría su vida por cualquiera de sus hijos sin dudarlo. Son como brotes nuevos". Cogió nuevamente el libro de la estantería y contempló el título una vez más.

—¿Sara? Tenemos que vernos ya, es importante.

—Joder, Leandro, ¿has visto qué hora es?

—Claro que lo he visto, nos hemos equivocado de persona —respondió él enigmático. Sara comenzó a maldecir. Odiaba que su compañero hiciera eso, pero mucho más odiaba que lo hiciera a esas horas de la madrugada.

—¿De qué coño hablas? —preguntó ella.

—Tengo un libro en la mano…

—¿Me llamas porque te ha entrado la paranoia al leer un libro de madrugada?

—Escucha el título, Sara, seguro que incluso lo has leído, porque en su momento fue un *best seller*. "La clave está en Rebeca". ¿Te suena?

Sara escuchó a su compañero sin entender. ¿La llamaba a las cuatro de la mañana porque había encontrado ese libro de un autor como Ken Follet en el que salía el nombre de la hija de Elisa? Según se iba despertando, una teoría se iba formando en su mente. "La clave está en Rebeca". ¡Claro! ¿Cómo había estado tan ciega?

Decidieron dormir un poco y acudir a la comisaría a las ocho de la mañana. Ni Elisa ni su hija se iban a mover de donde estaban. Al llegar nuevamente a la sala de interrogatorios, la mujer les recibió con una dureza inusual en ella. Había asumido el papel de protectora y no se despegaría de él jamás.

—Elisa —comenzó Sara—, nos ha mentido… de nuevo.

—No, en absoluto.

—Cuéntenos otra vez cómo mató a su hermano y el motivo —le pidió dejando el libro de Leandro frente a ella de manera casual.

Ella los miró y tragó varias veces dispuesta a hablar. Entonces se dio cuenta de que daba igual lo que dijera, la habían descubierto.

—¿Cómo lo ha sabido, inspectora?

—La verdad es que fue el inspector Gómez el que se dio cuenta. Se lo dijo usted al hablarle de su hija, eso y el cambio de actitud entre ustedes son los que nos han advertido de lo que ocurría.

—No podía fallarla, le he fallado demasiadas veces.

—¿Fue ella, verdad? ¿Cómo ocurrió?

—Sí. Cuando se enteró de que su tío se hacía pasar por Lucas para verla desnuda, enloqueció. Después me cogió los sedantes y preparó café. Se lo dio a Alberto. Le engatusó haciéndole creer que se dejaba seducir por él. El muy cerdo se lo creyó. Y se la llevó de casa por si llegaba yo en el momento menos oportuno. Pero al ir a su casa vio que la policía estaba allí y siguió conduciendo. Los sedantes comenzaban a hacer efecto, así que tuvo que parar. Rebeca conectó el tubo y volvió a casa caminando. Nada más cambiarse de ropa llegaron ustedes a registrar la casa, así que sintió pánico y me contó lo que había hecho.

—Y entonces usted simuló encontrarse mal y se marchó a comprobar si realmente estaba muerto.

—Exacto. Mi hija ha sufrido mucho, inspectora. Durante mucho tiempo vio cómo su tío abusaba de mí. Ella pensó asqueada que yo estaba de acuerdo, porque jamás me vio resistirme y siempre hemos estado muy unidos. Aquella noche le conté lo de la droga que me echaba en la bebida y la pobre se sintió culpable por la cantidad de veces que me había tratado mal. Creí que mi vida había terminado el día que mi hija mató a mi hermano y, en realidad, es el día que volví

a nacer. He recuperado a mi hija y lucharé por ella hasta el final. Se lo dije, inspectora, moriría por ella sin dudarlo.

Sara se levantó con un sabor agridulce. Sabía que Rebeca iría a un centro de menores, solo esperaba que el juez tuviera en cuenta el atenuante de saber lo que había sufrido bajo el ala de Alberto; ella, desde luego, así lo haría constar en su informe. Pensó en la cantidad de gente que había sufrido por aquel hombre y, aunque estuviera en contra de todo lo que pensaba, casi se alegró de que la joven hubiera acabado con su vida.

Salió de la comisaría con una especie de resaca por la falta de sueño y el asco que le producía aquel caso y con la euforia de haber vuelto por fin. Se tocó la mano allí donde el dedo faltaba como para asegurarse de que todo era real. Leandro se dirigió a ella y, tras darle un gran abrazo le dijo:

—Bienvenida a casa, Sara.

CAPÍTULO 29.

Sara pasaba las fotos en el móvil a toda prisa. En cinco minutos vendrían a buscarla para ir a realizar una detención. Esperaba a que el subinspector Solís llegara con la orden. En el teléfono, las imágenes de Hugo se sucedían como si de su propio sobrino se tratara. Había pocos días en los que no recibiera una nueva, Leandro se encargaba de eso. Tenía ya casi cuatro meses y aquel pequeño de cara arrugada y ojos cerrados se había convertido en un bebé regordete y sonriente. Incluso Leandro parecía haber rejuvenecido con él.

De repente, la puerta del despacho se abrió de par en par y Sara se sobresaltó. Aquel subinspector la mataría de un susto sin remedio.

—¡Solís! ¿Es que no le enseñaron a llamar en su casa o qué? —le recriminó.

—Perdón, jefa…

—Inspectora Benítez, se lo he dicho mil veces, no me llame jefa.

—Claro, jefa —respondió él; ella puso los ojos en blanco.

—¿Ha traído la orden? —preguntó Sara intentando no pensar demasiado en aquel joven impulsivo y nervioso.

—Por supuesto, aquí la tiene, jef... inspectora.

—Muchas gracias, Solís. Bien... vamos a proceder. ¿Es su primera detención?

—No, no, claro que no.

—Perfecto, tome —añadió ella tendiéndole el papel—. Y no olvide leerle sus derechos.

A juzgar por la manera en que empezaba a sudar el subinspector era probable que no fuera la primera detención, pero sí la segunda que realizaba en toda su vida. Sara

esperaba que su dedicación y su suspicacia suplieran su falta de concentración y su nerviosismo. Llevaba a sus órdenes un par de semanas. Habría que darle un poco más de tiempo.

Cuando iban a salir del despacho, unos golpes sonaron en la puerta, y ella se apresuró a abrir, ya que estaba justo delante. Al otro lado, una familiar sonrisa iluminaba el quicio de la puerta. Los ojos azules de Leandro destacaban en aquel rostro afable. Sara se alegraba tanto de verlo...

—Subinspector —dijo entonces ella—, por favor, pídale al inspector Crespo o a la inspectora Ramírez que le acompañen a hacer esa detención, no creo que les importe, yo tengo que hablar con este amigo que acaba de venir.

Leandro iba a protestar, pero un gesto de Sara le hizo guardar silencio de inmediato.

El joven subinspector pelirrojo se despidió y se dirigió con cara de despiste a otro despacho. Era evidente que no le hacía ninguna gracia no ir con su jefa. De hecho, en la comisaría cualquiera de los subinspectores habrían dado cualquier cosa por trabajar con una mujer como Sara Benítez.

Una vez dentro del despacho, Leandro y Sara se dieron un abrazo.

—¿Cuándo has llegado?

—Ayer. Vengo a darte una noticia.

—¿No me digas que vas a tener otro hijo?

—No, no, claro que no. Esto me pilla un poco mayor, Sara, aunque tengo que reconocer que es lo que más feliz me hace en el mundo.

—Ya me imagino. Entonces… ¿Mateo… y Mar?

—No. Bueno, ellos siguen juntos, sí, y les va bien, pero no van por ahí los tiros. En realidad, venía a traerte esto.

Sara abrió el sobre que le tendía su amigo. De inmediato, unas palabras captaron su atención.

“… tendrá que volver a su puesto de trabajo antes del 11 de abril de 2016 a las 9.00…”.

—Leandro… ¿Es de verdad?

—¿Un café, JEFA? Aunque, en realidad, empiezo mañana.

—Entonces, hoy invito yo —respondió ella con la sensación de que de nuevo todo volvía a estar en su lugar.

FIN

Agradecimientos

A veces me preguntan sobre mis personajes... Yo los creo, sí, pero ellos se forjan. Así algunos pasan a formar parte de esta familia perfecta e imperfecta que hace un tiempo decidí labrarme. Algunos, incluso, me conocen mejor que yo misma y deciden lo que harán, cuándo y por qué. Yo solo me limito a transmitirlo al papel. Y que sea así por muchos años o por muchas historias más.

En primer lugar, quería dar las gracias a mi familia por esta nueva oportunidad de que otra novela vea la luz; ellos son y serán siempre mi mayor apoyo.

A mis tres hijos, porque siguen asombrándose con mis historias, o quizá se asombren de que se las siga contando, no sé. Pues he de deciros que aún hay más.

A mis amigos, a mis compañeros, por pedir más. ¿Como negarme a lo que estoy deseando hacer?

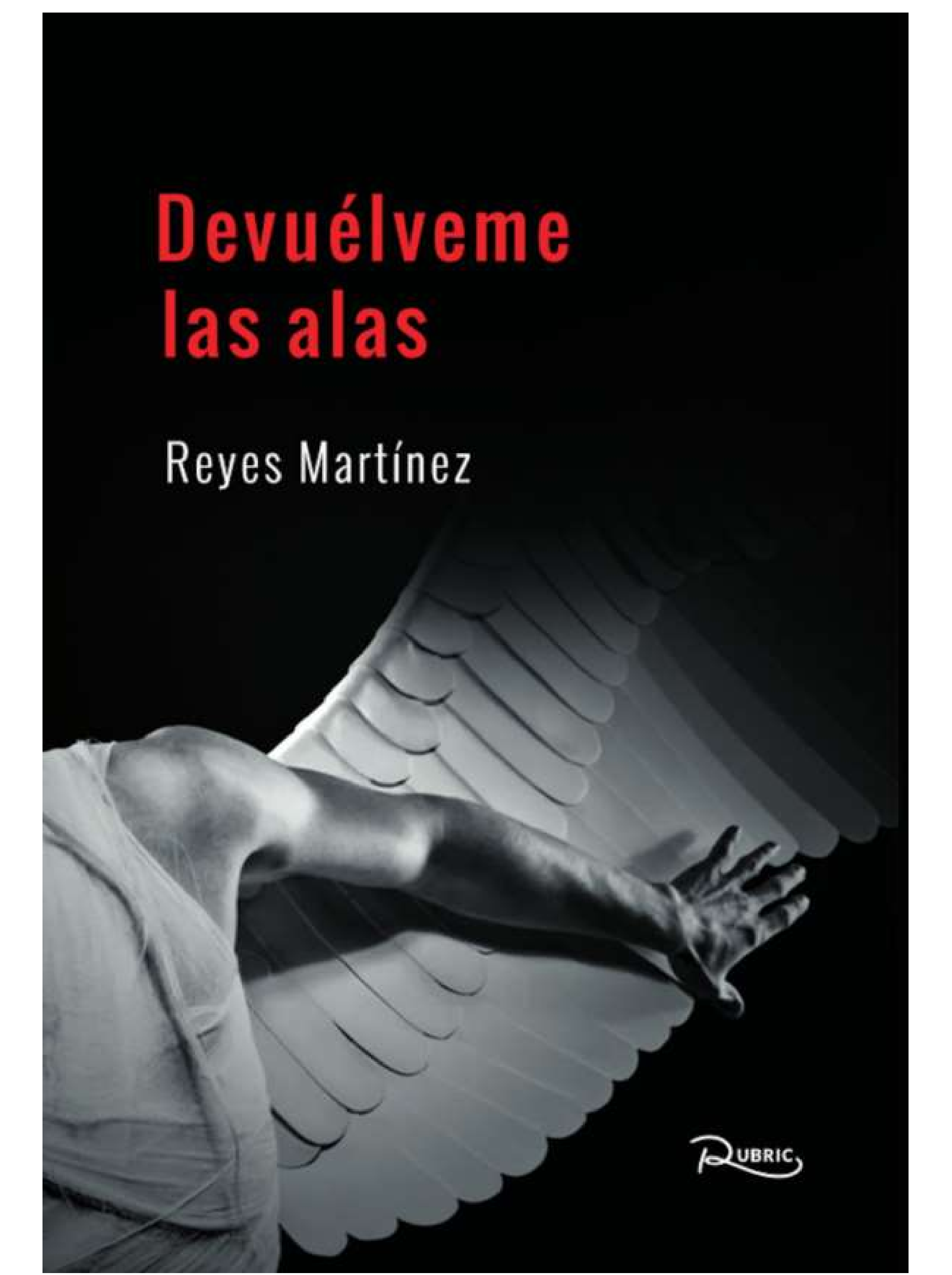
A mi padre, porque sería, sin duda alguna, mi fan número uno.

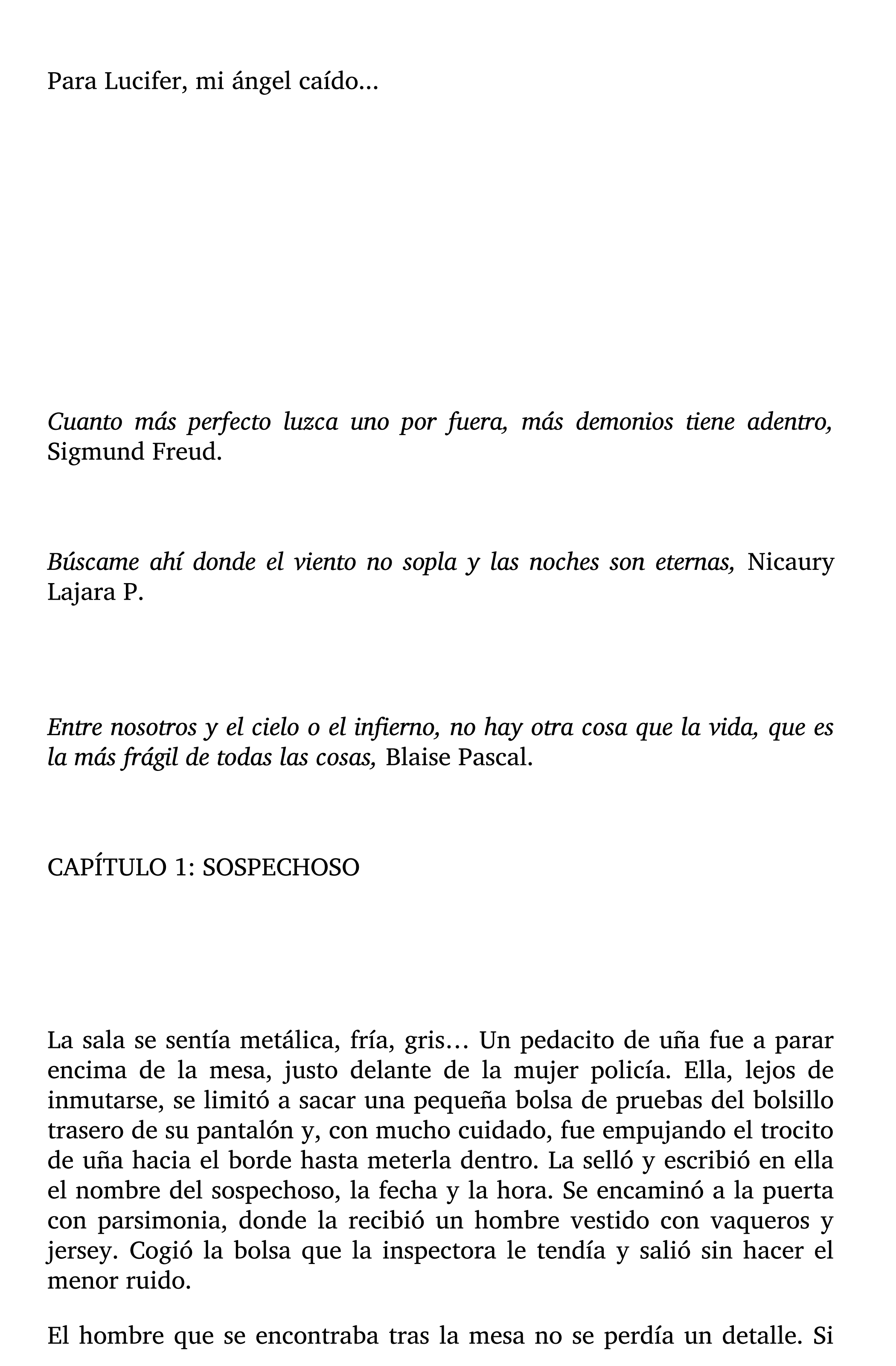
Al boli rojo de Ana.... y a Ana y su boli rojo, porque no sé donde empieza la una y donde acaba el otro.

A Ramón porque gracias a él cada día aprendo algo nuevo.

A mis libreros de cabecera, por su ayuda, su apoyo, su confianza... por creer. Porque no solo venden libros, venden sueños.

Y a los que, a pesar de haberse tenido que marchar, sigo sintiendo a mi lado, porque los que saben dejar huella, nunca se marchan del todo...


Devuélveme
las alas
Reyes Martínez
RUBRIC



Para Lucifer, mi ángel caído…

Cuanto más perfecto luzca uno por fuera, más demonios tiene adentro, Sigmund Freud.

Búscame ahí donde el viento no sopla y las noches son eternas, Nicaury Lajara P.

Entre nosotros y el cielo o el infierno, no hay otra cosa que la vida, que es la más frágil de todas las cosas, Blaise Pascal.

CAPÍTULO 1: SOSPECHOSO

La sala se sentía metálica, fría, gris… Un pedacito de uña fue a parar encima de la mesa, justo delante de la mujer policía. Ella, lejos de inmutarse, se limitó a sacar una pequeña bolsa de pruebas del bolsillo trasero de su pantalón y, con mucho cuidado, fue empujando el trocito de uña hacia el borde hasta meterla dentro. La selló y escribió en ella el nombre del sospechoso, la fecha y la hora. Se encaminó a la puerta con parsimonia, donde la recibió un hombre vestido con vaqueros y jersey. Cogió la bolsa que la inspectora le tendía y salió sin hacer el menor ruido.

El hombre que se encontraba tras la mesa no se perdía un detalle. Si

aquel gesto le había sorprendido, no daba muestras de ello. Como para desafiarla más aún, mordió otra uña que tenía a medias y escupió un nuevo pedazo. La mujer se limitó a barrerlo con la manga de su camiseta.

–Ahí tiene otro.

–Tranquilo, con el primer pedazo nos basta para obtener su ADN –le dijo con indiferencia.

La cara del hombre seguía sin transmitir ninguna emoción. Aguantaba impasible la mirada de la mujer policía, como si no tuviera nada que ocultar…, o mucho. La inspectora se colocó el pelo negro tras las orejas en un gesto habitual. Durante mucho tiempo intentó ocultar su mano derecha, aunque hacía ya meses que enseñaba deliberadamente el hueco de su dedo anular. Se había dado cuenta de que aquello solía intimidar a los sospechosos; o en algunos casos la ayudaba a empatizar con ellos, quizá por la curiosidad que sentían por la posible causa de esa pérdida. Su sospechoso miró

sin disimulo la mano que ella se afanaba en mostrar. Sara no percibió, sin embargo, ningún cambio en su actitud ni en su expresión.

Ella intentaba decidir si estaba ante una buena persona, involucrada sin comerlo ni beberlo en un suceso desagradable; o si, por el contrario, aquel hombre era un sociópata incapaz de sentir nada ante el sufrimiento humano. Abrió la carpeta: “Ángel Santamaría”. Un nombre corriente, con un trabajo normal y una vida aburrida… en apariencia. A su cabeza acudió la imagen de un ángel sacado de un cuadro de Rubens; aunque la desechó enseguida, puesto que no era creyente en absoluto. Desde que hacía dos años se vio involucrada en el caso de Gabriel, el asesino de videntes, imágenes como aquella acudían a su mente sin previo aviso.

Miró con descaro a su sospechoso. Si no se decidía ante el tipo de persona que se encontraba, la investigación se resentiría mucho. Normalmente su instinto no le fallaba, en aquel caso se encontraba totalmente perdida. Y él no ayudaba mucho con su actitud.

–A ver…, Ángel… –comenzó a hablar–. Empecemos de nuevo.

A Sara le pareció que el hombre tensaba las mandíbulas durante una fracción de segundo, fue tan breve que muy bien podía habérselo imaginado. Ella estaba acostumbrada a interrogatorios eternos en los que los sospechosos, o al menos la inmensa mayoría, acababan cometiendo algún error. Llevaban en aquella sala casi dos horas y

aquel prometía ser uno de los interrogatorios más difíciles de su carrera.

–Ya le he dicho todo lo que sé –respondió él, desafiante.

–Pues… o sabe muy poco o se está riendo de mí. Lo primero no me lo creo y lo segundo no lo permitiría, ¿entiende?

–Tú misma –dijo él con desgana.

A Sara le resultó un poco confuso lo que acababa de ocurrir. Que se tutearan no tenía ninguna importancia, llevaban horas hablando y seguramente seguirían así mucho tiempo más, ella desde luego no lo tomaba como una falta de respeto. Que él hubiera respondido de inmediato, y con desafío, dejaba claro que no se dejaría intimidar por ella. Tendría que ir con pies de plomo o le tomaría la delantera. Se tocó la mano derecha, allí donde notaba la ausencia del dedo anular y de nuevo se sorprendió pensando en Gabriel. También se creía más listo que la policía, y en cierto modo lo fue, al menos durante un tiempo. No podía olvidar que él solo había conseguido cortarle el dedo. El hombre que tenía delante movía las rodillas bajo la mesa de manera compulsiva, movimiento que cesó nada más darse cuenta de que la mujer se percataba de ello.

–Ángel…, estoy esperando, cuando quiera puede empezar a hablar.

–Pregunte –la retó él sin dejar de mirarla a los grandes ojos color avellana.

–De acuerdo –concedió ella. Si quería que confesara, lo mismo le daba que lo hiciera mediante preguntas o dejándole hablar–. Según usted, llegó a su casa a las… cinco y media…

–Seis menos veinte –la corrigió de inmediato.

–Bien…, seis menos veinte –anotó ella en su cuaderno. Estaba dispuesta a terminar todas las hojas si era necesario–. Entonces llegó de trabajar a las seis menos veinte de la tarde y se encontró la puerta abierta. ¿No es así?

–Sí.

–¿Puede decir algo más? –añadió ella con impaciencia.

–Entré.

–¿Y? –preguntó Sara sin dejar de mirarle fijamente a los ojos y haciendo un gesto con la mano para que prosiguiera.

–¿Y qué? –la volvió a desafiar él.

Sara empezó a notar la ira y la crispación que crecían en su interior. Llevaba demasiado tiempo en la policía como para no saber controlarse, aunque tenía que reconocer que aquel individuo comenzaba a sacarla de sus casillas. El comisario Esteve contemplaba la escena junto a dos policías más en la sala contigua; prefirió no intervenir, pese a que habría entrado, con gusto, a poner en orden a aquel engreído. Ella era capaz de estar así horas y horas, no sería la primera vez. Observó al hombre y pensó que, muy probablemente, aguantaría tanto como ella, y no podía dejar de pensar que había una mujer desaparecida que no merecía aquella pérdida de tiempo.

Sin que nadie se lo esperara, la inspectora Benítez pegó un tremendo puñetazo en la mesa y tiró la carpeta esparciendo el contenido por el suelo. Se puso de pie y se apoyó en las dos manos desafiando a aquel individuo. De buena gana habría lanzado la mesa lo más lejos posible, si esta no hubiera permanecido anclada al suelo justo para evitar que hicieran aquello. Él bajó la guardia un segundo, no esperaba aquella reacción; estaba claro que creía tener el control precisamente hasta ese instante. Unos segundos después, su rostro se volvió impenetrable de nuevo, Sara no se rindió.

–¡Me estoy cansando, Ángel! –exclamó–. Quiero que me cuente todo, absolutamente todo lo que ha ocurrido esta tarde. Incluso quiero que me describa el olor, el color, la sensación… TODO.

¿Me oye? ¡TODO!

–Sí –volvió a decir él, ella rechinó los dientes, él sonrió con sorna–. A las seis menos veinte llegué de trabajar. Subí en el ascensor los dos pisos; suelo utilizar las escaleras, hoy estaba cansado y llevaba la compra que hice de camino. Al entrar al ascensor noté en el ambiente algo raro, no supe qué era y no pensé mucho en ello, la verdad.

–¿Qué notó? ¿Un olor? ¿Una sensación?

–Un olor, sí, olía a sudor, estoy seguro. Además, era un olor a sudor… rancio, no sé si me explico. No me pareció importante, no es la primera vez que el ascensor huele mal.

Lo entendería si alguna vez hubiera subido a la vez que los del cuarto con su perro…

–Continúe… –le interrumpió ella–. Como comprenderá, el perro de los del cuarto me importa bastante poco.

–Ya me lo imagino. Bien…, salí del ascensor y giré hacia la derecha, hacia mi casa. Me sorprendió no oír las voces de mis hijos.

–¿Tendría que haberlas oído? ¿Desde el rellano? –preguntó ella perpleja.

–Sí…, los niños son bastante ruidosos y los pisos de ahora, de cartón. Tienen nueve y seis años, y después de hacer los deberes suelen jugar. Les sobra energía, ya sabe, a esa hora están en pleno apogeo.

–Vale…, entonces notó olor a sudor en el ascensor y al salir no se oían las voces de sus hijos, ¿qué más?

–Hay unos veinte pasos desde el ascensor hasta la entrada de mi piso. Vi que la planta que la vecina del 2º D colocó en octubre estaba en el suelo, como si alguien la hubiera tirado al pasar, y también vi que la tierra se había salido de la maceta. Además, me pareció que se había roto el plato que había colocado debajo para que el agua no se saliera al regarla.

–Cuando llegó a la puerta de su casa, ¿qué le llamó la atención? –le preguntó Sara con paciencia mal contenida; aquel hombre, además de intimidarla, la crispaba más de lo que debería.

–Vi la puerta entreabierta y no debía estar así, mi mujer suele ser bastante cuidadosa para esas cosas, echa la llave siempre y cierra cuando sale, aunque solo sea para tirar la basura. También me fijé en el felpudo manchado, es bastante nuevo y eso me llamó la atención.

–¿De qué estaba manchado? ¿De tierra? ¿De barro?

–No, no, se veía claramente una mancha oscura, de algo líquido; claro que, al ser el felpudo marrón, no pude distinguir el color. Empujé la puerta despacio…

–¿Y no se le ocurrió llamar a la policía? –le interrumpió ella–. ¿Ve la puerta de su casa abierta, el felpudo manchado y no se le ocurre llamar a la policía?

–Bueno…, claro que no, aún no sabía lo que había pasado. Quiero decir que mi mujer podía haber salido a la calle con los niños y dejado la puerta abierta sin darse cuenta; aunque sea muy cuidadosa, esas cosas pasan. No me pareció necesario.

–¿Y la mancha de sangre del felpudo? –le preguntó Sara con malicia.

–No he sabido que era sangre hasta ahora. Podía haber sido vino o batido de chocolate o zumo…, no me agaché a olerlo, ¿sabe?

–Vale, es posible; pero una vez que entró sí se dio cuenta de que debía llamar a la policía y no lo hizo –añadió la mujer.

–Sí, abrí la puerta muy despacio, intentando escuchar cualquier ruido y fue cuando lo encontré todo revuelto: las fotos y los cuadros por el suelo, papeles por todos lados, ropa…

–¿Por qué no llamó entonces?

–Porque no sabía si mi mujer o mis hijos estarían en peligro. Tuve pánico y entré sin pensar.

¿Y si necesitaban ayuda? No podía perder el tiempo en llamar a la policía sin saber que estaban bien, y…

–Ya –respondió Sara mientras anotaba datos en el cuaderno que había recogido del suelo un instante antes. Su tono dejaba claro que no se creía del todo lo que el hombre contaba.

Lo miró sin disimulo, él no dio muestras de incomodidad. No era muy alto; incluso, aunque aún no lo había comprobado, le parecía que ella le sacaba un par de centímetros, pese a que no llegaba al metro setenta. Muy delgado, aunque fibroso. Los ojos vivos entre pardos y marrones y el pelo muy negro, peinado con esmero, le proferían un aire de juventud que alegraba un rostro serio y anguloso, perfectamente afeitado pese a ser casi de noche. Sara pensó que, al sonreír, se verían más marcados los hoyuelos que decoraban su cara. Él se afanaba en mostrarse serio y desafiante. En los ojos se apreciaba una chispa de lo que, en un primer momento, ella pensó que era maldad. Hasta que una palabra acudió a su mente mostrándole exactamente lo que el sospechoso transmitía: desconfianza. Eso era lo que no acertaba a definir, aquel hombre no confiaba en nada ni en nadie.

–Bien…, Ángel…, se lo preguntaré una vez más, ¿dónde está su mujer?

–Ya se lo he dicho: no lo sé.

–Todo lo que me ha contado no cuadra mucho. Lo sabe, ¿verdad?

–Mire, inspectora, me importa una mierda si cuadra o no, es la verdad. No sé dónde están ni ella ni mis hijos, ni si están bien. ¿Por qué me pregunta por mi mujer todo el rato? ¿Por qué no me pregunta por los niños? ¿Es que los ha encontrado? ¿Están bien?

¿Ellos están bien? ¡Diga algo! Me voy a volver loco…

Sara miró de manera casi imperceptible al cristal desde el que sus compañeros seguían el interrogatorio con interés. Pocos segundos después, un hombre de unos cincuenta años, aunque quizá el pelo canoso le hacía parecer mayor y no pasaba de los cuarenta y cinco, entró con paso decidido y se sentó junto a la inspectora. Ella se echó a un lado para dejarlo justo enfrente del sospechoso. Era evidente que el comisario acababa de darle permiso para concederle a Ángel cierta información y que siguiera él con el peso del interrogatorio.

–Buenas noches, Ángel –comenzó a decir el policía de cara amable y ojos azules–. Soy el inspector Leandro Gómez y estoy junto con mi jefa, la inspectora Benítez, aquí presente, al cargo de esta investigación.

Sara comprobó que, al enfatizar la palabra jefa, le había quedado muy claro al sospechoso quién mandaba allí. Y así, de paso, entraban en el juego de poli bueno y poli malo en un intento de que el hombre bajara la guardia. Leandro le tendió una mano que él no aceptó. Al inspector no le gustó el detalle. A Sara no le extrañó en absoluto, aquel hombre no era un sospechoso cualquiera.

–Sus hijos… –comenzó Leandro haciendo de inmediato una deliberada pausa para ver la reacción del hombre que tenía delante–, están bien.

–Gracias a Dios –resopló él, mostrando alivio. Sara pensó que había sido la primera reacción natural que le veía desde que llegaron. Al menos, la única que parecía espontánea, no aprendida y cuidada de antemano.

–Más bien gracias a usted –replicó ella de inmediato. Leandro sonrió para sus adentros. Sara pocas veces perdía la oportunidad de dejar clara su postura ante la religión, saltaba siempre como un resorte.

–¿Cómo dice? –preguntó él claramente extrañado.

–Usted avisó esta mañana a sus amigos… Rafael Molina y Lidia López para que recogieran a sus hijos a la salida del colegio y les explicó que no podía ir a por ellos.

–¡Mentira! ¡Eso es mentira! –exclamó él con ira, Leandro sintió un escalofrío al reparar en su mirada.

–Usted envió un mensaje con el móvil esta mañana a su amigo Rafael y él le contestó pocos minutos después explicándole que no había ningún problema. De hecho, no es la primera vez que se encargan de sus hijos, ¿no?

–Claro que no, también nosotros nos encargamos de los suyos. Entre amigos nos ayudamos, ¿sabe? Y yo no he hablado hoy con Rafa, se lo juro.

–Usted le ha enviado un mensaje a las…

–¡Imposible! –cortó él–. Anteayer me robaron el móvil en el gimnasio. Si alguien ha enviado un mensaje, no he sido yo.

–Vaya –intervino Sara–, qué conveniente.

–Depende de lo que insinúe, inspectora. ¿Conveniente para qué?

–Para quitarle del medio como sospechoso, por ejemplo.

–Piense lo que quiera, yo no tengo nada que ocultar. Este interrogatorio es una estupidez, pierden el tiempo. Yo solo quiero saber qué les ha ocurrido a mi mujer y a mis hijos.

–Sus hijos, como le acaba de decir el inspector Gómez, están en casa de sus amigos y están bien.

–¿Y mi mujer?

Los dos policías cruzaron una rápida mirada. No tenían ni idea de dónde estaba la mujer y tenían que reconocer que él tampoco parecía saberlo. En aquella profesión habían aprendido que eran las pruebas las que llevaban por sí solas a la resolución de un delito; así que, hasta que no tuvieran la certeza de que Andrea, la mujer de Ángel, estaba muerta, no tratarían aquel caso como homicidio. Y hasta que no tuvieran pruebas de la culpabilidad de él, estaban obligados a concederle el beneficio de la duda. En cualquier caso, la mujer permanecía desaparecida y, a juzgar por el estado en que habían encontrado su domicilio, en contra de su voluntad. En cuanto comprobaran que la sangre encontrada en su dormitorio era de ella, comenzaría la labor de búsqueda de forma oficial, dando parte a la Interpol.

–¿Sabe el grupo sanguíneo de su mujer? –preguntó Leandro.

–Exactamente no. Sé que es positivo, porque cuando iba a dar a luz de nuestros hijos siempre le hacían una prueba y le decían: “Ah, mejor, el problema surge cuando la madre tiene Rh negativo, como tú no lo eres…”. No tengo ni idea del grupo, la verdad, en casa están los informes de cuando dio a luz, pueden comprobarlo.

–Bien, los buscaremos y esperaremos a que nos avisen del laboratorio –concluyó el inspector en voz alta.

–Sé lo que parece, sé lo que piensan y están equivocados. Les juro que yo no he hecho daño a mi mujer, jamás lo haría y tampoco avisé a Rafa para que recogiera a mis hijos.

–¿Son felices? –preguntó Leandro de pronto; a él le pillo la pregunta por sorpresa, a Sara también.

–Eh…, bueno…, sí. Teníamos nuestros problemas, como cualquier pareja; pero sí, se puede decir que lo somos.

–Usted acaba de decir “teníamos” –le acusó Sara directamente.

–Sí.

–¿Por qué no ha dicho “tenemos”?

–Quiero decir que tenemos, claro, nuestros problemas; ahora nos va bien, estamos en una época tranquila. Creo que somos un matrimonio bastante normal.

–Muy bien –dijo la inspectora de pronto–, por ahora es suficiente.

Sara se levantó con los papeles en la mano, Leandro hizo otro tanto. Se encaminaron a la puerta con la sensación de que aquel iba a ser un caso complicado y el hombre que se empeñaba en ser tan hermético era la clave, al margen de donde llevasen las pruebas.

–Por cierto… –comenzó a decir Sara a la vez que se giraba para encontrarse, cara a cara, con su interlocutor–, hoy es viernes.

–¿Qué quiere decir con eso? –preguntó él con dureza.

–Los viernes sale usted de trabajar a las cuatro de la tarde y sin embargo ha llegado a casa a las seis menos veinte. Teniendo en cuenta que se tarda unos quince minutos en llegar de un sitio a otro, queda más de una hora de la que no nos ha explicado nada.

–Fui a comprar…

–¡Cállese!, incluso yendo a comprar…, ¿o cree que no lo hemos comprobado ya?

El hombre la miró impasible, intentaba ganar tiempo para pensar en algo convincente, Sara casi podía ver las neuronas de su cerebro trabajando a toda velocidad. Por el momento estaba segura de que no conseguirían ni una pizca de información más, así que ella prefería irse de allí, pensar con tranquilidad en cómo abordar a alguien tan inaccesible como aquel hombre y hablar con los pequeños, algo de luz arrojarían a aquel caso que prometía ser tan absorbente. Estaba segura de que él ocultaba algo. Tendría que armarse de paciencia.

Mientras tanto, una mujer de mediana edad luchaba por liberar sus muñecas de las cinchas que tanto le apretaban. Comenzaba a sentir pánico y el frío calaba sus pies desnudos. Sentía la muerte cerca y lo único que mantenía intacta su cordura era pensar en volver a ver a su familia.

CAPÍTULO 2: SECUESTRADA

La mujer sentía las cinchas clavándose en sus muñecas y en sus tobillos, mordiéndole la piel sin piedad allí donde se cerraban con más fuerza a cada movimiento. Hacía ya un buen rato que cesó en su empeño de quitárselas. No solo no se aflojaban, sino que parecían ajustarse más y más. Eso se debía, sin duda, a que el roce provocaba que la piel se inflamase. Ella, en su terror, pensó que las correas se cernían más a sus muñecas cada vez que intentaba liberarse. En cualquier caso, debía parar si quería conservar las manos, algo que carecía de importancia si no salía de allí con vida. De inmediato intentó expulsar de su mente aquel pensamiento, no le ayudaba en absoluto: se bloqueaba, su corazón se aceleraba y le faltaba el aire.

Desde hacía tiempo notaba un frío húmedo en los pies. Primero sintió molestias, luego un dolor insoportable cada vez que intentaba mover cualquier músculo. De pronto, la nada. Las extremidades se encontraban tan entumecidas que ya ni le dolían, y eso no podía ser

buena señal. A su cabeza acudieron imágenes de aquella película que vieron su marido y ella en la tele sobre un montañero obligado a cortarse una mano para sobrevivir en la montaña al quedar atrapado en un desfiladero. ¿Y ella? ¿Tendrían que amputarle los pies a ella también? Ni siquiera podía pensarlo, en realidad ni siquiera le debería estar pasando aquello. ¿Por qué a ella? No tenía nada que ofrecer, ni dinero, ni joyas… ¿Sería por sexo? No encontraba explicación, aquel hombre debía de ser un enfermo y a ella le había tocado sufrirlo.

De pronto sintió la vejiga a punto de estallar, y eso que hasta aquel momento ni se había percatado de las ganas que tenía de hacer pis. Justo cuando pensó en ello, la necesidad de vaciarse se convirtió en su única prioridad: no aguantaría, lo sabía.

Mientras ideaba la manera de no pensar en ello, un inmediato alivio se alojó en su vejiga al tiempo que el líquido caliente le empapaba la cadera derecha, que era el lado

del que permanecía tumbada. Creía haber leído en una de esas novelas policíacas, que tanto le gustaban, que la víctima se había hecho pis al igual que ella, para dejar rastro a los investigadores. De repente se sentía tan inteligente…

–¡Gilipollas! –se regañó en voz baja–. ¿Te crees lista porque te has meado encima y has dejado rastro a la policía científica? ¿Y eso en qué te ayuda? ¿Encontrarán tu rastro cuando lleves días muerta? Claro, muy gratificante… ¡Qué patética!

Enfadada, movió las piernas en un intento de desentumecerlas sin recordar las ataduras de los tobillos. Un intenso dolor las recorrió, con tal violencia que un chillido escapó de su garganta sin poder pararlo, pese a que el hombre le había dicho varias veces lo que le ocurriría si gritaba. ¿Qué más daba? Cada vez estaba más segura de que no saldría de allí con vida. Cuando por fin consiguió acomodar de nuevo sus piernas en una posición menos dolorosa, se tomó la libertad de pensar en sus posibilidades. Eso provocó que las lágrimas salieran sin control de los ojos enrojecidos por la tela que le ataron a la cabeza cuando la sacaron de su casa a la fuerza. Desde luego, era de color negro y bastante gruesa, porque no se veía absolutamente nada a través de ella, suerte tendría de no ahogarse. Intentó percibir lo que existía a su alrededor, entre la venda de los ojos y las cinchas le resultaba bastante complicado.

Por el tacto parecía tener una moqueta debajo de ella; bastante fina, además, porque se le clavaba la dura superficie de debajo. Le llegaba

un ligero aroma a gasolina o gasoil, no sabía distinguirlos. Recordó a su padre cuando le decía que el olor de uno no tenía nada qué ver con el del otro. Ella pensó en lo curioso que era que la mente eligiera justo ahora ese recuerdo. Se obligó a centrarse y decidió que estaba en el maletero de un coche. Después recordó lo que, al moverse, había percibido. Lo primero, el intenso dolor; lo que le había llamado la atención es que rodó sobre sí misma sin encontrar obstáculo alguno. Si se encontraba en el maletero de un coche, debía de ser increíblemente espacioso: un todoterreno o una furgoneta.

–Bueno –dijo en un susurro–, vamos a repasar. Estoy en un todoterreno o en una furgoneta que huele un poco a gasolina o gasoil. Me ha metido aquí un hombre que desprendía un aroma muy intenso y un tanto peculiar, no sabría decir a qué. Me dio un golpe en la cabeza y me amenazó con un cuchillo, llevaba la cabeza cubierta, era bastante delgado y no demasiado alto. Vi caer la sangre…, supongo que me puso esta capucha asquerosa y me metió aquí de un empujón. Bien, si consigo escapar de aquí, podré decir todo eso a la policía.

Durante unos segundos pensó en ello, entonces se dio cuenta de lo ridículo de sus pensamientos. En realidad, no tenía nada que contarles: vehículo espacioso, diésel o gasolina, secuestrador con aroma extraño, delgado… Un escalofrío la recorrió entera cuando comprendió que jamás saldría viva de aquello. Pensó en sus dos pequeños, en las ganas de abrazarlos, de contarles un cuento antes de dormir, de enfadarse porque no recogían los juguetes; pensó en las estúpidas discusiones con su marido, que no llevaban a ningún sitio y que acababan con un beso; en los días que se sentía tan cansada que se dormía nada más sentarse en el sofá. Pensó en que nunca más volvería a sentir todo eso y lloró, lloró dentro de aquella asquerosa capucha negra que no la dejaba respirar. Lloró dejando que las lágrimas bajaran en dos largos caminos salados hacia su boca. Solo lloró.

Incapaz de recordar cómo había ido a parar allí, puesto que tras el golpe en la cabeza perdió el conocimiento y despertó atada y encapuchada, aguzó el oído para escuchar cualquier sonido que pudiera registrar en aquel estado. Escucharía su propio corazón si era necesario. A lo lejos se oían coches; no un tráfico intenso, sino vehículos que circulaban despacio. Un chirrido sonó a su derecha. ¡Estaban en un aparcamiento!

¡Seguro! Ese sonido le recordaba a los centros comerciales a donde acudían los fines de semana con los niños. Cuando el suelo era de goma provocaba que los neumáticos se pegaran en él y produjeran

aquel sonido al girar. Teniendo en cuenta la cantidad de aparcamientos públicos y privados en Madrid, incluso aunque solo buscaran en los centros comerciales, la información no sería demasiado reveladora, así que intentó concentrarse todavía más.

Unos pasos se acercaban decididos y ella se tensó. No se atrevió a gritar, por si precisamente se trataba de los pasos de su secuestrador, aparte de que aún se oían algo lejos. El pánico se apoderó de ella. Pensó una vez más en sus hijos, en lo que los había regañado antes de llevarlos al colegio y a la hora de la comida. Si hubiera sabido aquello, los habría tratado con más paciencia, se habría despedido de ellos, habría intentado educarlos mejor. Aquel día llegarían más tarde porque tenían una función. El hijo de puta que la había secuestrado sabía que aquel día llegarían más tarde, tendría que decírselo a la policía. Tras aquel pensamiento, las lágrimas volvieron a brotar.

Aquel tipo sabía que sus hijos no estarían en casa. Entonces… ¿la conocía?, ¿la habría estado vigilando? Y ese olor…, ¿acaso recordaba aquel olor?

Los pasos pararon junto a ella. La puerta del vehículo se abrió y el intenso olor volvió incluso antes de que él se subiera al coche y arrancara el motor sin molestarse en dirigirle la palabra. Poco a poco ella sintió cómo se movían. Instintivamente comenzó a

contar segundos, eso la ayudaba a olvidar el dolor que volvía a sentir en las articulaciones cuando el coche giraba o cogía algún bache.

Se concentró todo lo que pudo en no perder el ritmo; si conseguía saber cuánto tardaba del aparcamiento a donde aquel tipo la llevara, seguramente ayudaría a la policía. Otra vez aquel estúpido pensamiento. ¡Si no saldría viva! ¿Es que no se daba cuenta? ¿Cómo contaría a la policía ningún detalle si estaba muerta? Aquella pasó a ser su principal ocupación. Buscar la manera de explicarles todo aquello. Quizá no saliera con vida de allí, pero a aquel cabrón lo tenían que pillar.

Si pudiera escribir una nota…; un pequeño papel, un lápiz, un pintalabios… Sintió las lágrimas pugnando por salir de nuevo… No, no tenía tiempo para llorar. Esperaba poder hacerlo más tarde, ahora necesitaba encontrar algo donde escribir, aunque aún no sabía cómo lo haría en aquella postura. Metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón ignorando el intenso dolor en las muñecas. Allí encontró, como esperaba, un *ticket* de la compra. Siempre los guardaba en cualquier sitio y raro era el día que no vaciaba los bolsillos antes de

meter la ropa en la lavadora. Aun así, la postura no era propicia para escribir ni tenía con qué. Maldijo en voz baja mientras pensaba de qué manera escribiría los números que llevarían a la policía hasta allí. Estaba decidida a que cogieran a aquel hijo de puta, aunque fuera demasiado tarde para ella.

Un repentino frenazo la aterrorizó. ¿Habría llegado el fin? Sin más preámbulos, la puerta se abrió: no era corredera, otro dato para la policía. O quizá otra tontería que no la llevaría a ningún sitio. Notó algo de luz a través de la tela negra, no se oía ningún coche, parecían estar en algún lugar apartado.

–Vamos, zorra, el resto del viaje lo vas a hacer caminando –dijo una voz ronca.

De inmediato reconoció la voz de su secuestrador y el extraño olor que desprendía.

Desde luego era el mismo hombre y estaba solo. La agarró de un brazo dolorido y tiró de ella. La mujer se cayó con un golpe sordo, no era capaz de mantener erguidas las piernas con aquellas cintas sujetando sus tobillos. El dolor era inmenso; aunque estaba tan asustada que no se atrevía a llorar, ni a quejarse.

–¡Levanta del suelo, puta! –ordenó él.

–No…, no puedo –respondió ella.

–¡Arriba! –volvió a exclamar él sin escucharla siquiera.

La mujer intentó levantarse, tal como él le ordenaba; sus piernas no respondían en aquella postura, las cinchas se clavaban cada vez más.

–No puedo moverme con estas correas –le explicó.

Un horrible sonido se escuchó a pocos centímetros de la mujer. Era un sonido imposible de errar: el que hacía una navaja al abrirse. Su corazón galopaba a tal velocidad que a ella le pareció imposible no sufrir un ataque. Claro que, bien pensado, sería lo mejor que le podría ocurrir, al menos acabaría aquel infierno. Las cuerdas de sus tobillos y las de sus muñecas se soltaron. Tuvo que mover brazos y piernas unos segundos para que la circulación volviera a sus manos y pies. Se apresuró a levantarse para no enfadar más a aquel individuo que desprendía ese olor dulzón. Le costó bastante, sentía hormigueos en las extremidades, era como sostenerse en dos bloques de gelatina. Se le doblaron las piernas varias veces antes de poder mantenerse en pie,

como un cervatillo recién nacido al que su madre anima a levantarse; solo que ni era un cervatillo, ni era su madre quien estaba con ella, ni la animaba precisamente. A su lado, el individuo resoplaba con impaciencia, ella no se atrevía ni a respirar fuerte, por si el hombre se lo tomaba como una provocación. Sin embargo, su vejiga se rebeló de nuevo y ella fue incapaz de frenarla. Lo achacó al pánico y centró todas sus fuerzas en no llorar. Un golpe en las costillas le indicó a la mujer que caminara. Ella obedeció y comenzó a contar los pasos. Contar…, contar…, ¿de qué servía contar todo si no tenía donde anotarlo?

Tampoco tendría ocasión de decírselo nunca a nadie, y lo sabía. De todos modos, su cerebro se esforzaba en no saltarse un solo número. Intentó expulsar de su mente aquel pensamiento que le hacía perder la esperanza, incluso se sentía más débil y pensaba con menos claridad cuando permitía que la desazón la invadiera: así que respiró hondo, o al menos todo lo hondo que la gruesa tela le permitía y siguió caminando sin dejar de contar. Le llegaba un aroma intenso a pino. Eso quería decir que estaban en el campo.

Tenía que calcular, y rápido. Si habían tardado 4323 segundos desde aquel aparcamiento, y no se había equivocado al contar, quería decir que habían conducido durante hora y cuarto más o menos. Podrían, perfectamente, estar en cualquier pueblo de Madrid: al norte, al sur, al oeste… Aunque, aquel olor a pino… y a leña…, apostaba cualquier cosa a que se habían dirigido al norte. En el pueblo donde vivían sus amigos, Hoyo de Manzanares, siempre olía así, aunque también recordaba que tuviera más tráfico. Además, no se tardaba tanto en llegar, claro que, sin saber desde dónde partían, era imposible calcularlo.

Siguió caminando hasta que una patada en los riñones la hizo caer sobre sus rodillas.

La joven lloraba sin atreverse a gritar, pese al intenso dolor. De un tirón, su secuestrador le arrancó la tela que llevaba en la cabeza, ella de inmediato sintió que el terror la invadía. Con una amarga sonrisa, pensó que se habría vuelto a hacer pis si hubiera tenido una mínima gota de orina en su vejiga. Su cuerpo temblaba sin control al mirar a los ojos al hombre que tenía delante. Si dejaba que le viera el rostro era porque no tendría ninguna posibilidad de reconocerle en el futuro, la iba a matar.

Vio la ira en sus ojos cuando se tornaron de fuego y comenzó a pegarle sin piedad.

Primero fueron las patadas, los puñetazos…, después cogió un palo del suelo y la golpeó hasta que cayó inconsciente con la cara ensangrentada y deformada: no gritó ni una sola vez. Se concentró en volver a ver la cara de sus hijos delante de ella e intentó salir de alguna manera de aquel cuerpo para no sentir el dolor. Aguantó la respiración hasta que se mareó y perdió el conocimiento. Sus huesos se quebraban sin remedio allí donde aquel tipo descargaba su ira.

Se acercó a ella y le arrancó la ropa con violencia. Cuando la tuvo desnuda ante sí, la contempló unos segundos casi con devoción. Sacó un papel de su bolsillo y lo intentó introducir en el puño derecho de la mujer, la mano se había agarrotado tanto que no pudo meter la nota dentro y se vio obligado a dejarlo a un lado antes de apuntarle con el arma. Disparó a la cabeza de la joven, que se sacudió durante un segundo antes de quedarse completamente inmóvil.

Después sacó su móvil y le hizo unas fotos de sus blancos pechos, erguidos por el frío y de su sexo perfectamente definido. En la tranquilidad de su casa las miraría hasta aprenderse cada detalle y se deleitaría con sus fantasías, como siempre. Miró el pubis de la mujer, con las ingles depiladas con esmero. Menuda zorra…

Le pareció oír en la lejanía un coche que se acercaba. Aunque le quedaba tiempo, no podía demorarse más. Se apresuró a subirse al todoterreno que había dejado al borde del camino y se dirigió a la autopista despacio, igual que había venido, sin llamar la atención. Varios metros después se cruzó con un coche de la Guardia Civil. Se alegró de haber disparado unos minutos antes; si lo hubiera dejado para el final, lo habrían oído.

Pensó en la suerte que tenía él de oír tan bien. Si hubiera esperado un poco más, la Guardia Civil habría visto el coche al borde del camino y ahora estaría en problemas.

Pondría más cuidado la próxima vez. ¿La próxima vez? ¿Es que volvería a hacerlo? Sí, la próxima vez cuidaría más los detalles y se arriesgaría menos.

Cogió la salida de la autovía que le conducía de nuevo al anonimato de la ciudad, mientras un pequeño ratón de campo curioseaba aquel cuerpo que permanecía inmóvil encima de su madriguera.

El animalillo olisqueaba el pelo, la sangre, la pólvora. Cuando se cansó de recorrer a la extraña de un lado a otro, buscó la manera de acceder a su nido y se acomodó en él para dormir un rato. Mientras, dos

pequeños echaban de menos a su madre.

CAPÍTULO 3: ALMIZCLE

Sara se revolvía entre los papeles, como cada mañana. Se encontraba ante una transcripción con el testimonio de Ángel Santamaría durante el interrogatorio del viernes anterior. Dos días habían pasado y él seguía allí. El sábado investigaron los movimientos de la mujer desaparecida. Preguntaron por el vecindario, buscaron en las estaciones, sus movimientos bancarios, llamadas... Ningún rastro de ella. Todavía no entendía por qué aquel hombre ni siquiera había pedido un abogado. ¿Querría que pensaran que intentaba colaborar o verdaderamente era tan ingenuo? No sabía qué pensar, ingenuo no le parecía en absoluto.

El hombre solo había pedido realizar una llamada cuando los Servicios Sociales pasaron a hacerse cargo de sus pequeños. Consiguió que Rafael Molina, su amigo y abogado, obtuviera un permiso para que pasaran con él y su familia el fin de semana.

También le ofreció sus servicios, que él rechazó por el momento, prefería pasar allí varios días que parecer todavía más culpable si pedía un abogado. Sara no alcanzaba a comprenderlo, Rafael tampoco, movió los hilos necesarios para ocuparse de los niños aquellos días y esperó paciente noticias de su amigo, aunque no estaba de acuerdo en absoluto en su manera de comportarse.

Sara volvió al ordenador intentando encontrar algún detalle pasado por alto. Cuanto más leía, menos datos encontraba y más se enfadaba. Se mostraba reacia a escribir en la pizarra las posibles pistas, para ella sería admitir que Andrea, su mujer, estaba muerta.

Aunque, por otro lado, todo se habría vuelto más sencillo. Desechó aquel pensamiento, mejor encontrarse ante un caso complicado y que la mujer siguiera con vida a que se simplificara por encontrar su cadáver.

Intentó volver con sus recuerdos a la sala de interrogatorios, donde la recibieron en primer lugar los ojos de Ángel y sintió un repentino escalofrío seguido de una acuciante necesidad de abrazar a aquel

hombre y palmearle la espalda en señal de consuelo. ¿Qué le ocurría? Su sospechoso era inocente hasta que no se demostrara lo contrario, incluso aunque tuviera la palabra “culpable” escrita en la frente. Casi se apostaba otro dedo a que sería así. “Esta vez –pensó con una sonrisa– que sea un dedo del pie”.

Miró hacia su mano derecha, al hueco que el anular había dejado hacía casi dos años.

Pensó en aquella vidente pelirroja que tanto le había hecho dudar con sus visiones certeras y lo que le había costado, incluso, mantener una simple conversación con ella sin pensar que intentaba manipular su mente. Aquel individuo no era igual, no se trataba de un vidente que intentara llevarla hacia su mundo. Aquel era un hombre que en ocasiones parecía perdido en una tierra a la que no pertenecía y en cambio otras veces parecía el dueño del Universo. Debía tener cuidado o los manejaría a todos a su antojo.

Unos golpes en la puerta precedieron a Leandro, su compañero. Traía un café en cada mano y una carpeta bajo el brazo izquierdo. A Sara se le iluminó la cara al pensar que fueran los resultados del laboratorio. El inspector, sin embargo, achacó la alegría a la necesidad de tomar el café. Leandro se sentó, como siempre, frente a su jefa. Tras dejar los vasos de papel en la mesa, abrió la carpeta y sacó los folios de su interior. Tal como ella esperaba, se trataba de los resultados de las muestras recogidas en el domicilio del sospechoso y en el ascensor del edificio, perfecto.

–Han encontrado algunas huellas que no son del sospechoso ni de la mujer ni los hijos.

–Que las metan en la base de datos, a ver si hay suerte –le pidió ella.

–Claro –contestó el inspector guardándose el detalle de que ya había llamado a la policía científica nada más recibir el fax.

–¿Y las muestras de sangre?

– Sí…, eso…, hay dos donantes.

–¿Estamos hablando de la sangre en el dormitorio? ¿O del felpudo? Porque lo del felpudo es sangre, ¿no?

–Sí, sí, es sangre y es de Andrea. Hablaba de la que encontramos en la habitación.

–Es muy común, por suerte para nosotros, que, al herir a la víctima, el agresor se corte, nos hemos encontrado con este tipo de pruebas más veces.

–Ya, ya lo sé. No sé qué es, hay algo en ese hombre…

–¿Tenemos algo más? –le interrumpió ella, sobre todo para que Leandro no siguiera por ese camino, no quería hablar de eso ahora.

–Solo sabemos –comenzó a decir él mientras le ofrecía el papel con los resultados– que la mayor parte de la sangre encontrada en el dormitorio pertenece a Andrea Soto y hay un par de salpicaduras de un varón con Rh negativo. Por ahora no tenemos coincidencias.

–¿Qué grupo tiene Ángel Santamaría? ¿Lo sabemos?

–Es… B negativo, sí, aunque aún no nos ha llegado la muestra de ADN.

–Es decir, que pudo ser él –dijo Sara casi para sí misma–. Entonces lo único que podemos decir con seguridad es que a Andrea Soto la atacó un varón que tiene Rh negativo y que está herido, ni siquiera sabemos si de gravedad; aunque no lo creo, y que su marido podría perfectamente ser el agresor. A la espera de los resultados del ADN, es lo que tenemos. Yo no vi que el sospechoso estuviera herido, debemos comprobarlo.

–¿Le vas a interrogar de nuevo? –preguntó él al ver que Sara volvía a la transcripción de interrogatorio y al vídeo del viernes anterior.

–Sí, no sé si nos aportará mucho. Si no encontramos nada más, lo tendremos que soltar hoy mismo. De hecho, no lo hemos soltado ya porque no ha pedido un abogado y porque, a su manera, intenta colaborar.

–Lo de a su manera es un poco generoso, me parece.

–No sé, Leandro, piénsalo. Lleva en el calabozo desde el viernes, cualquier otro ya estaría en su casa.

–Sí, eso es verdad, aunque hace que a mí me parezca todavía más sospechoso. Yo creo que cualquiera en su sano juicio ya habría salido de aquí, y además nos habría buscado las cosquillas.

–De hecho, lo tendría que soltar ya –le explicó Sara–. Si me llega una orden, creo que me acogeré a los resultados del laboratorio con el Rh

negativo para decir que eso le inculpa, aunque sé que no es exactamente así; en realidad no le exculpa, nada más.

–Entonces habrá que aprovechar para hablar con él cuanto antes –coincidió el policía–.

¿Quieres que vaya contigo?

–No.

Leandro arqueó las cejas. Normalmente su jefa no se mostraba tan cortante, al menos con él. Y la vez anterior había seguido de cerca el interrogatorio en el que le pareció que Sara se mostraba insegura ante aquel individuo.

–Perdona –se disculpó ella–. Quería decir que, si no te importa, prefiero que lo sigas desde el cristal. Es que me da la sensación de que ese tío se muestra de forma muy distinta dependiendo de con quién hable.

–Sí, a mí también me dio esa sensación –respondió él.

–No te preocupes que, si te necesito, te haré una señal.

–Perfecto –se resignó él. Desde luego prefería estar dentro, junto a su jefa, y poner a aquel individuo en algún aprieto. Sara se lo acababa de dejar bastante claro, así que no insistió.

–Una pena que no hayamos encontrado algo más sólido antes de hablar con él. Este es el tipo de tío con el que hay que tener siempre una bala en la recámara.

–Ten cuidado, Sara, no me fío de él –añadió preocupado por ella–. Me recuerda a…

Sara miró a su compañero y de inmediato se encontró viajando en el tiempo hasta encontrarse cara a cara con Gabriel, el asesino de videntes. Se trataba de un hombre bastante más fuerte y más alto que su nuevo sospechoso, aunque la sensación de peligro que sentía ante ambos era casi idéntica: tendría que andarse con ojo.

–Me da que este caso no va a ser nada fácil, Sara.

–Ninguno lo es –añadió ella–. ¿Tú qué crees que ha ocurrido?

–Que la ha matado él, desde luego, y está jugando con nosotros. Destila culpabilidad por cada poro de su piel.

–Eso es verdad. Y sin embargo yo no lo tengo tan claro. Me parece que lleva puesta una máscara con lo que quiere que pensemos.

–En el interrogatorio del viernes me pareció un par de veces que te estremecías al hablar con él.

–Y así fue. Cada vez que le miraba a los ojos me recorría un escalofrío. Me pasó en varias ocasiones, ese hombre es un enigma.

–¿Por eso quieres volver a hablar con él?

–Sí, necesito conocerlo más y así forjarme una impresión; aún no la tengo.

–Ya. Necesitas hacerte una idea de cómo es para después decidir si es alguien capaz de matar a su mujer o no.

–Capaz es, desde luego. Aunque sigo creyendo que no lo ha hecho. De todos modos, no tenemos cadáver, deberíamos seguir pensando en una desaparición, Leandro.

–Vamos –apremió él–, cuanto antes, mejor. Si sigue viva, el tiempo corre en su contra.

Sara apuró su café y se preparó mentalmente para un nuevo interrogatorio con el sospechoso. Avisó a sus compañeros para que condujeran a Ángel Santamaría a una de las salas. Mientras tanto, se acercaron al despacho del comisario para avisarle de sus intenciones. Sabían que no les pondría problemas, nunca lo hacía. Quizá porque ellos tampoco le daban problemas a él.

El comisario Esteve se disponía a salir hacia una reunión, con lo que pidió a los dos policías que grabaran la sesión como de costumbre, para poder ver el interrogatorio esa misma tarde; tenía plena confianza en ellos. Jamás admitiría cuánto los había echado de menos durante el año que habían pasado fuera. Se alegraba infinitamente de que Sara

hubiera encontrado las fuerzas suficientes para volver después de lo que le ocurrió.

Además, el que su puntería siguiera intacta, pese a la ausencia del dedo anular, había sido un punto determinante. Si hubiera perdido un ápice de pericia, jamás habría vuelto.

Sara calculó unos veinte minutos antes de comenzar con el

sospechoso, le pareció tiempo suficiente para que se impacientara. Observar a aquel hombre tras el cristal le parecía fascinante. Ángel parecía mirarla a través del espejo como si de verdad pudiera verla. Sus ojos no se molestaron en pestañear. Leandro pensó que aquella vez no les había servido la estrategia de la espera para mucho, puesto que los dos compañeros permanecían mucho más molestos que él. La inspectora Benítez se dirigió a la sala y entró con determinación; él la observó. La actitud era la misma del viernes anterior.

–Buenos días, Ángel –saludó.

Él no se molestó en contestar. La observaba con condescendencia y ella se incomodaba al mismo tiempo, era algo que no le solía ocurrir.

–Bien, Ángel –dijo sacando unos folios de la carpeta y su cuaderno, que abrió por la última página escrita–. Vamos a repasar todo de nuevo.

–Inspectora, me puede preguntar lo mismo cien veces si lo desea. No tengo ni puta idea de dónde está mi mujer. Por lo que parece, alguien la ha secuestrado y usted está aquí haciendo el gilipollas en lugar de buscarla.

–Vaya, esto es nuevo –contestó ella de pronto.

–¿El qué?

–Su vocabulario, Ángel. El viernes se cuidó mucho de no decir ni un solo taco, pese a que durante bastante tiempo no supo, supuestamente, dónde estaban su mujer y sus hijos. Y ahora acaba de decir dos.

–¿Y qué? ¿Estoy detenido por decir palabrotas? ¿O por no decirlas? ¡Menuda gilipollez!

–Ni una cosa ni la otra. De hecho, ni siquiera está detenido… aún. Simplemente creo que oculta información y no pararé hasta sacársela.

–¡Déjese de chorradas psicológicas, inspectora! ¡Y busque a mi mujer!

–Aunque no lo crea, estoy en ello.

–Ya…

–Bien, supongamos que todo lo que nos ha dicho es cierto y usted no ha tenido nada que ver en la desaparición de su esposa.

–Supongamos, sí –respondió él con dureza.

–¿Recuerda algo nuevo? –preguntó ella sin mucha esperanza.

–No…, bueno, nada importante.

–Le escucho –dijo ella en tono amenazante–. Lo que es o no importante, lo decido yo.

–El otro día le dije que noté algo raro en el ascensor, ¿no?

–Sí, un olor a sudor rancio.

–No era solo a eso. Noté un olor especial que me resultaba familiar, no me di cuenta hasta anoche: olía también a almizcle.

–¿Cómo dice? ¿Almizcle?

–Bueno, más o menos… ¿Conoce esa sustancia, inspectora?

–No, en absoluto –confesó Sara.

–El almizcle "puro", por así decirlo, procede de una glándula que poseen los ciervos machos llamados almizcleros.

–No tengo ni idea de lo que me está hablando. ¿Y luego soy yo la que dice gilipolleces?

No me haga perder el tiempo, Ángel.

–Esos ciervos –prosiguió él ignorando deliberadamente a la inspectora y provocando en ella aún más irritación– tienen unas glándulas que segregan ese elemento, el almizcle. En realidad, es una sustancia que provoca excitación en las hembras.

Aquel hombre estaba acostumbrado a hacer lo que le venía en gana y la sensación de poder que le otorgaba desobedecer a la mujer policía era demasiado golosa para dejarla pasar. Ninguna inspectora le iba a decir cuándo callar. Ella apretó los nudillos bajo la mesa, para que él no percibiera el detalle.

–Tiene un olor tremendamente fuerte, incluso desagradable.

–¿Entonces no olía a sudor rancio, sino a esa sustancia?

–En realidad creo que olía a las dos cosas, por eso no lo reconocí al principio. A mi padre siempre le gustó la caza. Muchos domingos llegaba a casa con algún ciervo, o un jabalí. Mi madre se pasaba días cocinando aquellas presas y vendía parte en el pueblo.

–Espero que no me esté haciendo perder el tiempo –se enfadó ella.

–Verá, inspectora. Mi padre se codeaba con gente importante, ¿sabe? Al menos una vez al año se marchaban de cacería fuera de España, y no a cualquier sitio. Iban en busca del ciervo almizclero. Solo se le puede encontrar en el Tíbet, Mongolia o Siberia.

Mi padre y sus amigos planeaban aquellos viajes durante semanas. Cuando se marchaban, permanecían fuera otras tantas. Volvían cuando sacaban el suficiente almizcle a los ciervos para vender en varias fábricas de cosméticos.

–Eso no parece muy legal, ¿no? –le retó la inspectora.

–No lo es –respondió él–. El ciervo almizclero está en peligro de extinción y la caza es furtiva. Lo supe cuando fui lo suficientemente mayor para comprenderlo.

–Ya entiendo –asintió Sara.

–Recuerdo cuando mi padre llegaba de aquellos viajes oliendo a esa sustancia tan desagradable: no lo soportaba.

–Aclárese, ¿el almizcle tiene un olor desagradable y se usa en cosméticos?, se contradice.

–No, inspectora. El almizcle puro es desagradable, mezclado en ciertas cremas y perfumes tiene un olor increíble y penetrante. Lo utilizan en más sitios de los que imagina.

–Entonces reconoció el olor –ella seguía pensando que le tomaba el pelo.

–Sí, si hubiera estado dentro de alguna colonia o cosmético quizá no me habría dado cuenta; al ser puro, el olor que queda al final se mete en las fosas nasales, es difícil desprenderse de él y es claramente el que deja el almizcle.

–Bien, lo tendré en cuenta –dijo Sara, pese a creer que era una soberana estupidez que no le serviría para nada en el caso–, prepararé sus papeles para que vuelva a su casa.

–¿Ya no soy sospechoso? –le preguntó con suficiencia.

–Sabe bien que sí. Sin pruebas no puedo retenerlo por más tiempo.

–Yo no he sido, inspectora. No tengo ni idea de lo que ha ocurrido.

–Tendrá que convencerme un poquito más –le apremió ella–. Lo dejo libre porque no tengo más remedio y le aseguro que le seguiré muy de cerca.

–No me cabe duda –contestó él.

Sara se levantó con calma, se colocó el pelo tras la oreja, como siempre, y se dirigió a la puerta. Justo cuando se disponía a entrar en la sala contigua, desde donde Leandro seguía el interrogatorio, el subinspector Solís, tan eufórico como de costumbre, corría hacia ella mientras gritaba su nombre una y otra vez. La inspectora puso los ojos en blanco y esperó a que el impetuoso policía llegara hasta allí.

–¡Inspectora! ¡Inspectora Benítez!

–¿Qué ocurre, Solís? Le tengo dicho que no corra ni grite por los pasillos.

–Lo sé, lo sé, es que esto es muy urgente. Me he ofrecido a avisarla en cuanto me he enterado –le explicó muy entusiasmado; después se quedó mirándola.

–¿Y? ¿También me lo piensa contar? ¿O con llegar hasta aquí le vale?

–¡Ah, sí!, claro. Ha aparecido el cadáver de una mujer que coincide con la descripción de la mujer de su sospechoso.

–Mierda –masculló ella–. ¿Han podido comprobar ya la identidad?

–Aún no. No llevaba documentación encima. Bueno, de hecho, el agente que ha acudido al escenario me ha dicho que está desnuda, la esperan allí.

–Voy a avisar al inspector Gómez y vamos para allá. Usted vaya preparando los papeles para dejar en libertad al sospechoso, pero no lo haga hasta que yo vuelva.

–¿Lo va a soltar?

–No lo sé. No tenemos pruebas y no puedo retenerlo más. Ahora voy a esperar a ver el cadáver de esa mujer. Usted tenga los papeles preparados por si acaso, nada más.

El pelirrojo subinspector asintió y se encaminó a las escaleras deprisa. Le dijeran lo que le dijeran, él seguiría corriendo por los pasillos y gritando lo que le viniera en gana, porque formaba parte de su

naturaleza. Sara pensó que más le valía acostumbrarse a su forma de ser, porque ninguno de los dos iba a cambiar.

Entró en la sala contigua, donde Leandro permanecía siguiendo el interrogatorio.

Hablaba por teléfono con semblante serio. A juzgar por la cara que ponía, y la mirada que dirigió a su compañera, precisamente le informaban del hallazgo. Tomaba notas a toda velocidad y respondía con monosílabos. Justo antes de colgar, dijo: "vamos para allá…".

–Sara, ¿le has dicho a Solís que prepare los papeles para soltar al sospechoso? –

preguntó Leandro un tanto sorprendido, había escuchado a su jefa mientras hablaba con el policía y esperaba estar equivocado.

–Bueno, le he dicho que no haga nada hasta que volvamos.

–No lo entiendo, acaban de encontrar el cadáver de una mujer que coincide con la descripción de Andrea Soto.

–Puede que no sea ella.

–Y puede que sí –respondió él un tanto molesto.

–Leandro, le he pedido que tenga todo preparado por si acaso, nada más. Desde luego, si hay una mínima posibilidad de que sea ella, él se queda aquí.

Al inspector Gómez no le convencía la explicación, claro que… por algo era su jefa. Se encaminaron al despacho en busca de sus chaquetas antes de acudir a comprobar si la mujer era o no la esposa del sospechoso. A la cabeza de Sara acudió la imagen de Ángel Santamaría con una espada enorme en sus manos, vestido con una túnica y con unas enormes alas desplegadas que provenían de su espalda. Rápidamente desechó aquel pensamiento, aquel hombre de ángel solo tenía el nombre. Entonces… ¿por qué aquella sensación de desasosiego en la boca del estómago que le advertía de que investigaba en la dirección equivocada? ¿Y a qué venían aquellos pensamientos? ¡Si ni siquiera era creyente! Sintió un nuevo escalofrío y se subió un poco el cuello de la chaqueta siendo más consciente que nunca del dedo que le faltaba allí, que otro ángel le había arrebatado.

CAPÍTULO 4: AGUILAR

Mientras Leandro explicaba a su jefa lo poco que sabía sobre el hallazgo, su mente trabajaba sin descanso. Hacía ya setenta y dos horas de la desaparición de Andrea Soto y era muy probable que su cadáver se encontrara desnudo en un descampado al que se dirigían. Si, como su jefa le insistía una y otra vez, Ángel no era el responsable de la desaparición de su mujer, no entendía por qué alguien tendría que tomarse la molestia de irrumpir en el domicilio, secuestrar a la mujer tras herirla y después matarla. ¿Por qué exponerse a que alguien lo viera salir con ella? ¿No habría más posibilidades de pillarlo? Pensó que todo sería más sencillo si Ángel fuera culpable.

Observó a su jefa al volante, aquel caso parecía transformarla, no se solía mostrar tan...

insegura. Aquel individuo parecía ejercer una especie de influencia sobre ella, y lo peor era que Leandro se había dado cuenta. Recordó entonces a la vidente pelirroja con la que tantas conversaciones había mantenido. Pese a sus reticencias a creer en aquello que ella llamaba su don, había confiado en ella y había sido testigo de sus visiones; la echó de menos de inmediato. En aquel caso les vendría muy, pero que muy bien.

–¿A dónde vamos, Leandro?

–A Orcasitas –respondió él como si fuera lo más normal del mundo. Sigue de frente.

–Si no es nuestra zona. Eso está al sur de Madrid. Si el cadáver ha aparecido allí, le corresponde a otra unidad. ¿Por qué vamos nosotros?

–Nos han llamado porque creen que es la mujer que estamos buscando. Si no es, no llevaremos el caso.

–Ah, bien, ya entiendo… Me parecía raro que los de la comisaría Sur no acudieran.

¿Has avisado al comisario Esteve?

–Le dejé un aviso a su secretaria, aún no había vuelto de la reunión.

–Conecta el navegador del coche y escribe bien la dirección porque yo no estoy muy segura de dónde está esa zona y podemos acabar en Ciudad Real.

–Está, más o menos, entre la Ciudad de los Ángeles y Carabanchel –le explicó él.

–¿Por detrás del Hospital Doce de Octubre? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Sí, por eso el navegador nos dirige a la Avenida de Andalucía.

–Vale, vamos a ver qué nos encontramos

Pasaron el hospital y lo dejaron a la derecha, Sara observó la cantidad de ambulancias situadas a la entrada y le extrañó que hubiera tanta gente vestida de uniforme y entrando y saliendo de un edificio a otro.

–Es que también tiene un hospital materno-infantil –le explicó él. Misterio resuelto.

Aparcó poco después al borde de un descampado en el que ya se podía observar el frenético movimiento tras la aparición de un cadáver. Nada más bajar del coche, Sara escuchó una voz familiar a pocos metros.

–¡Inspectora! ¡Me alegro de verte! –saludó un fornido hombre de unos cincuenta años, barba espesa que necesitaba un arreglo, pelo escaso peinado hacia atrás y ojos hundidos que pedían a gritos un descanso.

–¡Vaya! ¡Inspector Aguilar! ¡Cuánto tiempo…! –contestó ella mientras se dirigía al hombre y le daba un par de besos en las mejillas.

–Veo que ya estás en plena forma, me alegro muchísimo, te llamé un par de veces y le pregunté al comisario Esteve por ti. Ya me dijo que necesitabas un poco de tiempo.

–Bueno, me incorporé hace pocos meses –respondió a la vez que, inconscientemente, se tocaba el hueco de la mano derecha, era un gesto que hacía sin pensar y que no pasaba desapercibido.

–De verdad, no sabes cuánto me alegro. Madrid no es un lugar seguro sin ti. Espera…,

¿has dicho meses? Pensé que acababas de volver; de hecho, cuando me han comunicado que vendrías, me han dicho que hacía poco que

te habías incorporado.

–Sí, bueno, es una larga historia. Llevé un caso en Asturias al volver al servicio activo el año pasado. En Madrid llevo desde la primavera, más o menos.

–¡Vaya! ¡Será que no había casos aquí! ¡Ja, ja, ja! –bromeó el fornido policía–. Me dijeron que el inspector Gómez se había ido a Gijón. ¿Fue por algún caso que llevaba?

¿Te avisó él?

–Más o menos –respondió una voz a su espalda.

–¡Coño! ¡Leandro! Te hacía comiendo fabada y bebiendo sidra.

–Hasta hace poco era así. ¿No lo ves? –respondió él señalándose la barriga–. Me tuve que volver porque ya no me servía la ropa.

–No me extraña –coincidió él–. Lo bien que se come por el norte… ¿Qué te hizo marcharte a Asturias?

–Me ha venido bien este año en Gijón, te lo aseguro; necesitaba un cambio de aires –

respondió él.

–¿Y a quién no? –suspiró el corpulento inspector con la mirada perdida en el horizonte–. A veces Madrid es capaz de devorarte. Si no haces una pausa, cuando te das cuenta eres poco más que pasto para esta ciudad.

Se hizo entonces un silencio incómodo. Aguilar parecía estar en la consulta de un psicólogo más que en el escenario de un crimen. Sara no se atrevía a hablar, aunque estaba completamente de acuerdo con lo que acababa de oír. El policía volvió a la realidad, como si no hubiera dicho nada del otro mundo, parecía deprimido.

–¿Dónde está la víctima? –preguntó Sara en un intento de reconducir la conversación.

–La víctima, claro…, por aquí –les indicó él.

–Puede ser la mujer del sospechoso que tengo retenido en comisaría. ¿Sabemos ya el nombre?

–No, la mujer estaba completamente desnuda, la ropa está a su lado,

como si se la hubieran arrancado. En uno de los bolsillos hemos encontrado el carnet de una biblioteca, aunque tendremos que comprobar el nombre, por supuesto.

Sara y su compañero se acercaron al cadáver de la joven. Yacía boca arriba, desnuda y molida a palos. La que probablemente era su ropa, tal como Aguilar acababa de explicar, a un lado hecha un ovillo, la camiseta destrozada. Una prenda que no reconoció se encontraba a unos pasos. Al acercarse, la inspectora comprobó que se trataba de unas bragas. Una mujer se encontraba agachada junto al cadáver comprobando el alcance de las heridas de la víctima.

–Por la lividez que presenta el cuerpo, la víctima murió hace más o menos veinticuatro horas –les explicó la forense.

–¡Mierda! No ha podido ser él.

–¿Tu sospechoso? –le preguntó el inspector Aguilar. ¿El marido?

–Sí, es imposible, ayer pasó el día entero en comisaría. Hay que comprobar la identidad.

–No me parece ella, Sara –dijo de pronto Leandro.

–Bueno, tiene la cara bastante deformada por los golpes. La identificación tendrá que esperar a que verifiquemos el ADN y las huellas –añadió Aguilar.

–Déjame el carnet que llevaba en el pantalón, el de la biblioteca –le pidió la inspectora.

–Sí, claro –respondió él al mismo tiempo que hacía una señal a uno de los técnicos para que le acercara las pruebas. El carnet permanecía metido en una bolsa de plástico, resguardado de cualquier posible contaminación.

–Según esto, la víctima se llama Inés Corral –leyó la inspectora.

–¿Y vuestra desaparecida?

–Andrea Soto –respondió ella mirando la foto del carnet e intentando compararla con la de la otra mujer. Que no era la mujer de Ángel Santamaría ya estaba claro, aunque tenía que reconocer que se le parecía bastante. Ahora había que determinar si correspondía al cadáver.

–Yo creo que los rasgos coinciden –comentó Leandro por encima de su hombro.

–Habrá que esperar a las pruebas, aunque yo estoy segura al 99% –añadió la forense mientras señalaba una marca que casi pasaba desapercibida en la frente de la mujer por los golpes. Se trataba de una cicatriz antigua, quizá de cuando era niña.

Sara miró de nuevo la foto. En ella se veía con claridad que la marca de la cara era exactamente igual. Sí, todo indicaba que la mujer encontrada muerta en el descampado era Inés Corral. Contempló a la joven con pena. La cara aparecía deformada allí donde había recibido los golpes, y varias heridas sangraron formando una máscara grotesca al mezclarse con el maquillaje aplicado con esmero muchas horas antes. La inspectora se fijó en las marcas de sus muñecas y sus tobillos. Habían provocado varias heridas, lo que quería decir que, o bien llevaba correas muy apretadas o había permanecido mucho tiempo secuestrada.

–¿Sabemos ya la causa de la muerte? –se dirigió a la forense, quien no se movía del lado del cadáver.

–Es muy probable que sea un impacto de bala. Miren, aquí en la zona temporal –

añadió señalando la cabeza de la mujer.

Giró la cabeza de la joven hacia los lados para enseñarles un pequeño orificio a cada lado de la cabeza. El del lado derecho era visiblemente más grande que el del izquierdo.

Ella les explicó que el del derecho se trataba del agujero de salida. El pelo contenía restos sanguinolentos y tierra.

–¿Ha dicho probable? –preguntó Aguilar, perplejo–. Hombre, con un disparo en la cabeza…

–Bueno, desde luego el impacto es mortal y no hay sangre alrededor. Así que una de dos: o ya estaba muerta cuando recibió el impacto o murió en otro sitio. Aún tengo que hacerle varias pruebas.

–¿Cree que no murió aquí? –interrumpió Leandro.

–No lo sé, hay que esperar a que lleguemos al Anatómico Forense. Ahora mismo prefiero no aventurarme. No suelo hacer diagnósticos precipitados, me gusta ser minuciosa.

Sara observó a la forense, no la conocía, jamás había coincidido con ella en ningún caso.

Parecía una niña recién salida de la universidad, desde luego no pasaba de los treinta años, aunque destilaba seguridad y calma. A la inspectora le gustó la forma de tratar a la víctima y la manera de hablar con ellos. Estaba acostumbrada a ver cómo sus compañeros se mofaban de los jóvenes policías, forenses, técnicos o cualquiera que tuviera que ver con algún caso y que, evidentemente, fuera nuevo. Aquella joven daba la sensación de tener una larga carrera como forense, que por supuesto no era posible por su edad. La policía pensó que habían tenido suerte de que les hubiera tocado aquella doctora en aquel caso.

–Al principio pensé que la torturaron durante horas, sobre todo por las marcas en sus extremidades. Ahora creo que no, que los golpes recibidos fueron de una sola paliza *post morten* –explicó la doctora mientras movía un poco la cabeza con el fin de echar hacia atrás un mechón de pelo negro rebelde que había escapado de su coleta y que le molestaba para trabajar. Al llevar los guantes puestos, no quería tocarse la cabeza–. Me refiero a los golpes más marcados. Magulladuras y roces hay por todas partes. Mirad, las marcas de las muñecas y tobillo nos indican que lo que sí llevaba es mucho tiempo secuestrada e inmovilizada.

–Si asumimos que el disparo fue la causa de la muerte, ¿diría usted que habría muerto en el acto?

–Sí, desde luego… Ya le digo que no estoy del todo segura, hay que esperar a la autopsia.

–¿Y para qué la paliza? –se quejó Sara–. ¿Por qué alguien la maltrataría empleando tanta fuerza y después acabaría con su agonía de un disparo, como para ahorrarle el sufrimiento?

–Sí, asumiendo como usted dice que el impacto de bala fuera la causa de la muerte, muy razonable no parece.

–A no ser –intervino Leandro– que el crimen lo hayan perpetrado dos personas distintas.

–¿Quieres decir que alguien le dio una paliza mortal y la dejó aquí y otra persona decidió rematarla? ¿Un justiciero? –preguntó Aguilar con la mirada perdida.

–Algo así. No sería la primera vez… –comentó Leandro.

–Ahora no podemos descartar ninguna teoría. Más tarde nos pasaremos por el depósito a ver si ya ha podido avanzar con la autopsia –prometió Sara–. ¿Algo más?

–Lleva una alianza –explicó Aguilar–. No han denunciado su desaparición, que sepamos.

–Tendremos que encontrar al marido –comentó Leandro.

–O a la mujer –añadió Sara.

–¿Cómo dices?

–Puede estar casada con una mujer.

–Tienes razón, no lo había contemplado: sí, puede ser.

–El caso es que tenemos el cadáver de una mujer joven a la que han retenido, al menos, durante veinticuatro horas y que nadie ha echado de menos por ahora. Y una desaparecida de edad similar desde hace setenta y dos horas de la que no hemos vuelto a tener noticias.

–Este caso promete –dijo Leandro sin pensar.

–Espero que no –añadió Sara–, mucho me temo que pronto tendremos un nuevo cadáver si no nos ponemos las pilas. Así que, a currar.

–Hay que soltar a Ángel Santamaría, Sara.

–Lo sé, lo sé, no me lo recuerdes –contestó enfadada.

–¿Quién es Ángel Santamaría? –preguntó Aguilar.

–El marido de la mujer que permanece desaparecida desde el viernes.

–¿Y sigue en comisaría? –preguntó el corpulento policía enarcando las cejas–. Entonces es que tenéis pruebas sólidas, ¿no?

–Aunque no te lo creas, no tenemos absolutamente nada –le explicó Leandro.

–¿Y cómo es que sigue allí?

–Por un defecto de forma. Los formularios tardaron más de lo normal en ser entregados al comisario y él tampoco ha hecho nada por salir. Ni siquiera ha pedido un abogado.

–¡Qué raro! –exclamó el fornido policía más para sí mismo que para los demás.

–Tiene todas las papeletas de ser culpable –le explicó Leandro en voz baja–, aunque Sara no está muy de acuerdo.

–Solo creo que hay que esperar a las pruebas, Leandro. Ya has oído a la forense…

–Si el instinto de Sara la obliga a esperar, yo esperaría, Leandro –interrumpió el inspector, estaba claro lo que pensaba de la inspectora Benítez.

–De todos modos, no tenemos otra opción por ahora –le explicó Leandro–. Ni siquiera hay cadáver, ni pruebas.

–¿Y si no está muerta? –preguntó él.

–Probable es, desde luego, aunque no lo creo, Leandro tiene razón con el sospechoso.

Tiene una pinta tremenda de ser culpable, la cuestión es que no hemos encontrado ni una pista –añadió Sara entonces, mientras su mirada se perdía en la lejanía.

–¿Qué hay allí? –preguntó Leandro mientras señalaba hacia su derecha.

Los policías siguieron la dirección que les indicaba la mano del inspector. Varias chabolas aparecían colocadas formando una especie de poblado, algunas de ellas contaban con chimeneas de las que salía humo.

–Es un campamento de rumanos –les explicó Aguilar–. Llevan ahí más de un año.

–¿Un año? ¡Si ni siquiera son casas de verdad! –exclamó Sara–. Mira los tejados de uralita, parece que hubieran robado algunos trozos de varios centros comerciales de la ciudad y los hubieran puesto así, de cualquier manera.

–No vas desencaminada –le explicó él.

–¿Y no se puede hacer nada? –preguntó Leandro mientras fruncía el ceño con rabia.

Estaba seguro de que la mayor parte de los pisos que se veían, justo

detrás, permanecían vacíos.

–Tienen un edificio de pisos que les ha concedido la comunidad de Madrid al otro lado de la autovía. En cuanto consigamos hacerles entrar en razón, los llevaremos para allá.

–¿Entrar en razón? –se extrañó la inspectora.

–Sí, algunos no quieren salir de ahí.

–Me parece imposible –dijo Leandro.

–Bueno, Leandro, llevan mucho tiempo ahí, a veces se pierde la perspectiva, ya sabes.

–Tendremos que acercarnos –les comentó ella de pronto.

–¿Qué buscas allí? –quiso saber Aguilar.

–Quiero saber si alguien ha visto u oído algo.

–Es inútil, Sara –le explicó él–, ni han visto ni han oído nada ni lo harán, nos tienen demasiado miedo.

–Aun así, hay que intentarlo.

Sara pensaba que era imposible que un hombre hubiera matado a golpes a una mujer tan cerca y que de aquel poblado nadie fuera capaz de saber nada. Al menos el disparo seguro que sí lo habían oído.

–¡Inspector! –llamó la atención de Aguilar la voz de uno de los técnicos de la policía científica.

–¿Qué ocurre? –preguntó él a una mujer de mediana edad con el pelo recogido que portaba una bolsa de pruebas con algo dentro.

–Mire…, esto estaba en la mano de la víctima. Es reciente.

El inspector Aguilar acercó un poco la bolsa a sus ojos y sacó del bolsillo interior de su chaqueta unas gafas de cerca. Dentro de la bolsa había un trozo de papel viejo. Aparte de arrugado, el papel contenía manchas de sangre. El caso acababa de dar un giro de 180 grados.

–Mi jefe ha dicho que lo huelan antes de cerrar la bolsa –les explicó la mujer.

–Déjame ver –le pidió ella.

En cuanto tocó la bolsa de pruebas, la imagen de Gabriel invadió su mente. No sabía qué le había hecho pensar en ello. Fuera como fuera, una angustia se instaló en su pecho y un sudor frío en su frente. Se sintió mareada de pronto. A ninguno de los inspectores le pasó inadvertido el detalle.

En este árido desierto de acero y piedra, elevo mi voz para que puedas oírla.

Al Este y al Oeste hago una seña. Al Norte y al Sur muestro un signo que proclama:

¡Muerte a los débiles, salud a los fuertes!

Al terminar de leer, Sara miró a sus compañeros. Nada parecía tener sentido.

–¿Qué quiere decir esto? –preguntó Aguilar–. Espero que no estemos ante un psicópata.

–Habrá que esperar, Aguilar –le pidió Leandro intentando mantener la calma, sentía la boca seca.

–Que es un psicópata está claro, viendo cómo le ha dejado la cara a la chica.

–Tiene un olor peculiar –comentó Aguilar obedeciendo así a la joven policía–, supongo que cuando lo analicen sabremos más.

Los tres inspectores se acercaron la bolsa a la nariz varias veces sin ser capaces de determinar la procedencia de aquel aroma. Después le devolvieron la bolsa de pruebas a la mujer para que la pudiera precintar cuanto antes.

–Esto no significa nada, por supuesto –añadió Sara–. Aunque mucho me temo que este caso está tomando un cariz diferente. Por experiencia te digo, Aguilar, que si esto lo ha dejado dentro de la mano de la víctima el asesino, no será la única. Tenemos que buscar en la base de datos, Leandro.

–Espera, Sara, no tan deprisa –le pidió Aguilar–. El caso es mío.

Sara miró a su amigo. Estaba en lo cierto, el caso era suyo, el cadáver

había aparecido en su zona y a ellos los habían avisado solo porque la descripción de la mujer coincidía con la de la joven de su caso, lo que quedaba ya descartado. Claro que, siendo sinceros, Aguilar muchas dotes de investigador no tenía. Se trataba de un hombre prudente, educado, alegre, buen compañero, sin duda, aunque su instinto no era como el de Sara ni de lejos. Miró al hombre a los ojos, no le hizo falta más. Él, a su vez, no apartó la mirada.

–Sara…, ya me conoces…, yo no quiero este caso. Ya sabes que mi trabajo es…. más de andar por casa, por así llamarlo. Este tipo de casos me supera un poco. Pero no creo que tenga opción. La mujer está en mi zona y soy el más antiguo. Además, acabamos de cerrar un par de investigaciones y estoy "ocioso".

–Lo sé, Aguilar, a mí sí me gustaría llevarlo. Además, algo me dice que se va a complicar bastante y que tiene que ver con mi caso.

–Tendremos que hablar con los de arriba, a ver si podemos llevarlo juntos.

Ella asintió. Si los dejaban trabajar juntos, era más que probable que ella llevara el peso de la investigación. Estaba casi segura de que le darían permiso. Aceptó el trato de inmediato. Hablaría con sus respectivos comisarios y trabajarían todos en aquel caso.

–Puede que la desaparición de la mujer de nuestro sospechoso no tenga nada que ver con esta víctima, aunque tú creas que sí –añadió Leandro sin perder de vista a Sara.

La inspectora Benítez entendió el problema de inmediato. No les dejarían llevar el caso si la mujer permanecía desaparecida o quedaba claro que no tenía nada que ver con aquella otra víctima. No quería pensar en ello, pediría permiso y ya se vería. No se daría por vencida sin intentarlo.

La imagen de Ángel Santamaría con las alas desplegadas tomaba fuerza en su cabeza.

Por qué lo veía así era un completo misterio que estaba dispuesta a resolver. Leandro miró a su jefa con preocupación, parecía enferma. Y así era. Sara sentía náuseas y se esforzaba por no vomitar. Un escalofrío recorría su columna vertebral.

–¿Vamos? –le preguntó Leandro a la vez que daba un par de pasos para acercarse al poblado.

Ella lo siguió sin vacilar, si había alguna posibilidad de conseguir una nueva prueba, pasaba por ir al poblado. Caminaron los dos al mismo tiempo que pensaban en el texto que acababan de encontrar dentro de la mano de la mujer y lo que podía significar.

Según se aproximaban, una sensación de desasosiego comenzaba a pesar, como si el cielo se hubiera caído encima de ellos de repente y no lo hubieran sabido esquivar.

CAPÍTULO 5: ILEANA

Aquello más que un poblado parecía un estercolero, un lugar donde esconder todo lo que a la ciudad no le gustaba enseñar: escombros, piezas rotas de retretes, planchas de metal, cartones, plásticos, gente sin trabajo y sin hogar…

El lugar parecía acechar a quien osara atravesar sus calles. Un perro flaco y lleno de pulgas correteaba a la vez que miraba hacia atrás desconfiado, ni siquiera a él le gustaba la presencia de la policía. Leandro se puso delante de Sara en un gesto de protección, ella resopló y lo adelantó, un tanto irritada. Si allí alguien protegía a alguien, que le quedara muy claro a su compañero de quién se trataba. Entraron por una especie de camino que hacía de calle principal. El barro se había endurecido al llevar varios días sin llover y en él se podían ver las marcas de bicicletas, coches, botas pesadas y carros improvisados donde se podía transportar cualquier cosa. Muchas más casetas de las que hubieran pensado encontrar se mantenían en pie de milagro, ensamblándose unas con otras en un equilibrio imposible. Sara pensó que era una suerte que ninguna línea de metro pasara por allí, porque con el primer temblor de la tierra el poblado se desmoronaría sin remedio.

La primera chabola con la que se toparon parecía un contenedor gigante de los que se utilizan para los transportes por mar. Completamente rectangular, sus paredes de hojalata se unían con remaches de distintos tamaños y materiales. El techo de uralita, mal colocado, dejaba infinidad de cavidades entre medias por las que podían entrar el agua y las ratas a cantidades iguales. Alguien había conseguido abrir un par de agujeros, donde descansaban sendos

cristales, tan sucios como rotos, por donde se filtraba algo de luz. La inspectora pensó, con pena, que el frío encontraría la misma entrada para colarse dentro.

Delante de la chabola descansaba una bicicleta desvencijada, con las ruedas torcidas y un color entre óxido y gris. Una pequeña maceta con un jazmín pelado y sin flores aguardaba a la primavera, pese a faltar unos cuantos meses. Los dos policías se acercaron a la puerta de madera que permanecía cerrada de forma prodigiosa, ni siquiera era del mismo tamaño que el hueco.

Nada más llamar con los nudillos, alguien abrió. Una pequeña cabeza infantil, con el pelo rubio pajizo enredado en dos largas trenzas, se asomó y les habló en un idioma que no conocían. Las pecas se movían en su cara a la vez que hablaba y las muñecas se veían llenas de pulseras, la mayoría confeccionadas por ella misma.

–¿Está tu mamá? –preguntó la inspectora con la esperanza de que la pequeña la entendiera.

Sara siempre había oído decir a su madre que le fascinaba el hecho de que en casi todos los idiomas que conocía la palabra *mamá* se escribía o se pronunciaba de manera casi idéntica. Había llegado el momento de comprobarlo.

– *¡Mama!* –gritó la niña hacia el interior de la casa. Sara sonrió satisfecha.

Una mujer extremadamente delgada, sin peinar, ataviada con varias camisetas y chaquetas de diversos colores y tamaños y otras tantas faldas de la misma guisa, se acercó a la puerta con el ceño fruncido. Se percató de que eran policías nada más verlos.

No le hacía ninguna gracia hablar con ellos, y mucho menos sin estar su marido presente. Además, no paraba de mirar hacia las otras casetas como si fuera a tener problemas por abrirles siquiera la puerta. Se dirigió a la pequeña y le dijo algo en su idioma que sonaba a regañina. La niña se sorbió los mocos y comenzó a llorar sin consuelo, así que la mujer le gritó de nuevo hasta que ella desapareció dentro de la caseta limpiándose las lágrimas y los mocos en la manga de su chaqueta. Sara pensó con pena que se había llevado la bronca por su culpa.

–¿ *Ce?* –preguntó entonces a los policías en tono cortante.

–Buenas tardes, señora, soy la inspectora Benítez –respondió ella

pensando en si hablaría su idioma, normalmente a los rumanos les costaba poco aprenderlo.

–*Nu înțeleg* –respondió ella, negando con la cabeza; Sara y Leandro cruzaron una elocuente mirada, no tenía ninguna intención de colaborar, quedaba claro.

La mujer miró con desconfianza la mano que le tendía la inspectora. No la aceptó, ni se quitó del quicio de la puerta, no fueran a tomarlo como una invitación a entrar. Sara la observó entonces con calma, ni siquiera tenía arrugas. Aquella mujer, que en un principio le había parecido que pasaría de los cincuenta años, ahora estaba segura de que no llegaría a los treinta. ¡Qué diferente trata el tiempo a los que viven en la miseria!

Ella no apartó la mirada de la policía, se veía a la legua que les tenía miedo, aunque intentaba mantenerse en su lugar.

–Señora, ¿entiende mi idioma? ¿No hay nadie con usted que pueda hablar con nosotros?

–*Nu înțeleg* –dijo de nuevo.

Durante unos minutos, los dos policías intentaron hacerse entender. Por más que intentaron comunicarse con ella, no fue posible. Respondía en su idioma, ni se molestaba en saber lo que querían.

–¿Español? –preguntó Leandro–. ¿Inglés?

Ella seguía gesticulando y diciendo que no a la vez que, ahora era mucho más evidente, intentaba echar de allí a aquellos dos intrusos. Una mujer con un atuendo muy similar salió de su casa y le gritó varias cosas en un idioma que no conocían, a lo que ella contestó con alegría.

Después las dos profirieron una enorme carcajada a la vez que miraban a Sara y Leandro con lástima.

–Nos entiende perfectamente, lo sabes, ¿no? –dijo Leandro a su compañera.

–Claro que lo sé –respondió ella mirando a la mujer por el rabillo del ojo–. Por eso nos quedaremos aquí, por si viene alguien más, yo no tengo prisa.

–Yo tampoco –coincidió él.

La mujer había dejado de gesticular y de hablar esperando a que aquellos dos se marcharan por donde habían venido, ellos la miraban abiertamente.

– *Yo no entiendo, juro* –dijo ella entonces en un gesto que parecía sincero.

–Necesitamos hablar con alguien que conozca nuestro idioma –repitió la inspectora Benítez con paciencia.

A punto estaban de rendirse cuando dos hombres aparecieron junto a la chabola. Al ver a la policía, hicieron amago de salir corriendo. Cuando comprobaron que la mujer conversaba con ellos, se relajaron un poco, quizá no fueran de inmigración. Ella se dirigió en su idioma a uno de ellos, el otro aprovechó para escabullirse hacia su casa.

Entonces él pareció pensar que cuanto antes se los quitara del medio mejor sería. Se acercó a los policías y les habló:

– *Mi nombre Petru Danca. No hablo muy español, ¿qué quieres?*

–Buenos días, Petru, necesitamos saber si vieron algo ayer en aquella zona del descampado –le señaló ella sin muchas esperanzas.

– *Yo no entiende, esperas* –dijo él–. *¡Ileana!*

La niña que les había abierto antes la puerta apareció entonces tras la mujer. Se escondió entre sus faldas y los miró sin pudor con sus enormes ojos castaños y la cara surcada por las lágrimas vertidas minutos antes. En sus orejas destacaban dos pendientes largos con cuentas de color azul turquesa.

–*Ileana vorbire…,* habla español –les explicó él, Sara se mostraba bastante escéptica y Leandro enarcó las cejas en un elocuente gesto–. *Pasen allí.*

El hombre les hizo pasar a toda prisa, las miradas de sus compatriotas se acumulaban en las sucias ventanas. En aquel lugar todos se conocían, compartían un código y una forma de convivir, y hablar con la policía no formaba parte de ello. La mujer miraba con ira, no parecía estar muy de acuerdo con que los hubiera invitado a entrar en su casa.

Sara miró alrededor en busca de algún lugar donde sentarse. Aparte de no encontrar ninguno, le pareció que los padres de la niña preferían que permanecieran de pie, y cuanto menos tiempo mejor.

–¿Ileana? ¿Me entiendes bien? –preguntó Leandro, la niña asintió y después los saludó.

–Soy la inspectora Benítez –le dijo ella; la niña sonrió dejando al descubierto un enorme hueco en su boca, le faltaban varios dientes.

–¿Viste algo ayer en aquel descampado? –le preguntó Leandro; la pequeña negó con la cabeza.

–Si hubieras visto algo, nos lo dirías, ¿verdad? –insistió Sara, la niña asintió.

– *Había hombre* –murmuró entonces ella; los inspectores se pusieron en guardia y los padres de la niña la miraron como si la vieran por primera vez–, *daba golpes a perro con palo. Después el perro queda sin moverse, trage y se va en coche.*

–¿Trage? ¿Qué es trage? –La niña asentía sin parar–. Apunta esa palabra, Leandro, luego miramos lo que significa. ¿Se fue en un coche?

– *Sí, él trage* – repitió mientras ponía sus manos en posición de disparar–, *y después coche grande como ti* –decía mientras señalaba a Sara.

–Parece que vio cómo disparaba –dijo Leandro mientras lo anotaba en su libreta.

–¿Dices que era grande como mi coche? ¿Es que has visto mi coche? –le preguntó Sara.

– *Sí, coche como ti* –insistía ella.

–¿Has visto mi coche desde aquí? –preguntó Sara con incredulidad, la niña negó con la cabeza y miró a sus padres aterrorizada.

De pronto Sara comprendió lo que pasaba, la pequeña salía de allí a su antojo sin que nadie se enterara, debía de tener una manera que los padres desconocían. Y no quería decirlo delante de ellos; aunque no supieran el idioma, conocían lo suficiente para enterarse de algunas cosas. No quería ponerla en un aprieto si no era necesario, así que llevó las preguntas en otra dirección.

–¿Y el color? –intervino Leandro–. ¿Sabes el color del coche?

– *Black* –respondió de inmediato la niña.

–Negro –tradujo Leandro mientras lo anotaba en su libreta–. Preguntarle el modelo ya va a ser mucho, ¿no? –añadió dirigiéndose a Sara.

–No creo que ella…, la verdad…, Ileana, ¿recuerdas cómo era el hombre? ¿Muy alto?

¿Gordo?

La niña la miró sin comprender, entonces la inspectora se ayudó de las manos para preguntar. Ella sonrió y señaló a su padre.

–¿Era como él? –le preguntó Leandro.

–Sí, pelo black…, negru y cara "spart" .

–No te entiendo, Ileana –confesó la inspectora, la niña se levantó de inmediato y se dirigió a la ventana para señalar el cristal.

– *Cara spart, spart* –decía sin parar.

–¡Ah!, ¿rota? ¿Te refieres a que la cara estaba rota? –preguntó Leandro mientras miraba al cristal–. ¿Quieres decir que tenía una cicatriz?

Ella sonrió de nuevo, había dado en el clavo. Entonces el padre de la niña dijo algo en rumano. La pequeña bajó los ojos y se dirigió a su habitación murmurando un "adiós"

casi inaudible.

–No más –dijo el hombre enfadado–. *No más*. *Ileana niña pequeña, no habla más.*

Y les hizo un gesto para "invitarles" a abandonar su casa. Los policías se miraron, por ahora era suficiente. Disponían de una pequeña descripción del sospechoso que, mirando al hombre que tenían delante, era similar al que mantenían retenido en comisaría. Claro que, estando allí, era imposible que hubiera perpetrado el crimen. El hombre que los estaba echando de su casa era un individuo no demasiado alto, moreno de pelo y piel y ojos verdes y penetrantes. Muy delgado y fibroso, comenzaba a acumular la falta de ejercicio en el abdomen y, al igual que su esposa, parecía llevar toda la ropa que tenía puesta encima en capas interminables.

Sara y Leandro salieron a la calle y oyeron un golpe seco tras ellos al

cerrar la puerta y asegurarla a saber con qué; porque encajar…, no encajaba.

–Bueno, se acabó la visita –comentó él con cara de fastidio.

–La verdad es que me esperaba menos, Leandro, pensé que ni siquiera nos permitiría hablar con la pequeña.

–Una pena que no hayamos tenido más tiempo, me parece a mí que la cría ha estado más cerca del lugar de los hechos de lo que creemos.

–Sí, yo también lo pienso –coincidió ella–, creo que sale y entra a su antojo por algún sitio y no quiere que sus padres la descubran.

Mientras divagaban, dos hombres aparecieron con cara de pocos amigos entre las improvisadas callejuelas del poblado. Uno de ellos se disponía a encender una hoguera en el "porche" de su casa. Tres individuos más se les unieron, llevaban consigo pedazos de madera, trozos de sillas rotas, de muebles… Cada uno de ellos miraba fijamente a los dos policías. En un momento fueron nueve los hombres que se juntaron y que no les quitaban ojo, no parecían demasiado amistosos.

–No te alejes de mí –le dijo Leandro sin mirarlos directamente y enfilando el camino hacia el coche.

–Lo mismo te digo –contestó Sara mientras metía una mano hacia el cinturón y quitaba la cinta que sujetaba su arma, por si tenía que sacarla. No dejaron de caminar.

Se alejaron lo suficiente para que Aguilar los viera regresar. Enseguida se acercó a ellos y los interrogó en busca de información.

–Hay una niña que parece haber visto a un hombre golpeando a alguien. Ella ha dicho a un perro, eso me da que pensar: o que no lo viera bien o que no se acercó hasta aquí o que no quería decírnoslo delante de sus padres –le contó Leandro.

–Más bien lo tercero –añadió Sara; él estuvo de acuerdo–. También es posible que estuviera presente cuando disparó.

–Podemos llevarla a comisaría –dijo el enorme policía–. Es más, creo que debemos.

–Pienso que por ahora será mejor que no lo hagamos. La niña nos ha dado una descripción del hombre –le explicó la inspectora Benítez–.

Los padres no estaban muy contentos con que la pequeña hablara con nosotros; si la llevamos a comisaría, me temo que no dirá nada más.

–¿Sabéis el nombre al menos? Por si otro día hemos de hablar con ella.

–Sí, se llama… –contestó Leandro mientras consultaba su libreta– Ileana Danco, debe de tener unos siete años.

–Aguilar, nos volvemos a la comisaría, debo soltar al sospechoso –explicó Sara–. En cuanto llegue, hablaré con el comisario, si te parece bien, a ver si podemos llevar juntos este caso.

–De acuerdo, yo haré lo mismo con el mío, cruza los dedos.

En cuanto lo dijo, se arrepintió. ¡Joder!, ¿es que no se le había ocurrido otra cosa que decirle justo a ella, a la que le faltaba un dedo? Sin embargo, Sara sonrió divertida.

–Aguilar, tengo otra mano y dos pies, diecinueve dedos para cruzar, así que tranquilo, que lo haré –bromeó haciendo que él respirara aliviado, se había sentido como un auténtico cretino.

Después se encaminaron al coche y se pusieron en marcha. Nada más arrancar, Leandro llamó la atención de su jefa, que se ponía al día con los mensajes del móvil antes de volver a la comisaría.

Sara lo miró interrogante, él le señaló hacia la ventanilla donde la pequeña permanecía esperando a que la inspectora bajara el cristal para hablar con ella. Si había ido a buscarlos, era que tenía algo importante que decirles.

–¡Ileana! ¿Ocurre algo? ¿Quieres decirnos algo más? ¿Cómo has salido de allí?

–*Hombre spart, malo* –dijo ella–. *Hablaba cosas.*

–¿Hablaba con alguien? ¿Había alguien más o era por teléfono?

–*No* –insistió la pequeña–, *hablar solo. Decir muchas veces muerte y diablo.*

–¿Estás segura?

–*Sí, él decir diablo y diablo ser malo. Yo coger esto* –añadió ella enseñándoles una pequeña llave. Se apresuró a colocarla en la mano de la inspectora.

–¿De dónde has sacado esto, Ileana?

–*Caer hombre malo, yo coger.*

Sara abrió la puerta para bajarse del coche, no se dio cuenta de que tenía puesto el cinturón de seguridad y un tirón no la dejó salir, así que lo soltó y bajó del vehículo.

Cuando lo hizo, la pequeña había desaparecido, no había rastro de ella. La inspectora supo que tendría que conformarse, así que volvió al coche, se puso de nuevo el cinturón y, tras meter la llave en una bolsa para pruebas que sacó Leandro del bolsillo de la chaqueta, la guardó en su pantalón y se dirigió a la comisaría, donde no tendría más remedio que dejar libre al sospechoso, por más que no quisiera hacerlo.

CAPÍTULO 6: SENTENCIADO

Ángel apremió a sus hijos. Si no se daban prisa, llegarían tarde al colegio, como tantas otras veces. Mario se puso la camiseta del revés por segunda vez y su hermano llenó la mochila que juró haber preparado la noche anterior; su padre sabía que no era cierto, siempre lo dejaba para el último momento. Ángel les preparaba el almuerzo y lo guardaba para que no se les olvidara. Todo corriendo, sin que les cundiera lo más mínimo. Los pequeños se habían despertado varias veces llamando a su madre; aunque él los había tranquilizado enseguida, era evidente que la echaban de menos y les aterraba la posibilidad de no volver a verla. Él, por su parte, pasó el resto de la noche en un duermevela que se reflejaba en las bolsas bajo sus ojos.

–Mario –le llamó la atención su hermano–, ponte bien la camiseta, que si no el diablo va a pensar que eres de los suyos.

–¿A qué viene esa tontería? –le preguntó su padre, el niño se limitó a encoger los hombros–. Daos prisa, que no llegamos al colegio.

Los niños parecieron ponerse las pilas de pronto y por fin pudieron salir al rellano a esperar al ascensor con las mochilas cargando de sus pequeños hombros. Mientras esperaban, la familiar figura de su vecina apareció a su lado. Una red en la cabeza le sujetaba el peinado que la

peluquera había arreglado con esmero el día anterior; le duraría al menos una semana, como siempre. La envolvía la bata de guata más fea que Ángel había visto en su vida.

–Vecino…, perdona…, ayer quise acercarme a tu casa por si necesitabas algo; mi marido no me dejó, ya sabes cómo es Lorenzo, dice que hasta que no sepamos lo que ha pasado con tu mujer no debemos ir para nada porque, claro, puede que se haya colado

alguien en tu casa o puede que no, ya lo sabes. Es que mi Lorenzo es muy desconfiado.

Es muy bueno, ¿eh? Muy bueno, muy bueno; pero, claro, él no te conoce tanto como yo y puede pensar que lo de Andrea sea cosa tuya, que yo no lo creo, así que le dije yo que lo único que podía haber pasado era que algún desalmado se hubiera colado en vuestra casa aprovechando que tú no estabas, que le hubiera pegado un palo a la pobre Andrea, que pasa tanto tiempo sola porque tú trabajas tantas horas en esa oficina… Y que menos mal que no estaban los niños en casa, angelitos…; que si no menudo susto o vete tú a saber lo que les podía haber hecho.

Ángel respiró profundo mientras pulsaba una y otra vez el botón del ascensor, como si eso pudiera conseguir que llegara más deprisa; no soportaba a aquella cacatúa. Aparte de parecerle una vieja amargada y cotilla (a Andrea le daba algo de pena, no debía olvidar que la soportaba solo por eso) lo agotaba físicamente cuando se la encontraba así, de forma que no tuviera escapatoria.

Cuando llevaba un rato hablando con ella, en realidad solo escuchándola, o más bien oyéndola, tenía la sensación de que le robaba el aire que respiraba. Durante unos segundos se perdió en sus pensamientos logrando evadirse de la conversación. Cuando volvió en sí, comprobó que ella seguía hablando, así que apretó las mandíbulas y pulsó de nuevo el botón.

–… Pues sí, hijo, ya lo dije yo en la última reunión de vecinos, que esa puerta de la calle no funciona bien, que aquí se puede colar cualquiera y hacernos vete a saber qué, porque es bien fácil entrar en nuestras casas y que un día íbamos a tener un disgusto.

Porque no sé si te enteraste de lo de las palomas; claro que, ahora que lo pienso, cómo no te ibas a enterar si fue tu mujer las que las quitó de ahí, que ya lo dije yo, no esperaba que la chica cogiera las palomas muertas como si nada, y no por las infecciones, ¿eh?

Era por el destrozo, ya sabes, porque que se cuele alguien y raje a varias palomas y las deje en el patio interior, menuda gracia, que les faltaba el corazón, ¿eh? Así que, si alguien se pudo colar para eso, pudo colarse para otras cosas y, claro, mira a la pobre Andrea, que seguro que se la llevaron a rastras y que yo no vi ni oí nada, te lo juro, que a saber lo que hicieron con ella, pobre chica…

–Luisa…, perdone…, mis hijos… –la intentó callar él de forma educada; en realidad le apetecía ponerle medio rollo de cinta americana en la boca para que no pudiera hablar nunca más.

–Claro, claro, pobrecillos, acaban de perder a su madre…

–Mi madre va a volver muy pronto –respondió el niño más pequeño con el ceño fruncido y una determinación que sorprendió incluso a su padre–. Seguro que tenía algo que hacer muy importante y se le ha olvidado llamar porque es una despistada.

Esta tarde nos va a dar la merienda porque es martes y los martes nos hace bocadillo especial para ir a la piscina porque dice que necesitamos reponer fuerzas cuando hacemos mucho deporte.

Aquel comentario provocó un silencio de los que erizan la piel, roto por el sonido del providencial ascensor que por fin había encontrado la manera de salvarlos de aquella situación tan incómoda. Ángel pensó que tendría que acercarse por la tarde a hablar con la cacatúa y el marido, no quería que dijeran nada de Andrea delante de sus hijos. Aún no se sabía nada y los niños lo estaban pasando demasiado mal como para aguantar encima que una vecina cotilla les explicara su teoría sobre lo ocurrido a su madre. No sabía que aquello sería el principio de una serie de barbaridades que tendría que aguantar a partir de entonces.

Al llegar al colegio, comprobó que quedaban aún un par de minutos para que abrieran las puertas, así que dio un beso a sus hijos y les pidió que se pusieran en sus respectivas filas para entrar. Se agachó a atar el cordón de una de las zapatillas de su hijo pequeño, Mario, que siempre llevaba alguna desatada, o media camiseta por fuera, o un calcetín de cada color. Sin embargo, David se acicalaba ya a sus nueve años y era incapaz de salir de casa sin peinarse, colocarse la ropa y los cordones (y revisar que estuvieran bien atados) y pasar por el espejo para comprobar que todo seguía en su sitio. Qué distintos eran, incluso físicamente. Al levantar la vista, se encontró con la mirada de varios padres y madres que con rapidez disimularon. Se colocó unas gafas de sol que llevaba en la chaqueta para contemplar a la gente

desde sus cristales oscuros; encontró miradas de reproche en cada dirección. Aquellos idiotas ya lo habían juzgado y condenado y, si la ley lo permitiera, lo habrían linchado en aquel mismo instante y a ser posible delante de los niños para que aprendieran la lección.

Miró a sus hijos: parecían estar tranquilos y a gusto en la fila, con sus compañeros.

David incluso cambiaba unos cromos con sus amigos y se reía, así que Ángel aguantó las miradas y los cuchicheos como pudo, puso la cabeza bien alta y esperó estoicamente a que la sirena sonara avisando de la entrada al colegio. En cuanto los pequeños entraron, se aferró a su cartera portapapeles y se apresuró a ir a trabajar. Tanto los niños como él necesitaban toda la tranquilidad y normalidad que fuera posible, y él no iba a contribuir a que aquello fuera a más. Los cuchicheos se incrementaban según pasaba por delante de algunos padres, y a punto estuvo de perder la paciencia y lanzar algún improperio (aunque más le apetecía lanzarles una piedra). Cuando se marchaba, oyó

que alguien gritaba su nombre para llamar su atención. En un primer momento no la reconoció, llevaba el pelo suelto y rizado y pocas veces la había visto así. Entonces se dio cuenta de la leve cojera de la profesora de su hijo pequeño. Cuando volvió a decir su nombre, la voz cantarina la delató: era Elena, la joven y nerviosa profesora de ojos azules, quien le preguntaba con sincera preocupación cómo se encontraba.

–Hola, Elena, no te voy a mentir, estoy bastante preocupado, muchas gracias por preguntar.

–No me extraña que estés así, yo en tu caso me habría vuelto loca.

–Bueno, intento mantener la calma por los niños; aunque, como los recogí anoche, no estoy muy seguro de cómo están, se quedaron con ellos Rafa y Lidia.

–Sí, ya me dijo tu amigo Rafa que te tenían retenido en comisaría. Si te sirve de algo, yo no creo que tú…

–Te lo agradezco, Elena, de verdad. Supongo que la policía hace su trabajo, aunque a veces más bien parecen ir hacia atrás.

–La encontrarán pronto, ya lo verás –intentó animar ella.

–Eso espero… Por cierto, ¿cómo ves a Mario?

–Tu hijo está bien, Ángel, está centrado, más o menos tranquilo, es verdad que llora por cualquier cosa y a veces no quiere hacer las tareas, no se lo podemos tener en cuenta ahora mismo.

Está inquieto por la desaparición de su madre, desde luego; creo que no deberías preocuparte por ahora, está reaccionando bastante bien.

–Gracias, si vieras algo fuera de lo normal, me avisas, por favor.

–Por supuesto. Oye…, tengo que volver a clase, siento no poder hablar más contigo, mantenme informada, por favor.

–No te preocupes, ya has hecho bastante, aunque creo que esta conversación te va a traer problemas.

–¿A mí? ¿Por qué? –preguntó ella extrañada.

–Porque todos los padres nos están mirando, ahora tendrán una teoría muy televisiva de lo que le ha ocurrido a mi mujer.

–Bah, no hagas caso. Lo importante es que tus hijos estén bien y yo no he notado ningún comportamiento extraño entre ellos. Preguntaré a Soledad, la tutora de David. Y

tranquilo, que estaré muy atenta a los comentarios de los niños, que ya sabes que a veces son un poco crueles.

–¿Sí? ¿A qué te refieres? ¿Crees que les dicen algo sobre su madre o sobre mí?

–No, al menos por ahora, aunque me atrevería a aventurar que, casi con total seguridad, se lo dirán, porque solo hay que ver cómo te miran sus padres, es cuestión de tiempo que les suelten algún comentario a sus hijos y ellos vengan con el cuento a los tuyos. No te preocupes, que estaré atenta y hablaré con el resto de profesores para que pongan especial atención.

–Muchas gracias, Elena, en cuanto sepa algo más te lo diré.

–Mucha suerte, Ángel… Y ánimo.

El hombre se marchó con los hombros derrotados camino del trabajo. Aquella etapa prometía ser dura y difícil para los chicos, y en su mano estaba que lo pasaran lo mejor posible. Decidió en un acto de rebeldía quitarse las gafas de sol y enfrentarse a cada una de las miradas que recibía.

Como esperaba, nadie fue capaz de aguantar salvo él. Todos simulaban volver a unos quehaceres o conversaciones inexistentes y se giraban en cuanto sentían el desafío en sus ojos. Muy valientes en el anonimato; en cuanto se enfrentaban cara a cara, desaparecían.

–Cobardes… –murmuró mientras volvía una esquina y se dirigía a la parada de metro más cercana.

Nada más bajar las escaleras, se sintió a salvo. Allí nadie le miraba, nadie permanecía atento a sus movimientos, nadie le juzgaba, ni condenaba. Era lo bueno de Madrid, que se podía pasar desapercibido cuando era necesario, la mayor parte de la gente va a lo

suyo sin meterse en lo de los demás. Eso no siempre era una ventaja, resultaba complicado tener amigos de verdad en una ciudad en la que nadie mira al que tiene al lado. Menos mal que él contaba con Rafa y Lidia, se habían encargado de sus hijos sin pensárselo, en ningún momento habían sospechado que él tuviera algo que ver con la desaparición de Andrea. Rafa le había regañado hasta quedarse afónico; además de amigo, era abogado y no entendía cómo había preferido pasar el fin de semana entero encerrado a que él le representara. Ángel tenía sus razones, simplemente no quería contárselas.

Aquel día pocas cosas conseguían que Ángel se sintiera cómodo. La vorágine de gente del metro lo agobiaba bastante. Y eso que, a aquellas horas, la cantidad de personas que se desplazaba en metro era bastante razonable, incluso había asientos libres en los vagones. Entre las siete y la nueve de la mañana pensar en sentarse en el trayecto a la oficina era una utopía, y más en esa línea 3 que iba de la estación de Delicias a Sol, donde hacía transbordo. A partir de las nueve, la mayor parte de los viajeros ocupaban ya sus puestos de trabajo y se viajaba, al menos, con más espacio.

Deseaba sentir la tranquilidad de su oficina. Lo mejor de trabajar para aquella empresa era que, al ser el encargado del departamento de recursos humanos, disponía de un despacho propio y durante varias horas no tenía por qué relacionarse con nadie si no quería. Nada más entrar, supo que tendría problemas, porque hasta el aire parecía diferente. La recepcionista le saludó con frialdad y manteniendo las distancias, algo inusual en ella. Pensó en la cantidad de veces que lo cubría cuando salía en horas de trabajo.

Subió a la primera planta, donde se ubicaba su despacho. Nadie en el pasillo le retiró el saludo ni lo trató de forma incorrecta: aunque él

podía ver cómo se intentaban apartar unos pasos de él y no permanecían en su campo de visión más de unos segundos. Con determinación completó los pasos que le permitirían refugiarse en su despacho. Nada más entrar en él, se dejó caer en el sillón giratorio y encendió el ordenador. Ese día ni siquiera se tomaría un café, con tal de no cruzarse con ningún compañero, y cruzó los dedos para que nadie necesitara de sus servicios en persona.

Puso la contraseña del ordenador y pensó de inmediato en los niños, en si estarían bien aquel día en el colegio. En la pantalla de inicio, una foto de su mujer y sus hijos en aquella excursión a Barcelona le hizo saltar en el tiempo por un instante. En ella cogía a Andrea por los hombros, David hacía el payaso y el pequeño Mario dormitaba en una silla de bebé. La nostalgia lo invadió, enseguida se obligó a volver a la realidad e intentó

mantener la calma y realizar su trabajo como cualquier otra jornada, aunque sus pensamientos no eran capaces de mantenerse en su sitio como debieran.

Consultó el correo electrónico para contestar primero los mensajes más urgentes. Uno captó su atención de inmediato, en el asunto solo una palabra: “Lucifer”. Pensó quién sería el gracioso mientras lo abría y leía. No entendía aquel texto y le parecía algo macabro, así que pulsó el botón de eliminar; cuando el ordenador le pedía que lo confirmara, cambió de idea y lo imprimió.

Después lo guardó en su maletín y buscó el número de la comisaría de policía para ponerse en contacto con la inspectora Benítez, ella tenía que leer aquello. No le dio tiempo a marcar los números cuando la puerta del despacho se abrió de par en par dando paso a su jefe.

–Qué haces aquí? –preguntó sin saludar.

–¿Cómo que qué hago aquí? –se enfadó Ángel–. Trabajar, como siempre.

–Deberías estar en casa, hasta que no se sepa lo ocurrido con tu mujer no quiero que vengas.

¿Es que no has recibido mi *email*?

–¿Me pides que no venga a trabajar por *email*? ¿Eso qué quiere decir? ¿Que estoy despedido?, ¿que no confías en mí?, ¿que de verdad crees que le he hecho algo a mi mujer?, ¿o que me vaya a casa a descansar porque entiendes que lo esté pasando mal y que no duerma

prácticamente nada y que los niños me necesitan más que nunca?

Su jefe lo miró con ira, acababa de dar en el clavo. Tenía el firme propósito de decirle que se marchara a casa a descansar y que no se preocupara por el trabajo, que le daba unos días libres. El motivo realmente no era ese, prefería que se quedara en casa porque en la oficina las habladurías eran cada vez mayores y muchos trabajadores pensaban que había matado a su mujer. Él, como jefe, quería evitar a toda costa que ocurriera algún percance. Decidió que lo mejor sería sincerarse con él, llevaban trabajando juntos más de diez años.

–Mira, Ángel, el ambiente está muy caldeado, no te voy a mentir. Aquí hay gente que piensa que le has hecho algo a tu mujer y gente que defiende tu inocencia. Ya he tenido que intervenir en un par de broncas y no quiero que tú estés en medio.

–Entonces está claro, ni siquiera me has contestado…

–No me malinterpretes, no estoy diciendo que yo piense que le hayas hecho daño a Andrea.

–¿Es así? ¿Lo piensas? –le desafió él.

–No se trata de lo que yo piense, ¿sabes? Se trata de no darles más carnaza. Quiero que te quedes unos días en casa, te ocupes de tus hijos y de ti. Venir aquí no te va a ayudar en nada. Y así, de paso, evito conflictos.

–Estar en casa sin hacer nada no creo que me ayude en lo más mínimo –protestó él–.

De todos modos, sigues sin contestarme. ¿Piensas que le he hecho algo a Andrea?

–Te puedo mandar algo de trabajo para que hagas desde casa, si tú quieres. Prefiero que te mantengas lejos de la oficina por unos días. Y no, no creo que le hayas hecho nada a tu mujer.

–Tú mandas –zanjó él mientras se levantaba y recogía sus cosas. Al menos él tampoco lo creía culpable, aunque lo tratara como si lo fuera.

Su jefe salió como había venido, sin molestarse en despedirse. Ángel se sintió como un condenado a muerte. Daba igual que hubiera cometido algún delito o no. Si la gente más cercana lo trataba como a un criminal, ¿que no pensaría la opinión pública de aquello? Lo único

importante era que sus hijos sufrieran lo menos posible, y lucharía para que así fuera.

Salió a la calle tras pasar de nuevo por delante de la recepcionista, deleitándose en cada paso para provocar su estupor. Decidió que, en lugar de telefonear a la comisaría, se presentaría allí para enseñarle aquel texto a los dos inspectores que llevaban el caso de su mujer. Ya subido al vagón de metro, cayó en la cuenta de que no había contemplado la posibilidad de que los policías no estuvieran. Miró su reloj y comprobó que tenía varias horas por delante antes de que sus hijos salieran del colegio, y que en algo debería ocupar el tiempo. Así que, mientras esperaba a que pasaran varias estaciones hasta llegar a la suya, sacó el texto de la cartera y lo volvió a leer. Tuvo la desagradable sensación de estar leyendo directamente el interior de una persona enferma y volvió a guardarlo lo más deprisa que pudo. Fuera quien fuera el que le había enviado el mensaje, le había perturbado lo suficiente para hablar con los policías de inmediato. Tal vez fuera un simple chalado que quería ponerlo nervioso.

Una anciana entró al vagón en el que se encontraba él, dos bastones la ayudaban penosamente a caminar. Por instinto, Ángel miró si había asientos vacíos para cederle el suyo si hiciera falta. Justo el asiento a su izquierda permanecía libre. Un sobre encima de él llamó su atención. En la anterior estación no había nada allí, de eso estaba seguro.

No pensaba tocarlo, no era suyo, en su parte más ancha podía leerse la palabra ‘Lucifer’.

No podía ser casualidad; justo cuando le envían un mensaje cuyo asunto pone ‘Lucifer’, le dejan un sobre al lado, en el metro, estaba claro que sí era para él. Se apresuró a cogerlo antes de que la anciana se sentara, en el reverso aparecía su nombre.

Quienquiera que lo hubiera dejado allí tenía la completa convicción de que él lo encontraría. Lo primero que sintió al abrirlo fue el ahora ya familiar olor a almizcle, que lo transportó de inmediato a su infancia, a recuerdos enterrados desde hacía mucho tiempo. Dentro del sobre solo encontró un trozo de papel con el número diecinueve, no tenía ni idea de lo que significaba, aunque alguien se había tomado la molestia de escribir los números con bastante floritura con una pluma. Un sudor frío recorrió su nuca al recordar la imagen de un cuadro que había contemplado en Manhattan varios años antes. En él aparecía un ángel al que se expulsaba del paraíso. La razón de que acudiera a su mente, en aquel preciso instante, se escapaba de su

comprensión. Ni siquiera recordaba el nombre de la obra y del autor.

Sacudió un poco la cabeza y salió del vagón visiblemente aturdido, necesitaba una explicación y la necesitaba cuanto antes.

CAPÍTULO 7: QUIERO ESTE CASO

El comisario Esteve observaba a los inspectores mientras su cerebro buscaba la solución a aquel conflicto. No quería prescindir de ellos de ninguna manera, aunque debía reconocer que, si como parecía, el caso de la mujer encontrada en el descampado se iba a complicar, no conocía a nadie más cualificado que Sara Benítez para llevarlo. Había estado al frente de varias investigaciones de envergadura durante su carrera. Hacía casi dos años que un asesino de videntes había tenido en jaque a la ciudad de Madrid. Tanto el inspector Gómez como ella resolvieron aquel caso con éxito, aunque antes aquel asesino había conseguido enfrentarse a ella y cortarle un dedo.

Aquello estuvo a punto de ser el fin de su carrera. Supo salir adelante y buscar la manera de volver al servicio activo. Se atrevería a decir que en mejor forma física y psicológica que nunca. El inspector Gómez, después de aquello, solicitó un traslado a Asturias, necesitaba salir de un Madrid que lo asfixiaba. Sin comerlo ni beberlo se vio involucrado en la resolución de un caso en el que varias adolescentes fueron asesinadas en lo que parecían en un primer momento suicidios. Aquello hizo que la inspectora Benítez volviera al trabajo de manera brillante, como de costumbre.

También tenía claro que la complicidad y unión entre dos inspectores era algo que no siempre se daba y facilitaba mucho las cosas. No era lo mismo dejar que trabajaran a su antojo, sabiendo que iban a sacar el máximo partido a la investigación, porque se complementaban y entendían de maravilla, que tener a dos inspectores que se boicotearan el trabajo el uno al otro, como varios casos a lo largo de su carrera.

Volvió a pensar en la petición de la inspectora: encontrar un papel con un mensaje dejado por un supuesto psicópata no tenía por qué ser determinante, aunque la experiencia y el instinto le dijeran que sí. No era una prueba sólida para que él hablase

con sus superiores y les permitiesen llevar una investigación que pertenecía a otra comisaría, la decisión estaba tomada.

–Lo siento, inspectora, no puedo dejar que se inmiscuyan en ese caso, pertenece a otro distrito. Ustedes céntrense en encontrar a Andrea Soto, ya sé que tenemos pocas pistas.

Deberían investigar sus últimos movimientos, a sus vecinos, amigos…, ya saben.

–Joder, comisario, los dos sabemos que este caso no ha hecho más que empezar. Y

Aguilar…; bueno, él ni siquiera quiere llevarlo.

–Lo sé, pero esto no funciona así, inspectora Benítez. Si Aguilar no quiere el caso, lo llevará otro inspector de su zona y él pasará a otro caso, eso si se lo permiten sus superiores, claro está. No siempre se pueden elegir los crímenes para investigar. No podemos inmiscuirnos en una investigación sin un permiso, y yo no pediré un permiso de ese calibre sin estar totalmente seguro de que debo hacerlo. Además, no nos concierne.

–¿Y si… –intervino Leandro– nuestra desaparecida formara parte del caso?

–¿Está insinuando que este individuo haya secuestrado a más de una mujer y que Andrea Soto sea una de sus víctimas? –preguntó el comisario con un gesto de horror que no pasó inadvertido al inspector.

–Sí…, algo así –respondió Leandro con poca convicción.

–Bueno, entonces sí, claro; aunque sinceramente espero que no esté usted en lo cierto y no tengamos a un asesino en serie suelto. Porque… no hay ninguna prueba de que así sea, ¿no? ¿O me he perdido algo?

–No, no, era solo una suposición –le explicó él–. Sara se lo agradeció con la mirada.

–Mire, inspectora –añadió dirigiéndose a Sara–, le prometo que si este caso se complica, como usted cree que va a ocurrir, cosa que siéndole sincero espero que no ocurra, ofreceremos nuestra ayuda a la comisaría del distrito sur. Y si Andrea Soto está relacionada con este caso, hablaré con mis superiores para que lo lleve usted. Ahí no habrá peros, porque es usted la más experimentada de todos.

–Habrá que esperar a la aparición de otro cadáver –protestó ella.

–Por muy cruel que le resulte, inspectora, se necesitan pruebas, y sin ellas no se pueden evitar nuevas víctimas.

–Comisario, yo podría…

–El asunto queda zanjado, cierren la puerta al salir –terminó el comisario; estaba de acuerdo con ella, aunque no podía hacer nada por el momento.

Sara quiso protestar de nuevo, no pensaba rendirse con tanta facilidad; un gesto de Leandro señalándole el móvil le hizo cerrar la boca de inmediato. Salieron en silencio y ella le interrogó con la mirada. Varios compañeros iban y venían por aquel pasillo y les saludaban, aquella pareja de inspectores se había forjado una merecida fama entre los suyos, así que Leandro se dirigió al despacho seguido de su jefa y allí le enseñó un mensaje.

–¿Qué es? –preguntó ella con curiosidad.

–Es un mensaje de Aguilar, dice que nos acerquemos al Anatómico Forense.

–No podemos –protestó ella–. Qué rabia…

–Bueno, nadie nos ha prohibido hablar con él… –la tentó Leandro.

–En eso tienes razón –coincidió la inspectora–. Claro que…, como se entere el comisario…

–Yo no se lo pienso decir –confesó Leandro.

–Conduzco yo, vamos –dijo ella antes de coger la chaqueta y las llaves del coche, lo que le hizo recordar algo de inmediato–. Leandro, aún tengo la llave que nos dio la pequeña. Deberíamos dársela a los de la científica.

–Joder, Sara, lo hemos hablado ya mil veces. ¿No eres tú la que decías que esperarías a que nos dieran el caso?

–Ya lo sé. Es que parece que me pesa aquí en el bolsillo.

–Bueno, si te parece conveniente se la damos ahora a Aguilar. O si lo prefieres, esperamos un poco por si hay suerte y la mujer desaparecida tiene relación con la que han encontrado en Orcasitas –comentó el inspector–. Lo que decidas me parece bien.

–Lo de si hay suerte…

–Ya…, ya sé que es complicado… –coincidió él.

–No me refiero a eso, Leandro –le explicó ella–, es que suena raro decir que si hay suerte, cuando lo único que podría hacer que llevemos el caso sería encontrar a Andrea muerta y de la misma forma que esta...

–¡No me jodas, Sara! Eso es algo que yo no diría jamás, ni siquiera lo pensaría.

–Vale, perdona –se disculpó ella.

–Por cierto –dijo Leandro mientras sacaba un papel de un sobre naranja del tamaño de un folio y se lo entregaba a su jefa. Los resultados del ADN de Ángel Santamaría, sacados del trozo de uña que escupió en la sala de interrogatorios. No concuerda con ningún caso en el que haya podido estar involucrado por ahora.

–¿Y hay coincidencia con la sangre encontrada en el dormitorio? –preguntó esperanzada.

–Pues no… –murmuró Leandro un tanto contrariado leyendo otro de los papeles que contenía el sobre.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Que la muestra tomada en el dormitorio se estropeó –le explicó él.

–¡¿Cómo?! –exclamó muy enfadada.

–Sí, aquí dice “muestra corrupta”, parece ser que el bote donde se guardó no estaba sellado y se estropeó.

–¡Eso no lo podemos consentir! –gritó ella.

–Relájate, Sara, hay cosas que no se pueden controlar. Si el tubo estaba en mal estado…

–¡Pues que cambien de empresa de suministros de tubos! –chilló ella roja de ira.

–Mira, entiendo tu enfado, es una putada que por una porquería de tubo que cuesta una miseria nos hayamos quedado sin saber si era el ADN de nuestro sospechoso. La realidad es que no podemos hacer nada –le explicó él con calma–. Vamos a recopilar nuevas pruebas,

vamos a hablar con Aguilar y vamos a llevarle la llave, ¿te parece? A ver si así encontramos nuevas pistas.

–Joder, Leandro, no sé qué me desquicia más, si haber perdido esa muestra o tu falta de interés.

–Oye…, ¿a ti qué te pasa? Yo no tengo falta de interés, solo intento tranquilizarte, que me parece que estás un poquito alterada. Y ya, de paso, animarte. No te preocupes, que si prefieres estar así, no digo nada más.

La inspectora se dio cuenta de que tenía razón, él solo quería animarla ante el contratiempo que acababan de sufrir y ella se había dedicado a descargar sobre él la frustración de no poder llevar el caso. Claro que ya la conocía lo suficiente para saber qué decir y qué no.

–Vámonos –dijo ella sin molestarse en una disculpa, él tampoco dijo nada más.

Salieron de la comisaria con la sensación de estar realizando una travesura. La idea de seguir en el caso, aunque fuera en la sombra, era demasiado atrayente para dejarla pasar. Sara casi podía sentir arder sus mejillas de la excitación. Sorteó el tráfico de la mañana como pudo y aparcó en una zona reservada del Instituto Anatómico Forense.

Aguilar esperaba en la puerta.

–Hola, chicos –saludó él.

–Aguilar –dijo Sara a la vez que le devolvía el saludo con un gesto, Leandro le ofreció la mano–. Antes de nada, debo decirte que no me dejan seguir la investigación, ni siquiera a tus órdenes; así que si quieres contarnos algo será extraoficial, y si nos pillan tendremos problemas.

–Lo sé, tranquila. Nada más llegar esta mañana me he llevado una buena bronca por eso, no te preocupes.

–¿Bronca por qué? No lo entiendo. Soy yo la que ha solicitado llevarlo sin ser mi distrito.

–Ya, pero yo solicité no llevarlo y que fueras tú quien se encargara del caso, y el comisario se lo ha tomado fatal. Me ha llamado vago, caradura y unas cuantas cosas más.

–¿El comisario Martínez? Joder, lo siento, ¿puedo hacer algo?

–Tú no tienes la culpa. En fin, os he llamado para hablar sobre la autopsia de la mujer y el análisis de la hoja de papel que tenía en la mano.

–¿Algo importante? –preguntó Leandro de pronto, se había mantenido a un lado.

–Bueno, efectivamente se trata de Inés Corral, su marido no había denunciado su desaparición porque estaban en trámites de divorcio desde hacía un mes más o menos y este fin de semana le tocaba a él cuidar a su hija. No se enteraron de la desaparición hasta ayer por la tarde, que no se presentó a recoger a la niña al colegio.

–Pobrecilla –comentó Leandro. Sara se dio cuenta de que su compañero se mostraba mucho más sensible que antes, cuando había algún niño implicado. Seguro que se debía a su reciente paternidad. Ella solo veía a una mujer joven que acababa de perder la vida, no a una niña que no volvería a ver a su madre.

–¿Causa de la muerte? –preguntó Sara–. El disparo en la cabeza, supongo.

–No, como bien apuntó la forense en el escenario del crimen, no le cuadraba que hubiera tan poca sangre tras un impacto de bala. Ya estaba muerta cuando le disparó.

–¿Entonces para qué efectuó el disparo?

–Ni idea –respondió él–. Según la autopsia, la mujer murió en otro lugar y la trasladaron allí después. Aunque allí recibió el disparo.

–¿En otro lugar?

–Sí y en otro momento. El cadáver estuvo en un sitio frío durante al menos cuarenta y ocho horas.

–¿Cuarenta y ocho horas? –musitó ella–. Mi sospechoso se acaba de quedar sin coartada.

–Bueno, Sara, no tenemos nada que indique que la víctima y Ángel Santamaría tuvieran ningún tipo de relación –contradijo Leandro, algo molesto.

–Lo sé, y pudo ser él como cualquier otro. Habrá que comprobar si la conocía. Que haya dos mujeres de edad y complexión parecida desaparecidas a la vez, y que una de ellas aparezca muerta después,

puede que no tenga ninguna relación o puede que sí, habrá que comprobarlo.

–Claro –respondió Leandro a la vez que lo anotaba en una pequeña libreta que llevaba en el bolsillo de la chaqueta–. ¿Quieres que haga algo más?

A Sara le pareció que Leandro utilizaba un tono irónico para hablar con ella, y no le hizo ninguna gracia. Lo miró con desaprobación antes de contestar: –Yo no he dicho que tengas que comprobarlo tú, solo que tendremos que comprobarlo.

–Ya –dijo él como única contestación, lo que exasperó todavía más a la inspectora.

Aunque decidió dejarlo estar; entre otras cosas, no quería discutir delante de nadie.

El móvil de Sara comenzó a sonar con una música un tanto estridente. Rebuscó en los bolsillos hasta dar con él y silenciarlo en un par de segundos eternos. Ella miró alrededor recibiendo la mirada de reproche de todos los que esperaban allí. El *hall* del Anatómico Forense no era un lugar precisamente alegre. La gente, por lo normal rota de dolor, aguardaba noticias de sus familiares muertos casi siempre de manera inesperada.

Así que el sonido del móvil de la inspectora había resultado casi una profanación. Tras unos instantes de apuro, miró la pantalla: una llamada perdida del subinspector Solís.

El policía tenía prohibido llamarla, a no ser que fuera algo muy importante, así que le devolvió la llamada de inmediato.

–¿Qué ocurre? –dijo sin saludar siquiera.

–Inspectora…, está aquí el sospec… Perdón…, Ángel Santamaría.

–¿Le ha dicho qué quiere?

–Sí, hablar con usted, a mí no quiere contarme nada.

–Pásemelo –le pidió ella.

–Es que estoy en otro piso, lo tengo esperando abajo –mintió el policía, a quien la idea de prestarle el móvil a un sospechoso le daba tanto asco que sabía que después tendría que comprarse otro teléfono.

–De acuerdo, vamos para allá –dijo antes de colgar–. Leandro, hemos de irnos, Ángel Santamaría está en la comisaria y dice que solo hablará con nosotros.

–Vaya, si lo soltamos ayer, ¿qué querrá?

–Eso mismo me pregunto yo. Debemos ir porque ese es nuestro caso; si se entera el comisario de que no lo atendemos por estar aquí con Aguilar, hablando sobre esto, es capaz de expedientarnos.

–Es cierto. Aguilar, tenemos que irnos, hablamos luego –se despidió Leandro.

Sara se cuidó mucho de no decirle a su compañero que el sospechoso con quien quería hablar era con ella, a él no lo había nombrado. Algo difícil de explicar, él se encontraba más comunicativo con ella a solas, eso resultaba evidente. Lo extraño era que a ella le pasaba lo mismo. Debía ir con mucho cuidado si no quería un problema con su compañero, le parecía que él comenzaba a darse cuenta de que allí pasaba algo raro…

Hicieron el camino de vuelta cada uno perdido en sus pensamientos. A los pocos minutos de salir del Anatómico Forense, Leandro llamó a su mujer para ver cómo estaba el pequeño. Todos los días llamaba tres o cuatro veces. Sara puso los ojos en blanco un segundo. Cuando por fin llegaron a la comisaría, dejaron el coche en el aparcamiento y se dirigieron a la sala de espera donde Ángel aguardaba sin dar signos de impaciencia.

–Buenos días, Ángel, nos han dicho que nos buscaba –saludó Sara.

–Sí, quería enseñarles una cosa.

–Vamos a la sala de interrogatorios –le explicaron ellos.

Él lo hizo sin rechistar; aunque mucha gracia, desde luego, no le hacía. Cuando estuvieron sentados, les preguntó si pensaban seguir tratándolo toda la vida como a un sospechoso.

–Aquí no nos molestarán, no es más que eso –le explicó Sara.

El ironizó con una sonrisa burlona y abrió el maletín de cuero del que sacó el texto que había recibido antes de salir del despacho y el sobre encontrado en el metro.

–Mire –se dirigió a ella–, esto me lo han enviado por *email* esta

mañana. Lo he traído porque me pareció importante que lo leyeran; aunque, si le soy sincero, no tengo ni idea de lo que significa ni de por qué me lo han enviado.

Sara leyó el texto y se lo pasó a su compañero, no sin antes sentir un escalofrío.

Benditos sean los de la mano de hierro,

pues los blandos huirán ante ellos…

¡Malditos sean los pobres de espíritu,

pues serán escupidos!

–¿Se puede saber qué significa? –preguntó Sara desafiante y con el corazón a toda pastilla.

Leandro comprendió lo que tenía en la mano: una puerta a la investigación de la mujer encontrada en el descampado. Y les venía justo de su sospechoso. O era muy estúpido o el tío más listo del mundo. Sabía que Sara pensaba lo mismo.

–No tengo ni idea, inspectora, estaba en mi buzón de correo electrónico.

–Por supuesto tendremos que comprobar su correo –le explicó ella sin darle opción a negarse.

–Ya lo imaginaba, lo he abierto al llegar al trabajo.

–¿Solo tenía este *email*? –le preguntó Sara.

–No, no, claro que no, tenía varios; es que este me llamó la atención.

–¿Por qué? ¿Por algo en especial?

–Bueno, sí, porque en el asunto ponía la palabra Lucifer –les explicó él.

–Un poco extraño, ¿no? ¿Y sabe por qué le podrían haber escrito un mensaje así?

–Ni idea.

–¿Tiene ordenador en casa o solo en la oficina?

–En los dos sitios –respondió él.

–Enviaremos a un técnico a su domicilio y después, si fuera necesario, al trabajo. ¿Le dice algo este texto?

–No, en absoluto, ni siquiera soy creyente. Tampoco sé quién me lo ha podido enviar.

–Bien –concedió ella–. ¿Y ese sobre?

–Esto lo ha dejado alguien a mi lado en el metro.

–¿Quién?

–No tengo ni idea –respondió él.

–¿No lo conocía entonces?

–Bueno, es que ni siquiera he visto quién lo dejaba.

–¿Quiere que me crea que alguna persona ha dejado este sobre para usted a su lado a plena luz y que usted no ha visto a nadie? –preguntó Leandro a punto de perder la paciencia.

–Eso es lo que ha ocurrido –le explicó él, impasible–. Bueno, exactamente no, el metro se paró entre Nuevos Ministerios y Cuatro Caminos. Durante unos segundos permanecimos a oscuras y hubo bastante confusión. Mucha gente se puso nerviosa y en cuanto se reanudó la marcha y volvió la luz se levantaron de sus asientos para bajarse nada más parar en el andén. Entonces fue cuando me di cuenta de que el sobre estaba allí.

–¿Lo ha tocado?

–Sí, claro; si no, ¿cómo lo iba a coger?

–Bien, tenemos sus huellas del otro día, las descartaremos por si encontramos más.

–Hay algo más, inspectora –llamó su atención–. Huélalo.

–¿Cómo dice?

–Que lo huela –insistió él.

La inspectora Benítez sacó un pañuelo del bolsillo y cogió el sobre por una esquinita intentando contaminarlo lo menos posible. Se lo acercó a la nariz antes de sacar la tarjeta con el número 19 de su interior.

–Es un olor muy peculiar –dijo ella extrañada, no quiso revelarle que era el mismo olor que emanaba de la nota encontrada en la mano de Inés Corral.

–Eso es lo que le intenté explicar ayer, así es como huele el almizcle.

Sara se levantó intentando no trasmitir emoción alguna ante Ángel. Con el sobre aún cogido por la esquina, se dirigió a la puerta en busca de un agente, aquel dato no hacía más que reforzar la conexión entre los dos casos. Nada más salir, le pidió a una joven vestida de uniforme que le trajera una bolsa para pruebas, ella se apresuró a buscar una.

La chica volvió un par de minutos después.

Mientras tanto, Sara se había entretenido en mirar el reflejo en el espejo de los dos hombres: su compañero y el sospechoso, ninguno le había concedido al otro el más mínimo respiro. Sara guardó el sobre en una bolsa y la cartulina con el número 19 en otra. Se acercó a la mesa, las selló, las etiquetó y le pidió a la joven que se encargara de que aquellas dos pruebas fueran analizadas cuanto antes por orden de la inspectora Benítez, le prometió que mientras tanto haría el papeleo para que no tuviera problemas y después le habló al sospechoso.

–Bien, Ángel, gracias por hacernos llegar todo esto, le mantendremos informado.

Le tendió la mano, dejándole claro que el encuentro acababa de concluir. Él apretó las mandíbulas y salió de la sala con paso firme. ¿Ese era el premio por su colaboración? Si pensaban que les iba a tener al tanto de algo más, lo llevaban claro. Leandro no entendía nada, aunque no se atrevía a intervenir. Sara acababa de dejar libre al único sospechoso, cuando por fin habían sido capaces de conectar el caso de su mujer desaparecida con el cadáver de la otra mujer encontrada hacía menos de veinticuatro horas. No estaba en absoluto de acuerdo. Creía que debían retenerlo al menos hasta que averiguaran algo más o pudieran comprobar su ordenador o algo, lo que fuera.

Sara no dejaba de observar al hombre de manera desconfiada, cada vez que lo miraba le llegaban a la mente aquellas imágenes en que

aparecía como un ángel con las alas desplegadas. En su pensamiento aquel ángel tenía un punto de maldad que la desconcertaba. Se topó con la mirada de reproche de su compañero, debía pensar en cómo llevar aquello y encontrar la manera de implicarle como en cualquier otro caso que hubieran llevado juntos. Se dirigió a enviar un fax con la petición para las pruebas que acababa de mandar al laboratorio y volvió a su despacho, donde Leandro esperaba una respuesta que ella no podía darle por el momento.

CAPÍTULO 8: LA GRANJA

María agradeció el terreno llano por fin. Aquella ruta que le había propuesto Jero para el día libre le parecía demasiado dura después de tanto tiempo sin practicar senderismo. Él no se daba cuenta de que estar dos meses sin poder hacer deporte le pasaría factura. Cada vez que ella paraba, en un intento para tomar algo de aire, él se enfadaba como si hubiera cometido un delito grave. La rotura de fibras en su gemelo derecho durante una escalada había obligado a María a un reposo que acababa con la paciencia de Jero casi más que con la suya propia. Por eso aquel día se había decidido a una ruta, para que su pareja se relajara de una vez. Lo quería con locura, pero en algunas ocasiones era como un niño pequeño.

La bajada había sido casi más dura que la subida, porque el cuerpo ya llevaba más de dos horas de deporte a cuestas y porque se veía obligada a un ejercicio extra para ir frenando con su pierna convaleciente. Sacó el móvil y se dispuso a realizar un par de fotos… otra vez, porque si no descansaba unos segundos no creía poder llegar hasta el coche. Y si le volvía a decir a Jero que no podía más, él pondría ese gesto de: “no esperaba esto de ti” que le llevaba viendo durante toda la excursión. Estaba segura de que tenía fotos casi idénticas a la de la subida; con tal de descansar era capaz de gastar la memoria del teléfono, de la cámara y de la tarjeta que solía llevar aparte y que nunca llegaba a utilizar. Incluso de borrarlas y volver a hacerlas.

–Joder, María, ¿más fotos? Mi madre tiene menos fotos de sus nietos que tú de este paisaje –le reprochó.

–Es precioso –respondió ella sin inmutarse.

–Si lo que quieres es descansar, dilo.

–¿Qué lo diga? Jero, no me lo puedo creer, te llevo avisando de que voy jodida más de una hora y tú ni siquiera has bajado el ritmo –replicó ella enfadada, encima tenía que aguantar aquello.

–Creí que estabas de broma. Y no digas palabrotas, que no es imprescindible.

Ella lo miró, un tanto molesta. Llevaban juntos desde los quince años y pasaban ya de los treinta. Si no era capaz de diferenciar cuándo hablaba en broma y cuándo en serio…, tenían un grave problema. En cuanto llegaran a casa le explicaría un par de cosas que parecía haber olvidado con el tiempo. Lo observó un segundo: quería a aquel cascarrabias moreno que se quedaba sin el pelo a toda velocidad, le parecía incluso más sexy así. Admiró sus piernas que se adivinaban bajo el pantalón deportivo, sus músculos tan trabajados por las largas caminatas, la escalada y aquellas excursiones por terreno escarpado y que tanto le gustaban. A veces sentía que no le seguía el ritmo… Sí, hablaría con él, necesitaba que entendiera que ella también quería disfrutar de otras cosas.

–Vamos, cari, que nos quedan solo veinte minutos –la apremió el joven.

–¿Podré mear al menos? –preguntó ella de malas maneras; desde luego le daba lo mismo que le dijera que sí o que no, lo iba a hacer.

–Claro que sí, ni que fuera un ogro –resopló él, aunque evidentemente no estaba muy de acuerdo, ese no era el ritmo que a él le gustaba llevar–. Estoy pensando que cuando tengamos sesenta años la ruta más larga que haremos será a la tienda de la esquina a comprar el pan, siempre y cuando hayan puesto un par de bancos en medio para descansar.

–Déjame en paz, anda –se enfadó ella, ya empezaba a estar un poco harta de ese tipo de comentarios.

Se salió del sendero y buscó un lugar un tanto apartado para aliviarse. Se perdió entre la espesa arboleda, aunque no se veía ni se oía a nadie; era bastante probable que fueran los únicos humanos que estaban aquel día por allí. En la subida sí se habían cruzado con un grupo de seis personas, y después con un par de montañeros solitarios; no les pareció que fueran a volver por el mismo lugar que ellos. De todos

modos, no quería correr riesgos, le daba una vergüenza enfermiza que la pillaran haciendo sus necesidades. Caminaba fijándose bien en las hojas de pino secas que cubrían por

completo el suelo, para no resbalar, mientras refunfuñaba por la ruta elegida por su compañero.

Tras subirse el pantalón, volvió hacia el sendero, donde Jero la esperaba para ponerse en marcha. A punto estuvo de sentarse un rato en una roca a descansar y exasperar así al joven un poco más. Después pensó que estaba tentando demasiado su suerte y volvió por donde había venido con el móvil en la mano para mirar las fotos y así de paso hacerse la interesante. No se dio cuenta de una piedra puntiaguda que sobresalía a un lado, tropezó con ella y cayó de inmediato de cara detrás de un seto. Se quedó quieta un segundo, se había pegado un buen trompazo.

–¡Mierda! –exclamó mientras se miraba las manos para quitarse unas hojas de pino que se le habían quedado clavadas como si de puntiagudas agujas se tratara. Pequeños puntos de sangre aparecieron en las palmas–. Menuda torta.

Se incorporó poco a poco, a la vez que valoraba los posibles daños. Lo primero que vio al levantar la cabeza fue una mano que descansaba boca arriba en la hojarasca seca.

Pegada a ella continuaba un brazo que terminaba en un torso desnudo. La sangre se coagulaba en su cabeza, allí donde, evidentemente, había recibido un disparo. Al principio no entendía nada, incluso llegó a pensar que en la caída se había golpeado la cabeza y estaba inconsciente. Quería gritar; no salía palabra alguna de su garganta, anestesiada por el terror. A un lado de la chica, la ropa permanecía hecha una bola. Le llamaron la atención las bragas rotas de la joven, justo encima del montón de ropa.

Entonces oyó la voz de Jero llamándola. Se habría preocupado al ver que tardaba tanto y la estaba buscando. Se le oía cada vez más cerca. Ella pareció reaccionar de golpe.

–¡Aquí! ¡Cariño, estoy aquí! –gritó ella como pudo mientras buscaba su móvil, que se le había caído al tropezar.

–¡Menos mal! –exclamó él–. Aquí estás… Tardabas mucho…

–Dame tu móvil –le exigió ella sin darle ninguna explicación.

–Claro… ¿Qué te ha pasado? ¿Te has caído? Tienes un siete en el pantalón y… ¡ay, madre, te has hecho sangre! Siéntate, anda.

María no se había dado cuenta del corte de su rodilla hasta que Jero se lo había dicho, ni siquiera lo notaba. De pronto le empezó a doler y ella pensó en lo increíble que era el cerebro humano. A su cabeza le había parecido más importante buscar ayuda para la

mujer que emitir la señal de dolor que enviaba su rodilla. Ella le arrebató el móvil de la mano a su pareja y marcó tres números a toda prisa, Jero no perdía detalle.

–¿Y tu móvil? Lo llevabas cuando te has metido entre los árboles. ¿Se te ha caído? Lo estás buscando llamándote desde el mío, ¿no? –preguntaba él una y otra vez sin entender la actitud de la mujer.

–Sí…, me llamo María Lara, es una emergencia –dijo ella.

Jero la miraba, un tanto confuso. ¿Había llamado a emergencias porque se le había perdido el móvil o por un cortecito de nada en la rodilla? No le parecía para tanto ni una cosa ni la otra. ¿Desde cuándo se había vuelto María tan tiquismiquis? Todavía recordaba aquella excursión en la que ella se había caído casi al principio y se había roto la muñeca. No había dicho nada a nadie durante todo el camino. Fue al llegar al refugio cuando, al no ser capaz de quitarse la ropa, lo confesó. ¿Y ahora llamaba a emergencias por esto? Increíble…

–Sí, estamos cerca de La Granja en Segovia, en el sendero que sube hacia el Reventón,

¿lo conoce? Si me da un número de móvil, puedo compartir la ubicación.

–Bueno…, María…, no sé…, me parece una exageración –susurró Jero a su lado en un intento de hacerle entrar en razón. Pensó en la vergüenza que pasarían cuando llegase el médico en la ambulancia y viera la herida de la rodilla.

Ella lo miró interrogante; él le señaló su rodilla; ella puso los ojos en blanco; él no entendía un pimiento.

–Sí…, mi emergencia…, verán…, acabo de toparme con el cadáver de una mujer…

A Jero le abandonó el color de repente. ¿El cadáver de una mujer? ¿Mientras orinaba?

Ahora entendía la cara de ella cuando le había señalado la rodilla. Claro que, ¿qué sabía él? Miró a María, quien le indicó con la cabeza en la dirección que estaba el cuerpo y, deliberadamente, dijo en voz alta:

–No hemos tocado nada, no se preocupe.

Él lo entendió enseguida, solía precipitarse y hacer las cosas sin pensar. No pensaba tocar nada, desde luego que sobraba el comentario. Aunque, dados sus antecedentes,

tampoco podía reprocharle a María que se preocupara. En su círculo siempre había tenido la merecida fama de ser un “manazas.” Se encaminó a donde su compañera le decía y vio el cuerpo de la mujer, no se esperaba que estuviera desnuda. Una mujer joven, eso era evidente, los pechos firmes y la piel, casi sin arrugas ni manchas, eran signos bastantes significativos. El joven se sintió mal por mirar la desnudez de la mujer.

Desechó aquel pensamiento: él no tenía la culpa de que quien fuera la hubiera dejado allí así, sin ropa.

Rodeó el cuerpo intentando descubrir lo ocurrido, fue incapaz. Ahora entendía a María cuando se reía de él al ver las películas y las series de misterio: jamás pillaba al asesino.

Su hermana y su pareja bromeaban con él diciendo que si lo de la tele fuera real él sería siempre la primera víctima del asesino, porque no se enteraba de nada, no captaba ningún detalle. Vio un palo ensangrentado que estuvo a punto de coger; entonces recordó justo a tiempo la conversación de María con los servicios de emergencia cuando les había prometido que no tocarían nada, poco le había faltado.

Observó la cara de la mujer, le envenenó la sangre comprobar que le habían propinado una buena paliza, se veía hinchada, amoratada, ensangrentada… A un lado de la cabeza destacaba, con claridad, un agujero de bala. ¿Tendría otro en el lado opuesto? En las series de televisión hablaban siempre del agujero de salida. ¿Y si lo miraba? No creía que tuviera mucha importancia que le girara un poco la cabeza para ver si la bala la había atravesado, simple curiosidad, no hacía daño a nadie. Miró hacia atrás y escuchó con atención; si quería curiosear, tendría que ser antes de que María volviera, porque como le pillara tocando el cadáver, más le valdría enfrentarse a la policía que a ella. Así que se acercó a la cabeza de la mujer lo suficiente para

poder girársela y alargó la mano hacia ella. De pronto, los ojos de la mujer se abrieron. No fue mucho, tan solo una rendija, lo suficiente para que él se echara hacia atrás y se trastabillara, menudo susto.

María llegó a su lado y le gritó:

–Jero, sabía que no podrías resistirte. ¿No te das cuenta de que tienen que coger muestras y hacer fotos? No podemos tocar nada, viene la policía, ¿sabes?

–No he tocado nada, te lo juro –le explicó él a toda prisa silenciando el detalle de que no la había tocado solo porque no había tenido tiempo–. ¡No está muerta, María! ¡No está muerta!

–¿Cómo no va a estar muerta? ¿Es que no has visto el agujero? A ver, Jero, que le han disparado en la cabeza, no respira, ¿lo ves?

–Mira, acércate, no es broma –le pidió él–. Sus ojos están abiertos.

–Eso no quiere decir nada –protestó ella con la semilla de la duda en su interior–. No hay que tener los ojos cerrados para morirse, seguro que ya estaban así antes, no me fijé.

–Sabes que no es cierto –intentaba convencerla él–. Llama al 112 otra vez, hazlo, por favor.

–No pienso hacerlo, está muerta –zanjó ella.

Un suspiro salió de la boca de la joven que yacía en el suelo. Parecía que la mismísima mujer estuviera avisando a María de que tenía que llamar a una ambulancia. Ella abrió mucho los ojos y se acercó junto a su pareja sin parar de mirar a la joven; quien, para demostrar que efectivamente seguía con vida, emitió un sonido gutural desde su garganta. Jero le quitó el teléfono a su compañera y marcó de nuevo el 112, ahora era ella quien parecía estar en *shock*.

Atropelladamente les explicó a los telefonistas que la mujer a la que habían encontrado muerta no lo estaba y que enviaran una ambulancia. La voz al otro lado de la línea le pedía unos datos que María ya había facilitado, y él se impacientaba. Su pareja le quitó el teléfono y tomó el control mientras le explicaba a Jero que eran telefonistas que le pasaban con cada servicio de emergencias según fuera el problema. Con mucha paciencia explicó a su interlocutor lo que acababa de ocurrir, y así este pudo ponerla en contacto con el mismo agente de policía con el que había hablado unos minutos antes, quien le prometió que el operativo se ponía en marcha desde aquel

mismo instante y que, dado que ya había avisado a sus superiores, era muy probable que una patrulla ya estuviera en camino. Le pidió que permaneciera cerca del teléfono móvil, y después colgó.

–Sigo sin entender nada, María –le dijo él, extrañado.

–Al llamar al 112 no te atiende normalmente la misma persona ni llamas a un colectivo determinado –le explicó ella con paciencia, a veces parecía un niño pequeño–. Pertenece a una centralita donde tienen a personal preparado para ponerte en contacto con quien necesites.

–Ah, por eso me pedían de nuevo los datos, si los acabábamos de dar.

–Claro, al introducirlos en el ordenador se crea un fichero temporal con esa emergencia en concreto y la persona con la que hemos hablado en segundo lugar ha buscado a quien han avisado con la primera llamada para poder hablar con los mismos profesionales y no tener que contar todo varias veces.

–Ya lo entiendo. Perdona, María, serán los nervios. Tengo mal cuerpo, la verdad, estas cosas me superan.

–Yo también, Jero, pobre chica –coincidió ella mirando al reloj, quería que todo aquello acabara cuanto antes para poder volver a casa.

Minutos más tarde, un coche subía por el sendero a una velocidad moderada. Nada más aparcar al borde del camino, donde Jero y María esperaban, el móvil de la mujer que acababa de bajar sonó avisándola de que una ambulancia estaba en camino y que tardaría en llegar unos diez minutos. Sara asentía y contestaba con monosílabos a la vez que se acercaba a la parte trasera del coche y sacaba una caja de debajo de uno de los asientos. Después colgó y se dirigió al hombre con tono autoritario.

–Corre, Leandro. La mujer sigue viva, llama al 112 por si podemos echar una mano, que nos vayan guiando.

Los dos montañeros se miraron sin atreverse a hablar. Que se trataba de policías era evidente, aunque ni se molestaron en dirigirse a ellos; es más, ni los habían mirado. ¡Sí alertaron a los servicios de emergencias! Jero estaba indignado; María esperaba con paciencia a que se acercaran a ellos, entendía que la situación podía ser un tanto agobiante, la mujer se debatía entre la vida y la muerte.

Sara metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y palpó la llave que

les había dado la niña y que llevaba protegida en una bolsa para pruebas. Se había olvidado de dársela a Aguilar, lo haría en cuanto volvieran y se lo explicaría, después buscarían la manera de decírselo al comisario. Aquel no era el momento para pensarlo, tenían a una mujer en un estado lamentable a pocos metros y necesitaban recopilar todas las pruebas posibles para que los policías científicos pudieran arrojar algo de luz sobre lo ocurrido, antes de que aquel lugar se convirtiera en un hormiguero. No solían encontrar a las víctimas de sus casos con vida. ¿Sería Andrea Soto?

CAPÍTULO 9:

¿AL DEPÓSITO O AL HOSPITAL?

A la ambulancia le faltó poco para salirse del camino, el conductor no pudo esquivar un bache que hizo que se tambaleara peligrosamente. La pericia de tantos años al volante de un vehículo de emergencias (a veces en situaciones y condiciones extremas) consiguió que recuperara el control apenas unas décimas de segundos después.

Frenó en seco tras el coche de Sara, justo en las coordenadas enviadas desde la central.

Las ruedas de atrás derraparon un poco y levantaron bastante polvo haciendo que los dos montañeros tosieran y se subieran a la boca el pañuelo que llevaban al cuello. Los policías permanecían junto a la mujer trabajando a toda velocidad. Habían enviado a la pareja de excursionistas al camino a esperar a los servicios de emergencia. Aparte de que no les hacía ninguna gracia tener a civiles por allí pululando y viendo cosas que no debían, se habían cansado de que les preguntaran para qué servía cada cosa que usaban, y era evidente que veían demasiadas series policíacas, porque incluso él se atrevió a llamarle la atención a Sara porque, según le dijo, “no sé yo esa manera de coger muestras del pelo si le va a servir”. Leandro tuvo que reprimir una carcajada. Sara apretó los dientes y, amable, los invitó a esperar al borde del camino, lo siguiente habría sido ponerles las esposas.

Durante aquellos frenéticos minutos, la inspectora Benítez había

fotografiado, lo más cerca posible, las heridas de la cara y el agujero de bala y había constatado que no había orificio de salida, lo cual era bastante extraño dada la cercanía desde la que parecía que se efectuó el disparo. Leandro había tomado muestras de las uñas, el pelo y la saliva de la joven y embolsado la ropa y un nuevo papel con un texto que encontró junto a la mujer. Lo examinarían más tarde, lo más importante era conseguir la mayor cantidad

de pruebas posibles antes de que llegaran los sanitarios y destruyeran todo a su paso al intentar salvarle la vida a la chica, quien por supuesto se encontraba en estado crítico.

Las agujas de pino se colaban por debajo del pantalón de los inspectores y se clavaban en sus rodillas cuando se agachaban a tomar alguna muestra. Maldecían cada vez que era necesario arrodillarse junto a la víctima. Aunque hacía bastante frío allí en el monte, no lo sintieron hasta que los sanitarios se hicieron cargo de la joven. Justo donde la habían hallado, los árboles tapaban cualquier rayo de sol que se pudiera colar y el suelo se notaba húmedo bajo las hojas, lo que provocaba que el frío fuera cada vez mayor.

Justo cuando un médico corría hacia la mujer, Leandro terminaba de tomarle las huellas. Enseguida le metieron un tubo por la garganta para que le entrase oxígeno y le intentaron pinchar en los brazos para meterle medicación, lo que les resultó muy difícil.

Un enfermero les explicó a los inspectores que las venas de la joven permanecían colapsadas por el frío y la situación de gravedad extrema en la que se encontraba.

–Sara… –llamó su atención Leandro–, esto estaba junto a la chica.

–¿Otra nota? –preguntó ella mientras la observaba a través del plástico.

–Sí, justo a su lado.

–¿Por qué no la guardó en su mano como a la otra? –preguntó Sara más para sí misma que por saber el motivo–. Porque… evidentemente esto es obra de la misma persona.

–A mí me ha costado mucho abrirle las manos para tomarle las huellas, quizá le ocurrió eso al secuestrador.

–¿Que se quedara agarrotada? Es posible –coincidió ella.

–Joder, este tío está loco –dijo Leandro al leer la nota:

¿Es natural que los enemigos se hagan el bien los unos a los otros? ¿Es bueno eso?

¿Puede la víctima desgarrada y ensangrentada “amar” las fauces ensangrentadas que le van arrancando miembro tras miembro?

Sara miró alucinada la nota, no tenía ni idea de si aquel hombre quería trasmitirles algo concreto o simplemente eran textos que le gustaban. Estaba casi segura de que era un mensaje directo para la policía, aunque aún no pudiera demostrarlo. Guardó la prueba junto a las demás y se acercó a los montañeros pidiéndoles los móviles.

–¿Para qué los quiere? No hemos hecho ninguna foto de la mujer –le explicó ella–. Ni hemos dicho nada a nadie…

–Lo siento, yo lo tengo que comprobar de todos modos –contestó Sara; Jero le tendió su móvil y María el suyo, que lo había recuperado cuando los policías les habían pedido que salieran del escenario.

–El mío espero que funcione, porque se llevó un buen porrazo –comentó María.

–Debo tomarles declaración –añadió Leandro con una libreta en la mano y un bolígrafo en la otra–. ¿Pueden contarme lo que vieron?

–Bueno… –comenzó la mujer–, veníamos de hacer una ruta, en el móvil tengo fotos de toda la excursión, si me lo deja se lo puedo ir explicando y así de paso comprueba que no le hemos hecho fotos a ella.

–Tome…, ¿usted es? –preguntó Leandro.

–Me llamo María Lara y Jero es mi pareja, Jerónimo Blanco…

–Inspector Leandro Gómez e inspectora Sara Benítez, de Homicidios.

–Si ella no está… –añadió la mujer al oír la palabra homicidios.

–No, no está muerta, pero eso nosotros no lo sabíamos cuando nos enviaron aquí –le explicó el inspector, a la mujer le parecía mucho más agradable que ella–. Cuando nos volvieron a llamar, estábamos

aparcando.

–Sí, es cierto, les oímos hablar –confesó María.

–Bien –interrumpió Jero cogiendo el teléfono de la mano de su compañera, mejor lo de la ruta que hemos hecho se lo explico yo, que ella no la conoce muy bien.

La chica puso los ojos en blanco dejando claro que el joven estaba en su salsa con aquello de las excursiones, rutas y demás. Sara resopló, quedaba clara la impresión que tenía del chico.

–Miren –les explicó mientras se ponía entre los dos policías a enseñarles fotos a toda velocidad y parar de cuando en cuando en alguna un tanto más interesante…; para él, claro–. Hemos comenzado aquí mismo; bueno, a medio kilómetro, que es donde está el aparcamiento. Hemos ascendido todo esto hasta llegar al “Chorro Grande”, esto de aquí, ¿lo ven?

–¿Por qué se llama Chorro Grande? –preguntó Leandro extrañado–. El grifo de mi casa lleva más agua.

–Bueno… –replicó él algo molesto, parecía que en lugar de un simple comentario le hubiera abofeteado–, es que estamos en otoño, le invito a verlo en primavera con el deshielo. Claro que no me parece a mí que usted sea muy deportista. No creo que aguantara la subida.

–Venga, Jero, ¿después del Chorro Grande? –intervino Sara para destensar el ambiente; Leandro parecía un poco enfurruñado por el comentario. María, sin embargo, disfrutaba de la situación como nunca.

–A ver…, hemos ascendido hasta “El Reventón”.

–¿Qué es eso? –preguntó Sara con curiosidad.

–Es uno de los picos más importantes de esta zona, ¿no me diga que no sabe nada de la

“Batalla del Reventón”? –le preguntó él con cara de incredulidad.

Ella le devolvió la mirada, impasible, Leandro sabía lo que iba a ocurrir. Sara odiaba que la gente se fuera por los Cerros de Úbeda cuando lo que quería era saber hechos concretos. Él, erróneamente, lo interpretó como una invitación a ilustrarla sobre el tema.

–Pues es fascinante. En 1939, el llamado Batallón Alpino, que en realidad no era más que un grupo de hombres acostumbrados a estos picos y la nieve, y que pertenecían al

bando republicano, se las tuvieron que ver con más de trescientos soldados del ejército de Franco, entre los que se encontraban los famosos y terribles moros mercenarios…

–A ver…, Jero…, disculpe… –comenzó Sara empezando a sentir la ira en sus mejillas encendidas; lo último que le apetecía en aquel momento era recibir una clase de historia.

–… Tenían un perro con ellos que no paró de ladrar en toda la noche porque percibía ruidos que los humanos no somos capaces de oír –continuó él como si de un muñeco de cuerda se tratara.

–Jero…, por favor…, pare… –dijo ya bastante irritada.

–Los soldados habían cubierto los cascos de los caballos con trapos, ¿sabe? Para poder ascender sin hacer ruido…

–¡Que se calle! ¡Joder! –estalló ella entonces. Leandro cambió de postura, casi divertido; María se tuvo que dar la vuelta para que no la vieran reír.

–Creí… Creí que… –balbuceó el hombre, avergonzado.

–Mire, no crea que no me interesa la “Batalla del Reventón” y el resto de la historia de este país. Si le soy sincera, me interesan las historias de todos los países. El problema es que tenemos a una mujer al borde de la muerte y necesito datos, pistas, ¿entiende?

–Sí, sí, claro, perdone –se disculpó más por educación que porque pensara que no había hecho lo que debía. Para él aquella mujer era una completa ignorante.

–Bien, pues una vez que ha quedado claro, continúe –le pidió la inspectora.

–Bueno, a ver…, ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Desde la cima se puede ver La Granja entera, mire, mire…

–Vale, vale, entiendo su entusiasmo, yo quiero saber si vieron algo que les hiciera sospechar, si se cruzaron con alguien extraño, no sé, cualquier cosa que aporten –

insistió Sara.

–Nos cruzamos con un grupo que realizaba esta misma ruta, seis personas; juraría que nos dijeron que no pensaban volver por este mismo camino –intervino María–. No estoy segura porque iba bastante cansada y no les hice mucho caso, es que acabo de salir de una lesión y esta ruta era un poco complicada.

–¿Acaba de salir de una lesión y hace este ascenso? –le preguntó Leandro, perplejo; por lo que veía, no se trataba de un paseo.

–Sí –refunfuñó ella–. A mí también me parecía que iba a ser difícil.

–Me dijeron a mí que pensaban continuar y bajar por el otro lado –intervino Jero para así, de paso, ignorar el comentario de su compañera. También vimos a dos montañeros, esos eran casi profesionales, me apuesto algo a que han seguido a Peñalara para escalar, llevaban piolets, sacos y una tienda –añadió él.

–Después han vuelto aquí, es decir que la excursión llegaba a su fin, ¿me equivoco? –

dijo Sara sin dejar de pasar las imágenes. ¿Cuántas fotos había hecho aquella mujer?

Leandro, mientras tanto, examinaba el móvil del hombre.

–Sí –respondió María–, ha sido cuando me he adentrado entre los árboles…

–¿A qué ha ido exactamente? –preguntó la inspectora.

–Me meaba.

–Ah, bien, continúe –le pidió.

–Me adentré entre los pinos y entonces me topé con el cadáver…; perdón, con la mujer.

Es que como en un principio pensábamos que estaba muerta…

–¿Cómo la encontró?

–Me tropecé y caí tras un seto. Me clavé las agujas de pino.

–Sí, qué molestas, yo también me he clavado unas cuantas mientras examinaba a la chica –coincidió ella.

–Pues eso, al levantar la cabeza he visto una mano y me he asomado, entonces he avisado a Jero porque mi móvil salió disparado cuando me caí y he llamado desde el suyo.

–¿Han tocado algo? –preguntó Leandro sabiendo que iban a decir que no y sabiendo que, muy probablemente, era mentira.

–No, claro que no –respondió ella a toda prisa.

–De todos modos, necesitaremos sus huellas y su ADN para excluirlos –les explicó Leandro a la vez que le devolvía el móvil al hombre, no había nada de interés. Sara seguía viendo fotos.

–Claro, claro, lo que sea –dijo Jero muy deprisa.

De pronto Sara abrió mucho los ojos y le pidió a Leandro que mirara una foto. La ampliaron todo lo que el móvil le permitía. La foto estaba hecha desde arriba, posiblemente desde la cima del Reventón. Como esa había más de diez, pero en aquella se veía con claridad al fondo un camino que muy bien podía ser en el que se encontraban y un coche aparcado. Aunque minúsculo, al menos era algo.

–Lo siento, María, necesito llevarme tu teléfono. Ahora te cogeremos los datos para podértelo devolver cuanto antes; se acaba de convertir en una prueba, lo necesitamos.

–Vaya –respondió ella, contrariada por quedarse sin el teléfono, lo necesitaba para trabajar–. Por favor, insista en que me lo devuelvan

pronto.

–Sí, tranquila, supongo que en cuanto saquen de ahí las imágenes no habrá necesidad de que lo tengan en el laboratorio más tiempo. Leandro –añadió dirigiéndose a su compañero y mostrándole el móvil–, voy a ver si encuentro el lugar exacto donde estuvo aparcado el coche, a ver si dejó alguna pista.

–Gracias –musitó ella.

Leandro les tomó los datos a los dos excursionistas mientras su jefa se acercaba a revisar el lugar en el que, según la foto, podía haber permanecido el vehículo que se veía desde la cima del Reventón. Caminaba por el sendero contemplando el móvil de la

chica y levantando varias veces la vista hacia la montaña en busca del lugar exacto que se veía en la foto.

Entonces varios coches, de los que se bajaron policías con chalecos con la inscripción de la policía científica, aparcaron tras el vehículo de Sara. La confusión se veía en sus rostros, era evidente que no pensaban encontrar a ningún sanitario allí: a ellos les habían avisado del hallazgo de un cadáver. La inspectora Benítez interrumpió la búsqueda del lugar donde había permanecido estacionado el coche de la fotografía y Leandro se dirigió hacia ellos para explicarles lo ocurrido.

–Buenos días, soy el inspector Leandro Gómez.

–¿Qué pasa aquí? –preguntó un hombre bastante corpulento que parecía ser el jefe de la unidad. ¿Y el cuerpo?

–Verá, unos montañeros han avisado al servicio de emergencias del hallazgo de un cadáver en un principio. Después se dieron cuenta de que la mujer estaba viva y volvieron a llamar. Los de la ambulancia han llegado enseguida.

–Poco podemos hacer entonces, habrán acabado con las pruebas –resopló él.

–¿Y así como vamos a hacer nuestro trabajo? –protestó con fastidio un joven de pelo ralo y de procedencia hispana.

–Julio, lo primero es la víctima. Si está viva, hay que atenderla. Después veremos qué podemos encontrar –le explicó él con paciencia.

–Poca cosa –respondió él enfadado a la vez que se adentraba en el bosque para acercarse al escenario–. Ellos no tienen cuidado con las pruebas, ya lo sabes.

–Si se preocuparan de las pruebas y no de la chica, no serían muy buenos en su trabajo,

¿no te parece?

–Será… –respondió perdiéndose entre los árboles.

–Es un joven impetuoso –se disculpó el hombre–, pero es un buen profesional.

–No se preocupe, le entiendo perfectamente –dijo Leandro–. Disculpe, su cara me resulta familiar, no solemos coincidir muy a menudo, es que estoy seguro de que hace poco…

–Coincidimos en el caso de las videntes –dijo Sara a su espalda–. Eduardo Sánchez, si no recuerdo mal…

–Exacto –sonrió el hombre–. Usted… ¿Sara Benítez?

–Eso es. Hacía mucho tiempo que no lo veía –le devolvió ella el saludo.

–¡Coño! Ya sé por qué yo no lo recuerdo demasiado –confesó Leandro–. Fue cuando quemaron a aquella mujer.

–Sí, es cierto, ahora me acuerdo yo –contestó él–. Menudo caso fue…

–Sí, desde luego –respondió ella acariciándose los dedos de inmediato; al policía no le pasó desapercibido el gesto, demasiado habituado a fijarse en los detalles.

La inspectora Benítez recordó aquel día de hacía dos años. Habían quemado a una mujer que se dedicaba a echar las cartas en aquel caso del asesino de videntes que tuvo en jaque a Madrid durante tanto tiempo y que tanta huella había dejado en Leandro y en ella. Se trataba de una mujer joven, de unos treinta años. Los bomberos consiguieron extinguir el incendio cuando ya casi había ardido la mitad de la casa. El fuego se originó en el cuerpo de la mujer, con lo cual de ella no quedaba más que un resto calcinado por completo y un hedor insoportable en toda la vivienda.

Recordaba que aquel día envió a Leandro a hacer trabajo de oficina;

sabía lo que le costaba permanecer en el escenario con un cuerpo en aquel estado y le pareció innecesario que lo sufrieran los dos. Siempre podía contar con él en cualquier otro momento, todos los policías tienen una debilidad y la de Leandro era aquel hedor. El inspector y el policía científico estuvieron poco más de diez minutos juntos allí, era normal que casi ni se recordasen.

–Bueno, me acercaré donde está la mujer e intentaré no estorbar demasiado –les explicó el policía–. ¿Han podido ver algo?

–Sí, hemos llegado unos minutos antes que la ambulancia y hemos intentando recopilar algunas pruebas –le explicó el inspector Gómez–. Lo hemos guardado todo en el coche. Espero que algo les sirva.

–¡Qué buena idea! –exclamó él–. ¿Qué tienen?

–A ver..., mi compañero le ha tomado las huellas a la víctima y muestras de las uñas, del pelo y de la boca –comentó Sara.

–También unas fibras de color negro que tenía alrededor de la nariz –añadió él.

–Yo he intentado sacar todas las fotos que he podido de la mujer, del agujero de bala en la cabeza y de todos los golpes, sobre todo en la cara. Al estar desnuda, he sacado fotos igual de todo el cuerpo, se ven varias magulladuras más –añadió la inspectora–.

Me he fijado, sobre todo, en las marcas de sus muñecas y sus tobillos, son bastante marcadas y recientes, como si la hubieran mantenido atada durante horas y ella se hubiera intentado liberar.

–Ayer mis compañeros llegaron con un caso parecido –les explicó él.

–Sí, en Orcasitas. ¿Lo lleva usted? –le preguntó Leandro.

–Soy el supervisor de la Policía Científica, está bastante centralizado. Lo lleva otro equipo, de otro turno y me informan de todo a mí. Y ya que esto parece ser obra de la misma persona…, lo haré.

–Mucho mejor –coincidió Sara.

–Acaban de hacernos un gran favor al recopilar las pruebas; aunque, no se lo tomen a mal, no tendrán la misma fiabilidad que si las recogiéramos nosotros.

–Hemos seguido el procedimiento… –protestó Sara.

–No me cabe la menor duda, inspectora. El problema es que ustedes ni siquiera tienen el material reglamentario. Si hay alguna duda con cualquier muestra, tendremos que desecharla.

–¿Entonces hemos trabajado en vano? –preguntó Leandro con incredulidad.

–No, no, en absoluto. Solo desecharemos las muestras que generen dudas. Seguro que no habrá ninguna, no se preocupen, mi obligación era advertírselo por si ocurriera.

–Bueno, de todos modos, no espere gran cosa –se disculpó ella–. Las fotos están hechas con mi teléfono móvil y las pruebas recopiladas como hemos podido.

–Aun así, es mucho más de lo que podremos conseguir nosotros ya.

–Hemos fotografiado también unas huellas que había cerca de la mujer. Para que se viera la longitud, he colocado mi propio pie junto a ellas.

–Perfecto. Necesitaré entonces saber la longitud de su zapato –le pidió.

–Creo que deberían también tomar muestras de los dos montañeros –le dijo Sara–.

Según ellos, no se han acercado a la mujer, yo no estoy tan segura.

–Sí, voy a mandar a Julio que lo vaya haciendo, así de paso lo mantengo ocupado –les explicó con una sonrisa. Estoy viendo unas rodadas ahí, delante –añadió él de pronto–.

¿Las ven? A diez metros más o menos.

–Justo cuando llegaron, me disponía a comprobar esas huellas. Este es el teléfono móvil de la excursionista. Se dedicó a sacar fotos de todo el trayecto. Encontré unas hechas desde la cima y apuntando hacia donde me señala usted.

–Bien –la animó él–. Vamos a comprobarlo y de paso tomaré una muestra de esa mancha oscura que se ve al lado, es como si hubieran vertido agua.

–Sí, tiene razón –respondió Leandro.

El policía se acercó, cogió una muestra que guardó en un frasco y se dispuso a hacer fotos de las huellas que claramente habían dejado

varios neumáticos.

–Huele a orina –les explicó de pronto–. ¿Será de la víctima?

–O del sospechoso –dijo Sara con esperanza–. Ya sabe que algunos hombres mean en cualquier sitio.

Jero miró a María y le hizo un elocuente gesto de “no como tú, que necesitas estar completamente aislada”.

Tras proporcionarles las fotos y las pruebas y darle el móvil de María Lara, le enseñaron la foto en cuestión del vehículo parado al borde del camino. El policía los escuchaba con interés.

–No sé, ¿cree que se podría mejorar la resolución? –preguntó la inspectora, esperanzada.

–Sí, por supuesto, no sé si lo suficiente para ver la matrícula, estoy casi seguro de que al menos sabremos el modelo de coche que es –respondió él.

–En cuanto puedan, necesito que se lo devuelvan a su dueña, lo necesita para trabajar.

Y… me interesa mucho saber su opinión. Yo pienso que el camino en el que está parado el vehículo es este mismo en el que estamos nosotros ahora mismo. Bueno…, lo pienso yo y también mi compañero –añadió al darse cuenta de que Leandro la miraba de nuevo con las cejas arqueadas.

–No me atrevo a asegurarlo, en el laboratorio tenemos programas que pueden determinar las coordenadas de una foto e incluso el relieve. La analizaré, a ver si hay suerte. De todos modos, si es justo ahí de donde he cogido las muestras y las fotos, al menos podremos avanzar un poco en el caso.

–Bien, es que si ese vehículo está en este mismo camino, y la hora a la que se realizó la foto coincide con… –comenzó a decir la inspectora, de repente se hizo el silencio.

–¿Qué ocurre? –preguntó su compañero.

–Un lapsus, perdón. Es que estaba pensando que si la hora en que se hizo la foto coincide con la hora de la muerte de la mujer y el camino que se ve en la foto es el mismo en el que estamos, se trataría del vehículo del asesino.

–Ya…, pero no está muerta –añadió Leandro.

–Exacto. Ahora mi teoría no sirve, aunque al menos ella está viva.

Los dos hombres se miraron sin nada que añadir. Pensar que no tenían ninguna pista porque ella estaba viva era bastante descorazonador e incluso mezquino. Lo habían pensado los tres y solo ella se había atrevido a decirlo en voz alta.

–Bueno, creo que ha llegado la hora de ir al Anatómico Forense –zanjó Sara, sobre todo para eliminar de su mente aquel pensamiento que la llenaba de remordimientos y poder librarse de una vez de la llave que guardaba en el bolsillo.

–Suerte, luego hablamos –se despidió el policía perdiéndose en la espesura.

Justo antes de poner la marcha atrás, vieron salir de entre los árboles al joven policía impetuoso con un maletín en la mano y una sonrisa, al fin iba a poner en práctica todo lo que tanto le había costado aprender.

CAPÍTULO 10: EL CASO ES MÍO

Las calles aún se desperezaban con el reflejo del rocío acumulado en la noche cuando Sara y Leandro se dirigían al Anatómico Forense; debían hablar con la doctora que llevaba el caso de la mujer del descampado, como equipo al cargo de la investigación.

Por el camino avisaron a Aguilar y al comisario Esteve para que se tramitaran las gestiones pertinentes que los pusieran al frente, dados los nuevos hallazgos. Esteve les prometió que no tendrían problema; aquel hombre madrugaba más que ellos, lo que era casi un milagro. Aguilar, sin embargo, respondió con monosílabos a la llamada de Sara y tras colgar el teléfono había vuelto a marcar su número para que le volviera a explicar lo que ocurría: tal y como ella se temía, no se había enterado de nada.

El inspector Aguilar aparcó casi al mismo tiempo que ellos. De hecho, protestaba porque alguien más avispado que él le había quitado el

sitio, entonces se dio cuenta de que se trataba del coche de Sara Benítez; no volvió a decir nada del tema. Les presentó a su compañero, un hombre de estatura media, con pinta de no cuidarse mucho y con el pelo revuelto, largo y escaso. Fue bastante correcto en las presentaciones, aunque eso no consiguió que les cayera mejor, en realidad a los dos les había parecido poco agradable.

Ya lo habían visto en el descampado de Orcasitas, donde habían encontrado el cadáver de la joven; no les gustó demasiado, aunque debían reconocer que fue solo un momento y no habían hablado prácticamente con él. Ahora lo tenían cara a cara y les gustaba todavía menos.

Al pensar en Orcasitas, Sara recordó de repente que aún tenía en el bolsillo la llave que le había dado aquel lunes Ileana, la sacó de inmediato, no podía pasar ni un segundo más sin explicarle a su amigo lo ocurrido.

–Aguilar, te vas a enfadar –comenzó a decir ella mientras agarraba del brazo a su amigo y le hacía permanecer algo más atrás que a los demás.

–¿Qué pasa? –preguntó extrañado–. ¿Es porque te han dado el caso? Ya lo sabía, y además te dije que me parece bien…

–No es por eso, mira –le enseñó ella–, esta llave nos la dio el lunes una niña del poblado rumano en Orcasitas.

–¿Y para qué es? ¿Sabes lo que abre?

–No tengo ni idea… Aguilar, la niña nos dijo que vio cómo se le caía al hombre.

–¡Joder! ¿Por qué no me la diste antes? Sara, no lo entiendo….

–Lo sé, Aguilar, tienes razón; si crees que debes hacer algo al respecto, lo entenderé.

–Sara, te conozco desde hace años, explícamelo porque es la primera vez que haces algo así.

Sé que en los últimos años, sobre todo desde que cogisteis al asesino de las videntes, no hemos hablado mucho… Bueno, más bien tú no has hablado mucho con nadie. No entregarme una prueba… Me acabas de poner en una situación comprometida.

–Ya lo sé, ya lo sé... Cuando la niña nos dio la llave, nos disponíamos a volver a comisaría y tú estabas junto a Guzmán, así que, aunque sé que hice mal, la guardé en una bolsa de pruebas y la metí en el bolsillo, en realidad estaba segura de que nos dejarían llevar el caso.

–Pero no fue así –le recriminó él.

–No, y ayer cuando nos llamaste para que viniéramos hasta aquí la traje para dártela, te lo prometo.

–¿Y por qué no me la diste? –le preguntó cada vez más enfadado.

–Aunque no te lo creas, se me olvidó. Nos llamó Solís, ¿recuerdas?, y salimos de aquí a toda prisa. Llevo con ella en el bolsillo desde entonces.

El inspector Aguilar la miró entre enfadado e incrédulo, no podía entender que Sara hubiera ocultado algo así, y menos a él. De pronto, su semblante cambió.

–Sara…, espera… –le pidió–; te mereces que hable con mi comisario y el tuyo, desde luego, aunque no lo voy a hacer.

–¿Por qué no? Yo lo haría, Aguilar, lo que he hecho se sale de todo en lo que creo.

–Sí, es cierto. La cuestión es que no sé si acabarás llevando tú sola la investigación o no.

Bueno, Leandro y tú. Por ahora parece que la llevaremos juntos, o eso creo, el problema es que…

–Sí, ya lo sé, no quieres llevarla… –dijo ella con tono cansino.

–No es eso. Sara, no me andaré con rodeos, ya no, tengo cáncer de pulmón.

–¡Mierda! Ya sabía yo que te pasaba algo. ¿Es grave? ¿Tienes que operarte? ¿Quimio?

¿Necesitas algo? Claro, por eso no quieres llevar una investigación de este calibre, tendrás que darte de baja. ¿No se lo has dicho a comisario?

–Sara… –suspiró él–, no lo sabe nadie, salvo mi ex mujer y mis hijos, y así quiero que sea. No me pueden operar, está muy avanzado. Me queda muy poco tiempo. No quiero llevar esta investigación porque

creo que la tendré que dejar a medias.

–¡No digas eso! ¡Joder, Aguilar! ¡Tienes que luchar…!

–No hay nada que hacer y yo ya lo he asumido; así que, por favor, he confiado en ti.

Solo en ti, aparte de mi familia, espero que entiendas lo que eso significa. Deja que viva lo que me queda como yo quiera –le pidió él. De repente parecía tan cansado…

–Lo siento, Aguilar, claro que puedes contar conmigo para lo que quieras, no sé qué más decir, la verdad. Es cierto que siempre hemos tenido confianza y que cuando estuve de baja en realidad lo que hacía era huir, aunque no sé muy bien de qué. Me porté fatal con todo el mundo, con Leandro, sin ir más lejos…

–¿A Leandro también lo alejaste de tu lado? –preguntó perplejo.

–Así es. De hecho, fui a Gijón a echarle una mano precisamente porque no encontré otra manera de acercarme a él de nuevo.

–No lo sabía. ¿Y ahora va todo bien?

Ella se tomó unos segundos para contestar, no quería que él pensara que su compañero y ella tenían problemas, no era así. Aunque debía reconocer que no estaban las cosas como antes ni mucho menos, de ninguna manera le hubiera confesado nada, si él no se hubiera sincerado antes con ella, se sentía en deuda.

–No estoy segura, Aguilar, creo que aquel día Gabriel no solo se llevó mi dedo. Tengo la sensación de que una especie de muro se ha levantado entre nosotros. Es solo una sensación que no me gusta.

–Ya…, te entiendo. Todo se acaba colocando en su sitio con el tiempo, a veces no como nosotros queremos, pero igualmente se arregla –le explicó él.

–No es nada, de verdad. Y tú… ¿quieres que haga algo por ti? –dijo ella esperanzada, se sentía fatal por él.

–No hace falta. Vamos, que se van a creer que nos traemos algo entre manos –añadió señalando a sus respectivos compañeros.

–Por cierto, Aguilar, solo una cosa… –le pidió ella.

–Dime.

–Me da una vergüenza terrible, es que no tengo ni idea de cómo te llamas. Siempre has sido Aguilar para mí.

El enorme inspector exhibió una gran sonrisa. Miró a aquella extraordinaria mujer, que sin duda alguna le echaría de menos, y contestó en tono burlón: –Herculano, me llamo Herculano.

–¡Ja, ja, ja!, con razón no me habías dicho nunca el nombre –se rio ella.

–Y debe seguir siendo un secreto –le pidió él–. Imagínate cómo fue mi infancia.

–Soy una tumba, Aguilar, lo prometo –le guiñó el ojo ella en un gesto de complicidad–.

Joder, Herculano…

–Bueno, ya vale, sabía yo que tenía que seguir siendo un secreto –dijo él falsamente indignado.

Caminaron hacia donde sus compañeros los esperaban y recorrieron juntos el largo pasillo por el que se accedía a las salas de autopsia. Se cruzaron con rostros de dolor, lágrimas, lamentos, sufrimiento extremo. Sara pensó que, desde luego, no todo el mundo servía para ese trabajo.

Entraron en la sala dieciséis, según el expediente que de buena gana les había tendido Aguilar. Era allí donde se realizaba la autopsia de la mujer encontrada el lunes. Como esperaban, en la mesa no se encontraba el cadáver, se veía limpia y el material se hallaba colocado en su sitio. El olor a desinfectante casi les hizo llorar.

–Mierda –musitó la inspectora Benítez– pensé que la doctora estaría aquí.

–Preguntaré en la entrada –se ofreció Aguilar. Su compañero, el que se había presentado como inspector Guzmán, ni siquiera contemplaba la posibilidad de ir él; a los ojos de Sara, iba ‘ganando’ puntos.

Un par de minutos después, el inspector Aguilar llegaba a la sala precedido de la forense que había realizado la autopsia de Inés Corral.

–Inspectora…, perdone, me acaban de avisar de que va a llevar usted el caso. Si lo hubiera sabido, habría esperado a que llegara.

–Sí…, bueno…, ha habido algunos cambios. Así que en principio llevaré yo la investigación con Aguilar y nuestros respectivos compañeros, aunque la responsable seré yo.

–Si quiere acompáñenme, le doy el informe y así le cuento un par de conclusiones a las que he podido llegar. Ya se lo había enviado al inspector Aguilar, igual usted quiere preguntar alguna otra cosa.

–Vamos –asintió ella mientras se ponía en marcha detrás de la forense, los otros tres policías la siguieron.

De pronto, el inspector Guzmán frenó y les dijo en voz alta que prefería esperar fuera, que a él aquel lugar no le gustaba demasiado y que, total, como la investigación ya no era de su unidad…

–Disculpa, Guzmán, prefiero que vengas con nosotros. Soy yo la que lleva la investigación y la que diré cuándo puedes salir –le dijo la inspectora Benítez sin dejar de mirarle a los ojos.

–Claro, jefa –contestó él visiblemente ofendido.

–Y no me llames jefa, soy la inspectora Benítez.

Él no se molestó en responder, acababa de quedar claro quién mandaba y quién no y, por añadidura, lo que pensaba de él. Entraron en una sala frigorífica con varias cámaras numeradas en su exterior. La doctora se encaminó sin mirar el registro a la del número dieciséis y sacó una camilla del interior con el cadáver de Inés Corral sobre de ella.

–Mire, inspectora, como puede ver tiene varias heridas en la cara y en las manos de cuando intentó defenderse de los golpes…

–Perdone –la interrumpió ella–. No sé su nombre aún, llevo desde ayer pensando y creo que ni siquiera nos presentamos.

–Tiene razón, soy la doctora Schwarz.

–¿Perdón? –preguntó Sara a la vez que enarcaba las cejas.

–Mi padre es alemán. Me llamo Ilka Schwarz.

–Encantada, espero recordarlo.

–No pasa nada, aquí se equivocan todos. Llámeme Ilka, es más fácil que doctora Schwarz.

–Eso es verdad. ¿Por dónde íbamos? –preguntó Sara intentando volver al cadáver.

Nunca le había gustado mantener una conversación intrascendente delante de un cuerpo. Sabía que era una tontería, porque precisamente a aquellas víctimas no les molestaba, ella no podía evitarlo. Además, quería acercarse al hospital a ver a la mujer

que acababan de encontrar, y que con toda probabilidad era Andrea Soto. Aún no se lo habían dicho al sospechoso, preferían estar seguros, por el estado en que se encontraba su cara. En el bosque constató que tanto la complexión como los rasgos coincidían.

Incluso así, había que esperar a los resultados del laboratorio.

–Por eso no me gusta aventurarme a decir nada hasta haber hecho la autopsia –le explicó ella de pronto, Sara no sabía de qué hablaba–. No sé si recuerda que por la lividez parecía que llevaba muerta unas veinticuatro horas…

–Ah, sí, nos lo ha dicho Aguilar. Lleva más tiempo, ¿no?

–Sí, según los resultados de las pruebas, le puedo decir que murió entre la mañana y la noche del viernes.

–¿Cree que mantuvieron el cuerpo en una nevera o congelador?

–No, no hay signos de congelación y descongelación ni de haber estado a menos de ocho o diez grados. Yo me inclinaría más por un sitio húmedo y frío, a juzgar por la presencia de moho en el pelo y las fosas nasales. Una cueva o algo similar.

–Ya… –suspiró Sara.

–No puedo decirle mucho más, que no murió en el descampado donde la encontramos y que no hay signos de violación o de haber mantenido relaciones sexuales antes. Como les dije allí, presenta marcas pronunciadas en las muñecas y en los tobillos, los tuvo atados durante mucho tiempo y se debatió para quitárselos… Sin éxito, claro.

–¿Ya han localizado a la familia? –preguntó Leandro.

–Sí, ayer reclamaron el cuerpo los padres de la joven. Quieren enterrarla en Soria, de donde era natural. El marido no se opone, creo que saben que estaba en trámites de divorcio.

–Nos lo dijo Aguilar, sí, muchas gracias. Bien –añadió la inspectora a la vez que se dirigía a sus tres compañeros (aunque a uno de ellos le iba a costar considerarlo como tal)–. Vamos al Hospital Clínico a comprobar el estado de la joven que llevaron ayer.

Después nos pondremos en contacto con la familia. ¿Aguilar, tú has hablado con ellos?

–¿Con la familia de Inés Corral? Solo con el marido, podemos volver a su casa si quieres.

–Claro, iremos, debemos hablar con todos –coincidió ella.

–Les acabo de escuchar que hay una nueva víctima –preguntó la forense–. ¿Está en el hospital?

–Sí, es una víctima fallida por ahora, todo apunta que ha sido la misma persona. La encontraron dos montañeros cerca de La Granja, en Segovia.

–¿Y la trajeron hasta aquí y les avisaron a ustedes? Perdonen mi indiscreción, qué me importa a mí por qué han hecho el qué, solo me llama la atención.

–No, si esas preguntas ya nos las hicimos nosotros. Supongo que la consideran ya la segunda víctima de ese sujeto. Los sanitarios que se desplazaron a la zona con la ambulancia eran de Segovia. Tanto nosotros como la policía científica fuimos desde Madrid.

–Bueno, por algo será –respondió ella–. El caso es que si está en el hospital es que está viva, me alegro. Entonces, al menos, no le dispararían, ¿no?

–Me temo que sí, recibió un disparo en la cabeza, igual que ella –le explicó señalando a la joven.

–Claro, si no le hubieran disparado no lo considerarían obra del mismo sujeto, supongo –añadió la forense, Sara sabía que eso no tenía por qué ser así–. Bueno, a veces ocurre que el impacto no sea mortal, lo normal es que al recibir una bala en la cabeza el sujeto muera. ¿Vieron el orificio de salida? ¿Saben el calibre?

–Sí, esa era otra de las preguntas que quería hacerte. Perdona…, ¿puedo tutearte?

–Sí, sí, por supuesto. En cuanto a tu pregunta, no, no encontraron la

bala. El agujero corresponde a una nueve milímetros.

–En nuestra víctima del hospital juraría que también, preguntaré a los de la científica –

le explicó ella, a punto estuvo de decirle que no tenía orificio de salida, algo hizo que se

callara, no estaba segura de si era la presencia de Guzmán, que la incomodaba, o que no quería saber el mal pronóstico que le esperaba a la joven–. Muchas gracias.

–Espero que tenga suerte y sobreviva –dijo entonces la doctora–, aunque yo no tendría muchas esperanzas.

–Ya, la verdad es que nosotros tampoco. A ver qué nos dicen allí. Gracias doctora…

Ilka.

–Te dije que era más fácil, sí.

Los cuatro inspectores salieron del Instituto Anatómico Forense y se dirigieron a los coches. El inspector Guzmán mascaba chicle ruidosamente, tendría que hablar con él, no estaba segura de si le parecía irrespetuoso porque le caía mal o porque de verdad lo fuera. Miró a Leandro, quien parecía tan crispado como ella por la presencia de aquel hombre, así que decidió que primero le preguntaría a su compañero qué creía que debían hacer con aquel inspector; así al menos le tendría más en cuenta. Como para afianzar sus pensamientos, nada más subir al coche y cerrar la puerta, Leandro dijo: –

No lo aguanto.

Sara pensó una vez más en lo bien que se entendían su compañero y ella. A veces ni siquiera les hacía falta hablar. Arrancó, metió primera y se dirigió al Hospital Clínico a ver cómo estaba la víctima. Realmente podrían haber ido andando, desde allí tardaban solo unos minutos. Al poder aparcar en las zonas reservadas, siempre era más cómodo y más rápido ir en coche. Y tenían prisa, así que prefirieron conducir. Estacionaron en el lugar que les indicó el guardia de seguridad y se encaminaron a la sala de espera de la UCI, allí pensaban encontrar a alguien que les permitiera hablar con el médico de la mujer encontrada en las inmediaciones de La Granja. Mientras esperaban, llamó a la Policía Científica y preguntó por Eduardo

Sánchez, por si algún resultado iba arrojando información al caso. Una joven muy agradable le dijo que aún no habían terminado ninguna prueba y que en media hora su jefe la llamaría con los primeros resultados.

Ella no tuvo más remedio que esperar. Se dispuso a mirar las fotos que había guardado en su teléfono móvil con las pruebas del caso y leyó en voz baja los extraños textos que habían dejado junto a las víctimas y junto al asiento del metro de Ángel Santamaría.

¿Sería un psicópata como los que salían en las películas? Sara desechó la idea. Ese tipo de gente existía, desde luego; aunque la forma de tratar a las víctimas le parecía más de algún misógino que se escondía en aquellos textos para tener en jaque a la policía. Debía reconocer que Ángel podría cuadrar, perfectamente, en ese perfil. Apuntó en su mente

que pediría un experto en perfiles para ese caso, seguro que les ayudaría. Se encontraba perdida en aquellos pensamientos cuando una mujer ataviada con un uniforme azul les pidió que pasaran a un despacho, donde la doctora que se encargaba de la víctima del caso que investigaban les explicaría el estado de la misma y lo que podrían esperar en las próximas horas.

–Necesitamos una copia del expediente –le dijo la inspectora Benítez.

–Me lo imagino, tendrán que traerme una orden. No puedo darles nada que contenga información sobre el paciente sin la orden pertinente, por la política de privacidad del hospital.

–Ya hemos hecho los trámites –le explicó Leandro–. No es la primera vez que nos pasa.

–Perfecto, ¿saben para cuándo la tendrán?

–Me han prometido que a primera hora de la mañana –dijo él.

La joven doctora miró su reloj y pareció repasar las constantes vitales de la mujer a la que atendía como sopesando si llegaría a la mañana o no. Claro que, en todo caso, no cambiaría nada sobre la investigación, así que les prometió ella también que, para entonces, tendría preparada una copia de su historial.

Sara supo enseguida, por la actitud de la doctora, que aquella joven que permanecía en una cama y repleta de tubos, agujas y sondas, no pasaría de esa noche. En cuanto salieran de allí pensaba hacer una

visita sorpresa a su sospechoso. Miró a Leandro sopesando si se lo diría o iría a ver a Ángel Santamaría sin avisarlo. La idea de obtener menos información, si no iban los dos, hizo que se decidiera en un principio por no decir nada a su compañero. Entonces le asaltó el recuerdo de Gabriel, el asesino de videntes, cortándole el dedo en el único momento de la investigación en que Leandro y ella se habían separado para seguir pistas paralelas… Así que se obligó a replantearse la situación, le permitiría acompañarla… esa vez.

CAPÍTULO 11: OLOR A CAFÉ

La mayor parte del café aterrizó en el suelo, junto a la silla, salpicando todo a su paso.

Sara no se percató de que el pantalón *beige* claro que se había enfundado esa mañana acababa de ser "decorado" por varias manchas que tardarían en desaparecer. En realidad, ni siquiera era consciente de haber tirado el café. El inspector Gómez la observaba atónito desde su silla, incapaz de comprender lo que le ocurría a su jefa. No era propio de ella perder los papeles de aquella manera por algo que no salía como se esperaba. Cuando llevaban un caso de aquella envergadura, solía mostrarse contrariada, irascible, incluso iracunda en algunas ocasiones en que las pruebas no los conducían a ningún sitio o cuando el asesino volvía a actuar casi delante de ellos de manera provocadora. Perder los estribos y pagarla con él no solía formar parte de su repertorio. Ni que él tuviera la culpa de que la joven encontrada en La Granja no fuera tampoco la mujer del sospechoso.

También a él le había sorprendido y contrariado, ¿qué podía hacer?

–Sara…, me parece que estás sacando las cosas de quicio –le dijo en el tono más tranquilo que fue capaz de usar.

–Que repitan las pruebas –ordenó con la cara deformada por la ira–. Es imposible que no sea su mujer, se deben de equivocar.

Leandro respiró hondo, no quería discutir con ella. Normalmente, si la tormenta estallaba, lo que ocurría siempre que llevaban un caso como ese y, desde luego, nada comparado con lo que estaba presenciando en

aquel momento, solía decir que sí a todo y desaparecía por un rato, con eso era suficiente para volver a la normalidad. Esa vez no lo haría, le parecía que la inspectora perdía la perspectiva y no se mostraba razonable,

además de que en el laboratorio podían molestarse por algo así, ya que comprobaron los resultados a petición suya, cuando había ido a recoger los informes.

–Mira…, jefa…, cuando fui antes a por los resultados, que te recuerdo que los recogí en mano para tenerlos lo antes posible, ya les pedí que repitieran las pruebas; lo hicieron delante de mí. Pueden volver a analizar las muestras de ADN e introducir las huellas en la base de datos mil veces más y eso no hará que la chica sea quien tú quieras.

–¡Joder, Leandro! ¡Es imposible que no sea ella! ¿Es que no te das cuenta? ¡Si no es Andrea Soto, seguimos sin pruebas contra Ángel Santamaría! –exclamó mientras se colocaba el pelo tras las orejas.

–Lo sé, y si ha sido él, lo pillaremos antes o después porque cometerá un error y le estaremos esperando. Antes no pensabas que hubiera sido él, ¿qué te ha hecho cambiar de idea?

–Tampoco estoy segura de que sea obra suya. Si consiguiéramos una sola prueba firme contra ese hombre, todas las piezas sueltas se colocarían a la perfección. Mi cambio de opinión se debe a varios detalles: la tontería esa que me contó del almizcle, que me parece una estupidez; el que de pronto quiera colaborar con nosotros como un ciudadano modelo; la nota encontrada a su lado en el metro… No sé, me parece todo parte de una representación ya ensayada.

–Bueno… también puede ser que se diera cuenta de lo culpable que parecía al no colaborar.

–Conmigo ha conseguido el efecto contrario –le explicó Sara–. En todo caso, sigue siendo el sospechoso más firme que tenemos.

–En eso estoy de acuerdo –coincidió él–. En realidad, por ahora es el único que tenemos.

–¿Cómo se llama la chica? –preguntó Sara a la vez que cogía un rotulador negro y se disponía a añadir unos datos en la pizarra borrable.

–Estefanía Martín, treinta y cuatro años, en paradero desconocido desde este lunes, veinticuatro de octubre. Llevó a los niños al colegio a

las tres de la tarde.

–¿A las tres?

–Es de esos colegios que tienen jornada partida: de 9:30 a 13:00 y de 15:00 a 17:00.

–Ah, ya entiendo.

–Lo que te decía…, llevó a sus hijos a las 15:00. A las 16:30 debía volver a una fiesta en la que sus hijos participaban. Una representación teatral o algo así. Nunca falta a ningún evento del colegio, pertenece a la Asociación de Madres y Padres y al Consejo Escolar, porque su trabajo de ama de casa le deja bastante libertad de horarios.

–Vamos, que no trabaja –añadió Sara.

–Fuera de casa, no –insistió Leandro, cuya mujer estaba en la misma situación–. Si te parece que ser ama de casa no es trabajar…

–Me has entendido perfectamente, Leandro, no le saques punta. ¿Los niños?

–Una niña de ocho años y un niño de cinco. Según el marido, es impensable que se pierda una actuación de los pequeños.

–¿Y el marido? ¿Has hablado con él?

–Aún no. El marido es médico supervisor en un centro de salud cercano a su domicilio.

Normalmente sale de trabajar hacia las cuatro. El lunes comió en una cafetería frente al trabajo y acudió directo al espectáculo. Le extrañó no verla allí y la llamó varias veces al móvil y al fijo. Al volver se encontraron la casa revuelta y algo de sangre en el pasillo.

Se asustaron y llamaron a la policía, se emitió una orden de búsqueda.

Sara torció el gesto con fastidio. Leandro sabía que comenzaba a asumir que no tenían nada contra el sospechoso. Claro que, si eran positivos, pese a que el tiempo jugaba en su contra, la mujer de Ángel podría seguir con vida. La inspectora volvió a la mesa y por primera vez fue consciente del café que un par de minutos antes aterrizó demasiado cerca de sus zapatos y de su pantalón. Soltó una palabrota, no tanto por las manchas sino por la cafeína desperdiciada y abrió el

último cajón de su escritorio en busca de papel absorbente con el que limpiar aquel desastre. La mancha oscura del suelo comenzaba a resecarse en el borde. Las del pantalón no serían tan fáciles de quitar.

Tras limpiar el estropicio, la inspectora se echó atrás para ver la pizarra desde otra perspectiva, Leandro se colocó justo al lado, como solían hacer en cada caso.

–Inés Corral podría llevar desaparecida y muerta desde el viernes 21 de octubre. Y

Estefanía Martín, el lunes, 24 de octubre –escribió Sara mientras lo repetía en voz alta–.

A este paso en una semana tendremos el depósito lleno, se mueve deprisa.

–Sí, hay que encontrar alguna conexión –añadió Leandro–. ¿A ver… qué más tenemos?

–El resultado de la tarjeta que encontró el sospechoso en el metro. No hay huellas, salvo las suyas.

–O sea, que no podemos descartar que se la mandase a sí mismo –dijo ella anotándolo de inmediato en la pizarra, un nuevo dato contra él.

–Sí y no –añadió él con cautela; parecía que cada vez que algo no estaba como ella quería, se enfadaba–. Por lo visto se tomó un *croissant* y un café antes de coger el metro, y la tarjeta contiene sus huellas con restos del *croissant*. Si fueran de antes, no habrían encontrado esos restos.

–O sí –le retó ella–. Lo pudo hacer aposta, es muy listo.

–No es concluyente –añadió él–. En un juicio, ese dato no serviría.

–Joder, es que no encontramos ni una puta prueba –protestó ella de nuevo, sabiendo que él tenía razón.

–Tranquilízate, Sara, cuantas más pistas recopilemos, más sencillo será colocarlas después.

–Si tú lo dices… –comentó sin ninguna convicción.

–También han analizado la llave que nos dio Ileana –añadió él.

–Y no me lo digas, no hay huellas.

–Sí, sí, hay un montón de huellas, sobre todo de niño, también algunas parciales. Hay que conseguir las de la pequeña para descartarlas.

–Volveremos al poblado entonces. ¿Y en la base de datos?, ¿alguna coincidencia?

–Por ahora no –confesó él–. Por cierto, no sé si te comenté que comprobé lo del robo del teléfono móvil.

–No, creo que no –dijo ella apretando las mandíbulas.

–Entonces es otro detalle que podemos cerrar. Puso una denuncia en la comisaria el miércoles, 19 de octubre a las 20:25 horas. Según él, se lo quitaron mientras iba a la ducha.

–Aunque eso podría ser falso y haber hecho desaparecer el móvil o haberlo escondido, habría sido más sospechoso no poner la denuncia – comentó Sara en voz alta.

–Eso es –coincidió él dando por zanjado ese tema–. También he localizado a los padres de la primera víctima, Inés Corral; están en Madrid, se alojan en la casa de su hija. Les he pedido que pasen por aquí mañana.

–También podemos ir nosotros –añadió la inspectora.

–Como quieras; si hace falta, los vuelvo a llamar –dijo él entonces.

–Bueno, no creo que sea necesario –zanjó ella–. ¡Espera! Quizá sí sea mejor que los llames y les digas que nos acercamos nosotros.

–¿Y eso? –preguntó él, no le seguía el ritmo a sus pensamientos.

–Porque yo he hablado con el marido y va a venir también. Y como estaban en trámites de divorcio, no sé qué relación tienen.

–No te preocupes, ellos me han asegurado que su yerno es un hombre maravilloso, que le quieren como a un hijo y que no piensan que tenga nada que ver con lo ocurrido.

–No es lo habitual en un divorcio –murmuró Sara–. Bien, de todos modos, comprobaremos que tengan cita a horas distintas.

–Y les preguntaremos por la relación tan buena que tienen con su yerno cuando vengan – zanjó el inspector.

–¿Hay alguna conexión entre las víctimas? –le preguntó ella.

–Por ahora no. La primera mujer, Inés Corral, vivía sola con su hija en un apartamento en Vallecas. Y la segunda, Estefanía…, en la calle… Modesto Lafuente, con su marido y sus hijos –respondió él mirando sus notas.

–Y Andrea Soto en la calle Delicias. Por cercanía no parece, desde luego; lo único que tienen en común es que las tres vivían en Madrid. ¿Podría ser el trabajo?

–Inés trabajaba como peluquera cerca de su casa. Estefanía es ama de casa –le explicó él.

–Inés Corral llevaba un carnet de una biblioteca, ¿puede que tengan en común algo así? –preguntó la inspectora.

–Llevaba dos años sin usarlo, había ido a renovarlo y por eso lo llevaba encima.

–¿Entonces no hay nada en común? –insistió la inspectora, contrariada.

–Por ahora no, seguiré indagando. A ver –comenzó a decir él volviendo al panel–, tenemos dos víctimas. Una mujer aparecida muerta en un descampado de Orcasitas, al sur de Madrid, y otra en estado crítico encontrada en La Granja, Segovia; es decir, al norte.

–Sí, que debería estar muerta, pero no lo está –añadió Sara.

–Eso es por la placa de Titanio –le explicó él.

–¿Qué placa? –le preguntó ella con el ceño fruncido. Leandro se obligó a contar hasta tres antes de responder.

–Me enviaste a hablar con la doctora que la lleva al hospital y a por los resultados de las pruebas al laboratorio en cuanto nos proporcionaron la orden. Y te traje las dos cosas.

–Solo me entregaste las pruebas del laboratorio –se enfadó ella.

–No, Sara, te di todo, lo tienes ahí delante. Al leer los resultados del ADN, te has enfadado tanto que no has mirado más. Eso no quiere decir que yo no te lo haya dado.

–Me parece un dato importante, creo que deberías haber insistido en él.

–Mira…, Sara…, esto ya me está empezando a fastidiar –perdió la

paciencia Leandro–.

Cada vez cuentas menos conmigo, no me tienes al tanto de tus observaciones o de tus conclusiones, vas por libre, me mandas recados de novato para quitarme del medio e incluso parece que te molesta mi presencia.

–Estás paranoico –replicó ella, enfadada.

–No es cierto y lo sabes. Eres tú la que se comporta de manera extraña, no yo.

–A mí no me ocurre nada, tú no das el cien por cien.

–¿Perdona?, ¿qué quieres decir?, ¿que desde que tengo un hijo no me implico como antes?

–Lo has dicho tú, no yo –respondió con descaro ella.

–Tú lo piensas, que es lo que importa.

–Pues sí. Desde que nació tu hijo, llegas más tarde, te quedas menos horas con la excusa de cuidarlo y estás distraído. Cada vez que quiero decirte algo, tengo que esperar porque estás al teléfono con tu mujer para hablar sobre Hugo: estás obsesionado

–escupió ella con malicia, parecía haber retenido todo aquel discurso desde hacía días en espera del momento adecuado para soltarlo.

–Vale, hablemos de distracciones y de obsesiones…, hablemos de Ángel Santamaría –

retó él.

–¿Qué ocurre con Ángel? –preguntó ella a la defensiva.

–Ocurre que no eres objetiva. Aún no entiendo el porqué, lo único que sé es que te lleva por donde le da la gana, te intimida y te maneja a su antojo, y eso no habría ocurrido antes.

–¿Antes de qué? –le preguntó con el ceño fruncido y esperando una explicación.

El inspector la miró fijamente, por supuesto hablaba del incidente en el que su jefa había perdido el dedo anular y que tanto daño emocional le había causado. Se sintió mezquino por recordárselo; aunque, puestos a ser mezquinos, el que ella le recriminara algo por el

niño… Aquella discusión se tornaba demasiado desagradable y Leandro prefirió frenar antes de que se convirtiera en un daño irreparable. Aun así, sentía la necesidad de que Sara fuera consciente de su enfado.

–Nada, no he dicho nada. Esta discusión no nos lleva a ninguna parte, Sara. Me voy a casa, que hace ya dos horas que acabó mi turno. Y sí, voy a ver si disfruto un rato de mi hijo y de mi mujer; y sí, me gusta hacerlo; y sí, llego más tarde que antes de ser padre, aunque sigo llegando antes de mi hora, y lo hago porque ahora tengo un aliciente más para no aferrarme al trabajo como haces tú para sentir que tu vida sirve de algo.

Leandro se levantó, cogió la chaqueta del perchero junto a la puerta y pegó un tremendo portazo al salir que a Sara le perforó lo más profundo de su alma. No entendía cómo Leandro le podía decir cosas tan horribles. ¡Era su subordinado! Tendría que recordárselo o… No, desechó la idea de inmediato. Por un segundo llegó a pensar en que le proporcionaran otro compañero. No podía olvidar que el inspector Gómez, además de su compañero, era su mejor amigo; claro que… eso no le daba derecho a hablarle de esa forma…, ¿o sí? Pensó en la conversación que se acababa de producir en aquel despacho. ¿Qué le había dolido tanto? ¿Que su compañero le hubiera dicho todas esas cosas?, ¿o que tuviera razón?

Recordó los años que llevaban trabajando juntos, la cantidad de motivos para seguir con él. Hacía casi dos años del incidente en el que perdió el dedo anular. Recordaba que él se había sentido culpable por no percatarse a tiempo de lo que buscaba Gabriel y haber dejado a su merced a la inspectora. Después recordó cuando el año anterior se presentó en Gijón para ayudarle en un caso que a él le había llegado de rebote, fue su manera de acercarse de nuevo a su compañero, no lo supo hacer de otro modo. Recordó que al principio él se había mostrado reacio a perdonarla, le duró un par de horas.

Parecía que nada ni nadie podía separarlos eternamente, formaban un tándem perfecto.

El problema residía en que empezaban a perderse el respeto, y eso no lo podía consentir, no debía olvidar que él era su subordinado y no dejaría que la tratara de aquella manera. A lo mejor se había cansado de estar a sus órdenes, quizá debiera ser él el jefe de su propia unidad. Sara sintió un vacío enorme con el simple pensamiento de quedarse sin su compañero y prefirió evadir su mente, no le hacía mucho bien.

La inspectora guardó los informes en una carpeta, borró de la pizarra lo que le pareció innecesario, apagó el ordenador y se marchó a casa rumiando las palabras de Leandro.

Cuando ya salía por la puerta de la comisaría, le pareció que no les habían dado demasiada importancia a los papeles hallados junto a las víctimas, los que tenían aquellos textos extraños y pensó que no estaría de más que se los estudiara un poco, podrían ser importantes. Lo sopesó unos segundos y terminó guardando el expediente entero para leer el historial médico de la mujer que se debatía entre la vida y la muerte en el hospital y que acababa de ser motivo de discusión con su compañero. El olor a café permanecía en el aire, le provocó una punzada de dolor al recordar a Leandro trayéndole el café cada mañana. Se marchó con la sensación de estar perdiendo mucho en aquel caso.

Tras pasar más de quince minutos metida en el coche pensando en la conversación con su compañero, Sara tomó la decisión de acercarse a visitar al sospechoso, había demasiadas incógnitas sin resolver y, aunque realmente no había preguntas concretas que hacerle, estaba convencida de que el mero hecho de saber más cosas sobre él la ayudaría en el caso. Su intención era acudir con Leandro; tras la discusión del despacho, decidió que no quería perder el tiempo, Andrea no disponía de él. Sabía que, si Ángel Santamaría era culpable, se dirigía a su guarida. Asumiría el riesgo, no se atrevería a hacerle daño en su propia casa y con sus hijos delante. De nuevo la imagen de un ángel con las alas desplegadas invadió su cabeza. No entendía qué le ocurría, ella jamás se comportaba así. Quizá su compañero tuviera razón y estuviera obsesionada con aquel hombre. Para bien o para mal, estaba a punto de averiguarlo.

CAPÍTULO 12: FOTOS DE FAMILIA

Ángel se asomó a la mirilla con sigilo nada más sentir el timbre; una mujer llamaba a su puerta, parecía la inspectora Benítez. Le extrañaba que estuviera a esas horas en su casa, así que volvió a mirar. Sí, se acababa de colocar el pelo tras la oreja para enseñar la mano derecha sin su dedo anular, como le había visto hacer otras veces, y lucía tres agujeros en la oreja, pese a que solo rellenaba uno de ellos con un

pequeño pendiente de oro. Los otros dos serían, probablemente, de una época más rebelde. Volvió a mirar.

Una de dos, o no tenía mucho más que hacer, o habían encontrado a su mujer por fin.

Sopesó la posibilidad de no abrir la puerta; ella no se rendiría, permanecería allí hasta que la dejara entrar. Además, si habían encontrado a Andrea, cuanto antes se enfrentara a ello, mejor. Abrió la puerta y se echó a un lado para permitirle el paso, ni siquiera se molestó en saludarla.

–Buenas noches, Ángel, espero no molestarle, tengo unas cuantas preguntas que hacerle.

–Sinceramente, si lo que quiere es hacerme unas preguntas, podía haber esperado a mañana. Verá, estoy agotado, no dormimos mucho últimamente, como comprenderá.

–Sí, claro, me imagino, no le robaré mucho tiempo –le explicó ella entrando en la vivienda para que le quedase claro que no se iba a marchar. Él cerró tras ella, a la vez que ponía los ojos en blanco.

Como para darle énfasis a sus palabras, apareció en el pasillo un niño de nueve o diez años. El hombre enseguida se acercó a pedirle que se acostara. El niño no dejaba de mirar con desconfianza a aquella seria mujer. Su padre ni siquiera le había ofrecido un

vaso de agua y él era muy educado con las visitas. Era evidente que no le gustaba la presencia de aquella mujer allí, y a él tampoco.

–Pase al salón, inspectora, enseguida estoy con usted, voy a acompañar a mi hijo a la cama.

–¿Inspectora? Papá…, ¿es una inspectora de verdad?

–Eh…, sí, David, vete a la cama, por favor, mañana tienes cole y es muy tarde.

–¿Ha encontrado a mamá? –preguntó el niño desde el pasillo abriendo mucho los ojos–

. Es eso, ¿verdad?, han encontrado a mi madre.

–Todavía no, lo siento –respondió ella.

–Venga, hijo, a la cama, seguro que la encuentran mañana –le

prometió él sin esperanza en la voz.

El niño se dio la vuelta, abatido, el padre le pasó el brazo por los hombros y desapareció en el interior del piso. Mientras tanto, Sara entró al salón, se sentó en el sofá y observó con una pizca de envidia y admiración la limpieza y el orden. Su casa era un desastre, sobre todo cuando llevaba un caso complicado entre manos. Observó dos fotos tamaño póster que adornaban una de las paredes.

En ellas se veía a los que supuso que serían los dos hijos del sospechoso cuando tenían un par de años, más o menos. Se parecían como un huevo a una castaña, uno era moreno y con el pelo rizado, delgado, con los ojos casi negros y miraba a la cámara con desconfianza. El otro era castaño, de pelo lacio y bastante largo (al menos en aquel retrato), sus ojos eran color avellana y su cara regordeta se adornaba de dos hoyuelos que sonreían casi tanto como sus ojos. Sara pudo encontrar rasgos del padre en los dos.

Uno compartía complexión; otro, la sonrisa y los ojos. Recordó la foto de Andrea Soto que llevaba en la guantera del coche, de ella habían heredado también algunos rasgos.

Otro retrato algo más pequeño de los cuatro componentes de la familia se encontraba a un lado, en la misma pared, se había revelado en blanco y negro resaltando algunas zonas de color azul. Color que, por otro lado, era el que predominaba en el salón. Se tomó unos minutos para observar a la mujer en aquella foto, muy cambiada respecto a la que formaba parte del expediente de Andrea Soto y las comparó mentalmente con la mujer que habían encontrado esa misma mañana en Segovia y con los rasgos de la

mujer encontrada muerta en Orcasitas. Los rasgos eran muy similares, desde luego; aunque ella no era ninguna experta en fisionomía, se lo diría a Leandro para… Cada vez que pensaba en él, una punzada de dolor parecía atravesarla de un lado a otro.

El estado de la cara de la chica no facilitaba la comparación con la joven del cuadro que tenía delante. ¡Qué estaba haciendo! Estaba claro que la mujer no era la que permanecía desaparecida, las pruebas lo demostraban. Entonces ¿por qué se empeñaba en compararlas? Se sobresaltó al encontrar tantas similitudes en los rasgos de las dos mujeres; aunque si lo pensaba bien, en las tres: delgadas, ojos pardos y grandes, nariz recta, pelo castaño, de estatura media… Y más factores que ella era incapaz de reconocer.

Un par de minutos después, Ángel se reunió con ella y le ofreció un café que estuvo a punto de aceptar cuando reparó en la hora: casi las diez de la noche. Si tomaba un café tan tarde, no dormiría hasta el día siguiente. Y no podía desperdiciar horas de sueño, así que desechó la invitación.

–Lo voy a hacer descafeinado, inspectora.

–Uf, no, no, gracias. Yo, si tomo café, lo prefiero de verdad, el otro prefiero no probarlo.

–Usted dirá –la invitó a hablar él, estaba deseando que se marchara.

–Bien –comenzó a decir Sara, y así de paso ganar tiempo–, para empezar no me cuadra mucho lo del sobre con la tarjeta que supuestamente dejaron para usted en el metro.

–Ya le dije todo lo que sé. Si se lo quiere creer, bien; y si no, allá usted.

–Lo hemos analizado, solo contiene sus huellas –le explicó ella.

–Bueno…, yo lo toqué en el metro, sí. Entonces, quien lo pusiera allí llevaba guantes.

–Muy probablemente –añadió Sara–. ¿Comió usted algo antes de viajar en el metro?

–Sí, ya se lo dije a sus compañeros. Delante del trabajo hay una cafetería bastante buena. Pedí un *croissant* y un café para llevar.

–Bien –asintió ella sin revelar nada más–. El texto que le enviaron por *email*…, ¿lo ha vuelto a leer?

–Claro, varias veces.

–¿Y le dice algo?

–Lo mismo que ayer, nada de nada.

–¿Es usted creyente? –le preguntó Sara entonces.

–Eh…, bueno, no especialmente –la pregunta le había pillado por sorpresa.

–¿Qué quiere decir con eso de “no especialmente”?

–Estudié en un colegio de curas, íbamos a misa todas las semanas, rezábamos el Ángelus…, ya sabe.

–Eso de niño, quiere decir, ¿no?, ¿y ahora? –le apremió ella.

–Ahora voy a misa en bodas, comuniones, funerales y poco más, la verdad.

–¿Cree en Dios o no? –insistió la policía.

–Lo intento, aunque no es fácil.

–Ya…

Sara lo miró fijamente; hasta que los técnicos terminaran de analizar el ordenador, no podía decirle mucho más sobre los textos. Su mente sufría varias fases desde que lo había conocido. Primero todo apuntaba a que era culpable, ella no estaba segura. Poco a poco pensó que le tomaba el pelo y, aunque cada vez parecía más evidente que él no era más que el marido de una víctima, ella comenzaba a sentir desasosiego en su presencia.

No lo producía ninguna razón lógica, más bien su instinto. Entonces… ¿qué estaba haciendo allí? Las imágenes de aquel hombre en su cabeza se repetían una y otra vez.

En cuanto tenía un rato libre, miraba imágenes de ángeles en el ordenador.

A veces notaba toda su fuerza cuando se sorprendía pensando en aquel hombre delante de ella con las alas desplegadas y sentía miedo. En otras ocasiones le llegaban imágenes de sus alas destrozadas en el suelo, arrancadas, cortadas, pisoteadas, y la invadía una sensación de angustia. Entonces casi podía sentir la necesidad de abrazar a aquel hombre y decirle que todo se iba a arreglar. Ahora estaba ante una situación de las primeras, de las que le provocaban escalofríos. De repente sintió miedo y fue más consciente que nunca del arma que llevaba en el cinturón. No debía olvidar que nadie sabía dónde estaba.

–Esta mañana hemos encontrado a una mujer…

–¡Lo sabía! –exclamó él.

–¿Lo sabía?

–Joder, claro, si no ¿para qué iba a estar usted aquí? ¿Dónde está?

¿Está bien? No, no puede ser…

–No está muerta –concedió decir ella.

–Gracias a Dios.

–No creo que Dios tenga mucho que ver en esto. La mujer a la que hemos encontrado esta mañana está en la Unidad de Cuidados Intensivos…

–¡Espere! Acaba de decir que la encontraron esta mañana. ¿Y por qué no me lo han dicho antes? Joder, ¿quién se creen que son? Ahí dentro hay dos niños pequeños que echan de menos a su madre, ¿sabe? ¿Tiene usted hijos, inspectora?

–No los tengo –respondió sintiendo una punzada de rabia–. No es Andrea, Ángel.

Sara se guardó el detalle de que no sabían que no era la mujer desaparecida hasta esa tarde.

Habían preferido esperar para hacerle todas las analíticas y pruebas pertinentes antes de alertar a nadie. Además, por lo que había podido hablar con Leandro antes de enfadarse, la joven estaba operada de la cabeza y la mujer desaparecida no. La inspectora tenía que reconocer que no le había hecho ningún caso al volver del hospital.

Daba igual lo que dijera, ella quería que la mujer fuera Andrea y no pensaba escuchar nada que contradijera ese pensamiento. Pensó en por qué había sentido rabia ante el comentario. ¿Sería eso? ¿Quería ser madre y estaba enfadada con Leandro porque él lo había conseguido y ella no? Enseguida desechó aquel pensamiento, siempre había tenido muy claro que la maternidad no estaba hecha para ella, así que debía de ser otra cosa.

–No es su mujer, Ángel.

–¿Seguro?

–Así lo confirman las pruebas –le explicó ella.

–¿Entonces para qué coño viene a las diez de la noche a mi casa para decirme que han encontrado a una mujer cuando la mía lleva desaparecida casi una semana? ¿No le parece un poco cruel?

–Mire, Ángel, le voy a ser muy sincera, o al menos todo lo que pueda

serlo en este momento de la investigación.

–Escucho... –respondió él con los ojos encendidos y las mandíbulas tensas. Abría y cerraba las manos con ira, Sara se concentró en sentir el peso de la pistola en su cintura, le proporcionaba la seguridad que necesitaba.

–Su mujer ha desaparecido en circunstancias sospechosas. Todo indica que ha sido por causas ajenas a su voluntad y usted no ha hecho mucho por exculparse de nada.

Incluso, a veces, diría que se ha esforzado en lo contrario.

–Parecer culpable no me hace serlo, inspectora.

–Por supuesto que no. Claro que, como sabe, ahora mismo es usted el único sospechoso, así que tendrá que andarse con ojo o va a cargar con más de un crimen tanto si lo ha cometido como si no.

–Pues investiguen –la desafió él.

–Por eso estoy aquí, necesito que me cuente algo más, se le están poniendo las cosas muy feas.

–¿Qué quiere que haga? ¿Qué quiere que diga? ¿Qué quiere que piense?

–Para empezar, quiero que me dé una hipótesis de lo que ha ocurrido.

–Lo que ha ocurrido es que alguien se ha llevado a mi mujer a la fuerza y es muy probable que la mate o que lo haya hecho ya. Y si han aparecido los cuerpos de dos mujeres justo cuando desaparece mi mujer, me hace pensar que es obra de la misma persona.

–Necesito una foto de su mujer en la que se la vea de cuerpo entero.

–¿Para qué? –preguntó él, cada vez más enfadado.

–Para compararla.

–¿Con quién? ¿Con la chica del hospital? ¿Es que aún no saben quién es? Joder, entonces podría ser Andrea. ¿No me ha dicho que...?

–El ADN y las huellas no coinciden con los de su mujer. No cabe ninguna duda.

–¿Entonces?

–Quiero compararlas porque creo que, quien sea, busca mujeres parecidas –dijo finalmente Sara. Observó la reacción del sospechoso, que no pareció alterar su conducta ni su postura ni un milímetro. Claro que Sara ya le había visto hacer eso mismo varias veces.

–¿Parecidas a mi mujer? ¿Quiere decir que ese cabrón se ha encaprichado de mi mujer y busca mujeres que se le parezcan para secuestrarlas y matarlas? Joder, qué esperanzador.

–No necesariamente se ha tenido que encaprichar de su mujer. Puede haberse encaprichado de otra y coger a Andrea justo porque se parezca.

–Ya entiendo, sí, claro, es razonable.

–Además, muy bien podría ser usted.

–Con usted lo razonable dura de dos a tres segundos, ¿y por qué me lo cuenta? –

preguntó él perplejo.

–Puede que porque no creo que haya sido usted o porque quiero que crea que le concedo cierta información para que se confíe, elija.

–Qué retorcida es, inspectora –dijo antes de dirigirse a la estantería a por un álbum de fotos del que sacó una que tenía varios años.

–¿No tiene una más reciente?

–Solo en formato digital, las tengo en el ordenador y se lo llevó ayer el técnico informático, ¿recuerda?

–Bien, entonces me quedo esta foto y si necesitara alguna un poco más actual se lo diré.

Aquí tiene el pelo distinto –añadió la inspectora.

–Sí, se cortó el pelo después de casarnos, para el viaje de novios. Tardé semanas en acostumbrarme.

–¿No es un poco exagerado? –preguntó Sara.

–No se crea. Ella bromeaba diciendo que realmente no es que me estuviera acostumbrando, sino que le estaba creciendo. Y no sé si tendría razón.

–Sí, bueno, como cuando uno se acostumbra por fin al cambio de hora cuando están a punto de volverla a cambiar –bromeó ella.

–Eh…, sí, más o menos. Una cosa, inspectora, ¿sabe si tardarán mucho en devolverme el ordenador? Mi jefe quedó en enviarme trabajo para hacer en casa.

–No creo, uno o dos días. Mañana les pediré que se den prisa.

–Se lo agradezco, estar sin hacer nada no es precisamente lo que necesito.

–¿Y no prefiere ir a trabajar? –preguntó ella de forma inocente.

–Bueno…, no me quieren allí –respondió él.

–Ya –asintió ella.

–Mire, inspectora, entiendo que hace su trabajo, si le soy sincero me tiene usted hasta los cojones; pero hace lo que debe y, mientras mis hijos no sufran, el resto me da un poco igual.

–Bueno, Ángel, le dejo descansar. Necesito que piense en todo esto. Cualquier detalle, por pequeño que sea, puede ayudar en la investigación.

–Inspectora…, le juro que yo no he sido.

–Si eso es cierto, no se preocupe, las pruebas nos lo dirán.

Sara se encaminó a la puerta y al agarrar el picaporte la mano del hombre rozó la suya provocando un latigazo que la paralizó durante un segundo, acto seguido acercó su mano al arma, aunque no llegó a quitar el seguro; él se dio cuenta. Sara intentó disimular, no quería que él supiera que estaba asustada. Sentía miedo de aquel hombre, miedo de que entrara en su mente. Sabía que la imagen de Ángel con las alas desplegadas debía de significar algo. Al llegar a casa, pensaría en ello. Lo peor era que acababa de darse cuenta de que el hombre había sentido su miedo. Tendría que extremar precauciones.

Salió a la calle con una sensación de opresión en el pecho que no era capaz de soportar, casi podía decir que le dolía. Fue a casa perdida en sus pensamientos. En cuanto llegara, se prepararía algo caliente y se sentaría en el sofá a leer todo el expediente envuelta en una manta, aunque seguramente no sería suficiente. El frío se le había colado dentro provocándole una sensación de vacío que no conocía. Sacó el

móvil para llamar a Leandro, pensaba contarle su visita al sospechoso. Después recordó la discusión, o más bien las discusiones con su compañero y prefirió guardar el teléfono de nuevo. Quizá el frío que sentía lo provocaban la decepción y la soledad, algo difícil de combatir con una manta y una taza de chocolate.

CAPÍTULO 13: PARECIDAS

Al entrar a su casa, Sara arrugó la nariz, consciente de que debía ventilar un poco. El aire se mostraba viciado por las horas pasadas sin abrir las ventanas. ¿Cuándo había sido la última vez que lo había hecho? Una fina capa de polvo decoraba por completo cada mueble de la entrada y del salón. No pudo evitar comparar su pequeño apartamento con el piso de su sospechoso. Se trataba de una vivienda bastante normal, de tres habitaciones, una cocina rectangular bastante funcional y una espaciosa terraza en el salón. Su apartamento constaba de una habitación, menos ventilada todavía que el resto de la casa, una cocina americana y un pequeño balcón en el salón al que era mejor no acceder, sobre todo los fines de semana, cuando los bares de abajo se llenaban de gente. Siempre le había gustado vivir en el centro, pese a sus inconvenientes.

Ese fin de semana limpiaría a fondo, decidido. Se acercó a la nevera. Al abrirla la recibió una luz intensa proveniente del interior y un vacío considerable en los estantes; también necesitaba ir a la compra. Era una buena policía, eso estaba claro: responsable, brillante, sagaz, ecuánime, incansable…; como ama de casa, desde luego, un auténtico desastre.

“Claro que –pensó en un intento de sentirse mejor consigo misma– no se pilla a los malos limpiando…”.

Tras recuperar un par de huevos del fondo de uno de los estantes y freír unas patatas que permanecían agazapadas en el segundo cajón del congelador, se preparó una cena

“ligera” y se encaminó al salón con una cerveza y el expediente del caso. Después se acomodó en el sofá y dispuso las fotos de las tres mujeres delante de ella. El resto de los papeles descansaban dentro de

la carpeta hasta que ella los liberara en busca de una pista que pudiera seguir.

Colocó primero las fotos de la mujer encontrada muerta en el descampado, Inés Corral. Además de las fotos de la autopsia y del momento del hallazgo, en una aparecía en un viaje realizado un par de años antes con su marido y su hija. Contempló todas las fotos buscando detalles que pudieran ayudar. Después añadió al montón las de Estefanía Martín, cuidando mucho no mezclarlas, ya que efectivamente se parecían mucho incluso con la cara hinchada y amoratada… o quizá por eso. Idea que desechó al sacar la foto de la mujer que permanecía desaparecida, puesto que se parecía igual a las otras dos y no tenía una foto con la cara destrozada por los golpes.

Cuando tuvo todas encima de la mesa, pudo hacerse una idea del prototipo de mujer que buscaba, al menos, el secuestrador, suponiendo que hubiera más de una persona implicada, lo que aún no había podido descartar del todo: estatura media, pelo castaño por los hombros (bien era cierto que en algunas fotos el cabello de las mujeres estaba cambiado, pero en la actualidad las tres llevaban un peinado y un color muy similares) cuerpo con curvas, pechos tirando a generosos… En realidad, tres mujeres bastante normales, guapas, con curvas, sin sobresalir entre las demás. ¿Qué las haría destacar ante el secuestrador?

Pensó en ellas: una muerta, otra casi y la tercera probablemente también. Solo si había relación entre ellas podrían tener una mínima posibilidad de adelantarse al siguiente secuestro, deberían investigar por ese lado. Anotó en la agenda la visita a las familias de las víctimas y estudiar el entorno de las mujeres. ¿Y Leandro? ¿Le pediría que fuera con ella? Pensó en qué le estaba ocurriendo, hasta el momento su compañero y ella habían sido uña y carne. Durante un tiempo permanecieron separados por las consecuencias del caso del asesino de videntes. Durante meses Sara se sintió incapaz de permanecer en activo. Desde entonces solo llevaron otro caso juntos, aquella vez en Gijón, y les sirvió para volver a acercarse. Quizá la fisura abierta entre ambos era más difícil de cerrar de lo que pensaban. No quería pensar en ello, estaba demasiado dolida y decepcionada por sus palabras. Mejor dejar que el problema reposara un poco hasta el día siguiente.

Necesitaba hacerse un resumen con la información que tenía de cada víctima. Y, ya que estaba, con lo que sabían de Ángel Santamaría. Se levantó y cogió su ordenador portátil, allí escribiría todo lo que había averiguado y podría llevarlo en un USB al día siguiente a la comisaría.

INÉS CORRAL:

35 años, pelo castaño, 1,67 de estatura, complexión normal, talla 40 más o menos y una 90 de sujetador (aproximadamente). Pelo por debajo de los hombros, liso y sin flequillo. También he podido observar que las uñas presentan una manicura francesa bastante cuidada en las dos víctimas.

Se sintió algo superficial anotando aquellos datos, pero estaba segura de que los rasgos comunes que compartían las tres mujeres podrían ser importantes, así que los dejó anotados.

Actualmente en trámites de separación, vive con su hija de 8 años en Vallecas, muy cerca del colegio al que acude la niña y a pocos minutos de la peluquería en la que trabaja.

Hallada en la zona sur de Madrid, en un descampado en Orcasitas, cerca del Hospital Doce de Octubre. Se le asigna el caso al inspector Aguilar y al inspector Guzmán, en un primer momento, dada la cercanía del descampado con la comisaría de Carabanchel.

El cadáver de la mujer se encuentra desnudo, con evidentes signos de violencia (paliza con un palo) y la ropa le había sido arrancada, probablemente post mortem. Según la autopsia, muchos de los golpes se produjeron bastantes horas después de morir.

Sara no lo encontraba razonable: ¿para qué golpearla si ya estaba muerta?

El asesino la golpea repetidas veces por todo el cuerpo, siendo la zona más afectada la cara, lo cual hace que aparezca completamente desfigurada. Después le dispara en la zona temporal, la bala atraviesa el cráneo. La ausencia de sangre hace pensar a la forense que la mujer no hubiera muerto allí. Se confirma que Inés permaneció muerta en un lugar oscuro y húmedo unas cuarenta y ocho horas, y después se la traslada a Orcasitas.

Al llegar a este punto, Sara se quedó mirando al vacío. Según la pequeña, el "hombre malo", como ella lo había descrito, se ensañó a golpes con algo, ella pensó, o al menos les dijo, que con un perro. Al no encontrar ningún animal muerto o maltratado en los alrededores, Sara había llegado a la conclusión de que aquel hombre había golpeado a Inés. Anotó el dato mentalmente tras subrayarlo en el ordenador, aquello se complicaba por segundos. ¿Por qué golpearla después? Miró la pantalla y el reloj en la parte derecha, era casi la una de la madrugada; o se daba un poco de prisa o llegaría la hora de levantarse sin haber probado la cama.

Vio que el correo electrónico parpadeaba en la parte inferior, no se había dado cuenta.

Lo abrió de inmediato. Contenía al menos quince mensajes sin leer, ella solo abrió el que le pareció más importante, el que provenía del Instituto Anatómico Forense. Ilka le adjuntaba un archivo en formato PDF con la autopsia de Inés Corral, se apresuró a descargarlo pese a que le había dado una copia en mano, ya que en el cuerpo del mensaje la doctora le explicaba que habían llegado más resultados. La muerte se había producido por un *shock* causado por una crisis hipoglucémica. Por lo visto era diabética y la falta de alimento y el estrés le provocaron el ataque que acabó con su vida.

Se alegró, eso quería decir que la chica no había sufrido durante mucho tiempo.

Entonces…, los golpes y el disparo… ¿formaban parte de una representación? Sara cada vez entendía menos. Añadió la información que acababa de recibir sobre la joven encontrada muerta en Orcasitas y se dispuso a terminar el informe antes de que el sueño se apoderara de ella sin remedio.

Inés llevaba encima un carnet de la biblioteca que no usaba desde hacía tiempo. No parece que acudiera con regularidad a ninguna actividad cultural o deportiva o lúdica en la que hubiera podido coincidir con el resto de mujeres ***¡COMPROBAR!***

Se habla con su marido en una primera instancia, no parece sospechoso ***¡COMPROBAR!***

Destacó un par de datos que quería corroborar al día siguiente y siguió

con la siguiente mujer.

ESTEFANÍA MARTÍN

34 años, casada, dos hijos (una niña de 8 y un niño de 5) 1,65 de estatura, complexión normal, talla 40, 90 de sujetador (aproximadamente), pelo liso, de color castaño, por debajo de los hombros y sin flequillo. Manicura francesa.

Casi podía hacer un "corta y pega" entre las dos, salvo porque la segunda no estaba divorciada y tenía un hijo más. Sara suspiró, aquello la agotaba más que la noche cerrada que podía ver a través de la ventana del salón.

Ama de casa, pertenece a la Asociación de Madres y Padres del colegio al que acuden sus hijos, también al Consejo Escolar. El día de su desaparición debía acudir a una función del colegio; según su marido, jamás habría faltado. El marido trabaja como médico supervisor en un ambulatorio cercano a su casa, en la calle Modesto Lafuente, en el centro de Madrid. Suele acudir a nadar tres días a la semana, no hay signos de pertenecer a ninguna biblioteca o centro lúdico ***¡COMPROBAR!***

La encuentran dos montañeros en el municipio de La Granja (Segovia) durante una excursión.

El modus operandi es similar en los dos casos, el secuestrador la golpea hasta dejarla inconsciente y después le dispara en la misma zona que a Inés Corral, no cuenta con que la mujer fue operada hace unos años de una anomalía en el cráneo y tiene una placa de titanio de gran grosor que frena el impacto y le salva de milagro la vida. Permanece en estado crítico en el Hospital Universitario San Carlos, en la zona norte de Madrid.

¡VOLVER AL HOSPITAL A COMPROBAR EL ESTADO DE LA MUJER!

¡HABLAR CON EL MARIDO!

Sara observó el documento, había destacado en negrita lo más

importante. Le preocupaban un poco las diferencias entre ambos casos, aunque debía reconocer que las similitudes eran demasiadas para no tenerlas en cuenta.

Con las tareas anotadas para realizar al día siguiente ya ocupaba la jornada entera y aún no había repasado más que la mitad de los datos, necesitaba ayuda. Continuó con la mujer del sospechoso, Andrea, de la que poco tenían puesto que no había cadáver, ni cuerpo, ni pistas que seguir.

ANDREA SOTO:

35 años, 1,65, casada, dos hijos (9 y 6 años) pelo liso, color castaño, por los hombros y sin flequillo, talla 40 y más o menos 90 de sujetador.

Desaparecida el 21 de octubre de su domicilio, muy probablemente en contra de su voluntad.

Se encuentra sangre de ella en el dormitorio principal (donde se encuentra también una muestra de un donante masculino que se corrompe en el laboratorio) y en el felpudo de entrada a la casa. Es probable que el secuestrador conociera el gusto de la vecina por vigilar el pasillo y actuara cuando no se encontraba en casa ***¡COMPROBAR!***

Trabaja como administrativo para varias empresas haciendo sustituciones para vacaciones y días libres, actualmente en paro. Según su historial médico, no hay datos de interés, una intervención de apendicitis, dos partos y algún episodio de neumonía.

La mujer es socia de un gimnasio cercano (al que también acude su marido, en horario distinto) Ella va a clases de spinning y yoga por las mañanas. ***PARADERO DESCONOCIDO.***

Y por fin llegó al sospechoso, escribió el nombre en el ordenador y miró la hora: las dos y diez de la madrugada; el perfil del sospechoso en aquel documento tendría que esperar. Mientras empleaba toda su concentración en escribir en su cuaderno los rasgos de las mujeres que más le llamaron la atención por su similitud, y con la autopsia de Inés, el historial médico de Estefanía y los textos que el asesino dejó junto a las mujeres encima de la mesa, comprendió parte del enfado de su compañero por no haber mirado siquiera aquello cuando se había enterado de que no era Andrea Soto. Sí, comprendía que se hubiera irritado, aunque eso no le daba derecho a hablarle así siendo su superior.

Ya estaba otra vez dando vueltas a lo mismo… Leyó con interés el informe de urgencias que les habían facilitado gracias a la orden conseguida aquella misma tarde.

***Paciente**: Mujer de unos treinta años, sin identificar, que llega en estado crítico por cuadro de policontusiones y herida de bala en región temporal derecha.*

A su llegada al hospital se encuentra hemodinámicamente estable y se le realiza TC craneal urgente en el que se objetivan varias fracturas y hematomas intracraneales, el de mayor tamaño en fosa temporal derecha, coincidente con imagen de bala impactada en placa postquirúrgica (se desconocen antecedentes personales).

Dada la situación clínica y los hallazgos intracraneales, se decide su ingreso urgente en la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital y se pide TC craneal de control a las 24 horas.

–Joder…, menudo hijo de puta, se ensañó bien con ellas. Les golpeó hasta dejarlas inconscientes, o al menos totalmente reducidas, y les disparó en el lado derecho de la cabeza. No contaba con la placa de titanio de Estefanía, qué suerte, yo no sabía que el titanio fuera tan resistente, le preguntaré a los médicos. Y lo de Inés, sigo sin comprenderlo. Quizá no supiera que ya estaba muerta. Sí, eso debe de ser. –Se sintió fatal al pensar que la mujer había tenido suerte. Se encontraba en estado crítico y, según su doctora, era muy poco probable que sobreviviera. Le resultaba cruel que alguien pudiera sobrevivir a la paliza y un disparo en cabeza para morir un par de días después. Esperaba que se equivocaran–. Ojalá salga de esta –terminó diciendo antes de mirar las notas sobre la mujer secuestrada.

Una nota de Leandro llamó su atención. En ella decía que tanto el papel encontrado en la mano de la mujer muerta como el encontrado junto a la mujer que permanecía en coma mostraban textos parecidos al que había recibido Ángel en su correo electrónico.

Aparte de que era altamente probable que hubieran sido escritas por la misma persona (aunque aún no podían asegurar que fueran textos sacados de un libro o inventados por una mente perturbada), en el laboratorio confirmaron que el papel provenía del mismo sitio, del mismo cuaderno, o del mismo taco de hojas y que, además, tenían varios años, aunque se encontraban perfectamente conservados. Acompañaba el escrito una nota con la composición del papel que

poco le interesaba a la inspectora. A ella le llamó la atención que las hojas fueran viejas, que estuvieran, sin embargo, en buen estado y que provinieran del mismo sitio. Aunque, al mirar por encima el análisis de aquellas dos hojas, una palabra llamó su atención, también había puesto en guardia a la persona que había realizado el análisis, o al menos le había sorprendido lo suficiente para destacarlo en color rojo. Las dos hojas contenían una sustancia desconocida para la inspectora hasta hacía un par de días y que ahora aparecía a cada paso: almizcle. Quien hubiera matado a aquellas mujeres, y hubiera dejado posteriormente aquellas notas junto a sus cuerpos, conocía muy bien aquella sustancia y tenía acceso a ella. Y por ahora la única persona a la que ella conocía en aquellas circunstancias era Ángel Santamaría.

Sara observó las fotografías hechas a ambas notas. Se notaba que el papel era bastante viejo, amarilleaba en los bordes y parecía… (le costaba describirlo) como deshilachado.

Seguramente fuera un dato poco relevante, o quizá fuera importante, imposible saberlo por el momento. Por si acaso, lo anotó en su libreta además de la palabra almizcle bien destacada y subrayada. Seguramente el individuo que guardaba papel desde hacía tanto tiempo sería alguien muy pulcro, casi rozando la exageración. Apuntó ese dato también por si algún día efectuaban un registro en casa del sospechoso. Pondrían especial atención en posibles tacos de folios, cuadernos y demás.

Sin darse cuenta, su mirada se paró en una foto con la ropa de Inés Corral, en realidad con la foto hecha a sus bragas rotas. Se trataba de un tanga brasileño *beige* con encaje, buscó entre el resto de las fotos. El sujetador, como Sara pensaba, iba a juego con aquellas bragas. El que la mujer llevase o no ropa interior como esa no habría tenido especial importancia si no fuera porque ella había visto las bragas rotas de la mujer encontrada en La Granja, muy similares a las de la otra víctima, aunque de color negro.

Observó las dos fotos a la vez, los dos conjuntos parecían del mismo modelo y de distinto color. Podía ser un dato para tener en cuenta o no, precisamente ella no era muy seguidora de la lencería cara, le gustaba más la ropa interior deportiva. Como no estaban sobrados de pistas precisamente, anotó en su libreta el dato destacando una nueva frase: **COMPROBAR QUÉ TIPO DE ROPA INTERIOR USA ANDREA SOTO**

Y BUSCAR EL MODELO DE LAS DOS VÍCTIMAS. En cuanto volvió a las lesiones de las mujeres, se olvidó de la ropa interior.

Miró el ordenador y el cuaderno. Había notas destacadas por todas partes, tardaría una eternidad en comprobar todo aquello si Leandro… No, estaba decidida a no pensarlo más, Leandro trabajaría con ella como siempre y entre los dos cogerían a aquel hijo de puta, como habían hecho en tantas ocasiones.

Durante un buen rato releyó el expediente, a punto estuvo de dormirse un par de veces. Se preparó un café con la intención de seguir trabajando en aquellos papeles un poco más. No se podía permitir el lujo de dormir. Seguro que entre aquellas fotos e informes se encontraba alguna pista que aún no había descubierto. Dos horas más tarde se despertó en el sofá con todos los papeles y fotos esparcidos sin ton ni son. Se dirigió a la cama sin molestarse en recogerlos, no quería desvelarse.

Un minuto después dormía profundamente y todo aquello quedaba en segundo plano.

El día siguiente prometía ser, al menos, tan agotador como el que acababa.

CAPÍTULO 14: LA CARTA

Por fin, tras más de una hora en que su padre se había llegado a desesperar, el niño se callaba. Desde muy pequeño hablaba en sueños, y además solía despertar a su hermano, aunque aquella vez no había sido así. Su madre faltaba desde hacía casi una semana, lo que había contribuido a que empeorara. Sus amigos Rafa y Lidia le contaron que, durante los días que él estuvo en comisaría, también sufrió algún episodio así. El caso era que había que pasar la noche de una habitación a otra intentando tranquilizarlo. Si seguían así, buscaría un buen especialista, no podía dejar que aquello fuera a más, su hijo necesitaba descansar. En realidad, aunque todos lo necesitaban, le preocupaba más el pequeño.

Volvió al salón, donde el álbum de fotos que había sacado la inspectora hacía unos días permanecía allí como un recordatorio de que Andrea seguía sin aparecer. Se dispuso a verlo de nuevo, como cada noche desde que lo sacó de la estantería. Su esposa aparecía

sonriente en casi todas las fotos. Una sonrisa bonita, aunque aquel corte de pelo no le favorecía en absoluto. Admiró el tono dorado que había adquirido en la piel durante aquel viaje. Fue después de la luna de miel cuando los dos habían querido conocer la zona de Bretaña. Desde entonces no habían salido de España. Con la llegada de los niños, se les complicó todo: Andrea dejó aquel trabajo y se conformaba con las sustituciones, lo que les reportaba una bajada importante en los ingresos.

Encima eran cuatro, no dos, con lo cual había que estirar casi con magia el dinero que llegaba a casa. Pensó en aquello, desde luego se pusieron los dos de acuerdo en cómo hacer las cosas y no podía reprocharle que hubiera dejado el trabajo, aparte de no gustarle lo más mínimo, la exprimían como a una limón en una fiesta mexicana y cada vez eran menos flexibles con el horario, precisamente cuando más lo necesitaban.

Admiró una foto en que los dos se besaban ante la cámara. Él la quería…, a su manera, sí, al igual que ella le quería a él. Su relación pasaba por altibajos desde hacía años, sus escarceos con alguna que otra mujer así lo corroboraba. De ahí a querer deshacerse de ella… No solo la amaba, también amaba esa vida que habían construido juntos en la que tenían un piso bonito con unos muebles elegidos a medias, unos hijos preciosos que tenían parte de cada uno de ellos y a los que quería ver crecer, equivocarse, caer, levantarse… Quería conocer a la primera persona de la que se enamoraran, el primer examen que suspendieran, la primera copa que los achispase, quería que Andrea viviera todo aquello con él.

Cuando terminó de ver las fotos, guardó el álbum en su sitio. No podía recrearse cada noche en los recuerdos, debía avanzar. Le gustaba el orden y la limpieza y en la estantería Andrea solía dejar papeles que él se apresuraba en clasificar. Las últimas facturas se agolpaban junto a los libros en un acto de rebeldía: las guardaría Andrea cuando volviera, lo tenía decidido, como si aquel detalle la hiciera regresar a casa a toda velocidad. ¿Y si no volvía nunca? De pronto, la imagen del salón repleto de papeles sin colocar le hizo marearse. Aquel detalle le afectó más que ningún otro en toda la semana.

Era como si la ausencia de orden en los papeles de su casa instaurara la realidad de su mujer desaparecida y que la probabilidad de que fuera encontrada con vida fuera cada vez más pequeña.

Respiró hondo varias veces y comenzó a guardar todo para pensar en ello lo menos posible. Colocó en su lugar las carpetas y vio que faltaba

un libro en la estantería. Se trataba de un hueco bastante amplio, por lo que el libro que debería estar allí debía de ser grueso. Recordó que su hijo David guardaba en su mesilla un libro al que se abrazaba a todas horas desde que su madre no estaba, el libro favorito de Andrea: *Doctor Zhivago*. A él, desde luego, no le parecía un libro apropiado para un niño de nueve años y pensó en quitárselo en cuanto se despistara. Después se dio cuenta de que el niño en realidad no lo leía, solo se aferraba a él como a la esperanza de que su madre volviera a casa, así que no le pareció necesario quitárselo ni llamarle la atención. De vez en cuando, David lo abría y leía alguna frase, rápidamente lo volvía a cerrar, seguramente porque no sería capaz de entenderlo. Ángel pensó que no le haría ningún mal, incluso quizá todo lo contrario. Otros en su misma situación pasaban el día mirando las fotos, los mensajes en el móvil, alguna carta… Así que le dejaría el libro con él si aquello le reconfortaba, y así parecía que era.

Recolocó el resto de libros para que el hueco no fuera tan evidente. Dentro de uno de ellos asomaba el pico de un sobre. Se estremeció, era el segundo sobre que encontraba, no podía ser casualidad. Claro que…, en el metro podía haberlo dejado cualquiera, en casa era diferente. Salvo los niños, su suegro, Andrea y él, pocas posibilidades había de que alguien se colara en su salón para dejarlo. Ahora que lo pensaba, se dio cuenta de que alguien se había colado precisamente para secuestrar a su mujer, podía haber sido él. Y, ¿por qué no?, también había podido ser la inspectora Benítez, quien además permaneció sola en el salón durante un buen rato la noche que se acercó a visitarlo. Por si acaso, cogió el sobre utilizando para ello un pañuelo. Lo de pasar tanto tiempo con la policía le estaba dejando huella, casi le enfadó pensarlo. Lo primero que hizo fue llevárselo a la nariz, no olía a almizcle, lo cual le relajó de inmediato. Después vio el matasellos y el remitente y entonces dejó de ser tan cuidadoso y sacó la carta de su interior; no tenía nada que ver con el incidente del metro. La carta estaba dirigida a él y se la enviaba su hermana pequeña desde algún lugar que empezaba por L; el matasellos no se había marcado del todo. Hacía tanto tiempo que no pensaba en ella…, en realidad ni en ella ni en ningún miembro de su familia. El día que había abandonado aquella casa había decidido abandonar muchísimo más y no había ni un solo día de su vida en que se hubiera arrepentido de aquella decisión. Ni uno solo.

2 de septiembre de 2013

Querido Ángel:

Siento comunicarte que nuestro padre falleció hace unos días de una larga enfermedad pulmonar. No te avisamos porque creímos que sería mejor, dada la relación que tenías con él, o precisamente porque no la tenías.

Miguel piensa que ni siquiera debería mandarte esta carta, que si hubieras querido saber de papá te habrías puesto en contacto con él en algún momento de todos estos años, y no le falta razón. Solo que yo creo que después de cómo se portó contigo es natural que no quisieras hablar con él, creo que marcharte y desaparecer de su vida fue lo mejor para los dos. Yo te aviso porque me sentí en la necesidad de hacerlo, nada más.

Mamá, como siempre, ya sabes, en su propio mundo. Y Miguel debería haberse marchado hace mucho tiempo, igual que hiciste tú. Yo me casé y tengo dos niñas: Ana y Belén, algún día podríamos vernos y ponernos al día.

Perdona que no te avisara para el entierro, me pareció mejor así.

Un beso de tu hermana

Isabel

Ángel leyó la carta de nuevo. ¿Su padre muerto? ¿Y él sin saberlo? Joder, así que el viejo por fin la había palmado. No podía decir que estuviera apenado en absoluto.

Volvió a mirar la fecha y se quedó sin habla, hacía más de tres años que el cabrón de su padre estaba criando malvas y él lo ignoraba. ¿Por qué Andrea se lo habría ocultado?

Ella estaba al tanto de todo lo ocurrido en su familia, se lo contó aún siendo novios, no quería secretos. Claro que eso no le daba derecho a decidir si debía decirle que su padre estaba muerto o no. Se sintió de pronto enfadado con su mujer, el pensamiento de que podía haberle ocultado más cosas se aferró a su mente y sus manos comenzaron a sacar los libros en busca de más cartas que hubiera podido ocultarle; no encontró ninguna. Le parecía asombroso que con lo ordenado que era hubiera pasado por alto aquella carta, aunque no podía flagelarse por ello, estaba oculta dentro de un libro que había leído hacía ya varios años. Era bastante improbable dar con la carta si no hubiera tenido que recolocar el hueco que había dejado *Doctor Zhivago* en el estante.

El hallazgo de aquella carta trajo muchos más secretos que le hubiera gustado volver a enterrar. Las palizas propinadas por su padre acudieron a su mente como si de una película de terror se tratara. Se vio a sí mismo aguantando los golpes, las patadas, los insultos, el insoportable hedor a almizcle… A veces era un niño de ocho años, otras un adolescente rebelde o incluso un joven más fuerte que él. Durante años había aguantado sus malos tratos, sus insultos, sus patadas, su cinturón, sus vejaciones, al igual que su hermano Miguel. Isabel y Manuela habían tenido más suerte…, o quizá los habían tenido a ellos, lo cual era más probable; los recuerdos, a veces, no distinguen entre lo real o lo imaginario. Y más cuando había pasado tantos años intentando olvidar que todo aquello ocurrió de verdad. Sintió uno a uno los golpes de nuevo. Le dolían de repente las costillas, las piernas, el estómago, como si mil puñetazos volvieran a estrellarse en ellos. No lo echaría de menos, no, al igual que todos aquellos años en los que había intentado olvidar incluso su nombre.

Recordó aquella tarde en que todo había comenzado. Acababa de cumplir los nueve años y su hermano Miguel estaba a punto de nacer. Era domingo por la mañana, el sol no había querido salir, como si supiera lo que iba a suceder. Su hermana Manuela admiraba la falda que estrenaba aquel día y que tanto le había costado conseguir. A él su madre lo había repeinado varias veces, le parecía imposible que un solo pelo se pudiera escapar de aquel mejunje que le había untado en la cabeza. Le picaba la tela del pantalón y no quería ir, no le gustaba aquel cura que gritaba tanto para decirles que

eran unos pecadores y que iban a ir al infierno de una patada. Con su padre no se discutía; así que iría, de mala gana, pero iría.

Salieron de casa y se acercaron a la iglesia, a tres manzanas. Llegaron unos minutos antes de la hora y, mientras saludaban a sus vecinos en la puerta, Ángel se subió a la valla. Al verlo, su madre le regañó y él comenzó a bajarse a regañadientes. Entonces sintió una mano que tiraba de él y lo estrellaba directamente contra el suelo. Cayó encima de una caca de perro (o eso le había parecido a él). Su madre corrió como pudo a socorrerlo, sujetándose la enorme barriga. Su padre la agarró del brazo y se acercó mucho a su oído para advertirle: “No te acerques a él, te lo advierto, o lo pagaréis caro el bastardo y tú”. Ángel no había entendido por qué le llamaba bastardo, ni siquiera sabía lo que significaba aquella palabra. Sintió pánico al ver los ojos de su padre completamente encendidos, jamás le había puesto la mano encima, aquel día estaba seguro de que era muy capaz. Su madre lo miró con pena y le entregó un pañuelo para que se limpiara un poco, una de sus rodillas sangraba. El hombre se lo quitó y dijo con

ira:

–Si es un perro, que huela como un perro.

Ángel había llegado a su casa con la cabeza baja, en la iglesia se mantuvo atrás del todo porque nadie quiso sentarse con él, el olor a caca de perro era insoportable. Nada más cerrar la puerta, sintió el primer puñetazo, los gritos de su madre se sucedían a la misma velocidad que él recibía los golpes. Aquel día perdió dos dientes (por suerte, de leche), varios cabellos que su padre le arrancó y la ilusión de un niño de ocho años que no volvería a sonreír hasta el día en que por fin se fuera de casa.

Se marchó a la cama intentando no abrir más heridas pasadas, no era el momento, sus hijos lo necesitaban más que nunca. Se concentró en dejar la mente en blanco y miles de imágenes aprovecharon para invadir su cabeza como *flashes* de otras vidas. Se sentía mareado. A punto estuvo de levantarse y tomarse una pastilla para dormir. No le gustaba hacerlo; al no estar acostumbrado, al día siguiente se levantaba con una pesadez en los párpados y con los sentidos tan embotados que se arrepentía de inmediato diciendo que no las volvería a tomar. Hasta la siguiente vez, cuando había pasado el tiempo suficiente para olvidarse.

Las imágenes pasaban a toda velocidad como en un avance rápido de una película.

Sentía ganas de gritar para que parasen. Entonces una imagen permaneció inmóvil en su cabeza. Podía verla tan nítida como aquella mañana en Manhattan, durante su luna de miel. Se trataba del cuadro de Lucifer que había recordado al recibir aquel maldito

email. El cuadro del que no le salía el nombre ni el autor. De pronto le llegaban los datos a su mente como si lo hubiera buscado en una enciclopedia. El cuadro era de Duccio, un autor gótico nacido en Siena en el siglo XIII que solía pintar sobre imágenes religiosas.

El título de la obra era “Cristo expulsando a Lucifer”. No se trataba de una de sus obras más conocidas, eso se lo habían dejado bien claro en el museo al realizar la visita. A él le daba igual, le fascinaba. ¿Por qué acudía a su mente ahora? En su momento había buscado información sobre aquel autor, tenía varias obras importantes que a él no le llamaban la atención. Tan solo esa con la figura de Lucifer apagada le atraía lo suficiente, tampoco es que fuera muy religioso. Ni siquiera podía explicar la razón.

En el cuadro se veía a Cristo señalando a una figura oscura, con alas, que representa a Lucifer, el camino por el que debía dejar la ciudad. Detrás de Cristo, dos ángeles sonreían satisfechos ante el alarde de poder sobre Lucifer. Ángel no entendía el porqué de aquella fascinación. Se sentía como el ángel expulsado de su propia casa cuando había discutido con su padre aquel día en el que había frenado sus golpes al ser ya más fuerte que él, o quizá se sentía como los dos ángeles que se mostraban a la sombra de su mesías y que, muy probablemente, habrían forzado la marcha del ángel oscuro.

Con aquellos pensamientos se fue quedando dormido y soñó con ángeles, con alas, con los golpes, las patadas, aquella primera paliza y la caca de perro pegada a su pantalón.

Soñó con su madre llorando y sujetándose la barriga, con su hermana Manuela mirando desde el quicio de la puerta y el pequeño Miguel llorando en silencio para que su padre no se diera cuenta. Soñó con Andrea mientras escondía la carta entre los libros. Durmió durante varias horas, no descansó ni un solo minuto de ellas.

CAPÍTULO 15: INSOMNIO

Leandro se levantó a leer un poco, tras más de una hora dando vueltas en la cama.

Ahora que el bebé ya dormía toda la noche, no iba a ser él quien perturbara el sueño de su mujer. Sabía que la causa de su insomnio eran las broncas con Sara durante las últimas semanas. No podía consentir que aquello fuera más allá. La inspectora había cambiado, en aquel caso no era nada objetiva y prescindía de él, pensaba que él ya no estaba a la altura o quizá lo usara como excusa para no asumir sus errores. Decidido: al día siguiente pediría un cambio de compañero. Le apenaba acabar en tan poco tiempo con tantos años de amistad y complicidad. Dejar de respetarla se convertiría en algo muy peligroso para su carrera y la de su compañera, y además comprometería el caso.

Tal vez aquello fuera pasajero y en cuanto encerraran al culpable todo volvería a la normalidad; solo le daba miedo acabar en una

insubordinación grave, porque no estaba dispuesto a acatar ciertas tareas y órdenes después de tanto tiempo como inspector. No le quedaba otra opción: hablaría cuanto antes con el comisario.

Pensó en las posibles consecuencias de aquel acto. Para empezar, su compañera no lo entendería, convencida de que ella era la misma de siempre, y no era cierto. Se pasó las manos por el pelo, angustiado. Sentía su cabeza como una madeja de lana enredada y sabía lo que debía hacer, lo que se hace con cualquier madeja: coger de un extremo y con mucha paciencia ir desenredando el embrollo poco a poco.

Su mujer se despertó, sobresaltada. Lo buscó a su lado, no le gustaba sentirse sola. Se levantó y fue al salón; allí lo encontró con un libro en las manos y poca intención de leer, lo que solo podía significar una cosa: la preocupación lo devoraba. Tras más de veinte años juntos, ella jamás le preguntaba por sus casos, entendía los pormenores de su trabajo. La llegada del pequeño Hugo les había hecho plantearse un futuro lejos de

aquella ciudad, aunque al final decidieron volver a Madrid sabiendo en lo que se metían. Aquella noche algo le decía que no era por la investigación.

–¿Qué te pasa? –le preguntó.

–Nada, vuelve a dormir, son las tres.

–Sabes que nunca te pregunto por el trabajo y no lo haré hoy tampoco. Solo que algo me dice que no es por la investigación por lo que estás así.

–Bueno, lo es y no lo es. Este caso está siendo difícil, tenemos un sospechoso que nos está dando una de cal y una de arena, y Sara parece bailar a su antojo. Ahora mismo nos encontramos en un laberinto y seguimos sin muchas pistas. Lo peor es que a ella parece no importarle.

–¿Es por Sara entonces? Tú siempre has admirado lo bien que sabe llevar a este tipo de individuos.

–Así es, claro que esta vez creo que está perdiendo la perspectiva. Ese hombre la obliga a moverse como si fuera una marioneta. No entiendo lo que le ocurre, no es objetiva.

Nunca la he visto comportarse así.

–¿Y has hablado con ella? –preguntó Ana, preocupada.

–Sí…, bueno…, más bien discutimos. Desde aquel día que me marché, dando un portazo, las cosas no van bien, nos mantenemos a la defensiva buscando errores el uno en el otro…

–Supongo que no esperaba que te enfadaras tanto ni lo que le dijiste.

–No aguantaba más, Ana, estaba a punto de estallar.

–Eso ya lo sé, te conozco bien. ¿Por eso llegas ahora a casa antes de lo normal?

–Sí y a partir de ahora así va a ser así. Estoy harto de darle a este trabajo más de lo que merece. Sara no tiene vida y se refugia en él; yo os tengo a vosotros, no necesito esconderme en la comisaría.

–¿No…, no le habrás dicho eso a ella? –preguntó con miedo.

–Se lo dije aquel día, sí. Bueno…, más o menos.

–No me lo puedo creer. Leandro…, me parece a mí que tenéis que hablar largo y tendido. No pelear, hablar.

–Le he dado muchas vueltas. Desde que empezó este maldito caso, no puedo pensar en otra cosa. Creo que será lo mejor para los dos.

–Leandro, por desgracia, cuando a ti te afecta algo en el trabajo, vienes fastidiado a casa y entonces me afecta a mí. Y ahora, además, tenemos que pensar en Hugo.

–Ya…, lo siento –se disculpó él.

–Entonces deberías hablar con ella, no huir, precisamente puede que te necesite más que nunca y no sepa cómo decírtelo, la comunicación nunca ha sido una de sus virtudes, ya lo sabes.

–No estoy huyendo, voy a pedir un ascenso. Después de todos estos años creo que merezco ser yo el jefe también. No puedo pasar la vida a la sombra de ella, dieciocho años como inspector a sus órdenes son muchos años.

–Hagas lo que hagas, deberías hablar con ella y tenerla al tanto de tus intenciones, ¿no crees?

Si lo tienes tan claro, yo te apoyaré, lo sabes, da igual que esté de acuerdo o no. Lo que no me parece bien es que pidas un ascenso o que

cambies de compañero sin decírselo.

Leandro se paró un segundo a pensar en ello. Quizá Ana tenía razón y estaban exagerando los dos. Durante mucho tiempo no habían sabido el uno del otro y de repente habían vuelto a trabajar juntos como si nada, era muy probable que hubiera heridas mal cicatrizadas, puede que tuvieran que abrirlas de nuevo para que se cerraran de la manera correcta; pero… ¿por qué tenía que hacerlo él?

–No sé…, pensaré en ello –le prometió antes de dejar el libro en la mesa y acercarse a dar un apasionado beso a su mujer, era evidente que no quería seguir hablando del tema.

Volvieron a la cama ya sin sueño. Encontraron mejores formas de combatir el insomnio que la de pensar en los problemas que les rondaban, ya lo harían al día siguiente.

Por la mañana le costó levantarse. Las pocas horas que durmió fueron tras hacer el amor con su mujer. El resto de la noche lo pasó en blanco.

CAPÍTULO 16: NI CONTIGO NI SIN TI

–Lo siento, inspector, no es el mejor momento –respondió el comisario tras escuchar atento al policía; ni por lo más remoto hubiera pensado lo que le quería pedir. De ser así, no le habría recibido tan pronto.

– Yo no puedo seguir trabajando con ella –insistió Leandro.

–¿Se puede saber qué coño ha ocurrido? Cada vez que tengo que sustituir a uno o a otro ponéis el grito en el cielo, no os parece conveniente ningún compañero. Todos tienen algún defecto horrible y os es imposible la convivencia. ¿Y ahora resulta que no podéis trabajar juntos?

–Lo siento, jefe, es lo que hay, a mí tampoco me gusta esta situación.

–Yo también lo siento, porque al menos hasta que acabe el caso que lleváis no puedo poner a nadie.

–No creo que sea necesario sustituirme, jefe. Están Aguilar y Guzmán con el caso también, ya sabe, los de la comisaría de Carabanchel. Guzmán no es muy buen investigador, aunque yo esto juraré no haberlo dicho jamás, pero entre Aguilar y la inspectora Benítez…

–Espere, inspector, que se equivoca –le frenó el comisario Esteve, evidentemente sabía algo que Leandro ignoraba.

–¿Cómo? –preguntó Leandro, extrañado.

–Aguilar y Guzmán ya no están en el caso, tengo órdenes de arriba. A partir de hoy este caso lo llevará solo nuestra comisaría; es decir, usted y la inspectora Benítez.

–¿Desde hoy dice?

–Bueno, desde ayer por la noche, no me pareció importante llamarles para comunicárselo puesto que están aquí bien temprano –le explicó el comisario–. Ya hace unos días que me lo comunicaron; faltaba, como siempre, la burocracia. Al encontrar conexión con nuestra desaparecida, a los de la comisaría Sur les asignaron un nuevo caso, así que este lo llevaremos nosotros solos. Se lo iba a comunicar ahora.

–¿Y han dejado fuera a Aguilar? Qué raro…, es un gran inspector, aunque también es cierto que no se le veía con mucho interés. No sé..., de ahí a apartarlo del caso...

–Aguilar no quería esta investigación.

–Sí, nos lo dijo varias veces, lo que me extraña es que un caso de esta repercusión no lo quieran en Carabanchel. Además, Aguilar es un buen profesional…

–Parece ser que el inspector Aguilar no está bien de salud –le interrumpió el comisario.

–¿Qué le ocurre? –preguntó preocupado–. ¿Es grave?

–La verdad, no tengo ni idea. El comisario Martínez me lo dijo cuándo le pedí explicaciones, igual que usted a mí. Aunque no me ha revelado más sobre el problema de salud de Aguilar, me ha dejado muy claro que no es el momento de que lleve una investigación así.

–Vaya, espero que no sea nada –dijo el inspector Gómez casi pensando en voz alta, le caía bien el inspector. A Guzmán no lo echaría de menos.

–Yo también –coincidió su jefe.

Leandro sabía que en aquel momento de la investigación, y al quedar al cargo solo su unidad, no podía dejar tirada a Sara, tanto si quería estar con ella como si no. Los investigadores de su comisaría que él pensaba que pudieran llevar ese caso se encontraban ocupados. Y el resto…, mejor dejar las cosas como estaban. Pensó en dos de sus compañeros, Lucio Piñera y Rocío Lozano, que aparte de ser unos grandes

profesionales trabajaban muy bien juntos y habían llevado con ellos algún caso. Claro que, si el comisario los pusiera a trabajar con ellos y le sacara a él, serían tres inspectores en total, lujo que una comisaría como la suya no se podía permitir. Además, tenía que recordar que Lucio y Rocío llevaban un caso desde hacía más de un año en el que incluso habían infiltrado a un agente. No, jamás los sacarían de su propia investigación.

Tendría que ceder por el momento. Pese a sus recientes diferencias con la inspectora Benítez, quería coger al secuestrador de aquellas mujeres, enfrentarse con él cara a cara y cerrar un nuevo caso con éxito.

–Bien –concedió Leandro–, seguiré con ella si me promete que cuando acabe este caso podré cambiar de compañero.

–Cuando acabe esta investigación –el comisario recalcó muy bien las palabras sin dejar de mirarlo a los ojos–, me pide de manera formal el cambio, ya sabe, por escrito… Y si no hay ningún puesto vacante, lo mismo tiene usted que plantearse un cambio de comisaría. Desde luego, si está usted decidido, no le pondré trabas.

–Joder…, me tenía que haber quedado en Gijón –masculló.

–Permítame que dude que fuera eso lo que debía hacer –replicó el comisario; dejando a un lado la hipocresía, Leandro tenía que reconocer que su jefe estaba en lo cierto.

Aunque el año pasado en Asturias le había servido para volver a encarar su puesto con las fuerzas renovadas, sabía perfectamente que su sitio estaba allí, en Madrid.

–De todos modos, le enviaré hoy mismo una carta explicando mis motivos para solicitar un cambio de compañero.

–Como quiera...

El comisario Esteve se colocó las gafas de cerca y sacó unos papeles de una carpeta ante él, ignorando al inspector deliberadamente, con lo que Leandro supo que la conversación quedaba zanjada. Estaba claro que su jefe pensaba que lo de su compañera y él era una simple rabieta. Y se equivocaba; vamos que si se equivocaba, y él no pararía hasta demostrárselo.

El inspector Gómez arrastraba los pies hacia al despacho de Sara. Antes pasó por la máquina del café y miró las monedas que guardaba en el bolsillo, le llegaban de sobra para los dos cafés diarios; aquel día solo sacaría uno. Aunque ni siquiera le apetecía, se lo tomó allí junto a la máquina y se encaminó al despacho por fin, quería oler a café

cuando entrara. Demostraría a Sara de todas las maneras posibles que estaba enfadado con ella. Enfadado y, además, dolido.

Llamó con los nudillos y entró, como siempre. Ella le dio los buenos días y él contestó con un “hola” que no dejaba traslucir nada y que lo decía todo. Sara sintió una punzada de pena y rabia al ver que aquel día no le traía el café como cada mañana desde hacía ya tantos años. Un pequeño detalle que podía resultar insignificante, para ella lo era todo.

Lo miró desde su mesa fijándose en cada gesto.

–A ver, Leandro, tenemos que hablar –le dijo finalmente, sentía un nudo en el estómago.

–¿Alguna pista? –preguntó él de manera deliberada.

–No decía del caso, decía de esta situación, está durando demasiado.

–Yo sí hablaba del caso. ¿Tenemos alguna pista nueva? –insistió. Desde luego no tenía ninguna intención de hablar de aquello en ese momento.

Sara observó un segundo a su compañero, parecía más tranquilo que nunca. Los ojos azules no dejaban traslucir ninguna emoción. ¿De verdad quería hacer las cosas así?

Bien, lo harían a su modo. Quizá necesitaba un poco más de tiempo que ella para hablar del tema; lo dejaría estar.

–Ayer por la noche, cuando salí de aquí… –comenzó a decir ella antes de darse cuenta de que no le había hablado sobre su visita al domicilio del sospecho –. Al llegar a casa reorganicé los expedientes de las tres

mujeres y descubrí algo.

–¿Ah, sí? ¿Y eso a qué hora fue? –a punto estuvo de preguntar por qué no le había avisado antes. No quería echar más leña al fuego, así que mejor morderse la lengua. Si tenían que seguir trabajando juntos, cuantos menos roces tuvieran mucho mejor.

–Sí…, es que he tenido que esperar a que llegaran los resultados de todos los análisis y las declaraciones de las familias –le explicó mientras se acercaba con las fotografías de las mujeres a su lado; él, al menos, no se apartó–, me he dado cuenta de que las tres mujeres se parecen.

–Sí, se parecen, pero no sé qué pista puede ser esa. Quiero decir que se parecen a la mitad de las mujeres de Madrid, son bastante normales.

–Sí, además ese peinado está de moda. Yo me refiero a otra cosa.

–Yo no las veo tan parecidas; no sé, es algo un poco subjetivo, ¿no?

–Ya, ya, no son iguales, desde luego. Aunque creo que presentan una serie de rasgos físicos en común que no se ven a simple vista.

–No te sigo –confesó él, Sara tenía ese tipo de pensamientos a los que era difícil acceder, la miró sin pestañear.

Normalmente cuando divagaba así solía ser por algo que su cabeza comprendía sin que ella fuera capaz aún de mostrárselo a nadie. Leandro esperaba ansioso, podía acabar siendo un detalle importante.

–Verás, hace poco vi un reportaje muy interesante sobre la prosopagnosia. ¿Sabes lo que es?

–No…, no tengo ni idea –admitió Leandro.

–Es un trastorno en el que el individuo es incapaz de reconocer rostros, para resumir.

Hay variantes, a veces los ven borrosos, otras veces solo reconocen un tipo de cara determinada, aunque esto último es más raro.

–¿A qué te refieres con un trastorno? ¿Cómo un síndrome o algo así? –preguntó el inspector, repentinamente interesado.

–No, no es algo con lo que se nace. Aparece cuando hay un daño en la corteza cerebral por un traumatismo o una operación… –le aclaró ella–. Al menos hasta donde sé, que no es mucho…

–¿Piensas que eso es lo que le pasa al asesino? ¿Qué reconoce un tipo de cara…?

–No, en realidad, no.

–Entonces no creo que ese trastorno tenga nada que ver en nuestro caso.

–No es eso. A ver…, en aquel programa donde explicaron un montón de casos sobre esa patología hablaban precisamente de la tendencia de algunas personas a buscar rasgos parecidos siempre, como contrapunto precisamente a ese trastorno.

– Cada vez comprendo menos, la verdad.

–La prosopagnosia es una alteración producida normalmente por una lesión en la corteza cerebral. Como te decía antes, en una zona determinada. ¿En cuál?, no sería capaz de decírtelo. El caso es que puede mejorar con algunas terapias en las que se enseña al paciente a diferenciar otro tipo de rasgos: el pelo, la forma de la cara, el olor, el movimiento, la voz…; aunque es muy raro que estos pacientes vuelvan a ser capaces de ver los rostros. Más bien se les enseña a vivir con ello.

–No me lo puedo ni imaginar, no poder ver la cara…

–Ya, complicado, ¿verdad? El caso es que hay gente con este trastorno y vive con ello y además se arregla bastante bien.

–¿Y cómo lo relacionarías tú con el caso? Porque yo cada vez lo entiendo menos.

–Bueno, en el reportaje explicaron que hay individuos con tendencia a enamorarse siempre del mismo tipo de persona o a fijarse en gente de rasgos parecidos y han descubierto que no se hace de manera consciente. Pusieron un ejemplo: varias caras diferentes, creo recordar que eran ocho. Y había que elegir tres de ellas.

–¿Como un ejercicio? –preguntó él, cada vez más ensimismado. A punto estuvo de hacer una pausa para traer el café y disfrutar de la explicación. Después recordó que estaba enfadado y eliminó el café de sus planes.

–Sí, eso es, un ejercicio. Yo elegí tres de las caras y las anoté. Después, el hombre que salía en el vídeo eligió exactamente las mismas. Y eso que uno era calvo, otro hispano y otro una mujer.

–Joder, ¿y qué explicación dio?

–Mediante un programa de ordenador explicó que los tres tenían la frente de la misma anchura, la nariz de igual longitud, los ojos exactamente a la misma altura de la cara, la boca a la misma distancia de la nariz. Las orejas también a la misma altura. En fin…

cosas que, desde luego, yo jamás habría averiguado a simple vista. Me resultaban los tres parecidos, aunque no tenía ni idea del porqué.

–Nunca lo hubiera imaginado. De hecho, sigo sin estar seguro de la similitud entre ellas –añadió señalando las fotos–. ¿Y crees que los de la científica podrían echarnos un cable en eso? Quiero decir si ellos podrán analizar así las fotos de las tres mujeres.

–Claro que sí –contestó Sara intentando mostrarse menos entusiasmada de lo que realmente estaba–. Precisamente te contaba esto para ver si tú podías pasarte por el laboratorio y encargarte de eso.

–Claro, iré a hablar con ellos –se ofreció esperando que aquella vez le dejara ir solo, estaba deseando comprobar lo que le acababa de explicar.

–Llevo desde ayer dándole vueltas. Cuando entrevistamos al marido de Estefanía, y nos trajo el álbum de fotos, decidí que sería una posible pista.

–Ya… –musitó Leandro al recordar la entrevista mantenida con aquel hombre, y con el ex marido de la primera víctima, Inés Corral y tantas otras con las familias de mujeres, hombres, niños asesinados… A veces su trabajo se tornaba tan cruel que le costaba siquiera recordar por qué se había hecho policía–. ¿Y qué te hizo decidirte?

–Varias fotos, es una percepción. El álbum de fotos de las tres mujeres es similar.

Vacaciones, fotografías familiares…, y cada vez les encuentro más parecido.

–Bueno, voy al laboratorio. ¿Vienes o prefieres hacer algo mientras? –preguntó él mientras esperaba que ella denegara la invitación esa vez.

–Si no te importa, yo iré a ver al comisario, creo que quiere hablar conmigo. Supongo que me va a decir que Aguilar y Guzmán no están ya en el caso.

–¿Lo sabes? –preguntó un tanto sorprendido.

–Claro, Aguilar me llamó anoche.

–¿Ah, sí?, no sabía que volvierais a tener tanta relación.

–Sí..., bueno..., estuvimos mucho tiempo sin saber el uno del otro, ya sabes que antes era uno de mis mejores amigos. Supongo que cuando estuve de baja me encerré demasiado en mí misma.

–Sí, será eso –concedió Leandro, que no quería hablar en absoluto del tema–. Y

volviendo a que Aguilar y Guzmán no estén ya en el caso…; es comprensible, éramos demasiados investigadores para los de arriba.

–Por cierto, ¿cómo es que lo sabes tú? –inquirió ella extrañada.

–Eh…, bueno, porque fui a hablar con el comisario de un asunto privado y me lo dijo.

Sara no contestó, Leandro hablando de un asunto privado con el comisario.

Evidentemente seguía enfadado, aunque correcto en el trato, así que no tenía queja. Lo miró de reojo, ¿qué le habría ido a decir? Ya le preguntaría cuando le pillara más receptivo, pensó que no era el momento; si él hubiera querido, se lo habría contado. No le gustaba nada que anduviera con secretos. Claro que, puestos a ser justos, ella no le había dicho aún lo de su visita sorpresa al sospechoso. Y lo peor era que lo tendría que hacer, porque si salía la conversación, y se enteraba por él, se iba a molestar, y mucho.

Se prometió que lo haría en cuanto volviera del laboratorio, ya había tentado demasiado a la suerte.

–Por cierto, Sara, ¿tú sabes qué le ocurre a Aguilar?

–No sé, ¿a qué te refieres? –preguntó ella.

–Es que me parece raro que le retiren así del caso –le explicó Leandro.

–Bueno, nunca lo quiso llevar, supongo que al tener la oportunidad de dejarlo…

–No me refiero a eso, Sara, el comisario me ha dicho que está enfermo.

–¿Ah, sí? –disimuló ella.

–¿No te ha dicho nada? –insistió él.

–No, el otro día me comentó que él no tenía ninguna intención de luchar por llevar un caso así; nunca pensé que fuera por algún problema médico –mintió ella.

–Ya…, el comisario me ha dicho que no sabe nada más, que simplemente no está ahora en condiciones de llevar una investigación como esta.

–Vaya, espero que se mejore –dijo ella dándose la vuelta de inmediato, el rubor había capturado sus mejillas–, luego le llamaré.

–Dale recuerdos –le pidió él de forma educada.

–Volviendo a lo de las pruebas, Leandro, en el laboratorio pide también los resultados de la foto que hizo María Lara en La Granja, y por favor pregunta si ya se le puede devolver el móvil. Me comprometí a que se lo hicieran llegar cuanto antes y creo que se les ha olvidado.

–¿Algo más? –preguntó él; ella pensó si lo diría con segundas, lo desechó enseguida, aquella vez parecía una simple pregunta entre compañeros.

–Bueno…, ya nos enviaron el análisis de la ropa y las muestras. Si puedes, habla con el informático a ver si ha encontrado algo en el ordenador del sospechoso. Parece que esa sección va más lenta.

–¿Tú que vas a hacer? –preguntó él.

–Después de hablar con el comisario, pensaba ir al hospital a ver el estado de Estefanía. Si quieres nos vemos allí. Aunque ayer su marido dijo que sigue estable, quería hablar con la doctora.

–Me parece que tú tardarás menos en el hospital que yo con los técnicos.

–Sí, creo que tienes razón, les encanta explicar este tipo de cosas.

–Estaba pensando sobre todo en el informático –añadió él.

–Yo también –coincidió ella.

–Entonces mejor te llamo cuando salga del laboratorio y me dices

dónde estás.

–De acuerdo –respondió ella volviéndose hacia el panel. ¡Ah!, por cierto, aunque seguro que no tiene importancia, me gustaría revisar la ropa interior de las víctimas.

–Ya procesaron la ropa, Sara, te dejé los resultados –comenzó a decir Leandro molesto; ella enseguida le cortó.

–Sí, por eso es.

–¿A qué te refieres?

–En realidad seguro que es una tontería, necesito saber si se trata del mismo conjunto de lencería en las dos.

–No me parece que fueran iguales –se extrañó él mientras buscaba las fotos en el expediente.

–Creo que se trata del mismo modelo, aunque de diferente color.

–Preguntaré en el laboratorio. Si te soy sincero, creo no es algo muy determinante.

–No es prioritario, primero que te expliquen lo de los rostros.

–De acuerdo, te llamo en cuanto acabe –dijo a modo de despedida el inspector justo antes de cerrar la puerta del despacho.

Sara estaba deseando actualizar los datos, aunque para ello tendría que esperar a que volviera su compañero. Cogió el rotulador y añadió lo averiguado sobre la ropa interior de las dos mujeres aparecidas y dudó ante su decisión de no darle prioridad a esa pista.

A punto estuvo de salir tras su compañero para decirle que comprobara aquel dato antes que ninguno. No lo hizo. Sabía perfectamente que era una tontería comparada con todo lo que tenían que revisar. Subrayó la palabra lencería en el panel e hizo ademán de coger el café de su mesa encontrando en su lugar una desagradable sensación de vacío.

Más de quince años con el café en el mismo sitio y de repente nada. Sintió que la grieta entre ellos se abría cada vez más y que no había manera de pararla.

CAPÍTULO 17: RATONES

Los huesos parecían absorber la humedad y el frío como si de esponjas se trataran. Aún no entendía qué estaba ocurriendo. Tras varios intentos dejó de moverse; aparte del intenso dolor, no conseguía más que hacerse daño con las baldosas irregulares del suelo. Solo un fino pijama de algodón cubría sus piernas y su espalda, no había una sola piedrecita que no alcanzara a herirla.

Tantas veces sintiéndose superior a los demás, tantos golpes en el gimnasio y tanto entrenamiento, al final no habían servido para nada. Dos años en un curso de defensa personal, cuatro horas a la semana… ¡Dos años! Y de un simple golpe se encontraba en una oscura y húmeda habitación, secuestrada por un tío no más alto que ella, nada corpulento y que olía a algo extraño. La había pillado desprevenida, de nada le sirvieron las indicaciones de su profesor cuando les decía que no se podían fiar de nada ni de nadie, que debían estar siempre en guardia. Se sentía de lo más imbécil. Pensó en si alguien se habría percatado de su desaparición, era lo que más le preocupaba.

Aquel hombre la había sorprendido en su propia casa, lo que ahora, desde el frío suelo, le parecía impensable. ¿Desde cuándo abría ella a nadie, y menos a esas horas?

¡Qué estúpida! Le había parecido tan creíble… A estas alturas esperaba que al menos su compañero de trabajo, Benito, en realidad el único amigo en aquel antro, hubiera notado su ausencia. Suponía que desatender el teléfono durante tanto tiempo le haría sospechar que algo le ocurría. Claro que, si alguien se había hecho cargo de contestar por ella a la infinidad de mensajes que le llegaban al día, sobre todo cuando en la redacción le encargaban un caso importante como aquel, no la encontrarían hasta que fuera demasiado tarde. No tenía ni idea de si el secuestrador había cogido su móvil, el golpe en la cabeza la dejó fuera de juego enseguida.

Pensó en el caso en el que llevaba ya varias semanas, en la aparentemente inofensiva tienda que vigilaba desde hacía un par de meses; el sopor se apoderó de ella: *Parecía un lugar normal en el que un grupo de gente trabajaba para ganarse la vida, ella por fin iba a demostrar que no lo era. En un principio pensó que el hombre que la mantenía secuestrada lo hacía por algo en lo que había metido las narices más de la*

cuenta, que su secuestro guardaba relación con su investigación periodística de alguna manera. Después de recapacitar supo que no era así; de haber estado en lo cierto, a esas alturas ya estaría muerta. Vigilaba una cadena de tiendas de tatuajes, sitios sencillos donde olía a tinta y donde no siempre la gente iba a hacerse lo que ofertaban. Por supuesto, dio con aquel lugar de casualidad. Más de quinientos locales donde hacerse un tatuaje en Madrid, y solo cinco componían esta cadena. Esther se había fijado en una chica del barrio, joven, quizá demasiado para la vida que parecía llevar.

Unas semanas atrás se la encontró en la escalera de su edificio sentada encima de su propia sangre y llorando. Rápidamente la llevó al hospital, pese a sus plegarias de que no lo hiciera. La chica jamás reveló a la policía dónde le habían practicado el aborto casero que a punto estuvo de llevarse su vida por delante. Un par de semanas después, una chica senegalesa, más o menos de la misma edad, apareció muerta en la Plaza de España, en pleno centro de Madrid. Se le había practicado un aborto siguiendo el mismo método; no tuvo ninguna oportunidad, se desangró antes de poder llamar a nadie.

Pese a que la policía lo investigaba, ellas no hablaban, temían a las represalias. Una tarde, la muchacha había acudido a su casa en un estado lamentable, olía a alcohol, a sudor, a cannabis y los ojos le brillaban de un modo indescriptible. Además, le habían pegado una buena paliza. Tras conseguir que Esther prometiera no revelar jamás nada de lo que le iba a contar, comenzó su historia. La explicó a toda prisa, no se perdía en detalles que le parecían de poca importancia o demasiado dolorosos para revivir una y otra vez; la mente de periodista de Esther hizo el resto. Le prometió a la chica que, aunque no hablaría con la policía, investigaría por su cuenta. No podían dejar que aquellos malnacidos jugaran con sus vidas. Quizá las drogas que la muchacha llevaba en la sangre tuvieran que ver en su decisión, porque le dejó investigar e incluso le explicó con detalles todo lo que necesitaba saber.

Paola, brasileña de nacimiento, llevaba un año en España, a donde había viajado con la promesa de un marido respetuoso, cariñoso, educado, trabajador y que la ayudaría a encontrar a su madre, quien había viajado a España cuatro años atrás y de la que no sabían nada desde hacía tres. Paola hablaba con su "futuro marido" cada noche desde el locutorio mal ventilado de Pepo, el viejo al que solo le quedaba un diente y que no se ponía dentadura porque "a saber quién la había llevado antes que él". De nada les servía a los vecinos de Santo André, a diecisiete kilómetros de Sâo Paulo, explicarle que los dientes se los haría una persona que trabajaba para el dentista, de un

material parecido a esmalte dental y que no se los quitaban a los muertos para ponérselos a él, imposible hacerle entrar en razón.

Paola y Manuel conversaban cada anochecer, al principio por teléfono, después por internet. El hombre que se había enamorado de ella a través de la pantalla le hablaba de amor, de España y de oportunidades. Y ella, con diecisiete años, solo vivía para ahorrar el dinero que le costaba el viaje.

Cuando por fin se presentó en Madrid, y nada más aterrizar su avión, un hombre le explicó que venía de parte de Manuel, quien no había podido recogerla en el aeropuerto. Le pidió que le esperara en su casa, donde se reuniría con ella más tarde. Dejó que el desconocido le cogiera la maleta que él metió en un Audi reluciente y la llevó a un piso que olía a pis, a sangre y a sexo. Al momento comprendió que Manuel no existía, el hombre que hablaba con ella cada noche con promesas de amor y una vida mejor podría vivir en cualquier lugar del mundo y lo mismo daba que se llamara Manuel, Juan o Pedro. Por supuesto, trabajaba para aquel otro canalla que la recogió en el aeropuerto y que esa misma noche la obligó a prostituirse para pagarse su estancia allí.

Tardó poco en quedarse embarazada, menos de cuatro meses. En cuanto él se enteró, obligó a otra de las chicas a llevar a la pequeña Paola a hacerse un "tatuaje". Ella pensó que la iban a marcar como al ganado, tatuaje de preñada. No imaginó que en realidad en la parte de atrás de la tienda había una camilla, instrumental sin esterilizar y un carnicero sin escrúpulos capaz de arrancarle las entrañas por doscientos euros.

Antes de darse cuenta, se desangraba en la escalera de su edificio, tal como la encontró Esther, quien la escuchaba con una mezcla de estupor e ira, las uñas se le clavaban en sus propios puños apretados para contener la rabia que sentía.

Aquel día Paola por fin soltó el lastre de su penosa historia y la periodista corrió a contársela a su jefa para pedirle permiso e investigarla. La directora del periódico le comunicó que, con tal de que no le costara un euro, le dejaría investigar hasta al mismísimo Papa si así lo deseaba.

Un ruido por encima de su cabeza la obligó a regresar de inmediato al lugar donde permanecía atada. Era evidente que se encontraba en un sótano o similar, a juzgar por la humedad, el frío y los ruidos en el piso superior. Y desde luego, por la manera en que olía, era muy probable que no se equivocara. A ratos oía una cisterna a lo lejos y el olor de repente se abría paso hasta sus fosas nasales provocando que le picara irremediablemente y fuera consciente de que estaba atada y no se podría rascar. Debía de estar tumbada cerca de una tubería de

aguas fecales. ¡Qué cabrón! Por lo menos podía haberla dejado lejos de ese hedor. Además, sentía otro aroma que dejaba un

rastro dulzón, el de la sangre. ¿Significaría eso que antes que ella había mantenido retenida ya a alguna mujer más? No quería ni pensarlo, no era muy esperanzador, significaría que pronto ese olor se mezclaría con el suyo.

De cuando en cuando también podía escuchar unos ruiditos rápidos, como de ratones que correteaban cerca de ella. Se los imaginaba (con la piel erizada) acercándose a sus piernas atadas y mordiendo sus muslos y pantorrillas sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo en aquella maldita postura. Les tenía tanto miedo que comenzaba a sudar causando que la tela que cubría su cabeza y su cara se le pegara a la nariz y a la boca y le impidiera respirar con normalidad. Un par de veces intentó gritar, cuando sus nervios la traicionaban; sabía que era inútil, nadie acudiría en su ayuda.

Le dolía la cabeza allí donde había recibido el golpe que la dejó inconsciente. Cuando por fin despertó, desorientada, sus muñecas y sus tobillos ya permanecían firmemente atados por unas cintas de plástico y no podía moverlos sin sentir un dolor insoportable.

Después de unos minutos de pánico, decidió que era mejor guardar fuerzas para cuando hicieran falta y mantener la calma hasta estar libre. Entonces sería cuando aquel cerdo recibiría su merecido. No sabía con quién se había metido, ella no se amedrentaba ante nada y ante nadie. Bueno…, quizá los ratones fueran su punto débil.

A ratos temblaba sin control, por el frío, lo que provocaba que los hombros parecieran a punto de dislocarse. Intentó pensar en cosas cálidas: en el intenso calor de los veranos en el pueblo cuando era una niña, en lo que le gustaba tumbarse en el tejado a tomar el sol y esperaba a que su abuela le dijera que parecía una lagartija, lo que siempre le sacaba una sonrisa; pensó en el chocolate caliente con churros que solía tomar la Noche de Reyes desde hacía años, una tradición casi tan arraigada en su casa como la de los regalos; pensó en aquellas vacaciones en que conoció el Gran Cañón del Colorado, en lo que le había impactado la magnitud de aquella falla en la tierra y el calor sofocante en aquella época del año, en cómo le resbalaban las gotas de sudor por la espalda hasta detenerse en la cinturilla del pantalón…

Mientras se entretenía buscando cosas cálidas con las que soñar, a su mente acudieron recuerdos de la infancia. Por qué su cerebro las

buscaba en aquel instante era, cuanto menos, misterioso. Quizá le reconfortaba volver a sentir cerca a sus padres, a su abuela, a su hermano, a sus tíos y primos y a aquel adolescente maleducado, José Antonio, que se había convertido en su primer amor, pese a que antes ni siquiera lo soportaba.

Incluso pensaba en su perro, tan vago que solo se movía para ir a comer, y si era algo de su agrado; si no, prefería quedarse en ayunas con tal de no dar un paso.

Un pequeñísimo mordisco la sacó de sus recuerdos al instante. ¡Le acababa de morder un ratón! O, incluso, podía ser peor…; ¡una rata! Joder, si pensaba matarla, que lo hiciera cuanto antes, no quería que se la comieran viva los habitantes de aquel sótano.

Gritó con todas sus fuerzas, gritó a través de la tela hasta que los pulmones le ardieron y la garganta se le secó. Nadie acudió en su ayuda, nadie pareció oír sus súplicas, aunque ella estaba segura de que en el piso de arriba, quien estuviera, la había oído más que de sobra, porque durante un rato la actividad en aquella planta cesó el tiempo suficiente para escucharla. Eso solo podía significar una cosa, estaban apartados de la civilización y su secuestrador no tenía miedo de que nadie le pillara. El panorama no podía ser más desalentador.

Los sollozos surgieron de su garganta, provocando los espasmos en sus músculos doloridos. La tela de la capucha se le quedó pegada a la nariz sin remedio y ella la intentó apartar frotándola contra el suelo. Aunque casi podía ver los arañazos que aquel movimiento provocaban en su cara, no podía parar de frotar. Intentó gritar de nuevo, se había quedado sin voz a causa del terror. A través de la tela le costaba respirar cada vez más y sin darse cuenta fue desvaneciéndose hasta perder por completo el sentido.

Quizá fue obra de su mente, con el fin de protegerla durante un rato de la humedad, el frío, el miedo.

Benito, su compañero en la redacción del periódico, daba la voz de alarma. Era imposible que Esther no le hubiera contestado a ningún mensaje, ella que bromeaba diciendo que podía salir a la calle desnuda, o sin cabeza, o sin comer, jamás sin teléfono móvil. Sobre todo, le parecía raro que no le respondiera al último mensaje en el que le había dicho que si seguía sin dar señales de vida dejaría de intentar ligar con ella y se camelaría a la loca de su jefa. Jamás habría dejado sin contestar a aquella provocación.

El periodista se presentó en el despacho de su jefa y abrió la puerta sin llamar. La mujer se comía un enorme bocadillo de calamares cuando él la interrumpió.

–Espero que sea importante –dijo ella con rabia mal contenida.

–Esther ha desaparecido –respondió él sin dejar de mirarla.

Ella dejó el bocadillo encima de una servilleta de papel con un gesto de pena y marcó el número de la policía mientras buscaba en su ordenador la ficha de Esther.

Seguramente le harían varias preguntas que, sin los datos de la joven delante de sus ojos, sería incapaz de responder. Benito no le quitó los ojos de encima en ningún momento.

CAPÍTULO 18: PROSOPAGNOSIA

Leandro permanecía fascinado frente al ordenador mientras el técnico pasaba imágenes una y otra vez. Ahora entendía el entusiasmo de Sara al hablarle sobre la prosopagnosia. El técnico procesaba fotos con un filtro delante demostrándole lo que su jefa decía: nuestro cerebro es capaz de captar detalles sin que seamos conscientes de ello.

En el laboratorio, el técnico de la policía científica le propuso varios ejemplos para que lo comprobara por sí mismo. Un montón de fotos en las que siempre debía elegir dos.

En cada caso seleccionaba parejas con rasgos similares según el ordenador, aunque en apariencia no tuvieran nada en común. Hubo un momento en que decidió parar de visualizar fotos y les pidió que se pusieran con el caso que le había llevado hasta allí; si no, se habría pasado el día entero con aquel programa, era alucinante. Desde luego, Sara lo conocía mejor de lo que parecía conocerse él mismo.

Cuando se lo contara a su mujer, sonreiría y le diría: “te lo dije, sois como un matrimonio”. Y él se enfadaría, sin duda, porque tendría razón.

–¿Entonces puedes comprobar los rasgos de las tres mujeres? –le

preguntó al técnico para que se pusiera con las fotos de ellas enseguida; de repente se mostraba impaciente.

–Por supuesto, aunque lo ideal sería realizar las comprobaciones con fotos similares –

respondió él cuando vio al inspector con cara de circunstancias, no lo entendía–. Quiero decir que todas las fotos fueran primeros planos o todas hechas desde lejos.

Simplemente eso, que estén realizadas de forma parecida, es mucho más sencillo para el programa.

–Ya, me temo que las fotos más parecidas que tenemos son primeros planos de las dos mujeres encontradas. Y creo que en lo que más se parecen es precisamente en que las dos están deformadas, una es la foto de la autopsia y la otra está hecha en el escenario del crimen, en La Granja.

–¿Entonces por qué cree que debemos compararlas? –le preguntó el técnico, extrañado.

–Bueno, más bien es algo que ha visto la inspectora Benítez, mi compañera. Me parece que tiene mejor ojo que yo. Yo las veo parecidas, sí, pero no tanto.

–¿Y podríamos conseguir mejores fotos a través de la familia? Se lo digo porque igual podríamos lograr algo en menos tiempo. Yo me pongo con ello igual, no me malinterprete. El caso es que tengo que sacar un primer plano de la foto, mejorarla hasta que obtenga una resolución aceptable, y después ponerme a estudiar los rasgos.

–Ya le entiendo, espere, voy a llamar a mi jefa, a ver si…

–Aunque, ahora que los pienso, nos sirven las del carnet de identidad –añadió él de pronto.

–No los tenemos aún.

–Bueno, eso no es problema; al estar todo digitalizado, se puede acceder a las fotos. A no ser que no lo hayan renovado en los últimos quince años, claro, con lo cual los tendrían algo más que caducados.

–Es un gran avance, sí.

–Se puede acceder a través de un programa que, espero que me

disculpe, no recuerdo cómo se llama. Es básicamente el programa de la base de datos del DNI.

–Lo tenemos nosotros también en comisaría, lo habilita el comisario cuando es necesario. Si le soy sincero, no lo he usado nunca; tampoco se me ocurrió pensar en él para esta comprobación.

–Mejor, porque nuestros programas y ordenadores son más adecuados para procesar las imágenes. Si lo que quiere es buscar algún dato, da igual; si lo que intenta es procesar una fotografía, siempre es mejor que lo haga aquí.

–Claro, entonces vamos a ello –le pidió Leandro–. ¿Quiere el nombre y los apellidos de las mujeres? ¿O prefiere que le dicte los números del DNI? Los tengo anotados…

–Casi mejor, sí, porque este tipo de programas se vuelve un poco loco en cuanto se introduce un nombre o un apellido compuesto o algún "María".

Leandro sacó la libreta del bolsillo de la chaqueta. Siempre llevaba una, le gustaba anotar datos aquí y allá, aunque muchas veces ni siquiera recordaba para qué. Sara se burlaba de él por lo reacio que se mostraba a utilizar las nuevas tecnologías. Al introducir la primera secuencia de números, la cara de Inés Corral apareció en la pantalla del ordenador y el joven técnico la cargó en el programa de reconocimiento facial que tenía en otra pantalla. Realizó la misma operación con los otros números de carnet. En pocos minutos trabajaba con las fotos de las tres mujeres al mismo tiempo. El inspector Gómez tuvo que reconocer que su compañera tenía razón. Sin ser evidente el parecido entre ellas, se podía palpar; aunque, como cada una había renovado el carnet en un año diferente, el pelo no lo llevaban igual en aquellas fotos.

El técnico comenzó a aplicar el programa en cuanto le fue posible. Varias líneas cruzaban las caras y realizaban mediciones que Leandro prefería no conocer, a él lo que le interesaba era el resultado final, saber cuánto parecido había entre ellas, el funcionamiento le daba igual.

Como el programa avanzaba más lento de lo que a él le hubiera gustado, marcó el número de su jefa para explicarle que tardaría un poco con las comprobaciones. Sara colgó al primer tono, Leandro miró atónito al teléfono: ella no le colgaba nunca. O no lo cogía y lo dejaba sonar o contestaba para decirle que estaba ocupada. Se sintió

repentinamente “despachado” y debía reconocer que no le gustaba en absoluto. Pensó que si el comisario le hubiera concedido el cambio de compañero que le había pedido esa mañana, sin antes explicarle a Sara sus intenciones, la habría hecho sentirse igual y una punzada de rabia se instaló en su pecho.

–Inspector –llamó su atención el técnico–, tenía usted razón. Las tres mujeres presentan la misma forma de la cara, los ojos a la misma altura, incluso las cejas. Este individuo no elige a sus víctimas al azar. Escoge un tipo de mujer muy determinado que, por alguna razón que desconocemos, le atrae.

–Qué interesante –coincidió él.

–Espero que le sirva de algo –dijo el joven.

–Yo también lo espero. La verdad es que por ahora no es más que una curiosidad, lo anotaremos como una pista. Y si le soy sincero, creo que será una pista importante.

–Seguro que sí. Mire, si cogemos una plantilla de una cara vacía –le explicó el chico–, podemos colocar las fotos de las tres víctimas juntas…

Leandro comprobó, atónito, cómo el joven colocaba una a una las fotos de las tres mujeres y cómo encajaban las tres a la perfección. Una de ellas, Inés, la que era peluquera, llevaba las cejas más finas y los labios más gruesos, el resto de los rasgos ni destacaban. Para quien no lo supiera, era imposible ver que las tres caras permanecían superpuestas en la pantalla del ordenador.

–¿Puede imprimirme esta foto? Me gustaría que mi compañera viera esto –le pidió el inspector.

–Por supuesto –respondió el joven, complaciente. Se le veía encantado con aquello–.

¿Necesita algo más?

–Sí, necesito una foto que recuperamos del móvil de una excursionista en La Granja.

–La tengo en otro ordenador, precisaba de varios procesados. Acompáñeme.

Leandro siguió al técnico a una sala donde varios ordenadores y

algunas pantallas pasaban fotos sin parar. El chico se sentó en una silla frente a un monitor y le pidió a Leandro que se pusiera al lado. Entonces le enseñó la foto que habían visto el día anterior, ampliada lo suficiente para ver con total claridad un vehículo grande y negro apostado, como Sara pensaba, al borde del camino donde poco después estarían ellos para atender a la víctima.

–¿Se puede ver la matrícula? –preguntó el inspector, esperanzado.

–Me temo que no, lo siento. Aparte de que la foto está tomada desde demasiado lejos, la tapan las ramas. Lo que sí he podido ver es la marca del coche.

–Volkswagen, ya veo –terminó de decir Leandro.

–Apostaría a que es un Volkswagen Tiguan –dijo el chico.

–Lo comprobaré, la verdad es que no conozco muy bien ese modelo –respondió Leandro mientras pensaba en su coche, algo más modesto–. Bien, ¿me puede hacer una copia de esta foto también?

–Claro –respondió él mientras le daba al botón de imprimir–. Por cierto, me dijeron que corría prisa devolver el móvil, aquí lo tiene. Si me hubieran avisado antes, habría cargado las imágenes para devolverlo.

–Genial –dijo el inspector a la vez que lo cogía–, precisamente era mi siguiente

“recado”. No se preocupe, ella tampoco nos ha llamado para meter prisa, lo debió de solucionar ya.

–Aquí tiene el móvil y las copias de las fotos, las voy a meter en un sobre para que no se le estropeen. Lleva también un informe de cada cosa.

–Un trabajo muy minucioso, muchísimas gracias.

El joven sonrió satisfecho, le gustaba cuando alguien reconocía su esfuerzo. El inspector Gómez salió veinte minutos más tarde con una carpeta bastante abultada.

Además de las fotos y sus informes correspondientes, le habían facilitado la analítica realizada a los dos papeles encontrados en las dos mujeres. Según le habían explicado, se trataba de papel viejo, de varios años atrás, puesto que el proceso químico que se usaba para

realizar la pasta de papel, y el prensado posterior, contenía cada vez menos ácidos y aditivos y en aquellos papeles habían encontrado niveles elevados.

Volvió al despacho, donde le sorprendió ver que Sara se encontraba allí, sola, delante de la pizarra donde solían anotar los datos más importantes de la investigación con sus rotuladores de colores. Entonces… ¿por qué no le había cogido el teléfono? ¿Era así como se iba a comportar a partir de ahora? Disimuló su fastidio y entró.

–Ah, Leandro, eres tú…, ¿qué has descubierto?

–Te llamé hace un rato.

–Lo sé, no lo podía coger. ¿Qué llevas ahí? –preguntó a la vez que señalaba la carpeta y así, de paso, le quitaba importancia al hecho de que había pasado de él, algo de lo que era consciente.

–Toma –respondió él visiblemente molesto, lo que no pareció importarle a ella en absoluto.

Sara abrió la carpeta con ansia mal disimulada. Lo primero que vio fue la foto de la mujer de Ángel, cruzada por líneas y ejes de coordenadas y todo tipo de mediciones. La inspectora pensó que todo aquello no le aportaba mucho, que no sabía interpretarlo. A no ser que…

–¡Ah! ¡Menos mal! –exclamó aliviada.

–¿Qué ocurre? –preguntó él.

–Nada, que creí que tenía que interpretar yo todo esto. Nos hubiéramos quedado sin pistas, desde luego.

–Bueno, también me lo podrían haber explicado a mí –añadió él, ella captó su malestar de inmediato.

–¿Sí?, ¿te explicaron todo esto? A mí me parece muy complicado –se mostró interesada, más por contentar a su compañero que por otra cosa. Leandro comprendió el interés de Sara, sabía que a su jefa no le importaba un pimiento. Claro que, puestos a ser sinceros, a él tampoco. De hecho, solo se había mostrado atento con el resultado.

–No, la verdad es que he pasado un poco de todo el proceso. Quería que me comunicaran el resultado cuanto antes.

–Es fascinante, ¿verdad?

–Yo no veía tan evidentes los parecidos como tú. Según el programa, las similitudes eran plausibles.

–¿Esta quién es? ¿Andrea? No, no, es… Estefanía, ¿verdad? Aunque también parece Inés…

–Son las tres, Sara.

–¿Cómo dices?

–Sí –le explicó él–. El técnico ha superpuesto las tres caras para que veamos lo bien que coinciden. La primera, Inés Corral tiene las cejas más finas y los labios más gruesos, por lo demás…

–Eso tiene explicación –dijo Sara mientras rebuscaba entre sus papeles hasta dar con la autopsia de la joven–. Las cejas simplemente las llevaría más depiladas, era peluquera.

Los labios, con silicona.

–Vaya –comentó Leandro.

–Sí, se ve que se realizó un tratamiento de belleza y se rellenó los labios para que se vieran más carnosos. También se los tatuó para que parecieran siempre pintados.

–Qué curioso –terminó diciendo él mientras le devolvía el informe a su jefa–. Así me había parecido en el depósito que, pese a las deformidades a causa de los golpes, se le veían los labios con color, no sin vida como suele ocurrir.

–Misterio resuelto –zanjó Sara guardando la autopsia.

–Tenemos que buscar los textos, Sara, en internet no encontré nada. Al principio me parecía que podían proceder del Apocalipsis. Lo he leído entero y no he encontrado nada –le explicó Leandro.

–¿Dices que te has leído el Apocalipsis?

–Sí, ¿por?

–Porque me parece alucinante –confesó ella.

–Bueno, de primeras me pareció que eran textos que podrían salir de allí. Otras, que más bien eran obra de una mente enferma…, no sé. Ahora no tengo ni idea. Eso sí, del Apocalipsis te puedo asegurar que no.

–Seguiremos buscando –murmuró ella.

–¡Mierda! –se lamentó Leandro–. Me olvidé de preguntar por la ropa interior.

–No pasa nada, llamaremos luego. ¿Y la foto de María Lara? La que está hecha desde El Reventón.

–Sí, parece un Volkswagen Tiguan.

–Es muy probable, lo comprobaremos. ¿Tenemos la matrícula?

–No, la matrícula no. Había demasiada distancia y varias ramas por medio. Por cierto, le he pedido a Solís que le devuelva el móvil.

–Bien hecho.

–Está deseando meterse en este caso.

Sara lo miró, él desvió la cara. Necesitaba hablarle de su visita en solitario al sospechoso. Se enfadaría, por supuesto, aunque peor sería cuanto más tardara en saberlo. Lo que ella desconocía era la visita de Leandro al comisario para pedirle un cambio de compañero. Los dos comenzaban a guardar secretos, y eso no era precisamente lo que necesitaban.

–Leandro…

–No quiero hablar del tema –zanjó el.

–No te iba a decir nada de nuestras peleas.

–¿Ah, no? –preguntó extrañado.

–No, en realidad quería decirte que anoche… me acerqué a casa de Ángel Santamaría.

–¡¿Qué?! ¡¿Fuiste sola?! Espero que sea una broma –exclamó el inspector, enfadado.

–¿Y con quién querías que fuera? –preguntó ella con ironía–. ¿Con Solís?

–¡No me lo puedo creer! ¿Encima me vas a decir que fue culpa mía por haberme enfadado? –se exaltó todavía más.

–No, no, ni muchos menos.

–Lo acabas de decir –respondió a la defensiva.

–No es cierto. De todos modos, ya está hecho, así que no te alteres. Fui, hablé con él, ya está.

–¡¿Qué no me altere?! –gritó él subiendo más el tono–. ¿Es que no ves que eres una…?

–¿Una qué, Leandro? –le provocó.

–Una inconsciente.

–Y también tu jefa –respondió ella intentando no alterarse demasiado.

–Por poco tiempo –dijo él, arrepintiéndose enseguida.

–¿Cómo dices? –preguntó ella perpleja.

–Eso ahora no viene al caso. Te recuerdo que no hace tanto un psicópata te secuestró y te cortó un dedo precisamente en un momento en el que ibas sola.

–Bueno…, no creo que Ángel Santamaría…

–¡Da igual lo que creas! ¡Sabes que no tenías que haber ido sola! –gritó él. Sara jamás lo había visto tan alterado.

Sara sabía desde el principio que aquella visita no debía hacerla sin su compañero.

Ahora ya daba igual, su sospechoso número uno no la había secuestrado, ni la había golpeado, ni la había matado. Eso no lo exculpaba de los crímenes, claro. Tampoco le daba derecho a Leandro a hablarle de aquel modo. Aunque entendía su enfado.

Durante un año se había culpado del secuestro de Sara y de su mutilación…, y que de pronto ella se expusiera ante el sospechoso presentándose en su casa, sola y sin avisar a nadie… Debía reconocer que esta vez Leandro tenía razones más que de sobra para mostrarse así.

–Mira, Leandro, entiendo que estés enfadado, es cierto que no tenía que haber ido allí sola. El caso es que lo hice y fue cuando me di cuenta de que las tres mujeres se parecen, así que ya está hecho y gracias a eso tenemos una pista.

–Aun así…

–Solo puedo decirte que no lo volveré a hacer –le prometió ella.

–Ya veremos –desafió él.

–Y también te diré que no quiero una pelea más. Me parece que estás equivocándote conmigo. No sé qué es lo que nos está ocurriendo, siempre nos hemos entendido muy bien. Solo sé que me estoy sintiendo atacada por ti y no lo pienso consentir porque, te guste o no, soy tu jefa.

–Vale, Sara, queda claro –zanjó Leandro, deseando que aquel caso terminara por fin para cambiar de aires. Aunque no estaba de acuerdo en absoluto, ella le acababa de dejar muy claro que era la que mandaba, y ante eso poco podía hacer.

CAPÍTULO 19: PÓQUER DE REINAS

Unos golpes en la puerta precedieron a un sudoroso Solís, el agente pelirrojo que tan nerviosa ponía a la inspectora Benítez. Una idea que esperaba que jamás sucediera atravesó la mente de Sara: la sensación de que su compañero quería pedir un cambio y a ella le asignarían sin remedio a aquel agente entusiasta con el que tan poco en común tenía. Esperaba estar equivocada, no sería capaz de llevar un solo caso con él, la sacaba de quicio.

–¡Inspectora Benítez! –exclamó; ella no se molestó en volver a decirle que no gritara, que no corriera. Total, ¿para qué…?

–¿Qué ocurre ahora? –le preguntó con voz cansada.

–Me envía el comisario Esteve para que vayan a su despacho, dice que es muy urgente.

Sara miró el teléfono encima de su mesa. ¿Qué tenía de malo? ¿Por qué le mandaba dar los recados a Solís en lugar de levantar el auricular y pulsar una tecla para hablar con ella? ¿Acaso quería castigarla y por eso le enviaba a “La antorcha humana” una y otra vez? Sonrió ante su propia ocurrencia.

–Bien, vamos para allá. Después actualizaremos el panel –respondió

ella dejando los rotuladores en la mesa–. Vamos, Leandro.

El hombre se levantó y la siguió por el pasillo. Su cara se veía contraída por la ira, cosa que a Sara le daba igual. Ya le había dicho todo lo que le parecía que debía y esperaba que, al menos, guardara las formas. Aunque quería mucho a su compañero, tras tantos

años de trabajo, codo con codo, jamás dejaría que le pasara por encima, eso le quedaba muy claro. Entraron al despacho del comisario sintiendo un repentino *Déjà Vú*.

–Ah, inspectores, siéntense, por favor.

–¿Qué pasa? –preguntó ella con desconfianza, aquella misma mañana había tenido una muy interesante conversación con su jefe sobre Aguilar, y sobre Leandro un poco después.

–¿Está usted bien, Gómez? Parece acalorado –le preguntó a Leandro a la vez que dirigía la mirada a Sara; ella no dijo nada ni dio muestras de estar incómoda. Si les ocurría algo, de nuevo a ella parecía afectarle bastante menos que a él.

–Sí, estoy perfectamente –respondió él casi redactando en su mente la carta en la que pedía por el cauce reglamentario un cambio de compañero, tal y como él le había dicho por la mañana–. ¿Ocurre algo?

–Así es –respondió rebuscando entre sus papeles–. Ocurre que ha desaparecido otra mujer. Lleva dos días en paradero desconocido. Sus compañeros de trabajo han dado la voz de alarma hace media hora.

–Joder –musitó Sara–, ¿sabemos algo más?

–Tienen ahí una carpeta con información. Esther Arias, de treinta y dos años, periodista, soltera, sin hijos. Sin familia aquí, que sepamos. Les he metido una foto dentro de la carpeta.

–Vaya, otra… –musitó Leandro con los puños y las mandíbulas apretados.

–No podemos permitirnos más víctimas, inspectores –les dijo él con semblante serio.

Al abrir el nuevo expediente, la inspectora Benítez sintió un repentino escalofrío. La mujer se parecía, como no podía ser de otra manera, a las otras tres. A juzgar por la cara de Leandro, él también se había

dado cuenta.

–¿Pasa algo, inspectora? –preguntó el comisario Esteve; ella comprendió que aún no le habían dado el informe diario, el que le daban a última hora de la jornada y, por tanto, no estaba al corriente de las averiguaciones sobre la prosopagnosia–. ¿La conoce?

–No, no, qué va. Verá, comisario, hemos descubierto algo y la desaparición de esta joven en concreto no hace más que reforzar nuestra teoría –le explicó Leandro.

–Sí, bueno, en realidad no era más que una teoría hasta ahora, que se acaba de convertir en la pista más fiable que tenemos –siguió hablando Sara.

–¿Y por qué no me han informado? –preguntó molesto.

–Porque justo ahora mismo estábamos poniéndonos al día con esta pista en el despacho.

–Bien, entonces cuéntenme de qué se trata.

–Hemos descubierto… Leandro…, ¿te importaría acercarte al despacho a por los resultados del laboratorio? Mientras le explico yo al comisario…

–Claro –respondió él sin dar muestras de molestarse en absoluto.

El comisario no se perdía detalle de su reacción; después de la conversación mantenida con los dos inspectores esa mañana, cualquier problema que pudiera surgir le ponía en guardia de inmediato.

–Verá, comisario, hemos descubierto que las tres jóvenes…, bueno, ahora las cuatro, presentan rasgos comunes.

–¿A qué se refiere? ¿Piensa que este individuo elige a mujeres parecidas? –le preguntó él con interés.

–No solo lo pienso, lo he podido demostrar –respondió ella muy segura.

–A ver…, explíquese, me tiene en ascuas.

–Se me ocurrió porque hace poco vi un programa sobre la prosopagnosia, ¿sabe qué es?

–Sí, muy interesante, yo también lo vi –coincidió el comisario.

–¡Ah, ya está aquí Leandro! –se entusiasmó ella; el inspector le puso la carpeta a su jefe en la mesa–. Como ve…, esta mañana mi compañero se acercó al laboratorio y el técnico le enseñó cómo funciona un programa que utilizan para establecer rasgos comunes entre los rostros, cosas que el ojo humano percibe, sin ser consciente de ello.

El comisario abrió la carpeta, desde luego no encontraba mucha información en todas aquellas mediciones, le había ocurrido igual que a ellos. Al mirar las fotos de las tres mujeres con los datos sobre las coincidencias delante de él, fue consciente de lo que la inspectora le decía, fue entonces cuando los rasgos que las hacían ser "parecidas" se tornaban tan evidentes. Le pidió a Sara la foto de la mujer que acababa de desaparecer y comprobó que era la cuarta víctima de aquel mismo individuo.

–Mire, comisario –le pidió ella–. Esta foto es una superposición de las caras de las tres.

–Extraordinario –coincidió él comparando aquella foto con la de Esther Arias–. Vayan a hablar con los compañeros de la joven, quizá puedan aportarnos algo nuevo.

Fascinante…

–Sí, claro, vamos enseguida –respondió ella.

–También –añadió Leandro– tenemos esta foto realizada donde se encontró a Estefanía Martín, la mujer que está en coma en el hospital. La hicieron unos montañeros. En ella se puede ver este vehículo y creemos que es el que usa el sospechoso para trasladar a las mujeres.

–¿Matrícula? –preguntó el hombre.

–No, las ramas la tapan. Hemos acertado a ver que es un Volkswagen, y creemos que es un Tiguan, por ahora nada más.

–Bien, algo es algo. ¿El sospechoso tiene a su nombre algún vehículo como ese?

–Di orden a los técnicos de que lo comprueben antes de salir del laboratorio, aún no me han comunicado nada –le explicó él; Sara dio las gracias en silencio, aquel detalle lo había pasado por alto. Desde luego, se habría dado cuenta nada más tener la foto del Tiguan en el panel. Tenía que reconocer lo buen investigador que era y lo bien que trabajaban juntos.

–¿Alguna cosa más, inspectores? He leído el informe que me han pasado esta mañana.

¿Hay alguna novedad con la mujer que permanece en el hospital?

–Por ahora no –respondió Sara–. La doctora que la lleva nos avisará en cuanto operen a la chica y le extraigan la bala.

–Bueno, ya lleva allí unos cuantos días, muy esperanzador no parece, ¿no?

–Sea como sea, nos avisará –zanjó ella–. Comisario…, yo había pensado basar ahora la investigación en encontrar una conexión entre las víctimas. Si las elige al azar, no tendríamos nada que hacer por ese camino. Si, por el contrario, les une algo en común, podremos adelantarnos a él antes de que secuestre a otra.

–Me parece bien, de todos modos sigan investigando al sospechoso, a Ángel, algo oculta.

–Claro… –Ella esperaba que a Leandro no se le ocurriera contarle lo de su visita nocturna.

–Aquí dice algo de una llave proporcionada por una niña en el descampado de Orcasitas. Supongo que Aguilar volvería a la escena del crimen y, ante la dificultad de hablar con la pequeña, no le dio tiempo a incluir eso en el informe –explicó casi para sí mismo el comisario Esteve. Sara aguantó la respiración como pudo–. Bien, lo importante es que la han analizado y que ustedes deberán volver a hablar con la niña cuanto antes por si recuerda al hombre.

–Por supuesto –respondió Sara, perpleja, no podía creerse la suerte que acababa de tener.

–¿Sabemos ya lo que abre?, ¿alguna huella?

–En el laboratorio han encontrado varias huellas de niño, suponemos que de la pequeña que nos…, que la proporcionó –dijo ella a punto de meter la pata; la mirada de Leandro la puso en alerta, por eso reaccionó a tiempo–. Hay varias huellas parciales que estamos cotejando.

–Perfecto. Manténganme informado cuando hablen con ella.

Sara se levantó de la silla al dar por concluida la reunión. Leandro la siguió con las carpetas en la mano. Ya en el despacho, actualizaron el panel. En el centro colocaron la foto de las tres caras superpuestas y la palabra PROSOPAGNOSIA en mayúsculas y destacada en rojo al lado. Leandro sacó el teléfono móvil y, sin necesidad de pedir permiso a Sara, llamó al laboratorio.

–Sí, buenos días, me gustaría hablar con uno de los técnicos que están en la zona de procesamiento de imágenes. Se llama…, un segundo que lo compruebo, por favor… –le pidió mientras sacaba su libreta y buscaba el nombre del chico–… Sí, se llama Javier Arco.

–Le paso, no cuelgue –le pidió una voz impersonal al otro lado, él dio las gracias y esperó.

–Buenos días, soy Javi, ¿quién es?

–Buenos días, soy el inspector Gómez, de Homicidios, esta mañana estuve allí por lo de la prosopagnosia, ya sabe.

–Sí, claro, ¿se le olvidó algo?

–No, verá, ha desaparecido otra mujer y creo que se parece bastante a las demás.

Quería pedirle que incorpore su número en la base de datos también y, a ser posible, me haga una superposición de las cuatro caras.

Sara no perdía ni un detalle de la conversación. Le molestaba que para llamar no la hubiera consultado, aunque debía reconocer que le habría dicho que sí, que lo hiciera, y además le parecía genial que él se moviera por su cuenta, cosa que siempre había hecho.

–Claro, inspector. Envíeme por fax los datos de la mujer y enseguida se lo miro.

–Muchísimas gracias –respondió él antes de colgar y enfrentarse al escrutinio de su jefa.

–Muy bien lo del coche, Leandro, a mí se me había pasado –confesó Sara.

–Bueno, habrías tardado en darte cuenta lo que te lleva poner un trozo de celo a la foto y pegarla a la pizarra.

Bajo el nombre de Inés Corral, la primera víctima, la palabra "Amante" destacaba en rojo. Los padres de la joven les habían explicado en la entrevista que la causa del divorcio entre su hija y su yerno se produjo por una infidelidad de ella. Al marido le querían como a un hijo y aseguraban que era buen padre y buena persona. Quizá fuera un camino que se podría seguir.

–Vamos a hablar con los del periódico –dijo Sara sacándole de sus pensamientos. Él cogió su chaqueta y siguió a su compañera hasta la puerta. Antes de salir, miró al panel con desesperanza; cada vez tenían más datos, desde luego, aunque no eran capaces de colocarlos del modo correcto.

Se sintió algo desanimado ante los interrogantes, que crecían en la pizarra como setas; había llegado el momento de ir eliminándolos. No, no podía dejar tirada a su compañera en aquel momento, estaba claro. Y si tenía que ser sincero, tampoco quería hacerlo.

CAPÍTULO 20: LA REDACCIÓN

Meterse en la redacción de un periódico durante las horas previas a una edición equivalía a introducirse en un corazón humano y esperar que la sangre pase de largo sin salpicar. Leandro y Sara llegaron a sentirse transparentes durante los más de cinco minutos que aguantaron en medio de una sala llena de individuos que no solo no se molestaron en dirigirles una pequeña mirada, algunos incluso llegaron a chocar con ellos al ir hacia sus mesas sin ser conscientes de ello. Leandro los observaba tan ensimismado como alucinado; Sara, furiosa, contraía la mandíbula por segundos, Leandro la miraba y pensaba cuánto tardaría en estallar. La conocía bien. Desde que trabajaron juntos en Asturias, la inspectora mostraba mucha más paciencia que antes; quizá no la suficiente.

–Creo que lo mejor será dar un tiro al aire, Sara –bromeó él.

–Ni se inmutarían. Creo que apartarían los cascotes que cayeran del techo como si fueran un par de mosquitos molestos y seguirían como si nada. Joder, no me gustan los periodistas.

Él asintió, ella perdió la paciencia. Se subió encima de la mesa más cercana y silbó.

Incluso Leandro se sobresaltó, no lo esperaba. La actividad cesó, los que trabajaban a toda velocidad en el ordenador dejaron las manos paralizadas encima de las teclas y miraron a Sara con estupor. Los que corrían de un lado a otro se pararon donde los pilló, incluso el teléfono dejó de sonar. Parecía que la inspectora Benítez, de pronto, tuviera el poder de detener el tiempo.

–¡Gracias por su atención! –gritó aún desde lo alto de la mesa, Leandro se grabó aquel momento para contárselo más tarde con pelos y señales a su mujer.

–Buenos días –dijo entonces el inspector Gómez con la placa en la mano–. Buscamos al jefe de redacción.

Todas las miradas se dirigieron hacia la derecha de la sala, donde varias puertas cerradas daban a lo que los inspectores imaginaron que serían despachos.

–Buenos días –saludó una mujer bastante gruesa desde el quicio de la puerta de un cubículo que hacía de despacho–. Soy la jefa de redacción, me llamo Pilar Ortigueira,

¿vienen por lo de Esther?

–Sí –respondió Sara mientras se bajaba de la mesa de un salto; Leandro pensó que tendría que ir a hacer deporte con ella, se estaba quedando atrás–. Soy la inspectora Benítez…, Sara.

–Encantada –dijo la mujer estrechando con cautela la mano mutilada que la inspectora le ofrecía. Otro tanto hizo con Leandro en cuanto él se presentó–. Pasen al despacho, por favor.

Sara pensó que llamar despacho a eso era un poco pretencioso. Se trataba de una estancia de dos metros cuadrados en la que cabía exactamente una mesa, una silla de escritorio a un lado, dos sillas plegables al lado contrario y una papelera. Incluso se fijó en que la puerta era corredera; de haber sido de las que abrían hacia dentro, ni siquiera cabrían las sillas.

–Tomen asiento –les pidió la mujer señalando las sillas plegables delante de su mesa; Sara pensó en cómo aguantaría la voluminosa mujer tras aquella mesa raquítica y la silla que parecía estar a punto de reventar y apartó la mirada de inmediato–. Hemos llamado porque Esther, una de mis reporteras, no da señales de vida desde hace unos días.

–¿Es normal que desaparezca así? –preguntó Leandro a la vez que sacaba su libreta del bolsillo interior de la chaqueta y se disponía a escribir; ella lo tomó como una provocación.

–¿Cómo que si es normal? ¿Me toman el pelo? Si fuera normal no les habría llamado.

–Son preguntas rutinarias –le explicó Sara, dándose cuenta de que aquello de rutinario no iba a tener nada. La mujer los miraba como insectos a los que hubiera perdonado la vida.

–Deje las preguntitas rutinarias y haga bien su trabajo –contestó la mujer haciendo que la inspectora apretara las mandíbulas–. Qué pérdida de tiempo.

–Estoy haciendo exactamente eso, mi trabajo, así que tendré que seguir el proceso igual que con cualquier sospecha de desaparición, pese a que a usted le parezca innecesario. –

Sara mantenía el tipo, de buena gana le habría dado un puñetazo para tumbarla.

–Me importa una mierda. Su tiempo es igual de valioso que el mío, si van a preguntarme gilipolleces, se pueden ir por donde han venido y

les envío por *email* todo lo que me parezca relevante para encontrar a Esther.

Leandro se revolvió en su asiento, se avecinaba una guerra, los nudillos blancos de la inspectora así lo anunciaban. Sara, además de no amedrentarse ante nada ni ante nadie, se crecía en aquellas situaciones en las que el control era suyo. Leandro carraspeó y se preparó a observar, le gustaba ver en acción a su jefa más de lo que quería reconocer.

–Mire, Pilar, le preguntaré todas las gilipolleces que me parezca oportuno preguntarle; entre otras cosas, porque soy la inspectora al cargo de esta investigación.

–Me parece que se… –comenzó a decir la mujer poniéndose roja de indignación.

–Si su tiempo es valioso o no, a mí también me importa una mierda –siguió hablando Sara por encima de la mujer, no pensaba darle un resquicio por el que colarse–, porque de lo que se trata es de encontrar a Esther y ese es el único tiempo ahora importante,

¿queda claro? Necesito una serie de datos que usted me va a facilitar, a ser posible con una sonrisa, o tendré que detenerla por resistencia a la autoridad y seguiremos haciendo estas preguntas en comisaría.

–Se está extralimitando –la acusó ella–. Se equivoca conmigo, soy amiga de…

–Perdón, ¿le he preguntado yo por sus amistades? No recuerdo haberlo hecho, así que limítese a contestar las preguntas que le vamos a hacer mi compañero y yo. Y después, si lo cree oportuno puede llamar a toda su pandilla del instituto si le hace ilusión.

Ahora, solo responda.

La mujer, muda ante el alarde de autoridad de la inspectora, se acomodó como pudo en aquella diminuta silla (Leandro estaba seguro de que se había quedado encajada) y se dispuso a obedecer, sin rechistar, a todo lo que la inspectora le pidiera.

–Por cierto, lo relevantes que sean los datos ya lo decido yo –terminó diciendo Sara a la vez que se colocaba el pelo detrás de la oreja derecha con el fin de enseñarle el hueco en su mano. La mujer no rechistó; tragó saliva al contemplar la herida cicatrizada de Sara.

–Bien –intervino Leandro intentando mantener la calma–, ¿desde cuándo falta Esther?

¿Cuándo notaron su desaparición?

–Lleva dos días sin venir, ha sido su compañero Benito quien me ha advertido, es otro de mis reporteros.

–¿Y usted no lo había notado? –preguntó la inspectora enarcando las cejas.

–No…, bueno… Sí, es que Esther tiene entre manos una investigación y a veces falta uno o dos días.

–Es decir…, que sí es normal que desaparezca, como le preguntó antes mi compañero y usted dijo que no nos habría llamado de no ser así –aprovechó Sara para dejarle claro que no iba a dejar pasar ni una sola oportunidad para meterse con ella. Leandro aguantó una sonrisa.

–Sí, bueno, es que Benito me dijo que no cogía el teléfono y eso me preocupó –le explicó ella comenzando a sudar copiosamente. Le caían gotas por las sienes.

–Bien, anota eso, Leandro, como dato relevante, por favor –dijo con sorna Sara.

–¿Está hoy aquí? ¿Podemos hablar con él? –intervino Leandro para quitar un poco de tensión.

–Ahora mismo está en la calle haciendo una entrevista, no tardará –respondió la mujer con suavidad.

–Entonces hablaremos con él más tarde. ¿Conoce las costumbres de la joven? Con quién sale, si tiene pareja, amigos, aficiones…

–Esther lleva aquí dos años más o menos; que yo sepa no tiene pareja, no lo podría asegurar, a mí no suelen contarme nada, yo no soy ni su confesora ni su amiga, soy su jefa.

“Qué raro –pensó Sara–. Si hubiera tenido el don de la telepatía, habría leído exactamente el mismo pensamiento en la cabeza de su compañero”.

–¿Y alguna afición que sepa?

–Ni idea, en eso Benito les podrá ayudar más. Yo les he llamado porque Esther está siguiendo un reportaje sobre una serie de… –

comenzó a decir y después se quedó mirándolos y pensando si debería seguir hablando o no de la investigación–. Bueno, eso, que está con un reportaje y, al no aparecer ni responder al móvil, pensé que podía haberse visto involucrada en algo gordo. Tiene prohibido entrevistarse con nadie sola, le asigné un compañero: César. Él dice que la mayor parte de las veces lo esquiva.

Esther no es lo que se dice muy obediente.

–Necesitaremos ver todo lo que tenga sobre ese reportaje, por ir descartando –comentó Sara pensando si aquello no guardaba relación con el caso que estuviera investigando Esther, sino más bien con el que ellos llevaban.

No podían desechar ninguna hipótesis, al menos hasta tener algún dato más preciso.

La mujer se levantó de golpe, lo que hizo sobresaltarse a Leandro y les pidió que la acompañaran al ordenador de la joven desaparecida. La inspectora le explicó que tendría que llamar a un técnico para que se llevara el ordenador de la chica en cuanto alguien pusiera una denuncia por su desaparición. Ella les prometió que Benito se acercaría a comisaría a poner la denuncia en cuanto apareciera por la redacción. Sara llamó al comisario para pedir permiso y llevar el ordenador al laboratorio; él se lo concedió, no estaban para perder tiempo en formalidades, hizo los trámites pertinentes solicitando una orden. Tampoco quería más problemas con aquella mujer. Estaba segura de que no les había exigido una orden para llevarse el ordenador de Esther por la discusión mantenida hacía unos minutos. De no ser así, no les habría dejado llevárselo de ninguna manera.

La mujer torció el gesto cuando vio que los dos inspectores desconectaban el ordenador. No se atrevió a protestar, después de lo que la policía le había dicho en su despacho, aunque ganas no le faltaron. De todos modos, en cuanto se marcharan llamaría a la abogada porque no creía que el trato recibido por parte de la inspectora fuera del todo legal.

–Muchas gracias por su colaboración, nos ha hecho un gran favor. De haber esperado a la orden, habríamos perdido varias horas en esta investigación, en cuanto llegue a mis manos se la entregaré. Y, por favor, que Benito vaya a comisaría en cuanto vuelva.

–Sí, se lo diré –respondió ella visiblemente molesta.

La mujer se despidió de mala manera y se metió en su despacho, tan

enfadada que sacó la puerta de su rail al cerrarla. Los inspectores, si se percataron del detalle, no dieron muestras de ello.

–¿Qué coño hacen con el ordenador de Esther? –preguntó una voz a su espalda; los dos inspectores se dieron la vuelta.

Un hombre de unos cincuenta años, tan delgado como uno de los folios que llevaba en la mano, los miraba desde detrás de unas modernas gafas sin montura que hacían parecer sus ojos el doble de grandes de lo normal.

–¿Y usted es…? –preguntó Sara preparándose para una nueva batalla verbal. Leandro se le adelantó.

–¿Es usted Benito? –preguntó él con voz amable.

–Sí, ¿y usted? –asintió con desconfianza, aunque aun así le aceptó la mano que el inspector le tendía.

–Soy el inspector Gómez y mi compañera, la inspectora Benítez, de Homicidios.

Estamos investigando…

–No, no puede ser, no, Esther… –comenzó a decir él muy agobiado.

–Estamos investigando su desaparición, Benito.

–¿No acaban de decir que son de Homicidios? No lo investigarían si…

–Bueno…, llevamos una investigación sobre varias mujeres secuestradas y la forma de desaparecer de su amiga coincide con las demás –le explicó Leandro omitiendo el detalle de que una de ellas había aparecido sin vida y otra se había salvado por una providencial operación anterior. No podía decirle mucho más, y menos teniendo en cuenta que era periodista. Era muy probable que la joven apareciera sin vida en los próximos días, era consciente de ello. Llevaba suficientes años para saber que no podía adelantar ese tipo de acontecimientos al entorno de las víctimas.

–Entonces no está muerta –dijo esperanzado.

–Que sepamos nosotros, no –respondió la inspectora sin mojarse demasiado.

–¿Y qué necesitan saber?

–Necesitamos el ordenador para revisarlo, por si estamos equivocados y su desaparición está relacionada con el caso que está investigando –le explicó Sara–. Y

también necesitamos saber si sale con alguien, quiénes son sus amigos, con quién vive, qué aficiones tiene, antiguas relaciones con alguien problemático; en fin, lo que se le ocurra.

–A ver…, amigos pocos. Ella dedica su vida al periódico, eso no deja tiempo para la vida social. Que yo sepa, su mayor afición es ir al cine y las clases de defensa personal tres días a la semana. Vive en un apartamento sola a dos calles de mi casa y su familia vive lejos, en Cáceres.

Pareja no, yo lo sabría, confía muchísimo en mí. Vamos, se lo aseguro, no tiene pareja ahora. Tenía un gato que se murió hace un par de meses.

–¿Le ha presentado a todas sus parejas? –le preguntó el inspector Gómez.

–No siempre, tampoco es que haya tenido tantas, yo he conocido a tres. Sé que estuvo una temporada con un hombre casado, con ese lo llevaba todo en secreto, solo me lo contó a mí y hace tiempo que aquello terminó. Y relaciones que hayan salido mal, ha tenido más de una y la verdad es que nunca la oí decir que ninguno de ellos fuera violento o que le tuviera miedo –les aclaró el hombre.

–¿Y entonces? ¿Por qué las clases de defensa personal?

–Un día la atracaron, hace bastante tiempo, pasó tanto miedo que se prometió a sí misma que no le volvería a ocurrir. Además, aunque no lo dice, creo que quiere prepararse para ser profesora en ese arte, el periodismo quema bastante.

–¿Alguna vez tuvo alguna relación con usted? –le preguntó Leandro, él lo miró como si no fuera normal.

–No, claro que no –respondió casi ofendido.

–Disculpe si le he molestado, es que tengo que agotar todas las posibilidades.

–No, no me molesta. Es que en realidad a mí no me van las chicas como Esther; en realidad no me van las chicas, me van más los hombres como usted.

Sara carraspeó, le estaba echando los tejos a su compañero allí mismo, delante de ella y de toda la redacción del periódico. ¿Se habría sentido igual de incómoda si Benito hubiera sido una mujer? Pensó que aún necesitaba avanzar mucho en aquel sentido.

Leandro no dijo nada.

–Bien, Benito –terminó diciendo la inspectora Benítez mientras le tendía una tarjeta–.

Seguramente necesitaremos hablar con usted más adelante.

–Lo que sea –respondió él.

–Si recuerda algo que pueda ayudarnos a encontrar a Esther, llámenos enseguida, sea la hora que sea. Y si se pusiera en contacto con usted, lo mismo.

–Por supuesto. Por favor, encuéntrenla, es lo mejor que tengo… –les pidió dándoles la espalda nada más sentir que una lágrima se escapaba furtiva de uno de sus ojos.

Los dos policías se pusieron en marcha con el ordenador en las manos tras despedirse del hombre y se dirigieron a la salida. En cuanto pisaron el rellano, la frenética actividad de la redacción se reanudó y ellos salieron a la calle con una nueva víctima a la que encontrar, sabiendo que el reloj jugaba en su contra.

CAPÍTULO 21: UNA PISTA FIABLE

Leandro marcó el teléfono del laboratorio de la policía científica, sentía que había hablado más tiempo con ellos que con su mujer en las últimas horas; Sara no habría estado muy de acuerdo. Quería contactar con el técnico que trabajaba en el ordenador del sospechoso y saber si había encontrado algo de interés.

–Nos acaban de avisar de que nos traen un ordenador para analizar porque pertenece a otra posible víctima del secuestrador. ¿Es por ese tema por el que quiere hablar con Raúl? –preguntó la voz de una chica al otro lado–. Parecía urgente…

–Raúl, eso es, llevo varios minutos intentando recordar el nombre. Sí, por ese tema –le explicó Leandro–, quizá la chica siga con vida, es por eso por lo que corre prisa. Vamos hacia allá.

–Perfecto, inspector, le esperamos. Además, mi compañero tiene algo que contarle.

–¿Sobre el ordenador que estuvo analizando? ¿El de Ángel Santamaría?

–Supongo, a mí no me ha comentado nada –le explicó la joven–. Yo estoy con otro caso.

–Sí, claro, hablaremos ahora con él, llegaremos en unos minutos –dijo él antes de colgar.

Sara conducía sobrepasando el límite de velocidad y con la placa a mano por si los paraban.

Cuando investigaba un caso como aquel, necesitaba sentir que tenía el control sobre todos los detalles posibles para que la sensación de desasosiego se tornara más llevadera. Leandro pensaba que, en un frenazo, se fundiría con la tapicería sin remedio.

–Leandro, te dejo en el laboratorio y me acerco al hospital, quiero saber cómo está la chica, que hace días que no voy y en su estado puede haber muchos cambios

–Como tú quieras. Al laboratorio hay que ir porque el informático quiere hablar con nosotros, parece que ha encontrado algo.

–Entonces prefiero que nos separemos y abarquemos un poco más de campo. Que te vaya contando a ti lo que ha encontrado y en un rato te recojo, en cuanto hable con la doctora.

–Sí, sí, de acuerdo –respondió él antes de marcar el teléfono de su mujer para hablar con ella.

Ana enseguida le preguntó cómo estaban las cosas con Sara, él cambió de tema y le preguntó por el pequeño Hugo, con lo que ella se dio cuenta de que no podía hablar.

Sara lo observaba por el rabillo del ojo. ¿Cuántas veces al día sentía la necesidad de hablar con Ana? ¿O cuántas necesitaba saber si el niño había dormido, había llorado, había comido o había cagado? La exasperaba. Si aún tenía alguna duda sobre su instinto maternal,

quedaba resuelta en aquel momento.

Llegaron al laboratorio y él colgó prometiendo que la llamaría después. Leandro entró y preguntó por Raúl, el joven técnico que se encargaba del análisis del ordenador del sospechoso. Le entregó el ordenador que llevaba a la joven que se identificó como la que había hablado con él hacía unos minutos y lo llevó a una sala donde varias personas trabajaban en diversas máquinas. Enseguida reconoció al joven. En cuanto el chico lo vio, se acercó a él.

–Inspector Gómez, soy Raúl, ¿me recuerda? Rastreé el *email* recibido por Ángel Santamaría y encontré algo que creo que le va a interesar.

–Sí, sí, claro que me acuerdo, a ver..., enséñemelo, estoy expectante –confesó él.

–Bueno, traje el ordenador al laboratorio, que tengo mejor conexión. Desde aquí he utilizado varios programas para rastrear el *email* y he averiguado que se lo enviaron

desde una dirección temporal. Alguien se ha tomado además muchas molestias en cubrir el rastro; quien sea, tiene nociones de informática.

–Vaya..., ¿entonces no podemos saber desde dónde ha sido enviado el mensaje? –

preguntó Leandro, contrariado.

–Yo no he dicho eso –respondió el joven con cierta satisfacción en la voz.

El inspector puso los ojos en blanco, sentía que a todos los informáticos les encantaba hacer eso mismo: decir algo que los llevara a un camino sin salida para, a continuación, dar la solución como si fuera algo completamente imposible que solo ellos pudieran realizar.

–Lo mejor –prosiguió el joven– es que el *email* se envió desde este mismo ordenador.

–¿Cómo dice?

–Lo que oye. Quienquiera que haya enviado ese correo electrónico, lo ha hecho desde este ordenador.

–Joder –musitó Leandro.

–Espero que no le parezca mal, le he pedido a mis compañeros que

saquen huellas del teclado también y lo analicen a fondo.

–Claro, claro, me parece perfecto –coincidió el inspector. Por cierto, ¿sería posible saber cuándo se envió ese correo?

–Por supuesto –respondió él–. Se envió el lunes a las 17: 37.

–¿Este mismo lunes? ¿24 de octubre?

–Eso es –confirmó él.

–No sabe lo importante que es este dato –le explicó Leandro pensando que Ángel Santamaría estaba fuera de la comisaría en ese momento. Precisamente lo habían liberado sobre las cuatro ese mismo día. Que el mensaje hubiera salido precisamente de ese mismo ordenador...

–Me alegro de haberle servido de ayuda –contestó el joven.

–Acabo de traer el disco duro de una joven que desapareció el martes, o al menos eso creemos. Se lo he dejado a una compañera suya…

–¿Lorena?

–La verdad, ni idea, no me dijo el nombre, ni yo le pregunté. Es una chica menudita con el pelo corto y muy negro.

–Lorena, sí, iré a echarle una mano entonces, se nos acumula el trabajo.

–Es muy probable que siga viva, le pido que lo analice cuanto antes.

–Bien, voy a avisar a mi jefe de que me pongo con él, por si tiene él algún trabajo más urgente, supongo que no.

–Muchas gracias, espero que nos sirva de algo. ¿El ordenador del sospechoso nos lo podemos llevar ya o tienen que hacer alguna prueba más? Es porque quiere trabajar desde casa, o eso dice.

–Yo creo que sí se lo pueden llevar. Las huellas ya las hemos tomado. Ayer estuve buscando por si lo hubiera enviado él mediante una dirección de correo temporal. Y

aunque no lo puedo descartar, si le soy sincero, creo que no.

–¿A qué se refiere? –preguntó Leandro, interesado.

–Bueno, es que este tío tiene varias direcciones de correo y una de

ellas es temporal, ni siquiera ha intentado borrar el rastro, y eso que la usa…

–¿Para qué? Hable, que me está poniendo un poco nervioso.

–La usa para ligar –terminó diciendo el técnico.

–¿Está seguro?

–Sí, ha contactado con varias mujeres, con algunas incluso ha mantenido una relación.

Le he guardado en esta carpeta las charlas con algunas de ellas; las más interesantes, diría yo.

–Bueno, esto no me lo esperaba, la verdad. ¿Y con esto podemos dar con ellas? –

preguntó el inspector a la vez que ojeaba la carpeta que le acababa de proporcionar el técnico informático.

–Bueno, sí, claro, solo que tendrá que decidir lo que hago primero –pidió el joven–.

¿Esto o el ordenador que me acaban de traer y que es de esa mujer que puede que siga con vida?

Leandro se quedó pensativo unos segundos. Después tomó una decisión; cuando estuviera con Sara se lo explicaría, y si ella no estaba de acuerdo, que hablase con el joven.

–No, no, prefiero que se ponga con el que acabo de traer, si la chica está viva tenemos poco tiempo. Las infidelidades del sospechoso solo ayudan a corroborar que no es tan inocente como quiere hacernos creer.

–Entonces, si me lo permite, voy a ponerme ahora mismo a trabajar.

–Sí, se lo agradezco mucho –dijo el inspector a modo de despedida.

Con el hallazgo del técnico informático disponían de suficiente material para detener a Ángel, todas las pistas empezaban y acababan en él. Aunque eran solo circunstanciales, la suma de todas ellas podía ser suficiente para que un juez determinara que había que interrogarlo a fondo. Pensó que tendrían que pedir una orden de detención contra él.

Después marcó el número de Sara para ponerla al corriente; ella no contestó, debía de ir conduciendo. Mientras decidía si se encaminaba a la comisaría, al hospital o a la cafetería más cercana, volvió a llamar a su esposa, aquella vez podría contarle todo lo que necesitara saber, aunque ni siquiera él estaba muy seguro de lo que eso significaba.

Era como ir al psicólogo con su mujer ocupando el sillón desde el que se hacían las preguntas.

Sara aparcó de nuevo donde le indicó el guardia de seguridad. Subió andando las escaleras que llevaban a la UCI. Observó que los peldaños se veían mucho más gastados en el centro que en los laterales. El Hospital Clínico se ubicaba en un edificio muy antiguo, en el centro de Madrid.

Custodiaban varios árboles dos de sus laterales y un camino lleno de escalones daba acceso a pie a uno de sus pabellones, al Instituto Anatómico Forense y a la Universidad Complutense. A la inspectora siempre le había gustado entrar por allí, sobre todo en primavera, cuando aquello se llenaba de flores y de hojas recién estrenadas. Claro que, si accedía en coche, las plazas reservadas se encontraban en la puerta principal, la que se orientaba al sur. Dentro del edificio los pasillos eran largos, anchos y muchos de ellos no habían conocido aún las reformas, con lo que el contraste con otras zonas más nuevas del hospital era algo más que evidente. Así podía uno pasar de estar en una sala moderna, llena de instrumental que parecía sacado del futuro, a recorrer un simple pasillo para retroceder, de golpe, al siglo XVIII.

Sara pulsó un timbre en la entrada de la UCI y esperó. Sabía que no era la hora de las visitas, así que seguramente lo tuviera que volver a intentar. Poco después, una mujer ataviada con un uniforme azul y una bata verde de papel colocada por encima abrió la puerta y sin dar tregua le dijo con voz nasal.

–Las visitas son a las 13:00 y a las 19:00, lo pone el cartel. –Y pulsó el botón que cerraba la puerta. Sara se coló tras ella antes de que las puertas automáticas la pillaran; la mujer entró en cólera. Para no montar ningún espectáculo en aquella sala, que tan poco gustaba a la inspectora, sacó rápido la placa y se dirigió a la mujer sin dejarle hablar.

Después del altercado con la directora del periódico donde trabajaba Esther, no pensaba andarse con tonterías.

–Como ve, yo no soy una visita, por eso vengo cuando me es posible. Entiendo que no es buena hora; así que, si es tan amable, le dice usted a la doctora que lleva a Estefanía Martín que estoy aquí, que necesito hablar con ella y así me marcho cuanto antes para que usted pueda perderme de vista.

–¿Habían quedado? –le preguntó ella sin inmutarse.

–No, ni siquiera sabía si podría venir hoy –contestó Sara, irritada.

–Entonces no sé si…

–Si lo prefiere entro a buscarla yo –la desafió.

–Espere aquí –le ordenó ella antes de colarse en una sala repleta de camas con pacientes llenos de tubos y cables conectados a máquinas que pitaban y emitían luces constantemente.

La inspectora pensó que era imposible que nadie se dedicara a aquel trabajo sin vocación. El olor en aquel lugar era una mezcla imposible, el que más destacaba era el del desinfectante. Ella constató que se trataba de un olor muy parecido al sentido hacía unos días en la sala de autopsias donde hablaron con la doctora… Bueno, con Ilka. Una sombra se movió a su izquierda, ella se dio la vuelta: la doctora estaba allí.

–Buenos días, inspectora, no la esperaba.

–La verdad es que no sabía que vendría, solo quiero saber cómo está la chica.

–No ha habido demasiados cambios, ya son varios días así, lo que por otro lado es buena señal –le comentó ella–. Pase por aquí a una de las salitas, así la pongo al día.

La joven doctora condujo a Sara a un pequeño despacho donde solían informar a los familiares de los pacientes. La inspectora pensó, con pena, cuántas veces aquella mujer habría tenido que contarle a alguien que su madre, su hermano, su hija o su esposo no habían logrado superarlo. Intentó pensar en los que se salvaron; sabiendo que, además, sería en una proporción mayor. Observó a la doctora, cargaba las imágenes en un ordenador y le pedía que las mirase.

–Mire, esta zona es la que más me preocupa, es la que coincide con el impacto, ¿lo ve?

La bala está incrustada en la placa de titanio.

–Sí, me dijo usted que fue lo que le salvó la vida. La verdad, pensaba que el titanio es de baja dureza, que no sería capaz de frenar un impacto de bala.

–Bueno…, normalmente sería así. Para esta operación, algo inusual, se ha utilizado una doble capa, supongo que por la zona afectada, y además la bala se desvió un poco y se encajó. Hemos tenido suerte.

–Aprovecharemos esa suerte entonces.

–Cuando llegó al hospital no sabíamos por qué tenía esa placa, no conocíamos su identidad. Ahora sí.

–¿Y por qué la tiene?

–Le encontraron una tumoración en el hueso; benigna, pero crecía, así que le cambiaron ese trozo “defectuoso”, por así decirlo, por uno de titanio hace cinco años.

–Ha sido providencial... A lo mejor le parece egoísta lo que le voy a decir…

–¿Que quiere la bala?

–Vaya, parece que lo llevo escrito en la cara –dijo Sara un tanto contrariada.

–No, inspectora, no es el primer caso de herida de bala al que me enfrento. Sé lo importantes que son las pruebas. Además, mi hermano es técnico en la policía científica en Málaga y esas cosas las tengo muy en cuenta. Y, como usted dice, sí, ha sido providencial. De hecho, si le hubieran disparado desde el otro lado, estaría muerta.

–Ya veo. ¿Piensan operarla ya? –preguntó Sara intentando no parecer falta de tacto.

–Lleva unos días bastante estable. No se preocupe, inspectora, que le prometo que será cuanto antes, tenga en cuenta que la placa de titanio está deteriorada y le está provocando daños que queremos reparar tan pronto nos sea posible, no solo se trata de recuperar el proyectil.

–Ah, bien, espero que sea pronto, así significará que está mejor.

–Sí, no se preocupe, que la mantendré informada –le prometió ella.

Sara se marchó de allí con la esperanza de que la chica se salvara. La prioridad era encontrar a las dos mujeres desaparecidas, sentía la urgencia de recoger a su compañero y llegar a la tranquilidad de su despacho, donde colocarían cada pieza en su lugar, aunque en aquel momento no le parecía tener nada con lo que empezar. No contaba con la llamada que recibiría a continuación.

CAPÍTULO 22: SIN REMITE

La mujer apretó la bolsa contra su pecho como si alguien se la pudiera arrebatar. Dentro llevaba solo una barra de pan y un poco del jamón que tanto le gustaba a su marido. Se lo pondría en un plato pequeño para la cena. Casi todos los días compraba un poco, a esa edad la rutina se convertía en una compañera más fiel que su propio esposo.

Aquella mañana el charcutero, armándose de valor, le explicó que, ya que casi todos los días se llevaba un poco, le resultaría más rentable comprar el jamón por piezas, que él se lo podía cortar y envasar al vacío si así lo quería, que se ahorraría un buen dinero.

Luisa lo miró espantada. ¿Y no ir hasta allí todos los días a ponerse al día de lo que ocurría en el barrio? Menuda tontería. Le contestó con un amable “muchas gracias, pero así me obligo a salir, joven”; él sonrió satisfecho, lo había intentado al menos.

La mujer aceleraba el paso según se acercaba a su portal, como si tuviera prisa por algo o se hubiera dejado la comida puesta en el fuego. Mientras se aproximaba, un repentino desasosiego se apoderó de ella. La puerta de entrada al portal permanecía abierta de par en par. ¿Es que en aquel vecindario no habían aprendido nada aún? ¿Después de lo que le había ocurrido a Andrea, su vecina? Entró muy enfadada y cerró tras ella. Si algún vecino había dejado la puerta abierta para bajar cosas pesadas o traer la compra del coche o lo que fuese, que volvieran a abrir. Si de ella dependiera, incluso contratarían a un portero que vigilara mañana y noche las entradas y salidas de todos los vecinos.

Subió en el ascensor, no se sentía con ganas de encarar las escaleras, y eso que el médico le había mandado que hiciera ejercicio cada

mañana. Cuando giró hacia el pasillo, notó una sombra que se movía veloz a su espalda; se volvió lo más rápida que fue capaz: no había nadie. Se acercó al hueco de la escalera y miró hacia abajo. Lo último que acertó a oír fue la puerta del portal de nuevo; alguien acababa de salir a la

calle. Le comía la curiosidad por no saber quién era el vecino que acababa de abandonar el portal, seguro que el mismo que dejó minutos antes la puerta abierta.

En el felpudo delante de su casa descansaba un paquete. Cuando salió un rato antes a la calle no estaba allí, eso seguro. Se apresuró a cogerlo para ver quién se lo enviaba; que recordara, no había pedido nada y su marido tampoco. Se trataba de un sobre acolchado, dentro contenía algo poco pesado, quizá ropa. No, definitivamente ella no esperaba ningún envío. El remite aparecía vacío y en el espacio dedicado a escribir la dirección solo se veía escrito el piso, alguien lo había traído en mano. Abrió la puerta deprisa para llamar a la policía, aquello le resultaba demasiado extraño. La visión de aquella mujer tan antipática a la que le faltaba un dedo le hizo desechar la idea, aunque tampoco se atrevió a abrirlo. Lo colocó en la encimera y se dispuso a recoger la cocina.

Oyó en la lejanía a los vecinos que bajaban con el perro por la escalera y puso una mueca de desagrado, odiaba el olor de aquel animal, no entendía cómo sus dueños no lo notaban.

Hiciera lo que hiciera, la mirada acababa siempre en el paquete, parecía que tuviera un imán que la atrajese hacia él desde cualquier lugar de la casa.

“Menuda idiotez –pensó entonces en voz alta–, tendré que abrirlo; si no, ¿cómo sabré lo que hay dentro?”.

La mujer sabía que aquello lo decía solo para reunir las fuerzas necesarias, su corazón se aceleró. Intuía que no le gustaría el contenido, aunque no sabía el motivo. Escuchó los pasos de Ángel fuera, en el pasillo que daba al resto de las viviendas. Ella conocía la manera de caminar de casi todos los vecinos del inmueble, y sobre todo la de Ángel y su mujer, Andrea. Se encaminó a la puerta con el paquete en la mano y abrió antes de que el hombre se metiera en su casa.

–Vecino… –llamó su atención; él puso los ojos en blanco, no había sido lo suficientemente rápido para esquivarla.

–Buenos días, Luisa, ¿quería algo? –preguntó con falsa cortesía.

–Sí, hijo, es que fui a comprar y al volver de la plaza me encontré esto delante de la puerta y no tiene remite. Yo no espero ningún envío y, claro, al traerlo alguien en mano se ha podido equivocar y no ser para mí. Solo te lo digo por si tú esperas algún paquete, que yo cada vez tengo más claro que se han equivocado. Además, el que sea ha dejado la puerta del portal abierta y ya sabes que en todas las reuniones lo decimos que no

podemos dejar que entre nadie de fuera porque fíjate la pobrecita Andrea que sigue sin aparecer, que no sé cómo no os habéis vuelto locos ya, porque ya tenía que haber aparecido…

–¿Me permite? –preguntó Ángel mientras cogía el paquete de sus manos en un intento, sobre todo, de que se callara.

–Claro, hijo, claro… No tiene remite, ¿ves? Y aquí pone mi piso, pero ya te digo que yo no espero ningún envío y el paquete me parece muy raro y no tiene matasellos ni ningún repartidor ha venido a que firme nada y…

–Ya me encargo yo, Luisa, no se preocupe. Creo que debe de haber algún error, este envío es para mí. Pedí unas camisetas para los niños hace unos días y ya pensaba reclamarlas. Muchas gracias por guardármelo.

La mujer se quedó mirando a su vecino, sin saber qué decir. Ángel pensó que era la primera vez que la dejaba sin palabras; si no hubiera estado tan nervioso, incluso se habría reído. La despachó como pudo, necesitaba entrar en casa y abrir el paquete lo más rápido posible. El olor a almizcle que despedía se colaba por sus fosas nasales provocando que su corazón se acelerara y respirara con dificultad. Si a eso añadía que disimulaba frente a su vecina, para que no se percatara de que algo ocurría, estaba a punto de estallar de la tensión acumulada.

Al fin consiguió cerrar la puerta y dejar detrás a Luisa, quien aún no entendía cómo su vecino se había hecho con el paquete que ella llevaba en sus brazos hacía unos segundos. Volvió a su casa un tanto perpleja y se dispuso a lavarse las manos para eliminar aquel olor que le había quedado de sujetar el sobre acolchado. Tras frotarse bien, decidió que también se cambiaría de jersey, no había quien quitara aquel hedor.

Mientras, Ángel se colocaba unos guantes, que utilizaba normalmente

para fregar, antes de abrir el paquete con sumo cuidado. Aguantó la respiración y cortó un lateral del sobre intentando rasgarlo lo menos posible. Sabía que tenía que llamar a la policía; solo que, si quien fuera quería comunicarse con él, quería saberlo antes de que metiera la nariz la inspectora Benítez, después no tendría opción. Volcó el contenido encima de la cama. Dio un salto atrás golpeándose un hombro contra la mesilla; no sintió dolor.

Un conjunto de ropa interior de color rosa pálido apareció ante sus ojos. Varias manchas de lo que parecía sangre seca se acumulaban entre sus pliegues y algunos restos de tierra se veían como pegotes en medio del encaje. No había ninguna duda:

aquel conjunto era de Andrea. Una nota captó su atención. Mientras marcaba el número de la inspectora Benítez, abrió el papel con cuidado sabiendo lo que se iba a encontrar…

… devuelve golpe por golpe, desprecio por desprecio, ruina por ruina, ¡y devuélvelos con interés del ciento por ciento! Ojo por ojo, diente por diente, ¡siempre en una proporción de cuatro a uno, de cien a uno! Conviértete en el temor de tu adversario, y cuando él se aleje lo hará con mucha más sabiduría que rumiar. De este modo, te harás respetar en todas las esferas de la vida, y tu espíritu, tu espíritu –inmortal–, vivirá, no en un paraíso intangible, sino en el cerebro y en las fibras de aquellos cuyo respeto has conquistado…

–¿Inspectora? –preguntó en cuanto sintió que contestaban a la llamada.

–Sí, Ángel, ¿qué ocurre?

–Deben venir a mi casa. He recibido un paquete… Bueno, en realidad no lo he recibido yo, sino mi vecina… Bueno, mejor que lo vean.

–No lo toque –le advirtió ella.

–Bueno…, es que ya lo he abierto…

–¿Por qué ha hecho eso? –preguntó ella, enfadada–. Sabe lo importante que son las pruebas, no hace más que ponerse en evidencia.

–Lo sé, inspectora, es que olía a almizcle y creí que quien fuera se comunicaba conmigo.

–Voy para allá, no toque nada más –le advirtió ella.

–Me puse guantes –se defendió él.

–Qué detalle –ironizó ella antes de colgar.

Una hora después, la mente de Sara procesaba el dato que acababa de observar. El conjunto que el secuestrador había enviado de Andrea Soto era exacto a los encontrados junto al cadáver de Inés Corral y de Estefanía Martín. Aquello no podía ser una coincidencia. Cogió la nota que el sospechoso le facilitó. Tras leerla un par de veces, sintió que el reloj corría más que nunca en contra de la vida de Andrea, así que se colocó ante el sospechoso esperando una explicación que no la convencería jamás.

CAPÍTULO 23: COINCIDENCIA

En cuanto salió del domicilio del sospechoso, se apresuró a llamar a su compañero, que la esperaba en una cafetería junto al laboratorio. Cinco minutos después, Leandro escuchaba de labios de su compañera el hallazgo del tercer conjunto de lencería similar.

No sabían cómo, pero lo investigarían. Lo primero al llegar al trabajo fue contarle al comisario los nuevos hallazgos: la joven reportera desaparecida, el *email* enviado desde el ordenador del sospechoso y la mejora de salud de la mujer que seguía en el hospital.

Mientras el comisario hablaba con el juez, ellos se encaminaron a la pizarra del despacho de Sara y ordenaron las pistas. Leandro desapareció sin decir nada y volvió un minuto después con un café en cada mano. Ella musitó un “gracias” que sintió en lo más profundo de su ser. No significaba nada, al menos se había instaurado una pequeña tregua entre ellos, eso ahora le bastaba.

–Vamos a poner esto al día, Leandro, mientras el comisario pide la orden de registro –

comentó con los rotuladores en la mano.

–Necesitamos otra pizarra –contestó él.

–Sí, tienes razón –dijo ella encaminándose al teléfono y solicitando que alguien le acercara una nueva pizarra borrable a su despacho cuanto antes.

Recordó cuando el año anterior en Gijón había utilizado papel marrón para forrar una pared y escribir en él, porque no había ninguna pizarra en el despacho de Leandro, hasta que un agente había encontrado una en un almacén, olvidada. Para ella era un detalle muy significativo de la cantidad de crímenes que se cometían en Madrid y los que habían encontrado en Asturias. Un dato para tener en cuenta. Borró entero el panel

que tenían, prefería volver a empezar. Unos golpes sonaron en la puerta y apareció el rostro del subinspector Solís, que tan nerviosa ponía a Sara.

Acompañado de otro agente, entre los dos traían una pizarra de tamaño gigante. A la inspectora le pareció una idea excelente y así se lo hizo saber al joven pelirrojo, que se marchó del despacho sacando pecho y con una cara de satisfacción que provocó la sonrisa de Leandro.

–¡Qué entusiasta es!

–A veces demasiado, créeme, trabajó conmigo cuatro meses hasta que volviste de Gijón.

–Ya… –musitó el inspector Gómez dejando que sus pensamientos se perdieran en la conversación mantenida con el comisario sobre su cambio de compañero.

Sara mancilló la enorme pizarra con el rotulador rojo al escribir en el centro dos palabras:

“Ángel Santamaría”. Aunque todo apuntaba a él, no podían demostrar nada.

Esperaban que un registro de su domicilio y un buen interrogatorio cubriera unos cuantos huecos. Escribió a la izquierda los nombres de las cuatro mujeres y sus fechas de desaparición. En los casos de Estefanía Martín y de Inés Corral también anotó su fecha de aparición. Junto al nombre de Estefanía escribió la palabra “VIVA” en

mayúsculas y color verde, lo que daba algo de esperanza a la hora de encontrar a las otras dos. Después, y en azul, escribió “TEXTO” junto a las dos mujeres encontradas y al sospechoso, lo que significaba que los tres habían recibido unas líneas escritas por alguien perturbado o que quería que lo pensaran. En la de Ángel, añadió un signo de interrogación; si su *email* se había enviado desde su propio ordenador, era muy probable que se lo hubiera enviado a sí mismo. Habría que esperar a la orden y hablar con él.

–Por cierto, Sara, Ángel Santamaría tiene un Citroën Xara Picasso de color rojo, me han llamado de tráfico hace un rato.

–¡Vaya!, ¿y no tiene más vehículos a su nombre? –preguntó ella.

–Que sepamos no. Eso no lo exculpa, podría haberlo alquilado o pedido prestado.

–Habrá que comprobarlo –añadió ella, pensativa.

–Sí, he pedido que rastreen su tarjeta por si ha pagado esta última semana el alquiler de un vehículo.

–Creo que deberíamos enterarnos también de qué coche tienen esos amigos suyos…

Rafa y… Laura –dijo ella en voz alta.

–Lidia –corrigió él.

–Eso, Rafael y Lidia. Deberíamos comprobar qué vehículos tienen.

–Bien, voy a llamar yo –prometió él mientras apuntaba en su libreta otra tarea para realizar y juntos contemplaban el esquema en la pizarra–. Anota también lo de las caras, Sara. Y lo de la lencería.

–Seguimos igual, Leandro, tenemos muchos más datos con todos los caminos cortados, ni siquiera podemos comprobar todo esto –dijo ella tras escribir la palabra

“Prosopagnosia” y unir con flechas a las cuatro mujeres.

–Sí, es un poco desalentador, ya lo arreglaremos. Por cierto, hay algo que no te he contado porque me parece menos relevante que el resto de las pistas, no estoy seguro de que tenga importancia.

–¿De qué se trata?

–Verás, el técnico ha comprobado que Ángel Santamaría tenía, o más bien tiene, varias direcciones de correo electrónico y una de ellas es temporal, la activa y desactiva a su antojo.

–Joder, Leandro, ¿y no te parece relevante? Ese *email* se envió de esa manera.

–Sí, sí, lo sé. El informático no cree que sea obra de la misma persona, parece ser que nuestro sospechoso es un poco chapucero y quien envió ese *email* es todo lo contrario.

–De todos modos, me parece demasiada coincidencia –dijo ella con el ceño fruncido.

–Y eso que no sabes lo mejor, agárrate. Ángel usa la dirección de *email* temporal para ligar. Por lo visto ha tenido unas cuantas aventuras con varias mujeres.

–Vaya con el angelito –musitó ella; una idea cruzó su mente sin que saliera del todo a la superficie. Ella se limitó a fruncir el ceño.

–Ya, ya lo sé –asintió él–. El técnico me ha comentado que no le parece que sepa de informática tanto como la persona que lo envió, porque no cubrió el rastro en ningún momento, y eso que se trataba de un tema que podía traerle bastantes problemas. Que la persona que envió el otro *email* sabe mucho más.

–Ah, ya entiendo. ¿Y no le habrás pedido por un casual que rastree a esas mujeres para que podamos hablar con alguna de ellas?

–Eh…, sí, de eso quería hablarte –comenzó a decir él, le dije que primero se pusiera con el ordenador de Esther, la reportera desaparecida, me pareció más urgente.

–Bien hecho, que sea un mujeriego puede que no aporte mucho al caso, y la chica puede estar viva aún.

–Eso pensé yo. En fin…, ¿por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Con las caras de las cuatro mujeres.

–Es verdad –coincidió Sara. Escribió en la pizarra, al lado de los nombres de las cuatro mujeres, los rasgos que las hacían ser parecidas.

Bajo el nombre de Ángel Santamaría anotó que tenía el Rh negativo y que no era colaborador. Se encontraban en una encrucijada, con pocas pistas y dos mujeres que encontrar. Justo entonces, el comisario les

avisó de que la orden de registro para el domicilio de Ángel Santamaría estaba preparada. El fiscal no había visto necesaria la orden de detención. Sería suficiente. Se encaminaron al domicilio del sospechoso con un cosquilleo en la punta de los dedos, al menos esperaban conseguir algo de su domicilio, él resultaba ser un completo enigma.

CAPÍTULO 24: *DOCTOR ZHIVAGO*

La inspectora Benítez pulsó de nuevo el timbre, nadie acudió a abrir. Tras un tercer y último intento, le pidió al agente que iba con ellos que procediera a abrir la puerta. Justo cuando el hombre sacaba el taladro para forzar la cerradura, un ruido se oyó en el rellano. La puerta del ascensor se abrió y el sospechoso enfiló el pasillo que comunicaba con su vivienda. Por un segundo miró a la comitiva de policías que intentaban entrar en su casa. En sus manos, un par de bolsas de un supermercado cercano de las que asomaba una barra de pan. Se quedó parado en el rellano decidiendo si avanzar o no.

Leandro acercó su mano derecha al cinturón, donde su arma y su placa permanecían, como cada día, a la espera de ser usadas. Estaba seguro de que el hombre correría escaleras abajo y tendrían que perseguirlo: se equivocaba. El sospechoso se acercó a ellos como si lo más normal fuera que todos los días varios policías lo esperaran a la puerta de su casa para entrar y colocó las dos bolsas en una de las manos para meter la otra en el bolsillo. Instintivamente, un agente cogió su arma; Sara puso su mano sobre ella y le hizo un gesto para que la guardara. El sospechoso sacó las llaves, parecía incluso divertirse con aquello.

–Si me lo permiten, ya les abro yo –dijo con tono jocoso.

–Tenemos una orden de registro –le explicó Sara, él la miró como si hasta el momento no se hubiera percatado de su presencia.

–¡Vaya! La inspectora Benítez, ya me parecía a mí que no se perdería el espectáculo.

Me imagino que tienen una orden, no iban a venir sin ella, son muy minuciosos,

¿verdad? –respondió él–. Claro que…, supongo que la orden no incluye romperme la cerradura si les abro yo voluntariamente, ¿no? De todos modos, ¿me la enseña?

–Por supuesto, aquí tiene –le comunicó Leandro.

–Es decir –comentó él mientras leía el papel que aquella mujer le tendía– que quieren registrar la casa para buscar pistas sobre la desaparición de mi esposa.

–Más bien es porque los informáticos han encontrado algo muy interesante en su ordenador –le explicó ella–. ¿Entramos o se lo cuento aquí mismo?

Casi para animarlo a dejarlos pasar con más celeridad, se abrió una puerta en el pasillo, la de su vecina Luisa, la cotilla de la bata horrible. Los policías miraron hacia la mujer, que se asomaba sin duda a curiosear. Un agente le pidió que se metiera en su casa y cerrara la puerta. Aquella mujer no era de las que obedecían a la primera.

–Ángel, hijo, ¿va todo bien? –intentó ella entablar conversación; aunque estaba claro que le daba igual lo que dijera él, ella solo quería saber por qué estaba allí la policía.

–Sí, Luisa, va bien, no se preocupe. Por favor, métase en su casa, como le dice el agente

–respondió con paciencia.

–Si ya me lo decía mi marido: esto va a traer cola. Porque yo ya le dije que no era culpa tuya, que la culpa era de que la puerta de abajo no cierra bien y, claro, puede entrar cualquiera y a saber qué nos harán, porque Andrea, pobre chica, seguro que estaba en casa tan tranquila y alguien entró, ya sabes, nos podía haber pasado a cualquiera, que cuando las cosas se hacen mal pasan estas cosas, que esa puerta la tenían que haber cambiado hace ya dos años…

–¡Señora! –exclamó Sara comenzando a perder la paciencia–. No quiero tener que repetírselo, soy la inspectora Benítez. Haga el favor de meterse en casa de inmediato, cerrar la puerta y dejarnos trabajar en paz. ¿Me ha entendido?

–Bueno, bueno, si yo solo quería ayudar… Porque si no nos ayudamos entre los vecinos… ¿Verdad, Ángel? ¡Qué sería de nosotros! Porque ya me lo dice mi marido…

–¡Señora! –repitió Sara

–Vale, vale, ya cierro –prometió ella mientras se parapetaba detrás de la puerta y cerraba.

–Solo por no aguantar esto, merecía la pena ir a la cárcel –bromeó el sospechoso. Sara reconocía que no le faltaba razón. Además, necesitó morderse un poco la lengua para no reírse ante el comentario. Por el rabillo del ojo comprobó que a su compañero le ocurría lo mismo.

No entendía a aquel hombre. Igual se mostraba irascible que divertido, que huraño, que sociable… Por más que lo intentaba, seguía siendo un enigma. Entraron en el domicilio, donde todo se veía impoluto. Ángel los dejó trabajar en el salón y las habitaciones mientras preparaba la comida en la cocina vigilado por un agente. Antes pidió permiso a los inspectores e incluso les ofreció un café. Los papeles comenzaban a acumularse en el salón y los libros, sacados de sus estanterías, rompían la armonía que él se había molestado en crear. Ni siquiera dio muestras de incomodidad ante el inminente desorden que se avecinaba.

–Pongan especial atención en papel sin escribir, tacos de folios, cuadernos antiguos…, ya saben… –les recordó Sara, aunque ya les había explicado lo que buscaban antes de salir de comisaría. Yo voy al dormitorio –le comunicó a Leandro con una foto de la ropa interior que encontraron junto a las dos mujeres que por el momento habían aparecido, quería comprobar si la mujer tenía algún otro conjunto de ese estilo.

Una vez en el cuarto, volcó el cajón donde la ropa interior de la mujer quedó esparcida: los conjuntos de lencería de aquel cajón parecían mucho más modestos. Otro camino sin salida.

–Inspectora –llamó su atención el sospechoso–, me llaman del colegio, parece que mi hijo pequeño no se encuentra bien, tengo que ir a buscarlo.

–Vaya a por él, le pediré a un agente que le acompañe.

–¿Es necesario?

–Bueno, yo prefiero que lo haga –le explicó ella.

–Está bien –suspiró él dejando claro lo que pensaba de aquello–. ¿Qué busca?

–Tenemos una orden de registro para su domicilio, Ángel, no tengo por qué contarle nada.

–Todavía no me han explicado por qué están aquí. Ni por qué está usted revisando los sujetadores de mi mujer.

–No tengo por qué hacerlo –respondió ella mientras guardaba las prendas–. ¿Tiene su esposa otro lugar para colocar la ropa interior?

–Que yo sepa no, bueno…; no, seguro.

–Me llama mucho la atención que en el paquete sin nombre que dejaron en casa de su vecina estuviera aquel conjunto tan caro que usted reconoció que era de su mujer, y estos de aquí no sean ni siquiera de marca.

–Ya… –musitó él, parecía no tener muchas ganas de hablar del tema.

–Verá, estamos aquí, entre otros motivos, porque el técnico informático encontró algo en su ordenador.

–Sí… –la animó él a hablar.

–Ha descubierto que el *email* que recibió usted cuando estaba en el trabajo se envió desde aquí.

–¿Cómo dice? ¡Eso es imposible!

–Lo ha comprobado dos veces más –le dijo ella.

–El *email*…, no sé…, puede enviarse desde cualquier sitio…

–Sí, se envió desde una cuenta temporal. El terminal desde el que se hizo fue el suyo.

–No entiendo nada –confesó él.

–Es lo que investigamos. Debemos registrar su domicilio para encontrar más pruebas.

El hombre se echó el pelo hacia atrás y después miró al móvil que tenía en la mano, entonces pareció recordar que su hijo estaba enfermo y que debía ir a buscarlo. Sara lo miró y tomó una decisión.

–Iré con usted, así no llamará la atención tanto como si va con un agente de uniforme.

–No sé qué me viene peor, que me vean acompañado de un policía o de una mujer…

–Elija –le apremió ella.

–Vamos –zanjó él haciéndole un gesto a Sara para que lo acompañara, prefería las habladurías por mujeriego que por asesino.

–Leandro –le llamó ella en cuanto llegaron al salón–, el sospechoso tiene que ir a por su hijo pequeño al colegio, está enfermo. Voy a ir con él, no quiero que surja ningún problema ni quiero que lo vean con un policía uniformado si no es necesario.

–Como quieras –dijo él con poca convicción–. Tú eres la jefa.

–Si prefieres ir tú…

–No, no, me quedo registrando esto –contestó con determinación. No tenía ningunas ganas de ir con aquel hombre a ningún sitio.

Sara recorrió junto al sospechoso el pasillo que separaba su vivienda del ascensor. De nuevo Luisa, la vecina, abrió la puerta y Ángel resopló. La inspectora fue menos sutil.

–Vamos a ver, señora, no sé qué es lo que no le queda claro.

–¿Es que no puede una ni ir a por el pan o qué? –preguntó ella un tanto molesta.

–¿Con esa pinta? –preguntó la inspectora con los ojos como platos, Ángel reprimió una risita.

–A ver si va a estar prohibido ahora salir a la calle como uno quiera.

–No, no lo está, disculpe –dijo Sara poniéndose a la altura del hombre, que la esperaba ya en el ascensor.

–Debería –dijo él en voz baja, ella aguantó la risa como pudo.

Sara acompañó al sospechoso hasta la puerta del colegio. A esa hora no había padres en las cercanías, lo que facilitó que el hombre no sufriera ningún percance con ellos. Lo esperó fuera mientras él hablaba con el conserje y este le traía al niño sudoroso, con las mejillas y las orejas rojas por la fiebre y los ojos llorosos. Durante el trayecto, el pequeño trataba de tirar penosamente de una voluminosa mochila hasta que su padre se apiadó de él a los pocos metros. Varios pasos después, el niño dijo que no podía caminar y Ángel lo cogió en

brazos dejando que se recostara en su hombro; la inspectora le ayudó con la mochila. En cuanto subieron al piso, el padre acostó al pequeño y le administró un jarabe que el pequeño se tomó sin rechistar. Después lo dejó descansar.

Sara observaba todo el proceso cuando su mirada se topó con un libro en la mesilla de noche de uno de los pequeños. No le pareció una lectura normal para ninguno de los hijos del sospechoso. El que acababan de recoger tenía seis años, el otro creía recordar que tenía nueve. Se acercó a la mesilla y miró la portada del libro por si estaba equivocada.

–¿ *Doctor Zhivago*? –preguntó al sospechoso mientras lo señalaba.

–Es el libro favorito de mi mujer. Desde que desapareció, mi hijo mayor, David, no se separa de él. Como si fuera su foto o algo así.

–Ya entiendo. Es que me parecía una literatura demasiado densa para cualquiera de sus hijos.

–De todos modos… –comenzó a decir ella–, este libro…

–¿Le pasa algo al libro?

–No, no, es que me parecía haber topado con este título hace poco. Vaya coincidencia.

–Sí, es cierto. Y no, no suelen leer libros como este, desde luego, Mario acaba de arrancar a leer y David es un gran lector de historias de aventuras, sobre todo.

–Por eso me llamó tanto la atención –le explicó ella.

El hombre cogió el libro y miró la portada como si la viera por primera vez; la acarició.

perdido más allá de las letras. y volvió a colocarlo donde estaba.

–¿Puedo? –preguntó ella.

–Tome –respondió el hombre.

La inspectora Benítez abrió el libro al azar. Buscó dentro de sus páginas. Una sensación extraña se instauró entonces en su pecho y la respiración se aceleró. En cada párrafo llamaban su atención palabras que no debían estar allí: *Satán, bienaventurados, infierno, Lucifer*… ¿Qué estaba leyendo? Desde luego, *Doctor Zhivago* no.

–¡Leandro! –gritó fuera de sí; el sospechoso la miraba petrificado, dos agentes se acercaron alertados por los gritos de la inspectora, el niño se revolvió en su cama.

Ángel no entendía la reacción de la mujer. La inspectora pasaba las páginas sin control, si seguía así estropearía el libro y era lo más cercano que tenía de su mujer ahora mismo. ¿Qué explicación le daría a su hijo? Claro que parecía que había encontrado algo importante, esperaba que no tardase mucho en revelarlo.

–¿Qué ocurre, inspectora? –se atrevió a preguntar; ella le ignoró.

–¡Leandro! –volvió a exclamar ella, el pequeño gimió en sueños y el hombre comenzaba a estar molesto. ¿Es que no podían dejar a su hijo descansar?

–¿Qué pasa? –preguntó él desde el quicio de la puerta–. ¿Has encontrado algo?

El inspector Gómez miró a su jefa con el libro de *Doctor Zhivago* en las manos ojeándolo a toda prisa. Le hizo un gesto de incredulidad, a la vez que señalaba la portada del libro.

–¿Me lo explicas? –la apremió él

–Míralo tú mismo –le concedió ella.

–¿ *Doctor Zhivago*? –preguntó él– No creo que…

Se quedó mudo en cuanto vio el interior. Enseguida comprendió la reacción de su jefa.

–¿Me puede decir alguien lo que ocurre con el puñetero libro? –preguntó el sospechoso cada vez más irritado.

Sara lo miró intentando decidir qué tipo de ángel tenía delante. Después observó el sueño agitado del niño, diminuto en aquella cama.

–Ángel, no quiero una mentira más. ¿De quién es este libro?

–Ya se lo he dicho y no le he mentido, lo juro. Es de mi esposa.

–¿Usted lo ha leído?

–¿ *Doctor Zhivago*? Bueno, sí, hace muchos años.

–Entonces…, ¿reconocería el texto? Quiero decir si sabría si

corresponde o no a este libro.

–Uf, no creo. Hace muchos años de eso.

–Pruebe –le pidió Leandro mientras le ponía el libro en las manos.

Sara se lo quitó de inmediato con el borde de la chaqueta.

–Agente, por favor, facilítele unos guantes al sospechoso.

–Sara, lo habrá tocado un millón de veces –le explicó Leandro.

–Sí y nosotros también y los niños –contestó ella–. Ahora que lo sabemos, prefiero que lo contaminemos lo menos posible.

–Claro, tienes razón –coincidió él.

El hombre seguía sin entender a qué venía tanto misterio. Nada más abrir el dichoso libro, comprendió el revuelo que se acababa de montar.

–¿Qué es esto? –preguntó perplejo–. Hace mucho que leí este libro, desde luego, puedo asegurar sin miedo a equivocarme que esto no es *Doctor Zhivago*.

–Démelo –le pidió ella tras ajustarse unos guantes de goma.

–Madre mía, inspectora, no lo entiendo –casi tartamudeaba el hombre–. ¡Mierda!

–¿Qué ocurre? –preguntó ella alertada.

–Joder, que mi hijo mayor lleva con este libro en la mano desde que desapareció su madre. Habrá leído…, no lo quiero imaginar.

–¿Su mujer leía este libro muy a menudo?

–¿Quiere decir que Andrea ocultaba algo? Por favor, inspectora –protestó él.

–Eso parece, a no ser que…, espere –le pidió mientras se dirigía de nuevo al dormitorio que Ángel compartía con su mujer; los dos hombres permanecieron en la habitación infantil sin atreverse a dar un paso.

Poco después la inspectora Benítez volvía con un libro en la mano, como el que sujetaba Leandro con sus guantes.

–No entiendo nada, Sara –confesó Leandro.

–Este libro estaba medio escondido en un cajón de la cómoda de Andrea. Por lo que veo, es el auténtico *Doctor Zhivago*. Alguien lo cambió por ese, que no sé exactamente lo que es.

–Alguien ha entrado en mi casa, inspectora. Alguien ha secuestrado a Andrea y ha enviado un mensaje desde mi ordenador. Alguien que quiere hacernos daño.

–Mire, Ángel, se le están poniendo las cosas muy feas, ¿sabe?

–Yo no he sido.

–Nos lo va a tener que contar en comisaria –terminó diciendo ella.

–Le leeré sus derechos –añadió Leandro mientras sacaba unas esposas.

–Espere, por favor, eso no será necesario, el niño…

–Lo siento, está detenido, se viene con nosotros. Avisaremos a los Servicios Sociales.

–Espere..., puedo llamar a mis amigos.

–Hágalo..., pero hágalo rápido –le apremió ella.

El hombre llamó varias veces a su amigo y a la mujer de este. Ninguno se encontraba operativo y él se desesperaba mientras dejaba mensajes en el buzón de voz y cruzaba los dedos para que los escucharan lo más pronto posible. Como para dar más dramatismo a la situación, el pequeño se incorporó en la cama y vomitó ruidosamente sobre la colcha. El hombre corrió hacia el pequeño, no le pararon. Cuando limpió al niño y le cambió la cama, la inspectora Benítez le pidió que avisara a alguien para que se encargara de los pequeños. Las pruebas apuntaban en su dirección y no podían obviarlas.

Por primera vez desde que había comenzado aquel caso, le pareció ver al sospechoso agobiado. La imagen del ángel con las alas desplegadas que no podía apartar de su cabeza daba paso a otra más macabra de la misma figura con las alas quebradas. Casi sintió pena.

Una sensación de abatimiento se apoderó de ella. Tuvo que pedir a Leandro que procediera a la detención de Ángel y salió a la calle con la sensación de estar rompiéndose por dentro. Se metió en el coche y condujo fuera de la ciudad hasta un lugar apartado donde aparcó y

gritó, metida en el vehículo hasta casi quedar afónica.

Entonces, y solo entonces, sintió que podría continuar con el caso.

CAPÍTULO 25:

UNO PARA TI, UNO PARA MÍ

Una patada en el estómago la trajo de vuelta, se quedó sin respiración. Alguien la arrancaba de una serie de recuerdos dulces y de una sensación de placidez en la que encontró refugio ante el terror. Durante horas se sucedieron los sueños sobre su infancia con su familia, sus amigos, los baños en el río cuando llegaba el verano y las excursiones, los helados, los perros tumbados a la sombra… Todo aquello la reconfortó y animó lo suficiente para seguir con vida. Ahora que lo pensaba, lo más seguro era que su cerebro la protegiera del terror enviándole las imágenes más felices de su infancia.

Con el intenso dolor en el estómago, aquellas imágenes se desvanecían provocando un odio atroz por aquel individuo que olía a algo nauseabundo y que la trataba con tanta violencia.

“Tendrás tu merecido, hijo de puta –pensó mientras tosía y abría la boca en busca de un aire que no conseguía llenar sus pulmones por completo–. Joder... ¿a qué coño hueles?”.

–¡Levántate! –le ordenó él con voz ronca.

Ella quiso obedecer, sus piernas no. Una nueva patada la animó a que lo volviera a intentar, le resultaba imposible. El hombre que desprendía aquel olor tan intenso cortó las ataduras de sus tobillos y la obligó a ponerse de pie, ella se apoyó sobre sus piernas entumecidas y un indescriptible dolor las atravesó de pronto, subiendo hasta el tronco.

Tambaleándose, se acercó a donde él la iba empujando hasta que tropezó con el primer escalón. Echó de menos sus zapatillas. Colocó los pies de tal manera que pudieran subir los peldaños y ascendió al primer piso, parecía un milagro. Sintió el frío en su cuerpo

casi desnudo, comenzó a temblar sin remedio. Notaba cómo se renovaba el aire dentro de la capucha negra, no estaba atada en la parte de abajo, lo que también le permitía ver una rendija del exterior. Junto a la escalera, en el suelo, pudo contemplar una enorme mancha de algo que podía ser sangre. Sí, estaba segura, sangre: el inconfundible olor así lo indicaba. Aspiró con fuerza y sintió como los pulmones recuperaban de pronto su capacidad.

Él le indicó que parara y el ruido de una puerta de un coche sonó a un lado. La empujó dentro y cerró tras ella. Comprobó que se encontraba en un sitio amplio al estirar sus doloridas piernas sin tropezar con nada. El olor y el tacto también le resultaban familiares, quizá porque había permanecido medio dormida durante el trayecto de ida, cuando él la secuestró. Una hora después, más o menos, el vehículo paró y el hombre la sacó de él con la misma rudeza con la que antes la había empujado dentro. Esther sentía náuseas, tener el estómago vacío y el asco de vomitar dentro de la capucha le hicieron reprimir las ganas de forma milagrosa.

–Vamos, puta, camina.

–¿Qué quieres de mí?

–¡Cállate!

Ella obedeció sin rechistar, no quería enfadarlo antes de tiempo. Mientras caminaba, la sangre recorría de nuevo sus piernas, recuperando el riego todo lo rápido que era posible. Aspiraba grandes bocanadas de aire para proporcionar oxígeno a sus músculos, consciente de que sin los brazos libres tenía pocas oportunidades de salir viva de allí. Su preparación en defensa personal, al menos, se lo pondría difícil a su secuestrador. Lo peor era mantener la calma y esperar el momento oportuno.

Mientras caminaba, las piedras se incrustaban en sus pies desnudos, los notaba sangrar. Esperaba, al menos, dejar un buen reguero de sangre; sabía que no sería así, dejaban minúsculas gotitas que solo unos perros bien adiestrados encontrarían. Iba a morir, no le cabía la menor duda, pero se defendería como nunca. En su naturaleza no entraba la idea de rendirse.

–Para –le exigió él, ella calculó que habían caminado unos cinco minutos.

Le daba igual. Durante el tiempo en el coche tras el secuestro estaba inconsciente.

Ahora habían recorrido unos sesenta minutos en coche y cinco a pie. Ni idea de dónde podía hallarse; claro que…, ¿qué importancia podía tener morir en un lugar u otro?

Él le arrancó la capucha de golpe llevándose varios cabellos al mismo tiempo. A ella se le saltó una lágrima al sentir el tirón en el pelo, él le propinó una bofetada. No comprendía el porqué de su odio, no lo conocía de nada. Esther se obligó a no bajar la vista, mantuvo los ojos fijos en los de él; despedían fuego. Le resultaron vagamente familiares; por más que buscó en sus recuerdos, no encontró nada sobre aquel individuo, tan solo sus ojos… El olor extraño que desprendía se colaba por sus fosas nasales provocándole un molesto cosquilleo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó ella con el desafío en su voz.

—¿Quién te ha dado permiso para hablar, zorra? —dijo él con ira, ella sintió un escalofrío.

El hombre la observó con una mezcla de asco y deseo, ni siquiera se molestó en disimular.

Miró al suelo en busca de un palo y la joven vio su oportunidad. Se abalanzó sobre él con todas sus fuerzas y lo embistió con un tremendo golpe en el estómago. Los dos cayeron al suelo; él casi sin respiración; ella se fracturó el brazo derecho al caer, sintió el crujido antes de que el dolor invadiera su cuerpo. Se sintió mareada de golpe, así que respiró hondo varias veces e, ignorando en la medida de lo posible el dolor, le dio a aquel hombre una tremenda patada en los testículos. En su cabeza resonaban las palabras de su profesor: "Lo más importante de un buen ataque es sorprender, que el contrincante no se lo espere…".

Cuando él se retorcía en el suelo y gritaba como una hiena, estrelló uno de los pies contra su cara en una tremenda patada. Por el rabillo del ojo vio que, al menos, un diente salía disparado de su boca con un reguero de saliva teñido de sangre. Aquello salía bastante bien. Pese al dolor intenso del brazo, había conseguido, al menos, que se retorciera de dolor. Eso no se lo esperaba, estaba claro.

La chica se preparó para propinarle una nueva patada cuando él pareció recuperar las fuerzas y se levantó con una piedra en la mano al mismo tiempo que ella le embestía. La estrelló en la cabeza de la chica. Ella cayó sobre su brazo herido, perdió el conocimiento de inmediato. En solo un segundo se había convertido en el ganador del combate. Se

puso sobre ella y le propinó varios puñetazos en su cara herida. Ella no podía defenderse, él no tuvo piedad. La nariz fracturada sangraba copiosamente, los golpes se sucedían con saña, él no quería parar. Observó sus manos manchadas con la sangre de ella y buscó un palo con el que terminó de golpearle todo el cuerpo sin control. Cuando por fin se cansó, le arrancó la ropa y le hizo varias fotos, igual que al resto de las chicas, sonreía al pensar en el momento de verlas más tarde, una a una, como había hecho con las otras mujeres y disfrutaría de ellas hasta conseguir a la siguiente víctima.

La chica, en el suelo, se ahogaba con su propia sangre. Aunque la dejara en aquel estado, jamás sobreviviría. Con esta se había ensañado bien, claro que ella le había roto dos dientes. No lo podía consentir, desde luego que no. Bien lo decía Satanás: *Odia a tus enemigos con todo tu corazón, y si un hombre te abofetea en la mejilla, ¡abofetéale en la otra! Abofetéale con toda tu alma, pues el velar por uno mismo es la ley más excelsa.*

Sacó la pistola y apuntó a un lado de la cabeza de la mujer, desde bien cerca, para asegurarse de que allí acababa todo para ella. Disparó sin que el pulso le temblara ni un milímetro y después, como si hubiera ido a hacer un simple recado, volvió a casa. Tenía que borrar las huellas de esta también antes de buscar a la siguiente. Estacionó el coche de cualquier manera cerca del camino y entró a la casa. La imagen en el espejo del baño aparecía llena de salpicaduras de color escarlata. Se quitó la ropa y la introdujo en una bolsa. Abrió el grifo de la ducha y se metió bajo el agua caliente.

Se frotó con suavidad hasta quitarse hasta la más mínima mancha. Ya limpio, volvió al espejo para comprobar el alcance de la patada. Un hueco bastante grande se veía en su boca y el labio permanecía hinchado y magullado. La cicatriz de su cara resaltaba contra la piel enrojecida, le pondría algo de hielo para bajar la inflamación. Entonces recordó el papel que tendría que haber dejado junto al cadáver de aquella zorra. Lo recuperó del pantalón, del que aún no se había desecho.

Debía colocárselo en la mano o junto a ella, como siempre; si no, la policía podría pensar en un nuevo asesino, y no lo podía consentir. O peor que eso, podrían pensar que se había descuidado. Descuidarse él…, ¡menuda estupidez!

Sin pensárselo, subió al coche y volvió por el mismo camino para dejar la nota en la mano de la chica. Cerca de su destino, en una carretera secundaria, se cruzó con un joven que montaba a caballo. El

animal parecía nervioso, su jinete estaba tan ocupado

en tranquilizarlo, que no se fijó en el hombre que le dejaba paso. Como él no entendía de animales, no se percató del motivo del nerviosismo en el animal y siguió conduciendo y dejó el coche al borde del camino. Miró hacia los lados, escuchó con atención y, cuando estuvo seguro de que no había nadie en los alrededores, se acercó a la chica y le puso la nota en la mano, bien doblada. Entonces volvió a casa, la urgencia de ver las fotos se hacía cada vez mayor.

A varios kilómetros, en la Comisaría Central, dos inspectores organizaban las pruebas en busca de un culpable. Él, sintiéndose más listo que ellos, no podía parar de reír.

CAPÍTULO 26:

RECUERDOS QUE HACEN DAÑO

La inspectora Benítez tenía la sensación de revivir aquella escena, aunque con ligeros matices. El sospechoso, delante de ella en la misma sala de interrogatorios, la carpeta encima de la mesa con los papeles dispersos… La mayor diferencia consistía en que ahora no solo buscaban a una mujer, su esposa, sino a dos, con un cadáver en el depósito y una joven en estado crítico en el hospital.

También comprobó cómo el sospechoso, quien normalmente permanecía impasible, desafiante, inaccesible…, se mostraba nervioso, preocupado, la barba de un par de días asomaba rebelde dándole un aspecto desaliñado. Cansado, desmotivado, con pocas ganas de plantarle cara al interrogatorio. Ni rastro del hombre que en la primera sesión había escupido un trozo de uña delante de la inspectora para proporcionarle su ADN.

De aquel día en que la inspectora, como pocas veces en su vida, había sentido miedo.

–Ángel, cuanto antes nos cuente la verdad, antes acabaremos –le apremió.

–Yo no he sido, inspectora.

–¿Dónde está su mujer? –preguntó de nuevo sin dar muestras de impaciencia, aunque en realidad estaba furiosa por perder el tiempo de aquella manera.

–Ya le he dicho que no lo sé –respondió él con voz cansada.

–No tengo prisa –le desafió ella.

–Inspectora: yo no envié ese mensaje, yo no le he hecho nada a mi esposa y no sabía lo del libro.

–Ni lo del sobre en el metro.

–Ni lo del sobre en el metro, exacto –respondió él–. ¿Se ha cambiado usted el pelo?

–¿A qué viene eso ahora? –preguntó ella.

–Ah, nada, es que la noto diferente –le explicó él.

–Solo me lo he recogido –le explicó, él miró sus manos y pareció relajarse; ella puso las manos bajo la mesa.

–Hábleme de la carta que recibió en su ordenador –le pidió la inspectora.

–Ya lo sabe, vi el mensaje en el trabajo y según ustedes se envió desde mi propio ordenador personal, debe de ser un error.

–No es ningún error. Lo hemos comprobado tres veces –le explicó ella.

–Yo no he sido, ni siquiera sé cómo se hace eso. Soy bastante básico con el manejo del ordenador. A mi mujer se le da mucho mejor. Claro que… ella está desaparecida.

–No me lo trago, Ángel –comentó ella.

–No puedo hacer que usted se crea lo que no se quiere creer.

–Ya sabemos que usted no es hábil con el ordenador, lo que no tenemos claro es si estará interpretando ese papel para desviar nuestra atención.

–¿Por qué habría de hacer semejante cosa? –preguntó indignado.

–Para que no pensemos que estamos ante un genio de la informática capaz de hacer desaparecer un rastro cuando hace falta.

–¡Ja, ja, ja! Se lo aseguro, inspectora, yo no sé hacer eso.

–Le creo –contestó ella.

–¿Y por qué me cree de repente? –preguntó él con el ceño fruncido.

–Porque ni siquiera ha sido capaz de borrar el rastro de las conversaciones que mantuvo con varias mujeres. Bueno, con muchas de ellas, según estos *emails.* –Hizo una pausa para colocarle varios folios delante que contenían conversaciones subidas de tono–. llegó a quedar e incluso a tener una relación, ¿me equivoco?

El hombre se puso rojo de ira… o de vergüenza, Sara no lo tenía claro. Miró los *emails* y retiró las hojas de su vista. Le costaba más leer eso que ver imágenes de los crímenes.

–¿Me equivoco o no?, Ángel –volvió a preguntar ella.

–No –murmuró él sin levantar la cabeza.

–¿Con cuántas mujeres ha engañado a Andrea? –le interrogó.

–Con varias –respondió él.

–No quiero ni una sola mentira –le pidió ella–. En estos *emails* hemos podido constatar varios escarceos y dos relaciones bastante estables.

–Acabaron hace tiempo –se justificó él.

–¿Ha habido más? –volvió al acecho la inspectora.

–Sí, con algunas me comunicaba con el móvil.

–¿Con el móvil que le robaron? –le preguntó ella con sorna.

–Sí, exacto.

–¿Lo sabe su mujer?

–Espero que no –respondió él con una sensación de pavor.

–¿Quiere decir que no lo ha pillado nunca? No me lo puedo creer.

–Bueno, me pilló una vez. Me llamó a la oficina y le dijeron que estaba en casa, evidentemente no era así. Así que comenzó a seguirme hasta que un día me encontró besándome con otra mujer cerca del hotel en el que habíamos pasado la tarde.

–¿Y qué ocurrió? –se acomodó Sara para escuchar la respuesta.

–Durante mucho tiempo no me habló, después me dijo que sería mejor que acabáramos con todo. Entonces supo que estaba embarazada de mi hijo pequeño y decidió perdonarme.

–Usted siguió igual.

–Al principio no. No quería perderla, ni a mis hijos. Después comencé a hablar con mujeres por internet y volví a quedar con algunas. Inspectora, no sabe lo fácil que es ligar por internet.

–Bueno, claro, supongo que será muy sencillo fingir que se es una persona diferente.

–Supongo –respondió él, enfadado.

La inspectora pensaba en cómo sacarle más información sobre ese tema cuando la puerta de la sala de interrogatorios se abrió y el inspector Gómez entró con una bolsa de pruebas en la mano, dentro había un papel. Desde donde estaba, Sara no podía ver con claridad el contenido de la bolsa, parecía una hoja con algo escrito, quizá una carta. A juzgar por la reacción de su compañero, debía de ser importante. Leandro la miró de reojo y asintió, después se dirigió de nuevo al sospechoso.

–¿Qué es esto? –le preguntó a él directamente.

Sara alargó aún más el cuello para intentar ver el contenido de la nota que su compañero sujetaba delante del sospechoso.

–Es una carta –respondió el hombre sin inmutarse.

–Eso ya lo sé –respondió bastante enfadado–. ¿Qué significa esto y por qué estaba dentro de un libro? Usted es bastante ordenado; demasiado ordenado, diría yo.

–La dejé donde la encontré hace dos días.

–Tiene fecha de hace tres años –le contradijo el inspector.

–Lo sé, yo la vi anteayer.

Sara no entendía nada, a punto estuvo de levantarse a coger la dichosa carta y enterarse. Eso le habría traído un nuevo conflicto con Leandro, así que apretó las mandíbulas y esperó.

–¿Pretende que me crea que su hermana le envió una carta anunciándole el fallecimiento de su padre hace tres años y que usted se enteró hace dos días? –preguntó Leandro con los ojos como platos.

–Eso es lo que ocurrió, sí –respondió sin inmutarse.

–¿Y cómo cree que pasó que le enviaran una carta con semejante noticia y usted tardara tres años en verla? –preguntó el policía con sorna.

–Supongo que Andrea la escondió –murmuró él.

–¿Y por qué haría tal cosa? –decía con una incredulidad creciente el inspector.

–Porque no me hablaba con mi padre desde que me marché de casa a los veinte años.

–Bueno, una cosa es no hablarse y otra es enterarse tres años después de que se ha muerto. ¿Qué hizo que se distanciaran? ¿Por qué no se hablaban?

–No es de su incumbencia.

–¡Aquí los que deciden lo que es o no es de nuestra incumbencia somos nosotros! –

exclamó enfadada Sara.

–No tengo más que decir –soltó el sospechoso.

–Bien, quizá sea el momento de llamar a su abogado, ¿no cree? –le ofreció Leandro a sabiendas de que se estaba tirando piedras a su propio tejado; si a Sara le había molestado, no lo exteriorizó.

–¿Puedo ver la carta? –le pidió ella a su compañero; él se apresuró a quitársela de la mano al hombre y a colocarla en la de la inspectora, dentro siempre de la bolsa de pruebas.

Sara leyó la carta de arriba abajo un par de veces. No podía estar más de acuerdo con su compañero. Era bastante extraño que una mujer le escondiera algo como aquello a su marido, por muy mala relación que tuviera con su familia. Miró el papel al trasluz, lo observó con calma.

–No es el mismo tipo de papel –dijo entonces Leandro, lo he comprobado.

–¿Y almizcle? –preguntó ella.

–Tampoco me parece que huela a esa sustancia. Lo mandaré analizar.

Sara pensó en lo cerca que había estado de perder aquella relación con su compañero, cuando sabía perfectamente que no había nadie en el mundo con quien prefiriera trabajar.

–¿Por qué no se hablaba con su padre? No hacen falta los detalles, solo el motivo principal. Y sí, es de nuestra incumbencia, porque es usted sospechoso en toda regla de haber secuestrado a cuatro mujeres. Y si no quiere avisar a su abogado es porque quiere colaborar y porque no es culpable, así que demuéstrenoslo de una vez. Una de las mujeres apareció muerta, a otra la encontramos en las mismas circunstancias y sigue viva solo porque tenía una providencial placa de titanio en la cabeza, otra es una periodista de treinta y dos años y la última, mire por donde, es su mujer.

–No me hablaba con mi padre porque me pegaba desde que soy capaz de recordar –

soltó él entonces cuando menos lo esperaban.

Un silencio incómodo se instauró en la sala, Leandro se removió en la silla. De repente Sara entendía la actitud de Ángel cuando lo interrogaba. No se fiaba de nada ni de nadie, porque le había fallado quien menos debía.

–En realidad era mi padrastro, mi verdadero padre nos abandonó a mi madre y a mí cuando cumplí dos años. Cuando cumplí los siete años, ella se volvió a casar con el hombre del que habla mi hermana en la carta. Él ya tenía una hija, Manuela, con mi madre tuvo dos hijos más, Isabel y Miguel.

–¿Y dice que le pegaba? –le interrumpió la inspectora Benítez.

–Sí, un día sí y otro también. Y a mi hermano Miguel en cuanto tuvo más o menos seis años comenzó a pegarle igual que a mí. Empezó con algún empujón, un tortazo, algún zarandeo…, siempre había alguna excusa. Unas veces porque no habíamos obedecido, que no le hacíamos caso, que no ayudábamos en casa, que no recogíamos la habitación, que estábamos sucios, que hablábamos mal…, llegó un momento en que no le hizo falta disimular, llegaba a casa, nos pegaba a mi hermano o a mí, o a los dos, y punto.

–¿Y a sus hermanas? ¿A ellas no les pegaba?

–No –respondió él con la mirada perdida. Parecía que estuviera recibiendo aquellos golpes de nuevo.

–¿Y por qué cree que se ensañaba solo con usted y su hermano?

–Creo que más bien fue algo circunstancial. Mi hermanastra Manuela vivía con su madre, con nosotros solo pasaba algunos fines de semana y en cuanto pudo negarse a ver a su padre, lo hizo. No tengo ninguna relación con ella desde entonces.

–¿Y a la otra?

–Isabel nació prematura, era muy pequeña y muy frágil. Mi madre no dejaba que nadie se acercara a ella, la protegía de todo y de todos. Creo que mi padrastro vio en ella esa fragilidad y supo que si le pegaba la mataría, así que se mantenía lejos de ella.

Una vez que creció, los que no le dejábamos acercarse a ella fuimos mi hermano y yo.

–Tuvo suerte entonces –añadió la inspectora.

–Yo quise llevármela cuando me marché de casa. Ella quiso quedarse cuidando de nuestra madre; de la niña frágil no quedaba nada, creo que era y es la más fuerte de los tres.

–¿Su madre estaba enferma?

–Mi madre se refugió en el alcohol cuando se enteró de lo de las palizas, no supo hacerlo de otro modo. Sí, puede decirse que estaba enferma.

–Vaya, lo siento –contestó ella con sinceridad.

Sara se sintió como si estuviera violando el diario de aquel hombre. Por otro lado, aquello le podía dar mucha información sobre su manera de actuar y esperaba que le diera alguna pista que sirviera para pillarlo en algún error. Ahora entendía la imagen de él que acudía a su mente como un ángel con las alas partidas. En realidad, aquella misma noche había soñado con él, como siempre, sentado en el suelo, desnudo y abatido; sangraba. Las alas le habían sido arrancadas del cuerpo por una figura oscura a la que no podía verle la cara. Se despertó bañada en sudor y con el corazón a punto de salírsele del pecho.

–No hay nada que sentir, inspectora, no elegimos la vida que nos toca.

–Usted al menos eligió salir de allí –añadió Leandro.

–Sí y eso me costó romper con mi familia para siempre. Algunas veces llamé a mi madre, no siempre la encontré en condiciones de hablar, y cuando lo hacía lloraba, así que dejé de llamarla. Durante años me mantuve en contacto con Isabel, es una buena chica. Después me casé y dejé de pensar en ella. Miguel no volvió a dirigirme la palabra jamás. –Sara respiró hondo y, siguiendo a su instinto, cerró la carpeta y puso el capuchón al móvil.

Leandro la miró desconcertado por un segundo, aún tenían mucho que hablar con el sospechoso. Esperaba que no hubiera dado por concluido el interrogatorio. No parecía que así fuera, quizá lo que intentaba era desconcertar al sospechoso. Ángel esperaba que se levantara la mujer para imitarla.

–¿Hemos terminado? ¿Puedo irme? –preguntó incrédulo.

–Antes, quiero que vea estas fotos… –intervino el inspector sin preguntar a su compañera. De hecho, pensaba que debía haberlo hecho antes–. De todos modos, creo que hoy no se irá a casa, acomódese. El policía le puso delante las fotos de las cuatro mujeres, él las miró con atención.

–No las conozco –respondió; los inspectores cruzaron una elocuente mirada.

–Mírelas otra vez –le pidió ella.

Ángel volvió a coger las fotos y las miró con calma, después las dejó encima de la mesa y se dirigió a la inspectora con cara de no entender nada.

–No las conozco, de verdad. Esta de aquí –dijo señalando la de su propia mujer–, me suena un poco, no podría asegurarlo.

–¿Se está riendo de nosotros? –preguntó Leandro con los ojos como platos.

Él pareció comprender algo y volvió a coger la foto de la mujer, que acababa de decir que le resultaba familiar.

–¡Andrea! Joder, esta foto es de hace mucho, tiene el pelo tan diferente...

–Es su mujer, Ángel, ¿pretende que me crea que no la ha reconocido?

–Sí le soy sincero, casi no las he mirado, solo quería que me dejaran en paz y hablar con mis hijos. No sé cómo está Mario, le recuerdo que he tenido que dejarle enfermo en manos de otra persona.

–Puede hacer una llamada, un agente le acompañará, y también tiene derecho a un abogado, ya lo sabe. Tal como están las cosas, yo iría haciendo esa llamada.

La inspectora Benítez sentía la ira y el desasosiego creciendo dentro de ella. Cada vez que le parecía culpable, algo le hacía parecer inocente y del mismo modo, al contrario, cada vez que comenzaban a sopesar la posibilidad de que fuera inocente, ocurría algo que lo inculpaba. Sara pensó que se les escapaba algún detalle, que investigaban en una dirección que los obligaba a dar un inmenso rodeo.

El sospechoso se levantó sin molestarse en contestar en cuanto un agente le indicó y se dispuso a acompañarlo para poder hablar con sus amigos y preguntarles por los niños.

Los dos inspectores salieron de allí con una sensación agridulce. Por un lado, los dos pensaban que aquel hombre o era culpable o al menos tenía mucho que ocultar. Ahora que conocían la vida que se había visto obligado a llevar, comprendían que podían estar frente a un asesino que antes había sido una víctima, y comenzaba la eterna batalla moral. Sara llevaba en la mano la foto de la mujer de Ángel, segura de que era la pieza clave de aquel caso. Fuera como fuera, sabían que la etapa más dura de la investigación estaba a punto de empezar y las fuerzas ya flaqueaban. Sin hablarlo siquiera, los dos decidieron que no era momento de que una brecha se interpusiera en su camino.

Trabajar juntos era su principal objetivo y la única oportunidad para el sospechoso.

CAPÍTULO 27: ALGO EN EL AIRE

Un nuevo quejido de *Relámpago* sacó al pobre Rodrigo del duermevela al que parecía sentenciado aquella noche. ¿Qué le pasaba a aquel maldito caballo? Pese a ser un animal magnífico, se mostraba asustadizo e inquieto. Estaba así desde que habían llegado aquella

tarde de sus ejercicios diarios. Si seguía quejándose, se vería obligado a llamar al veterinario. El campeonato de España estaba cerca y no podía permitir que su semental enfermara ahora, las posibilidades de ganar eran numerosas, no en vano era el favorito de la ganadería ese año.

Se vistió con un pantalón viejo y un grueso jersey; abandonar la calidez de su cama a esas horas no estaba entre sus planes cuando se había acostado la noche anterior. Abrió la habitación que daba al patio de la ganadería. Cuando estaban tan cerca del campeonato, los jinetes acostumbraban a quedarse en las instalaciones para atender a sus caballos las veinticuatro horas del día (aunque aquel día parecía tener sesenta o setenta horas, más bien). El aire helado le terminó de despejar y se recriminó no haberse calzado con algo más que las zapatillas, el suelo se adivinaba bajo sus pies como si caminara por un iceberg.

–A ver..., ¿qué te pasa? –preguntó al animal, que le contestó con un breve relincho.

Cogió un cepillo y se dispuso a pasarlo por el lomo del caballo. Su pelaje se veía lustroso y cepillado casi en exceso; pero sabía que a *Relámpago* le relajaba, así que ni se lo pensó.

–¿Te duele algo?, ¿quizá alguna muela? Espero que no –se respondió a sí mismo con un escalofrío–. ¿Se te ha clavado algo durante el paseo? Vamos a ver.

Como si entendiera sus palabras, el caballo levantó una de las patas delanteras para que su jinete la examinara; no encontró nada que pudiera estar dañando al semental.

Comprobó el resto de las pezuñas del animal con el mismo resultado y se afanó en cepillarlo de nuevo. Parecía más calmado, no paraba de hablarle, ya que su voz le reconfortaba. Pensó que le acariciaría un par de minutos más, le llenaría el abrevadero con agua fresca y se volvería a su cálido lecho, para apurar las pocas horas de sueño que le quedaban hasta que amaneciera. Al día siguiente podía llamar al veterinario para que le hiciera un reconocimiento rutinario, no le parecía necesario llamarle en aquel momento, al no encontrar ningún síntoma grave en el animal.

Cuando estaba a punto de salir de allí, una ráfaga de viento revolvió las crines del caballo y estremeció a Rodrigo, que se arrebujó en el jersey. El animal se encabritó y relinchó de nuevo, volvió a mostrarse

nervioso y descontrolado y el joven se preocupó.

–¿Qué te ocurre? No lo entiendo, esta tarde estabas bien. ¿Hueles algo que yo no puedo?, ¿es eso?

El muchacho intentó recordar cómo había sido el paseo aquella tarde, mientras se afanaba en cepillar de nuevo a su caballo para tranquilizarlo. Nada se había salido de lo normal, a veces sacaban a los animales fuera de la finca para que hicieran recorridos diferentes, se acostumbraran a otros paisajes y a los extraños, si es que topaban con alguno. Dentro de la ganadería los olores eran siempre los mismos y conocían a cada persona que trabajaba allí. Aquel día, además, no se habían cruzado con nadie. Excepto con aquel todoterreno que había pasado junto a ellos por el camino.

–Tratas de decirme algo, ¿verdad? Solo nos hemos cruzado con aquel coche. No…, yo tampoco sé quién era, aunque no me he fijado mucho porque tú…

De repente cayó en la cuenta. Su caballo se mostraba nervioso justo desde el momento en que se habían cruzado con el vehículo, no podía ser una casualidad. Volvió a su habitación y se colocó la ropa de montar, algo perturbaba el ambiente lo suficiente para que su caballo estuviera en un estado de nerviosismo constante y él iba a averiguar de qué se trataba. Cogió el teléfono para llamar a la guardia civil, pero desechó la idea rápidamente. ¿Qué les diría?, “mi caballo está nervioso desde que nos hemos cruzado con un todoterreno esta tarde”. Claro, les encantaría la idea…

–Vamos a explorar un poco, *Relámpago*, vas a tener que guiarme –explicó al animal, que por primera vez desde aquella tarde no protestó. Aceptó la silla que le colocaban y comenzó un galope suave en cuanto sintió a su jinete encima de él.

CAPÍTULO 28. ELLA ES LA NOTICIA

–Leandro –dijo la inspectora con voz cansada–, han encontrado a Esther Arias.

El inspector se pasó la mano por el pelo y la cara en un gesto de

agotamiento, por un momento no sabía quién estaba al otro lado de la línea, de qué le estaba hablando, ni reconocía en realidad su nombre. Miró a su alrededor, al menos pudo comprobar que estaba en su dormitorio y que la mujer que dormía a su lado era Ana. Su mente comenzó a despejarse y recordó, de golpe, cada detalle de la investigación.

–¿Estás ahí? –preguntó una voz familiar en el auricular.

–Sara…, vaya, no sabía ni dónde estaba, perdona, me has pillado en un sueño profundo, son las cuatro –añadió mirando el reloj de la mesilla. Tuvo que entonar los ojos para ver los números en el despertador, esperaba que fuera el sueño y no la edad lo que le nublaba la vista.

–Lo sé, me ha pasado a mí igual cuando me ha llamado Solís con su entusiasmo habitual, te puedes imaginar.

–Ya…, ni te he preguntado; supongo que, por la manera que me lo has dicho, no está viva.

–No, igual que las otras, una paliza brutal, sobre todo en la cara y un tiro en la parte derecha de la cabeza.

–Qué cabrón –dijo él–. ¿Y la mujer de Ángel? Joder, no creo que esté viva.

–Vas a despertar a Ana –le recriminó ella–. Yo tampoco lo creo, la verdad.

–He salido de la habitación, para que pudiera dormir.

–Ah, bien. Yo voy a ir al escenario, si quieres por la mañana nos vemos en el Anatómico Forense.

–¿No me dejas ir allí tampoco? –preguntó él con incredulidad.

–No es eso, no seas quisquilloso, no quería que te sintieras obligado a venir a esta hora, tienes una familia. Si quieres ir, perfecto.

–Sí, voy para allá. ¿Dónde la han encontrado?

–En un descampado al sur de Madrid. Cerca del Cerro de los Ángeles.

–Este tío se mueve mucho. ¿Será transportista? No puede ser Ángel Santamaría, ¿te das cuenta? Lo tenemos retenido en comisaría.

–Puede que no actúe solo –dijo Sara entonces.

–Sí, por poder, puede, yo no lo creo.

–En realidad yo tampoco. No tenemos nada más, por ahora es nuestra única baza.

Creo que hablando con él más veces encontraremos más pistas. Calla más de lo que dice.

–Yo también tengo la sensación de que esconde cosas. Bueno, voy a la ducha; cuando estés en el escenario, mándame tu ubicación y te veo allí.

–¿No prefieres que te pase a buscar?

–Bueno… Sí, mejor. Total, tardo cinco minutos.

–Bien, salgo de casa enseguida, te espero en la puerta –concluyó Sara antes de colgar.

El inspector se metió bajo la ducha y dejó que el agua caliente despejara su cabeza.

Otro cadáver, la tercera mujer en las mismas circunstancias. La cuarta era precisamente

la mujer del sospechoso, a la que ya no esperaba encontrar con vida. Un par de minutos más tarde se despidió de su esposa, quien no se molestó en preguntarle a dónde iba.

Parte de la conversación mantenida con Sara se filtró entre sus sueños y conocía lo suficiente la profesión de su marido como para saber que, si tenía que salir a las cuatro de la mañana, se trataba de algo importante.

Leandro salió al frío de la noche y se subió al coche de Sara frotándose las manos.

Nada más entrar, subió la calefacción y se abrochó el cinturón. Solo llevaban recorridos unos metros cuando pidió a su jefa que parase el coche. Ella obedeció sin rechistar, pensó que había recordado de pronto algo importante. Él se bajó sin decirle a dónde iba y se metió en un bar con la persiana a medio bajar… o a medio subir, en Madrid a aquellas horas todo se volvía incierto. Se coló dentro y salió poco después con dos cafés en dos vasos térmicos. A esas horas se agradecía

más que ver el sol en invierno o un vaso de agua en pleno desierto. El corazón de Sara se alegró al pensar que una buena parte de la amistad que los unía regresaba con aquel café.

Tardaron quince minutos en llegar al Cerro de los Ángeles, cerca de Getafe, a unos quince kilómetros al sur de Madrid. La Científica ya deambulaba por allí con Eduardo Sánchez al frente.

–Buenas noches, inspectores –saludó él–. ¿Ustedes nunca duermen?

–Le dijo la sartén al cazo –replicó la inspectora Benítez.

–Tiene razón, yo estoy de guardia hoy, me toca una a la semana.

–Vaya suerte –ironizó ella–. ¿Ya ha visto el cadáver?

–Sí, inspectora, una paliza brutal, está con ella la doctora alemana… Il…, no sé qué.

–Ilka –le facilitó ella.

–Eso, Ilka, muchas gracias, llevo media hora llamándola doctora para no meter la pata.

–No creo que le importe, debe de estar acostumbrada.

–Como le decía, el cadáver está en un estado similar al de las otras dos mujeres: la cara completamente deformada, un palo ensangrentado junto a ella con el que recibió la mayor parte de los golpes y un disparo en la zona temporal derecha.

–¿Qué hace aquí ese caballo? Porque es de verdad, ¿no? Por un momento pensé que seguía dormido –confesó Leandro.

–Ojalá fuera así –le contradijo el policía–. El caballo pertenece al joven que está a su lado, es quien ha encontrado el cadáver.

–Tendremos que hablar con él, no me parece una hora muy normal para dar un paseo

–añadió el inspector.

–Joder, tenemos que averiguar algo más, este tío va por delante de nosotros –soltó Sara fijando los ojos en el cadáver que aparecía delante.

–¿Su sospechoso? –preguntó él casi con esperanza.

–Imposible que haya sido él, a no ser que Ilka nos diga algo sobre la hora de la muerte que nos haga pensar lo contrario. Involucrado creemos que está de todos modos, aunque seguimos sin saber en qué grado.

–Ya, si encima hay dos individuos, se multiplican los problemas –comentó él.

–Sí, y las posibilidades –añadió Leandro.

–Buenas noches, Ilka –saludó la inspectora Benítez a la forense, que hacía fotos al cadáver de la mujer.

–Buenas noches, Sara, inspector Gómez… –saludó ella–. La joven presenta innumerables golpes que han deformado por completo la cara –les explicó sin esperar a seguir con formalidades, lo que la inspectora Benítez agradeció.

–¿Algo nuevo? –preguntó ella.

–Bueno, nuevo…, no, tiene un brazo roto y hemos encontrado un diente, a varios pasos de aquí. Le he examinado la boca y he visto que efectivamente tiene varias piezas partidas.

–Entonces donde han encontrado el diente será donde comenzaron los golpes, ¿no?

Después supongo que el individuo terminaría el “trabajo” aquí cuando la joven cayó inconsciente. O al menos eso espero, que perdiera la conciencia.

–Más bien creo que se defendió –añadió Eduardo Sánchez desde donde habían encontrado el diente.

–¿Por qué cree eso? –preguntó la forense.

–Mire –dijo acercándose al cadáver–, apostaría a que este diente no es de ella.

–Déjeme ver –le pidió la mujer.

Los inspectores se miraron expectantes. Si aquel diente no era de la chica, seguramente el policía tendría razón y sería de su atacante. Además, su compañero de trabajo, el tal Benito, les había contado que la chica llevaba bastante tiempo en clases de defensa personal, era probable que le hubiera plantado cara a su secuestrador, y así lo

esperaban.

–Tiene razón –coincidió la forense–. Este diente parece de otra persona. No tiene la misma forma que los de la víctima, es algo más grande y plano, ¿ven? Y creo que ni siquiera es del mismo tono, aunque con la sangre no lo podría asegurar.

–Me lo llevaré al laboratorio y lo analizaré –zanjó el policía.

–Hágame un favor –le pidió la inspectora Benítez–, compáreme el ADN con el de mi sospechoso. La sangre encontrada en el domicilio de Ángel Santamaría y Andrea Soto aquel primer día se estropeó. Aparecieron dos tipos de sangre diferentes, de la mujer y de un hombre con Rh negativo y que no correspondía a su esposo. No nos acercará al atacante de Andrea, pero cerrará algunos caminos.

–Claro, en cuanto tenga algo se lo haré saber –prometió él–. ¿Siguen sin noticias de ella?

–Seguimos igual, sin noticias y sin pistas firmes, me atrevería a decir –contestó Leandro.

–¡Qué raro! –exclamó él–. ¿No fue la primera en desaparecer? ¿Y si su secuestro no tiene nada que ver con el de las otras tres mujeres?

–Barajábamos esa posibilidad, por supuesto. Ahora tenemos pruebas, aunque algo circunstanciales, de que las cuatro mujeres han sido secuestradas por la misma razón.

–Sí, por el parecido con las otras, ya.

–Y por la ropa interior –añadió Sara.

–Analizaban esas prendas anoche cuando llegué a trabajar. Supongo que ya terminaron.

–Bien, nos pasaremos luego por allí, gracias –añadió Leandro.

–Esperemos que siga con vida –comentó entonces la inspectora, con poca convicción.

–Esperemos, sí –dijo él con menos convicción aún, Leandro se limitó a arquear las cejas.

–¿Agresión sexual? –preguntó la policía.

–No parece; aunque, ya sabe, no me suelo aventurar a nada hasta

realizar la autopsia.

–Claro, me parece bien, a simple vista no parece, ¿no? Como las otras…

–No, es muy probable que no –sentenció la forense.

–Entonces –dijo Leandro de pronto–, ¿para qué coño las desnudará?

–Sí, eso también me lo preguntó yo. Es todo bastante raro –coincidió su compañera.

–¿Será impotente? –preguntó Leandro entonces, cualquier hipótesis podría ser válida, y más en aquel momento de la investigación.

–Sí, podría –coincidió Sara–. Aunque he visto muchos casos en los que el agresor es impotente y entonces suele cebarse con los genitales de su víctima, ya sabes:

mutilaciones, violaciones con todo tipo de objetos... De todos modos, es una buena teoría, ¿por qué no?

–¡Vaya! Ya me parecía a mí… –exclamó Ilka llamando atención de todos los presentes.

–¿Ocurre algo? –le preguntó la inspectora acercándose un poco al cadáver.

–Aquí tienen su nota habitual –le respondió mientras sacaba de una de las manos de la mujer un papel doblado en cuatro. Lo abrió y lo extendió como pudo cuidando mucho de no mancharlo. El olor a almizcle casi llegaba hasta ellos.

Un técnico de la policía científica le ofreció una bolsa para pruebas, ella se apresuró a guardar allí el papel bien extendido para poder leerlo con claridad. Los dos inspectores cogieron la bolsa que les ofrecía el técnico y se acercaron a un foco para poder leerla.

¿No es el «deseo lujurioso y camal» un término más veraz para definir al “amor” cuando lo aplicamos a la propagación de la especie’? El “amor” de las aduladoras escrituras, ¿no es un simple eufemismo de la actividad sexual? ¿O acaso el «gran maestro» era un glorificador de los eunucos?

–Al menos ahora podemos comprobar si saca los textos de ese libro –explicó Sara.

–¿De qué libro hablas? –preguntó Eduardo Sánchez. Ella no encontró ningún motivo para callárselo.

–De uno que encontramos en el domicilio de nuestro sospechoso –le explicó–. Se llama *La Biblia Satánica*. Es de un tal: Anton Szandor LaVey .

–Suena delicioso –ironizó el inspector Sánchez–. Qué pocas luces tenerlo allí, ¿no?

Porque digo yo que un libro como ese debe de llamar bastante la atención.

–El libro en cuestión estuvo en mis manos durante el registro y ni siquiera lo abrí. Fue gracias a que Sara se decidió a ojearlo por lo que nos dimos cuenta.

–¿No es llamativo? –preguntó con incredulidad–. Me cuesta creerlo. A no ser, claro está, que todos los libros que tenga este individuo sean de este estilo.

–Es muy llamativo en cuanto lees un párrafo, el problema es que estaba camuflado con las tapas de *Doctor Zhivago* –le explicó.

–¡Coño! ¡Qué hábil! –exclamó él–. ¡Y yo pensando que habíais pecado de inocentes!

–Bueno, un poco sí. Yo solo lo abrí porque estaba en la habitación de sus hijos y me parecía una lectura poco razonable para un niño de nueve años.

–Bueno, en eso parece que metió la pata –comentó el policía.

–Alguien lo cambió por el que tenía su mujer. El niño, al verlo, lo cogió para sentir cerca a su madre, no sabía que no era ese en realidad el libro que Andrea leía tan a menudo. No creo que su padre se lo hubiera dejado tener en la mesilla, de haber conocido el contenido. Me cuesta creerlo.

–Ya..., a mí también, la verdad –coincidió el hombre.

–¿Me dejas ver la ropa interior de la víctima, Ilka? –se dirigió a ella Sara, sobre todo para cambiar de tema–. ¿Está ahí junto al resto de la ropa?

–Sí, ya la han embolsado. ¿Qué buscas? –preguntó ella.

–Mira –dijo Sara mientras le enseñaba las fotos–. Las otras dos víctimas llevaban estos conjuntos. Son exactamente iguales: marca, modelo, talla..., solo cambia el color. Y

alguien envió el sujetador y las bragas de Andrea Soto manchados de barro y sangre.

–No, no se parece en absoluto; de hecho, llevaba un sujetador deportivo y las braguitas ni siquiera conjuntaban –le comentó la forense.

–Buscaremos en su domicilio entonces. Gracias, Ilka.

–¿Qué teoría tienes sobre eso, Sara? –le preguntó Leandro.

–Bueno, que el secuestrador esté obsesionado con un tipo de mujeres determinado lo tenemos claro, pienso si no trabajará en una tienda de lencería o algo similar o simplemente se aposte allí a buscar mujeres similares.

–Un poco pillado por los pelos...

–Sí –coincidió ella–, lo sé. Claro que, al no tener clara la conexión entre las víctimas.

Bueno, ni clara, ni un mero indicio...

–De todos modos, lo tendremos en cuenta. ¿Esos conjuntos son caros? –preguntó él.

–Caros..., carísimos, diría yo. Claro que a mí pagar más de sesenta euros por un sujetador ya me parece un lujo –le explicó la inspectora.

–Podemos buscar entonces dónde los venden –concedió él.

–Sí, más tarde. Primero quiero que vayamos a un sitio –le comunicó.

–¿A dónde? ¿No querías ir a la comisaría?

–Sí, después. Ahora por la mañana vamos a acercarnos a Orcasitas a hablar con Ileana y a tomarle las huellas.

–¡Uf!, a ver cómo se lo toman los padres.

Sara, ante ese comentario, prefirió guardar silencio. Le hizo una seña a Leandro y se movieron hacia el joven que permanecía acariciando sin parar a su caballo en un intento de mantenerle tranquilo –Buenas

noches, soy la inspectora Benítez, de Homicidios. Mi compañero, el inspector Gómez.

–Buenas noches, Rodrigo Lara –se presentó él.

–¿Es usted quien encontró el cadáver? –preguntó Sara sin más preámbulos.

–Eh… sí, ya hablé con un agente.

–Me imagino, pero nosotros necesitamos hacerle unas preguntas.

–Claro, claro, lo que sea –respondió él incómodo.

–¿Qué hacía aquí a estas horas? –quiso saber Leandro–. ¿Suele salir con el caballo de madrugada?

–No, claro que no. *Relámpago* es un campeón. Tiene sus horas de descanso adecuadas, su comida preparada, sus análisis exhaustivos… De hecho, espero que esta noche no le pase factura.

–Disculpe, Rodrigo, mi compañero y yo no entendemos mucho de caballos.

–Ya –respondió él con pena–, como casi todo el mundo. Si la gente tratase más a menudo con caballos, habría más personas entre los humanos, no sé si me entiende.

–Eh… sí, y probablemente esté de acuerdo con usted –le explicó Sara–. Pero si le soy sincera, no me apetece hablar de la maravillosa terapia de poner un caballo en tu vida a las cuatro de la mañana, a la intemperie y con el cadáver de una mujer a diez metros.

–Perdone, inspectora, no quería molestar.

–En realidad no me molesta, es todo lo que está ocurriendo lo que me pone de mal humor –se disculpó ella–. A lo que íbamos, ¿por qué está aquí a estas horas?

–Bueno, esta tarde salí con *Relámpago* a dar un paseo, se trata de un ejemplar magnífico, un semental anglo-árabe, que está entrenando para el concurso de salto y de vez en cuando necesita pasear para salir de su burbuja, así en el concurso no le distraerá nada que no conozca. Todo fue bien hasta que nos cruzamos con un todoterreno.

–¿A qué hora fue eso?

–No sé, sobre las seis, creo.

–¿Qué le llamó la atención del vehículo?

–En realidad nada –confesó el muchacho–, solo que Relámpago se mostró nervioso, yo intentaba tranquilizarlo y ni siquiera me fijé en el coche.

–Sabe qué marca era?, ¿color?

–Era oscuro, juraría que negro y lo conducía un hombre, pero no me fijé.

–¿Entonces por qué está aquí? –se sorprendió Leandro.

–Porque esta noche *Relámpago* no paraba de relinchar, no dormía, se movía nervioso y me ha despertado varias veces, así que he recordado que estaba así desde que nos cruzamos con el coche y he decidido venir a ver qué le preocupaba tanto.

–¿Y ha venido solo sin más?

–No estoy solo, estoy con él –respondió ofendido a la vez que señalaba al animal–.

Además, pensé en llamar a la Guardia Civil, pero no sabía tampoco cómo se tomarían que les pidiera ayuda porque mi caballo estaba nervioso.

–¿Desde dónde han venido? –preguntó ella, interesada.

–Estamos en una ganadería cerca de aquí, pertenece a Paracuellos del Jarama, ¿lo conoce?

–No, lo siento.

–Está a unos quince kilómetros de aquí, quizá un poco menos, el pueblo está a más de treinta, pero la ganadería se encuentra en las afueras. Si no, no habría venido.

–¿Y no se le ocurrió venir en coche a estas horas? –preguntó Sara, perpleja.

–Qué va, yo no sé conducir –respondió él casi ofendido.

–Bien, necesitamos que nos señale en un mapa el lugar donde se cruzó con el todoterreno y la dirección en la que iba. También facilítenos sus

datos y se podrá marchar a descansar.

–Sí, mejor será que nos vayamos, *Relámpago*, como no estés cuando se levante Pepe, se le van a caer los calzoncillos. Después ya le explicaremos lo ocurrido.

Los inspectores observaron como el chico se alejaba con su caballo sin parar de hablar con él. Sara no podía dejar de pensar en la razón que había tenido con aquel comentario sobre ese noble animal y lo borde que había sido ella al ponerse a la defensiva. Aún le quedaba lidiar con los padres de la niña rumana, algo mucho más complicado que tratar con un purasangre. Durante unos cuantos minutos más, vieron cómo los técnicos recopilaban pruebas, muestras, fotos, mientras ellos seguían intentando forjar una teoría plausible en sus mentes. La doctora no creía que la mujer llevara muerta más de doce o

catorce horas. Realmente él había tenido tiempo para matarla y después acudir a algún sitio para ducharse, cambiarse y enfrentarse al registro de su domicilio. Imposible curarse los posibles golpes, al menos el que le habría dejado sin dientes o con ellos partidos. Y dientes los tenía todos en su sitio. No, él no había sido, al menos no el artífice, la teoría del cómplice cobraba fuerza.

Cuando por fin decidieron subir al coche, y antes de dirigirse al despacho, el sol amanecía tras un monte provocando un brillo irreal. Sara miró a la víctima, aún no la habían levantado del lugar del hallazgo. Se abrochó bien el cuello de su chaqueta, notaba un frío difícil de eliminar con un abrigo, no era la primera vez que lo sentía y solo conocía una manera de combatirlo: atrapando al culpable.

CAPÍTULO 29: *POZELE*

El descampado, sin los policías trabajando en él, revelaba una sensación de angustia imposible de obviar. Quisieron aparcar frente al poblado rumano, Sara paró el coche y Leandro se quitó el cinturón. Ella miró alrededor y volvió a arrancar.

–¿Qué pasa? –preguntó él.

–Creo que es mejor aparcar donde el otro día.

–¿Y eso?

–Mira por el retrovisor –le pidió ella–. Hay dos tíos en la puerta de aquella casa, ¿los ves? Nos observan…

Leandro miró en la dirección que ella le pedía. A esas alturas, sabía que no se trataba de miedo, Sara se enfrentaría a ellos sin dudarlo un segundo. Quizá quería evitar conflictos.

–Si vamos a pie desde el otro lado del descampado, llegaremos a casa de la niña sin necesidad de atravesar el poblado entero, aquí no estamos muy bien vistos –le explicó.

–Como quieras –respondió él abrochándose de nuevo el cinturón.

Cuando por fin dejaron el coche en un lugar que a ella le pareció más apropiado, le envió un mensaje a Solís explicándole dónde se encontraban y le pidió que enviara una patrulla si no volvía a saber de ellos en un par de horas. Leandro cambió de parecer: algo de miedo sí que tenía. Y, si era sincero, él también.

Llegaron a la casa de Ileana en pocos minutos. Llamaron con los nudillos, nadie se acercó a abrir. Lo volvieron a intentar varias veces, con el mismo resultado. A punto estaban de rendirse (dentro no se oía un alma) cuando, por el rabillo del ojo, Leandro contempló cómo alguien dejaba caer una cortina. Cogió a Sara del brazo y le hizo un gesto disimulado con la cabeza que ella interpretó a la perfección, así que volvió a llamar.

–Sé que están dentro, abran, por favor –pidió con paciencia a duras penas contenida.

La misma respuesta, no estaban dispuestos a hablar con la policía más de lo que habían hablado hasta el momento. Sara comenzó a irritarse–. Si no abren la puerta, la tiraré abajo –les amenazó; dentro, el silencio absoluto.

–Bien, entonces los vamos a detener y hablaremos en comisaría –les explicó Leandro, un cuchicheo se escuchó al otro lado–. Solo necesitamos hablar con Ileana un momento.

Mientras decidían qué hacer: entrar a la fuerza, pedir una orden, refuerzos…, un ruido les indicó que alguien desencajaba la puerta del hueco. La mujer cebolla, que así la había bautizado Sara por la cantidad de capas de ropa que llevaba, les abrió lo justo para decirles un par de cosas en su idioma. Leandro estaba seguro de que no se

trataba de mensajes de bienvenida. Ellos se miraron aguantando el chaparrón; a Sara se le notaban blancos los nudillos, a punto de explotar.

–Queremos hablar con Ileana –le pidió con toda la amabilidad de la que fue capaz.

–Ileana *colegiu* –respondió ella.

–No me cuente historias, Ileana no está en el colegio. ¿Nos deja pasar a hablar con ella o pido una *orden?*

– *Yo no entiende. Ileana colegiu* –insistió ella.

Sara dio un par de pasos al frente, dispuesta a entrar. Sabía que no podía hacerlo, pero incluso declararía que la mujer la había invitado y cuando ella lo negara diría que tampoco la había entendido. Necesitaban ver a la pequeña cuanto antes, no podían perder un minuto. La mujer gritó y empujó a Sara fuera de su casa, Leandro intentó intervenir y los ánimos se caldearon. Aparecieron tres hombres de la nada y agarraron a Leandro por los brazos. El tercero se abalanzó sobre la inspectora y al segundo siguiente se arrepintió porque ella se defendió con un tremendo puñetazo que lo lanzó despedido contra el suelo. Leandro se zafó de sus atacantes y echó mano a la pistola.

No llegó a sacarla, una voz infantil apareció en el quicio de la puerta y les pidió, llorando, que parasen.

– *Eu vorbesc cu poliția, mama… Yo hablo con policía, mamá. Este nimic…,* no es nada.

La mujer pareció tranquilizarse y le pidió en su idioma a los hombres que volvieran a sus casas. A Sara le dolía la mano, esperaba no tener que lamentar el puñetazo, cuando llegara a la comisaría pediría hielo. Entraron a la destartalada caseta, la mujer no les ofreció asiento. De hecho, cogió la única silla y se sentó ante ellos, desafiante.

–Señora –comenzó a decir Leandro–, sé que me entiende, al menos casi todo.

Necesitamos hablar con Ileana y tomarle las huellas.

– *Urme no, urme no.* –Negaba con la cabeza, los brazos, parecía negar con todo el cuerpo.

– *Dice huellas no* –les tradujo la pequeña.

–Las necesitamos, Ileana. ¿Recuerdas la llave que nos diste? –le preguntó Sara

–Sí –musitó ella.

–Se le cayó al hombre malo, ¿no? ¿O puede que la encontraras y pensaras que se le había caído a él? –añadió Leandro.

–*No, yo ver caer* –afirmó la niña con seguridad–. *Él sacar del bolsillo un papel y poner a chica en mano, entonces caer llave.*

–Vaya, vaya, Ileana –la regañó la inspectora Benítez–. El otro día nos dijiste que aquel hombre le había dado palos a un perro y que no te habías acercado. ¿Y ahora resulta que viste como le ponía un papel en la mano a la chica?

La niña balbuceaba, la mujer gritó un par de cosas en su idioma y le señaló otra estancia para que se marchara, ella desobedeció y se volvió a los policías.

– *Yo miedo* –respondió.

–No pasa nada –dijo comprensivo el inspector–. Ahora tendrás que contarnos todo lo que viste. Y no puedes mentir, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Se coló un segundo por el hueco que llevaba a su habitación y volvió con una banqueta plegable que ofreció a Sara. Abrió una cortina a su derecha y les invitó a entrar y a sentarse.

–Así que esto es el salón –comentó Leandro, alucinado. Aquella estancia que hacía de salón, sala o a saber qué más, era tan grande como el minúsculo despacho de la directora del periódico en el que trabajaba Esther.

– *Yo salí el viernes a coger ramas para fuego. No poder ir allí, prohibido. Vi hombre con palo pegar muy fuerte y yo agachar, creí que pegar perro. Vi coger de bolsillo papel y meter en una mano. Yo asustar fuerte*. –Llegado a ese punto, la madre de la niña se asomó a la estancia, no perdía detalle. La pequeña se calló, era muy probable que intentara elegir palabras que la madre no entendiese, para evitarse una buena bronca. La mujer volvió a sus quehaceres y la niña reanudó su relato–. *Vi caer llave, después hombre quita ropa así* –les explicó haciendo gestos como de arrancar la ropa, eso ya lo sabían–. *Cuando acaba, pozele.*

–¿Cómo? ¿Qué es eso, Ileana? –preguntó Leandro sin entender.

– *Pozele* –repitió ella, esa vez haciendo gestos como si tuviera una cámara en la mano.

–¿Quieres decir que le hizo fotos a la chica? –preguntó la inspectora.

– *Sí, él pozele…, fotos de țâțe*

–No entiendo esa palabra, Ileana –confesó Sara.

– *Esto… țâțe…* –les repetía mientras se tocaba el pecho y hacía gestos como de contonearse.

–Ah…, ¿quieres decir las tetas? ¿Le hacía fotos de las tetas?

– *¡Sí!* –exclamo ella contenta de hacerse entender–. *¡De las tetas!*

Leandro y Sara se miraron. Para eso las desnudaba entonces, obtenía su trofeo particular.

–Leandro, hay que avisar a la central de que busquen fotos recientes de mujeres desnudas. Es probable que este tío las tenga circulando por internet.

Él se levantó con el móvil en la mano y marcaba ya el número de la comisaría.

– *¿Ya ir*? –preguntó la niña nerviosa, Sara no entendía el motivo.

–Ileana, si viste al hombre y su coche, tendré que llevarte a comisaría para que hagas un dibujo –le explicó Sara. Ella desapareció de inmediato, la dejó con la palabra en la boca.

La inspectora estaba a punto de decirle a Leandro que allí ya poco tenían que hacer, que lo mejor sería conseguir una orden para que la pequeña se presentara en comisaría y un experto hiciera un retrato robot siguiendo sus indicaciones, cuando la niña apareció con un dibujo que los dejó boquiabiertos. No era un retrato como el que hubieran logrado en la comisaría; en aquel dibujo, si era fiable, y así lo parecía, se veía un hombre que podía ser su sospechoso; aunque, puestos a ser razonables, podía tratarse de cualquier otro. Le había pintado los ojos rojos.

–¿Es él, Ileana? –preguntó Leandro, ella asintió.

–¿Y te suena este coche? –le preguntó Sara mientras le enseñaba las

fotos hechas en el Reventón.

– *¡Ser coche de hombre malo! ¡Sí!*

–Creo que no será necesario que venga a la comisaría, ¿no? –preguntó Leandro a Sara.

–Sí nos da las huellas, no, al menos por ahora. –El policía sacó una bolsa con un tampón con tinta, unos papeles y unas bolsitas para guardar. La niña les ofreció un dedo, Sara sonrió.

–No, no será necesario llevarla –zanjó Sara. Cogió la pequeña mano llena de mugre; sin dejar de sonreír, pensó que aquella mano estaba tan sucia que no les haría falta usar la tinta.

Cuando terminaron de sacar las huellas, limpiaron en la medida de lo posible a la pequeña y, tras precintar todo para no contaminarlas, los inspectores se levantaron y se dispusieron a marcharse. La madre, al ver que le habían tomado las huellas dactilares a su hija, gritó amenazante hasta que los policías estuvieron a varios metros de su casa. Al mirar atrás, Sara vio que varios vecinos se habían congregado a la puerta. Algunas mujeres consolaban a la mujer mientras lloraba y blasfemaba. Se sintió como si hubiera cometido un crimen contra la pequeña. Quizá así lo sentía la mujer y por eso se comportaba de aquel modo. En realidad, no le habían pedido permiso para hacerlo y era probable que les trajera problemas.

Los dos policías subieron al coche y se abrocharon el cinturón. Antes de ponerse en marcha, Sara sacó su móvil para activar el manos libres en caso de que los llamaran mientras conducía. Vio una llamada perdida de Aguilar. Pulsó el botón de rellamada y esperó. Se quitó el cinturón, le hizo un gesto a Leandro para que esperase y salió del vehículo para hablar más tranquila. El inspector aprovechó para enviar un mensaje a su esposa, que ella contestó enseguida, así que le telefoneó. El inspector Gómez habló con Ana, sobre todo del pequeño, de cómo había pasado la noche, le prometió que, ocurriera lo que ocurriera, estaría allí a las siete de la tarde para que ella pudiera ir a aquel club de lectura al que se había apuntado. Colgó con bastante premura, la conversación había sido escueta. Pese a que las puertas del coche estaban cerradas, y las ventanillas subidas, pudo oír algunas frases de lo que Sara hablaba con Aguilar y se sintió mezquino. Cuando ella se subió al coche, se apresuró a decírselo. No era capaz de disimular que no había oído nada, eso le parecía más mezquino aún.

–Sara…, perdona, no he podido evitar oír parte de la conversación. De

hecho, he llamado a Ana para no oírte...

–No pasa nada. Aguilar está enfermo, sí.

–Ya..., no sabía que teníais tan buena relación –le comentó él.

–Siempre hemos sido amigos, Leandro. Es alguien a quien aprecio y admiro muchísimo.

–Bueno, lo decía porque he oído que has quedado con él...

–Sí, le estaban dando quimio hasta hace poco, no funcionaba, así que decidió dejarla –

dijo ella a la vez que se ponía el cinturón y arrancaba el vehículo. No quería hablar más del tema, Leandro no se rindió.

–Entonces..., ¿no hay nada que hacer?

–No –respondió ella, escueta–. He quedado con él mañana para tomar un café y ponerle al día del caso. No me preguntes por qué, quiere saber en qué punto estamos. Y

voy a ir y le voy a contar todo lo que pueda, porque tengo la sensación de que este caso a él se le va a quedar sin resolver y yo..., bueno, quiero despedirme.

–Ya..., perdona que te haya preguntado, me parecía fatal hacer como que no había oído nada –se disculpó él–. Si necesitas algo, ya sabes...

Sara salió a la carretera y tardó unos cuantos metros en musitar un *gracias* que Leandro aceptó con un movimiento de cabeza. El teléfono sonó cuando salían a la autovía y ella se apresuró a contestar pensando en que su amigo hubiera empeorado.

–¿Inspectora Benítez? –preguntó una voz de mujer al otro lado.

–Sí, soy yo, ¿quién es?

–Soy la doctora Martínez-Riosa, llamo desde la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Clínico.

–Ah, buenos días, voy con el manos libres, conduciendo –respondió Sara.

–¿Prefiere que llame más tarde? –preguntó ella con cautela.

–No, no, en el coche solo estamos mi compañero y yo, dígame –la animó.

–Llamo para decirle que tengo su bala.

–¿La operaron? –preguntó Sara arqueando las cejas–. Pensé que preferían esperar.

–No tuvimos más remedio, un fragmento de la placa de titanio estaba a punto de perforar una arteria y el neurocirujano no quiso esperar. Le cambiaron la placa, sacaron las esquirlas y el edema...; quiero decir, la inflamación comienza a remitir.

–¡Estupendo! –exclamó ella. Leandro no podía estar más de acuerdo–. ¿Y el pronóstico?

–Aún es pronto, debemos esperar al menos veinticuatro horas desde la operación. Las constantes son buenas. De hecho, la analítica está mejor, así que somos optimistas.

–Eso es genial –volvió a alegrarse ella.

–También quería decirle que cuando salió de quirófano escribió unos números –añadió la doctora.

–¿Cómo? ¿No está dormida?

–Sí, está en un coma inducido. Si las constantes son buenas, iremos bajando los fármacos poco a poco para que recupere la consciencia.

–¿Entonces cómo pudo escribir los números? –se extrañó ella.

–Verá..., es muy extraño. Su marido entró a verla después de la operación y nos avisó porque vio que movía la mano de una manera poco normal. Enseguida nos acercamos y a mi residente le pareció que tenía la mano colocada como si llevase un bolígrafo en ella.

–Vaya, qué curioso.

–Sí, entonces le pusimos un papel debajo de la mano y un bolígrafo entre los dedos.

Escribió varios números. ¿Quiere que se los repita?

–Sí, claro –le pidió ella–. Está mi compañero con la libreta en la mano para anotarlos.

–Apunte… –le pidió–. Cuatro, tres, dos, tres y cinco… bueno, no sé si es un cinco o una s. ¿Los tiene?

–Sí, gracias –respondió él.

–No sé si significarán algo. He pensado que debían saberlo, los escribió más de diez veces.

–Entonces seguro que son importantes –coincidió Sara–. Muchas gracias, mandaré a alguien a por la bala en cuanto llegue a la comisaría.

–Perfecto, no olvide decirle que pregunte por la doctora Martínez-Riosa. La tengo yo en mi poder. Avisaré si hay cambios.

–Muchas gracias de nuevo –respondió Sara antes de colgar el auricular.

–¿Qué querrán decir estos números? –se preguntaba Leandro sin dejar de mirarlos.

–Ni idea –coincidió ella–. Llama al Anatómico Forense, Leandro, que nos avisen cuando llegue el cadáver de Esther allí.

–¿Y mientras? ¿A dónde vamos?

–A la comisaría, hay que poner al día al comisario y el panel, después nos organizaremos la mañana. Me gustaría ir al domicilio de Esther y a la redacción del periódico para dar la noticia a Benito, parece que tenía poca familia.

–Ya… –musitó Leandro mientras colgaba el teléfono–. Sara, el cadáver de Esther Arias ya está allí, la doctora alemana está con él.

–Entonces el comisario tendrá que esperar –zanjó mientras ponía el intermitente y cambiaba de dirección. Varios coches pitaron a la inspectora, así era conducir por Madrid en pleno centro. Sara se sintió como un pequeño ratón en una jaula llena de leones hambrientos. Algo le decía que la mujer a la que acababan de encontrar tenía mucho que decir, y ella estaba dispuesta a escuchar. Como todos los días, desde que el caso había comenzado, vio en su cabeza la imagen del ángel con las alas desplegadas con la que no paraba de soñar. Esta vez la sensación de enfrentarse a otro ángel más oscuro cobraba fuerza en su cabeza. Sintió un escalofrío y metió una marcha más.

Leandro se agarró con fuerza al asiento.

CAPÍTULO 30: PIEZAS QUE ENCAJAN

Al entrar al depósito, Sara tuvo la sensación de pasar allí demasiado tiempo, siempre que llevaba un caso como aquel le ocurría lo mismo. Y eso que el actual se había cobrado por ahora dos cadáveres y una víctima fallida, con lo que la investigación quedaba repartida entre el Anatómico Forense y el hospital.

Entró con paso cansino y se dirigió junto a su compañero a la sala donde solía trabajar Ilka. Se regañó por no preguntar en la entrada dónde estaba el cadáver de Esther Arias, esperaba que la doctora tuviera asignada una sala determinada. Cuando entraron, ella los miró sin comprender, aún era pronto.

–Acabo de empezar –les explicó, un tanto molesta, no le gustaba nada que la agobiaran.

–Lo sabemos, no te preocupes, es que queríamos estar presentes, si no te importa –le dijo Sara con educación.

–Entonces coged unos guantes y una bata, por favor.

Ellos obedecieron sin rechistar, Leandro pensaba que podrían estar haciendo otras cosas, pero no se atrevía a decir nada. Cuando la jefa se empeñaba en algo, era mejor dejar que se saliera con la suya.

–Bien –les explicó Ilka–, procedo a valorar los hematomas y a limpiar el cuerpo.

–¿La hora de la muerte? –preguntó Leandro.

–Por la lividez, me atrevo a decir que murió hace veinte horas, más o menos. En un rato tomaré la temperatura del hígado –añadió.

–¿Y la bala atravesó el cráneo?

–Sí, hay agujero de salida. De todos modos, encontramos la bala en el escenario.

–¡Ah, perfecto! Nos han llamado cuando veníamos del Hospital

Clínico, han recuperado el proyectil de la cabeza de Estefanía Martín. Así que podremos compararlas.

–Ya se la llevaron los técnicos al laboratorio –les aclaró ella.

–Al salir de aquí nos acercamos a por la otra, Leandro, estamos a un paso –le dijo Sara.

–Si quieres me acerco ahora –se ofreció él.

–Bien, te espero aquí.

La doctora esperó a que Leandro saliera para coger un bisturí y abrir una incisión en la joven en forma de *y*. Sara sabía que aguardó a que él saliera por una simple cuestión de respeto, porque tenía que abrir para salir y no le gustaba realizar ningún procedimiento con la puerta abierta. Era como cuando a la inspectora Benítez no le gustaba mantener conversaciones que no tuvieran que ver con la víctima delante de su cadáver. No tenía explicación, así era. Ilka abrió el pecho de la chica y comenzó a hablarle a una grabadora. Dijo que varias costillas aparecían fracturadas e incrustadas en un pulmón, muy probablemente por la paliza recibida; varios hematomas cubrían su piel y su cara.

Aunque se esmeró en limpiar el rostro de la chica, no pudo eliminar algunos rastros de sangre seca acumulados en su nariz y las comisuras de su boca.

–Inspectora, mira –le pidió ella–. Aunque no le hubiera dado el tiro de gracia, no tenía muchas posibilidades.

–¿Qué has encontrado? –preguntó con interés.

–Menudo bestia, le reventó el bazo, posiblemente de una patada, y tiene un pulmón lleno de sangre. También hay hematomas en el hígado.

–Joder, se ensañó con ella.

–Sí –coincidió la forense–. Juraría que con esta tuvo menos miramientos. El cadáver de la otra mujer, Inés Corral, pese a ser presa del mismo individuo casi con total seguridad, recibió la mitad de golpes que esta joven.

–Una de dos: o algo le cabreó o está volviéndose más agresivo.

–Ya…, es posible que cuando ella le plantó cara perdiera el control.

–Sí, lo es. ¿Agresión sexual? Supongo que no, tengo que asegurarme.

–No he encontrado signos de agresión sexual tampoco en esta víctima, sigo sin entender por qué las desnuda.

–Tenemos una testigo en el poblado de Orcasitas, una niña –le explicó Sara–. Vio al agresor hacer fotos tras golpear a Inés Corral. He pedido en la comisaría que rastreen las últimas fotos que circulen por Internet de mujeres desnudas y muertas. Hay mucho enfermo por ahí.

–Espero que tengáis suerte. ¿Encontraste algo sobre la ropa interior?

–Aún no he ido al domicilio de la chica. Tanto Estefanía como Inés llevaban un conjunto de lencería de la marca La Perla, de lujo, y hace unos días llegó a las manos de Ángel Santamaría un conjunto igual. Lo ha identificado, es de su mujer.

–Bueno, yo tengo un conjunto de esa marca que me regalaron mis amigas cuando me casé. En rebajas ya les costó más de doscientos euros.

–Este conjunto en cuestión se vende por separado, lo estuve investigando. El sujetador cuesta cuatrocientos cuarenta euros y la braga doscientos veinte.

–¡Vaya! –exclamó el ayudante de la doctora, quien hasta el momento había sido poco menos que invisible–. Perdón, se me ha escapado.

–No me extraña –dijo Sara, comprensiva–. El modelo se llama Lace Story y en los tres casos lo que cambia es el color.

–¿Entonces cuál es tu teoría? Si es que me la puedes decir, claro.

–Sí…, a ver…, es que es una tontería. Yo pienso que es posible que las cuatro mujeres hubieran comprado este mismo conjunto en alguna tienda de lencería y él fuera dependiente o algo así y se hubiera fijado en ellas. Tengo las tres tiendas que lo venden en Madrid, al ser de lujo no hay más, no creo que sea difícil.

–Bueno, es un poco difuso, sí; pero ¿por qué no?

–Tengo a varios agentes rastreando los movimientos bancarios de las cuatro mujeres, a ver si hay coincidencia.

–¿Y dices que solo hay tres tiendas en Madrid? –preguntó la forense.

–Así es, en la calle Raimundo Fernández Villaverde, en Ortega y Gasset y en el Corte Inglés del Paseo de la Castellana.

–Suerte entonces. También podría ser que tuvieran un amante en común –comentó como si tal cosa ella.

–¡Claro! Por eso las busca iguales. Eres un genio, Ilka, tu teoría me gusta más. Me voy al domicilio de Esther; si tu teoría es correcta, acabas de colocarme la mitad de las piezas. Si encuentras algo interesante avísame, por favor –dijo ella saliendo a toda prisa y marcando el número de Leandro para recogerlo en la puerta del hospital; la doctora se quedó mirando cómo se marchaba con las cejas arqueadas. Negando con la cabeza, volvió al examen de la chica.

De camino al coche, Sara marcó a toda prisa el teléfono de su compañero y le contó la teoría que se le acababa de ocurrir (que se le acababa de ocurrir a Ilka, más bien).

Leandro se sorprendió cuando le llamó, tan solo se había marchado hacía diez minutos.

–Leandro, paso a buscarte, creo que esto es muy importante.

–Quizá tengas razón –le concedió él–. Podemos acercarnos más tarde.

–Vamos al laboratorio juntos y después al domicilio de Esther. Salgo pitando, espérame.

–De acuerdo, pero ten cuidado –se despidió de manera paternal, la notaba muy alterada.

Ella subió a toda prisa al coche y arrancó, quería llegar al domicilio de Esther cuanto antes para comprobar lo del conjunto de ropa interior y así comenzar la búsqueda. Justo cuando aceleró para salir de allí, el joven ayudante de la doctora se abalanzó sobre el coche, le faltó muy poco para atropellarlo. Sara bajó la ventanilla con el corazón a punto de salírsele del pecho.

–¿Está usted loco? –le preguntó sin esperar respuesta–. Casi lo atropello.

–Tiene que venir, inspectora, me manda la doctora Schwarz, es muy importante.

Ella estuvo a punto de preguntarle de quién le hablaba, se había acostumbrado tanto a llamarla Ilka que el apellido le resultaba desconocido. Debía de ser algo especialmente importante, acababa de salir de allí, así que se apresuró a volver a dejar el coche como estaba y entró junto al joven al Anatómico Forense en busca de lo que fuera tan urgente.

–¡Ah!, ¡la encontraste!, ¡menos mal! –exclamó la forense; parecía nerviosa–. Sara, mira, creo que esto es importante.

–Eso espero, he estado a punto de mandar a tu ayudante al hospital.

–Mira aquí –le pidió señalando a la pelvis e ignorando el comentario sobre su ayudante, quien puso los ojos en blanco.

–¿Qué tengo que ver? –preguntó ella contemplando los órganos sanguinolentos de la chica. No entendía cómo a alguien le podía gustar aquella profesión.

–Estaba embarazada –terminó diciendo la doctora ante la ignorancia de la inspectora.

–Sí que es importante. Si tienes razón con tu teoría, y las cuatro compartían amante, el ADN del feto nos puede llevar hasta él.

El teléfono de la inspectora sonó de pronto, se le había olvidado silenciarlo como tantas veces. La voz de Leandro sonó al otro lado, parecía impaciente.

–Sara… –comenzó a hablar con cautela–. ¿No salías ya a toda prisa?

–¡Leandro! ¡Me olvidé! –exclamó ella.

–¿Cómo? Si me acabas de llamar…, ¿cómo te vas a olvidar? –preguntó él sintiendo que la indignación iba tomando forma en su interior.

–No te lo vas a creer –le dijo, él se enfadaba por segundos, esperaba que fuera convincente–. Justo cuando arrancaba, me ha venido a buscar el ayudante de la doctora.

Esther estaba embarazada, Leandro, ¿te lo puedes creer? Embarazada. ¿Sabes lo que eso significa?

–¡Claro que sí! Que puede que tengamos el ADN del asesino –exclamó con entusiasmo olvidando su enfado enseguida.

–Exacto. Te recojo en un minuto, ahora sí, te lo prometo.

Sara colgó. Tras dar las gracias a la forense y a su ayudante, abandonó el edificio del Anatómico Forense y se metió en el coche. Activó el dispositivo de manos libres y llamó al comisario para contarle los avances, mucho se temía que iba a tardar horas en aparecer por la comisaría, y no quería tenerlo al margen. Se incorporó al tráfico sin dejar de hablar, Esteve la escuchaba con atención y, aunque no se lo diría jamás, con admiración. Recogió a Leandro unos minutos después, aún hablaba con el comisario cuando él se montó en el asiento del copiloto.

En el laboratorio buscaron al inspector Eduardo Sánchez, no estaba allí. Su turno había acabado a las ocho de la mañana y no volvería hasta el día siguiente. Una mujer de mediana edad los atendió y Sara le pidió prioridad absoluta con la muestra.

–La vida de una mujer está en juego, por favor, pónganse con esto cuanto antes –le pidió con premura.

–Mire –le respondió ella con voz neutra–, ¿ve todos esos botecitos? Son todos prioritarios, así que o me trae una orden o lo analizaremos cuando le corresponda.

–Le estoy diciendo que la vida de una mujer está en peligro –insistió

Sara.

–Cuando no es eso, es otra cosa. Ya le digo lo que hay, o me trae una orden para que me ponga con esto o voy en el orden que tengo establecido.

Sara apretó las mandíbulas y echó los hombros hacia atrás dispuesta a atacar. Leandro se puso delante de ella en una milésima de segundo.

–La traeremos, no lo dude –respondió mientras cogía del brazo a Sara para que no se enfrentase a ella. Por mucho que le fastidiara, no se estaba saltando ningún procedimiento.

Salieron a la calle con paso decidido. Enfadada, Sara le dio una patada a una farola.

Notó un intenso dolor en el dedo gordo del pie y disimuló cuanto pudo, ni de broma iba a mostrar debilidad en ese preciso instante. De pronto pareció recordar que también le dolía la mano del puñetazo que le había propinado al hombre rumano en el poblado y puso un gesto de fastidio. Un joven al que Leandro reconoció como Raúl, el técnico informático que rastreó el *email* de Ángel Santamaría, se acercó a ellos en la calle, a la entrada del laboratorio científico.

–Inspector, ¿me recuerda?

–Sí, claro, ¿qué ocurre?

–Bueno, les he oído hablar con la teniente O'Neil…

–¿Cómo dice? –preguntó extrañado Leandro.

–¡Ja, ja, ja!, perdone –se disculpó–, por supuesto no se llama así, es que es implacable, va haciendo amigos por donde pasa. Tome, el teléfono del inspector Eduardo Sánchez –

le dijo a la vez que le tendía una tarjeta–. Esta mañana me pidió que le avisara ante cualquier novedad sobre este caso, así que creo que deberían llamarlo. Él es el supervisor, incluso de ella –añadió señalando al laboratorio–. Si le llaman, seguro que se pondrán con esa muestra enseguida.

–Pero… estará durmiendo…, esta noche lo vimos en el escenario…

–Lo sé, no se preocupe, él me lo dijo: "Si hay cualquier novedad sobre este caso, llámame de inmediato, da igual la hora".

–Ah, muchas gracias –dijo Sara mientras sacaba su teléfono para no perder ni un segundo.

–Además, inspector –se dirigió a Leandro mientras Sara hablaba por el móvil– analicé el ordenador de Esther Arias y creo que debería ver algo. Creo que he encontrado una conexión.

–Sara –llamó su atención–, voy dentro con Raúl mientras hablas con Sánchez.

Ella levantó el pulgar en señal de aprobación y siguió contándole al policía científico el hallazgo en el cadáver de la joven reportera. Como les había vaticinado el chico, le prometió que llamaría al laboratorio y los obligaría a analizar aquella muestra con total prioridad.

Sara volvió al laboratorio y buscó a su compañero. Una chica rubia con el pelo muy corto la acompañó a la sala de ordenadores, los dos hombres estaban atentos a una de las pantallas.

–¡Sara! –exclamó él–. Tienes que ver esto, vas a alucinar.

–¿Qué ocurre? –preguntó ella con atención. Parecía que aquel día iba a ser productivo por fin.

–Mira, la dirección de *email* de Esther; bueno, una de ellas, la utilizaba para hablar con Ángel Santamaría.

–¡No fastidies! ¿Se conocían? Puede que sea esa entonces la conexión…

–Más que eso, Sara, mantenían una relación.

De repente, en la cabeza de Sara se fueron colocando todas las piezas, una por una. Si mantenía una relación con Esther Arias, era muy probable que fuera el padre del bebé que esperaba la periodista y también era probable que entre esas otras mujeres con las que había salido se encontraran Inés Corral y Estefanía Martín. Y, claro, también era probable que les hubiera comprado aquel conjunto de lencería a todas... Leandro casi podía oír chirriar la cabeza de su jefa mientras trabajaba a toda prisa para desgranar cada uno de los misterios surgidos en aquel caso.

–¡Joder! –exclamó entonces–. ¡Como he podido ser tan gilipollas!

–¿Qué ocurre?

–¡Qué imbécil! ¡Qué imbécil! –exclamaba mientras se daba con la palma de la mano en la frente.

–Sara…, ¡¿me quieres decir qué coño te pasa?! Me estás poniendo nervioso –confesó él.

–Me acabo de dar cuenta, Leandro. Ángel Santamaría…

–¡¿Qué?!

–Que es él el que tiene prosopagnosia, ¿no lo ves? Les ha regalado los conjuntos de lencería iguales a los de su esposa y de distinto color. ¡Joder!, por eso el otro día no reconoció en un primer momento a su mujer en la foto, porque el pelo era diferente a como lo suele llevar. Por eso no reconoció a ninguna cuando le enseñamos las fotos, porque todas tienen diferente el pelo en la foto de carnet.

–Es cierto –admitió él mientras pensaba en ello–. Y por eso tampoco te reconoció a ti cuando te recogiste el pelo.

–Exacto –asintió ella.

–Es probable que él sea una víctima también, Sara. Alguien puede estar matando y secuestrando a las mujeres con las que se ha acostado nuestro sospechoso.

–Sí, eso tendría sentido, también podrían estar chantajeándolo ¿Y su mujer? –preguntó la inspectora casi para sí misma–. Primero pensábamos que había sido él, después que tenía un cómplice, ahora que puede ser una víctima más…

–A su mujer puede haberla asesinado él. Incluso sin ser consciente de que la ha matado a ella.

–Eso sería horrible. Debemos hablar con él cuanto antes –zanjó ella–. Si hay más mujeres, están en peligro.

–¿Y la muestra del feto? –preguntó Leandro.

–Eduardo Sánchez me ha prometido llamar de inmediato para que se pusieran con ella y que me avisarían en cuanto estuvieran los resultados.

–Perfecto –dijo él–. ¡Mierda! Casi me olvido. Traigo esta bala que hemos recuperado del cráneo de Estefanía Martín.

–También prioridad absoluta, ¿no? La O’Neil se va a mosquear –

respondió Raúl sonriendo maliciosamente.

–Esperar, no puede esperar mucho. Lo urgente es analizar el ADN del feto y, ya que estamos, compararla con la de Ángel Santamaría. Porque, aunque nos hemos montado una teoría espectacular, hay que comprobarla –le explicó Sara con repentino fastidio.

Leandro asintió, totalmente de acuerdo. Los dos inspectores tomaron rumbo a la comisaría y avisaron a su jefe de la teoría que iba tomando forma. Les prometió que el sospechoso esperaría en una sala de interrogatorio para cuando llegaran y que él estaría presente. Por fin encajaban algunas piezas. Las alas rotas del sospechoso, que Sara veía en sus sueños, por fin dejaban de aterrorizarla. Pensaba en él como en un ángel, seguía sin saber por qué. Aquella vez vio en su sospechoso un ángel caído que alguien había expulsado del paraíso.

CAPÍTULO 31: LA QUINTA MUJER

Durante el corto trayecto del Laboratorio Científico a la Comisaría Central, Sara iba sumida en sus pensamientos. Conducía como una autómata. Leandro, en el asiento contiguo, libreta en mano, anotaba sin parar. Llevaba ya unas cuantas ideas apuntadas cuando ella se dio cuenta.

–¿Qué escribes, Leandro?

–Una lista de detalles que deberíamos ir comprobando.

–¿Cómo por ejemplo?

–He anotado que estemos atentos a los resultados del laboratorio sobre el ADN del feto y sobre las dos balas, entre otras cosas.

–Nos avisarán, no te preocupes –le tranquilizó ella.

–Sí, sí, lo sé. Lo que quiero es ir anotando resultados en el panel. ¿Qué calibre te parece que tienen las balas? –preguntó el inspector.

–Me parecieron de nueve milímetros más o menos. De todos modos, la balística no es uno de mis fuertes –aclaró ella con sinceridad.

–Tengo el teléfono del técnico con el que hablé el otro día, el que me explicó lo de la prosopagnosia. Le voy a enviar un mensaje, para ver si al menos nos puede adelantar ese dato.

–Me parece perfecto –coincidió ella–. ¿Qué más? –preguntó a la vez que señalaba la libreta con un gesto y sin perder las manos del volante.

–Tareas. Deberíamos acercarnos a la redacción del periódico a comunicarle la muerte de Esther a Benito y hablar de nuevo con la directora.

–Uf, eso si no se han enterado ya, son periodistas… –le indicó ella.

–Bueno, entonces llamaré por teléfono, aunque vayamos más tarde –le explicó él.

–Eso debe ser la tarea principal –le pidió Sara–. Primero vamos al domicilio de Esther a mirar en su ropa interior.

–Sí, aunque me parece poco importante, la verdad –confesó él.

–Me pareció lo más urgente en el depósito; pero quizá tengas razón, se trata solo de una comprobación, déjalo. ¿Más cosas?

–Bueno…, hablar con Ángel Santamaría, que es a lo que vamos, aunque tendremos que soltarlo. Por ahora solo podemos concluir, a la espera de que nos den los resultados del ADN, que le ha sido infiel a su mujer en varias ocasiones, lo que no lo convierte en asesino.

–Tienes razón. Claro que hoy va a hablar, aunque tenga que dejarme allí la piel –le prometió la inspectora con una determinación feroz.

–También quiero investigar lo que significan los números que anotó Estefanía al salir de la operación.

–He pensado mucho en ellos y no tengo ni idea. Primero pensé en la matrícula de un coche, en los kilómetros recorridos.

–Muchos serían, ¿no? –arqueó las cejas él.

–Me refería a que pudo haber visto la carretera que cogían o el kilómetro en el que se desviaba el vehículo un par de veces, no lo sé.

–Llevaba una capucha negra, desde luego, las fibras que saqué de su nariz y sus ojos así lo prueban, lo que no sé es cuándo se la quitaría –le explicó él.

–Entonces…, si llevaba el capuchón en la cabeza, ¿es posible que la mujer se pusiera a contar desde que salieron de donde fuera hasta La Granja? Para intentar hacer algo, claro.

–Bueno, los números que nos dijo la doctora de la UVI fueron 43235. Contando con que fueran por ejemplo segundos, salen unas… doce horas –respondió tras hacer un cálculo rápido en su libreta–. No me imagino a nadie contando segundos durante doce horas seguidas.

–El 5 podría ser una S, recuerda que nos dijo la doctora que no estaba escrito con mucha claridad –dijo Leandro anotando debajo los números y la letra.

–¿Eso cuánto es en minutos, Leandro?

–Estoy haciendo la cuenta… Sería una hora y doce minutos más o menos. Eso ya me cuadra más, aunque no sé muy bien qué importancia puede tener.

–Ni yo; deberíamos anotarlo por si la llevó desde el sitio donde estuviese retenida.

Querría decir que se tarda setenta y dos minutos desde La Granja a ese lugar –pensó ella en voz alta.

–Sin saber la dirección, es casi imposible que esto nos ayude –protestó él–. ¿Desde Madrid?,¿cogiendo solo la carretera de la Coruña?, ¿y si la retenía en algún pueblo de la sierra?

–Lo sé; aun así, anota el dato por si se presenta alguna pista –le pidió Sara.

–También hemos de comprobar qué coche usan los amigos de Ángel, nos habrán llegado los comprobantes de las tarjetas de crédito de las cuatro mujeres, el resultado del análisis de la llave que se le cayó al tío…

–Uf, un día intenso –vaticinó ella.

–Sí, en cuanto salgamos de interrogar a Ángel Santamaría, deberíamos dividirnos las tareas o no acabaremos jamás. Entonces dejamos lo del domicilio de Esther para más tarde, ¿no?

–Me parece bien –coincidió ella mientras aparcaba en su plaza de garaje y salía del coche para ir, a toda prisa, a interrogar al sospechoso.

El comisario esperaba impaciente a la puerta de la sala. Hablaba por teléfono mientras con un gesto les pedía que esperaran. Nada más colgar, se dirigió a ellos: –Inspectores, me acaban de llamar del laboratorio para decirme que han comenzado el análisis de ADN del feto, nos avisarán en cuanto tengan algo concreto. Me he tomado la libertad de abrir un par de sobres que venían a su nombre, y que claramente tenían que ver con el caso.

–¿Qué son? –preguntó Sara, interesada.

–En uno había varios papeles, extractos de los movimientos bancarios de las cuatro mujeres vinculadas al caso, creo que usted buscaba un pago en concreto, ¿no, inspectora?

–Sí, busco un pago bastante cuantioso realizado en una tienda de lencería, en concreto La Perla. Las dos primeras víctimas, Inés y Estefanía, llevaban puesto un mismo modelo de esa tienda, bastante caro, además, cuando las encontramos. Y la mujer del sospechoso, Andrea Soto, guardaba otro en su armario. Bueno, bastante caro para mi bolsillo –añadió ella.

–¿Y dice que era el mismo modelo? –preguntó el comisario–. Me llama la atención que las mujeres además de ser similares en el físico lo fueran en cuanto a gustos en la lencería.

–Sí, de ahí mi interés –le explicó ella–. En las tres mujeres se trata del mismo modelo en diferentes colores.

–¿Y la cuarta? –quiso saber él.

–Está por comprobar.

–No lo he podido cotejar, al no saber exactamente lo que buscaba –le explicó él casi con una disculpa–. ¿De qué cantidad estamos hablando?

–Cuatrocientos cuarenta euros el sujetador y doscientos veinte la braguita –contestó ella.

–¿Seiscientos sesenta euros el conjunto? Creo que no he visto ningún pago así, pediré a Solís que lo vuelva a comprobar, si le parece bien.

–Claro, me parece perfecto –coincidió ella, feliz de quitarse aquella tediosa tarea.

–Lo que le puedo asegurar es que, dados los ingresos de las cuatro

mujeres, a no ser que tengan varias cuentas escondidas que no conozcamos, o dinero bajo el colchón, también es un pago demasiado cuantioso para ellas.

–Ahora que lo dice…

–¿Qué ocurre, Sara? –intervino su compañero.

–Nada, Leandro, que no me daba cuenta de que nuestra teoría podría irse al traste por un detalle como este.

–¿Por qué?, ¿piensas que Ángel Santamaría no pudo gastar ese dinero en esas mujeres?

–Claro –añadió ella.

–Bueno, pudo sacarlo de otro sitio o tener dinero en casa o vete a saber. Se lo preguntaremos a él. ¿Vamos?

–Sí, vamos –respondió ella con determinación.

El comisario les comunicó que seguiría el interrogatorio desde la otra sala e intervendría si hiciera falta. Sara lo agradeció en silencio, incluso hubiera preferido que no entrara Leandro; claro que, ahora que las cosas comenzaban a arreglarse, pensó que era mejor dejarlo participar.

Ángel Santamaría esperaba sentado tras la misma mesa de las veces anteriores. Pese a la desazón que sentía por no poder estar con sus hijos, ni poder hablar con ellos cuando

quisiera, permanecía aseado, bien peinado y ni siquiera su camiseta se veía demasiado arrugada.

"¿Cómo lo hace?", pensó Sara con curiosidad.

–¿Hasta cuándo voy a estar aquí? –preguntó impasible.

–Hasta que usted quiera –respondió Sara más impasible todavía, aunque por dentro ardía de impaciencia.

De pronto la puerta de la sala se abrió dando paso al comisario Esteve. Sara pensó que para impaciente, él. No le había dejado cruzar con el sospechoso ni una frase. Un hombre apareció tras su jefe y se presentó como Rafael Molina, amigo y abogado del sospechoso. Ángel sonrió con malicia, Sara lo observó con un escalofrío. Volvía a sentirse intimidada por él, pese a que ahora sabía cosas que no le hacían

parecer tan peligroso.

–Ah, qué bien, encantada –mintió Sara mientras le ofrecía la mano; Leandro hizo otro tanto, el comisario volvió a salir.

–¿Cómo están los niños? –preguntó en primer lugar a su amigo.

–Bien, tranquilo, Mario anoche tenía unas décimas de fiebre, esta mañana se levantó mejor. Lidia está con él.

–Muchas gracias, no sé cómo voy a devolveros el favor –dijo con sinceridad el hombre.

–No te preocupes por eso ahora –le pidió el abogado.

–¿No se los llevaron los Servicios Sociales? –preguntó ella con incredulidad.

–Sí, hice un par de llamadas y nos los llevamos a casa, están mejor allí con mis hijos –le explicó el abogado.

Sara sintió una punzada de rabia; no porque los niños estuvieran en casa de los amigos de sus padres, sino porque otros niños con amigos menos "influyentes" no disponían de aquella oportunidad.

–Bien…, ¿por dónde íbamos? –retomó Leandro el interrogatorio, no quería que se dispersaran demasiado. La pregunta sacó a su jefa de aquellos pensamientos.

–Les estaba preguntando hasta cuándo voy a estar aquí –les recordó él con sorna.

–¡Ah, sí! Y yo le estaba respondiendo que hasta que usted quiera –respondió Sara sin dejar de mirarlo a los ojos.

–Mi cliente… –comenzó a decir el abogado– es inocente de todo lo que se le acusa.

–Eso ya lo sabemos –dijo ella a toda prisa, para la sorpresa de los dos hombres.

–Entonces ¿se puede saber por qué sigue retenido? –preguntó él muy enfadado.

–Para empezar, no está retenido, es un testigo y parte implicada de la investigación y necesitamos que preste declaración. Y para continuar, lo sabría si lo hubiera preguntado, a nosotros nos han llegado las

pruebas hace escasos minutos.

–Entonces podemos marcharnos. Vámonos, Ángel –le ordenó el abogado.

–¡No tan deprisa! –exclamó la inspectora Benítez con los ojos encendidos–. Su cliente está implicado en el caso y, al cambiar la manera en que lo está, podemos retenerlo veinticuatro horas más.

–Inspectora, usted y yo sabemos que si yo muevo un par de fichas mi cliente saldrá de aquí en dos horas.

–¡Muévalas! –le retó ella–. Le acusaremos de obstrucción, su testimonio podría salvar la vida a una mujer; la suya, para ser más precisos. Y, si no me equivoco, alguna más.

Usted decide.

–Bien, espero que no sea un juego. Ángel, siéntate, vamos a ver de qué va esto.

Él obedeció. A los ojos de Sara, pasó de verlo como un ángel exterminador a convertirse en un gorrión asustado. No lo conocía demasiado, lo suficiente para saber que él interpretaba su papel según le venía bien en cada situación.

–Vamos a empezar, Ángel…

–¿Otra vez? ¿Cómo quiere que les diga que yo no le he hecho nada a mi mujer?

–¿Y a las demás? –preguntó Leandro con rapidez.

–¿Cómo que a las demás? Si ni siquiera las conozco…

–Eso no es del todo cierto, ¿no? –preguntó de manera irónica ella, a la vez que abría la carpeta y le enseñaba las fotos de las mujeres.

–Ya le dije que no conozco a estas mujeres, salvo a la de esta foto, que es Andrea, y ayer me costó reconocerla porque lleva el pelo distinto.

–Mírelas bien –le pidió ella.

–¡Esto es inaudito! –exclamó el abogado–. Usted ha dicho que él no es sospechoso de la muerte de todas estas mujeres y ahora lo trata como si fuera culpable.

–No debe de estar usted al tanto de la investigación –le dijo ella con malicia–, porque esta mujer de aquí –añadió cogiendo una de las fotos– sigue con vida en el Hospital Clínico pese a recibir un disparo en la cabeza.

–Bueno, no lo he seguido de cerca, están sus hijos y los míos en casa…

–Sí –prosiguió Sara como si nada–, resulta que la chica tenía una placa de titanio de una operación y el agresor no lo sabía. Al recibir el disparo, la bala se alojó allí.

Al oír la palabra titanio, Ángel se puso en guardia y miró las fotos que tenía la inspectora... Comenzó a sudar de repente, la había reconocido. Incluso su abogado se dio cuenta.

–Ángel…, ¿qué ocurre? –le preguntó.

–Ocurre que su cliente conoce a esta mujer, ¿me equivoco?

–Estefanía –murmuró él.

–¿De qué la conoces? –le preguntó, él permaneció callado y con la cabeza agachada–.

¿Quieres que hablemos un rato a solas?

–No, no, quiero acabar con esto y que aparezca Andrea –respondió él.

–Le escucho –le pidió Sara.

–Estefanía y yo tuvimos una aventura –dijo él de pronto.

–No me lo puedo creer, Ángel, me lo tenías que haber dicho –se enfadó el abogado.

–Lo sé, no quería que tuvieras que guardar el secreto, sé lo amigas que son Andrea y Lidia.

–¿Y las otras? –preguntó Rafael señalando el resto de las fotos.

–También.

–No puede ser –susurró.

–¿Cuántas relaciones más deberíamos conocer, Ángel? –insistió Sara.

–Bueno, esa pregunta no sé yo si… –comenzó a decir el abogado.

–Mire, creo que no es muy consciente de lo que estamos hablando aquí. Como entenderá, nos importa una mierda que se haya tirado a tres mujeres o a medio Madrid.

Aquí hay fotos de cuatro mujeres implicadas en este caso: una en paradero desconocido, otra lucha por su vida en el hospital y las otras dos han aparecido muertas tras una paliza brutal y rematadas con un tiro en la cabeza. Y resulta que las cuatro han compartido cama con su cliente. Así que, repito la pregunta… ¿Cuántas relaciones más deberíamos conocer?

El abogado se recolocó la corbata, sudaba copiosamente, pese a que la sala no era muy cálida. Al sospechoso le había abandonado el color de las mejillas, incluso parecía enfermo.

–Otras tres… –respondió en un susurro.

–¡¿Qué dices, Ángel?!, ¿tres más? –le preguntó su abogado y supuesto amigo.

–Sí. Bueno, una de ellas vive en Bombay ahora, no creo que deban preocuparse mucho.

–Necesitaremos el nombre y apellidos de las otras dos y algún dato más que pueda conocer; cumpleaños, dirección, lo que se le ocurra –añadió Leandro mientras le tendía un papel y un bolígrafo para que lo escribiera.

Mientras anotaba en la hoja lo que le habían pedido, la inspectora no le perdía de vista.

El abogado negaba una y otra vez.

–Vamos, Ángel, nos ha hecho perder demasiado tiempo ya al no reconocer a las mujeres –le apremió Leandro.

–No lo entiendo…, ¿por qué no les dijiste esto?, ¿preferías parecer culpable? –le comentó el abogado sin parar de negar.

–No las reconoció –dijo la inspectora de pronto.

–¿Me toma el pelo? –preguntó él arqueando las cejas–. ¿Cómo no va a reconocer a unas mujeres con las que…?

–Termina la frase, Rafa –le pidió él–. A unas mujeres con las que me acostaba, sí.

–Porque su cliente padece un trastorno llamado prosopagnosia, ¿me equivoco, Ángel?

–le preguntó Sara.

–No –respondió él, avergonzado.

–¿Cómo ha dicho que se llama? –preguntó el abogado, sin entender.

–Prosopagnosia. Es un trastorno en la corteza cerebral provocado normalmente por un traumatismo. El paciente es incapaz de reconocer rostros, así que se aprende otros rasgos: pelo, voz, cuerpo, orejas, olor…

–¿Tienes eso?, ¿entonces no sabes cómo soy? Nunca me ha parecido que no me reconocieras.

–Se aprende a vivir con ello –le explicó–. Suelo tener más problema con las mujeres, por la manía que tienen de cambiar todo el rato de peinado.

–Ya –coincidió él.

–Por eso no me reconocía a mí ayer cuando me recogí el pelo, tuvo que mirarme la mano –explicó la inspectora; él asintió y el abogado retiró la cara, avergonzado.

–¿Y tiene cura? –preguntó el amigo.

–No, aunque sí que mejoran los síntomas –respondió Sara, quien parecía haberse hecho una experta en aquella patología.

–Por eso busca usted mujeres muy parecidas, ¿no? –le interrogó Leandro.

–Bueno, sí, conocí a Estefanía y a Inés casi a la vez. Quedé con Inés, su marido y ella atravesaban una crisis bastante grande y quería separarse. Y al acudir a una de nuestras citas, me crucé con Estefanía y la confundí. Después quise solventar el error y hablé con ella. Nos entendíamos bien, así que quedamos en otra ocasión.

–¿Y la lencería? Son unos conjuntos bastante caros, no sabía que su sueldo daba para tanto – comentó Sara.

–Sí, les compré un conjunto a cada una, de colores diferentes. Si le soy sincero, para no equivocarme cuándo estaba con una o con otra.

–¿Y a su mujer? –quiso saber Leandro, normalmente los hombres con los que se había cruzado, que mantenían una aventura fuera del matrimonio, no hacían ese tipo de regalos a su propia mujer.

–A mi mujer se lo compré porque me vio la bolsa y me preguntó. No me dio tiempo a esconderla, así que tuve que volver a por un tercer conjunto.

–Cada conjunto cuesta seiscientos sesenta euros –interrumpió Leandro.

–Tengo dinero de mi familia. Mi padre…, bueno…, mi padrastro estaba forrado. Mi madre me envió dinero durante varios años, supongo que se sentía culpable por lo de las palizas. De hecho, fue a causa de sus golpes por lo que comencé a padecer este trastorno. Un día, de repente, dejó de hacerme aquellos envíos. Pensé que se había muerto, no está muy bien. Investigué y supe que seguía con vida: había perdido la cabeza y mis hermanos lo arreglaron todo para que no pudiera tocar el dinero.

–¿Fue así como supo de su paradero su hermana? –le preguntó Sara.

–Es posible, le juro que no sabía la existencia de esa carta hasta hace dos o tres días.

–¿De qué carta hablas? –le preguntó su abogado.

–De una carta que encontraron ayer en mi casa, la había escondido Andrea. Me escribió mi hermana pequeña para contarme que se murió el cabrón de mi viejo.

–Hace tres años –añadió Leandro.

–Hace tres años, sí. Yo no lo sabía, se lo juro.

–Lo importante ahora es encontrar a su mujer y que ninguna otra sufra daños –dijo Sara.

–¿Y a Esther? ¿También le regaló otro conjunto a ella? –preguntó Leandro, interesado.

–No, Esther era muy deportista, usaba sujetadores deportivos.

–Estaba embarazada, ¿lo sabía? –añadió la inspectora Benítez.

–Eh…, no…, claro que no. ¿Están seguros? –les preguntó él, perplejo.

–Al cien por cien. Hemos pedido una prueba de ADN del feto; bueno,

una prueba de paternidad, al fin y al cabo.

–Ya… –musitó él.

–¿Tiene idea de quién ha podido hacer esto?

–No, no la tengo –respondió pensativo.

–Su cliente se queda aquí por ahora –le explicó Sara–, en este momento de la investigación es muy probable que necesitemos de su colaboración a menudo.

–Dos horas –le concedió el abogado–, ni un minuto más. Este hombre ha permanecido en esta comisaría más tiempo que en su casa en la última semana y necesita volver a la normalidad, por no hablar de lo que necesitan los niños.

–Dos horas, de acuerdo –concedió ella. Ángel resopló, en dos horas sería completamente libre, no veía el momento.

Sara se levantó, Leandro la imitó, allí no les quedaba mucho por hacer. Miró la nota que les tendía Ángel con los nombres de las dos mujeres y las calles en las que vivían.

Dos víctimas potenciales a las que encontrar, con el reloj en contra. Salieron con la sensación de participar en una carrera de relevos amañada de antemano, en la que se conocía un final que solo ellos podían cambiar.

CAPÍTULO 32 ¿QUIÉN ES LA VÍCTIMA?

Leandro le pidió a Sara que lo dejase en el laboratorio. Tendría que invitar a aquel técnico a una buena cena, le debía ya unos cuantos favores. El joven se afanaba en encontrar a las dos mujeres que le había pedido el inspector. La primera no les había llevado demasiado tiempo, se llamaba Raquel Murias, de 37 años. Vivía en Leganés, casada, dos hijos gemelos de tres años de edad. Trabajaba como profesora de educación primaria en un centro en Fuenlabrada. Aunque el programa del ordenador encontró varias mujeres con ese nombre, solo tres de ellas vivían en la provincia de Madrid; y de ellas, una de

la edad adecuada. Podía vivir en cualquier sitio o no tener actualizado el DNI, los dos hombres eran conscientes de ello. En cuanto Leandro vio la foto que aparecía en la pantalla, supo que era la mujer que buscaba.

–Mire –murmuró el joven–, es como si no hubiéramos hecho una pausa, esta tía es igual que las otras.

–Creo que pasamos demasiado tiempo con ese programa, Javier –añadió el inspector, divertido–, en realidad no se me parece tanto. Esta es pelirroja.

–Bueno, ya sabe cómo va, los rasgos iguales…

–Sí, sí, ya lo sé –le interrumpió él–. Solo bromeaba.

Los dos hombres se dispusieron a buscar a la otra joven, lo que no les resultó tan sencillo. El problema se presentó cuando introdujimos el nombre, que era de lo más común: Blanca González González. El ordenador casi se bloquea al recibir los cientos de documentos que correspondían a aquel nombre. Tardó casi veinte minutos en volcar todos los carnets a un archivo. Después el técnico metió un filtro para encontrar solo los

carnets de las mujeres nacidas entre 1970 y 1990. A continuación, desechó los documentos que correspondían a mujeres que tuvieran su residencia fuera de la comunidad de Madrid. Se encontraron con más de cien mujeres menores de cuarenta y cinco años con ese nombre.

–Iremos uno por uno –le explicó el chico–. Si quiere, vaya diciéndome los números y yo los introduzco en el ordenador.

–De acuerdo –accedió Leandro poniéndose unas gafas de cerca y comenzando a dictar.

Tras una hora de comprobaciones, empezaban a pensar que sería más fácil coger las direcciones de todas ellas y salir con una patrulla a visitarlas. Leandro había pensado al principio que sería una tarea de lo más sencilla, puesto que Ángel Santamaría les había proporcionado las calles en las que vivían las mujeres. Según el ordenador, los domicilios pertenecían a otras personas. Minutos después, una foto en la pantalla provocó que los dos hombres saltaran de alegría: las habían encontrado. Solo quedaba elegir a cuál de las dos atacaría primero.

Mientras tanto Sara, en la comisaría, ordenaba las pruebas y pistas que iban recibiendo. Al comunicar a Benito la triste noticia del

fallecimiento de su compañera, el hombre se había echado a llorar, muy emocionado. A Sara le llegó a través del auricular la voz chillona de la directora del periódico apremiándole para que trabajara con más ahínco, ahora que se había quedado sin una reportera. Le dieron ganas de volver a la redacción y ponerle las cosas claras a la mujer. Oyó a Benito diciéndole que se pusiera como le diera la gana, que ese día tendría a dos reporteros menos porque él se iba a casa, que acababa de perder a su mejor amiga y no era capaz de concentrarse en aquellas condiciones. De inmediato ganó puntos en el *ranking* personal de la inspectora por plantarle cara a aquella arpía. El hombre había colgado, tras pedirle permiso para acercarse a la comisaría a hablar con ella más tarde.

Sara se apresuró a actualizar el panel y añadir el nombre de Esther al de las demás víctimas. Ángel Santamaría ocupaba un lugar en el centro de todas ellas. Debajo destacó la palabra "amante" y borró la de "sospechoso". Tras un par de segundos, se lo pensó y la volvió a escribir. En el fax descansaba el informe de balística sobre las dos balas recuperadas. Tal como pensaban, las dos balas eran de nueve milímetros. Sin ninguna pista de la pistola usada para dispararlas, no había forma de comprobar nada más en ese terreno.

Leyó otro documento sobre los vehículos del abogado de Ángel Santamaría. Contaban con dos coches: un Opel Zafira de color azul y un Citroen Saxo de color gis plateado: ninguno era el que buscaba. El teléfono sonó provocando que la mujer se sobresaltara.

–Sara, he encontrado a las dos mujeres.

–¿Ya? ¡Qué suerte! –exclamó ella.

–No fastidies, llevo más de una hora buscando –se quejó él.

–Yo esperaba más tiempo, la verdad. En cuanto he visto lo de Blanca González González, incluso llegué a pensar que no la encontrarías.

–Bueno, muy fácil no ha sido, desde luego –confesó él.

–Ahora viene lo peor…, ¿a quién atacará primero? –preguntó ella en un susurro.

–Eso pensaba yo. ¿Sabemos si sigue o si seguía algún orden? –comentó él.

–No lo creo, aunque puedo preguntarle a Ángel si él ve algún orden en todo esto.

–¿Y crees que estará receptivo?

–Y si no lo está, que lo esté. Te recuerdo que su mujer sigue desaparecida –añadió Sara.

–Habrá que hacerle una visita.

–Sí, ¿vienes ya a comisaría? ¿Quieres que te recoja? –le preguntó ella.

–No, cojo el metro, que tardo diez minutos –le prometió–. ¿Ángel sigue retenido?

–Sí, en menos de una hora tendré que soltarlo –confesó ella, preocupada.

–Baja a hablar con él y luego me cuentas –le pidió–, así no perdemos tiempo.

–De acuerdo –respondió ella antes de colgar el teléfono.

La inspectora bajó a la sala de interrogatorios donde Ángel Santamaría esperaba aburrido. Su abogado se había marchado, tenía otros asuntos que atender. Puesto que ya no era sospechoso de asesinato ni, aunque esto último no podían descartarlo aún, de cómplice de asesinato, no había motivo para estar presente durante las veces que necesitaran hablar con él.

–Ángel, siéntese –le pidió Sara, no había tiempo para formalidades.

–¿Qué ocurre? ¿La han encontrado?

–No, aún no. Tengo algunas dudas sobre todo esto, que puede que usted me ayude a resolver –le explicó.

–Adelante –la apremió él.

–Quiero que piense en las mujeres a las que hemos encontrado sin vida y en Estefanía, que sigue viva por una extraña decisión del destino. ¿Le parece a usted que sigue algún orden?

–Sí, claro, lleva… el mismo orden que yo –le intentó explicar él.

–¿Quiere decir que las va matando por el orden en que usted mantuvo una aventura con ellas?

–Sí, eso es –respondió él.

–¿Entonces a quién le toca? –preguntó ella sin más preámbulos.

–A Raquel, sin duda. Además, lo de Blanca ni siquiera sé si se le podía considerar una aventura.

–¿Por qué lo dice?

–Porque me acosté con ella una vez y no hemos vuelto a hablar –respondió.

–¿Recuerda la fecha? –dijo Sara, esperanzada.

–Por supuesto, me acosté con ella el día que desapareció mi esposa, ¿recuerda que había un tiempo del que no les pude responder? Me tomé el día libre y lo pasé con ella.

Después, al ver que se me había hecho tarde, se me ocurrió pasar por el supermercado y decirle a Andrea que llegaba tarde porque había ido a la compra. Entonces fue cuando me encontré con que mi esposa había desaparecido.

–¿Durante cuánto tiempo duró la aventura con Raquel?

–Unos cuatro meses…

–No me cuadran las fechas, Ángel, Esther estaba embarazada…

–¿De cuánto tiempo? –preguntó rápidamente él.

–No tengo ni idea. A juzgar por el feto del que sacó la muestra la doctora, de no más de tres meses.

–No es mío, inspectora. Esther y yo lo dejamos hace casi seis meses.

–Bien, lo comprobaremos igualmente –le prometió.

La cabeza de Sara comenzó a trabajar a contrarreloj. Si hubiera sabido ese dato antes, no se habría tenido que pelear con la teniente O'Neil. Ella creía que saber quién era el padre los llevaría al amante de todas esas chicas; es decir, a Ángel Santamaría. Y ahora resultaba que no podía ser suyo. Una mueca de contrariedad asomó a su rostro.

–¿Qué ocurre? –le preguntó él–. ¿No se esperaba lo de Esther?

–Eso no le incumbe, Ángel –respondió ella con dignidad.

–Lo que usted diga, yo solo quería ayudar.

–Claro, como siempre –respondió ella de mala gana–. Bien, iré preparando los papeles para que pueda volver a casa. Por favor, manténgase localizable, es posible que tengamos que hablar con usted a menudo.

–No me cabe duda –respondió con sorna, Sara rechinó los dientes mientras salía de aquella sala. Esperaba que la próxima vez que entrase en ella fuera para interrogar al verdadero asesino de aquellas mujeres.

Tras arreglar los papeles para que Ángel se pudiera marchar, Sara se acercó a ver al comisario. En el teléfono móvil había un mensaje de Leandro donde le explicaba que los técnicos habían encontrado rastros de pintura en las rodadas analizadas en el escenario de La Granja y que correspondían con la pintura que se usaba para definir las rayas de los *parkings* de los centros comerciales. Era un dato interesante, en cuanto llegara lo investigarían.

El comisario hablaba por teléfono. Parecía importante, así que le hizo un gesto para decirle que volvería más tarde. El hombre negó con la cabeza y le indicó que se sentara tras su mesa, no le quitaba los ojos de encima. Contestaba a su interlocutor con monosílabos, lo que ella interpretó como que no quería hablar de cosas importantes delante de ella, no se imaginaba lo que le diría en cuanto colgara; algo que, por un segundo, la dejó sin habla.

–Estaba hablando con el comisario Martínez, el de la comisaría sur, no sé cómo decirle esto…

Aguilar ingresó esta mañana en el hospital Doce de Octubre, está en coma.

–No…, no puede ser –respondió al cabo de unos segundos.

–Parece que no quiso decírselo a nadie. Tenía un cáncer bastante avanzado y no podía operarse ni darse quimioterapia. Él lo sabía y decidió no decir nada y seguir trabajando mientras pudiera.

–Jefe…

–Sé que se conocían desde hace años, lo siento.

–No le puedo decir que fuéramos íntimos amigos, retomamos nuestra amistad hace poco, a mi vuelta de Gijón. Lo que sí le digo es que

Aguilar siempre ha sido alguien a quien he respetado muchísimo, y él a mí. Que confiaba en él y él…, bueno…, le diré que yo sí estaba al tanto de lo que iba a ocurrir.

–Estoy atónito –le confesó él–. ¿Usted lo sabía?

–Bueno, no es para tanto. Sabe que hablábamos mucho…

–Sí, en la comisaría sur nadie, absolutamente nadie, sabía que Aguilar estaba tan enfermo. Solo su ex mujer y sus hijos. ¡Nadie! ¿Se da cuenta? –preguntó con asombro.

–Bueno, aunque me siento muy halagada de que fuera en mí en quien confiara, creo que su única razón fue que debía explicarme por qué no quería llevar el caso. Además, creo que algo le comentó al comisario hace poco. Lo que no me esperaba es que fuera tan inminente.

–El comisario Martínez se enteró de su enfermedad esta semana, sí. Tampoco esperaba que fuera tan rápido. Anoche tuvo convulsiones y al llevarlo al hospital le hicieron un TAC. Tenía varías lesiones cerebrales, metástasis, así que decidieron sedarlo y dejarlo ingresado.

–Hasta que muera –añadió Sara.

–Sí, hasta que muera. Esto es así de duro.

–Es cierto… –dijo ella pensativa.

–Venía usted a contarme algo, ¿no?

–Eh…, sí –respondió ella, repentinamente desubicada–. ¡Ah, sí! Quería decirle que acabo de hablar de nuevo con Ángel Santamaría. Me telefoneó Leandro desde el laboratorio porque ya tienen la localización de las dos mujeres de las que el sospechoso nos dio los nombres, y ahora necesitábamos elegir a por quién irá primero.

–Le pondremos protección a las dos –zanjó él mientras levantaba el auricular.

–Espere, jefe, quizá no haga falta –añadió ella–. Bajé a hablar con Ángel por si él veía un patrón que nosotros desconocíamos en el orden de desaparición de las mujeres. Me dijo que sin duda el secuestrador sigue el mismo orden en el que él tuvo una aventura con ellas.

–¿Tiene los nombres de las mujeres? –le preguntó.

–Sí, Raquel Murias, 37 años, vive en Leganés –dijo mirando una nota

que llevaba en la mano– y Blanca González, de 30, casada y sin hijos. Vive por la zona del Barrio del Pilar.

–¿Y cuál cree que será la siguiente?

–Según Ángel Santamaría, la siguiente es Raquel. Me contó que con la otra chica, Blanca, solo se vio el día que desapareció su mujer –le explicó ella.

–O sea, hace una semana.

–Exacto.

–Entonces tendrán que ir a ver a esa joven, Raquel. Y, por favor, sean diplomáticos –le pidió el comisario.

–Hay otra cosa, jefe…

–Dígame.

–Según él, el hijo que esperaba Esther Arias no es suyo porque su relación acabó hace varios meses.

–Bueno…, eso ahora mismo nos importa poco, él ya ha confesado que mantuvo una relación con ella.

–Sí, es cierto –coincidió ella–. La verdad es que esperaba que esa pista fuera la clave.

–Habrá otra, inspectora, siempre la hay –zanjó él.

Sara llegaba a su despacho cuando se topó de bruces con Leandro, que salía de él. Su cara aparecía congestionada por completo y su normalmente apacible rostro se veía contraído en una mueca de excitación –¡Leandro! ¡Genial! Te iba a llamar ahora mismo, es importante. Tenemos que proteger a Raquel Murias. Según él, es a quien le toca.

–Creo que en realidad a quien tenemos que proteger es a él.

–¿Cómo dices? El comisario acaba de dar un aviso para que vaya una patrulla a hablar con la chica, deberíamos ir para allá…

Leandro empujó a Sara dentro del despacho, cerró la puerta y la obligó a sentarse en su silla.

–Lo de que vaya una patrulla para allá, y la proteja, me parece genial, aunque creo que la verdadera víctima de todo esto es Ángel. El secuestrador y asesino va a por él, quitándole de en medio lo que le importa.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó ella extrañada. Jamás había visto a su compañero así.

–Por esto –respondió mientras le entregaba unos papeles. Sara pudo ver que eran del laboratorio.

–Ah, si son los resultados del ADN del feto. No te preocupes, no es suyo, me lo ha dicho él, la relación con Esther acabó hace meses.

–No sé de qué me hablas. Y no, no son los resultados del feto. Entregamos la muestra esta mañana, ¿recuerdas?, sería imposible que ya estuviera.

Ella lo miró a los ojos, incluso parecía que se le hubieran oscurecido de golpe. Abrió el sobre y sacó de él una hoja con el ADN de Ángel Santamaría. No entendía para qué le daba aquello su compañero, ni por qué le parecía tan importante. Entonces, un segundo informe provocó que sus pulmones dejaran de trabajar unos segundos, el corazón intentaba salir de su cuerpo y le costaba tragar. Casi no se acordaba de aquel diente encontrado en el escenario donde hallaron a la periodista. El ADN recuperado de él, era muy parecido al de su sospechoso. Sin duda alguna, compartían una serie de genes.

–Déjame la carta que le envió su hermana –le pidió a Leandro, él rebuscó en la carpeta hasta dar con ella–. Nos dijo que su hermana era, con mucho, la más fuerte de los tres, pese a haber nacido prematura.

–Eh…, sí. ¿No creerás que…?

–¡Aquí esta! Su hermano Miguel… ¡Es él! ¡Tiene que ser él! Tenemos que conseguir una foto suya y su dirección. Cuadra todo, Leandro, ¿lo ves?

–Haré unas llamadas de camino –le prometió Leandro–. Ahora vamos al domicilio de Ángel Santamaría, tenemos que llegar antes de que su hermano dé con él.

Salieron a la calle con la sensación de correr en una carrera de relevos sin llevar el testigo en la mano. Sara sentía el final tan cerca que echó de menos unas alas como las que veía en sus sueños para poder luchar

contra lo que se les avecinaba. Nada más salir a la calle, como si de una señal se tratase, comenzó a llover.

CAPÍTULO 33: VEN A BUSCARME

Leandro guardó el teléfono en el bolsillo interior de su chaqueta mientras la inspectora Benítez aparcaba de cualquier manera junto a la casa de Ángel Santamaría. Los dos policías subieron a toda prisa las escaleras hasta el segundo piso, controlando que nadie utilizara el ascensor.

Al llegar al pasillo, la vecina, como siempre, se asomó a ver qué ocurría. Sara solo tuvo que mirar fijamente a aquellos ojillos de ardilla para que la mujer cerrara la puerta y se quedara justo al otro lado, cotilleando, pero en la intimidad de su casa.

–Pasa de ella, Sara –le pidió Leandro.

–Me desespera –confesó ella.

–No me extraña. De verdad, ignórala.

Llamaron varias veces a la puerta sin obtener respuesta alguna. La inspectora se ponía cada vez más nerviosa. Al sacar al hombre de la comisaría, se lo habían puesto en bandeja al asesino.

–Hay que abrir esta puerta como sea, Leandro.

–Voy a llamar para que envíen a alguien–respondió él.

–No podemos esperar –le apremió ella.

–La cerradura es de seguridad; no vamos a poder abrirla –la intentó convencer él.

El inconfundible sonido de la puerta del ascensor dio paso a las voces de varios niños.

Los policías observaron a la mujer que llegaba con tres niños y una niña. Sara reconoció a los hijos de Ángel Santamaría, a los otros dos era la primera vez que los veía.

–¡Mira, Lidia! –exclamó Mario, el más pequeño–. Esta es la policía que está buscando a mamá. Y es una policía de verdad, te lo prometo.

–¿Qué ocurre? –preguntó la mujer al llegar a la puerta–. ¿Pasa algo?

–Soy la inspectora Benítez –se presentó ella–. Mi compañero, el inspector Gómez.

–Soy Lidia López, la mujer de Rafael Molina, el abogado de Ángel.

–¿Sabe usted dónde está Ángel Santamaría?

–Me..., me envió un mensaje hace unos minutos para pedirme que le trajera a los niños cuando salieran del colegio, que él los esperaría aquí. Mi marido consiguió que los servicios sociales nos permitieran cuidar de ellos durante su ausencia.

–No contesta –le explicó ella.

–Yo tengo una llave –dijo el hijo mayor.

–No lo sabía... –intervino la mujer–. ¿Por qué no me lo dijiste esta mañana cuando te pregunté?

–Porque papá me la dio el otro día y me dijo que solo podía decir que la tenía a la policía y si era una emergencia –les explicó.

–¿Qué es una emergencia? –preguntó la niña, que había permanecido en silencio; debía de tener seis o siete años.

–Cuando algo es importante y hay que hacerlo cuanto antes –le explicó su madre, sin perder la paciencia.

El niño le tendió la llave a Sara, ella se apresuró a abrir y le pidió a la mujer que esperara abajo con los niños.

–Sí..., él me dijo que viniera aquí con ellos, que estaría esperándonos –protestó.

–A lo mejor ha ido al súper –dijo de pronto el otro niño.

–Por si acaso, preferiría que esperasen abajo, por favor –insistió Sara.

–Me los llevaré a casa, tengo que darles de comer. Si lo ven, díganle que por favor venga a por ellos, creo que ya es hora. Vamos, niños –les apremió para que estuvieran en aquel pasillo lo menos posible.

–¿No íbamos con papá? –preguntó Mario, el pequeño.

–Le ha surgido algo –añadió ella, bastante enfadada.

La mujer se dirigió, muy contrariada, hacia el ascensor. Aquello comenzaba a ser demasiado. Una cosa era que se ocupara de aquellos niños de cuando en cuando y otra que vivieran con ella. Sara la entendía muy bien; pero él podía estar en apuros, así que mejor que se marchase enfadada con los niños a que se quedara por allí, no sabían a qué se enfrentaban.

Los policías entraron despacio a la vivienda. Sara casi no podía reconocer la casa a la que había accedido en otras ocasiones y que aparecía tan limpia que daba miedo apoyarse en cualquier sitio. Todo estaba esparcido. Recordó el registro del día anterior, cuando se lo habían llevado a la comisaria. El caso era que Ángel no parecía estar allí ni haber estado aquella mañana. Recorrieron el piso con cautela, pistola en mano, no había rastro de él.

–Parece que no llegó a venir a casa, Leandro.

–No lo creo, Sara, mira esto –le pidió él desde el dormitorio.

Ella se acercó intrigada, no había visto ni un solo signo de que alguien hubiera estado allí desde el día anterior. Claro que tenía que reconocer que, al habérselo llevado detenido, el piso no aparecía ni limpio, ni ordenado, cualquier detalle en aquel caos muy bien podía haber pasado desapercibido.

–¿Qué has encontrado? –le preguntó mientras miraba donde estaba su compañero.

–El correo de hoy.

–Entró en casa. O alguien esperaba dentro o quien fuera llamó a la puerta y le hizo salir.

–Vamos a tener que hablar con la vecina –se quejó Leandro.

–¿Con la de la bata? ¡No fastidies! –protestó Sara con energía.

–¿Y qué propones, si no? Tampoco podemos rastrear su móvil, se lo ha dejado aquí, mira.

–Eso quiere decir que ha salido de aquí a toda prisa. Vamos a hablar con ella, cuanto antes nos lo quitemos de encima, mejor. –Pasó por

delante de su compañero y fue al piso de la vecina.

Leandro llamó al timbre, era evidente que había alguien al otro lado, aunque nadie hizo el menor ademán de abrir.

–No me lo puedo creer –murmuró ella.

–¿El qué?

–Cada vez que pasamos por delante de su puerta, abre para cotillear, porque eso es esta señora… U-NA CO-TI-LLA –recalcó bien la palabra intentando provocarla, sin éxito–. Y ahora que necesitamos hablar con ella, se hace la interesante–. ¡Señora! ¿Puede abrir la puerta, por favor?

Dentro, el silencio; o al menos el silencio que se oye cuando alguien quiere que lo parezca.

–¡Señora! –insistió Sara–. ¿Puede atendernos, por favor? Somos de la policía.

–Señora –intervino Leandro–. Podemos detenerla por obstrucción y tendrá que venir con nosotros a comisaría.

–Y vendrá con esa bata horrible puesta –murmuró Sara a su compañero, él aguantó la risa.

–¿Y cómo sé que son de la policía de verdad? –dijo a través de la puerta.

–No sé, le podemos enseñar la placa, o puede mirar a través de la mirilla; total, nos lleva viendo por aquí toda la semana.

La mujer finalmente abrió una rendija y les pidió que le enseñaran la placa. Ellos se la acercaron a la cara todo lo que pudieron, Sara estaba a punto de perder la paciencia.

–Solo queremos hacerle una pregunta –le dijo Leandro.

–Sí, queremos saber si ha visto hoy a Ángel venir aquí a su casa.

La mujer miró de arriba abajo a los dos policías, providencialmente el móvil de la inspectora sonó y era el comisario quien llamaba, así que le enseñó el teléfono a Leandro y se metió dentro de la vivienda de Ángel Santamaría a hablar. El inspector suspiró y aceptó su destino. En cuanto la mujer de la bata se vio a solas con Leandro, comenzó a hablar como si las palabras hubieran sido retenidas durante meses a la

espera de ese instante.

–Es que no me fío nada de esa mujer que le han puesto a usted de compañera. Qué mala suerte tiene, porque un hombre de esta planta, con esos ojos y lo amable que es, y esa mujer tan antipática y que trata tan mal a la gente. Porque digo yo que no es necesario faltar al respeto a nadie para ser policía, ¿no? Porque mire usted lo agradable que es y seguro que igual de bueno en su trabajo o mejor, ¿a que sí?

El inspector estaba a punto de reventar, la escuchaba como se escucha llover en una tarde de otoño. Cuando encontró un resquicio por donde colarse, habló: –Señora, disculpe, es que nos corre prisa. Solo necesitamos saber si ha visto llegar esta mañana a Ángel a su casa.

–Sí, claro, no hace mucho, además, lo que pasa es que luego ha salido corriendo como si alguien lo persiguiera. Me pareció que ni siquiera se llevaba la chaqueta, fíjese usted.

–¿Iba solo?

–Claro, si no, me habría dado cuenta, yo soy una buena vecina, ¿eh? No una cotilla como dice su compañera, porque la he oído, ¿eh? Y no se crea que la he oído por estar detrás de la puerta, porque yo tengo mucho que hacer y no estoy todo el día aquí

esperando a que ocurra algo. Digo yo que no tengo la culpa de tener un oído tan bueno como el que tengo, que si me lo ha dado Dios será para algo. Y qué pena que no me sirviera para enterarme de quién se llevó a la pobre Andrea, porque digo yo que, quien fuera que entró y se la llevó, debía de ser alguien muy silencioso porque pasar por aquí dos veces, y que yo no me enterase, claro que ese día los de las ofertas de los teléfonos estaban muy pesados y llamaron varias veces. Fíjese que llamaron dos veces de la misma compañía porque no se dieron cuenta de que ya había hablado con ellos. Y no digo que no fueran buenas ofertas, el que llamó el segundo me daba mejor tarifa que el primero… Y digo yo que si son de la misma compañía…

–Perdone…, señora… –volvió a interrumpirla Leandro, o al menos a intentarlo.

–Porque, claro, digo yo que si te llaman para ofrecerte una tarifa lo menos que podían hacer es mantenerla un rato más tarde, porque…

–Señora, disculpe, es que ya sabe…, tengo prisa.

–Claro, claro, joven, dígame –respondió complaciente la señora.

Leandro no esperaba que le hiciera caso tan pronto y no se había preparado la pregunta, así que se preparó a improvisar.

–Bueno…, ¿y dice que Ángel salió de su casa a toda prisa poco después de llegar?

–Sí, hijo…, porque…

–Y… –habló de nuevo Leandro lo más rápido que pudo para evitar que la señora le contara otro rollo– dice que iba solo. ¿No se daría cuenta de si llegó a casa hablando por teléfono?

–No, claro que no, yo no espío a la gente, ¿sabe, joven? Lo que sí que vi por la mirilla, porque no tuve más remedio que asomarme cuando oí ruidos en el pasillo, que cualquiera deja que entre alguien y le haga algo a una, que las cosas están fatal…

–¿Qué vio por la mirilla? –la interrumpió Leandro descaradamente, ya perdía la paciencia.

–Vi que venía abriendo las cartas del buzón. De hecho, leía una con mucho interés, me di cuenta porque casi se choca con la maceta que puse hace unos meses ahí, que el

pasillo estaba tan soso que me daba pena y fíjese qué hermosa está, que da gusto verla y eso que no puedo salir a cuidarla todo lo que quisiera porque, claro, cualquiera se atreve…

–Bueno, muchas gracias, señora, nos ha sido de mucha ayuda –respondió él cortando de golpe a la mujer. Ella se metió en su casa algo decaída, según le dijo a su esposo por

“lo mal que está el país, que ni siquiera los policías escuchan”.

Leandro se apresuró a entrar en el piso de Ángel y cerró la puerta. Si hubiera tenido a mano la llave, la habría echado y la habría tirado por el váter con tal de no volver a hablar con la mujer.

–Pensé que te quedarías allí a vivir –bromeó Sara.

–Me debes una –respondió él mientras resoplaba.

–¿Y bien? ¿Has sacado algo en claro?

–Que Ángel Santamaría vino a casa con el correo en la mano, leyendo una carta y que minutos después se marchó a toda prisa sin chaqueta –le explicó Leandro.

–Algo de lo que leyó en esa carta le hizo salir corriendo.

–Eso parece, ¿dónde dejé el correo? Lo vimos antes, ¿te acuerdas? –añadió él a la vez que se dirigía veloz a comprobarlo.

Una carta llamó su atención, no tenía remitente. Sara sacó el papel de dentro del sobre y un intenso olor a almizcle se coló por sus fosas nasales provocando que tuviera ganas de estornudar. Dentro encontró un mensaje que la aterrorizó: *No hay un Cielo donde la gloria resplandezca ni un Infierno donde los pecadores se abrasen. ¡Es aquí en la Tierra donde conocemos nuestros tormentos! ¡Es aquí en la Tierra donde sentimos nuestros goces! ¡Es aquí en la Tierra donde están nuestras oportunidades! ¡Elige este día, esta hora, pues no existe redentor alguno!*

Detén la marcha de aquellos que te persiguen. Deja que aquellos que han provocado tu ruina sean lanzados a la confusión y a la infamia. Déjalos que sean como paja menuda ante un ciclón y, después de que ellos hayan caído, regocíjate de tu propia salvación.

–Recibió otra nota…, ¿por qué no nos avisaría? No está firmada, como las otras. Tuvo que ver algo más de lo que estamos viendo nosotros –musitó Leandro.

–¿Qué has visto, Ángel? Vamos… –pareció hablar Sara al papel.

Casi de manera distraída, cogió el sobre en el que venía la carta, no había sido guardada en el buzón en mano. Traía un matasellos.

–Leandro…, el matasellos… pone “Los Molinos”, ¿te dice algo?

–Eso está al norte de Madrid, en la sierra.

–El olor a almizcle... –murmuró ella.

–Como el resto de las notas que le dejaron –respondió él, no terminaba de entender a qué se refería su compañera.

–Mierda, lo teníamos delante y no nos dimos cuenta. Nos habló del olor a almizcle en su casa, que su padre cazaba.

–¿Estás hablando de Ángel Santamaría? ¿Es que no estamos de acuerdo en que no ha sido él?

–Sí, claro, pero no fue la única víctima de su padre, su hermano sufrió lo mismo. El olor a almizcle viene de él, de Miguel.

–¿Y crees que vive en Los Molinos?

–Habrá que comprobarlo, ¿no? –casi suplicó ella.

–Si tienes razón, su hermano acaba de retarlo, Sara, nos quedamos sin tiempo.

–Vamos…, por el camino llamaremos a la comisaría para que busquen en Los Molinos una casa o un terreno, o lo que sea, a nombre del hermano de Ángel Santamaría –le explicó ella.

–Ni siquiera sabemos el apellido, Sara, no es el mismo que el de Ángel.

–Lo tenemos en el despacho, en la carta de la otra hermana, ¿recuerdas?

–Es verdad…, no me acordaba –confesó el policía.

–Yo tampoco, nos lo mirará Solís –afirmó ella con una sonrisa.

–Bien por el pelirrojo –murmuró Leandro mientras salían del piso de Ángel–.

Aunque… ¿él no está en Leganés?

–Mierda –musitó ella.

Salieron al tráfico y enfilaron el paseo de Santa María de la Cabeza hacia la Avenida del Manzanares. Era la ruta más rápida para entrar por la A6, que los llevaría hasta Los Molinos. Leandro llamó a la comisaría y pidió que le pasaran directamente con Solís. El policía pelirrojo se mostró tan dispuesto como siempre.

–Solís, me alegro de encontrarte aún ahí. Coge un papel –le pidió Leandro–. Ve al despacho de Sara, encima de la mesa está el expediente del caso y dentro de la carpeta hay una carta escrita por una mujer hace tres años, necesitamos el apellido de la mujer o la dirección o lo que sea.

–Voy –le aseguró él–. ¿Quién es?

–La hermanastra de Ángel Santamaría –respondió Leandro de inmediato.

–¿Creéis que ha tenido algo que ver?

–No tenemos ningún motivo para pensar que sea así, en realidad al

que buscamos es a su hermanastro Miguel, de ella solo necesitamos saber el apellido.

–¿Entonces busco la carta para saber el apellido de la mujer y después el domicilio del tal Miguel?

–Sí, creemos que va a por él. Por favor, comprobad si tiene alguna propiedad a su nombre en la sierra de Madrid, sobre todo centraos en "Los Molinos".

–¡Claro! –exclamó el policía–. Ahora mismo voy, justo nos marchábamos a Leganés. Es que el comisario ha pensado que mejor fuéramos dos patrullas, y así una se quedaría ya para la protección de la chica.

–Es una gran idea. ¿Le da tiempo a mirarme eso? –le preguntó esperanzado Leandro.

–Sí, sí, por supuesto.

–Corra, por favor, esta vez creo que a Sara no le importará que vaya corriendo a por ello.

–De acuerdo, ahora les llamo –colgó.

A la inspectora Benítez se le escapó una sonrisa, iba a tener que acostumbrarse a ese policía nervioso, muy trabajador y entusiasta, sobre todo lo segundo, una cualidad que debería aprovechar al máximo antes de que se difuminara. El corazón cada vez le latía más deprisa y se imaginó a Ángel Santamaría de rodillas delante de un ángel oscuro que portaba una espada, a su lado las alas cortadas en sendos charcos de sangre, como si se tratara de una ejecución. Aceleró lo justo para que Leandro se ajustara el cinturón.

Esta vez él no dijo nada, sentía la misma urgencia que ella.

CAPÍTULO 34: EN LA BOCA DEL LOBO

La casa se recortaba contra el horizonte. Él pensó en lo que el tiempo y la distancia distorsionaban la realidad. Tras más de veinte años sin

aparecer por allí, el caserón le parecía más grande, más siniestro, más acechante…

La verja de la entrada permanecía cerrada con un candado que él rompió al tercer golpe con la palanca que llevaba en el maletero del coche. Entró deprisa, quizá demasiado, levantando una nube de polvo y tirando al pasar varias macetas que quedaron destrozadas en el camino. La tormenta aún no había llegado hasta allí y el terreno permanecía sediento. Una mujer bastante joven salió de la casa muy enfadada; pegado a su mano, un teléfono.

–¡Esto es una propiedad privada, voy a llamar a la policía! –exclamó amenazante.

Cuando vio el destrozo, cumplió su amenaza y comenzó a marcar en su móvil.

–Isabel… –sonó una voz familiar desde dentro del vehículo.

Dejó de teclear. No reconocía el Xara Picasso de color rojo que tenía delante; pero esa voz le resultaba tan familiar... El hombre abrió la puerta del coche, puso un pie en el suelo y salió lentamente susurrando su nombre de nuevo. Ella subió las manos a la boca tapando una mueca de asombro. El móvil se resbaló de entre sus dedos y fue a estrellarse en el suelo junto a sus pies, ella no pareció darse cuenta.

–¡Dios mío! ¡No puede ser! ¡No puede ser! ¿Ángel? ¿Eres tú? ¿De verdad eres tú?

Durante unos segundos se miraron el uno al otro aprendiéndose sus cambios, después ella se acercó tímida hacia su hermano y él recorrió el resto del camino con los brazos

abiertos. No se dio cuenta de cuánto la había echado de menos hasta que la sintió entre sus brazos. Se había marchado de allí cuando Isabel tenía once años y él tenía veintiuno.

Desde entonces no la había vuelto a ver. Ahora se había convertido en una mujer hermosa, o al menos eso parecía. No podía reconocer su rostro, por su problema. Sí podía comprobar el conjunto y era perfecto. Las imágenes de su adolescencia y juventud pasaron ante sus ojos a toda velocidad; no todas eran buenas.

–¿Por qué no me avisaste de que venías?

Él no contestó, aquella no era ni mucho menos una visita de cortesía. Una mujer menuda de unos setenta años, ataviada con ropa de campo y una gruesa chaqueta, se asomó al porche y preguntó con miedo en la voz:

–Miguel…, ¿eres tú? Hace días que no te veo, hijo, acércate.

–No es Miguel, mamá –le respondió la chica–. Mamá no está muy bien –añadió mirando a su hermano mayor–. Vive en su mundo, cada vez le dura más. Algunos días los pasa enteros hablando con mi hija como si fuera yo, solo tiene cuatro años…

–Ya lo veo, a mí ni siquiera me recuerda… –contestó él–. ¿Dónde está Miguel? –le preguntó sin más preámbulos, su visita era urgente.

–No tengo ni idea, hace días que no le veo –respondió ella mirando las macetas rotas del suelo y el candado roto de la entrada–. ¿Qué está pasando, Ángel? Pensé que por fin habías decidido venir a verme, y ahora no sé qué pensar.

–Necesito encontrar a Miguel cuanto antes, Isa –dijo él, comenzaba a ponerse nervioso.

–¿Y ya está? ¿Más de veinte años sin vernos y sin saber de ti y lo único que me dices es que necesitas ver a Miguel cuanto antes?

–Mira, Isabel, no estoy aquí para regañinas, no tengo tiempo, es vital que lo encuentre ya.

–¡Vete a la mierda, Ángel! –gritó ella, enfadada. ¿Te crees con derecho a venir aquí entrando en mi casa a la fuerza y destrozándome las plantas y exigirme algo? ¡Lárgate!

Hemos vivido de maravilla sin ti todos estos años, así que… fuera. Tengo un marido

increíble, dos hijos preciosos, vivo en la mejor casa del lugar, no necesito que venga un fantasma a recordarme lo que vivimos hace años.

Él la miró, estaba roja de ira y no podía reprochárselo. Realmente no tenía tiempo de explicaciones, Miguel tenía secuestrada a su mujer y la mataría si no hacía algo.

–Isa…, te juro que volveré y te contaré todo más tarde y hablaremos de todo lo que quieras.

–Ahora esto es más urgente –sopesó qué podía contarle y qué no, al final optó por resumirle todo y no mentir–. Mira, Miguel ha secuestrado a mi mujer y la va a matar.

–¿Tú estás loco o qué? –gritó ella, cada vez se enfadaba más–. ¿Miguel? ¿Tú te das cuenta de lo que estás diciendo?

–Te lo juro por mis hijos, Isa. Miguel secuestró a varias mujeres con las que yo tuve una relación y las mató, al menos a dos de ellas, y tiene a mi mujer. No puedo explicarte más por ahora. Volveré y te contaré todo, te lo prometo. La vida de Andrea está en juego.

–¿Andrea? ¿Andrea Soto? –preguntó ella bajando un poco la voz.

–Sí, es mi mujer –respondió él–. ¿La conoces?

–Hablan de ella en las noticias a todas horas.

–Lo sé…, y de Estefanía Martín y de Esther Arias y de Inés Corral –añadió el hombre.

–¿Engañaste a tu mujer con esas mujeres? –le preguntó con cara de decepción.

–No he sido lo que se dice un ángel –ironizó con su nombre–. Ahora mismo es crucial encontrar a mi mujer. Después puedes odiarme todo lo que quieras, incluso insultarme; pero por favor dime dónde está Miguel.

– Te digo la verdad, no lo sé, hace días que no le veo –insistió la joven.

–¿Sigue viviendo aquí?

–Sí, en esta casa nos quedamos todos. Ahora también viven aquí mi marido y mis hijos. Cuando tú te marchaste, papá siguió pegando a Miguel y…, bueno…, él llegó a odiarte.

–Quise llevarlo conmigo…

–Lo sé, él era solo un adolescente y no entendió que te marcharas, te culpó de dejarlo aquí –le explicó ella con pena.

–¿No sabes dónde puede estar? –le preguntó Ángel, esperanzado–. Necesito encontrarlo, Isa, por favor.

–No, aunque…, puede…

–Habla –la apremió.

–No sé si sigue estando en pie, yo solo fui una vez cuando era una niña.

–¡La casa de caza! ¡Claro! ¿Cómo he sido tan imbécil? –dijo a la vez que se daba una palmada en la frente. ¿Sigue la llave aquí?

–No lo sé, espera, hace años que no lo miro… –Ella entró a toda prisa en la casa.

Él observó a la anciana, no se había movido del porche ni un milímetro. Lo miraba con desconfianza, como si tuviera que elegir si era o no de fiar. Al salir la chica, ella la cogió del brazo.

–¿Sabe tu marido que te ves con este? –le preguntó, ella la miró con pena y le dio un beso.

–¿Lo ves? Está en su propio mundo. La llave no está, Ángel, se la habrá llevado él.

–Tengo que ir a buscarla –dijo sin esperar respuesta. Volvió al coche.

–¿Volverás? –le preguntó ella con esperanza.

–Te lo prometo –respondió él con menos seguridad de la que aparentaba–. Llama a la policía, Isa, explícales a dónde me dirijo.

–No te hará nada, Ángel, es nuestro hermano –intentó convencerse ella.

–Mató a dos mujeres, lo ha intentado con otra y tiene secuestrada a mi mujer, si no está muerta ya. No me creo que no me quiera hacer nada.

–Aun así, no puedo creerme que Miguel...

–Vendré más tarde, Isa. Cuida a mamá.

–Llevo haciéndolo veinte años –respondió ella, resentida, volviéndose hacia las macetas rotas.

Él no supo qué más decir. Dio marcha atrás cargándose, en un solo movimiento, las pocas macetas que habían sobrevivido cuando entró. Pensó que después las repondría.

Salió al camino, el perro de un vecino saltó hacia atrás para no acabar bajo sus ruedas.

Pisó a fondo y pensó en la manera en la que se enfrentaría a su hermano una vez lo tuviera delante.

Se pasó el sendero que llevaba a la caseta de caza de su padre por dos veces, camuflado por la vegetación; el cartel que indicaba la dirección había sido arrancado años antes y olvidado al borde por alguien que lo dejó a merced del óxido y el verdín.

El coche protestaba por el terreno en el que se movía. Ángel tuvo que bajar la velocidad si no quería acabar estrellado contra un árbol. De pronto oyó un golpe y una sacudida paró el coche. Por un segundo no sabía qué pasaba. Las gotas comenzaban a caer y el limpiaparabrisas se conectó sobresaltando al hombre. Abrió la puerta del coche y se dio cuenta del problema. Se acababa de meter en un socavón, no podría sacar la rueda de allí sin ayuda de una grúa. Cerró el vehículo y se dispuso a seguir a pie. Pocos metros después el terreno se reblandecía a causa de la lluvia, así que volvió al coche, puso una piedra detrás de una de las ruedas, para evitar que resbalase hacia atrás, y sacó del maletero un chubasquero, la palanca con la que había roto el cerrojo de la casa familiar y una linterna. Cuando tuvo todo aquello preparado, se sintió con fuerzas de reanudar el camino.

No tuvo que andar mucho antes de toparse con la casa. La rodeó y se acercó con sigilo a la parte de atrás, donde se asomó a una de las ventanas para mirar dentro. La casa aparecía, pese a lo que suponía, totalmente nueva. Su hermano la había arreglado con el tiempo. Pudo ver una chimenea encendida, un sofá y una mesa con algo humeante en el interior. Además, la luz estaba encendida, así que su hermano estaba dentro.

Metió la mano en el bolsillo para llamar a Rafa, de repente se había dado cuenta de que había olvidado a sus hijos tras pedirle a Lidia que los llevara a su casa. El teléfono no estaba allí, había salido con tanta prisa tras leer la carta de su hermano, que lo había olvidado en casa. ¿Y si al final los Servicios Sociales se hacían cargo de sus hijos por eso? Bien, si por fin conseguía encontrar a su madre habría valido la pena que pasaran una noche en una casa de acogida, ya se ocuparía de ello a la vuelta.

Al levantar de nuevo la vista, Ángel se percató de que había alguien en el salón.

Instintivamente, se agachó un poco, quería pillar a su hermano de sorpresa, no observándolo desde fuera. Entonces sintió como si una enorme losa le cayera en la cabeza, la sangre se le congeló en las

venas, incluso el corazón dejó de latir un instante.

Giró para volver a la entrada principal. No vio llegar la escopeta que se estrelló contra su frente haciendo que cayera inconsciente sobre la grava. Tampoco pudo ver quién la portaba.

Unas manos certeras ataron sus muñecas y sus tobillos con unas cintas de plástico y lo arrastraron hasta el sótano por un acceso fuera de la casa. Si hubiera estado consciente, habría sentido cada escalón con el que su cuerpo golpeaba al bajar. Alguien lo soltó dentro como si de un saco de piedras se tratara y lo dejó caer junto al sumidero en el que pocos días antes estuvo Estefanía. La misma rata hambrienta se acercó a él y lo olisqueó, dispuesta a darse un festín.

CAPÍTULO 35: ALGO FALLA

–No me cuadra, Sara –decía Leandro mientras miraba sus notas.

Sara admiraba su capacidad de no marearse mientras leía en un coche en marcha. Ella ya habría vomitado tres veces.

–¿Qué es lo que no te cuadra?

–Aparte de los motivos, una cosa que me ha dicho la vecina de Ángel y que me ha llamado la atención…

–¿Has sido capaz de escuchar todo lo que te ha dicho? –le preguntó intrigada, acababa de encontrar otro motivo por el que admirar a su compañero.

–Bueno, más o menos, aunque solo me he quedado con lo importante.

–Eso es un don, Leandro –admitió la inspectora, muy atenta al tráfico.

–La dirección, Sara, la acaba de mandar Solís –llamó él su atención con el móvil en la mano y leyendo a toda prisa un mensaje de texto.

–Métela en el navegador y dime qué es lo que no te cuadra. –El inspector estuvo jugueteando con el navegador del coche durante un par de minutos para, finalmente, rendirse. Su compañera puso los ojos

en blanco y paró en el siguiente desvío que encontró–. Tienes que hacer las paces con la tecnología, Leandro.

Él no respondió, no podía estar más de acuerdo. Tras unos segundos de espera, el satélite envió los datos con el camino para llegar cuanto antes a la dirección que Solís les había proporcionado. Se trataba de una casa en aquel pueblo, en Los Molinos, que según el mensaje era donde vivía toda la familia.

–Mira, Leandro, ese pueblo está bastante cerca de La Granja, donde encontramos a Estefanía Martín.

–Sí, es cierto. También puede que no tenga nada que ver.

–¿Por qué crees eso? –preguntó ella algo extrañada.

–Porque a Inés Corral la encontramos en la otra punta de Madrid, a hora y media al sur, y a Esther en el cerro de los Ángeles, creo que lo de dejarlas en un sitio u otro no le parece importante.

–Ya, puede ser... –coincidió ella.

–Otro mensaje, Sara.

–¿De Solís? Vamos…, ¿qué dice?

–No, no es de Solís. Parece ser que el comisario envió a los Picapiedra a hablar con los del centro comercial.

–¿A los Picapiedra? –preguntó ella, extrañada–. ¿Centro comercial?

–Sara, no te enteras de nada. Los llamamos así desde hace años, como son Pedro y Pablo…

–¡Ja, ja, ja! –se rio ella con ganas–. No, no lo sabía.

–Incluso ellos bromean con el tema y hablan de sus mujeres como Betty y Vilma.

–¡No fastidies! ¡Qué gracia! ¿Y qué buscaban en el centro comercial?

–Las rodadas encontradas en La Granja, las que tomó Eduardo Sánchez, contenían pintura de la que se utiliza para pintar las rayas de los aparcamientos de algunos

centros comerciales. Por lo visto en el Centro Comercial de Las Rozas Village, no sé si lo conoces, están de reformas en los aparcamientos y

el comisario pensó que podía proceder de ahí.

–¡Joder!, ¿y cuándo hablaste de eso con él?

–Mientras volvías a interrogar a Ángel Santamaría. Me olvidé de decírtelo, lo siento.

Mira –le quiso enseñar el inspector–, lo tengo anotado en las tareas pendientes.

–Vale, vale, no pasa nada. Y ahora cuéntame, ¿han encontrado algo?

–Por lo visto vieron las imágenes de ese día, más o menos de las horas previas a encontrar a la chica, y se ve un Volkswagen Tiguan negro salir del centro comercial.

Han comprobado la matrícula y pertenece a un tal Rodrigo Paniagua, que vive en Los Molinos.

–Leandro…, puede ser una coincidencia.

–¿Tendrá algo que ver el tal Rodrigo? –preguntó él–. ¿Un cómplice, quizá?

–Hay que comprobarlo, me apuesto algo a que le prestó el coche a Miguel. Llama a la comisaría y que nos faciliten su dirección.

–Voy –respondió Leandro. En breve tendría que poner a cargar el móvil, comenzaba a pitar por la falta de batería.

Sara se incorporó al intenso tráfico de la autovía y esperó a llegar al desvío que le indicaba el navegador. Según mostraba, llegarían a su destino en catorce minutos. Se le antojaron eternos, sacó la luz de emergencia y encendió la sirena. Los coches se apartaron a su paso. Leandro, como siempre, comprobó el cinturón y se agarró al asiento sin pronunciar una palabra.

Diez minutos después aparcaron junto a una casa antigua, señorial, imponente, y se bajaron del coche con prisa. Una mujer de unos treinta años recogía pedazos de macetas rotas. La puerta de entrada estaba abierta y el candado permanecía en el suelo claramente forzado. Antes de bajar del coche, Leandro le enseñó a su jefa un mensaje del Comisario: “La dirección de Rodrigo Paniagua es: Avenida del Marqués número 18

en Los Molinos, Madrid”.

–¿Es una broma? –preguntó Sara mientras miraba el número 18 en la casa en la que acababan de aparcar, precisamente en esa dirección.

–¿Utilizaría un nombre falso? –dijo él.

–Ahora mismo lo sabremos –zanjó la inspectora saliendo del coche.

–Buenas tardes, señora –la saludó Sara–. Soy la inspectora Benítez.

–¡Qué pronto han venido! –exclamó ella.

–¿Perdón? –preguntó la policía sin entender.

–Sí, a ver…, he llamado hace cinco minutos porque mi hermano…

–¿Es usted Isabel Robledo? –preguntó Leandro al recordar el apellido que les había facilitado Solís un rato antes.

–Sí, soy yo –asintió ella.

–Cuando dice su hermano…, ¿a cuál se refiere? –la interrogó Sara sin preámbulos.

–Me refería a mi hermano mayor, Ángel, hacía muchos años que no sabíamos del uno del otro.

–¿Le ha visto hoy o ha hablado con él?

–Sí, precisamente es por eso por lo que llamé a la policía y por lo que creí que les habían enviado a ustedes.

–¿Esto lo ha hecho él? –quiso saber Sara.

–Eh…, sí…, bueno… No llamé por eso, lo hice porque él me lo pidió. Esto ha sido accidental.

–¿Y sabe el motivo por el que quería que nos llamara?

–Sí, va a la casa de caza que tenía mi padre en un terreno de aquí, Los Molinos, y… en fin…, pensó que podría estar en peligro –respondió la joven evitando contarle a la policía cualquier sospecha que tuviera sobre su otro hermano.

–Estamos aquí por Miguel Robledo, creo que ya sabe el motivo –le soltó Leandro, ella suspiró aliviada, si de verdad había hecho lo que decía Ángel, era mejor así.

–De hecho, por eso estamos aquí, pensamos que su hermano, efectivamente, está en peligro –le explicó la inspectora–. Su hermano Ángel, me refiero.

–¿Puede indicarme cómo llegar a la casa de caza? –añadió Leandro.

–Sí, claro, se lo anotaré en un papel –por un lado, la mujer sentía la necesidad de decirles dónde estaba Miguel, pero al mismo tiempo se sentía como una traidora.

Pensar en que podría salvar una vida, o incluso dos, fue lo que la ayudó a decidirse.

–Una cosa más –preguntó Sara siguiendo una corazonada–. ¿Cómo se llama su marido?

–¿Mi marido? –se extrañó la joven–. Se llama Rodrigo, Rodrigo Paniagua, ¿por qué?

–Pura rutina, no se preocupe. Muchas gracias, ha sido usted muy amable.

Leandro y Sara volvieron al coche y se pusieron en marcha. A punto estuvieron de pasarse la salida, como le había ocurrido a Ángel unos minutos antes.

–El cuñado le prestó el coche, necesitaremos una orden para revisarlo.

–Bueno, las cosas por partes, vamos a ver qué encontramos en la casa de caza y después la pediremos –dijo el policía, repentinamente agotado por los acontecimientos.

–Leandro…, antes dijiste que había algo que no te cuadraba.

–Sí –asintió él–. Y cuanto más lo pienso, más fisuras encuentro.

–¿Y qué es lo que te hace dudar? –le animó ella a hablar.

–Ya te digo, los motivos. ¿Por qué su hermano después de no saber nada de él durante veinte años secuestra a las mujeres que han pasado por su vida y las mata así?

–Yo el motivo tampoco lo capto. He pensado mucho en ello, no te creas, y si te soy sincera entiendo que le odie, lo abandonó cuando solo era un crío a merced de un padre que le pegaba a diario –le explicó ella.

–Yo no entiendo que le odie, me parece excesivo. Sí entiendo que quisiera marcharse.

–Claro…, yo también, hablo desde lo que podría ser la mente de un adolescente. Para él Ángel era lo más cercano a un padre y lo abandonó.

–Sí, en eso tienes razón, aunque no explica lo que le ha hecho a esas mujeres.

–¿Y lo de la vecina? –le preguntó ella, expectante.

–Lo de la vecina… ¡Ah, sí!, es que le pregunté sobre el día que desapareció Andrea.

–Ya dijo que no había visto nada –le aclaró ella.

–Sí, aunque no me podía creer que una mujer, que sabe hasta cuándo estrena calzoncillos el vecino del primero, no se enterase de que secuestraban a su vecina justo al lado.

–¿Y qué te ha dicho?

–Que ese día los operadores de telefonía estaban muy pesados y que llamaron varias veces al teléfono para hacerle varias ofertas. Que de hecho llamaron de la misma compañía dos veces y le ofrecieron dos tarifas distintas.

–¡La apartaron de la puerta! Comprobaremos más tarde ese dato en los registros telefónicos.

–Como tú dices, por partes.

–Si el hermano de Ángel sabía todo eso, es que llevaba bastante tiempo planeando el secuestro y sabía las costumbres de todos. No entiendo cómo no se dieron cuenta.

–Tampoco sé por qué no pensó en su hermano en cuanto el almizcle hizo su aparición.

Quiero decir… que cada vez que su hermano ha actuado el olor a almizcle es más que evidente y Ángel Santamaría tiene como referencia en ese olor a su padre y a su hermano…

–Creo que sé a dónde quieres ir a parar –le concedió ella–. A lo mejor no quería pensar que su hermano tuviera nada que ver.

–¿Y su padre? Porque según él hace solo unos días que descubrió que estaba muerto.

–Sí, me parece que tendrá que explicarnos unas cuantas cosas aún. Claro que, para eso debemos encontrarlo a tiempo. Vamos...

–A no ser… –añadió Leandro con timidez–. Se me está ocurriendo...

–¿Qué? –le apremió.

–Sara..., creo que nos hemos equivocado de dirección.

–¿Seguro? –preguntó ella sin dejar de mirar alrededor.

–No me refiero a la casa, sino a la investigación, a Andrea.

–¡Qué imbécil! ¡Claro, Leandro! Lo planearon juntos. Miguel y Andrea lo planearon juntos.

–Sí, yo también lo creo –coincidió él–. Tenemos que encontrar a Ángel, se está metiendo en la boca del lobo.

–Joder, Leandro, esto es un camino de cabras –protestó ella mientras daba botes en el coche a merced de las piedras y baches.

–Ya lo sé; según lo que nos ha anotado la chica, estamos cerca. ¡Mira! –La lluvia arreciaba, Sara frenó y achinó los ojos para mirar a través del cristal delantero y distinguir qué veía.

–¡Es el coche de Ángel! –gritó ella–. ¡Vamos!

Los policías se bajaron del vehículo. Sin necesidad de hablar, sacaron las pistolas y se acercaron con cautela. Leandro vio una de las ruedas del *Xara Picasso* atrapada en el camino. Comprobaron que no había nadie dentro y siguieron caminando. Los pies se les hundían en el barro, no venían preparados para aquel cambio de clima tan repentino.

–Allí hay una casa –dijo Sara en un susurro llamando la atención de su compañero.

–Y sale humo de la chimenea –añadió él.

–Yo iré por detrás, ten cuidado –le dijo antes de desaparecer para dar un pequeño rodeo; si se dividían, tenían más posibilidades de actuar por sorpresa.

Sara se encontró con una especie de zona de trabajo tras la casa. Había sangre por todas partes y varias pieles de animales. Un hacha permanecía colgada de un gancho que alguien había clavado en un árbol. Junto a él, la cornamenta de un ciervo se limpiaba con la lluvia, parecía que alguien la dejó allí precisamente con aquel propósito.

Sara reparó en el olor. No entendía que en aquel lugar fuera tan desagradable.

Inconfundiblemente, el hedor a almizcle cubría gran parte de aquel lugar, pese a que los ciervos no podían ser almizcleros de ninguna forma. Además de que esa especie solo podía encontrarse lejos de Europa, se trataba de animales muy diferentes a los que allí se limpiaban.

Enseguida su curiosidad se vio satisfecha cuando se tropezó con una nevera de plástico, de las que se utilizan en los *campings*. Al golpearla se volcó y la tapa aterrizó a un lado. El contenido se esparció ante ella ocasionando que el olor se tornara irrespirable. Varias bolsitas amarillas cayeron fuera de la nevera provocando una arcada a la inspectora, a punto estuvo de vomitarse en sus pies.

No eran bolsitas, sino glándulas con restos sanguinolentos, por fin veía unas glándulas almizcleras, no se las imaginaba tan repulsivas. Estaba claro que Miguel había continuado con la tradición de su padre de vender el almizcle de contrabando. Sara puso una mueca de desagrado y, tras tragar saliva varias veces, se acercó lo más sigilosa que pudo a la vivienda.

Una puerta permanecía cerrada con un candado que parecía bastante nuevo. Otro candado viejo y oxidado quedaba a un lado, como si alguien lo hubiera sustituido hacía pocos días y no se hubiera ocupado de tirarlo. ¿Sería la llave de ese candado viejo la que encontró Ileana? Tenía sentido; si la perdió en el descampado, se vería obligado a comprar otro.

Un trueno sonó muy cerca, la tormenta se acercaba de nuevo, lo que le proporcionó a Sara una idea. Se retiró el pelo mojado de la cara con un gesto de fastidio, volvió a por el hacha colgada en el árbol y se encaminó a la puerta cerrada. Esperó unos segundos a que el resplandor de un rayo iluminara todo y contó los segundos. En cuanto el siguiente rayo alumbró, contó los mismos segundos y cuando sonó el trueno ella golpeó con todas sus fuerzas el candado haciendo coincidir el ruido; cedió a la primera. Dejó el hacha a un lado y bajó las escaleras despacio agarrando la pistola con fuerza. Entre la lluvia,

el desgaste de la piedra y el barro en sus zapatos, bajar se convirtió en un deporte de riesgo. Su corazón se aceleró al pensar lo que encontraría en aquel lúgubre lugar, parecía que por fin se iba a encontrar cara a cara con el ángel que llevaba persiguiendo sus sueños demasiado tiempo ya.

CAPÍTULO 36: DIECINUEVE VELAS

Cuando llegó abajo, el hedor le resultó insoportable, se concentró en no hacer el menor ruido. Intentó acostumbrar sus ojos a la luz, lo que le resultaba bastante difícil, dado que fuera el cielo se había oscurecido por la tormenta. Llevaba una pequeña linterna en el cinturón, se aseguraría de que no había nadie allí abajo que supusiera una amenaza y entonces la encendería. El resplandor del siguiente relámpago iluminó la estancia lo suficiente para que Sara viera el cuerpo de Ángel a pocos pasos de ella. La inspectora se apresuró a acercarse para comprobar el pulso del hombre: seguía vivo; lo agradeció en silencio. Un movimiento a su izquierda captó su atención. Giró con el firme propósito de disparar.

–Yo no lo haría –dijo una voz de mujer. Leandro se encontraba a su lado. Un hombre apuntaba a Leandro a la cabeza. Una cicatriz le cruzaba el lado derecho de la cara. Sara recordó de inmediato a la pequeña Ileana. "*Spart* –decía la niña–, cara *spart*". Por fin se encontraban, aunque no en las circunstancias que a ella le hubiera gustado–. Ahora se van a sentar los tres ahí, tengo todo lo que necesito para completar el ritual.

–¿De qué está hablando? –le preguntó Sara.

–De *La Biblia Satánica*, Sara –respondió su compañero–. Hacia la mitad del libro hay un ritual de destrucción que supongo que es lo que quiere hacer aquí.

–Muy bien –le felicitó ella–. Veo que ha hecho los deberes.

–Andrea, ¿qué es esto? ¿Qué estás haciendo? –murmuró Ángel desde el suelo; acababa de recobrar el conocimiento.

–¡Cállate! –le obligó ella.

–¿Por qué haces esto? –insistió–. Piensa en nuestros hijos.

–No vuelvas a hablar de ellos como nuestros hijos –le escupió ella–. No tienes derecho.

Fornicabas con ellas y después volvías a casa como si fuéramos tu familia. No sabes qué asco me daba sentir tus besos o tus manos.

–Lo hablaremos, Andrea, lo solucionaremos, de verdad. Soy tu marido...

–¡Que te calles, maldito cerdo! –gritó ella–. Yo ya no tengo marido. Hay que empezar con el ritual –añadió mirando a Miguel.

Él empujó a Leandro contra su hermano y Sara, y les apuntó con la pistola. Era evidente que estaba dispuesto a disparar a cualquiera de ellos a la mínima.

–Átalos –le ordenó ella; el hombre obedecía sin rechistar.

–Miguel –llamó su atención Ángel–. ¿Por qué haces esto? Soy tu hermano…

–Eso no te importó para dejarme aquí con papá –respondió él sin mirarle siquiera.

–Era un crío…

–¡Yo era un crío! Tú te marchaste y durante días él me pegó por los dos. ¿Ves esta cicatriz? Un día se le fue la mano con el cinturón. Mamá me llevó al médico y le dijo que me había clavado un gancho. El médico no la creyó, claro, era el hijo de puta de don Lorenzo, ¿te acuerdas? Cazaban juntos…

–Lo siento, Miguel, de verdad –se lamentaba Ángel una y otra vez–. Pensé que te dejaría en paz. Tú eras su hijo, yo no.

–Te equivocabas, y por tu culpa yo lo pagué bien.

Miguel se dirigió a donde le esperaba Andrea tras atar a los policías. Le cedió la pistola. Ella les apuntó sin titubear. Sara sopesaba las posibilidades, no tenía muchas. El hombre les acababa de poner unas cinchas de plástico, no pudo evitar una mueca de asco cuando vio el hueco donde debería estar el dedo anular de la inspectora. Sonrió

satisfecho, aquellos tres no darían problemas y Andrea se lo agradecería de nuevo. Miró hacia ella con el orgullo que

proporcionaba un trabajo bien hecho.

–La policía viene hacia acá –quiso intimidar Sara una vez que estuvo atada.

–¡Ja, ja, ja! La policía ya está en este sótano, son dos y están atados y de aquí no van a salir –la contradijo ella mientras los señalaba–. Esto es lo que va a ocurrir: Yo voy a realizar, por fin, el ritual para el que llevo preparándome tanto tiempo y vosotros vais a morir, es muy sencillo. Por cierto, Miguel –se dirigió a él sin cambiar el tono– necesito el altar, ya sabes.

–Claro, ahora mismo lo traigo.

El hombre desapareció escaleras arriba, no tardó más de dos minutos en volver. Bajaba acompañado de una chica pelirroja de unos treinta años visiblemente aterrada. Leandro la reconoció al instante como Raquel Murias, la mujer a la que debían proteger, no hacía mucho que había tenido su foto delante en la base de datos de la policía. La chica se debatía y lloraba, suplicaba por su vida, no parecía haber sufrido ningún golpe aún.

Como para mancillar aquel hecho, el hombre le pegó un puñetazo que la dejó momentáneamente aturdida; Sara apretó las mandíbulas. Ángel bajó la cabeza, avergonzado, aquello era culpa suya.

–Maldito cabrón, ¿por qué no te metes conmigo? –le retó el policía lanzándole una mirada llena de odio.

Él no entró al trapo, se limitó a mirar por un segundo a Leandro con indiferencia para volver la cabeza hacia Andrea, dejando claro quién tenía el control y a quién debía su lealtad. Su pecho se ensanchó con orgullo.

Sara reprimió una mueca de asco apretando tanto los dientes que incluso sintió un chasquido en una de sus mandíbulas. Tantos días buscando a aquella mujer, tanto tiempo perdido en martirizar a su marido, tantas sospechas infundadas, idas y venidas, teorías de madrugada e interrogatorios eternos, para que Andrea pasara de ser víctima a verdugo en un instante. La inspectora se enfadó consigo misma por no hacer caso a su instinto; claro que aquella vez no se lo había puesto fácil. El hermano de Ángel sonrió con malicia dejando ver los estragos que Esther había causado en su boca antes de morir. Su cara aparecía amoratada y magullada y, efectivamente, en su sonrisa faltaban un par de dientes. Sara se concedió un pequeño momento de triunfo al pensar en

aquella joven valiente que le había plantado cara, le gustaba la gente que no se dejaba amedrentar. Enseguida la pena volvió al recordar de lo poco que le había servido.

–¿Qué son esas marcas del suelo? –preguntó Ángel de pronto, había conseguido incorporarse lo suficiente para poder ver lo que sucedía.

–Son las diecinueve llaves –respondió Andrea–. Que te lo explique el poli, parece que le ha gustado mucho mi libro.

–Andrea..., yo... no lo entiendo..., no te reconozco –dijo él de pronto.

–"No te reconozco, no te reconozco..." –se burló ella. ¡Eso es por tu puto defecto de mierda! Durante años diciéndome lo bonita que soy, lo guapa que soy, lo que te gustan mis ojos y mis labios..., pedazo de cabrón..., y resulta que no eres capaz de reconocerme.

¿Sabes que dejé aquel sobre en el metro a tu lado? ¡Sí! Cuando se produjo el apagón y la gente se volvió loca.

–Imposible, no te... vi.

Ángel dudó un instante. Realmente podía haber visto a su mujer y no saberlo, aunque después de tantos años había aprendido a reconocerla por un millón de detalles más.

De hecho, era un hombre considerado como muy atento y observador y eso era, sin duda, por la cantidad de detalles que su mente había aprendido a procesar para suplir los que su prosopagnosia le robaba.

–Un par de kilos menos –le explicó ella–, el pelo recogido, una fragancia nueva, gafas de sol de los años sesenta y..., ¡tachán!, el imbécil de mi marido es incapaz de reconocerme.

–Eres muy cruel, yo no tengo la culpa de eso –se defendió él.

–En eso tienes razón, en realidad es lo único de lo que no tienes culpa –añadió con odio mal contenido mientras daba un puntapié a la joven.

Ángel bajó la cabeza en señal de derrota. ¿Cuándo había perdido a su mujer de aquella manera? ¿Cómo era posible que se encontraran a punto de ser ejecutados por una mujer a la que adoraba y de la que jamás sospecharía que pudiera mostrarse tan cruel?

Mientras se perdía en sus propias lamentaciones, los dos policías buscaban la manera

de salir de allí, cada vez con menos opciones. Sin que nadie se lo esperara, Andrea se giró hacia Miguel y le disparó en la cabeza. El hombre llegó muerto al suelo; la joven pelirroja gritó con terror.

–¡Miguel! ¡Miguel! –gritó Ángel–. Andrea, ¿por qué has hecho eso? ¡Era mi hermano!

–¡¿Tu hermano?! ¿Ahora me hablas de tu hermano? Jamás hiciste nada por volver a verle, le abandonaste sin mirar atrás. ¿Le dejaste con un hombre que le pegaba a diario y ahora lloras por él?

–¡Lo has matado! No lo entiendo, Andrea, ¿por qué lo has hecho?

–¿Por qué lo has hecho?, ¿por qué lo has hecho? ¡Qué patético! –se burló ella–. Lo he hecho porque ya no me servía para nada. ¿Lo entiendes? Ya no le necesitaba.

–No puede ser –se lamentó Ángel–. ¿Te hizo el trabajo sucio y ahora tú te libras de él como si fuera un insecto molesto o algo así?

–Lo has dicho tú, no yo. Pero... ¿sabes lo que eso significa?

–No –murmuró él, más para ganar tiempo que porque quisiera oír una sola palabra más.

–Que en cuanto acabe este ritual haré lo mismo con estos dos inútiles –le explicó mientras señalaba a los dos policías.

–¿Y a mí? – se atrevió a preguntar, y se arrepintió un segundo después.

–A ti te encadenaré a esa columna de ahí y me marcharé. No te encontrarán jamás.

–No lo dices en serio –la retó él, ella le respondió con una sonrisa envenenada.

La muchacha que yacía en el suelo gimió de pronto y Andrea pareció darse cuenta de para qué estaba allí. Cogió un libro del suelo y se puso una capa negra que le llegaba hasta los pies. Con mucho cuidado colocó una vela en cada marca del suelo, diecinueve en total y con parsimonia se dispuso a encender cada una de ellas a la vez que recitaba unas palabras. Agarró del pelo a la muchacha pelirroja, que intentó zafarse sin éxito de la mano que tiraba de ella con fuerza. La arrastró hasta el centro de las velas

procurando no tirar ninguna de ellas. La chica de repente pareció tomar conciencia de su inminente final y sacó fuerzas para propinarle una patada a Andrea, que cayó hacia atrás con un golpe seco. Entonces intentó subir las escaleras, pero la mujer fue más rápida, se levantó de un salto y se abalanzó sobre Raquel, que cayó hacia un lado sin oponer resistencia apenas. La joven pelirroja no era muy diestra y estaba aterrorizada, no paraba de llorar y de implorar perdón, así que Andrea le propinó un puñetazo en la cara que la dejó casi inconsciente.

–¡Joder con la zorra! –exclamó con asco a la vez que la arrastraba de nuevo al centro de las marcas del suelo.

Esa vez no tuvo tanto cuidado y dos de las velas se volcaron en el suelo provocando un repentino olor a cera derretida que casi se agradecía en aquel sótano. Volvió a colocar las velas en su lugar y las encendió de nuevo a la vez que murmuraba las mismas palabras que había usado unos minutos antes.

–Andrea, suelta a la chica –le pidió Sara, aunque más bien sonó como una orden.

–¿Tú te crees que me habría molestado en traer aquí a esta zorra si no la necesitara? –se burló ella–. Me hace falta para el ritual.

–Ponme a mí en el altar en lugar de Raquel, déjala irse a casa.

–Sabes que eso no va a ocurrir, inspectora. Además, no entiendes nada.

Sara la observó con el ceño fruncido. Miró a Leandro en busca de una explicación que no sabía darle y volvió la cabeza de nuevo a Andrea, quien acababa de sacar una daga de un bolsillo interior de la túnica. La hoja afilada del cuchillo brillaba de manera intermitente al reflejar las llamas de las diecinueve velas. El número que se había afanado en escribir para dejar aquella nota en el metro.

–Verás, inspectora, no me gustaría que te fueras de este mundo con una idea tan estúpida de este ritual. Yo no he colocado a la furcia esta en un altar. ¡Ella es el altar!

Se colocó de tal manera que todo su "público" pudiera observar sus movimientos.

Quería que admiraran sus dotes recién encontradas como sierva de un ser superior.

Sara imploraba a Leandro ayuda, él solo podía luchar contra las cinchas en una batalla desigual. La joven seguía inconsciente y Ángel permanecía petrificado sin ser capaz de articular palabra.

Las frases que Andrea leía cobraban intensidad a medida que el ritual avanzaba. De un tirón le arrancó la ropa a la chica y la dejó completamente desnuda; Ángel apartó la mirada por un segundo en un gesto de pudor que no pasó inadvertido a su mujer, quien pareció exaltarse aún más.

Cuando Andrea levantó la daga invocando al Maligno y estaba a punto de clavarla en el corazón de la chica (o al menos esa era la intención que tenía) una voz la interrumpió:

–No deberías hacer eso –la amenazó Sara sin apartar la vista de ella.

–No creo que tú me lo puedas impedir –se burló ella con maldad, y volvió a subir la daga.

–Ella quizá no, pero yo sí –dijo una voz a su espalda. En cuanto se dio la vuelta para ver quién irrumpía en su ritual, se escuchó una detonación que se estrelló en su brazo derecho con un dolor indescriptible. El disparo fue certero. La daga cayó al mismo tiempo que la sangre salpicaba el cuerpo desnudo de la joven que estaba en el suelo.

–¡Solís! –gritó Leandro al ver la cabeza de fuego del agente, Sara sonrió.

Desde donde estaban, solo ella pudo ver cómo el policía pelirrojo bajaba en silencio las escaleras hasta colocarse en un punto donde sería imposible fallar, Leandro y Ángel no supieron que estaba allí hasta que disparó. El joven policía se apresuró a esposar a Andrea y gritó con todas sus fuerzas para que el resto del operativo bajase al sótano a echar una mano. Cuando los agentes invadieron la estancia, Solís se acercó a los policías para cortar las correas que sujetaban sus extremidades. Por supuesto, a la primera que desató fue a Sara, se pasaba la vida buscando su aprobación. Sabía que nunca podría ser como Leandro, esperaba al menos que contase con él en los operativos, la admiraba tanto…

–Coño, Solís, no sabes cuánto me alegro de verte –sonrió Leandro.

–Y yo –añadió la inspectora Benítez; el policía pareció crecer allí mismo–. ¿Cómo has sabido que estábamos en apuros?

–Bueno, fuimos al domicilio de la chica, ya saben –dijo él señalando a la joven, a la que al menos habían puesto una manta por encima a la espera de los servicios de emergencia.

–Y cuando viste que la joven había desaparecido…

–Eso es. Cuando vimos que la chica no estaba en el colegio ni en su domicilio, y que no había recogido a sus hijos, miré el teléfono para llamarla y vi el mensaje que les había enviado un rato antes, en el que les di la dirección del hermano de Ángel. Tuve una corazonada.

–Una corazonada providencial –añadió Sara.

–Eh…, sí, bueno…, usted siempre me dice que tengo que seguir mi instinto, que un buen policía debe estar atento a las señales… –le explicó con la cara tan roja que no se podían distinguir las pecas que tanto le caracterizaban–. Avisé al comisario y me dio permiso para venir con un coche de refuerzo. Llegamos a la casa y una joven nos explicó que Ángel le había pedido que llamara a la policía y que ustedes habían llegado justo después, así que nos indicó dónde estaba esta casa y…, bueno…, recé para que llegáramos a tiempo.

–Y así ha sido –afirmó Sara–. Estoy muy orgullosa de usted.

–Gracias, inspectora –respondió él algo azorado.

–Vamos fuera, por favor, necesito estirar las piernas.

Sara salió al exterior siguiendo al policía. Leandro se colocó a su altura.

–Bien hecho –dijo señalando al entusiasta policía–. Te venera y que le hayas reconocido su valía creo que le viene mejor ahora mismo que una paga extra.

–¡Ja, ja, ja! Tampoco te pases, que somos policías los tres y ya sabes lo que cobramos –

añadió con un guiño.

–Ángel… –llamó su atención Leandro volviéndose hacia él–. ¿Cómo supo que había sido su hermano? Porque lo sabía antes de que le llegara la carta, ¿me equivoco?

–No, no se equivoca. Solo he conocido en mi vida a dos hombres a los que no les importara manipular el almizcle: mi hermano y mi

padrastro. A mí me daba un asco increíble y él me pegaba por ello, decía que era un mierda. Mi hermano, sin embargo, tenía problemas con los olores, unas fuertes sinusitis pasadas de pequeño habían

conseguido que el sentido del olfato quedara casi inutilizado y el olor del almizcle no le resultaba tan molesto. Cuando encontré la carta de mi hermana diciéndome que mi padre estaba muerto, lo supe.

–Eso fue hace días. ¿Por qué no nos dijo nada?

–Al principio no me lo quería creer, después pensé de qué manera podría arreglarlo.

Además, creí que ya había acabado todo.

–Usted sabía que había dos mujeres más.

–No, no, aún no tenía ni idea de por qué elegía a esas mujeres en concreto, no las reconocí, ¿recuerda? Pensé que tenía a Andrea y que ya la habría matado. Cuando ustedes me dijeron quiénes eran las víctimas fue cuando vine a casa y encontré la carta.

–Nos debía haber llamado, Ángel.

–Lo sé, pero era mi hermano, lo abandoné… Tenía que arreglarlo. Lo que le puedo asegurar es que no contaba con que Andrea lo hubiera planeado todo. Y ahora... ella...

¡Dios! Aún no me puedo creer que haya sido ella... Y mi hermano está muerto. Cuando por fin vuelve a mi vida es para morir ante mis ojos – se lamentó.

Leandro suspiró, miró a Solís junto a Sara y pensó que quizá sí había llegado el momento de cambiar de compañero, como había pensado. Ya hacía un par de días que había enviado una carta pidiéndolo, tal y como le había comunicado a su superior. El lunes hablaría con el comisario para que acelerara los trámites cuanto pudiera, estaba totalmente decidido. Sara, ajena a la decisión de su compañero, dejó que el aire le removiera el pelo y se llevara algo del hedor que acompañaba aquel lugar. La lluvia por fin había decidido tomarse un merecido descanso. Miró al cielo y se sintió volar.

CAPÍTULO 37: CONFESIÓN

La mujer permanecía impasible ante la mesa de interrogatorios. Sara pensó que no parecía muy diferente a su marido el primer día, cuando lo tuvo delante como sospechoso de su desaparición, precisamente. Se mostraba arrogante, indiferente y provocativa, como si no hubiese hecho nada malo, como si por su culpa no hubieran muerto dos mujeres y otras dos no hubieran estado a punto. La inspectora la miraba fijamente, esperando a que comenzara a dar muestras de impaciencia o desagrado.

–Andrea Soto… –musitó Sara con el expediente en la mano, que simuló leer pese a que casi se lo sabía de memoria–. Se le acusa de la muerte de Inés Corral, Esther Arias y Miguel Robledo y…

–No tan deprisa, inspectora –interrumpió ella–. Solo me pueden cargar el asesinato de Miguel y, desde luego, un buen abogado demostrará que no estaba en mi sano juicio cuando apreté el gatillo.

–Se olvida de los testigos –añadió Leandro.

–Ni mucho menos –respondió ella a la defensiva.

–Bien –concedió Sara mientras rozaba levemente el brazo del inspector Gómez, no quería que la mujer se cerrara en banda; de lo que fuera o no culpable, se encargaría de decidirlo el juez–. Volveré a leer los cargos. Es usted sospechosa de ser cómplice en los homicidios de Esther Arias e Inés Corral, del homicidio de Miguel Robledo, de simular su propio secuestro, de tomar parte en el secuestro de Raquel Murias y del homicidio, en grado de tentativa, de Estefanía Martín. ¿Se me olvida algo?

–No, inspectora, lo ha hecho muy bien. No sabía que esa zorra sigue con vida, las hay con suerte –rumió ella con desagrado; Leandro apretó las mandíbulas.

–Vamos al principio –siguió hablando Sara, deseando acabar con aquello. La mirada de aquella mujer comenzaba a asquearla–. ¿Desde cuándo sabe que Ángel le es infiel?

–Desde hace años. ¿Sabe que me compró un conjunto carísimo de lencería?

–Sí, lo sé. De La Perla.

–Eso fue el colmo. Encontré la bolsa con el conjunto, lo abrí, era

blanco. Pasó mi cumpleaños, pasó mi aniversario y la bolsa desapareció. Yo ya sospechaba que me engañaba, aquello solo lo confirmó.

–Él sabía que usted encontró la bolsa.

–La segunda bolsa –le rectificó ella–. Con un conjunto exactamente igual en color negro. Ese día me pilló mirando el paquete, estaba furiosa, así que decidí que no me engañaría más. El muy gilipollas compró otro conjunto en color rosa palo. Se creyó mi versión de que había visto la bolsa y como sabía que era para mí quería que fuera una sorpresa. Y va el imbécil y lo compra de otro color.

–¿Y por qué no se separó de él? –le preguntó Sara.

–Porque tiene pasta. Su madre le mandó un montón de dinero hasta que perdió la cabeza. Así que me puse en contacto con su hermano, hacía años que nos veíamos, desde que murió el viejo.

–Miguel odiaba a su hermano –intervino Leandro.

–Lo sé. Cuando vi las ganas que tenía de hacerle daño, encontré mi oportunidad. Mi marido es un desastre con los ordenadores, enseguida di con los correos que se mandaba con esas zorras, también los mensajes desde el móvil, no fue difícil rastrearlos y encontrarlas. Convencí a Miguel de que así le haríamos daño, y lo demás vino rodado.

Usted lo ha dicho, lo odiaba.

–¿Y sus hijos? ¿Se da cuenta de que sus hijos han pasado un infierno esta semana? –le reprochó el inspector, indignado. El tema de los niños le tocaba muy de cerca. Sara, al contrario que en los últimos días, sintió casi ternura.

–Lo hice por ellos. A veces hay que sacrificar algunas cosas para llegar a lo más alto.

–“Sacrificar algunas cosas…”, interesante observación –añadió Sara–. No creo que sean

“algunas cosas”; son sus hijos, niños que han llorado, han tenido pesadillas, han sufrido al pensar que su madre no volvería jamás.

–Si no se fortalecen, serán unos perdedores el día de mañana… Como su padre.

–Hay algo que no alcanzo a entender, su marido tampoco lo sabe explicar. ¿Cómo una mujer como usted comienza a hablar de satanismo, hace rituales…? ¿Se vuelve uno satánico de la noche a la mañana? Quiero decir…, da un beso a su marido y a sus hijos antes de irse a dormir… ¿y se levanta adorando a Satán?

–Acudo a un grupo de yoga. Una mañana una compañera llegó con cara de no haber pegado ojo. Su marido la obligó a acostarse con su mejor amigo porque a él le daba morbo.

–Vaya –murmuró Sara– ¿Qué tiene que ver con…?

–Nos dijo, llorando a lágrima viva, que había sido una de las peores experiencias de su vida. A ella no le van esas cosas. Sin embargo, el marido estaba deseando repetirla –

continuó ella haciendo caso omiso de la intromisión–. Otra compañera decía que su marido y ella se prestan al intercambio de parejas y que son muy felices. El profesor le dijo que se negara, ella tenía un conflicto enorme: satisfacer a su marido o satisfacerse a ella misma, eso por no hablar del conflicto moral que le ocasionaba. Cada persona debe actuar con libertad. Entonces el profesor le prestó un libro para que viera que las reacciones propias del ser humano nada tienen que ver con lo que nos han impuesto durante siglos.

– *La Biblia Satánica*…

–Exacto. ¿Lo ha leído, inspectora?

–No he tenido el placer –respondió ella con ironía.

–No sabe lo que se pierde –dijo Andrea con convicción–. Ese libro es pura filosofía de vida, y mucho más real que *La Biblia*, se lo aseguro.

–Y ahí comenzó todo…

–Mi amiga cambió de forma radical, así que fui la siguiente en leerlo. A mí me fascinó, al resto les pareció interesante nada más. Los primeros capítulos hablan de cómo debemos sentirnos ante los conflictos. Por qué debemos cuestionar lo que nos han enseñado hasta ahora. En la parte final aparecen varios rituales sencillos para invocar a algunos demonios que nos ayuden en nuestros proyectos o incluso al Maligno.

Comencé a sacrificar pequeños animales para ensayar los rituales, poca cosa...

Sara estaba asqueada; necesitaba un descanso. Además de que la falta de empatía de aquella mujer la agotaba, el pensar que la habían buscado tanto tiempo mientras ella los manipulaba a su antojo… Y que adorara al demonio no ayudaba tampoco. Pensó en la paloma muerta que la vecina encontró en el patio interior de su casa. Ángel lo nombró de pasada, ahora sabía quién era la causante de semejante atrocidad.

–Usted mandó el *email*, ¿no es cierto? –preguntó Leandro sin esperar respuesta–. He de reconocer que lo hizo muy bien, por un tiempo pensamos que lo había enviado Ángel.

–Pensé que ganaría un poco de tiempo, ni siquiera sé cómo es capaz de encender el ordenador –se burló.

–Tengo una duda, ¿cómo sabía a qué hora volvería Ángel a casa el día que le dejó la nota en el metro. Normalmente sale a las siete de la tarde, ¿no?

–Sí, excepto los viernes, hasta que me enteré de que los viernes salía mucho más temprano, él aprovechó para sus aventuras. Después tuvo que buscar otras excusas.

–¿Y entonces por qué le esperó para dejar el sobre a su lado? ¿Le siguió?

–Sí..., no pensaba hacerlo, pero me acerqué a casa cuando llevó a mis hijos al colegio y me fue imposible esquivar a Luisa, así que me acerqué al metro a esperarlo. Solo que llegué tarde.

–No lo entiendo.

–La zorra de mi vecina estaba vigilando, como siempre, y no podía entrar; así que fui al metro, pero él ya había llegado a la oficina.

–¿Y le esperó? ¿Pretende que me crea que pensaba esperar a que saliera del trabajo varias horas después?

–Claro que no, tengo demasiadas cosas que hacer, inspectora, no puedo perder el tiempo en esperar a nadie.

–Entonces espera que pensemos que tuvo suerte –ironizó Leandro.

–Mi marido es aburridísimo y muy previsible. Todos los días a la misma hora baja al bar y se toma un café y lee el periódico. Pensaba esperar hasta entonces. La suerte fue cuando le vi bajar unos minutos

después de que yo llegara.

–Vale –concedió la inspectora–. Y también cambió el libro.

–Sí, quería camuflarlo. Como *Doctor Zhivago* es mi libro favorito, sabía que nadie sospecharía en casa.

–Su hijo de nueve años lo ha leído durante el tiempo que estuvo usted fuera, ¿lo sabía?

–Bueno…, es un crío muy avanzado para su edad.

–Quiero decir que ha leído el que usted cambió, *La Biblia Satánica* –insistió Sara.

–No…, no puede ser, lo dejé en la mesilla a propósito.

–Durante unos días no se pudo acceder a su habitación porque los de la científica se encontraban recopilando pruebas. Su hijo lo buscó en la estantería.

Andrea apretó las mandíbulas, se la veía más contrariada que preocupada.

–¿Cuándo descubrió que su marido tenía prosopagnosia? –preguntó Sara, necesitaba cambiar de tema.

–Un día llegué a casa con el pelo corto. Durante unos cuantos segundos me miró como si me viera por primera vez. Hasta que escuchó mi voz y se relajó. Y como no era la

primera vez que lo veía con esa extraña actitud, le pregunté. Acabábamos de tener una crisis bastante grande y por fin parecía que lo habíamos arreglado, así que le dije que, si empezábamos de nuevo con mentiras, me marcharía, no tuvo más remedio que confesármelo.

–¿Tuvo una relación con Miguel Robledo? –le preguntó Leandro.

–¡Ja, ja, ja! –se rio ella.

–¿Qué le parece tan divertido? –añadió Sara.

–Miguel se había quedado un poco tocado de las palizas que le dio su padre –les explicó ella señalándose la cabeza–. Se enamoró de mí y yo me lo tiraba, pensó que le juraba amor eterno y pude usarlo para mis propósitos.

–Usted…, usted lo mató sin vacilar… –le recriminó el inspector Gómez, se había quedado atónito ante la falta de empatía de aquella mujer.

–Ya no me servía y era un estorbo; controlador, posesivo, machista, el fiel reflejo del padre que tuvo, me temo.

–Quizá tenía que haberlo dejado con vida –le explicó Sara–. Ahora tendrá que demostrar que era su cómplice y que no fue usted misma quien mató y maltrató a aquellas mujeres. Recuerde que tenemos un par de testigos: Raquel Murias y Estefanía Martín.

–No creo que…

–Da igual lo que usted crea –zanjó ella mientras se levantaba, Leandro la imitó–. La van a machacar en el juicio.

–Y ándese con ojo en la cárcel –la previno Leandro–. Abandonar a sus hijos no es algo que guste entre las reclusas.

La mujer los atravesó con una mirada de hielo. Ellos esperaban que protestara, que gritara, amenazas, llantos..., cualquier reacción normal en una persona que acaba de descubrir que las pruebas están contra ella y que pasará una buena parte de su vida

entre rejas. Allí no vieron a alguien normal. Se hallaban ante una persona controladora y enferma con una falta total de humanidad.

–Sabes que no podemos demostrar la mayoría de las teorías que tenemos, ¿verdad? –le recordó Leandro una vez que estuvieron lejos de la sala de interrogatorios.

–Yo sí, pero ella no –zanjó la inspectora poniendo rumbo al despacho del comisario.

Aún quedaba mucho papeleo por hacer. Debían revisar cada cargo que se presentara, precintar las pruebas y clasificar los documentos para poder cerrar ese caso de forma correcta. Leandro levantó los nudillos ante la puerta del comisario cuando esta se abrió.

A punto estuvo de darle al comisario con los nudillos en el pecho.

–¡Comisario!, ¡qué susto! –exclamó Sara.

–Inspectora… –susurró él–, iba a buscarla, pasen dentro… –les pidió,

estaba alterado y evitaba la mirada de Sara.

Leandro lo miró sin comprender, ¿Qué habría ocurrido durante el interrogatorio a Andrea? ¿Un nuevo caso quizá? Sara lo entendió al instante.

–Aguilar –musitó ella entonces.

–Lo siento mucho, Sara, de verdad –respondió él. Ella solo podía pensar en que era la primera vez que oía al comisario llamarla por su nombre. También, por primera vez en mucho tiempo, las lágrimas se atrevieron a surcar su rostro.

Notó que alguien la empujaba dentro del despacho, la obligaba a sentarse y le ponía en la mano un vaso de agua que le obligó a beber. Alguien que la trataba, como siempre, como el mejor compañero que se puede tener. Los ángeles, las alas y la espada ejecutora dejaron de tener sentido para ella.

EPÍLOGO

El cielo daba una tregua a aquel otoño lluvioso. No tanto como para que el sol se atreviera a salir, sí lo suficiente para olvidar los paraguas dentro de sus paragüeros. El cementerio de la Almudena parecía una ciudad en miniatura donde los muertos dejaban de tener posición social, sexo y edad. Allí daba igual que alguien hubiera atesorado una riqueza incontable y que otro no hubiera podido comer un mendrugo de pan. Allí se unían en un lugar en el que aquello no tenía sentido.

Sara miraba a sus compañeros de la comisaría sur; al comisario Martínez, que apreciaba a Aguilar tras años de trabajo a sus órdenes; a Guzmán, que mascaba chicle ruidosamente y que se fue a hablar por el móvil un minuto después de llegar: maldito imbécil. La ex mujer de Aguilar lloraba en silencio acompañada por sus dos hijos, ya mayores, a los que habían venido a arropar sus amigos, unos jóvenes bien educados que esperaban en silencio a que metieran el ataúd en su correspondiente nicho. El cura hablaba y hablaba, ella no lo escuchaba, nunca lo hacía. Para Sara las palabras sobre la vida que hay tras la muerte, sobre lo que la Iglesia se empeñaba decir del mundo mejor que espera tras el abandono de este, no eran más que un

engaño y un cuento para niños que nada quieren saber de la realidad. Leandro la miraba por el rabillo del ojo, esperando su reacción.

Tras acabar la ceremonia, los policías volvieron a sus quehaceres, Sara y Leandro se marcharon a la comisaría a terminar el informe, algunas cosas no podían esperar. El comisario Esteve llamó a Leandro a su despacho, tenía delante la carta en la que había pedido un cambio de compañero hacía unos días. Sara no sabía para qué podía querer hablar el comisario con el inspector Gómez, le podía la curiosidad, aunque disimuló como pudo y le dijo con indiferencia que fuese, que ya se encargaba ella del informe.

–Ah, inspector, por favor, tome asiento –le pidió el comisario en cuanto él llego.

–¿Ha recibido la carta? –le preguntó.

–Sí, claro, por eso le llamo.

–¿La ha tramitado ya? –insistió.

–Sí, en un principio pensé que sería mejor hacerlo cuando por fin cerráramos este caso.

Dada su insistencia, la tramité de inmediato.

–Bien, muchas gracias.

–¿Está seguro?, ¿se lo ha pensado bien?

–Por supuesto –contestó Leandro muy decidido.

–Lo que usted quiera –dijo el comisario ligeramente apenado.

De pronto, la puerta del comisario se abrió. Una Sara acalorada y nerviosa entraba en busca de Leandro, parecía urgente.

–Perdón por la interrupción, jefe –se disculpó–. Leandro, nos acaban de avisar, han desaparecido tres chicos de un instituto de educación secundaria en Aravaca. Es un tanto extraño…, los tres han dejado unas notas un tanto sospechosas y es posible que no se hayan marchado voluntariamente.

Leandro miró a Sara y al comisario varias veces con el ceño fruncido. ¿Lo sabría ya?

–Verás… –comenzó a decir él; el comisario no intervino, se limitó a

recostarse en la silla con los dedos de las manos entrelazados. Estaba a punto de saber qué decisión iba a tomar.

–¿Qué te pasa? ¡Vamos! –le apremió ella.

Leandro se tomó unos segundos para contestar, Sara lo miraba sin comprender. Él miró la carta delante del comisario y emitió un sonoro suspiro.

–Ve sacando el coche –le pidió él–, tardo treinta segundos.

En cuanto ella cerró la puerta, Leandro cogió la carta y la rompió en varios trozos ante la atenta mirada de su superior.

–¿Podrá parar el proceso?

–No lo sé. No es muy habitual que frenen este tipo de cambios, veré qué puedo hacer, pediré algún favor –respondió el comisario mientras se pasaba la mano por el pelo en un gesto de preocupación.

–Gracias –respondió él antes de salir del despacho y correr hacia el coche donde su compañera lo esperaba impaciente.

El comisario se levantó y miró por la ventana. Vio al inspector Gómez salir a toda prisa y subirse en el lado del copiloto del coche de su compañera. Entonces volvió a su mesa y sacó del primer cajón del escritorio la copia de la carta que Leandro le había escrito solicitando que le asignaran un nuevo compañero, la que le acababa de decir que por supuesto ya se encontraba en trámites y que no estaba seguro de poder parar. Con una sonrisa de triunfo la metió en el destructor de papel. Ahora su comisaría volvía a estar en el orden adecuado. Sintiéndose bien por primera vez en meses, se puso la chaqueta y anunció a su secretaria que se tomaría libre el resto del día. El suave sol de octubre le recibió con una caricia.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Cada día que pasa intento hacer más caso a mi instinto, soy fiel a los detalles y me fijo mucho en la forma que tenemos de hablar unos con otros y de tratarnos en diferentes situaciones. Eso me hace encontrarme con personas muy interesantes a las que otros no habrían dado la mínima oportunidad. Y viceversa…, gente que parece extraordinaria y que pierde el "extra" por el camino.

Y así me rodeo, cada día más, de lo mejor. Presumo de tener a mi lado a la mejor familia, los mejores amigos y compañeros y, cómo no, de mis hijos, de los que no cambiaría ni un solo pelo.

En primer lugar, me gustaría agradecer a Quique que me contara tanto sobre sí mismo.

Sus vivencias me inspiraron para crear a Ángel Santamaría. A ti te debo esta historia, Quique, por ser un superviviente antes, ahora y para siempre (recuerda que tienes tres razones para continuar la pelea).

Agradezco una vez más a mis tres hombretones (van creciendo, claro) que pongan esa cara de orgullo cuando hablan de mis libros. Más de una vez les he visto hacerlo y reconozco que me gusta más de lo que debería.

A mi familia, que da igual lo cerca o lejos que se encuentren, porque siempre están a mi lado y leen y releen mis historias las veces que yo les pida, sin queja alguna (al menos mientras yo estoy delante).

A mi padre, porque, allá donde esté, seguro que puede leer todo lo que escribo.

A mis amigos, porque ya me conocen lo suficiente para saber cuándo necesito un café, un abrazo, un par de tortas o una buena siesta.

A mis compañeros, por pedir más. Lo siento, os hice caso, aquí tenéis otra…

A Ramón, que me exprime hasta sacar la última letra.

A Pili, que ha aportado mil ideas y mil papelitos señalando errores y aun así me quiere.

A mis libreros y libreras, que siguen ofreciendo mis libros, que me acompañan en cada presentación, en cada evento. Que me animan a escribir más y más…

A Rubric, porque son la fábrica de sueños que andaba buscando.

A los que os habéis tenido que marchar antes de tiempo… ¡Qué pena! ¡Con lo que nos estábamos divirtiendo! Menos mal que os llevo dentro, así nunca os vais del todo.

Y para ti, lector, porque te necesito cada día más.

BAILANDO EN UN CAMPO DE MINAS





Reyes Martínez

Se acostó con lobos sin miedo, porque

los lobos sabían que un león estaba entre ellos.

R. M. Drake

Si alguien te traiciona una vez es culpa suya,

si te traiciona dos veces, es culpa tuya.

Eleanor Roosevelt

CAPÍTULO 1

CUIDADO CON LO QUE TOCAS

Ni siquiera parpadeó cuando la calma del callejón se vio interrumpida por aquel estruendo. Las luces del camión se toparon por un segundo con sus ojos, sin que el menor atisbo de vida asomara a ellos. Las pupilas se habían quedado fijas en un lugar de la pared, suplicando una ayuda que nunca llegó.

Mientras un gato pardo en el callejón intentaba escabullirse, Manuel, el novato, bajó de un solo salto para comenzar con su tarea. Trabajar en la empresa de recogida de basuras no estaba entre sus más fervientes deseos, pero debía llevar dinero a casa. El famélico animal se salvó de milagro de ser aplastado con la pesada bota del muchacho y huyó a toda velocidad; demasiados sobresaltos por un día.

—¡Joder! —exclamó el chico.

—Solo es un gato callejero, relájate —se burló Luis, su orondo compañero.

—Es que no me lo esperaba.

—Vas a tener que estar más atento —le regañó él de forma paternal, el conductor lo observaba con reproche.

Manuel los contempló un segundo. Llevaba tres semanas de trabajo con aquellos dos hombres. Hasta el momento, lo único que había podido saber era que Bernar, el conductor, jamás mostraba una sonrisa. Tanto si estaba enfadado como si no. Incluso le parecía que era de buen conformar, pese a esa eterna seriedad en su rostro. Luis, sin

embargo, era un hombre simpático, amable, divertido, bromista... Sí, podría acostumbrarse a aquella extraña pareja, sin duda.

—Por las noches hay que mirar bien dónde pisas y lo que tocas —le explicó Luis—.

Una caja llena de mierda por el día puede ser una caja llena de mierda y ratas por la noche.

—¡Puaj! —exclamó como única respuesta.

—¡Ja, ja, ja! ¡No seas remilgado, hombre! Ya te acostumbrarás a ellas,

ya...

—Sí, supongo que vienen con el lote.

—Ya te digo, deberían incluirlas en nómina.

—Tampoco te pases. —Sonrió el muchacho ante la ocurrencia.

—¿Qué…? —protestó entonces Bernar tras abrir la ventanilla—, ¿saco unas cervecitas?

—Tranquilo, hombre, que ya acabamos —lo tranquilizó el veterano compañero mientras colocaba un contenedor en la parte de atrás del camión para que lo volcara.

—¿Qué le pasa? —preguntó Manuel—, parece de mal humor.

—No creo, es que a veces se impacienta.

—Tampoco llevamos tanto aquí, ¿no?

—Chicos, daos prisa, que este callejón no me gusta nada —respondió el conductor como si hubiera escuchado la conversación.

—Es que Bernar tiene…, cómo te diría yo..., un sexto sentido, ¿sabes? —se vio en la necesidad de explicarle al chico.

—¿A qué te refieres?, ¿a que huele el peligro?

—Bueno, no sé si llegará a tanto. Lo que te aseguro es que, si él dice que hay que irse pronto, es que hay que irse pronto. Una vez que me dijo lo mismo, encontramos un bebé metido en uno de los contenedores.

—¿Estaba...?, ya sabes...

—Sí, por desgracia.

—Vaya...

—Hay mucho descerebrado por ahí, Manuel.

—Ya veo.

—Otro día —siguió contando el hombre sin dejar de enganchar contenedores y de añadir lo que la gente va dejando junto a ellos—, encontramos un perro degollado.

—Joder.

—Sí, ya te digo, mucho hijo de puta suelto.

El joven siguió trabajando mientras pensaba en lo que su compañero le acababa de contar. No le oía decir palabrotas nunca, así que le sorprendió un poco, como si se hubiera salido de tono. Echaba restos y bolsas al contenedor cuando sintió que una especie de líquido caía de una bolsa y le manchaba el traje de faena de arriba abajo.

—¡Qué asco! —exclamó—. ¿Qué coño es esto?

—Te has puesto perdido… ¡Ja, ja, ja!, ¿qué es?

—No tengo ni idea, parece pintura.

—La próxima vez te alejas un poco cuando vayas a tirar algo al camión, es que te pones demasiado cerca.

—Luis…, es…, es… —tartamudeó el joven.

—¿Qué me quieres decir?

—Esto… es sangre —atinó a hablar de pronto.

—¿Cómo va a ser sangre? A ver…, hay una carnicería aquí al lado. Y si lo fuera, a estas alturas debería de estar seca.

—Es sangre y es fresca, no pueden ser las sobras de esta tarde de la carnicería, imposible. Huele —le pidió a su compañero, quien rehusó con una evidente mueca de asco.

—¿Se puede saber qué ocurre? —preguntó Bernar a la vez que se bajaba del camión impaciente—. ¿De qué te has manchado, novato?

—Es sangre —respondió él, no se atrevía a moverse.

—¿Te has cortado? Es mucha sangre… Lo sabía…, sabía que este callejón…

—Para, para, «Nostradamus» —le pidió Luis; Manuel se sonrió ante la ocurrencia del mote, aunque la alegría le duró unas décimas de segundo.

—No, ha sido al coger una bolsa, debía de estar rota y me ha caído esta sangre encima…

—¡Para el camión! —gritó Luis a su compañero, quien ya había salido corriendo para parar la maquinaria que aplastaba la basura en la parte de atrás.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven, perplejo.

—Que, si hay sangre, de algún sitio ha tenido que salir; a saber lo que había en la bolsa

—respondió el alegre Luis, a quien la sonrisa había abandonado por una vez—. Y tú…, llama a la policía.

—¿Cómo quieres que llame? —respondió el joven con las manos llenas de sangre.

—¡Quítate los guantes, hombre! —replicó a la vez que el motor del camión dejaba de sonar.

—Eh…, es que igual la policía quiere revisarlos, no sé…

—Tiene razón, Luis, mejor será que ni se mueva.

—Vale, ya llamo yo —respondió él sin ganas de discutir. Bernar se metió dentro de la caja del camión a rebuscar entre los restos.

Manuel permanecía perplejo, ni siquiera se atrevía a moverse, había visto suficientes series policíacas como para saber que cuanto menos se moviera menos contaminaría la escena del crimen. Aunque… ¿quién le aseguraba allí crimen alguno? Por ahora solo tenía la sangre que había salido de una bolsa, y que además había perdido entre kilos y kilos de basura.

—¿Cómo era la bolsa, Manuel? —preguntó el conductor desde las tripas del camión.

—Y yo qué sé, pues una bolsa de basura, normal.

—¿Gris?

—Gris, negra..., ni idea, no me llamó la atención... ¡Espera!, ahora que lo dices..., no tenía nada de especial, salvo una corbata que había encima, parecía nueva. Recuerdo que la he tirado junto a la bolsa.

—¿Y recuerdas cómo era la corbata?

—Sí, parecía buena y era de color verde.

—¿Podría ser esta? —preguntó el hombre desde dentro.

—Bueno, sí, estaba más limpia antes.

—Y yo también, no te jode… —respondió el conductor metido en la basura hasta las rodillas, el chico no pudo estar más de acuerdo—. ¡La he encontrado! ¡La bolsa! Y sigue saliendo sangre…

—¡No la abras! —gritó su compañero de pronto. Estaba al teléfono (suponían que con la policía) y no paraba de dar vueltas sobre sí mismo—. En tres minutos llega una patrulla, nos quedaremos aquí esperando y sin tocar nada.

—Hay que avisar al encargado, Luis —le recordó el conductor—. No podemos seguir con la ruta.

—Claro, llamo ahora mismo. No sé a quién enviarán, hay muchos compañeros con gripe. ¿Qué habrá en esa bolsa? —preguntó entonces sin dejar de mirar al camión.

No les hizo falta mucho más. Antes de que se dieran cuenta, un coche aparcaba junto a ellos. De él se bajaron dos agentes uniformados, un hombre de unos treinta años y una mujer algo más mayor. Se movían con cautela sin dejar de tocar sus armas en el cinturón y con una linterna en la mano, él también portaba una radio.

—Buenas noches, soy la agente Peña. Mi compañero, el agente Martos. ¿Pueden explicarme lo que ha ocurrido?

Los tres hombres se miraron sin saber por dónde empezar. Entonces Luis tomó la palabra, Bernar no era lo que se dice muy locuaz y Manuel parecía haberse petrificado.

—Verá, agente, estábamos recogiendo los contenedores cuando mi compañero se ha manchado con una bolsa. Nos estábamos burlando de él cuando nos hemos dado cuenta de que era sangre.

El policía se acercó a él con la linterna y comprobó que, efectivamente, una buena parte de su uniforme se hallaba decorado por un buen chorro de líquido granate.

—No se mueva de donde está —le pidió al joven mientras se acercaba a los otros dos—. Colóquense junto a su compañero, por favor.

—Oiga, que nosotros no hemos hecho nada —le prometió Bernar, que aún se encontraba dentro del camión—. Yo me he metido a buscar la

bolsa con la que se ha manchado Manuel mientras Luis les llamaba por teléfono.

—¿Y la han encontrado? —preguntó de nuevo.

—Creo que sí. Aún sale sangre por una grieta, mire —le pidió al policía, que suspiró al darse cuenta de que igual él también tendría que entrar al camión.

Mientras tanto, la mujer policía comprobaba el callejón, por si había algo más que se les hubiera pasado por alto. El joven uniformado le pidió a Bernar que se acercara hacia

él; si podía evitar entrar, no se lo pensaría. El hombre se movió entre la basura intentando no perder el equilibrio y le enseñó la bolsa al policía. Este sacó un pañuelo del bolsillo y lo utilizó para no tocar el plástico y no contaminar la prueba, en la medida de lo posible. El olor a sangre comenzaba a ser insoportable y los dos hombres dieron fe de ello arrugando la nariz. El agente abrió la bolsa lo justo para mirar dentro y acercar un poco la linterna. El instinto le hizo dar un paso hacia atrás y a punto estuvo de pisar al gato callejero, curioso por saber qué ocurría en su callejón durante tanto tiempo.

—¡Lorena! —gritó a su compañera—. Tienes que ver esto... No te lo vas a creer, aquí dentro hay unas manos.

—Ya..., y sé a quién pertenecen —contestó ella.

—Perdona..., ¿cómo dices?

—Digo que las manos pertenecen a un hombre de unos cuarenta años, quizá menos.

—¿Cómo…, cómo lo sabes? —preguntó perplejo.

—Porque el hombre al que se las han cortado está aquí —respondió ella mientras le apuntaba con la linterna.

Los operarios se miraron con terror. Habían pasado un buen rato junto a un cadáver, sin saberlo. El conductor movía la cabeza de un lado a otro y Luis resoplaba mientras el joven Manuel daba signos de estar pasando uno de los peores tragos de su vida.

Cinco minutos más tarde, el oscuro callejón se llenaba de coches de

policía, agentes de paisano y de uniforme y un somnoliento hombre de pelo cano y sonrisa afable se acercaba a los tres trabajadores del turno de noche de la empresa de recogidas de basura de la ciudad.

—Buenas noches, soy el inspector Leandro Gómez, necesito tomarles declaración —les explicó sin dar muestras del cansancio que en realidad sentía en aquel momento.

—Claro, señor —respondió el más risueño y hablador de los tres.

Manuel miró al hombre que acababa de llegar y sintió que una lucecita se encendía en su interior. Sensación que se acrecentaba cuando comprobó que el policía de ojos claros no le quitaba la vista de encima. Quizá ya se conocían; pero ¿de qué? Por más que lo intentaba, no lograba adivinarlo.

Varios técnicos invadieron el callejón ataviados con monos de trabajo y cámaras de fotos. La experiencia le decía a Leandro que lo mejor era salir de allí cuanto antes, dejarían al equipo de Criminalística hacer su trabajo y hablarían más a gusto en comisaría y con menos frío, probablemente.

El gato famélico los observaba desde la esquina con fastidio. Aquella noche tendría que buscar un nuevo escondrijo, menos transitado que su callejón. Esperaba que, al menos, no encontraran su reserva de ratones, la guardaba para una emergencia.

CAPÍTULO 2

INSTINTO ANIMAL

Rubén contemplaba la imagen que el espejo se empeñaba en llevarle de vuelta. No era la que esperaba. Aquellas semanas de trabajo se adivinaban en las bolsas oscuras bajo sus ojos y le proporcionaban un aspecto enfermizo. Tampoco era que le preocupara mucho, el remedio perfecto le aguardaba en el congelador: un antifaz de gel que, si bien le había parecido una frivolidad cuando lo compró, debía reconocer que le había hecho un buen servicio en más de una ocasión. En su trabajo daban mucha importancia a la imagen, como había comprobado más de una vez que le tocó despedir a personas con un gran potencial y aspecto poco convencional. Constató que tenía tiempo más que de sobra hasta su cita y se encaminó a la cocina. Abrió la enorme nevera LG que casi nunca llenaba, salvo de bebidas energéticas y botellines de agua mineral, y sacó del congelador el milagroso utensilio que le haría desaparecer, o al menos atenuar, las enormes ojeras.

Vivía bien, no lo podía negar. El piso en el centro de Madrid era de todo menos barato, merecía la pena. Se trataba de un edificio rehabilitado de los años sesenta con techos altos, calefacción central, dos lujosos ascensores que rara vez funcionaban al mismo tiempo y tres enormes habitaciones separadas por un interminable pasillo. Nunca pensó que elegiría un lugar así para vivir solo. Su intención no era la de quedarse solo para siempre. Rubén soñaba con su propia familia: una mujer que lo mirara con admiración cada vez que llegara a casa, guapa, lista...; sobre todo eso, lista. Una mujer con estudios y con inquietudes, él la admiraría y la amaría por encima de todo. También tendrían un par de hijos, quizá tres. Y un perro. Y llevaría a los niños al fútbol y a patinar. Harían excursiones a la sierra los fines de semana y seguramente podrían comprarse un apartamento en la playa, a donde huirían cada verano para escapar de la polución y el estrés de la capital.

Por ahora había empezado por el último de sus sueños: Dylan era un chucho callejero que lo había elegido a él hacía ya tres meses. Se podían adivinar en el animal rasgos de labrador, de *setter* irlandés y quizá de alguno más. Lo había seguido desde el trabajo una tarde templada. Mientras aguardaba tumbado a que el antifaz obrara sus milagros, pensó en aquel día…

—Deja de seguirme, no tengo nada para ti —le había dicho en voz baja para no llamar la atención.

El perro se paró un segundo para atender a las palabras de aquel al que acababa de elegir, quizá por el olor, quizá por la forma de caminar, quizá porque su instinto le decía que sería el compañero ideal. El hombre reanudó la marcha. Medio segundo después hacía lo propio el perro.

—¿Quieres dejarme ya? Te he dicho que no tengo nada para ti, saco de huesos —exclamó molesto, el perro se limitó a mover la cola.

Cuando Rubén llegó al portal, le cerró la puerta en las narices y subió a su piso sin acordarse de él ni un segundo. Se hizo la cena, preparó un tentempié para el día siguiente, se arregló las uñas y hasta vio una película en la tele. No, definitivamente no volvió a pensar en el animal. A la mañana siguiente, en cuanto pisó la calle…

—¿Qué haces aquí otra vez? ¿Estás sordo? Ya te dije que no tengo nada para ti.

Durante tres días, aquel perro lleno de pulgas y determinación lo esperó a la salida del trabajo, lo acompañó a casa, a la compra…, ¡hasta lo esperó a la puerta del gimnasio y del dentista! Dejó que Rubén se acostumbrara a su presencia y se mostró feliz cada vez que el hombre se dignaba a dirigirse a él. No tuvo más remedio que rendirse ante la evidencia: era el Elegido. Se lo llevó a casa, improvisó una cama con un par de mantas viejas y anotó en la nota pegada a la nevera que compraría comida para perros y concertaría una visita al veterinario.

—Tres meses ya, compañero —le dijo a su amigo peludo, quien le contestó con un corto ladrido—. Y ahora no me imagino la vida sin ti, hay que fastidiarse.

Había que reconocer que el perro se había ganado el puesto de mejor amigo a pulso y en la comunidad todos le tenían cariño, era un animal muy especial. Su instinto había alertado a Rubén de que una de sus vecinas, la viuda que vivía en el primero, se encontraba en apuros. Gracias a él habían llamado a los bomberos y habían podido acceder a la vivienda y rescatado a la anciana. La mujer se había resbalado en la ducha y al caer se había roto la cadera derecha. La pobre ni siquiera tenía fuerzas para gritar.

Otra noche olfateó un incendio en el local chino de la esquina, incluso antes de darse cuenta los dueños, y eso que se hallaban en la

trastienda colocando los productos que necesitarían al día siguiente.

Sonó la alarma en el reloj de Rubén, se acababan los minutos de relax. Tras acariciar a Dylan, se encaminó al vestidor para elegir el traje que se pondría aquella noche.

Personalmente pensaba que era mejor llevar ropa más informal para una primera cita, pero dado que habían quedado en una galería de arte para ver una exposición, y el requisito era vestir de etiqueta, no podía negarse. Se despidió de sus vaqueros gastados, los que según su madre le hacían el culo respingón, y se decantó por un traje gris claro y una camisa del mismo color y un par de tonos más oscuros. Se deleitó un par de minutos con su imagen. Le había costado mucho esfuerzo llegar hasta allí. Admiró sus músculos, el abdomen plano, las piernas, comprobó que comenzaba a salir la barba, así que se pasó la afeitadora eléctrica. Aquella noche necesitaba sentirse mejor que nunca y sin duda era imprescindible conseguir la imagen deseada.

—¿Qué me dices, Dylan?, ¿estoy guapo?

El perro le contestó con un ligero gruñido y se dio la vuelta para que no le molestara con tonterías, Rubén sonrió al pensar lo fácil que era interpretar los ruidos y ladridos de su perro.

Cuando quiso darse cuenta, se estaba anudando su «corbata de la suerte», la que le había regalado su abuela en la última Navidad que habían pasado juntos antes de que la embolia y la vejez se la llevasen para siempre. Entonces se acordó de que había quedado en llevar una corbata verde. De hecho, la había tenido que comprar, pese a que guardaba más de veinte corbatas en aquel vestidor. Colgó con fastidio la que le servía de amuleto y sacó de la bolsa la que había comprado nueva, le quitó la etiqueta y comprobó, con aprobación, que el contraste entre el gris de la camisa y el verde «selva»

(así se lo habían vendido en la tienda) de la corbata le daban una elegancia digna de la mejor de las exposiciones. Seguramente volvería a usarla con frecuencia, o eso pensaba él.

La mujer bien valía una corbata nueva. Admiró el porte que el traje a medida les proporcionaba a sus músculos trabajados día a día en el gimnasio. Consciente de lo que significaba aquella cita y feliz de que una mujer, por fin, viera en él algo más, cogió las llaves y la cartera y suspiró sonoramente antes de salir de casa.

Un mensaje en el móvil captó su atención:

«Vestido negro y zapatos rojos.

Amy».

—Te encontraré —respondió él antes de guardar el teléfono en el bolsillo con una gran sonrisa, le hacía ilusión el misterio con el que habían rodeado aquel encuentro. Se echó un último vistazo antes de salir, se atusó un poco el cabello y levantó la cabeza para infundirse valor—. Dylan, me marcho —dijo dirigiéndose al perro—. Volveré tarde, no me esperes despierto.

Tras cerrar la puerta, sonrió. Casi esperaba que Dylan le respondiera algo así como:

«diviértete, no hagas nada que yo no haría…», y seguramente era aquello lo que significaba el gesto de levantar un poco la cabeza, un pequeño gemido y no parar de mover el rabo, con que su perro le había deleitado. En cuanto cerró la puerta, oyó gemir, lo que le preocupó un poco. Su perro se quedaba solo a diario y nunca daba muestras de impaciencia ni de fastidio. Esperó al otro lado un par de minutos. Al ver que los gemidos no cesaban, se marchó. Volvería pronto, no podía dejar al perro así toda la noche. Por un momento estuvo a punto de anular la cita, no se iba tranquilo.

Luego, se lo pensó. Era tan difícil conectar con alguien en tan poco tiempo y que entendiese sus problemas a la perfección… Había contactado con muchas mujeres que se mostraban encantadoras hasta que les contaba su secreto, ahí se acababa todo.

Incluso había mantenido alguna relación que se acababa al no buscar lo mismo. Y por fin la había encontrado, había dado con la mujer perfecta. Y si no se daba prisa, llegaría tarde a su primera cita con ella.

Dos horas después, la corbata verde de Rubén descansaba encima de una bolsa que rezumaba su propia sangre mientras sus ojos dejaban escapar la vida que tanto le había costado construir. Mientras, unos vecinos llamaban a la policía, alertados por un intuitivo perro que no dejaba de aullar.

CAPÍTULO 3

LOS ZAPATOS DE CHAROL

ROJOS, POR SUPUESTO

Amanda no era consciente del ruido y el caos que gobernaban su vida hasta que un CD

dejaba de sonar, la tele perdía la conexión o, simplemente, se iba la luz, lo que acababa de ocurrir. Sintió pánico por un segundo, aún tenía que secarse el pelo y alisarlo con la plancha, o hacerse unas bonitas ondas, no lo había decidido. Sin poderlo domar se le quedaría erizado, como el de aquel compañero del colegio al que llamaban Pumuki.

Mientras lo pensaba, la luz volvió y con ella el ruido del secador, el CD de *Iron Maiden* que reanudaba una canción de las más «cañeras» y la tertulia en la televisión en la que varias personas se dedicaban, básicamente, a insultarse o a no ponerse de acuerdo sobre lo poco apropiado de las declaraciones o sobre el atuendo del famoso de turno. Era imposible que Amanda fuera siquiera consciente de todo aquel ruido. La televisión se ubicaba en el salón, a tres paredes de distancia, y el reproductor de CD en su habitación, un poco más cerca nada más. Ella tarareaba una canción a la vez, que nada tenía que ver con el ritmo del estribillo de *Fear of the dark,* el tema con que la deleitaba Iron Maiden en aquel momento. Para terminar la faena, el móvil comenzó a dar señales de actividad con un tono chillón que avisaba de los mensajes que empezaba a recibir. Los «clasificó»

con rapidez y volvió a su pelo, era lo más urgente. Un ruido, que no reconoció de pronto, la dejó sin respiración. Elena no podía ser, hacía más de una hora que se había marchado tras soltarle un «cómete el mundo, nena, que no engorda», como le decía siempre para provocar su sonrisa. Le duró un segundo hasta que se dio cuenta de lo que era: el programa de centrifugado de la lavadora.

«Mierda —pensó—, otra vez me he olvidado de llamar al técnico».

Elena siempre había estado ahí. En realidad, llevaba en su vida no más de cuatro años, desde que había empezado su transformación. A ella le parecía toda una vida. Alegre, divertida, extrovertida…; decía que no

ligaba porque el mundo estaba enfermo y no veía más allá del aspecto físico, quizá tenía razón. La mujer era demasiado grande, demasiado imponente para que un simple hombre se fijara en ella. Ahora por fin había llegado el adecuado, o eso parecía. Elena siempre bromeaba con ello diciendo que necesitaba un hombre más grande de lo normal para que no pareciera su llavero, y ahora había encontrado a su «media naranja». Ojalá ella tuviera la misma suerte.

Se afanó en su aspecto e intentó obviar el lamento del tambor de la lavadora a cada giro que daba para evacuar el agua sobrante, comenzaba a ser urgente su arreglo, cualquier día dejaría de funcionar y sería en el peor momento posible.

Quería estar deslumbrante aquella noche. Añadió una base de maquillaje a su cara y perfiló sus ojos con un *eyeliner* negro a juego con el rímel *waterproof.* Pensó en todos aquellos anglicismos que se habían colado en su vocabulario sin darse cuenta y, haciendo un ejercicio mental, se obligó a usar sus palabras en castellano.

—Ahora me voy a delinear los ojos con este lápiz perfilador y a añadir la máscara de pestañas resistente al agua —dijo a la nada con una sonrisa de oreja a oreja que el espejo le devolvió, se sentía satisfecha del resultado y del vocabulario.

Se encaminaba a su habitación a vestirse cuando una sombra la asustó en el pasillo. Se le pasó por la imaginación pensar que alguien se le había colado en casa, hasta que su cerebro procesó lo ocurrido: el espejo la había reflejado a ella al pasar. Se encaminó hacia allá y, desnuda como estaba, se deleitó en su cuerpo. Las caderas ofrecían las curvas justas para que dos manos se posaran en ellas; los pechos, generosos y erguidos, le habían costado un pastón y debía reconocer que mereció la pena. Se los acarició hasta que los pezones reaccionaron poniéndose tan duros que se sintió excitada. Le costaba mirar al pubis, aunque debía reconocer que lo de la depilación total había sido un acierto, ningún hombre se resistía al verla desnuda. Y ella dejaba de sentirse como un pajarillo asustado para ser poderosa de verdad. Maquillada y peinada, el resultado era inmejorable. El no pasar de los cincuenta y cinco kilos, también.

—Dios, son tan predecibles… —murmuró a su imagen del espejo.

La piel se le erizó en la nuca, casi no reconocía la sonrisa malévola que le devolvía su propio yo. Sacudió un poco su cabeza y sus pensamientos y se encaminó a la habitación.

Le quedaban cuarenta minutos para su cita y aún tenía que atravesar Madrid. Cruzó los dedos para que ya no fuera hora punta. ¿Y cuándo no era hora punta en la capital?

Sin darse cuenta de lo que hacía, pasó por la cocina y se comió una onza de chocolate.

Se sentía nerviosa y, cuando aquello ocurría, comía sin pensar. Durante años la comida había sido un gran sustituto de muchas cosas: del sexo, de las relaciones, del amor, de la amistad… Por fin había conseguido controlar aquella manera de suplir todas sus carencias con un bocadillo de chorizo o un kilo de helado de fresa. Pero el chocolate…, una simple onza de chocolate le calmaba los nervios mucho más que un Trankimazin *,* así que apuntó mentalmente añadir una buena tabla de abdominales al día siguiente para compensar, y dejó que el exquisito sabor del cacao inundara su boca.

Cuando le tocó decidirse por la ropa, se dio cuenta de que no había recogido la ingente cantidad de vestidos, faldas, pantalones y blusas que se había probado hacía horas. Se acabó decidiendo por dos vestidos que le parecían apropiados para la ocasión y que le sentaban especialmente bien. Los miró y se los probó por encima mientras admiraba en el espejo el resultado. El efecto del rojo era espectacular. Le marcaba las caderas y los pechos y le sentaba como un guante. Quizá demasiado para una primera cita.

Necesitaba ayuda «profesional».

—¡¡¡¡¡Elena!!!!!! ¡¡¡¡Superurgente!!!! ¿El rojo o el negro? —preguntó por WhatsApp a su amiga tras enviarle una foto con cada uno.

La respuesta no se hizo esperar, Elena le reenvió la imagen con el vestido negro y un dedo pulgar hacia arriba, así que no había dilema posible. En realidad, el negro era igual de *sexy,* elegante y más discreto.

—Eso sí —dijo a la nada—, los zapatos de charol rojos, por supuesto.

Comprobó por última vez su pelo, el maquillaje, añadió un poco de perfume a sus muñecas y cogió el bolso rojo a juego con sus zapatos de marca y un buen abrigo, la noche prometía un frío de los que se cuelan en los huesos y es difícil de combatir.

Comprobó que sus medias no tuvieran ninguna carrera, echó un vistazo a la casa antes de cerrar la puerta con llave y salió a la noche respirando hondo. Aunque aparentaba superioridad, necesitaba que la

apariencia le llegara muy dentro para sentirse tan segura como parecía estar. Paró al primer taxi que pasó y agradeció la calidez del interior del vehículo con una sonrisa.

—Buenas noches, señorita, ¿a dónde vamos? —«¡Señorita! ¡Me ha llamado señorita! Si me hubiera visto hace unos años…»—. ¿Y bien? —insistió el taxista, ya había bajado la bandera, así que el tiempo corría en contra del monedero de Amanda.

—Sí…, vamos a la zona de Arturo Soria. Vaya arrancando mientras miro la dirección, por favor.

—Vamos allá —respondió el entusiasta chófer mientras se incorporaba al tráfico sin molestarse en conectar el intermitente, lo cual provocó la ira de un par de conductores que se vieron obligados a frenar.

Aprovechando un semáforo, le enseñó al taxista el nombre de la galería de arte a la que se dirigían. No le pasaron desapercibidas las miradas que el hombre dirigió a sus piernas y a su escote, miradas que se repetían por el retrovisor cada pocos segundos.

Amanda simuló mirar al móvil para que él no notara el asco que le provocaban aquellas miradas golosas. Casi podía ver lo que inundaba la mente de aquel hombre en ese momento. Si hubiera tenido un poco más de tiempo, se habría bajado del taxi sin dudarlo. Intentó pensar en los pocos minutos que quedaban para conocer en persona a

«Corbata verde» y comprobar si era, como parecía, diferente a los demás.

CAPÍTULO 4

TE LO MERECES

—La última imagen que ven nuestros ojos al morir queda impresa en nuestras retinas.

¿Lo sabías? —dijo la mujer mientras su víctima se llevaba las manos allí donde había sentido el pinchazo.

Ni siquiera le había temblado el pulso cuando le introdujo la daga por primera vez en el abdomen. La sangre, que ella esperaba ver salir a borbotones de la herida, rodeaba la tela allí donde se juntaba con la piel formando de inmediato una mancha oscura, como si de un defecto se tratase. Sintió rabia, ella quería deleitarse, ver cómo la vida se le escapaba por aquella pequeña abertura; pero su víctima tenía otros planes y se abalanzó sobre la mujer pillándola de improviso, por lo que se vio obligada a clavarle de nuevo la daga una y otra vez, ya sin control alguno.

La víctima se tambaleó. Sintió cómo se le escapaba un hilo de vida por cada herida mientras aquella mujer no le quitaba los ojos de encima. La niebla inundó su mirada, quería ver claramente a su agresora por si de verdad tenía razón y su imagen quedaba grabada en su retina para siempre. Era un burdo intento para ayudar a la policía en la posterior investigación que por supuesto tendría lugar cuando encontraran su cadáver.

No quería terminar así, nunca había entrado en sus planes encontrar la muerte tan pronto ni de aquella forma tan cruel.

—Mírame bien —le pidió ella de repente.

Casi sin aliento, la obedeció como si lo que le acabase de arrancar hubiera sido la voluntad, en lugar de la vida. La mujer se acercaba demasiado y llevaba algo en la

mano, sin duda la daga que acababa de seccionar varias arterias, al menos una de ellas de las importantes. Podía notar cómo la sangre se le acumulaba dentro de su cuerpo en lugares donde no debería estar. Lo último que captaron sus ojos fue la imagen de la mujer con un utensilio parecido a una cuchara pequeña y que se acercaba a su cara con decisión. Bajó un poco la cabeza, más por instinto que por defensa, con lo que no fue consciente de que la imagen que finalmente se quedó grabada en sus retinas fue las de dos piernas de mujer llenas

de sangre que acababan en dos preciosos zapatos de charol rojo. Sintió un dolor tan intenso que prefirió ceder a la oscuridad que la acechaba y rendirse ante la evidencia de que nunca más volvería a ver la luz.

CAPÍTULO 5

DAME UN BOLÍGRAFO, RÁPIDO

El sudor le bajaba por la espalda, pese a sentir el invierno en sus pies. Se movía por el pasillo de su casa, que de repente se le antojaba interminable. Podía ver el mueble de la salita, la lámpara a la que le faltaba una bombilla desde hacía más de dos meses. Le llegaba el aroma del guiso que su madre sin duda estaría removiendo en el puchero a aquella hora. Era capaz de reconocer todo aquello, y sin embargo se sentía tan lejos…

Entró en una sala que no había visto nunca. La mesa, redonda, albergaba todo tipo de utensilios que le resultaban desconocidos: una gruesa vela en la que alguien había grabado una serie de extraños símbolos que intentó memorizar, una estampa de un jinete en un caballo negro que le provocó un escalofrío, algunas piedras de colores brillantes y una baraja de cartas que a punto estuvo de coger para sí. Una mujer lo miraba desde el otro lado de la mesa. Su pelo parecía despedir un fuego que agradeció, pese al ardor que sentía en aquel momento. Por un segundo pensó que tenía fiebre y estaba delirando. Era mucho más sencillo que pensar que se había vuelto loco. La mujer pelirroja comenzó a hablar y le sonrió. ¿Por qué la oía hablar, si sus labios no se habían separado ni un milímetro? La escuchó con atención, era evidente que lo que tenía que comunicarle era de vital importancia; si no, no le hablaría en sueños. Porque estaba dormido, ¿no? Agitó la cabeza en un intento de despertar, solo consiguió sentirse algo mareado.

Ya no movía la cabeza, pero sentía que su cuerpo vibraba. Tardó unos segundos en comprender que alguien intentaba sacarlo de aquel trance. Un simple vistazo a su madre hizo que fuera consciente de la situación. La mujer permanecía a su lado muy alterada, se había preocupado al verlo en ese estado.

—Dame un bolígrafo, rápido —la apremió él.

—¿Un bolígrafo? —se extrañó ella, a la vez que abría un cajón del que sacó también una pequeña libreta—. ¿A ti qué te pasa, *miarma*?

Manuel no la escuchaba, escribía a toda velocidad ante su atenta mirada, cada vez más perpleja. Según anotaba, tomaba consciencia de lo incoherente de las palabras que había creído escuchar, de lo ridículo de la situación. Claro que…, lo necesitaba tanto como respirar, no lo podía explicar, pero así era.

—No pasa nada, mamá, tranquila.

—¿Que no pasa *na*? Estabas *apamplao.* Nunca te había visto *asín,* voy a llamar ahora mismo al médico, que a ti te ha *dao* un *pampurrio.* Y, además, ¿qué *cohones* anotas ahí?

¿Por qué estás tan *alterao*? Que pareces un tabardillo…

—¿Al médico? ¿Por qué? —quiso saber él evitando conscientemente la última pregunta, para la que no tenía respuesta.

—Pero ¿a ti te parece normal que te tenga que sacudir como a un saco de *papas*? ¡Hay que *joerse*! —exclamó la madre, a la que el acento andaluz y los dichos le salían a toda velocidad cuando se encontraba nerviosa.

—Mamá…, será por el turno de noche, me está alterando un poco el ciclo del sueño, nada más.

— *¡Manué!* Que estabas *arrecío* de frío —le regañó la mujer; se la veía preocupada—.

Cuando se te altera el sueño, te desvelas, no duermes *na*…, pero tú tenías los ojos fijos.

Como si se te hubiera *aparecío* la Virgen del Rocío.

—No soy sonámbulo —quiso tranquilizar a la mujer.

— *Manué,* si te vuelvo a ver *apamplao,* te llevo al médico a rastras, que estás *chuchurrío* y yo *preocupá.* Esto no es normal. ¿Por qué no me cuentas qué te pasa?, que soy tu madre, *carajo.*

—Es que ni siquiera lo sé, mamá. Solo sé que tengo que anotar estas cosas, debo hacerlo, ¿sabes?

—No, no lo sé, *miarma.*

—Estate tranquila, no ha sido más que un sueño, de verdad. Anda, hazme unas tostadas de esas con manteca *colorá* que tanto me gustan. Voy a darme una ducha.

—Este trabajo me da muy mal *fario, quillo. Toa* la noche fuera, con más mierda que el catre de un *nono.*

—¿Qué es eso del catre de un *nono,* mamá?

—Y yo qué sé, lo decía mi abuela, que sabía más que *tos* nosotros juntos. Solo te digo que no me gusta que trabajes de noche. La noche está *pa* dormir. *Ea* —le explicó la mujer antes de salir de la habitación persignándose como si un diablo se hubiera colado en su casa.

Manuel observó con cariño cómo se dirigía a la cocina. La mujer, como buena sevillana (como ella decía en cuanto tenía ocasión), era bastante supersticiosa y apelaba a todos los santos en cuanto le surgía cualquier eventualidad. Ahora mismo estaría cortando un poco de pan y rezando un avemaría.

Ya en el baño, abrió el grifo y dejó que el agua se calentara mientras echaba un vistazo a lo que acababa de anotar. Por un momento sintió como si aquello hubiera sido escrito por otra persona. No reconocía aquellas palabras ni las frases que formaban. Tan solo un nombre captó de verdad su atención: Leandro. Así se llamaba el inspector que la noche del viernes se había encargado del cadáver que habían encontrado durante su turno en el callejón. Era muy poco probable que se tratara de una coincidencia, no era un nombre muy común. Así que tomó la determinación de acudir al día siguiente a la comisaría. Quizá aquel hombre tenía algo que contarle…

CAPÍTULO 6

UNA VIEJA AMIGA

… Señores pasajeros, les habla el asistente del vuelo ES9877 con destino a Madrid, les informamos de que el avión que debía aterrizar…

—Otra vez —protestó sin levantar la voz, no quería alterarse demasiado. El avión llevaba más de dos horas de retraso. No es que Sara tuviera prisa, no debía acudir al trabajo hasta el día siguiente. Nunca cogía días libres ni vacaciones, aunque ella sentía que le dedicaba al trabajo menos horas de las que necesitaba.

Durante los meses que pasó de baja tras el caso del asesino de las videntes, tuvo tiempo de comenzar con nuevas aficiones, como correr, por ejemplo. Incluso se había obligado a pasar periodos de aburrimiento que le permitían pensar… Ocupaciones que habían cesado en cuanto volvió a trabajar, por supuesto. Su estancia en Asturias le había proporcionado una valiosa oportunidad de conocer otras maneras de investigar, otros entornos, disfrutar de la naturaleza, del paisaje y, cómo no, de la lluvia y la humedad. Algo que, contra todo pronóstico, había echado de menos en Madrid más de lo que pensaba.

La vuelta al trabajo había sido de todo menos tranquila, se había introducido de lleno en la investigación con la aparición, o más bien desaparición, de un joven y el posterior hallazgo de un cadáver en un instituto de Gijón, en el que el director era nada más y nada menos que el hermano de Leandro. Así, sin pensárselo dos veces, se había presentado en Gijón, donde enseguida se había hecho cargo de la investigación y así, de

paso, había vuelto a la vida de su compañero, de la que había desaparecido casi por completo.

Ya en Madrid, los casos se sucedían, raro era el mes o incluso la semana en la que no tuvieran un nuevo crimen que investigar. Por eso le habían resultado tan necesarias aquellas vacaciones en las que los únicos cadáveres en los que había pensado eran los mosquitos que invadían su habitación en las cálidas noches isleñas.

El sonido del altavoz dio paso a un nuevo aviso de retraso para los viajeros. Las protestas se sucedían cada vez con más intensidad. Sara

estuvo tentada de añadir una reclamación a las decenas que, sin duda alguna, sus compañeros de vuelo acababan de rellenar. Se notaba tan relajada tras su semana en la playa que no quería contaminarse con la impaciencia y el agobio que sin duda sentiría en Madrid en cuanto pusiera un pie fuera del avión. Aquellos días había decidido apagar el móvil. Pensó que lo encendería al menos por las noches, para ponerse al día con los mensajes y para no estar completamente desconectada de la vida real; finalmente no lo hizo. Consiguió no sacarlo siquiera de la maleta y vivir al margen de su propia vida.

—¡Coño! ¡El móvil! —dijo a la nada, quizá era el momento de encenderlo.

Lo sacó del bolso y por un instante sintió la tentación de volverlo a guardar hasta llegar a casa. Después fue consciente de que se merecía la penitencia, la semana libre había sido suficiente para renovarse por completo. Se arrepintió de su decisión en cuanto pulsó los cuatro números de la contraseña. Los mensajes se sucedían a tal velocidad que pensó que la batería le duraría tan solo unos minutos. Guardó el teléfono en el bolso y sacó el libro que se encontraba leyendo, *Antes de los años terribles,* de Víctor del Árbol, todo un descubrimiento para la inspectora, aficionada a la novela negra desde que iba al instituto. Le faltaba poco para llegar al final y, si no lo acababa ese día, no encontraría el momento jamás. Mientras, dejó que los mensajes inundaran la memoria del móvil.

Una llamada de Leandro consiguió que contestara a toda prisa. Se le había olvidado quitar el sonido y una estridente canción de AC/DC comenzó a sonar a todo volumen en la sala de embarque en la que se encontraba. Muchas miradas se posaron en ella hasta que consiguió contestar.

—¿Qué quieres? —le preguntó de mala gana.

—Hola, jefa, yo también me alegro de oírte —saludó en cuanto se supo escuchado—.

¿Qué tal las vacaciones?

—Hasta hace cinco minutos, bastante bien —respondió molesta.

—Normal. ¿Has visto mis mensajes?

—Aún no. No me ha dado tiempo.

—¿Estás de broma? Te los envié el sábado por la noche.

—Seguramente, pero como no trabajo hasta mañana, tenía el móvil apagado.

—¿Cómo que tenías el móvil apagado? ¡Si estás hablando conmigo! —protestó él.

—Acabo de encenderlo… Da igual —zanjó ella; no tenía ganas de discutir tan temprano.

—Entonces…, tampoco has leído los mensajes del comisario, claro.

—Ni los de mi prima, no, ni los de la vecina del tercero…

—Vale, vale, no te enfades. Es que no me puedo creer que tú hayas sido capaz de mantener el teléfono apagado una semana.

—¿Hay algún problema? —lo retó ella.

—No, si en realidad lo que siento es un poco de envidia.

—Todo es ponerse, Leandro. Bueno, ¿qué ocurre? Si insistes tanto, es que tienes algo importante que decirme, ¿no?

—Sí, claro. Tenemos un homicidio…

—Eso ya me lo imaginaba, no me ibas a llamar por nada. Supongo que hay algo en ese homicidio que te preocupa.

—Es que…, creo…, creo que conocías a la víctima.

—No jodas. Dime el nombre.

—¿Vas a venir a la comisaría hoy? Si quieres, te puedo ir a buscar.

—No, quiero decir que sí, que me pasaré por la comisaría, o eso espero. Es que aún estoy en Lanzarote —le explicó Sara con un tono que dejaba entrever lo harta que estaba de esperar.

—¿No llegabas a las ocho? Son casi las once.

—El avión lleva retraso. Cada vez que miro el panel le queda media hora más, creo que en realidad está haciendo un viaje en el tiempo.

En aquel momento, en la puerta de embarque, dos azafatas sonrientes se posicionaron a ambos lados de un pasillo y pidieron a los pacientes viajeros que se colocaran en fila y entregaran las tarjetas de embarque. Todo el mundo se abalanzó sobre la puerta, como si

temieran quedarse sin sitio o algo así.

—Leandro, tengo que dejarte, por fin podemos embarcar.

—Menos mal, ¿quieres que te recoja en el aeropuerto?

—No, no, te llamo cuando llegue a casa.

—Como quieras. De todos modos, en cuanto puedas, mira los mensajes.

—Claro. Hablamos luego —le cortó la inspectora a toda prisa, solo faltaba que se quedara en tierra por hablar por teléfono.

Sara pasó el control. A lo tonto, se había quedado la última. Recorrió el pasadizo que enlazaba con su avión y tomó asiento. En cuanto pudo, se colocó los auriculares y se conectó la música. No soportaba las explicaciones de los auxiliares de vuelo y aquel día le había tocado uno especialmente expresivo. Se abrochó el cinturón y reanudó la lectura.

Siempre le había gustado mucho leer. Le apenaba no tener tiempo para ninguna de sus aficiones: leer, caminar, correr, viajar, escuchar música… Eso cambiaría, la vida era demasiado corta como para pasarla trabajando. Cada vez que tenía un caso complicado entre manos, las horas de sueño se acumulaban en su cabeza y en su espalda, por no hablar de las canas y las arrugas alrededor de los ojos, y no podía continuar así.

—Señora…, debe apagar su reproductor de música —le pidió el asistente—, vamos a despegar.

—Lo llevo desconectado, es para que no se me taponen demasiado los oídos —mintió ella. Desconectado lo tenía, sí, pero en realidad los auriculares los llevaba para no escucharlo a él.

Mientras leía el penúltimo capítulo de la novela, comenzó a sentir una sensación de ahogo ya conocida. El avión despegaba y sus oídos se lo agradecieron taponándose por completo (lo de los auriculares no funcionaba). No le gustaban mucho los aviones. Si lo pensaba con calma, se daba cuenta de que no le gustaba por completo nada que ella no pudiera controlar.

Por fin se encendió el piloto que daba vía libre a los aparatos

electrónicos y Sara sacó el móvil para leer las decenas de mensajes que le habían llegado. También aprovechó para conectar la música. Cinco remitentes llamaron su atención más que los demás. Su madre la había llamado un par de veces. No es que hablaran mucho, algo importante le tenía que haber ocurrido para llamarla, y nada menos que en dos ocasiones. Le devolvería la llamada en cuanto llegara a Madrid, por mucho que le fastidiara hacerlo.

La esperaban *wasaps* de Leandro, del comisario, de Solís, de algunos amigos y de un par de personas a las que no tenía en la agenda. Comenzó con el agente pelirrojo que tan nerviosa la ponía. Solo le había enviado un mensaje, que le arrancó a Sara una carcajada que provocó la mirada inquisitoria de su compañera de asiento.

Buenos días, inspectora. Espero que esté pasando unas excelentes vacaciones. Cuando vea este mensaje, por favor, si es tan amable, ¿podría llamar a comisaría?

—Joder, Solís, qué formal, ahora sí que no llamo ni de coña —murmuró al teléfono como si el agente pudiera escucharla—. A ver qué dice el jefe.

¿Se puede saber dónde coño está? Sé que está viva porque el inspector Gómez ha hablado con el hotel. ¡Llame a la comisaría ya!

No pudo evitar comparar la solemnidad de Solís con lo directo del mensaje del comisario.

«Entre los dos extremos debería haber un término medio —pensó, y movió la cabeza con resignación—. Ahora que lo pienso, el término medio es Leandro».

A esas alturas, comenzaba a estar algo alterada. No podía estar buscándola toda la comisaría si la víctima fuera alguien sin importancia para ella. Y, además, estaba el detalle de que no sabía nada del caso, de cómo se había producido. Leandro le había

advertido de que era un homicidio, nada más. Buscó los mensajes de su compañero para poder ponerse al día cuanto antes, cuando se topó con uno de los números que no conocía. Miró en primer lugar la foto de perfil de su interlocutor; ni idea.

Buenas noches, Sara. Soy Araceli, la madre de Paloma Artigas, fuisteis compañeras en el instituto, ¿te acuerdas? Me ha facilitado tu número de teléfono tu madre, espero que no te importe, necesito hablar contigo cuanto antes, por favor.

Sara releyó varias veces el mensaje. Claro que se acordaba de Paloma, había sido su mejor amiga durante años, hasta que en los primeros cursos de universidad se distanciaron. Las dos eran algo peculiares y se movían en distintos entornos. Además, su amiga se codeaba con gente que no le gustaba mucho a la ahora inspectora y tanto

una como la otra eran bastante ambiciosas en cuanto al expediente, lo que no les dejaba mucho tiempo para salir.

¿Por eso la llamaba su madre?, cada vez estaba más confusa. ¿Y si había relación con el homicidio del que le hablaba Leandro? ¿Sería Paloma la «conocida» de la que le hablaba su compañero? La urgencia por leer los mensajes del inspector se volvió insoportable.

De Leandro había, al menos, treinta mensajes, algunos de varios días atrás:

… Sara, ¿va todo bien? Me extraña que no leas los mensajes, al menos manda un wasap …

… ¿Qué tal estás? Espero que te haga buen tiempo, aquí hace un frío del carajo…

Los más inquietantes aparecían en la noche del sábado:

… Llámame, es importante….

… Sara, en cuanto veas esto, llámame, da igual la hora que sea…

… ¿Es que no te llegan los mensajes?...

... ¡Sara!

… Vale, te cuento. Hemos encontrado un cadáver en un callejón de la zona de Arturo Soria. La víctima se llama Rubén Artigas y tu madre ha llamado a la comisaría hace un rato, dice que lo conocías…

… Sara, que por lo visto iba contigo al instituto…

Ahora que ya sabía de qué iba aquello, se decidió a contestarle. No era muy amiga de los mensajes, pero lo era menos de llamar desde un espacio cerrado y lleno de gente que escucharía su conversación sin remedio, así que tendría que esperar a hablar con él cuando llegara.

Leandro, he visto (por fin) tus mensajes. Tengo también una llamada de mi madre. Bueno, varias, supongo que por el tal Rubén Artigas. No lo conozco. Yo iba al instituto con Paloma Artigas, era una buena amiga. Supongo que serán familia, porque la madre de Paloma me ha enviado un mensaje. La llamaré en cuanto llegue. Ya estoy en el avión, tiene prevista la llegada hacia las 13:00. En cuanto aterrice, me acercaré a la comisaría.

Miró el mensaje: parecía un telegrama largo. Se le daba tan mal comunicarse así…

Ahora que lo pensaba, quizá lo que se le daba mal era comunicarse, al fin y al cabo. Ya metía el teléfono en el bolsillo cuando recordó que le quedaba sin leer un mensaje más de alguien a quien no guardaba en la agenda. La foto de perfil aparecía vacía y abrió el mensaje, lo primero que llamó la atención fue que, quien fuera, le había enviado una foto y un texto. La foto le produjo una sensación de desasosiego que se apoderó de ella de inmediato. Se trataba de una imagen religiosa, o al menos eso parecía.

Un jinete de cabello negro, a lomos de un caballo del mismo color, sujetaba una balanza a juego con la corona que remataba su cabeza de largos cabellos mientras el animal se dirigía al galope hacia un destino solo conocido por él. Las nubes, amenazantes, descargaban a la

espalda del jinete toda su fuerza y tanto hombre como caballo parecían nacer directamente de ese poder.

Sara se sintió muy turbada al ver la imagen. No era la primera vez que le ocurría. Si hubiera sido creyente en aquel momento, se habría puesto a rezar para pedir que aquel mensaje no tuviera nada que ver con el caso que la esperaba en la comisaría. El texto que acompañaba a la imagen no contribuyó precisamente a que Sara se relajara, sino a que se pusiera más en guardia y más nerviosa de lo que había estado en mucho tiempo.

Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente, que decía: «Ven». Miré, y vi un caballo negro. El que lo montaba tenía una balanza en la mano.

Y oí una voz de en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: «Dos libras de trigo por un denario y seis libras de cebada por un denario, pero no dañes el aceite ni el vino».

Según leía, un profundo dolor atravesó a Sara desde el cuello hasta el hueco dejado por su dedo anular hacía más de dos años. Tuvo la certeza de que el caso no iba a ser un simple homicidio y que conocer a la víctima sería el menor de sus problemas. Le faltó el aire de repente, lo que su vecina de asiento y el auxiliar de vuelo malinterpretaron como miedo a volar. Ni siquiera se sentía con fuerza de espantarlos y bebió la tila que le preparó aquel joven servicial y dejó que la mujer la abanicara con la revista de cotilleos que leía un minuto antes.

Cuando por fin recuperó el control, sintió una vergüenza que se fue transformando en ira, pasando por el terror más profundo y la incomprensión. Era incapaz de decidirse por una sola emoción, así que las tomó todas y las mezcló a su gusto. Después fue consciente de la mujer que la abanicaba como si sacudiera el mantel de su casa y le pareció que un enorme helado de fresa movía arriba y abajo aquella revista con energía.

Sacudió un poco la cabeza y ante sus ojos el helado se derretía dando paso a una mujer de tez muy similar al traje rosa, la camisa del mismo color, complementos a juego y todo coronado con un sombrero y una sombra de ojos del mismo tono. Parecían una enorme montaña de batido rosa y, empleando todas sus fuerzas en ser lo más amable

posible, le pidió que parase de abanicarla, solo faltaba que fuera contagioso.

—Estoy bien, se lo prometo, es que no me gusta mucho volar —mintió; era más fácil que pensaran que había sufrido un ataque de ansiedad por encontrarse en un avión, a miles de metros de altura, que explicarles que sus peores pesadillas habían tomado forma de nuevo.

Tanto el joven como su vecina de asiento no pararon de colmarla de atenciones, lo que a Sara la irritaba tanto que tuvo que hacer un titánico esfuerzo para no mandarlos a paseo. No lo entenderían, ellos solo intentaban ser amables y ella, además, era consciente. Simplemente, no lo soportaba. Aún quedaba más de una hora para llegar a Madrid, así que cogió el móvil y escribió un nuevo mensaje a Leandro, un mensaje que tardó más de un minuto en escribir y más del doble en decidirse a enviar:

«Gabriel ha vuelto».

CAPÍTULO 7

¿TE HAS VUELTO LOCA?

«¿Es que te has vuelto loca o qué?», respondió un par de segundos después el inspector.

Ella celebró con un suspiro estar a más de diez mil metros de altura y haber podido darle aquella noticia por mensaje. Si hubiera estado frente a él, seguramente le habría tirado el café a la cara.

Los mensajes del inspector se sucedían a toda velocidad. ¿Cuándo había aprendido Leandro a escribir en el móvil tan deprisa? El hombre antitecnología ahora estaba al tanto de los *wasaps,* las redes sociales y de los cientos de formas de comunicarse de la época.

Quedaba un buen rato para llegar a Madrid. Apagó el móvil, que no paraba de vibrar, y pensó en el mensaje que tanto la había alterado. Las imágenes se sucedían en su cabeza recordando a aquel asesino que

le había arrebatado un dedo y una parte de su alma. No podía ser…, estaba muerto…, era imposible que hubiera vuelto, ¿no?

Cerró los ojos, pese a que no quería hacerlo, temía soñar con él. Cuando los abrió, se dio cuenta de que nada había perturbado sus sueños y de que el avión ya no se movía.

Los pasajeros se levantaban de sus asientos y se disponían a salir, al igual que la mujer de rosa, quien con amabilidad le pedía que la dejara pasar. La ignoró con descaro y se quitó el cinturón. Lo mismo le daba salir la primera que la última, más bien la penúltima (la última tenía intención de que fuera la «mujer chicle»). Sonrió con malicia.

Abandonó el avión y rápidamente la mujer la adelantó por el pasillo. Su rostro dejaba traslucir su enfado. Se divertía con la escena exactamente hasta que llegó a la puerta por la que debía salir, ya que su compañero la esperaba con una cara que lo decía todo, con una mezcla de enfado, preocupación y el más absoluto terror.

Ella debía esperar a que saliera su maleta y cruzó los dedos para que apareciera en el último lugar. Por supuesto, fue la primera en asomar. Pensó en hacer tiempo y dirigirse al baño, temía el reencuentro con su compañero, lo que solo serviría para alargar la agonía, así que se recompuso un poco y se dirigió hacia él: cuanto antes, mejor.

—Hola, Leandro —lo saludó como si tal cosa.

—Hola, ¿se puede saber por qué me has dicho algo semejante? —le preguntó de inmediato.

—Al grano, ¿eh? —le respondió con sarcasmo. Vamos a tomar un café y te lo cuento.

—No, no, nos vamos ahora mismo a la comisaría. Te incorporas hoy.

—Lo siento, sigo de vacaciones hasta mañana por la mañana.

—Ya no…, órdenes del comisario. Sara…, esto es gordo. ¿Por qué has dicho lo de Gabriel?

—Porque he recibido este mensaje —le explicó ella mientras le enseñaba el texto y la foto.

—Es…, no sé…, tienes razón en decir lo que has dicho de Gabriel, era

su manera de proceder. No me extraña que te alteraras.

—Igual me he precipitado, esto debe de ser obra de algún chiflado —se disculpó ella mientras caminaba por la terminal con su compañero rumbo a la puerta de salida.

—No creo.

—Leandro…, que alguien consiga mi teléfono y me quiera alterar no tendría que sorprenderme. He llevado muchos casos, es posible que alguien que haya seguido mi trayectoria, o al que haya metido en la cárcel, quiera ponerme nerviosa.

—Sigo pensando que tienes razón en asustarte y pensar que Gabriel… —intentó añadir Leandro cuando Sara se paró en seco y le hizo darse la vuelta.

—A ver…, ¿es que me he perdido algo? Hasta ahora, que yo sepa, hay una víctima que debe de ser familia de una antigua compañera mía del colegio y del instituto. Y algún lunático me ha enviado un mensaje un tanto inquietante.

—¿Inquietante? ¡No me jodas, Sara! Que tus palabras han sido: «Gabriel ha vuelto».

No me digas que ha sido «inquietante», que tengo los pelos de punta.

—Eso es cierto —se burló ella tras señalarle a la cabeza.

—Déjate de chorradas… —se enfadó él, a la vez que se atusaba el pelo.

—Está bien, está bien… De verdad, Leandro, necesito un café. Llevo desde las tres de la madrugada en pie. Y el café de la comisaría es una mierda.

—Sí, es cierto, y el de aquí cuesta mi paga de Navidad. Vamos, te invito de camino.

—Vale, tú ganas —concedió ella—. ¿Me cuentas qué más ha ocurrido?

—Bueno, si no hubieras desconectado el móvil, lo sabrías —le recriminó su compañero.

Tenía razón. Tras escribirle en el avión, había recibido varios mensajes a los que no había hecho el menor caso y prefirió desconectar el teléfono; necesitaba pensar.

Mientras se sentaba en el coche de su compañero, conectó de nuevo el móvil y dejó que se encendiera. Al poco, varios mensajes le daban alguna pista de lo que ocurría.

11:50. «Gabriel ha vuelto», decía ella.

11:50. «Estás loca o qué?», le respondía él al momento.

11:50. «Sara! ¿Por qué dices eso?».

11:51. «¡Sara! ¡Contesta!».

11:51. «¡No entiendo nada! ¿Me dices que ha vuelto Gabriel y después apagas el teléfono?».

11:51. «¡¡¡SARA!!!».

…

12:16. «Sara, por favor, llámame, es importante. La víctima no es el hermano de tu amiga».

12:39. «Sara, ¡joder!, ¿quieres contestar? Tenemos un nuevo cadáver, es muy urgente.

Llámame, por favor».

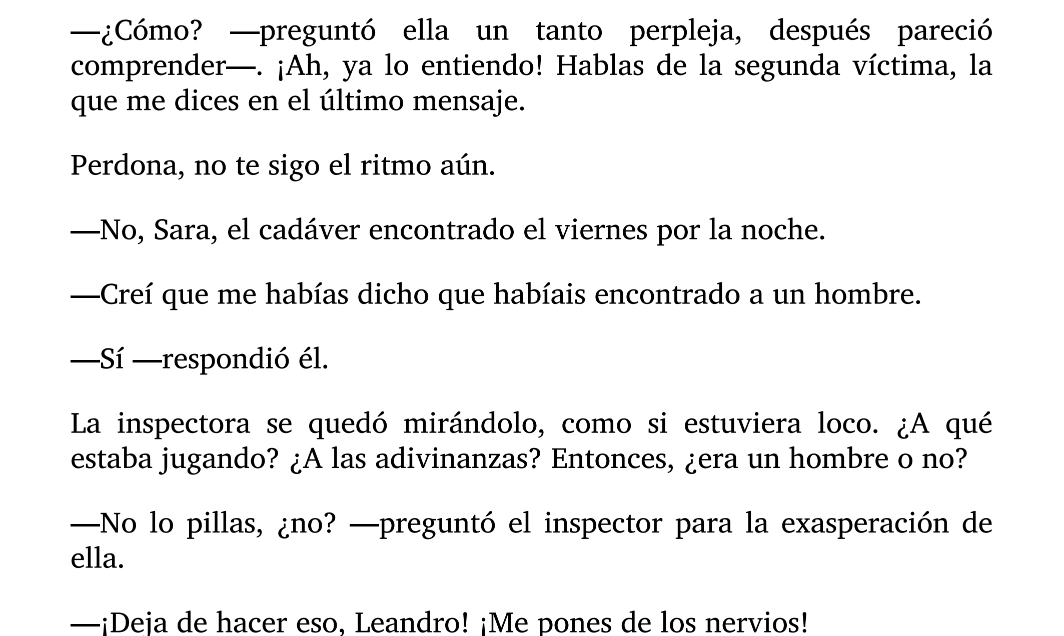
Leandro había escrito los primeros mensajes en cuanto leyó el suyo. Después habían pasado varios minutos antes de que volviera a intentar comunicarse con ella. Eso solo podía significar que iban llegando pistas a medida que pasaba el tiempo.

—Vale, Leandro, ahora sí que estoy preocupada —le dijo mientras el inspector se ocupaba de colarse entre el intenso tráfico que transitaba por aquella carretera.

—Me dijiste que te había llamado la madre de tu amiga.

—Me mandó un mensaje la madre de Paloma, sí.

—No se trata de un familiar de tu amiga, Sara. La víctima es Paloma.



—¿Cómo? —preguntó ella un tanto perpleja, después pareció comprender—. ¡Ah, ya lo entiendo! Hablas de la segunda víctima, la que me dices en el último mensaje.

Perdona, no te sigo el ritmo aún.

—No, Sara, el cadáver encontrado el viernes por la noche.

—Creí que me habías dicho que habíais encontrado a un hombre.

—Sí —respondió él.

La inspectora se quedó mirándolo, como si estuviera loco. ¿A qué estaba jugando? ¿A las adivinanzas? Entonces, ¿era un hombre o no?

—No lo pillas, ¿no? —preguntó el inspector para la exasperación de ella.

—¡Deja de hacer eso, Leandro! ¡Me pones de los nervios!

—La víctima se llama Rubén Artigas. Paloma es Rubén, ¿entiendes?

—¿Quieres decir que… Paloma cambió de sexo?

—Exacto.

—No lo entiendo…, nunca me dijo…, ¿estás seguro?

—Completamente.

—No lo sabía, ¿por qué no dijo nada?, ¿por qué no…?

—Sara, hacía veinte años que no os veíais, ¿no?

—Sí, desde que yo entré en la policía.

—Creo que por eso se distanció.

—Pero…, yo no soy…, quiero decir…, yo no la habría juzgado…, yo…

—Sara…, hace veinte años, por desgracia, las cosas no eran como ahora. No estaba muy bien visto el tema del cambio de sexo.

—Ya…, es posible…, aun así…

—No te tortures, tomó una decisión y ya está. Su madre te ha llamado porque ha seguido tus éxitos todos estos años. Está deshecha.

—Me imagino... Paloma era..., digo, Rubén...

—Tranquila, en cuanto lleguemos a la comisaría la llamamos, creo que necesita verte.

—Has dicho que había otro cadáver, ¿quién es?

—Es ahora cuando la cosa se complica. Hemos encontrado muerta a la única sospechosa del caso. A la mujer que quedó con él y que supuestamente podía haber acabado con su vida. Las pistas empiezan en ella y ahí acaban.

La inspectora pensaba a toda prisa. ¿Qué tenía que ver el caso de Gabriel en todo eso?

¿Por qué se sentía como si la médium pelirroja que tanto los ayudó años antes los esperara en la comisaría para explicarles que había tenido una nueva visión? ¿Por qué había recibido aquel inquietante mensaje?

—Al menos hasta ver qué pruebas hay, creo que puedo estar segura de que el mensaje que recibí no tiene nada que ver con estas dos víctimas. Quizá es un perturbado que quiera desquiciarme, o algo así.

—Eso me obligué a pensar yo hasta que encontramos el segundo cadáver, después me quise convencer de que era una simple coincidencia, por eso te pregunté en el mensaje si estabas loca. Ahora, tras ver tu móvil, no estoy tan seguro —musitó él.

—¿Por qué dices eso?

—Porque a Rubén le cortaron las manos...

—... Mierda —lo interrumpió ella.

—... Y a la mujer le sacaron los ojos y los metieron en dos pequeñas cajitas que llegaron a la comisaría por mensajero esta mañana a tu nombre. ¿Entiendes?

Sara giró la cabeza en un intento de que su compañero no viera la película de sudor que cubría su frente. Se sintió revuelta, con fiebre. La similitud con el caso del asesino de videntes se hacía palpable a cada detalle. Se tocó los dedos, siendo más consciente

que nunca de la ausencia del anular. Leandro la miraba por el rabillo del ojo con preocupación.

—No es él, Sara, no es él —dijo el inspector intentando mostrar convicción.

—Claro que no —respondió la mujer con temblor en la voz—. Gabriel está muerto.

Su mente negaba lo que su corazón sabía. Sintió que un escalofrío la recorría entera y se subió el cuello del abrigo para protegerse de aquel mal que volvía a acecharlos y que se encontraba de nuevo demasiado cerca.

CAPÍTULO 8

¿QUIÉN LAS HA DEJADO ENTRAR?

Leandro aparcó el coche y se tomó unos segundos antes de salir de él. Le pareció que Sara los necesitaba y ella lo agradeció en silencio. No paraba de leer y releer aquel mensaje en el móvil, que tanto la había turbado. Le resultaba demasiado familiar, por desgracia. El inspector Gómez no acostumbraba a verla así, tan afectada. Tras tantos años como compañeros, había visto a Sara divertirse (no con mucha frecuencia), enfadarse (mucho más a menudo), ser borde, dura, hiriente, en la mayor parte de las ocasiones efectiva, eficaz, audaz...; alguna vez la pudo contemplar apática, amable y comprensiva, e incluso la había visto llorar por la muerte de un amigo. Pero muy pocas veces había tenido delante a su compañera con el autocontrol destrozado por un simple mensaje. Dejaba traslucir el terror y el abatimiento y él estaba seguro de que, antes de subir las escaleras, conseguiría recomponerse para no volver a mostrarse así delante de nadie. No se equivocaba.

Entraron en la comisaría y se dirigieron directamente al despacho de la inspectora, sabedores de que el comisario querría verla cuanto antes, y ella necesitaba ponerse al día primero. ¡En qué hora había decidido irse de vacaciones! Suspiró.

—¡Inspectora Benítez! —la «asaltó» Solís, el entusiasta agente pelirrojo que tanto la sacaba de sus casillas y al que, por cierto, debía la vida.

—Ahora no, Solís, ahora no.

—Es que… es urgente, creo que…

—Le he dicho que no —lo cortó enfadada.

Solís quiso protestar, hasta que vio la cara del inspector Gómez, que lo disuadió por un segundo.

—Señor…, de verdad…, debería escucharme...

—Solís, sea lo que sea, puede esperar un par de minutos. La inspectora acaba de saber que tenemos dos cadáveres y que, además, uno de ellos pertenece a… alguien muy querido para ella —respondió tras elegir con cuidado aquellas palabras, el tema del cambio de sexo aún no había sido divulgado.

—No creo que pueda, señor —murmuró él al comprobar que, por no hacerle caso, los dos inspectores abrían la puerta del despacho sin sospechar siquiera lo que les esperaba al otro lado.

—Pero… ¿qué demonios…? —replicó Sara al entrar.

—Hola, hija —la saludó una voz familiar desde una silla junto a su mesa. Sara se sintió invadida y se convirtió en estatua junto a la puerta; había alguien más.

—¿Qué ocurre, Sara? —preguntó su compañero con preocupación.

El inspector Gómez apartó con suavidad a su compañera del quicio de la puerta, al que había quedado pegada, para comprobar con sus propios ojos que la madre de Sara se encontraba allí junto a la madre del joven encontrado muerto un par de días antes.

Se percató de lo poco que conocía a la madre de su compañera, pese a llevar casi veinte años trabajando juntos. Se recompuso de inmediato. Sabía que aquella visita acababa con el poco aplomo que le quedaba a la inspectora. Eran muchas las evidencias que se iban presentando ante ella sobre el caso que los ocupaba en aquel momento, y ni siquiera se encargaba de ello aún de forma oficial.

—Buenos días, señoras —dijo en el tono más amable que encontró—. ¿Nos estaban esperando? ¿Puedo ofrecerles un café?

—¡Lorenzo! ¡Cuánto tiempo sin verte! No sabía que mi hija seguía siendo tu jefa, qué cosas.

—Leandro, señora, me llamo Leandro. Y Sara es mi compañera, no es mi jefa —replicó él, aunque sabía que aquello era una verdad a medias.

—Claro, claro, Leandro… Es que ese nombre nunca me ha gustado. Te queda mucho mejor Lorenzo.

—Seguro que sí, pero me llamo Leandro, igual que mi abuelo; así que, si no le importa… Y si es muy complicado para usted, puede llamarme inspector Gómez o simplemente inspector, eso no creo que lo olvide, ¿no?

Antes de que la mujer volviera a replicar, Leandro volvió a la invitación del café, no estaba para perder el tiempo. Y aquella mujer lo ponía un poco nervioso. Las dos aceptaron, así que salió agradecido del despacho y le dio un imperceptible apretón en el brazo a Sara al pasar. Ella entendió al momento: no la dejaría sola con ellas más de lo imprescindible.

—Sara, cariño, ¿te vas a quedar ahí toda la mañana?

«Ganas no me faltan», pensaba ella. En su lugar dijo:

—¿Quién os ha dejado entrar?

—¡Ah! Ese chico pelirrojo tan amable que se llama como el tomate frito…, ¡ja, ja, ja! —

respondió con frivolidad; Sara ni siquiera sonrió—. ¿Por qué te enfadas? Necesitábamos hablar contigo. ¿Te acuerdas de Araceli?

—Deberías haber avisado, estaba de vacaciones, he venido de casualidad.

—Ya nos lo han explicado. Si me llamaras con más frecuencia o me cogieras el teléfono, no habríamos venido sin saber si ibas a estar. De todos modos, ya me imaginaba yo que no te quedarías en casa sabiendo que el cadáver era el de Paloma.

—Rubén —la corrigió la otra mujer de inmediato.

—¡Ay, sí! Es que me cuesta tanto llamarla así…, todavía la estoy viendo con aquel pelo tan largo y tan guapa…

—Pues inténtalo —respondió la mujer con una dureza que alegró el alma a Sara, alguien tenía que decirle a su madre lo metepatas que

era.

—Supongo que a mucha gente le costaría acostumbrarse a ese cambio, ¿no? —le preguntó sin abandonar la sonrisa.

—A los que les importaba lo que sintiera mi hijo, no, no les costó acostumbrarse.

Sara se sentó frente a ellas, era el momento de intervenir, porque aquello sin duda acabaría mal.

—Araceli…, no te he dicho nada aún. Lo siento muchísimo. Hacía mucho tiempo que no sabíamos nada la una de la otra… Perdón, es que no sabía lo del cambio de sexo y ni siquiera sé el aspecto que tenía, no sé cómo explicarlo. No quiero ofenderte, ni que pienses que de algún modo cuestiono su cambio.

—No me ofendes, Sara, en tu caso es comprensible porque acabas de enterarte de que mi hija era mi hijo y que está muerto. En el caso de tu madre, la que no lo entiende soy yo, porque hace más de diez años que sabe que Paloma se sometió a una reasignación genital y pasó a llamarse Rubén. Es importante familiarizarse también con los términos.

—No sé mucho de transexuales, Araceli —confesó la inspectora.

—Transgénero —la corrigió ella de nuevo—. O trans.

—¿Lo ves? No hago más que meter la pata. Discúlpame.

—Ya te he dicho que en tu caso es comprensible, solo hay que intentarlo poco a poco.

—No me puedo creer que no me dijeras nada —añadió Sara dirigiéndose a su madre.

La mujer iba a replicar cuando la interrumpió Leandro, llegaba con varios cafés en una improvisada bandeja.

—Sara, al final tendrás que conformarte con el brebaje de la comisaría —se excusó él.

—No pasa nada, cuanto antes vuelva a la CRUDA realidad, mejor —respondió ella con doble intención.

—Aquí tienen, señoras, dos cafés con leche y azúcar.

—¿Leche? ¿Azúcar? Yo no tomo nada de eso desde hace años, hay que cuidar la dieta

—replicó la madre de Sara mientras se señalaba a la inexistente barriga, Sara puso los ojos en blanco.

—Bueno, Araceli, supongo que vienes en busca de respuestas. Aún no puedo dártelas, ni siquiera he visto el cada…; perdón, ni siquiera he ido al Anatómico Forense.

—Me hago cargo, no he venido por eso. Solo quería hablar contigo. Para ti siempre fue Paloma, no conocías en absoluto a Rubén, no sabías lo maravilloso que era, lo amable, responsable y bueno que era mi hijo. Me gustaría poder contarte lo que fue la vida de Rubén estos años, a grandes rasgos, claro. Por si os sirve de algo en la investigación.

—Mejor que no —respondió Sara de golpe, provocando la cara de incredulidad de la mujer y de Leandro y la de reproche de su madre—. Perdona, perdona, es que a veces soy un poco brusca, no quería decir que no me interese saber todo eso, por supuesto que sí. Solo que creo que es mejor que te vaya preguntando poco a poco, según me vayan surgiendo dudas en el caso. Si me cuentas todo lo que creas importante ahora, es muy probable que acabes soltándome detalles que me lleven a confundir alguna pista, y sería fatal.

—Claro, tienes razón. Estaremos en contacto entonces.

—Por supuesto —afirmó la inspectora.

—Necesito de todos modos que tengas esto, Sara.

—¿Qué es? —preguntó ella con la sensación de que aquello que le entregaba la mujer quemaba en su mano más que el acero fundido.

—Cuando Paloma…

—Rubén, ¿no? —cortó la madre de Sara a toda prisa.

—Si no te importa, me gustaría decirle a Sara las cosas a mi manera, no a la tuya.

—Ya, pero como a mí me has regañado por decir Paloma…

—No sabes lo que voy a decir, así que mejor te callas —dijo la mujer visiblemente molesta.

—Mamá, por favor, deja hablar a Araceli —le pidió Sara en tono poco cordial.

—Gracias —respondió la mujer más con la mirada que con la propia palabra—. Como te decía, cuando Paloma decidió someterse a la reasignación genital, tenía mucho miedo al rechazo. Se escondió de todo y de todos. Solo me lo dijo a mí y me pidió permiso para contarme cómo se sentía y el porqué de su decisión mediante unas cartas que yo guardé. Es como un diario. En estas cartas deja de ser Paloma para ser Rubén.

—No creo que pueda…

—Debes hacerlo. Yo las he releído en estos días y ha sido lo peor de todo, peor incluso que saber que ha muerto y que no volveré a verlo jamás —le explicó mientras varias lágrimas se escapaban furtivas por entre sus mejillas.

—Lo haré, aunque quizá en unos días.

—Claro, me parece perfecto. A lo mejor su compañero podría…

—Yo las leeré antes, por supuesto —intervino Leandro haciendo que Araceli relajara un poco el gesto.

—Sara…, Paloma y tú siempre fuisteis muy buenas amigas, te quería mucho y si se distanció de ti fue porque no creía que entendieras cómo se sentía. No te culpo, a mí tardó en decírmelo mucho tiempo, aunque yo lo sabía desde hacía tanto…; o lo intuía, en realidad. Cuando por fin fue Rubén, cortó con todo lo que tenía que ver con su pasado. Quizá era más fácil enfrentarse al futuro así.

—¿Cómo era él?

—Rubén era cariñoso, divertido, amable, trabajador, responsable y demasiado ordenado, casi obsesivo. Solo intentaba ser feliz, tener una oportunidad en este mundo.

Quería una familia, una mujer, hijos…; todo lo que la naturaleza le había negado obligándolo a nacer en un cuerpo que no le correspondía. Buscando todo eso, encontró la muerte.

—No te precipites, Araceli, aún no sabemos cuáles fueron los motivos —replicó Sara sin convicción alguna.

—Claro, aunque no lo creo. Estoy segura de que en su búsqueda de la

felicidad encontró a alguien que no aceptaba lo que era y lo mató. Quizá la mujer con la que había quedado para cenar.

La inspectora abrió la boca para explicarle que eso era bastante improbable, puesto que la habían encontrado muerta también. Dado lo poco que conocía de esa segunda muerte y que su madre estaba delante disfrutando de la conversación como si se tratara de un programa de cotilleos en la tele, permaneció callada y guardó sus observaciones para cuando pudiera hablar a solas con la madre de su amiga…, de su amigo, cuánto le iba a costar cambiar aquello en su cabeza.

—Gracias, sé que harás todo lo posible por encontrar al asesino de Rubén…, de Paloma para ti.

—Rubén, siempre fue Rubén, en realidad.

—Sí, veo que lo entiendes, no sabes lo que significa para mí.

—Leandro os acompañará a la salida. Te llamaré en cuanto ponga en orden todo esto, Araceli —le prometió.

—Hija, ¿yo también tengo que irme?, soy tu madre.

—Estoy trabajando, mamá, ya hablaremos.

—Hace mucho que no hablamos —protestó la mujer.

—Eso no parecía importarte mucho mientras no tenías nada de lo que cuchichear —le recriminó la policía.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Señora, por favor, tenemos mucho trabajo —la apremió Leandro.

—Ya veo…, de acuerdo…, te llamaré luego... Me ha alegrado verte, Lorenzo.

El inspector suspiró mientras le señalaba la salida a la madre de su compañera.

Una vez solos, y tras dar un buen sorbo al café, se sentó frente a ella, cruzó las manos y le lanzó una elocuente mirada.

—Algún día tendrás que contarme qué ocurre entre tu madre y tú.

—Algún día, Leandro, algún día… —murmuró ella con la mirada perdida.

CAPÍTULO 9

UN HALLAZGO «INQUIETANTE»

Jamás le había parecido tan triste aquel lugar. De hecho, le encantaba contemplar los árboles que separaban al Anatómico Forense del resto de edificios de aquella Ciudad Universitaria y del Hospital Clínico. Siempre que podía, iba de un lado a otro caminando, respirando el poco aire limpio que le quedaba a Madrid. Ahora sentía un nudo en el estómago que le provocaba una sensación de ahogo imposible de parar.

Leandro observaba a su compañera con disimulo. Se sentía preocupado. La información había caído como una losa sobre la cabeza de Sara. Se acababa de enterar de que su amiga del instituto, con la que no había hablado en años, era en realidad un hombre y se había distanciado de ella porque no se atrevía a contárselo. Además, lo acababan de asesinar, muy probablemente por su condición de transgénero. Y, por si era poco, alguien le había hecho llegar un «inquietante» mensaje (como ella lo definía) con la clara intención de asustarla, lo que desde luego había conseguido. Probablemente se trataría de un chalado que intentaba imitar el estilo de Gabriel, el asesino de videntes que había tenido en jaque a Madrid y le había cortado un dedo a Sara tras secuestrarla.

O bien, un espíritu maligno había vuelto de entre los muertos para torturarla.

Se estaba volviendo loco. Si en algún momento había echado de menos a Miriam, la vidente pelirroja con la que se llegó a entender, pese a sus diferencias, era aquel sin ninguna duda.

Entraron al edificio paladeando el silencio que se extendía a lo largo de sus pasillos. La verdad es que el silencio no era tan intenso como Sara se afanaba en pensar. La máquina enceradora trabajaba en aquella planta y a lo lejos se oía también alguna pequeña

herramienta de las que los forenses utilizaban para cortar los diferentes tejidos. Incluso se percibía algo de música que salía de una de las salas más alejadas de la entrada.

—¿Quién ha hecho la autopsia a Rubén? —preguntó a Leandro mientras se dirigían a uno de los pasillos, Sara iba a la zaga de su compañero.

—Un tipo nuevo, se llama Martín Cáceres.

—No lo conozco.

—No, se trasladó hace un mes. Trabajaba en Zaragoza.

—¿Y le han dado este doble homicidio? Qué raro. Normalmente piden a forenses más experimentados para este tipo de casos.

—Este lo es, solo que su experiencia no viene de Madrid. Además, han tenido que repartir el trabajo, Ilka está de baja.

—¿Ilka Schwarz?

—La misma, veo que la recuerdas.

—Joder, Leandro, que trabajamos con ella hace solo un par de meses, igual menos. ¿Y

qué le pasa a Ilka?

—Está de baja maternal.

—¿En serio? No me había enterado de que estuviera embarazada, y menos como para dar a luz.

—Es que no ha dado a luz. Se trata de una adopción.

—Ah, qué bien —dijo Sara, algo confundida—. Tampoco estaba al tanto de que quisiera adoptar un niño.

—Sabemos muy pocas cosas de los demás, jefa —le recriminó Leandro —. Fíjate, yo tampoco sé nada de lo que te ocurre con tu madre y llevo media vida trabajando contigo.

—Ahora no, te lo pido por favor. Primero necesito ponerme al día, ¿lo entiendes?

—Sí lo entiendo, Sara, solo que creo que eres demasiado hermética, te

lo he dicho muchas veces.

Por supuesto que le contaría a su compañero lo que ocurría, lo haría cuando le pareciera oportuno. En aquel caso tenía la sensación de que iba a dos pasos de los demás y a cuatro del asesino, y no le gustaba. Empujó las puertas abatibles que la separaban de la sala de autopsias a la que debían dirigirse y se encontró con un hombre ataviado con una bata azul que le cubría hasta las pantorrillas, unos guantes bien estirados y colocados por encima de las mangas de la bata y un gorro del mismo color.

Cubría su cara una especie de visera que evitaba las salpicaduras al abrir el cadáver y que se adaptaba con un par de cordeles atados por encima del gorro. Se le veía delgado incluso por debajo del atuendo y se adivinaban sus sienes salpicadas de canas. Las arrugas alrededor de sus ojos y en su frente hacían pensar en un hombre metido en la cincuentena. Claro que, observando el prematuro pelo cano de Leandro, que siempre le había hecho parecer mayor, muy bien podría equivocarse.

—Buenos días —saludó ella al entrar.

—Un momento, por favor —le pidió él a la vez que pesaba un órgano en la báscula y le proporcionaba un número a su asistente para que lo anotara. Después miró a Sara con curiosidad.

—Buenos días, doctor Cáceres. Es mi compañera, la inspectora Sara Benítez.

—¿La que estaba de vacaciones?

—Joder, cualquiera diría que me he pasado un mes en el Caribe. Solo he estado una semana. Es más, hoy todavía estaba de vacaciones y mire…

—Ya, hay adicciones que no son fáciles de curar, ¿no? Encantado. Le daría la mano, pero… —añadió mientras le enseñaba los guantes manchados de sangre.

Sara pensó que no conocía a un solo forense que no se sintiera como pez en el agua cuando manipulaban algún órgano o sangre o cualquier fluido corporal. Puso los ojos en blanco y no respondió, él bajó las manos y siguió con lo que estaba haciendo.

—¿Es nuestra víctima? —preguntó Leandro para relajar el ambiente.

—Sí, la segunda —afirmó él—. Se trata de una mujer de unos treinta y cinco años, aún no la hemos identificado, no llevaba encima ningún carné ni nada que nos pueda ayudar.

—Parece que era muy guapa —murmuró Leandro—. Pero sus ojos…

—Sí, bueno, estaba muy retocada también. Y verla sin ojos es bastante desagradable.

Su cuerpo ha sufrido varias transformaciones. También he hecho un hallazgo inquietante.

—Vaya, otra vez esa palabra —intervino la inspectora Benítez—. A ver, explíquenos a qué transformaciones se refiere.

—Bueno, se retocó el mentón, por ejemplo, y el arco cigomático. Se los rebajaron un poco.

—¿Que se los rebajaron? Suena a un proceso complicado —protestó Leandro.

—Complicado y muy doloroso, sobre todo los primeros días tras la operación —le explicó el forense—. Consiste en limar estas protuberancias de la cara y la mandíbula que dan un aspecto tan masculino.

—¿Y por qué querría alguien someterse a un proceso así? ¿Tan fea estaba?

—No fue por estética, Leandro —le explicó Sara—. Bueno, quiero decir que no solo fue por estética. Se los rebajó para parecer más femenina.

—Exacto —coincidió el forense.

—Sigo sin entender que alguien prefiera pasar por tanto dolor para parecer una cosa u otra.

—Cambió de sexo, Leandro —afirmó la inspectora.

—¡No fastidies! ¿Quieres decir que la segunda víctima también era transgénero?

—Eso me temo —respondió el médico volviéndose a la mujer que tenía en la camilla—

. Por cierto, inspectora, ahora se llama reasignación genital.

—Es verdad, me lo ha recalcado esta mañana la madre de nuestra otra víctima.

Disculpe, no tengo aún mucho conocimiento sobre el tema. ¿Algo más? —quiso saber la policía mientras anotaba en una libreta.

—Se retocó también la nariz y el hueso frontal, para que no fueran tan protuberantes.

—¿Y algo que no fuera de la cara?

—Sí, miren, en la bandeja pueden ver las prótesis mamarias que le habían implantado y las de las nalgas.

—Se gastó mucho dinero en su aspecto —añadió Leandro—. Las prótesis tendrán un número para poder identificar a la víctima.

—No la prótesis en sí. A las pacientes se les facilita una tarjeta con la información completa sobre los controles de calidad, la composición y la garantía de las piezas.

—Vaya, esperaba que pudiéramos comprobar la identidad gracias a eso —confesó esperanzada la policía.

—Habrá que buscar otra manera —le aseguró el doctor—. Lo que sí le puedo decir es qué tipo de prótesis utilizaron, son de bastante calidad y no todos los centros estéticos españoles las utilizan.

—Pudo haberse operado fuera de España —le indicó ella.

—Tiene razón. Lo que sí es más que probable es que fuera un centro europeo, las prótesis tienen el sello de calidad de la Unión Europea.

—Algo es algo —suspiró la inspectora.

—Mire —le pidió él—, son prótesis de cubierta de micropoliuretano, de excelente calidad. Como puede ver, me ha costado bastante separarlas del tejido.

—Ya lo veo, ya —replicó Leandro con una mal disimulada mueca de asco, al ver de cerca los restos de tejido que no habían podido ser separados de las prótesis—. ¿Y eso a qué se debe?

—Estas prótesis son de las más firmes, quizá algo duras al principio y tienen pocas probabilidades de rotación. ¿No han oído nunca que alguna mujer se queje de que se le ha movido la prótesis?

—Bueno, algún reportaje sobre el tema he visto o he leído, no se lo puedo asegurar —

confirmó ella.

—Pues con este tipo de prótesis es altamente improbable. Además — añadió mientras acercaba la masa sanguinolenta a la cara de la inspectora—, hace una especie de efecto

«velcro» con el tejido de alrededor.

—¿Son las más frecuentes? —preguntó Sara.

—No, en realidad las más frecuentes son como las que se colocó en las nalgas, las prótesis lisas. Son las que aportan más naturalidad y más movimiento —les explicó—.

También se quitó una costilla flotante de cada lado para pronunciar la cintura y se sometió a una vaginoplastia, en este caso con reversión peneana.

—No estoy muy segura de saber…

—Verá, inspectora, para convertir un cuerpo de hombre en uno de mujer se realiza una operación muy delicada y que cada vez es más frecuente. Hay varias maneras. En este caso se crearon unos labios vaginales y una vagina a partir del cuerpo cavernoso del pene. Se abre el escroto…

—Por favor, doctor, disculpe, no diga más, nos hacemos cargo — intervino el inspector Gómez, repentinamente indispuesto; Sara no pudo evitar una leve sonrisa.

—¿Tiene ya la causa de la muerte?

—Creo que sí, la muerte se produjo por exanguinación. La víctima presenta varias heridas con un objeto punzante y cortante, en brazos y torso.

—Se defendió —concluyó Sara.

—Sí, he tomado muestras de sus uñas, a ver si hay suerte y pilló un poco de ADN de su agresor.

—Genial, muchas gracias —musitó Sara—. ¿Y lo del «hallazgo inquietante», como usted lo llamó?

—Sí, bueno, es que creo que es mejor que… Ramón, por favor, ¿podrías salir un momento y pulsar la luz roja?

—¿No se fía de su asistente? —preguntó Leandro, perplejo.

—Por supuesto que sí, no tengo ningún motivo para dudar de él, solo que es mejor que esto solo lo sepan ustedes. De hecho, ni siquiera lo voy a anotar en el informe oficial, solo en las notas confidenciales. He trabajado en varios casos que se han convertido en mediáticos, como sin duda pasará con este por la naturaleza de las víctimas, y sé cuándo la policía podría querer ocultar algún detalle a la prensa.

—Bueno, debe de ser importante entonces —dijo Sara intentando ocultar la impaciencia que comenzaba a sentir—, aunque lo de qué detalles son importantes será mejor que lo elijamos nosotros.

—Por supuesto, no quería pasarla por encima, inspectora; mi intención no era otra que facilitarle el trabajo, ya que a mí me llegan los cadáveres antes que a usted.

—Bien, explíquenos entonces a qué se refiere —le pidió de nuevo.

—Tomen, esto lo he sacado de la boca de la víctima —les comentó el forense a la vez que les entregaba una especie de carta o de cromo lleno de sangre. Era imposible ver el dibujo que el líquido rojo tapaba.

—Lo llevaremos al laboratorio, a ver si pueden revelar lo que contiene.

—Parece una estampa de un santo o algo así —les explicó el doctor Martín con descuido. Leandro miró de inmediato a Sara y casi pudo ver el escalofrío que recorría de arriba abajo a su compañera, aquello tenía toda la pinta de ser una foto como la que había recibido en su móvil.

—¿Es todo? —preguntó el inspector; de repente, sintió la urgencia de salir de allí.

—No, no, lo inquietante no es eso —les explicó mientras se acercaba de nuevo al cadáver y levantaba una sábana que durante todo el proceso había mantenido oculta la pelvis de la víctima—. El hallazgo que me ha producido esa sensación ha sido este.

Los inspectores se acercaron al cadáver, horrorizados. La mujer, según les había explicado el forense, había sido sometida a una vaginoplastia, con lo que sus órganos sexuales masculinos se habían

transformado en femeninos mediante una operación. Por eso, al principio, no entendían lo que contemplaban.

—¡Joder! —exclamó Sara; el inspector Gómez sintió una repentina arcada y a punto estuvo de vomitar encima del cadáver.

—Es horrible, inspectora. Alguien le ha cosido un órgano masculino a su casi recién estrenada vulva. Ni siquiera se han molestado en hacer bien los puntos. Han utilizado un hilo muy grueso, aún no sé muy bien de qué tipo.

—No quiero que esto salga de aquí, tenía usted razón. Necesito una muestra de ese hilo. Y… muchas gracias, reconozco que ha sido un acierto por su parte.

—Por supuesto. Hay otra cosa, inspectora.

—¿Más? No creo que pueda soportarlo.

—Aunque aún no he tenido ocasión de comprobarlo, creo que ese pene es de la víctima que encontramos el sábado.

—¡¿Qué?! ¿Las manos y el pene? Yo… no sabía que se lo hubieran amputado.

¿Leandro? —se horrorizó ella.

—No hemos tenido mucho tiempo para ponernos al día, con la bomba de saber que era tu amiga…, o tu amigo…

—Ya…, póngase con ello en cuanto pueda, por favor. Joder, joder… Leandro, esto es increíble.

—Lo siento, Sara, no me di cuenta de contártelo.

—Casi mejor haberme enterado después de haber visto a la madre de Rubén, no te preocupes.

—Creo que sí —añadió Leandro, pensativo.

—Hoy mismo podré darle un informe preliminar, inspectora —le comunicó el forense.

—Se lo agradezco. Me parece que este caso va a ser mucho más complicado de lo que parecía en un principio. ¿Podemos ver el cadáver de Pal…, perdón, de Rubén Artigas?

—Eh…, sí, pero les agradecería que vinieran más tarde…, o quizá mañana por la mañana. Preferiría terminar la autopsia de esta víctima primero y después me marcharé a casa. No me gusta dejar el trabajo a medias.

—Me parece bien —coincidió la inspectora—. ¿Nos ha enviado ya el informe preliminar de la autopsia de Rubén Artigas?

—Sí, lo tenemos en el expediente —le explicó Leandro.

—Iremos echándole un ojo. Muchas gracias, doctor Cáceres.

Sara tomó a su gris compañero del codo y lo animó a salir del local. Al sentir el aire frío en su rostro, el inspector por fin consiguió recuperar algo de aplomo.

—Sara, ¿qué es todo esto?

—No lo sé, pero debemos pararlo.

Una repentina ráfaga de viento levantó el pelo del inspector y provocó que el vello se erizara en su nuca. Ni el abrigo más cálido es capaz de combatir el frío que nace de dentro.

CAPÍTULO 10

TENÍA QUE SER HOY

Ni siquiera recordaba haber llegado a su casa. Se sentía confusa, mareada. Un dolor intenso en la parte posterior de la cabeza se llevaba sus únicos pensamientos. ¿Se habría golpeado con algo? ¿Sufría una conmoción? Entonces..., ¿cómo había llegado a su cama?

Porque estaba en su cama, ¿no?

Miró alrededor intentando mover la cabeza lo menos posible. El caos reinante en aquella estancia solo podía pertenecer a su casa, estaba segura. Reconoció la silla llena de ropa junto al armario, la persiana a medio bajar por la que entraba una intensa luz,

¿qué hora sería?, y mucha más ropa a los pies de la cama que le recordaba el desastre de la cita del día anterior.

Llegó quince minutos tarde a la galería de arte donde había quedado con aquel hombre. Bueno, quizá treinta. Una porquería de exposición, por cierto. No entendía cómo le podía parecer a la gente arte toda aquella sucesión de pinceladas dadas al azar.

Su padre tenía razón. Por mucho que se arreglara, por mucho que se operara, el que nace sin estilo es paleto toda la vida. Intentaba vivir una vida que no le correspondía y, por mucho que se empeñara, no se movía con comodidad entre ciertos ambientes.

¿Por qué se acordaba ahora de su padre? Quizá por el golpe en la cabeza... Desechó la idea. Se había prometido no pensar más en él y así lo haría. Subió la mano con miedo, estaba segura de que sangraba. Llevó sus dedos hacia la nuca y sintió la calidez del líquido viscoso con un asco infinito: no soportaba la sangre.

Se levantó deprisa, de repente necesitaba una ducha urgente. Un ligero malestar la obligó a tumbarse de nuevo. Solo pensaba en las sábanas y en la almohada, que sin duda tendría que tirar, porque la lavadora estaba a punto de romperse, a juzgar por el ruido que hacía, y ella seguía sin llamar al técnico.

Poco a poco se incorporó en la cama y dejó que la habitación la recibiera con un par de vueltas antes de levantarse del todo. Se encaminó al baño muy despacio, como si con cada paso se le fuera un poco de vida. Nada más encender la luz, ahogó un grito: su aspecto

era horrible. El maquillaje se había convertido en una máscara grotesca. El rímel se le había corrido causando que sus pestañas se convirtieran en pegotes de pintura negra diluida bajo sus ojos. Nadie se había ocupado tampoco de limpiarle el pintalabios antes de irse a dormir, así que comprobó que ni siquiera un payaso durante una actuación llevaría tanta pintura fuera de su sitio.

Pero lo que provocó su pánico no fue su aspecto en general, ni siquiera la maraña en la que se había convertido su pelo. El motivo de su terror fue la sangre. ¿Tanto había sangrado del golpe? Cogió el espejo que utilizaba para depilarse las cejas y lo colocó de tal manera que la parte posterior de su cabeza se reflejara en el espejo grande del baño.

Tenía un buen porrazo, sí, y un corte, además; pero los brazos, las piernas, la cara, había salpicaduras por todo el cuerpo. El vestido no parecía haber sufrido muchos daños.

Aunque, al ser negro, muy bien podría estar cubierto de sangre y no parecerlo. Se lo quitó sin molestarse en desabrochar del todo la cremallera. A aquellas alturas, sentía tanto asco que le daba igual romperlo o no. Además, no volvería a tener una cita en toda su vida, así que…

Se metió en la ducha y dejó que el agua se colara por cada rincón de su piel. Se sentía asqueada. Mientras el agua borraba los estragos de la noche anterior, Amanda intentó recordar…

Se vio a sí misma pagando al taxista, enfadada por un poco acertado comentario sexista de los que tanto la molestaban. Después había entrado a sala de exposiciones. Se acordaba de haber visto a gente muy engalanada para la ocasión, hablando de temas intrascendentes y todos con alguna copa en la mano. La imagen se difuminó tanto que incluso pensó si no lo habría soñado.

—No, ahora no, necesito saber más. ¿Qué me ha pasado esta noche? ¿Por qué no lo recuerdo?

Amanda se torturaba al pensar que algo le ocurría. Igual no estaba sana, igual le había dado un ictus o algo así. Igual (le dijo entonces una vocecita en su cerebro) deberías dejar de mirar síntomas de enfermedades en Internet y no ser tan paranoica.

Sí, eso era, se estaba volviendo una paranoica y una hipocondríaca. Aunque, si lo pensaba bien, toda la vida había sido igual, no se estaba volviendo nada. Habría que ponerle remedio. El tono del teléfono

acabó con sus elucubraciones. Se precipitó hacia el bolso, tirado en el salón junto a sus zapatos. Desde luego, la noche anterior debía de haber sido muy «cañera», porque estando sobria jamás habría dejado el móvil allí sin ponerlo a cargar.

Como esperaba, le quedaba menos de un diez por ciento de batería.

En la pantalla vio que quien llamaba era Elena, su mejor amiga…, o más bien su única amiga. Es muy complicado tener amigos cuando no se soporta a nadie. Pensó en colgar.

Al menos hasta que supiera lo ocurrido, era mejor no hablar con ella. Después las lágrimas afloraron a sus ojos, se sentía asustada y necesitaba a su amiga para que la consolara, para que le dijera cuatro verdades y se comiera junto a ella el tarro de helado que la esperaba en el congelador.

—¡Bombonazoooooooo! —exclamó su amiga en cuanto Amanda cogió el teléfono—.

No me llamaste, eso es que fue bien la cosa.

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir? ¿No te gustó?

—No tengo ni idea.

—¿Qué dices, tía? ¿Te drogó? Menudo hijo de…

—Tranquila, Elena, no corras tanto. No tengo ni idea de lo que pasó —la interrumpió ella.

—Eso solo puede ser porque te echó algo en la bebida. ¿Qué tomaste?

—No, Elena, es que…

—Estás muy rara. ¿Qué pasa?

—¡Que no lo sé! —exclamó Amanda con voz chillona. Su amiga, al otro lado del teléfono, no supo qué decir.

—A ver…, vamos por partes. ¿Fuiste a la cita?

—Sí.

—¿Viste a ese chico? ¿Rubén?

—No..., no lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Fuiste borracha?

—¡Claro que no! —se enfadó ella.

—Mira, tía, si sigues con tanta adivinanza cuelgo, que tengo mucho que hacer.

—Elena, no cuelgues, yo... estoy asustada..., es que...

—¡Lo sabía! ¿Qué te hizo ese hijo de puta?

—Te juro que no lo sé. Me he despertado hace un rato y estaba en mi cama, vestida, con un golpe enorme en la cabeza y sangre en mis piernas y en mis brazos. Me he metido en la ducha, he intentado recordar y no soy capaz. Creo que llegué tarde y que él estaba con otra chica, pero ni siquiera estoy segura de eso, ¿sabes?

—Joder..., no me estoy enterando de nada. ¿Estás bien? ¿Quieres que vaya a tu casa?

—Ya sé que no puedes estar pendiente de mí todo el día.

—Que es sábado, no te preocupes. Voy para allá. Ve sacando el helado y dos cucharas.

—Gracias —musitó ella con un hilo de voz.

Amanda colgó el teléfono y dio rienda suelta a su amargura, era horrible no tener el control de tu propia persona, sentir una laguna tan grande en tus recuerdos a todas

luces insalvable. Elena sabría qué hacer. Lloró hasta que le dolieron los pulmones del esfuerzo. Su cerebro intentaba regresar a la exposición de la noche anterior, sin éxito.

Recordaba un cuadro, uno que le había parecido más horrible que el resto y que una pareja contemplaba con devoción. También a su cabeza llegaba una corbata verde, así que había llegado a ver al hombre con el que había quedado. Si se concentraba, podía ver a una mujer con él…, o quizá a varios metros de distancia…, o justo al lado. ¡Era tan frustrante!

Mientras esperaba a que su amiga llegara, Amanda metió el vestido en la lavadora y puso un programa corto, sería suficiente para quitar el olor a perfume, tabaco y sudor de la noche anterior. En cuanto el

tambor de la lavadora comenzó a moverse, el color del agua se tiñó de un tono rojizo, no podía quitar la vista de allí; resultaba evidente que el vestido se encontraba empapado en sangre y le parecía poco probable que fuera toda suya, el corte de la cabeza no era tan profundo. Entonces, ¿de quién?, ¿había ocurrido algo al salir de la galería de arte? ¿Quizá la atacaran cuando se disponía a volver a casa?

Fragmentos de imágenes invadieron sus pensamientos.

Cuando no llevaba más de diez o doce vueltas, la lavadora se paró. Ni siquiera hizo un ruido avisando de que le costaba funcionar, simplemente dejó de hacerlo. Amanda contemplaba con terror el color rojo del agua mientras pulsaba los botones en un pobre intento de reanimar aquella máquina.

—Tenía que ser hoy —murmuró a la nada.

Desconectó el enchufe y se sentó a pensar. No podía abrir el tambor, lleno como estaba de agua, liaría una buena. El timbre sonó y ella se acercó a abrir. No fue consciente del silencio reinante en su piso hasta que vio entrar a Elena.

—Creo que es la primera vez que me recibes sin música —soltó su amiga antes de entrar—. Normalmente a estas horas tendrías puesto a AC/DC o a Iron Maiden.

—Elena… —acertó a musitar antes de echarse en sus brazos.

—Nena, qué mala pinta tienes. —Se sorprendió al ver el aspecto que presentaba Amanda—. Y eso que ya estás duchada, no me quiero imaginar cómo estarías hace un rato.

—Es tan horrible…, no me acuerdo de nada.

—Ese hijo de puta te ha tenido que drogar.

—Ni siquiera recuerdo si llegué a hablar con él.

—Ven…, vamos al salón —le pidió Elena mientras la conducía al sofá —. Joder, si no nos podemos ni sentar. Tienes que empezar a ser más ordenada.

Amanda miró a su alrededor, su amiga tenía razón. El apartamento no era muy grande. Constaba de una habitación donde ella dormía, con un espacioso armario, una cama amplia, una mesilla y una cómoda;

otra habitación mucho más pequeña que le hacía de despacho, cuarto de las visitas, de la plancha, almacén, trastero, taller…; un salón-comedor-cocina y un baño con bañera y ducha. En el salón se acumulaban ropa, clínex usados, tazas de café vacías, cucharillas, carátulas de CD fuera de su sitio, libros, facturas, un tendedero lleno de ropa limpia a la espera de alguien que la recogiera, los cojines por el suelo, un bol con palomitas fosilizadas en el sillón, latas de refresco *light* vacías…

—Tienes razón, esto es un estercolero. Voy a despejar un poco el sofá.

—¿Y si limpiamos el salón entre las dos? Ver la casa limpia y recogida siempre ayuda a sentirse mejor.

—No te preocupes, no estás aquí para limpiar.

—Estoy aquí porque soy tu amiga —replicó ella a la vez que recogía las latas y las tiraba al cubo, después cogió unos guantes que había junto al fregadero y no hizo caso a las protestas de su amiga cuando comenzó a fregar.

Amanda no tuvo más remedio que comenzar a guardar ropa, no iba a dejar que su amiga limpiara mientras se tiraba a llorar en el sofá, pese a que no veía el momento de hacerlo. Necesitaba olvidarse de todo por un rato y comerse el tan ansiado helado que, sin duda, la ayudaría a pasar aquel trago. Un simple vistazo al agua estancada y teñida de rojo de la lavadora le devolvió la certeza de que ni siquiera cinco litros de helado harían que aquel día sintiera algo diferente a la mayor de las amarguras.

CAPÍTULO 11

FEMMINIELLI

—Tenemos la identidad de la víctima, Sara —soltó Leandro mientras entraba al despacho con un par de cafés en la mano.

—Buenos días —saludó a su compañero.

—Sí, sí, buenos días —respondió él mientras dejaba los cafés en la mesa y sacaba su libreta.

—Se llamaba Francesca Santorini y era de Nápoles.

—Vaya, encima vamos a tener que tratar con la EUROPOL.

—Es muy probable, aunque tenía la nacionalidad española desde hacía diez años.

—¡Ah!, ¿y eso? —preguntó Sara con interés.

—Trabajaba en la Universidad Complutense, como investigadora. Su equipo intenta dar con una cura contra la ELA.

—¡Qué interesante! —exclamó ella—. Entonces tenemos a una mujer con estudios que se realizó una reasignación genital.

—Exacto —respondió él—, en el 2007.

—Hace doce años... ¿La operación se realizó aquí?

—No, he pedido su historial médico, tardarán en mandarlo, ha pasado por multitud de hospitales en varios países. He hablado con su hermana, vivían muy cerca una de la otra, viene hacia acá.

—¿Le has preguntado a ella dónde la operaron? A la hermana, me refiero.

—Ya sé a quién te refieres. Sí, juraría que me ha dicho que en Argentina. Estaba muy afectada y lloraba sin parar. No he creído necesario volver a preguntarle, porque la veremos en un rato.

—Has hecho bien, no te preocupes, podemos esperar un poco para confirmar ese dato.

Habrá que hablar con sus compañeros del laboratorio.

—Pensaba mandar a Solís, si no te parece mal —le pidió permiso Leandro.

—Bueno, ya sabes que me gusta ver las reacciones de la gente. Los gestos dicen mucho...

—Sí, yo también lo he pensado. Es que creo que lo tenemos desaprovechado, es un buen policía, hay que darle un poco de cancha.

—Eh…, sí, puede que tengas razón. Le daremos algo que hacer. Que revise él los historiales médicos, nosotros nos encargaremos de las entrevistas. Aún no podemos saber ante qué tipo de asesino estamos. Después ya ampliaremos el reparto.

—Tiene toda la pinta de que volverá a hacerlo.

—Por el momento no podemos descartar nada, Leandro. El único indicio de que hay un asesino en serie es el mensaje que me mandó al móvil, el que te enseñé ayer. El crimen ante el que nos encontramos muy bien puede ser un ajuste de cuentas o pasional o un cruce de cables de un chalado.

—En todo caso, seamos prudentes. Aunque debemos estar alerta en lo que filtramos a la prensa, quizá deberíamos reunir a los agentes de campo, lo digo porque si el colectivo transgénero en España piensa que están asesinando a los suyos por su condición sexual...

—No nos podemos anticipar. Por ahora vamos a conocer el entorno de las dos víctimas y después decidiremos.

—¿Mandamos a Solís al piso de Rubén Artigas y al de Francesca Santorini? Total, el de Rubén ya lo peinó la Científica y al otro lo acompañarían.

—Al de Rubén tengo que ir yo, se lo debo a su madre.

—Y a él.

—Y a él —coincidió Sara—. Y al de la segunda víctima, vamos a ver si primero averiguamos lo que tenemos que buscar.

—Me parece bien.

Unos golpes en la puerta precedieron al agente pelirrojo y a una mujer bastante menuda, de unos cuarenta años, parecía un pajarito asustado

al lado del fornido policía.

A Sara nunca le había parecido que Solís fuera muy fuerte, sería por el contraste existente entre la mujer y él; aunque, ahora que se fijaba, igual rondaba el metro ochenta y, si se fijaba bien, el trabajo de gimnasio se le adivinaba bajo el uniforme.

—Inspectores, Micaela Santorini está aquí, creo que la esperaban.

—Sí, adelante —dijo la inspectora con voz amable—. Leandro, dale instrucciones a Solís para que vayamos avanzando.

—Claro —respondió él, diligente.

—Buenos días, señora, soy la inspectora Sara Benítez.

—Buenos días —respondió ella sin fuerzas.

—Lamento mucho su pérdida.

—Ha sido horrible.

—Eran ustedes de Nápoles, ¿no?

—¿Lo dice porque apenas tengo acento? Llevo en España muchos años, inspectora.

—Puede llamarme Sara —le concedió ella.

—Gracias. Lo que le decía, llevo en España desde que tenía dieciséis años y acabo de cumplir cuarenta y seis.

—Ya... Su hermana llevaba aquí diez años, si no me equivoco. ¿Puede hablarnos un poco de ella? —le pidió Sara cuando vio que Leandro entraba en silencio al despacho, él de inmediato sacó la libreta.

—Mi hermana era una mujer increíble. Cuando me marché de casa, él...; perdone, es que en aquel momento era solo un mocoso de siete años.

—Ya..., no sospechaba que no estaba conforme con su cuerpo, ¿no?

—Así es. Aquel niño era de todo menos feliz y mi padre no ayudaba a que aquello cambiara.

—¿No lo aceptaba? —preguntó Sara con pena.

—Inspectora…, no hay napolitanos transgénero, ni lesbianas, ni gais…, ¿me entiende?

—Yo…, la verdad…, si le soy sincera, pensaba que en Nápoles eran más abiertos con estos temas. Perdone, debo de estar mal informada.

—Sí, sí, tiene razón. Son de los más abiertos de Europa. De hecho, hay un movimiento que se llama «Femminielli», que surgió en los años veinte, creo.

—¿Cómo ha dicho? —se interesó Leandro.

—«Femminielli» —respondió ella muy deprisa—. ¿Sabe algo de ellos?

—Nada en absoluto —confesó Sara con cara de asombro, su compañero se limitó a negar con la cabeza.

—Se trata de un movimiento de lo más… pintoresco. Quizá no sea esa la palabra.

Quienes pertenecen a este colectivo reivindican su condición de féminas, pese a tener cuerpo de hombre, en todo lo que hacen. Se visten de mujeres, se comportan como lo haría una mujer; tengan en cuenta que ahora es menos la diferencia entre hombres y mujeres, pero no en los años veinte.

—Siga —le pidió la inspectora con fascinación.

—Intentaban legitimar todo lo que hacían, incluso el matrimonio y la *figliata.*

—¿Qué es eso? —preguntó Leandro, aun sabiendo que ella les proporcionaría la información.

—Se trata de un rito de alumbramiento simbólico. Sé que hay varios ritos más en los que ellas son las protagonistas y todos tienen algo de sagrado, pero no los recuerdo. Si le interesa el tema, tiene bastante información en Internet.

—Según nos cuenta, su hermana habría nacido en el lugar más propicio para ser trans.

—Sí, el problema es que no tiene nada que ver la mentalidad de la capital con la de los pueblos más cerrados, ¿entiende?

—Sí, claro, aquí ocurre igual. ¿Y usted por qué se marchó?

—Tenía dieciséis años y estaba embarazada, no me podía quedar allí. Mi padre me habría molido a palos.

—Entonces se escapó.

—Más o menos. Me casé con mi novio, un jornalero español, de Burgos, y nos vinimos a vivir a España. Desde entonces he recorrido buena parte de Andalucía, Extremadura, Castilla, Galicia... Cuando me divorcié, vine a vivir a Madrid con mis hijos y fue entonces cuando mi hermana se presentó aquí.

—¿Cuánto hace de eso?

—En 2005, después de la operación —respondió ella tras hacer una pausa para calcular. Trece años.

—Le ha dicho usted a mi compañero que la operación se realizó en Argentina. ¿Sabe por qué? —preguntó Sara con interés.

—Mi hermana estudió Biología Molecular en Buenos Aires. Lo podía haber estudiado en Roma o en Florencia o incluso en Madrid, para estar más cerca de mí, pero por aquel entonces nadie sabía que había comenzado las pruebas médicas para la reasignación genital y prefirió pasar por todo aquello sola. Así que pidió una beca para la Universidad de Belgrano.

—¿Belgrano es el nombre de una universidad? —preguntó Leandro.

—Es un barrio de Buenos Aires. Había muchas más universidades en las que podía haber cursado los estudios, el problema radicaba en que muchas de ellas eran católicas y mi hermana en realidad iba allí para hacer el cambio mientras estudiaba. No se lo habrían permitido.

—Ya entiendo —confesó Sara—. ¿Y era buena estudiante?

—De las mejores. Varios laboratorios le ofrecieron trabajo cuando acabó sus estudios.

Algunos de ellos retiraron la oferta al saber de su… operación —les explicó apenada.

—¿En serio?

—Bueno, aún quedan algunos lugares en los que no lo terminan de aceptar.

—Me parece increíble que siga ocurriendo.

—Le estoy hablando de hace más de diez años. Por suerte, cada vez es menos frecuente.

—Entonces su hermana se marchó de Nápoles para cambiar de cuerpo y de vida, por lo que entiendo.

—Sí. Yo estaba al tanto de sus deseos, no de los pasos que iba dando. Cuando apareció en mi casa, lo hizo siendo ya una mujer. Imagínese mi cara.

—Me hago cargo —respondió Sara al pensar en Paloma y en que la siguiente vez que la iba a ver desde el instituto era un hombre. Y, además, un hombre muerto.

—¿Se llevaban bien? Me gustaría saber si Francesca confiaba en usted como para contarle si algo la preocupaba. Quiero decir en la actualidad.

—Mi hermana y yo pasábamos mucho tiempo juntas. Durante un tiempo me recriminó que la dejase en Nápoles y que me escapara, después lo entendió. Sabía que yo no podía ayudarla si me quedaba allí y su única meta era venir a vivir conmigo. Por eso me extrañó tanto que se marchara a Buenos Aires. Claro que..., al saber por qué...

—¿Sabe si había tenido algún problema con alguien últimamente? En el trabajo, en la calle, no sé...

—Que yo sepa, no. Últimamente había salido con algunos hombres y la mayoría de ellos tenían reparos en quedar con ella cuando se enteraban de que había pasado por una vaginoplastia. Pero no me contó de nadie que le pareciera peligroso o especialmente cerrado, no entiendo por qué la mataron, no lo consigo comprender...

La mujer rompió a llorar con fuerza y Sara no acertó más que a darle un par de pañuelos de papel. Leandro se movía inquieto a su lado, nunca sabía qué hacer en una situación así.

—¿Tienen alguna pista? —preguntó ella tras sonarse la nariz.

—No le puedo hablar de la investigación, lo siento —se disculpó Sara; Micaela asintió—. Si le parece, podemos dejarlo aquí, es probable que necesitemos hablar con usted más adelante.

—Por supuesto, ya saben mi teléfono. Anoten también el de mi hija, es mayor y sabe lo que ha ocurrido. Además, cómo le diría..., es más moderna que yo y está más familiarizada con todo esto.

—De acuerdo. También necesitaremos la llave del apartamento de su hermana, si la tiene. Si no, tendremos que forzar la cerradura.

—Se la he dado al policía pelirrojo que me ha acompañado. Es un encanto…

Sara forzó una sonrisa al oír aquello; por lo visto, solo la sacaba de sus casillas a ella.

Cuando la mujer se marchó, Leandro dio la vuelta al panel que convenientemente colocaban contra la pared para evitar que nadie que no debiera topara con su contenido.

Añadió el nombre de la víctima y el de su hermana, el lugar de la operación y la profesión de la mujer. Sara lo contemplaba mientras divagaba su mente.

—Sara, es el momento de que la madre de Rubén vuelva, hemos de saber más.

—¿Has leído las cartas?

—Solo algunas. Me cuesta, no te creas, me parece como violar la intimidad de alguien, como si lo espiara. Por ahora solo habla de cómo se siente, nada más.

—De acuerdo, llama a su madre y que venga esta tarde. ¡No! ¡Espera! —le pidió cuando ya se levantaba a cumplir la orden—. Será mejor que la llame yo y, si te parece bien, mejor vamos a su casa, igual puede proporcionarnos algunas fotos o puede contarnos algo más si está en un ambiente menos hostil que el de mi despacho.

—Me parece perfecto. Llama y vamos a ver al comisario, ya sabes que le gusta estar al día y, además, querrá saludarte después de tus vacaciones.

—Seguro —ironizó Sara a la vez que buscaba en su agenda el número de aquella mujer que tantos recuerdos le traía.

Leandro se levantó para hablar con Solís. Poco a poco, aquel agente debía hacerse un hueco en el equipo. Había demostrado ser capaz de mucho más. Anotó en su libreta las tareas por orden de importancia y salió del despacho dejando a su compañera al teléfono. Aquel caso no había hecho más que empezar y le preocupaba lo que Sara se pudiera

dejar por el camino.

CAPÍTULO 12

NO ESPERABA VERTE ASÍ

Volver al Anatómico Forense no era exactamente la forma en la que Sara quería pasar la tarde. Necesitaba ver con sus propios ojos a Rubén, ver lo que quedaba de aquella amiga tan querida para ella y tan olvidada. Caminó hacia la sala de autopsias de nuevo, con Leandro pegado a ella. El inspector estaba preocupado y se le notaba. Hacía tanto tiempo que la conocía… Durante el caso de Gabriel, un par de años antes, la inspectora había sido puesta a prueba por uno de los asesinos más sangrientos que habían tenido en vilo a la capital. Y les había costado todo aquel tiempo volver a una relativa normalidad. No quería que volviera a romperse por culpa de aquel caso.

—Sara, ¿crees que debes…?

—Claro, necesito verla…, verlo.

—No sé…

—A ver, Leandro, ante todo soy inspectora de Homicidios. Necesito ver las pruebas con mis propios ojos.

—De acuerdo.

—Sé que solo intentas protegerme y, aunque te lo agradezco, te aseguro que puedo.

—Tranquila, no insistiré más —le prometió él intentando no pensar demasiado en ello.

Una vez en la sala, el forense los condujo a la habitación contigua, donde una cámara frigorífica albergaba, al menos, ocho cadáveres. Sara pensó en lo absurdo de contar las puertas que permanecían cerradas herméticamente, en realidad solo les interesaban dos de ellas, y una en aquel preciso momento.

El médico miró las etiquetas que indicaban qué cuerpo escondía cada hueco y eligió uno a su derecha. Sacó la camilla y liberó su cabeza tras abrir la cremallera que lo resguardaba del exterior. Sara lo miró con una mezcla de interés, pena y desconcierto.

No conocía a la persona que se hallaba allí. Tras unos segundos, pudo distinguir el lunar en el lóbulo de su oreja derecha con el que tanto bromeaban en el instituto, la nariz algo prominente y la boca de labios

gruesos que ella en secreto tanto admiró de adolescente. Poco a poco, la cara de Paloma se superpuso a la de aquel joven y la inspectora sintió un escalofrío al darse cuenta de que, por supuesto, eran la misma persona. Tragó saliva varias veces, sentía tantas ganas de acariciarle el cabello que se guardó las manos en los bolsillos para reprimir la tentación.

—Inspectora, creo que conocía a este joven, lo siento —dijo con sinceridad el forense.

—En realidad yo lo conocía como Paloma Artigas, era mi mejor amiga en el instituto, después le perdí la pista. Ayer mismo me enteré de su operación y de que estaba muerto.

—Vaya, demasiado en un día.

—Sí, lo es. Vamos a ir a hablar con su madre al salir de aquí, así que póngame al tanto.

—Como les dije en el informe preliminar —comenzó a decir el forense —, la víctima presenta varias incisiones con un objeto punzante. He podido determinar hace un rato la similitud de dichas incisiones con las de Francesca Santorini, la otra víctima.

—Entonces está seguro de que es el mismo individuo el que provocó la muerte a ambos —quiso saber Leandro.

—Sí, además de usarse la misma arma en ambos casos, el asesino es el mismo, porque coinciden la profundidad de los cortes, la altura, la presión…; sin duda son obra de la misma persona.

—¿Sabemos cuál es el arma?

—Aún no, me atrevería a decir que es una especie de daga o de puñal, los cortes son muy precisos y los bordes exteriores más finos que el centro. La profundidad no sobrepasa los diez o quince centímetros en ningún caso.

—Bueno, algo es algo.

—Le enseñaré…; bueno, ya saben que le amputaron las manos…

—Sí, y el pene.

—Eso es. Sin duda es el que le implantaron de manera tan rudimentaria a la otra víctima —afirmó el doctor Cáceres.

—¿Qué intenta decirnos el asesino? —preguntó Sara, más para sí misma que para los dos hombres que se encontraban allí.

—Ni idea —respondió Leandro—. Desde luego, está en contra de las personas transgénero.

—Ni siquiera sabemos eso. Puede haber sido un problema con estas dos personas en concreto. Hay que buscar en sus ordenadores, en sus móviles. ¿Las víctimas se conocían?

—En el laboratorio están en ello. Si hay algo en sus correos electrónicos o mensajes, lo sabremos enseguida, Sara —le aseguró su compañero.

—Eso espero. ¿Algo más que contarnos, doctor? —preguntó ella deprisa, comenzaba a tener una enorme necesidad de salir de allí.

—Murió por exanguinación, al igual que Francesca, y había ingerido, al menos, dos *gin-tonics.*

—¿La mujer también había bebido? —preguntó ella.

—Sí, dos martinis, y había comido unas aceitunas.

—Parece una cita.

—Sí, solo que ella lo vomitó.

—¿Le sentó mal? ¿Había algo en mal estado?

—No, por las marcas en su garganta y el paladar, me atrevería a decir que sufría bulimia.

—Vaya, ¿entonces es posible que siguiera alguna terapia médica? Rubén estaba bastante delgado también —dijo ella intentando llamar la atención del forense—. Quizá se conocieron en algún grupo de apoyo.

—Si ella era consciente de su problema, sí. Él no creo que pasara por lo mismo.

Simplemente, se cuidaba. No he encontrado ningún síntoma de deshidratación, ni de desgaste en sus uñas, pelo o dientes. Vengan, quiero enseñarles algo.

El forense cerró la cámara en la que se hallaba Rubén, provocando en Sara una sensación de vacío. Les pidió que se acercaran a otro

frigorífico, de donde sacó el cadáver de la mujer, y les instó a que se acercaran a mirar. Sara se puso junto a él enseguida, Leandro disimuló con unos papeles.

—Como ven, en casi todas las piezas de la boca se colocó fundas.

—¿Cree que el vómito le estropeó los dientes? ¿Eso hizo que se tuviera que arreglar la dentadura?

—Vista la cantidad de operaciones a las que se sometió para conseguir un aspecto como este, puede que se hubiera arreglado la boca también, aunque no sufriera bulimia; pero en este caso me apuesto algo a que tenía todos los dientes desgastados, el daño en la garganta y el esófago es bastante grande, lleva años provocándose el vómito.

—Leandro…, el texto —llamó su atención Sara.

—¿Qué texto? —preguntó él para la exasperación de su compañera.

—El del mensaje —añadió ella—. Es igual, luego lo repasamos.

—Hablemos con la madre de Rubén para que nos confirme la cita del viernes, igual estaba al tanto de los planes de su hijo —dijo Leandro en un intento de cambiar de

tema, Sara lo había dejado pensativo—. Otra cosa, doctor. ¿La mujer también murió aquella noche?

—Sí, me atrevería a decir que murió pocas horas después. No tengo manera de determinar la hora exacta, porque pasó varias horas metida en un lugar frío y húmedo.

—¿Un congelador, quizá?

—Aunque tiene signos de congelación, no creo que la metieran en ningún refrigerador o similar. Me parece que simplemente estuvo a la intemperie, el fin de semana ha sido especialmente frío, no ha llegado a salir el sol en ningún momento y la zona donde hallaron el cadáver era bastante húmeda y sombría. Se lo diré en cuanto lleguen los resultados de las muestras.

—¿Dónde la encontraron?

—Enfrente de una escuela infantil, medio escondida entre unos setos. Una mujer que paseaba con el perro fue quien nos alertó del hallazgo. Gracias a que el cuerpo estaba bocabajo, si no, la pobre mujer habría

sufrido un ataque al verle el rostro.

—Menos mal que no fue un niño —murmuró la inspectora Benítez—. Esa zona además es bastante transitada, tendremos que ir a hablar con los vecinos y con la escuela.

—En la escuela no había nadie, era fin de semana.

—Ah, es cierto. De todos modos, no me puedo creer que nadie viese nada y que la mujer estuviera allí dos días.

—Lo comprobaré —le prometió su compañero.

—Ahora que me acuerdo…, creo que no les he dado un detalle importante.

—Hable —lo apremió Sara, odiaba que los médicos se hicieran los interesantes.

—Creo que los ojos se los extirpó estando viva.

—¡¿Qué?! Será una broma, ¿no? ¡Qué crueldad! ¿Y la «operación» rudimentaria con los genitales?

—Esa estoy casi seguro de que no —le dijo él—. Los genitales sangran muchísimo, tienen muchos vasos sanguíneos en la zona y había muy poca sangre alrededor de las puntadas que le dio con el hilo. Por cierto, como le dije ayer, se trata de un hilo especial y le limpiaron después las heridas.

—¡Qué atento! —ironizó el inspector—. Encima estamos ante un sádico. Vamos, Sara, hay que hablar con la madre de Rubén, nos está esperando.

—Sí, mejor será. ¿Y el hilo?

—En cuanto sepa qué tipo de hilo es, se lo diré.

Dejaron al forense ultimando detalles en los historiales de las dos víctimas y comprobando una serie de datos que no entendían y se dirigieron a hablar con la madre del hombre al que acababan de dejar metido en su funda en un frigorífico. Sara se sentía cada vez más pequeña, más insignificante.

La inspectora agradeció la recia lluvia que los recibió en la puerta del

Anatómico Forense. Era como si el universo le lavara la cara a un niño que acababa de caerse en un charco.

—Sara, quizá deberíamos pasar por el laboratorio a ver si han encontrado algo en los ordenadores.

—¿Y si mandamos a Solís?

—Ayer pasó la tarde revisando el piso de Francesca Santorini y esta mañana ha ido a hablar con sus compañeros, le he dado la tarde libre —le explicó el inspector.

—Cuando hay un homicidio, y más de este calibre, a nosotros nos llaman sea la hora que sea, no hay hora de salida. Si Solís quiere tener más peso en esta unidad, debe familiarizarse con estas prácticas cuanto antes. Ya tendrá la tarde libre cuando pillemos a ese cabrón.

—Tienes razón, pensé que hoy no avanzaríamos mucho —coincidió él, a la vez que sacaba el teléfono para llamar a su compañero, que contestó al primer tono.

—Joder —murmuró Sara —. ¿Es que no tiene vida o qué?

Después se dio cuenta de lo absurdo de un comentario que venía de una mujer que se había tomado una semana de vacaciones en años y concluyó que el pelirrojo formaba parte del equipo perfecto.

—Álvaro, soy Leandro, necesito que vayas al laboratorio a preguntar por los ordenadores de las víctimas. ¿Tienes planes?

—No, no, acabo de salir del gimnasio, iba a hacer la compra.

—Termina de comprar y te pasas después.

—Claro, luego le llamo y le pongo al día, inspector.

—Leandro…

—Sí, Leandro…, es que no me acostumbro.

—Luego hablamos, que Sara y yo nos dirigimos al domicilio de la madre de Rubén Artigas.

—De acuerdo.

El inspector colgó el teléfono y comprobó que Sara lo miraba con curiosidad. Sabía perfectamente el porqué. Estaba seguro de que era la

primera vez que escuchaba el nombre de pila del entusiasta agente. Sara tenía muchas cualidades, entre las que no se encontraba la de tener un don de gentes.

—¿Tienes tú la dirección del domicilio de Araceli? —preguntó él mientras encendía el navegador del coche.

—Hemos quedado en casa de Rubén.

—Ah, mejor. Así podremos buscar un poco entre sus cosas, aunque eso ya lo ha hecho la Científica.

—Lo sé, solo que igual algo se les ha pasado por alto, porque no sabían lo que buscaban —le explicó ella con convicción.

—¿Y nosotros sí?

—Nosotros menos, pero igual su madre sí ve algo que sea importante —añadió Sara.

—Ya entiendo, vamos para allá —zanjó él mientras intentaba abrirse hueco en aquella inmensa avenida—. Por cierto, ¿qué intentabas decirme en el depósito?

—El texto que recibí en mi móvil.

—Ya te oí, lo que no entiendo es a dónde quieres llegar.

—Se trata de un fragmento del Apocalipsis —le explicó tras un suspiro, comenzaba a perder la paciencia.

—¿Y? —la apremió él.

—Habla de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Hemos recibido el del Tercer Jinete, el negro, es el Hambre. No puedo evitar ver una similitud entre «el Hambre» y la bulimia que presentaba la víctima.

—Puede que tengas razón, aunque sería bastante desesperanzador —añadió su compañero.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Porque tú acabas de decir que pertenece al Tercer Jinete y eso solo puede significar una cosa, Sara…

—Que habrá más víctimas o que ya las hay —murmuró repentinamente cansada—.

Vamos a la casa de Rubén; por mucho que queramos avanzar, los pasos tienen que ir uno tras otro.

Caminaron por la calle Serrano tras conseguir aparcar de forma milagrosa en una travesía cercana. Los comercios inundaban la ciudad con letreros de colores luminosos.

En cada esquina, bares y cafeterías ofrecían carteles con comidas, menús y cartas de postres que despertaron el apetito de los dos inspectores. Entraron en un McDonald's cerca de la parada de metro para tomar un café. Había una oferta para acompañarlo con un donut o un trozo de bizcocho por un euro más y la necesidad de azúcar pudo más que el sentido común de no tomar hidratos ni cafeína a esas horas, casi eran las siete de la tarde. Sara engulló su *brownie* mojado en el café y Leandro le cedió la mitad de su magdalena. No se había dado cuenta de que ella llevaba casi sin probar bocado desde que había bajado del avión.

—¿Y tú? —preguntó ella mientras daba buena cuenta de los dulces.

—Yo he comido en la comisaría, estate tranquila —le comunicó él.

—Tendré que llenar la nevera más tarde; si no, no volveré a comer sano en la vida —

dijo ella más para sí misma que para su compañero—. Ayer me cené los dos últimos quesitos que me quedaban y una lata de atún. Ni siquiera tenía pan.

—Lo de cuidarte no es tu fuerte, hay que cambiar de hábitos —le recriminó él.

—Ya tengo una madre, Leandro. Bueno, en realidad como si no la tuviera, te haré caso…

La mujer los esperaba en el lujoso portal con un perro a sus pies. Los ornamentos de la entrada les proporcionaron una idea de lo bien que vivía Rubén. Aquel piso no era precisamente barato y todo lo que veían se lo recordaba. A Sara le llamó la atención que hubiera elegido como animal de compañía un perro callejero, casi esperaba un gato de Angora o algo similar.

—Madre mía, qué portal —admiró Leandro.

—Solo por mirarlo nos deberían cobrar —replicó ella—. ¿Es que no lo viste el fin de semana?

—No, yo no vine aquí. Me quedé en el escenario del crimen y después fui a la comisaría para hablar con los operarios que encontraron el cadáver. Ahora veremos cómo vivía Rubén —le anticipó él.

Sara se acercó a Araceli, que venía acompañada de Dylan. Leandro le había contado que los vecinos habían llamado a la policía aquella noche porque el perro no paraba de aullar. ¿Habría ido el asesino a su casa y el chucho lo había olido?, ¿o habría sido su instinto el que le avisaba de que algo le había ocurrido a Rubén?

—¿En qué piensas, Sara? —le preguntó su compañero, quien no paraba de observarla.

—No te lo vas a creer, así que mejor lo dejamos.

—Prueba… —la retó él—. A estas alturas me creo casi todo.

Ella lo miró con interés. ¿De qué estaría hablando? Leandro no solía ser muy enigmático, así que quizá tenían los dos algo que confesarse…

—Es que es una tontería, ya sabes lo que pienso de esas cosas. Desde que recibí el mensaje ayer... Dios, ahora que me doy cuenta, fue ayer. En realidad, casi, casi sigo de vacaciones y ya estamos metidos de lleno en un doble homicidio.

—Bueno, sigue, desde que recibiste el mensaje…

—Sí…, verás…, no paro de pensar en Miriam, ¿la recuerdas?

—¿Que si la recuerdo? Sara, tampoco hace tanto del caso de las videntes. Y tengo que decirte que a mí me pasa igual. No paro de pensar en lo que nos podría ayudar en este caso. Casi espero recibir una llamada suya explicándome que ha tenido una visión…

—Sí, yo también. Volvamos al mundo real, anda, que Araceli nos espera.

Sintiéndose aliviada, aunque fuera por un momento, la inspectora subió las lujosas escaleras que la separaban de la madre de Rubén. Era consciente, cada vez más, de la pérdida que ambas acababan de sufrir. No podía explicarlo, hacía años que no sabía de su amiga y por

supuesto no se podía comparar a la sensación que tenía una madre cuando le arrebatan a un hijo de manera tan cruel. Solo sabía que en su pecho sentía que

le habían arrancado un trozo de sí misma y dolía más que el dedo amputado dos años atrás por un sádico que se quedaba corto frente a aquel al que ahora se enfrentaban.

CAPÍTULO 13

CONSTRUYENDO UN FUTURO

Aquella mujer había envejecido varios años desde que la habían visto hacía poco más de veinticuatro horas. Sara intentaba ponerse en su lugar, todo el mundo decía que no había nada comparable a la pérdida de un hijo. Ella nunca tuvo demasiado instinto maternal y le costaba pensar como lo haría una madre.

Tras saludarla, subieron al piso de Rubén. En cuanto entró, una sensación de estar donde no debía se hizo fuerte en su cabeza. Su amiga había decidido romper con el pasado en esa nueva vida donde se llamaba Rubén y ahora ella estaba en su casa, buscando pistas sobre su muerte y con la sensación de que aquello no había hecho más que empezar.

—Rubén era muy ordenado y minucioso —le explicó la madre a Sara—. El piso está un poco revuelto porque la policía estuvo aquí buscando entre sus cosas durante toda la noche del viernes y buena parte del sábado.

—Me imagino. La verdad es que no solemos ser muy cuidadosos cuando registramos un piso.

—Me da igual —respondió la mujer con los ojos llenos de lágrimas—. Él ya no lo va a ver y lo primero es coger a quien ha matado a mi hijo.

Dylan se mostraba nervioso. Iba de un rincón a otro como si buscara algo. Sara supuso que lo que demandaba era una caricia de su amigo. Sara se acercó a la habitación que hacía de despacho y rebuscó entre las carpetas. Leandro, mientras tanto, revisó el

cuarto. La inspectora vio bastantes facturas y papeles importantes en varios archivadores ordenados cronológicamente en una estantería y multitud de libros en otra. Algún álbum de fotos también descansaba entre el resto de papeles. Abrió un cajón del escritorio y Dylan ladró. Metió la mano en busca de algún papel que pudiera ser importante y el perro se acercó a ella, mordió la manga de su chaqueta y tiró de Sara hacia atrás, después empujó su brazo suavemente con el hocico.

—¿Se puede saber qué te pasa a ti? —preguntó ella, era evidente que el perro intentaba decirle algo.

—¡Dylan! —lo llamó la madre de Rubén—. Ven a mi lado o nos

tendremos que marchar. Disculpa, Sara, desde que…, bueno, desde que la policía vino al piso, está muy alterado.

—No pasa nada, intenta que haga o vea algo…, me parece —le explicó la inspectora—.

Vamos a ver…, ¿en este cajón, Dylan?

Él contestó con un ladrido corto y seco. Sara introdujo la mano y tocó en el techo del cajón. No tardó más de unos segundos en encontrar, pegada con un poco de cinta adhesiva, una pequeña llave.

—¿Era esto lo que querías que encontrara? —preguntó al perro cuando este comenzó a dar vueltas de alegría y a mover el rabo—. ¿Y qué abre esta llave?

—No me lo puedo creer. Le ha dicho lo que tiene que buscar. Este perro cada día me sorprende más —murmuró la madre con una nada fingida mueca de asombro en su rostro.

El perro salió del despacho y se acercó a la habitación de Rubén, Sara lo imitó. El inspector Gómez no entendía qué hacía su compañera siguiendo a un perro. Llevaba demasiados años trabajando con ella como para cuestionarle nada de lo que decidía.

Por eso lo había pasado tan mal cuando, un par de meses antes, habían llevado el caso de Ángel Santamaría, un hombre acusado de secuestrar a varias mujeres, entre las que se encontraba la suya propia, y el asesinato de algunas de ellas. No entendía cómo aquel individuo había manejado a Sara a su antojo. Su compañera había intentado dejarlo al margen de todas sus pesquisas. Aquel caso los había puesto a prueba como compañeros, como amigos y como inspectores. Quizá era lo que necesitaban…

—Sara…, ¿qué haces?

—Este perro es muy listo. Quiere que veamos algo.

—¿También vamos a tener ahora testigos animales?

—Porque en muchas ocasiones no los entendemos; si no, por mí no habría inconveniente. Mira, gracias a él he encontrado esta llave. Total, después de lo de la médium, ya no me sorprende nada.

—Parece de una caja de seguridad o una caja fuerte, tiene forma de estrella.

—Sí, el perro me ha guiado hasta la llave y después me ha hecho seguirlo hasta aquí

—le explicó ella.

—Qué interesante, en lugar de una médium tenemos un perro.

—Dicho así queda de lo más ridículo —dijo Sara con cara de circunstancias.

—A ver a dónde nos lleva, anda —le concedió el inspector.

El perro se metió directamente al vestidor y los policías se miraron sin entender. Fue directo a las cajas de zapatos, donde sin duda los de Criminalística ya habrían revisado a conciencia la noche del viernes. Él se acercó a una de las cajas en particular, Rubén mantenía los zapatos en cajas de plástico con la tapa transparente para poder ver el calzado que contenía mientras se protegían del exterior. La inspectora Benítez se acercó a la caja que Dylan no solo olisqueaba, sino que también empujaba. Sara se fijó bien. La caja contenía unos zapatos de cuero, italianos, de color gris y buena calidad. Fue al cogerla para revisar el interior cuando se dio cuenta de lo que el perro quería enseñarle.

En la pared, casi imperceptible, se escondía un pequeño resorte que ella pulsó sin dudar. De inmediato se abrió una pequeña trampilla que escondía una puerta en la que encajaba a la perfección la llave en forma de estrella. Dentro, lo primero que llamó su atención fue un disco duro externo.

—¿Cómo no la vieron los de la Científica? —preguntó Leandro a su espalda.

—Porque ni siquiera sabían de su existencia; si no, habrían buscado hasta dar con ella.

Los bordes de la trampilla coinciden a la perfección con el dibujo de la pared. Es un gran trabajo —aseguró Sara, quien llevaba tiempo pensando en hacer algo así en su casa. Con lo pequeño que era su piso, como no colocara la trampilla en el váter…

—¿Qué es? —quiso saber el inspector.

—Hay un disco duro y un cuaderno —respondió ella tras abrir uno de ellos—. Es un diario, parece algo muy íntimo, no sé. Igual ha llegado el momento de que conozca a Rubén, hubiera preferido coger antes a

su asesino.

—Hay algo más… —dijo él señalando al hueco en la pared.

—Es dinero…; bastante, además. Y hay información sobre la clínica en la que se operó.

—Sí, bueno, se operó en Valencia —le explicó Araceli desde la puerta—. Eso os lo podía haber dicho yo.

—No te preocupes, necesitaremos preguntarte muchas cosas más en esta investigación, va a ser más larga de lo que pensábamos —dijo Sara tras pensárselo unos segundos.

Leandro la miró a los ojos y asintió. Era el momento de explicarle a la madre de Rubén que no había sido la única víctima. No le contarían alguno de los detalles de aquel caso, porque no querían que trascendieran, desde luego. Pero la mujer tenía derecho a saber algo más del asesinato de su único hijo.

Se dirigieron a la cocina, la mujer llenó una cafetera. Se movía como pez en el agua, conocía aquella casa a la perfección. Seguramente acudía allí con regularidad.

Probablemente la mujer leyó la mente a Sara, porque de pronto dijo:

—De vez en cuando venía a hacerle la comida, le gustaba mucho cuidarse y no quería comprar platos precocinados. El problema era que le quedaba muy poco tiempo libre para cocinar.

—Araceli, a Rubén le iba bien, ¿verdad?

—Sí, trabajaba como jefe de comunicación en una empresa de diseño informático o algo así, no te sé decir. Sé que siempre tenía que ir arreglado, se pasaba la vida de reunión en reunión y le tocaba despedir de vez en cuando a algún empleado. También sé que cobraba un buen sueldo.

—¿Cómo se llama la empresa donde trabajaba?

—TECHNOSOFT o algo así, se me da un poco mal el inglés. La oficina se encuentra en pleno Paseo de la Castellana, muy cerca de las torres Kio.

—Por esa zona hay muchas oficinas y empresas, nos acercaremos —aseguró ella.

—Rubén vivía en este piso a la espera de tener una familia —siguió hablando su madre mientras recorría la vivienda con la mirada—. Lo hablé con él muchas veces, no necesitaba un piso tan grande para él solo. O…, bueno…, para él y Dylan. Él me contestaba que no siempre estaría solo, que cuando tuviera mujer e hijos la casa se le quedaría pequeña. A mí me daba mucha pena cuando le oía decir cosas así, porque yo sabía que aquel sueño no se haría realidad.

—Muchas personas que han pasado por lo mismo que Rubén han podido formar una familia.

—Lo sé, solo que no quería que se hiciera ilusiones, por si acaso.

—¿Sabes si tenía algún amigo al que le contara sus confidencias?, ¿alguien que estuviera al tanto de su cambio, de sus inquietudes?

—Creo que solo se abría conmigo, y seguro que había cosas que se callaba.

—Araceli…, no puedo contarte todo lo que hemos averiguado hasta ahora en esta investigación, pero creo que ha llegado el momento de que sepas algo. Rubén no fue la única víctima del fin de semana. Quiero decir, que no fue la única víctima del mismo agresor.

—¿Quieres decir que alguien mató a más gente como él ese día?

—Sí, la persona que mató a Rubén también mató a la chica con la que él se había citado.

—Es horrible…, ¿y murieron igual? —se atrevió a preguntar ella.

—Sí, creo que aún no sabes cómo murieron. Los apuñalaron varias veces —le explicó la inspectora callándose deliberadamente lo de las amputaciones, no era necesario hacer sufrir de más a la mujer.

—Sería un robo —respondió ella mientras se echaba a llorar—. Siempre le decía que no podía ir con ropa de marca y con tanto dinero por ahí, que llamaba mucho la atención.

—No creo que fuera un robo.

—¿Có…, cómo dices? —preguntó ella, perpleja.

—Creemos que los mataron por ser transgéneros —añadió Leandro ante la mirada suplicante de su compañera.

—¿Y eso por qué lo sabéis? Me ocultáis algo, ¿verdad? ¿Les hicieron

algo?

—No —mintió ella—. En realidad, lo sospechamos por lo que hemos encontrado en los ordenadores de los dos.

—Ya… —respondió ella decidiendo creerse lo que le decían aquella pareja de policías.

Si se dio cuenta del rubor en la cara de Sara, lo disimuló a la perfección.

—Araceli, nos vamos, tenemos que pasar por el laboratorio. Y tú necesitas descansar, es probable que tengamos que llamarte de nuevo, y esto puede durar mucho tiempo.

—Claro, lo que haga falta. Vamos, Dylan…

El perro ignoró deliberadamente a la madre de Rubén. Se hallaba sentado junto a Sara y ella creyó notar que se apretaba más junto a su pierna.

—¡Dylan! ¡Tenemos que irnos, perro cabezota!

El perro ni se inmutó.

—Le gustas, Sara —dijo la mujer con lágrimas en los ojos—. Quizá…

—No, no, mi piso es muy pequeño y, además, era de Rubén. En serio, amiguete, no puedes quedarte conmigo, estoy en medio de una investigación y ni siquiera estoy en casa lo suficiente para dormir, no puedo ocuparme de ti.

Como si hubiera entendido lo que Sara le decía, Dylan se colocó junto a la madre de Rubén, soltó un pequeño gemido y se dispuso a marcharse con ella. Por un segundo Sara había pensado que sería un buen compañero con el que combatir la soledad, pero no mentía cuando le decía que estaba en medio de una investigación. Eso significaba no ir a casa en todo el día, no comer en condiciones, no dormir, no ir a la compra, no limpiar… No, definitivamente no era el momento de adoptar un animal, ni siquiera podría ocuparse de una hormiga.

Los inspectores salieron del piso para acudir al laboratorio con más angustia de la que tenían al entrar. El teléfono de Leandro sonó y él se

echó la mano a la cabeza en señal de que algo se le había olvidado.

—Hola, Ana… No, no me he olvidado… Voy enseguida, sí… —se disculpaba una y otra vez con tono de culpabilidad; Sara no le quitaba ojo—, es que pensé que tardaríamos menos…, claro que Sara lo sabe y le parece bien…, enseguida llego…, te quiero.

—¿Qué has olvidado? —preguntó la inspectora en cuanto él colgó.

—Es nuestro aniversario, habíamos quedado para ir al teatro.

—Joder, Leandro, eres un desastre. Vete, ya sabes que esta investigación va a ser larga, no podemos exprimirnos así.

—El laboratorio…

—Tranquilo, al laboratorio voy a acercarme ahora, estará allí Solís, no tendré problema. En realidad, no les ha podido dar tiempo a revisar mucho.

—Eso es verdad.

—No te preocupes, en serio, que yo me encargo. Otro día, cuando yo ya no me mantenga en pie porque no duerma más de veinte minutos seguidos, te tocará cubrirme a ti.

—Mándame un mensaje con lo que averigües.

—Prometido —dijo ella mientras le daba un pequeño empujón para que se marchara—. Oye…, ¿qué le has comprado?

—¿A quién?

—¿Cómo que a quién?, ¿no le has comprado nada a tu mujer por vuestro aniversario?

—No, no suelo hacerlo.

—Me tomas el pelo, ¿verdad? —le preguntó ella.

—No —respondió él con sequedad.

—Haz el favor…, estamos en pleno Barrio de Salamanca, hay unas… diez mil tiendas…

—No exageres.

—En serio, Leandro, cómprale algo de camino, en la calle Serrano tienes de todo.

—¿Y qué le compro? ¿Unas flores? ¿Una caja de bombones?

—¿Quieres dormir esta noche en el coche? —ironizó ella.

—Claro que no —contestó él.

—Pues intenta ser un poco más original.

—Le gustó un bolso que vio el otro día en Adolfo Domínguez —dijo entonces Leandro mientras miraba hacia los dos lados de la calle. Parecía decidir hacia cuál de los dos lados debía dirigirse para llegar a la tienda.

—Es una buena idea —coincidió su compañera, a la vez que señalaba hacia su izquierda—. Está casi donde hemos aparcado.

—Genial, te debo una —se despidió él.

Sara miró cómo su compañero iba hacia donde ella lo enviaba. Negó un par de veces con la cabeza al pensar en lo poco detallista que era. Aunque dada su escasa trayectoria amorosa, y pensando en los veinte años que Leandro llevaba casado con su mujer, quizá la que actuaba mal era ella.

Por un momento pensó en ir en taxi al laboratorio. Un simple vistazo al tráfico la disuadió de tal hazaña. El coche se lo había llevado Leandro, así que lo más inteligente sería coger el metro. Enfiló la calle Diego de León, donde se ubicaba el piso de Rubén, y se dirigió a la calle Serrano, donde sin duda encontraría más de una entrada al metro.

No tenía mucha costumbre de usarlo, así que no controlaba muy bien las estaciones.

Terminó consultando el navegador del móvil para comprobar su ubicación. Enseguida se dio cuenta de que, si tomaba justo la dirección contraria de la que había elegido, llegaría a la estación que tomaba el nombre de la calle, Diego de León, donde podría optar entre las líneas 4, 5 y 6 del transporte subterráneo. Era un método de moverse por Madrid de lo más práctico, por la rapidez y la cantidad de sitios a los que llegaba; si alguien no sufría claustrofobia, claro. Anotó mentalmente que debía tomar la línea 6, la circular, que rodea toda la capital de Madrid; una de sus paradas, Ciudad Universitaria, la

dejaría a pocos metros del Anatómico Forense y del laboratorio.

Bajó las escaleras y se sorprendió al pasar junto a un par de músicos callejeros que tocaban la guitarra y reproducían *Yesterday,* de los Beatles, aquellos ingleses se habían ganado a pulso el puesto de intemporales. Pasó por delante de ellos muy despacio, tarareando aquella música que le resultaba tan familiar. En un arrebato, se dio la vuelta y les echó unas monedas en la funda de la guitarra.

—Menuda policía —murmuró para sí al verse fomentando la música callejera.

Llegó al laboratorio tras unos minutos metida en un vagón que le producía claustrofobia (lo sabía) y que estaba tan repleto de gente que no podía ni moverse.

Agradeció el aire fresco de la calle, incluso aunque dejara un regusto a polución. Una vez en el laboratorio, Solís le explicó lo que ya sabía, que los técnicos aún tenían mucho que revisar.

—¿Con quién debo hablar para que puedan acceder a este disco duro cuanto antes? —

preguntó ella con inusual amabilidad.

—Como no se lo diga al supervisor…, creo que está en su despacho —le informó un joven con la cara llena de marcas dejadas por el acné y una nariz tan pequeña que parecía de otra persona.

—Gracias, eso haré.

—El despacho está…

—Ya sé dónde está, no es la primera vez que vengo —lo cortó ella con impaciencia.

Eduardo Sánchez, el supervisor de Criminalística con el que había tratado en más de una ocasión, permanecía escondido tras unas gruesas gafas de pasta que le hacían parecer más viejo. El hombre estaba tan enfrascado en un libro que no fue consciente de que la inspectora llamaba a su puerta.

—Eduardo… —llamó su atención.

—¡Inspectora Benítez! No la había visto, perdone. ¿Viene por algo en especial o a que le informemos de nuestros avances?

—La verdad es que vengo a pedirle un favor. Necesito que le den prioridad a esto —

dijo ella mostrando el disco duro encontrado en casa de Rubén.

—¿Es un disco duro externo?

—Sí, estaba en casa de Rubén Artigas —le explicó.

—¿En serio?, revisamos ese piso de arriba abajo.

—Lo sé, había una trampilla bajo las cajas de los zapatos; si no hubiera sido por Dylan, jamás la habríamos encontrado.

—¿Dylan? ¿Quién es Dylan? ¿Un nuevo policía?

—No, no, aunque podría serlo, si quisiera —sonrió ella; por un momento recordó el caso que la había llevado a Gijón, cuando decidió incorporarse de nuevo al trabajo tras la baja laboral a la que la había empujado el caso de Gabriel. En aquella ocasión trabajaron con varios perros de la Unidad Canina de la Guardia Civil. Y, aunque había

sido escéptica en un principio, tenía que reconocer que los perros habían conseguido encontrar el cadáver que ellos llevaban buscando varios días sin éxito. Nunca dudaría del instinto de aquellos animales.

—Dylan es…, perdón…, era el perro de Rubén Artigas.

—Ah, es que cuando nosotros llegamos ya se lo habían llevado. El pobre llevaba horas aullando y los vecinos llamaron a la policía.

—Sí, estoy al tanto —le explicó ella.

—Creo que conocía a la víctima, ¿no?

—Más o menos… —dijo Sara, enigmática—. Verá, yo conocía a Paloma Artigas.

—¿Se trata de algún familiar de la víctima?

—Paloma Artigas era Rubén Artigas antes del cambio —se sintió en la necesidad de explicárselo—. Perdona..., ¿podría tutearte?

—Por supuesto, ya era hora. Hace mucho que nos conocemos.

Entonces, ¿no sabías nada?

—No, después de que lo mataran me enteré de que Paloma había pasado por una reasignación genital y que ahora se llamaba Rubén.

—Madre mía, qué duro —empatizó él.

—Bueno, a lo que íbamos, encontré este disco duro y necesito que le des prioridad.

Tus técnicos dicen que no pueden, si no se lo ordenas.

—Es cierto, soy el supervisor y yo les pido que se pongan con una cosa u otra según vaya haciendo falta. Si prefieres que nos pongamos con este antes, no hay problema.

¿Qué crees que vas a encontrar?

—Creo que aquí Rubén escribía todo lo que le resultaba más importante o más sincero, no sé… Tengo la corazonada de que aquí encontraremos algo que nos lleve al asesino.

—Pues no hay más que decir. Me pongo con ello ahora mismo. ¡Ah! Una cosa importante, se me olvidaba. Ambos se habían registrado en una página especializada en citas para personas trans, se llama TRÁNSITO. Lo digo porque puede ser un comienzo para buscar un nexo entre ellos.

—Muchísimas gracias, sí que es un comienzo. En cuanto llegue a casa, busco información sobre eso —zanjó ella antes de despedirse.

Quería llegar a casa cuanto antes y, si se daba prisa, igual le daba tiempo a pasar por el supermercado y así podría cenar algo distinto a una *pizza* congelada, puesto que en su nevera no había nada más. Apretó los cuadernos de Rubén contra su pecho y se dispuso a pasar unas horas conociendo por fin a su amigo. Esta vez no le daría la espalda por nada del mundo.

CAPÍTULO 14

TRÁNSITO

El sonido que precedía a un nuevo mensaje captó la atención de Sara. Hacía más de dos horas que se había prometido a sí misma que se iría a dormir. Una hora después lo volvió a prometer y a las dos y media de la madrugada, cuando sonó su móvil, seguía mirando fotos en Internet mientras en la tele las imágenes de una película de Tim Robbins (uno de sus actores favoritos) intentaban llamar su atención sin éxito alguno.

Buscaba sin cesar información sobre aquella página: TRÁNSITO. Hasta el momento, los hallazgos en los ordenadores entre ambas víctimas habían sido determinantes, los dos habían depositado sus esperanzas en encontrar a alguien especial en ese lugar virtual.

Tras conseguir algunas citas a través de varias páginas de contactos (todas fallidas por su condición de transgénero, como se podía adivinar en los mensajes de las conversaciones, no siempre borradas), ambos habían ido a parar a aquel lugar donde la mayoría de sus integrantes había pasado por lo mismo que ellos, lo que les permitía dar menos explicaciones.

Leyendo algunas conversaciones de chat de Rubén con diversas mujeres, dejaba claro lo que buscaba: formar una familia. Algunas de ellas no tenían la misma meta, varias chicas buscaban mitigar su soledad con una pareja o una cita casual. Él lo tenía claro y en ningún caso mentía, siempre les expresaba sus intenciones.

En la conversación más reciente, Rubén le aseguraba a su cita del viernes por la noche que no le importaba recurrir a la adopción o a la inseminación artificial para conseguir la tan ansiada familia.

—Para eso están los bancos de semen, ¿no? —Había sido la respuesta de la chica, una tal Amy, a lo que él había contestado con varios emoticonos de caritas sonrientes.

Sara se centró en eso, en los emoticonos, en cómo se movía el mundo hacia la tecnología, en los cambios que traía, no necesariamente buenos. Pensó en que hacía varios años, si alguien quería ligar, debía salir de casa, frecuentar lugares donde hubiera mucha gente y hablar cara a cara con quien fuera. Desde hacía un tiempo, solo hacía falta entrar en una aplicación o en una página web donde dar a «Me gusta» y que surgieran decenas de citas en tiempo récord o se bloqueara a

alguien dejando claro que no es «tu tipo». Los *emails,* los *wasaps,* todo pensado para facilitar la comunicación con los demás, habían dado como resultado una generación que se comunicaba menos que nunca. Menuda paradoja.

Un nuevo mensaje sacó de sus elucubraciones a la inspectora. No pensaba abrirlos a esas horas de la madrugada. Si se iba a la cama ya, arañaría cuatro horas preciosas de sueño a su maltrecho cuerpo. Se marchó a dormir tras despedirse de su querido Tim Robbins y comprobó que le quedaba menos de un veinte por ciento de batería, así que conectó el móvil al cargador y lo desbloqueó para activar la alarma. El mensaje parecía llamarla desde la pantalla y ella estaba casi segura de que su compañero estaría disfrutando a aquellas alturas de un divertido insomnio y habría dado con algo en Internet que quería compartir con ella: tendría que esperar al día siguiente.

Después recordó que Leandro había ido con su mujer a celebrar su aniversario, con lo que era bastante improbable que a esas horas estuviera haciendo algo que no fuera dormir tras un par de vinos que hubiera tomado durante la cena o haciendo el amor con la mujer con la que llevaba más de veinte años casado, así que abrió el *wasap* y se encontró con que el remitente era nada menos que el que le había enviado la imagen del Tercer Jinete del Apocalipsis y el texto que casi se sabía de memoria. Abrió con miedo la foto, de repente un sudor frío se había apoderado de su espalda.

La foto era muy similar a la anterior. En ella, un jinete a lomos de un caballo rojo portaba una enorme espada que salpicaba sangre, los ojos del caballo despedían fuego y las crines se movían por el galope del animal, provocando un efecto de fuego a su alrededor. El jinete, de cabellos rojos como el corcel, levantaba la espada al cielo y su expresión era de victoria, varios cuerpos se adivinaban a su alrededor, ensangrentados y ensartados por la espada. Se podía adivinar la destrucción provocada por el jinete al pasar.

El texto tampoco ayudó mucho a Sara a que se tranquilizara. Antes de leerlo, ya sabía que aquella noche no dormiría demasiado.

Y cuando él abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente que decía: «¡Ven y mira!». Y salió otro caballo, rojo; y al que lo montaba le fue dado poder para quitar la paz de la tierra y para que se matasen unos a otros, y le fue dada una gran espada.

Se dio cuenta de la rapidez con la que su corazón había comenzado a latir al no poder escuchar más que el golpeteo de la sangre en sus oídos. Escribió a toda prisa un *wasap* a Leandro. Estaba asustada porque aquellos mensajes, sin duda, precedían a una nueva víctima que añadir al caso. Una o varias, claro, que aún no tenían claro cómo pensaba actuar el agresor. No llegó a enviarlo, no podía despertar a Leandro y a toda su familia por un mensaje que nada decía, aunque lo dijera todo. Por mucho que la fastidiara, tendría que esperar a que fuera de día para continuar investigando.

Se acostó sabiendo que no podría conciliar el sueño enseguida, y casi habría sido mejor no hacerlo, porque las pesadillas se turnaron aquella noche para no darle ni un minuto de tregua. La última terminó de sacarla de una cama que se había convertido en terreno hostil. En ella veía a Leandro en un charco de sangre frente a la médium pelirroja que tan bien habían llegado a conocer. Pero la sangre no era de Miriam, sino del propio Leandro, y eso era algo que ella no podía permitir. Su cerebro se rebeló de inmediato ante aquella atrocidad y Sara supo que ya no dormiría más por aquel día.

No podía evitarlo, Leandro era su amigo y su debilidad. Durante años el inspector había aguantado sus idas y venidas, sus rarezas, su mal humor… Ella casi da al traste con aquella larga amistad al cerrarse en sí misma tras el caso del asesino de videntes que tanto la marcó por dentro y por fuera. Él había aguantado (demasiado, era consciente) y allí estaban de nuevo, dos colegas que se respetaban y se entendían a la perfección y que sin dudarlo darían la vida el uno por el otro llegado el caso. Jamás dejaría que una visión así se hiciera realidad.

—¡Las seis de la mañana! ¡Joder! —exclamó Sara de mal humor, no sabía cuándo podría volver a pillar la cama, aquella jornada se le presentaba de lo más extenuante.

Se metió en la ducha tras tomarse el primer café de muchos que caerían ese día en aquel cuerpo cansado y después aderezó la segunda taza con un analgésico en un intento de frenar el incipiente dolor de cabeza que amenazaba con acompañarla durante toda la jornada.

Bajó de su apartamento antes de las siete de la mañana. Sabía que sería la comidilla de la comisaría por llegar tan temprano, y lo mismo

le daba. Se encaminó a la parada de autobús y se colocó bien la bufanda para que el aire helado no se colara por su cuello.

—Hace un frío del demonio —le dijo el dueño del kiosco de su calle mientras colocaba los diarios nuevos y desechaba los viejos.

—Buenos días, Cosme —lo saludó ella—. Sí, abrígate bien, que este invierno viene pisando fuerte y tú estás en la calle mucho tiempo.

—No crea, dentro del kiosco se está bastante bien, no se preocupe.

—Me alegro. Tengo que dejarte, que llevo prisa —se disculpó ella, no tenía muchas ganas de mantener una conversación intrascendente a aquellas horas de la mañana.

Tuvo que correr los últimos metros porque se le marchaba el autobús de su línea y no quería perderlo. Cierto era que le sobraba tiempo, pero no lo quería pasar resguardada del frío en una solitaria marquesina, prefería llegar a la comisaría y, al menos, disfrutar de un asqueroso café y de la calefacción central.

Como esperaba, varios agentes comenzaron a cuchichear en cuanto entró al trabajo.

Uno de ellos, incluso, se permitió bromear, sin duda para ganar una apuesta con sus compañeros: («¿a que no te atreves a decirle a la inspectora…?» o «no hay huevos a decirle…»). Siempre era lo mismo y no los podía culpar. Ella daba mucho juego para ese tipo de retos mostrándose borde, irascible y malhumorada constantemente.

—¿Recuperando las horas de vacaciones, inspectora?

—Muy gracioso, Ramos, ¿no tiene nada que hacer? —le preguntó ella provocando que el joven agente se tornara de un tono escarlata.

—A estas horas no suele haber mucho trabajo, no.

—Pues eso lo arreglo yo en un momento. Acompáñeme al despacho, que tengo unos cuantos expedientes para colocar y varios informes que redactar.

—Inspectora, a ver, que estaba bromeando —quiso rebajar la tensión él.

—Yo no —respondió ella con sequedad.

El agente siguió a Sara cabizbajo mientras sus compañeros se reían sin

atreverse a subir el tono, no les fuera a mandar alguna tarea a ellos también. Al llegar al despacho, vieron que el ordenador se hallaba encendido y la puerta abierta.

—¿Quién ha entrado? —preguntó ella, enfadada.

—Nadie, que yo sepa —contestó el joven agente.

—¿Y por qué está encendido el ordenador?

—No tengo ni idea, inspectora, se lo prometo.

Sara entró sin esperar. El agente no sabía si había peligro allí dentro o no; así que, aunque no la sacó, echó mano al arma reglamentaria para infundirse confianza. Dentro del despacho no había nadie, tampoco parecía que nada estuviera fuera de su sitio. En el pecho de la inspectora se instauró una molesta sensación, como la de haber sufrido una violación de su intimidad. Y eso sin saber quién había entrado y qué había hecho; podría haber sido el personal de limpieza, o un agente a buscar algo, o el comisario antes de irse a casa…, las posibilidades eran bastante grandes.

Reparó en un pequeño paquete en la silla junto a su mesa, ni lo había visto.

—¿Qué es eso? ¿Quién ha dejado este paquete aquí? —quiso saber Sara.

—No tengo ni idea, inspectora. Yo entré a trabajar a las diez de la noche y no me he movido de la puerta. Si alguien lo ha traído, tuvo que ser antes.

—¿Y no comprueban las cámaras de seguridad?

—Claro, y no vimos nada que nos hiciera sospechar que alguien hubiera entrado en la comisaría, esto es muy raro.

—¿No faltó de su puesto en ningún momento?

—Sí, para ir al servicio y para cenar, pero dejé a Mora en mi puesto.

—¿A Germán Mora?

—Sí, señora.

—¿Está abajo ahora?

—No, está patrullando.

—Quiero verlo en cuanto llegue a dar el cambio de turno. Igual él vio algo.

—Claro, se lo diré en cuanto venga. ¿Va a abrir eso? —preguntó el joven policía.

—No, voy a esperar al inspector Gómez y le aplicaremos el protocolo de seguridad, no quiero sorpresas.

—Si quiere, podemos ir ahora…

—Se lo agradezco, Ramos, pero prefiero esperar al inspector Gómez, estamos en una investigación importante y es mejor que todas las pistas las sigamos juntos.

—De acuerdo.

—Gracias, Ramos, puede irse…

—Hasta luego, inspectora, que pase buen día.

—¿Ramos?

—¿Sí? —Volvió él sobre sus pasos, algo se le olvidaba a la experimentada policía y el joven no le hacía ascos a ganar puntos con ella.

—Se le olvidan los expedientes. Hay que guardarlos en el almacén. —Sonrió ella con sarcasmo mientras señalaba decenas de carpetas en una silla y en el suelo.

El policía suspiró y se fue a por un carrito para llevar todo de una vez mientras por dentro maldecía por su «suerte», ella no pudo evitar una sonrisa de triunfo.

Se volvió al pequeño paquete que descansaba en su mesa, lo cogió con la manga del jersey tapando su mano, para no contaminarlo de más, y comprobó que no tenía remitente, lo que ya se temía. Tocar la caja le provocó escalofríos incluso a través del jersey. Si la mandaba el asesino, podía tener dentro de aquel pequeño cubículo una parte de la siguiente víctima. De hecho, estaba casi segura de que así sería.

Se perdió en sus pensamientos al reparar en los pasajes del Apocalipsis que se había esforzado en olvidar durante tanto tiempo y que ahora se convertían en protagonistas absolutos de sus días. Se hallaba tan

enfrascada en sus pensamientos que no se dio cuenta de la llegada de su compañero.

—Buenos días, Sara. —Escuchó de pronto, y le resultó tan lejano…

—Leandro, ni te he oído entrar.

—Estabas ensimismada. ¿Ha ocurrido algo? ¿Qué me he perdido?

—He llegado hace un rato y me he encontrado la luz encendida y el ordenador conectado. Alguien ha estado aquí.

—Qué raro que entre alguien sin permiso…, igual el personal de limpieza…

—Sí, ya lo pensé. Preguntaré al encargado, aunque nunca tuvimos ningún problema con ellos. No me preocupa que se dejaran la puerta abierta y la luz encendida. Tampoco que usaran mi ordenador… Bueno, eso sí me preocupa.

—¿Que usaron tu ordenador?

—Estaba encendido, sí, pero ya te digo que no es eso lo que más me inquieta. Lo peor es esto —le dijo a Leandro mientras le enseñaba la pequeña caja que le habían dejado durante la noche.

—¿Dices que te han dejado esa caja en el despacho durante la noche? ¿Y has preguntado a los que estaban de guardia? Alguien tuvo que ver algo.

—Ha subido Ramos conmigo, dice que ha estado en la puerta toda la noche, salvo para cenar e ir al baño, y que entonces se ha quedado en su lugar Mora, ninguno ha visto nada.

—Habrá que revisar las cámaras de seguridad y pasar la caja por el escáner.

—Lo sé, te esperaba para eso —le aseguró ella.

—¿En serio? —preguntó él, escéptico—. No me necesitas para algo tan rutinario.

—Ya lo sé, joder, es que quería que vieras la caja antes de llevarla a que la destripen.

¿Es igual que las que me enviaron con los ojos de Francesca?

—No, qué va…, las otras eran mucho más… sofisticadas, las tienen en el laboratorio.

—Voy a pedir que la revisen.

—Vale, vamos entonces, tenemos mucho que hacer —murmuró el inspector Gómez.

—Ni te lo imaginas —respondió ella con ironía.

—¿Qué quieres decir?

—Que me temo que nos espera otra víctima.

Leandro sintió cómo la sangre se congelaba en sus venas y no permitía que el recorrido de su brazo terminara, como esperaba, llevando el café a sus labios. Un café que de repente sabía a derrota y a desesperación.

CAPÍTULO 15

EL SEGUNDO JINETE

—¿Qué me he perdido, Sara? —preguntó Leandro, algo alterado—. Si ayer te ocurrió algo, deberías haberme llamado.

—Era tu aniversario…

—Aun así.

—Esto me llegó a las tres de la madrugada. Me pareció que daba igual que te lo enseñara a las tres que a las ocho.

La imagen en la pantalla provocó un escalofrío al experimentado inspector, no había duda de que se trataba de un nuevo indicio.

—Es el Segundo Jinete —añadió ella—, casi me sé el Apocalipsis de memoria. Entre lo que leí y estudié durante el caso de Gabriel, y lo que estoy leyendo ahora, casi podría ser teóloga.

—No será para tanto, hay muchas versiones —le explicó Leandro.

—Sí, yo me he centrado en el Apocalipsis de San Juan, que es de donde han salido estas citas. Al igual que salieron las que Gabriel dejó en su cuaderno, las notas que enviaba. De todos modos, no sé lo que intenta.

—Matar a gente que ha cambiado de sexo, supongo. ¿Y dices que tanto Gabriel como este individuo sacan las citas del mismo Apocalipsis? Eso debe de significar algo.

—No creas, Leandro. El Apocalipsis de San Juan es el más conocido, el que podemos encontrar en cualquier librería o biblioteca y el primero que aparece cuando lo tecleas en el ordenador. Puede ser simple coincidencia. Lo que más me inquieta es por qué se centra en este tipo de personas. Alguna razón tendrá, por muy rebuscada que sea, ¿no?

Estoy pensando que podríamos hablar con el comisario para que avise a los del SAC.

—¿Los de Análisis de Conducta? ¿Seguro?

—Sí, creo que en este caso sería bastante útil. ¿Tú no?

—Yo soy de la opinión de que toda ayuda es buena y los he visto

trabajar. Lo pensé cuando terminó el caso de Gabriel. Quizá estamos poco acostumbrados a confiar en esa unidad. Y no porque no me fie de ellos, ni mucho menos, es falta de costumbre, creo que deberíamos llamarlos más a menudo.

—Se trata de una unidad relativamente nueva. Yo también creo que deberíamos tirar de ellos más. Hablaré con el comisario.

—Bueno…, ¿y qué simboliza el Segundo Jinete?

—Vaya, creo que tú también has investigado un poco —se burló la inspectora.

—Miré algo sobre la foto del Primer Jinete, el jinete blanco. Quería leer sobre los cuatro y no pasé de ahí. Lo siento.

—¿Y conseguiste algo de provecho?

—Lo único que he sacado en claro es que el Primer Jinete simboliza la conquista, la victoria del bien sobre el mal. Pensaba investigar sobre el segundo esta mañana, ayer me fue imposible. Desde luego, no esperaba tener que estudiarlo tan pronto.

—Tranquilo, lo miraremos juntos. Como te dije antes, hay varias interpretaciones. Esa es la que defienden San Juan Crisóstomo y San Ireneo. Estaban convencidos de que el Primer Jinete simboliza el Evangelio, la propagación del cristianismo. Sin embargo, hay

una corriente protestante que asegura que es el anticristo, es decir, todo lo contrario —

se explayó Sara.

—Esto me supera, Sara. ¿Qué creerá el asesino?

—Siendo una mente enferma, como parece que es, postulará una teoría diferente a estas dos o una mezcla entre ambas, ya veremos. En todo caso, es un símbolo de conquista, de victoria.

—Quizá nuestro asesino se ve como un triunfador —soltó Leandro, poco convencido.

—Quién sabe. —Sara se encogió de hombros.

—¿Y el Segundo Jinete?

—El Segundo Jinete simboliza la guerra, poco más te puedo decir.

—Me saca de mis casillas, Sara, no lo puedo evitar. Este tío…

—O tía.

—… O tía, nos manda una foto, una frase y tenemos que adivinar a quién quiere matar, cómo y cuándo.

—Vamos a ciegas, es cierto. No podemos más que estar atentos a lo que ocurre en nuestro entorno. Por cierto, anoche estuve buscando sobre TRÁNSITO.

—¿Qué es eso? —preguntó él, perplejo.

—¡Ah!, ¡es verdad! Me enteré ayer en el laboratorio y aún no te había visto.

TRÁNSITO es una página de contactos especializada en gente trans. Rubén y Francesca acabaron allí tras dar varios tumbos en otras páginas de contactos.

—¿Y eso por qué? —se extrañó el inspector Gómez.

—Porque es más sencillo encontrar pareja entre la gente que ha pasado por lo mismo que tú. Tanto uno como otro sufrieron varios rechazos en cuanto sus posibles citas supieron su condición de trans.

—Tiene sentido —coincidió él.

—También leí un poco el diario de Rubén. Es…, cómo te diría yo…, tan organizado que roza la locura.

—Que era obsesivo con el orden ya lo vi al entrar en su casa, y eso que ya había pasado por allí la Científica.

—Lo del diario es demasiado, Leandro. Clasificaba a las mujeres y les daba una puntuación según le gustaran más o menos. Y no solo hizo la clasificación de las que quedaron con él, también de las que solo hablaron por el chat.

—¿Y cómo era esa clasificación?

—Según las afinidades que tenían en común o si pensaban igual. Por ejemplo, las mujeres tenían más puntos si querían formar una familia, o si querían un perro o disfrutar de la naturaleza o hacer deporte… Algunos eran requisitos imprescindibles, sobre todo lo de querer tener hijos y que amaran a los animales —se extendió ella con un tono que parecía una mezcla entre la perplejidad y la emoción.

—Me parece alucinante.

—Y exagerado, Leandro. Creo que se está perdiendo la humanidad al tener un acceso tan sencillo a la tecnología y a lo virtual. Además, había algo que me llamó mucho la atención; igual es solo una interpretación mía, no sé.

—¿De qué se trata?

—Describe a algunas mujeres con las que habla un par de días y después escribe una E

mayúscula en rojo y pasa a otra mujer. Hay algunas con las que en media página ya ha escrito la E.

—¿Y sabes lo que significa?

—No tengo ni idea —respondió ella—. Además, tuve la sensación…, ¿cómo te diría yo?, como si las despreciara…

—Qué extraño. Si quieres, le echo un ojo. Si te parece, ahora voy a intentar contactar con la persona que lleva esa página, TRÁNSITO, a ver si puede aportar algo.

—No esperes mucho, no creo que haga nada por ayudarnos —protestó la inspectora—

. No hay nadie en su sano juicio que quiera tener relación con un par de cadáveres.

—¿Y sobre las víctimas que pensamos encontrar? Porque estamos de acuerdo en que ha matado a alguien más, ¿verdad? ¿Por dónde empezamos?

—No tengo ni idea. Yo también estoy segura de que nos esperan nuevas víctimas; si no, no habría mandado aquellos mensajes. Aunque, claro, no podemos anticiparnos, por mucho que el instinto nos diga lo contrario.

—Cometerá un error, seguro —le prometió Leandro, ella asintió esperanzada.

—Tenemos que hablar con el comisario para que traiga a alguien del SAC cuanto antes. Ahora mismo sería lo que más podría ayudar. ¡Ah!, ¡por cierto!, les pedí en el laboratorio una copia del disco duro que encontraron en la caja fuerte de Rubén.

—¿Y te la dieron sin más?, ¿sin una orden?

—No, sin más no. Tuve que tirar de contactos.

—Eduardo Sánchez. —Cayó en la cuenta él.

—Exacto. Me lo darán esta tarde, primero han de encontrar la contraseña. En cuanto le expliqué dónde lo habíamos encontrado, le dio prioridad. Fue él quien me habló de la conexión de las dos víctimas con TRÁNSITO.

—Sara…, una cosa…

—Dime.

—¿A qué hora te fuiste ayer a dormir?

—Qué más te da. Tarde, me fui tarde —respondió ella a la defensiva.

—Sara…

—Me fui muy tarde, sí, ya me conoces. Cuando estoy investigando alguna pista, pierdo la noción del tiempo. Y luego me llegó ese mensaje…

—A las tres de la mañana.

—Sí, más o menos.

—Y ya no dormiste nada, ¿verdad?

—Lo intenté, solo que lo único que conseguí fue hilar una pesadilla tras otra, al final me levanté y me vine para acá. Por eso esta mañana he llegado tan pronto.

—Si no tenemos una pista fiable hoy mismo, quiero que te vayas a dormir. Yo te llamaré si hay novedades.

—Vamos a ponernos con esto y después veremos. Ahora mismo he tomado tanta cafeína que necesitaría ir a un centro de rehabilitación para conciliar el sueño.

—Bueno, déjame el diario. Creo que tienes razón…, nunca había visto a alguien tan organizado —dijo Leandro para cambiar de tercio—. ¿Ya era así antes?

—¿Paloma, dices?

—Sí.

—Paloma tenía los mejores apuntes del instituto, clasificados por colores, por orden alfabético…

—Entonces Rubén también, claro… —añadió Leandro.

—Me parece que tenemos que abrir la mente, ¿no te parece?

—Yo tengo la mente abierta.

—Sí, claro —se mofó ella.

—¿Crees que no? —se enfadó él.

—Creo que aún te queda mucho camino.

—Coño, y a ti también —insistió con el ceño fruncido.

—En realidad a todos —añadió Sara—. Paloma no cambió de personalidad, cambió de sexo. En realidad, tampoco, lo que cambió es de atributos sexuales, para que se adecuaran a lo que era en realidad, un hombre.

—Sí, creo que eso es lo que hay que cambiar, la mentalidad. No es que tengamos la mente cerrada, es que nos falta costumbre a la hora de convivir con algo así.

—Nos pasa a todos, pero creo que nos falla el esfuerzo por aprender, comprender y aceptar. A mí la primera. Y sí, siempre fue así de organizada…, digo organizado —le aseguró la inspectora—. ¿Lo ves? A mí me sigue saliendo el femenino.

—Bueno, Sara, en tu caso es comprensible. Solo la conociste como Paloma. Volvamos a la «clasificación de las mujeres». ¿Alguna te llamó la atención?

—Sí. Con algunas llegó a quedar, con otras solo habló por chat y, o bien lo

«despacharon» porque era transgénero, o bien las descartó él porque no buscaban lo mismo.

—De todos modos, veo un poco superficial estos fichajes que les hacía a las mujeres.

Quiero decir que… ¿y la atracción? Porque no siempre nos gusta

quien más nos conviene. Basarnos en unas puntuaciones por afinidades…

—Lo de que no siempre nos gusta quien más nos conviene, no hay más que ver a tu mujer contigo.

—Muy graciosa —se burló él.

—Pero no es más superficial que ir a un banco de semen y elegir entre los candidatos a un donante de determinadas características físicas e intelectuales, ¿no? —dijo ella con un tono más serio.

—Bueno, visto así… De todos modos… le echaré un ojo, quizá vea algo más que nos pueda ayudar.

—Sí, y también a lo que haya en el disco duro, en cuanto me lo entreguen. En el laboratorio, el análisis de los ordenadores y los móviles va lento. Hay muchos chats por revisar.

—Deberíamos avisar a Eduardo Sánchez de que comiencen por las últimas conversaciones. Si Rubén y Francesca quedaron el sábado por la noche, habrá mensajes más recientes.

—Sí, claro, de alguna manera tuvieron que quedar, ya sea por chat o por *email* o por WhatsApp.

—O por teléfono —añadió el inspector.

—O por teléfono…, ¡o por alguna maldita vía informática!

—Bueno…, estaba pensando…, ¿y si quedaron a la antigua usanza?

—¿A qué te refieres?

—A que también pudieron conocerse en un bar o en el gimnasio o en una conferencia o en vete a saber qué. Y pudieron quedar para la noche del sábado y no haberse dado ni los números de teléfono.

—¿Cuántas probabilidades crees que hay de que dos personas transgéneros que están registradas en una página especializada para citas de personas transgéneros se conozcan en la calle, se gusten y no se den ni siquiera el teléfono?

—Vale, vale, tienes razón, ninguna… o casi ninguna.

—De todos modos —dijo ella mientras sacaba el teléfono para enviar un mensaje—, voy a escribir a Eduardo Sánchez para que miren las

conversaciones más recientes, sobre todo del móvil.

—Te llevas muy bien con él, ¿no?

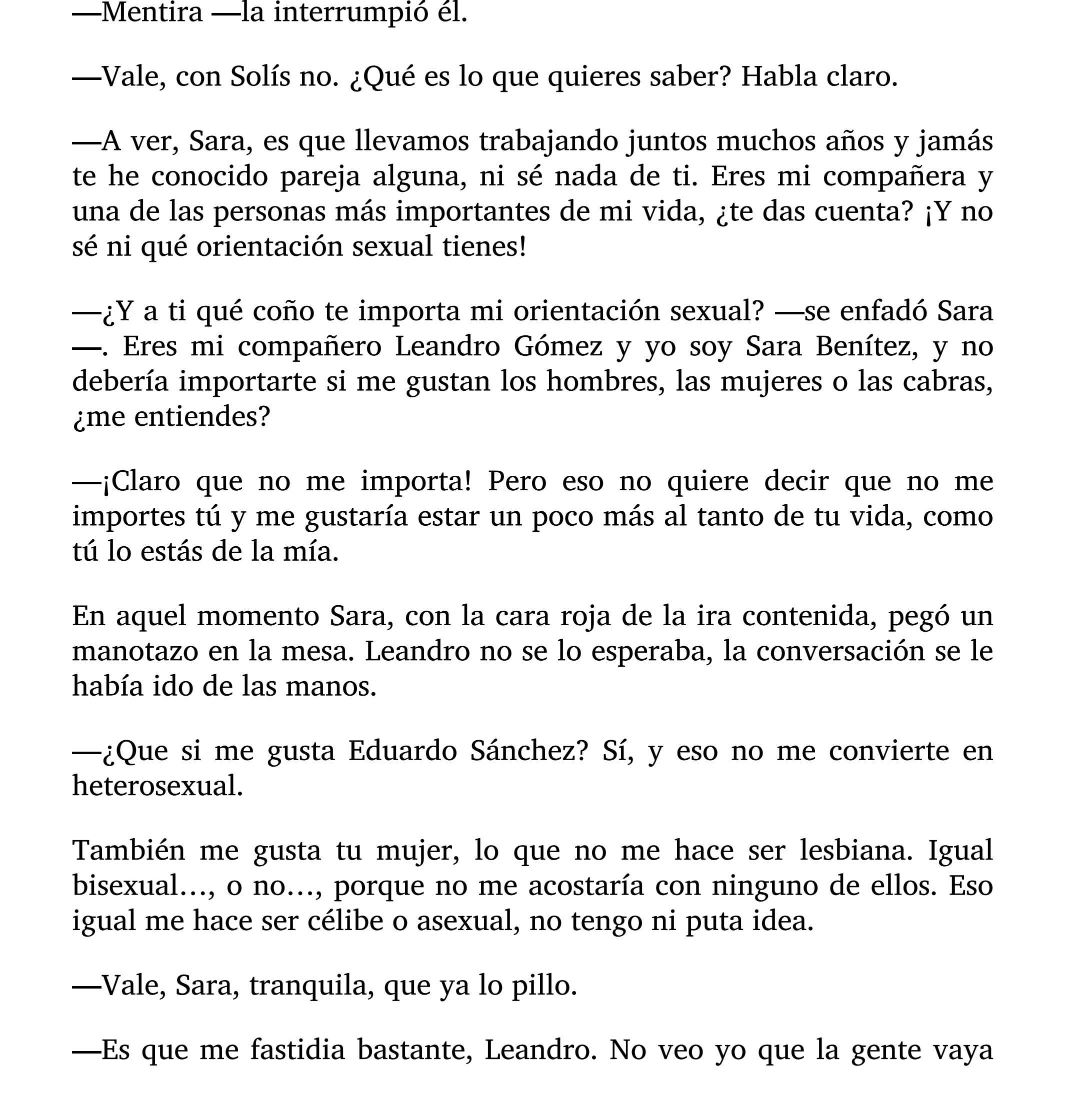
—Sí, me parece un buen profesional.

—¿Solo por ser un buen criminalista?

—¿Perdona?, ¿qué intentas preguntarme, Leandro?

—Nada, nada. Solo que pocas veces veo que te lleves tan bien con una persona.

—También me llevo bien contigo…, y con Solís…



—Mentira —la interrumpió él.

—Vale, con Solís no. ¿Qué es lo que quieres saber? Habla claro.

—A ver, Sara, es que llevamos trabajando juntos muchos años y jamás te he conocido pareja alguna, ni sé nada de ti. Eres mi compañera y una de las personas más importantes de mi vida, ¿te das cuenta? ¡Y no sé ni qué orientación sexual tienes!

—¿Y a ti qué coño te importa mi orientación sexual? —se enfadó Sara —. Eres mi compañero Leandro Gómez y yo soy Sara Benítez, y no debería importarte si me gustan los hombres, las mujeres o las cabras, ¿me entiendes?

—¡Claro que no me importa! Pero eso no quiere decir que no me importes tú y me gustaría estar un poco más al tanto de tu vida, como tú lo estás de la mía.

En aquel momento Sara, con la cara roja de la ira contenida, pegó un manotazo en la mesa. Leandro no se lo esperaba, la conversación se le había ido de las manos.

—¿Que si me gusta Eduardo Sánchez? Sí, y eso no me convierte en heterosexual.

También me gusta tu mujer, lo que no me hace ser lesbiana. Igual bisexual…, o no…, porque no me acostaría con ninguno de ellos. Eso igual me hace ser célibe o asexual, no tengo ni puta idea.

—Vale, Sara, tranquila, que ya lo pillo.

—Es que me fastidia bastante, Leandro. No veo yo que la gente vaya

por ahí diciendo:

«Hola, me llamo Fulanito y soy alérgico al polvo» u «hola, me llamo Menganito y soy hipertenso» u «hola, me llamo Paganito y soy gilipollas».

—Déjalo ya, Sara, que no tengo ganas de discutir. Solo me intereso por mi compañera, nada más, por mí como si tienes veinte tíos esperándote en casa o veinte tías o diez de cada, de verdad.

—Si en realidad estoy cargando en ti toda mi frustración, perdona —se disculpó ella, lo que hizo que Leandro enarcara una ceja. ¿Sara disculpándose?—. Es lo que me molesta de la sociedad en general.

—Los compañeros estamos para algo más que compartir el maldito brebaje que nos hacen pasar por café.

—Lo sé, y te prometo que, cuando tenga algo importante que contarte, lo haré.

—¿Como lo que te ocurre con tu madre?

—¡Joder! ¡Que ya te lo contaré! ¡Cuando me parezca! Tienes el don de la oportunidad, madre mía.

El inspector se permitió una sonrisa sincera, aquella sí era la compañera a la que tanto había echado de menos durante el último año, en que habían mantenido una relación forzada en el trabajo y fuera de él. Unos golpes en la puerta precedieron a los agentes del turno de noche.

—Buenos días, inspectores, ¿podemos pasar?

—Hablando del don de la oportunidad… —se mofó Sara—. Pasen, claro.

—Inspectora, yo me quedé en la puerta cuando Ramos se retiró a cenar y dos veces más para que fuera al servicio. Y no vi nada —le explicó el agente Mora, un hombre de unos cuarenta años con la cara picada de un antiguo acné juvenil que, sin duda, había protagonizado su adolescencia.

—¿Está seguro? ¿No se levantó de la silla para nada?

—Eh…, no…, bueno…

—¿Cómo que bueno? —le regañó su compañero—. Me dijiste que no

te habías movido de allí.

—Es que alguien rompió una farola fuera de la comisaría y salí a ver qué pasaba. Solo fueron unos segundos.

—¿Dejó su puesto libre unos segundos, dice?

—Sí, señora, tenía que comprobar lo que ocurría en la calle —respondió a la defensiva.

—No me interesa expedientarle ahora, lo único que quiero saber es cuánto tiempo estuvo fuera de la comisaría.

—No tardé más de tres minutos, porque quien rompió la farola se movió hacia la derecha y lo seguí hasta la esquina. Después volví precisamente para no dejar solo el puesto de la entrada.

—Tres minutos… —murmuró Leandro.

—Bien, ya que la ha cagado, y usted también —dijo mirando a la cara a los dos jóvenes agentes—, van a hacer una cosa: vayan abajo, pongan en marcha el cronómetro, echen una carrera hasta aquí, abran el despacho, aquí está la llave, enciendan la luz, dejen esta carpeta aquí y bajen. Después me dicen cuánto han tardado. Tienen que correr.

—Tú corres, Mora, yo te cronometro.

—Y una mierda —lo interrumpió Sara—. Van a correr los dos. Leandro, ve con ellos y cronometra tú.

—A la orden, jefa.

Los dos agentes salieron maldiciendo su suerte. No tenían muchas ganas de correr después de un turno de noche. Sin embargo, era mejor penitencia que sufrir un expediente por abandonar la puerta de la comisaría.

Durante unos minutos Sara se divirtió, sobre todo cuando los dos policías abrían la puerta del despacho tras oírlos pelear fuera por ser quien metiera la llave. Tuvieron que mirar dónde estaba el interruptor y dejaron la caja encima de la mesa. Después bajaron a toda prisa y Sara se quedó escuchando hasta que Leandro gritó desde abajo: «¡Dos minutos doce segundos!».

—Lo que me temía, los apartaron de la puerta, es posible que no

trabaje solo —

murmuró Sara para sí, aquello se complicaba. Si había algo peor que buscar a un asesino, era buscar a un asesino y su cómplice.

El subinspector Solís llegó en aquel momento seguido de Leandro, que se afanaba en desconectar el cronómetro. Portaba la caja que unos minutos antes le habían entregado para que fuera analizada. Unos guantes preservaban la prueba y la intención del policía era tan solo la de enseñarles el contenido y enviarla al laboratorio en busca de huellas o algo que les proporcionara alguna pista. Leandro se acercó con interés y se puso las gafas de cerca.

—¿Qué…, qué es esto? No había visto nada así nunca.

—Es una especie de *router,* casero, no sé explicárselo muy bien —le informó él—. Por lo que parece, emite una señal que es capaz de encender los aparatos electrónicos que se encuentren a pocos metros.

—¿Así se encendió mi ordenador? Entonces tenemos una mierda de sistema de seguridad.

—No crea, jef…, inspectora Benítez —discrepó el agente pelirrojo—. En realidad, es bastante bueno. Consiguió encenderlo, pero no pasar de ahí. ¿Cuándo llegó usted, no tuvo que poner la contraseña?

—No la he puesto aún, creo… —dijo ella mientras se acercaba al ordenador para comprobarlo—. No, sigue sin contraseña.

—Hágame un favor —le pidió él—. Apáguelo y deje que acerque esto.

—Un segundo —respondió Sara a la vez que daba al botón de apagado —. Ya está.

El subinspector se acercó entonces a un par de metros del ordenador y los policías vieron, con asombro, cómo el aparato se encendía de inmediato. Y, tal como él les había explicado, no consiguió acceder al sistema interno al no tener la contraseña.

—Solo quería entretenernos —comentó Sara—. ¿Habrá accedido a algún sitio más de la comisaría? Tendremos que realizar un registro exhaustivo.

—O dejar patente que puede hacer lo que le dé la gana con nosotros, es un alarde de superioridad —añadió Leandro—. De todos modos, ya están comprobando las cámaras de seguridad de los pasillos. Con un

poco de suerte, tendremos una imagen del sospechoso.

—Igual tienes razón y solo quería demostrar que va por delante de nosotros —

coincidió ella apretando con fuerza las mandíbulas; la ira invadía su interior al pensar que se estaba riendo de ellos.

El teléfono interrumpió las elucubraciones de los dos inspectores. El subinspector Solís aprovechó para salir de la habitación. Llevaría el dispositivo al laboratorio para que lo pudieran analizar.

La llamada provenía del despacho del comisario, lo que no podían ser muy buenas noticias; pocas veces los telefoneaba personalmente.

—Comisario —respondió Sara mientras pulsaba el botón de manos libres, así no tendría que contarle lo que fuera a su compañero después.

—¿Está el inspector Gómez con usted? —respondió el hombre con sequedad.

—Sí, está a mi lado, ¿necesita que le dé algún recado?

—¿Recado? No, no, era porque tengo que hablar con los dos en mi despacho, en realidad era para que lo avisara.

—Vamos para allá —respondió Sara a la nada, puesto que el comisario no se había molestado en quedarse a escuchar.

Subieron al piso superior, donde se encontraban los despachos, una sala de informes y otra de usos múltiples. Allí solían visualizar los vídeos o repasar algún interrogatorio.

Sara observó al comisario en cuanto entraron a su despacho. Se hacía viejo al otro lado de la mesa. En los dos últimos años se había echado encima algunos kilos y el pelo, cada vez más ralo, parecía más gris salpicado de cabellos morenos que negro salpicado de canas. En la habitación olía a tabaco de pipa y a Hugo Boss, el perfume que el hombre utilizaba desde hacía tantos años.

—Buenos días, inspectores, no voy a perder el tiempo con preámbulos. Han encontrado el cadáver de un hombre en la base militar de Torrejón.

—¿Y eso no es asunto de la Policía Militar?

—Lo sería si no le hubieran cortado el pene y las manos, ¿no le parece?

—Joder, Leandro, el Segundo Jinete…

—El de la Guerra… —añadió él.

—Exacto.

El inspector Gómez miraba a Sara con cara de aceptación mientras el comisario movía la cabeza de uno a otro sin entender.

—No tengo ni puñetera idea de lo que están hablando. Pónganme al corriente más tarde. Ahora vayan a hablar con ellos, que los están esperando. Pregunten por el coronel Escribano. ¡Ah!, y llévense a Solís…

Sara salió del despacho seguida por su compañero y con un sabor amargo en la boca.

No solo había otro cadáver, sino que encima tendrían que lidiar con los militares, lo que no le hacía ni pizca de gracia. Pensó en el mensaje dejado por el asesino en su móvil y fue consciente del peso del teléfono en su bolsillo, que no era ni la cuarta parte del que sentía en su pecho. No en vano, cargaba con otro cadáver sin que hubiera podido evitarlo y… ¿cuál era el peso de una muerte sobre la conciencia?

CAPÍTULO 16

EN EL FRENTE

Entrar en la base de Torrejón era como introducirse en una realidad alternativa. Para empezar, un control en la entrada (el primero de muchos que tendrían que pasar) donde un soldado de poco más de veinte años les dio el alto y les pidió la documentación.

—Están en una zona militar —les informó—, no pueden pasar.

—Lo sabemos, tenemos una cita con el coronel Escribano —le explicó Sara.

—¿Puedo saber el motivo de su visita? —preguntó el joven mientras comparaba la foto de los tres policías en los DNI que le habían proporcionado con las tres personas que viajaban en el coche.

—No —respondió la inspectora Benítez con sequedad.

Leandro volvió la cabeza hacia ella. No era muy buena forma de empezar ningún trabajo con el ejército.

—Lo siento, pero si no me dicen…

—Somos de Homicidios —le respondió Leandro, a la vez que sacaba la placa e instaba a sus compañeros a que lo imitaran.

—Un momento, por favor… —les pidió mientras se metía en la garita, suponían que para llamar a un superior.

El joven salió un minuto después, les devolvió los carnés y les informó de que dicho coronel los estaba esperando.

—Tendrán que parar ahí —les explicó señalando a una zona de carga y descarga. Unos compañeros les revisarán el coche antes de que puedan acceder a la base.

Aquella vez la inspectora no dijo nada, pero bufó en señal de desaprobación. Leandro no entendía a qué venía la actitud de su compañera. Era cierto que aquello se convertía en un fastidio, mostrarse hostil no iba a ayudar en nada. Solís, en el asiento de atrás, no abría la boca. El inspector Gómez se lo tomó como una muestra de educación. En realidad, el agente se sentía tan mareado de viajar en el asiento de atrás que pensó que si abría la boca vomitaría sin remedio; no se lo podía permitir en la primera misión con su idolatrada jefa.

—Sara…, no podemos mostrarnos hostiles con los militares, ¿entiendes? No avanzaremos nada si no colaboramos con ellos.

—Es que no soporto que me den órdenes, y menos un crío de veinte años.

—No creo que tuviese veinte años. De todos modos, los militares tienen una manera de actuar y un régimen diferente al nuestro, no podemos pretender entrar en su territorio y exigir que se adapten a nosotros —le explicó de manera paternal intentando apelar a su sentido común.

—Es superior a mis fuerzas, Leandro. Te ordenan todo como si tú no tuvieras voluntad o tuvieras que anularla para estar aquí.

—A ver, Sara, tampoco te pases, que por ahora solo nos han mirado el carné y nos han pedido que aparquemos el coche para que lo revisen, lo cual a mí me parece perfecto.

No pueden consentir que se cuele un artefacto explosivo o algún micrófono o algo que pueda ser peligroso.

—Joder…, ¿cómo íbamos nosotros a colar…?

—Conscientemente no, pero imagínate que el asesino nos ha puesto algún dispositivo en el coche y no lo sabemos…

—¡Uf! De todos modos, no lo soporto.

—Creo que en este caso igual es mejor que trate yo directamente con ellos, ¿no te parece?

—¿Qué? ¿Estás de coña? No, ni de broma. ¿Es porque soy mujer?

—Claro que no, por suerte ya no es noticia que una mujer forme parte del ejército. Solo digo que yo tengo más mano izquierda con ellos, no te enfades.

—No me enfado…

—No lo parece. De verdad, creo que en este caso tienes que dejar que me encargue yo.

—¿Crees que no soy capaz de lidiar con ellos?

—No, la verdad.

—¡¿Cómo?! —exclamó ella, muy irritada.

—¿Lo ves? Te he respondido con una provocación, de lo más tonta, además, y has entrado al trapo sin pensártelo. Imagínate cuando te oculten alguna prueba o no te permitan hablar con alguien…

—Vale, vale, me has convencido. Pero si no me gusta cómo van las cosas, intervendré.

—De acuerdo —accedió él—. ¿Te encuentras bien, Solís?

—Sí, señor, es que me mareo un poco cuando voy en la parte de atrás en los coches, no es nada.

—Es usted un blando, Solís —añadió Sara en tono neutro.

—Puede ser… —murmuró él en voz baja, no tenía muchas ganas de pensar.

Tres soldados se afanaban en buscar bajo el coche, revisaron el maletero, abrieron el capó, los cachearon… Durante todo el proceso, Sara aguantó sorprendentemente bien, e incluso colaboró bastante. El inspector Gómez no le quitaba ojo, esperaba oír en cualquier momento alguna protesta de las que tanto la caracterizaban.

Cuando por fin les permitieron el paso, un hombre uniformado de al menos metro ochenta los esperaba junto a la puerta de entrada. Los tres soldados se cuadraron de inmediato.

—Descansen —les ordenó su superior—. Buenos días, soy el coronel Escribano.

—Buenos días —se adelantó Leandro al darse cuenta de que Sara ya había dado un paso hasta él—. Soy el inspector Gómez.

—Y usted la inspectora Benítez, supongo —añadió el hombre sin quitar la vista del agente pelirrojo.

—Sí, este es el subinspector Solís.

—Solo los esperaba a ustedes dos, no quiero ser descortés, pero este caso es muy delicado y…

—El subinspector Solís forma parte del equipo de investigación, lo siento, no es negociable —dijo Leandro con determinación.

—Me temo que entonces…

—No entiendo por qué no podemos ser tres…

—Hay que ser discretos. Les pedí que vinieran dos inspectores, cuanta más gente esté al tanto, peor.

—Estoy de acuerdo, solo que el subinspector Solís es parte de este equipo. No creo que tenga por qué quedarse fuera.

—Soy firme en mi decisión —le informó él, Leandro comenzaba a enfadarse e intentaba mantener la calma. A Sara no le pasó desapercibido el estado de su compañero, con los puños apretados y las mandíbulas tensas. Al coronel tampoco.

—Coronel, creo que podría… —comenzó de nuevo el inspector cuando notó un leve empujón y que Sara se colocaba delante de él.

—¡Ya está bien! Nos han llamado por algo, así que o nos deja trabajar o se van a tomar por culo.

—¡Sara! —la regañó Leandro.

—Lo siento, no puedo con tanta arrogancia —respondió a su compañero—. Yo no he jurado obediencia a este señor y ya tengo una edad, no estoy para gilipolleces.

Se instauró un silencio entre ellos solo contaminado por el ruido de los aviones al despegar o aterrizar. Leandro se mantenía perplejo mirando a su jefa. Solís incrementó el rosa de su piel con un par de tonos más. Y el coronel sintió la ira crecer en su interior.

No dejaría traslucir su estado de ánimo, por supuesto estaba entrenado para permanecer impasible en circunstancias mucho peores que aquella. Aunque lo cierto es que tampoco estaba acostumbrado a que nadie cuestionara sus órdenes y sus deseos.

El azul intenso de los ojos del coronel nada tenía ver con el de los ojos de Leandro, transparentes, amables, tranquilos. Los del militar proporcionaban una sensación mucho más intimidante, al menos al principio. Y él lo sabía. El pelo había abandonado su cabeza mucho tiempo antes y la dentadura de galán de cine y su afeitado reciente acrecentaban su presencia tranquila y autoritaria. Ni una arruga en su uniforme, ni una mota de polvo en sus zapatos…, todo formaba parte de la estrategia preconcebida para imponer su disciplina sin necesidad de mover un dedo.

—Bien, de acuerdo, vamos hacia el hangar, allí se produjo el hallazgo.

—¿En el hangar? —preguntó perplejo Leandro, no se imaginaba a alguien cometiendo un crimen en un lugar del que despegan aviones día y noche. Suponía que había vigilancia a todas horas.

—No exactamente, el cadáver se hallaba en el almacén que hay junto al hangar. Es bastante grande.

—Lo dejó a la vista entonces —añadió Sara.

—No, para nada. Lo dejó bastante escondido, en realidad. ¿Qué es lo que saben?

—Poca cosa —confesó Leandro—. El comisario solo nos informó del hallazgo de un cadáver en esta base militar. De hecho, ni siquiera entendemos muy bien por qué nos han llamado.

—¿Les explicó en qué estado se encontró al cuerpo?

—¿Qué intenta decirnos, señor? —preguntó Sara.

—Coronel —le exigió él.

—Claro, coronel —respondió ella algo molesta y recalcando la palabra todo lo que fue capaz.

—No intento decirles nada, es que hay un detalle…

—El comisario nos explicó que el cadáver había sido mutilado y que le habían amputado las manos y el pene —zanjó Leandro, harto de jugar a las adivinanzas.

—Ya veo…, ahí quería llegar.

—Bueno, si no nos hubiera contado eso, no estaríamos aquí, ¿no? —añadió el policía.

—No termino de entenderle, inspector.

—Aunque pertenezcamos a Homicidios, ustedes cuentan con su propia unidad dentro de la Policía Militar, ¿no es cierto? —se impacientó el experimentado policía.

—Sí, claro.

—Nosotros estamos aquí porque llevamos un caso similar. El sábado

apareció un cadáver en la zona de Arturo Soria al que habían encontrado con las manos y el pene amputados.

—¿Hay un asesino en serie? —preguntó extrañado.

—No lo sabemos, estamos en un punto clave de la investigación —respondió Sara tras morderse el labio. No le contaría a aquel hombre más de lo imprescindible. No le hablaría del otro cadáver ni de la chapucera operación posterior.

—Este es el almacén principal —les informó en cuanto entraron en él.

Los tres policías se quedaron boquiabiertos, jamás habían visto algo igual. De dimensiones imposibles, separado por cuadrantes y larguísimos pasillos. Estanterías hasta el techo llenas de materiales de diversa índole. Igual encontraban ladrillos que cables, que latas de alimentos listas para entregar, que colchonetas, medicamentos y mantas. Era como pasear por unos grandes almacenes carentes de color y de luz.

—El cadáver se encontraba por aquí —les guio él—. No queda mucho allí, nuestra policía ya recopiló las pruebas necesarias y tomó muestras y fotos.

—De todos modos, me gustaría verlo —le informó ella.

—Por supuesto, los criminólogos me informaron de que no era el escenario del crimen e insistieron mucho, aunque no sé por qué.

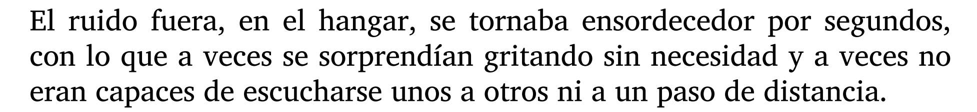
—El escenario del crimen es el lugar donde lo mataron —hizo su primera intervención Solís, hasta el momento había intentado quedarse al margen; Leandro comprobó que el tono de piel del subinspector no había variado, pese a que ya hacía un buen rato que habían abandonado el vehículo.

—¿Entonces no sabemos dónde fue? —preguntó malhumorado el coronel.

—No, señor, podrían haberlo matado en otro lugar y haber trasladado el cadáver después.

—Ya…, no lo había pensado.

A Sara no le pasó desapercibido el detalle de que a Solís no le había obligado a dirigirse a él como coronel, así que era algo personal. No le sorprendía, para ella también lo era.


El ruido fuera, en el hangar, se tornaba ensordecedor por segundos, con lo que a veces se sorprendían gritando sin necesidad y a veces no eran capaces de escucharse unos a otros ni a un paso de distancia.

—¿Cómo descubrieron el cadáver? —preguntó el inspector Gómez.

—Fue uno de los soldados, se disponía a cargar unas cajas con medicamentos que se debían enviar hoy a Afganistán. Al pasar, vio la sangre.

—¿Y avisó a alguien de rango superior?

—No al momento, por lo visto era el encargado de la limpieza de ese sector del almacén esta semana y pensó que alguien había vertido pintura sin querer al mover el toro, la grúa, ya saben.

—Tendremos que hablar con él.

—Por supuesto; está en el hangar, preparando los cazas, hoy tienen maniobras.

—¿Y las manos? —quiso saber Sara.

—Las manos aparecieron en un contenedor fuera, metidas en una bolsa de basura.

—Como en nuestro cadáver —dijo Leandro en voz alta—. ¿Recuerda si algo era inusual en la bolsa?

—No la llegué a ver, lo leí en el informe. Cuando yo llegué, ya se la habían llevado al laboratorio.

—¿Y cuándo supo que también le habían amputado el pene?

—Me lo explicó el forense en cuanto llegué. Me llevó aparte para explicármelo.

Pensaba que sería mejor que no se enteraran los chicos.

—Supongo que no debe de ser fácil asimilar entre los soldados que le hayan amputado el pene a uno de sus compañeros —se hizo cargo el inspector, Solís se removió inquieto.

—Eh…, ahora entiendo lo ocurrido —dijo el coronel, para incomprensión del resto—, ha habido una confusión.

—¿Cómo que confusión?, ¿a qué se refiere? —inquirió Sara con el

ceño fruncido.

—Pensé que lo sabían, e incluso creí que era la razón de que les hubieran avisado a ustedes. El chico al que mataron aquí ayer no es militar, es civil.

—¿Civil? Entonces…, ¿por qué se encarga de la autopsia la Policía Militar? Yo no entiendo nada.

—Mi compañera quiere decir que, siendo civil y con tantos nexos en común con nuestro caso, debimos estar presentes cuando levantaron el cadáver y tomaron pruebas

—intervino Leandro, Sara apretaba las mandíbulas con ira.

—¿Cuándo se produjo el hallazgo exactamente? —los interrumpió Solís.

—Ayer por la noche —respondió el coronel—. La identidad de la víctima no la hemos sabido hasta esta mañana.

—Igual por eso no nos han avisado hasta ahora, Sara.

—Lo dudo mucho —respondió ella—. Muy probablemente no sabían quién era la víctima cuando la encontraron, pero de lo que estoy segura es de que se cercioraron de que no fuera ningún militar de la base. ¿Me equivoco?

—No fue del todo así —le recriminó el coronel—. Sí, nos cercioramos de que no fuera ningún soldado ni oficial de la base, pero podría muy bien ser militar, y el cadáver apareció aquí. No podíamos decidir que el caso pertenecía a su departamento así como así. No al menos hasta saber la identidad de la víctima.

—Pues han tenido tiempo de sobra, no perdamos más del necesario. Avise al soldado que encontró el cuerpo, tengo que hablar con él de inmediato. Leandro —dijo Sara dirigiéndose a su compañero, comenzaba a dar órdenes precisas y ninguno de los hombres que había allí tenía nada que decir al respecto—, llama al comisario, este caso es nuestro, lo único que tienen los militares que decir aquí es que el cadáver estaba en su suelo y es algo que pienso discutir, ya que no es el escenario del crimen.

—Ya voy, jefa —asintió Leandro mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—Y usted, Solís… —dijo Sara, aunque se quedó pensando unos

segundos—, llame al laboratorio, quizá tengan novedades. ¿Se encuentra bien, Solís?

—Sí, jef…, digo inspectora —se retractó a tiempo Solís, el único autorizado para llamarla jefa era Leandro y se lo había ganado a pulso tras muchos años—. No se preocupe, de verdad, no es nada.

—Parece enfermo. Si necesita unos días libres, quizá será mejor que los coja cuanto antes. Quién sabe si esto se complicará aún más.

—Estoy bien —insistió él—. Es que no sabía que…, bueno…, lo de la amputación…

me ha pillado de sorpresa.

—Si prefiere dejar el caso…

—No, por supuesto que no —zanjó él recomponiéndose de inmediato.

Tras hablar con el joven soldado que había encontrado el cadáver, solo pudieron llegar a la conclusión de que el chico había tenido la mala suerte de encontrar el cuerpo, de que era la primera vez que lo veía (parecía muy sincero y convincente) y de que el ejército no les daría nada gratis. Era imprescindible que comenzara a tirar de los hilos que le garantizaran que el caso lo llevarían ellos desde la comisaría. Y todo empezaba por conseguir el traslado del cadáver al Anatómico Forense. El muro contra el que habían chocado al llegar a la base militar comenzaba a resquebrajarse y Sara empuñaría el ariete que lo echara definitivamente abajo.

CAPÍTULO 17

EN MIS SUEÑOS…

— *Manué*… *Manué*… —lo llamó suavemente su madre.

—¿Qué pasa? —preguntó él, algo desorientado.

— *Miarma,* otra vez estabas *alelao.* Ya van varios días seguidos —le dijo ella, preocupada.

Manuel no quiso contarle que, en realidad, hacía más. Llevaba algunas semanas soñando con aquella mujer pelirroja. No sabía quién era, pese a que le resultaba de lo más familiar.

—Ya, mamá, espero que en unos días se me pase. Es que fue horrible.

—Lo sé, lo sé. Tómate una tisana, *quillo,* que *ties mu* mal color.

—Mamá…, sabes que odio las infusiones.

—Al carajo, *Manué,* que me da igual. *P'adentro.*

—No seas pesada, no quiero una infusión, deja que me duerma otro poco. ¿Qué hora es?

—Las doce del mediodía . *Asín* no puedes seguir.

—Bueno, llevo trabajando en la empresa solo diez días, es normal que tarde en acostumbrarme. Ya me levanto.

—Tienes que hablar con un psicólogo *, miarma,* que estás *acarajotao.*

—Deja que pasen unos días…, y no te preocupes más. Voy a la ducha —le dijo al pasar por su lado y darle un beso en la mejilla.

— *Fite* tú lo que te digo...; como me llamo María de las Angustias que vas al médico de un *rempujón,* coño con el zagal..., *malaje..., tranfullero.*

Manuel observó a su madre dirigirse a la cocina soltando toda clase de improperios sobre él. Siempre que se ponía nerviosa actuaba así, y no la podía culpar. No sabía qué le estaba ocurriendo, solo que en sus sueños se le aparecía una mujer pelirroja, muy exótica, de cara agradable y gesto sonriente. Esa noche la había visto con un vestido vaporoso que ocultaba sus formas y varios anillos en sus manos. Le había mostrado una baraja del tarot y tras barajar las cartas le había pedido que cortase. Se había visto en el sueño colocando la baraja en dos montones, de los que ella le había pedido que eligiera uno. Colocó las cartas ante él y le susurró unas palabras en un idioma que no entendió.

—No sé qué quieres decirme —le insistía él una y otra vez.

—Busca al hombre, no dejes que ocurra.

—¿A quién tengo que buscar? —preguntaba con ansia, si no le daba más datos…

—Busca al hombre… —repetía la mujer pelirroja, él sabrá qué hacer.

—¿Quién es ese hombre? ¿Dónde tengo que buscar?

—Se nos hace tarde —decía ella poco antes de que el joven se despertara alertado por su madre.

Manuel solo había acertado a ver que la mujer pelirroja no tenía manos, se las habían cortado, y de las cuencas de sus ojos aparecían dos rayos de luz.

Cuando Manuel había despertado, pudo ver que por la persiana de su habitación, bajada hasta abajo para poder dormir hasta la hora de comer, se colaban dos pequeños

rayos de sol, así que enseguida se dio cuenta de que el subconsciente le jugaba una mala pasada. Por un lado, le mostraba a aquella mujer sin manos, como el cadáver que habían encontrado en aquel maldito callejón unas noches antes y, por otro, los dos rayos de luz que no eran más que dos trozos de persiana arrancados. Entonces…, ¿por qué sentía esa angustia en su pecho?, ¿por qué algo le decía que tenía que encontrar al culpable de lo ocurrido?

Dejó que el agua de la ducha se llevara los últimos vestigios de su sueño y puso el chorro al máximo para que el agua golpeara su espalda castigada. Se sentía como si hubiera dormido encogido en un arcón y por fin saliera a estirarse, pese a que su cama era bastante amplia. Con el champú se marcharon los últimos pensamientos hacia la mujer pelirroja, estaba dispuesto a no volver a soñar con ella, aunque tuviera que tomarse tres pastillas antes de acostarse. Se sentía tan cansado que no encontraba la hora de volverse a dormir y le quedaba una larga jornada hasta la mañana siguiente.

Anuló la cita que tenía para esa tarde con sus amigos, llevaban días sin quedar y muy bien podían estar algo más, la necesidad de hablar con alguien sobre aquello era demasiado grande y él creía saber quién estaría dispuesto a escucharlo.

Mientras tanto, una mente enferma miraba el cuchillo manchado de sangre y lo limpiaba en el trapo que había lavado con agua bendita en la noche de difuntos. El trabajo había sido impecable, cada vez se le daba mejor. Se quitó los guantes tras envolver las dos cajitas que haría llegar a la mujer policía. Aquella vez no quería arriesgarse a ir a la comisaría, las sospechas no tardarían en aparecer. Quizá había llegado el momento de hacerle una visita…

CAPÍTULO 18

UN GIRO (IN)ESPERADO

El subinspector Solís habría dado cualquier cosa por salir de allí. Aquello no estaba hecho para él, necesitaba la luz, el aire, no verse metido en aquella pelea de gallos que nada tenía que ver con su persona. Observó a la inspectora Benítez, cada vez más exaltada, y al inspector Gómez con las manos hacia arriba en un gesto de rendición que dejaban clara su postura: no pelearía más. El comisario gritaba cada vez más y la inspectora mantenía el tipo protegiendo una posición que le había costado mucho tiempo y esfuerzo conseguir.

—¡Usted es mi subordinada! ¡Que no se le olvide! —gritaba el comisario, fuera del papel paternal que solía desempeñar.

—¿Cómo se me va a olvidar? Me lo recuerda usted cada cinco minutos. Pero no pienso trabajar con los militares, no es negociable.

—¿Me está desafiando, inspectora?

—No, solo le estoy dejando clara mi postura. El cadáver es un civil y aún no tenemos escenario del crimen, no lo mataron dentro de la base.

—¡Eso no lo sabemos aún! —gritó él.

—Tampoco lo podemos descartar y, dado que no han encontrado ningún otro lugar lleno de sangre, es mucho más que probable que lo mataran fuera de la base militar de Torrejón. El cadáver debe ser examinado por nuestro forense.

—¡Joder! ¡Inspectora! ¿Cómo quiere que le explique que esto me provocaría a mí más problemas de los que tengo ganas de asumir? No necesito en este momento de mi carrera un conflicto con los militares, ¿entiende? Ni con mis superiores, claro está.

—No pienso trabajar con los militares si no es imprescindible, y no lo es.

—Perdonen —intervino Solís, Leandro abrió los ojos con terror; se lo comerían vivo.

—¿Y usted qué coño quiere? —bufó el comisario fuera de sí.

—Disculpen que me entrometa, es que llevamos aquí un buen rato y creo que no se van a poner de acuerdo.

—Muy bien, lince —se burló la inspectora.

—Verán..., entiendo la postura de los dos, pero así no llegarán al fondo del problema.

¿Y si encuentran una solución que beneficie a ambos? Es posible que los dos tengan que ceder de algún modo, eso sí.

—¿Qué propones? —preguntó Leandro muy deprisa, al ver que la inspectora Benítez estaba a punto de saltarle a la yugular.

—Usted —dijo dirigiéndose a la inspectora—, mantiene que, si el cadáver es civil y el escenario del crimen no está dentro de la base, no tendrían que intervenir para nada los militares.

—Exacto —coincidió ella.

—Y a usted —añadió mientras miraba al comisario—, le preocupa el conflicto que puede generar esta decisión. Bien, propongo que, si el escenario está fuera de la base, lo investiguemos nosotros, y si está dentro que lo investiguemos en conjunto.

—¿Y mientras lo encontramos? —quiso saber la inspectora.

—Entonces habrá que trabajar juntos, me refiero a los forenses de los dos lados y los investigadores de los dos lados también. Señor, para que esto sea justo, tiene que conseguir que nuestro forense esté presente en la autopsia de ese chico.

El silencio que se instauró en el despacho pareció llevarse todo el oxígeno de la estancia provocando un ligero mareo a Leandro, que pasaba la mirada del comisario a su compañera, a la espera de un nuevo estallido. Para su asombro, lo primero que escuchó tras la intervención de Solís fueron las palabras de Sara en un tono mucho más suave del que había usado hasta el momento.

—Si consigue que nuestro forense y nuestro equipo estén presentes, no tendré nada que objetar..., a no ser que demos con el escenario y se

encuentre fuera de la base.

—De acuerdo —consintió el comisario; Leandro se sorprendió a sí mismo con una exhalación inmensa, ni siquiera se había dado cuenta de que contenía la respiración.

—Inspectora, nunca se había mostrado tan insubordinada. No sé qué le pasa con el ejército, pero más le vale que lo resuelva; nos guste o no, por ahora el caso es de los dos.

Ella no contestó, se limitó a sostenerle la mirada. Leandro no podía estar más de acuerdo. Era complicado trabajar en conjunto con el ejército, porque no eran nada flexibles y tampoco confiados. Pero… ¿tanto como para enfrentarte a tu propio jefe y jugarte una amonestación…?

Salieron despacio, en silencio, parecían haberse agotado tras el enfrentamiento. No les dio tiempo a bajar un escalón cuando el comisario salió del despacho con el móvil en la oreja.

—Inspectores… Vuelvan a entrar, por favor.

Los tres policías se miraron entre sí mientras el comisario respondía con monosílabos a su interlocutor. Se le veía sumiso ante quienquiera que le estuviera hablando al otro lado de la línea, y Sara cerró los puños en señal de desaprobación, creía saber lo que estaba ocurriendo: el comisario se había echado atrás.

—Bien, inspectora Benítez —comenzó a decir él—, siento decirle que acaba de ocurrir algo que no deja lugar a dudas, tendrán que investigar en conjunto con el ejército.

—Han encontrado el escenario del crimen —aseguró ella—. ¿Dónde ha sido? ¿En la misma base de Torrejón? ¿En uno de los aviones, quizá?

—No, inspectora, no han encontrado el escenario del crimen, se equivoca en sus pesquisas.

—¿Entonces? Le han dado orden directa los de arriba, ¿no es eso? Pues yo no pienso tragar con ello. Designe a otra unidad o a otro inspector para que trabaje con Leandro.

Si es necesario, entregaré mi placa.

—¡No sea drástica!, ¿quiere? El caso habla por sí solo y la quiero

trabajando en él junto a su compañero, el inspector Gómez, como siempre. Tienen que trabajar juntos porque ha aparecido un nuevo cadáver en la base, en una de las habitaciones individuales. Se trata de una suboficial, mujer, y le faltan los ojos.

La inspectora Benítez se sintió como si alguien le hubiera propinado una patada en el estómago. El dolor se convirtió en algo físico e insoportable. Su compañero se quedó repentinamente blanco y el subinspector Solís se aflojó el cuello de la camisa; abrochado, como siempre, hasta el último botón. Las pecas en su cara se diluyeron con la piel hasta casi desaparecer. Una llamada en el teléfono de Leandro descompuso la desesperanzadora escena.

—¿Inspector Gómez? —preguntaba una voz joven al otro lado—. Hay en la puerta un joven que quiere hablar con usted. Se llama Manuel.

Y de repente, Leandro lo comprendió. A su mente acudió aquella mujer que, tras la desaparición de la vidente pelirroja, lo había visitado para entregarle su baraja del tarot.

Las palabras tanto tiempo olvidadas resonaban en su cabeza de pronto sin que él pudiera impedirles el paso:

Un día llegará un joven llamado Manuel y usted sabrá qué hacer…

Y no, no sabía qué hacer en absoluto.

CAPÍTULO 19

EQUIPO

—¿Qué quería ese chico, Leandro?

—En realidad no lo sé. Es un testigo del hallazgo del cadáver de Rubén.

—¿Es que ha recordado algo más?

—Nada nuevo —respondió él con sequedad y evidenciando que no quería seguir con el tema—. Solís, ¿has hablado con el laboratorio?

—Sí, me dio tiempo a acercarme esta mañana, no hay nada nuevo.

Sara tuvo la certeza de que, con el subinspector delante, su compañero no quería contarle nada del encuentro que acababa de tener. Quizá no había sido muy acertado defender con tanto ahínco la presencia del policía pelirrojo en el caso. Llevaban tantos años trabajando juntos que cuando tenían que compartirse con otros se sentían intimidados. Si Solís se daba cuenta de que con él delante no hablaban con naturalidad, no daba muestras de ello. Resultaba ser más discreto de lo que podía parecer en un principio, lo que el inspector Gómez agradecía en silencio y la inspectora Benítez a voces. Aunque le preocupaba un poco la actitud de su subordinado, realmente parecía enfermo y no se podían permitir estar a medias en un caso como aquel.

—¿Sabe ya el coronel Escribano que vamos para allá? —preguntó Sara para ir preparada ante lo que se iba a encontrar.

—Sí, claro, y el doctor Cáceres está avisado también.

—¿Hay que recogerlo?

—No, va en su coche —le explicó Leandro—. Oye…, Sara…, ¿no exageras un poco con el tema de los militares?

—Ahora no, Leandro.

—Nunca es el momento de preguntarte nada.

—Te prometí que te lo iba a contar —añadió ella.

—Me prometiste que me ibas a contar lo de tu madre, no lo de los

militares.

—En realidad es lo mismo —le explicó su compañera—, y ahora no es el momento.

—De acuerdo —cedió Leandro, era evidente que no le contaría nada delante de Solís.

Y, si tenía que ser sincero, tampoco quería que lo hiciera; si había justicia en el mundo, él debía ser el primero al que le confiara sus confidencias.

—En el laboratorio me han dicho que el móvil desde el que mandaron los mensajes del Apocalipsis está apagado. No pasa el suficiente tiempo encendido para que puedan rastrearlo —les comunicó Solís como si se hubiera acordado de pronto del dato. Quizá así era...

—Ya me lo esperaba —asintió Sara—. Es igual, que lo sigan intentando.

—Claro, jef..., inspectora —respondió el policía a la vez que se regañaba mentalmente por no ser capaz de acostumbrarse a dirigirse a ella de esa manera.

Sara, por su parte, puso los ojos en blanco y Leandro dejó escapar una sonrisa, aquello comenzaba a convertirse en una especie de ritual.

—Ah, por cierto —soltó de pronto Leandro—, los del SAC llegan el viernes.

—¿El viernes?, pensé que llegarían hoy.

—Están a tope con un caso en Barcelona y otro en Valencia —le explicó Leandro, nos han pedido que les demos 48 horas para dejar al menos solucionado uno u otro.

—Bueno, para el viernes está bien. Total, primero hay que hacer un perfil de los militares y ese ya lo sé hacer yo —ironizó ella, Leandro encogió los hombros.

En la entrada a la Base Aérea de Torrejón, otro soldado esperaba en la garita. Pese a que estaban avisados de que los tres policías llegarían en aquel vehículo y la hora prevista que accedieran a la base, el registro fue igual de exhaustivo que la vez anterior.

Sara aguantó con la misma paciencia y solo le cambió la cara cuando vio llegar al forense. Era como si hubiera ganado el partido en la prórroga tras ir perdiendo en el marcador desde el minuto número uno. El semblante le cambió en cuanto el coronel hizo su aparición junto a la puerta de entrada. El afeitado seguía perfecto y, de tener pelo, Sara estaba segura de que no tendría ninguno fuera de su sitio.

—Siento haber tenido que volver a llamarlos —les explicó.

—Más lo siento yo —murmuró Sara consiguiendo de inmediato una disimulada patada de su compañero, ella ni se inmutó.

—Verán, esta mañana la teniente Ortega no se ha presentado en la base. Tenía permiso para un par de días, así que sus compañeros se han puesto de acuerdo para cubrirla.

—¿Y eso es legal?

—Digamos que a veces hay que mirar a otro lado. Un compañero suyo ha hecho su turno, pensó que la teniente había perdido el tren o que se había quedado su coche averiado, que le habían robado el móvil..., qué se yo. El caso es que así le daban tiempo a que llegara para el turno de tarde.

—¿Y cuándo comenzaron a preocuparse? —preguntó Leandro.

—Hacia las doce, dos de sus compañeros acudieron a mi despacho, se les veía preocupados. No era propio de la teniente llegar tarde o no contestar al móvil.

—¿Y cómo es posible que no supieran que estaba dentro de la base? Usted me ha dicho que pasó unos días fuera. Al notar su ausencia, supongo que comprobó que no hubiera llegado, ¿no?

—Sí, comprobé en el registro de entrada que la teniente no estaba en la base. No entiendo qué ha podido ocurrir. Lo único que se me ocurre es que quien estuviera de guardia no lo apuntara. Llegaré al fondo de esto, no les quepa duda. Me gustaría que me dieran su opinión cuando vean el cadáver.

—Claro, para eso estamos aquí —le aseguró Leandro.

Los tres policías caminaron, junto al coronel, por unos asépticos pasillos muy limpios, sin apenas cuadros ni detalles que adornaran las paredes, con letreros en las puertas que indicaban el número de habitación y los nombres de quienes las ocupaban. Muchas de ellas

eran compartidas por varias personas. En realidad, como les dijo más tarde el coronel, era lo más habitual que compartieran las habitaciones entre seis u ocho soldados.

El coronel pulsó unos números en la puerta y los tres policías accedieron a una habitación más bien pequeña, con una cama estrecha cuyas sábanas nadie se había preocupado en colocar y algunas prendas de ropa, recién quitadas, a un lado, encima de una silla. El cadáver de una mujer joven, de unos treinta años, yacía encima de un gran charco de sangre coagulada. Solís hizo una mueca y salió a toda prisa de la sala, Leandro se acercó un poco para ver lo que ya sabía: alguien había cosido el pene a su vulva y era casi una apuesta segura decir que el pene pertenecía al civil muerto horas antes. El espectáculo de ver la cara con dos agujeros, en el lugar donde tendrían que estar los ojos, era algo a lo que les resultaba imposible acostumbrarse.

—Le tendrán que hacer pruebas en el laboratorio —le explicó Leandro.

—Me hago cargo. No entiendo los motivos de que alguien pueda hacer algo así.

—Los motivos ahora mismo son la mayor pista que se nos escapa —confesó Sara, se arrepintió al segundo—. Supongo que ha identificado a la víctima, ¿no?

—Sí, es la teniente Fátima Ortega, no hay duda.

—De acuerdo, entonces vamos a ver qué nos ha dejado el asesino. Para empezar, tiene acceso a la base o pertenece al entorno militar.

—Bueno, inspectora, eso incluye a mucha gente, ya ha visto que tenemos civiles también en algunos sectores. Hay administrativos, personal de limpieza, de cocina…

—¿Y puede optar cualquiera a un puesto aquí? —preguntó Leandro.

—Lo normal es que se acceda por bolsa de trabajo y oposición —le explicó el coronel—

. Esto es como un…, a ver si se lo sé explicar…, como un ayuntamiento.

—Entonces son siempre los mismos, ¿no? Quiero decir que es un círculo cerrado de personas.

—Sí, pero se pueden trasladar de cualquier base militar de España. Hay mucha gente trabajando aquí.

—Entonces puede ser un civil o un militar, pero de un entorno cerrado. Eso facilita un poco las cosas, al menos el resto de la población queda descartado.

—A no ser… —comenzó a decir el coronel.

—¿A no ser qué? —preguntó ella con el ceño fruncido.

—Que la teniente Ortega invitara a alguien a venir.

—¿Eso es habitual? —se extrañó Sara.

—No, en absoluto. Alguna vez ha ocurrido que un soldado u oficial haya colado aquí a algún ligue. Es bastante difícil, por los controles. Y luego están las visitas, como ustedes, por ejemplo. De esas llevamos un registro exhaustivo.

—Bueno, me parece que tenemos trabajo —suspiró la inspectora—. Necesitamos los registros de entrada de las visitas, hablar con las personas del entorno de la teniente Ortega y también quisiera acceso a la lista de civiles que trabajan en esta base militar.

—Por supuesto —respondió él mientras sacaba el teléfono para dar la orden.

Un hombre ataviado con un mono desechable se encargaba de tomar muestras del cuerpo de la mujer. Sara lo miró fijamente y comprobó que tanto sus guantes como sus calzas se hallaban manchados de sangre. El gorro se aferraba a su pelo de tal forma que

ningún cabello cayera sobre el cuerpo que se hallaba en el suelo. Reconoció los ojos del doctor Cáceres.

—¡Vaya!, pensé que sería un forense militar.

—Buenas tardes, inspectora —saludó—. La forense encargada del caso está practicando la autopsia del joven encontrado en el hangar.

—¿Y usted? —preguntó ella, algo perturbada.

—Yo iba hacia allá cuando me avisaron de este hallazgo. No se preocupe, conozco a la doctora Rojas, la forense militar, y no va a haber ningún problema para que trabajemos juntos. Coincidimos en un caso en Zaragoza.

—Me tranquiliza bastante, la verdad —le aseguró ella.

—¿Podría hablar con usted a solas? —añadió antes de que la inspectora se pudiera marchar.

—Eh…, supongo que sí. ¿Podemos utilizar algún lugar para hablar, coronel?

—Sea lo que sea, yo también quiero estar presente —les indicó él.

—No es problema —añadió el forense. Entonces…, ¿a quién quería dejar fuera?, ¿a Leandro?

Los tres se encaminaron a un pequeño despacho al que accedieron gracias a una tarjeta que pasó el coronel por un lector. Una vez dentro, y siendo más que evidente la rivalidad entre el militar y la inspectora, el doctor Cáceres comenzó a hablar.

—Inspectora…, la mujer a la que acabo de examinar también se había sometido a una vaginoplastia.

—¿Qué es eso? —preguntó el coronel, interesado.

—Se trata de una reasignación genital —le explicó Sara.

—¿Un cambio de sexo? —preguntó él.

—Se denomina reasignación genital —insistió ella.

—Como se llame…, ¿insinúa que la teniente Ortega era antes un hombre?

—Nació con atributos de hombre, sí.

—Es imposible, si fuera así no habría pasado la evaluación psicológica, y además lo habríamos visto en su historial.

—¿No admiten transgéneros en sus filas?

—No es que no admitamos gente que haya cambiado de sexo, es que es muy complicado que pasen las pruebas psicológicas. En todo caso, estaríamos informados de ello.

Esas eran algunas de las razones por las que a Sara no le gustaba el ejército. Aún estaban en pañales en cuanto a la mentalidad, esperaba que poco a poco aquello fuera cambiando.

—¿Y por qué no quería que se enterara de esto el inspector Gómez? —preguntó Sara al forense, entre otras cosas para cambiar de tema.

—¿El inspector Gómez? No, qué va, no ha sido por él. Era por el pelirrojo.

—Ya defendí la presencia de Solís en este caso ante el coronel. ¿También tengo que defenderla ante usted? Porque…

—Inspectora…, no se altere, creo que hay un malentendido. No es que no confíe en ese chico; de hecho, no tengo ni una sola razón para no hacerlo. Es solo… que me parece que le afecta más que al resto. No sé si me entiende.

—No mucho, la verdad. No me ha parecido que se altere más que con cualquier otro cadáver —afirmó con poca convicción. ¿Quizá por eso parecía enfermo a todas horas?

—Verá…, aparte de que creo que es mejor que lo de la vaginoplastia no salga de aquí para la investigación, aunque es usted quien tiene la última palabra al respecto, creo que Solís tiene a alguien cercano que se ha sometido a una reasignación genital.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Cuando vinieron al Anatómico Forense no los acompañó, ¿recuerda?

—No lo creímos necesario. Le asignamos otras tareas.

—No intentaba cuestionar su manera de investigar, ¿usted le envió esta mañana a hablar conmigo?

—¿Yo? ¿Para qué iba a hacer algo así? Si habíamos hablado con usted y visto los cuerpos, las atrocidades a las que se sometió a las víctimas...

—Exacto. Solís se pasó por el Anatómico Forense hoy y me hizo varias preguntas sobre las operaciones a las que las víctimas habían tenido que someterse hasta llegar a verse como lo que realmente eran. Se interesó bastante, vaya.

—¿Eso es todo?

—No, me preguntó dónde podía obtener más información y si conocía a alguien cercano que hubiera pasado por lo mismo. Mientras hablaba

conmigo, se le escapó una lágrima.

—¿Que se le escapó una lágrima? —se mofó el coronel.

—Ser sensible no lo convierte en mal policía —lo defendió ella, decidida a no comentar nada sobre Solís nunca más si estaba el coronel o cualquier otro militar delante—.

Volvamos al cadáver, doctor Cáceres, ¿puede decirnos algo ya sobre la causa de la muerte?

—Hasta que no haga la autopsia, no estaré seguro. Por la lividez, creo que murió aquí ayer por la noche, sobre la una de la madrugada. Al igual que los demás cadáveres que he visto hasta el momento, presenta laceraciones por todo el cuerpo, una de ellas necesariamente mortal. Buscamos un puñal con dos filos, y no muy grande.

—La «operación» supongo que la haría *post mortem,* al igual que los otros, ¿no?

—Sí, y los ojos se los extirpó estando viva. De todos modos, me faltan datos del tercer cadáver.

—Qué salvajada —intervino el coronel—. Tome, tengo un informe preliminar del cadáver encontrado en el almacén. Por lo que he leído, también le cortaron el pene después de muerto. Lo que no entiendo es por qué los ojos…

—Es cierto, imagínese cómo puede sentirse una persona al arrancarle… No lo puedo ni pensar —coincidió el forense—. En este caso tuvo que meterle un buen trozo de sábana en la boca para que no se oyeran sus gritos. Por cierto, creo que la causa de la muerte en este caso ha sido por asfixia.

—Hay mucha sangre y presenta varias laceraciones, Cáceres.

—Sí, pero está cianótica y las petequias en los ojos son muy evidentes… Ya sabes que cuando pueda hacer la autopsia lo podré confirmar, porque es cierto que una de las puñaladas le seccionó la carótida. En todo caso, la muerte se produjo por una de esas dos causas y la intención y el *modus operandi* coinciden.

—Puede que se pasara al meterle el trozo de tela en la boca.

—Sí, eso creo yo también. La sábana presenta manchas de sangre, además de saliva.

La analizaremos. Igual hay suerte y el asesino dejó rastro.

—Madre mía, tengo que anotar muchas cosas para cuando lleguen los del SAC —

añadió Sara, agobiada.

—¿Se van a encargar los del SAC? —preguntó Cáceres, extrañado; la inspectora no le parecía una mujer de las que piden ayuda normalmente. Pensó que se lo habrían impuesto, se equivocaba.

—Nos van a echar una mano, lo he pedido yo. No quiero que esto vaya a más, como nos pasó con el asesino de videntes. Cualquier ayuda será bien recibida.

—No quiero más gente en mi caso —repuso el coronel con la autoridad a la que estaba acostumbrado.

—No es su caso, es nuestro caso y la investigadora soy yo mientras no digan lo contrario. Y si yo necesito la ayuda de la Sección de Análisis de Conducta, vendrá la Sección de Análisis de Conducta. Y si yo necesito tres autopsias, se les harán tres autopsias. ¿Alguna duda?

—No —respondió Cáceres con una sonrisa, sabía que lo de las autopsias lo añadía para darle más énfasis a su protesta.

—Usted es quien está al mando de la investigación, pero yo lo estoy de la base —

escupió el coronel con dificultad—. No quiero aquí a nadie que no deba estar.

—Claro, claro —concedió ella, sabedora de su pequeña victoria—. La base es suya.

Usted decide quién entra en ella, faltaría más. Pero el caso es mío y yo decido quién investiga y cómo.

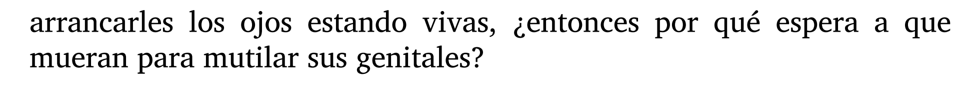
—Coronel —la apremió él.

—¿Cómo dice?

—Que debe dirigirse a mí como coronel.

—Por supuesto, CORONEL —bufó Sara con poca paciencia.

—Volviendo al caso, doctor Cáceres, no entiendo una cosa, si prefiere


arrancarles los ojos estando vivas, ¿entonces por qué espera a que mueran para mutilar sus genitales?

—quiso saber el militar.

—Eso mismo le pregunté yo con los cadáveres de Rubén Artigas y Francesca Santorini.

Creemos que es porque los genitales sangran demasiado —le explicó ella.—. De hecho, a su primera víctima le cortó las manos estando vivo y formó una carnicería importante.

—Es decir, que encima de un sádico es un chapucero —dijo ella.

—O un principiante —la corrigió el forense—. Es probable que sea la primera vez que hace todo esto. Otra cosa, hay un par de manchas de sangre muy abundantes, casi me atrevería a decir que una de ellas pertenece al otro cadáver. O al menos no pertenece a Fátima Ortega.

—Puede que los matara a los dos en la habitación y luego abandonara el cadáver en el almacén. ¿Tienen cámaras de seguridad…, coronel?

—Hay algunas, sí, le facilitaré una copia.

—Inspectora.

—¿Perdón?

—Que yo me dirigiré a usted como coronel porque son las normas y usted se dirigirá a mí como inspectora por la misma razón.

—Claro…, inspectora.

Cáceres seguía la pequeña pelea como si de un partido de tenis se tratara, casi le apetecía hacerse unas palomitas y sentarse frente a ellos para disfrutar de los enfrentamientos, lo que le provocó una sonrisa que le obligó a darse la vuelta.

—Volvamos a la habitación, no quiero que mis compañeros piensen que los dejo al margen. Necesito una copia del informe preliminar de la autopsia del cadáver encontrado en el almacén —añadió Sara mirando directamente al coronel—. Y que el doctor Cáceres tenga acceso al Hospital Militar del Gómez Ulla para poder hablar con su forense y examinar el cadáver.

—Claro, inspectora —escupió él, sabedor de su pequeña derrota.

—¿Sabemos ya la identidad de la víctima, Cáceres?

—Sí…, se llamaba César López y era auxiliar administrativo.

—Necesitamos establecer la conexión entre ese hombre y la teniente Ortega —le pidió ella.

—¿Piensan que mantenían una relación?

—No tengo ni idea, pero los dos están muertos y hay que saber por qué mata por parejas, ¿no le parece?

—¿En su otro caso eran pareja? —preguntó el coronel.

—Pretendían serlo, el asesino les privó de hacerlo, era su primera cita.

—Ya entiendo. No se preocupe, que lo averiguaremos.

Volvieron a la habitación, allí Leandro no había perdido el tiempo. Habló con los criminólogos presentes sobre el escenario del crimen, la causa de la muerte, hizo fotos del cadáver y pidió hablar con los compañeros más cercanos de la víctima.

—¿Y Solís? —preguntó ella.

—Ha salido a llamar por teléfono al laboratorio.

—¿Y no podía llamar luego? —preguntó ella.

—Le he dejado yo, más bien le he insinuado que, como aquí podíamos hacer muy poco, se pusiera en contacto con ellos por si había novedades. Parecía descompuesto.

—Ya…, igual tiene razón Cáceres.

—¿Sobre qué?

—Luego te lo explico —le prometió, el agente pelirrojo acababa de volver a la habitación.

—¿Es obra de la misma persona?

—Hasta que compare con el resto de las marcas, no puedo asegurarlo al cien por cien.

—¿Y sin asegurarlo?

—Parece obra de la misma persona. Quien le hizo las incisiones es diestro y estaba de frente a las víctimas. Es alto, porque las víctimas estaban de pie cuando recibieron los cortes.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Leandro, interesado.

—Son incisiones con un trayecto recto, ¿lo ve? Si el agresor fuera más bajo que sus víctimas, los trayectos de los cortes serían ascendentes y al contrario si fuera más alto, y la teniente Ortega rondaba el metro setenta y cinco, al igual que Francesca Santorini.

—Rubén medía un metro setenta y seis —les informó Sara.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó el coronel.

—Porque lo conocí en el instituto, era de las más altas de la clase.

—¿Cómo que de las más altas? —insistió él, ella lo ignoró.

—Ya veo —respondió el inspector tras ver cómo el forense escenificaba la forma de acuchillar del asesino, sintió un malestar repentino.

—Además, las puntadas realizadas para coser el pene después son iguales en los dos casos. Y se usó la misma herramienta en las amputaciones.

—¿Usa más de un utensilio?

—Sí, sin duda. Cortó las manos de Rubén Artigas con una herramienta de borde serrado. Los ojos los sacó en ambos casos con una especie de espátula. Y es bastante chapucero, como si tuviera prisa, lo que es bastante habitual cuando un crimen se comete en un escenario como este. Me gustaría llevarla al Anatómico Forense cuanto antes para salir de dudas —añadió mientras señalaba a la víctima.

—Por supuesto —respondió el coronel—. Tiene todo dispuesto y le he preparado un pase para entrar al Gómez Ulla y que no le pongan pegas.

—¿Al Gómez Ulla?, pensé que la llevaríamos...

—Es militar, no es discutible en este caso, pero le aseguro que le facilitarán todo lo que haga falta y trabajará en colaboración con nuestros forenses.

—De acuerdo —accedió él sin estar del todo convencido.

Los inspectores bajaron las escaleras con el cerebro en ebullición, les surgían tantas teorías que no daban abasto. Leandro estaba deseando quedarse a solas con Sara para explicarle su encuentro con aquel joven, Manuel. La inspectora, por su parte, necesitaba no tener a nadie más alrededor para poner al día a su compañero con las pesquisas del forense. Solo les hizo falta mirarse cuando se sentaron en el coche para que Leandro

asintiera con la cabeza y la inspectora se diera la vuelta hacia el asiento de los pasajeros y se dirigiera al subinspector Solís.

—Álvaro… —comenzó a decir—. ¿Podrías acercarte al laboratorio a por la información de los ordenadores? Mientras, el inspector y yo iremos al Anatómico Forense.

—¡Claro! —respondió él, muy entusiasmado por el simple hecho de haber oído su nombre de pila pronunciado por la persona a la que más admiraba en el mundo.

Leandro vio por el retrovisor cómo el polvo desdibujaba la silueta de la garita donde un soldado relevaba al anterior y pensó que la vida no era más que eso, una carrera de relevos donde había que pugnar por no quedarse el último.

CAPÍTULO 20

HE PERDIDO UN ZAPATO

El frío comenzó por los pies. Fue subiendo hasta colarse en cada hueco de su piel, en cada músculo. Amanda se dio cuenta de que se movía porque el paisaje de alrededor pasaba de largo. Quizá iba en coche, o en bici, o en brazos, lo mismo daba. Entonces una pequeña piedra se incrustó en su talón haciéndola trastabillar y, por suerte, despertándola del letargo en el que sin duda se encontraba. De no haber sido por aquel guijarro, habría muerto aplastada por un camión cisterna que pasaba a toda velocidad cuando ella, sin ni siquiera darse cuenta, se disponía a atravesar la carretera. Solo acertó a ver que transportaba leche, lo que le provocó una sed insoportable.

Abrió y cerró los ojos varias veces, no reconocía el lugar donde se encontraba. Un coche pasó cerca de ella y pitó, lo que la hizo sobresaltarse y dar un paso hacia atrás.

Miró hacia abajo. Sus pies, normalmente con una pedicura impecable dentro de caros zapatos de tacón, hidratados y con los talones suaves y sin grietas, se veían destrozados, despellejados, llenos de suciedad. Incluso una pequeña hoja de un árbol se había quedado atrapada entre sus dedos, que permanecían entumecidos y congelados.

Las piernas aparecían sucias y llenas de arañazos, como si acabara de atravesar un bosque para llegar hasta allí. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el vestido, que le llegaba por encima de las rodillas, lucía un enorme siete a la altura del muslo derecho, donde la sangre se había acumulado en una fea herida que no recordaba haberse hecho.

En la mano solo portaba la llave del coche, al menos sí podía reconocer el llavero del concesionario donde lo había comprado hacía solo un año. Se aferró a aquel pequeño objeto como si le fuera la vida en ello. Quizá así era...

«Si tengo las llaves conmigo, será que el coche está cerca», murmuró para sí mientras comenzaba a caminar en dirección contraria a la que llevaba al despertar.

Le dolía la cabeza allí donde aún podía notar el golpe recibido el fin de semana anterior, aquel que no recordaba haberse dado y del que había manado tanta sangre.

Casi quince minutos después, y con los pies ensangrentados de caminar descalza por el asfalto, vislumbró su coche a lo lejos. Se veía abandonado junto a un árbol, en una salida de la carretera. Por lo visto había salido de allí con prisas porque la puerta del conductor no había quedado bien cerrada y tampoco se había molestado en apagar las luces. De no haberlos tenido congelados, habría cruzado los dedos para pedirle al universo que no se hubiera quedado sin batería. Al menos pudo ver que se trataba de una carretera secundaria, no de una autovía. No podía estar muy lejos, a tenor del sonido que le llegaba del tráfico.

Apretó el paso haciendo caso omiso del dolor en las plantas de los pies y se abalanzó sobre la puerta del conductor. Justo cuando se disponía a abrirla, se quedó petrificada al ver la sangre en la ventanilla. Un zapato permanecía junto a la rueda delantera. Del otro, ni rastro. Se lo calzó sin pensar y se lo quitó al momento cuando sintió que se le clavaba en cada herida, no soportaba el roce ni la presión. Además, para qué querría ella un solo zapato. En el asiento del copiloto se encontraba olvidado el teléfono móvil.

Rodeó el coche y abrió la puerta para cogerlo, necesitaba llamar a Elena, ella sabría qué hacer. Fue en aquel momento cuando vio la sangre en sus manos. Pero ¿qué demonios le pasaba?, ¿por qué no recordaba nada?, ¿la habrían drogado? Era la segunda vez en una semana. El sudor comenzó a invadir su espalda. Pese a que la noche prometía ser de las más frías de diciembre, podía ver la humedad posándose en la superficie del vehículo, para acto seguido congelarse. El vaho que salía de su boca al respirar y el dolor de sus manos al mover los dedos no hacían más que dar más peso a su teoría. De todos modos, su cuerpo seguía empeñado en sudar como forma de combatir el terror.

Cuando por fin tomó el móvil en unas manos que no le respondían tan bien como quisiera, pulsó las teclas sin conseguir nada a cambio. La batería estaba totalmente agotada, así que mejor sería salir de allí y llegar a casa, donde podría cargar el teléfono, ducharse y llamar a su amiga. Tampoco sabía la hora que era, parecía que la noche

estaba en su pleno apogeo, eso sí. Metió la llave en el contacto y puso la primera marcha. Se encontraba tan nerviosa que aceleró sin pisar el embrague y el coche se caló.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —se lamentó mientras las lágrimas salían disparadas de sus ojos. Quiso volver a encender el motor y se le enganchó el llavero en un anillo. Tiró hacia atrás y la llave salió del

contacto yendo a parar a la alfombrilla—. Si no me tranquilizo, no saldré de aquí en la vida, necesito llegar a casa —se obligó a decir en voz alta para infundirse una seguridad que la había abandonado por completo.

Respiró hondo varias veces y se abrochó el cinturón. Después fue consciente del frío en los pies, sobre todo al pisar los pedales del acelerador y el freno, y volvió a quitarse el cinturón. En la parte de atrás solía dejar una mochila con ropa de deporte y unas deportivas viejas, por si de pronto le entraban ganas de ir al gimnasio. Así no era necesario ir a su casa antes para cambiarse de ropa. Mejor sería calzárselas, o no podría conducir.

Acarició la pegatina con la bandera arcoíris que lucía en la puerta del maletero antes de abrir el portón. Cuando por fin lo consiguió, su mente fue incapaz de comprender lo que veía, aquellas cosas no le pertenecían. Junto a su bolsa de deporte descansaba otra que no conocía. Por un segundo pensó que igual no era su coche y examinó bien el maletero. Allí estaba el pequeño extintor, la maleta de mano que llevaba meses para vaciar y la manta de cuadros que había comprado en un alarde de consumismo y que jamás había utilizado.

La bolsa que no reconocía era de cuero, de tamaño mediano y bastante vieja, o al menos aparentaba serlo. Dos grandes letras blancas destacaban en la parte delantera, parecían bordadas a mano. Amanda las estudió con interés: «A. S.». ¿Amanda Soria?

¿En serio? Jamás había visto aquella bolsa, ¿no? La abrió, extrañada. Del interior salía un olor algo repulsivo, esperaba que nadie le hubiera querido gastar una broma y le hubiera colocado allí un ratón o un pájaro muerto, se moría de asco solo de pensarlo. En un alarde de valentía, volcó el contenido en la alfombrilla del maletero.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras intentaba decidir qué tipo de utensilios eran aquellos y para qué servían.

Varias agujas descansaban pinchadas en un trozo de cuero gastado. Se podían ver y oler rastros de sangre en ellas. Amanda reprimió una arcada. Un ovillo de hilo muy grueso completaba el kit de «costura», que cada vez estaba más segura de no haber

visto nunca. Comprobó con asco que quedaban restos de hilo en una de las agujas más gruesas y algo que parecía sangre seca, no quiso acercarse más.

Dentro de la bolsa encontró una carpeta con unas láminas muy

extrañas, jamás había visto algo así. La carpeta se cerraba con una cinta de tela deshilachada. La abrió con miedo para ver el contenido. Al resplandor de la luna se le antojaron amenazantes, quizá necesitaba una luz más potente para examinarlas con menos aprensión. Se sentó en el asiento del conductor y encendió la luz del techo. La primera lámina contenía la foto de un jinete subido en un caballo blanco. Los cabellos del hombre eran del mismo color y portaba un arco dorado y una corona de laurel. Amanda miró aquella lámina hasta que le pareció que se movía, entonces se permitió guardarla y sacar la siguiente.

—¿Qué coño es esto? —preguntó sin esperar respuesta.

Las tres láminas que acompañaban a la primera le provocaron una sensación de desasosiego imposible de eliminar. Los contenidos eran similares, solo que tanto los jinetes como los caballos se veían distintos en el color, la forma de los ojos, los objetos que portaban…

Sintió un escalofrío que le provocó un intenso dolor desde la nuca hasta el dedo gordo del pie. Lo achacó al frío, que no remitía pese a subir el termostato de la calefacción al máximo y cubrirse (por fin) los pies con calcetines y deportivas. Aquel día iba a tardar en entrar en calor, eso por descontado.

—Tengo que moverme. Si no salgo de aquí, no podré llamar a Elena ni me quitaré este frío del cuerpo —se dijo con una convicción que en realidad no sentía.

Un molesto cosquilleo se le había instalado en los dedos de los pies a medida que el riego sanguíneo volvía a ellos. Agradeció tanto las deportivas, que por fin se había puesto, que dejó de pensar en los caros zapatos que habían quedado arruinados por el barro y la suciedad. Ni siquiera se molestó en buscar el que le faltaba, porque sin duda habría quedado inservible.

Al tocar de nuevo la cartera de piel que ahora estaba junto a ella, su mente divagó entre sus recuerdos. Se vio a sí misma en la pequeña librería de sus abuelos, en plena Ribera de Curtidores, en el centro de Madrid. Su infancia había sido feliz, tranquila, tan solo empañada por un padre que no entendía lo que era y su ausencia poco tiempo después por culpa de un accidente que se lo llevó antes de poder explicárselo.

Olió la cartera y sus recuerdos la llevaron definitivamente a la trastienda de la librería, donde su bisabuelo se escondía del bullicio

entre los libros más viejos, más gastados, sus tesoros más valiosos. Aquellos libros que su madre se vio obligada a vender cuando sus abuelos faltaban ya de casa y el dinero no llegaba para que él y sus dos hermanos pudieran comer a diario. Casi podía ver a ese hombre viejo, gastado, arrugado, empequeñecido en la mecedora donde pasaba las tardes escuchando la radio y fumando en pipa. Una manta de ganchillo tapaba sus piernas y la resguardaba del frío y la humedad. Vio allí mismo a su yayo limpiando la pipa y acariciándole el pelo, donde siempre le quedaba el olor a tabaco que la acompañaba hasta el siguiente día de baño. Aquel gesto siempre le había proporcionado paz, una paz que provenía de un hombre sabio pegado a una mecedora y que le contaba historias de indios y vaqueros, cuentos de antaño, leyendas olvidadas y reinventadas por él. Ese recuerdo le proporcionaba el sosiego que tanto echaba de menos en esa vorágine en la que se había convertido su vida cuando pasó de ser José Ángel a ser por fin Amanda Soria. Esa tranquilidad solo podría venir de alguien que ya ha vivido todo lo que tenía que vivir.

Unas luces deslumbraron a Amanda y la sacaron del trance en el que de repente se hallaba inmersa. Alguien paró a su lado y le preguntó si necesitaba ayuda. Bajó la ventanilla y dejó que el aire helado la despertara un poco más antes de recomponerse, exhibir una de sus mejores sonrisas y cruzar los dedos para que el pelo y el maquillaje no se hubieran estropeado demasiado o que el conductor del otro coche, al menos, no fuera demasiado observador.

—No se preocupe, he parado a mirar los mensajes del móvil. Muchas gracias por preguntar.

—No se quede mucho aquí, no les gusta —dijo el hombre mientras señalaba a un cartel cercano.

Amanda miró al hombre sin entender lo que le había querido decir y asintió sonriendo como si supiera perfectamente a qué se refería.

—Claro, muchas gracias, no me había dado cuenta —respondió ella a la vez que rezaba para no parecer demasiado nerviosa.

En cuanto el hombre comenzó a alejarse, ella encendió el contacto del coche y pasó junto al cartel que el otro conductor le había señalado. Atropelló el segundo zapato al pasar, no se le ocurrió mirar junto a las ruedas cuando lo buscó. Su corazón martilleaba

con tanta fuerza que le dolían las costillas. Se le heló la sangre cuando leyó por fin lo que decía el dichoso cartel:

«BASE AÉREA DE TORREJÓN, 2 km, PROHIBIDO ESTACIONAR EN TODO EL

PERÍMETRO».

No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. Si durante esos trances había ocurrido algo que no era capaz de recordar, o había cometido algún delito y estaba en *shock*, como parecía a juzgar por la sangre y los extraños utensilios de la bolsa del maletero (bolsa que seguía sin reconocer como suya propia), entrar en pánico junto a una base militar no parecía muy buena idea.

Se afanó en parecer una conductora modélica, para evitar que ningún coche de policía encontrara alguna excusa para pararla, y puso rumbo a su casa. Pensó que, si un policía veía la sangre en sus manos o reparaba en la bolsa de cuero, no habría abogado que la librara de la cárcel. Junto a Elena encontraría una explicación que sola era incapaz de entender, la necesidad de hablar con su amiga se volvía más acuciante a cada kilómetro.

Sus ojos se dirigían una y otra vez a la dichosa bolsa de cuero con letras bordadas a mano, donde unas láminas pretendían contarle una historia que en realidad no quería escuchar.

CAPÍTULO 21

NO NECESITAN MOTIVOS

Leandro colocó las fotos de las dos nuevas víctimas junto a las demás. La inspectora Benítez se afanaba en escribir lo más importante junto a ellas para determinar la relación que por fin les diera un nexo en común. Salvo que los cuatro habían nacido en un cuerpo que no les correspondía, no encontraba nada más. Visto así, parecía un nexo en común bastante importante. Un ejecutivo, una científica, una militar y un auxiliar administrativo. Quizá por las aficiones fuera más sencillo, porque por las profesiones no parecían coincidir en nada. Por más que intentaba conectar unas fotos con otras, no se veía capaz. Posiblemente si buscaba en TRÁNSITO encontraría lo que estaba buscando.

—Leandro, ayer al final no hablamos del tema —comenzó a decir Sara.

—Bueno, con la cantidad de papeleo que nos obligaron a hacer tras ir a la base de Torrejón..., a mí se me olvidó.

—A mí también, necesitaba descansar, la verdad.

—Empieza tú con lo que querías contarme —le pidió él.

—El doctor Cáceres me dijo mientras estábamos en Torrejón que le parece que Solís no está cómodo con este caso.

—Yo también lo creo, y yo tampoco estoy cómodo; pero nosotros no elegimos a las víctimas, no podemos decidir llevar solo casos que nos gusten.

—No se refería a eso, y encima creo que tiene razón —le comentó ella.

—Pues explícamelo, que no sé muy bien a dónde quieres llegar.

—Verás, el otro día, cuando estuvimos en el Anatómico Forense...

—No iba con nosotros.

—Ya lo sé. Se acercó allí ayer.

—¿En serio?, no lo sabía —le aseguró él.

—Estuvo preguntándole a Cáceres sobre varias cuestiones sobre las

operaciones de Rubén y sobre todo de Francesca. Y a él le pareció que se mostraba afectado, pese a no conocer a ninguno de ellos.

—Ayer me lo pareció también a mí mientras estábamos junto al cadáver en la base aérea, por eso lo mandé a llamar al laboratorio, aunque creo que no es lo mejor que podemos hacer.

—El doctor Cáceres piensa que Solís tiene a alguien cercano que ha pasado por una operación de reasignación genital y que por eso se muestra más sensible que de costumbre. Le hizo todo tipo de preguntas. Creo que incluso se le escapó alguna lágrima.

—Estarás de broma…

—No —le aseguró ella.

—Tenemos que hablar con él entonces —zanjó el inspector muy deprisa; Sara no parecía estar muy de acuerdo, o al menos tenía sus reparos.

—Vamos a ver cómo se desenvuelve y lo decidimos. ¿Y tú me cuentas qué hablaste con aquel testigo? —intentó cambiar de tema ella.

—¿Manuel?

—Y yo qué sé cómo se llama. No he tenido ocasión de hablar con los testigos de la noche del viernes. ¿O es que han venido más a verte?

—No, es Manuel el que vino. Verás…, Sara…, es que no sé cómo contarte esto.

—No empieces, que no me gustan las adivinanzas ni las sorpresas. ¿Qué tal si hablas y punto?

—¿Recuerdas cómo te sentiste cuando Miriam llegó a la comisaría por primera vez?

—Sí, claro, ¿no me digas que ese tal Manuel es vidente también? ¡No me jodas, Leandro! No podemos pasar por eso de nuevo.

—Cuando te diste de baja por lo de Gabriel —comenzó él a explicarle —, una mujer vino a verme y me regaló la baraja que usaba Miriam en su consulta.

—¿La que siempre decía que había heredado de su abuela? ¿Y se puede saber por qué demonios tendría que regalarte a ti una reliquia como esa?

—En realidad me la dejó en custodia hasta que un hombre joven llamado Manuel viniera a buscarla, palabras textuales de ella, Sara. Me explicó que Miriam se lo había pedido en un sueño.

—No, por favor, no empecemos, sabes lo que pienso de todo esto.

—Y sabes lo que pienso yo. Y siendo lo escépticos que somos ante todo esto, los dos decidimos creer en Miriam en aquel caso. Y si no hubiera sido por ella, jamás lo habríamos resuelto.

—No lo resolvimos tan bien como pensábamos, cuando hay un discípulo suyo por Madrid —ironizó la mujer.

—Eso no lo sabemos, Sara —respondió él, molesto—. Llevamos muchos años trabajando juntos y somos profesionales, ¿o no? Así que no me hagas pensar que se me va la pinza, porque al final los dos acabamos remando en la misma dirección tanto en ese caso como en todos.

—Vale, lo siento —concedió ella—. ¿Y qué te ha dicho el tal Manuel?

—Nada de nada. Me temo que ni siquiera él sabe que puede ayudarnos en este caso.

Vino a verme porque sintió que debía hacerlo.

—¡Qué bien! —exclamó con ironía—. Encima nos toca un vidente novato.

—Sara… —le llamó la atención su compañero.

—Está bien…, a ver a dónde nos lleva esto. Por ahora vamos a avanzar con lo que tenemos.

—Debemos irnos —dijo Leandro tras consultar su reloj—, hemos quedado con el creador de TRÁNSITO, ya sabes, la página de contactos.

—¿Has hablado con él? —preguntó ella con interés.

—Solo un momento, ¿por qué?

—Por saber la sensación que te ha dado, si va a colaborar o no, por ejemplo…

—Parece que sí, lo primero que ha hecho ha sido facilitarme su dirección antes de que se la pidiera y me ha explicado que hoy no

saldría de casa en todo el día.

—En marcha entonces, no tenemos tiempo que perder —añadió la inspectora.

—Los cadáveres… no van a moverse de ahí, tranquila.

—Lo sé, lo que no quiero es tener que añadir ninguno. Llevamos cuatro víctimas en pocos días.

—Igual ya ha terminado con su obra, Sara, los Jinetes del Apocalipsis son cuatro, ¿no?

—Ojalá, Leandro, ojalá.

—Venga, vamos a hablar con él, aquí no arreglamos nada.

El inspector cogió el paraguas y lo volvió a dejar tras comprobar que no llovía.

Cuando salían del despacho, le dio por pensar si no empezaría a llover nada más salieran a la calle, así que entró de nuevo y lo cogió. Le fastidiaba ir cargando con él

todo el día, y lo peor era que estaba seguro de que lo perdería a la primera de cambio, pero nunca le había gustado mojarse (y un año en Asturias había sido suficiente para comprobarlo). Pese a que le costaba admitirlo, se iba haciendo mayor y se acatarraba con más facilidad, así que correría el riesgo de extraviarlo.

Les llevó casi una hora llegar a Boadilla del Monte, donde el hombre con el que tenían que hablar vivía en una lujosa urbanización. La Comisaría Central, en la que Leandro y Sara trabajaban, se encontraba en la zona de Argüelles, a poca distancia del Hospital Universitario San Carlos, el Palacio de Justicia, la Universidad Complutense y el Anatómico Forense, así que ir a cualquiera de esos lugares no les llevaba más de media hora, incluso en hora punta. El problema era que en cuanto tenían que enfilar la M-30, la carretera que bordeaba toda la ciudad de Madrid, la media hora podía convertirse en una mañana entera. Rara era la vez que no tenían que acabar sacando la luz de emergencia para poder llegar a hablar con un sospechoso o para acudir a la escena de algún crimen.

Y encima empezaba a llover; tardarían horas. El atasco comenzó mucho antes de lo que pensaban, una retención provocada por dos vehículos que se habían dado un golpe en una incorporación. Dos

conductores que discutían buscando la razón que ninguno estaba dispuesto a ceder. Así que no tuvieron más remedio que colocar la luz azul en el techo del vehículo y coger el desvío que los llevaría a la zona donde aquel hombre tenía su vivienda.

Eran las once de la mañana cuando Leandro y Sara consiguieron, por fin, bordear las decenas de rotondas que cruzaban aquella ciudad y aparcaban junto al portal de la urbanización para llamar al telefonillo. Mientras esperaban a que les abrieran la puerta, Sara se fijó en lo que tenía alrededor. En el centro de la urbanización había dos piscinas donde las gotas de lluvia se estrellaban con un ritmo regular, como en una canción. Las hojas de los árboles se acumulaban formando pequeñas balsas en sus esquinas y la puerta que daba a los servicios permanecía cerrada con un candado y un enorme cartel de «Prohibido el paso» que la inspectora podía leer pese a la distancia. Una voz cantarina en el interfono llamó la atención de la inspectora.

—¿Quién es? —preguntó.

—Buenos días, somos inspectores de Homicidios, esta mañana hemos concertado una visita con usted.

—Claro, claro, pasen. El portal 6 se encuentra a su derecha.

Los dos policías se acercaron al portal que el hombre les indicó y subieron los dos pisos de escaleras andando, pese a que había un par de ascensores.

—Venga, flojeras —lo apremió la inspectora, Leandro maldijo el día que a su compañera le había dado por hacer deporte.

El hombre con el que debían reunirse los esperaba en la puerta con un enorme gato en los brazos. El color negro del animal contrastaba con el tono casi transparente de su porteador. Leandro se fijó en los ojos de ambos, tan similares que le pareció estar viviendo un episodio de una serie de ciencia ficción. Incluso le dio la sensación de que los gestos entre ambos también se parecían. El hombre era alto, de complexión fuerte, y sin embargo parecía a punto de romperse.

El piso se había decorado con gusto, con estilo minimalista, pocos adornos y un sofá de piel que parecía incluso sin estrenar. La televisión frente a él lucía una capa de polvo considerable. Era muy probable que no la conectara con asiduidad. El resto de la casa, sin embargo, se sentía más acogedora.

—¿Puedo ofrecerles algo?, ¿café?, ¿refresco?, ¿té?

—Un café solo para mí, por favor —le pidió la inspectora, ya iba necesitando su dosis de cafeína diaria.

—Está bien, yo tomaré otro —coincidió el inspector.

—Pues ustedes dirán qué quieren saber —les pidió el hombre cuando se hubo sentado a la mesa con sus invitados.

—Como le ha dicho mi compañero, el inspector Gómez, hemos encontrado varios cadáveres…

—¿Varios?, creía que habían sido dos.

—En realidad ya son cuatro —le explicó Sara con cara de circunstancias—. Ayer nos avisaron del hallazgo de dos nuevas víctimas.

—¿Y también pertenecían al colectivo trans? —preguntó él.

—Me temo que sí, al menos habían pasado por una operación de reasignación genital.

—Ya —murmuró él a la vez que tomaba un sorbo de café, los inspectores lo imitaron.

—Joder, qué bueno está este café —lo alabó la inspectora en un arranque de espontaneidad.

—Gracias, inspectora, me lo traen directamente de Colombia, es lo bueno de conocer gente en todas partes.

—Supongo —le dio la razón ella—. Como le decía, son ya cuatro los cadáveres que hemos encontrado con el mismo *modus operandi,* pero la razón que nos trae hasta usted es que los dos primeros estaban registrados en su página de contactos. Los otros dos aún no lo hemos podido comprobar.

—¿Pueden facilitarme los nombres? —les pidió él a la vez que se levantaba y les indicaba con un gesto que lo acompañaran a una habitación.

Se quedó quieto de repente. Los inspectores lo miraron sin entender, después lo oyeron respirar un par de veces muy hondo y, con un claro gesto de dolor, comenzó a caminar de nuevo. Sara y Leandro se miraron sin entender.

—¿Necesita ayuda, Óscar?

—No, no es nada, ya se me pasa. Es que tengo una lesión en la espalda y últimamente me da mucha guerra.

El hombre abrió una puerta que daba a una habitación donde el olor a cerrado y la penumbra daban paso a varios monitores que permanecían activos. A todas luces se trataba del interior de la página web de contactos de la que era el gerente. Se sentó en una silla giratoria de color verde oscuro y tecleó, en uno de los tres ordenadores que pudo Leandro vislumbrar desde su posición, los nombres que los policías acababan de facilitarle.

—Rubén Artigas… Francesca Santorini…; vamos a ver…, aquí están. Al registrarse tienen que meter una serie de datos.

—¿La página es gratuita? —preguntó Sara, sabiendo la respuesta; el lujoso piso se la dejaba bastante clara.

—No, claro que no. Este es mi trabajo, inspectora, puede que a usted no le parezca un trabajo «decente» o normal, pero lo es.

—No estoy juzgando nada, Óscar, no esté a la defensiva. Solo he hecho una pregunta que creo que debía hacer.

—¿Y por qué cree que es importante que la página sea de pago o no?

—Bueno…, porque creo que en las páginas de contactos donde se paga, las…, digamos, intenciones de los que se registran son más serias —respondió ella algo turbada; Leandro la miró con desconcierto.

—No entiendo el motivo —confesó el policía.

—Su compañera tiene razón, inspector, y no me baso en suposiciones ni en mi opinión, aunque sea la misma. Hay estudios sobre ese tema y las cifras son claras.

Algunas páginas de contactos se usan solo para buscar sexo rápido y otras para buscar pareja. En las páginas de pago solo se registra gente que de verdad quiere encontrar a alguien para una relación seria.

—¿Hay más páginas como esta? —preguntó la inspectora Benítez.

—¿Para gente trans? Supongo que sí. Cuando yo la creé, había un par de ellas, ahora habrá alguna más.

—¿Y usted diría que le va bien? —quiso saber Leandro.

Óscar apretó las mandíbulas, gesto que no les pasó desapercibido a los inspectores. A Sara le caía bien, no le parecía un aprovechado, más bien le parecía alguien que había creado esa página tras dar tumbos en busca de su propia felicidad.

—Por favor, entienda que tenemos que hacerle todas estas preguntas para hacernos una composición de las pruebas que se nos están presentando. Nuestra intención no es la de juzgar nada ni la de ir a por usted. Siento que se está poniendo a la defensiva y, de

verdad, no tiene razón para ello, se lo aseguro —le explicó ella en un intento de volver a tenerlo de su parte.

—De acuerdo —cedió él—. Sí, me va bien. La página da dinero. No era mi intención cuando la creé. Bueno, que diera dinero sí, solo que no esperaba que se registrara tanta gente. De hecho, a veces me veo un poco superado y no puedo leer todas las conversaciones…

—Espere…, ¿dice que lee todas las conversaciones? —preguntó Leandro, algo alarmado.

—Sí, claro —respondió él con seguridad.

—¿Y eso es legal?

—Sí, inspector; en las bases que dan paso al principio a todos los clientes, se les advierte que todas las conversaciones de chat están siendo moderadas por alguien.

—¿Y es necesario? —añadió él.

—Claro, si no, no lo haría. Comprenda que no es plato de gusto meterte en conversaciones ajenas o subidas de tono o en confesiones íntimas.

—Disculpe, pero es que me parece… indecente.

—Verá, inspector, el que se mete en un lugar como este para buscar pareja tiene que conocer todo lo posible a una persona mediante un chat. Es importante que alguien modere ese chat porque hay mucho degenerado por ahí. Una vez que se conocen un poco y ven que de ahí puede surgir algo más, se dan el teléfono o el *email* o cualquier otro medio de contacto y quedan fuera de la página.

—En otras páginas no permiten facilitar datos personales —dijo Sara de pronto.

—Eso ocurre en las páginas de contacto que no son de pago, inspectora. Porque la gente se mete allí, se facilita el teléfono y sale de la página, comprenda que eso no tiene mucho sentido para los que gestionan.

—¿Y para usted sí?

—En mi página se cobra una mensualidad. Si los dos clientes han pagado la mensualidad y quieren quedar fuera de TRÁNSITO, me parece que es la manera de conocerse de verdad. Algunos quedan, no sale bien y siguen buscando a alguien más afín. Otros, tras un par de citas, se dan de baja de la página. Está creada con ese propósito.

—¿A qué se refería con lo de que hay mucho degenerado?

—Bueno..., hay profesionales de esto. Se dedican a escoger personas, sobre todo mujeres, que andan desesperadas demandando cariño y se aprovechan. Acaban pidiéndoles dinero o imágenes sexuales o ambas cosas.

—¿En serio? —preguntó Leandro con los ojos como platos.

—Sí, sí; en mi página, por suerte, no ocurre con demasiada frecuencia, al ser de pago.

Pero tendría que ver lo que hay por ahí.

—Ya entiendo —respondió Sara tras hacer un par de anotaciones—. Necesitaremos las conversaciones de Rubén y Francesca.

—¿Necesitan las que se hayan dado entre ellos o buscan alguna más? —preguntó Óscar mientras tecleaba en el ordenador.

—En realidad necesitamos las que hayan mantenido con cualquiera, estamos casi seguros de que no hablaron entre ellos a través de TRÁNSITO.

—Ah, de acuerdo —zanjó él buscando a toda velocidad—. Tardaré unos minutos.

—¿Lo va a hacer ahora? —preguntó Leandro un tanto alucinado.

—Eh…, ¿no es lo que quieren?

—Sí, sí, por supuesto, es que no estamos acostumbrados a tanta colaboración —les explicó él—. Más bien a todo lo contrario, pensaba que nos pediría una orden.

—Bueno, se me ha adelantado. Iba a decirles que, si son tan amables, pidan una orden para esto. Yo se lo facilito igual ahora y con la orden me cubro legalmente si alguno de mis usuarios me demanda por facilitar sus datos.

—No hay problema —respondió Sara dejando el tema resuelto.

Media hora después, salían del portal con un CD en la mano que contenía todas las conversaciones que necesitaban. Fuera, las gotas de lluvia se estrellaban contra la pista de tenis, que sin duda estaría ocupada en un día seco, y atravesaron la senda que los sacaría de nuevo a la civilización. Aquella urbanización era como una burbuja dentro de una ciudad llena de cazadores y peligros a los que ellos no conseguían poner fin por más que lo intentaran.

CAPÍTULO 22

¿POR QUÉ NO ME ACUERDO?

Despertó bañada en sudor, se estaba convirtiendo en una molesta costumbre. Casi ni se atrevía a mirar alrededor, sentía el corazón desbocado, como si terminara de correr una maratón en lugar de encontrarse en su cama saliendo de un sueño reparador. Bueno, ahora que lo pensaba, de reparador no parecía que hubiera tenido mucho. Se aseguró de estar en su habitación, solo le faltaba encima despertarse en un lugar desconocido, como le había ocurrido antes junto a la Base Aérea de Torrejón.

Tras comprobar que nada parecía fuera de lugar en su cuerpo (en la habitación nada parecía estar en su sitio, en realidad) se levantó muy despacio y se encaminó al baño. Lo que más le gustaba de su nuevo cuerpo era la sensación de hacer pis sentada. Cada vez que lo hacía, una oleada de satisfacción la recorría por dentro, y eso ocurría más de diez veces al día.

Al volver a la habitación se percató de que, en su cama, además de la ropa tirada de cualquier manera y un libro olvidado que llevaba tres

días sin mirar, se encontraba la bolsa de cuero hallada en su coche y que no sabía a quién pertenecía, pese a que le resultaba vagamente familiar.

Las láminas que había dentro le proporcionaban una sensación de desasosiego y le erizaban el cabello, aunque seguía sin saber su significado. Que no le gustaban lo tenía claro, el porqué se escapaba de su entendimiento. Tras volver a contemplarlas, las fotografió con su teléfono móvil, la cámara era bastante potente y podría aumentar algunas zonas que sus ojos no eran capaces de percibir bien.

De repente una imagen se coló en su cabeza. Más que una imagen, se trataba de un recuerdo, o eso parecía. Se vio a sí misma en una habitación pequeña. A un lado, una cama sencilla y una silla y en el suelo aparecía una mujer joven con una especie de trapo en la boca. Amanda comenzó a temblar. ¿Qué era aquello? ¿De qué se trataba aquella especie de visión que acababa de tener? Se sentó en el suelo y metió la cabeza entre las rodillas, comenzaba a sentir pánico y el corazón le latía a toda velocidad. Aunque no quería, pensó en aquella habitación; aunque lo último que le apetecía era saber más, necesitaba hacerlo. Se concentró en la cama que había visto, en la boca de la mujer y el trapo que tenía introducido en ella. Cuando por fin aquella imagen volvió a su cabeza, lo primero que vio fueron sus propias manos ensangrentadas. Una de ellas portaba un cuchillo del que goteaba sangre. La cara de la mujer que había en el suelo se había congelado en una mueca de horror y en lugar de los ojos se encontró con las cuencas vacías.

Amanda gritó hasta que le dolió la garganta. ¿Por qué pensaba en aquello?, ¿de qué se trataba? Se obligó a levantarse para ir al salón. Algo que registró en su visión le congeló la sangre al momento: la imagen de una chaqueta militar colgada en la silla de la habitación, junto a la cama. ¿Y si era la base de Torrejón?, ¿y si ella era la responsable de la muerte de aquella mujer?

—Tengo que llamar a Elena —dijo en voz alta antes de comprobar la hora y después de pulsar el botón que colgó de inmediato—. ¡Mierda! Las tres de la madrugada, espero no haberla despertado, me va a matar. ¿Llevo todo el día durmiendo? ¿O solo un par de horas?

Entonces algo en sus mensajes le causó sorpresa. Un número que no reconocía aparecía entre sus *wasaps* enviados. Abrió la conversación. Desde que se había registrado en TRÁNSITO, hablaba con hombres que posteriormente le pedían el teléfono o ella se lo ofrecía y era habitual que le llegaran mensajes de desconocidos que resultaban ser

de alguna de aquellas posibles citas. Lo que no era normal es que hubiera contestado y no lo hubiera añadido a sus contactos, si le caía bien, o que lo hubiera borrado si no pensaba llamarlo ni quedar con él. El corazón se le aceleró al comprobar que había enviado una foto de una de aquellas láminas que tanto le inquietaban. Pero

¿cuándo?, ¿y a quién?, ¿y por qué?

—No puede ser…, no puede ser… —decía sin conseguir que las lágrimas dejaran de brotar.

Cientos de imágenes acudían a su cabeza como relámpagos que no permanecían más de unas décimas de segundo. En un minuto se vio en la habitación de la mujer que yacía muerta en el suelo; se vio introduciendo el cuerpo con mucha dificultad en un carrito lleno de ropa sucia; se vio corriendo por una especie de pinar, se vio abriendo su coche y dejando una huella llena de sangre en la ventanilla; se vio acariciando la pegatina de la bandera arcoíris del maletero; se vio guardando una enorme aguja en la bolsa de cuero que supuestamente no había reconocido hacía unas horas; se vio colocando una corbata verde encima de una bolsa de basura, se vio llena de sangre y gritando, y por último se vio cayendo al suelo tras recibir un golpe en la cabeza.

Aquello no tenía sentido. ¿Por qué le llegaban ahora aquellas imágenes? ¿Por qué no recordaba más?

Fue a la cocina y rebuscó en las alacenas algo que comer, se tomaría un par de calmantes o no volvería a dormir nunca más, y con el estómago vacío no le sentaban demasiado bien. Todo le pareció demasiado calórico para ingerirlo a esas horas de la madrugada. Así que se bebió dos vasos de agua, sabiendo que lo lamentaría dos horas después, cuando tuviera que ir al baño de manera urgente. Se sentó en el sofá y conectó la televisión cuando por fin fue capaz de encontrar el mando, enterrado entre varios cojines. Un documental sobre vida extraterrestre le pareció lo suficientemente aburrido como para apoyar la cabeza y quedarse dormida al fin, no sin antes comprobar que su corazón latía ya a una velocidad normal.

El sonido de Pet Shop Boys en su teléfono la sobresaltó. Pensó que la luz la despertaría antes, pero al mirar hacia la ventana se dio cuenta de que la noche se cernía aún sobre su ciudad. Miró la pantalla que, impaciente, le enseñaba el nombre de Elena. *It’s a sin* era su canción favorita y ella se la había bajado de Internet para personalizar el tono cuando su amiga llamara. Las palabras resonaron en su cabeza, a la

vez que la melodía:

It's a sin..., it's a sin... Es un pecado..., es un pecado... ¿Por qué de pronto le afectaba tanto?

—Elena, lo siento, te despertó mi llamada, ¿verdad? —respondió cuando se vio capaz.

—¿Qué te ocurre? No contestas a mis llamadas, miras los mensajes y no dices nada. Y

de pronto me llega una llamada perdida a las tres de la madrugada. ¿Se te ha ido la pinza o qué?

—No..., no..., es que no me encuentro bien —decidió decir tras elegir bien sus palabras.

—¿Tienes fiebre? ¿Qué te pasa?

—No lo sé, creo que tengo que ir al médico. No me acuerdo de cosas, no sé...

—A ver, Amy, no te rayes; que no te acuerdes de cosas no quiere decir que tengas que ir al médico. A mí me ocurre constantemente.

—Depende de qué cosas, Elena. Si no recuerdas haber pagado o no una factura, o haber comprado pollo para comer, puede formar parte de la normalidad. Pero es que lo que me está ocurriendo no es normal.

—¿A qué te refieres?

Amanda se sintió de pronto cohibida. Elena era su mejor amiga y a la única que podría contarle según qué cosas; pero algo le decía en su cabeza que en aquel momento sería mejor guardarse para sí lo que acababa de vivir, o más bien lo que pensaba que acababa de vivir. Cuando había despertado en su piso cubierta de sangre, llamó a su amiga y lloró con ella hasta quedar exhausta, pero en el último momento decidió no contarle nada del vestido lleno de sangre y se las arregló para desaguar la lavadora y lavar el vestido a mano. Vestido que, finalmente, optó por tirar. Aún no sabía por qué se había callado algunas cosas. Elena era su amiga y confiaba en ella al cien por cien, ¿no?

—No sé cómo explicártelo, ¿podemos quedar más tarde y te cuento? —terminó por decir.

—Eh…, sí, claro, en cuanto acabe de trabajar te llamo.

—¡Si trabajas con tu novio!, ¿no puedes decirle que necesitas salir? —le recriminó, arrepintiéndose al momento.

—Que trabaje con mi novio no quiere decir que pueda salir cuando me venga en gana, o que no tenga que cumplir un horario, ¿sabes? No todos vivimos de herencias ni de mierdas como tú.

—Vale, Elena, perdona. No quería decir…

—Sí, querías decir lo que has dicho. Eres y siempre serás una niña rica que vive de lo que sus padres atesoraron jodiéndole la vida a los demás.

—Tampoco hace falta que seas tan cruel.

—¿Cruel? ¡Y una mierda! Siempre aguanto tus movidas, me metes en líos constantemente. Estoy muy harta. Mira, lo he pensado, no voy a ir, ni por la mañana ni cuando salga de currar. Búscate otro paño de lágrimas. Siempre…, ¿me oyes?

¡SIEMPRE! he estado a tu lado. Y no eres capaz de ver el esfuerzo que supone.

—Ya vale, Elena, perdona, no sé qué más quieres que te diga o que haga, me he disculpado varias veces. He metido la pata y sé que siempre estás ahí. Lo siento, de verdad.

El tono iracundo y exaltado de Elena se convirtió en algo más suave tras un par de minutos en los que pareció decidir si merecía la pena romper una amistad como aquella, por muchas dificultades que se presentaran. Tras exhalar un sonoro suspiro, habló:

—En cuanto pueda, iré —prometió.

—Gracias —murmuró sin poder reprimir las lágrimas.

Oyó el clic que la avisaba de que su interlocutor había colgado antes de que pudiera despedirse. Quizá habían arreglado aquella conversación, pero sentía que perdía a su amiga a pasos agigantados por culpa de aquellas ausencias que no podía controlar. Por un lado, ¿qué clase de amiga era si solo podía contar con ella para divertirse y salir de juerga? Por otro pensaba que era normal que a veces se sintiera abrumada, la vida de Amanda era de todo menos tranquila.

Volvió a mirar el móvil, a aquellos mensajes que no recordaba haber enviado ni a quién. Mientras abría el *wasap* pensó en llamar a aquel teléfono y preguntarle directamente. Pero… ¿qué le diría? «Hola, me llamo Amanda y te he mandado estos mensajes sin darme cuenta…». No, definitivamente no era buena idea, y menos a esas horas.

Miró a su alrededor y sintió un vacío tan grande… Pensó que su vida tenía tan poco sentido que quizá si desapareciera nadie la echaría de menos. No le duró mucho aquel pensamiento, apenas un segundo, ella era una luchadora y no iba a permitir venirse abajo por muchas dificultades que la vida colocara a su paso. Su casa, pese a ser pequeña, no carecía de nada. Bien era cierto que disfrutaba de una asignación al mes y que no le hacía falta trabajar, pero no le daba para lujos. Su madre con el tiempo se

había vuelto a casar con un empresario de éxito y le iba bastante bien. Cuando ella se sometió a la reasignación genital, sintió que algo se rompía entre ellas, o más bien que su padrastro se colaba en el medio y no le dejaba espacio a Amanda para esa nueva vida.

La joven no tenía nada que ver con la gente con la que su madre se codeaba de pronto.

Comenzó a no ser bien recibida y su padrastro le asignó una paga mensual que ella aprovechó. Le permitieron quedarse en ese piso propiedad de su madre y vivir al margen de la familia, en la medida de lo posible.

Se le acababa de romper la lavadora y tendría que esperar al mes siguiente para comprarse una, con lo que el tratamiento de belleza tendría que esperar. Comenzó a recoger el salón de forma compulsiva. El pelo se le metía en los ojos y le molestaba, así que se lo recogió de cualquier manera con un lápiz que encontró, lo que no hacía jamás.

Si algo había que estuviera bien cuidado en esa casa, era su pelo. No le dolía gastarse lo que hiciera falta en carísimos tratamientos de queratina o en mascarillas hidratantes, cremas, ampollas… Ahora lo sentía estropajoso, sucio, falto de brillo, como un reflejo de ella misma, en realidad.

Cuando terminó de recoger el salón, sacó la aspiradora. Tuvo que echar mano de las instrucciones de la cantidad de tiempo que llevaba sin usarla. Cuando por fin la encendió y escuchó el ruido que emitía al aspirar, fue consciente de la hora y la apagó.

Tendría que tirar de escoba y fregona para su misión. Se sintió

renovada al ver el suelo limpio y reluciente. Aunque, según miraba, se percató de varias manchas que no había visto hasta el momento: vino, refresco, helado, yogurt… Se apostaba a que algún resto más decoraba su suelo sin que ella fuera consciente de semejante atrocidad. Llevaba el cubo lleno de agua, para fregar de nuevo, cuando vio la cantidad de polvo acumulada en los libros y los marcos de fotos en las estanterías. No podía limpiar el suelo y dejar las estanterías así. Sacó un trapo y comenzó a quitar el polvo de todo sitio que se le ocurrió. Antes de darse cuenta, AC/DC sonaba a todo trapo en sus oídos, gracias a los auriculares inalámbricos que había comprado por Internet, mientras movía el plumero y la fregona como si hubiera nacido para ese fin. Una sonrisa salió de su cara al verse en el espejo del pasillo. Aquella vez sí que había estado a punto de asustarse con razón al ver su imagen en el espejo.

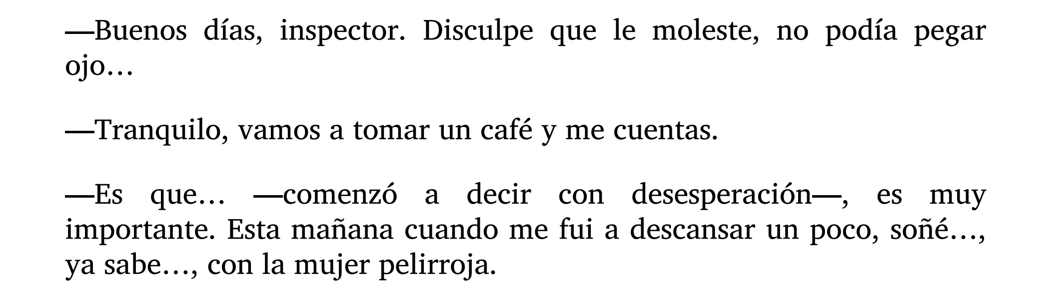
CAPÍTULO 23

¿OTRA VEZ TÚ?

Manuel se dirigía a la comisaría de nuevo, no tenía ni idea del malestar que provocaba en Sara cada vez que intentaba hablar con el inspector sobre alguno de sus sueños. Le recordaba tanto al caso de Gabriel que le costaba mucho disimular, y Leandro se lo recriminaba con la mirada. No tardaría en decirle algo al respecto y ella sabía que tendría razón en ese caso. Por un momento le pareció cruzarse con una cara conocida junto a la comisaría. Miró en todas direcciones, escrudiñó a cada transeúnte y no encontró en ninguno de ellos la sensación de peligro que había sentido tan solo unos segundos antes.

Entró al edificio donde se encontraría con el inspector Gómez y preguntó por él al policía de la entrada, quien le pidió que aguardara en la sala de espera y se metió en un pequeño cuarto desde donde lo llamó. No tuvo que esperar demasiado, en realidad Leandro lo esperaba y bajó deprisa a reunirse con él. Caminaba a la vez que metía los brazos en su abrigo, aquel día tomarían el café fuera de la comisaría.

—Hola, Manuel, me alegro de verte.



—Buenos días, inspector. Disculpe que le moleste, no podía pegar ojo…

—Tranquilo, vamos a tomar un café y me cuentas.

—Es que… —comenzó a decir con desesperación—, es muy importante. Esta mañana cuando me fui a descansar un poco, soñé…, ya sabe…, con la mujer pelirroja.

—Con Miriam, sí.

—Eh…, supongo —añadió el joven muy turbado, soñar con una mujer a la que no conocía y que a la policía le pareciera «normal» no parecía muy razonable—. Verá…, en mi sueño hoy me dijo algo que no entiendo. Me habló de unos jinetes, de un caballo rojo…, ¿le dice algo?

—Puede…, ¿te dijo algo más?

—Sí, me dijo que el caballo blanco no puede ir detrás y que usted lo entendería.

—Qué optimista ha sido siempre, incluso después de muerta —ironizó Leandro—. No te preocupes, Manuel, entre mi compañera y yo seguro que podemos saber de qué se trata.

—Disculpe que le haga una pregunta, inspector. Yo…, verá…, nunca he creído en lo esotérico, ¿sabe? Me hacen gracia las conclusiones a las que supuestamente llegan los videntes tras mirar una taza, una mano, unas cartas…

—Bueno, si te he de ser sincero, yo tampoco. Cuando conocí a Miriam hace un par de años, la tomé por loca al momento. Aquella mujer no daba su brazo a torcer y nos proporcionaba una información que nos dejaba perplejos a cada minuto. Me costó más de una bronca con mi compañera por no echarla de aquí a patadas.

—¿Entonces por qué me recibe? —preguntó el chico, extrañado.

—Porque Miriam acabó ganándose mi respeto y el de la inspectora Benítez a base de insistencia, confianza y tolerancia. Cuando dejé de pensar en ella como una desquiciada, me empezó a dar pena que siguiera llamando nuestra atención, a pesar del trato que recibía a cambio.

—¿El trato?

—Bueno, si yo era escéptico, lo de Sara rozaba la Inquisición. Acabé cediendo y le proporcioné un poco de caso. Llegó un momento en el que decidí que prefiero no dar vueltas a algunas cosas y aceptar la información que me llega, sea de donde sea.

—Ya, creo que le entiendo —confesó él—. Solo dígame una cosa…, ¿cree que estoy en peligro?

Leandro miró al frente y meditó su respuesta unos segundos. ¿Cómo le decía a aquel joven que Miriam había muerto por culpa suya? ¿Cómo le aseguraba que a él no le iba a pasar lo mismo? Pero… ¿era mejor que el chico viviera con miedo?

—No, no lo creo —terminó diciendo él, y cruzó los dedos para que fuera cierto—.

Verás, Manuel, creo que es el momento de contarte lo que ocurrió. Miriam acudió a nosotros tras una visión en la que vio cómo mataban a otra vidente. Le llegaban imágenes sobre otras muertes y llegó un momento en que las pistas que teníamos nos venían exclusivamente de ella. Sara se ponía frenética cada vez que venía a contarnos algo. Al final tuvo que aceptar que, si queríamos coger a aquel cabrón, era imprescindible abrir la mente y darle a Miriam un voto de confianza. Gracias a eso pillamos a Gabriel, aunque pagamos un precio muy alto, sobre todo mi compañera.

—El dedo.

—Sí, Gabriel secuestró a la inspectora Benítez y nos envió su dedo anular.

—¿Y Miriam? —preguntó el chico con interés.

—No pudimos salvarla. No llegamos a tiempo.

—¿Por eso su compañera me mira como si fuera la peste?

—Es una buena persona, Manuel, y una gran profesional. Para ella fue muy traumático pensar que se había dejado pillar por Gabriel y que, por el hecho de ir a rescatarla, Miriam quedara a merced de su asesino.

—Entiendo —respondió él, compungido.

—Tengo algo para ti —añadió el inspector Gómez, a la vez que metía la mano en el bolsillo.

—¿Qué es esto? —preguntó él mientras sopesaba un pequeño paquete cuadrado envuelto en un paño blanco.

—Esta baraja pertenecía a la abuela de Miriam, y quería que la tuvieras tú.

—¿Yo? Perdone, inspector, creo que se equivoca, yo no conocía a esa mujer, de verdad, no entiendo por qué se me aparece en sueños…

—Lo sé, intenta no darle muchas vueltas al asunto. El caso es que me avisó de que un día vendrías a mí y que debía entregártela.

—¿Le habló de mí?

—Eh…, no exactamente. La verdad es que me la dio después de morir.

—¡¿Cómo?! No entiendo nada, cada vez menos…

—No sé por dónde empezar… Tras morir Miriam, una mujer se presentó aquí y me entregó esta baraja. Me dijo que Miriam le había pedido en un sueño que me la trajera para entregársela a un joven llamado Manuel, que lo sabría cuando te viera.

—Creo que le haré caso, inspector, dejaré mi mente en blanco y pensaré lo menos posible en todo esto. Lo que no sé es cómo gestionarlo con mi madre, se pasa la vida invocando y rezando a todos los santos que conoce.

—¿Es supersticiosa?

—Ni se lo imagina. Es sevillana y para ella cualquier detalle que se salga de lo normal es un mal fario o cosa de diablo.

—Me hago cargo, mi abuela era cordobesa —añadió él sintiéndose entendido de inmediato.

—¿Y qué me recomienda que haga?

—Si le cuentas lo que te está ocurriendo, acabará llamando a un exorcista, así que resiste.

—Sí, creo que tiene razón.

—Ya sabes dónde estoy, Manuel, llámame cuando quieras.

—Muchas gracias, lo haré —se despidió el joven sin dejar de mirar la baraja.

Tras despedirse, el inspector subió de nuevo al despacho y se enfrentó a la mirada reprobatoria de su compañera. Debía comunicarle el recado que Miriam tenía para ellos. Ya sabía lo que Sara diría al respecto, pero sembraría la semilla lo suficiente para que ella lo tomara como una prueba fiable, y de eso se trataba. Se armó de valor y tan solo recibió a cambio un gruñido y un molesto chirrido del rotulador contra la pizarra, era la forma que tenía Sara de expresar su malestar ante la manera de conseguir aquella prueba. Ya discutirían en otra ocasión.

CAPÍTULO 24

DEMASIADAS VARIABLES

Sara sacaba el primer café de la mañana junto a la máquina cuando una voz entusiasta a su espalda llamó su atención. El subinspector Solís le informaba de que el equipo del SAC acababa de llegar a la comisaría.

—Genial, Solís, muchas gracias. Me recuerdas al conejito de Duracell, ya sabes, el del anuncio.

—No la entiendo, inspectora.

—Ni falta que hace, que son las ocho de la mañana. Deja que me tome otro café y los pasas a mi despacho.

—La esperan arriba, en la sala de reuniones, me he tomado la libertad de darles los informes que elaboramos ayer para que puedan ponerse con el perfil cuanto antes.

—Pero ¿a qué hora vienes a trabajar?

—He llegado hace quince minutos, ¿por qué?

—Por nada, por nada. Qué eficiencia. Voy a por el resto de la documentación y subo

—le dijo sintiendo casi envidia de la energía que trasmitía el subinspector tan temprano.

Ella hasta el tercer café, por lo menos, no sentía nada diferente a que le hubiera pasado por encima un camión.

En la sala de reuniones la esperaban tres personas: una mujer de tez oscura y dos hombres bastante más jóvenes que saludaron a Sara con educación. Parecían tan cansados como ella.

—Disculpen, a estas horas estoy un poco ausente, no los esperaba tan pronto. Soy la inspectora Benítez.

—Encantada —respondió la mujer dando un paso hacia ella a toda velocidad—. Soy la inspectora Serena Mendoza, estoy a cargo de esta sección. Ellos son el subinspector Gustaaf Borst y el agente Rush

Abbot.

—Vaya, qué internacionales —dijo como única respuesta Sara.

—Sí, comprendo que a todos les resulte un equipo algo peculiar. Mis padres eran ecuatorianos, aunque yo nací aquí. El subinspector Borst es natural de Hoorn, al norte de Ámsterdam. Lleva en España algo más de diez años.

—Hola —saludó él con un marcado acento, aquello iba a ser divertido.

—Y el agente Abbot es el miembro más reciente de este equipo. Trabajó en Londres hasta el año pasado.

—Haré todo lo posible por aprenderme sus nombres, aunque soy un poco desastrosa para eso, lo admito.

—Tutéanos —le pidió ella—. Y no te preocupes, estamos acostumbrados. A ver, el subinspector…, ¿Solís?, nos ha entregado unos papeles para que vayamos familiarizándonos con el caso. ¿Es esto lo único que tenéis?

—No, no, tengo mucho más. Ayer resumimos ahí lo que nos pareció importante para que pudierais poneros con el caso lo antes posible.

—Necesitaremos todo lo que haya. Ten en cuenta que igual tú has pasado por alto un simple detalle que a nosotros nos hace falta para establecer el perfil.

—Por supuesto, toma, este es el dosier con todo lo que ha ocurrido hasta el momento.

—¿Puedo quedármelo?

—Prefiero que no lo saques de aquí; aunque, si lo ves necesario, te haré una copia.

—De acuerdo. A ver..., estábamos anotando datos que nos parecen bastante relevantes. Hay una dificultad añadida, y es que a la forma de pensar de los individuos es probable que no la acompañe el cuerpo.

—Por las operaciones.

—Sí.

—No lo entiendo —le confesó Sara—. Si una mujer nace con atributos sexuales de hombre y se somete a una operación, siente y piensa como

mujer, independientemente del cuerpo que tenga, ¿no?

—Sí, pero imagínate que el sujeto que ha perpetrado los asesinatos es una mujer que se ha sometido a una operación de reasignación genital, es probable que el cuerpo no lo acompañe con lo que está pensando hacer.

—Buenos días —se oyó una voz junto a la puerta, a Sara le sorprendió que fuera Leandro, porque nunca se veían en aquella sala, sino en su despacho, y no se encontraba lo suficientemente despejada.

—Leandro, te presento a los compañeros del SAC.

—Encantado —respondió él—. ¿Ya os habéis puesto con el caso?

—El tiempo es oro —apuntó la mujer de tez oscura.

—No quisiera ser descortés, me acaban de avisar de que el forense ya tiene los informes preliminares de las nuevas víctimas… Sara, ¿podemos dejarlos revisando la información para que se puedan poner con el perfil cuanto antes y vamos mientras al Anatómico Forense?

—Claro, no hay problema. Serena, volveremos en un rato, no está lejos de aquí —le prometió.

—Tenemos bastante que cotejar, no te preocupes —aseguró ella—. Rush se pondrá con los datos de la página web que dice usted en el informe: TRÁNSITO. Y Gustaaf y yo nos repartiremos los expedientes de las víctimas.

—Cuando terminemos en el Anatómico Forense vendremos, igual hay algo que añadir

—respondió Sara antes de salir de allí.

Los tres policías se juntaron en una mesa y comenzaron a subrayar todo lo que podría ser importante para realizar un perfil sobre el posible asesino. La inspectora Mendoza se lamentaba por la cantidad de información que había que cotejar y la complejidad que presentaba un caso así. Por lo demás, no pasaron ni cinco minutos antes de que se encontraran inmersos en los papeles buscando lo que permanecía tan oculto que solo ojos expertos como los suyos acertaban a encontrar. Sara estaba contenta con su decisión de pedir ayuda. No estaba dispuesta a que ningún otro cadáver se sumara a los que descansaban en las frías cámaras del depósito.

CAPÍTULO 25

FILTRACIONES

El doctor Cáceres examinaba con interés el hilo hallado en dos de las víctimas, el que su asesino había utilizado para coser sus genitales.

—Parece hilo encerado o algo así —dijo a su ayudante.

—Déjeme ver —le pidió el joven—. En el pueblo a veces ayudo a mi abuelo y creo que usa el mismo tipo de hilo.

—¿En qué trabaja?

—Es artesano, confecciona productos de cuero a mano: zapatos, botas, chaquetas, forra sillones…, cualquier cosa que le encarguen, es muy bueno.

—¿Y dices que este hilo se utiliza para todas esas cosas? —preguntó interesado el médico.

—Sí, sin duda, es un hilo cubierto de una cera especial. Es extremadamente fuerte y hay que usar las agujas apropiadas también.

—Bien, mándalo al laboratorio. Si es un hilo tan inusual, podremos dar con su procedencia.

—Tan inusual no es. Es especial para coser cuero, pero hay muchas fábricas que lo producen.

—Está bien, espero que en el laboratorio puedan encontrar algún detalle que lo haga único o que al menos nos facilite un poco su búsqueda —zanjó el doctor Cáceres mientras precintaba la prueba.

Volvió a las autopsias para poder facilitarle a la inspectora un informe lo antes posible.

Aquella mujer irradiaba energía y autoridad a cada paso y quería llevarse bien con ella.

Le parecía que su trabajo sería mucho más placentero si tenía buena relación con el departamento de Homicidios.

—¡Ramón! —llamó la atención de su ayudante de pronto—. Lleva esto también.

—¿Qué es? —preguntó mientras abría una bolsa y se la acercaba.

—Me temo que se trata de otra estampa, de otro dibujo teñido con la sangre de la víctima.

—Llevaré las dos pruebas entonces.

El forense se quitó la bata, los guantes y la mascarilla. Parecía no afectarle nada de aquello, lo cual no era cierto en absoluto. A veces el trabajo se volvía difícil de digerir.

Era un gran profesional, había trabajado en casos muy complicados. El primero de ellos se centró en la muerte de varios niños pequeños de una barriada a las afueras de Zaragoza. Le asignaron el caso tras la renuncia del anterior forense. Siendo padre primerizo, alegó la imposibilidad de enfrentarse a algo así en aquel momento de su vida. La fortuna hizo que el doctor Cáceres diera con un hallazgo común en todas las víctimas, lo que permitió detener a los integrantes de una red de pederastas y que la ciudad, por fin, respirara tranquila.

Su reputación le abrió camino para los casos más complicados y lo había llevado a Madrid a trabajar en aquel caso, lo que le llenaba de una satisfacción que no dejaba traslucir: admiraba la labor de la inspectora desde hacía años.

En cuanto se quitó los guantes manchados de sangre, sacó el teléfono y marcó el número de la mujer:

—Buenas tardes, inspectora Benítez, soy el doctor Cáceres.

—Eh…, hola. ¿Ha ocurrido algo? —contestó ella extrañada, casi dio gracias de que condujera su compañero; si no, habría tenido que conectar el manos libres del coche.

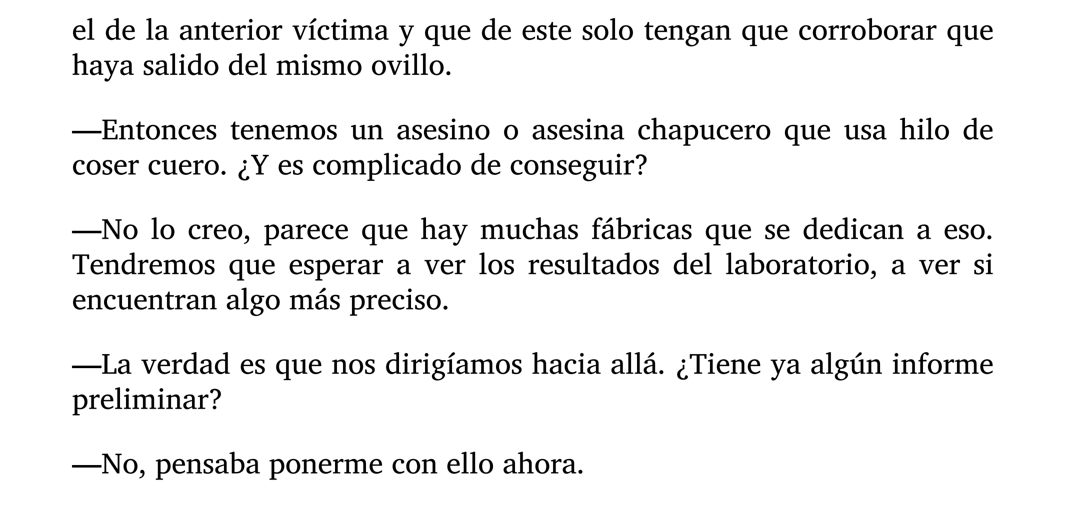
—No, la llamaba porque hemos encontrado otra de esas estampas en la boca de la teniente Ortega.

—Me lo esperaba. ¿Me llama para eso?

—No, no, en realidad quería hablarle sobre el hilo que usa nuestro asesino. Mi ayudante dice que es igual que el que usa su abuelo para coser cuero.

—¡Ah!, qué interesante, ¿lo han analizado ya?

—No, lo acaba de llevar al laboratorio, a no ser que hayan analizado



el de la anterior víctima y que de este solo tengan que corroborar que haya salido del mismo ovillo.

—Entonces tenemos un asesino o asesina chapucero que usa hilo de coser cuero. ¿Y es complicado de conseguir?

—No lo creo, parece que hay muchas fábricas que se dedican a eso. Tendremos que esperar a ver los resultados del laboratorio, a ver si encuentran algo más preciso.

—La verdad es que nos dirigíamos hacia allá. ¿Tiene ya algún informe preliminar?

—No, pensaba ponerme con ello ahora.

—¡Qué pena!, entonces nos daremos la vuelta —le informó—. En cuanto los tengas, nos los haces llegar, por favor. Se nos acumula la información, pero seguimos sin pistas.

—De acuerdo. No tardaré mucho, es que la burocracia con los militares es mucho más exhaustiva.

—Me hago cargo —se despidió ella.

La inspectora se quedó mirando a la pantalla durante un segundo, gesto que no le pasó desapercibido a Leandro, quien la miraba por encima de las gafas que usaba para leer.

—¿Quién era? —preguntó interesado.

—Cáceres.

—¿Qué quería?

—Bueno…, quería decirme que ya sabe qué tipo de hilo es el que utiliza el asesino para coser el pene a la víctima.

—¿Han encontrado al proveedor?, ¿o dónde se vende? —se emocionó el inspector.

—No. Solo sabe que es hilo de coser cuero, se lo ha dicho su ayudante.

—No entiendo muy bien…, ¿te ha llamado porque cree haber descubierto qué hilo y ni siquiera tenemos resultados del laboratorio?

—Exacto —afirmó ella.

—¿Y para eso no podía haberte mandado un mensaje?, ¿o ponerlo en el informe preliminar? Si además vamos para allá.

—Supongo —respondió ella al mismo tiempo que encogía los hombros —. Da la vuelta. Oye…, ¿tú no habías dicho que ya estaban los informes preliminares?

—Eso dijo el comisario, igual se referían a los que han hecho los militares.

—En todo caso, Cáceres me ha asegurado que los hará esta mañana.

—Le gustas —aseguró Leandro.

—¿Qué dices?

—Te digo que le gustas.

—Leandro, deja de decir gilipolleces y céntrate.

—Ya me lo dirás, la siguiente llamada será para invitarte a cenar.

—Vete a la mierda —respondió ella sin demasiada energía—. Por cierto, deberíamos ir al laboratorio a por más resultados. Quizá hayan podido sacar algo de los ordenadores y les vendrá bien a los del SAC.

En aquel momento, el teléfono de la inspectora volvió a sonar y Leandro sonrió.

Parecía que su teoría era correcta. O quizá no, a juzgar por la cara de ira de la inspectora, quien contestaba casi exclusivamente con monosílabos. Seguramente sería el comisario echándole la bronca por no tenerlo al día o por no avanzar en la investigación o (lo más probable) por alguna queja recibida por parte de los militares.

—¿Está muy enfadado? —preguntó Leandro mientras señalaba al teléfono.

—¿Quién?

—El comisario.

Sara lo miró sin comprender, después se fijó en el teléfono y se dio cuenta de lo que había llevado a Leandro a pensar que acababa de ser amonestada por su superior.

—Te equivocas —murmuró entre dientes a la vez que se colocaba el

cinturón.

—¿No estaba enfadado? —se sorprendió él—. ¿O no era el comisario?

—Peor. Era mi madre —respondió ella en un tono que no dejaba lugar a dudas: se acabó la conversación. Por lo visto, tampoco era un buen momento para que Sara le contara nada de lo que la había separado de su madre tanto tiempo antes. El teléfono de la inspectora volvió a sonar y ella bufó antes de contestar—. ¿Qué? —dijo a su interlocutor —. Eh…, disculpe, señor, pensé que era otra persona.

Por el rabillo del ojo, Leandro la vio resoplar. Precisamente tenía que contestar así de borde cuando llamaba el comisario. Qué mala suerte. Además, parecía que ahora sí estaban en problemas.

—Sí, señor…, íbamos hacia el laboratorio. ¿Prefiere que vayamos a comisaría? ¿No me diga que han encontrado otra víctima?

—…

—Ya entiendo. Tardaremos cinco minutos —le prometió.

Leandro aceleró un poco el vehículo, pese a que su compañera no se lo había pedido.

Estaba claro que algo importante había ocurrido para que Sara le prometiera al comisario que iban hacia allá, cuando en realidad se encaminaban al laboratorio.

—¿Qué ocurre, Sara?

—Da la vuelta otra vez, joder, ni laboratorio ni Anatómico Forense, hemos hecho una excursión de lo más gilipollas. Debemos ir a la comisaría.

—¿Ha ocurrido algo? —se preocupó él.

—Más o menos. Alguien ha filtrado la noticia.

—¿Cómo dices? ¿La prensa lo sabe?

—Sí, hay que enterarse de quién ha sido. Joder, no nos podía venir peor.

—Tranquila, Sara, igual el daño no es tan grave y la gente tiene derecho a estar informada.

—No sé yo… En todo caso, a ver qué saben. Por eso hemos visto a tanta gente ahora al salir de allí, no me he dado cuenta de que eran periodistas. Necesito otro café.

—¿El tercero? —le preguntó él con ironía.

—Calla —lo reprendió ella, sabiendo que tenía razón.

Aparcaron con dificultad en el estacionamiento de la Comisaría Central. Les costó entrar, varios periodistas se apostaban alrededor de cualquier entrada. Algunos agentes se encargaban de mantenerlos a una distancia prudencial, pero eran muchos los que querían saber qué les ocultaba la policía. Las cámaras grababan, los *flashes* brillaban y las grabadoras registraban información.

Todas las miradas se posaron en los dos inspectores en cuanto cruzaron la puerta. Los agentes apostados en la entrada bajaban la cabeza, como si nada ocurriera. Los escudriñaban a escondidas, algunos escondían los periódicos que segundos antes leían con avidez y otros se encargaban de tareas inexistentes, para no toparse con ellos.

Por su parte, Sara caminaba hacia el despacho del comisario con paso firme. Se sentía tan enfadada que cualquiera que se cruzara en su camino se llevaría lo peor de su carácter. Leandro se mantenía a un par de cautelosos pasos de su compañera. La conocía lo suficiente para saber que el estallido estaba a punto de suceder. Pasó como una exhalación por delante de la sala, donde los del SAC investigaban, y miró dentro de refilón. La inspectora Mendoza la observaba, un tanto perpleja.

«Claro, nos ha visto marcharnos hace diez minutos», pensó.

—Leandro, dile a Serena que venga —le pidió justo antes de parar delante de la puerta de su jefe.

—Apenas la conocemos —protestó él con poca energía.

—Nos será de ayuda —le aseguró ella.

Sara se obligó a llamar al despacho del comisario, pese a que su primer instinto había sido asir el pomo y pegarle un buen empujón a la puerta. Cuando su jefe le dio paso, ella respiró hondo y entró.

—¿Se puede saber qué coño ha pasado? —chilló el comisario mientras

agitaba un periódico ante él.

—Comisario Esteve —respondió ella intentando mantener la calma—, sé lo mismo que usted y me jode lo mismo que a usted.

—¡Lo dudo mucho, inspectora! He recibido llamadas hasta del ministro, ¿sabe?

—Qué importante…

—Menos chulerías, inspectora Benítez. Esto es muy grave. Se nos echarán encima el colectivo trans, varios partidos políticos, mis superiores…

—Necesito leer todo lo que hayan publicado al respecto —le pidió Serena en cuanto entró seguida de Leandro e intentando mostrarse práctica.

—¡Ah!, inspectora Mendoza, veo que ya se conocen —añadió el comisario—. La unidad del SAC está en la sala de…

—Lo sé, estuvimos allí antes de ir al Anatómico Forense.

—¿Han traído los informes que le pedí al inspector Gómez?

—No —se lamentó Sara—. Según nos dirigíamos hacia allá, nos llamó el doctor Cáceres y nos aseguró que no los tenía preparados. Nos los enviará a lo largo de la mañana.

—Bien, entonces arreglen esto —dijo él lanzándole un periódico que descansaba a un lado de la mesa—. Apareció en un solo diario esta mañana. Eso sí, en primera página.

Ahora han hecho ediciones especiales de todos los periódicos que pueda imaginar y en Internet ya ni le cuento lo que he tenido que leer.

—Joder, no nos podía venir peor. Señor, lo averiguaremos.

—Eso espero, porque esto tiene demasiada repercusión. Firma la noticia una periodista de *El Ciudadano al Día.* Se llama… Natalia Escobar. Está citada aquí esta tarde. No quiero errores.

Sara cogió los periódicos y salió sin decir nada. Leandro se movía en consonancia, sin atreverse a añadir más. Serena los observaba e imitaba a su nuevo compañero. Sin decir una palabra, se sentó a leer la noticia que había desatado aquel caos y dejó que sus compañeros cotejaran la información en la red. Como les había asegurado el

comisario, la noticia se había hecho viral.

—¿Has visto a Solís? —preguntó a su compañero.

—No, la verdad es que no sé dónde está.

—Yo lo vi a primera hora y parecía un tanto ausente. Tenía la misma energía que todas las mañanas, eso sí.

—Lo llamaré —respondió él mientras sacaba el móvil y marcaba el número del policía pelirrojo.

Tras unos segundos constató que, por primera vez, Solís no contestaba a su llamada, así que marcó el número del laboratorio, donde le confirmaron que no había estado por allí.

—Qué extraño es que Solís no dé señales de vida —murmuró Sara—. Mándale un mensaje, que nos llame en cuanto lo vea.

—Leed el artículo —les pidió Serena con el ceño fruncido.

¿TRANSFOBIA O CASUALIDAD?

Ya son cuatro las víctimas del asesino que tiene en jaque a la capital. Cuatro personas transgéneros han sido asesinadas en las últimas semanas a manos de un macabro individuo, que no se conforma con quitarles la vida, también las mutila. Los hechos se produjeron en varios puntos de Madrid, lo que provoca la preocupación del colectivo LGTB. Las autoridades aseguran que no hay nada que haga pensar que el homicida elija solo personas trans, pese a las evidencias.

Aunque tampoco podemos descartar que el homicida se trate de un seguidor de Gabriel, el asesino de videntes que actuó durante semanas matando a mujeres que se dedicaban a leer el tarot. La inspectora encargada de ambos casos es Sara Benítez, quien fue secuestrada y parcialmente mutilada por Gabriel, lo que nos hace plantearnos lo más importante…: ¿de verdad es la más adecuada para llevar este caso?

—No te alteres, Sara. Hacen su trabajo, es normal que hayan investigado al salir tu nombre.

—Ya lo sé, pero parece que no me van a perdonar jamás lo que pasó.

—No tienen nada que perdonarte, aunque tú sí. Bien, alguien de la comisaría ha metido la pata —aseguró Leandro.

—O alguien del Anatómico Forense —añadió la inspectora.

—O… quizá… —dijo entonces la inspectora Mendoza.

—¿Qué? —la apremió ella.

—No sería la primera vez que el propio asesino habla con la prensa para hacerse notar.

—No creo que sea el caso —repuso Leandro.

—¿Por qué no?

—Porque, de ser así, habría hablado de las chapuceras operaciones posteriores para reasignar de nuevo los genitales. Cáceres tenía razón, ese dato debía ser lo más privado posible.

—Eso es cierto. Aunque creo que esta noticia lleva una doble intención, que es la de privar a la inspectora Benítez de credibilidad. Hablad con la periodista. Si necesitáis que esté presente, me avisáis. Si ella tiene alguna razón para desprestigiarte, Sara, se lo tienes que sacar. Si no es ella, entonces podemos pensar que el sujeto que buscamos, o alguien muy cercano a él, es quien ha filtrado todo esto a la prensa.

—Tenemos de tiempo hasta la tarde, no te preocupes, quizá sea mejor que le demos un avance al papeleo.

—¿Quieres que me acerque mientras al laboratorio? —se ofreció Leandro de pronto.

—Un poco más tarde, quizá. Creo que debemos avanzar con lo del perfil. Si echamos una mano a Serena y sus compañeros, quizá para esta tarde tengamos un perfil de nuestro sujeto.

—Me acercaré entonces después de comer. Y llamaré a Álvaro por el camino, si es que no lo veo antes. Qué raro que no conteste. Creo que es la primera vez que no recibo respuesta suya. ¿No se habrá tomado la mañana libre?

—No creo, hace un par de horas recibió a los del SAC, ¿para qué iba a cogerse la mañana libre a partir de las diez? —se extrañó la inspectora.

—Estará ocupado entonces —zanjó Leandro antes de sentarse a revisar papeles. Por si acaso, colocó el móvil a la vista.

Durante horas se dedicaron a colocar cada pista, cada prueba. Los agentes del SAC

preguntaban y ellos respondían. El joven inglés se encargaba de anotar detalles en una enorme pizarra y el holandés de corregírselas. Sara se fijó en lo pintoresco de aquel equipo. Esperaba que pronto pudieran establecer un perfil lo suficientemente detallado como para comenzar a compararlo con sus sospechosos.

Por la tarde, y mientras Leandro se acercaba al laboratorio, Sara se refugió en su despacho para revisar las fotos de los jinetes y las citas extraídas del Apocalipsis. Había alguien en Madrid empeñado en que la inspectora se leyera la Biblia cada cierto tiempo y ella, atea como se sentía cada vez más, no podía evitar que los músculos se le agarrotaran de la tensión que acumulaba al leerlos. Cada vez que los ojos de la inspectora se paraban en las copias de las fotos de los Jinetes del Apocalipsis, sentía que se helaba la sangre y un escalofrío la recorría entera. No podían permitirse ni una víctima más, no lo consentirían. Pensaba en ello cuando unos golpes sonaron en su puerta y el policía pelirrojo, que tanto la irritaba, le anunciaba que la periodista acababa de llegar. Recogió todo lo que prefería que la visitante no viera y se dispuso a mantener una conversación cordial. Si había algo que la irritara más que tratar con los militares sin duda era tratar con los periodistas, eso si no pensaba en su madre, claro.

—Solís…, ¿no has visto al inspector Gómez?

—Eh…, no, ¿por qué?

—Te ha llamado varias veces. Lleva buscándote todo el día.

—Ah, lo siento, debo tener el móvil en silencio, ahora mismo lo llamo. Lo siento, de verdad.

—No pasa nada, contacta con él y ve al laboratorio. Se fue hace un rato hacia allá.

—Claro, jef…, perdón, inspectora.

—Solís…, ¿estás bien? —le preguntó al reparar por primera vez en su aspecto. No se había afeitado ni se había molestado en pasarse un

peine aquel día.

—Sí, sí, es que… sufro migrañas y hoy no tengo un buen día.

—Bueno, pregunta al inspector Gómez si te necesita. Y si no, vete a descansar, parece que te hace falta. Nos arreglaremos.

—Muchas gracias —añadió él antes de dejarla a solas con la periodista —. La verdad es que, estando así, no soy capaz de rendir mucho.

—Buenas tardes, inspectora —se presentó la mujer que acompañaba al subinspector—.

Me llamo Natalia Escobar.

—Lo sé, tome asiento —le pidió—. Yo soy la inspectora Benítez.

—Imagino que este encuentro es por culpa del artículo.

—Por supuesto que es por el artículo.

—Tengo derecho a informar a los ciudadanos de que un asesino está suelto.

—El problema es que ustedes los periodistas buscan la noticia sin darse cuenta de las consecuencias que eso puede tener para la investigación.

—Creo que se precipita, inspectora. No voy a la caza de la noticia perfecta. Bueno…, si se diera el caso no la dejaría escapar, para qué la voy a engañar. Me decidí a publicar esto por una razón muy importante.

—Claro, no hay un solo periodista que no diga algo parecido.

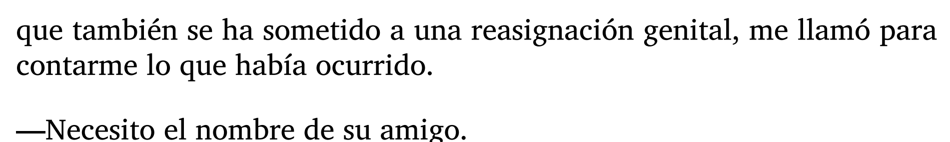
—Se está equivocando, inspectora.

—Bien, la escucho, usted dirá —dijo de manera afable, pese a que no sentía afabilidad alguna.

—Me sometí a una vaginoplastia hace diez años.

—Eh…, ya veo…, no lo sabía.

—No tenía por qué saberlo. Yo no voy por ahí diciéndolo, simplemente tuve más suerte que otros compañeros y compañeras de poder pasar por la operación. El caso es que un amigo muy querido,


que también se ha sometido a una reasignación genital, me llamó para contarme lo que había ocurrido.

—Necesito el nombre de su amigo.

—Ah, no, de eso nada, inspectora, no pienso traicionar a mi fuente.

—Entonces tendré que arrestarla por obstrucción…

—No siga, por favor, no tengo ninguna intención de no colaborar en lo que me pida, pero no puedo darle el nombre de mi amigo. Al menos no antes de hablar con él.

—De acuerdo…, por ahora. Necesito saber qué le contó, ¿sabe algo más que no haya dicho en su artículo?

—Mi… amigo me contó que han muerto cuatro personas, dos hombres y dos mujeres, que los cuatro pertenecían al colectivo trans y que fueron mutilados.

—¿Cómo que fueron mutilados? —preguntó Sara, interesada. Si sabía lo que les habían hecho, sin duda lo había filtrado alguien muy cercano.

—Sí, a los dos hombres les cortaron las manos y a las mujeres les sacaron los ojos.

—¿Le contó algo más?

—Que todos se encontraban registrados en una página web especializada en transgéneros.

—Vaya…, acaba de meter la pata hasta el fondo —le aseguró Sara. Por un lado, se sentía feliz de que no todo hubiera trascendido y de haberla pillado tan pronto. Por otro, cabreada por la filtración en sí.

—¿Por?

—Porque las únicas personas que saben lo de esa página somos mi compañero, un criminalista y yo.

—¿Y cuál de ellos piensa que la ha traicionado?

—Ninguno —aseguró con convicción Sara.

—Pues ya me contará, porque usted no me ha dado información alguna.

—Verá…, esto es interesante. Solo teníamos esa información, como le digo, tres personas. Pero entonces fuimos a hablar con el creador de esa página web, Óscar Carracedo, quien sin duda es su fuente porque le dejamos investigando si las dos últimas víctimas también estaban registradas en TRÁNSITO, la página de su creación. Y

si, como usted asegura, así es, la única persona que lo sabía era él, puesto que aún no nos ha dado esa información.

—Ya… —suspiró—. He metido la pata.

—No lo creo. Entiendo su malestar, su preocupación, entiendo que es su trabajo y además le toca muy de cerca por su condición de trans. El problema es que, si interfiere en nuestra investigación, puede hacer que no solo vaya más lenta, sino que puede provocar que el asesino se ponga nervioso y vuelva a matar.

—Ahora dirá que es culpa mía si encuentra otro cadáver —se quejó ella.

—No, la culpa siempre será de quien está haciendo esto. Usted, que yo sepa, no ha matado a nadie. Sí que le pido que nos deje trabajar, es la única manera de dar con el culpable.

—Puedo intentar… trabajar, digamos… en conjunto, quiero decir… que puedo publicar lo que ustedes piensen que puede ser de interés.

—No me fio de los periodistas, Natalia, no es algo personal…

—Lo sé, tampoco me fío yo de la policía, ni es personal…

En aquel momento el teléfono de la inspectora sonó, con lo que Sara quiso dar por concluida su conversación. En realidad, ya no tenían mucho que decir.

—Natalia, tengo que atender esta llamada, es importante.

—Bien, piense lo que le he dicho.

—Lo pensaré y haré lo que crea mejor para resolver el caso, se lo aseguro.

—Gracias —se despidió ella.

Dejó a la inspectora hablando por el móvil y salió a la calle, donde se

ajustó bien el abrigo. Se alegró de haberse puesto el más grueso, el día prometía ser de los más fríos de aquel invierno. Encendió un cigarro y se encaminó a la parada del autobús al mismo tiempo que hacía una llamada. Sorteó compañeros periodistas, algunos la saludaron, otros volvieron la cabeza y la mayoría ni repararon en su presencia.

—¿Óscar? —dijo en cuanto se supo escuchada.

—¿Qué tal ha ido?

—Lo saben. Saben que fuiste tú quien me dio la información.

—¡Joder, Natalia! ¡No era tan difícil!

—La verdad es que lo dedujo ella, la inspectora Benítez. Es muy lista.

—Ya, eso es verdad. Ahora estoy en un lío —se lamentó él.

—Lo dudo. No creo que te recrimine nada, me ha parecido bastante razonable.

—Por muy razonable que sea, he filtrado a la prensa una información que debía haber dado a la policía. Seguro que habrá consecuencias.

—Le he pedido que trabajemos juntos, la prensa y ellos.

—¿Y qué te ha respondido? —preguntó él con poca esperanza.

—Se lo está pensando —respondió ella.

—¿En serio? —se sorprendió.

—Deberíamos quedar para que me cuentes todo con calma, Óscar. Total, ya saben que fuiste tú, mejor que nos enfrentemos a este asesino con la mayor información posible.

—Vale, ¿puedes venir a mi casa? Es que yo ahora estoy liado, a estas horas es cuando más actividad hay. Estará Elena, así me podrá echar una mano.

—¿Tu novia? Perfecto, ya era hora de que me la presentaras.

—Exagerada, tampoco es que llevemos tanto tiempo juntos.

—Por lo menos seis meses —protestó ella.

—En realidad un año, tienes razón. Bueno, vente para acá, ya sabes mi

dirección.

—Tardaré un poco, no hay quien se mueva por Madrid.

—Se acerca la Navidad y la gente sale más, Natalia. Aquí estaremos, no te preocupes.

La periodista colgó el teléfono y dio una larga y última calada a su cigarro antes de tirarlo y parar a un taxi. De repente, la idea de compartir espacio con un montón de desconocidos en un asfixiante autobús se le antojaba insoportable.

Sara subía los escalones junto a su compañero. Si los del SAC tenían ya algún posible perfil, era el momento de saberlo. Se hallaban más perdidos que al principio y no querían más cadáveres sobre su conciencia para poder encontrar nuevas pistas.

Los tres policías se afanaban en colocar datos sobre la enorme pizarra borrable. El subinspector holandés se había quitado el jersey y llevaba las mangas de la camisa de cuadros remangadas hasta los codos. El inglés no parecía tener un pelo fuera de su sitio; al contrario que Serena, quien se pasaba las manos por la cabeza cuando se preocupaba, lo que hacía que se le revolviera el pelo cada vez más.

—¿Tenéis algo? —preguntó ella sin más preámbulos.

—Bueno, nos faltan datos que comprobar... A ver... —comenzó a decir la inspectora Mendoza a la vez que se ponía junto a ellos.

—El sujeto que buscamos —añadió Gustaaf con marcado acento holandés—, es un varón, de unos treinta y cinco años, de complexión fuerte y sin conocimientos médicos, a juzgar por las chapucerías que cometió con las víctimas.

—Mide más de 1,75, aunque eso ya lo sabíais —siguió hablando Serena—, y se trata de un individuo más bien introvertido, sufrió abusos en su infancia o recientemente, muy probablemente impotente y con varios desengaños amorosos, por eso mata por parejas y por eso les corta sus atributos sexuales.

— *Y reconoce a la inspectora Benítez y la fobia* —añadió el joven Rush con un acento inglés, tan marcado que a Sara le costó entenderlo.

—Querrás decir que la conoce y que la odia —lo corrigió su jefa.

—Sí, eso —asintió él.

—Rush aún se pelea con algunas palabras, como habréis podido comprobar, pero es un hombre muy válido, con un don extraordinario para los ordenadores y con una gran capacidad para recordar datos.

—Será muy útil entonces, aunque necesite traductor —sonrió Sara, divertida.

—¿Podremos ver los interrogatorios? —preguntó Gustaaf.

—Nos hemos entrevistado con algunos testigos, en realidad interrogatorios como tal no hay ninguno. Si queréis, pido que me suban las cintas, ¿os pueden resultar de utilidad?

— *Yes, sure. ¿Y una copia del duro del disco de Rubén*? —añadió Rush.

—De eso también —le prometió la inspectora disimulando una sonrisa.

—Cuando hayamos comprobado todo eso, tendremos algo más.

—Han avanzado bastante, la verdad —los alabó Leandro.

—Gracias, además hay que ponerse las pilas porque hay un posible secuestro en Bilbao y es probable que tengamos que irnos enseguida para allá. Se trata de dos menores.

—Intentaré que se lo hagan llegar cuanto antes —zanjó Sara tras emitir un sonoro suspiro que no le pasó desapercibido a los de la unidad especial.

—¿Te encuentras bien, Sara?

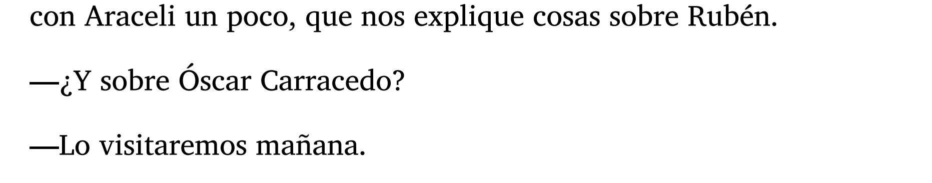
—Sí, solo estoy cansada.

—¿Pudiste dormir algo? —le preguntó su compañero, que conocía a la perfección la manía de la inspectora de dormir lo menos posible y entretenerse a la hora de irse a la cama tanto como pudiera.

—Creo que ese es el problema. Dormí nueve horas seguidas y me he levantado como de haber pasado seis meses en coma —exageró.

—¿ *Tú tienes coma*? —preguntó el agente inglés.

—No, tranquilo, es una forma de hablar —se vio obligada a explicar. Nos vamos a ir al laboratorio en busca de pistas y podríamos hablar



con Araceli un poco, que nos explique cosas sobre Rubén.

—¿Y sobre Óscar Carracedo?

—Lo visitaremos mañana.

—Lo avisaré de camino —le aseguró—. Igual deberían irse a descansar, mañana tendremos muchos más datos que están por salir.

—Trabajaremos por la mañana y, a no ser que encontremos nuevos indicios urgentes, el resto del fin de semana lo tendremos libre —les informó Sara.

—Le haremos caso, inspector —le aseguró la mujer mientras se masajeaba el cuello y sus compañeros se estiraban. Por cierto, necesitaré esas copias que me ofreció antes, me gustaría llevarme todo esto al hotel.

—Ahora mismo pido que se las hagan —le prometió ella.

Rush comenzó a recoger a toda prisa y habló en un rápido inglés, del que Sara escuchaba retazos. No se le daban mal los idiomas; pero en aquel joven, aparte de hablar muy deprisa, su acento no parecía precisamente londinense. Se marchó el primero y entonces su compañero, Gustaaf, les tradujo a toda prisa lo que había dicho el joven.

—Sale un avión para Liverpool en una hora y media. Si llega, podrá pasar el fin de semana con su familia, tiene un bebé de cinco meses. Le estaba pidiendo permiso a Serena para faltar mañana y nos ha dejado aquí una carpeta con una investigación muy interesante que lleva desde hace tiempo sobre estafadores profesionales por Internet, y cree que hemos dado con alguno de ellos en esa página web.

—¿En serio? Bueno, entonces me pondré con ella…

—Mañana por la mañana lo estudiaremos, Sara, no te preocupes. Creo que deberíais iros a descansar.

—No tengo más remedio que hacerte caso, la verdad es que esto empieza a pasarme factura y llevo toda la tarde moqueando, espero que sea un simple resfriado.

—Es la primera vez que te oigo decir que deberías descansar, a ver si vas a ser humana

—se mofó el inspector Gómez.

—Tampoco exageres —se defendió ella—. Por cierto, Leandro, el lunes me matriculo en clases de inglés.

—Pide hora para dos —respondió su compañero con sarcasmo.

—Que descanséis —dijo entonces Serena—. Mañana os ponemos al día, si encontramos algo más.

—Tenéis mi teléfono —se despidió Sara justo antes de estornudar.

El hombre, según los compañeros de la sección de análisis de conducta, rondaba los treinta y cinco años, era de complexión fuerte, con grandes problemas relacionados con el sexo, no parecía buscar una nueva víctima para esa noche y ellos no estaban más cerca de pillarlo que el día anterior. Así que una reparadora ducha, una buena cena y una película en el sofá con una mantita y una caja de pañuelos de papel la distraerían, aunque solo fuera por unas horas. El universo y su asesino estarían ahí al día siguiente, cuando volvieran a investigar.

CAPÍTULO 26

QUÉ BIEN SIENTA SER NORMAL

Leandro casi se quedó sin respiración cuando vio a Sara dirigirse a la carpeta con la investigación del joven inglés. Menos mal que Serena le echó un cable. Se sentía tan cansado que la sola idea de sentarse a revisar infinidad de papeles se le antojaba una tortura propia del infierno. En realidad, estaba deseando ver a su hijo. Hugo tenía casi un año y no quería perderse demasiado de su infancia. El policía entró en su casa pasadas las ocho de la tarde y lo recibieron la televisión con unos vistosos dibujos y su hijo jugando con unos bloques de construcción en un improvisado corral confeccionado con cojines. Ana, su mujer, dormitaba en el borde del sofá, parecía exhausta.

—Cariño…, cariño… —la despertó suavemente él.

—Mierda, me he dormido.

—No me extraña, este pequeñín da mucho trabajo, ¿eh, enano? —Jugueteó con él hasta que provocó sus carcajadas.

—No lo pongas muy nervioso, Leandro, o tardará en dormirse una eternidad.

—Vete a la cama, me encargo yo de bañarlo y darle de cenar.

—¿En serio? —preguntó ella con esperanza.

—Claro, no te preocupes, cuando esté dormido ya cenaremos nosotros.

La mujer se levantó tambaleándose, llevaba varias noches durmiendo mal por culpa de los dientes de su bebé y necesitaba una noche de sueño reparador con urgencia.

Leandro se las apañó para bañar a su pequeño, que se divirtió de lo lindo echando fuera el agua de la bañera. El experimentado inspector e inexperto padre no secaba el suelo con la misma rapidez que el niño lo mojaba y terminó por rendirse. Cuando por fin consiguió sacarlo del baño (tras una pequeña trifulca porque no quería salir) consiguió ponerle el pijama (tras otra pequeña pelea, porque no quería vestirse). Por un momento se preguntó cómo conseguía su mujer hacer todo aquello sola a diario. Él llevaba una hora con su hijo y se sentía agotado. Al llegar el momento de la cena, se arrepintió de no haberlo hecho al revés, puesto que el niño se empeñó en comer solo y no hubo

más remedio que cambiarle el pijama al terminar. Encima, no ajustó bien su pañal y en cuanto el pequeño hizo pis se le mojó el pijama entero, con lo que por tercera vez se vio obligado a ponerle ropa limpia.

—Ahora entiendo por qué tu madre se empeña en comprarte los pijamas en paquetes de tres. No volveré a quejarme jamás —le dijo al niño, quien le devolvió una sonrisa pese a no haber entendido ni una sola palabra.

Hacia las diez, el niño dormía plácidamente en su cuna y su mujer en la cama, así que se preparó una cena ligera y se sentó en el salón mientras se disponía a ver la televisión un rato. Fue entonces cuando reparó en que tenía varios mensajes de Manuel en su móvil.

… *Inspector, llámeme cuando pueda, por favor, es urgente*…

…. *Leandro, necesito hablar con usted…*

… *He tenido otra visión, tengo un mensaje para usted. Llámeme, por favor…*

El policía marcó de inmediato el teléfono del joven, parecía preocupado y él se sentía de alguna manera responsable de él; era como si Miriam le hubiera pedido que se ocupara de Manuel, pese a que jamás le habló del chico. En realidad, estaba seguro de que ni siquiera lo había conocido. De pronto reparó en la hora, sin duda el joven estaría trabajando en la recogida de basura y no podría contestar, así que colgó y se dispuso a mandarle un mensaje. No había empezado a escribir cuando Manuel lo llamó.

—Pensé que estarías trabajando —se disculpó.

—Es mi día libre —dijo él.

—Perdone que haya insistido tanto, es que Miriam…; bueno, me siento tan estúpido diciendo algo así…

—Manuel, durante semanas las únicas pistas que tuvimos del caso de las videntes nos vinieron de una de ellas, estoy curado de espanto, te lo aseguro. Dime lo que me tengas que decir.

—De acuerdo. Miriam… Bueno, la mujer de mi sueño, me dijo… Espere, que lo tengo anotado. Me dijo exactamente: «Sus ojos eran mis ojos y mis ojos eran sus ojos». ¿Tiene algún sentido para usted?

—Nada en absoluto. ¿Dijo algo más o viste algo que te llamara la atención?

—¿Si vi algo que me llamara la atención? Inspector, que estoy soñando cosas extrañas para luego contárselas a un policía. Si eso no me llamara la atención...

—Manuel, por favor…, ya hemos hablado de esto. ¿Algo más que debas decirme?

—Me… enseñó su imagen reflejada en el espejo. Era ella, pero no lo era. La verdad, no tengo ni idea de lo que estoy diciendo.

—No te preocupes e intenta descansar, hoy que puedes. Ya hablaremos en otro momento.

—Gracias, inspector.

—¿Por qué?

—Bueno, sobre todo por no tratarme como a un loco.

—No lo estás, de verdad. Descansa —zanjó el inspector, quien comenzaba a sentirse de lo más estúpido por estar hablando de visiones con un chico al que apenas conocía.

Durante una hora miró su bloc de notas y subrayó todo lo que le pareció relevante.

Después anotó lo más urgente para hacer por la mañana en cuanto llegara a la comisaría. Se le cerraban los ojos cada poco, así que lo dejó para cuando estuviera más despejado.

Se tumbó junto a su mujer sintiendo el calor de inmediato, se agradecía en aquella noche de diciembre. Oía la rítmica respiración del bebé en la cuna y besó en el cuello a Ana, que le respondió con un gruñido. Le acarició el pecho con dulzura y recibió un empujón somnoliento a cambio. Bien, aquello también tendría que esperar a que estuvieran más despejados. No tardó más de un par de minutos en quedarse dormido.

Hacia las tres de la madrugada, lo despertó el pequeño Hugo, por lo

visto la segunda vez tampoco le había ajustado el pañal debidamente y el frío le incomodó en cuanto se hizo pis. Tranquilizó al pequeño, lo llevó al baño, donde lo aseó y le colocó un pijama limpio y después lo tumbó en la cama con su mujer mientras le cambiaba las sábanas y el protector del colchón. Cuando fue a coger al pequeño para devolverlo a su cuna, comprobó que dormía plácidamente y que ocupaba una buena parte de la cama, con lo que tendría que buscar otro lugar donde pasar el resto de la noche, si no quería despertarlo. Colocó la cuna junto a la cama a modo de barrera y se marchó al salón.

Se tumbó en el sofá y se echó por encima la manta más gruesa que encontró. El resto de la noche lo pasó intentando encontrar una postura adecuada y pensando en el perfil del sujeto al que andaban buscando, lo que le facilitó que a la mañana siguiente luciera las ojeras más pronunciadas de toda la comisaría. La inspectora Benítez, sin embargo, parecía despejada y sin rastro del catarro que amenazaba con invadir sus defensas la tarde anterior.

—Madre mía, Leandro, parece que en lugar de pasar la noche con la familia la hayas pasado compitiendo en los Juegos Olímpicos.

—Uf, no me lo recuerdes. Me duelen partes del cuerpo que ni siquiera sabía que existían. He dormido en el sofá.

—¿Qué ha ocurrido? —insistió ella—. ¿Te mando a pasar media tarde con tu familia y acabas durmiendo en el sofá? Ahora entiendo por qué lleváis tanto tiempo casados Ana y tú, porque yo te retengo en la comisaría trabajando a todas horas.

—No es lo que crees, listilla. Verás, Hugo se mojó, lo dejé en la cama y después… En realidad, nada, que aún no sé colocar un pañal en condiciones —se lamentó él

provocando en su compañera una tremenda sonrisa—. ¿Y tú?, parece que el catarro no te ha terminado de atacar.

—Al ir hacia casa me encontré a un amigo y fui a tomar algo con él.

—Bueno, si una copa te fue mejor que un caldito y un jarabe…

—No, pero me explicó qué remedio usaba su abuela para eliminar el catarro de raíz y le hice caso. Me siento genial.

—No sé de qué me alegro más, si de que no tengas catarro o de que tengas amigos.

—Ja, ja…, muy gracioso —fingió enfadarse ella.

—Buenos días —saludó la inspectora Mendoza—. Ayer llegó un fax del laboratorio, espero que no os parezca mal que lo leyéramos.

—No pasa nada, ya me avisó Eduardo de que lo había enviado.

—Ah, ¿sí? —preguntó Leandro, extrañado.

—Sí, me… llamó cuando ya me había marchado de la comisaría. Como nos íbamos a ver hoy, me pareció innecesario llamarte.

—¿Y de qué se trata?

—Han encontrado el proveedor del hilo que buscamos. La fábrica está aquí en Madrid.

—Podemos ir a preguntar…

—Hoy está cerrado, mandaremos a Solís para que vaya el lunes.

—Me parece bien —coincidió él—, aunque no creo que encontremos nada de interés.

—Yo tampoco, la verdad. ¿Me dejas la carpeta con la investigación de tu compañero inglés?

—No te acuerdas ya del nombre, ¿eh? —se burló.

—Eh…, pillada.

—Toma, está clasificado por países y en cada país cronológicamente.

—¿Cómo que por países?, ¿tanta envergadura tiene?

—Ni te lo imaginas.

Sara se sentó a leer aquel enorme expediente mientras Leandro se encargaba de los cafés. La inspectora tomaba notas aquí y allá, cuando él llegó quejándose de lo caliente que salía de «aquella puñetera máquina».

—Leandro, tienes que ver esto. Hay cientos.

—Resúmelo un poco.

—Mira, aquí hay un tal Roger Morales, que es idéntico a otro tal

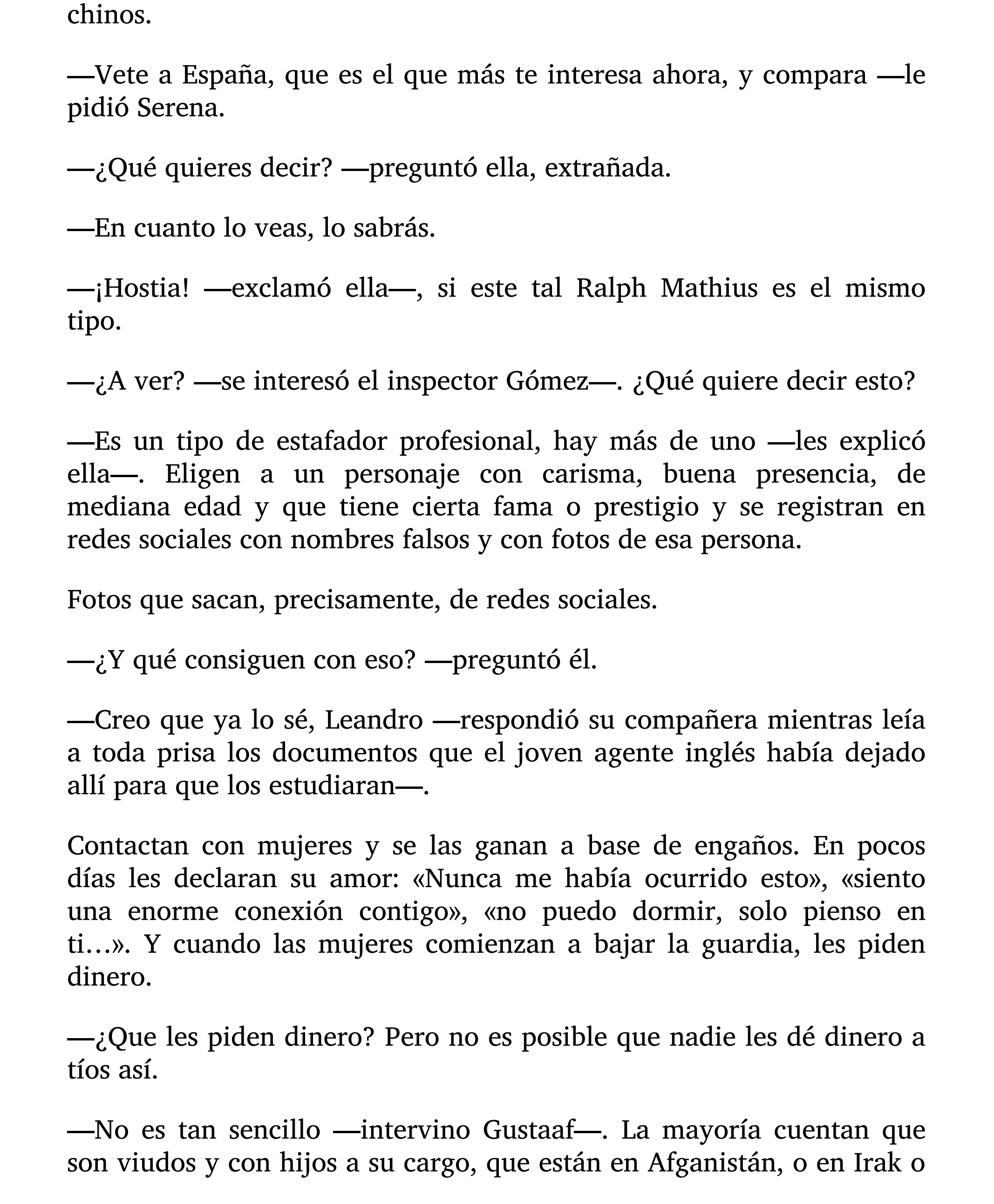
Michael Bloom y extrañamente parecido a Owen Stevenson.

—¿Por qué país has empezado? —preguntó la inspectora Mendoza.

—Por Austria, están por orden alfabético.

—No parecen nombres muy austríacos.

—Eso da igual; con lo que mienten, lo mismo da que digan que son chinos.



—Vete a España, que es el que más te interesa ahora, y compara —le pidió Serena.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, extrañada.

—En cuanto lo veas, lo sabrás.

—¡Hostia! —exclamó ella—, si este tal Ralph Mathius es el mismo tipo.

—¿A ver? —se interesó el inspector Gómez—. ¿Qué quiere decir esto?

—Es un tipo de estafador profesional, hay más de uno —les explicó ella—. Eligen a un personaje con carisma, buena presencia, de mediana edad y que tiene cierta fama o prestigio y se registran en redes sociales con nombres falsos y con fotos de esa persona.

Fotos que sacan, precisamente, de redes sociales.

—¿Y qué consiguen con eso? —preguntó él.

—Creo que ya lo sé, Leandro —respondió su compañera mientras leía a toda prisa los documentos que el joven agente inglés había dejado allí para que los estudiaran—.

Contactan con mujeres y se las ganan a base de engaños. En pocos días les declaran su amor: «Nunca me había ocurrido esto», «siento una enorme conexión contigo», «no puedo dormir, solo pienso en ti…». Y cuando las mujeres comienzan a bajar la guardia, les piden dinero.

—¿Que les piden dinero? Pero no es posible que nadie les dé dinero a tíos así.

—No es tan sencillo —intervino Gustaaf—. La mayoría cuentan que son viudos y con hijos a su cargo, que están en Afganistán, o en Irak o

donde haya guerra en ese momento y que quieren pasar la vida con ellas. Después les piden dinero para el billete de avión porque en aquellos países no tienen acceso a su dinero, o para pagar un entierro de alguien muy querido o una operación que no costea el seguro… Les prometen que en cuanto pisen suelo español les devolverán el dinero porque podrán acceder a sus cuentas y muchas mujeres, que creen que por fin han encontrado al amor de su vida, les mandan el dinero para que puedan salir de esa dificultad cuanto antes.

¡Y ya está! ¡Estafa realizada!

—No es posible… —se negaba a creer Leandro.

—No es tan difícil caer, hay gente que se siente muy sola. No los juzgue, inspector.

—¡No! ¡Por supuesto que no! La culpa es de esta pandilla de sinvergüenzas, no de los que les mandan el dinero. Lo que me deja atónito es que haya tantos.

—¿Y se sabe quiénes son? —preguntó Sara, que intentaba ser útil.

—Hay muchísimos, redes enteras de personas que se dedican a esto. También intentan conseguir fotos con contenido sexual.

—Joder —dijo ella como única respuesta—. Es alucinante, Leandro; mira, este tío aparece en todos los países que he mirado.

—Hay dos tipos de estafadores, inspectora —le explicó el joven holandés. Unos utilizan sus propias fotos con identidades de otras personas. Otros utilizan las fotos de otros y su propia identidad.

—Esto…, esto lleva mucho trabajo a cuestas —admiró Leandro.

—Sí. Además, Rush es muy minucioso. Creó varios perfiles falsos de hombre y de mujer para chatear con estas personas y poder llegar lo más lejos posible. Normalmente hablan en un inglés rudimentario, que fue lo que a él le hizo saltar la alarma. Por supuesto, su inglés es perfecto.

—¿A qué te refieres con rudimentario? —le preguntó la inspectora.

—A que parecían traducciones de Google o algo así.

—Ah, ya entiendo. ¿Y encontró algo más?

—¡Uf! Sí. Mucho más. Llegó a hablar con muchos, establecer unas

pautas periódicas e, incluso, que esto es lo interesante —añadió cuando vio que la inspectora llegaba a una carpeta nueva en la que se veía a varios jóvenes de color—, llegó a hablar con uno de los que estaban detrás de todo.

—¿Y lo han podido acusar?

—No es tan fácil. Mire, inspectora, abra la carpeta que tiene en la mano. ¿Ve a esos chicos? Rush acusó a un hombre con los que chateaba de ser un estafador, le dijo que lo había pillado, le enseñó pruebas y confesó. Se llamaba Chris Smith y era un nigeriano de veintiséis años que se hacía pasar por un osteópata neoyorquino que tiene bastante prestigio en lo suyo.

—No es posible… —decía Sara, cada vez más alucinada.

—Sí, el chico le confesó que trabajaba para un grupo que les permitía a él y a otros jóvenes de su ciudad utilizar los ordenadores que el gobierno había colocado en la

escuela, para estafar a mujeres blancas. A cambio les proporcionaban cobijo, comida y pagaban la educación de sus hermanos pequeños.

—Es surrealista —musitó Leandro con una mezcla de admiración y espanto—.

Perdone que le pregunte esto, porque en realidad, si le digo la verdad, estoy alucinado.

Y, si no le importa, me encantaría leer el expediente entero.

—No hay problema —le aseguró ella.

—Lo que quería preguntarle es… ¿qué relación tiene esto con nuestro caso?

—Ahí es donde está lo bueno —dijo la inspectora Mendoza haciéndose la interesante—. Nada más llegar aquí, Rush se puso enseguida con el disco duro que le facilitaron ustedes y revisó las conversaciones de chat de esa página donde estaban registradas las víctimas: TRÁNSITO. En el disco duro del ordenador de la víctima número uno…

—Rubén Artigas —le echó una mano Sara a toda velocidad.

—Sí, disculpa, lo iba a comprobar. Pues en el disco duro del ordenador de Rubén Artigas encontró varias conversaciones borradas

con mujeres que coinciden con perfiles de los que había investigado Rush Abbot.

—Un momento —le pidió Leandro saliendo a toda velocidad de la sala de reuniones.

Volvió unos minutos después con un objeto en la mano que Sara reconoció como el cuaderno que Dylan les había ayudado a encontrar en su casa—. Mira, Sara, Rubén escribió E unas cuantas veces en las conversaciones que tenía con mujeres, conversaciones que dejaba enseguida.

—Coinciden con las que me señala Rush como estafadoras —les explicó ella tras comprobarlo.

—Entonces E podría significar estafadora —murmuró Leandro sin dejar de pasar las páginas.

—Probablemente —asintió ella—. ¿Coinciden con las que encontró el agente Abbot?

—Sí, son las mismas. No son conversaciones con las mujeres con las que se comunicó en TRÁNSITO.

—¿Y entonces?

—Creo que se registró en esa página precisamente para evitar este tipo de personas. Es normal que, si hay que pagar una cuota, los estafadores no estén ahí, dado el tipo de individuos que son en realidad.

—Todavía estoy alucinando —confesó Sara—. Pero sí, tiene sentido.

—El problema es que Abbot les ha dejado aquí su investigación precisamente por un solo detalle. La mujer con la que hablaba Rubén antes de comenzar sus conversaciones con la tal Amy comenzó a seguir las mismas pautas que él ya había visto fuera de TRÁNSITO y envió un correo al creador para darse de baja. Como tenía pagado el mes en curso, se le avisó de que dejaría de tener conexión el día uno del siguiente mes y fue entonces cuando comenzó a hablar con la tal Amy y anuló su petición de baja de la página.

—¿Sabemos el nombre de esa mujer?

—Firmaba como A. S.

—Habrá que pedir en el laboratorio que busquen el rastro desde donde se mandaron los mensajes.

—Creo que es una buena idea —coincidió la mujer—. Bien, debemos irnos, Gustaaf.

—¿A dónde?

—A Bilbao, tenemos un caso complicado allí, el que os comenté ayer del secuestro.

Pensé que podríamos esperar al lunes, pero va a ser imposible. Al menos pudimos realizar un perfil, aunque no sea muy exhaustivo.

—Bueno, es bastante preciso —la contradijo Sara.

—No crea; aunque es lo que más cuadra con la conducta del sujeto, no podemos descartar que haya sido una mujer.

—No te preocupes, lo tendremos en cuenta. Muchas gracias por vuestra ayuda. ¿Los llevas al aeropuerto, Leandro?

—Por supuesto —respondió él mientras se despedía.

—No será necesario —aseguró Serena—. Nos está esperando abajo un coche. La única ventaja de pertenecer a esta unidad es que, como no podemos perder un minuto, no nos dejan perder ni un minuto.

—Ya entiendo. Pues buen viaje entonces —se despidió ella.

—Suerte con la búsqueda —les deseó la inspectora Mendoza al salir.

En cuanto se marcharon, Leandro le dio a su compañera un taco de copias que había hecho sobre la investigación del joven inglés y se llevó otro tanto consigo. Los dos querían echarle un ojo durante el resto del corto fin de semana que tenían por delante.

Se sentían raros saliendo de allí a plena luz del día y ambos tuvieron que usar las gafas de sol para poder caminar sin chocarse con nada. La cantidad de horas que pasaban en el trabajo comenzaba a acumularse no solo en sus hombros, sino también en sus ojos cansados y, como se temía Sara, les provocaba una desazón que destruía cualquier vestigio de esperanza.

CAPÍTULO 27

¿POR QUÉ NO ABRES?

El fin de semana había pasado en un abrir y cerrar de ojos. Al verse en compañía de su marido, Ana apeló al espíritu navideño para acercarse a la Plaza Mayor y ver el mercadillo que tanta tradición atesoraba desde ni se acordaba cuándo. Pasearon entre puestos de figuras para el nacimiento, artesanías varias, luces de todos los colores, espumillones, gorros, cotillones… Pero lo que sin duda terminó de transportar al inspector a su infancia fue aquel olor a castañas asadas que tanto le recordaba a su abuelo. Se vio de pronto transportado a una Plaza Mayor mucho menos concurrida y ruidosa. Sus rodillas huesudas tiritaban bajo el pantalón gris parcheado en las rodillas tras más de una caída. El gorro casi le tapaba los ojos y los guantes, manoplas de lana que su abuela le había realizado con un jersey que había deshecho aquella Navidad, no eran suficientes para combatir la helada de cada invierno. Su abuelo entonces compraba un cucurucho de castañas asadas, muy calientes, y se las repartía en los bolsillos del pantalón haciendo que entrara en calor casi de inmediato. Él metía allí las manos y durante un buen rato se sentía tan feliz que se olvidaba del frío y la humedad.

—Leandro…, ¿no me oyes?, ¿te encuentras bien? —preguntaba su mujer ante la atenta mirada de su pequeño.

—Perdona, cariño, por un momento me he ido atrás en el tiempo —respondió él turbado, ella sonrió.

—¿Cuántos años hace que montan en Navidad este mercadillo?

—Ni me acuerdo, desde luego yo venía de niño.

—En Salamanca también ponen algunos puestos, nada tan grande como esto, claro.

—Pero debe de hacer mucho más tiempo, porque en *La gran familia* ya perdieron a Chencho en la Plaza Mayor, y esa película es más antigua que yo.

—No tanto, cariño, lo siento. —Se rio ella tras acariciarle las canas, él fingió enfadarse.

Un lastimero quejido llegó entonces del cochecito donde descansaba el pequeño Hugo.

Por lo visto la visita llegaba a su fin, porque el pequeño se frotaba los ojos con las manos dentro de sus manoplas y se encogía en el asiento como si tuviera frío.

—Este pequeñín necesita ya su baño y su biberón para irse a dormir —le aseguró su mujer con ese radar que solo tienen algunos privilegiados, él ni se lo cuestionó.

Compró un cucurucho de castañas que se fueron comiendo camino a casa e intentó disfrutar de aquella pequeña tregua que el asesino les había dado aquel fin de semana.

Tras acostar al pequeño, Ana y él decidieron irse a dormir pronto, no sabían cómo se presentaría la semana. La cercanía de su mujer provocó en él un familiar cosquilleo y la rozó con los labios, travieso. La reacción de Ana no se hizo esperar y se colocó sobre su marido besándolo con pasión. Leandro disfrutaba cada día más de los besos de su mujer, de sus caricias, de su sabor, de su olor, de sus gemidos cuando la embestía una y otra vez. Ana, por su parte, enseguida se colocaba encima para sentir el control que ejercía en aquel momento sobre su esposo, que se dejaba hacer sabedor del placer que era capaz de proporcionarle con cada movimiento de sus caderas. El orgasmo de Leandro tardó lo suficiente para que ella lo sintiera dos veces. Si algo despertaba su apetito sexual era ver a su mujer en pleno clímax.

Tras hacer el amor se acurrucaron en el medio de la cama y enseguida un sueño profundo se apoderó de los dos, por eso al inspector le costó tanto identificar el sonido de su propio teléfono móvil cuando sonó un par de horas después.

—¿Qué…, qué ocurre?

—¿Inspector Gómez? Soy Solís, me temo que tenemos otro cadáver.

—¿No estabas enfermo?

—Sí, me han llamado hace media hora.

—¿Estás mejor, al menos?

—La verdad es que sí. Me tomé un analgésico y me acosté en cuanto llegué a casa el viernes. Dormí catorce horas seguidas. Hoy he intentado no hacer demasiado esfuerzo.

—Me alegro, porque yo estoy agotado. Empieza la semana y a mí se me ha hecho corto el descanso. Al menos uno de nosotros estará en condiciones. ¿Has avisado a la inspectora Benítez?

—Eh…, sí, pero no me coge el teléfono, es extraño.

—Lo tendrá en silencio. No te preocupes, que la aviso yo. Mándame la ubicación.

Tras colgar intentó, sin éxito, contactar con su compañera, así que se duchó a toda velocidad, se recalentó el café que quedaba en la cafetera del día anterior y se dirigió a su casa. Llamó un par de veces al telefonillo y esperó.

—¿Leandro? ¿Qué haces aquí? —preguntó al descolgar el auricular.

—¿Cómo…, cómo sabes que soy yo?

—¿Estás gilipollas? Porque te estoy viendo por la cámara.

—Ah, ya…, qué estúpido.

—¿Qué quieres? Son las cuatro de la madrugada.

—Tenemos un cadáver, Sara, me ha avisado Solís.

—¡Joder! ¿Y por qué no me has llamado?

—Lo he hecho… y Solís también… varias veces.

—Perdona, lo tendría en silencio. Bajo ahora mismo.

—Abre, que hace frío.

—Eh…, no…, mejor me esperas en el coche, que ya voy.

—Vale —respondió él, extrañado. Era la primera vez que su compañera no le dejaba subir a su casa—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, dame cinco minutos.

—Que sean tres.

—Bajo enseguida —concluyó ella antes de colgar y de colocarse a toda prisa la ropa interior.

Pensó en la suerte de que la cámara solo funcionara en una dirección,

porque si en aquel momento el inspector pudiera ver su casa, su aspecto, o lo que estaba haciendo, no tendría más remedio que comenzar con las explicaciones cuanto antes.

—¿Se ha dado cuenta? —preguntó una voz a su espalda.

—Eh…, no, pero no quiero que nos vea bajar juntos.

—Yo también tengo que marcharme, ¿sabes? —dijo el hombre que la acompañaba tras enseñarle el teléfono.

—Haremos una cosa: salgo yo primero y, en cuanto veas que nos marchamos, sales tú.

—Sara…, que no tenemos quince años.

—No quiero que nadie…

—Vale, vale, tú ganas. Pero de verdad que me parece una gilipollez que nos ocultemos a estas alturas de la película, somos adultos.

—No voy a discutir…

—Tranquila, que lo he entendido —terminó de decir él antes de meterse en el baño.

Menos de cinco minutos después, la inspectora Benítez se apresuraba a entrar en el coche de Leandro. Mientras se alejaban, simuló mirarse en el retrovisor derecho y quitarse una inexistente legaña para comprobar que su compañero de cama salía del portal y se dirigía a la calle de atrás en busca de su coche.

—¿Estás bien? —le preguntó Leandro sin quitarle ojo.

—Eh…, sí, sí. Algo cansada.

—No me extraña. Yo llevaba dormido solo dos horas cuando me ha llamado Solís. ¿Y

tú?

—¿Yo? Pues igual, más o menos, claro —mintió ella mientras giraba la cabeza para no enfrentarse a la mirada de su compañero—. ¿Te ha adelantado algo Solís?

—No, qué va, solo me ha informado del hallazgo.

—¿Entonces no sabemos por qué vamos nosotros?

—Supongo que el cadáver presentará alguna similitud con nuestro caso, Sara. Solís no es tonto.

—Ya… —musitó ella a la vez que se ajustaba el abrigo y se acomodaba en el asiento.

—Por cierto, te has puesto solo un pendiente —llamó su atención el inspector.

—Vaya —protestó ella llevándose la mano a la oreja izquierda. Sabía que no era así, muy probablemente se le habría caído en la cama—. Por cierto…, ¿a dónde vamos?

—Al parque del Oeste —respondió Leandro tras un bostezo.

—¿A qué zona?, que el parque es muy grande.

—Cerca del búnker.

—¿Qué búnker? —quiso saber ella.

—En el parque del Oeste hay tres búnkeres muy antiguos, de la Guerra Civil, se conservan en muy buen estado.

—No lo sabía —confesó ella—. ¿Y hacia dónde quedan?

—Muy cerca de la UNED. Podemos ir por el Puente de los Franceses y enfilar la calle Séneca.

—Entonces en la zona que da a las Universidades, en fin de semana no habrá mucha gente, por eso habrá elegido aquel lugar.

—Supongo —coincidió él—. Lo único que sé es que el cadáver se encontraba a un lado de uno de los búnkeres. Espero que no nos cueste encontrar el lugar.

Aparcaron diez minutos más tarde junto a varios vehículos policiales. Los focos se hallaban encendidos y apuntaban a un solo lugar del parque, por lo que Sara y Leandro se bajaron del coche y siguieron la luz hacia un claro donde un búnker se erigía en medio del bullicio provocado por la investigación. La inspectora Benítez buscó con la mirada hasta que se topó con Solís y se dirigió a él de inmediato.

—Buenas noches, inspectora, creo que debería ver esto.

—A eso hemos venido, Solís, ¿no?

—¿No ha llegado aún el forense? —preguntó Leandro.

—No, lo estamos esperando. De todos modos, creo que la inspectora me entenderá cuando vea el cadáver.

—Odio que me tengas en ascuas, Solís, y más a estas horas —protestó Sara sin dejar de caminar hacia donde el agente le indicaba.

—Mire, jefa —dijo él mientras levantaba la sábana metalizada que cubría el cadáver.

—¿Es una mujer? —preguntó ella, extrañada. La cabeza permanecía girada hacia un lado y el pelo le caía sobre la cara.

—No creo que haya duda, inspectora. Aunque no tiene al descubierto la zona genital, he tapado el cadáver lo más rápido que he podido para que nadie curioseara, y ya ve que le faltan los ojos.

—Bien hecho, pero habla claro de una vez, por favor, ¿qué es lo que en realidad quieres decirme? —le pidió Sara algo malhumorada; Leandro se agachó para ver los daños que el asesino había provocado en la mujer.

—¿Has reconocido el terreno, Álvaro? Si alguien la ha…, ya sabes…, «operado», tiene que haber otra víctima.

—He buscado alrededor y no he encontrado nada. De verdad, inspectora, tiene que fijarse bien en la cara de la mujer —insistió él con el ceño fruncido.

—¡Joder! ¡Está bien! ¿No basta con que la vea Leandro? —protestó ella a la vez que rodeaba el cadáver y se agachaba para ponerse lo más cerca posible—. ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —preguntó un extrañado Leandro. No se había percatado de nada diferente a las otras víctimas.

—Es…, es la periodista con la que me entrevisté el viernes —murmuró ella, abatida.

—¿Estás segura?

—Del todo —asintió la inspectora, ahora entendía la insistencia del

agente pelirrojo.

—¿Qué me he perdido? —preguntó el doctor Cáceres nada más llegar hasta ellos—. La veo muy guapa, inspectora. ¡Vaya! Ha perdido un pendiente.

—Nueva víctima —respondió ella haciendo caso omiso del comentario del forense—.

Y nos corre prisa saber la hora de la muerte.

—Eh…, como siempre, ¿no? —soltó él con ironía.

—No, como siempre no. Esta mujer se entrevistó conmigo en la comisaría hace tres días.

—¿En serio? Dejen sitio —les pidió él mientras se colocaba junto al cuerpo y se ponía a toda velocidad unos guantes—. No murió aquí, han desplazado el cadáver. Presenta múltiples abrasiones en los talones, la arrastraron varios metros.

—Sí —coincidió Solís—. El rastro llega hasta aquella acera, unos cuarenta metros.

—¿La traería en coche? —preguntó Leandro—. Avisa a los de la Científica de que es probable que hubiera un vehículo estacionado a aquella altura, que busquen restos de rodadas o de aceite o de lo que sea. No he visto a Eduardo Sánchez, ¿no ha llegado aún?

—Su equipo sí —le explicó Solís.

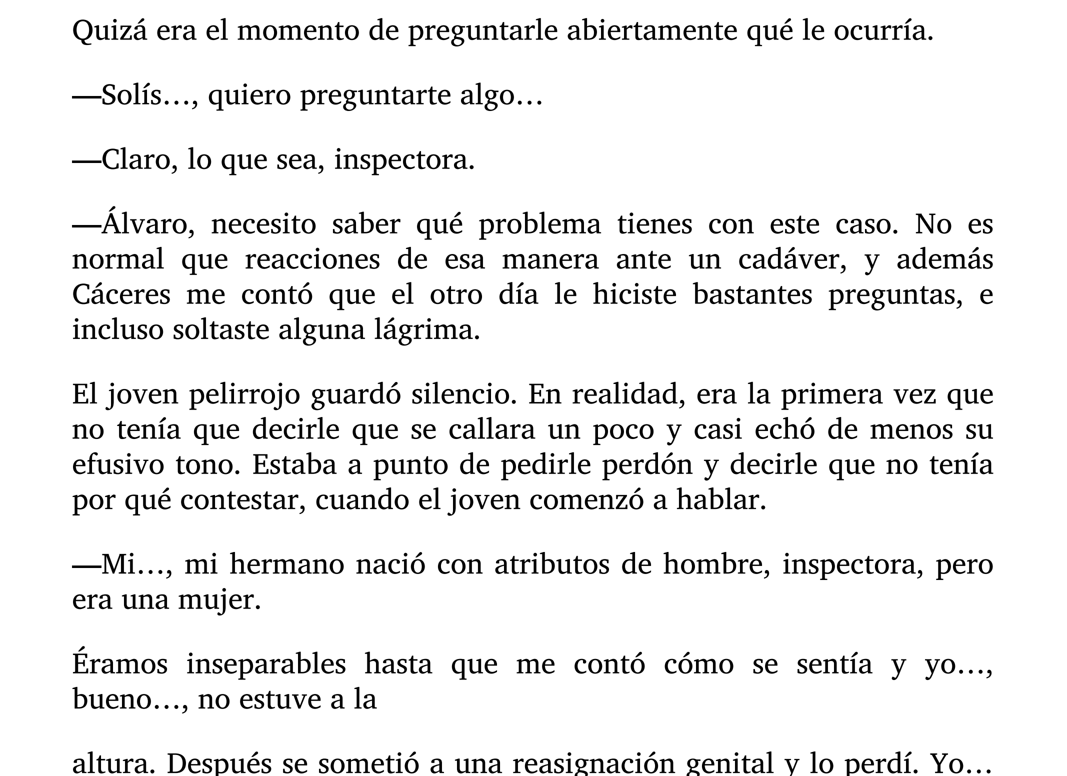
—¿El de Criminalística? —preguntó el forense sin esperar respuesta—. Ha aparcado justo detrás de mí. Mira, ahí llega.

—Leandro, pon al día a Eduardo y a Cáceres, yo voy con Solís a examinar el terreno.

—¿No prefieres contarles tú…?

—No —respondió ella con sequedad, y se dio la vuelta de pronto. Se sentía turbada y no quería que su compañero fuera consciente de que algo se estaba perdiendo. Además, le parecía una buena oportunidad para abordar al policía pelirrojo.

Solís parecía estar feliz de alejarse del cadáver. A Sara nunca le había parecido un hombre remilgado y era probable que el forense tuviera razón, que aquel caso le tocara de cerca y lo turbara más de lo normal.



Quizá era el momento de preguntarle abiertamente qué le ocurría.

—Solís…, quiero preguntarte algo…

—Claro, lo que sea, inspectora.

—Álvaro, necesito saber qué problema tienes con este caso. No es normal que reacciones de esa manera ante un cadáver, y además Cáceres me contó que el otro día le hiciste bastantes preguntas, e incluso soltaste alguna lágrima.

El joven pelirrojo guardó silencio. En realidad, era la primera vez que no tenía que decirle que se callara un poco y casi echó de menos su efusivo tono. Estaba a punto de pedirle perdón y decirle que no tenía por qué contestar, cuando el joven comenzó a hablar.

—Mi…, mi hermano nació con atributos de hombre, inspectora, pero era una mujer.

Éramos inseparables hasta que me contó cómo se sentía y yo…, bueno…, no estuve a la

altura. Después se sometió a una reasignación genital y lo perdí. Yo… no puedo evitar pensar en él cuando veo a cualquiera de estas personas.

—Lo siento, Solís, no lo sabía. Si quieres, te puedo relevar del caso.

—No hace falta, creo que por fin lo he superado. Ha sido duro al principio, pero he conseguido ser algo más objetivo, no se preocupe. Me gustaría seguir en la investigación, puedo ayudar.

—Yo también lo creo. Si en algún momento te supone demasiado, debes decírmelo.

—Prometido, jef…; perdón, inspectora.

—Hay cosas que no cambian —dijo ella tras poner los ojos en blanco —. Volvamos.

Se acercaron a la zona donde se hallaba el cadáver de la periodista y se dedicaron unos minutos a tomar fotos, muestras e intercambiar impresiones con el forense y el equipo de Criminalística. Hacia las cuatro y media, los inspectores se marcharon a descansar un rato, hasta bien entrada la mañana no habría novedades y todos

necesitaban una pausa.

Leandro dejó a Sara junto al portal y quedó con ella para ir a la comisaría hacia las nueve.

—Duerme un poco, no te pongas a mirar el ordenador, que te conozco.

—Qué va, ni me voy a quitar la ropa, voy directa a la cama, y tú haz lo mismo.

—Prometido. Por cierto…

—Dime.

—¿Cuándo has encontrado el pendiente?

—¿A qué te refieres?

—Cuando entraste al coche tenías un solo pendiente, te lo dije, ¿recuerdas? —

preguntó él extrañado.

—Ah, sí, pues…, no sé…, creo que lo tenía en el bolsillo, sí, eso es. Venga, a dormir —

le respondió a toda prisa y algo turbada.

Leandro no supo qué pensar en aquel momento. Igual tenía demasiado sueño para darle vueltas a algo tan trivial. Sara, por su parte, se habría dado de tortas por no guardar de verdad en el bolsillo el pendiente que su amante le había entregado en el escenario del crimen sin que nadie más se percatara de ello. Si no ponía más atención a los detalles, no podría guardar el secreto mucho tiempo. Y no era algo que quisiera airear por el momento. Total, solo se habían acostado un par de veces y habían salido a cenar, ni siquiera se podía decir que tuviera una relación.

Agotada, se recostó en el sofá en cuanto llegó a su casa y se quedó dormida antes incluso de poder quitarse los zapatos.

CAPÍTULO 28

ME SUENA SU CARA

—Odio Madrid en estas fechas —soltó Sara a la vez que hacía sonar el claxon.

—Odias todo y a todas horas —se burló su compañero.

—Joder, Leandro, que llevamos una hora para ir a Boadilla, que hace cuarenta y cinco minutos que podríamos estar allí.

—Tampoco te pases —le recriminó él.

—Bueno, igual cuarenta y cinco minutos no, pero treinta sí.

—Ya sabes que en hora punta…

—En Madrid todas las horas son punta, y en estas fechas más.

—Eso no te lo discuto —coincidió él a la vez que reprimía un bostezo. La noche anterior le pasaba factura—. Espero que podamos resolver esto antes de que empiecen las fiestas de verdad, no me gusta mucho la idea de perderme según qué fechas en compañía de mi hijo.

—No lo decía por eso —le aseguró ella.

—¿Entonces por qué?

—Imagínate esta carretera el veinticuatro de diciembre… o durante la San Silvestre.

—Ya, o en plena cabalgata de Reyes…, tienes razón. Por cierto…, sabes que en mi casa tienes un plato siempre, espero que este año vengas a comer en Navidad o a cenar en Nochebuena o a todo.

—No te prometo nada —zanjó ella—. Pero… gracias.

El inspector Gómez intentó centrarse en la canción que sonaba en la radio en aquel momento, no se atrevía a cantarla en voz alta porque el inglés no era su fuerte y se inventaba más de la mitad de la letra en cuanto tenía ocasión, y Sara siempre se burlaba de él. Aquel día no estaba para chanzas.

Llegaron a la urbanización donde se encontraba el domicilio de Óscar, el creador de TRÁNSITO, y aparcaron en la puerta. Si algo tenía bueno

la periferia de Madrid a hora punta era precisamente que la mayor parte de la población se encontraba trabajando en la capital y se podía aparcar sin problema.

—De esto no te quejas, ¿eh? —se burló el inspector Gómez, ella simuló molestarse por el comentario.

—Vamos, que no nos espera y quiero preguntarle varias cosas —dijo mientras pulsaba el botón del telefonillo—. Hay que aprovechar el factor sorpresa.

—¿Sí? —respondió una voz femenina al otro lado.

—Buenos días, señora. Somos de la policía, veníamos a hablar con Óscar Carracedo.

—Eh…, no está en casa.

—Vaya. ¿Sabe a qué hora volverá?

—No tengo ni idea —dijo ella tras un par de segundos.

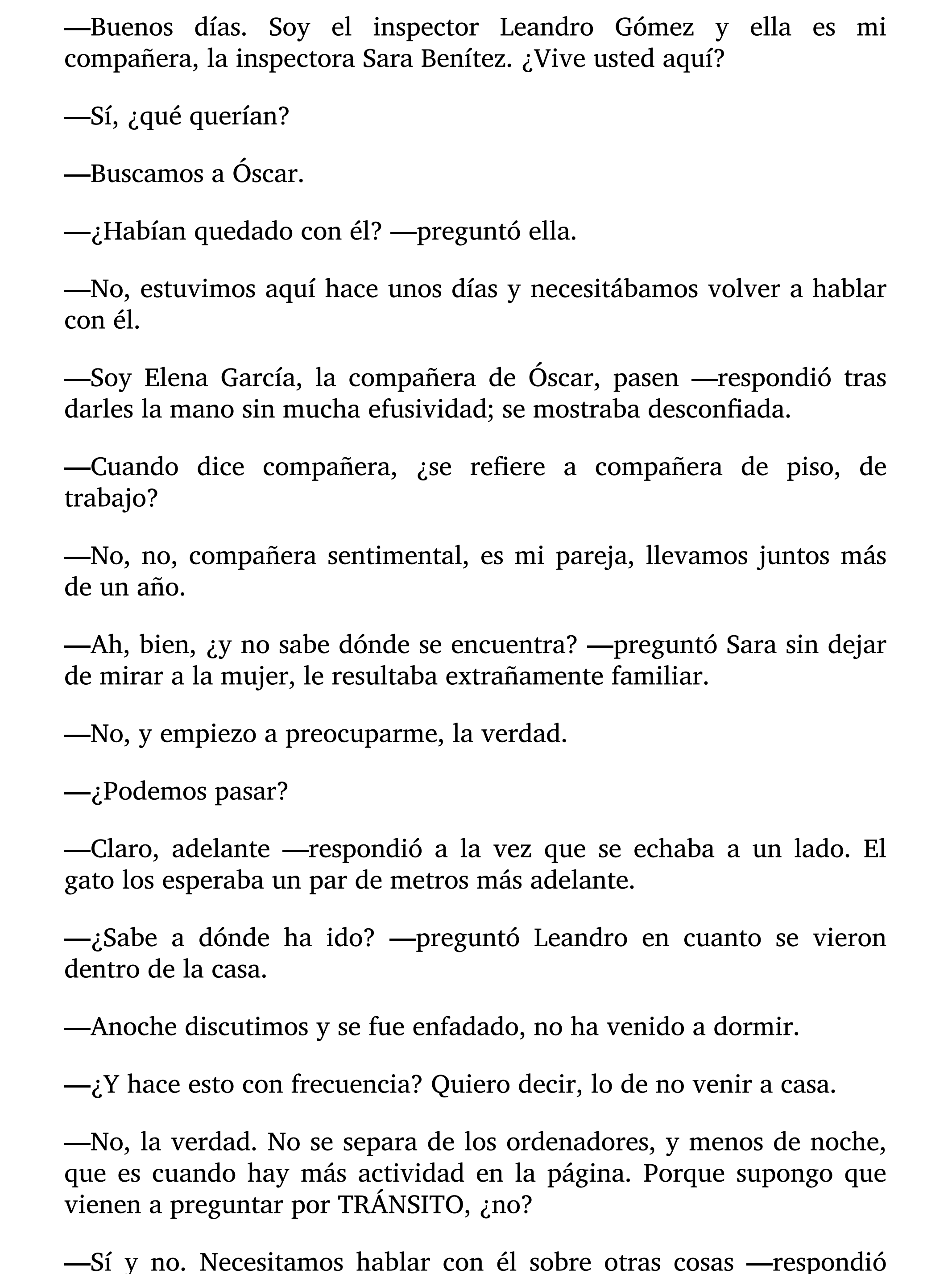
—¿Podemos subir? —preguntó Leandro ante la mirada inquisitoria de su compañera.

—Eh…, claro, suban —respondió finalmente la mujer antes de pulsar el botón para abrir—. Dentro tienen que ir hacia…

—Tranquila, sabemos el camino, ya estuvimos aquí hace unos días —respondió él con amabilidad—. ¿Qué decías del factor sorpresa, Sara?

—Déjame en paz —protestó ella.

Los inspectores atravesaron la urbanización por segunda vez en poco tiempo. Sara no pudo evitar una sonrisa cuando vio que la pista de tenis sí estaba ocupada. Una mujer se afanaba en dar con una raqueta a todas las bolas que le llegaban de una especie de cañón del que salían con una cadencia de pocos segundos. La inspectora Benítez se entretuvo en pensar si la máquina sería de la mujer o de la propia urbanización. En todo caso, aquellos detalles dejaban claro lo de que fuera una urbanización de lujo, mucho más que los acabados dentro de las viviendas. Subieron los escalones de nuevo (con la protesta pertinente del inspector) y llegaron a la puerta. Una mujer de unos treinta o treinta y cinco años, bastante alta, los esperaba en la puerta.



—Buenos días. Soy el inspector Leandro Gómez y ella es mi compañera, la inspectora Sara Benítez. ¿Vive usted aquí?

—Sí, ¿qué querían?

—Buscamos a Óscar.

—¿Habían quedado con él? —preguntó ella.

—No, estuvimos aquí hace unos días y necesitábamos volver a hablar con él.

—Soy Elena García, la compañera de Óscar, pasen —respondió tras darles la mano sin mucha efusividad; se mostraba desconfiada.

—Cuando dice compañera, ¿se refiere a compañera de piso, de trabajo?

—No, no, compañera sentimental, es mi pareja, llevamos juntos más de un año.

—Ah, bien, ¿y no sabe dónde se encuentra? —preguntó Sara sin dejar de mirar a la mujer, le resultaba extrañamente familiar.

—No, y empiezo a preocuparme, la verdad.

—¿Podemos pasar?

—Claro, adelante —respondió a la vez que se echaba a un lado. El gato los esperaba un par de metros más adelante.

—¿Sabe a dónde ha ido? —preguntó Leandro en cuanto se vieron dentro de la casa.

—Anoche discutimos y se fue enfadado, no ha venido a dormir.

—¿Y hace esto con frecuencia? Quiero decir, lo de no venir a casa.

—No, la verdad. No se separa de los ordenadores, y menos de noche, que es cuando hay más actividad en la página. Porque supongo que vienen a preguntar por TRÁNSITO, ¿no?

—Sí y no. Necesitamos hablar con él sobre otras cosas —respondió Sara evasiva, seguía con la mirada fija en la mujer. Leandro la miró sin entender.

—Discutimos porque él quiere que tengamos hijos y yo no.

—Vaya, lo siento —empatizó Leandro.

—No se preocupe, es un tema que sale de vez en cuando y siempre acabamos igual.

Eso sí, no suele marcharse de casa tras discutir. Y menos en estos días. En la página web ha habido mucha actividad, la gente está nerviosa por los asesinatos, ya saben, sobre todo desde que Natalia lo filtrara a la prensa.

—¿Conocía…, conoce usted a Natalia? —se corrigió Sara a toda velocidad.

Leandro no entendía por qué Sara no quería decirle que habíamos encontrado muerta a Natalia, era crucial la ayuda de Óscar en aquel momento y quizá ella supiera algo que les proporcionara una pista también. Por un lado, sentía la necesidad de soltarlo de sopetón; si se tenía que llevar una regañina después, que se la llevara. Pero conocía lo suficientemente bien a su compañera como para conseguir un poco de paciencia. De repente, una luz se encendió en su cabeza al comprender los motivos de su compañera para ocultar la información y pensó que, si había desaparecido, muy probablemente el

pene que le habían cosido a Natalia podría pertenecer al informático. Cruzó los dedos para que no fuera así.

—Sí, bueno, en realidad la conocí el viernes. Óscar era amigo suyo desde hace tiempo.

Me había hablado de ella en alguna ocasión.

—¿Dónde se conocieron? —quiso saber Leandro.

—Aquí, en casa, ya les digo que mi novio sale poco. Es complicado sacar adelante una página como TRÁNSITO. Supongo que llegará un momento en el que podamos dejarla en manos de empleados o algo así. Ahora mismo nos ocupa la mayor parte del tiempo.

—Bueno, entonces Natalia vino el viernes por la noche —insistió Sara, quien de pronto se mostró muy interesada en la conversación.

—Sí, estuvo una hora o algo más. Óscar y ella discutieron un buen rato.

—¿Discutieron?, ¿sabe usted por qué?

—Por lo visto, Óscar la llamó para contarle lo que estaba ocurriendo y Natalia lo publicó. Lo único que le pidió fue que no dijera a la policía de dónde venía la información y ella lo delató.

—No fue así exactamente —la corrigió la inspectora Benítez—. En realidad, le puse una trampa para que confesara sin darse cuenta.

—Ya entiendo —dijo ella—. De todos modos, él estaba molesto porque pensaba que usted vendría a hablar con él. Y, por lo que veo, tenía razón para pensar así.

—Mire, Elena, lo que está ocurriendo es muy grave. Hay varios cadáveres y todos han estado registrados en su página web. Bueno, en la de su novio. Por ahora es el único nexo en común, quizá sea una coincidencia o quizá no. Aún no podemos descartarlo. Al filtrar esto a la prensa…

Sara se mordió el labio inferior intentando decidir si contarle lo de la periodista o esperar un poco. La mujer permanecía a la espera de que ella terminara de hablar y Leandro prefería no intervenir. La estudió durante unos segundos, su cara le resultaba de lo más familiar, pese a que estaba segura de no conocerla de nada. Cuidaba mucho

su aspecto. Llevaba el pelo negro recogido y bien teñido (no parecía su color original), se maquillaba con gusto y lucía una manicura recién hecha en unas manos demasiado grandes. Pudo ver en sus brazos y en su cuello varias pecas, que se desdibujaban bajo la capa de maquillaje de su rostro. La espalda demasiado ancha y las caderas estrechas podrían hacer pensar que se hallaban ante una nadadora profesional, pero probablemente eran los restos de un cuerpo que no le pertenecía.

—¿Qué ocurre? ¿Piensa que filtrar esto a la prensa va a provocar que el asesino vuelva a matar?, ¿o es que ya lo ha hecho? Claro, por eso está usted hablando con tanta cautela y por eso han venido a hablar con Óscar.

—Natalia Escobar está muerta. La hemos encontrado esta madrugada —decidió soltar Sara tras pensarlo varias veces, no sacarían nada en claro si se callaban esa información, y además aquella mujer se cerraría en banda al pensar que se lo habían ocultado, si más adelante necesitaban hablar con ella—. Y por lo que cuenta, es muy probable que los últimos en verla con vida sean su novio y usted. Necesitamos hablar con Óscar cuanto antes.

—¿Creen que… Óscar está en peligro?

—No lo podemos descartar, Elena, lo siento. ¿Qué le contó su novio sobre el caso?

—Me dijo que había cuatro cadáveres, dos hombres y dos mujeres, y me dijo los nombres. Busqué sus perfiles y me pareció que era gente muy diferente, no sé. Lo único que tenían en común era su condición de trans.

—¿Le contó algo más?

—Eh…, bueno, sí, más bien le oí contárselo a Natalia, le habló de unas mutilaciones, a los hombres les cortó las manos y a las mujeres les arrancó los ojos. No entiendo cómo ha podido hacer alguien algo así.

—¿Cómo se conocieron Óscar y usted? —preguntó Leandro con el bolígrafo preparado para anotar la respuesta en la pequeña libreta que siempre llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Creí que lo sabían. Yo soy…, bueno, yo he pasado por una operación de vaginoplastia. Me registré en la página hace más de dos años y tuve problemas con un pesado que me acosaba bastante, así que tramité una queja y Óscar se puso en contacto

conmigo para pedirme disculpas y prometerme que tomaría cartas en el asunto.

Expulsó a aquel tío de TRÁNSITO y me escribió para darme explicaciones.

Comenzamos a hablar, nos entendimos bien, quedamos una tarde y poco a poco empezamos una relación. Ahora compartimos trabajo y piso. Nos va bien.

—¿Dónde estuvo anoche? En realidad, necesitaremos que nos facilite todos sus movimientos del fin de semana.

—Anoche estuve aquí controlando el chat y las solicitudes. Por la noche hay más actividad que por el día. Al no estar Óscar, me tuve que ocupar yo. Y el resto del fin de semana no hice nada especial, el sábado cenamos juntos y ayer fue cuando discutimos y cené sola.

—¿Hay alguien que lo pueda corroborar?

—A ver…, tuve que intervenir dos veces porque hay una chica que no cumple las reglas. De hecho, si lo hace de nuevo, tendremos que echarla de la página y vetarle la entrada a TRÁNSITO. Y todo eso

queda registrado, lo grabamos todo.

—Bien, tendremos que comprobarlo —la avisó la inspectora.

—Por supuesto, les facilitaré la grabación.

—¿Se le ocurre algo más que pueda demostrar que estuvo aquí?

—Bueno, hablé con una amiga, la llamé cuando Óscar se marchó.

—¿Alguien más?

—Hablé con ella de nuevo hacia las tres, me mandó un mensaje para ver si Óscar había vuelto a casa y por si podía ayudar.

—¿Quiere decir a las tres de la madrugada?

—Pues sí, ni mi amiga ni yo estábamos dormidas, por desgracia, así que hablamos un rato.

—Necesitaremos el nombre y el teléfono de su amiga.

—Por supuesto. Aquí lo tiene. Se llama Amanda Soria. También nos enviamos *wasaps* durante horas.

—Bien, si Óscar se pone en contacto con usted o vuelve a casa o recuerda algún lugar donde crea que puede estar, avísenos —le pidió la inspectora mientras le entregaba una tarjeta con el teléfono.

—Es muy extraño que no haya vuelto ya.

—Hay que esperar unas horas para comenzar a buscarlo de forma oficial. Seguro que vuelve antes de lo que se espera. —Leandro se despidió sin mucha convicción.

—Disculpe que le pregunte esto —se apresuró a decir Sara antes de que Elena abriera la puerta para despedirlos—. ¿Nos conocemos de algo?

—Que yo sepa, no —respondió ella repentinamente nerviosa.

—Es que me resulta usted de lo más familiar, no sé dónde la he visto antes.

—¿No dice que estuvieron aquí hace unos días? Vería mi foto por algún sitio —le indicó ella, a la vez que señalaba a la estantería del salón, al mueble de la entrada, a las paredes del pasillo.

—Vaya, será eso —concedió Sara—. Ni siquiera me había dado cuenta de que es usted, lleva el pelo distinto en varias de estas fotos.

—Me gusta cambiar de estilo, sí.

—La cara, desde luego, es la misma. Disculpe, no me suele pasar esto de no saber dónde he visto un rostro con antelación.

—Supongo que ven a mucha gente, será normal que alguna vez no recuerde algún detalle.

—Claro, por supuesto. Posiblemente necesitaremos hablar con usted más tarde y, por favor, avise cuando vuelva su novio.

—Lo haré —respondió la mujer antes de sacar el móvil del bolsillo y comprobar que no la había llamado.

Los dos inspectores abandonaron pesarosos la casa y con la sensación de que jamás volverían a ver a Óscar Carracedo con vida. No habían salido de Boadilla, cuando la inspectora Benítez recibió una llamada de la comisaría advirtiéndoles de que habían encontrado un nuevo cadáver en otra zona del parque del Oeste, muy cerca de donde habían estado la noche anterior recopilando pruebas ante el cuerpo de Natalia Escobar.

Y se trataba de un cuerpo de hombre…, y le faltaban el pene y las manos.

Tras colgar comprobó sus *wasaps,* algo le decía que un nuevo jinete la esperaba entre los mensajes sin leer, y ese algo no se equivocaba. Leandro se acercó a su compañera en cuanto vio la cara con la que miraba a la pantalla.

Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente que decía: «Ven». Miré y vi un caballo bayo. El que lo montaba tenía por nombre Muerte y el Hades lo seguía: y les fue dada potestad sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada, con hambre, con mortandad y con las fieras de la tierra.

—¿Es el de la muerte? —quiso saber Leandro, aunque era casi evidente.

—Sí —musitó ella—. Me encantaría saber por qué les ha asignado este jinete a estas nuevas víctimas. Es muy retorcido.

—Tiene lógica solo para él.

—O ella —insistió la inspectora Benítez—. Estoy mirando el dibujo, a ver si se me escapa algo.

—Tiene un color extraño para un caballo —soltó Leandro.

—Hombre, el rojo tampoco es que sea muy normal —se burló ella—. Tiene un color

«indefinido», tirando a amarillo, ocre, verde pálido… Se supone que es para simbolizar el color que tiene la muerte. Mira, Leandro, este jinete en algunos lugares lo describen

sin armas porque va acompañado de Hades, que es un arma en sí mismo. En otros dibujos se le añade una guadaña para que sea evidente que es el Jinete de la Muerte.

—Se preocupa de que tengamos cultura, qué considerado —ironizó él.

Contábamos con este mensaje desde que encontraron anoche a Natalia, en realidad tengo que confesar que es el único que no me ha sorprendido. Vamos, hay que comprobar que el cadáver que han hallado sea el de Óscar Carracedo.

—Sara…

—Sí, ya lo sé, no tienes la menor duda. Yo prefiero verlo con mis propios ojos.

Como si la estuviera escuchando, el sonido del móvil de Leandro sonó entonces y un alterado Manuel se dispuso a decirle tantas cosas al inspector de golpe que este era incapaz de conseguir que parara. Por fin, en un segundo que el joven hizo una pausa para tomar aire, Leandro aprovechó para pedirle que respirara hondo un par de veces antes de seguir hablando, para así poder entender una sola palabra de lo que decía.

Manuel obedeció.

—Inspector, tiene que venir, tengo delante de mí dos cajitas pequeñas y no se va a creer lo que contienen.

—Creo que sí, no las toque más, vamos para allá.

—Pero es que no sabe lo que…

—Son los ojos de la víctima que encontramos anoche.

—Eh…, sí, son unos ojos y están… arrancados, es asqueroso. Las cajas las ha abierto mi madre y no ha dejado de persignarse y de rezar el rosario desde entonces. Creo que no le queda un solo santo al que pedirle.

—Deja todo como está, llegaré en unos minutos. Mándame la dirección e intenta tranquilizarte. Y hazle una tila a tu madre… Sara —añadió tras colgar—, voy a casa de Manuel, nuestro asesino le ha enviado los ojos de Natalia.

—Joder, podrías dejar al margen al chico este. Ni siquiera es médium del todo. En realidad, ni siquiera sé qué pinta Manuel en este caso, tampoco es que aporte mucho.

—Algo está intentando que Manuel nos eche una mano, y para eso primero tiene que aceptar lo que es.

—Esto me supera, Leandro; no me digas más, por favor.

La inspectora se marchó haciendo aspavientos, seguida de su compañero, quien sonreía más de lo que debía al ver a Sara descompuesta por la posibilidad de que el mundo del tarot se colara de nuevo en su vida. Y, sin embargo, él pensaba que sería lo mejor que les pudiera ocurrir.

CAPÍTULO 29

SOLO ES UNA MANCHA

Aquel hombre que tenía frente a ella le hablaba en un idioma que no reconocía.

Entendía las palabras que salían de su boca, pero no las frases que formaba con ellas. Se centró en el segundero del reloj de pared que veía a su derecha. Cada golpe de la aguja sonaba en sus oídos como si se tratara de un martillo que golpeara un muro: pum, pum, pum…, solo era capaz de concentrarse en aquel rítmico sonido.

—¿Entiende lo que le digo?

Amanda volvió de dondequiera que se encontrara para enfrentarse a aquel joven médico con cara de no dormir jamás y más cosas en el bolsillo anterior de su uniforme de las que un pequeño pedazo de tela podía soportar.

—Amanda…, ¿está bien?, ¿le ocurre algo? Deje que la vuelva a examinar.

—No es necesario, doctor… Perdone, he olvidado su nombre.

—Soy el doctor Javier Marín, neurocirujano de este hospital. ¿Sabe por qué está aquí?

—No estoy segura, sé que acudí a urgencias porque tenía un dolor de cabeza muy fuerte que no se quitaba con nada, y ya no recuerdo mucho más.

—Le hicimos unas pruebas y un TAC.

—Eh…, ya…, no lo recuerdo bien. Creo que sí, que me metieron en una máquina y me dijeron que estuviera quieta, fue todo muy rápido.

—Sí, bueno, después me avisaron a mí.

—¿Por qué? —preguntó ella como si fuera la primera vez que le hablaban de aquello.

—Porque le vieron una mancha en la zona frontal.

—¿Una mancha? ¿A qué se refiere?

—Aún no sabemos lo que es, le he pedido una resonancia magnética. Cuando se la hagan, sabremos más. La llamarán a casa para darle la cita.

—Vale —respondió ella sin dejar traslucir ninguna emoción; el médico la observaba preocupado.

—Amanda…, ¿entiende bien lo que le estoy diciendo?

—Sí, claro. Me ha dicho que tengo una mancha en el cerebro.

—Está bien…, igual necesita un poco de tiempo para procesar la información. Debe ir al médico de cabecera para que esté al tanto y para cualquier duda que le surja, ¿de acuerdo? De todos modos, yo la veré una vez que estén realizadas el resto de las pruebas que le he solicitado.

—Muy bien, doctor…, ¿cómo me dijo que se llama?

—Javier Marín —respondió él de nuevo.

—Perdone, es que últimamente me cuesta acordarme de cosas. Ha sido muy amable, gracias.

—Espere, Amanda, ¿desde cuándo dice que le cuesta acordase de cosas?, ¿y a qué se refiere con «cosas»?

—Hace unas semanas, creo.

—¿Y qué tipo de cosas olvida? ¿La compra, quizá? ¿Alguna cita?

—No, no es eso. Más bien me despierto en lugares a los que no sé cómo he llegado, tengo conversaciones de las que no recuerdo nada después...

—¿Y por qué no acudió a urgencias antes? Los síntomas que me cuenta pueden ser muy graves.

—Bueno, no quería preocuparme sin necesidad.

—Pero algo le ha preocupado lo suficiente, por eso ha venido.

—No, en realidad vine porque me dolía mucho la cabeza y no se me quitaba de ninguna manera.

—Ya…, bien, voy a añadir en su historial estos síntomas y esté atenta al teléfono, voy a intentar que esa resonancia se la hagan en los

próximos días.

—Muchas gracias, doctor...

—Marín —repitió él por tercera vez, lo que sin duda también añadiría en sus anotaciones.

Amanda salió de aquella consulta con una sensación extraña. Le parecía flotar, cuando segundos antes le había parecido pesar tres toneladas. Se encontraba sorprendentemente tranquila, pese a que un par de horas antes su corazón se había desbocado tanto que pensó que le estallaría sin remedio. Pasaban de las cinco de la tarde y no había comido ni había tomado un triste café o un refresco bajo en calorías y su estómago se empeñaba en recordárselo cada pocos segundos. Atravesaba el parque que separaba el Hospital Universitario San Carlos (el que todo madrileño conocía por

«El Clínico») de la Universidad Complutense, cuando a punto estuvo de chocar, sin darse cuenta, con su mejor amiga.

—¡Amanda! ¿Qué…, qué haces aquí?

—¿Elena? No…, no te habré llamado para que me acompañes, ¿no?

—¿Llamado? ¿Acompañarte a dónde? ¿De qué hablas?

—Nada, perdona, es que como últimamente no recuerdo algunas de las cosas que hago, por un momento pensé que… Nada, no es nada. Entonces…, si no te he llamado…, ¿qué haces aquí? ¿Vas al hospital? ¿Estás enferma?

—No, no estoy enferma, no es eso. Tampoco voy al hospital —respondió apesadumbrada, a Amanda no le pasó inadvertido el rostro lloroso de su amiga.

—¡Mierda!, ¿qué ha ocurrido? —preguntó preocupada al darse cuenta de que Elena se dirigía al Anatómico Forense, que estaba a pocos metros de donde se encontraban y a medio camino entre el Clínico y la Universidad.

—Es Óscar... Amanda, me han avisado hace unas horas, está muerto.

—¡¿Qué?! ¡No puede ser! ¿Por qué no me has llamado? ¿Cómo ha sido?

—Ya sabes que ayer discutimos, Óscar se marchó y no volvió a

dormir, ya lo sabes.

Esta mañana estuvo la policía en casa, querían hablar con él. Me dijeron que habían encontrado el cadáver de Natalia.

—No sé quién es Natalia, lo siento —se disculpó ella.

—Ah, es cierto. Natalia es una periodista amiga de Óscar, encontraron anoche su cadáver y había estado en casa este fin de semana. La policía decía querer hablar con Óscar por si tenía alguna pista de quién podía haberle quitado la vida a Natalia. Ahora creo que sí sabían que Óscar había desaparecido....

—Lo siento mucho, Elena, tenías que haberme llamado.

—Ayer estabas tan triste y preocupada que no he querido añadir más leña al fuego.

Pensaba llamarte desde el Anatómico Forense.

—¿Y te han contado algo?

—Solo sé que lo han mutilado, Amy, lo han mutilado —respondió entre sollozos.

Amanda se apresuró a abrazar a su amiga. En aquel momento su «mancha» en el cerebro podía esperar. Juntas entraron en el Anatómico Forense y preguntaron en la

recepción. No tuvieron que esperar mucho antes de que la inspectora Benítez saliera a hablar con ellas.

—Siento mucho su pérdida, Elena —comenzó Sara—. Sé que es un momento horrible, pero necesitaremos que identifique a la víctima.

—¿Puedo…, puedo entrar con ella? —preguntó Amanda a la vez que la tomaba de la mano.

—¿Y usted es?

—Me llamo Amanda Soria, soy amiga de Elena.

—Si ella está de acuerdo, por mí no hay inconveniente. Además, después tengo que hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, ya pensaba llamarla cuando nos avisaron de que había aparecido el cad…, cuando nos avisaron del hallazgo —se corrigió.

—Sí, claro, lo que quiera —respondió muy nerviosa.

Amanda comenzó a sudar y los pensamientos se agolparon en su cabeza. ¿Y si había sido ella? ¿Y si no se acordaba? ¿Por qué estaba tan nerviosa? Aquel día que amaneció ensangrentada…, ¿qué había hecho?

Caminaba junto a su amiga y tras la inspectora. Los pasos resonaban en un reluciente suelo que parecía no haber sido pisado jamás. No en vano, lo enceraban casi a diario. La policía se acercó a una puerta que se abrió de un empujón, les pidió que esperaran un momento y entró. Menos de un minuto después salió acompañada de un hombre de mediana edad ataviado con un uniforme azul y unos guantes desechables que se quitó mientras caminaba. Se dirigió a ellas como el doctor Cáceres y les pidió que lo acompañaran a una pequeña sala, donde un enorme cristal daba a una habitación que se iluminó poco después. Un joven empujaba una camilla tapada por una sábana azul, el mismo color que su uniforme. Cuando el forense se lo indicó, él levantó un poco la sábana, lo justo para ver la cabeza de un hombre que, sin lugar a dudas, se trataba de Óscar Carracedo, como su novia certificó en aquel mismo momento. El joven se

apresuró a tapar de nuevo el cuerpo y sacar la camilla de la habitación. El doctor Cáceres reanudaría la autopsia en cuanto saliera de allí. Había dado órdenes precisas a su ayudante para que solo dejara al descubierto la cara del hombre, no quería que vieran la amputación de ambas manos y, mucho menos, la carnicería de la zona pélvica.

Las dos mujeres salieron de allí llorando, abrazadas, visiblemente conmocionadas y superadas por la situación. La inspectora Benítez las acompañaba. Antes de que se marcharan, se dirigió de nuevo a Amanda.

—Tengo que estar con mi amiga, lo siento —se disculpó ella.

—Solo será un segundo —le prometió la inspectora.

—Pero es que Elena…

—No te preocupes, Amy, te espero en la puerta. Voy a fumarme un cigarro.

—¡Si ya no fumas!

—Hoy sí —zanjó ella mientras le daba la espalda de manera deliberada.

—Solo quería hacerle una pregunta, Amanda —insistió Sara.

—Está bien. ¿Qué quiere saber?

—Estamos comprobando algunos datos. ¿Dónde estuvo anoche entre las doce y las cuatro de la madrugada?

—En mi casa, claro.

—¿Sola?

—Sí, vivo sola.

—¿Alguien podría corroborarlo?

—No, que yo sepa. Bueno… —dudó Amanda.

—¿Sí?

—No, nada —prefirió decir ella.

—¿No la vio nadie ni habló con nadie?

—Hablé con Elena varias veces. Me escribió cuando se marchó Óscar y después sobre las dos al ver que no volvía —soltó al darse cuenta de que ya lo sabía—. Bueno, en realidad nos mandamos mensajes una buena parte de la noche. Creo que fue sobre las tres cuando la llamé sin darme cuenta de la hora y me devolvió la llamada de inmediato.

—¿Y de qué hablaron?

—De mis… problemas. Llevo un tiempo regular.

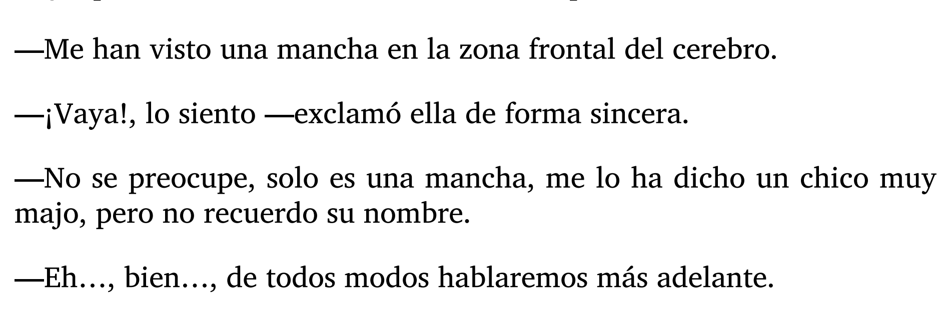
—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Sara al ver que las mujeres no coincidían en el motivo de aquella llamada.

—Es que… olvido cosas y tengo dolores de cabeza frecuentes.

—¿Y sabe el motivo?

—Bueno…, precisamente venía del hospital. Tuve que acudir a urgencias esta mañana temprano porque no se me quitaba el dolor.

Me han hecho unas pruebas.



—¿Y qué le han dicho? —se interesó la inspectora.

—Me han visto una mancha en la zona frontal del cerebro.

—¡Vaya!, lo siento —exclamó ella de forma sincera.

—No se preocupe, solo es una mancha, me lo ha dicho un chico muy majo, pero no recuerdo su nombre.

—Eh…, bien…, de todos modos hablaremos más adelante.

—Lo que sea. ¿Puedo ir con Elena ya?

—Por supuesto. Y…

—¿Sí?

—Cuídese —terminó diciendo la policía; si tenía que preguntarle algo más, sería en otra ocasión.

Sara se dirigió a la sala de autopsias a la vez que marcaba el teléfono de su compañero.

La novia de Óscar había llamado Amy a su amiga y ella estaba segura de que ese nombre aparecía en los registros de chat de la página web. Y le había parecido que no era del todo sincera. Quizá por fin había un hilo del que tirar.

CAPÍTULO 30

NO ES POSIBLE

Mientras el forense elaboraba un informe preliminar de las dos nuevas víctimas, la inspectora Benítez intentaba repasar el resto de la información que le llegaba de las pruebas forenses.

—A ver, nuestro sujeto ha…, no sé cómo catalogarlo: escondido, incorporado, varias fotos que representan a los Jinetes del Apocalipsis.

—¿También han encontrado fotos en la boca de Óscar y Natalia?

—Sí —le aseguró ella—. Joder, hoy huele especialmente mal aquí.

El asistente del doctor Cáceres les había habilitado un espacio dentro de la sala de autopsias, separados por un biombo. La mesa se veía ya llena de papeles con varias anotaciones. Los dos inspectores intentaban poner orden entre tantos datos, algo que tenían delante se les escapaba y debían descubrir de qué se trataba.

—Eso es porque estaba muerto —respondió el doctor Cáceres junto a ellos.

—Muy gracioso, de verdad —le recriminó ella.

—No, no intentaba bromear —le aseguró él—. Quería decir que estaba muerto por dentro.

—Explícate.

—Óscar Carracedo tenía metástasis por todo el cuerpo: hígado, cerebro, vértebras, riñón…

—Vaya, el Jinete de la Muerte —murmuró Leandro—. Eso significa que va por delante, sabía lo de la enfermedad de Óscar.

—¿Y Natalia? —preguntó Sara de pronto.

—Hepatitis B. Le provocó una cirrosis. Su hígado estaba deshecho. Al meter su nombre en el sistema, me saltó una alarma: se encontraba en la lista de trasplantes; y bastante arriba, además.

—Tiene que ser alguien cercano. —Apretó las mandíbulas Sara—. Bien, ahora tenemos dos víctimas del Jinete del Hambre, dos del Jinete de la Guerra y dos del Jinete de la Muerte.

—Sara, solo le quedan dos víctimas para terminar lo que quiera que esté haciendo.

—No le dejaremos.

Los dos inspectores se marcharon tras despedirse del forense. Debían revisar también las pruebas del laboratorio para avanzar en su investigación. Una hora más tarde, Sara repasaba los nuevos informes mientras Leandro anotaba en el panel lo más relevante, subrayaba los nexos en común y borraba lo que de pronto parecía no tener importancia.

Así aquel enorme mural lleno de nombres, fechas y lugares se fue llenando de flechas, líneas y colores que intentaban llamar la atención.

—Por lo pronto tenemos tres víctimas femeninas y tres masculinas. Todas han pasado por una operación de reasignación genital.

—Salvo Óscar —apuntó ella.

—Te equivocas, Óscar Carracedo también —añadió él.

—Creo que en el centro del panel debe estar TRÁNSITO. Es lo único en lo que coinciden todos.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo. ¿Has puesto los seis nombres alrededor?

—Sí, y he añadido el de Elena… Espera, que no recuerdo el apellido…

—García —le ayudó ella—. Joder, Leandro, es el más fácil. Te has acordado de todos los demás.

—Será por eso, ese era tan conocido que no puse atención. Bueno, tenemos varios chats de todas las víctimas.

—Por cierto, añade a Amanda Soria, la amiga de Elena, es la tal Amy que te dije.

—Cierto. —Se regañó mentalmente él antes de añadir el nombre al panel—. ¿Has vuelto a hablar con ella?

—No, he mandado a Solís.

—Qué raro que no hayas querido estar presente.

—Tenemos que darle más peso en el equipo, tenías razón.

—Y has querido alejarlo de las pruebas físicas, de las autopsias, del laboratorio…

—Y he querido alejarlo, sí.

—¿Y te puedo preguntar por qué? —quiso saber el inspector.

—Por lo mismo que te alejo a ti cuando tenemos entre manos un cadáver quemado.

— *Touché* —respondió él.

—No es lo que crees, Leandro, no soy más dura porque no demuestre que me afectan más unos cadáveres que otros. Tú no aguantas el olor a quemado y eres mi compañero, así que lo aguanto yo, que lo soporto mejor. Él no soporta ver la chapucera operación a la que somete a las víctimas nuestro asesino, y lo eximo de ello porque también es compañero.

—Pero… tendrá una razón. Quiero decir que Solís no se ha mostrado remilgado con ninguna víctima hasta ahora. Algún problema tiene con los genitales.

—Hablé con él, Leandro, no me acordé de contártelo, la verdad. Ni siquiera me lo dijo como un secreto. Me contó que su hermano murió tras una operación de reasignación genital y que el caso ha hecho que reviva todo.

—Joder, no tenía ni idea.

—Lo vi muy afectado. No tanto como para apartarlo definitivamente del caso, eso sí.

Creo que, si le podemos evitar ciertas tareas, nos será de mucha ayuda.

—Solo veo un problema a eso, Sara. Si Solís ya te veneraba, no parará hasta que te den la medalla a la mejor labor policial.

—¡Ja, ja, ja!, no te pases.

—Eres su ídolo; si no te has dado cuenta, es que te falta un tornillo.

—Bueno, vamos a dejarlo, volvamos a los informes. Según Cáceres…


Un carraspeo le hizo a Sara levantar la cabeza del papel y mirar a su compañero sin comprender.

—Sigue, sigue…

—Leandro…, ¿cómo te lo tengo que decir? Aparte de que mi vida privada solo me concierne a mí, no sé qué coño te ha dado con Cáceres y conmigo. No hay nada.

—Te dio el pendiente en la escena del crimen.

—¿Qué pendiente? —preguntó ella con ironía.

—El que supuestamente habías perdido —respondió él haciendo el gesto de comillas al mismo tiempo.

—¿Viste cómo me lo dio?

—Eh…, no —confesó él.

—Eso es porque él no me dio el pendiente, y ahora no quiero más gilipolleces sobre este asunto.

—Vale, vale, tú ganas —dijo él sin la más mínima intención de dejar aquel tema hasta saber exactamente lo que había entre esos dos.

—Bien, según los informes del forense —volvió a intentarlo recalcando la palabra forense—, cuatro de las seis víctimas fueron mutiladas con vida.

—Se refiere a los ojos y las manos, ¿no? ¿Por qué cuatro?

—Les arrancó los ojos a las tres víctimas femeninas antes de morir. También sabemos que a Rubén Artigas le cortó las manos estando vivo. Cáceres cree que el asesino era novato y que, al darse cuenta de la cantidad de sangre que salía de aquellas heridas, decidió cambiar de método y matarlos antes, por eso los dos varones muertos desde entonces presentan mutilaciones *post mortem*.

—Estoy de acuerdo también —le dijo su compañero—. ¿Hemos recuperado las partes amputadas en todos los casos?

—Sí, las manos de Rubén Artigas estaban en la escena del crimen, en el camión de basura. Las de… César López, el administrativo de la base de Torrejón, se encontraban en un contenedor fuera del almacén, junto al hangar.

—Las de Óscar Carracedo se encontraban a un lado del cadáver, directamente, ni se molestó en esconderlas —añadió Leandro.

—¿Y los ojos de las mujeres? —quiso saber Sara.

—Te envió los de Francesca Santorini a la comisaría, los de Fátima Ortega los dejó en el Anatómico Forense a tu nombre, los recogió Ramón, el asistente de Cáceres, te puedes imaginar cómo se quedó cuando supo lo que había dentro, y los de Natalia Escobar se los mandaron esta mañana a Manuel, menudo susto se llevó el pobre. Y su madre, ya ni te cuento.

—¿Su madre?, ¿abrió ella las cajas?

—Sí, y encima es muy supersticiosa. Le ha costado a Manuel convencerla de que no era un mal presagio para él, que solo se los han mandado para que nos los hiciera llegar.

—Igual que Miriam, ¿recuerdas? Me parece que nuestro homicida sabe demasiado sobre el caso de Gabriel.

—Sí, pero no podemos establecer ninguna conexión entre ellos —añadió el inspector, se le veía preocupado.

—No podemos olvidar las estampas de los Jinetes del Apocalipsis. Una en cada víctima.

—También tenemos el tipo de hilo que usó el asesino para coser los penes de las víctimas masculinas a las mujeres. Se fabrica en cientos de fábricas, no tiene nada de especial. Es un hilo encerado especial para coser cuero. Y, aunque hemos encontrado la fábrica exacta, el hilo se comercializa en cientos de tiendas especializadas, y eso solo en el territorio español.

—Puede que sea un artesano o alguien que restaure pieles o algo así. Busca en Madrid artesanos que se dediquen a este tipo de actividad y que vaya contigo Solís cuando vuelva —le ordenó ella.

—¿Y tú?

—Yo tengo que reunirme con los militares para establecer los informes oficiales.

—¡Uf! ¡Qué suerte! —ironizó el inspector.

—Tranquilo, confía en mí. No tengo ninguna intención de discutir con

ellos de nuevo, al final no ha salido tan mal como parecía el trato con el coronel.

—Por favor, Sara, que nos conocemos. Y… ya que estamos…, ¿será entonces el momento de que me cuentes el porqué de tu aversión a los militares? ¿O lo de tu madre?

—Leandro, te juro que te lo voy a contar. En cuanto zanjemos esta investigación.

Necesito los cinco sentidos en lo que estoy haciendo. Confía en mí.

—De acuerdo, no insisto más.

El sonido del móvil salvó a la inspectora de dar más explicaciones a su compañero. Se trataba de Solís, seguramente habría terminado la entrevista con Amanda, así que se apresuraron a contestar.

—Solís, ¿has hablado con ella?

—Sí, jef…

—No te disculpes, jefa está bien.

Leandro casi podía ver al agente pelirrojo celebrando aquella pequeña concesión que tanto tiempo le había costado.

—Voy a poner el teléfono en manos libres, que así Leandro también te escucha.

—No hay mucho que contar. Amanda Soria lleva registrada en esta página poco más de ocho meses. Hace dos años que se sometió a una vaginoplastia.

—Tengo la sensación de que de pronto todo el mundo es transgénero —dijo ella de golpe.

—Es porque el caso se ocupa de una parte muy determinada de la población, solo eso.

—Ya lo sé, Solís, solo pensaba en voz alta.

—Perdón. A lo que iba, recuerda haber hablado con Rubén Artigas y, además, me enseñó el teléfono con las conversaciones que mantuvo con él. Según ella, quedó con él en una galería de arte aquella noche y llegó tarde. Rubén conversaba animadamente con otra chica y ni siquiera reparó en ella, así que se bebió todos los martinis de los que

fue capaz y se fue a casa, donde despertó horas después.

—¿Y no se enfadó?, no me lo creo —replicó ella.

—Ella dice que se sintió rechazada de nuevo, que le había mandado un mensaje para decirle que ya iba hacia allá y que cuando lo vio con otra no pudo más que llorar.

—¿Y cuando supo de la muerte de Rubén, no debería haber hablado con nosotros?

—Me pareció que estaba muy asustada, inspectora, quizá sepa más de lo que dice, no sé...

—Tendremos que traerla aquí.

—¿Vuelvo a su casa y le pido que me acompañe? —se ofreció el joven subinspector.

—No, prefiero que te pongas con Leandro a buscar artesanos que trabajen el cuero en Madrid. Yo tengo una reunión importante y quiero estar presente cuando hablemos con ella. Es más, me gustaría tener tiempo de preparar varias preguntas. La traeremos mañana.

—De acuerdo, voy a la comisaría entonces —les dijo—. No..., no es posible…

—¿Cómo dices, Solís?

—Es que me ha parecido ver…; no es nada, inspectora.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Ha salido Amanda de su domicilio? ¿Has visto algo que te llame la atención?

—No es nada..., creo. Inspectora, tengo que comprobar una cosa, tardaré una hora en llegar.

—Pero ¡si se tardan quince minutos!

—Es que no es posible…, tengo que cerciorarme.

—Solís, ¿qué ocurre?

—Nada. Llegaré lo antes posible.

El agente colgó el teléfono y provocó el asombro de los dos inspectores. Tras intercambiar pensamientos sobre lo que podía haber

visto Solís que lo mantuviera alejado del deber durante una hora, llegaron a la conclusión de que debía de ser algo extremadamente importante, dada la veneración que el subinspector sentía por el

trabajo. Así que decidieron darle un poco de tregua y cada uno reanudó sus quehaceres, Leandro empezó con la búsqueda de artesanos en Madrid y Sara subió al despacho del comisario. La esperaba para marcharse a la base militar donde varios altos mandos de uno y de otro lado decidirían sobre sus procedimientos, sus resultados y sobre lo que era importante y lo que no. Jamás se había sentido tan pequeña…

CAPÍTULO 31

¿ALGUIEN HA VISTO A SOLÍS?

Sara bufó junto a su mesa. Leandro entendía a medias el desasosiego de la inspectora, que se movía inquieta, miraba el panel, volvía a su mesa, borraba una flecha, la pintaba de nuevo. El inspector fue a ofrecerle un café. Después pensó que su compañera no necesitaba ponerse más nerviosa de lo que estaba.

—¡Joder! ¡Coge el teléfono, Solís! ¿Dónde coño te has metido?

—Sara, por gritarle al teléfono no te va a oír ni lo va a coger antes, ¿sabes?

—Es que dijo una hora y han pasado más de tres. He ido a la reunión, he vuelto, has hecho la lista completa de artesanos del cuero de Madrid. Hemos pasado por el laboratorio, hemos hablado con el forense de nuevo y...

—¿Y?

—Nada, que no entiendo por qué tarda tanto.

—Bueno, empieza a hacerse tarde, podemos ir a descansar y mañana interrogamos a Amanda Soria.

—Yo prefería hacerlo ahora, Leandro.

—¿No dijiste antes que preferías que la citáramos mañana?

—Ya..., es que he pensado ya en las preguntas que quiero hacerle y le envié a Solís la citación para ella. ¡Joder!, sabía que no podíamos confiar en él.

—Eso que estás diciendo no tiene sentido, y lo sabes. Solís ha demostrado ser un buen policía y tiene olfato. Es muy joven, Sara, seguramente se ha encontrado con algún conocido al que llevaba tiempo sin ver y se han ido a tomar algo.

—¿Sin avisarnos?, imposible —negó la mujer con vehemencia, no se imaginaba al agente pelirrojo dejando de lado la investigación por ningún amigo.

—Venga, Sara, que estás exagerando. No querrás que emitamos una orden de búsqueda para un joven policía que lo más seguro es que se haya encontrado con un amigo y esté tomando una cerveza por ahí, ¿no?

—No, claro que no —respondió cabizbaja, no se quedaba tranquila, aunque intentaba disimularlo.

—¿Quieres que mande a otro agente a por la chica?, ¿o esperamos a mañana? De todos modos, dudo que se vaya a marchar a ningún sitio.

—Voy a llamarla para citarla aquí mañana —dijo mientras marcaba el número.

—Me parece muy bien, y después nos vamos a descansar. ¿Quieres venir a casa a cenar?

—No, no, tranquilo, estoy deseando darme una ducha y meterme en la cama, ha sido un día muy largo.

—Es cierto —coincidió él sin dejar de mirar a su compañera.

—Buenas tardes, ¿Amanda Soria? Soy la inspectora Benítez, de Homicidios.

—¿Qué…, ocurre ahora? Esta tarde estuvo aquí un policía pelirrojo que me hizo bastantes preguntas.

—Sí, lo envié yo, y ahora me gustaría saber más sobre algunas dudas que me han surgido. ¿Podría venir a la comisaría mañana…, digamos, a las once?

—Eh…, sí, creo que sí. Inspectora, yo nunca he estado en una comisaría, y mucho menos me han interrogado. ¿Necesito un abogado?

—No es un interrogatorio, sino una entrevista. Desde luego que puede venir con un abogado, aunque no se lo recomiendo en este caso.

—Ah, de acuerdo, es que no entiendo nada de procedimientos policiales.

—Mucho mejor para usted, eso es una buena señal. Hasta mañana entonces.

La inspectora Benítez colgó el teléfono y se dispuso a colocar unos cuantos papeles para que al día siguiente no le pesara no haberlo hecho. Hizo unas fotos al panel para poder trabajar en él desde casa y miró de nuevo el móvil por si acaso. Después suspiró y se dijo a sí misma que el agente pelirrojo no estaba en apuros, simplemente estaría bebiendo cerveza con un colega, tal como le decía Leandro, y con la batería del móvil agotada. No siempre acertaba su instinto, ¿no? Se hallaba autoconvenciéndose de lo normal de la forma de actuar de Solís, cuando unos golpes en la puerta precedieron al agente Ramos: —¿Da su permiso, inspectora?

—Claro, ¿qué ocurre?

—Es que no damos con Álvaro y hemos quedado hoy para ir a la bolera al salir de trabajar. Es mi cumpleaños y vamos a celebrarlo.

—Vaya, no lo sabía, felicidades.

—¿Y sabe dónde está Álvaro? ¿Lo ha mandado usted a algún recado?

—Lo mandé a interrogar a una sospechosa hace horas, pero ya salió de allí, me llamó para decírmelo. Luego me pidió una hora antes de volver porque había visto a alguien, y ya no sé más.

—Joder, qué raro, él no suele faltar a estas cosas. Y si lo hace llama mil veces para pedir perdón, es un poco pesado.

—Sí, ya lo sé. Seguiré intentándolo.

—Gracias. Si habla con él, dígale que vamos para allá.

—Claro.

El joven agente salió de allí algo preocupado; con lo minucioso y

perfeccionista que era el policía, no le cuadraba mucho que llegara tarde, y menos que no avisara. Bien era cierto que las últimas semanas se había mostrado algo evasivo y disperso, quizá se había despistado, nada más.

Cuando se vestía en el vestuario, apareció la agente Peña y preguntó también por el agente pelirrojo.

—Joder, hoy todos buscamos a Solís.

—¿Cómo que todos?

—Sí, he ido a preguntarle a la inspectora «de hierro» si lo había visto y ella también estaba intentando localizarlo. ¿Dónde se habrá metido este tío?

—¡Qué plastas! Dejad al chico en paz, habrá ligado. Es que no le dejáis ni follar —

protestó Mora.

La puerta del vestuario se abrió de golpe y el silencio se hizo entre los agentes que se encontraban cambiándose de ropa. El inspector Gómez entró y llamó enseguida la atención de sus compañeros. No era muy habitual verlo por allí, así que le atendieron de inmediato.

—A ver, por favor, nos acaban de llamar de un local en la zona de Embajadores, a donde mandamos a Solís a interrogar a una sospechosa. Dejó el coche en una zona de minusválidos y puso la tarjeta de la policía y un cartel diciendo que tardaría media hora. El coche sigue allí, y eso sí que no es normal en él. ¿Alguien ha visto a Solís?

El murmullo fue generalizado. Los policías se miraron entre ellos con preocupación, no parecía la manera de proceder del subinspector. Sara apareció tras Leandro, le traía el abrigo, lo que solo podía significar una cosa: no se iban a casa, sino a buscar a su compañero. Por mucho que al inspector le fastidiara no tener un poco de descanso, era consciente de que Solís podría estar en peligro, y eso hacía que el descanso se viera relegado a un segundo lugar. En un momento de debilidad rogó al cielo que no le hubiera pasado nada a su compañero. No pudo ver cómo Sara cruzaba los dedos de la mano izquierda rogando lo mismo.

CAPÍTULO 32

EL PRIMER JINETE

Era consciente de que se trataba de un simple sueño, pero no quería que nada ni nadie lo perturbara. Se encontraba en un piso espacioso, en pleno centro de Madrid y con no menos de seis habitaciones. El que, sin duda alguna, era su marido en su sueño se encargaba de poner pegas a todo: las puertas son viejas y crujen, las paredes son de papel, las ventanas están pasadas de moda… Y ella le decía a todo que sí, pese a que no estaba de acuerdo en absoluto, el piso le parecía el paraíso.

—Amy —le decía él—, ¿es que no ves que en cuanto pongamos un cuadro la pared se vendrá abajo?

Y ella no contestaba, se limitaba a ver al apuesto marido que había elegido para vivir la eternidad y echó de menos las dos o tres risas infantiles que, por supuesto, completaban la vida que siempre había querido vivir. Y allí llegaban. Tres niños pequeños corrían uno detrás de otro mientras su padre los reñía sin poner demasiado empeño. Los niños se abalanzaban hacia Amanda y la tiraban al suelo, después le daban tantos besos que ella se sentía volar. Entonces su «marido» se levantaba y decía muy serio:

—Amy, esta casa no es la nuestra. Mira qué endeble —añadía a la vez que golpeaba con un martillo, supuestamente para colgar un cuadro —, mira qué agujeros.

El repiqueteo del martillo sonaba incluso cuando el hombre del sueño lo había dejado en el suelo. Amanda comenzó a sentir una sensación de desazón que no le gustaba

nada. Su sueño se esfumaba, ya no oía las risas de los que iban a ser sus hijos, su marido no era tan apuesto ni miraba hacia ella, solo golpeaba la pared de modo frenético.

Tardó un par de minutos en darse cuenta de que se había dormido en el sofá y que lo que tomó por un marido, amante del bricolaje, en realidad era la policía aporreando su puerta. Se levantó tan deprisa que un mareo se apoderó de ella y la obligó a permanecer en el sofá un poco más; la policía se impacientaba. Podía oír la voz de aquella mujer, Sara Benítez. Si, como pensaba, era responsable de alguna de aquellas muertes de las que hablaban las noticias, a esa mujer no se le escaparía un detalle. Esperaba no tener nada que ver. Lo esperaba,

pero no lo habría podido jurar.

Cuando por fin se levantó a abrir, los policías ya estaban llamando a la central para que enviaran a un cerrajero.

—Disculpen, estaba tumbada y no conseguía levantarme —murmuró ella dándose cuenta de que sonaba a excusa, aunque no lo fuera.

—¿Se encuentra bien?, ¿quiere que llame a un médico? —se ofreció Sara ante la atónita mirada de su compañero.

—No, no, ha sido un simple mareo, gracias por preocuparse.

Entraron en el piso, que parecía bastante limpio, lo cual habría sido impensable un par de días antes. En el equipo de música, Nirvana los deleitaba con sus mejores canciones.

Las paredes aparecían algo desnudas, con alguna lámina de animales aquí y allá y varios espejos. Otro enorme espejo tapaba la pared del fondo del pasillo.

—Vaya —murmuró Sara para sí—, parece que a Amanda le gusta su aspecto.

—¿Es usted Amanda Soria? —preguntó el inspector.

—Sí, lo soy, ¿ha ocurrido algo?

—Me gustaría que nos acompañara a comisaría, hemos de hacerle varias preguntas.

—¿Ahora? Esta tarde ha estado aquí un compañero suyo que me preguntó de todo.

Luego me llamaron para que estuviera allí mañana a las once.

—Lo sabemos. Desde que salió de aquí, nadie lo ha vuelto a ver, así que como comprenderá es imprescindible que hablemos con usted cuanto antes.

—¿Ha…, ha desaparecido? No es posible. Se marchó hace unas horas, no sé exactamente… Voy a vestirme y los acompaño.

—¿Le importa que echemos un vistazo?

Por un momento Amanda se sintió petrificada; si husmeaban en su apartamento, lo más seguro sería que encontraran la bolsa de piel, no

se había deshecho de ella, también hallarían rastros de sangre. Aunque ella había limpiado, estaba segura de que la policía sabía dónde buscar. Mejor alejarlos de allí hasta saber, al menos, qué había ocurrido y si ella tenía algo que ver.

—Bueno…, no me gusta mucho que husmeen en mis cosas, la verdad. Prefiero que no lo hagan, a no ser que sea sospechosa de algo y traigan una orden, claro. ¿Soy sospechosa?

—Aún no —respondió Leandro sin apartar la mirada.

Sara apretó las mandíbulas. Estaba segura de que era una víctima más, pero no pensaba tomar partido, como le había ocurrido con Ángel Santamaría, el hombre que había hecho que se preguntara si de verdad era una buena policía.

Salieron del piso y se dirigieron a la comisaría, donde Amanda se vio empequeñecer a cada paso que daba por el interior de aquellos pasillos. Estaba segura de que todos la miraban al pasar, pese a que allí los agentes iban y venían a toda prisa con algo que hacer y no reparaban en ella en absoluto. Entraron en una pequeña sala donde solo había una mesa y varias sillas, una grabadora y una cámara de vídeo que apuntaba directamente a donde le pidieron que se sentara. Una pared había sido sustituida por un enorme cristal que hacía de espejo para no permitir la visión hacia lo que ocultaba, que no era más que una habitación todavía más pequeña donde otros policías observarían sin ser vistos y escucharían sin ser oídos.

—Amanda, quiero que quede constancia de que no es un interrogatorio, solo queremos avanzar en la investigación y necesitamos que colabore. No necesita un abogado, ahora mismo está en calidad de testigo y lo que aquí hablemos puede hacer que se la elimine de la lista de sospechosos o entre definitivamente. ¿Lo entiende?

—Sí, creo que sí.

—¿Quiere un poco de agua? ¿Se encuentra bien? Si en algún momento quiere que paremos, solo tiene que avisarnos, ¿de acuerdo? —añadió Sara con cara de circunstancias.

—Sara, ¿podemos hablar un momento a solas antes de comenzar? —le pidió Leandro, parecía urgente.

—Por supuesto. Volvemos en un minuto. —Los inspectores salieron de la sala y, nada más cerrar la puerta, Leandro le pidió explicaciones a

su compañera—. ¿Se puede saber qué te pasa? Tratas a esa chica como si fuera la víctima número uno de Jack el Destripador y ahora mismo es una sospechosa más. En realidad, la sospechosa principal. Espero que no sea como lo de Ángel Santamaría, en aquel caso todo apuntaba a que había secuestrado a su mujer y tú lo tenías como si fuera un angelito.

—Ya…, perdona, tampoco te conté esto. No intento ocultarte nada, solo he dado por hecho que te lo había contado ya, lo siento. La considero sospechosa igual que tú, es que cuando esta mañana vino al Anatómico Forense junto a su amiga, la novia de Óscar, venía de urgencias, del hospital Clínico, y le acababan de decir que tenía una mancha en el cerebro.

—¿Cómo que una mancha?

—Un tumor, Leandro, tiene un tumor cerebral, por eso me preocupo de su bienestar.

Si encontramos alguna pista que nos conduzca a ella, la acusaremos como a cualquiera, ahora solo intento que esté bien atendida.

—Vale, es que no entendía que la trataras como a una muñequita de porcelana. Tendré cuidado entonces.

—¿Volvemos? —le pidió ella.

—Vamos —zanjó él a la vez que abría la puerta.

La mujer se secaba unas lágrimas que habían provocado que se corriera el rímel de sus pestañas, lo que le profería un aspecto todavía más enfermizo.

—Amanda…, necesitamos saber qué le preguntó el subinspector Solís.

—¿El subinspector Solís es ese policía pelirrojo? La verdad es que me hizo preguntas de todo tipo y algunas me parecía que no tenían que ver con lo que estuviera investigando.

—¿A qué se refiere?

—A ver…, me preguntó cuánto tiempo hace que me sometí a la vaginoplastia, dónde me operé, si había tenido relaciones desde entonces, cómo se comportaban los hombres al saber lo de mi operación, si me he sentido rechazada en algún momento por eso. Me preguntó también si conocía a Rubén Artigas, César López y Óscar

Carracedo.

—¿Y? —se impacientó la inspectora.

—Con Rubén Artigas había quedado para conocernos mejor. Habíamos estado chateando en la página de TRÁNSITO durante algún tiempo, después el chat fallaba demasiado y comenzamos a hablar por WhatsApp y por teléfono. Al final decidimos quedar y, bueno…, no pudo ser.

—Solís nos dijo que llegó tarde y él estaba con otra chica.

—Sí, al principio me enfadé mucho. Si habíamos quedado, qué menos que me esperara un poco, ¿no? Después me di cuenta de que se había equivocado de chica.

—¿Cómo dice? ¿Puede explicarnos eso?

—Sí, íbamos vestidas igual, le envié un mensaje diciéndole que llevaría puesto un vestido negro y unos zapatos rojos, quedamos en que él se pondría una corbata verde.

De hecho, dudé entre el vestido rojo y el negro. Lo avisé antes de salir de casa y cuando lo vi con ella… No me di cuenta al principio. Al día siguiente intenté llamarlo para explicarle lo ocurrido y ya no conseguí hablar con él. Al poco tiempo vi su foto en las noticias.

—¿Quiere decir que él no había visto su foto?

—No; verán, nunca he estado muy segura de mi aspecto, me ha costado mucho volver a mirarme al espejo. Yo tampoco lo había visto a él, lo supe por la corbata.

—Entonces… una de dos, o tuvo una suerte tremenda de que él se equivocara o los mató usted.

—¡¿Para qué iba yo a matarlos?! ¡¿Y por qué?! Yo nunca he hecho daño a nadie, inspectora, se lo juro. Me dolió mucho porque pensé que Rubén era diferente y quería lo mismo que yo: una familia. ¿Matarlo? No, no, imposible.

—Usted me habló de que últimamente olvida cosas. ¿A qué se refería? ¿Es posible que olvidara que habló con él? Puede que hablaran y no fueran lo que esperaban. ¿Se pelearon?

—Yo… no…, creo que no…, no recuerdo bien…

El corazón de Amanda se desbocó de golpe y sintió náuseas. Imágenes de un callejón la asaltaron de pronto. Se vio a sí misma cubierta de sangre. Un hombre la miraba desde el suelo con una corbata verde anudada al cuello. Se llevó la mano a la cabeza, el dolor donde había recibido el golpe días antes parecía cobrar intensidad y un sudor se agolpaba en su frente y en la parte baja de su espalda. Se sentía mal. Aquella inspectora lo sabía, sabía que Amanda sufría episodios que no podía explicar, estaba segura. ¿Y si había sido ella la autora de aquellos crímenes? No podía ser. La habitación comenzó a girar a su alrededor y un silbido se instauró en sus oídos. El velo que cubría de pronto sus ojos no le permitió ver cómo los inspectores la sujetaban antes de que cayera al suelo.

—¡Una ambulancia! —gritó Leandro al cristal.

Dos agentes entraron en la sala y entre los cuatro sacaron a la joven y la llevaron a una celda. Era la única forma de poderla tumbar en algún sitio. No volvía en sí. El desvanecimiento había sido profundo. Mientras esperaban a los sanitarios, Sara intentó llamar en vano a Solís. El agente estaba en paradero desconocido y ellos volvían a pasar la noche en vela. No aguantarían mucho.

Dos policías del turno de noche acudían con un joven al que acababan de fichar. No le prestaron atención, gritaba cosas sin sentido y las voces entre policías y detenidos a esas horas de la madrugada solían ser bastante habituales. Ni siquiera habrían sido conscientes de su presencia, de no ser por los gritos que resonaban entre los barrotes de las celdas.

La ambulancia llegó y el médico responsable examinó a Amanda. Por la cara que puso, Sara supo que habría problemas.

—¿Qué ha ocurrido? —les preguntó con desconfianza.

—Le estábamos haciendo unas preguntas y se ha desmayado —le explicó ella.

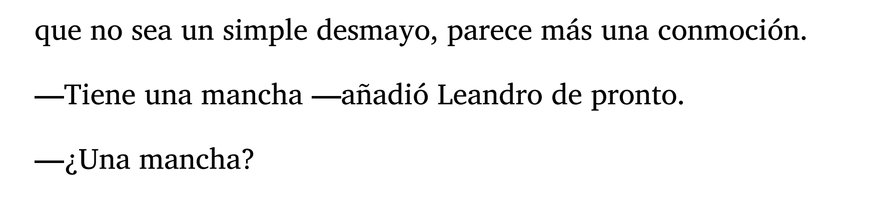
—¿La han golpeado?

—¡Claro que no! —se enfadó.

—¿Han intentado reanimarla?

—No, solo la hemos tumbado y les hemos avisado.

—Es que no reacciona, me temo que debo llevarla al hospital. Puede



que no sea un simple desmayo, parece más una conmoción.

—Tiene una mancha —añadió Leandro de pronto.

—¿Una mancha?

—Sí, acudió a urgencias por un dolor muy fuerte de cabeza esta madrugada, le vieron un tumor en la zona frontal, o eso me dijo a mí. Bueno, en realidad a mí me dijo que le vieron una mancha —le explicó Sara—. Creo que ni siquiera es consciente de lo que eso significa.

—Eso explicaría que no reaccione, en ese caso hay que llevársela ya, quizá haya que operarla de urgencia.

—Qué bien —ironizó Sara—. ¿Alguien puede hacer que se calle el detenido? Me está taladrando los oídos. Justo lo que necesitaba esta noche…

El joven que se hallaba en la otra celda no paraba de hablar, cada vez más alto, del fin del mundo. Ya iba ella misma a obligarle a cerrar la boca cuando paró a medio camino y sintió cómo se le aceleraba el corazón. No se podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué te ocurre, Sara? —preguntó Leandro, alarmado. Ella le pidió silencio y le instó a escuchar al chico.

Después de esto, miré y vi una puerta abierta en el cielo; y la voz que yo había escuchado primero, y que parecía un toque de trompeta, me dijo: «Sube acá y te mostraré las cosas que tienen que suceder después de estas».

—Un chalado, sí —coincidió Leandro; ella le volvió a pedir que escuchara.

En ese momento quedé bajo el poder del Espíritu, y vi un trono puesto en el cielo, y alguien estaba sentado en el trono. El que estaba sentado en el trono tenía el aspecto de un diamante o de un rubí, y alrededor del trono había un arcoíris que brillaba como una esmeralda.

Tú eres digno, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado todas las cosas; por tu voluntad existen y han sido creadas.

—¿Qué hacemos aquí, Sara? Es un zumbado más.

—Espera un momento —le pidió ella.

Luego vi cuando el Cordero rompía el primero de los siete sellos, y oí que uno de aquellos cuatro seres vivientes decía con voz que parecía un trueno: «¡Ven!». Miré, y vi un caballo blanco, y el que lo montaba llevaba un arco en la mano. Se le dio una corona, y salió triunfante y para triunfar.

—¿Está hablando de los Jinetes del Apocalipsis? —preguntó Leandro con el ceño fruncido—. ¿Será una coincidencia?

—¿Sigues creyendo en las coincidencias? No solo habla de los Jinetes del Apocalipsis, está hablando del primero de los jinetes, del único que nos falta. Abra la celda —le pidió al agente que estaba de guardia.

—Solo es un chalado, inspectora —le aseguró el.

—Abra la celda ahora mismo, agente.

—Claro, ya voy; pero solo es un pirado que dice cosas raras, no ha parado desde que lo detuvimos.

—¿Y cuándo fue eso? —quiso saber Leandro.

—Hace media hora, estaba semidesnudo por la zona del antiguo matadero de Rivas. Y

hoy hace frío.

—¿Y por qué habéis ido vosotros? No pertenece a nuestra zona.

—Porque este tío insistía en que tenía que hablar con el inspector Gómez de esta comisaría y los compañeros nos avisaron.

—¿Y por qué no me lo ha dicho? —preguntó Leandro al momento.

—La verdad, inspector, pensaba llamarle en cuanto llegáramos aquí. Al verlo en las celdas pensé que había tenido suerte. Entonces me he

dado cuenta de que este chalado no ha dado muestras de conocerle de nada. Lo he tenido un par de minutos frente a usted y no ha dicho ni pío, así que pensé que estaba pirado y que había oído su nombre por ahí.

—¿Se ha resistido en algún momento?

—No, primero dijo que estaba buscando el color del fuego, después empezó con esa retahíla de frases

El joven abrió la celda y apareció ante ellos Manuel lleno de mugre, en camiseta y calzoncillos y con los ojos ausentes. Los pies le sangraban de haber caminado descalzo y lucía un par de heridas en las rodillas de haber caído de bruces en algún momento.

—Mierda..., ¡tráigame mantas! —le pidió Leandro al joven—. ¿Se han ido los sanitarios?

—Están subiendo a Amanda a la ambulancia —respondió Sara.

—Agente, por favor, vaya corriendo a por el médico, este joven necesita ayuda.

—Pero, inspector —protestó el joven policía sin entender nada.

—¡Vaya!

—Es un indigente…

—No lo es, es un amigo mío y nunca lo había visto así —le aclaró Leandro con dureza.

—Lo siento, inspector, no lo sabía. Voy en busca del médico ahora mismo —le prometió.

Una hora más tarde, Manuel había vuelto en sí, no paraba de llorar, no recordaba nada y Leandro había conseguido ropa limpia y zapatos para que entrara en calor.

Definitivamente aquella noche se alargaría también. Por mucho que le preguntaba, no recordaba nada, salvo que se había sentido en la necesidad de buscar el color del fuego.

No sabía lo que aquello significaba ni tenía ningún sentido para él.

El teléfono del inspector resonó con furia y él se apresuró a cogerlo. Sara había ido junto a dos compañeros al antiguo matadero de Rivas, quizá Manuel había aparecido allí por una razón y encontraban alguna pista de la desaparición de Solís. Leandro quería ir también, Sara le pidió que se quedara con el joven. Era el único en el que confiaba y ya tenían bastante con el ingreso de Amanda. Podría encontrar lo que fuera que buscara Manuel con un par de agentes de la comisaría. El edificio estaba abandonado desde que se había quemado en 2001 y habían muerto dos trabajadores.

—¡Sara! ¡Por fin! ¿Habéis encontrado algo? —preguntó preocupado.

—Le… Le han…

—¿Sara? ¡¿Sara?! ¿Qué ocurre?

—Es él, Leandro, es él.

—¿Quién? ¿A qué te refieres? ¡Sara! Me estás preocupando.

—Está muerto, Leandro. Solís está muerto —acertó a decir antes de colgar, tampoco los sollozos le habrían permitido decir una sola palabra más.

Leandro se quedó mirando a la pantalla sin ser capaz de reaccionar. No podía ser.

Hacía unas horas habían enviado al impetuoso subinspector a interrogar a una joven. Y

había salido de su piso con algo de información. ¿Qué había ocurrido después? Algo se les escapaba.

Cuanto más lo pensaba, menos se podía creer lo que Sara le acababa de decir. Solís no podía estar muerto. Se quedó mirando a las escaleras esperando que, en cualquier momento, el agente pelirrojo bajara corriendo hacia el calabozo y llamara «jefa» a su compañera para que ella pudiera recriminárselo. La certeza de que aquello jamás volvería a ocurrir le proporcionó un dolor tan fuerte en el pecho que pensó que tendría que ser el siguiente en solicitar los servicios de la ambulancia.

CAPÍTULO 33

ES LA HORA

La actividad era frenética en el antiguo matadero de Rivas. Varios coches de policía se habían acercado al lugar, dos ambulancias permanecían silenciosas y con las luces puestas y los coches de la Policía Científica se mantenían a un lado. Los agentes iban y venían según recibían órdenes de sus superiores. Leandro reconoció a varios compañeros que se agrupaban en corrillos y se abrazaban, maldiciendo la suerte del querido subinspector Solís. Era un joven entusiasta, divertido y, por lo que decían, muy buen compañero. La comisaría entera iba a echar en falta las carreras por el pasillo del joven, los gritos a destiempo y la hiperactividad del policía, quien se sentía feliz de haber conseguido un puesto junto a la persona que más admiraba en el mundo: Sara Benítez.

El comisario Esteve llegó junto a varios altos mandos y se cruzó con su mirada. El inspector se apresuró a llegar hasta él.

—¿Qué cojones ha pasado, Gómez?

—Aún no lo sabemos, señor.

—¿Por qué estaba solo?

—No lo enviamos a seguir ninguna pista concreta, solo queríamos que tuviera un poco más de responsabilidad, señor.

—Pues miren a lo que los ha llevado…

—Señor, con el debido respeto, creo que se está excediendo.

—Acaba de morir un joven que estaba a mi cargo, no se atreva a decir que me estoy excediendo.

Leandro se mordió la lengua y se alegró de que no estuviera cerca Sara, sabía que no habría sido capaz de callar ante comentarios tan injustos como los que acababa de oír.

—No creo que tengáis la culpa —dijo una voz a su espalda. Leandro se giró para ver que era el doctor Cáceres quien hablaba.

—Ni él tampoco, Martín. Está ofuscado porque ahora los de arriba le estarán dando caña; pero no sirve de nada culpar a un policía de la muerte de otro, a no ser que se trate de una negligencia, y no lo es en


este caso.

—Se le pasará.

—Menos mal que Sara no estaba delante —añadió Leandro—. Por cierto, ¿dónde está?

—¿La inspectora Benítez? No lo sé. Según mi ayudante, se marchó dando acelerones al coche en cuanto empezó a llegar gente.

—Mierda —musitó Leandro—. Esto va a ser muy duro.

—¿Estaban muy unidos?

—¿Sara y Solís? Como el agua y el aceite —respondió Leandro con una sonrisa nostálgica—. Aunque creo que empezaban a entenderse.

—Ya, a veces lo que es más difícil de unir después es más difícil de separar.

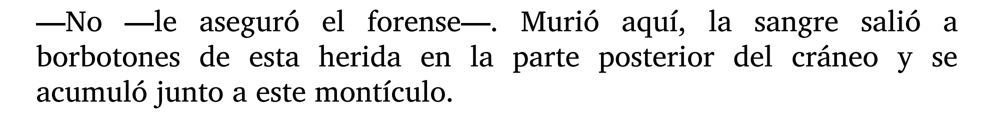
—Voy a hablar con ella antes de que lo haga el comisario, espero que me coja el teléfono.

Sin quitarse el teléfono de la oreja, Leandro se acercó al lugar donde el subinspector Solís había perdido la vida. Daba señal, sí, pero ella no contestaba. De no ser por la cantidad de policías que se habían desplazado hasta allí, y por las luces, los cartelitos que señalaban las pruebas, los guantes desechables, la gente ataviada con monos de

trabajo recogiendo muestras aquí y allá y la tensión que casi se podía masticar, se podía pensar que el joven se encontraba durmiendo al raso. Aunque el frío de aquella noche no habría hecho posible semejante hazaña. Y al acercarse y ver el cráneo hundido del subinspector, cualquier duda que su mente hubiera querido crear se esfumaba de inmediato. El frío provocaba que de las heridas del joven saliera un ligero vaho.

—No lleva muerto mucho tiempo, quizá un par de horas —sentenció el forense.

—Nos llamó hacia las ocho. Desde donde se encontraba entonces hasta este lugar hay media hora de coche en un día normal, hoy había un accidente en la M-40, lo he comprobado, así que tardó mínimo una hora y cuarto —le informó Leandro—. A no ser que lo trasladaran muerto, claro.


—No —le aseguró el forense—. Murió aquí, la sangre salió a borbotones de esta herida en la parte posterior del cráneo y se acumuló junto a este montículo.

—¿Le golpearon por detrás?

—Eso parece —dijo otra voz a su espalda—. También hay huellas de, al menos, dos personas. Unas pertenecen al subinspector Solís. Aún no lo he comprobado, pero las suelas de sus deportivas coinciden.

—Hola, iba a decirte que me alegro de verte, pero te mentiría. ¿Y las otras huellas? —

preguntó Leandro al recién incorporado Eduardo Sánchez, el supervisor de la Policía Científica.

—Son casi del mismo tamaño, solo que están algo menos marcadas. Pertenecen a alguien que calza un cuarenta o cuarenta y uno de pie, y de complexión delgada. Pesaba menos que Solís, eso seguro —respondió el—. ¿Cómo está Sara?

—No contesta —le informó Leandro sin parar de intentarlo.

—Mierda —exclamó el policía científico mientras sacaba su teléfono también.

—Necesita estar sola —le aseguró el inspector.

—¿No hará ninguna tontería?

—Eso espero. La conozco bien, ahora mismo necesita llorar un rato a Solís y pensar. En un par de horas estará dando órdenes como siempre y pondrá la cabeza a trabajar como no la has visto antes.

—Supongo que tú la conoces mejor que nadie —terminó diciendo él. Leandro asintió.

Cáceres no se movía del lugar ni se perdía una palabra de lo que decían—. El problema es si…

—¿Si qué?

—Si ha averiguado algo que nosotros no sepamos y ha ido por su cuenta.

Leandro apretó las mandíbulas y marcó el número de la comisaría para que localizaran el móvil de su compañera. Eduardo Sánchez tenía

razón, Sara podía comenzar una cruzada sola que la llevaría al desastre. No sería la primera vez. Una voz le hizo colgar de inmediato.

—¿Se puede saber dónde coño se ha metido la inspectora Benítez? ¡La quiero aquí ahora mismo! —gritó el comisario—. Encima me deja a mí el marrón.

—Ha ido a comprobar una pista, volverá enseguida, no se preocupe —mintió su compañero—. Me ha dejado a mí al mando mientras tanto. ¿Necesita algo? Igual puedo servirle yo.

—¿Que si necesito algo? ¡Necesito que hables con el puto ministro y le cuentes lo que ha ocurrido! ¿Puedes hacer eso?

—Si le parece bien, lo haré yo —se ofreció el jefe de la Científica antes de que Leandro dijera algo de lo que se arrepentiría—. Puedo ser todo lo políticamente correcto que usted quiera, no será la primera vez que lo haga.

—Eh…, bien…, sí, claro, no tengo inconveniente. Si no le importa, claro.

—Por supuesto que no. Vamos, dejemos que sigan con las pruebas —añadió el hombre mientras se llevaba a un lado a un alterado comisario y le instaba a que marcara el número de teléfono.

Leandro no daba crédito y, por lo que vio al cruzar la mirada con el forense, no era el único.

Durante más de una hora hicieron fotos, tomaron muestras, aguantaron las lágrimas, se sucedieron las llamadas, los abrazos entre compañeros. Leandro aguantaba el tirón como podía y miraba su teléfono cada poco rato por si Sara por fin había sido capaz de escribir. En la comisaría, el agente Ramos buscaba a la inspectora a escondidas, para que nadie se lo dijera al comisario. El cumpleaños al que todos se dirigían al salir del trabajo había dejado de tener importancia. Hacia las cinco de la madrugada le llegó un mensaje, no era exactamente el que esperaba, pero sí le reconfortó lo suficiente. Manuel ya estaba en casa, mucho más tranquilo, y le daba el pésame por la pérdida de su compañero, lo vería por la mañana.

«Joder, Sara, ¿dónde estás?», pensó cuando vio pasar el cadáver de Solís metido en una de aquellas fundas negras que tanto asco le daban. Había perdido a varios compañeros por el camino, algunos que le habían marcado profundamente, otros a los que la vida se había llevado de manera injusta. Solo una vez había sentido un dolor tan

grande como el que sentía ahora por Solís, el que le provocó el secuestro de Sara a manos de Gabriel, el asesino de videntes. Aquel día pensó que el tiempo se detenía, y no estaba dispuesto a pasar por ello de nuevo.

A las seis y media de la madrugada pulsaba el botón de la cafetera y se metía en la ducha con la esperanza de que el agua caliente se llevara todo lo malo que había vivido aquel día. Sara había apagado el móvil finalmente o se le había agotado la batería de tanto insistir. Escuchó el leve llanto de su hijo en la habitación, quizá lo había despertado al meterse en la ducha. Oyó a su mujer trajinar en la cocina, la conocía tan bien que sabía de todos sus movimientos: «Abre el estante de la derecha, coge la leche de Hugo, el armarito de abajo, un cazo para calentar el agua, ahora el grifo, pone el cazo en el fuego y mientras espera a que se caliente el agua vendrá aquí a hacer pis y a decirme hola».

—Hola, cariño —se oyó tres segundos después, Leandro sonrió.

—Salgo en un minuto —respondió él.

—¿No has dormido en casa? La verdad es que me acabo de despertar, hoy tu hijo ha decidido dormir del tirón.

—No, cariño; un segundo, que salgo y te cuento.

—Voy a darle el biberón a Hugo mientras te vistes.

—Vale —contestó él mientras dejaba que el agua arrastrara las lágrimas que por fin se habían decidido a salir.

Oyó a Ana acercarse a la habitación y al pequeño protestar sin demasiadas ganas hasta que se calló por completo. Sin duda su mujer le había metido el biberón en la boca.

Menudo tragón estaba hecho. Se apuró un poco el afeitado y se vistió con parsimonia, aquel día le costaba hacer todo el doble que en cualquier otro momento. Cuando llegó a la cocina, su mujer ya estaba allí y había servido un café para cada uno. En un platito, un trozo de bizcocho de chocolate llamaba su atención lo suficiente para que se lo llevara a la boca totalmente absorto. Ella lo miraba expectante, sabía que algo ocurría.

—Ana, ha sido una noche horrible —comenzó.

—¿Ha vuelto a matar?

—No sabemos quién ha sido. No sabemos si es nuestro asesino, el del caso que llevamos.

—¿Y te ha tocado a ti de nuevo? El caso que lleváis vosotros es demasiado complicado.

¿No podéis pedir ayuda? Quizá necesitáis que os den refuerzos.

—Creo que eso no es posible. Se trata de Solís, alguien ha matado a nuestro compañero —la cortó él. No quería que siguiera indagando.

—¿Al pelirrojo? ¡Dios mío! ¿Cómo…, cómo ha sido?

—Aún no sabemos mucho. Estaba siguiendo una pista y algo lo retuvo, no nos dijo lo que era. Después apareció muerto en el antiguo matadero de Rivas.

—Uf…, ¿y Sara?

—Sara…, no tengo ni idea de dónde está Sara.

—No puede ser…, no puede ser.

—No la han secuestrado, Ana, tranquila, no es como aquella vez. O eso creo. Se ha marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? ¿Ha dejado el caso?

—No creo. Ella encontró a Solís. Nos dieron una pista y yo me quedé con un testigo en la comisaría, necesitaba asistencia. Así que ella se marchó a comprobar el lugar con dos compañeros y encontró muerto al subinspector. Cuando llegué, ya se había marchado y no me coge el teléfono.

—Necesitará estar sola, Leandro, no te agobies.

—Veinte años, Ana. Veinte años llevo trabajando con ella y no tengo ni idea de dónde puede estar.

—No te preocupes; cuando sea capaz, volverá. Seguro que antes de lo que esperas —

intentó calmarlo ella justo en el momento en el que sonaba el timbre de su casa.

—¿Quién puede ser a estas horas?

—Algún agente, seguro que lo manda el comisario porque no estoy en comisaría.

Joder, que llevo dos noches sin dormir —dijo Leandro a la vez que se pasaba las manos por el pelo con desesperación y daba un último sorbo al café—. Creo que me voy a tomar otro.

Se acercó a la puerta y miró por la mirilla. La imagen que había al otro lado le obligó a abrir de inmediato. Sara estaba allí con el pelo pegado a la cara, chorreando, los ojos inyectados en sangre y la cara hinchada de tanto llorar. La ropa goteaba en el felpudo y tiritaba tanto que no podía hablar.

—¡Ana! ¡Trae toallas, corre! —exclamó Leandro hacia la vivienda, esperaba no haber gritado lo suficiente para despertar al niño.

—¿Qué ocurre? ¡Sara! ¡Dios mío! ¡Estás empapada!

—Lo siento…, no quería ir a mi casa, no sabía… Llevo horas dando vueltas, ni siquiera sé cuándo ha empezado a llover.

—Tranquila, has hecho bien en venir, no te preocupes —le aseguró Ana, estaba contenta de ver que no le había pasado nada a la compañera de su marido. Sabía que, si algo le ocurría a Sara, Leandro no podría seguir en Homicidios.

—Leandro, en pri-mer lugar qui-e-ro… —tartamudeó ella.

—Cállate un poco, anda, primero entra en calor y después hablamos, así no vas a poder decir nada.

En aquel momento llegó su mujer con un poco de ropa seca y limpia para Sara y le pidió que la acompañara al baño. El pequeño Hugo pareció notar que había demasiado movimiento en su casa para ser las horas que eran y decidió que ya había pasado suficiente tiempo en la cuna. Así que Leandro se apresuró a cogerlo en brazos mientras su mujer se ocupaba de la inspectora.

Veinte minutos después, tras una reconfortante ducha, Sara se tomaba un café y el trozo de bizcocho que a Leandro no le había dado tiempo a probar. La ropa que Ana le había prestado le apretaba un poco, pero mejor eso que ir empapada y helada. El inspector permanecía a su

lado y se limitaba a mirarla, el pequeño Hugo gateaba, a tal velocidad que pensó que tendría que multarlo, pensamiento que le arrancó un amago de sonrisa.

—Leandro, quiero pedirte disculpas —comenzó a decir ella—. Yo... sé que no soy fácil.

Llevamos veinte años trabajando juntos y creo que no habría ni una sola persona en el mundo capaz de soportarme tanto tiempo.

Ana se levantó y se dispuso a coger en brazos al pequeño para dejarlos solos y que pudieran hablar. Sara le hizo un gesto que significaba que quería que se quedara, así que se volvió a sentar e intentó no intervenir.

—Sara…, no hace falta que me digas nada, tampoco es para tanto.

—Me recriminaste que no te contara nada sobre mi vida, me dijiste que ni siquiera sabías de mi tendencia sexual.

—¿Le dijiste eso? —se horrorizó Ana.

—Bueno, sí, ahora parece una salida de tono, pero en el contexto que estábamos…

—No es un reproche, no te preocupes —le aseguró la inspectora. Te dije que llegaría el momento y es la hora.

—Te prometí que no volvería a preguntarte.

—Tenías razón. En realidad, casi siempre la tienes. ¿Qué clase de persona soy si no puedo confiar ni siquiera en mi compañero? Es una pena que haya tenido que morir Solís para darme cuenta, pero creo que debo contártelo hoy.

—Sara…, no ha sido culpa tuya, no te tortures, que te conozco.

—Lo sé. Verás, nunca te lo he contado: mi abuelo materno era militar, capitán de fragata de la Armada Española. Bueno, mi padre también fue militar.

—Pensé que tu padre era empresario.

—Déjame hablar, en realidad es un poco lioso. Mi madre se casó con Juan Benítez cuando yo tenía tres años, me proporcionó su apellido y su mala leche, me temo.

—Entonces, ¿tu madre…?

—Sí, era madre soltera. Vivíamos en una casa propiedad del ejército. Y si mi abuelo daba órdenes a los soldados, en casa ni te imaginas. Me recordaba a cada minuto que yo era hija del pecado, que jamás sería una persona normal, que era una abominación…

—De ahí tu aversión a la religión.

—Y al ejército también. En casa todos los días se rezaba por todo, se daban las gracias a Dios por los alimentos recibidos, por la ropa, por los castigos…, por todo.

—¿Por los castigos?

—Sí, Leandro, imagínate…, con ocho años dando las gracias a Dios porque mi abuelo me había hecho ver con dos golpes de su cinturón lo mal que me había portado al coger una moneda a mi madre para comprar una piruleta.

—¿Qué dices? —se horrorizó él.

—Mi madre se casó con Juan Benítez, un empresario de éxito que me proporcionó el apellido y un poco de tregua cuando me llevaba con él a algún partido, excursión, viaje… Después a mi abuelo le pareció poco natural que un hombre que no era mi padre biológico me tratara como tal y comenzaron los problemas de nuevo.

—¿Y tu madre?

—Eso es lo mejor, a mi madre le parecía que la forma de educarme pasaba por el cinturón de mi abuelo y las oraciones diarias.

—¿Y qué ocurrió?

—Que con el tiempo nos fuimos distanciando, Juan Benítez nos abandonó antes de que cumpliera los diez años y yo comencé a ser la rebelde que soy ahora.

—¿Y tu padre biológico? —se interesó Ana—. ¿Conseguiste saber quién era?

—Ya lo creo, era un militar que vivía en la misma base y que no quiso saber nada de nosotras, estaba casado y tenía cuatro hijos perfectos que acabaron siendo militares, igual que él… Poco después mi madre se casó con otro empresario, un cerdo que me miraba como si fuera

una servilleta usada y que ya tenía un par de hijos maravillosos de un matrimonio anterior. Murió en… circunstancias sospechosas. Eso sí, le dejó una pensión bastante decente a mi madre para que no tuviera que preocuparse nunca.

—¿Qué quieres decir con circunstancias sospechosas?

—Yo era una niña, Leandro, durante años no supe lo que había ocurrido, después lo vi con claridad. Pegó a mi madre en varias ocasiones, ella lo ocultó hasta el día que me pegó a mí.

—¿Lo mató? —preguntó él con miedo.

—Estoy segura —respondió ella.

—Entonces, ¿por qué la odias tanto?, ¿por qué no soportas estar a su lado? No te entiendo.

—Porque aquella noche me incriminó. Pasé por decenas de evaluaciones psicológicas, por un infierno de terapia y yo no fui la responsable de la muerte de ese cerdo, fue ella.

Durante años me sentí como si bailara en un campo de minas; si pisaba en el lugar equivocado, saltaría por los aires.

—Lo haría para protegerte, para que no la separaran de ti. —Quiso pensar él.

—¿Crees que no llegué yo a la misma conclusión con el tiempo? Cuando llegó el siguiente hombre y el de después, decidí que no, que lo hizo por puro egoísmo. ¿Qué clase de madre incrimina a su hija en un homicidio?

—Ya, ¿y el militar?

—El militar…, mi padre biológico... Fui a verlo hace unos años, yo ya estaba en el cuerpo. Le conté quién era y mandó que me echaran a patadas de allí. Incluso me amenazó con meterme en algún lío para que no pudiera seguir en la policía y no pudiera tampoco optar al examen para inspectora.

—¿Y cómo iba a hacer eso?

—Moviendo sus hilos. Hizo una llamada delante de mí y me arrestaron. Cuando entré en razón, como él dijo, hizo otra llamada y los papeles de mi detención desaparecieron.


Así son las cosas. Por eso odio tanto a los militares, porque se creen por encima del bien y del mal.

—Ahora lo entiendo mejor.

—Leandro, yo… durante toda la noche he pensado mucho en todo esto. No sabía que le había tomado tanto cariño a Solís, me duele el pecho cada vez que me acuerdo de lo que ocurrió ayer. No puedo entender aún lo que ha pasado.

—Ya lo sé, Sara —coincidió su compañero a la vez que se sentaba a su lado y le pasaba el brazo por el hombro, a Ana se le escapó una lágrima.

—No me volverá a ocurrir. Jamás le he dicho nada a la gente que me importa. No me despedí de Aguilar…, ¿recuerdas?

—Él sabía que lo apreciabas, y mucho.

—¡No se lo dije! Y ahora Solís…, tampoco le dije nunca que lo echaría de menos muchísimo si no estuviera.

—Es tu manera de ser, los que te conocemos bien lo sabemos, no te tortures.

—Pues no quiero ser así, voy a demostrar a la gente que me importa cuando me importa.

—Me parece muy bien, de verdad —coincidió él.

—¿Por qué tuvo que ir solo? —preguntó ella de pronto. ¿Qué le llamo tanto la atención para que no volviera a la comisaría y siguiera por su cuenta? ¡Joder!

—¡”Toder”! —dijo el pequeño Hugo intentando imitar a la inspectora. Leandro abrió mucho los ojos y Sara se tapó la boca.

—Qué bien, su primera palabra ha sido un taco, esto promete —bromeó Leandro provocando que las dos mujeres se rieran con ganas. El niño lo celebró dando palmas—.

No hemos tenido la culpa, Sara. Solís vio algo que lo desvió de su trayectoria, recuerda que dijo: «no puede ser…», y nos pidió una hora para resolver algo.

—Tenemos que saber qué vio —añadió ella con convicción—. Volveremos a hablar con Amanda.

—Recuerda que Amanda está en el hospital —le recordó Leandro.

—Mierda, se me había olvidado. ¿Sabes algo de ella?

—No, pensaba acercarme ahora por allí.

—Me parece buena idea —coincidió su compañera.

En aquel momento sonó el timbre de la entrada. Leandro se sorprendió y Ana lo miró, extrañada. Aquel piso parecía ser el centro de reunión aquel día, y ni siquiera eran las ocho de la mañana.

—¿Quién será? —dijo en voz alta Leandro a la vez que se levantaba del sofá.

—La otra parte de mi confesión —le aseguró Sara—. Te dije que llegado el momento sabrías de mi vida privada. Él me devolvió el pendiente.

El inspector se acercó a la puerta con el ceño fruncido, Ana los miraba sin comprender ni una palabra y el pequeño chupaba un juguete como si no hubiera tomado nada en días. Sara tomó un sorbo de café. Leandro puso cara de sorpresa al encontrarse, al otro lado de la puerta, al jefe de la unidad de Criminalística, Eduardo Sánchez. Llevaba en la mano un paquete con una docena de churros.

—¿En serio? —preguntó a ambos. Pensé que Cáceres y tú…

—¿Cáceres? ¿Por qué coño pensaste que el forense y yo?

—«Ñoño» —soltó de pronto Hugo.

—Nos vamos —dijo de repente Sara—. Si no, este niño solo va a aprender a decir palabrotas, es un poco selectivo.

—Es verdad, nos pasamos el día su padre y yo intentando que diga «mamá», «papá»,

«agua»… y sus primeras palabras han sido dos tacos. ¡Ja, ja, ja! —añadió Ana.

—Hola, Eduardo. Te presento a Ana, mi mujer.

—Encantado. Y este debe de ser el pequeño Hugo, el pandillero que solo dice palabrotas —añadió él en un intento de resultar simpático.

—Pues me alegro de que estéis juntos —soltó de pronto Leandro con

cara de satisfacción—. ¿Lleváis mucho tiempo saliendo?

—La información en dosis pequeñas, Leandro, por hoy ya tienes bastante.

—Tienes razón, lo siento. En cualquier caso, me alegro.

—¿Quieres un café? —le ofreció la mujer del inspector con la cafetera en la mano.

—La verdad es que traía los churros porque me daba apuro venir sin nada y a estas horas no me parecía bien traer otra cosa, pero he tomado ya varios cafés esta noche.

—Además deberíamos irnos —le informó Leandro—. Va a ser un día muy largo y, si me siento, igual no puedo levantarme.

—A mí me pasa igual —aseguró Sara.

—Lo que creo que sí debes hacer es cambiarte de ropa —le comunicó él—. Te acerco a casa antes de ir al laboratorio, ¿te parece?

—Nos llevamos los churros —le dijo Leandro a su mujer antes de dejarle dos en un plato y guiñarle el ojo. Le dio un beso en los labios y otro al pequeño al pasar.

—Muchas gracias por todo, Ana, si adelgazo me quedo los *leggins* —le prometió tras darle un beso, ella sonrió.

—Lo pillaremos —le prometió Eduardo en la puerta.

Sara lo miró con esperanza mal disimulada. Si algo le dolía era no haber sido más amable con aquel joven cuyo único defecto había sido el de intentar impresionarla.

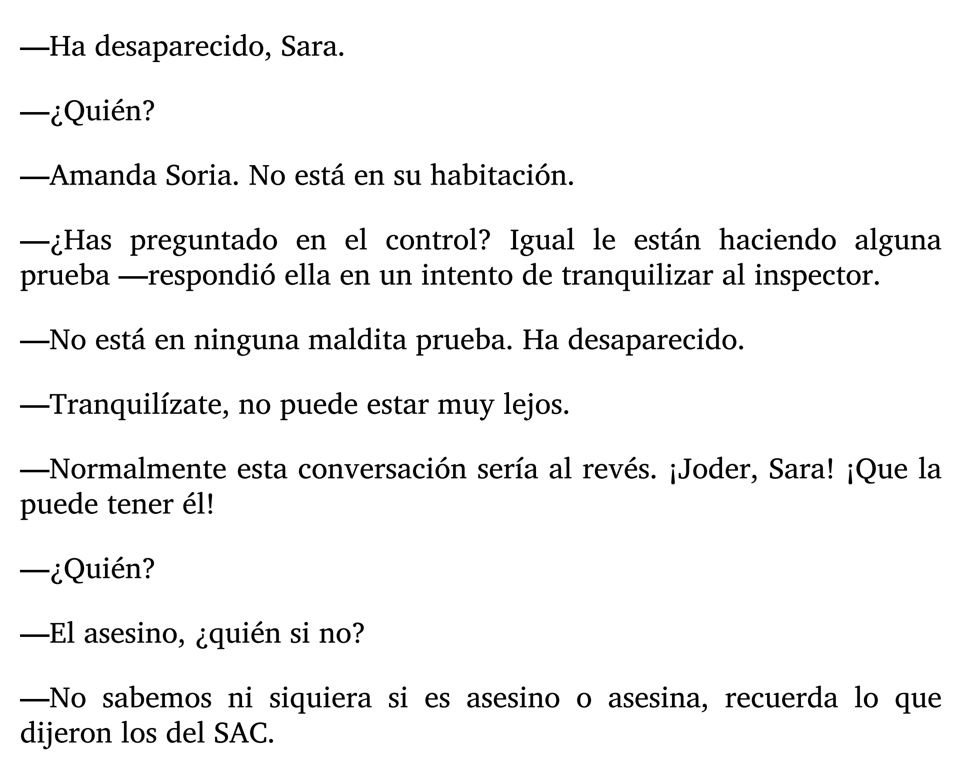
Fuera quien fuera su asesino, tendría suerte de encontrarse primero con su compañero, ella no se lo pensaría a la hora de ajustar cuentas.

CAPÍTULO 34

CAÍN Y ABEL

Leandro corría por el pasillo sorteando al personal del hospital, las sillas de ruedas empujadas por celadores o familiares y a la limpiadora de la cuarta planta en la que, en teoría, debía estar ingresada Amanda, y de la que había desaparecido.

Necesitaba hablar con Sara cuanto antes y no era capaz de encontrar señal en ningún lugar del hospital. Salió al *hall* donde, por fin, un par de rayitas en su teléfono le avisaban de que podía hacer esa llamada. Sara contestó al primer tono, parecía estar esperando.



—Ha desaparecido, Sara.

—¿Quién?

—Amanda Soria. No está en su habitación.

—¿Has preguntado en el control? Igual le están haciendo alguna prueba —respondió ella en un intento de tranquilizar al inspector.

—No está en ninguna maldita prueba. Ha desaparecido.

—Tranquilízate, no puede estar muy lejos.

—Normalmente esta conversación sería al revés. ¡Joder, Sara! ¡Que la puede tener él!

—¿Quién?

—El asesino, ¿quién si no?

—No sabemos ni siquiera si es asesino o asesina, recuerda lo que dijeron los del SAC.

—Ya, pues quien sea la tiene.

—Leandro…, ¿puedes tranquilizarte? Puede que se haya ido por su propio pie. ¿Has probado a llamarla?

—… No.

—¿Qué ocurre?

—¿Te digo la verdad?

—Sí, claro, te pasa algo, no es normal en ti que pierdas los papeles sin saber qué está pasando.

—No la he llamado porque mi primera intención cuando he visto que no estaba en la habitación ha sido avisar a Solís para que la buscara. Eso es lo que me ocurre,

¿entiendes?

—Claro que te entiendo, joder, a mí me ha pasado lo mismo. Ve a la comisaría, yo estoy de camino. De paso intento comunicarme con ella. Seguro que no ha desaparecido.

Sara colgó el teléfono antes de que su compañero pudiera decir más. Marcó el número de Amanda y no obtuvo respuesta. Paró a comprar un par de cafés para llevar, aquel día no tomarían el mejunje de la máquina. Para el de Leandro pidió que echaran doble de azúcar, como a él le gustaba. Después se encaminó a la comisaría, donde casi se podía masticar el dolor por la muerte del policía pelirrojo. Recibió muestras de ánimo y condolencias de todo el cuerpo de policía (o al menos esa era la sensación que tenía), lo que empezaba a exasperarla, ya que Solís era el subinspector que estaba a su cargo y tampoco llevaba tanto tiempo trabajando con ella. Era su compañero, sí, pero le daban el pésame como si fuera su hijo, o algo así. De todas maneras, la pena que sentía era mucho mayor que la que nunca pensó que sentiría por la pérdida de aquel joven al que

tanto exigía. Se abstuvo de hacer cualquier mueca de desagrado o de fastidio ante las muestras de dolor de sus compañeros y les agradeció sus palabras con toda la sinceridad de la que fue capaz. Suspiró aliviada cuando por fin se pudo refugiar en la seguridad de su despacho. Leandro apareció tan alterado como le había parecido que lo estaba por teléfono.

—¿La has localizado? —preguntó antes incluso de darle los buenos días.

—No, no me coge el teléfono —confesó ella.

—Voy a dar orden de búsqueda ahora mismo —le comunicó él.

—Vamos a ver, Leandro, no sabemos nada, no tenemos ni idea de si está retenida contra su voluntad ni si se ha ido por su propio pie. ¿Quieres calmarte?

—¿Y qué hacemos entonces? —se exaltó él.

—Primero, preguntar al personal del hospital si vieron a alguien por allí.

—Eso ya lo he hecho yo, ¿o te crees que no sé hacer mi trabajo?

—Me lo imaginaba —respondió ella haciendo ver que no había escuchado la última pregunta—. ¿Y qué te han dicho?

—Nadie vio a ningún hombre ni ninguna mujer entrar a la habitación de Amanda. Al menos a nadie que no llevara uniforme, claro.

—Entonces haremos una cosa. Durante la mañana intentaremos hablar con ella. Si a mediodía aún no lo hemos conseguido, emitiremos esa orden de búsqueda, ¿te parece bien?

—Lo que tú digas —respondió molesto.

—Leandro… —comenzó ella con cautela, su compañero parecía un globo lleno de helio y a punto de estallar—, tenemos que ir…, a ver…, hay que acercarse al Anatómico Forense, yo…, bueno…

—¿Quieres que vaya yo solo? —se ofreció.

—No, no. Bueno, quiero decir que ni tú ni yo queremos ver a Solís en una puta camilla metálica y con una sábana blanca por encima. Pero el caso es que no ir no le devolverá la vida y le debemos esto. Tenemos que coger a su asesino y la única manera es ponernos con ello cuanto antes. Lo más urgente es determinar si se trata del mismo asesino o no.

—Lo dudo mucho, Sara. No le ha…, ya sabes. No es el mismo *modus operandi.*

—¿Quieres decir que no le falta el pene?

—Qué bruta eres a veces.

—Leandro…, ¿te crees que no he pensado ya en eso? Solís no forma parte de los asesinatos rituales de nuestro asesino, pero eso no descarta que haya sido obra de la misma persona. Quizá vio algo que no debía y el asesino, O ASESINA —remarcó— se vio obligado a quitarlo del medio.

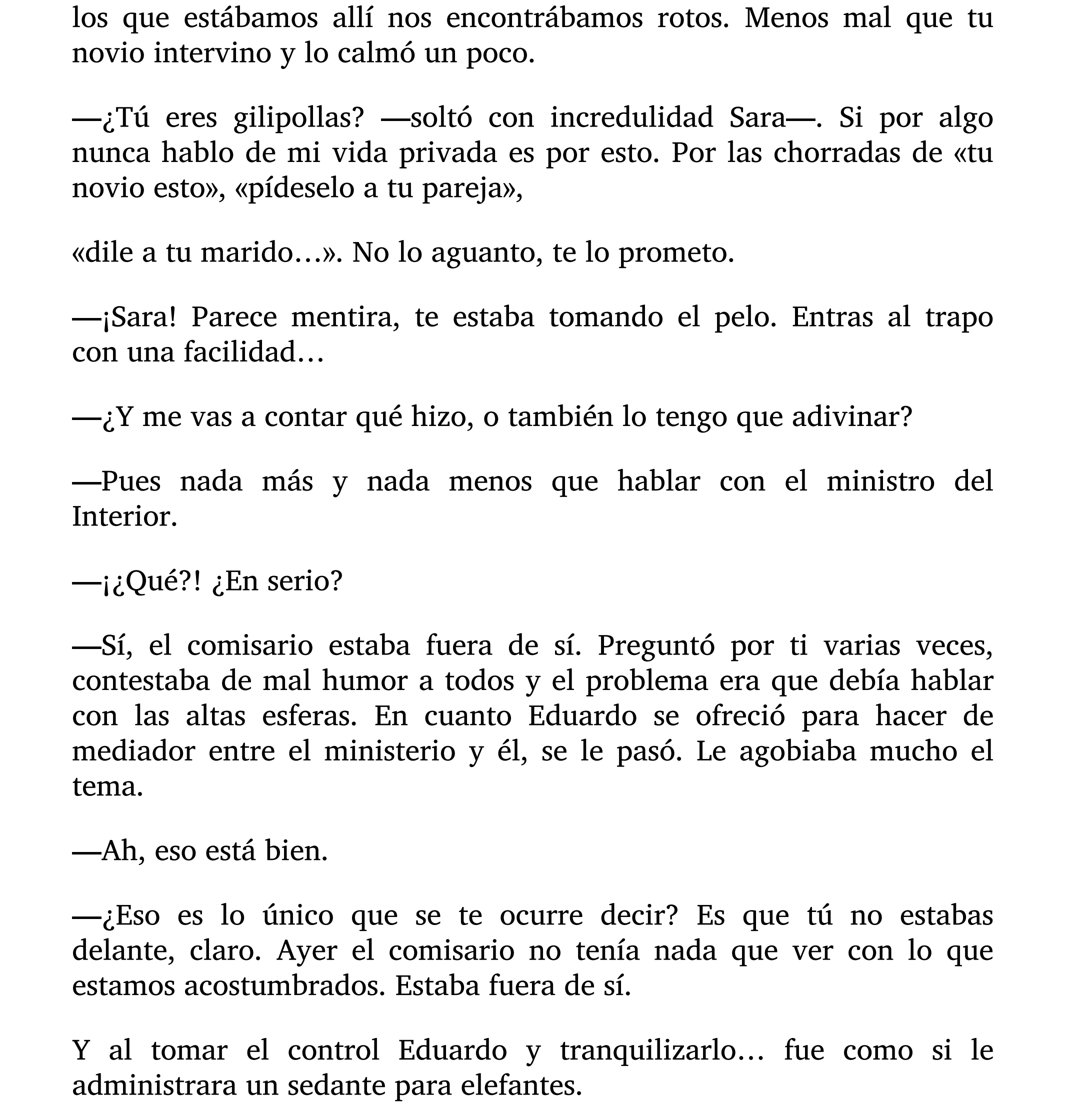
—Lo sé. Venga, no perdamos más tiempo. Seguro que Cáceres ya tiene un informe preliminar. Debemos enfrentarnos a ello cuanto antes, sobre todo antes de que tengamos que lidiar con el comisario. Por

cierto, ¿te ha llamado?

—No, ¿tenía que hacerlo?

—Bueno, anoche en el antiguo matadero de Rivas se puso como loco al ver que no estabas.

—Que le den —respondió ella a la defensiva—. Entiendo que tiene mucha presión de los de arriba y que pelear con los militares no es fácil. Lo que no soporto es que la pague con nosotros, y últimamente me parece a mí que está un poco intratable.



—A mí también me lo parece —coincidió él—. Ayer lo tenías que haber visto. Gritaba y blasfemaba a todo el mundo y la mayor parte de los que estábamos allí nos encontrábamos rotos. Menos mal que tu novio intervino y lo calmó un poco.

—¿Tú eres gilipollas? —soltó con incredulidad Sara—. Si por algo nunca hablo de mi vida privada es por esto. Por las chorradas de «tu novio esto», «pídeselo a tu pareja»,

«dile a tu marido…». No lo aguanto, te lo prometo.

—¡Sara! Parece mentira, te estaba tomando el pelo. Entras al trapo con una facilidad…

—¿Y me vas a contar qué hizo, o también lo tengo que adivinar?

—Pues nada más y nada menos que hablar con el ministro del Interior.

—¡¿Qué?! ¿En serio?

—Sí, el comisario estaba fuera de sí. Preguntó por ti varias veces, contestaba de mal humor a todos y el problema era que debía hablar con las altas esferas. En cuanto Eduardo se ofreció para hacer de mediador entre el ministerio y él, se le pasó. Le agobiaba mucho el tema.

—Ah, eso está bien.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir? Es que tú no estabas delante, claro. Ayer el comisario no tenía nada que ver con lo que estamos acostumbrados. Estaba fuera de sí.

Y al tomar el control Eduardo y tranquilizarlo… fue como si le administrara un sedante para elefantes.

—Qué exagerado eres, Leandro.

—Te lo prometo, Sara, lo tenías que haber visto.

—Debí estar allí —dijo ella con pena.

—Estaba yo y somos un equipo, no quiero oír más.

Unos tímidos golpes en la puerta sobresaltaron a la inspectora más de lo que deberían.

Su corazón se aceleró al pensar que Solís estaría al otro lado con la energía que tanto lo caracterizaba, que la sacaba de sus casillas y que echaría de menos sin remedio. Fue una joven agente de manos pequeñas y uniforme con olor a nuevo quien abrió la puerta en cuanto le dieron permiso para hacerlo.

—Buenos días, inspectora Benítez, estoy buscando al inspector Gómez y me han dicho que podría estar aquí. Hay un joven en la recepción que quiere hablar con él. Se llama Manuel.

—Estoy aquí —respondió Leandro desde el otro lado del despacho, desde aquel ángulo ella no podía verlo.

—¡Ah! Disculpe, señor, es que el joven ha preguntado varias veces por usted y parece alterado.

—Bajo ahora mismo —prometió él.

—Que suba —ordenó Sara entonces; Leandro la miró extrañado, evitaba a Manuel siempre que le era posible—. Gracias, agente…

—Quintana, inspectora, Carla Quintana.

—Gracias, agente Quintana —volvió a decir ella con autoridad y educación. Se había prometido tratar mejor a todos los agentes de su comisaría.

Un par de minutos más tarde, un alterado Manuel entró al despacho con varios folios en sus manos llenos de lo que parecían garabatos y palabras escritas con prisa. Les explicó que se trataba de un mensaje de Miriam y no le pasó desapercibido el gesto de desaprobación de la inspectora en cuanto oyó el nombre de la médium que les había ayudado a dar con un asesino hacía ya dos años.

—Inspector, esta mañana me desperté con toda esta información y la he intentado escribir lo más deprisa posible para no olvidar ningún

detalle.

—Ya se ve, ya —ironizó ella, Leandro la miró con el ceño fruncido.

—No se preocupe, que recuerdo cada palabra que me ha dicho.

—Eso es muy tranquilizador —volvió a la carga ella, pese a la mirada iracunda de su compañero. De todos modos, cogió el papel que el joven le tendía.

Cuando abrió el primer sello, oí al primer ser viviente, que decía: «ven». Miré y vi un caballo blanco, y el que montaba sobre él tenía un arco, y le fue dada una corona, y salió vencedor, y para vencer.

Esto pertenece al Apocalipsis, al Primer Jinete, ya lo sabemos…

—Sí, y ella me lo repetía sin parar. También insistió mucho en esto —señaló mientras buscaba el folio adecuado.

«Sus ojos eran mis ojos y mis ojos serán sus ojos».

—Manuel, esto ya te lo había dicho antes, tú me lo contaste.

—Sí, inspector, y creo que significa algo, insistió tanto… También me enseñó unas cartas del tarot.

—No me digas más, seguro que una de ellas era el arcano de la muerte, el arcano número 13 —dijo ella empezando a perder la paciencia.

—No, se equivoca, inspectora. Una carta era «el diablo», me dijo que es la carta más peligrosa de todas, que simboliza el engaño, la peste, la destrucción. También sacó una carta con el dos de oros y un signo del zodiaco, no sé cuál era, no los conozco.

—¿Un signo del zodiaco? ¿Qué querría decir? —se preguntó Leandro en voz alta, Sara tenía ganas de gritar.

—No lo sé, inspector —añadió el joven—, entonces comenzó a hablar de Caín y Abel y de la destrucción de la humanidad.

—Bueno, ya está bien. No puedo más. ¿Hay que estudiarse también el Génesis?

¿Después de leerme el Apocalipsis veinte veces, resulta que tengo que empezar por el principio? ¿Es que este chiflado no puede matar y punto? ¡Estoy hasta…!

—Sara…, ¿es que también sabes a qué parte de la Biblia pertenece la historia de Caín y Abel? —preguntó su compañero con admiración.

—Ya hablaremos de eso en otra ocasión —le prometió ella.

—Inspectora, si le sirve de algo, yo ni siquiera soy creyente —le juró él—. Entiendo que le cueste creer en nada de esto, ni se puede imaginar lo que me cuesta a mí.

—Manuel, no tengo nada en tu contra, te lo prometo. Te agradezco muchísimo que nos ayudes con este caso, y sobre todo sabiendo que te pilla tan desconcertado como a mí. Pero es que yo no soy capaz de pasar por esto de nuevo. Hace dos años, Miriam llegó aquí con unas cartas del tarot y nos ayudó con un caso muy complicado en el que un asesino se dedicaba a matar a todas las videntes que se cruzaban en su camino.

—Lo recuerdo —confesó él—. Fue un caso muy mediático.

—No soy creyente, más bien soy atea —le explicó—, y me vi obligada a abrir mi mente y darle crédito a una serie de procedimientos que me sacan de quicio. Lo hice por necesidad y me juré a mí misma que no lo haría más.

—Créame que la entiendo, inspectora, solo intente tener en cuenta todos estos datos por si en algún momento de la investigación le pueden servir. No piense en su procedencia, solo en su utilidad.

—Lo haré, gracias. Y ahora siento decirte que debemos marcharnos, tenemos que hacer algo urgente —lo despidió ella lo más amablemente de lo que fue capaz.

—Gracias por informarnos, Manuel —se despidió el inspector Gómez —, y llámame en cualquier momento que necesites, ya sabes. Ven, te acompaño a la salida, esperaré a Sara abajo.

El joven se marchó cabizbajo, se sentía ridículo y maldecía el día en que había sido

«elegido» para recibir toda aquella información. Sara se entretuvo unos minutos en recoger todos aquellos folios y guardarlos en el cajón, no quería que nadie entrase a su despacho y diera con aquello por

casualidad. Justo antes de salir, y en un arrebato, anotó en el panel los nombres de Caín y Abel y salió sintiéndose estúpida de haberlo hecho. Como hacía dos años…, como cuando Gabriel estuvo a punto de destrozar su vida para siempre.

CAPÍTULO 35

TODO ES CULPA TUYA

El cabello pelirrojo del policía desentonaba entre el blanco, el gris y el azul pálido de la sala de autopsias del Anatómico Forense. Tan solo alguna gota de sangre competía en color con el pelo del subinspector. Sara era incapaz de mirarlo a la cara, se concentró en pensar que era un cuerpo cualquiera de alguno de sus casos para poder permanecer allí e investigar como era debido. Le daban ganas de zarandear al policía para que se levantara de la camilla y la importunara con cualquier cuestión, como siempre. Se sorprendió a sí misma sintiéndose reconfortada al ver que los genitales del joven seguían en su sitio, lo que le pareció una tremenda falta de respeto un segundo más tarde.

—¿Te encuentras bien, Sara? —preguntó el forense sacando de inmediato a Sara de sus pensamientos.

—Sí y, por favor, dejad de preguntarme si estoy bien, estamos todos jodidos, ¿vale?

Un puto psicópata ha matado a nuestro compañero.

—Vale, queda claro —la cortó Leandro, también un poco hastiado de la situación.

—La causa de la muerte, como ya os comenté en el antiguo matadero de Rivas, fue un golpe en la parte posterior del cráneo. Se produjo con un objeto romo y con un borde rojizo, me atrevería a asegurar que era un ladrillo.

—Es bastante probable, a tenor de donde se produjo la muerte. ¿Lo hemos encontrado allí?

—No, fuera quien fuera el agresor, se lo llevó consigo.

—Parece algo improvisado, ¿no? Si matas a alguien con un objeto así, en un lugar abandonado, tiene pinta de que no lo tenía pensado.

—Yo también lo creo —coincidió Leandro.

—¿Cuántos golpes recibió? —preguntó la inspectora mientras lo miraba a la cara, antes o después tendría que observar las zonas dañadas.

—En la cabeza, al menos ocho —respondió el forense.

—¡Joder! —protestó la inspectora de inmediato.

—Si te sirve de algo, murió tras recibir el primer golpe. Le provocó una hemorragia masiva, no se enteró de nada más.

—¿Y entonces por qué seguir pegándole? Ya no era una amenaza, si es que lo había sido en algún momento.

—Se ensañaron con él, es difícil de entender el porqué de tanta violencia, no era necesaria, desde luego. Quizá alguien lo odiaba lo suficiente como para perder el control.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Leandro con una pizca de esperanza en la voz.

—Sí, el resto de las heridas se hicieron *post mortem* y el subinspector no se defendió de ninguna de ellas.

—¿Has encontrado algo de su atacante?

—No, ya os digo que no se defendió, por eso no hay nada bajo sus uñas, ni huellas en su piel…, nada. De todos modos, hemos enviado la ropa al laboratorio, por si acaso, y en el escenario los de la Científica recogieron todo tipo de muestras e hicieron decenas de fotos. Si dejó algo, lo encontraremos.

—Hay que coger a ese cabrón —dijo Sara entre dientes.

—O cabrona —corrigió su compañero.

—¿Tenéis algún indicio de que haya sido una mujer? —se extrañó el doctor Cáceres.

—No, pero los del SAC no lo pudieron descartar en su perfil, vamos a ciegas.

—Ya veo… —murmuró él.

—¿Por qué lo dices? ¿Hay algo que te haga tirar a ti hacia un lado u otro?

—Depende… —respondió evasivo.

—Martín, habla, no estamos para adivinanzas —se enfadó la inspectora Benítez—.

Tenemos en la mesa a un compañero.

—Lo digo porque me parece que los golpes están propinados con una fuerza desmesurada para una mujer. Y las huellas encontradas en el antiguo matadero son de un cuarenta y uno de pie.

—¿Huellas? —quiso saber Sara.

—Se me olvidó decírtelo, encontraron varias huellas pertenecientes a dos personas.

Unas las descartaron por ser las de Solís, coincidían a la perfección. Las otras pertenecen a un pie más o menos igual de grande y la única diferencia radica en que son algo menos profundas, lo que les hace pensar a los de Criminalística que era alguien que pesaba menos que el subinspector, alguien menos corpulento o más delgado… Cuando vayamos al laboratorio puede que hayan encontrado algo más.

—¿Cuánto pesaba Solís? —quiso saber Sara.

—Setenta y ocho kilos, lo hemos comprobado ya —respondió Cáceres a toda prisa.

—Entonces su agresor no pasará de los setenta, ¿no?

—No lo puedo asegurar, eso es mejor que lo preguntéis a los de Criminalística, seguro que pueden calcularlo, a tenor de las huellas que encontraron junto a las de Solís.

—Lo más urgente es establecer una conexión entre el asesinato de Álvaro y los demás

—le explicó ella.

—¿Es que creéis que es obra de la misma persona? —se extrañó el doctor Cáceres.

—No tenemos ni idea, tampoco lo podemos descartar —le comunicó Leandro.

—Bueno, no parece que lo sea, el estado del cuerpo de Solís no tiene nada que ver con el resto.

—Ya lo sabemos, Martín —le aseguró Sara—, tampoco podemos descartar que lo matara por haber estado en el sitio incorrecto en el peor momento.

—En eso no me meto, es probable, sí. Espero de todos modos que sea la misma persona, así es más probable que lo cojáis.

—¿Quieres decir que nos empleamos más a fondo cuando la víctima es un compañero? —Enarcó las cejas la inspectora.

—Sara, estás a la defensiva. Lo digo solo porque es más sencillo pillar a uno que a dos.

—Ya, tienes razón; estoy bastante irritable, lo siento —se disculpó ella.

—Espera, igual tienes razón.

—¿En qué? —preguntó ella extrañada.

—En pensar que esto es obra de la misma persona.

—¿Por qué dices eso?

—Por esto —respondió él mientras le entregaba un pedazo de papel doblado que sacaba en aquel momento de la boca del subinspector.

Sara cogió unos guantes que le tendía el asistente de Cáceres, un hombre muy atento que se percató de que seguramente la inspectora querría coger aquella prueba de inmediato. Lo siguiente que le proporcionó fueron unas pinzas y una bolsa para pruebas. Ella ni lo miró, tan absorta estaba intentando desplegar la fotografía que

podría haber jurado que esos objetos aparecían en sus manos por arte de magia sin necesidad de que nadie se los diera. Leandro le dio las gracias por los dos.

—¿Es el Primer Jinete? —preguntó el inspector, ella asintió.

—¿El Primer Jinete? —quiso saber Cáceres, la curiosidad le pudo en aquel caso.

—Forma parte de la investigación —le aseguró Leandro.

—Ah, disculpa —dijo el forense, sintiendo entonces que se había entrometido.

—No pasa nada, a estas alturas creo que podemos contártelo —le explicó Sara—. Ya sabes que nuestro sujeto ha dejado un papel en la boca de cada víctima.

—Sí, lo que no sé es qué contenían, porque la mayor parte de las veces se encontraban cubiertos de sangre. Una vez que van al laboratorio, yo no me preocupo más, la verdad.

—Normal —coincidió ella—. Se trata de fotografías de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. En los dos primeros cadáveres encontramos el Tercer Jinete, el del Hambre.

—Tú nos explicaste que Francesca, la primera mujer que encontramos, era bulímica,

¿recuerdas? —le refrescó la memoria Leandro.

—Es verdad, y el amigo de Sara se cuidaba bastante, es cierto.

—Los dos cadáveres encontrados en la Base Aérea de Torrejón contenían la foto del Segundo Jinete, el que simboliza la Guerra, y los cadáveres de la periodista y del creador de la página web simbolizan el Cuarto, el de la Muerte.

—Esos eran enfermos terminales, ambos —les explicó el forense.

—Exacto —añadió Sara con decisión—. Y ahora tenemos en la boca de Solís la foto del Primer Jinete, el de la Victoria.

—¿Y eso qué significa? —preguntó un desconcertado Cáceres.

—No tengo ni idea. Igual piensa que al matar a Álvaro ha ganado en su misión o va a ganar o qué sé yo. Igual era su objetivo desde el principio.

—¿Por qué iba a ser el subinspector Solís un objetivo? —preguntó el inspector Gómez—. No tiene ningún sentido, Sara, ni siquiera tiene ningún nexo en común con el resto de las víctimas.

—¿Te refieres a que no pertenecía al colectivo trans? —quiso saber ella.

—Por ejemplo —respondió él.

—No tengo ni idea. ¡Joder!, siete cadáveres y seguimos como al principio.

—Eso no es cierto, tenemos un montón de pistas y de pruebas, solo que aún no hemos encontrado la manera de conectarlas. Tranquila, te prometo que lo vamos a pillar.

—Eso espero —dijo ella, abatida.

—¿Son estos los efectos personales de Solís? —preguntó Leandro en un intento de cambiar de tema—. Pensé que los tendría la Científica.

—Se llevaron la ropa, el móvil y los zapatos; por las huellas, ya sabes.

—¿Y esto qué es? ¿El contenido de sus bolsillos?

—Exacto —respondió el forense.

—Si necesitan la ropa, puedo traérsela, en realidad aún está aquí. Embolsada, eso sí —

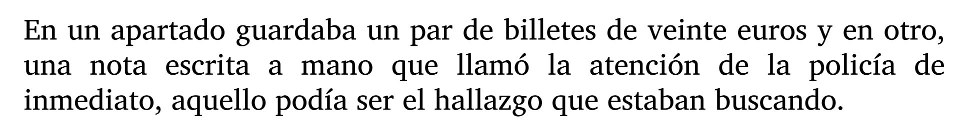
se ofreció el asistente del forense.

—Creo que no es necesario —intervino Sara—. Le echaremos un ojo a lo que llevaba Solís encima. Si hay fibras en la ropa o algún cabello que no le perteneciera, siempre será mejor que lo examinen en el laboratorio antes. Veamos…

La inspectora Benítez miró por encima las monedas, varias llaves entre las que se encontraban las de su casa y el coche, un par de *tickets* de la compra y un paquete de pañuelos de papel. Se entretuvo con el contenido de la cartera. Dentro, bien clasificadas, varias tarjetas del banco, del supermercado, de un gimnasio cercano y el DNI. Tres fotos descansaban en una de las ranuras. Una de ellas debía de ser de sus padres. El hombre era igual que él si se le aplicaba un filtro de vejez a la instantánea, tenía sus mismos ojos, su mismo cabello anaranjado (en el caso del hombre de la foto, casi blanco ya) y

millones de pecas en su cara y en sus brazos, que era lo que tenía al descubierto en la fotografía. La mujer permanecía abrazada a su brazo y con la felicidad instalada en su rostro, había sido un matrimonio feliz. La otra foto pertenecía a un niño pelirrojo, muy sonriente y pecoso. Se abrazaba a un balón de futbol con una mano y a un trofeo en la otra (se regañó por no saber que Solís había jugado al fútbol cuando era niño). La tercera foto también era de un Solís adolescente, más delgado de lo que le podían ver ahora en aquella mesa e intentando soplar una enorme tarta con el número dieciséis escrito con chocolate en el centro. La inspectora se sintió como si se hubiera colado en su casa sin permiso y enseguida guardó las instantáneas tal como las había encontrado.

Ser su jefa no la autorizaba a colarse en sus recuerdos.


En un apartado guardaba un par de billetes de veinte euros y en otro, una nota escrita a mano que llamó la atención de la policía de inmediato, aquello podía ser el hallazgo que estaban buscando.

—Leandro, ven a ver esto.

—¿Has encontrado algo?

—No estoy segura.

El inspector se acercó a su compañera y observó el pedazo de papel donde una sola frase se podía leer en el centro:

Sé lo que haS hecho

A. S.

—Parece la letra de Solís —dijo Sara mientras señalaba la S mayúscula a mitad de la frase.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó su compañero.

—Porque a lo largo de este año he leído decenas de informes redactados por él antes de pasar al ordenador y siempre hacía las S así, en mayúsculas, le pillaran donde le pillaran. Al principio le llamé la atención, después me di cuenta de que ni siquiera él era consciente. Y, total, me daba igual.

—Además firma con A. S., Álvaro Solís.

—Habrá que encontrar un grafólogo.

—En el laboratorio se encargarán, lo mejor será hacerles llegar esta nota cuanto antes

—la animó Leandro, Sara no pudo estar más de acuerdo.

—¿Y no os parece raro que la escribiera él y la guardara en su cartera? Quiero decir que es bastante raro que escribas algo y lo guardes ahí, lo más normal es que guardes la nota si la encuentras o si te la envían.

—Ya lo he pensado, Martín, pero esas eses… Y encima las iniciales.

—¿La joven a la que buscamos no se llama Amanda Soria? —preguntó de pronto Leandro.

—¡Mierda! ¡Es verdad! ¿Encontraría esa nota en su casa cuando fue a interrogarla? Si es así, no le dio tiempo a hablarnos de ello. Sí nos dijo que la chica parecía nerviosa.

—¿Y si la escribió él y se la pensaba dejar a la chica?

—Demasiadas variables —zanjó Sara—. Creo que es mejor que analicen la nota con urgencia.

—Ramón, embolsa el resto de los enseres del subinspector Solís, para que los enviemos cuanto antes al laboratorio —dijo el forense dirigiéndose a su ayudante mientras le enseñaba los guantes ensangrentados.

—Por eso precisamente salgo con Eduardo y no con Cáceres —le aseguró Sara a su compañero en voz baja, él sonrió e hizo un gesto de asentimiento que Sara entendió a la primera.

—Los llevamos nosotros, que vamos para allá —le aseguró el inspector tras esbozar una tímida sonrisa en respuesta al comentario de su compañera—. Sara, lo que más nos urge ahora mismo es hablar con Amanda.

—Vamos al laboratorio. De camino, llama a la comisaría para que emitan esa orden de búsqueda, creo que Amanda Soria acaba de convertirse en nuestra sospechosa número uno. Igual… creo que deberíamos pedir otra orden de registro para su piso.

—No puedo estar más de acuerdo. ¿Qué juez está de guardia?

—Ni idea, pero nos dará la orden, aunque tenga que pedírsela a punta de pistola.

—O por favor —corrigió su compañero.

—O por favor, sí —sonrió ella.

—De todos modos, creo que la jueza que está de guardia es precisamente la jueza Almagro, la que lleva nuestro caso, así que no creo que haya problemas —añadió el inspector a sabiendas de que la inspectora Benítez conseguiría esa orden, aunque tuviera que entregar su otro dedo anular.

La jueza no solo no tuvo ningún reparo en emitir dicha orden, sino que se la llevó hasta el domicilio de Amanda. Durante el corto tiempo que había coincidido con Solís, le había parecido un hombre muy trabajador, muy minucioso y buena persona; cualquier cosa que pudiera hacer para encontrar a su asesino la haría sin pensar en ello siquiera.

Tras comprobar que la joven no se encontraba en casa, forzaron la cerradura y entraron. La casa seguía como cuando la habían ido a visitar la noche anterior, antes de saber que su compañero había muerto y antes de sospechar que la causante de la muerte podría ser ella.

Durante una hora, la sensación de perder el tiempo se fue acrecentando hasta volverse insoportable. Sara necesitaba con urgencia una pista para que su cabeza dejara de hacer aguas, sabía que, en cuanto encontrara algo que encajara, todo lo demás se colocaría

solo. Leandro, por su parte, seguía igual de nervioso al ver que la joven seguía sin aparecer.

—Inspectora —llamó su atención la joven de manos pequeñas a la que había conocido por la mañana—, creo que esto es importante.

—¿Qué es?

—Una cartera de cuero, parece bastante antigua.

—¿Y por qué cree que me puede interesar? —preguntó ella con más sequedad de la que le gustaría.

—Porque dentro hay unos utensilios muy raros y huele fatal.

Sara abrió la cartera donde las letras A. S. bordadas a mano habían perdido su esplendor mucho tiempo atrás. Al abrirla comprobó, horrorizada, que allí estaban las agujas y el hilo con las que, con toda probabilidad, la joven había realizado las chapuceras operaciones de reasignación genital a las víctimas. Leandro se colocó junto a ella y arrugó la nariz.

—Sí, es asqueroso. ¿Dirías que es el mismo hilo?

—Sin tener el otro delante, no lo podría asegurar.

—Pero ¿te lo parece?

—Sí, ¿a ti no?

—Además, tiene rastros de tejido y de sangre —dijo con una mueca la inspectora en cuanto los olió.

—Qué asco —coincidió Leandro en cuanto sintió el mismo olor.

—Mira —llamó su atención ella a la vez que buscaba en otro bolsillo de la cartera—.

Joder, por si teníamos alguna duda. Gracias, agente Quintana —se obligó a decir, seguía con su propósito de ser amable con todo el mundo.

Leandro admiró las láminas en las que los jinetes parecían cobrar vida. Por un segundo le pareció demasiado fácil, demasiado evidente. No dijo nada, de lo que se alegró un segundo después cuando otro de los policías que registraban el piso apareció con una daga en la que restos de sangre se habían secado alrededor de la hoja.

—Joder…, esto ya no tiene vuelta atrás, es imposible que no haya sido ella —exclamó Sara con la aprobación de su compañero—. ¿Dónde estaba?

—Escondida entre decenas de zapatos. Por cierto, inspectora, había unos destrozados y llenos de barro.

—Déjeme ver… —le pidió ella—. ¿Son de su número?

—Eso parece.

—Nos los llevamos también. ¿Cómo va lo de la búsqueda y captura?

—No ha habido suerte por el momento. Ahora que sabemos que ha sido ella, la pillaremos —le aseguró el inspector, ella asintió.

Mientras los agentes terminaban el registro del piso de la joven, los dos inspectores se encaminaron al laboratorio. El estómago de la inspectora rugió un par de veces. La hora de comer había pasado hacía tiempo ya y el cuerpo le daba señales de protesta ante su reiterado maltrato. La jueza les firmaba cada documento al momento, no esperaba tanta colaboración y era de agradecer. Dejaron registrados los objetos encontrados en el apartamento de Amanda y se dirigieron directamente al despacho del Eduardo Sánchez, el

supervisor, por si hubiera algún avance; sin duda, sería el primero en enterarse.

—Inspectores —los saludó él. Leandro aprovechó para observar la reacción de su compañera por el rabillo del ojo, como si se tratara de un amor adolescente, ella resopló.

—¿Has averiguado algo? —preguntó Sara sin más preámbulos.

—Precisamente estaba revisando los mensajes del móvil del subinspector Solís y te he enviado un *wasap* porque hay uno que me ha llamado la atención y me ha parecido que lo querríais ver cuanto antes.

—Vaya, lo siento, me temo que no he hecho mucho caso al teléfono esta mañana.

—No importa, te lo he enviado hace menos de diez minutos. De hecho, me ha sorprendido la rapidez con la que veníais a verlo, ahora resulta que es una coincidencia.

—¿Y de qué se trata?

—Es la foto de una nota, está realizada con la cámara de su móvil, no es un mensaje reenviado ni nada por el estilo.

—Leandro, es la nota que encontramos en su cartera —dijo ella tras comprobar su móvil.

—¿Hizo una foto de una nota que escribió? ¿Nos la pensaría enviar? ¿Para qué?

—No os sigo —le aseguró él.

—Es que vamos por delante en esta conversación, venimos dándole vueltas a lo mismo desde el Anatómico Forense. Allí llegamos a la conclusión de que esta nota la escribió el propio Solís.

—¿Y para qué iba a hacer eso? ¿Y a quién iría dirigida? ¿Y por qué pensáis que fue él?

—Tranquilo, Eduardo, nunca te había oído hacer tantas preguntas de golpe —bromeó ella—. Solo puedo contestarte a la última. Creemos que es su letra porque él siempre hacía las eses en mayúscula, tanto si debían serlo como si no —le explicó Sara—. A las otras preguntas todavía les estamos dando vueltas.

—Además, firma como A. S. —le informó el inspector Gómez—. «Álvaro Solís».

—No sé, no me cuadra. Tengo en el archivo varios informes redactados por él de los últimos meses y, si bien las eses están realizadas como vosotros decís, me parece que la letra no se parece en nada. Al menos es mi impresión. Si me dejáis que lo compruebe…

—Claro, mira a ver en el caso de Ángel Santamaría, es bastante reciente —le pidió ella.

—Vaya, qué coincidencia, «A. S.» —murmuró él; la inspectora Benítez frunció el ceño, le fastidiaba reconocer que, efectivamente, las siglas podían ser de cualquiera.

El supervisor revisó las carpetas clasificadas en un enorme archivo hasta dar con la que buscaba. Sacó un informe redactado por el subinspector Solís y se lo ofreció a Sara con cara de circunstancias: la letra no coincidía.

—¡Mierda! —protestó ella—. Vas a tener razón, la única coincidencia es la S

mayúscula. El resto de letras ni se parecen.

—¿Amanda Soria entonces? —preguntó Leandro.

—No tenemos más opciones ahora mismo, habrá que probar —repuso ella algo contrariada—. Además, acabamos de dejarte un par de objetos para que analicéis y no tiene coartada para ninguno de los crímenes.

—¿De qué objetos hablas? —se interesó él.

—Se trata de una cartera de piel en la que se guardaban varias agujas gruesas, de las que se usan para coser el cuero, y un ovillo de hilo que podría coincidir con el que el asesino usó en sus chapuzas.

—Eso es importante. Le daré prioridad —les aseguró.

—Además, fuera tiene las letras A. S. bordadas en blanco.

—No puede ser una coincidencia —dijo él con el ceño fruncido.

—También encontramos una daga que podría ser el arma del crimen.

—Pero a Solís no lo apuñalaron.

—Igual no le hizo falta a quien fuera que lo matara, le pegó con tanta saña que el apuñalamiento no tenía mucho sentido —dijo en voz alta Sara—. Una duda, Eduardo,

¿no sabrás el peso de la persona que dejó las otras huellas junto a las de Solís?

—Bueno, según la presión con la que se dejaron las huellas podemos establecer el peso del agresor entre sesenta y cinco y sesenta y ocho kilos.

—Pues Amanda me parece que no va a ser —intervino Leandro—. No creo que pese más de cincuenta y ocho.

—Creo que tienes razón —coincidió ella—. Otra vez al principio. De todos modos, hay que encontrarla.

El sonido del fax los interrumpió antes de que el inspector Gómez se comunicara con la comisaría para saber el estado de la búsqueda de la joven. Un folio salía con una exasperante lentitud de aquel aparato sin que Eduardo Sánchez diera ninguna muestra de impaciencia, ya las daba Sara por los tres.

—¿Es del caso? —preguntó ella en cuanto vio que, por fin, el papel estaba en poder del supervisor.

—Sí. Y me temo que no son buenas noticias —le informó él sin dejar de mirarla—. Esto es horrible, no sé cómo decírtelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con preocupación.

—Estáis seguros de que esa joven, Amanda, es la responsable de los crímenes de toda esa gente, ¿no?

—Ahora mismo es lo más probable. ¿Por qué?

—Lo siento, Sara, es que esto no me lo esperaba, en realidad me gustaría que el laboratorio se hubiera equivocado.

—Dame ese papel ahora mismo —le pidió ella con autoridad.

Él frunció el ceño y se lo entregó sabiendo que no tenía otra opción. Cuando la inspectora contempló aquel fax, sintió que el tiempo se paraba a su alrededor. Notó cómo Leandro mascullaba algo a la vez que su mente rebobinaba en el tiempo para colocar todas las piezas que no encajaban en aquel caso desde el principio. Aun así, le pareció

que las metía ella en su sitio a la fuerza. Puede que encajaran, sí, pero no como ella esperaba. Y la evidencia estaba en sus manos, algo que nunca debería haber sucedido.

Se trataba del resultado del ADN encontrado bajo las uñas de la segunda víctima, Francesca Santorini. El forense les había explicado que la joven se había resistido. Lo habían analizado dos veces. Sin lugar a dudas, el ADN encontrado tenía una coincidencia del 100 % en la base de datos de la policía.

—No es posible —murmuraba Sara sin parar y sintiendo cómo se le aceleraba el corazón y su mente se quedaba en blanco.

—Déjame ver, Sara —le pidió, o más bien le exigió su compañero con la esperanza de haber visto mal el resultado mientras ella tenía aquella hoja en la mano.

—Fue Solís, Leandro. El ADN del segundo donante pertenece al agresor, es Solís.

—¿Cómo puede ser? Seguro que se contaminó en el escenario del crimen, tiene que haber una explicación —propuso él ante la mirada de incredulidad de los dos policías allí presentes.

Miles de sentimientos se apoderaban al mismo tiempo de la inspectora Benítez. El joven subinspector pelirrojo la sacaba de sus casillas, no quería trabajar con él, hasta que se había ganado un puesto a pulso en el caso anterior en que habían trabajado juntos.

Les había salvado la vida y no le cuadraba que ahora se hubiera convertido en asesino de, al menos, seis personas. Solís no era capaz de semejante crueldad, ¿no?

—Sara, por favor, no te precipites. Vamos a la comisaría y comprobaremos todo.

—¡¿Que no me precipite?! ¡No me jodas, Leandro! ¡Que llevamos mucho tiempo en Homicidios! ¡Que nadie mejor que tú y que yo para saber lo que significa esto! ¡Que nos la ha jugado!

—De todos modos, debemos asegurarnos. Amanda Soria no tiene coartada, al menos.

—¡¿Asegurarnos?! ¡100 %, Leandro! ¡100 %! Amanda es una víctima más, lo sabes igual que yo.

—Cálmate, por favor. No podemos llegar a la comisaría y decir que Solís es…, era el asesino que estábamos buscando hasta tener más pruebas. Siéntate y vamos a calmarnos un minuto —le pidió cuando vio que Eduardo le acercaba una silla.

—Es…, es evidente … —murmuró derrotada ella.

—Puede ser, pero hasta hace cinco minutos la principal sospechosa era Amanda Soria.

—Sí, pero no teníamos el ADN del agresor del caso de Francesca. Ahora no podemos evitar lo que sabemos.

—Sé lo que dicen las pruebas, pero no tenemos el motivo. Iremos a la comisaría y lo comprobaremos antes de hablar con el comisario. ¿De acuerdo? —propuso Leandro sabiendo que en el momento que dieran la voz de alarma se crearía un caos difícil de arreglar si se equivocaban.

No podían tratar de sospechoso a Solís sin estar completamente seguros. Podían destrozar la reputación de un compañero y, si se equivocaban…, no habría marcha atrás.

—Además —añadió—, sea como sea han matado a Solís y hay que encontrar a quien lo hizo.

Tras varios minutos de debate, de desesperación, de enfado, de pena, gritos, calma e indignación, Leandro y Sara llegaron a la conclusión de que el subinspector Álvaro Solís había matado a aquellas personas por su condición de trans (lo que les asqueaba y horrorizaba a partes iguales) y que lo que Cáceres había interpretado como agobio era en realidad un sentimiento de culpa. Se sentían fatal, pero hacían lo correcto. Si Solís era el artífice de seis homicidios, se le juzgaría como merecía, aunque hubiera perdido la vida en el intento de seguir con su trabajo.

—Eduardo, pide que analicen con más celeridad el resto de las pruebas de ADN —le pidió la inspectora de pronto; él asintió y salió a hablar con los técnicos del laboratorio, seguido del inspector Gómez.

—Esta mujer es increíble —le dijo a Leandro, quien lo acompañaba para dejar a solas a su compañera unos minutos, la conocía tan bien que ni siquiera se lo tenía que pedir.

—¿Por qué lo dices?

—Ha tardado menos de cinco minutos en recomponerse y ser la inspectora eficiente a la que estamos acostumbrados. Y acaba de saber que el joven policía que estaba a sus órdenes era un asesino.

—Ya…, es sorprendente, sí, en muchos aspectos —le aseguró él.

—¡Eduardo! —exclamó ella desde la puerta de su despacho—. Pídeles también que busquen cualquier conexión entre Solís y las víctimas en la página de TRÁNSITO.

Tenéis vosotros los discos duros. Y si de verdad es culpable, habrá pruebas, eso te lo garantizo.

—De acuerdo —aseguró él antes de apresurarse, la cabeza de la inspectora volvía a funcionar a la misma velocidad de siempre, y no sería él quien la ralentizara.

Cuando los dos volvieron al despacho, la encontraron muy concentrada en escribir sus nuevas conclusiones en una hoja de papel. Con el giro inesperado de la investigación, eran muchas las incógnitas que se abrían ante ellos.

—Ya está, Sara, lo que esté en esos discos lo encontraremos.

—Gracias —murmuró ella sin levantar la vista del papel.

—El subinspector Solís no era transgénero, ¿no?

—No —le aseguró ella—. Veníamos de su autopsia y pudimos ver que nació hombre y murió hombre también. Tampoco parecía que se hubiera sometido a un tratamiento hormonal.

—De todos modos, si quieres, pediré que lo analicen también —le ofreció él, ella asintió.

—¿Le guardaría la nota Amanda en la cartera cuando estuvo en su casa?

—Es una buena teoría —le aseguró él—. Se dio cuenta de que Amanda lo sabía y volvió. Por eso nos avisó de que tardaría una hora y no nos dijo más. ¿Cómo no nos dimos cuenta? Creímos que había visto a alguien, y seguramente lo que había visto era la nota.

—Pensaría que era suficiente para deshacerse de la chica —musitó Sara.

—¿Creéis que está muerta? —preguntó Eduardo.

—Habría sido una buena teoría, si no hubiéramos estado con ella en comisaría tras desaparecer Solís. Después tuvieron que ingresarla de urgencias, estuvo en el hospital desde entonces. Así que no lo creo —dijo con seguridad la inspectora—. Hay algo que no me cuadra, Leandro.

—¿De qué se trata?

—¿Quién mató a Solís? Amanda estaba en la comisaría cuando, según Cáceres, murió nuestro compañero.

—Tendría ayuda —dijo él con poca convicción—. Ella no pudo ser.

—¿Y de quién se trata?

Eduardo se admiraba de aquel duelo de pensamientos con el que lo deleitaban los dos inspectores. Le fascinó la simbiosis con la que sus razonamientos se sucedían. Con razón todo el mundillo de Homicidios hablaba de ellos como si se tratara de uno solo.

—¿Se te ocurre alguien? Según el forense, tuvo que ser un individuo muy fuerte, más delgado que Solís, de unos sesenta y cinco o sesenta y ocho kilos y bastante grande, usa al menos un cuarenta y uno de pie.

—Me parece que todo acaba en Amanda, hay que encontrarla cuanto antes —zanjó el inspector—. Voy a llamar a comisaría. Necesitamos que pongan a más efectivos con la búsqueda de Amanda Soria.

—Esa joven calza un treinta y nueve, lo hemos comprobado en su casa —le aseguró Sara—. Tuvo ayuda, fijo.

—Otro detalle que acaba en un callejón sin salida —aseguró la inspectora Benítez.

—¿A qué te refieres?

—En casa de Amanda encontramos una daga. La forma coincide con la que buscábamos como arma usada en los crímenes. También había un montón de utensilios con los que pudo torturarlos.

—¿Los colocaría allí Solís? —preguntó él.

—¿Tú crees? ¿Y cómo lo hizo? Porque a nosotros no nos dejó pasar de la puerta.

—Ya, eso es cierto, quizá tuvo una de sus ausencias. ¿Y qué le dirás al comisario para pedir que refuercen la búsqueda de esa mujer? —quiso saber el inspector Gómez.

—¿Y tú? Porque estoy segura de que querrá estar al tanto de nuestras razones.

—No le pienso coger el teléfono, Sara —le aseguró él mientras colocaba el pin para llamar.

Fue entonces cuando se dio cuenta de la cantidad de mensajes que esperaban a ser comprobados. Todos eran de Manuel. Debía de pasar algo importante, porque le había enviado no menos de veinte en menos de una hora. Pensó en salir y no decir nada, ya sabía lo que Sara pensaba; pero, total, se enteraría igual y, le gustara o no, el joven les estaba ayudando en la investigación.

—Sara, debo llamar a Manuel, tengo varios mensajes suyos y parece urgente.

—Qué bien —ironizó ella, Eduardo levantó las cejas al no entenderlo—. Justo lo que necesitábamos.

—Manuel…, soy el inspector Gómez, ¿ha ocurrido algo? —Obvió el comentario de su compañera.

—Inspector, es muy importante. Miriam se ha comunicado conmigo varias veces, tiene que creerme. La veo en todas partes, esta vez parece que es muy urgente.

—Inspector —habló de repente una mujer, él supuso que era la madre del chico—. El zagal está *acarajao,* yo ya no sé qué hacer. He rezado a la Virgen de los Remedios, al Cristo de los Muchachos… *Manué* tiene unos sueños que no sabe explicar. Habla de una mujer pelirroja, qué *desaboría,* yo no he visto cosa igual. *Asín* no vamos a ningún *lao.*

—No se preocupe, señora, que yo velo por él.

—Por favor, que el chiquillo no sabe ni lo que hace. Está *engorilao* con la pelirroja esa y en realidad es un *chichirivaina.*

—No se preocupe, de verdad, que nosotros nos encargamos. ¿Puede pasarme con él?

—Sí, hombre sí. Pero dígale *usté* que se tome la tila.

—Por supuesto —le aseguró él antes de volver a oír a Manuel.

—Inspector, disculpe, mi madre está preocupada.

—Lo sé, no te preocupes y tranquilízate; si no me hablas más despacio, no puedo entenderte. Respira hondo y cuéntame lo que te ha dicho.

—¿Lo que le ha dicho quién? —preguntó Sara de mala gana. Leandro le lanzó una mirada reprobatoria y ella negó con la cabeza y resopló.

El inspector Gómez se alejó unos pasos de su compañera. Era evidente que lo estaba sacando de sus casillas. Eduardo permanecía atento al combate entre los dos, hacía unos minutos parecían ser uno solo y ahora se distanciaban hasta en los gestos; era fascinante.

—Leandro…, ¿qué? —preguntó ella impaciente; él contestaba con monosílabos.

—Un segundo —le pidió en voz baja.

—O hablas ya o le mando otro cliente a Cáceres —lo amenazó.

—Manuel, tengo que colgar. Muchísimas gracias, has sido de muchísima ayuda, esto es mucho más importante de lo que crees.

El inspector colgó el teléfono y marcó de inmediato el de la comisaría evitando la mirada de su compañera, quien resopló con impaciencia e incredulidad.

—¿En serio? —preguntó con los ojos como platos.

—Buenos días, soy el inspector Gómez, escuche con atención. Hace un par de horas hemos emitido una orden de búsqueda para Amanda Soria. Bien, se ha convertido en orden de búsqueda y captura. Denle prioridad absoluta, ¿me oye?, está en peligro —

añadió antes de colgar.

—¿Se puede saber de qué va esto? —preguntó ya furiosa.

—No fue ella, Sara.

—Joder, eso ya lo sabíamos. ¿No habíamos decidido que tuvo ayuda?

—Manuel me ha dicho algo muy importante.

—Eso ya lo veremos, muy científico no será.

—Sara, no empieces. Manuel me ha contado que se equivocó con Caín y Abel…, o no, el caso es que ahora Miriam quiere que vea algo más.

En aquel momento Eduardo Sánchez no sabía a quién mirar. Pasaba la mirada de uno a otro sin atreverse a decidir ni de qué estaban hablando ni quién tenía razón. Sara pareció comprender a la perfección a su compañero, lo que la irritó todavía más, aunque lo instó a seguir hablando.

—Me ha dicho que él de estos temas no sabe mucho, pero que hoy ha visto que los que ayer le parecieron Caín y Abel hoy estaba seguro de que eran Rómulo y Remo, porque tomaban leche directamente de los pechos de una loba.

—Hasta aquí he llegado con esto, Leandro. ¿Rómulo y Remo? ¡No me jodas! ¿Qué cojones quiere?, ¿que me lea la Biblia entera?

—No sabía que esa historia viniera en la Biblia —le confesó Leandro.

—En realidad no, hay creencias que dicen que es una leyenda, un mito. En el libro del Éxodo hay varias referencias, pero en realidad se cuenta la historia de Moisés, que llegó en una cesta por el río, al igual que ellos... El caso es que tiene algo de religioso y nuestro asesino quiere que yo me convierta en teóloga o algo así.

—Me…, ¿me podéis explicar algo? —les pidió el supervisor de la Policía Científica, Sara se limitó a apretar todavía más las mandíbulas.

—Sara, no quiere que te leas la Biblia entera —respondió el inspector ignorando deliberadamente al supervisor de la Policía Científica—. ¿No te das cuenta? Nos está contando lo que no hemos visto hasta ahora, Rómulo y Remo son los gemelos que fundaron Roma.

—¡Hostia! —exclamó ella de pronto—. Claro…, es posible… Solís me habló de su hermano. En ningún momento pensé que pudiera ser un hermano gemelo.

—¿Y crees que lo mató él?

—No, Eduardo, él no. ELLA. Solís me contó… ¡No me lo puedo creer! Es como si hubiera colocado todas las piezas de golpe. Solís me explicó que su hermano había muerto tras una operación de reasignación genital.

—Quizá lo que quiso decir es que había muerto para él.

—Más o menos, porque en realidad no me dijo que hubiera muerto en ningún momento, yo lo di por sentado —les explicó ella—. Dijo exactamente que «había perdido a su hermano tras la operación».

—Entonces…, le dio la espalda a su hermano, perdón, su hermana, tras la operación y la hermana se ha vengado. Todo cuadra, Sara. Amanda tenía ese papel en casa porque sabe quién cometió los asesinatos. Recuerda que tiene ausencias —dijo él.

—Entonces, ¿Amanda Soria es la hermana de Solís? —intervino Eduardo, quien cada vez se encontraba más perdido.

—No lo creo —respondió a toda prisa Sara, Leandro no lo tenía tan claro—. Creo que la hermana de nuestro compañero es Elena García.

—¿La novia de Óscar Carracedo? —quiso saber el supervisor.

—Sí, por eso me sonaba tanto su cara; en realidad, si le añades pecas y le cambias el color del pelo, tendrás una copia femenina de Solís.

—Puede ser —coincidió su compañero—. Por eso nos dijo que se llamaba Elena García. García era el segundo apellido de Solís; si nos hubiera dicho el verdadero, nos habríamos dado cuenta enseguida.

—Sí, creo que Elena usó el problema neurológico de Amanda para hacerle creer que era la responsable de todas esas muertes. Por eso las eses de la nota son iguales, porque seguramente de niños comenzaron a hacerlas así, como un juego, un juego de hermanos.

—Y por eso el ADN encontrado en el cuerpo de Francesca coincide con el de Solís, porque son gemelos idénticos. Vamos, Sara —la apremió su compañero—, ahora sí podemos hablar con el comisario.

—Hoy no va a morir nadie más —sentenció ella, con tal determinación que provocó la admiración todavía mayor de los dos hombres que allí se encontraban.

CAPÍTULO 36

«A. S.»

Mientras varios agentes buscaban a la mujer, los dos inspectores se refugiaron en el despacho a «actualizar» el panel. Cuanto más lo miraba Sara, más segura estaba de que no lo habría conseguido sin la ayuda de Manuel, por más que no quisiera admitirlo.

Nunca pensó en que Solís tuviera un hermano gemelo. De hecho, cuando en una película veía aparecer a última hora un hermano gemelo que daba luz al caso, le resultaba tramposo. En su propio caso, tenía que reconocer que en ningún momento le preguntó a Solís por algo así, que el joven pelirrojo le había hablado de su hermano, la culpa era de ella por no reparar en aquel detalle, lo habían tenido delante en todo momento. ¿Cómo no se dio cuenta de a quién le recordaba cuando habían estado en su domicilio? Ahora que había conseguido una fotografía de la mujer y la había colocado junto a la del subinspector, el parecido le resultó mucho más evidente. Recordó cuando, hacía poco tiempo, un policía le había enseñado un programa para superponer caras, lo que le había resultado tremendamente útil en el caso que llevaban.

—No te tortures, Sara —le pidió su compañero al sorprenderla, por enésima vez, comparando las dos fotos—. Estuve en la misma casa que tú, vi a la mujer y en ningún momento fui capaz de relacionarla con Solís.

—Gemelos idénticos, Leandro. ¿Cómo no lo vi?

—Bueno, según los datos que vamos recopilando, cuando el hermano de Solís, Adrián, se sometió a la reasignación genital, aparte de la ingente cantidad de hormonas femeninas que le administraron y administran aún, lo que ya provoca cambios de por sí, también pasó por una operación de cirugía plástica en la cara. Se rebajó los pómulos,

se rellenó los labios, se afinó la nariz y entre otros tratamientos de belleza se sometió a una microabrasión de la piel para eliminar sus pecas.

—De todos modos, los ojos son los mismos, Leandro, y la mirada.

—Si hubiéramos sabido que tenía un hermano igual que él, en algún momento nos lo habríamos planteado.

—No sé. El caso es que ahora cuadra todo. El motivo puede ser el rechazo de su propio gemelo, la frustración de no encontrar el amor.

—Llevaba más de un año con Óscar Carracedo.

—Que se moría…

—Es cierto —coincidió Sara.

—Inspectores —dijo un agente que entró en el despacho como una exhalación—.

Perdón, no he llamado a la puerta, es urgente y no me he dado cuenta.

—¿Qué ocurre? —preguntó la inspectora sin más preámbulos, no tenía ganas de discutir en aquel momento.

—Hemos rastreado el móvil de Amanda Soria, se encuentra en las inmediaciones de un hospital abandonado en la sierra de Guadarrama.

—¿En Navacerrada? —quiso saber él.

—Sí, en el antiguo hospital del Santo Ángel de la Guarda. ¿Lo conoce?

—Lo conocí hace años, cuando se trataba de un hospital psiquiátrico.

—¿En Navacerrada? Pues sí que estoy yo informada —se lamentó la inspectora—.

Pensé que el hospital abandonado que hay en Navacerrada se llamaba el Hospital de la Barranca y que había estado destinado a enfermos pulmonares.

—Y así es —confirmó el inspector, Sara lo interrogó con la mirada—. A ese hospital la gente lo llamaba el de la Barranca porque está en el valle de la Barranca, en la sierra de

Guadarrama. Y sí, estaba destinado sobre todo a enfermos pulmonares, también a leprosos. Cuando la medicina avanzó tanto que estos pacientes dejaron de ser terminales en la totalidad de sus casos y bajó considerablemente la tasa de mortalidad, lo dejaron como hospital psiquiátrico. Cerró definitivamente en el año 95 o 96, creo recordar.

—Me encanta la de cosas que sabes, te tengo desaprovechado.

—Es que leo mucho… cuando me dejas.

—Leandro, ¿te das cuenta? Es un lugar perfecto para encubrir un crimen.

—Mierda, tienes razón. La va a matar —mascullό Leandro a la vez que cogía la chaqueta.

—¿Quién crees que va a matar a quién exactamente? —preguntó la inspectora a su compañero en cuanto se vio a solas con él.

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—Por favor —le pidió ella.

—La primera que tenga ocasión. Lo que tengo claro es que una de las dos va a morir.

—No, si nosotros llegamos primero. Conduzco yo —sentenció.

Leandro se montó en el asiento del copiloto, se ajustó todo lo que pudo el cinturón de seguridad y sacó por la ventanilla la luz azul que indicaba que eran policías y que tenían prisa. A Sara le dio la sensación de que se abrían paso como Moisés en el Mar Rojo cuando intentaba salvar a su pueblo. Se le escapó una sonrisa al darse cuenta de que leer la Biblia por fin le había servido de alguna utilidad.

Atravesaron la A-6 a una velocidad de vértigo y cogieron el desvío a Guadarrama.

Más pronto de lo que el inspector se esperaba, pudieron vislumbrar la silueta del edificio abandonado. Unos cien metros antes de llegar, apagaron la sirena para no delatar su presencia. Los seguían un par de coches patrulla que hicieron otro tanto. Un coche se hallaba medio escondido entre los árboles. Sara lo reconoció como el de

Amanda por su pegatina de la bandera arcoíris, símbolo del LGBT, pegada en el cristal trasero.

Los dos inspectores se agazaparon, dos unidades más llegaban en aquel momento y se unieron a ellos intentando esconderse de las miradas curiosas. Sara hizo un gesto a dos de ellos para que la acompañaran, y a Leandro para que diera la vuelta al edificio y se llevara a los otros agentes con él. Esperaban no tener que pedir refuerzos. Entraron por lo que antiguamente sería la puerta principal y que, evidentemente, había sido abierta muy poco antes. Leandro, por su parte, tuvo que elegir entre varios accesos traseros que daban a lo que parecían la cocina, el gimnasio y el mortuorio. En un principio pensó decirles a los dos agentes que se separaran y entrasen cada uno por un sitio. Después le vino a la mente la imagen de Solís en la mesa de autopsias del Anatómico Forense y le pareció que no era necesario

poner a ningún compañero más en peligro. Además, era bastante probable que no hubiera quedado en pie ni una sola puerta en la planta baja, a tenor de cómo se veían las ventanas, presas del vandalismo y las inclemencias del tiempo, con lo que los tres lugares estarían comunicados entre sí. Se decidió por el gimnasio y les pidió a los dos policías que lo acompañaran.

El estado del edificio por dentro era bastante peor que por fuera. La sensación de abandono, unida a la del destrozo provocado por quien no tiene respeto por el mobiliario urbano, aumentaba con los restos de carpetas, mesas, frascos y las pintadas de ritos satánicos realizados sin duda en el lugar aprovechando la soledad. Lo que en un principio le había parecido la entrada al gimnasio al inspector Gómez (por la canasta de baloncesto colocada en la parte superior), se trataba en realidad de la capilla, a tenor de los restos de imágenes, bancos y el altar de piedra que nadie había podido derruir en su totalidad. El contraste de luz era evidente a medida que se adentraban, con lo que tuvieron que echar mano de las linternas. Un murciélago despertó en cuanto el haz de luz se posó en sus ojos. Se abalanzó sobre uno de los agentes, quien soltó la linterna del susto. El objeto fue a caer sobre un trozo de metal, lo que provocó un ruido desmesurado que resonó por todo el edificio. Tras delatar su posición, Leandro se temía problemas.

Subió un pequeño tramo de escaleras que no podía llevar al primer piso, no había altura suficiente. Después pensó que, con toda probabilidad, la planta baja del edificio había sido construida aprovechando al máximo el desnivel del terreno. Por eso algunas zonas precisaban de unos pocos escalones para acceder. Al fondo, Leandro vislumbró una luz muy tenue, duró una fracción de segundo, lo suficiente para ponerlo en alerta y llamar la atención de sus compañeros. Si era una de las dos mujeres, lo mejor sería

pillarla desprevenida, así que ahora sí era el momento de separarse. Otro haz de luz apareció a pocos metros:

—No os separéis, son los nuestros —les pidió antes de que Sara apareciera en el quicio de la puerta, ella también había visto sus linternas.

Un ruido en un piso superior los puso en guardia y los obligó a buscar las escaleras que separaban las siguientes plantas del *hall.* Al fondo del vestíbulo destacaban dos ascensores verdes, desvencijados, que sin duda no funcionaban. Según se acercaban pudieron ver que ni siquiera la cabina estaba dentro. Una de las puertas permanecía semivolcada y los botones arrancados de su sitio. Al girar la esquina, aparecieron

ante sus ojos las poco atractivas escaleras. Subieron de uno en uno intentando hacer el menor ruido posible, lo que era bastante complicado por la gravilla que descansaba en los escalones y que hacía peligrar cada paso que daban. Se cubrían los unos a los otros buscando posiciones desde las que disparar, si era necesario. Los seis policías apuntaban hacia la nada con sus armas reglamentarias y avanzaban poco a poco.

Enseguida pudieron distinguir dos voces de mujer. La inspectora Benítez se adelantó un par de metros y buscó un buen ángulo desde el que poder disparar. Con un gesto le pidió a Leandro que hiciera otro tanto.

—Creía que eras mi amiga —le decía Amanda a la otra mujer.

—¿Amiga? Te tirabas a mi novio.

—Eso no es cierto y lo sabes. Estás enferma.

—Óscar chateaba con muchas mujeres y con algunas quedó más de una vez. Estoy segura de que tú tenías uno de esos perfiles falsos para que no me diera cuenta si lo pillaba.

—De verdad, Elena, siento que tu novio no fuera lo que creías, pero no todo el mundo es igual.

—No es el primero con el que me ocurre. Ni uno solo de los hombres con los que salí desde mi operación fue capaz de verme así, ¿entiendes? Les daba asco. Solo Óscar me hacía sentir como una mujer de verdad, y el muy cabrón no era lo que parecía. Además, me iba a dejar.

—No lo creo, te quería de verdad.

—Se estaba muriendo, ¿sabes? Y el muy cabrón no me lo dijo.

—No…, no lo sabía. No es justo, Elena, pero… ¿qué tienen que ver todos a los que mataste?, ¿por qué ellos?

—¿Que por qué? Porque todos y cada uno eran unos putos cerdos. Rubén, tan elegante, tan correcto y educado…, y era igual que todos. Después de salir casi seis meses, me viene diciendo que quiere dejarlo porque necesita tener hijos. ¿Qué culpa tengo yo de haber nacido sin útero?

—¿Y ese es motivo para matarlo? —se horrorizó Amanda.

—Claro que sí, el muy cabrón esperó a que yo estuviera enamorada para soltarme la bomba.

—No creo que esa fuera la razón, yo también hablé con él de ese tema y estaba a favor de la adopción.

—¿Y criar a un niño que no es tuyo? ¡A saber de dónde viene! Yo no podría, definitivamente no.

—Era un buen tío —le recriminó Amanda—. ¿Y los demás?

—El auxiliar administrativo, muy recatado, muy de la base de Torrejón y estuvo con cuatro mujeres a la vez durante meses. Y lo de Óscar…, bueno, ya lo sabes.

—¿Qué es lo que sé? Según tú, que te ponía los cuernos, y no te lo crees ni tú.

—¿Cómo quieres que te lo demuestre? —la desafió Elena.

—Son paranoias tuyas, Elena, él solo era amable. ¿Y las mujeres? Porque, que yo sepa, las mujeres no tenían nada que ver.

—¿Que no?, menudas zorras. La puta con la que se lio Rubén ni siquiera era su cita, eras tú y ni te esperó.

—Yo le mandé un mensaje de cómo iría vestida y se equivocó.

—Sí, pero ella lo sabía.

—¿Y cómo es posible que lo supiera? —quiso saber Amanda, quien sentía la decepción de confiar en quien no debía a cada frase de su supuesta amiga.

—Porque se lo dije yo. La conocí hace un tiempo. Una mujer muy brillante, ¿sabes? Le dije que le había concertado una cita a ciegas con un tío que llevaba puesta una corbata verde y que estaría en esa mierda de exposición. También le hablé de cómo debía ir vestida para que la reconociera, y funcionó. Sabía que tú llegarías tarde…, como siempre.

—¿Y por qué la mataste, si la admirabas tanto?

—Porque la muy zorra había hablado con Óscar el día antes y habían quedado para tomar una copa. Eso según ellos, claro.

—Dios mío, Elena, estás enferma.

—Nunca me he sentido mejor que ahora, por fin me siento viva, ¿sabes? —se rio ella antes de seguir hablando.

—La mujer militar solo quedaba con César, el administrativo, los segundos fines de semana del mes. El resto de los fines de semana quedaba con otros tíos. Y encima él hacía lo mismo. Y Natalia..., bueno, Natalia sabía demasiado. Cuando vino a casa, comenzó a darse cuenta de algunas cosas.

—No tenías que haber matado al policía —añadió Amanda de pronto.

—No tienes ni puta idea de quién era el policía, ¿verdad?

—¿Debería? —preguntó sorprendida.

—¿No te sonaba su cara? —insistió.

—No te muevas de ahí, te estás acercando, quédate en el borde —repuso ella con dureza y obviando la última pregunta de la mujer.

—Me caeré al vació —protestó Elena.

—Eso por supuesto, pero antes quiero que me digas por qué se supone que debería saber quién era el policía.

Antes de que pudiera contestar, Sara se levantó de donde permanecía agazapada y se acercó hacia las dos mujeres levantando el arma en señal de que no tenía intención de disparar.

—No se acerque, inspectora, o la mato —amenazó Amanda mientras apuntaba de nuevo a Elena con un revólver que Sara no había podido ver hasta el momento.

—No hace falta que hagas nada, Amanda. Tenemos su confesión, acaba de decirnos todo lo que necesitábamos para encarcelarla.

—No pienso ir a la cárcel —le aseguró ella mirando al vacío.

Sara se dio cuenta de que la mujer prefería tirarse antes que ir a una celda, lo que no podía consentir. No habría justicia para todas aquellas víctimas si ella moría. Ni para Rubén, ni para Solís... Mientras pensaba una solución, comenzó a desplazarse hacia la mujer muy despacio. Para que no fuera consciente de ello, habló dirigiéndose a Amanda y buscó con la mirada al inspector Gómez, quien la entendió de inmediato e indicó a un agente que ocupara su puesto mientras él buscaba la manera de llegar a ellas sin que lo vieran.

—Amanda —dijo la inspectora—, el policía al que se refiere tu amiga era su hermano.

No lo hemos sabido hasta hace un rato en que nos ha llegado el ADN del primer escenario y hemos comprobado la coincidencia.

—¿Su hermano? ¿No me dijiste que no tenías familia?

—Y así era. En cuanto me sometí a la reasignación genital, me repudiaron. El que más daño me hizo fue el mojigato de mi hermano. Álvaro y Adrián, ¿sabes? Siempre fuimos Álvaro y Adrián, juntos para todo, nadie nos sabía diferenciar, salvo nuestro abuelo.

Murió cuando teníamos siete años. Mi hermano sabía lo que pensaba y lo que sentía y nunca le dio importancia, siempre creyó que era un capricho mío, una excentricidad.

¡Joder! ¡Que yo era una mujer! ¿Cómo se lo tenía que explicar?

—Esa no es razón para asesinarlo, Elena, hay mucha gente que no comprende cómo nos sentimos.

—Cuando salió de tu casa, se quedó abajo hablando por teléfono. Yo iba hacia allá cuando me vio. Quiso hablar conmigo y hacer las paces y nos dirigimos al antiguo matadero de Rivas. Hablamos durante más de una hora. Después, pese a que según él ya lo había aceptado, se sentía feliz de haberme recuperado, que podía contar con él para todo y no sé qué gilipolleces más, me soltó: «De todos modos, para mí siempre serás Adrián». Y lo decía en serio, ¿sabes? Así que cogí un ladrillo y se lo estampé con todas mis fuerzas. No me di cuenta de que le estaba golpeando hasta unos minutos después, y ya estaba muerto.

—Amanda, baja el arma. No te fastidies la vida por ella, no merece la pena —le pidió Sara.

—Me hizo creer que había sido yo, inspectora. Aprovechó que estoy enferma para dejar en mi casa pruebas, en mi coche… Desperté aquel sábado llena de sangre, con un golpe enorme en la cabeza, no recordaba nada. Durante días no supe qué pensar. Otro día me… «desperté» descalza junto a la Base Aérea de Torrejón, llena otra vez de sangre. En el maletero encontré una carpeta grande de cuero, como para guardar libros, en la parte exterior estaban bordadas mis iniciales, pero no la había visto en la vida.

Dentro había varios utensilios extraños con rastros de sangre y unas láminas de dibujos muy tétricos. Debí dárselo todo hace tiempo, lo

siento.

—Lo sabemos, hemos estado en tu casa.

—¿Cómo?

—Tuvimos que pedir una orden de registro porque todo nos llevaba a ti. Hasta que llegó el ADN de Solís. Todo se aclarará, créeme. Si disparas, no habrá mucha diferencia entre tú y ella.

—No quiero ir a la cárcel, inspectora —le aseguró la joven, parecía más asustada que furiosa—. Tampoco quiero morir.

—No irás a la cárcel, todo esto se arreglará. Y por el…, «la mancha», sé que tienes miedo, pero estoy segura de que tendrá solución.

La mujer parecía sufrir una batalla entre el bien y el mal dentro de su cabeza. Por un lado, se sentía furiosa de saber que su mejor amiga la había traicionado de esa manera,

que la había utilizado para llevar a cabo sus crímenes, o al menos la había incriminado.

Por otro lado, la inspectora tenía razón, no merecía la pena ir a la cárcel por alguien así, no quería convertirse en un monstruo por Elena. Poco a poco bajó el arma y la inspectora Benítez dio un paso hacia ella para quitársela de las manos, momento que la hermana de Solís aprovechó para saltar al vacío. Sara la vio por el rabillo del ojo, sin tiempo para reaccionar. Una mano providencial tiró de la mujer hacia adentro cuando la caída parecía inminente. El inspector Gómez había llegado en el momento justo para impedir su muerte. Ni siquiera fue consciente del profundo corte que se había hecho en la rodilla con un hierro oxidado hasta que su compañera le señaló la herida de la que la sangre manaba abundante. Una vez que los agentes esposaron a Elena y la condujeron al coche, él se permitió quejarse y apretarse la pierna con un pañuelo que le ofreció Amanda. Al ver las iniciales «A. S.» bordadas en él, esbozó una tímida sonrisa.

CAPÍTULO 37

En cada informe que leía Sara, mayor era la sensación de que el mundo se desmoronaba a su alrededor. Cuánta violencia, cuánta maldad contenida que explotaba con una simple frase o con una situación que se saliera de lo habitual. Dos hermanos gemelos inseparables, con la conexión infranqueable de haber compartido juegos, penas, alegrías, madre e, incluso, útero.

—Lo siento, Solís… —murmuró ella. Si le dolía la manera en la que el joven pelirrojo había perdido la vida, casi le dolía más haber dudado de él.

—Entonces…, que yo lo entienda —preguntó el comisario—, Elena es la hermana melliza de Solís.

—Gemela, señor —intentó explicarle Sara.

—Siendo varón y hembra…, ¿cómo pueden ser gemelos?

—Nacieron dos gemelos, Álvaro y Adrián. Adrián, con los años, se sometió a una operación y pasó a llamarse Elena. También se operó la nariz, los pómulos; por eso, aunque nos resultaba familiar, no terminábamos de ver el parecido con su hermano.

—¿Y saben los motivos que la llevaron a cometer todos estos crímenes?

—Por lo visto, cuando pasó por aquella operación fue repudiada por su familia. Le dolió especialmente que ni siquiera su hermano gemelo lo aceptara —le contó Leandro.

—Salió con las tres víctimas masculinas, con los tres mantuvo una relación que salió mal. Llegó a la conclusión de que todos eran unos mentirosos y manipuladores.

—Llegó a odiar a los hombres entonces —dijo el comisario sin quitar la vista de los papeles.

—Eso parece. Las mujeres parecen daños colaterales de sus crímenes, en realidad.

—Buen trabajo, inspectores, terminen los informes y pásenlos a la fiscalía. Después tómense el resto del día libre. Supongo que esta

noche no habrán dormido mucho y llevaban un par de días sin pisar sus casas. Mañana será el entierro de nuestro compañero y los ánimos están un poco descontrolados, me temo.

—Claro, comisario —añadió Sara con la mente fija en algún dato que solo sabía ella.

En cuanto salió del despacho de su jefe, se dio la vuelta y le dijo a su compañero:

—Leandro, voy a hablar con Elena, hay un par de detalles que no me dejan avanzar.

He pasado buena parte de la noche pensando en ello. Además, no nos ha contado cómo hizo para entrar en la base de Torrejón, me gustaría dejar zanjado eso también.

—Voy contigo.

—Prefiero que no, pero me gustaría que estés cerca.

—Voy a pedir que la lleven a la sala de interrogatorios entonces y así me pondré tras el cristal. Cuando quieras que intervenga, solo hazme una señal.

—Gracias —murmuró ella con el semblante serio.

Cinco minutos después, una joven policía acompañaba a Elena Solís a la sala de interrogatorios, Sara aguardaba con paciencia mal contenida.

—Ya he confesado —le dijo con desdén.

—Lo sé, pero tengo un par de dudas que igual puede resolverme.

—Usted dirá —dijo en un tono que más parecía un reto que una concesión.

—Lo primero de todo, y esto ya es por satisfacer mi curiosidad, me gustaría saber cómo hizo para acceder a la Base Aérea de Torrejón.

—Me coló César López.

—¿Salían juntos?

—Eso era lo que él pretendía. Al mismo tiempo quedé con Fátima en su habitación. Le expliqué que un amigo me colaría y me presenté con César allí.

—¿Y Amanda?

—Amanda en cuanto vio la sangre se quedó ida, es un estorbo.

—¿Y qué explicación le dio a Fátima Ortega?

—Ninguna. La maté antes de que ella llegara a la habitación, me había facilitado la clave para acceder, así que la esperé allí. Se llevó tal susto cuando entró y vio la sangre que casi me dio pena matarla. Amanda fue de una ayuda providencial. ¿Sabe que mientras está «ida» no solamente hace todo lo que le dices, sino que, además, muestra un aumento de fuerza considerable? Además, no se plantea nada de lo que le pides.

—¿Sabe que la teniente murió asfixiada?

—Me lo imaginé al ver que no despertaba cuando le saqué la sábana de la boca, pero no le podía quitar los ojos sin amordazarla.

—Ya veo que no le afecta mucho.

—Más de lo que cree, inspectora. Esto ha sido muy duro para mí.

—Permítame que lo dude —respondió Sara a la vez que reprimía las ganas de abalanzarse sobre ella—. Usted nos ha hablado de lo mal que lo pasó tras su operación, que se sintió rechazada, que no se lo esperaba, sobre todo de su hermano gemelo.

—Sí.

—Entonces, según su declaración todo comenzó al ver en el chat de TRÁNSITO las supuestas infidelidades de Óscar y el rechazo de Rubén… Nosotros revisamos las conversaciones y no encontramos infidelidades de su novio.

—Yo estoy segura, hablaba con muchas mujeres y quería quedar con ellas, el muy imbécil, si casi no podía conmigo. Había días que ni podía levantarse de la cama. Y la mayor parte de los días él se levantaba, pero el resto de su cuerpo no lo acompañaba —

le aseguró ella.

—¿Y según usted eso era suficiente para pensar que se la pegaba con

otras?

—Como todos, no hay ni uno que sea fiel de verdad.

—Creo que se equivoca —le informó la inspectora con cara de circunstancias.

—Rubén me dejó hace años, inspectora. Di en el chat con algo que no debía y así supe que Óscar me era infiel con varias mujeres. Al buscar más pruebas fue cuando supe que Rubén estaba registrado en esa página y que se iba a encontrar con una mujer en una sala de exposiciones. Al darme cuenta de que esa mujer era Amanda, me volví loca.

Encima mi mejor amiga..., o quizá la única. No lo pude soportar. Todo el mundo me traicionaba.

—Lo que no me cuadra es algo muy sencillo, Elena. ¿Para qué las fotografías del Apocalipsis? ¿Para qué las citas? ¿Por qué ha intentado desviarnos con todo eso?

—No entiendo qué quiere decir —le aseguró.

—Sí que lo entiende. Perfectamente, además.

El inspector Gómez frunció el ceño y esperó, él tampoco estaba muy seguro de a dónde quería llegar su compañera, pero la conocía lo suficiente para saber que algo muy importante estaba a punto de salir a la luz.

—A ver..., Elena, usted introdujo en la boca de cada víctima una foto de tres escenas del Apocalipsis. Cuatro, si contamos a su hermano. Cada una pertenecía a un jinete en concreto. A Rubén y Francesca les tocó el Hambre, era un hombre que cuidaba mucho su aspecto y ella tenía bulimia. A César y a Fátima Ortega, la Guerra, evidentemente por trabajar en una base militar. ¿Voy bien? —La mujer había quitado la sonrisa de su

rostro y la contemplaba con dureza—. A su pareja, Óscar Carracedo, lo obsequió con el jinete que simboliza la Muerte, como a Natalia. Hemos sabido, tras las autopsias, que él sufría un osteosarcoma y que la metástasis había invadido buena parte de su cuerpo, y Natalia estaba en los primeros lugares en la lista de trasplante hepático. Sus pronósticos eran bastante malos. En fin, que no se podía hacer mucho por ninguno de los dos. No gozaban precisamente de buena salud, ¿no?

—¿Y qué quiere conseguir con esto?

—Quiero que me diga por qué eligió el Apocalipsis. ¿Es usted religiosa?

—En absoluto. Renegué de Dios el día que comencé a ser consciente de haber nacido en un cuerpo equivocado.

—Entonces, más bien es todo lo contrario, atea.

—Sí, podría decirse que sí.

—¿Entonces puede decirme de una vez por qué eligió el Apocalipsis?

—De verdad, inspectora, que no entiendo a dónde quiere llegar.

Sara apretó las mandíbulas y cerró los puños, pero no se rindió. La miró a los ojos, apartó las fotos un poco y sacó otras más macabras.

—Muy bien, ¿y qué pretendía con incriminar a Amanda? Quiero decir que muy probablemente se habría podido salir de rositas tras incriminarla, pero no creo que ella hubiera tirado la toalla sin dudar.

—Amanda me lo puso en bandeja. Se presentó en mi casa un día con varios cortes en los brazos, no recordaba nada. Así que vi que podía ayudar más de lo que yo soñaba. Le hice pensar que estaba incriminada en todos los casos. Y en realidad así fue, estuvo conmigo en aquel callejón mientras le cortaba a Rubén las manos. Intentó impedirlo y se llenó de sangre el vestido, así que le pegué un buen golpe y la llevé a su casa. Cuando me llamó, no pude alegrarme más. Es una estúpida, se lo merece.

—¿También le colocó la bolsa de cuero con las letras A. S. en el maletero de su coche?

—Por supuesto, inspectora, era perfecto para desviar su atención —le explicó ella.

—¿Cómo supo de su enfermedad?

—No estaba segura, solo vi que algo no cuadraba, que olvidaba cosas que acabábamos de hacer y recordaba anécdotas de hace seis meses.

—Entonces no eran tan amigas como ella pensaba —dijo la inspectora en un intento de enfrentarlas—. Vamos con la otra duda, ¿por qué les practicó esta chapuza después de muertos?

—Porque no se merecían ser felices con su nuevo cuerpo.

—Ah, ¿no se lo merecían? Vaya…, ¿y usted sí?

—¡Sí! ¡Eso es! ¡Esa panda de cerdos ingratos lo consiguieron todo! ¡TODO! Y yo he tenido que ver cómo lo jodían poco a poco. ¡Menuda mierda!

—Usted sufre una disfunción sexual, ¿verdad?

—¿Qué dice? —se ofendió ella.

—Usted acudía regularmente a una clínica que se llama PRÍA —añadió la inspectora con tranquilidad—. Se dedica a los problemas de disfunción sexual. Me he acercado esta mañana por allí y la doctora Pría, que es la fundadora de dicho lugar, me ha explicado cosas muy interesantes.

—¡No puede dar datos de los pacientes! ¡Son confidenciales! ¡La demandaré!

—¿A quién?, ¿a la doctora Pría?, ¿por explicarme lo de su disfunción sexual?

—Maldita hija de puta, le pondré una demanda que no va a volver a ejercer en la vida.

No tenía derecho a contarle mis problemas. Que yo no sienta nada durante el coito es solo problema mío.

—No va a hacer falta que la demande, Elena. La doctora Pría me ha hablado de los trastornos más frecuentes sobre los que le he preguntado. Y los que sufre usted desde la operación ha sido usted misma quien me los acaba de describir.

—No puede hacer eso…

—Yo creo que sí. Volvamos al caso. Los mató porque no podía soportar que tuvieran una vida plena tanto en el terreno sentimental como el sexual desde la operación, ya que a usted no le iba bien en ningún caso. Corríjame si me equivoco o si voy muy deprisa, ¿de acuerdo? —Elena no volvió a abrir la boca, aquella inspectora le había tendido una trampa y ella había caído con todo el equipo—. Y ahora, si le parece, me gustaría que me resolviera la duda número uno, la de por qué eligió aquellas citas del Apocalipsis. Una vez que ha visto cómo me desenvuelvo, le confesaré que yo ya lo sé.

Solo le voy a dar la oportunidad de confesármelo para poder interceder por usted en la fiscalía.

Leandro no pestañeaba tras el espejo. Después de la confesión de la mujer, no necesitaba más, los había matado, se había vuelto loca y punto. Quizá tampoco hiciera falta, pero comenzaba a tener una idea de a dónde quería llegar Sara y entendía perfectamente que se encontrara en la sala de interrogatorios en aquel momento.

—Me parecieron interesantes —respondió ella desafiante.

—No me subestime, Elena, no se lo recomiendo. Las eligió por Gabriel, ¿verdad?

—¿Gabriel? ¿Quién es Gabriel? —dijo ella como si fuera la primera vez que oía ese nombre.

—Las dos sabemos quién es Gabriel, lo que no llego es a acertar el motivo que tiene usted para intentar imitarlo. Porque es lo que pretendía, ¿no? —Leandro no daba crédito. Gabriel había sido el talón de Aquiles de la inspectora desde hacía casi tres años y, pese a que aquel caso había comenzado acercándose mucho a la forma de actuar de Gabriel, establecer la conexión entre aquel hombre y esta nueva asesina se le escapaba por el momento—. Creo que no nos ha sido muy sincera cuando nos ha hablado de la relación con su hermano, ¿no? Quiero decir que siguieron siendo inseparables pese a su operación, él la apoyó.

—Nos distanciamos algo después. Cuando me sometí a la reasignación genital me quedó un síndrome poco conocido y que me horrorizaba.

—El síndrome de la vagina muerta —la ayudó Sara.

—¿Cómo lo sabe?

—Le he dicho que he tenido una conversación muy interesante con la doctora Pría.

—Tras la operación sufrí una enorme infección y como consecuencia me quedó la zona completamente insensible. La doctora… Pría está convencida de que ese síndrome es temporal y que los síntomas desaparecerán. Como consecuencia, soy incapaz de sentir placer con las relaciones sexuales.

—Y algo pasó entre su hermano y usted.

—Sí, intenté seducirlo.

—¿Se da cuenta de lo retorcido que es todo esto?

—Depende de las convicciones sociales, inspectora.

—Ahórreme los detalles, su hermano y usted se distanciaron entonces porque para él usted se había convertido en un monstruo y él para usted en un completo mojigato. ¿Me equivocaría al asegurar que su hermano se refugió en la religión?

—De hecho, pensé que se metería a cura —respondió ella con sarcasmo.

—¿Y dónde entra Gabriel en todo esto? —quiso saber Sara.

—En aquel momento usted acababa de ser secuestrada por ese asesino de médiums, Gabriel, y mi hermano me hablaba constantemente de Sara Benítez. Que si su meta era trabajar con usted, que no había inspectora igual, que si tal, que si cual. Y yo, bueno, la verdad es que me fascinaba más el hombre que había sido capaz de engañarla. Como Álvaro coleccionaba en casa toda la información sobre usted y sobre el caso, acabé admirando tanto a ese hombre que cuando comencé a pensar en mi venganza supe que tenía que actuar como él.

—Bien, ahora sí que tenemos su confesión, Elena, y ha sido todo tan premeditado como me parecía, no casual como usted nos quiso hacer creer. No saldrá de la cárcel en la vida.

—Usted dijo que hablaría a mi favor en la fiscalía, si confesaba.

—Ah, y lo haré. Conseguiré que le asignen el mejor juez y el mejor fiscal, los más justos y menos sobornables del planeta. Y la mejor celda, con los compañeros más feroces, para que esté bien orgullosa de sus nuevas amistades. ¡Agente!, he terminado, abra, por favor.

Leandro salió de la sala contigua a la vez que su compañera abandonaba la de interrogatorios. Solo pudo ponerle la mano en el hombro antes de decir:

—Te ha costado casi tres años, pero por fin se hace justicia, Sara.

—Esto no solo va por mí —le aseguró a la vez que le enseñaba la ausencia del dedo anular—. Va por Solís, por Miriam, por Rubén y por ti. Hoy nos merecemos un descanso, mañana volveremos para enterrar a nuestro compañero y seguir peleando.

—¿Qué vas a hacer ahora?, ¿quieres venir a cenar a casa?

—Ahora voy a llamar a la madre de Rubén, tengo un amigo al que volver a conocer y, quizá, un perro al que adoptar. Y después, aunque esta frase no suele salir de mi boca, he quedado para cenar.

—Pues no llegues tarde a ninguna de tus citas —se despidió él con un leve abrazo—. Y

no me apartes, la Navidad está a la vuelta de la esquina y pienso correr la «San Silvestre» contigo.

—Será un auténtico placer, aunque tengamos que parar a los diez minutos —añadió sabiendo que Leandro tenía un millón de virtudes, entre las que no se encontraba la de hacer deporte.

Leandro supo que por fin su compañera acababa de cerrar un caso que perduraba en su cabeza demasiado tiempo. Sentía un orgullo infinito por formar parte de la vida de esa mujer. Y casi sentía celos de aquel supervisor de la Policía Científica con el que tendría que compartirla. Encendió su móvil y llamó a su mujer de inmediato, ella lo cogió al tercer tono.

—¿Qué ocurre, cariño? —le preguntó ella, preocupada.

—Hay que añadir dos cubiertos más para el día de Navidad. Y haremos esa tarta de queso que es su favorita —añadió él sin dar muchas más explicaciones.

En su casa, Ana sonreía mientras el pequeño Hugo decía «toder» a la vez que recorría la casa a golpe de gateo. Si había alguna duda, quedaba disipada al momento. Sara era única, irrepetible, y Leandro le confiaría su vida sin dudarlo. Mientras tanto, una huraña inspectora comenzaba una nueva cita con el que esperaba que se convirtiera en el hombre de su vida. Total, solo le había costado cuarenta y cinco años abrirse a los demás y no estaba dispuesta a perder lo que la vida le había regalado.

Por primera vez se sintió fuera de aquel campo de minas en el que bailaba desde hacía tantos años.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Hace casi diez años que publiqué mi primera novela y mi meta no era otra que no decepcionar. Tras catorce novelas puedo decir que, si sigo publicando, es que he llegado a mi meta, aunque ese no sea el final de mi camino.

Tengo tanto que agradecer que no sé ni por dónde empezar, así que lo haré por el principio.

A mis tres amores, que hace diez años no me dejaban tiempo para escribir y que ahora, en plena adolescencia, me invitan a escribir a todas horas, supongo que para que «los deje en paz».

A mi familia, porque nunca se cansa. Es divertido ver cómo yo me tomo los tiempos de «sequía» para ordenar ideas, para seleccionarlas o investigar y ellos me lo recriminan con un «¿¡cómo que ahora no estás escribiendo nada?!».

A mi padre, porque seguro que no se está perdiendo detalle.

A mis compañeros y amigos que me siguen en cada locura y conocen ya mis ausencias para escribir, ellos saben que nunca desaparezco del todo.

A Ramón, porque sin él habría agotado mis palabras. Él me ha enseñado a buscarlas en los sitios más insospechados. Algunas, qué cosas, dentro de mi cabeza.

A mis libreros y libreras de cabecera, porque son como un imán para atraer mentes curiosas, ávidas de historias nuevas. Y porque son tiempos difíciles en los que leer es un privilegio que parece escasear. No desfallezcáis.

A los que se han ido sin leer mi última historia. Debería estar enfadada, pero estoy segura de que desde donde están la leerán antes que el resto.

Cómo no, a mi querida editorial, porque nos han demostrado que no

fabrica libros, sino sueños, y eso debe ser poco menos que hacer magia.

Por último, porque a alguien le tenía que tocar (a no ser que se empiece a leer por el final), a mi Raquelilla, que lo mismo mete tres canastas, que me pone un tapón, que me

“introduce” en una base militar. Solo te falta ser pequeña.